CHARLES DICKENS

Los papeles póstumos del Club Pickwick



Introducción de JORDI LLOVET

Desde que empezaron a publicarse en 1836, las aventuras de Samuel Pickwick y Sam Weller se convirtieron en un éxito arrollador y supusieron la metamorfosis de un joven periodista mal pagado en el gran novelista del siglo XIX inglés. Los inolvidables miembros del absurdo Club Pickwick protagonizan aquí, según la generosa tradición de Cervantes, una infinita sucesión de aventuras disparatadas, cómicas, tristes, transidas siempre de una amabilidad quizá nunca igualada.

La presente edición recoge la traducción del ensayista e historiador de las ideas José María Valverde, sin duda la más preciosamente vertida a nuestra lengua. La acompaña, además, a modo de introducción, el brillante estudio del crítico literario y filósofo Jordi Llovet, que presenta así al lector una obra que es uno de los grandes hitos de la literatura universal.

Charles Dickens

Los papeles póstumos del Club Pickwick
Penguin Clásicos

INTRODUCCIÓN

Hay obras en la historia de la literatura europea que constituyen una síntesis magnífica de religión, filosofía y tradición literaria, como la *Divina comedia*; las hay que han representado una revolución extraordinaria en el campo de los géneros literarios, como el *Quijote*; otras han supuesto una hazaña prácticamente inigualable de experimentación lingüística, como *Ulises*, de James Joyce, y las hay que equivalen al diagnóstico de toda una época en sus aspectos más relevantes, como es el caso de *El proceso* y *El castillo*, de Franz Kafka. Muchas otras, por fin, han llevado hasta un punto inigualado la vieja lección de educar a los lectores haciéndoles pasar, al mismo tiempo, un largo rato lleno de una serena, tierna y desbordada felicidad. La mayor parte de la obra narrativa de Charles Dickens, empezando por su primera novela, *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, pertenece a esta última categoría y ocupa en ella uno de los lugares más altos que quepa imaginar dentro de los anales de la novelística europea.

Charles Dickens nació en 1812 en Portsmouth, como segundo hijo de John Dickens —quien, con su mujer, llegaría a tener ocho—, empleado de la oficina de pagos, una oficina de recaudación de impuestos del ámbito de la Armada Real. Tras el nacimiento de Charles, la familia Dickens no tardó en trasladarse a Chatham, en el distrito de Kent, escenario campestre de los años de infancia más felices del futuro escritor, quien, en las notas autobiográficas escritas mucho más tarde, recuerda las sesiones domésticas dedicadas a un teatro inventado por él mismo, los duetos vocales que cantaba con una de sus hermanas, y una serie de mascaradas, imaginadas y representadas ante sus padres y hermanos, para expansión de la imaginación de Charles y diversión de los espectadores ocasionales. También corresponden a estos años las primeras lecturas de nuestro autor, que incluyen, entre otros, libros claramente construidos sobre la base de la permanente captación de la atención y la curiosidad del lector, como es el caso de *Las mil y una noches*, que Dickens devoró con verdadera pasión.

La familia se trasladó más adelante a Camden Town, un suburbio de Londres, y allí empezaron los problemas para los Dickens: en 1824, al no poder hacer frente a una deuda acumulada a causa de un deseo mal calculado —y peor ejecutado— de prosperar y conseguir cierta posición en la capital, John Dickens fue encerrado por deudas en la prisión de Marshalsea, en la metrópoli inglesa. Por aquel tiempo —como se leerá en las páginas de la presente novela, pero sobre todo en *Oliver Twist* y en *David Copperfield*— era habitual que las familias de los presos se alojaran en el propio centro penitenciario, en pésimas condiciones por cierto, al lado de los que cumplían sentencia, pues se suponía,

con excelente criterio, que una familia no podía subsistir de ningún modo sin los ingresos aportados regularmente por el jefe de la casa. La mujer y los ya por entonces numerosos hijos de John Dickens —a excepción de Charles, el futuro escritor, que quedó en la calle en condiciones prácticamente de vagabundo— abandonaron el domicilio de Camden Town y se instalaron en la cárcel.

Para subvenir a las necesidades de padres y hermanos, Charles empezó entonces una larga carrera de pequeños oficios mal remunerados (como correspondía a las condiciones del trabajo infantil en aquella época, circunstancia que más tarde ocuparía también muchas de las páginas del escritor), entre los que destaca el trabajo en una fábrica de betún para zapatos. Más adelante, ya muchacho, pudo reemprender los estudios primarios que había iniciado cuando niño, y en 1827 se empleó como «chico para todo» en una oficina de dudosa respetabilidad —de las que también se encuentran muchas, especialmente dedicadas a litigios, en sus novelas, empezando por la que el lector tiene en las manos—, alternando este trabajo con el estudio de la taquigrafía, técnica de escritura rápida que al futuro novelista le pareció, con notable sagacidad, que le presentaría fructíferas perspectivas laborales. Dickens destacó hasta tal punto en este oficio que llegó a convertirse en uno de los taquígrafos más apreciados en los círculos profesionales en los que esta habilidad resultaba imprescindible, como es el caso de los despachos de pasantes de abogados, de los procuradores y hasta de los propios abogados, gremio que, por cierto, no se salva de un retrato mordaz y de enorme perspicacia en las páginas de *Pickwick*.

Este extremo de su biografía no es baladí, sino todo lo contrario, pues, gracias a un empleo que le obligaba a una escritura rápida, pero también, en segunda instancia, gracias a una imprescindible organización escrupulosa de las notas, a una labor de síntesis, y, en definitiva, a una composición que tenía que ser, en el fondo, de cuño «literario», Dickens adquirió los rudimentos del oficio al que terminaría dedicándose el resto de su vida. Esto se produjo de un modo progresivo: Dickens no tardó en convertirse en *reporter* en Doctor's Commons, en Londres, y más tarde en la Cámara de los Comunes, para la cual tuvo que realizar, en parte siguiendo su propia imaginación, más de un reportaje político sobre cuestiones de candente actualidad en el Londres de aquel momento. En este sentido, Dickens había redactado un informe sobre un famoso pleito por incumplimiento de promesa matrimonial que es, sin lugar a dudas, el punto de partida de uno de los hilos argumentales más felices de *Pickwick*, es decir, la causa «Bardell contra Pickwick», que el lector leerá en el capítulo XVIII y en otros.

A todo lo dicho hasta aquí acerca de la juventud de Dickens cabría añadir algunas observaciones de orden histórico. El autor nació bajo la Regencia de 1811-1820 (tan bien reflejada en las novelas de Jane Austen); vivió bajo el reinado de Guillermo IV (1830-1837, periodo que incluye el movimiento del

Acta Reformista de 1832), y desde 1837 y para el resto de su vida vivió bajo el cetro de la reina Victoria (1837-1901). En los tiempos difíciles en los que Dickens se educó, que son también los años, como se ha dicho, en los que se definen las características fundamentales de toda su obra, el autor conoció una terrible escasez, como la conocieron de un modo especial los medios rurales ingleses: fue la carestía que determinó la promulgación de la famosa Corn Law (1815), que reducía drásticamente los beneficios de los grandes productores de trigo en beneficio de un mayor acceso de la población a un alimento tan básico como el pan. También en su juventud, Dickens asistió al enorme movimiento migratorio de la población rural hacia los grandes centros urbanos, progresivamente industrializados —Londres, Manchester y Birmingham en especial—, que aseguraron cierto progreso material (por no decir la supervivencia) a grandes masas de la población inglesa de la época. De todos modos, la precariedad de los puestos de trabajo era absoluta, y por esta razón los alborotos protagonizados por la clase obrera fueron en preocupante aumento, hasta tal punto que tuvo que promulgarse la célebre Riot Act para frenar el movimiento que, desde otro ángulo y en la misma Inglaterra, Marx y Engels aprovecharían en beneficio de su causa. La educación se hallaba en manos de la Iglesia y de instituciones caritativas en buena medida vinculadas a ella, como se lee en otras novelas del escritor, y también en esta. Dickens conoció este tipo de educación represiva, severa y con mala nutrición, un modelo educativo que, con los años, se suavizaría un poco bajo los auspicios siempre benevolentes, pero puritanos hasta extremos propiamente novelescos, de la moral victoriana.

Nuestro autor vivió, pues, en una época llena de contradicciones, de pugnas entre lo que acabarían siendo las «clases sociales» organizadas de la segunda mitad del siglo XIX, y en medio de una permanente remodelación del escenario social británico. Estas contradicciones fueron las que puso de relieve en su obra, aunque lo hiciera siempre, por así decirlo, sin acritud. En modo alguno puede decirse que Dickens sea un escritor socialista, y menos todavía un candidato a formar parte de las huestes de la Primera Internacional Comunista. Su punto de vista ante este tipo de cuestiones, ante la situación de los pobres y los privilegios de los ricos, fue una actitud que debe ser llamada, pura y llanamente, cristiana: es lo que se observa ya en su primera novela, como explicaremos más adelante, y lo que alcanza un punto culminante en las dos novelas que narran, de modo diferido, su propia experiencia infantil, es decir, las ya citadas *Oliver Twist* y *David Copperfield*.

Con el escaso bagaje literario citado, y en el seno de una sociedad que solo hemos caracterizado por encima, quedaron asentadas, en cierto modo, las bases de la futura categoría como escritor de Dickens, algo que no tardó en ponerse de

manifiesto. Impulsado por la labor de *reporter*, el joven Charles se sintió empujado a la redacción de crónicas y reportajes de corte urbano *inventados* y ya no sacados del natural, como había hecho hasta entonces, y empezó a publicar en 1836, en el *Monthly Magazine*, las llamadas *Escenas de la vida de Londres por «Boz»*, que firmó con este seudónimo de inspiración bíblica. El crédito que merecieron estos relatos y el hecho de que se aproximaran con tal grado de veracidad a situaciones y ambientes urbanos de la época hicieron que Dickens cosechara ya por entonces —es decir, solo con veinticuatro años— un cierto prestigio en los medios literarios de la ciudad. Los periódicos ingleses de la época, como en cierto modo han seguido haciendo hasta la actualidad, eran la cantera de muchos escritores; y se consideraba lógico, además de un aprendizaje de la mejor categoría, iniciarse en la carrera de escritor en las páginas de un rotativo. Alentado por un editor, Dickens reunió una buena serie de sus cuentos y los publicó en forma de libro en ese mismo año.

Esta publicación le dio a Dickens alas para emprender la segunda de sus empresas literarias propiamente dichas, y sin duda la que le abrió de un día para otro las puertas de la fama, de un modo no muy distinto a como Lord Byron se convirtió en un escritor famoso, «de la noche a la mañana» según su propia expresión, a raíz de la publicación de su poema *Peregrinación de Childe Harold*. Así fue como, en el mismo año de gracia de 1836, el editor del periódico *Evening Chronicle* propuso al joven Dickens la redacción de una serie de episodios —que iban a editarse por entregas, como solía hacerse— que narrarían las aventuras de una delegación de varios miembros de un imaginario club londinense por la ciudad de Londres y sus alrededores. Merece la pena detenerse un poco en la explicación de lo que significa este «subgénero» de la literatura narrativa.

La novela por entregas fue el modo más habitual de publicar novelas (no otros géneros literarios) durante todo el siglo XIX y parte del XX: para poner un ejemplo glorioso, el propio Flaubert ofreció a los lectores franceses *Madame Bovary* en este formato antes de publicar la obra en forma de libro. Tanto los escritores franceses como los ingleses, los rusos o los españoles usaron este procedimiento para publicar sus novelas (hoy diríamos para su «prepublicación», pero ya veremos hasta qué punto este término traiciona la verdadera dimensión de la publicación por entregas). Los editores de un periódico o de una revista solicitaban de un escritor —no alguien precisamente con renombre, sino más bien un buen «cronista» de hechos diversos de actualidad, o que pudieran pasar por ciertos gracias a los mecanismos de la verosimilitud literaria— que desarrollara un argumento determinado, muchas veces sugerido, si no obligado, por la dirección literaria de la publicación. El

escritor, entonces, con unos plazos que solían ser quincenales pero que llegaban a ser, en otros casos, mensuales, se obligaba a desarrollar el argumento sugerido, dando más o menos rienda suelta a su imaginación.

Cuando Dickens, por ejemplo, empezó la serie del Club Pickwick, su editor periodístico, Chapman and Hall, no solo le obligó a someterse al género de «narración de viaje doméstico de una delegación de cuatro caballeros de una sociedad diletante típicamente inglesa», sino que también le obligó, en principio, a escribir cada una de sus entregas literarias a partir de los dibujos que le iría presentando el dibujante correspondiente. Así solía hacerse: un dibujante de fama tenía a su «escritor» de turno. En el caso que nos ocupa, *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, el dibujante resultó ser el muy conocido Robert Seymour, quien, antes de que Dickens empezara a escribir una sola línea del libro, le presentó un dibujo, el primero de la serie, en el que se veía a trece miembros de una sociedad de las características que hemos dicho, entre ellos los cuatro que Dickens seleccionaría para narrar por entregas las aventuras de la delegación del Club capitaneada por Samuel Pickwick. En el dibujo de Seymour los trece miembros aparecen sentados en torno a una mesa rectangular, con dos velas encima de la mesa y una lámpara —posiblemente ya de gas— colgando del techo. Uno de ellos, calvo y rechoncho, de edad mediana, vistiendo la levita propia de la época y encaramado a una silla, parece estar dirigiendo un discurso al resto de los miembros del Club, quizá anunciando las andanzas que se propone realizar en fecha próxima y de las que luego informará puntualmente, como jefe de la expedición, al resto de los miembros de la sociedad.

Esta era una práctica enormemente divulgada en la Inglaterra de aquel tiempo: los ingleses amaban tanto el calor y el confort del hogar —*Home, Sweet Home*—, y las comunicaciones eran tan complicadas y los caminos tan impracticables que, cuando los ciudadanos acomodados sentían curiosidad por conocer cabalmente a sus compatriotas, sus costumbres y los lugares más diversos de su país —por no hablar de cuando se trataba de países remotos y exóticos—, enviaban a «exploradores» a visitar esos lugares y a conocer a esas gentes, sin moverse de sus casas o de su ciudad, y los viajeros les informaban luego acerca de todos los avatares y curiosidades que el viaje hubiese presentado. Así, para poner un ejemplo muy fecundo en las letras inglesas y alemanas del periodo romántico, Richard Chandler viajó también para una sociedad londinense, a finales del siglo XVIII, a Grecia y Asia Menor, y de sus reportajes ulteriores no derivó tan solo el deleite de los socios sedentarios, sino también la información acerca de estos países, imprescindible para muchos escritores que, durante aquella época, decidieron ambientar sus obras en países lejanos e ignotos para la mayoría: este fue el caso, por ejemplo, de la única novela de Friedrich Hölderlin *Hiperión o el eremita en Grecia*.

Pero sigamos con el dibujo de Seymour, el primero que Dickens tenía que

«ilustrar» con palabras. En un primer plano se distinguen, en el suelo, como preparados para ser usados durante el primer episodio o la primera «salida» de los cuatro miembros viajeros del Club, o cuando menos en una de las primeras, los aparejos necesarios para practicar la pesca: cañas de pescar, una cesta de mimbre y una red (pues las instrucciones del editor habían sido, ya para el dibujante, que la novela tenía que parodiar la afición a los deportes campestres de los londinenses de aquel tiempo). Pues bien: Dickens, que nunca mostró interés alguno por el arte de la pesca y que poseyó desde joven cierta vehemencia, no hizo el menor caso a esta «recomendación» que le venía dictada por el dibujante, y no hizo salir a pescar a sus cuatro personajes, ni en el primer episodio, ni en ninguno de los siguientes. El editor llamó al orden al joven Dickens, y este realizó uno de los primeros actos de rebeldía de los escritores de novelas por entregas que se conocen en la historia de este formato editorial: le dijo a su editor que no pensaba someterse a las órdenes del dibujante, y que más bien deseaba que el dibujante se sometiera, en cada entrega, a los episodios que él iba a describir periódicamente, pues la literatura, suponemos que diría, le parecía más importante que el diseño. La disputa entre Seymour y Dickens fue, por lo que dicen los biógrafos del escritor, solemne, y aquel no llegó a completar la serie de ilustraciones, por los avatares que contaré. Seymour llegó a dibujar la escena de «El cochero agresivo», la de «El perro sagaz», la de «El doctor Slammer desafiando a Jingle», la de «La muerte del payaso», la de «El señor Pickwick a la caza de su caballo» y la de «El señor Winckle tratando de sujetar al caballo arisco»; pero ya cuando Dickens incluyó, en lo que luego sería el capítulo III del libro, la narración intercalada del «Cuento del cómico de la legua», Seymour creyó que el novelista se estaba alejando de un modo irritante de las secuencias que él mismo había imaginado y que consideraba, con gran soberbia, prioritarias. El caso es que Seymour no tuvo ni siquiera tiempo de pelearse a fondo con el escritor, porque, a causa de este disgusto o por las razones que fuera, se suicidó después de haber entregado la última ilustración citada anteriormente, aquí en el capítulo V.

No fue fácil encontrarle un sustituto: Dickens pensó en el gran dibujante George Cruikshank, que ya había iluminado con mucho arte sus *Escenas de la vida de Londres por «Boz»*, pero el editor sugirió el nombre de un jovencísimo William M. Thackeray, que más adelante sería el otro gran novelista de la era victoriana. Por fin, para fortuna de las entregas restantes y de las ediciones ilustradas de este gran libro, el dibujante escogido fue Hablot K. Browne, quien, con el seudónimo y parónimo de «Phiz», se encargaría también de ilustrar una gran cantidad de obras ulteriores de nuestro autor. Debe decirse a favor de Phiz que, quizá a causa de su corta edad, se sometió sin violencia alguna a los designios del escritor: de la colaboración entre ambos surgió uno de los libros ilustrados más preciosos de la novela inglesa del siglo XIX y de todos los tiempos.

Pero hay algo más que conviene subrayar sobre este formato de publicación de novelas. En aquel tiempo, un escritor que libraba quincenal o mensualmente un episodio de una novela —más todavía en el caso de un autor recién casado que, además, tenía que asistir todavía a sus padres y hermanos con trabajos más lucrativos que la escritura— no tenía propiamente en la cabeza, antes de empezar su labor, el plan general y completo de la obra; tenía quizá una idea aproximada de lo que iba a suceder, pero básicamente improvisaba a medida que vencían los plazos de entrega. Aquí interviene un factor de los que hoy estudia, de un modo especializado, la llamada «teoría de la recepción literaria»: el escritor podía percibir, entrega tras entrega —por los comentarios de lectores conocidos, por las cartas enviadas al director de la publicación, o por otros medios— hasta qué punto lo que estaba escribiendo era del agrado o no de sus lectores, y podía, de este modo, torcer sus planes iniciales (cuando los tenía) en favor de otros más adecuados a la «demanda» espontánea de su público. Esto fue, propiamente, lo que marcó, desde *Pickwick* y para el resto de su producción, el modo de concebir la literatura, y hasta el estilo, de Charles Dickens. Para poner un ejemplo, cuando Dickens incorporó a la entrega número seis de *Pickwick* (entrega que no se corresponde con los capítulos que acabó presentando el libro: aquí se trata del capítulo X) al personaje popular de Sam Weller —provisto de un lenguaje característico, el denominado *cockney*, o inglés de la baja clase urbana de Inglaterra, en especial de Londres—, las ventas del *Evening Chronicle* se dispararon: el tiraje pasó de cuatrocientos ejemplares a cuarenta mil; se trata de uno de los éxitos más sorprendentes de la historia de la novela por entregas. No es necesario decir que, con estas entregas, y luego con la publicación de las mismas en forma de libro, en 1837, Dickens se ganó para el resto de su vida el favor de un público muy amplio en Inglaterra, desde la clase aristocrática al pueblo llano, pasando por el público burgués urbano, que en la Europa de los siglos XVIII y XIX fue el más aficionado a la lectura.

Los papeles póstumos del Club Pickwick pudo haber acabado como uno más de los folletines que se escribían en la época, con independencia de su éxito de ventas; pues en su momento no lo tuvo de crítica, como suele suceder cuando aparece un libro de verdadero genio en el mundo editorial. Pero muy pronto se puso en evidencia que, no solo en el marco general de la producción novelesca de Dickens, sino aun en el cuadro general de la literatura europea moderna y contemporánea, *Pickwick* alcanzaba las cotas propias de las obras maestras. La obra es considerada todavía hoy, por muchos lectores (los ingleses y los catalanes, por la versión de Josep Carner, en especial), como la mejor de su

autor, aunque, por las razones que ya hemos aducido, no sea la mejor construida.

Como queda dicho, la novela no era precisamente original, pues novelas de aventuras, de caballeros andantes y de lances y correrías de una serie de personajes sobre un terreno plural las había a montones en la tradición literaria inglesa anterior a nuestro autor. El mismo Dickens reconoció su deuda con Cervantes —de quien calcó, posiblemente por mediación de autores ingleses del XVIII, la contraposición entre un caballero leído y la naturalidad asilvestrada de un mozo sin lecturas— y también con los grandes novelistas de su país que imitaron al novelista español, en especial Laurence Sterne, Henry Fielding y Tobias Smollett. La trama argumental, por su lado, no presenta la estructura perfectamente trabada de algunas de las obras de madurez de Dickens, como *La Casa lúgubre*; solo dos de los cuatro miembros del Club, el propio Pickwick y Winkle, y con ellos, naturalmente, Sam Weller, poseen el perfil de los grandes personajes matizados, pero ni Tupman ni Snodgrass, y tampoco muchos otros personajes del libro, adquieren ese hálito de seres reales que suele ser imprescindible en el arte de la novela; la recurrencia —tan cervantina, otra vez— a las novelas intercaladas no siempre resulta feliz, y despista más que orienta (hay nueve de ellas, y son a veces estupendas, pero otras ligeramente tediosas); por otro lado, los guiños permanentes a las escenas góticas, lúgubres o cargadas de misterio, recuerdan demasiado a la tradición romántica, a Walter Scott en especial, para que puedan ser consideradas asombrosas.

Y, sin embargo, *Los papeles póstumos del Club Pickwick* se sitúa hoy, en el panorama de la novela inglesa, en un lugar tan destacado, o más, que *Tom Jones*, *Joseph Andrews* o *Tristram Shandy*; y, en el panorama de la novela universal de los últimos cinco siglos, en un lugar equiparable con el *Quijote* por lo que respecta a la repercusión que ambos libros han tenido en sus respectivos países, o con Shakespeare y su Falstaff en lo que se refiere a la creación de un personaje de rasgos imperecederos.

No es fácil, en términos generales, explicar las razones del genio, entre otros motivos porque no son precisamente genios los que buscan argumentos para explicarse, y aún menos aceptar, el talento de los demás. Pero algo puede decirse como aproximación al enorme valor del libro que el lector tiene en sus manos. Ante todo, como ya se ha dicho, Dickens irrumpió en la tradición novelesca inglesa con un libro que dejaba en un lugar enormemente secundario al cúmulo de novelas góticas, históricas y sentimentales que había generado el romanticismo inglés. En segundo lugar, Dickens consiguió con *Pickwick* (como pocos autores hasta el momento en la historia de la lectura de novelas en el mundo de habla inglesa) interesar por igual a las sólidas capas aristocráticas de Inglaterra y a la prolija clase burguesa, tanto urbana como rural, en la medida en que situó las aventuras de los cuatro miembros del famoso Club en los medios

más dispares que quepa imaginar: aparecen primero unas cuantas escenas rurales, luego la acción se centra en la ciudad de Londres, llegan luego varios episodios en los alrededores de la capital, vuelta a la gran ciudad, y, por fin, Pickwick toma un retiro merecido, una vez disuelto el Club, no lejos de Londres, en una escena del más puro cuño horaciano, también volteriano: *beatus ille*… El tercer elemento destacable, aunque bien podría ser considerado el primero de ellos, es el hecho de que Dickens demostró un dominio de la lengua inglesa que no tiene nada que envidiar al de los grandes creadores de lenguaje de su tradición: la retórica «aristocratizante» con que se expresa el señor Pickwick, o la aparición, como se ha dicho, del personaje de Sam Weller y luego de su padre, ambos del pueblo llano, así como la aparición del extraño lenguaje taquigráfico del señor Jingle, elevan esta obra en apariencia intrascendente a un lugar destacadísimo en los anales de la caracterización de personajes de la novela universal. En cuarto lugar, el balance entre las *set pieces* convencionales, tan habituales en la novela inglesa del siglo XVIII —como las cacerías de Winkle, el partido de críquet del capítulo VII o la sesión de patinaje del capítulo XXX—, las escenas de recogida cordialidad, de amabilidad extrema y de sentimientos nada dulzones —como el incomparable encuentro de Samuel Weller con su padre después de la muerte de la madrastra de Sam, en el capítulo LII—, y, por fin, los episodios relativos a la crítica mordaz de la abogacía londinense —casi siempre en torno a la causa «Bardell contra Pickwick»—, este equilibrio, decíamos, está tan hábilmente dosificado y presentado que la novela constituye, hoy como ayer, una de las fuentes más reveladoras del estado de las clases sociales y de sus pugnas en los convulsos años del reinado de Guillermo IV: la revolución industrial hace ya acto de presencia en este libro, con todas sus contradicciones (luego Dickens haría énfasis en esta cuestión fundamental de la Inglaterra del siglo XIX en otras muchas novelas), y no falta una consideración inteligente de la enorme transformación de la ciencia, la técnica y las costumbres que significó esta revolución.

Y, por fin, lo que aquí consideramos como lo más grande de este libro: la extrema amabilidad que impregna la casi totalidad de sus páginas; el humor benevolente y magnánimo del señor Pickwick, la nobleza con la que este trata a su criado, Sam Weller, y la observancia y lealtad con las que Sam trata a su señor, hasta el punto de que, al final del libro, decide no casarse ni tener hijos hasta que vea a su amo en la situación confortable y pacífica de su retiro campestre, y la generosidad, la simpatía y la liberalidad con que son tratados asuntos que podrían haber caído de lleno en lo escabroso o lo desagradable para los lectores de su tiempo. Todos estos elementos, mezclados con una habilidad prodigiosa y, sobre todo, articulados por gracia de un estilo que entra de lleno en la definición que Cicerón concedió a este término —*motus continuus animum*, movimiento continuo de un alma, de un espíritu, de un ser humano— convierten

Los papeles póstumos del Club Pickwick, casi sin voluntad expresa del autor y, por supuesto, sin la más mínima mojigatería, en uno de los libros más seria y profundamente cristianos que se han escrito jamás.

No fue necesario que Dickens llevara una vida piadosa, y menos todavía santurrona, porque no la llevó nunca: bastó que recogiera de su desgraciada experiencia infantil todo lo positivo que el sufrimiento lleva al corazón de un hombre deseoso de sacar de la vida las más altas lecciones morales que esta pueda ofrecerle. Bastó que delegara en la persona de Samuel Pickwick la propia experiencia del bien y del mal en sus aspectos más brutales, y que repartiera entre sus lectores no el resentimiento sino la benignidad, no el resquemor sino la benevolencia, no la animosidad sino la más clara de las indulgencias. Como se ha dicho a menudo, siempre es Navidad en Dickens, quien, por lo demás, escribió uno de los mejores cuentos jamás escritos sobre ese día, y, además, una deliciosa *Vida de Jesucristo* para edificación de sus hijos. La aurora y la templanza que nacen en los corazones de los hombres en un día tan señalado, ese amanecer que en Dickens parece permanente, siempre victorioso sobre las sombras y la noche, despuntó por vez primera, con una fuerza y una eficacia poética insólitas, en estos prodigiosos *Papeles del Club Pickwick*. He aquí un argumento al que no suele recurrir la crítica literaria, pero que ya usaron, en su momento, G. K. Chesterton y W. H. Auden para señalar la grandeza de este libro que ahora empezará a transcurrir para deleite y enseñanza de los lectores.

JORDI LLOVET
2004

1812 El 7 de febrero nace Charles John Huffam Dickens en Portsmouth, donde su padre trabaja como empleado de la oficina de pagos de la Armada Real. Es el primogénito de una familia de ocho hermanos, dos de los cuales murieron a

	temprana edad.
1817	Después de ser destinado a Londres y Sheerness, y de cambiar con frecuencia de domicilio, John Dickens se establece en Chatham con su familia.
1821	Asiste a la escuela local.
1822	La familia

regresa a Londres.

1824 Su padre ingresa tres meses en la cárcel de deudores de Marshalsea. Durante ese período y algún tiempo después, Dickens trabaja en una fábrica de betunes, etiquetando botellas.

1825-7 Reanuda los

	estudios en la Wellington House Academy, en Hampstead Road, Londres.
1827	Trabaja como ayudante de un abogado.
1830-3	Se enamora de Maria Beadnell.
1830	Es admitido como lector en el Museo Británico.
1832	Trabaja como periodista

político después de estudiar taquigrafía. Se pierde una prueba de interpretación en Covent Garden a causa de una enfermedad.

1833 Publica su primer cuento, «A Dinner at Poplar Walk», en el *Monthly Magazine*.

1834-5 Aparecen otros

	cuentos y artículos en el *Monthly Magazine* y en otras publicaciones periódicas.
1834	Empieza a trabajar como periodista en el *Morning Chronicle*.
1835	Se compromete con Catherine Hogarth, hija del editor del

Evening Chronicle.

1836 Se publican la primera y la segunda entrega de *Escenas de la vida de Londres por «Boz»*. Se casa con Catherine Hogarth. Conoce a John Forster, su consejero literario y futuro biógrafo. Se representan

profesionalmente en Londres *The Strange Gentleman*, una farsa, y *The Village Coquettes*, una opereta pastoril.

1837-9 Dirige la publicación *Bentley's Miscellany*.

1837 *Los papeles póstumos del Club Pickwick* se publica en un

	único volumen (en entregas mensuales durante 1836 y 1837). Nace el primero de sus diez hijos. Muere Mary Hogarth, su cuñada.
1838	*Bentley's Miscellany* publica *Oliver Twist* en tres volúmenes (en entregas mensuales entre 1837 y 1839).

Visita escuelas en Yorkshire como modelos de Dotheboys, la escuela a la que asistirá Nicholas Nickleby.

1839 Se publica *Nicholas Nickleby* en un volumen (en entregas mensuales entre 1838 y 1839). Se muda al número 1 de Devonshire Terrace, en el

Regents Park de Londres.

1841 Declina la invitación de presentarse como candidato al Parlamento. Se publican, en volúmenes separados, *La tienda de antigüedades* y *Barnaby Rudge* después de aparecer por entregas semanales en

Master Humphrey's Clock entre 1840 y 1841. Se celebra, en su honor, una cena pública en Edimburgo.

1842 Desde enero hasta junio realiza su primer viaje a Norteamérica, que narra en los dos volúmenes de *Notas de*

América. Georgina Hogarth, su cuñada, se muda con la familia de forma permanente.

1843 Imparte una conferencia sobre la prensa en la Sociedad de Impresores Retirados, seguida de otras a lo largo de su carrera en defensa de

múltiples causas. En diciembre se publica «Canción de Navidad».

1844 Se publica *Las aventuras de Martin Chuzzlewit* en un volumen (en entregas mensuales durante 1843 y 1844). Viaja con su familia a Italia, Suiza y Francia. Dickens vuelve a Londres

por poco tiempo para leer «Las campanas» a un amigo antes de que se publique en diciembre.

1845 Regresa de Italia con su familia. En Navidad se publica «El Grillo del Hogar». Escribe un «Fragmento autobiográfico» (?1845-1846), que no sale a la

luz hasta la publicación de *The Life of Charles Dickens* de Forster (tres volúmenes, 1872-1874), donde se incluye.

1846 Es nombrado editor jefe del *Daily News*, pero renuncia al cargo después de diecisiete números. Se publica *Estampas de*

Italia. Viaja con su familia a Suiza y París. En Navidad se publica «La batalla de la vida».

1847 Vuelve a Londres. Participa en la fundación y en la puesta en marcha de un hogar para mujeres sin techo de la señora Burdett Coutts.

1848 Se publica en un solo volumen *Dombey e hijo* (en entregas mensuales entre 1846 y 1848). Organiza y actúa en representaciones teatrales benéficas de *Las alegres casadas de Windsor* de William Shakespeare y *Every Man in His Humour* de Ben Jonson, en

Londres y otras ciudades. En Navidad se publica «El hechizado».

1850 *Household Words*, un periódico semanal «Dirigido por Charles Dickens», nace en marzo y sigue en funcionamiento hasta 1859. Pronuncia un

discurso en la primera reunión de la Asociación Sanitaria Metropolitana. Se publica *David Copperfield* en un volumen (en entregas mensuales entre 1849 y 1850).

1851 Mueren su padre y su hija recién nacida. Más actividades teatrales en

ayuda del Gremio de Arte y Literatura, entre ellas, una representación ante la reina Victoria. *A Child's History of England* se publica por entregas en *Household Words* en tres volúmenes (1852, 1853, 1854). La familia se muda a la Tavistock House,

en Tavistock Square, Londres.

1853 Se publica en un volumen *La Casa lúgubre* (en entregas mensuales entre 1852 y 1853). Dickens organiza por primera vez lecturas públicas (de «Canción de Navidad») para la beneficencia.

1854 Visita Preston, Lancashire, para

	observar la agitación de los obreros. *Tiempos difíciles* aparece por entregas semanales en *Household Words* y se publica en formato de libro.
1855	Conferencia a favor de la Asociación para la Reforma Administrativa. Encuentro

decepcionante con la ahora casada Maria Beadnell.

1856 Compra la casa de campo Gad’s Hill Place, cerca de Rochester.

1857 Se publica en un volumen *La pequeña Dorrit* (en entregas mensuales entre 1855 y 1857). Actúa en el melodrama

Profundidades heladas de Wilkie Collins y se enamora de la joven actriz Ellen Ternan. Aparece *The Lazy Tour of Two Idle Apprentices* en *Household Words*, relato escrito con Wilkie Collins sobre unas vacaciones en Cumberland.

1858 Publica *Reprinted Pieces* (artículos de *Household Words*). Se separa de su mujer, y aparece una declaración en esa publicación. Organiza la primera lectura pública para su propio beneficio en Londres, y hace una gira por la provincia. Su cuñada Georgina

asume la administración de la casa de Dickens.

1859 Nace *All the Year Round*, un periódico semanal de nuevo «Dirigido por Charles Dickens». *Historia de dos ciudades*, ambas publicadas por entregas mensuales en *All the Year Round*,

aparecen en un volumen.

1860 Vende la casa de Londres y se muda con la familia a Gad's Hill.

1861 *Grandes esperanzas* se publica en tres volúmenes después de aparecer semanalmente en *All the Year*

Round (1860-1861). Publica *The Uncommercial Traveller* (artículos de *All the Year Round*); aparece una edición ampliada en 1868. Más lecturas públicas entre 1861 y 1863.

1863 Mueren su madre y su hijo Walter, en la India. Se reconcilia con

Thackeray, con quien se había peleado poco antes de la muerte de su hijo. Publica «La pensión de la señora Lirriper» en el número especial de Navidad de *All the Year Round*.

1865 Se publica en dos volúmenes *Nuestro amigo común* (en entregas

mensuales entre 1864 y 1865). Dickens queda bastante afectado tras sufrir un accidente de tren en Staplehurst, Kent, cuando volvía de Francia con Ellen Ternan y su madre.

1866 Empieza otra tanda de lecturas. Compra una casa en Slough para Ellen. Aparece

«Mugby Junction» en el número especial de Navidad de *All the Year Round*.

1867 Ellen se muda a Peckham. Viaja por segunda vez a América. Ofrece lecturas en Boston, Nueva York y Washington, entre otras ciudades, a pesar de su cada vez más

deteriorada salud. Aparece «La declaración de Georg Silverman» en el *Atlantic Monthly*, y en 1868 en *All the Year Round*.

1868 Vuelve a Inglaterra. Ahora las lecturas incluyen el sensacional episodio de Sikes y Nancy de *Oliver Twist*. Su

salud empeora.

1870 Más lecturas en Londres. *El misterio de Edwin Drood* se publica en seis entregas, y se intenta completar en doce. Muere el 9 de junio, después de un infarto, en Gad's Hill, a la edad de cincuenta y ocho años. Lo entierran en la abadía de

Westminster.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

La presente traducción de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, quizá el mejor trabajo de José María Valverde en este género tan complicado y sin duda una cima en la historia de la traducción en España, se publicó por vez primera en 1980. La versión es magnífica, y no requería en absoluto una revisión a fondo. Las escasas intervenciones del editor de este volumen han consistido, pues, en modificar la puntuación de acuerdo con los usos tipográficos de nuestros días y en nuestra lengua (Valverde los vertió casi todos «literalmente»), corregir algún *lapsus* ocasional, dividir los párrafos también de acuerdo con nuestras costumbres y, quizá especialmente, otorgar a Sam Weller un lenguaje que no presente de manera exagerada la impronta de lo que en lengua inglesa aparece con mayor claridad, frecuencia y eficacia de lo que puede aparecer en lengua española, es decir, el dialecto *cockney*, propiamente intraducible. Hemos respetado la estrategia que usó Valverde, haciendo que Weller y otros personajes de la novela se expresen, aquí y allá, con «andalucismos» o con similares desviaciones de la norma lingüística; como, por ejemplo, la elisión de la consonante o de toda la última sílaba en la terminación de los participios regulares y de ciertos adjetivos y sustantivos (*llegao, abogao, comío, desgraciá*), la elisión de la consonante final en ciertos vocablos (*usté*, por ejemplo), o la contracción de ciertas expresiones y adverbios muy frecuentes como «por *ná*», «*to* el mundo», «*toos* los miembros del Club», etcétera. En todos estos casos, hemos optado por la letra cursiva, en lugar de los apóstrofes que usó nuestro traductor.

Tal como viene haciéndose desde la edición de 1837, nuestra edición adopta una división capitular que no se corresponde con las entregas mensuales del *Evening Chronicle*, que fueron veinte en total, entre abril de 1836 y noviembre de 1837, a cuyo término apareció la primera edición como volumen. El lector interesado puede consultar cualquier estudio sobre la génesis de *Pickwick* para saber qué entregas corresponden a cada capítulo; en todo caso, el encargo que recibió el autor, por lo menos después de la muerte de Seymour, fue que escribiera doce mil palabras por entrega y mes.

La edición inglesa original en forma de libro presenta cincuenta y seis capítulos, pero el propio Dickens insinuó más tarde una segregación en uno de ellos, más largo que los demás; y todas las ediciones, desde entonces, presentan los mismos cincuenta y siete capítulos que se verán en la presente edición.

J. L.

Los papeles póstumos
del Club Pickwick

I
LOS PICKWICKIANOS

El primer rayo de luz que ilumina la tiniebla y convierte en fulgor deslumbrante esa oscuridad en que parecen envolverse los comienzos de la historia de la vida pública del inmortal Pickwick surge al leer las siguientes anotaciones en las «Actas del Club Pickwick», que el editor de estos escritos siente el más alto placer en presentar ante sus lectores, como prueba de la cuidadosa atención, infatigable asiduidad y elegante discriminación con que se ha desarrollado su investigación entre los diversos papeles a él confiados.

«12 de mayo de 1827. Bajo la presidencia del señor Joseph Smiggers, VPPMCP.[1] Se aprobaron por unanimidad las siguientes resoluciones:

»Que esta Asociación ha escuchado, con sentimientos de satisfacción sin reservas y con aprobación incondicional, la lectura del informe presentado por el señor Samuel Pickwick, PGMCP,[2] bajo el título "Hipótesis sobre las fuentes de los estanques de Hampstead, con algunas observaciones sobre la Teoría de los Renacuajos", y que esta Asociación ha acordado que conste en acta su más cálido agradecimiento al mencionado señor Samuel Pickwick por dicha lectura.

»Que, por lo mismo que esta Asociación percibe vivamente las ventajas que para la causa de la ciencia han de derivarse del estudio antes tomado en consideración —así como de las incansables investigaciones que el señor Samuel Pickwick, PGMCP, ha llevado a cabo en Hornsey, Highgate, Brixton y Camberwell— no puede menos de considerar con interés los inestimables beneficios que inevitablemente resultarán de trasladar los estudios de este docto caballero a un campo más extenso, ampliando sus viajes y, en consecuencia, ensanchando su esfera de observación, para el avance del conocimiento y la difusión del saber.

»Que, con el mencionado objetivo, esta Asociación ha considerado seriamente una propuesta presentada por el susodicho señor Samuel Pickwick, PGMCP, y otros tres pickwickianos, cuyos nombres se hacen constar más abajo, para formar una nueva rama de Pickwickianos Unidos bajo el título de Sociedad Correspondiente del Club Pickwick.

»Que la mencionada propuesta ha sido aprobada y sancionada por esta Asociación.

»Que la Sociedad Correspondiente del Club Pickwick queda por consiguiente constituida desde ahora; y que los señores Samuel Pickwick, PGMCP, Tracy Tupman, MCP, Augustus Snodgrass, MCP, y Nathaniel Winkle, MCP, quedan nombrados miembros de la misma, y que serán requeridos para que, de vez en cuando, presenten informes directos de sus viajes e investigaciones, de sus observaciones sobre costumbres y caracteres, y de la totalidad de sus aventuras,

juntamente con todas las narraciones y documentos a que puedan dar lugar la contemplación de los lugares o sus recuerdos, dirigiéndose al Club Pickwick, radicado en Londres.

» Que esta Asociación admite cordialmente el principio de que cada miembro de la Sociedad Correspondiente sufrague sus propios gastos de viaje; y que no ve en absoluto ninguna objeción en cuanto a que los miembros de la mencionada Sociedad continúen sus investigaciones durante toda la extensión de tiempo que les parezca bien, bajo los mismos términos.

» Que los miembros de la susodicha Sociedad Correspondiente han de ser informados, y lo son por la presente, de que su propuesta de pagar el franqueo de sus cartas[3] y el transporte de sus paquetes ha sido objeto de debate por parte de esta Asociación; y que esta Asociación considera tal propuesta digna de las grandes mentes de que ha emanado, y expresa en esta acta su total aquiescencia a ella.»

Un observador casual, añade el secretario, a cuyos apuntes debemos el siguiente informe, un observador casual quizá no habría notado nada extraordinario en aquella cabeza calva y en las redondas gafas que estaban atentamente dirigidas hacia su cara (la del secretario), durante la lectura de las resoluciones que se expresan más arriba; para quienes supieran que era el colosal cerebro de Pickwick el que estaba trabajando bajo esa frente, y que eran los resplandecientes ojos de Pickwick los que centelleaban tras esos cristales, tal espectáculo resultaba realmente interesante. Allí estaba el hombre que había rastreado hasta sus fuentes los poderosos estanques de Hampstead y había agitado el mundo científico con su Teoría de los Renacuajos; allí estaba, tan tranquilo e inalterable como las profundas aguas de aquellos en un día de hielo, o como una muestra solitaria de estos en el más íntimo retiro de una olla de barro. Y cuánto más interesante llegó a ser tal espectáculo cuando, adquiriendo plena vida y animación al brotar un grito simultáneo de « ¡Pickwick!» entre sus seguidores, el ilustre caballero se encaramó lentamente sobre la butaca Windsor en que había estado sentado, para dirigir la palabra al club que había fundado él mismo. ¡Qué hermoso apunte ofrecía esa escena para un artista! El elocuente Pickwick, con una mano graciosamente oculta tras los faldones de la levita y la otra agitándose en el aire para apoyar su ardiente declaración; dejando ver, por su elevada situación, esas polainas y calzones que, si hubieran revestido a un hombre corriente podrían haber pasado inadvertidas, pero que, desde el momento en que Pickwick los revestía —si podemos usar esta expresión—, inspiraban involuntariamente respeto y temor, rodeado por los hombres que se habían ofrecido para compartir los peligros de sus viajes y que estaban destinados a participar en las glorias de sus descubrimientos. A su derecha se sentaba el señor Tracy Tupman, el tan sensible Tupman, que a la sabiduría y experiencia de los años maduros sobreañadía el entusiasmo y ardor de un

muchacho en la más interesante y perdonable de las debilidades humanas: el amor. La edad y la buena mesa habían hecho expansionarse su silueta, en otro tiempo romántica: el chaleco negro de seda se había ido ensanchando cada vez más; pulgada a pulgada, la cadena de oro del reloj había ido desapareciendo, debajo del chaleco, al alcance de la mirada de Tupman, y gradualmente la amplia sotabarba se había desbordado sobre los límites del plastrón blanco; pero el alma de Tupman no había sufrido cambio: la admiración por el bello sexo seguía siendo su pasión dominante. A la izquierda de aquel gran caudillo se sentaba el poético Snodgrass, y al lado de este, a su vez, el deportivo Winkle; aquel, líricamente envuelto en una misteriosa casaca azul con cuello de piel de perro; este, comunicando mayor refulgencia a una cazadora verde nueva, con pañuelo escocés al cuello y pantalones ajustados.

El discurso del señor Pickwick en esta ocasión, junto con el debate subsiguiente, queda anotado en las « Actas» del Club. Ambas cosas ostentan una marcada afinidad con las discusiones en otros famosos organismos y, como siempre es interesante descubrir una semejanza entre las conductas de los grandes hombres, trasladamos el acta a estas páginas.

« El señor Pickwick observó (dice el secretario) que la fama es ansiada por el corazón de todos los hombres. La fama poética era ansiada por el corazón de su amigo Snodgrass; la fama de la conquista era igualmente anhelada por su amigo Tupman; y el deseo de adquirir fama en los deportes del campo, el aire y el agua era lo que predominaba en el pecho de su amigo Winkle. Él (señor Pickwick) no negaría que estaba influido por pasiones y sentimientos humanos (hurras); posiblemente, por debilidades humanas (grandes gritos de "¡No!"); pero sí diría que si alguna vez prendió en su ánimo el fuego del afán de darse importancia, lo había extinguido eficazmente el deseo de beneficiar ante todo a la especie humana. Ser alabado por la humanidad era lo que le daba impulso; la filantropía era su compañía de seguros. (Vehemente ovación.) Algún orgullo había sentido —lo reconocía francamente, y sus enemigos podían sacar el mayor partido de ello—, y algún orgullo había sentido cuando presentó al mundo su Teoría Renacuajiana; pudiera ser bien recibida o pudiera no serlo. (Un grito de "¡Sí que lo es!", y gran ovación.) Aceptaría la afirmación de ese honorable pickwickiano cuya voz acababa de oír; pero aunque la fama de ese tratado se extendiese hasta los más remotos confines del mundo conocido, el orgullo con que se consideraría autor de ese escrito no sería nada comparado con el orgullo con que miraba alrededor de él, en este momento, el más enorgullecedor de su existencia. (Aplausos.) Él era un humilde individuo. ("¡No, no!") Sin embargo, no podía menos de percibir que le habían elegido para un servicio de gran honra y de no poco peligro. Los viajes estaban en un momento de perturbación, y las mentes de los cocheros estaban fuera de quicio. No había más que mirar el mundo y observar las escenas que se formaban en torno a ellos. En todos los trayectos se

volcaban diligencias, se desbocaban caballos, zozobraban barcos y estallaban calderas. (Ovación; una voz: “No”.) ¡No! (Ovación.) Que salga fuera ese honorable pickwickiano que tan sonoramente ha gritado “¡No!”, y que lo niegue si puede. (Ovación.) ¿Quién es el que ha gritado “No”? (Ovación entusiástica.) ¿Era acaso algún vanidoso decepcionado… no diría chabacano (sonora ovación) que, celoso de las alabanzas que —quizá inmerecidamente— se habían otorgado a sus investigaciones (las del señor Pickwick), y escocido por la crítica que se había amontonado sobre sus débiles intentos de rivalidad, ahora adoptaba el procedimiento vil y calumnioso de…?

» El señor Blotton (de Aldgate) se levantó para una cuestión de procedimiento. ¿El honorable pickwickiano aludía a él? (Gritos de “Orden”, “Presidente”, “Sí”, “No”, “Adelante”, “Déjenlo”, etcétera.)

» El señor Pickwick dijo que no admitiría ser silenciado por los gritos.

» En efecto, había aludido a ese honorable caballero. (Gran excitación.) El señor Blotton solo había de decir entonces que rechazaba la falsa e indecente acusación del honorable caballero, con profundo desprecio. (Gran ovación.) El honorable caballero era un farsante. (Inmensa confusión, y fuertes gritos de “Presidente” y “Orden”.)

» El señor Snodgrass se levantó para una cuestión de procedimiento. Se encaramó de un salto sobre la silla. (Rumores de “Atención, atención”.) Deseaba saber si se iba a permitir que continuara esa desdichada discusión entre dos miembros de ese Club. (“Muy bien, muy bien.”)

» El Presidente estaba seguro de que el honorable pickwickiano retiraría la expresión de que acababa de hacer uso.

» El señor Blotton, con todo el respeto posible a la Presidencia, estaba seguro de que no iba a retirarla.

» El Presidente consideró que era su deber imperativo preguntar al honorable caballero si había usado en un sentido vulgar la expresión que se le acababa de escapar.

» El señor Blotton no vaciló en decir que no; que había usado la palabra en su sentido pickwickiano. (“Muy bien, muy bien.”) Se sentía obligado a reconocer que, personalmente, abrigaba la más alta consideración y estima hacia el honorable caballero; simplemente, le había considerado un farsante desde un punto de vista pickwickiano. (“Muy bien, muy bien.”)

» El señor Pickwick se sintió muy halagado por la correcta, franca y plena explicación de su honorable amigo. Rogaba que se entendiera inmediatamente que sus propias observaciones no habían pretendido hacer otra cosa que desarrollar un procedimiento pickwickiano. (Ovación.)»

Aquí termina la anotación, y no dudamos de que también terminó el debate, tras llegar a un punto tan comprensible y altamente satisfactorio. No tenemos constancia oficial de los hechos que el lector encontrará anotados en el siguiente

capítulo, pero han sido cuidadosamente confrontados con cartas y otros testimonios manuscritos, tan indiscutiblemente auténticos como para justificar que se relaten en forma continuada.[4]

II
EL VIAJE DEL PRIMER DÍA, Y LAS AVENTURAS DE LA PRIMERA NOCHE; CON SUS CONSECUENCIAS

El puntual servidor de todo trabajo, el sol, acababa de levantarse y empezaba a lanzar su luz sobre la mañana del trece de mayo de mil ochocientos veintisiete, cuando el señor Pickwick, surgiendo de su sueño como otro sol, abrió de par en par la ventana de su cuarto y se asomó a mirar el mundo de allá abajo. A sus pies, estaba la calle Goswell; a la derecha, la calle Goswell; en lo que alcanzaba la mirada, la calle Goswell se extendía a su izquierda; y enfrente, todo era calle Goswell. « Tales son —pensó el señor Pickwick— las estrechas perspectivas de esos filósofos que, contentos con examinar las cosas que tienen delante, no miran las verdades que se ocultan detrás. Del mismo modo, yo podría contentarme con observar para siempre la calle Goswell, sin ningún esfuerzo por penetrar las ocultas regiones que la rodean por todas partes.» Y una vez emitida esta hermosa reflexión, el señor Pickwick pasó a introducirse en su traje, y a introducir sus demás trajes en la maleta. Los grandes hombres rara vez son demasiado escrupulosos en el arreglo de su indumentaria; la operación de afeitarse, vestirse y absorber el café quedó pronto ejecutada; y una hora después, el señor Pickwick, con la maleta en la mano, el telescopio en el bolsillo del abrigo y el cuaderno de notas en el chaleco, preparado para recibir cualquier descubrimiento digno de ser apuntado, llegó a la parada de coches de St. Martin's-le-Grand.

—¡Coche! —dijo el señor Pickwick.

—Aquí está, señor —gritó un extraño ejemplar de la especie humana, con una casaca de arpillera y delantal de lo mismo, que, con una chapa de cobre y un número alrededor del cuello, parecía como si lo hubieran catalogado en alguna colección de rarezas. Este era el avisador—. Aquí está, señor. ¡A ver, el primer coche! —Y una vez traído el primer cochero de la taberna, donde fumaba su primera pipa, el señor Pickwick y su maleta fueron arrojados al vehículo.

—Golden Cross —dijo el señor Pickwick.

—Solo será un chelín, Tommy —gritó el cochero, de mal humor, para informar a su amigo el avisador, al arrancar el coche.

—¿Cuántos años tiene este caballo, amigo? —preguntó el señor Pickwick, restregándose la nariz con el chelín que reservaba para pagar el viaje.

—Cuarenta y dos —replicó el cochero, mirándole de soslayo.

—¡Cómo! —exclamó el señor Pickwick, echando mano a su cuaderno de notas.

El cochero repitió su anterior afirmación. El señor Pickwick clavó duramente su mirada en el rostro del hombre, pero este no alteró sus facciones, de modo que

anotó el hecho sin más.

—¿Y cuánto tiempo seguido le saca usted a cada vez? —inquirió el señor Pickwick, en busca de ulterior información.

—Dos o tres semanas —contestó el hombre.

—¡Semanas! —dijo el señor Pickwick con asombro, y volvió a salir fuera el cuadernillo de notas.

—Vive en Pentonville cuando está en casa —señaló fríamente el cochero—, pero le llevamos a casa muy pocas veces, porque está débil.

—¡Porque está débil! —repitió el señor Pickwick, perplejo.

—Siempre se cae en cuanto le separan del coche —siguió diciendo el cochero—, pero cuando está *enganchao* le sujetamos bien fuerte, y le atamos *mu* corto, *pa* que no se pueda caer; además, le hemos puesto un par de ruedas *mu* grandes, así que en cuanto se mueve, las ruedas echan a correr detrás, y tiene que seguir *palante*: no *pue* hacer otra cosa.

El señor Pickwick apuntó palabra por palabra esta declaración en su cuaderno de notas, con intención de comunicarlo al Club, como ejemplo singular de la tenacidad de la vida de los caballos en circunstancias extremadas. Apenas había acabado la anotación, cuando llegaron a Golden Cross. Bajó de un salto el cochero, y salió el señor Pickwick. Los señores Tupman, Snodgrass y Winkle, que estaban esperando afanosamente la llegada de su ilustre jefe, acudieron a darle la bienvenida.

—Aquí tiene lo suyo —dijo el señor Pickwick, alargando el chelín al cochero.

¡Cuál fue el asombro del docto caballero cuando aquel imprevisible individuo tiró el dinero por el suelo y solicitó en términos mímicos que se le concediera el placer de pelearse con él (con el señor Pickwick) a cambio del importe!

—¡Está usted loco! —dijo el señor Snodgrass.

—O borracho —dijo el señor Winkle.

—O las dos cosas —dijo el señor Tupman.

—¡Vamos! —dijo el cochero, boxeando como movido por una máquina de relojería—. ¡Adelante todos, los cuatro!

—¡Vaya juerga! —gritaron media docena de cocheros de punto—. ¡Al trabajo, Sam! —Y se apiñaron con gran júbilo en torno al grupo.

—¿Por qué es esta pelea, Sam? —preguntó un caballero en mangas negras de percal.

—¡Qué pelea! —replicó el cochero—. ¿*Pa* qué quería mi número?

—Yo no quería su número —dijo con asombro el señor Pickwick.

—Entonces, ¿*pa* qué lo tomó? —preguntó el cochero.

—Yo no lo he tomado —dijo el señor Pickwick con indignación.

—Nadie creería —continuó el cochero, apelando a la multitud—, nadie creería cómo un espía se *pue* meter en el coche de uno, apuntando no solo el

número, sino *toas* las palabras que diga, de propina. —(Una luz iluminó al señor Pickwick: era el cuaderno de notas.)

—¿Conque eso ha hecho? —preguntó otro cochero.

—Sí, que lo ha hecho —replicó el primero— y después de provocarme *pa* que me meta con él, se busca tres testigos aquí *pa* probarlo. Pero yo se lo daré, aunque me echen seis meses por eso. ¡Venga acá! —Y el cochero tiró el sombrero por el suelo, con temerario descuido de su propiedad particular, quitándole al señor Pickwick las gafas de un golpe, y continuando el ataque con un puñetazo en la nariz del señor Pickwick, otro en el pecho del señor Pickwick, un tercer golpe en un ojo del señor Snodgrass, y otro más, por cambiar, en el chaleco del señor Tupman; luego bajó danzando de la acera, volvió a subir a la acera, y por fin hizo salir del cuerpo del señor Winkle toda su reserva momentánea de aliento; todo ello, en media docena de segundos.

—¿Dónde hay un guardia? —dijo el señor Snodgrass.

—Ponedlos debajo de la bomba —sugirió un vendedor de pasteles calientes.

—Ya le dolerá esto —jadeó el señor Pickwick.

—¡Espías! —gritó la multitud.

—Vengan acá —gritó el cochero, que había seguido todo el tiempo sin interrupción haciendo prácticas de boxeo.

La masa, hasta ese momento, había permanecido contemplando pasivamente la escena, pero al comenzar a difundirse entre todos la idea de que los pickwickianos eran espías, se empezaron a consultar con considerable vivacidad sobre la oportunidad de llevar a cabo la propuesta del acalorado vendedor de pasteles; y no cabe decir qué actos de agresión personal podían haberse cometido si no se hubiera terminado la pelea inesperadamente con la interposición de un recién llegado.

—¿Qué es esta broma? —dijo un joven más bien alto, delgado, con casaca[5] verde, saliendo repentinamente del patio de los coches.

—¡Son espías! —volvió a gritar la multitud.

—No lo somos —rugió el señor Pickwick, en un tono que estaba cargado de convicción para cualquier oyente desapasionado.

—Conque no lo son, ¿eh? ¿No lo son? —dijo el joven, dirigiéndose al señor Pickwick, y abriéndose paso a través de la multitud por el infalible proceso de dar codazos a las personas de sus miembros componentes.

El docto caballero, en unas pocas palabras apresuradas, explicó la realidad del caso.

—Vengan por aquí, entonces —dijo el de la casaca verde, arrastrando a la fuerza al señor Pickwick y sin dejar de hablar por el camino—. A ver, número 924, toma lo tuyo, y quítate de en medio… un respetable caballero… le conozco bien… no hay nada de tus tonterías… por aquí, señor… ¿dónde están sus amigos…?, todo fue un error, ya veo… no se preocupe… siempre hay

accidentes… en las mejores familias… no se desanime… las cosas como vienen… hay que arreglarle… que se aguante con ello… aunque no le guste… malditos bribones. —Y con una prolongada retahíla de otras semejantes frases inconexas, lanzadas con extraordinaria volubilidad, el desconocido les abrió paso hasta la sala de espera de viajeros, adonde fue seguido de cerca por el señor Pickwick y sus discípulos.

» ¡A ver, camarero! —gritó el desconocido, agitando la campanilla con extraordinaria violencia—. Vasos para todos… aguardiente[6] con agua, caliente y fuerte, y dulce, mucho… ¿averiado el ojo, señor? ¡Camarero!, un filete crudo para el ojo del caballero… nada como filete crudo para una magulladura, señor: muy bueno el poste frío de un farol, pero no es conveniente… demasiado raro, estar media hora en plena calle con el ojo contra un farol… ¿eh…?, muy bueno… ¡ja, ja! —Y el desconocido, sin pararse a tomar aliento, se tragó de un sorbo más de media pinta del humeante aguardiente con agua, tendiéndose en una butaca con tanta tranquilidad como si no hubiera pasado nada de particular.

Mientras sus tres compañeros estaban ocupados activamente en expresar su agradecimiento a su nuevo conocido, el señor Pickwick tuvo amplia ocasión para examinar su indumentaria y aspecto.

Era de estatura mediana, pero la delgadez del cuerpo y la largura de las piernas le daba aire de ser mucho más alto. La casaca verde debió de haber sido una prenda elegante cuando la moda de los « faldones de golondrina» , pero evidentemente en aquellos tiempos había adornado a alguien mucho más bajo que el actual desconocido, pues las ajadas y sucias mangas escasamente alcanzaban las muñecas. Llevaba la casaca del todo abotonada hasta el cuello, con inminente riesgo de que se le abriera por la espalda; un viejo plastrón, sin vestigio de cuello de camisa, la remataba por arriba. Sus escasos pantalones negros ostentaban acá y allá esas manchas brillantes que hablan de largos servicios, y estaban enganchados con gran tirantez a unos zapatos llenos de piezas, como queriendo ocultar las sucias medias negras, que, sin embargo, se veían con claridad. Su largo pelo negro escapaba en ondas negligentes por ambos lados de su viejo sombrero bien apretado; y entre el extremo de sus guantes y los puños de las mangas de la casaca se podían observar vislumbres de las muñecas desnudas. Su rostro era delgado y macilento, pero un aire de desvergüenza garbosa y de perfecto dominio de sí mismo envolvía en conjunto a aquel hombre.

Tal era el individuo a quien el señor Pickwick observó a través de sus lentes (que afortunadamente había recobrado), y a quien, una vez que sus amigos quedaron agotados, pasó a agradecer, en términos escogidos, su más cálido agradecimiento por la reciente asistencia.

—No se preocupe —dijo el desconocido, cortando inmediatamente sus palabras—, ha dicho de sobra… nada más; tipo listo, ese cochero… manejaba

bien los cinco dedos; pero si yo hubiera sido su amigo, el de la cazadora verde… maldita sea… un golpe en la cabeza… seguro que lo hubiera hecho… visto y no visto… y al pastelero… no es broma.

Esta bien encadenada alocución quedó interrumpida por la entrada del cochero de Rochester, que anunció que la diligencia *El Comodoro* estaba a punto de salir.

—¡La diligencia! —dijo el desconocido, levantándose de un salto— mi coche… un sitio reservado… de arriba… les dejo que paguen el aguardiente… quiero cambio de cinco… mala plata… botones de metal… no sirven, no pasan… ¿eh? —Y sacudió la cabeza con aire experto.

Ahora bien, ocurrió que el señor Pickwick y sus tres compañeros habían decidido que Rochester sería el primer lugar donde se detuvieran; y al insinuar a su recién conocido que iban de viaje a la misma ciudad, se pusieron de acuerdo para ocupar el asiento de atrás del coche, donde todos podrían ir juntos.

—Arriba con usted —dijo el desconocido, ayudando al señor Pickwick a subir al techo, con tanta precipitación que trastornó de manera muy material la gravedad de la actitud de dicho caballero.

—¿Tiene equipaje, señor? —preguntó el cochero.

—¿Quién, yo? Aquel paquete de papel de estraza, eso es todo… el otro equipaje va por barca… los baúles, todos clavados… grandes como casas… pesados, pesados, los condenados —replicó el desconocido, metiéndose a la fuerza en el bolsillo todo lo que pudo el paquete de estraza, que ofrecía muchas indicaciones sospechosas de contener una camisa y un pañuelo.

—¡Las cabezas, las cabezas! ¡Cuidado con las cabezas! —gritó el locuaz desconocido, cuando salieron por la baja puerta en arco que en aquellos tiempos formaba el acceso al patio de los coches—. ¡Terrible sitio… trabajo peligroso… el otro día… cinco niños… la madre… una señora alta, comiendo bocadillos… se olvidó del arco… crac… paf… los niños miraron alrededor… la cabeza de la madre caída… el bocadillo en la mano… sin boca en que ponerlo… la cabeza de una familia… terrible, terrible! ¿Mira Whitehall, señor…?, bonito sitio… ventana muy pequeña… ahí cayó otra cabeza,[7] ¿eh…? aquel tampoco miró bastante… ¿eh, señor?

—Estoy rumiando —dijo el señor Pickwick— sobre la extraña mutabilidad de los asuntos humanos.

—¡Ah, claro…! Un día en la puerta del palacio; por la ventana al otro… ¿Es filósofo el señor?

—Soy observador de la naturaleza humana, señor —dijo el señor Pickwick.

—Ah, yo también. Casi todos lo son cuando tienen poco que hacer y menos que sacar. ¿Poeta, señor?

—Mi amigo el señor Snodgrass tiene una fuerte inclinación poética —dijo el señor Pickwick.

—Yo también —dijo el desconocido—. Un poema épico… diez mil versos… revolución de Julio… lo compuse allí mismo… Marte de día, Apolo de noche… disparar el arma y pulsar la lira.

—¿Estuvo presente en aquella gloriosa escena, señor? —dijo el señor Snodgrass.

—¡Presente!, ¿cómo no?;[8] luego con un mosquete… el fuego de una idea… corría a la taberna… la escribía… vuelta otra vez… pim, pam… otra idea… la taberna otra vez… pluma y tinta… vuelta otra vez… cortar y tajar… tiempo admirable, señor. ¿Deportista, usted? —dijo volviéndose repentinamente hacia el señor Winkle.

—Un poco —replicó este caballero.

—Buena ocupación, señor… buena ocupación… ¿Perros, usted?

—Ahora precisamente, no —dijo el señor Winkle.

—¡Ah!, debería tener perros… estupendos animales… criaturas sagaces… Tuve un perro una vez… un pointer… un instinto sorprendente… un día, de caza… entrábamos en un coto; silbo… el perro, parado… silbo… ¡Ponto…! Nada, no se movía; quieto… le llamo, ¡Ponto, Ponto…! No se movía… el perro, como en éxtasis… mirando una tabla… me fijo: decía: « El guarda tiene orden de tirar sobre los perros que entren en este vedado» … no quería pasar… maravilloso perro… valioso perro… mucho…

—¡Qué curiosa circunstancia esa! —dijo el señor Pickwick—. ¿Me permitirá que tome nota de ella?

—¡Cómo no, señor, cómo no…! Cien anécdotas más del mismo animal… Bonita chica, ¿eh, señor? —(al señor Tracy Tupman, que había lanzado varias miradas nada pickwickianas a una joven que había junto al camino).

—¡Mucho! —dijo el señor Tupman.

—Las chicas inglesas, no tan guapas como las españolas… nobles criaturas… ojos negros… formas admirables… dulces criaturas… hermosas…

—¿Ha estado en España? —preguntó el señor Tracy Tupman.

—Vivido… siglos enteros.

—¿Muchas conquistas, eh? —inquirió el señor Tupman.

—¡Conquistas! ¡Miles! Don Bolaro Fizzgig… Grande de España… una hija única… doña Cristina… espléndida criatura… me amó hasta la locura… el padre, celoso… la hija, de alma elevada… el guapo inglés… doña Cristina, desesperada… ácido prúsico… en mi maleta, una sonda de estómago… hice la operación… el viejo Bolaro, extasiado… consiente en nuestra unión… une nuestras manos, con torrentes de lágrimas… historia romántica… mucho…

—¿Está ahora en Inglaterra esa dama, señor? —preguntó el señor Tupman, en quien había hecho una poderosa impresión la descripción de sus encantos.

—Muerta, señor… muerta —dijo el desconocido, acercándose al ojo derecho el breve resto de un viejísimo pañuelo de batista—. Nunca se recobró de la sonda

de estómago… constitución minada… cayó como víctima.

—¿Y su padre? —preguntó el poético Snodgrass.

—Remordimiento y consternación —replicó el desconocido—. Una desaparición súbita… toda la ciudad hablando… búsquedas por todas partes, sin resultado… la fuente en la plaza mayor de repente no mana… pasan semanas… sigue parada… unos obreros, empleados en arreglarla… sacan el agua… se descubrió a mi suegro con la cabeza en la tubería principal, con toda su confesión en la bota derecha… le sacaron y la fuente manó como siempre.

—¿Me permite anotar esa romántica aventura? —dijo Snodgrass, profundamente afectado.

—¡Cómo no, señor, cómo no…! Cincuenta más, si desea oírlas… extraña vida, la mía… una historia bastante curiosa… no extraordinaria, pero singular…

En este tono, con algún vaso de cerveza de vez en cuando, a modo de paréntesis, cuando el coche cambiaba de caballos, continuó el desconocido hasta que llegaron al puente de Rochester, en cuyo momento los cuadernos de notas, tanto del señor Pickwick como del señor Snodgrass, estaban completamente llenos con una selección de sus aventuras.

—¡Magnífica ruina! —dijo el señor Augustus Snodgrass, con todo el fervor poético que le distinguía, al llegar a la vista de aquel admirable castillo antiguo.

—¡Qué espectáculo para un aficionado a las antigüedades! —fueron las palabras precisas que cayeron de la boca del señor Pickwick, al llevarse el telescopio al ojo.

—¡Ah!, estupendo sitio —dijo el desconocido—, glorioso montón… paredes que se caen… arcos vacilantes… rincones oscuros… escaleras en ruinas… una vieja catedral, también… olor a tierra… los pies de los peregrinos desgastaron los escalones… puertecillas sajonas… confesonarios como taquillas de teatro… rara gente, esos monjes… papas, y tesoreros reales, y toda clase de gente antigua, con grandes caras rojas, y narices rotas, apareciendo todos los días… chaquetones de cuero, también… mosquetes de chispa… sarcófagos… hermoso sitio… viejas leyendas también… historias extrañas: magnífico. —Y el desconocido continuó su soliloquio hasta que llegaron a la Posada del Toro, en la High Street, donde se paró el coche.

—¿Se queda aquí usted? —preguntó Nathaniel Winkle.

—Aquí… yo no… pero ustedes sí deberían… una buena casa… estupendas camas… La otra casa es Wright, muy cara… muy cara… media corona es la cuenta si miran al camarero… les cargan más si cenan en casa de un amigo que si cenan en el comedor… gente rara… mucho.

Winkle se volvió hacia el señor Pickwick, y murmuró unas pocas palabras; un susurro pasó del señor Pickwick a Snodgrass, de Snodgrass a Tupman, y se intercambiaron cabezadas de asentimiento. El señor Pickwick se dirigió al desconocido.

—Esta mañana usted nos ha hecho un favor muy importante —dijo—: ¿nos permitirá ofrecerle una ligera señal de nuestra gratitud solicitando el placer de que nos acompañe a comer?

—Gran placer… no es que quiera imponer nada, pero pollo asado con setas… ¡cosa estupenda! ¿A qué hora?

—Vamos a ver —replicó el señor Pickwick, consultando su reloj—, son casi las tres. ¿Digamos a las cinco?

—Me viene muy bien —dijo el desconocido— a las cinco en punto… hasta entonces… cuídense de ustedes mismos. —Y levantando unas pocas pulgadas de la cabeza su estropeado sombrero para volver a ponérselo descuidadamente muy de medio lado, el desconocido, con la mitad del paquete de papel de estraza saliéndosele por el bolsillo, echó a andar rápidamente por el patio y dobló por High Street.

—Evidentemente, ha viajado por muchos países, y es un atento observador de personas y cosas —dijo el señor Pickwick.

—Me gustaría ver su poema —dijo Snodgrass.

—Me gustaría haber visto su perro —dijo Winkle. Tupman no dijo nada, pero pensó en doña Cristina, en la sonda de estómago y la fuente; y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Después de pedir un comedor reservado, de inspeccionar las alcobas y de encargar la comida, el grupo salió a echar un vistazo a la ciudad y alrededores inmediatos.

No encontramos, en una atenta lectura de las notas que tomó el señor Pickwick en cuatro ciudades, Stroud, Rochester, Chatham y Brompton, que sus impresiones sobre su aspecto difieran en ningún punto importante de las de otros viajeros que han pasado por las mismas tierras. Su descripción general queda fácilmente resumida.

«La producción principal de estas ciudades —dice el señor Pickwick—, parece consistir en soldados, marineros, judíos, yeso, camarones, funcionarios y estibadores. Las mercancías principalmente expuestas para su venta en las calles públicas son utensilios de marinero, galletas, manzanas y ostras. Las calles presentan un aspecto de viva animación, ocasionada principalmente por el espíritu festivo y convivial de los militares. Para un ánimo filantrópico, es verdaderamente delicioso ver a estos valientes vacilando de acá para allá, bajo la influencia de un exceso de espíritu vital y de espíritu de vino; sobre todo si recordamos que el seguirles y hacer bromas con ellos permite a la población infantil tener una diversión inocente y barata. Nada —añade el señor Pickwick— puede superar su buen humor. El mismo día antes de mi llegada, uno de ellos había sido groseramente insultado en casa de un tabernero. La moza había rehusado decididamente servirle más bebida; en respuesta a lo cual, él (meramente en broma) sacó la bayoneta e hirió a la muchacha en un hombro.

¡Y sin embargo, este mismo simpático muchacho fue el primero en acudir a la casa al día siguiente, a expresar que estaba dispuesto a pasar por alto el asunto y olvidar lo que había ocurrido!

» El consumo de tabaco en estas ciudades —continúa el señor Pickwick— debe de ser muy grande, y el olor que invade las calles debe de ser extremadamente delicioso para los que sean muy aficionados a fumar. Un viajero superficial podría criticar la basura que es la característica dominante de estas calles, pero para quienes la vean como una indicación del tráfico y la prosperidad comercial resulta verdaderamente reconfortante.»

A las cinco en punto llegó el desconocido, y poco después, la cena. Se había despojado del paquete de papel de estraza, pero no había introducido alteración en su indumentaria, y estaba más locuaz que nunca, si era posible.

—¿Esto qué es? —preguntó cuando el camarero levantaba una de las tapas.

—Lenguados, señor.

—Lenguados, ¡ah…!, estupendo pescado… todo viene de Londres… los propietarios de las diligencias organizan banquetes políticos… transporte de lenguados… docenas de cestos… tipos listos. ¿Un vaso de vino para usted?

—Con mucho gusto —dijo el señor Pickwick. Y el desconocido tomó vino, primero con él, luego con Snodgrass, luego con Tupman, luego con Winkle, y luego con todo el grupo junto, casi con la misma rapidez con que hablaba.

—Qué jaleo endemoniado en la escalera, camarero —dijo el desconocido—. Suben armazones… bajan carpinteros… lámparas, espejos, arpas. ¿Qué es lo que pasa?

—Un baile, señor —dijo el camarero.

—¡Ah, una asamblea!

—No, señor, nada de asamblea, un baile benéfico de caridad, señor.

—¿Muchas mujeres guapas en esta ciudad, tiene idea? —preguntó Tupman con gran interés.

—Espléndidas, estupendas. Kent… todo el mundo conoce Kent… manzanas, cerezas, lúpulo y mujeres. ¡Un vaso de vino para usted!

—Con mucho gusto —replicó Tupman.

El desconocido llenó y vació el vaso.

—Me gustaría mucho ir —dijo Tupman, reanudando el tema del baile—, mucho.

—Hay entradas en el bar, señor —intervino el camarero—. A media guinea.

Tupman volvió a expresar un serio deseo de estar presente en la fiesta, pero al no encontrar respuesta en la ensombrecida mirada de Snodgrass, ni en la abstraída expresión del señor Pickwick, se aplicó con gran interés al vino dulce y a los postres, que acababan de ser colocados en la mesa. El camarero se retiró, y el grupo quedó disfrutando el agradable par de horas que sucede a la cena.

—Perdón —dijo el desconocido—, la botella está quieta… hágale dar la

vuelta… en la dirección del sol… por el gaznate… no haya posos. —Y vació el vaso, que había llenado unos dos minutos antes, y se escanció otro como quien está acostumbrado a ello.

Se acabó el vino, y encargaron una nueva reserva. El invitado hablaba y los pickwickianos escuchaban. Tupman se sentía a cada momento más inclinado a ir al baile. La fisonomía del señor Pickwick resplandecía con una expresión de filantropía universal, y Winkle y Snodgrass se quedaron dormidos.

—Están empezando arriba —dijo el desconocido—, oigo a la gente… los violines afinan… ahora el arpa… allá van. —Los diversos sonidos que descendían hasta ellos por las escaleras anunciaban el comienzo del primer rigodón.

—Cómo me gustaría ir —dijo otra vez Tupman.

—A mí también —dijo el desconocido—: maldito equipaje… bultos pesados… nada con que ir… ¿curioso, no?

Ahora bien, la benevolencia universal era uno de los rasgos dominantes de la teoría pickwickiana, y nadie se distinguía tanto como el señor Tracy Tupman por su celosa manera de observar tan noble principio. Es casi increíble el número de ocasiones anotadas en las « Actas» de la Sociedad en que este excelente hombre había remitido posibles beneficiarios de caridad a las casas de otros miembros, en busca de ropas viejas o de alivio pecuniario.

—Me gustaría mucho prestarle un cambio de ropa para este objeto —dijo Tracy Tupman—, pero usted es más bien delgado, y yo…

—Más bien gordo… un Baco entrado en años… con las hojas cortadas… bajando del barril, y vestido de cachemir, ¿eh…?, no doblemente destilado, sino doblemente molido… ¡ja, ja!, páseme el vino.

Si Tupman se sintió un tanto indignado ante el tono perentorio con que se le expresaba el deseo de que pasara el vino que el desconocido hizo pasar tan rápidamente a mejor vida, o si se sintió muy adecuadamente escandalizado al ver que un influyente miembro del Club Pickwick era ignominiosamente comparado a un Baco a pie, es una cuestión todavía no averiguada por completo. Pasó el vino, tosió dos veces, y miró durante varios segundos al desconocido con severa intensidad; no obstante, como el mencionado individuo parecía perfectamente dueño de sí y completamente tranquilo bajo sus miradas inquisitivas, poco a poco fue ablandándose, y volvió al asunto del baile.

—Iba a decirle —dijo— que aunque mis ropas serían demasiado anchas, quizá le sentaría mejor un traje de mi amigo el señor Winkle.

El desconocido tomó medidas a Winkle con la mirada, y su rostro chispeó de satisfacción al decir:

—Eso es lo que me hace falta.

Tupman miró en torno. El vino, que había ejercido su influjo somnífero en Snodgrass y Winkle, había arrebatado los sentidos del señor Pickwick. Este caballero había pasado gradualmente por las diversas etapas que preceden al

letargo producido por una buena cena y sus consecuencias. Había atravesado las transiciones normales desde la cima de la alegría convivial hasta las profundidades de la melancolía, y desde las profundidades de la melancolía hasta la cima de la alegría convivial. Como un farol de gas en la calle, había ostentado por un momento un fulgor poco natural, descendiendo luego hasta no ser apenas discernible; tras de un breve intervalo, había vuelto a inflamarse de nuevo, para iluminar por un instante; luego chisporroteó con una luz incierta y vacilante, para desaparecer después por completo. Su cabeza quedó desplomada sobre el pecho, y un perpetuo ronquido, con un parcial atragantamiento de vez en cuando, quedaron como únicas indicaciones audibles de la presencia de aquel gran hombre.

Cada vez adquiría más fuerza sobre Tupman la tentación de estar presente en el baile y de formar sus primeras impresiones sobre la belleza de las damas de Kent. Igualmente grande era la tentación de llevar consigo al desconocido. No conocía en absoluto la ciudad ni a sus habitantes, y el desconocido parecía poseer tanto conocimiento de ambas cosas como si hubiera vivido allí desde su infancia. Winkle estaba dormido, y Tupman tenía suficiente experiencia en tales materias como para saber que en el momento en que despertase, siguiendo el curso ordinario de la naturaleza, se deslizaría pesadamente hacia la cama. Estaba indeciso.

—Llene su vaso y páseme el vino —dijo el infatigable invitado.

Tupman hizo lo que se le solicitaba, y el estímulo adicional del último vaso estableció su determinación.

—La alcoba de Winkle está junto a la mía —dijo Tupman—: ahora no podría hacerle comprender lo que quiero, aunque le despertara, pero sé que tiene un traje de etiqueta en una maleta; y suponiendo que usted se lo pusiera para ir al baile, y se lo quitara al volver, yo lo podría volver a colocar sin molestarle en absoluto con todo este asunto.

—Estupendo —dijo el desconocido—, magnífico plan… maldita situación extraña… catorce casacas en las maletas, y obligado a ponerme la de otro… muy buena idea, esta… mucho.

—Tenemos que comprar las entradas —dijo Tupman.

—No vale la pena partir una guinea —dijo el desconocido—: echemos a cara y cruz quién paga las dos… yo pido; usted tira… primera vez… mujer… mujer… encantadora mujer… —Y cayó la moneda mostrando el dragón (llamado mujer por cortesía).

Tupman tocó la campanilla, compró las entradas, y pidió unas velas para ir a las habitaciones. Un cuarto de hora después, el desconocido estaba completamente vestido con un traje completo de Nathaniel Winkle.

—Es un frac nuevo —dijo Tupman, mientras el desconocido se miraba con gran complacencia en un espejo de tocador—; el primero que se ha hecho con el

botón de nuestro Club. —Y llamó la atención de su compañero sobre el gran botón dorado que ostentaba en el centro un busto del señor Pickwick, con las letras C. P. a cada lado.

—C. P. —dijo el desconocido—, curiosa insignia… la cara del viejo y « C. P.» … ¿Qué significa C. P…? ¿« Casaca Perfecta» , eh?

Tupman, con creciente indignación y gran solemnidad, explicó la inscripción mística.

—Un poco corto de talle, ¿no? —dijo el desconocido, retorciéndose para echar una ojeada en el espejo a los botones de la cintura, que estaban a mitad de camino subiendo por la espalda—: Como la casaca de un administrador de correos… extraños trajes estos… hechos por contrata… sin medidas… designios misteriosos de la providencia… a los bajos les dan los largos… a todos los altos, los cortos.

Continuando así, el nuevo compañero de Tupman se ajustó el traje, o mejor dicho, el traje de Winkle; y acompañado por Tupman, subió por la escalera que llevaba a la sala de baile.

—¿Qué nombres, señor? —dijo el hombre que estaba a la puerta. El señor Tracy Tupman se adelantaba a anunciar sus títulos, cuando el desconocido se lo impidió.

—Nada de nombres —y luego susurró a Tupman—: los nombres no sirven… no son conocidos… son muy buenos nombres para lo suyo, pero no son grandes… nombres magníficos para una pequeña reunión, pero no harán impresión en reuniones públicas… de incógnito, eso es lo bueno… unos caballeros de Londres… distinguidos forasteros… cualquier cosa.

La puerta se abrió de par en par y Tracy Tupman y el desconocido entraron en la sala de baile.

Era una larga habitación con bancos cubiertos de carmesí y candelas de cera en candelabros de cristal. Los músicos estaban encerrados con toda seguridad en un corral elevado, y dos o tres grupos de bailarines iban despachando sistemáticamente los rigodones. Dos mesas de juego se habían instalado en la sala adyacente, y dos parejas de viejas damas y un número análogo de obesos caballeros desarrollaban una partida de whist.

Acabó la parte final del primer rigodón, los bailarines deambularon por la sala, y Tupman y su compañero se instalaron en un rincón para observar a la concurrencia.

—¡Mujeres encantadoras! —dijo Tupman.

—Espere un momento —dijo el desconocido—, ya habrá diversión… los aristócratas todavía no han llegado… extraño sitio… la gente alta del arsenal no conoce a la gente baja del puerto… la gente baja del arsenal no conoce a la pequeña burguesía… la pequeña burguesía no conoce a los comerciantes… el comisario no conoce a nadie.

—¿Quién es ese muchachito de pelo rubio y ojos enrojecidos, con traje de máscara?

—No grite, por favor… ojos enrojecidos… traje de máscara… muchachito… qué tontería… un alférez del 97… honorable Wilmot Snipe… gran familia, los Snipe… mucho.

—¡Sir Thomas Clubber, lady Clubber, y las señoritas Clubber! —gritó con voz estentórea el hombre de la puerta. Gran sensación produjo en toda la sala la entrada de un caballero muy alto con frac azul de botones brillantes, una corpulenta dama vestida de raso azul, y dos jóvenes damitas, de escala análoga, con trajes a la moda del mismo matiz.

—El comisario… jefe del arsenal… un gran hombre… un hombre notablemente grande —susurró el desconocido al oído de Tupman, mientras el comité de beneficencia acompañaba a sir Thomas Clubber y familia a la cabecera de la sala. El honorable Wilmot Snipe y otros distinguidos caballeros se apiñaron para rendir homenaje a las señoritas Clubber, mientras sir Thomas Clubber permanecía altivamente erguido, mirando majestuosamente, por encima de su corbata negra, a la reunión allí congregada.

—El señor Smithie, la señora Smithie y las señoritas Smithie —fue el siguiente anuncio.

—¿Quién es el señor Smithie? —preguntó Tupman.

—Uno del arsenal —replicó el desconocido. El señor Smithie se inclinó deferentemente ante sir Thomas Clubber, y sir Thomas Clubber acusó recibo del saludo con consciente condescendencia. Lady Clubber observó como por un telescopio a la señora Smithie y familia a través de sus impertinentes, mientras la señora Smithie, a su vez, miraba fijamente a la señora No Sé Cuántos, cuyo marido no pertenecía en absoluto al arsenal.

—El coronel Bulder, la señora Bulder y la señorita Bulder —fue la siguiente llegada.

—Jefe de la guarnición —dijo el desconocido, en respuesta a la mirada interrogante de Tupman.

La señorita Bulder fue cálidamente recibida por las señoritas Clubber; el saludo entre la señora Bulder y lady Clubber fue del carácter más afectuoso; y el coronel Bulder y sir Thomas Clubber se ofrecieron mutuamente las tabaqueras, con aire de ser un par de Alexander Selkirk,[9] « monarcas de cuanto se extendía a su vista» .

Mientras la aristocracia del lugar —los Bulder, los Clubber y los Snipe— preservaban así su dignidad en el extremo superior de la sala, las demás clases de la sociedad imitaban su ejemplo en otras partes. Los menos aristocráticos oficiales del 97 se dedicaban a las familias de los menos importantes funcionarios del arsenal. Las esposas de los procuradores y la señora del comerciante de vinos encabezaban otro grado (la señora del vinatero visitaba a los Bulder); y la señora

Tomlinson, esposa del jefe de correos, parecía haber sido elegida por común asentimiento como cabeza del grupo comercial.

Uno de los personajes presentes con mayor popularidad en su propio círculo era un hombrecito gordo, con un círculo de pelo negro en torno a la cabeza y una amplia llanura calva en su cima: el doctor Slammer,[10] médico del regimiento 97. El doctor tomaba rapé con todos, charlaba con todos, reía, bailaba, gastaba bromas, jugaba al whist, lo hacía todo y estaba en todas partes. A estos empeños, aun siendo tan variados, el doctorcito añadía otro más importante que ninguno: no se cansaba de dedicar su atención más constante y devota a una viudita de cierta edad cuyo rico vestido y abundancia de joyas la proclamaban como un aumento muy deseable para unos ingresos limitados.

Los ojos de Tupman y de su compañero llevaban un rato fijos en el doctor y la viuda, cuando el desconocido rompió el silencio.

—Mucho dinero… esa vieja… doctor fastidioso… no es mala idea… muy divertido —fueron las comprensibles frases que salieron de sus labios.

Tupman le miró a la cara inquisitivamente.

—Voy a bailar con la viuda —dijo el desconocido.

—¿Quién es? —preguntó Tupman.

—No sé… en mi vida la he visto… voy a quitar de en medio al doctor… ahí va.

Y el desconocido cruzó inmediatamente la sala y, apoyándose en una repisa de chimenea empezó a contemplar la gruesa persona de la viejita con aire de admiración respetuosa y melancólica. Tupman lo observaba con mudo asombro.

El desconocido hizo rápidos progresos; el médico bailaba con otra señora; la viuda dejó caer el abanico; el desconocido lo recogió y se lo entregó… una sonrisa… (una reverencia de cortesía…), unas pocas palabras de conversación. El desconocido marchó atrevidamente a buscar al maestro de ceremonias, volvió con él; hubo una pequeña pantomima de presentaciones; y el desconocido y la señora Budger ocuparon su lugar en un rigodón.

La sorpresa de Tupman ante este procedimiento sumarísimo, aun siendo grande, fue inconmensurablemente superada por el asombro del doctor. El desconocido era joven, y la viuda se sentía halagada. La viuda no prestó atención ya a los homenajes del doctor, cuya indignación se estrellaba vanamente contra su imperturbable rival. El doctor Slammer se quedó paralizado. ¡Él, el doctor Slammer, del 97, quedar aniquilado en un momento por un hombre a quien nadie había visto antes, y a quien nadie conocía ahora tampoco! El señor Slammer… rechazado, el doctor Slammer, del 97. ¡Imposible! ¡No podía ser! Sí, lo era; allí estaban. ¡Cómo, el otro presentaba a su amigo! ¡No podía creer a sus ojos! Volvió a mirar y se vio en la penosa necesidad de admitir la veracidad de su óptica; la señora Budger bailaba con el señor Tracy Tupman; no había modo de equivocarse sobre ese hecho. Allí estaba ante él la viuda, saltando en persona de

acá para allá, con vigor desacostumbrado; y Tracy Tupman, dando brincos alrededor, con rostro expresivo de la más intensa solemnidad, bailando (como hacen muchos) igual que si un rigodón no fuera una cosa para reírse sino una severa prueba para los sentimientos, que requiere inflexible resolución para hacerle frente.

En silencio y con paciencia aguantó el doctor todo esto, y el ofrecimiento de ponche, y el buscar vasos, y el apresurarse a traer bizcochos, y todo el coqueteo subsiguiente; pero, unos pocos segundos después de que el desconocido desapareciera para acompañar a la señora Budger a su coche, salió disparado de la sala, en efervescencia todas las partículas de su indignación hasta entonces embotellada, y rebosando por toda su persona un sudor de pasión.

El desconocido estaba de vuelta, con Tupman a su lado. Hablaba a media voz, y reía. El doctorcito sintió sed de su sangre: le veía triunfante y resplandeciente de júbilo.

—¡Caballero! —dijo el doctor con voz terrible, sacando una tarjeta y retirándose a un rincón del pasillo—, me llamo Slammer, doctor Slammer… regimiento 97… cuartel de Chatham… mi tarjeta, caballero, mi tarjeta… —Quiso añadir más, pero la indignación le atragantaba.

—¡Ah! —replicó fríamente el desconocido—. Slammer… encantado… mis mejores respetos… no estoy enfermo ahora, Slammer… pero cuando lo esté… ya le daré un golpe.

—Usted… usted es un embustero, caballero —jadeó el furioso doctor—, un granuja… un cobarde… un mentiroso… un… un… ¿no hay nada que le haga darme su tarjeta, caballero?

—¡Ah, ya comprendo! —dijo el desconocido, medio retirándose—; aquí hacen el ponche muy fuerte… el posadero es muy generoso… muy loco… mucho… mejor sería limonada… hace calor en la sala… caballeros de cierta edad… se resienten por la mañana… es cruel… cruel. —Y dio un paso o dos.

—Está usted estorbando en esta casa, caballero —dijo el hombrecito indignado—, ahora está usted borracho: ya tendrá noticias mías por la mañana. Ya le encontraré, ya le descubriré.

—¿Descubrirme? No le será fácil —replicó el desconocido, sin alterarse.

El doctor Slammer le miró con ferocidad inexpresable, encajándose el sombrero en la cabeza con un golpe indignado; y el desconocido y Tupman fueron a la alcoba de este para devolver al inconsciente Winkle el plumaje tomado en préstamo.

Este caballero estaba profundamente dormido; la devolución se hizo pronto. El desconocido estaba extremadamente chistoso, y Tracy Tupman, desconcertado con el vino, el ponche, las luces y las mujeres, consideraba todo el asunto como una broma estupenda. Se marchó su nuevo amigo, y Tracy Tupman, tras de experimentar alguna ligera dificultad para encontrar en su gorro

de dormir el orificio originariamente destinado a recibir su cabeza, hasta derribar al fin la palmatoria en sus luchas por ponérselo, se las arregló para meterse en la cama mediante una serie de complicadas evoluciones, poco después de lo cual quedó sumergido en el reposo.

Apenas habían acabado de dar las siete de la siguiente mañana, cuando la perspicaz mente del señor Pickwick se vio extraída del estado de inconsciencia en que el sueño la había sumergido al oír unos sonoros golpes en la puerta de su cuarto.

—¿Quién es? —dijo el señor Pickwick, incorporándose sobresaltado.

—El camarero, señor.

—¿Qué quiere?

—Por favor, señor, ¿puede decirme cuál es el caballero de su grupo que tiene un frac azul claro con botones dorados que llevan escrito « C. P.» ?

« Lo habrán dado a cepillar —pensó el señor Pickwick— y se le ha olvidado a este hombre a quién pertenece.»

—Es el señor Winkle —gritó—, la tercera puerta a la derecha.

—Gracias, señor —dijo el criado, y se fue.

—¿Qué es lo que ocurre? —gritó Tupman, cuando unos ruidosos golpes en su propia puerta le sacaron de su reposo en olvido.

—¿Puedo hablar con el señor Winkle? —replicó el criado desde fuera.

—¡Winkle, Winkle! —gritó Tupman, llamando hacia el cuarto de dentro.

—¿Qué hay? —contestó una débil voz a través de las mantas.

—Le buscan; alguien que está a la puerta. —Y tras obligarse a articular todo eso, Tracy Tupman dio la vuelta y se volvió a dormir profundamente.

—¡Me buscan! —dijo Winkle, saliendo apresuradamente de la cama y poniéndose algunas prendas de vestir—. ¡Me buscan! ¡A esta distancia de Londres! ¿Quién demonios podrá ser?

—Un caballero que está en la sala, señor —contestó el criado cuando Winkle abrió la puerta para encararse con él— un caballero que dice que no le entretendrá mucho, pero que no aceptará que se niegue a verle.

—¡Qué raro! —dijo Winkle—. Bajo enseguida.

Se envolvió apresuradamente en una bufanda de viaje y un batín, y bajó las escaleras. Una vieja y un par de camareros limpiaban la sala del café, mientras un oficial en uniforme de cuartel miraba fuera por la ventana. Se volvió cuando entró Winkle, e hizo una rígida inclinación de cabeza. Después de ordenar a los criados que se retiraran y de cerrar con mucho cuidado la puerta, dijo:

—¿El señor Winkle, supongo?

—Me llamo Winkle, caballero.

—No le sorprenderá que le informe de que he sido enviado aquí esta mañana en representación de mi amigo, el doctor Slammer, del regimiento 97.

—¡El doctor Slammer! —dijo Winkle.

—El doctor Slammer. Me ha pedido que le exprese su opinión de que la conducta de usted, anoche, fue de tal índole que ningún caballero podría tolerarla, y —añadió él— que ningún caballero puede aceptar tratándose de otro.

El asombro de Winkle fue demasiado auténtico, demasiado evidente, para escapar a la observación del amigo del doctor Slammer, quien, por consiguiente, continuó:

—Mi amigo el doctor Slammer me ha requerido para que añada que está firmemente persuadido de que usted estuvo embriagado durante una parte de la noche, y posiblemente inconsciente del alcance del insulto de que es culpable. Me ha encargado que le diga que esto sería aceptado como excusa para su comportamiento, y que consentirá en aceptar una satisfacción por escrito, que usted extendería según le dictara yo.

—¡Una satisfacción por escrito! —repitió Winkle, con el tono de asombro más acentuado que cabe.

—Desde luego, ya sabe cuál es la alternativa —replicó fríamente el visitante.

—¿Le confiaron ese mensaje a mi nombre? —preguntó Winkle, cuyo intelecto estaba desesperadamente confuso con esa extraordinaria conversación.

—No estaba presente yo mismo —dijo el visitante—, y como consecuencia de que usted rehusó firmemente dar su tarjeta al doctor Slammer, este caballero me ha pedido que identifique al portador de un frac nada corriente: un frac azul claro, con unos botones dorados que llevaban un busto y las letras C. P.

Winkle se tambaleó de asombro al oír esa detallada descripción de su propio indumento. El amigo del doctor Slammer continuó:

—Por las investigaciones que he hecho ahora mismo en esta casa, estoy convencido de que el propietario de la casaca en cuestión llegó ayer tarde aquí, con tres caballeros. Inmediatamente mandé buscar al caballero a quien me describieron como el principal del grupo, y este me ha remitido a usted.

Si la torre principal del castillo de Rochester hubiera echado a andar repentinamente saliendo de sus cimientos y se hubiera detenido ante las ventanas de la sala, la sorpresa de Winkle no hubiera sido nada comparada con el profundo asombro con que oyó estas palabras. Su primera impresión fue que le habían robado el frac.

—¿Me permite que le entretenga un momento? —dijo.

—Por supuesto —respondió el desagradable visitante.

Winkle corrió escaleras arriba, y abrió la maleta con mano temblorosa. Allí estaba el frac en su sitio de costumbre, pero presentando, ante un examen detenido, muestras evidentes de haber sido usado la noche anterior.

—Debe de ser eso —dijo Winkle, dejando caer el frac de las manos—. Bebí demasiado vino después de cenar, y tengo un recuerdo muy vago de haber andado por las calles y haber fumado luego un cigarro. La realidad es que estaba muy borracho: debí de cambiarme, ponerme el frac, salir no sé adónde, e

insultar a no sé quién… no me cabe duda; y este mensaje es la terrible consecuencia. —Diciendo esto, Winkle volvió sobre sus pasos hasta la sala, con la sombría y terrible decisión de aceptar el desafío del belicoso doctor Slammer, y atenerse a las peores consecuencias que se pudieran derivar.

Winkle se vio apremiado a esta determinación por un cúmulo de consideraciones, la primera de las cuales era su reputación dentro del Club. Siempre se le había mirado como alta autoridad en todos los asuntos de destreza y diversión, tanto ofensiva como defensiva o inofensiva; y si en la primerísima ocasión en que se le ponía a prueba, se echaba atrás ante la demostración, bajo la mirada de su jefe, quedarían para siempre perdidos su nombre y su posición. Además, recordaba haber oído mencionar, entre las personas no iniciadas en tales asuntos, que por un acuerdo sobrentendido entre los padrinos, raramente se cargaban con bala las pistolas; y además, pensó que si pedía a Snodgrass que actuara como su padrino, y le pintaba el peligro en términos ardientes, este caballero quizá comunicaría lo que sabía al señor Pickwick, quien, ciertamente, no perdería tiempo para comunicarlo a las autoridades locales, evitando así la muerte o invalidez de su seguidor.

Tales eran sus pensamientos cuando volvió a la sala, y comunicó su intención de aceptar el desafío del médico.

—¿Quiere remitirme a un amigo suyo para convenir la hora y lugar del encuentro? —dijo el oficial.

—No hace ninguna falta —respondió Winkle—; dígamelos, y ya obtendré después la compañía de un amigo.

—Digamos… ¿esta tarde al ponerse el sol? —inquirió el oficial, en tono descuidado.

—Muy bien —respondió Winkle, pensando en su alma que estaba muy mal.

—¿Conoce usted el fuerte Pitt?

—Sí, lo vi ayer.

—Si se toma la molestia de doblar por el campo que bordea la trinchera, tome la vereda a la izquierda cuando llegue a la altura de la fortificación, y siga adelante hasta que me vea: yo le precederé hasta un lugar retirado donde puede arreglarse el asunto sin temor de ninguna interrupción.

«¡Temor de ninguna interrupción!», pensó Winkle.

—No hay nada más que arreglar —dijo el oficial.

—No veo que haya más —respondió Winkle.

—Buenos días.

—Buenos días.

Y el oficial se marchó silbando una alegre melodía.

El desayuno de aquella mañana fue muy sombrío. Tupman no estaba para levantarse después de la desacostumbrada disipación de la noche anterior; Snodgrass parecía sufrir de una poética depresión de espíritu; incluso el señor

Pickwick manifestaba una insólita adhesión al agua de seltz y al silencio. Winkle acechaba atentamente su oportunidad: no tardó mucho. Snodgrass propuso visitar el castillo, y como Winkle era el único otro miembro del grupo que estaba dispuesto a andar, salieron juntos.

—Snodgrass —dijo Winkle, cuando abandonaron la vía pública—, Snodgrass, mi querido amigo, ¿puedo contar con usted para guardar un secreto?

Y al decirlo, tenía la más devota y seria esperanza de que no lo guardara.

—Sí que puede —respondió Snodgrass—. Se lo puedo jurar…

—No, no —interrumpió Winkle, aterrado ante la idea de que su compañero se comprometiera inconscientemente a no dar información—. No jure, no jure, no hace falta.

Snodgrass dejó caer la mano que, conforme al espíritu de la poesía, había elevado hacia las nubes al hacer la anterior declaración, y tomó una actitud atenta.

—Necesito su asistencia, mi querido amigo, en un asunto de honor —dijo Winkle.

—La tendrá —dijo Snodgrass, estrechando la mano de su amigo.

—Con un médico, el doctor Slammer, del regimiento 97 —dijo Winkle, deseando hacer aparecer el asunto como lo más solemne posible—; es un asunto con un oficial, asistido por otro oficial, esta tarde, al ponerse el sol, en un campo solitario tras el fuerte Pitt.

—Yo le acompañaré —dijo Snodgrass.

Estaba asombrado, pero de ningún modo consternado. Es extraordinario ver qué frialdad pueden tener todos en tales casos, salvo la parte interesada. A Winkle se le había olvidado esto. Había juzgado los sentimientos de su amigo por los suyos propios.

—Las consecuencias pueden ser terribles —dijo Winkle.

—Espero que no —dijo Snodgrass.

—El doctor creo que es un tirador excelente —dijo Winkle.

—Esos militares suelen serlo —observó Snodgrass con calma—, pero usted también, ¿no?

Winkle respondió afirmativamente, y notando que no había alarmado bastante a su compañero, cambió de terreno.

—Snodgrass —dijo, con voz trémula de emoción—, si caigo, en un paquete que pondré en sus manos encontrará una nota para mi… para mi padre.

Este ataque también fracasó. Snodgrass se sintió afectado, pero aceptó la entrega de la nota con tanta prontitud como si hubiera sido un cartero de a dos peniques.

—Si caigo —dijo Winkle—, o si cae el doctor, usted, mi querido amigo, será llamado a declarar como cómplice del hecho. ¿He de complicar a mi amigo y causarle una deportación… quizá para toda la vida?

Snodgrass parpadeó un poco ante esto, pero su heroísmo era invencible.

—Por la causa de la amistad —exclamó fervientemente—, estoy dispuesto a desafiar todos los peligros.

¡Cuánto maldijo interiormente Winkle la devota amistad de su compañero, mientras seguían su camino en silencio, los dos juntos, durante unos minutos, cada cual sumergido en sus propias meditaciones! Iba pasando la mañana: se sentía desesperado.

—Snodgrass —dijo, deteniéndose repentinamente—, no deje que me sujeten en este asunto: no dé información a las autoridades locales; no obtenga la asistencia de unos cuantos funcionarios civiles para que nos detengan a mí o al doctor Slammer, del regimiento 97, que ahora está en el cuartel de Chatham, evitando así el duelo; escúcheme, no lo haga.

Snodgrass estrechó cálidamente la mano de su amigo, respondiendo entusiásticamente:

—¡Por nada del mundo!

Un escalofrío pasó por el cuerpo de Winkle al convencerse de que no podía abrigar esperanza por parte de los temores de su amigo, siendo así invadido a la fuerza por la certidumbre de que estaba destinado a convertirse en un blanco animado.

Una vez que se le explicó formalmente a Snodgrass el estado del asunto, y se alquiló a un comerciante de Rochester una caja de pistolas de duelo, con los necesarios acompañamientos de pólvora, balas y pistones, los dos amigos volvieron a su posada; Winkle, para meditar sobre la inminente batalla, y Snodgrass para preparar las armas de guerra y ponerlas en situación adecuada para uso inmediato.

Era una tarde sombría y pesada cuando volvieron a salir para su desdichado asunto. Winkle iba embozado en un ancho gabán para escapar a toda observación, y Snodgrass llevaba bajo el suyo los instrumentos de destrucción.

—¿Lo tiene todo? —dijo Winkle, en tono agitado.

—Todo —respondió Snodgrass—, hay mucha munición, por si los disparos no surten efecto. Hay un cuarto de libra de pólvora en este estuche, y llevo dos periódicos en el bolsillo para los tacos.

Eran muestras de amistad por las que cualquier hombre podía razonablemente sentirse muy agradecido. Ha de suponerse que la gratitud de Winkle era demasiado poderosa para poderse expresar, puesto que no dijo nada, sino que siguió andando; bastante despacio.

—Estamos en un momento muy oportuno —dijo Snodgrass, cuando saltaban las tapias del primer campo—, el sol está cayendo.

Winkle miró la declinante esfera y dolorosamente pensó en la posibilidad de que también él «cayera» antes de no mucho tiempo.

—Ahí está el oficial —exclamó Winkle, al cabo de unos minutos de camino.

—¿Dónde? —dijo Snodgrass.

—Allí; aquel caballero de casaca azul. —Snodgrass miró en la dirección indicada por el dedo de su amigo, y observó una figura, embozada como anunciaba la descripción. El oficial manifestó que se daba cuenta de su presencia agitando ligeramente la mano; y los dos amigos le siguieron a poca distancia mientras él se alejaba.

La tarde se hacía más sombría por momentos, y un viento melancólico sonaba por los campos abandonados, como un gigante lejano que silbara al perro de su casa. La tristeza de esta escena infundió un tinte sombrío a los sentimientos de Winkle. Se sobresaltó cuando pasaron el ángulo de la trinchera: parecía un sepulcro colosal.

El oficial se apartó súbitamente del sendero, y tras de trepar por una empalizada, entró en un campo acotado. Había dos caballeros esperando: uno era un hombrecillo gordo, con pelo negro; y el otro —un imponente personaje de casaca galoneada— estaba sentado con perfecta ecuanimidad en un asiento de campaña.

—El adversario, y un médico, supongo —dijo Snodgrass—; tome un poco de coñac.

Winkle aferró la botella forrada de mimbre que le ofrecía su amigo, y tomó un largo sorbo del líquido estimulante.

—Mi amigo, el señor Snodgrass —dijo Winkle cuando se acercó el oficial. El amigo del doctor Slammer se inclinó, y sacó una caja semejante a la que traía Snodgrass.

—Creo que no tenemos más que decir, caballero —observó fríamente al abrir la caja—. Se ha rehusado decididamente dar satisfacción.

—Nada más, caballero —dijo Snodgrass, empezando a sentirse bastante incómodo.

—¿Quiere dar los pasos? —dijo el oficial.

—Por supuesto —respondió Snodgrass. Se midió el terreno y se arreglaron los preliminares.

—Encontrará estas mejores que las suyas —dijo el otro padrino, sacando sus pistolas—. Ya me ha visto cargarlas. ¿Tiene alguna objeción que hacer a que se usen?

—Por supuesto que no —respondió Snodgrass. Esta oferta le evitaba un apuro considerable, pues sus nociones anteriores sobre lo que era cargar una pistola no pasaban de ser vagas e indefinidas.

—Podemos colocar a nuestros hombres, me parece —dijo el oficial, con tanta indiferencia como si las partes interesadas fueran peones de ajedrez y los padrinos fueran los jugadores.

—Creo que podemos —respondió Snodgrass, que hubiera asentido a cualquier propuesta, porque no entendía nada del asunto. El oficial cruzó hacia el doctor

Slammer, y Snodgrass fue junto a Winkle.

—Todo está preparado —dijo, ofreciendo la pistola—. Deme el abrigo.

—Ya tiene el paquete, mi querido compañero —dijo el pobre Winkle.

—Muy bien —dijo Snodgrass—. Ánimo, y duro con él.

Pensó Winkle que ese consejo era como el que suelen invariablemente dar los espectadores al niño más pequeño de los que pelean en una lucha callejera: «Anda, y gánale», cosa admirable para recomendar, si uno supiera hacerlo. Sin embargo, se quitó en silencio el abrigo —siempre se tardaba mucho tiempo en desabrochar ese abrigo— y aceptó la pistola. Los padrinos se retiraron, el caballero del asiento de campaña hizo lo mismo y los beligerantes se acercaron uno a otro.

Winkle siempre se había distinguido por su extremada humanidad. Se conjetura que su repugnancia a herir intencionadamente a un semejante fue la causa de que cerrara los ojos cuando llegó al lugar fatal, y la circunstancia de que sus ojos estuvieran cerrados le impidió observar la extraordinaria e imprevisible conducta del doctor Slammer. Este caballero se sobresaltó, se quedó mirando fijamente, se echó atrás, se frotó los ojos, volvió a mirar y, por fin, gritó:

—¡Alto, alto!

»¿Qué es esto? —dijo el doctor Slammer, cuando llegaron corriendo su amigo y Snodgrass—. No es este hombre.

—¡Que no es este hombre! —dijo el padrino del doctor Slammer.

—¡Que no es este hombre! —dijo Snodgrass.

—¡Que no es este hombre! —dijo el caballero del asiento de campaña, sosteniéndolo en la mano.

—Seguro que no —respondió el doctorcito—. Esta no es la persona que me insultó anoche.

—¡Qué extraordinario! —exclamó el oficial.

—Mucho —dijo el del asiento de campaña—. La única cuestión es si este caballero, una vez que está en el campo, debe ser considerado, por cuestión de forma, como el individuo que anoche insultó a nuestro amigo el doctor Slammer, sea realmente ese individuo o no. —Y después de lanzar esa sugerencia, con aire sabio y misterioso, el hombre del asiento de campaña tomó una abundante pulgarada de rapé y miró con gesto profundo alrededor, con aire de ser una autoridad en estos asuntos.

Mientras, Winkle había abierto los ojos, y también los oídos, cuando oyó a su adversario proclamar una suspensión de hostilidades; y percibiendo, por lo que este dijo luego, que, sin duda, había algún error en el asunto, inmediatamente previó el aumento de reputación que adquiría inevitablemente al ocultar el motivo auténtico de su presencia allí; por consiguiente dio valientemente un paso adelante y dijo:

—No soy esa persona. Ya lo sé.

—Entonces —dijo el hombre del asiento de campaña— esto es un insulto para el doctor Slammer, y una razón suficiente para seguir adelante enseguida.

—Por favor, cállese, Payne —dijo el padrino del médico—. ¿Por qué no me advirtió el hecho esta mañana, caballero?

—Eso es, eso es —dijo, con indignación, el del asiento de campaña.

—Le ruego que se calle, Payne —dijo el otro—. ¿He de repetir mi pregunta, caballero?

—Pues, señor mío —respondió Winkle, que había tenido tiempo de deliberar su respuesta—, porque usted, caballero, describió una persona embriagada y poco caballerosa que vestía el traje que, no solo tengo el honor de vestir, sino de haber inventado; el uniforme que se ha propuesto para el Club Pickwick de Londres. Me siento obligado a defender el honor de ese uniforme, y por tanto, sin más investigación, acepté el desafío que usted me presentaba.

—Mi apreciado señor —dijo el doctorcito, de buen humor, avanzando con la mano extendida—, admiro su valentía. Permítame decir que admiro altamente su conducta, y lamento profundamente haberle causado la molestia de esta reunión, sin ningún propósito.

—No hay de qué —dijo Winkle.

—Me sentiré orgulloso de conocerle —dijo el doctorcito.

—Me proporcionará el mayor placer contar con su conocimiento —respondió Winkle. Con lo cual, el médico y Winkle se dieron la mano, y luego lo hicieron Winkle y el teniente Tappleton (el padrino del médico), y luego Winkle y el hombre del asiento de campaña, y finalmente, Winkle y Snodgrass, este último desbordante de admiración hacia la noble conducta de su heroico amigo.

—Creo que podemos retirarnos —dijo el teniente Tappleton.

—Por supuesto —añadió el doctor.

—A no ser —interpuso el hombre del asiento de campaña—, a no ser que el señor Winkle se sienta agraviado por el desafío; en cuyo caso estimo que tiene derecho a una satisfacción.

Winkle, con gran abnegación, expresó que ya se sentía satisfecho.

—O posiblemente —dijo el del asiento de campaña— el padrino de este caballero se sienta ofendido por alguna observación que se me escapara en los primeros momentos de esta reunión; si es así, yo estaré muy contento de darle a él una satisfacción inmediatamente.

Snodgrass, apresuradamente, se declaró muy honrado por el elegante ofrecimiento del caballero que acababa de hablar, sintiéndose inducido a declinarlo solamente por su aprobación de conjunto respecto a la totalidad del asunto. Los dos padrinos arreglaron las cajas, y el grupo entero dejó el terreno con un humor mucho más animado que cuando llegaron.

—¿Va a estar mucho tiempo aquí? —preguntó el doctor Slammer a Winkle, mientras andaban juntos, del modo más amistoso.

—Creo que nos iremos de aquí pasado mañana —fue la respuesta.

—Confío en tener el placer de verle a usted y a su amigo en mis habitaciones, y pasar una velada agradable con ustedes, después de este lamentable error —dijo el doctorcito—. ¿No tienen compromisos para esta noche?

—Tenemos aquí unos amigos —respondió Winkle— y no me gustaría dejarles esta noche. Quizá usted y su amigo podrían venir a vernos al Toro.

—Con mucho gusto —dijo el doctorcito—. ¿Las diez sería muy tarde para ir a verles una media hora?

—¡Oh, no, de ningún modo! —dijo Winkle—. Celebraré muchísimo poder presentarles a mis amigos, los señores Pickwick y Tupman.

—El gusto será mío, estoy seguro —respondió el doctor Slammer, sospechando bien poco quién era el señor Tupman.

—¿Vendrán entonces? —dijo Snodgrass.

—Oh, desde luego.

Por entonces habían llegado a la carretera. Se intercambiaron cordiales despedidas y el grupo se separó. El doctor Slammer y sus amigos volvieron al cuartel, y Winkle, acompañado de Snodgrass, regresó a la posada.

III
UN NUEVO CONOCIDO. EL CUENTO DEL CÓMICO DE LA LEGUA. UNA INTERRUPCIÓN DESAGRADABLE, Y UN ENCUENTRO MOLESTO

El señor Pickwick había sentido algunas aprensiones como consecuencia de la insólita desaparición de sus dos amigos, aprensiones que su misteriosa conducta durante toda la mañana no había podido menos de estimular. Por consiguiente, se levantó con mayor placer del acostumbrado para saludarles cuando entraron de nuevo, y con mayor interés del ordinario preguntó qué les había ocurrido para separarles de su compañía. En respuesta a sus preguntas sobre este punto, Snodgrass iba a ofrecer un informe histórico sobre las circunstancias que acabamos de exponer, cuando se detuvo repentinamente al observar que estaban presentes no solo Tupman y su compañero de viaje del día anterior, sino otro desconocido de aspecto igualmente singular. Era un hombre de aire consumido por las preocupaciones, cuya cara cetrina y ojos profundamente hundidos resultaban más llamativos de lo que les había hecho la naturaleza a causa del lacio pelo negro que le colgaba en desgreñado desorden hasta la mitad de la cara. Sus ojos eran extraordinariamente vivos y penetrantes, sus pómulos eran altos y salientes, y sus mandíbulas eran tan largas y flacas que un observador habría supuesto que estaba retirando la carne de la cara, por un momento, mediante alguna contracción de los músculos, si su boca entreabierta y su expresión inmutable no hubieran anunciado que ese era su aspecto ordinario. En torno al cuello llevaba un pañuelo verde, con sus largos picos desparramados por el pecho, y asomando ocasionalmente entre los gastados ojales de su viejo chaleco. Su indumento principal era un largo abrigo negro, bajo el cual llevaba unos anchos pantalones parduscos y grandes botas en avanzado estado de descomposición.

En esta persona de grosero aspecto se detuvo la mirada de Winkle, mientras se extendía hacia él la mano del señor Pickwick, diciendo:

—Un amigo de este amigo nuestro. Hemos descubierto esta mañana que nuestro amigo estaba en relación con el teatro de esta ciudad, aunque él no desea que esto se sepa universalmente, y este caballero es miembro de la misma profesión. Estaba a punto de obsequiarnos con una pequeña anécdota en relación con ella cuando entraron ustedes.

—Montones de anécdotas —dijo el desconocido de la casaca verde, el del día anterior, avanzando hacia Winkle y hablándole en tono bajo y confidencial—: tipo extraño… hace el trabajo pesado… no es actor… hombre raro… toda clase de miserias… Jemmy el Funesto le llamamos en la compañía.

Winkle y Snodgrass saludaron cortésmente al caballero elegantemente designado como « Jemmy el Funesto» , y, pidiendo coñac con agua, a imitación

del resto del grupo, se sentaron a la mesa.

—Bien, señor —dijo el señor Pickwick—, ¿quiere hacernos el favor de seguir adelante con lo que iba a contar?

El funesto individuo sacó del bolsillo un sucio rollo de papel, y volviéndose hacia Snodgrass, que acababa de requerir el cuaderno de notas, dijo con una voz hueca perfectamente adecuada a su aspecto externo:

—¿Es usted el poeta?

—Yo… yo hago un poco de eso —respondió Snodgrass, un tanto cortado por lo repentino de la pregunta.

—¡Ah!, la poesía hace de la vida lo que la música y las luces hacen de la escena… Si despojáis a la una de sus falsos embellecimientos y a la otra de sus ilusiones, ¿qué hay en ellas de verdadero para vivir ni para que nos importe nada?

—Es muy cierto, señor —respondió Snodgrass.

—Estar ante las candilejas —siguió el funesto—, es como sentarse ante una grandiosa fiesta de Corte, admirando las vestiduras de seda de la alegre concurrencia; estar detrás de ellas es como ser el pueblo que produce esos lujos, olvidado y desconocido, abandonado a hundirse o flotar, a morir de hambre o vivir, según quiera la fortuna.

—Desde luego —dijo Snodgrass, pues los ojos hundidos del funesto descansaban en él, y sintió que era necesario decir algo.

—Vamos, Jemmy —dijo el del viaje a España— como la Susana de los ojos negros…[11] adelante… sin graznidos… desembucha… pon buena cara.

—¿Quiere tomar otro vaso antes de empezar? —dijo el señor Pickwick.

El hombre funesto aceptó la sugerencia y, tras mezclarse un vaso de coñac con agua, y beber la mitad lentamente, abrió el rollo de papeles, y comenzó, mitad a leer, mitad a relatar, el siguiente episodio que encontramos anotado en las «Actas» del Club como el «Cuento del cómico de la legua».

CUENTO DEL CÓMICO DE LA LEGUA

«No hay nada de maravilloso en lo que voy a relatar —dijo el funesto—, ni siquiera hay nada extraordinario en ello. La privación y la enfermedad son demasiado corrientes en muchas situaciones de la vida para merecer mayor atención de la que se concede usualmente a las vicisitudes más corrientes de la naturaleza humana. He reunido estas breves notas porque conocí mucho a su protagonista durante bastantes años. He seguido paso a paso su camino descendente, hasta que por fin alcanzó el extremo de miseria de que ya no volvió a levantarse.

»El hombre de que hablo era un vulgar actor de pantomimas; y, como muchos de su especie, un borracho habitual. En sus buenos tiempos, antes de

haber quedado debilitado por la disipación y consumido por la enfermedad, había recibido un buen salario que, si hubiera sido él cuidadoso y prudente, pudo haber seguido recibiendo durante algunos años; no muchos, porque estas gentes, o mueren pronto, o, a fuerza de gastar desmesuradamente sus energías corporales, pierden antes de tiempo la capacidad física de que dependen únicamente para su subsistencia. Con todo, su pecado dominante le venció tanto, que resultó imposible emplearle en las actividades en que realmente era útil para el teatro. La taberna tenía para él una fascinación a la que no podía resistir. La enfermedad sin cuidados y la pobreza sin esperanza eran su destino, con tanta seguridad como la misma suerte si seguía por ese mismo camino; y en efecto, siguió, y los resultados pueden suponerse. No pudo obtener empleo, y le faltó el pan.

» Todo el que conozca las cosas del teatro sabe que hay un enjambre de gente sucia y caída en la miseria que gira en torno a la escena de un espectáculo importante: no son actores contratados normalmente, sino gente para los bailes, para los conjuntos, titiriteros, y demás, que se emplean mientras se pone una pantomima o una pieza de Pascua, y luego se despiden, hasta que la puesta en escena de algún espectáculo complicado da lugar a una nueva demanda de sus servicios. A tal modo de vida se vio obligado a recurrir este hombre; y el trabajar así todas las noches en algún teatro de mala muerte, de pronto le puso en posesión de unos pocos chelines por semana, que le permitieron satisfacer su antigua propensión. También este recurso le falló pronto; sus irregularidades eran demasiado grandes para sacar de sus ganancias el mísero alimento que podría haberse procurado así, y se vio de hecho reducido a una situación al borde de la muerte por hambre, procurándose solo alguna insignificancia ocasionalmente, al pedir prestado a algún antiguo compañero o al conseguir aparecer en escena en alguno de los más vulgares teatrillos; y en cuanto ganaba algo, lo gastaba como antes.

» Por entonces, cuando este hombre llevaba más de un año existiendo sin que se supiera cómo, yo tuve un breve contrato en uno de los teatros del otro lado del río, hacia Surrey, y vi allí a aquel hombre, a quien había perdido de vista durante algún tiempo, pues yo había estado de viaje por provincias mientras él andaba al acecho por las calles y avenidas de Londres. Me había vestido para salir del teatro, y cruzaba la escena al marcharme, cuando me dio un golpe en el hombro. Nunca olvidaré el repulsivo espectáculo que se me presentó a la vista cuando me volví. Estaba vestido para la pantomima, con todo el absurdo de un traje de payaso. Las figuras espectrales de la Danza de la Muerte, las formas más espantosas que jamás pudo retratar en el lienzo un buen pintor, nunca han presentado un aspecto ni la mitad de espectral. Su cuerpo hinchado y sus piernas encogidas —con su deformidad aumentada cien veces por el traje de fantasía—, sus ojos vidriosos, en terrible contraste con la espesa pintura blanca que embadurnaba su cara; la cabeza, llena de grotescos ornamentos y temblando de

parálisis; las largas y flacas manos, restregadas con tiza blanca, todo ello le daba un aspecto horrible y artificial, del que no puede dar idea ninguna descripción, y que, aún hoy, me estremece recordar. Me llevó a un lado, y con voz hueca y trémula y en palabras entrecortadas, me expuso un largo catálogo de enfermedades y privaciones, acabando, como de costumbre, con la urgente petición de que le prestara una insignificante cantidad de dinero. Puse en su mano unos pocos chelines, y al volverme para marchar oí los aullidos de risa que seguían a su primer volatín en escena.

» Pocas noches después, un muchacho me entregó un trozo sucio de papel en que había unas palabras garrapateadas a lápiz informándome de que aquel hombre estaba peligrosamente enfermo, y rogándome que después de la función fuera a verle a su alojamiento en la calle… ahora no me acuerdo de su nombre, a poca distancia del teatro. Prometí hacerlo así en cuanto pudiera marchar, y apenas bajó el telón, partí para mi triste asunto.

» Era muy tarde, porque ya había actuado en la última pieza; y, como era una noche de beneficio, la representación se había prolongado más que de costumbre. Hacía una noche oscura y fría, con un viento húmedo y helado, que lanzaba la lluvia en fuertes ráfagas contra las ventanas y fachadas. Se habían formado charcos en las calles, estrechas y casi solitarias, y como muchos de los faroles de aceite, dispersos a gran distancia, habían sido apagados por la violencia del viento, la marcha resultaba no solo incómoda, sino incierta. Sin embargo, había tomado el buen camino, y, tras de algunas dificultades, logré encontrar la casa adonde me dirigía: una carbonera, con una buhardilla encima, donde, en un cuarto al fondo, yacía la persona a quien buscaba.

» Una mujer de aspecto mísero, la mujer de aquel hombre, salió a mi encuentro en las escaleras, y, diciéndome que él acababa de caer en una especie de sopor, me hizo entrar silenciosamente y me puso una silla junto a la cama. El enfermo estaba tendido con la cara hacia la pared; y, como no observó mi presencia, tuve ocasión de observar el lugar en que me encontraba.

» Estaba en un viejo jergón, que se recogía durante el día. En torno a la cabecera habían puesto los desgarrados restos de una cortina a cuadros, para defenderle del viento, que, sin embargo, se abría paso al destartalado cuarto a través de las numerosas grietas de la puerta, soplando en ráfagas a cada momento. Había un débil fuego en cenizas, en un fogón oxidado y desvencijado; y ante él estaba puesta una vieja y sucia mesa triangular, con unas botellas de medicinas, un vaso roto y unos cuantos objetos domésticos más. Un niño dormía en una yacija provisional que le habían hecho en el suelo, y a su lado se sentó la mujer en una silla. Había un par de repisas con unos pocos platos, copas y platillos, bajo los cuales colgaban unos zapatos de teatro y unos floretes. Con la excepción de unos montoncitos de trapos y andrajos que habían tirado descuidadamente en los rincones del cuarto, esas eran las únicas cosas de aquella

casa.

» Tuve tiempo para observar esos pequeños detalles, y para fijarme en la respiración pesada y los sobresaltos febriles del enfermo, antes que este se diera cuenta de mi presencia. En sus inquietos intentos de encontrar un lugar cómodo de descanso para la cabeza, sacó la mano de la cama y cayó en la mía. Se incorporó asustado y me miró gravemente a la cara.

» —Es el señor Hutley, John —dijo su mujer—. Es el señor Hutley, a quien mandaste a buscar esta noche, ya sabes.

» —¡Ah! —dijo el enfermo, pasándose la mano por la frente—; Hutley… Hutley… vamos a ver. —Pareció esforzarse unos instantes en ordenar sus pensamientos, y luego, agarrándome fuerte por la muñeca, dijo—: No me dejes, no me dejes, compadre. Esta me matará; sé que me matará.

» —¿Lleva mucho tiempo así? —dije a la mujer, que lloraba.

» —Desde anoche —respondió—. John, John, ¿no me conoces?

» —No la dejes que se me acerque —dijo el hombre con un estremecimiento, al inclinarse ella sobre él—. Échala, no puedo soportar que esté a mi lado. —Se quedó mirándola extraviadamente, con aire de mortal temor, y luego me susurró al oído—. La pegué ayer, Jem; la pegué ayer, y otras muchas veces antes. La he matado de hambre, y al niño también; y ahora que estoy débil e indefenso, Jem, me asesinará por eso; sé que lo hará. Si la hubieras visto llorar como la he visto yo, lo sabrías también. Échala. —Aflojó la mano, y se desplomó agotado en la almohada.

» Comprendí de sobra lo que significaba todo aquello. Si hubiera conservado alguna duda, una ojeada a la cara pálida y la figura consumida de la mujer habrían explicado suficientemente la situación real del caso.

» —Sería mejor que se apartara —dije a la pobre criatura—. No le puede servir de nada. Quizá esté más tranquilo si no la ve.

» Ella se apartó de la vista del hombre. Este abrió los ojos unos momentos después y miró alrededor ansiosamente.

» —¿Se ha ido? —preguntó gravemente.

» —Sí, sí —dije—; no te hará daño.

» —Te diré la verdad, Jem —dijo el hombre, en voz baja—: me hace daño. Hay algo en sus ojos que me hace tener un miedo terrible, que me vuelve loco. Toda esta noche he tenido aquí cerca sus ojos, grandes y fijos, y su cara pálida; donde me volvía, se volvían también; y siempre que me despertaba asustado, estaba ella junto a la cama, mirándome.

» Me acerco a él, y dice en un susurro de profunda alarma:

» —Jem, debe de ser un espíritu malo, ¡un diablo! ¡Chist! Sé que lo es. Si hubiera sido una mujer, se hubiera muerto hace mucho tiempo. Ninguna mujer podría haber soportado lo que ella.

» Me sentí horrorizado al pensar en el largo camino de crueldad y desprecio

que tenía que haberse recorrido para dejar tal impresión en tal hombre. No pude decir nada en respuesta, pues ¿quién podía ofrecer esperanza o consuelo al ser abyecto que tenía delante?

» Seguí sentado allí unas dos horas, durante las cuales se revolvió murmurando exclamaciones de dolor o de impaciencia, echando incansablemente los brazos acá y allá, y dando vueltas constantemente de un lado para otro. Poco a poco, cayó en ese estado de inconsciencia parcial en que la mente vaga inquieta de escena en escena, de lugar en lugar, sin el dominio de la razón, pero sin ser tampoco capaz de desprenderse de una sensación indescriptible de sufrimiento presente. Encontrando que este era su caso, por sus extravíos incoherentes, y sabiendo que con toda probabilidad la fiebre no había de empeorar inmediatamente, le dejé, y prometí a su pobre mujer que repetiría mi visita la noche siguiente, y aun, si era necesario, velaría al enfermo toda la noche.

» Cumplí mi promesa. Las últimas veinticuatro horas habían producido una terrible alteración. Los ojos, aunque profundamente hundidos y cargados, brillaban con un fulgor terrible de observar. Los labios estaban secos y agrietados en muchos puntos; la piel dura y seca se había encendido con un calor ardiente; y un aire, casi sobrenatural, de loca ansiedad en la cara de aquel hombre, indicaba aún más severamente los estragos de la enfermedad. La fiebre estaba en su máximo.

» Tomé el asiento que había ocupado la noche anterior, escuchando esos sonidos que deben de herir profundamente aun el corazón de los más empedernidos seres humanos: los terribles estertores de un agonizante. Por lo que había oído de la opinión del médico, sabía que no había esperanza: lo que veía era su agonía. Observé sus consumidos miembros, que pocas horas antes había visto retorcerse para diversión de un ruidoso teatro, y que ahora se retorcían bajo la tortura de una fiebre ardiente; oía la aguda risa del payaso, fundiéndose con el sordo murmullo del agonizante.

» Es conmovedor notar cómo la mente vuelve a las ocupaciones ordinarias y los empeños de la salud mientras el cuerpo yace delante, débil e inerme; pero cuando estas ocupaciones son del carácter más rigurosamente opuesto a todo lo que asociamos con las ideas graves y solemnes, la impresión que se produce es infinitamente más poderosa. El teatro y la taberna eran los temas principales de los extravíos de aquel desgraciado. Se imaginaba que llegaba la hora del teatro y tenía un papel que desempeñar: era tarde y debía salir de casa al instante. ¿Por qué le sujetaban para que no se fuera? Perdería el dinero: tenía que marcharse. ¡No, no le dejaban irse! Escondía la cara entre las manos ardientes, y débilmente deploraba su debilidad y la crueldad de sus perseguidores. Una breve pausa, y gritaba unos versillos ripiosos: los últimos que había aprendido. Se incorporaba en la cama, retorcía sus miembros consumidos, y daba vueltas en grotescas

posturas: estaba actuando, estaba en el teatro. Un silencio de unos momentos, y murmuraba el estribillo de una canción grosera. Por fin había llegado a la vieja taberna; ¡qué calor hacía! Había estado enfermo, muy enfermo, pero ahora estaba bien y muy contento. ¡Que le llenaran el vaso! ¿Quién se lo apartaba de los labios? Era el mismo perseguidor que antes le había ido detrás. Volvió a caer en la almohada y se quejó en voz alta. Una breve pausa de olvido, y ya estaba errando a través de un laberinto fatigoso de cuartos tan bajos de techo, que, a veces, tenía que arrastrarse a cuatro patas para avanzar; todo era estrecho y oscuro, y a dondequiera que se volvía, algún obstáculo le impedía avanzar. Había insectos también, horrendos seres que agitaban las patas y le miraban fijamente, llenando todo el aire en torno de él y brillando horriblemente entre la densa oscuridad de aquel sitio. Las paredes y el techo estaban animados de reptiles; la bóveda se había expansionado hasta alcanzar un tamaño enorme; terribles figuras saltaban de acá para allá, y las caras de sus conocidos, con aspecto horrible, haciendo muecas y gestos, se asomaban entre ellas; le marcaban con hierros al rojo, y le ataban la cabeza con cuerdas hasta que le saltaba sangre; él luchaba locamente por salvar la vida.

» En el apogeo de una de esas crisis, después que me costó gran trabajo sujetarle en la cama, se hundió en lo que parecía un sueño. Abrumado por la vigilia y el esfuerzo, yo había cerrado los ojos durante unos minutos, cuando sentí que me agarraba violentamente el hombro. Me desperté enseguida. Se había incorporado, sentándose en la cama: un cambio terrible había tenido lugar en su rostro, pero había vuelto a la conciencia, porque me reconocía, evidentemente. El niño, que llevaba mucho tiempo sobresaltado por aquellos delirios, se levantó de su camita y corrió hacia su padre, gritando de terror; la madre le tomó apresuradamente entre sus brazos, no fuera él a hacerle daño, en la violencia de la locura; pero, aterrado por la alteración de su fisonomía, se quedó transida junto a la cama. Él se agarró convulsivamente a mi hombro y, golpeándose el pecho con la otra mano, hizo un intento desesperado de articular algo. No lo consiguió; extendió el brazo hacia ellos e hizo otro violento esfuerzo. Salió un ruido confuso de su garganta… sus ojos fulguraron… un breve gruñido ahogado… y cayó atrás… ¡muerto!»

Nos hubiera proporcionado la más alta satisfacción tener la posibilidad de anotar la opinión del señor Pickwick sobre la precedente anécdota. Tenemos pocas dudas de que habríamos podido presentarla a nuestros lectores, de no ser por un desgraciado acontecimiento.

El señor Pickwick había vuelto a dejar en la mesa el vaso que, durante las últimas frases del relato, había retenido en la mano, y acababa de decidirse a hablar —más aún, tenemos la autoridad del cuaderno de notas de Snodgrass para

afirmar que de hecho había abierto la boca—, cuando el camarero entró en la sala y dijo:

—Señor, hay unos caballeros.

Se ha conjeturado que el señor Pickwick estaba a punto de lanzar unas opiniones que hubieran iluminado al mundo, sin pegar fuego al Támesis,[12] cuando fue interrumpido así; pues se quedó observando severamente el rostro del camarero, y luego miró a su alrededor a todo el grupo, como buscando información sobre los recién llegados.

—¡Oh! —dijo Winkle, levantándose—, unos amigos míos… hágales entrar. Gente muy simpática —añadió Winkle, cuando se retiró el camarero—. Oficiales del regimiento 97, a quienes he conocido esta mañana de manera muy curiosa. Les gustarán mucho.

Inmediatamente quedó restaurada la ecuanimidad del señor Pickwick. Volvió el camarero e hizo entrar en la sala a tres caballeros.

—El teniente Tappleton —dijo Winkle—. Teniente Tappleton, el señor Pickwick; doctor Payne, el señor Pickwick; al señor Snodgrass ya le conoce; mi amigo el señor Tupman, el doctor Payne… el doctor Slammer, el señor Pickwick… el señor Tupman, el doctor Slam…

Aquí Winkle se detuvo de repente, pues se había hecho visible una fuerte emoción en los rostros de Tupman y del doctor.

—A este señor ya le conozco —dijo el médico, con marcado énfasis.

—¡Cómo! —dijo Winkle.

—Y… Y a este individuo también, si no estoy equivocado —dijo el doctor lanzando una ojeada escudriñadora sobre el desconocido de la casaca verde—. Creo que hice anoche a esta persona una invitación muy apremiante, que ha considerado oportuno declinar.

Y al decir esto, el doctor miró ceñudamente y con aires de grandeza al desconocido, susurrándole algo a su amigo el teniente Tappleton.

—¡No me diga! —exclamó este caballero, al concluir el susurro.

—Como le digo —respondió el doctor Slammer.

—Tiene obligación de darle un golpe aquí mismo —murmuró el dueño del asiento de campaña, con gran solemnidad.

—Cállese, Payne —interrumpió el teniente—. ¿Me permite preguntarle, caballero —dijo, dirigiéndose al señor Pickwick, que estaba considerablemente desconcertado por aquel incorrecto juego de apartes—, me permite preguntarle si este individuo forma parte de su grupo?

—No, señor —respondió el señor Pickwick—; es un invitado nuestro.

—¿Será un miembro de su Club, o estoy equivocado? —dijo el teniente, inquisitivamente.

—Desde luego que no lo es —respondió el señor Pickwick.

—¿Y no lleva nunca el botón de su Club? —dijo el teniente.

—¡No, nunca! —replicó con asombro el señor Pickwick.

El teniente Tappleton se volvió hacia su amigo el doctor Slammer, y se encogió de hombros de modo escasamente perceptible, como sugiriendo alguna duda sobre la exactitud de su recuerdo. El doctorcito tenía aire colérico, pero confuso; y Payne miraba con cara feroz el rostro resplandeciente del ignorante Pickwick.

—¡Caballero! —dijo el médico, dirigiéndose de repente a Tupman, en un tono que hizo a este estremecerse de modo tan visible como si le hubieran pinchado malignamente con un alfiler en la pantorrilla—. ¡Usted estuvo anoche en el baile!

Tupman jadeó débilmente su asentimiento, mirando con fijeza mientras tanto al señor Pickwick.

—Este individuo le acompañaba —dijo el médico, señalando al desconocido, que todavía no se había movido.

Tupman admitió ese hecho.

—Bien, señor —dijo el médico al desconocido—. Le pregunto otra vez, en presencia de estos caballeros, si prefiere usted darme su tarjeta y recibir el trato de un caballero, o si me impone la necesidad de castigarle personalmente aquí mismo.

—Espere —dijo el señor Pickwick—. Realmente, no puedo permitir que siga adelante este asunto sin alguna explicación. Tupman, cuéntenos lo que pasa.

Tupman, conjurado así solemnemente, explicó el caso en pocas palabras; aludió levemente al frac tomado en préstamo; se extendió ampliamente en que todo eso había ocurrido « después de la cena» ; aceptó un poco de penitencia a su cuenta, y dejó que el desconocido se las arreglara como pudiera.

Este, al parecer, iba a hacerlo así cuando el teniente Tappleton, que le había estado observando con gran curiosidad, dijo con notable desprecio:

—¿No le he visto a usted en el teatro?

—Por supuesto —dijo el desconocido, sin la menor vergüenza.

—¡Es un cómico de la legua! —dijo el teniente en tono despectivo volviéndose al doctor Slammer—. Trabaja en la pieza que mañana por la noche presentan los oficiales del 52 en el teatro de Rochester. ¡No puede seguir adelante con este asunto, Slammer! ¡Imposible!

—¡Desde luego! —dijo Payne con gran dignidad.

—Lamento haberles colocado en esta desagradable situación —dijo el teniente Tappleton dirigiéndose al señor Pickwick—. Permítame sugerirle que el mejor modo de evitar la repetición de tales escenas en el porvenir consistirá en ser más cuidadoso en la elección de sus compañeros. ¡Buenas noches, caballero! —Y el teniente salió del cuarto de un salto.

—Y permítame a mí decir, caballero —dijo el irascible doctor Payne—, que si yo hubiera sido Tappleton, o si hubiera sido Slammer, le hubiera tirado de las

orejas a usted y a todos los de su grupo. Lo que es yo, lo habría hecho. Me llamo Payne, caballero; doctor Payne, del 43. Buenas noches.

Terminado este discurso, y pronunciado el saludo final en tono sonoro, se marchó majestuosamente tras su amigo, seguido de cerca por el doctor Slammer, que no dijo nada, sino que se contentó con fulminar a todo el grupo con una mirada.

La cólera creciente y el desconcierto extremado habían hinchado el noble pecho del señor Pickwick, casi hasta hacerle estallar el chaleco, mientras se pronunciaba el susodicho desafío. Se quedó trastornado en su sitio, mirando al vacío. El ruido de la puerta al cerrarse le hizo volver en sí. Se precipitó adelante con furia en su persona y fuego en su mirada. Su mano ya estaba en el tirador de la puerta, y un momento después hubiera estado en la garganta del doctor Payne, del regimiento 43, si Snodgrass no hubiera aferrado a su respetado jefe por los faldones de la casaca, arrastrándole atrás.

—Sujétenle —gritó Snodgrass—. Winkle, Tupman… no debe perecer su noble vida en una causa como esta.

—¡Déjeme salir! —decía el señor Pickwick.

—Sujétenle fuerte —gritó Snodgrass, y con los esfuerzos combinados de todo el grupo se obligó al señor Pickwick a sentarse en una butaca.

—Déjenle solo —dijo el desconocido de la casaca verde—. Coñac con agua… animoso viejo… mucho valor… trague esto… ¡ah…!, cosa estupenda…

Y después de probar las virtudes de un vaso lleno, preparado por el hombre funesto, el desconocido acercó la bebida a la boca del señor Pickwick, con lo que desapareció rápidamente el resto de su contenido.

Hubo una breve pausa; el coñac con agua había hecho su efecto, y el rostro amigable del señor Pickwick fue recobrando rápidamente su expresión acostumbrada.

—No merecen que se fije usted en ellos —dijo el hombre funesto.

—Tiene razón —respondió el señor Pickwick—. No lo merecen. Me da vergüenza haberme dejado arrastrar a unos sentimientos tan acalorados. Acerque su silla a la mesa.

El hombre funesto obedeció enseguida; se volvió a formar un círculo alrededor de la mesa, y una vez más prevaleció la armonía. Una ligera irritabilidad pertinaz pareció encontrar su lugar de reposo en el pecho de Winkle, posiblemente con motivo de la sustracción temporal de su frac, aunque es poco razonable suponer que una circunstancia tan leve pueda haber llegado a excitar siquiera un sentimiento pasajero de ira en el pecho de un pickwickiano. Con esta excepción, el buen humor quedó por completo restaurado, y la velada acabó con la alegría convivial con que había empezado.

IV

UN DÍA DE MANIOBRAS Y DE VIVAC. OTROS NUEVOS AMIGOS. UNA INVITACIÓN AL CAMPO

Muchos autores mantienen una negativa, no solo necia sino deshonesta, a reconocer las fuentes de donde obtienen su valiosa información. Nosotros no tenemos tales sentimientos. Simplemente tratamos de desempeñar, en forma correcta, los deberes responsables de nuestras funciones editoriales; y cualquiera que fuese la ambición que en otras circunstancias habríamos sentido de pretender ser los autores de estas aventuras, el respeto a la verdad nos prohíbe hacer nada más que arrogarnos el mérito de su arreglo juicioso y su relato imparcial. Los papeles pickwickianos son la Fuente Nueva;[13] nosotros podemos ser comparados a su compañía de explotación. Los trabajos de otros nos han acumulado un inmenso depósito de hechos importantes. Nosotros los presentamos meramente, y los comunicamos, en un cauce claro y amable, utilizando el medio de estas páginas, a un mundo sediento de conocimiento pickwickiano.

Actuando dentro de ese espíritu, y obrando resueltamente según nuestra determinación de reconocer nuestro agradecimiento hacia las autoridades que hemos consultado, decimos con franqueza que estamos en deuda con el cuaderno de notas del señor Snodgrass por lo que toca a los detalles anotados en este capítulo y el siguiente; detalles que, una vez que hemos descargado nuestras conciencias, pasaremos a exponer sin ulterior comentario.

La entera población de Rochester y ciudades limítrofes se levantó a una hora temprana de la mañana siguiente en un estado de máximo estrépito y excitación. Iba a tener lugar una gran revista militar en las afueras. Las maniobras de media docena de regimientos iban a ser inspeccionadas por la mirada aguileña del general en jefe; se habían levantado fortificaciones provisionales, la ciudadela iba a ser atacada y tomada, y se haría saltar una mina.

El señor Pickwick, como habrán inferido nuestros lectores por el ligero extracto que dimos de su descripción de Chatham, era un admirador entusiasta del ejército. Nada hubiera podido ser más delicioso para él que ese espectáculo; nada hubiera podido armonizar tanto con el sentir peculiar de cada uno de sus compañeros. En consecuencia, se levantaron muy pronto y se dirigieron a la escena de la acción, hacia donde ya iban afluyendo multitudes de gente procedente de diversos lugares.

En las líneas militares, todo lo que se veía denotaba que la inminente ceremonia iba a tener extraordinaria grandeza e importancia. Había centinelas apostados para reservar el terreno a las tropas, y había criados en las baterías reservando sitios a las señoras, y sargentos que corrían de un lado para otro con libros encuadernados en pergamino bajo el brazo, y el coronel Bulder, en gran uniforme militar, galopaba primero a un sitio y luego a otro, y daba vueltas a su

caballo entre la gente, encabritándolo y haciendo corvetas, gritando de la manera más alarmante, y enronqueciendo mucho y poniéndose muy colorado de cara, sin ninguna razón ni causa evidente. Los oficiales corrían atrás y adelante, dando órdenes a los sargentos, para después desaparecer totalmente; y aun los mismos soldados rasos miraban desde sus corbatines satinados con un aire de solemnidad misteriosa que proclamaba suficientemente el carácter especialísimo de la ocasión.

El señor Pickwick y sus compañeros se instalaron delante de la multitud y aguardaron pacientemente a que empezara el asunto. La apretura crecía por momentos y los esfuerzos que se veían obligados a hacer para conservar la posición que habían ganado les tuvieron suficientemente entretenidos durante las dos horas que se sucedieron. En un momento dado, hubo un empujón repentino desde atrás, y entonces el señor Pickwick fue lanzado adelante, de una sacudida, a varias yardas, con un grado de velocidad y agilidad altamente incompatible con la gravedad general de su porte; en otro momento hubo una petición de «échense atrás», desde la delantera, y entonces la culata de un mosquetón o bien caía sobre el pulgar del pie del señor Pickwick, para recordarle tal petición, o era metida en su pecho para asegurar su cumplimiento. Después, algunos caballeros bromistas, a la izquierda, tras apretar hacia un lado y estrujar a Snodgrass hasta el último extremo de la tortura humana, solicitaron saber «dónde iba con tanto empujón»; y cuando Winkle acababa de expresar su indignación extremada al ser testigo de este ataque no provocado, alguien de atrás le encajó de un golpe el sombrero hasta los ojos, pidiéndole por favor que se metiera la cabeza en el bolsillo.

Estas y otras bromas pesadas, unidas a la inexplicable ausencia de Tupman (que había desaparecido de repente sin que se le pudiera encontrar por ninguna parte), hicieron su situación, en conjunto, más incómoda que agradable ni deseable.

Por fin corrió por la multitud ese sordo clamor de voces que usualmente anuncia la llegada de lo que se ha estado esperando. Todas las miradas se volvieron hacia el puesto de mando. Tras unos momentos de ansiosa expectación, se vieron banderas flotando alegremente al aire, brillaron al sol armas refulgentes y una columna tras otra se fue dispersando por la llanura. Las tropas se detuvieron y formaron; la voz de mando corrió por las líneas; hubo un chasquido general de mosquetones al presentar armas; y el general en jefe, acompañado por el coronel Bulder y numerosos oficiales, avanzó a medio galope hasta las tropas. Las bandas militares rompieron a tocar a la vez; los caballos se empinaron en dos patas y agitaron las colas en todas las direcciones; los perros ladraron, la multitud gritó, las tropas se alinearon y no se pudo ver a un lado y a otro, en lo que alcanzaba la vista, más que una larga perspectiva de casacas rojas y pantalones blancos, fijos e inmóviles.

El señor Pickwick había estado tan ocupado en caerse ante las patas de los caballos y salir de entre ellas por milagro, que no había disfrutado de suficiente ocio para observar la escena hasta que esta tomó el aspecto que acabamos de describir. Cuando por fin pudo incorporarse sólidamente sobre las piernas, su satisfacción y placer no tuvieron límite.

—¿Puede haber algo más humano o más delicioso? —preguntó Winkle.

—Nada —respondió este caballero, que durante el cuarto de hora precedente había tenido a un señor bajito subido en cada uno de sus pies.

—Desde luego, es un espectáculo noble y brillante —dijo Snodgrass, en cuyo pecho crecía rápidamente la llama de la poesía— ver a los valientes defensores de su nación reunidos con espléndido atavío ante sus pacíficos conciudadanos; con sus rostros resplandecientes, no de ferocidad guerrera, sino de caballerosidad civilizada; con la mirada centelleante no por el rudo fuego de la rapiña y la venganza, sino por la suave luz de la humanidad y la inteligencia.

El señor Pickwick entró plenamente en el espíritu de este elogio, pero no pudo exactamente hacerse eco de sus términos; pues la suave luz de la inteligencia ardía más bien débilmente en los ojos de los guerreros, por cuanto se había dado la orden de « vista al frente» , y todo lo que veía el espectador ante sí eran varios miles de pares de ojos, mirando fijamente adelante y totalmente desprovistos de cualquier expresión en absoluto.

—Ahora estamos en una situación estupenda —dijo el señor Pickwick mirando alrededor. La multitud se había dispersado poco a poco en su cercanía inmediata, y estaban casi solos.

—¡Estupenda! —repitieron Snodgrass y Winkle.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó el señor Pickwick, acomodándose los lentes.

—Yo… más bien diría —dijo Winkle, cambiando de color—, yo creo más bien que van a disparar.

—¡Qué tontería! —dijo el señor Pickwick apresuradamente.

—Pues… pues… realmente van a disparar —apremió Snodgrass un tanto alarmado.

—Imposible —respondió el señor Pickwick. Apenas acababa de emitir esta palabra, cuando la media docena entera de regimientos apuntaron los mosquetones como si no tuvieran más que un objetivo común y ese objetivo fueran los pickwickianos, lanzando la más tremenda y espantosa descarga que jamás sacudió la tierra en su quicio ni sacó del suyo a un anciano caballero.

En esta crítica situación, expuesto al fuego hostigante de los cartuchos de salvas y desconcertado por las operaciones de los militares, un nuevo grupo de los cuales había empezado a tomar posiciones en el lado opuesto, fue cuando el señor Pickwick hizo alarde de la perfecta posesión y el dominio de sí mismo que son acompañamientos indispensables de una gran mente. Agarró del brazo a Winkle, y colocándose entre este y Snodgrass, les instó gravemente a recordar

que, aparte de la posibilidad de quedarse sordos con el ruido, no había peligro inmediato que inferir de los disparos.

—Pero… pero… suponga que por error algunos de los hombres tengan cartuchos con bala —arguyó Winkle, pálido ante la suposición que él mismo evocaba—. Ahora mismo he oído algo silbando por el aire… algo rápido, muy cerca de mi oreja.

—Mejor sería que nos echáramos de bruces, ¿no? —dijo Snodgrass.

—No, no… ya ha pasado —dijo el señor Pickwick. Sus labios podrían temblar o su mejilla podría palidecer, pero ninguna expresión de miedo o preocupación escapó de los labios de aquel hombre inmortal.

El señor Pickwick tenía razón: cesaron los disparos, pero apenas había tenido tiempo de felicitarse por la exactitud de su opinión, cuando se notó un rápido movimiento en las filas; el ronco grito de la voz de mando corrió por ellas, y antes que ninguno de los del grupo pudiera conjeturar qué significaría la nueva maniobra, la media docena entera de regimientos, con la bayoneta calada, cargaron a paso ligero contra el mismísimo sitio donde estaban instalados el señor Pickwick y sus amigos.

El hombre es solamente un ser mortal, y hay un punto más allá del cual no puede extenderse el valor. El señor Pickwick miró por un momento a través de sus lentes a la masa que avanzaba, y luego limpiamente volvió la espalda y… no diremos que huyó; en primer lugar, porque es una palabra innoble, y en segundo lugar, porque la figura del señor Pickwick no era de ningún modo adecuada para ese modo de retirarse: salió trotando, a la velocidad más rápida a que sus piernas podían llevarle; tan rápidamente, en efecto, que no percibió del todo hasta más tarde la dificultad de su situación.

Las tropas de enfrente, cuya toma de posiciones había dejado perplejo al señor Pickwick unos segundos antes, estaban alineadas para rechazar el fingido ataque de los falsos atacantes de la ciudadela; y la consecuencia fue que el señor Pickwick y sus dos compañeros se encontraron de repente encerrados entre dos líneas de gran longitud, la una avanzando a paso rápido, y la otra esperando firmemente el choque en actitud hostil.

—¡Eh! —gritaban los oficiales de la línea que avanzaba.

—¡Quítense de en medio! —decían los oficiales de la línea inmóvil.

—¿Dónde vamos a ir? —chillaban, agitados, los pickwickianos.

—¡Eh, eh! —era la única respuesta. Hubo un momento de intenso desconcierto, un pesado avanzar de pasos, un violento choque, risas contenidas; la media docena de regimientos estaban a quinientas yardas, y las suelas del señor Pickwick se elevaron por el aire.

Snodgrass y Winkle acababan de realizar cada cual una voltereta obligada con notable agilidad, cuando el primer objeto que encontraron las miradas de este último, al sentarse en el suelo a restañar con un pañuelo amarillo de seda el

torrente de vida que brotaba de su nariz, fue su venerado jefe, a cierta distancia, persiguiendo su propio sombrero, que se escapaba revoloteando juguetón en lontananza.

Hay pocos momentos en la existencia de un hombre en que este experimente tan lamentable angustia y encuentre tan escasa conmiseración caritativa como cuando va en persecución de su propio sombrero. Para alcanzar un sombrero se requiere mucha frialdad y un grado especial de discernimiento. Uno no se debe precipitar, pues lo pisará; no debe caer tampoco en el extremo opuesto, pues lo perderá por completo. El mejor modo es mantenerse gentilmente a la altura del objeto de la persecución, ser prudente y cauteloso, acechar bien la oportunidad, pasar poco a poco delante de él, y entonces dar un ataque rápido, agarrarlo por el ala y encajarlo firmemente en la cabeza; todo este tiempo sonriendo agradablemente, como si uno considerara que es una broma tan buena como cualquier otra.

Hacía un hermoso viento sutil, y el sombrero del señor Pickwick rodaba juguetonamente delante de él. El viento soplaba, y el señor Pickwick resoplaba, y el sombrero seguía avanzando y avanzando tan alegre como una marsopa en una corriente fuerte; y podría haber seguido su carrera mucho más allá del alcance del señor Pickwick si su trayecto no hubiera quedado providencialmente detenido, precisamente cuando este caballero estaba a punto de abandonarlo a su destino.

El señor Pickwick, como decimos, estaba completamente exhausto, y a punto de renunciar a la persecución, cuando el sombrero fue lanzado por el viento, con cierta violencia, contra la rueda de un coche que estaba alineado, con otra media docena de vehículos, en el lugar adonde se dirigían sus pasos. El señor Pickwick, advirtiendo su ventaja, dio un rápido salto adelante, aseguró su propiedad, se la plantó en la cabeza y se detuvo a tomar aliento. No llevaba medio minuto parado, cuando oyó su propio nombre animadamente pronunciado por una voz que enseguida reconoció como la de Tupman y, al mirar arriba, observó un espectáculo que le llenó de sorpresa y placer.

En una carretela abierta, cuyos caballos habían sido desenganchados para colocarla mejor en aquel sitio tan apretado, había un grueso y anciano caballero con casaca azul y botones brillantes, pantalones de montar de pana y botas altas; dos señoritas con chales y plumas; un joven caballero, evidentemente cortejador de una de las dos señoritas de los chales y plumas; una señora de imprecisa edad, probablemente tía de la susodicha, y Tupman, tan cómodo y despreocupado como si hubiera pertenecido a aquella familia desde los primeros momentos de su infancia. Atado detrás de la carretela había un gran cesto —uno de esos cestos que en una mente contemplativa provoca asociaciones relacionadas con pollos fríos, lenguas fiambres y botellas de vino—, y en el pescante estaba sentado un chico gordinflón y de cara colorada, en estado de somnolencia, al cual ningún observador reflexivo habría considerado un instante sin clasificarle como

distribuidor oficial del antes mencionado cesto en cuanto llegara el momento adecuado para su consumo.

El señor Pickwick concedió una mirada apresurada a estos interesantes objetos cuando volvió a ser saludado por su fiel discípulo.

—Pickwick, Pickwick —dijo Tupman—. Suba aquí. Dese prisa.

—Venga usted acá. Suba, por favor —dijo el caballero obeso—. ¡Joe!, maldito muchacho, ya se ha vuelto a dormir. Joe, baja el estribo.

El chico gordinflón se deslizó lentamente del pescante, bajó el estribo y sostuvo abierta la puerta del coche, con ademán de invitación. En ese momento llegaron Snodgrass y Winkle.

—Hay sitio para todos ustedes, señores —dijo el obeso—. Dos dentro y uno fuera. Joe, deja sitio para uno de estos caballeros en el pescante. Ea, vengan ahora.

Y el señor obeso extendió el brazo, y a viva fuerza tiró primero del señor Pickwick, y luego de Snodgrass, metiéndoles en la carretela. Winkle subió al pescante, el muchacho gordo se encaramó como un pato en su percha, y al instante se quedó dormido.

—Muy bien, señores —dijo el obeso—. Me alegro mucho de verles. Les conozco muy bien, aunque ustedes quizá no me recuerden. El invierno pasado estuve varias tardes en su Club; esta mañana he encontrado aquí a mi amigo Tupman y me alegré mucho de verle. Bien, y usted, ¿qué tal está? Tiene un aspecto extraordinariamente bueno, desde luego.

El señor Pickwick agradeció el cumplimiento y estrechó cordialmente la mano del caballero obeso de las botas altas.

—Bueno, y usted, ¿qué tal está? —dijo el obeso, dirigiéndose a Snodgrass con paternal interés—. Magnífico, ¿eh? Bueno, está muy bien… está muy bien. Y usted, ¿qué tal está? —a Winkle—. Bueno, me alegra saber que está muy bien; claro que me alegra. Les presento a mis hijas; estas son mis chicas; y esta es mi hermana, la señorita Rachael Wardle. Es señorita, cómo no, y sin embargo, ya no es muy señorita… ¿eh? —Y el obeso, en aire de broma, insertó su codo entre las costillas del señor Pickwick y rió de todo corazón.

—¡Vamos, hermano! —dijo la señorita Wardle con sonrisa suplicante.

—Cierto, cierto —dijo el obeso—. Nadie lo puede negar. Señores, les ruego que me perdonen. Les presento a mi amigo el señor Trundle. Y ahora que ya se conocen todos, pongámonos cómodos y contentos, y veamos qué pasa. Eso es lo que digo yo.

Y el obeso se puso los lentes, y el señor Pickwick sacó su catalejo, y todos se pusieron de pie en el coche, mirando, cada cual por encima del hombro de otro, las evoluciones de los militares.

Eran, por cierto, unas evoluciones sorprendentes, con una fila disparando sobre las cabezas de otra fila, y luego echando a correr; luego esta otra fila

disparaba sobre las cabezas de otra, y corría a su vez; y luego formaban cuadros, con los oficiales en el centro; y luego bajaban por un lado a la trinchera con escaleras, y subían por el otro con los mismos medios; y derribaban barricadas de cestos, y se portaban del modo más valiente posible. Luego hubo tal agitación cargando de su contenido los enormes cañones de la batería, con instrumentos como escobas gigantescas, tales preparativos antes de dispararlos, y tal ruido cuando hicieron fuego, que el aire resonó con los gritos de las señoras. Las jóvenes señoritas Wardle estaban tan asustadas que el señor Trundle se vio obligado, de hecho, a sostener a una de ellas para que siguiera de pie en el coche, mientras Snodgrass sostenía a la otra; y la hermana del señor Wardle sufría tan terrible estado de alarma nerviosa, que Tupman encontró imprescindiblemente necesario ponerle el brazo alrededor de la cintura para sostenerla sin que se desmayara. Todos estaban excitados, excepto el chico gordinflón, que dormía tan saludablemente como si el rugido del cañón fuera su arrullo acostumbrado.

—¡Joe, Joe! —dijo el señor obeso cuando la ciudadela estuvo tomada y los asaltantes y los asaltados se sentaron a comer—. ¡Maldito muchacho, ya se ha vuelto a dormir! Tenga la bondad de pellizcarle; en la pierna, por favor; es lo único que le despierta… gracias. Abre el cesto, Joe.

El chico gordinflón, que había sido eficazmente desvelado mediante la compresión de un trozo de su pierna entre el índice y el pulgar de Winkle, volvió a deslizarse del pescante y comenzó a abrir el cesto de un modo más expeditivo de lo que se podía haber esperado por su anterior inactividad.

—Ahora tendremos que apretarnos —dijo el señor obeso.

Después de muchas bromas sobre si arrugarían las mangas de las señoras, y gran abundancia de rubores ante diversas propuestas jocosas de que las señoras se sentaran en las rodillas de los caballeros, todo el grupo se prensó en la carretela y el señor obeso empezó a pasar las cosas desde el chico gordinflón (que había subido atrás para este efecto) al vehículo.

—Ahora, Joe, cuchillos y tenedores.

Se entregaron los cuchillos y tenedores, y las señoras y caballeros de dentro, y Winkle en el pescante, quedaron provistos de estos útiles instrumentos.

—Platos, Joe, platos.

Se aplicó semejante proceso a la distribución de la vajilla.

—Ahora, Joe, los pollos. ¡Maldito muchacho, ya se ha vuelto a dormir! ¡Joe, Joe! —Varios golpes en la cabeza con un bastón, y el chico gordinflón salió de su letargo con cierta dificultad—. Vamos, danos los comestibles.

Hubo algo en el sonido de esta última palabra que desveló al grasiento muchacho. Subió de un salto, y sus plomizos ojos, centelleando tras de sus montañosas mejillas, miraron de reojo amenazadoramente las vituallas al sacarlas del cesto.

—Bueno, date prisa —dijo el señor Wardle, pues el muchacho gordo estaba

pendiente con ternura de un capón del que parecía totalmente incapaz de separarse.

El muchacho dio un profundo suspiro y, lanzando una ardiente mirada a la gordura del ave, de mala gana la entregó a su amo.

—Está bien, ten cuidado. Ahora, la lengua fiambre… ahora, el pastel de pichón. Cuidado con esa ternera y ese jamón… busca las langostas, saca la ensalada del envoltorio… dame el aceite y vinagre.

Tales eran las órdenes apresuradas que salían de los labios del señor Wardle, mientras iba pasando los diferentes artículos mencionados y colocando platos en las manos de todos y en las rodillas de todos, en número inacabable.

—¿Qué, no es esto estupendo? —preguntó ese alegre personaje, una vez que comenzó el trabajo de destrucción.

—¡Estupendo! —dijo Winkle, que trinchaba un ave en el pescante.

—¿Un vaso de vino?

—Con el mayor placer.

—Mejor sería que tuviera una botella para usted ahí arriba, ¿no?

—Es usted muy amable.

—¡Joe!

—¡Señor! —(Esta vez no estaba dormido, habiendo acabado de sustraer una empanada de ternera.)

—Botella de vino para el señor del pescante. Usted lo pase bien.

—Gracias. —Winkle vació el vaso y puso a su lado la botella en el pescante.

—¿Me permite que tenga el gusto de brindar por usted? —dijo Trundle a Winkle.

—Con mucho gusto —respondió Winkle a Trundle, y los dos caballeros tomaron vino, tras lo cual pasaron a la redonda otros vasos de vino, para las señoras y todo.

—¡Cómo coquetea nuestra querida Emily con ese señor forastero! —susurró la tía solterona, con auténtica envidia de tía solterona, a su hermano el señor Wardle.

—¡Ah, no sé! —dijo el jovial anciano—. Es muy natural, supongo… nada de extraño. ¿Señor Pickwick, un poco de vino?

El señor Pickwick, que estaba investigando profundamente el interior de una empanada de pichón, asintió prontamente.

—Emily, guapa —dijo la tía solterona con aire protector—, no hables tan fuerte.

—¡Por favor, tía!

—La tía y el viejo bajito no quieren que nadie les haga la competencia —susurró Isabel Wardle a su hermana Emily. Las jóvenes se rieron de todo corazón, y la vieja trató de adoptar un aire amigable, pero no pudo conseguirlo.

—Las chicas jóvenes tienen mucho optimismo —dijo la solterona a Tupman,

con aire de amable conmiseración, como si el optimismo fuera un contrabando cuya posesión sin permiso constituyera un gran delito y un desorden.

—¡Ya lo creo que tienen! —respondió Tupman, sin dar exactamente el tipo de contestación que se esperaba de él—. Es algo delicioso.

—¡Hum! —dijo la solterona en tono más bien dudoso.

—¿Me permite? —dijo Tupman con sus maneras más delicadas, tocando con una mano la muñeca de la encantadora Rachael y elevando gentilmente con la otra la botella—. ¿Me permite?

Tupman parecía muy impresionado, y la vieja Rachael expresó su temor de que se dispararan más cañones, en cuyo caso, desde luego, volvería a necesitar que la sostuvieran.

—¿Le parecen guapas mis sobrinas? —susurró su cariñosa tía a Tupman.

—Me lo parecerían si no estuviera aquí su tía —respondió prontamente el pickwickiano con una mirada apasionada.

—Ah, qué malo es usted; pero, de veras, si tuvieran un tipo un poco mejor, ¿no cree que serían unas chicas guapas… a la luz de las velas?

—Sí, creo que lo serían —dijo Tupman con aire de indiferencia.

—¡Ah, qué pillo! Ya sé lo que iba a decir.

—¿Qué? —preguntó Tupman, que no pensaba exactamente decir nada.

—Iba a decir usted que Isabel se encorva un poco… ya sé que lo iba a decir… ustedes los hombres son muy observadores. Bueno, es verdad; no se puede negar, y lo cierto es que si hay algo que afee a una chica es que se encorve. Muchas veces le digo que cuando sea un poco mayor se volverá espantosa. ¡Ah, qué pillo es usted!

Tupman no tenía inconveniente en adquirir tal reputación por un precio tan barato; de modo que puso cara de saber mucho, y sonrió misteriosamente.

—¡Qué sonrisa sarcástica! —dijo la solterona, con admiración—. Le aseguro que tengo verdadero miedo de usted.

—¡Miedo de mí!

—Usted no me puede disimular nada; sé muy bien lo que quiere decir esa sonrisa.

—¿Qué? —dijo Tupman, que no tenía él mismo la más leve idea.

—Quiere usted decir —dijo la amable tía, bajando aún más la voz—, quiere usted decir que no cree que sea tan malo que Isabel se encorve como que Emily sea tan atrevida. ¡Bueno, sí que es atrevida! No se puede imaginar cuánto me duele a veces; le aseguro que a veces me hace llorar horas seguidas por eso; mi hermano es tan bueno, y tan inocente, que nunca lo ve; si lo viera, estoy segura de que le destrozaría el corazón. Me gustaría poder creer que es solo afectación… espero que lo sea… —Aquí la cariñosa pariente lanzó un hondo suspiro y sacudió la cabeza con desaliento.

—Estoy segura de que la tía habla de nosotras —cuchicheó Emily a su

hermana—. Estoy segura… está poniendo una cara tan maliciosa…

—¿De veras? —respondió Isabel—. ¡Ejem! ¡Oye, tiíta!

—¿Qué quieres, guapa?

—Tengo miedo de que te enfríes, tiíta… ponte un pañuelo de seda por la cabeza… realmente deberías cuidarte… ¡ten en cuenta tu edad!

Por muy bien merecida que estuviera esa réplica, era todo lo vengativa que podía ser. No se puede conjeturar en qué forma de respuesta se habría disparado la indignación de la tía si Wardle no hubiera cambiado el tema sin darse cuenta al llamar enfáticamente a Joe.

—¡Maldito muchacho! —dijo el viejo caballero—; se ha vuelto a dormir.

—Es un muchacho extraordinario, este —dijo el señor Pickwick—. ¿Siempre duerme así?

—¡Que si duerme! —dijo el viejo—. Siempre está dormido. Va a los recados medio dormido, y ronca mientras sirve a la mesa.

—¡Qué raro! —dijo el señor Pickwick.

—Sí que es raro —respondió el viejo—. Estoy muy orgulloso de este muchacho; no lo cedería por nada. ¡Es una curiosidad natural! Vamos, Joe, Joe; retira estas cosas y abre otra botella, ¿me oyes?

El gordinflón se levantó, abrió los ojos, se tragó el gran pedazo de pastel que estaba en pleno acto de masticar la última vez que se quedó dormido, y obedeció lentamente las órdenes de su amo, echando lánguidas ojeadas a los restos del festín, mientras retiraba los platos y los depositaba en el cesto. Salió la nueva botella, y se vació rápidamente; se sujetó el cesto a su sitio de antes, el gordinflón volvió a subir al pescante, otra vez se prepararon los lentes y el catalejo, y de nuevo comenzaron las evoluciones de los militares. Hubo grandes preparativos y disparos de cañones, y sustos de señoras, y luego se hizo saltar una mina, para satisfacción de todos, y al salir disparada la mina, los militares y demás compañía siguieron su ejemplo y salieron disparados también, volviendo a casa.

—Bueno, acuérdese —dijo el anciano caballero, estrechando la mano de Pickwick al acabar todo, como remate de una conversación que habían desarrollado en los intervalos—. Les veremos a todos mañana.

—Por supuesto —respondió el señor Pickwick.

—¿Tiene usted las señas?

—Granja Manor, Dingley Dell —dijo el señor Pickwick consultando su cuaderno de bolsillo.

—Eso es —dijo el anciano—. No le soltaré, recuérdelo, en menos de una semana, y me ocuparé de que vea todo lo que merece verse. Si ha venido a ver la vida del campo, venga conmigo, y se la daré en abundancia. ¡Joe…! Maldito muchacho, se ha vuelto a dormir… ¡Joe!, ayuda a Tom a enganchar los caballos.

Se engancharon los caballos, subió el cochero, el gordinflón trepó a su lado, se intercambiaron adioses y el coche salió traqueteando. Cuando los pickwickianos

se volvieron para lanzarle una última mirada, el sol poniente encendía espléndidamente los rostros de sus anfitriones y caía sobre la figura del gordinflón. Su cabeza estaba hundida en el pecho y dormitaba otra vez.

V

UN CAPÍTULO BREVE, QUE MUESTRA, ENTRE OTROS, CÓMO EL SEÑOR PICKWICK SE PROPUSO CONDUCIR, Y EL SEÑOR WINKLE, CABALGAR; Y CÓMO LO HICIERON AMBOS

Claro y agradable estaba el cielo, perfumado el aire y hermoso el aspecto de todas las cosas en torno, cuando el señor Pickwick se inclinó sobre la balaustrada del puente de Rochester, contemplando la naturaleza y esperando la hora del desayuno. La escena, en efecto, podía muy bien haber hechizado una mente mucho menos reflexiva que aquella ante la cual se presentaba.

A la izquierda del espectador quedaba la muralla ruinosa, rota en muchos puntos y, en algunos, dominando la estrecha ribera con sus rudas y pesadas masas. Grandes matas de hierbajos pendían entre las melladas y puntiagudas piedras, temblando a cada soplo del viento, y la verde hiedra trepaba lúgubremente en torno a las almenas sombrías y derruidas. Tras de estas se elevaba el viejo castillo con sus torres sin tejados y sus macizas paredes desmigajándose, pero hablándonos orgullosamente de su antiguo poder y fuerza, cuando, setecientos años antes, resonaba con el entrechocar de las armas o retumbaba con el ruido de los festines y orgías. A un lado o a otro, las riberas de Medway, cubiertas de campos de trigo y pastos, con algún molino de viento acá y allá, o una iglesia lejana, se extendían en todo lo que alcanzaba la mirada, presentando un paisaje rico y variado, embellecido aún por las sombras cambiantes que pasaban rápidamente sobre él al alejarse y deshacerse las leves nubes a medio formar bajo la luz del sol mañanero. El río, reflejando el claro azul del cielo, brillaba y resplandecía en su corriente sin ruido; y los remos de los pescadores se sumergían en el agua con un ruido claro y límpido, mientras sus barcas, pesadas pero pintorescas, se deslizaban lentamente río abajo.

El señor Pickwick fue despertado del agradable ensueño a que le habían llevado las cosas que le rodeaban, al oír un profundo suspiro y sentir un toque en su hombro. Se volvió: a su lado estaba el hombre funesto.

—¿Contemplando la escena? —preguntó el hombre funesto.

—Eso hacía —dijo el señor Pickwick.

—¿Y felicitándose por haberse levantado tan pronto?

El señor Pickwick asintió con la cabeza.

—¡Ah, la gente necesita levantarse pronto para ver el sol en su esplendor, pues es raro que su claridad dure todo el día! La mañana del día y la mañana de la vida se parecen demasiado.

—Tiene usted razón —dijo el señor Pickwick.

—¡Qué corriente es el dicho —siguió el hombre funesto—: «la mañana es demasiado hermosa para que dure»! ¡Qué bien se podría aplicar a nuestra existencia cotidiana! ¡Dios mío! ¡Cuánto daría por que volvieran los días de mi

niñez, o por poder olvidarlos para siempre!

—Ha debido usted de pasarlo muy mal —dijo compasivamente el señor Pickwick.

—Muy mal —dijo apresuradamente el hombre funesto—; muy mal lo he pasado. Más de lo que creerían posible los que me ven ahora.

Se detuvo un momento, y luego dijo repentinamente:

—¿No se le ha ocurrido nunca, en una mañana como esta, que el ahogarse sería felicidad y paz?

—¡No, por Dios! —respondió el señor Pickwick, apartándose un poco de la balaustrada, al ocurrírsele con bastante viveza la posibilidad de que el hombre funesto le tirara abajo, por vía de experimento.

—Muchas veces lo he pensado —dijo el funesto, sin darse cuenta de su movimiento—. El agua fría y tranquila me parece murmurar una invitación al reposo y al descanso. Un salto, una zambullida, una breve lucha; hay un remolino un momento, que poco a poco se convierte en una onda suave; las aguas se han cerrado sobre nuestra cabeza, y el mundo se ha cerrado para siempre sobre nuestras miserias y desgracias.

Los ojos hundidos del hombre funesto centellearon vivamente mientras hablaba, pero enseguida pasó la excitación momentánea; y se volvió con tranquilidad para irse, diciendo:

—Bueno… basta de eso. Yo quería verle para otra cosa. Anteanoche me invitó usted a leer aquellos papeles y escuchó atentamente mientras yo leía.

—En efecto —respondió el señor Pickwick—, y pensé, ciertamente…

—No he pedido ninguna opinión —le interrumpió el funesto—, ni la quiero. Usted viaja para divertirse e instruirse. Suponiendo que yo le facilitara un manuscrito curioso (fíjese, no curioso porque sea extraño o inverosímil, sino curioso por ser una página de la leyenda de la vida real), ¿usted lo presentaría a ese Club de que ha hablado tan frecuentemente?

—Claro que sí —respondió el señor Pickwick—, si usted lo deseaba y se anotaría en sus actas.

—Pues lo tendrá —respondió el funesto—. ¿Su dirección?

Y, al comunicarle el señor Pickwick su probable itinerario, el hombre funesto lo anotó cuidadosamente en una agenda grasienta y, rehusando la apremiante invitación a desayunar del señor Pickwick, le dejó ante su posada y se marchó lentamente.[14]

El señor Pickwick encontró que sus tres compañeros se habían levantado y esperaban su llegada para comenzar el desayuno, que estaba dispuesto en tentadora exhibición. Se sentaron y empezaron a comer; y el jamón cocido, los huevos, el té, el café y demás cosas fueron desapareciendo con una rapidez que testimoniaba al mismo tiempo la excelencia de las provisiones y el apetito de sus consumidores.

—Bueno, a propósito de la granja —dijo el señor Pickwick—. ¿Cómo vamos a ir?

—Quizá será mejor que consultemos al camarero —dijo Tupman; y en consecuencia se convocó al camarero.

—Dingley Dell, señores… a quince millas… mal camino… ¿Una silla de posta?

—En la silla de posta no caben más que dos —dijo el señor Pickwick.

—Es verdad, señor; perdón. Hay un coche muy bueno de cuatro ruedas; con asientos para dos, atrás, y uno delante para el señor que guíe; ¡ah, perdón, señor!, solo caben tres.

—¿Qué haremos? —dijo Snodgrass.

—¿Quizá a alguno de los señores le gustaría ir a caballo? —sugirió el camarero, mirando hacia Winkle—. Hay caballos de silla muy buenos; cualquiera de los criados del señor Wardle que venga a Rochester lo devolverá.

—Eso es lo que nos hace falta —dijo el señor Pickwick—. ¿Winkle, quiere usted ir a caballo?

Ahora bien, Winkle, en las más íntimas profundidades de su corazón, abrigaba considerables dudas en cuanto a su habilidad ecuestre; pero, como no quería que se sospecharan siquiera, por nada del mundo, respondió inmediatamente con gran valentía:

—¡Cómo no! Es lo que más me gustaría.

Winkle se había precipitado hacia su destino: no había remedio.

—Que estén a la puerta a las once —dijo el señor Pickwick.

—Muy bien, señor —dijo el camarero.

Se retiró el camarero; concluyó el desayuno y los viajeros subieron a sus respectivas alcobas a preparar algún traje de repuesto, para llevar consigo en su inminente expedición.

El señor Pickwick había hecho los arreglos preliminares, y estaba mirando por las ventanas de la sala a los transeúntes en la calle cuando entró el camarero y anunció que el coche estaba preparado; anuncio que confirmó el propio vehículo, apareciendo inmediatamente ante las mencionadas ventanas.

Era una extraña cajita verde sobre cuatro ruedas, que tenía detrás un sitio bajo para dos, como un cesto para botellas, y una tabla elevada delante, para uno, todo ello tirado por un inmenso caballo castaño que ostentaba una admirable simetría de huesos. Cerca había un palafrenero sujetando por la brida otro inmenso caballo —por lo visto, un pariente próximo del animal del coche— ensillado y dispuesto para Winkle.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Pickwick cuando salieron a la calle, mientras metían los trajes en el coche—. ¡Válgame Dios! ¿Quién va a conducir? ¡No se me había ocurrido!

—¡Ah!, pues usted, por supuesto —dijo Tupman.

—Por supuesto —dijo Snodgrass.

—¿Yo? —exclamó el señor Pickwick.

—No tenga *na* de miedo, señor —interrumpió el palafrenero—. Le aseguro que es manso; un niño de teta le *pue* guiar.

—¿Y no se espanta? —preguntó el señor Pickwick.

—¿Espantarse? No se espantaría aunque se encontrara una *carretá* de monos con la cola *quemá*.

Esta última garantía no admitía discusión. Tupman y Snodgrass se metieron en la cesta; y el señor Pickwick ascendió a la tabla y depositó sus pies en una repisa forrada que se había dispuesto debajo para ese fin.

—Bueno, Luciente —dijo el palafrenero al ayudante de palafrenero—, dale las riendas al señor.

El Luciente, así llamado probablemente por su pelo engomado y aspecto grasiento, colocó las riendas en la mano izquierda del señor Pickwick, y el palafrenero jefe metió un látigo en su mano derecha.

—¡Sooo! —gritó el señor Pickwick cuando el enorme cuadrúpedo evidenció una decidida inclinación a retroceder hasta la ventana de la sala del café.

—¡Sooo! —repitieron Tupman y Snodgrass desde la cesta.

—Solo es que le gusta jugar, señor —dijo el palafrenero, animándole—. Sujétale, Luciente.

El ayudante contuvo los ímpetus del animal, y el jefe ayudó al señor Winkle a cabalgar.

—Por el otro *lao*, señor, por favor.

—¿No te mata? Ese señor se iba a equivocar de *lao* para montar —susurró sonriendo el ayudante al camarero, inefablemente divertido.

Winkle, así instruido, trepó a la silla con tanta dificultad, aproximadamente, como hubiera experimentado para trepar a la borda de un barco de guerra de gran tonelaje.

—¿Todo está en orden? —preguntó el señor Pickwick, con un presentimiento interior de que todo estaba en desorden.

—Todo va bien —respondió débilmente Winkle.

—Adelante —gritó el palafrenero—. Sujétele corto, señor.

Y allá fueron el coche y el caballo de silla, con el señor Pickwick en el pescante del uno, y el señor Winkle en el lomo del otro, para deleite y satisfacción de la posada entera.

—¿Qué le pasa que va de medio lado? —dijo Snodgrass, desde la cesta, a Winkle en su silla.

—No puedo imaginármelo —respondió Winkle.

Su caballo se deslizaba por la calle arriba del modo más misterioso: con un costado por delante, la cabeza hacia un lado de la calle y la cola hacia el otro.

El señor Pickwick no tenía respiro para observar esto ni ningún otro detalle,

estando la totalidad de sus facultades concentradas en el manejo del animal enganchado al coche, que manifestaba diversas peculiaridades, altamente interesantes para un observador, pero de ningún modo igualmente amenas para quienquiera que estuviera sentado detrás de él. Además de levantar constantemente la cabeza en una sacudida, de modo muy desagradable e incómodo, y de dar tirones a las riendas con tal intensidad que hacía muy difícil al señor Pickwick sostenerlas, por otra parte tenía una singular propensión a dispararse de repente, de vez en cuando, hacia el borde del camino, y luego detenerse de repente, para volver a precipitarse durante unos minutos a tal velocidad que resultaba totalmente imposible de dominar.

—¿Qué es lo que quiere decir con esto? —dijo Snodgrass cuando el caballo realizó esta maniobra por vigésima vez.

—No sé —respondió Tupman—. Parece mucho como si se espantara, ¿no?

Snodgrass iba a responder cuando fue interrumpido por un grito del señor Pickwick.

—¡Sooo! —dijo este—. Se me ha caído el látigo.

—¡Winkle! —dijo Snodgrass cuando el jinete llegó trotando en su inmenso caballo, con el sombrero encajado hasta las orejas y todo él sacudido como si fuera a hacerse pedazos con la violencia del ejercicio—. Recoja el látigo, tenga la amabilidad.

Winkle tiró de las bridas del inmenso caballo hasta que se le ennegreció la cara; y después de lograr por fin que se detuviera, desmontó, dio el látigo al señor Pickwick y, agarrando las riendas, se preparó para subir otra vez.

Ahora bien, si fue que el inmenso caballo, con su natural disposición juguetona, sintió deseos de tener una pequeña diversión inocente con Winkle, o si fue que se le ocurrió que podía realizar el viaje con tanta satisfacción propia no llevando jinete como llevándolo, estos son puntos sobre los cuales, desde luego, no podemos llegar a una conclusión definida y clara. Cualesquiera que fueran los motivos por los que actuó el animal, lo cierto es que no bien había tocado las riendas Winkle cuando el caballo las hizo deslizar por su cabeza y se echó atrás en todo lo que le permitía su longitud.

—Pobrecito —dijo Winkle para apaciguarle—, pobrecito… mi viejo caballito… mi buen caballito.

El «pobrecito» estaba a prueba de adulación: cuanto más intentaba acercársele Winkle, más se desviaba él; y, a pesar de toda clase de ruegos y zalamerías, allí siguieron Winkle y el caballo dando vueltas el uno con el otro durante diez minutos, al cabo de cuyo intervalo cada cual estaba exactamente a la misma distancia del otro que cuando empezaron; situación insatisfactoria en cualquier circunstancia, pero mucho más en un camino solitario donde no se puede obtener ayuda.

—¿Qué voy a hacer? —gritó Winkle, después de que el tira y afloja se

prolongase un buen rato—. ¿Qué voy a hacer? No puedo con él.

—Llévele mejor hasta que lleguemos a una barrera —respondió el señor Pickwick desde el coche.

—¡Pero si no quiere venir! —rugió Winkle—. Venga y sujételo usted.

El señor Pickwick era la personificación misma de la bondad y la humanidad; tiró sus riendas sobre el lomo del caballo y, una vez bajado de su asiento, acercó cuidadosamente el coche hasta el borde, no fuera a venir algo por el camino, tras lo cual retrocedió para asistir a su apurado compañero, dejando en el vehículo a Tupman y a Snodgrass.

El caballo, apenas observó al señor Pickwick que avanzaba hacia él con el látigo del coche en la mano, cambió el movimiento rotatorio en que previamente se había complacido por un movimiento retrógrado de carácter tan decidido, que arrastró de repente a Winkle, todavía en el extremo de la brida, a una velocidad bastante superior a la del paso, en la dirección por donde acababan de venir. El señor Pickwick corrió a ayudarle, pero cuanto más deprisa corría hacia delante, más deprisa corría hacia atrás el caballo. Hubo un gran arrastrar de pies y patalear en el polvo; y por fin, Winkle, con los brazos casi arrancados de sus coyunturas, dejó escapar limpiamente su presa. El caballo se detuvo, se quedó mirando, sacudió la cabeza, dio la vuelta y emprendió tranquilamente el trote, de vuelta a Rochester, dejando a Winkle y Pickwick que se miraran el uno al otro con ademanes de vacía consternación. Un ruido distante de traqueteo atrajo su atención. Levantaron los ojos.

—¡Válgame Dios! —exclamó angustiado el señor Pickwick—. ¡El otro caballo se escapa!

Era más que cierto. El animal se había asustado con el ruido y las riendas habían quedado sobre su lomo. Se puede adivinar el resultado. Había echado a correr con el coche de cuatro ruedas detrás, y con Tupman y Snodgrass dentro. El acaloramiento no duró. Tupman se tiró a la cuneta, Snodgrass siguió su ejemplo, el caballo estrelló el coche contra un puente de madera, separando las ruedas de la caja y la cesta de la percha, y por fin se quedó quieto contemplando la ruina que había producido.

El primer cuidado de los dos amigos ilesos fue extraer a sus infortunados compañeros de su lecho de zarzas; operación que les proporcionó la inexpresable satisfacción de descubrir que no tenían heridas, aparte de diversos desgarrones en el traje y diversos arañazos a causa de los espinos. Lo que había que hacer luego era desenganchar el caballo. Una vez realizado este complicado proceso, el grupo avanzó lentamente, llevando el caballo en medio y abandonando el coche a su destino.

Tras una hora de camino llegaron los viajeros a una pequeña taberna junto al camino, con dos olmos, un abrevadero para caballos y un letrero delante; detrás, uno o dos almiares medio derrumbados; y al lado, un huerto de verduras, unas

cabañas podridas y unos cobertizos arruinados, en extraña confusión por alrededor. Un hombre pelirrojo trabajaba en el huerto; a este le llamó vigorosamente el señor Pickwick.

—¡Eh, oiga!

El pelirrojo levantó la cabeza, se puso la mano como visera sobre los ojos y se quedó mirando, mucho tiempo y fríamente, al señor Pickwick y sus compañeros.

—¡Eh, oiga! —repitió el señor Pickwick.

—¿Qué hay? —fue la respuesta del pelirrojo.

—¿Cuánto falta para Dingley Dell?

—Más de siete millas.

—¿Es bueno el camino?

—No, *quia*.

Una vez pronunciada esta breve respuesta, y al parecer satisfecho con otro examen, el pelirrojo continuó su trabajo.

—Queremos dejar aquí el caballo —dijo el señor Pickwick—. Supongo que podremos, ¿no?

—¿Conque quieren dejar aquí el caballo, ustedes? —repitió el pelirrojo apoyándose en la azada.

—Eso es —respondió el señor Pickwick, que para entonces había avanzado, con el caballo de la mano, hasta la cerca del huerto.

—¡Mujer! —rugió el hombre pelirrojo, saliendo del huerto y mirando fijamente al caballo—. ¡Mujer!

Una mujer alta y huesuda, derecha de pies a cabeza, vestida de una basta pelliza azul con la cintura una pulgada o dos por debajo de los sobacos, respondió a la llamada.

—Buena mujer, ¿podemos dejar aquí este caballo? —dijo Tupman, avanzando y hablando con el tono más seductor. La mujer miró con dureza al grupo entero, y el pelirrojo le susurró algo al oído.

—No —dijo la mujer, después de pensarlo un poco—. Me da miedo.

—¡Miedo! —exclamó el señor Pickwick—. ¿De qué tiene miedo esta mujer?

—Nos metió en muchos líos la última vez —dijo la mujer volviéndose a la casa—; no quiero tener que decir *na* a nadie.

—La cosa más extraña que he visto en mi vida —dijo con asombro el señor Pickwick.

—Yo… yo creo realmente —susurró Winkle mientras sus amigos se reunían alrededor de él—, que piensan que hemos obtenido este caballo de alguna manera poco honrada.

—¡Cómo! —exclamó el señor Pickwick en una tempestad de indignación. Winkle repitió humildemente su sugerencia.

» ¡Oiga, amigo! —dijo iracundo el señor Pickwick—. ¿Cree usted que hemos

robado el caballo?

—Claro que lo han *robao* —replicó el pelirrojo con una sonrisa que agitó su rostro desde una oreja a otra. Tras de decir lo cual, se metió en la casa y cerró de un portazo.

—Es como un sueño —exclamó el señor Pickwick—, como una pesadilla. ¡Quién se lo imaginaría, uno andando todo el día con un horrible caballo del que no es posible desprenderse!

Los pickwickianos, deprimidos, se marcharon melancólicamente, con el enorme cuadrúpedo, por el cual sentían todos la repugnancia más ilimitada, pisándoles los talones lentamente.

A la caída de la tarde llegaron los cuatro amigos y el cuadrúpedo a la Granja Manor, y aun cuando estuvieron tan cerca de su lugar de destino, el placer que habrían experimentado de otro modo quedó empañado al reflexionar sobre lo extraño de su apariencia y lo absurdo de su situación. Trajes desgarrados, caras heridas, zapatos polvorientos, aspecto exhausto y, sobre todo, el caballo. Ah, cómo maldijo el señor Pickwick al caballo; de vez en cuando echaba al noble animal ojeadas expresivas de odio y venganza; más de una vez calculó la probable suma de gastos en que incurriría si le cortara el cuello; y ahora la tentación de destruirle o de dejarle suelto por el mundo invadió su mente con fuerza decuplicada. De la meditación de estas tristes ideas le sacó la presencia súbita de dos figuras en una curva del camino. Eran el señor Wardle y su fiel servidor, el chico gordinflón.

—¿Qué es eso? ¿Dónde han estado? —dijo el hospitalario anciano—. Llevo esperándoles todo el día. Vamos, parecen cansados. ¡Cómo, arañazos! No se habrán hecho daño, espero… ¿eh? Bueno, me alegra saberlo… mucho. ¿De modo que han volcado? No se preocupen. Es un accidente que pasa mucho por aquí. Joe… ¡ya se ha vuelto a dormir…! Joe, quítale el caballo a este señor y llévalo al establo.

El gordinflón remoloneó pesadamente detrás de ellos con el animal; y el anciano caballero, condoliéndose con sus invitados, en palabras cordiales, por todo lo que creyeron oportuno comunicarle sobre sus aventuras de aquel día, les abrió camino hasta la cocina.

—Tendremos que aderezarles aquí —dijo el anciano—, y luego les presentaré a la gente del salón. Emma, saca el aguardiente de cerezas; vamos, Jane, aguja e hilo; Mary, toallas y agua. Vamos, muchachas, daos prisa.

Tres o cuatro rollizas muchachas se dispersaron rápidamente en busca de los diferentes artículos requeridos, mientras un par de varones de grandes cabezas y rostro circular se levantaron de sus asientos junto a la chimenea (pues aunque era una tarde de mayo, su adhesión al fuego de leños parecía tan cordial como si fuera Navidad) y se sumergieron en oscuros rincones, de donde sacaron rápidamente una botella de tinte de zapatos y media docena de cepillos.

—¡Rápido! —repitió el anciano caballero, pero la exhortación era innecesaria, pues una de las muchachas escanciaba el aguardiente, otra traía las toallas, y uno de los hombres, agarrando de repente al señor Pickwick por una pierna, con el riesgo inminente de destruir su equilibrio, le cepilló el zapato hasta que le puso los juanetes al rojo vivo; mientras el otro limpiaba a Winkle con un recio cepillo de ropa, entregándose, durante la operación, a ese ruido silbante que los mozos de establo suelen producir cuando están ocupados en cepillar un caballo.

Snodgrass, concluidas sus abluciones, pasó revista al cuarto, de espaldas al fuego y sorbiendo el aguardiente con cordial satisfacción. Lo describe como una vasta estancia, con suelo de ladrillo rojo y una amplia chimenea; el techo adornado de jamones, lomos de cerdo y ristras de cebollas. Las paredes estaban decoradas con varios látigos de caza, dos o tres bridas, una silla y un viejo trabuco enmohecido, con un letrero debajo avisando de que estaba « cargado» … como lo había estado, según esa misma autoridad, desde hacía medio siglo por lo menos. Un viejo reloj de pesas, de aspecto solemne y tranquilo, hacía oír su tictac gravemente en un rincón; un reloj de plata de la misma antigüedad colgaba de uno de los muchos ganchos que adornaban el aparador.

—¿Dispuestos? —dijo el anciano caballero inquisitivamente una vez que sus invitados estuvieron lavados, remendados, cepillados y reanimados con aguardiente.

—Desde luego —respondió el señor Pickwick.

—Vamos allá, entonces.

Y el grupo atravesó varios pasillos oscuros, siendo alcanzado luego por Tupman, que se había rezagado para robar un beso a Emma, por el cual había sido recompensado debidamente con varios golpes y arañazos; hasta que al fin llegaron a la puerta del salón.

—Bienvenidos —dijo el hospitalario anfitrión, abriéndola de par en par y adelantándose para anunciarles—. Bienvenidos, señores, a la Granja Manor.

VI

UNA PARTIDA DE NAIPES A LA ANTIGUA USANZA. LOS VERSOS DEL CLÉRIGO. LA HISTORIA DEL REGRESO DEL PENADO

Varios invitados que estaban reunidos en el viejo salón se levantaron para saludar al señor Pickwick y sus amigos cuando entraron; durante la ceremonia de la presentación, con todas las formalidades debidas, el señor Pickwick tuvo tiempo de observar el aspecto y de especular sobre los caracteres y actividades de las personas que le rodeaban; costumbre en que se complacía en entregarse, en común con muchos otros grandes hombres.

Una señora muy vieja, con un gorro alto y una toquilla de seda marchita —personaje que no era nada menos que la madre del señor Wardle—, ocupaba el puesto de honor a mano derecha de la chimenea; las paredes estaban adornadas con diversos certificados de que había sido educada como es debido cuando era joven, en forma de antiguas labores de cañamazo, paisajes bordados, de la misma antigüedad, y cubreteteras de seda carmesí de un periodo más reciente. La tía, las dos señoritas y el señor Wardle, cada cual rivalizando con los demás en presentar celosas e insistentes atenciones a la vieja señora, rodeaban su butaca, la una sosteniendo su trompetilla, la otra una naranja, la otra el frasco de sales, mientras el cuarto estaba laboriosamente ocupado en mullir las almohadas dispuestas para su apoyo. En el lado de enfrente había un anciano calvo, de rostro bienhumorado y benevolente: el vicario de Dingley Dell; y a su lado estaba sentada su esposa, una obesa y florida señora con aire de tener mucha habilidad no solo en el arte y misterio de manufacturar licores caseros para gran satisfacción de los demás, sino también de probarlos ocasionalmente muy a solas. Un pequeño caballero de aire terco y cara de camuesa conversaba con un grueso anciano en un rincón; y dos o tres caballeros más y dos o tres viejas señoras más estaban sentados, tiesos e inmóviles en sus sillas, mirando fijamente al señor Pickwick y sus compañeros de viaje.

—¡El señor Pickwick, madre! —dijo el señor Wardle con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Ah, no te oigo! —dijo la anciana sacudiendo la cabeza—. No te oigo.

—¡El señor Pickwick, abuela! —gritaron a la vez las señoritas.

—¡Ah! —exclamó la anciana—. Bueno, no importa mucho. No le interesará nada una vieja como yo, supongo.

—Le aseguro, señora —dijo el señor Pickwick tomando la mano de la anciana y gritando tanto que el esfuerzo comunicó un matiz carmesí a su rostro benevolente—; le aseguro, señora, que nada me alegra tanto como ver a una dama de su edad presidiendo una familia tan excelente, con un aspecto tan juvenil y tan bueno.

—¡Ah! —dijo la anciana tras una breve pausa—. Está muy bien, supongo,

pero no le oigo.

—La abuela está ahora bastante echada a perder —dijo Isabel Wardle en voz baja—; pero ya acabará por hablarle.

El señor Pickwick asintió con la cabeza que estaba dispuesto a seguir el humor a las debilidades de la vejez, y entró en una conversación general con los demás miembros del círculo.

—Es este un sitio delicioso —dijo el señor Pickwick.

—¡Delicioso! —repitieron Snodgrass, Tupman y Winkle.

—Sí, creo que así es —dijo el señor Wardle.

—No hay un trozo de tierra mejor en todo Kent —dijo el hombre terco y de cara de camuesa—. No lo hay; estoy seguro de que no lo hay.

El hombre terco miró triunfalmente en torno, como si alguien le hubiera llevado con obstinación la contraria, pero por fin hubiera quedado derrotado.

—Excepto Mullin's Meadows —observó solemnemente el gordo.

—¡Mullin's Meadows! —exclamó el otro con profundo desprecio.

—Eso es, Mullin's Meadows —repitió el gordo.

—Así es, ciertamente —dijo un tercer gordo.

—Todo el mundo lo sabe —dijo el corpulento anfitrión.

El hombre terco miró dudosamente alrededor, pero encontrándose en minoría, tomó un aire de compasión y no dijo más.

—¿De qué hablan? —preguntó la anciana a una de sus nietas, con voz muy audible, pues, como muchos sordos, nunca parecía contar con la posibilidad de que otros oyeran lo que decía.

—De la tierra, abuela.

—¿Y qué pasa con la tierra? ¿Es que pasa algo?

—No, no. El señor Miller decía que nuestra tierra es mejor que Mullin's Meadows.

—¡Él qué sabe! —exclamó la anciana, indignada—. Miller es un tontaina vanidoso, y le puedes decir que lo he dicho yo.

Dicho esto, la anciana, sin darse cuenta de que había hablado más fuerte que en un susurro, se irguió y miró con mirada asesina al delincuente terco.

—Vamos, vamos —dijo el animado anfitrión, con el natural deseo de cambiar la conversación—. ¿Qué diría usted de una partidita, señor Pickwick?

—Es lo que más me gustaría —dijo este—; pero, por favor, no se moleste por mí.

—Ah, le aseguro que a mi madre le gusta mucho —dijo el señor Wardle—; ¿no es verdad, madre?

La anciana señora, que en este tema era mucho menos sorda que en otros, replicó afirmativamente.

—¡Joe, Joe! —dijo el caballero—. ¡Joe…!, maldito mu… ¡ah, aquí está! Pon la mesa de juego.

El aletargado joven, sin estímulo adicional, se las arregló para poner dos mesas de juego; la una para jugar a la Papisa Juana, y la otra para el whist. Al whist jugaron el señor Pickwick y la anciana, el señor Miller y el señor gordo. Los demás jugaron en la otra mesa.

El whist se desarrolló con toda la gravedad de ademán y tranquilidad de actitud que corresponden a tan alta actividad, a la que, según nuestra opinión, se ha aplicado el título de «juego» con excesiva irreverencia e ignominia. La otra mesa, en cambio, estaba tan ruidosamente alegre como para interrumpir materialmente las contemplaciones del señor Miller, quien, no estando tan absorto como debería haber estado, se las arregló para cometer diversos delitos y desórdenes que excitaron en gran medida la cólera del caballero gordo y dieron lugar en grado correspondiente al buen humor de la anciana.

—¡Eso es! —dijo triunfalmente el delincuente Miller, al robar una carta terminando una mano—; eso no se podía haber jugado mejor, me puedo alabar; ¡imposible haber hecho mejor jugada!

—Miller debía haber echado piques, ¿no cree usted? —dijo la anciana.

El señor Pickwick asintió con la cabeza.

—¿De veras debía? —dijo el desgraciado, en dudosa apelación a su compañero.

—Lo siento mucho —dijo el gordo con voz terrible.

—Yo sí que lo siento —dijo Miller, abatido.

—A buenas horas —gruñó el gordo.

—Dos sotas, sacamos ocho —dijo el señor Pickwick.

—Otra mano.

—¿Puede? —preguntó la anciana.

—Sí que puedo —respondió el señor Pickwick—. Doble, sencillo y juego.

—Nunca he visto tanta suerte —dijo el señor Miller.

—Nunca ha habido tales cartas —dijo el gordo.

Un silencio solemne: el señor Pickwick de buen humor, la anciana seria, el gordo malintencionado y Miller temeroso.

—Otra pareja —dijo la anciana, dejando triunfalmente un recordatorio de ese hecho al situar bajo el candelabro una moneda de seis peniques y un medio penique maltrecho.

—Una pareja, caballero —dijo el señor Pickwick.

—Ya me doy cuenta de sobra —dijo el gordo bruscamente.

Otra partida, con semejante resultado, fue seguida por un renuncio del infeliz Miller; con lo cual el gordo entró en un estado de alta excitación personal que duró hasta la conclusión del juego; entonces se retiró a un rincón y permaneció totalmente silencioso durante una hora y veintisiete minutos, al fin de cuyo intervalo salió de su apartamiento y ofreció al señor Pickwick una pulgarada de rapé con el aire del hombre que ha decidido perdonar cristianamente las injurias

recibidas. El oído de la anciana mejoraba decididamente, y el desdichado Miller se sentía tan fuera de su elemento como un delfín en una garita de centinela.

Mientras tanto, en la otra mesa la partida continuaba alegremente. Isabel Wardle «salió compañera» de Trundle, y lo mismo Emily Wardle con Snodgrass; y hasta Tupman y la solterona establecieron una sociedad anónima de fichas y lisonjas. El viejo señor Wardle estaba en la cúspide de su jovialidad, y tenía tanta gracia manejando la partida, y las viejas estaban tan codiciosas con sus ganancias, que la mesa entera permanecía en un clamor perpetuo de diversión y risa. Había una anciana que siempre tenía media docena de cartas que pagar, con lo que todos se reían a cada vuelta; y cuando la anciana ponía mala cara por tener que pagar, se reían más fuerte que nunca; con lo cual el rostro de la señora se iluminaba gradualmente, hasta que por fin se reía más ruidosamente que ninguno de ellos. Luego, cuando la tía solterona sacó «matrimonio», las señoritas volvieron a reír, y la tía solterona parecía dispuesta a tomarlo a mal, hasta que, notando que Tupman le apretaba la mano por debajo de la mesa, se iluminó también, y adoptó un aire de saber algún secreto, como si el matrimonio en realidad no estuviera tan lejos como lo pensaban algunos; con lo cual todos se volvieron a reír, especialmente el viejo señor Wardle, que disfrutaba las bromas como los más jóvenes. En cuanto a Snodgrass, no hacía nada más que susurrar sentimientos poéticos al oído de su compañera, lo que hizo que un señor mayor pusiera cara de pillo, gastando bromas sobre los compañeros en el juego y los compañeros en la vida, y tomando ocasión para observaciones sobre ello, acompañadas de variados guiños y risoteos, que alegraron mucho la reunión, y en particular a la esposa del mencionado caballero. Winkle salió con chistes que son muy conocidos en la ciudad, pero no todos ellos conocidos en el campo; y cuando todo el mundo los rió cordialmente, Winkle quedó en situación de gran honor y gloria. Y el benevolente clérigo lo contemplaba con deleite, pues las caras felices que rodeaban la mesa hacían también sentirse feliz al buen anciano, y aunque el regocijo era más bien estrepitoso, procedía del corazón, sin embargo, y no de los labios; y así, después de todo, es como debe ser el regocijo.

La velada se deslizó rápidamente en estos alegres recreos, y una vez que se despachó la cena, sustancial aunque casera, y el pequeño grupo formó un círculo de sociedad en torno al fuego, el señor Pickwick pensó que nunca se había sentido tan feliz en su vida, y nunca tan dispuesto a disfrutar y a aprovechar el momento pasajero.

—Muy bien —dijo el hospitalario anfitrión, que estaba sentado con gran solemnidad junto a la butaca de la anciana, estrechándole la mano—. Esto es lo que me gusta; los momentos más felices de mi vida han pasado junto a este viejo fuego; y me siento tan ligado a él, que todas las tardes atizo aquí una hoguera llameante, hasta que se pone demasiado caliente para aguantarlo. Vean; mi pobre anciana madre, aquí, solía sentarse ante este fuego, en esta banqueta, cuando era

niña, ¿verdad, madre?

Las lágrimas que brotan involuntariamente en los ojos cuando se evoca tan repentinamente la memoria de tiempos antiguos y la felicidad de hace muchos años se deslizaron por el rostro de la anciana mientras sacudía la cabeza con una sonrisa melancólica.

—Me tiene que excusar que hable de este viejo sitio, señor Pickwick —continuó el anfitrión, después de una breve pausa—, porque lo quiero mucho, y no conozco otro; las casas viejas y los campos me parecen amigos vivos; y lo mismo ocurre con nuestra iglesita cubierta de hiedra, a propósito de la cual, por cierto, nuestro excelente amigo que está aquí compuso un canto cuando vino a vivir entre nosotros. Señor Snodgrass, ¿tiene algo en el vaso?

—Mucho, gracias —replicó este caballero, cuya curiosidad poética se había excitado vivamente con la última observación de su interlocutor—. Perdón, pero hablaba usted de un canto a la hiedra.

—Tiene que pedírselo a nuestro amigo de aquí enfrente —dijo el anfitrión, con aire entendido, señalando al clérigo con una inclinación de cabeza.

—¿Me permite decir que me gustaría oírselo recitar? —dijo Snodgrass.

—Bueno, en realidad —respondió el clérigo—, es un asunto sin importancia, y mi única excusa por haberlo perpetrado es que entonces yo era muy joven. De todas maneras, si desean oírlo, dice así.

Un murmullo de curiosidad fue, por supuesto, la contestación, y el viejo caballero pasó a recitar, con diversas ayudas de su mujer como apuntadora, los versos en cuestión.

—Los llamo —dijo,

LA VERDE HIEDRA

Oh qué planta sutil la verde hiedra,
que se encarama por la vieja piedra.
Bien busca el alimento, yo diría,
en su celda tan solitaria y fría.
Por saciar su capricho, es bien seguro,
se ha de caer la piedra, hundirse el muro.
Y el polvo de los años en montón
de su apetito es la satisfacción.
Creciendo donde nunca se ve vida,
la verde hiedra es planta distinguida.

Aunque sin alas, mira cómo avanza;
su corazón es fuerte y sin mudanza.
Cómo se estrecha, cómo trepa, noble,

por su amigo el añoso y fuerte roble.
Y se adelanta, cauta, por el suelo,
agitando las hojas y, sin duelo,
alegremente abraza, todos juntos,
los mármoles de tumbas de difuntos.
Creciendo donde nunca se ve vida,
la verde hiedra es planta distinguida.

Pasaron siglos, con sus invenciones,
y se han hundido ya muchas naciones;
pero la recia hiedra nunca pierde
el frescor de su sano y fuerte verde.
La vieja hiedra, sola y por su lado,
se habrá de alimentar de lo pasado,
pues el palacio más magnificente
lo comerá la hiedra finalmente.
Creciendo donde nunca se ve vida,
la verde hiedra es planta distinguida.[15]

Mientras el anciano repetía estos versos para que Snodgrass pudiera anotarlos, el señor Pickwick leía las líneas de su rostro con expresión de gran interés. Cuando el anciano terminó de recitar y Snodgrass volvió a meterse en el bolsillo el cuaderno de notas, el señor Pickwick dijo:

—Perdóneme, señor, por hacer esta observación cuando hace tan poco que nos conocemos, pero una persona como usted me parece que no puede menos de haber observado muchas escenas e incidentes dignos de anotarse en el curso de su experiencia como ministro del Evangelio.

—Ciertamente, he sido testigo de muchas cosas —replicó el aludido—, pero los incidentes y personajes han sido de naturaleza casera y vulgar, siendo tan limitada mi esfera de acción.

—Creo que escribió usted algunas notas sobre John Edmunds, ¿verdad? —preguntó el señor Wardle, que parecía muy deseoso de que su amigo se luciera, para edificación de sus nuevos visitantes.

El eclesiástico asintió ligeramente con la cabeza, y se disponía a cambiar de tema cuando el señor Pickwick dijo:

—Perdón, señor, pero, por favor, ¿puedo atreverme a preguntar quién era John Edmunds?

—Lo mismo, exactamente, iba a preguntar yo —dijo ávidamente Snodgrass.

—Ya le han atrapado —dijo el jovial anfitrión—. Tiene que satisfacer la curiosidad de estos caballeros, antes o después, de modo que haría mejor en aprovechar esta oportunidad favorable, cumpliéndolo enseguida.

El eclesiástico sonrió de buen humor, adelantando su silla; el resto del grupo estrechó más sus sillas, especialmente Tupman y la tía solterona, que posiblemente eran más bien duros de oído; y, una vez colocada debidamente la trompetilla de la anciana, y despertado de su sueño el señor Miller (que se había quedado dormido durante el recitado de los versos) con un pellizco que le administró su ex compañero el gordo solemne por debajo de la mesa, el eclesiástico, sin más preámbulo, empezó la siguiente narración, que nos hemos tomado la libertad de poner bajo el título de:

EL REGRESO DEL PENADO

« Cuando me establecí en este pueblo —dijo el eclesiástico—, de lo cual hace ahora exactamente veinticinco años, la persona más notoria entre mis feligreses era un hombre llamado Edmunds, que tenía en arriendo una pequeña granja cerca de aquí. Era un hombre perezoso, de ánimo salvaje y perverso; ocioso y disoluto en sus costumbres; cruel y feroz en su disposición. Aparte de los pocos vagabundos holgazanes y desvergonzados con quienes mataba el tiempo por el campo o se emborrachaba en la taberna, no tenía un solo amigo ni conocido; nadie deseaba hablar con aquel hombre a quien muchos temían y todos detestaban; y todos esquivaban a Edmunds.

» Este hombre tenía mujer y un hijo, que, cuando yo llegué aquí, tendría unos doce años. Nadie puede formarse un concepto adecuado sobre la agudeza de los sufrimientos de esta mujer, sobre el modo amable y paciente con que los sobrellevaba, sobre la angustia de solicitud con que criaba a aquel muchacho. Dios me perdone mi suposición si es poco caritativa, pero creo firmemente, en mi ánimo, que el hombre trató de modo sistemático, durante muchos años, de matarla a disgustos; pero ella lo aguantaba todo por su hijo y, aunque a muchos parezca extraño, también por el padre; pues por grosero que fuera y por cruelmente que la hubiera tratado, ella le había querido en otro tiempo; y el recuerdo de lo que él había sido para ella despertaba en su pecho sentimientos de perdón y mansedumbre en el sufrimiento, sentimientos que ninguna criatura de Dios es capaz de abrigar como las mujeres.

» Eran pobres: no podían menos de serlo, puesto que el hombre andaba en tales pasos; pero los esfuerzos incesantes e incansables de la mujer, a todas horas, mañana, tarde y noche, les mantenían a salvo de la privación. Esos esfuerzos eran mal recompensados. La gente que pasaba por allí al anochecer (y a veces hasta en altas horas de la noche) contaba que se oían los gemidos y sollozos de una mujer angustiada, y el ruido de unos golpes; y más de una vez, después de medianoche, el niño llamó suavemente a la puerta de un vecino, adonde le habían mandado para escapar de la furia de su desnaturalizado padre.

» Durante todo este tiempo, la pobre criatura, aunque muchas veces mostraba

señales de los malos tratos y violencias que no podía ocultar por completo, asistía constantemente a nuestra pequeña iglesia. Todos los domingos, mañana y tarde, ocupaba el mismo asiento, con el chico a su lado, y aunque iban vestidos pobremente (mucho más que muchos de sus vecinos que estaban en situación inferior) siempre se presentaban limpios y arreglados. Todos tenían un saludo amistoso y una palabra amable para “la pobre señora Edmunds”; y algunas veces, cuando se paraba a cambiar unas pocas palabras con una vecina, al terminar el servicio, junto a la pequeña fila de álamos que lleva al atrio de la iglesia, o cuando se rezagaba para observar con ternura y orgullo maternales a su robusto muchacho, que jugaba ante ella con sus compañeros, su rostro, consumido por las penas, se iluminaba con una expresión de gratitud cordial; y parecía al menos tranquila y resignada, si no alegre y feliz.

» Pasaron cinco o seis años; el chico se había hecho un joven robusto y bien educado. El tiempo, que había reforzado la débil complexión del niño, dando a sus miembros la fuerza de la virilidad, a su madre la había hecho encorvarse, debilitando sus pasos, pero el brazo que debía haberla sostenido ya no estaba prendido en el suyo; el rostro que debía haberla animado ya no la miraba. Ella seguía en su sitio de siempre, pero había un lugar vacío a su lado. La Biblia estaba tan cuidadosamente conservada como siempre; los pasajes se encontraban y se marcaban como siempre; pero no había quien leyera con ella; y caían densas y pesadas lágrimas sobre el libro, en el que las palabras se borraban ante sus ojos. Los vecinos eran tan amables como solían serlo, pero ella eludía sus saludos volviendo la cabeza. Ya no se rezagaba entre los viejos álamos; ya no había alegres expectaciones de una felicidad aún reservada. La desolada mujer se ocultaba con el ala de su sombrero y se iba apresuradamente.

» ¿He de decirles que aquel joven que, al volver la mirada a los más tempranos días infantiles adonde se extendía la memoria y la conciencia, y al llegar hasta ellos con su recuerdo, no podría recordar nada que no estuviera relacionado de algún modo con una larga serie de privaciones voluntarias que su madre había sufrido por él, con los malos tratos, los insultos, la violencia, todo ello aguantado por él; he de decirles que aquel joven, con insolente desprecio por su corazón destrozado, y con hosco y testarudo olvido de todo lo que ella había hecho y soportado por él, se había unido con gentes depravadas y vagabundas, y seguía locamente una temeraria carrera, que tenía que procurarle la muerte a él y la vergüenza a su madre? ¡Ay de la humana naturaleza! Ya lo habéis comprendido antes de que os lo dijera.

» Iba a colmarse la medida de la miseria y desdicha de la infeliz mujer. Numerosos delitos se habían cometido en las inmediaciones; los autores no habían sido descubiertos, y su osadía iba en aumento. Un robo de carácter arriesgado y agravado dio lugar a que se reforzara la vigilancia y se estrecharan las búsquedas, de un modo con el que no habían contado. Se sospechó del joven

Edmunds y tres compañeros suyos. Fue detenido, encarcelado, juzgado y condenado… a muerte.[16]

» El loco y penetrante grito de una voz de mujer, que resonó en el tribunal cuando se pronunció la solemne sentencia, todavía dura en este momento en mis oídos. Este grito produjo en el corazón del culpable un terror que no había logrado despertar el juicio, ni la condena, ni aun la misma proximidad de la muerte. Sus labios, que habían seguido apretados siempre con terca hosquedad, temblaron y se abrieron voluntariamente; su cara adquirió una palidez cenicienta, y un sudor frío brotó por todos sus poros; temblaron los recios miembros del delincuente, y vaciló en el banquillo.

» En los primeros transportes de su angustia de espíritu, la atormentada madre se echó de rodillas a mis pies, y pidió fervientemente al Ser Todopoderoso que hasta entonces la había sostenido en todas sus dificultades que la liberara de un mundo de dolor y miseria, y que salvara la vida de su único hijo. Después, tuvo una convulsión de dolor y una violenta lucha, tales como espero no volver a observar jamás. Comprendí que desde aquella hora su corazón estaba destrozado, pero nunca oí escapar de sus labios una queja o una murmuración.

» Fue un lamentable espectáculo ver a aquella mujer en el patio de la prisión, día tras día, intentando, con empeño y fervor, ablandar el duro corazón de su terco hijo con cariño y súplicas. Era en vano. Él seguía malhumorado, obstinado y sin conmoverse. La huraña dureza de su actitud no se ablandó por un instante ni aun con la inesperada conmutación de su sentencia por catorce años de deportación.

» Pero el espíritu de resignación y paciencia que había sostenido a su madre durante tanto tiempo fue incapaz de luchar contra la debilidad corporal y la enfermedad. Cayó enferma. Una vez más, salió de la cama arrastrando sus miembros vacilantes, pero le fallaron sus fuerzas y se desplomó, inerte, en el suelo.

» Entonces se pusieron a prueba la frialdad y la indiferencia de que alardeaba el joven; y casi le volvió loco el castigo que cayó con todo su peso sobre él. Pasó un día, sin que su madre estuviera allí; pasó otro, y tampoco ella apareció; llegó otro anochecer, y todavía no la había visto; y veinticuatro horas después iba a quedar separado de ella, quizá para siempre. ¡Oh, cómo invadieron su mente los recuerdos, tanto tiempo olvidados, de días lejanos, mientras daba vueltas por el estrecho patio (como si por ir y venir apresurado fueran a llegarle antes las noticias), y con qué amargura le abrumó la sensación de su desvalimiento y desolación cuando supo la verdad! Su madre, la única persona que conservaba de su familia, estaba enferma (tal vez, muriéndose), a una milla del lugar donde él estaba; si hubiera estado libre y sin obstáculos, en pocos minutos habría llegado a su lado. Corrió hacia la reja y, agarrándose a las barras de hierro con la energía de la desesperación, la sacudió hasta hacerla vibrar, y se lanzó contra el grueso

muro como para abrirse paso a la fuerza a través de la piedra; pero el recio edificio se burló de sus débiles esfuerzos, y él se echó a llorar como un niño, retorciéndose las manos.

» Yo llevé el perdón y la bendición de la madre a su hijo en la prisión; y volví a su lecho de enfermedad con la seguridad solemne de su arrepentimiento y el ruego ferviente de que le perdonara. Con piedad y compasión, oí a aquel hombre arrepentido trazar mil pequeños planes para consolarla y sustentarla cuando volviera; pero sabía que varios meses antes de que pudiera alcanzar su lugar de destino, su madre ya no sería de este mundo.

» Se le llevaron esa noche. Unas pocas semanas después, el alma de la pobre mujer emprendió el vuelo, según espero confiadamente y creo solemnemente, a un lugar de descanso y felicidad eterna. Yo celebré el funeral ante sus restos. Yace en nuestro pequeño cementerio. No hay lápida en su tumba. Sus tristezas las conocieron los hombres; sus virtudes las conoció Dios.

» Antes de la marcha del penado, se había convenido que escribiría a su madre tan pronto como obtuviera permiso, y que esa carta iría dirigida a mí. El padre había rehusado decididamente ver a su hijo desde el momento de su detención; y para él era una cuestión indiferente que viviera o muriera. Pasaron varios años sin que hubiera noticia de él; y cuando transcurrió más de la mitad de sus años de deportación sin que yo hubiese recibido carta, supuse que habría muerto, como, desde luego, casi esperaba que fuera el caso.

» Sin embargo, Edmunds había sido enviado, cuando llegó a la colonia, a una gran distancia en el interior; y a esta circunstancia, quizá, se puede atribuir el hecho de que, si bien envió varias cartas, ninguna de ellas llegó jamás a mis manos. Él permaneció en el mismo sitio durante los catorce años. Al cumplir su condena, firmemente adherido a su antigua resolución y a la promesa que había hecho a su madre, volvió a Inglaterra, con dificultades innumerables, y llegó a pie a su lugar natal.

» Una hermosa tarde de domingo del mes de agosto, John Edmunds volvió a pisar el pueblo que había dejado con vergüenza y deshonra diecisiete años antes. Su camino más derecho pasaba por el cementerio. Su corazón se ensanchó al cruzar el portillo. Los viejos y altos álamos, a través de cuyas ramas el sol poniente lanzaba, acá y allá, algunos fúlgidos rayos de luz sobre la sombra del lugar, despertaron sus recuerdos de los primeros días. Se vio cuando tenía diez años, agarrado a la mano de su madre, caminando pacíficamente hacia la iglesia. Se acordó de cómo solía levantar su mirada al pálido rostro de su madre; y cómo a ella se le llenaban de lágrimas los ojos al quedárselo mirando; lágrimas que caían, cálidas, sobre su frente cuando ella se inclinaba para besarle, y que le hacían llorar a él también, aunque entonces sabía muy poco qué lágrimas tan amargas eran aquellas. Pensó cuantas veces había corrido alegremente por aquel camino con algún pequeño compañero de juegos, volviendo la mirada, una vez y

otra, para ver la sonrisa de su madre, y escuchando su suave voz; y entonces pareció que se levantaba un velo de su memoria, y las palabras de cariño sin corresponder, y los avisos despreciados, y las promesas rotas, se agolparon en su memoria, hasta que su corazón se sintió desmayar, sin poder soportarlo más.

» Entró en la iglesia. Había terminado el servicio de la tarde y los fieles se habían dispersado, pero todavía no habían cerrado. Sus pasos resonaron por el bajo edificio con un sonido hueco, y él casi tuvo miedo de estar solo; tanto silencio y calma había. Miró a su alrededor. No había cambiado nada. El sitio le parecía más pequeño que antes; pero allí estaban los viejos monumentos que había contemplado con pavor infantil muchas veces; el pequeño púlpito, con su almohadilla ajada; la mesa de comunión, ante la cual había repetido tantas veces los mandamientos que de niño reverenció, para olvidarlos de hombre. Se acercó a su antiguo asiento; parecía frío y desolado. Se habían llevado el almohadón, y tampoco estaba la Biblia. Quizá su madre ahora ocupaba un asiento más pobre, o quizá se había quedado inválida y ya no podía llegar sola a la iglesia. No se atrevía a pensar en lo que temía. Una sensación de frío le atravesó, y tembló violentamente, volviéndose atrás.

» Un anciano entró en el atrio cuando él salía. Edmunds se echó atrás, sobresaltado, pues le reconoció muy bien; muchas veces le había mirado cavar tumbas en el cementerio. ¿Qué diría este al penado en su regreso?

» El viejo levantó la mirada hasta el rostro del desconocido, le deseó “buenas tardes” y siguió andando lentamente. No le recordaba.

» Bajó la cuesta, atravesando el pueblo. El aire estaba tibio, y cuando él pasó, todos se habían sentado ante las puertas, o daban vueltas por los jardines y huertecillos, disfrutando la serenidad del atardecer y su descanso del trabajo. Muchas miradas se volvieron hacia él, y él lanzó muchas miradas dudosas a un lado y a otro para ver si alguien le conocía y le evitaba. En casi todas las casas había caras desconocidas; en algunas reconoció la figura, ya gruesa, de algún antiguo compañero de escuela —un muchacho la última vez que le vio— rodeada de un grupo de alegres niños; en otras vio, sentado en una butaca junto a la puerta, a algún viejo débil e inválido, a quien recordaba como un trabajador sano y animoso; pero todos le habían olvidado, y siguió andando, desconocido.

» La última luz suave del sol poniente había caído sobre la tierra, poniendo un hermoso fulgor sobre las amarillas espigas y alargando las sombras de los árboles en los huertos, cuando llegó ante la vieja casa, el hogar de su niñez, que su corazón había deseado con una intensidad de afecto que no se puede describir, a través de años largos y fatigosos en el cautiverio y la tristeza. La empalizada era baja, aunque recordaba muy bien el tiempo en que le había parecido una alta tapia; miró, por encima de ella, el antiguo jardín. Había más plantas y flores más alegres que las que solía haber, pero allí estaban todavía los viejos árboles; también el mismo árbol bajo el cual se había tendido tantas veces cuando se

fatigaba de jugar al sol, sintiéndose dominar por el suave y blando sueño de la adolescencia feliz. Se oían voces dentro de la casa. Escuchó, pero eran extrañas a sus oídos: no las conocía. Además, eran alegres, y él sabía muy bien que su pobre madre anciana no podía estar alegre mientras él estuviera lejos. Se abrió la puerta y salió un grupo de niños, gritando y brincando. El padre, con un niñito pequeño en brazos, apareció en la puerta, y todos se apiñaron en torno de él, palmoteando y sacándole a la fuerza para que participara en sus alegres juegos. El penado recordó cuántas veces había rehuido la mirada de su padre en aquel mismo sitio. Recordó cuántas veces había escondido la cabeza temblorosa bajo las mantas, y había oído sus palabras ásperas, y sus duros golpes, y los llantos de su madre; y aunque el hombre sollozó en voz alta, con la mente angustiada, al dejar aquel sitio, sus puños estaban apretados y sus dientes rechinaban con pasión feroz y mortal.

» ¡Y así era el regreso que tanto había deseado a través de la fatigosa perspectiva de tantos años, y por el cual se había sometido a tantos sufrimientos! Ningún rostro de bienvenida, ninguna mirada de perdón, ninguna casa para recibirle, ninguna mano para ayudarle… y eso también en su vieja aldea. ¡Qué era, al lado de esto, su soledad en las desiertas y las espesas selvas, donde nunca se ha visto un hombre!

» Comprendió que, en la lejana tierra de su cautiverio e infamia, había pensado en su lugar natal como cuando lo dejó; no como cuando estaría cuando volviera. La triste realidad hirió fríamente su corazón, y se desplomó su ánimo en su pecho. No tuvo valor para hacer preguntas, ni para presentarse a la única persona que probablemente le recibiría con amabilidad y compasión. Siguió andando lentamente; y evitando el borde del camino, como un delincuente, se dirigió a un prado que recordaba muy bien. Y, cubriendo la cara con las manos, se tendió en la hierba.

» No había observado que había un hombre tumbado en el mismo prado, cerca de él; se oyó el rumor de sus ropas cuando se volvió a lanzar una mirada al recién llegado, y Edmunds levantó la cabeza.

» El hombre se había movido, incorporándose. Su cuerpo estaba encorvado y su cara arrugada y amarilla. Su ropa le señalaba como huésped de un asilo; tenía aspecto de ser muy viejo, pero parecía más bien efecto de disipación o enfermedad, que exceso de años. Se quedó mirando fijamente al recién llegado y, aunque sus ojos al principio eran opacos y pesados, parecieron brillar con una expresión extraña y alarmada después de fijarse en él durante algún tiempo, hasta que casi se salían de sus órbitas. Edmunds se incorporó gradualmente hasta ponerse de rodillas, y miró cada vez más seriamente a la cara del viejo. Se observaron atentamente en silencio.

» El anciano había palidecido como un fantasma. Se estremeció y se puso de pie, vacilante. Edmunds se levantó de un salto. El otro se echó atrás, un paso o

dos. Edmunds avanzó.

» —Hazme oír tu voz —dijo el penado, con voz estrangulada y rota.

» —¡Apártate! —gritó el viejo, con un horrible juramento.

» El convicto se le acercó más.

» —¡Apártate! —aulló el viejo. Loco de terror, levantó el bastón y dio a Edmunds un fuerte golpe en la cara.

» —¡Padre… diablo! —murmuró el penado, entre sus dientes apretados.

» Se lanzó locamente hacia delante, y agarró al viejo por el cuello… pero era su padre, y su brazo se desplomó sin fuerzas.

» El viejo lanzó un fuerte aullido que resonó por los campos solitarios como el clamor de un espíritu malo. Se le puso negra la cara y le salieron cuajarones de sangre por la boca y la nariz, tiñendo la hierba de un rojo oscuro y profundo, mientras él vacilaba y caía. Se le había roto una arteria, y murió antes que su hijo pudiera incorporarle.

» —En ese rincón del cementerio —dijo el eclesiástico, tras un silencio de unos momentos—, en ese rincón del cementerio de que he hablado antes, yace enterrado un hombre que tuve a mi servicio durante tres años después de ese suceso, y que era verdaderamente un hombre contrito, penitente y humilde, como no lo ha sido nadie. Nadie, salvo yo, supo mientras vivió quién era aquel hombre ni de dónde había venido: era John Edmunds, el penado que regresó.»

VII

DE CÓMO WINKLE, EN VEZ DE APUNTAR A LA PALOMA Y MATAR AL CUERVO, APUNTÓ AL CUERVO E HIRIÓ A LA PALOMA; DE CÓMO EL CRICKET CLUB DE DINGLEY DELL JUGÓ CON EL ALL-MUGGLETON; Y DE CÓMO EL ALL-MUGGLETON COMIÓ A COSTA DEL DINGLEY DELL, CON OTROS ASUNTOS INTERESANTES E INSTRUCTIVOS

Las fatigosas aventuras del día o la influencia somnífera del relato del eclesiástico obraron tan fuertemente sobre las tendencias soñolientas del señor Pickwick, que menos de cinco minutos después que le mostraron su cómoda alcoba, había caído en un sueño sano y sin ensueños del cual solo le despertó el sol matinal lanzando sus claros rayos hasta su habitación como un reproche. El señor Pickwick no era ningún holgazán, y salió de un salto como un ardiente guerrero de su tienda, esto es, de su cama.

—Delicioso, delicioso país —suspiró el entusiástico caballero, al abrir la celosía de su ventana—. ¿Quién podría vivir viendo día tras día ladrillos y chapiteles, después de haber sentido por una vez la influencia de un panorama como este? ¿Quién podría continuar existiendo donde no hay más vacas que las vacas pintadas en los jarros de la chimenea, ni más plantas que los pisos de las casas, ni más naturaleza que las piedras? ¿Quién, pregunto, podrá aguantarlo? —Y después de someter a tal interrogatorio a la soledad, según los más autorizados precedentes, con detención considerable, el señor Pickwick sacó la cabeza por la ventana y miró alrededor.

El dulce y sabroso olor de los almiares se elevó hasta la ventana de su cuarto; los cien aromas del jardincillo florido, debajo de él, perfumaban el aire en torno; los prados, de un verde oscuro, brillaban con el rocío mañanero que centelleaba en cada brizna, temblando en el aire suave; y los pájaros cantaban como si cada chispeante gota fuera para ellos una fuente de inspiración.

El señor Pickwick cayó en un encantador y delicioso ensueño.

—¡Hola! —fue el sonido que le hizo volver en sí. Miró a la derecha y no vio a nadie; sus ojos se dirigieron a la izquierda y traspasaron la lontananza; observó el cielo, pero allí nadie le requería; y entonces hizo lo que habría hecho enseguida una mente vulgar: miró al jardín y vio allí al señor Wardle.

—¿Qué tal está? —dijo aquel jovial individuo, sin aliento a fuerza de tanta expectación de placeres—. Hermosa mañana, ¿no? Me alegra verle levantado. Apresúrese a salir. Le aguardo aquí.

El señor Pickwick no necesitó más invitación. Diez minutos bastaron para la terminación de su arreglo, y al cabo de ese tiempo ya estaba al lado de su anfitrión.

—¡Hola! —dijo a su vez el señor Pickwick, al ver que su compañero estaba

armado de escopeta, y que había otra escopeta preparada, en la hierba.

—Bueno, su amigo y yo —respondió el señor Wardle— vamos a tirar a las cornejas antes del desayuno. Él es un buen cazador, ¿verdad?

—Le he oído decir que es extraordinario —respondió el señor Pickwick—; pero nunca le he visto disparar a nada.

—Bueno —dijo el anfitrión—, me gustaría que ya estuviera aquí. ¡Joe, Joe!

El muchacho gordo, que bajo la excitante influencia de la mañana no parecía dormido más que tres cuartas partes y una fracción más, salió de la casa.

—Sube a llamar a ese caballero y dile que nos encontrará al señor Pickwick y a mí en el sitio de las cornejas. Enséñale el camino, ¿oyes?

El muchacho se marchó a cumplir el recado; y el anfitrión, llevando las dos escopetas, como un segundo Robinson Crusoe, abrió la marcha desde el jardín.

—Este es el sitio —dijo el señor Wardle, deteniéndose al cabo de unos minutos de marcha en una alameda. La información era innecesaria, pues el incesante graznido de las incautas cornejas indicaba suficientemente su paradero.

El señor Wardle dejó una escopeta en el suelo y cargó la otra.

—Ahí están —dijo el señor Pickwick y, mientras hablaba, aparecieron en lontananza las figuras de Tupman, Snodgrass y Winkle.

El muchacho gordo, no estando seguro de a qué caballero tenía que llamar, con peculiar sagacidad y para evitar la posibilidad de ningún error, les había llamado a todos.

—Venga acá —gritó el señor Wardle, dirigiéndose a Winkle—. Un experto como usted debía haberse levantado hace ya mucho, aun para una cosa tan modesta como esta.

Winkle respondió con una sonrisa forzada, y tomó la escopeta que quedaba, con la expresión fisonómica que puede suponerse que ha de tomar una corneja filosófica, impresionada por el presentimiento de su inminente muerte violenta. Podía haber sido aire de experto, pero parecía notablemente aflicción.

El anfitrión hizo una señal con la cabeza, y dos muchachos andrajosos, que habían sido llevados hasta allí para aquella ocasión, bajo la dirección del gordo, comenzaron inmediatamente a trepar a dos de los árboles.

—¿Para qué son esos muchachos? —preguntó el señor Pickwick de repente.

Estaba bastante alarmado, pues no se sentía muy seguro de que la situación lamentable de la agricultura, de que tanto había oído hablar, no hubiera impulsado a aquellos muchachitos, ligados a la gleba, a ganarse un sustento precario y azaroso poniéndose como blanco para los deportistas inexpertos.

—Solo para empezar el juego —respondió el señor Wardle riendo.

—¿Para qué? —preguntó el señor Pickwick.

—Bueno, sencillamente, para asustar a las cornejas.

—Ah, ¿eso es todo?

—¿Está satisfecho?

—Mucho.

—Muy bien. ¿Empiezo yo?

—¡Cómo no! —dijo Winkle, contento de cualquier respiro.

—Échese a un lado entonces. Allá va.

Los muchachos gritaron y sacudieron una rama donde había un nido. Media docena de cornejas jóvenes, en animada conversación, salieron volando a preguntar qué pasaba.

El señor Wardle, a modo de respuesta, disparó. Cayó un ave, y se escaparon las demás.

—Búscala, Joe —dijo el anfitrión.

Había una sonrisa en el rostro del joven cuando avanzó. Imprecisas visiones de empanada de corneja flotaban en su imaginación. Reía cuando volvió con el pájaro: era uno muy gordo.

—Ahora, señor Winkle —dijo el anfitrión, volviendo a cargar su escopeta—. Abra fuego.

Winkle avanzó y apuntó. El señor Pickwick y sus amigos se encogieron involuntariamente para escapar al daño producido por la recia caída de cornejas que se sentían seguros de que se produciría con el devastador cartucho de su amigo. Hubo una pausa solemne, un grito, un aletear, un leve chasquido.

—¡Hola! —dijo el señor Wardle.

—¿No sale? —preguntó el señor Pickwick.

—Ha fallado el disparo —dijo Winkle, que estaba muy pálido, probablemente a causa de la decepción.

—Qué raro —dijo el señor Wardle, tomando la escopeta—. Nunca he sabido que ninguna de ellas haya fallado jamás. ¡Cómo! No se ve rastro del pistón.

—¡Ah, vaya! —dijo Winkle—. ¡Les digo que se me olvidó el pistón!

Se rectificó la leve omisión. El señor Pickwick volvió a acurrucarse. Winkle avanzó con aire de decisión y resolución, mientras Tupman observaba escondido detrás de un árbol. Gritó el muchacho; volaron cuatro pájaros. Winkle disparó. Hubo un grito como de ser humano… no de una corneja herida en sus carnes. Tupman había salvado las vidas de innumerables aves inofensivas recibiendo en el brazo izquierdo una porción de la carga.

Sería imposible describir la confusión que se sucedió. Decir cómo el señor Pickwick, en su primer transporte de emoción, llamó «¡Miserable!» a Winkle; cómo Tupman quedó tendido en el suelo, y Winkle transido de horror, a su lado; cómo Tupman, enajenado, invocó un nombre de mujer, y luego abrió primero un ojo y luego otro, y luego cayó hacia atrás y cerró los dos: todo esto sería tan difícil de describir detalladamente como lo sería pintar la gradual recuperación del infortunado individuo, y cómo le vendaron el brazo con pañuelos, y le llevaron otra vez a casa, en lentas etapas, apoyado en los brazos de sus ansiosos amigos.

Se acercaron a la casa. Las señoras estaban en la puerta del jardín, aguardando su llegada para desayunar. Apareció la tía solterona; sonreía, y les exhortaba a andar más deprisa. Era evidente que no sabía nada del desastre. ¡Pobrecilla!, hay veces en que la ignorancia es una dicha.

Ellos se iban acercando.

—Pero ¿qué le pasa al viejo señor bajito? —dijo Isabel Wardle.

La tía solterona no prestó atención a esas palabras; creyó que se referían al señor Pickwick. A sus ojos, Tracy Tupman era un gallardo joven; miraba sus años a través de una lente de disminución.

—No os asustéis —gritó el señor Wardle, con miedo de alarmar a sus hijas.

El pequeño grupo se había agolpado tan completamente alrededor de Tupman que todavía ellas no podían distinguir claramente el carácter del accidente.

—No os asustéis —dijo el anfitrión.

—¿Qué pasa? —gritaron las señoras.

—El señor Tupman ha sufrido un pequeño accidente, eso es todo.

La tía solterona lanzó un grito penetrante, seguido de una risa histérica, y cayó de espaldas, en brazos de sus sobrinas.

—Echadle un poco de agua fría —dijo la señora Wardle.

—No, no —murmuró la solterona—; ya estoy mejor. Isabel, Emily, un médico… ¿Está herido…? ¿Está herido…? Está… ¡ja, ja, ja! —Y aquí la tía solterona empezó su ataque número dos de risa histérica, entrecortada por gritos.

—Cálmese —dijo Tupman, afectado casi hasta las lágrimas ante esa expresión de condolencia por sus sufrimientos—; querida, querida señora mía, cálmese.

—¡Es su voz! —exclamó la tía solterona, e inmediatamente empezaron a desarrollarse fuertes síntomas del ataque número tres.

—No se agite, se lo ruego, mi estimadísima señora —dijo Tupman, tranquilizándola—. Me he hecho muy poco daño, se lo aseguro.

—¡Entonces, no ha muerto! —exclamó la histérica señora—. ¡Oh, diga que no ha muerto!

—No seas tonta, Rachael —interrumpió el señor Wardle, con aspereza bastante mayor de lo que armonizaba con la naturaleza poética de la escena—. ¿De qué demonios sirve que diga él que no ha muerto?

—No, no me he muerto —dijo Tupman—. No necesito más ayuda que la suya. Déjeme apoyarme en su brazo. —Y añadió luego, en un susurro—: ¡Oh, señorita Rachael!

La conturbada dama avanzó y le ofreció el brazo. Se dirigieron a la sala del desayuno. Tracy Tupman apretó suavemente la mano de ella contra sus labios y se desplomó en el sofá.

—¿Se desmaya? —preguntó la anhelante Rachael.

—No —dijo Tupman—. No es nada, ya me recuperaré.

Cerró los ojos.

—Duerme —murmuró la tía solterona. (Hacía veinte segundos que él había cerrado sus órganos visuales.)—. ¡Mi querido… mi querido… señor Tupman!

Tupman se incorporó de un salto.

—¡Ah, diga otra vez esas palabras! —exclamó.

La dama se sobresaltó.

—Pero ¡seguro que no las ha oído! —dijo ruborosa.

—¡Sí, sí las he oído! —respondió Tupman—; repítalas. Si quiere que me restablezca, repítalas.

—¡Chist! —dijo la dama—. ¡Mi hermano!

Tracy Tupman volvió a tomar su posición anterior, y el señor Wardle, acompañado de un cirujano, entró en la sala.

Fue examinado el brazo, fue vendada la herida y diagnosticada como muy leve; y una vez satisfechos así los ánimos del grupo, pasaron a satisfacer su apetito con rostros en que se restableció una expresión de alegría. Solo el señor Pickwick estaba silencioso y reservado. La duda y la desconfianza se pintaban en su fisonomía. Su confianza en Winkle había quedado resquebrajada, muy resquebrajada, con los acontecimientos de aquella mañana.

—¿Juega usted al críquet? —preguntó el señor Wardle al cazador.

En cualquier otro momento, Winkle habría contestado afirmativamente.

Percibió lo delicado de su situación, y modestamente respondió:

—No.

—¿Y usted? —preguntó Snodgrass.

—Jugué en otros tiempos —respondió el anfitrión—; pero lo he dejado. Soy socio del club de aquí, pero ya no juego.

—Hoy se juega el gran partido, tengo entendido —dijo el señor Pickwick.

—En efecto —respondió el anfitrión—; ciertamente, les gustaría verlo.

—Yo —respondió el señor Pickwick— estoy encantado de presenciar cualquier deporte a que se pueda entregar uno sin peligro, y en que las actuaciones incapaces de la gente inhábil no pongan en riesgo vidas humanas.

El señor Pickwick hizo una pausa y miró fijamente a Winkle, quien quedó abrumado bajo la inquisitiva mirada de su jefe. El gran hombre retiró sus ojos al cabo de unos minutos y añadió:

—¿Estará justificado que dejemos a nuestro amigo herido a cargo de las señoras?

—No podrían dejarme en mejores manos —dijo Tupman.

—Es verdad, no sería posible —dijo Snodgrass.

Por tanto, se convino que Tupman quedaría en casa a cargo de las damas y que el resto del grupo, bajo la guía del señor Wardle, se dirigiría al sitio donde iba a tener lugar esa prueba de habilidad que había sacado a todo Muggleton de su

letargo y que había inoculado a Dingley Dell una fiebre de excitación.

Como el camino, que no tenía más de dos millas, discurría por alamedas umbrosas y veredas apartadas, y como su conversación estuvo consagrada al delicioso panorama que les rodeaba por todas partes, el señor Pickwick casi se sintió inclinado a lamentar la prisa con que habían ido cuando se encontró en la calle mayor del pueblo de Muggleton. Todo aquel cuyo genio sea propenso a lo topográfico sabe perfectamente bien que Muggleton es una villa con ayuntamiento, con su alcalde, concejales y vecinos; y todo aquel que haya consultado los documentos dirigidos por el alcalde a los vecinos, o por los vecinos al alcalde, o por unos y otros al Concejo, o por todos ellos al Parlamento, conocerá algo que debería haber sabido antes: que Muggleton es un burgo antiguo y leal, que reúne una celosa profesión de los principios cristianos con una devota adhesión a los derechos comerciales, en demostración de lo cual, el alcalde, el Concejo y otros habitantes han presentado, en diversas ocasiones, no menos de mil cuatrocientas veinte peticiones contra la continuación de la esclavitud de los negros en el extranjero y un número igual contra cualquier interferencia en el sistema de las fábricas en Gran Bretaña: sesenta y ocho a favor de la venta de las prebendas de la Iglesia, y ochenta y seis a favor de la abolición del comercio dominical por las calles.

El señor Pickwick se detuvo en la calle principal de esta ilustre villa, y con aire de curiosidad, no exento de interés, observó los objetos a su alrededor. Había una plaza abierta para el mercado, y en su centro una gran posada, con una muestra delante que exhibía un objeto muy corriente en el arte, pero raramente encontrado en la naturaleza: a saber, un león azul, con tres patas arqueadas en el aire, y apoyado en el punto extremo de la garra central de su cuarta pata. Había allí, al alcance de la vista, una oficina de subastas y seguros contra incendios, un comerciante en granos, un pañero, un guarnicionero, un destilador de alcoholes, un tendero de comestibles y una zapatería, estando este último establecimiento también dedicado a la difusión de sombreros, gorros, vestidos, paraguas de algodón e informaciones útiles. Había una casa de ladrillo rojo con un pequeño atrio pavimentado delante, que todo el mundo sabía que pertenecía al procurador; y había, además, otra casa de ladrillos rojos con persianas venecianas y una amplia placa de metal con el anuncio bien legible de que pertenecía al procurador. Unos cuantos muchachos iban hacia el campo de críquet; y dos o tres tenderos parados junto a sus puertas tenían aire de que también les gustaría ir a ese sitio, como, desde luego, según todas las apariencias, podrían haberlo hecho sin perder por eso demasiada clientela. El señor Pickwick, después que se detuvo a hacer estas observaciones, para apuntarlas luego en un momento más conveniente, se apresuró a alcanzar a los amigos, que habían dejado la calle mayor y estaban ya a la vista del campo de batalla.

Ya estaban preparadas las metas e, igualmente, un par de tinglados para

descanso y refrigerio de los equipos contendientes. El juego no había comenzado aún. Dos o tres de Dingley Dell y de All-Muggleton se divertían con aire majestuoso lanzando la pelota descuidadamente de una mano a otra; y otros señores vestidos como ellos, con sombreros de paja, chaquetas de franela y pantalones blancos —traje que les daba un notable aire de albañiles de afición—, estaban dispersos junto a las tiendas, hacia una de las cuales condujo el señor Wardle al grupo entero.

Varias docenas de «¿Qué tal está usted?» festejaron la llegada del viejo caballero; y una elevación general de los sombreros de paja y una inclinación universal de las chaquetas de franela siguieron a la presentación de sus invitados, como unos señores de Londres que tenían grandes deseos de presenciar el acontecimiento del día, en el cual no dudaba de que encontrarían gran deleite.

—Sería mejor que se metiera dentro de la tienda, me parece —dijo un señor muy gordo, cuyo cuerpo y piernas parecían media gigantesca pieza de franela elevada sobre un par de almohadas infladas.

—Lo encontrará mucho más agradable —urgió otro señor gordo, que parecía enormemente la otra mitad de la susodicha pieza de franela.

—Son ustedes muy amables —dijo el señor Pickwick.

—Por aquí —dijo el que había hablado primero—. Aquí está el marcador; es el mejor sitio de todo el campo. —Y el jugador de críquet, precediéndole jadeante, les llevó a la tienda.

—Estupendo juego… deporte elegante… buen ejercicio… mucho —fueron las palabras que cayeron en los oídos del señor Pickwick cuando entró bajo la tienda, y el primer objeto que encontraron sus ojos fue aquel amigo, de casaca verde, de la diligencia de Rochester, cuya charla producía no poco deleite y edificación entre un selecto círculo de los elegidos de All-Muggleton. Su vestimenta había mejorado ligeramente y llevaba botas, pero no se le podía confundir.

El desconocido reconoció inmediatamente a sus amigos; y, lanzándose a agarrar al señor Pickwick de la mano, le arrastró a un asiento con su natural impetuosidad, hablando mientras tanto, como si todos aquellos preparativos hubieran quedado bajo su especial patronato y protección.

—Por aquí… por aquí… muy divertido… mucha cerveza… toneles, carne para todos… bueyes, mostaza… carretadas, día magnífico… siéntese… póngase a su gusto… contento de verle… mucho.

El señor Pickwick se sentó como le indicaban, y Winkle y Snodgrass también cumplieron las instrucciones de su misterioso amigo. El señor Wardle miraba con silencioso asombro.

—El señor Wardle, un amigo mío —dijo el señor Pickwick.

—¡Amigo suyo…! ¿Cómo está usted, señor…? Amigo de mis amigos… deme la mano… —Y el desconocido agarró la mano del señor Wardle con todo

el fervor de una estrecha intimidad de muchos años, echándose luego atrás como para pasar revista completa a su rostro y figura, tras de lo cual volvió a estrechar su mano más cálidamente, si era posible, que antes.

—Bueno, ¿y qué hace usted por aquí? —dijo el señor Pickwick, en un tono en que la benevolencia luchaba con la sorpresa.

—Vine —respondió el desconocido—… parando en La Corona… La Corona en Muggleton… encontré un grupo… chaquetas de franela… pantalones blancos… bocadillos de anchoas… riñones con salsa… tipos estupendos… magnífico.

El señor Pickwick estaba suficientemente versado en el sistema de taquigrafía del desconocido como para inferir de esa rápida e inconexa comunicación que, no se sabía cómo, había entablado un conocimiento con los de All-Muggleton que, por un proceso peculiar suyo, había convertido en ese grado de buena voluntad en que se puede basar fácilmente una invitación para todo. Su curiosidad quedó, por tanto, satisfecha y, poniéndose las gafas, se preparó para observar el juego, que estaba empezando.

All-Muggleton ganó los primeros tantos, y el interés se intensificó cuando Dumkins y Podder, dos de los más famosos jugadores de ese distinguido club, marcharon, pala en mano, a sus respectivas metas.[17] El señor Luffey, el más alto ornamento de Dingley Dell, lanzaría la bola contra el temible Dumkins, y Struggles fue elegido para cumplir este mismo amable deber con el hasta entonces invicto Podder. Varios jugadores se colocaron en guardia en diversas partes del campo, y cada cual se instaló en la actitud adecuada apoyando una mano en cada rodilla y agachándose tanto como si se «quedara» jugando a pídola. Todos los jugadores serios hacen esto mismo: en efecto, se supone que es totalmente imposible vigilar como es debido en cualquier otra postura.

Los jueces se situaron tras las metas; los marcadores se prepararon a anotar las carreras; a esto sucedió un silencio sin aliento. El señor Luffey se retiró a unos pasos de la meta del inmóvil Podder, y acercó la pelota al ojo durante varios segundos. Dumkins la aguardaba confiadamente, con la mirada fija en los movimientos de Luffey.

—¡Juego! —gritó de repente el que lanzaba.

La pelota voló de su mano, derecha hacia el palo central de la meta. El precavido Dumkins estaba alerta; la pelota dio en la punta de la pala y rebotó lejos, sobre las cabezas de los que vigilaban, que se agacharon lo suficiente como para dejarla volar sobre ellos.

—Corre… corre… otra. Bueno, ahora, tírala… arriba con ella… para ahí… otra… no… sí… no… tírala, tírala.

Tales eran los gritos que siguieron a la jugada, a cuya conclusión, All-Muggleton había ganado dos puntos. Tampoco Podder se quedó atrás ganando laureles con que adornarse y adornar a Muggleton. Detuvo las pelotas dudosas,

dejó marchar las malas, tomó las buenas y las envió volando a todas las partes del campo. Los vigilantes estaban acalorados y cansados; los que lanzaban se cambiaron, y siguieron lanzando hasta que les dolieron los brazos, pero Dumkins y Podder seguían invictos. Si un caballero entrado en años trataba de detener el avance de la pelota, se le escapaba entre las piernas o se le resbalaba entre los dedos. Si un caballero delgado trataba de agarrarla, le golpeaba en la nariz y rebotaba con redoblada violencia, mientras los ojos del caballero delgado se llenaban de lágrimas y su figura se retorcía de dolor. Si la tiraban derecha a la meta, Dumkins llegaba antes que la pelota. En fin, que, cuando quedaron fuera de juego, All-Muggleton había marcado cincuenta y cuatro puntos, mientras que el marcador de los de Dingley Dell estaba tan vacío como sus caras. La ventaja era demasiado grande para recuperarse. En vano el serio Luffey y el entusiástico Struggles hicieron todo lo que puede sugerir la habilidad y la experiencia para recobrar el terreno que Dingley Dell había perdido en las jugadas anteriores: no sirvió para nada; y todavía en los comienzos del desquite, Dingley Dell abandonó y reconoció la superioridad de las proezas de All-Muggleton.

El desconocido, mientras tanto, había comido, bebido y hablado sin cesar. A cada golpe bueno expresaba su satisfacción y aprobación respecto al jugador, con un aire condescendiente y protector que no podía menos de resultar altamente grato a la parte interesada; mientras que a cada intento fallido de agarrar la pelota, lanzaba su disgusto personal hacia la cabeza del individuo en cuestión con denuncias tales como: « ¡Ah, ah, estúpido!» , « ¡Vamos, dedos de manteca!» , « ¡Torpe!» , « ¡Farsante!» , y así sucesivamente; exclamaciones que, en la opinión de todos los circunstantes, parecieron acreditarle como un excelente e indiscutible juez de todo el arte y misterio del noble deporte del críquet.

—Estupendo partido… bien jugado… algunos golpes admirables —dijo el desconocido cuando ambos bandos se agolparon en la tienda al terminar el juego.

—¿Lo ha jugado usted alguna vez? —preguntó el señor Wardle, que se había divertido mucho con su locuacidad.

—¡Que si lo he jugado! Ya lo creo… miles de veces… no aquí… Indias Occidentales… cosa emocionante… terrible calor… mucho.

—Debe de ser un esfuerzo muy acalorado en tal clima —observó el señor Pickwick.

—¡Ah, calor…! Al rojo… desollándose… en llamas. Jugué una vez… una sola meta… con mi amigo el coronel sir Thomas Blazo… a quien sacaba más puntos… Gané a cara o cruz… empiezo… a las siete de la mañana… seis indígenas para vigilar… me pongo en la meta… allí sigo… terrible calor… los indígenas desmayados… fuera… otra media docena encargada… también desmayados… Blazo tiraba… ayudado por dos indígenas… no me ponía fuera de juego… desmayado también… se llevaron al coronel… no cedía… el fiel ayudante… Quanko Samba… último hombre que quedaba… el sol muy caliente,

con ampollas en la pala, la pelota despellejada y negra… quinientas setenta carreras… bastante agotado… Quanko reunió sus últimas fuerzas… me puso fuera de juego… tomé un baño y me fui a comer.

—¿Y qué fue de… como se llame? —preguntó un señor anciano.

—¿Blazo?

—No, del otro.

—¿Quanko Samba?

—Eso.

—Pobre Quanko… nunca se recobró… entró en el juego por mi cuenta, y salió por la suya… vamos, que se murió.

Aquí el desconocido sepultó el rostro en un pote de barro, pero no podemos afirmar con precisión si para ocultar la emoción o para absorber su contenido. Solo sabemos que se detuvo de repente, exhaló un largo y profundo suspiro, y se quedó mirando ansiosamente cuando dos de los principales miembros del club de Dingley Dell se acercaron al señor Pickwick y le dijeron:

—Vamos a compartir una sencilla comida en Al León Azul; esperamos que usted y sus amigos vendrán con nosotros.

—Desde luego —dijo el señor Wardle—, entre nuestros amigos incluimos al señor… —Y miró hacia el desconocido.

—Jingle —dijo aquel voluble caballero, captando enseguida la sugerencia—. Jingle… Alfred Jingle, de Sincasa, en Sinvilla.

—Por mí, tendré un gran placer, ciertamente —dijo el señor Pickwick.

—Y yo también —dijo el señor Alfred Jingle, pasando un brazo por el del señor Pickwick y otro por el del señor Wardle, a la vez que cuchicheaba confidencialmente al oído de aquel—: Comida fenomenal… fiambre, pero estupenda… eché una mirada a la sala esta mañana… aves y empanadas, y todo eso… gente agradable, estos… se portan muy bien… mucho.

No habiendo más preliminares que arreglar, el grupo se desparramó hacia el pueblo en pequeños grupos de dos y de tres; y un cuarto de hora después estaban todos sentados en la sala grande de Al León Azul, de Muggleton; con el señor Dumkins en funciones de presidente y el señor Luffey actuando como vicepresidente.

Hubo gran abundancia de conversación y estrépito de cuchillos y tenedores y platos; muchas carreras, de un lado para otro, de tres camareros de solemnes cabezas, y una rápida desaparición de las viandas sustanciales en la mesa; y a cada uno de estos elementos de confusión, el bromista Jingle prestaba la ayuda de media docena de personas normales, por lo menos. Cuando todos hubieron comido lo más posible, se retiraron los manteles, poniendo en la mesa botellas, vasos y postre; y los camareros se retiraron para «recoger», o dicho de otro modo, para apropiarse, con vistas a su uso y emolumento particular, de todos los restos de comestibles y bebestibles en que lograran poner las manos.

Entre el zumbido general de júbilo y conversación que se sucedió, había un hombrecito con aire hinchado de «a-mí-no-me-diga-nada-o-le-llevaré-la-contraria», que permanecía muy callado; de vez en cuando, miraba alrededor cuando la conversación flojeaba, como si planease introducir algo muy importante; y, en ocasiones, lanzaba una breve tos de inefable grandeza. Por fin, durante un intervalo de relativo silencio, el hombrecito gritó con voz muy sonora y solemne:

—¡Señor Luffey!

Todos quedaron en un profundo silencio, mientras el individuo interpelado respondía:

—¡Usted dirá!

—Deseo dirigirle unas pocas palabras, si invita usted a todos los señores a llenar los vasos.

Jingle lanzó un protector: «Bravo, bravo», que fue coreado por el resto de la concurrencia; y, una vez llenos los vasos, el vicepresidente asumió un aire de sabiduría, con actitud de profunda atención, y dijo:

—Señor Staple.

—Con su permiso —dijo el hombrecito, levantándose—. Deseo dirigirle a usted lo que tengo que decir, y no a nuestro digno presidente, porque nuestro digno presidente es, hasta cierto punto… podría decir, en alto grado… el tema de lo que tenga que decir, o que… podría decir, que…

—Declarar —sugirió Jingle.

—Eso es, declarar —dijo el hombrecito—. Agradezco esta sugerencia a mi honorable amigo, si me permite que le llame así (cuatro «Muy bien», uno de ellos, cómo no, del señor Jingle). No puedo pretender el honor de constituir un elemento de la población de Muggleton; y, lo reconozco francamente, tampoco codicio ese honor. Y le diré a usted por qué. (Atención.) De buena gana concedo a Muggleton todos esos honores y distinciones que puede pretender en buena ley… son de sobra numerosos y de sobra sabidos para requerir ayuda o recapitulación por mi parte. Pero, señor mío, mientras que recordamos que Muggleton es la cuna de un Dumkins y un Podder, no olvidemos jamás que Dingley Dell puede gloriarse con un Luffey y un Struggles. (Ovación clamorosa.) No querría que se considerara que deseo disminuir los méritos de los señores antes mencionados. Señor mío, yo les envidio el esplendor de sus sentimientos en esta ocasión. (Aclamaciones.) Todos los caballeros que me escuchan probablemente conocen la respuesta dada por aquel individuo que, para usar una figura común de lenguaje, tenía el nido en un barril, al emperador Alejandro: «Si no fuera Diógenes», dijo, «querría ser Alejandro». Me imagino muy bien que estos digan: «Si no fuera Dumkins, querría ser Luffey; si no fuera Podder, querría ser Struggles». (Entusiasmo.) Pero, señores de Muggleton, ¿acaso vuestros paisanos destacan solamente en el críquet? ¿Nunca habéis oído

hablar de Dumkins y de lo que es la decisión? ¿Nunca habéis llegado a asociar a Podder con la corrección? (Grandes aplausos.) En la lucha por vuestros derechos, vuestras libertades, vuestros privilegios, ¿jamás os habéis visto reducidos, siquiera por un instante, a la desesperación y el temor? Y cuando estabais deprimidos de esta manera, ¿el nombre de Dumkins no ha reavivado en vuestro pecho ese fuego que acaba de extinguirse, y una palabra de ese hombre no lo ha vuelto a inflamar como si nunca hubiera expirado? (Gran ovación.) Señores, os exhorto a que rodeéis con una refulgente aureola de ovaciones entusiásticas los nombres unidos de « Dumkins y Podder» .

Aquí terminó el hombrecito, y aquí la concurrencia comenzó a elevar las voces y a golpear las mesas siguiendo así, con escasos intervalos, durante el resto de la tarde. Se hicieron otros brindis. Luffey y Struggles, el señor Pickwick y el señor Jingle, cada cual en su momento, fueron objeto de elogio sin reservas; y cada cual a su vez dio las gracias por ese honor.

Con nuestro entusiasmo por la noble causa a que nos hemos dedicado, habríamos sentido una impresión de orgullo inexpresable y la conciencia de haber hecho algo para merecer la inmortalidad de que ahora estamos privados, si hubiéramos podido presentar ante nuestros ardientes lectores el más leve esbozo de esos discursos. Snodgrass, como de costumbre, tomó una gran cantidad de notas, que no dudamos que hubieran ofrecido una información muy útil y valiosa, de no ser porque la ardiente elocuencia de las palabras o la influencia febril del vino hicieron tan insegura la mano de dicho caballero, que su letra resultó casi ininteligible, y su estilo en absoluto oscuro. A fuerza de paciente investigación, hemos podido rastrear algunos personajes que ostentan una leve relación con los nombres de los oradores; y solo podemos discernir la anotación de la letra de una canción (que se supone que cantó Jingle), en que se repiten frecuentemente y con breves intervalos las palabras « vaso» , « chispeante» , « rubí» , « brillante» y « vino» . Nos imaginamos también distinguir, hacia el final de esas notas, una confusa referencia a « chuletas asadas» , y luego aparecen las palabras « fiambre» y « sin agua» , pero como todas las hipótesis que pudiéramos apoyar en ellas no pasan de mera conjetura, no estamos dispuestos a permitirnos ninguna de las especulaciones a que podrían dar lugar.

Volveremos, por tanto, a Tupman; añadiendo simplemente que, pocos minutos antes de las doce de esa noche, se oyó cantar a la concurrencia de las dignidades de Dingley Dell y Muggleton, con gran sentimiento y énfasis, la hermosa y emocionante melodía nacional de

No volveremos a casa,
no volveremos a casa,
no volveremos a casa,
hasta que salga el sol.

VIII

PODEROSAMENTE EXPOSITIVO A FAVOR DE LA TESIS DE QUE EL CAMINO DEL VERDADERO AMOR NO ES TAN SUAVE COMO UNA VÍA FÉRREA

La silenciosa reclusión en Dingley Dell, la presencia de tantas personas del bello sexo, y la solicitud y preocupación que mostraban por su causa, eran igualmente favorables para que crecieran y se desarrollaran esos tiernos sentimientos que la naturaleza había implantado en el pecho de Tracy Tupman, y que ahora parecían destinados a centrarse en un único objeto amable. Las jóvenes eran lindas; sus maneras, hechiceras; sus disposiciones, perfectas; pero había una dignidad en el porte, un «no-me-toque» en los andares, una majestad en la mirada de la tía solterona, que ellas, a su edad, no podían pretender, y que la distinguía de cualquier otra dama que Tupman hubiera contemplado jamás. Era evidente que había cierta afinidad entre sus dos temperamentos, alguna congenialidad en sus almas, algo misteriosamente acorde en sus pechos. El nombre de ella fue el primero que surgió en los labios de Tupman al caer herido en la hierba; la risa histérica de ella fue el primer sonido que cayó en los oídos de Tupman cuando le trajeron a la casa. Pero esa agitación, ¿procedía de una sensibilidad femenina y amistosa que hubiera sido igualmente irreprensible en cualquier otro caso, o había sido provocada por un sentimiento más ardiente y apasionado, que solo él, entre todos los hombres del mundo, podía despertar? Esas eran las dudas que devastaban el cerebro de Tupman, tendido en el sofá; esas eran las dudas que decidió que había que resolver enseguida y para siempre. Atardecía. Isabel y Emily habían salido de paseo con el señor Trundle; la anciana sorda se había quedado dormida en su butaca; el ronquido del muchacho gordo penetraba con ruido grave y monótono desde la lejana cocina; las rollizas muchachas estaban ociosas junto a la puerta de servicio, disfrutando lo agradable de la hora y las delicias del coqueteo con ciertos toscos animales racionales pertenecientes a la granja; y allí estaba sentada la interesante pareja, sin que nadie se ocupara de ellos y sin que les importara nadie, soñando solo consigo mismos; allí estaban, en fin, como un par de guantes de cabritilla bien doblados: ligados mutuamente.

—Me he olvidado de mis flores —dijo la solterona.

—Riéguelas ahora —dijo Tupman, con acento persuasivo.

—Se enfriará con el aire de la tarde —urgió afectuosamente la solterona.

—No, no —dijo Tupman, levantándose—; me sentará bien. Déjeme acompañarla.

La dama se detuvo a arreglar el cabestrillo que sostenía el brazo izquierdo del galán y, tomándole del brazo derecho, le llevó al jardín.

Había un cenador en el extremo, con madreselva, jazmín y plantas

trepadoras; uno de esos dulces retiros que los seres humanos erigen para el buen acomodo de las arañas.

La solterona tomó una gran regadera de barro que había en un rincón y se dispuso a salir del refugio. Tupman la retuvo y la hizo sentarse a su lado.

—¡Señorita Wardle! —dijo.

La solterona tembló tanto, que unos guijarros que accidentalmente habían ido a parar a la regadera empezaron a agitarse como en un sonajero.

—Señorita Wardle —dijo Tupman—, es usted un ángel.

—¡Señor Tupman! —exclamó Rachael, poniéndose tan colorada como la regadera de barro.

—Ah, sí —dijo el elocuente pickwickiano—; lo sé de sobra.

—Todas las mujeres son ángeles, dicen —murmuró la dama, bromeando.

—Entonces, ¿qué ha de ser usted, o a qué puedo compararla sin error? —respondió Tupman—. ¿Dónde se ha visto jamás una mujer que se le parezca? ¿Dónde podía yo esperar encontrar tan rara combinación de excelencia y belleza? ¿Dónde podía yo pretender…? ¡Ah!

Aquí Tupman hizo una pausa y oprimió la mano que agarraba el asa de la feliz regadera.

La dama volvió la cabeza.

—Los hombres son tan engañosos —susurró suavemente.

—Lo son, lo son —exclamó Tupman—; pero no todos los hombres. Vive al menos un ser que nunca puede cambiar… un ser que sería feliz de dedicar toda su existencia a la felicidad de usted… que no vive más que en sus ojos… que no respira más que en sus sonrisas… que solo por usted lleva con dulzura la pesada carga de la vida.

—Si se pudiera encontrar tal persona… —dijo la dama.

—Pues sí, se puede encontrar —dijo el ardiente Tupman, interrumpiéndola—, se ha encontrado. Aquí está, señorita Wardle.

Y antes que la dama se hubiera dado cuenta de su intención, Tupman había caído de rodillas a sus pies.

—Levántese, señor Tupman —dijo Rachael.

—¡Jamás! —fue la valerosa respuesta—. ¡Oh, Rachael! —Tomó su mano pasiva y el cántaro de regar cayó al suelo, mientras él llevaba esa mano a sus labios—. ¡Ah, Rachael, dígame que me ama!

—Señor Tupman —dijo la solterona mirando a otro lado—; apenas puedo pronunciar estas palabras, pero… pero… no me es completamente indiferente.

No bien oyó Tupman esa confesión, cuando pasó a hacer lo que le sugería su emoción entusiástica, y que, por lo que sabemos (aunque no estamos muy versados en tales materias), siempre hacen las personas que se hallan en tales circunstancias. Se puso en pie de un salto y, echando el brazo al cuello de la solterona, imprimió en sus labios numerosos besos que ella, tras fingir

debidamente rechazar con lucha, recibió con tal pasividad que no se puede calcular cuántos más habría estampado Tupman si la dama no se hubiera sobresaltado, sin afectación ninguna, exclamando en tono consternado

—¡Señor Tupman, nos observan! ¡Nos han descubierto!

El señor Tupman volvió los ojos. Allí estaba el gordinflón, perfectamente inmóvil, con sus anchos ojos circulares fijos en el cenador, pero sin la más leve expresión en su cara que un experto fisonomista hubiera podido relacionar con el asombro, la curiosidad o cualquier otra de las pasiones que agitan el pecho de los hombres. Tupman observó al gordinflón, y el gordinflón se le quedó mirando; y cuanto más miraba Tupman el manifiesto vacío del rostro del gordinflón, más se convencía de que o bien no sabía, o bien no comprendía nada de lo que allí estaba sucediendo. Bajo esta impresión, dijo con gran firmeza:

—¿Qué desea usted?

—La cena está servida, señor —fue la pronta respuesta.

—¿Ha llegado usted ahora mismo? —preguntó Tupman, con una mirada penetrante.

—Ahora mismo —respondió el gordinflón.

Tupman volvió a mirarle con fijeza, pero no había un parpadeo en sus ojos ni un pliegue en su cara.

Tupman dio el brazo a la solterona, y se dirigieron a la casa, seguidos por el gordinflón.

—El gordinflón no sabe nada de lo que ha pasado —susurró.

—Nada —dijo la solterona.

Hubo un ruido detrás de ellos, como un risoteo mal contenido. Tupman se volvió rápidamente. No, no podía haber sido el gordinflón; no había en todo su rostro un fulgor de regocijo, ni nada que no fuera una buena alimentación.

—Debía de estar completamente dormido —susurró Tupman.

—No tengo la menor duda —respondió la solterona. Ambos rieron cordialmente.

El señor Tupman se equivocaba. El gordinflón, por una vez, no dormía del todo. Estaba despierto, completamente despierto, y había visto lo que estaba ocurriendo.

La cena pasó sin ningún intento de conversación generalizada. La anciana se había acostado; Isabel Wardle se dedicó exclusivamente al señor Trundle; las atenciones de la solterona estaban reservadas para Tupman; y los pensamientos de Emily parecían absorbidos por algún objeto lejano… quizá estaban con el ausente Snodgrass.

Dieron las once… las doce… la una; y los caballeros no habían vuelto. La consternación se pintaba en todos los rostros. ¿Podían haberles asaltado y robado? ¿Había que mandar gente con faroles en todas las direcciones por las que se considerara probable que vinieran a casa? ¿O bien…? ¡Atención! Ahí estaban.

¿Cómo podían venir tan tarde? ¡Y una voz desconocida, también! ¿Quién podría ser? Se apresuraron a ir a la cocina, donde se habían refugiado los tunantes, e inmediatamente obtuvieron algo más que una sospecha del verdadero estado de cosas.

El señor Pickwick, con las manos en los bolsillos y el sombrero completamente ladeado sobre el ojo izquierdo, se apoyaba en la alacena, balanceando la cabeza de un lado para otro y lanzando una sucesión constante de las más suaves y benevolentes sonrisas, sin ser movido a ello por ninguna causa o razón en absoluto; el viejo señor Wardle, con rostro altamente encendido, estrechaba la mano de un desconocido, mascullando protestas de eterna amistad; Winkle, sosteniéndose contra el reloj de pesas, invocaba con voz débil la destrucción sobre cualquier miembro de la familia que sugiriera la conveniencia de que se retirara a dormir; y Snodgrass se había hundido en una butaca, con la expresión de la más profunda y desesperada aflicción que puede imaginar la mente humana, retratada en cada uno de los rasgos de su expresiva cara.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntaron las señoras.

—No pasa nada —respondió el señor Pickwick—. Estamos… estamos… muy bien… Oiga, Wardle, estamos muy bien, ¿no es verdad?

—Eso diría yo —respondió el jovial anfitrión—. Queridas mías, os presento a mi amigo el señor Jingle… amigo del señor Pickwick; el señor Jingle viene… una pequeña visita.

—¿Le pasa algo al señor Snodgrass? —preguntó Emily con gran preocupación.

—No le pasa nada —respondió Jingle—. La comida del críquet… estupenda reunión… magníficos cánticos… vino añejo… clarete… bueno, muy bueno… el vino, señorita… el vino.

—No ha sido el vino —murmuró Snodgrass con voz rota—. Ha sido el salmón. —(No se sabe por qué, en estos casos, nunca ha sido el vino.)

—¿No sería mejor que se acostaran, señora? —preguntó Emma—. Dos de los muchachos subirán a los señores.

—Yo no me acostaré —dijo Winkle con firmeza.

—No hay muchacho en el mundo que me pueda llevar —dijo el señor Pickwick con decisión, y siguió sonriendo como antes.

—¡Hurra! —jadeó débilmente Winkle.

—¡Hurra! —repitió el señor Pickwick, quitándose el sombrero y lanzando locamente sus gafas en medio de la cocina. Con esta humorística hazaña, se echó a reír del todo.

—Vamos… a tomar… otra… botella —exclamó Winkle, empezando en tono muy alto y acabando débilmente.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, y murmurando su invencible decisión de no acostarse y su sanguinaria pesadumbre por no haber «liquidado al viejo

Tupman» aquella mañana, se quedó dormido, situación en que fue trasladado a su cuarto por dos jóvenes gigantes bajo la superintendencia personal del muchacho gordo, a cuyo cuidado protector Snodgrass confió después su persona. El señor Pickwick aceptó el brazo que le ofrecía Tupman y desapareció silenciosamente, sonriendo más que nunca; y el señor Wardle, despidiéndose de su familia tan afectuosamente como si se le llevaran a su ejecución inmediata, concedió a Trundle el honor de conducirle arriba, retirándose con un vano intento de tomar un aspecto impresionantemente solemne y digno.

—¡Qué escena más lamentable! —dijo la solterona.

—¡Lamentable! —exclamaron las señoritas.

—¡Terrible… terrible! —dijo Jingle con aire grave: llevaba botella y media de ventaja a cualquiera de sus compañeros—. ¡Horrible espectáculo… mucho!

—¡Qué hombre tan simpático! —susurró la solterona a Tupman.

—¡Y de buen aspecto! —susurró Emily Wardle.

—Ah, decididamente —observó la solterona.

Tupman se acordó de aquella viuda de Rochester, y su ánimo se turbó. La siguiente media hora de conversación no fue de naturaleza tal como para calmar su espíritu alterado.

El nuevo visitante era muy charlatán, y la abundancia de sus anécdotas solo era superada por el grado de su cortesía. Tupman sintió que, conforme aumentaba la popularidad de Jingle, él quedaba más en la sombra. Su risa era forzada, su diversión, fingida; y cuando por fin metió entre las sábanas sus doloridas mandíbulas, pensó, con horrible deleite, en la satisfacción que le procuraría tener en aquel momento la cabeza de Jingle entre el colchón y el jergón.

El infatigable forastero se levantó temprano a la mañana siguiente y, aunque sus compañeros seguían en la cama, abrumados por las disipaciones de la noche pasada, se aplicó con gran éxito a promover la hilaridad en la mesa del desayuno. Tanto éxito tuvo, que hasta la anciana sorda se empeñó en que le suministraran dos o tres de sus mejores chistes a través de la trompetilla, y hasta condescendió a observar a la solterona que «este» (o sea, Jingle) «era un joven desvergonzado», opinión en que coincidieron totalmente todas sus familiares allí presentes.

Tenía costumbre la anciana, en las mañanas buenas de verano, de establecerse en el cenador en que ya se había destacado tanto Tupman, yendo del modo y manera siguientes: primero, el gordinflón descolgaba, de una percha tras la puerta del cuarto de la anciana, una cofia negra de raso, un chal de algodón bien abrigado y un grueso bastón con amplio mango; luego, la anciana, después de ponerse la cofia y el chal a su gusto, apoyaba una mano en el bastón y otra en el hombro del gordinflón, caminando sosegadamente hasta el cenador, donde el gordinflón la dejaba disfrutando el aire libre por espacio de media hora;

a la expiración de cuyo intervalo, volvía para llevársela otra vez a casa.

La anciana era muy exacta y muy meticulosa, y como esta ceremonia se había observado durante tres veranos sucesivos sin la menor desviación respecto a la forma acostumbrada, se quedó no poco sorprendida, esa precisa mañana, al ver que el gordinflón, en vez de dejar el cenador, salía fuera unos cuantos pasos, miraba cuidadosamente alrededor, en todas las direcciones, y volvía hacia ella con gran reserva y un aire de profundo misterio.

La anciana era miedosa —las ancianas suelen serlo— y su primera impresión fue que el hinchado joven iba a causarle algún injurioso daño físico con miras a apropiarse de la calderilla que llevaba encima. Habría gritado pidiendo socorro, pero la vejez y la invalidez la habían privado hacía mucho tiempo de la capacidad de gritar; por consiguiente, observó sus movimientos con sensaciones de intenso terror, que no disminuyeron en absoluto cuando él se le acercó y le gritó al oído en tono agitado y, según le pareció a ella, amenazador:

—¡Ama!

Ahora bien, dio la casualidad de que Jingle en ese momento paseaba por el jardín cerca del cenador. Oyó también el grito de «¡Ama!» y se detuvo a oír más. Había tres razones para hacerlo así: en primer lugar, estaba aburrido y curioso; en segundo lugar, no era hombre en absoluto escrupuloso; finalmente, estaba oculto a la vista por unos arbustos en flor. Por tanto, se paró allí a escuchar.

—Bueno, Joe —dijo la anciana, temblando—, estoy segura de que he sido para ti una buena ama, Joe. Siempre se te ha tratado muy bien. Nunca has tenido mucho quehacer, y siempre has tenido bastante de comer.

Esto último era una apelación a los sentimientos más delicados del muchacho. Este pareció conmovido, y respondió enfáticamente:

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿qué quieres ahora? —dijo la anciana cobrando ánimos.

—Le voy a poner la carne de gallina —respondió el muchacho.

Esto parecía un modo muy sanguinario de mostrar la gratitud; y como la anciana no entendía muy exactamente el proceso por el que se iba a obtener tal resultado, volvió todo su horror de antes.

—¿Qué cree que vi ayer tarde en este mismo cenador? —preguntó el muchacho.

—¡Válgame Dios! ¿Qué? —exclamó la anciana, alarmada por el tono solemne del corpulento joven.

—El señor forastero… el del brazo herido… besando y abrazando…

—¿A quién, Joe? No sería a una criada, supongo.

—Peor que eso —rugió el gordinflón al oído de la señora.

—¿No sería a una de mis nietas?

—Peor que eso.

—¡Peor que eso, Joe! —dijo la anciana, que lo había considerado como el

límite extremo de la atrocidad humana—. ¿A quién era, Joe? Quiero saberlo, como sea.

El gordinflón miró cautelosamente alrededor y, terminada su inspección, gritó en el oído de la anciana:

—¡La señorita Rachael!

—¿Cómo? —dijo la anciana en tono penetrante—. ¡Habla más fuerte!

—¡La señorita Rachael! —rugió el gordinflón.

—¡Mi hi… ja!

La sucesión de inclinaciones de cabeza con que el gordinflón expresó su asentimiento comunicó un temblor de requesón a sus gruesas mejillas.

—¡Y ella lo consintió! —exclamó la anciana.

Una sonrisa arrebató las facciones del gordinflón al decir:

—Y yo la vi que le besaba también.

Si el señor Jingle, desde su lugar de ocultamiento, hubiera podido ver la expresión que tomaba el rostro de la anciana ante esa noticia, lo más probable es que una carcajada súbita hubiera descubierto su inmediata proximidad al cenador. Escuchó atentamente. Llegaban a sus oídos fragmentos de frases iracundas, como «¡Sin mi permiso!», «¡A su edad!», «Una pobre vieja como yo…», «¡Podía haber esperado a que yo me muriera!»; luego oyó los zapatos del gordinflón que pisaban la grava al retirarse dejando sola a la anciana.

Quizá fue una coincidencia notable, pero, no obstante, la realidad era que Jingle, a los cinco minutos de su llegada a la Granja Manor, la noche anterior, había decidido interiormente, sin dilación, poner cerco al corazón de la tía solterona. Era lo bastante observador como para notar que sus maneras despreocupadas no eran de ningún modo desagradables al hermoso objeto de su ataque; y tenía sospechas más que fuertes de que ella poseía la más deseable de las condiciones: una pequeña renta personal. La necesidad imperativa de desplazar a su rival por algún medio se le hizo presente en un relámpago, e inmediatamente decidió adoptar ciertos procedimientos encaminados a ese fin y objetivo, sin perder un momento. Fielding[18] dice que «el hombre es fuego y la mujer estopa, y luego viene el diablo y sopla». Jingle sabía que los jóvenes para las tías solteronas son como la llama para la pólvora, y decidió probar el resultado de una explosión sin pérdida de tiempo.

Lleno de reflexiones sobre esta importante decisión, se escapó de su lugar de ocultamiento y, cubierto por los arbustos antes mencionados, se acercó a la casa. La fortuna parecía favorecer sus designios. Tupman y los demás caballeros salían del jardín por una puerta lateral en el momento en que él llegaba a verlo; y las señoritas, según sabía, habían salido solas a pasear, inmediatamente después del desayuno. El campo estaba libre.

La puerta de la sala donde habían desayunado estaba entreabierta. Echó una ojeada. La tía solterona hacía punto. Jingle tosió; ella levantó los ojos y sonrió. La

vacilación no formaba parte del carácter del señor Alfred Jingle. Puso el dedo en los labios misteriosamente, entró y cerró.

—Señorita Wardle —dijo el señor Jingle con fingida gravedad—, perdone la intrusión… tan breve conocimiento… no hay tiempo para ceremonias… todo está descubierto.

—¡Caballero! —dijo la solterona, bastante asombrada por la inesperada aparición, y un tanto dudosa sobre la cordura del señor Jingle.

—¡Chist! —dijo Jingle con cuchicheo teatral—. Muchacho grueso… de cara de pastel… ojos redondos… ¡bribón! —Y sacudió expresivamente la cabeza mientras la solterona temblaba de agitación.

—Supongo que alude usted a Joe —dijo la dama, haciendo un esfuerzo para no perder la compostura.

—Sí, señorita… ¡maldito Joe…!, perro traidor, Joe… ha hablado a la anciana… la anciana, furiosa… loca… exaltada… el cenador… Tupman… besos y abrazos… todo eso, ¿eh, señorita, eh?

—Señor Jingle —dijo la solterona—, si usted viene aquí para insultarme…

—Nada de eso… de ningún modo —respondió Jingle sin rubor—. Lo oí sin querer… le aviso del peligro… ofrezco mis servicios… evitar el escándalo. No se preocupe… si lo toma a mal… me marcho de aquí…

Y se volvió como para llevar a ejecución su amenaza.

—¿Qué voy a hacer? —dijo la pobre solterona estallando en lágrimas—. Mi hermano se pondrá furioso.

—Por supuesto… —dijo Jingle, e hizo una pausa—, ¡qué ultraje!

—¡Oh, señor Jingle, qué puedo decir! —exclamó la solterona con otro desbordamiento de desesperación.

—Diga que Joe lo soñó —respondió fríamente Jingle.

Un rayo de consuelo cruzó la mente de la solterona ante esta sugerencia. Jingle lo percibió y continuó buscando más ventaja.

—¡Bah, bah…!, nada más fácil… muchacho malvado… mujer adorable… azotes al muchacho… a usted la creerán… fin del asunto… todo en su sitio.

No sabemos si la probabilidad de escapar a las consecuencias del inoportuno descubrimiento resultó deliciosa para los sentimientos de la solterona, o bien si el oírse descrita como «mujer adorable» suavizó la aspereza de su dolor: se ruborizó ligeramente y lanzó una mirada agradecida a Jingle.

Este insinuante caballero suspiró profundamente, fijó sus ojos en el rostro de la solterona durante un par de minutos y, estremeciéndose melodramáticamente, los retiró de repente.

—Parece usted desgraciado, señor Jingle —dijo la dama en tono plañidero—. ¿Puedo mostrar mi gratitud por su amable intervención preguntando la causa, con miras, si es posible, a su eliminación?

—¡Ah! —dijo Jingle, con otro estremecimiento—, eliminación… eliminar mi

desgracia, y ver su amor concedido a un hombre insensible a tal bendición… que incluso ahora abriga designios respecto a la sobrina de la criatura que… pero no; es amigo mío; no denunciaré sus vicios. Señorita Wardle… ¡adiós!

Al acabar ese discurso, el más coherente que se ha sabido nunca que pronunciara, Jingle se llevó a los ojos los restos del pañuelo antes mencionado, y se volvió hacia la puerta.

—¡Quédese, señor Jingle! —exclamó enfáticamente la solterona—. Ha hecho usted una alusión al señor Tupman; explíquela.

—¡Jamás! —exclamó Jingle con aire profesional (esto es, teatral)—. ¡Jamás!

Y para mostrar que no tenía deseos de que le siguiera preguntando, acercó una butaca a la de la solterona y se sentó.

—Señor Jingle —dijo la tía solterona—. Le suplico… le imploro, que si hay algún terrible misterio relacionado con el señor Tupman, me lo revele.

—¿Acaso puedo —dijo Jingle, fijando sus ojos en la cara de la tía—, puedo ver… adorable criatura… sacrificada en el altar…? ¡Avaricia sin entrañas! —Pareció luchar con diversas emociones encontradas durante unos segundos, y luego dijo en voz sorda y profunda—: Tupman solo quiere su dinero.

—¡Malvado! —exclamó la solterona con enérgica indignación. (Las dudas de Jingle quedaron disipadas: tenía dinero.)

—Más aún —dijo Jingle—: quiere a otra.

—¡A otra! —exclamó la solterona—. ¿Quién?

—La chica bajita… ojos negros… su sobrina Emily…

Hubo una pausa.

Ahora bien, si había en el mundo una persona de quien la solterona tuviera celos mortales y bien arraigados, era esa misma sobrina. Su cara y su cuello se tiñeron de rubor y sacudió la cabeza en silencio, con aire de inefable desprecio. Por fin, mordiéndose los labios e irguiéndose, dijo:

—No puede ser. No lo creo.

—Obsérveles —dijo Jingle.

—Lo haré —dijo la tía.

—Observe sus miradas.

—Lo haré.

—Sus cuchicheos.

—Lo haré.

—Se sentará a su lado en la mesa.

—Que haga lo que quiera.

—La adulará.

—Que haga lo que quiera.

—Tendrá con ella todas las atenciones.

—Que haga lo que quiera.

—Y a usted no le hará caso.

—¡No hacerme caso! —gritó la solterona—. Él, no hacerme caso a mí, ¡cómo va a ser eso! —Y tembló de rabia y decepción.

—¿Se convencerá usted? —dijo Jingle.

—Lo haré.

—¿Tendrá ánimo?

—Tendré.

—¿No le aceptará después?

—Jamás.

—¿Aceptará a algún otro?

—Sí.

—Así ha de ser.

El señor Jingle cayó de rodillas, y se quedó así durante cinco minutos; cuando se levantó, era el enamorado aceptado por la solterona, a condición de que el perjuicio de Tupman se hiciera claro y manifiesto.

La necesidad de la prueba correspondía a Alfred Jingle; y presentó la necesaria evidencia el mismo día en la comida. La solterona apenas podía creer a sus ojos. Tracy Tupman estaba sentado al lado de Emily, echándole ojeadas, susurrándole y sonriéndole, en rivalidad con Snodgrass. Ni una palabra, ni una mirada, ni una ojeada envió a la que fue orgullo de su corazón en la tarde anterior.

«¡Maldito muchacho! —pensó el señor Wardle para sí: había oído hablar del asunto por su madre—. ¡Maldito muchacho! Debía de estar dormido. Todo es imaginación.»

«¡Traidor! —pensó la solterona—. Mi querido Jingle me decía la verdad. ¡Uf, cómo detesto a ese malvado!»

La siguiente conversación puede servir para explicar a nuestros lectores esta alteración, aparentemente inexplicable, en el comportamiento de Tracy Tupman.

Hora, la tarde; escena, el jardín. Había dos figuras hablando por un sendero apartado; una más bien rechoncha y gruesa; la otra, alta y delgada. Eran Tupman y Jingle. La figura gruesa comenzó el diálogo.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó.

—Espléndido… estupendo… yo mismo no lo representaría mejor… tiene que repetir el papel mañana… en todas las comidas, hasta nuevo aviso.

—¿Rachael sigue deseándolo todavía?

—Claro… no le gusta… pero hay que hacerlo… desviar las sospechas… teme a su hermano… dice que no hay remedio… solo unos pocos días más… cuando los viejos estén cegados… coronará su felicidad.

—¿Ningún mensaje?

—Amor… todo su cariño… los más tiernos sentimientos… inalterable afecto. ¿Quiere que le diga algo de su parte?

—Mi querido compañero —respondió el inocente Tupman, estrechando fervientemente la mano de su «amigo»—, llévele todo mi cariño… dígale qué duro encuentro, fingir… dígale todo lo que sea cariñoso, pero añada cuánto me doy cuenta de la necesidad de lo que ella me sugirió esta mañana a través de usted. Diga que aplaudo su sensatez y admiro su discreción.

—Así lo haré. ¿Algo más?

—Nada; solamente añada con qué ardor anhelo el momento en que pueda llamarla mía y sea innecesario todo disimulo.

—Ciertamente, ciertamente. ¿Algo más?

—¡Oh, amigo mío! —dijo el pobre Tupman, volviendo a agarrar la mano de su compañero—. Reciba mi más cálido agradecimiento por su amabilidad desinteresada, y perdóneme si alguna vez, siquiera en pensamiento, le he hecho la injusticia de suponer que usted podría estorbarme en mi camino. Querido amigo, ¿podré corresponderle alguna vez?

—No hablemos de eso —respondió Jingle. Se detuvo de repente, como si se acordara súbitamente de algo, y dijo—: Por cierto… ¿tendría usted diez libras de sobra…? Un asunto muy especial… le pagaré en tres días.

—Claro que sí —respondió Tupman, con el corazón rebosante—. ¿Tres días, dice usted?

—Solo tres días… todo pasado, entonces… sin más dificultades.

Tupman contó el dinero en la mano de su amigo, y este lo echó en el bolsillo, pieza tras pieza, mientras iban hacia la casa.

—Tenga cuidado —dijo Jingle—. Ni una mirada.

—Ni un parpadeo —dijo Tupman.

—Ni una sílaba.

—Ni un susurro.

—Todas sus atenciones a la sobrina… más bien grosero que otra cosa con la tía… el único modo de engañar a los viejos.

—Tendré cuidado —dijo Tupman en voz alta.

—Y yo también tendré cuidado —dijo Jingle para sus adentros cuando entraron en la casa.

La escena de aquella tarde se repitió después, y en las tres tardes y noches siguientes. Al cuarto día, el anfitrión estaba de buen humor, pues se había convencido de que no había razón para acusar a Tupman. También lo estaba Tupman, pues Jingle le había dicho que su asunto llegaría pronto a una solución. También el señor Pickwick estaba de buen humor, pues raramente dejaba de estarlo. No lo estaba, en cambio, Snodgrass, pues se había puesto celoso de Tupman. Sí lo estaba la anciana, pues había ganado jugando al whist. Y también lo estaban Jingle y Rachael Wardle, por razones de suficiente importancia dentro de esta aventurosa historia, como para ser narradas en otro capítulo.

IX
UN DESCUBRIMIENTO Y UNA PERSECUCIÓN

La cena estaba preparada, las sillas estaban alrededor de la mesa, las botellas, las jarras y los vasos estaban dispuestos en el aparador, y todo proclamaba la proximidad del periodo más alegre en la convivencia de las veinticuatro horas.

—¿Dónde está Rachael? —dijo el señor Wardle.

—Ah, sí, ¿y Jingle? —añadió el señor Pickwick.

—Vaya —dijo el anfitrión—; me sorprende no haberle echado de menos antes. Cómo, creo que hace por lo menos dos horas que no he oído su voz. Emily, querida mía, toca la campanilla.

Se tocó la campanilla, y apareció el gordinflón.

—¿Dónde está la señorita Rachael?

No lo sabía.

—¿Dónde está el señor Jingle, entonces?

No tenía idea.

Todo el mundo se miró, con sorpresa. Era tarde; más de las once. Tupman se reía para sus adentros. Estarían dando vueltas por algún sitio, hablando de él. ¡Ja, ja!, estupenda idea aquella… divertida.

—No importa —dijo Wardle tras una breve pausa—. Ya aparecerán por fin, supongo. Nunca espero a nadie para la cena.

—Excelente regla esta —dijo el señor Pickwick—, admirable.

—Siéntense, por favor —dijo el anfitrión.

—Desde luego —dijo el señor Pickwick, y se fueron sentando.

Había un gigantesco trozo de carne fiambre en la mesa, y el señor Pickwick quedó provisto de una abundante porción de ella. Ya se llevaba el tenedor a los labios, y estaba a punto de abrir la boca para la recepción de un trozo de buey, cuando de repente se elevó en la cocina un ruido de muchas voces. Se detuvo y dejó el tenedor. El señor Wardle se detuvo también, y sin darse cuenta soltó el trinchante, que quedó metido en la carne fiambre. Miró al señor Pickwick. El señor Pickwick le miró a él.

Se oyeron pasos recios en el pasillo; la puerta del comedor se abrió súbitamente de par en par, y el hombre que había limpiado las botas al señor Pickwick el día de su llegada entró corriendo en el cuarto, seguido por el gordinflón y toda la servidumbre.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamó el anfitrión.

—¿Se ha incendiado la chimenea de la cocina, Emma? —preguntó la anciana.

—¡Dios mío, abuela! ¡No! —gritaron las dos señoritas.

—¿Qué pasa? —rugió el dueño de la casa.

El hombre jadeó tomando aliento, y exhaló débilmente:

—¡Se han ido, amo! ¡Se han marchado, señor! —(En este punto se observó que Tupman dejaba el cuchillo y el tenedor, poniéndose muy pálido.)

—¿Quién se ha ido? —dijo fieramente el señor Wardle.

—El señor Jingle y la señorita Rachael, en una silla de postas, desde Al León Azul de Muggleton. Yo estaba allí, pero no pude detenerles; así que eché a correr para decírselo.

—¡Y yo pagué los gastos! —dijo Tupman, incorporándose frenético de un salto—. ¡Tiene diez libras mías! ¡Detenedle! ¡Me ha estafado! ¡No lo soportaré! ¡Pediré justicia, Pickwick! ¡No lo consentiré!

Y con diversas exclamaciones incoherentes de índole semejante, el desdichado caballero dio vueltas y vueltas por la sala, en un transporte de locura.

—¡Dios nos asista! —exclamó el señor Pickwick, observando con sorpresa aterrada los ademanes extravagantes de su amigo—. ¡Se ha vuelto loco! ¿Qué vamos a hacer?

—¡Hacer! —dijo el obeso anfitrión, que consideró solo la última palabra de la frase—. ¡Enganchar el caballo al calesín! En el León conseguiré una silla de posta y les seguiré al momento. ¿Dónde —exclamó cuando saltó corriendo a realizar la orden—, dónde está Joe, ese villano?

—¡Aquí estoy!, pero no soy un villano —respondió una voz. Era la del gordinflón.

—Allá voy con él, Pickwick —gritó Wardle, lanzándose contra el malhadado muchacho—. ¡Le sobornó ese bribón de Jingle para ponerme en una pista falsa, contándome una historia absurda de mi hermana y su amigo Tupman! —(Aquí Tupman se desplomó en una silla.)—. ¡Déjeme!

—¡No le dejen! —chillaron todas las mujeres, por encima de cuyas exclamaciones se oía claramente el gimoteo del muchacho gordo.

—¡No me sujeten! —gritaba el viejo—. ¡Señor Winkle, no me toque! ¡Señor Pickwick, déjeme pasar!

Era un hermoso espectáculo, en ese momento de torbellino y confusión, observar la expresión plácida y filosófica del rostro del señor Pickwick, aunque un tanto encendida por el esfuerzo, mientras agarraba firmemente con los brazos la amplia cintura de su corpulento anfitrión, refrenando así el ímpetu de su pasión, mientras al muchacho gordo le arañaban, y le empujaban, y le sacaban de la habitación todas las mujeres allí congregadas. Apenas le soltó el señor Pickwick, entró el hombre a anunciar que el calesín estaba preparado.

—¡No le dejen ir solo! —chillaron las mujeres—. ¡Matará a alguien!

—Yo iré con él —dijo el señor Pickwick.

—Es usted un buen amigo, Pickwick —dijo el anfitrión, estrechándole la mano—. Emma, dale al señor Pickwick un pañuelo para que se lo ponga al cuello; date prisa. Cuidad de vuestra abuela, niñas; se ha desmayado. Bueno, ¿está usted preparado?

El señor Pickwick, después de envolverse apresuradamente la boca y barbilla en un amplio pañuelo, encajándose el sombrero en la cabeza y echándose el abrigo al brazo, respondió afirmativamente.

Saltaron al calesín.

—¡Dale fuerte, Tom! —gritó el anfitrión; y allá se fueron, por los estrechos caminos, brincando al salir y entrar en las roderas de los carros y golpeándose con las tapias de los lados, como si fueran a hacerse pedazos a cada momento.

—¿Cuánta ventaja nos llevan? —gritó Wardle cuando llegaron ante la puerta de Al León Azul, en torno a la cual se había reunido un corrillo, a pesar de lo avanzado de la hora.

—Ni tres cuartos de hora —contestaron todos.

—¡Una silla de posta con cuatro caballos, enseguida! ¡Vamos por ellos! ¡Deprisa! ¡Rápido!

Salieron corriendo los posaderos y los mozos. Brillaron las linternas al correr los hombres de un lado para otro; los cascos de los caballos chasquearon en el pavimento desigual del patio; retumbó la silla de posta al sacarla de la cochera; y todo era ruido y estrépito.

—¡Vamos! ¿Va a salir esta noche esa silla de posta? —gritó Wardle.

—Ya llega al patio, señor —respondió el posadero.

Salió la silla… entraron los caballos… saltaron los muchachos… se metieron los viejos.

—¡No lo olvidéis; las siete millas del trecho, en menos de media hora! —gritó Wardle.

—¡Adelante!

Los mozos aplicaron látigo y espuela, los camareros gritaron, los posaderos les animaron y allá que se fueron, veloces y furiosos.

« Bonita situación —pensó el señor Pickwick cuando tuvo un momento para reflexionar—. ¡Bonita situación para el presidente general del Club Pickwick: una silla de posta a la intemperie, unos caballos desconocidos, quince millas por hora, y a las doce de la noche!»

Durante las primeras tres o cuatro millas, ninguno de los caballeros pronunció una palabra, estando cada cual demasiado inmerso en sus propias reflexiones para dirigir ninguna observación a su compañero. Sin embargo, cuando pasaron un buen trecho y los caballos, al calentarse del todo, comenzaron a cumplir su trabajo con un estilo realmente bueno, el señor Pickwick se sintió tan animado con la rapidez de la marcha, que ya no pudo seguir completamente mudo.

—Seguro que los alcanzaremos, me parece —dijo.

—Así lo espero —respondió su compañero.

—Hermosa noche —dijo el señor Pickwick, mirando a la luna, que brillaba con mucha claridad.

—Tanto peor —replicó Wardle—; pues habrán podido aprovecharse de la luz

de la luna para sacarnos la primera ventaja, y nosotros nos quedaremos sin ella: dentro de una hora no habrá luna.

—Será bastante desagradable ir a esta velocidad por lo oscuro, ¿no? —preguntó el señor Pickwick.

—Supongo que sí —respondió su amigo con sequedad.

La momentánea excitación del señor Pickwick empezó a calmarse un poco al reflexionar sobre los inconvenientes y peligros de la expedición en que se había embarcado tan irreflexivamente. Salió de su abstracción al oír un sonoro grito del muchacho que conducía la silla.

—¡So… so… so… so… sooo…! —hizo el primer muchacho.

—¡So… so… so… sooo! —hizo el segundo.

—¡So… so… so… sooo! —repitió, como un reloj, el propio Wardle, con gran vigor, sacando la cabeza y medio cuerpo por la ventanilla.

—¡So… so… so… sooo! —gritó el señor Pickwick, asumiendo también el deber de gritar, aunque no tenía la más leve idea de su significado ni objetivo. Y en medio de los « sooo» de los cuatro, se detuvo el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Pickwick.

—Hay una barrera[19] —respondió el viejo Wardle—. Sabremos algo sobre los fugitivos.

Tras un intervalo de cinco minutos, consumidos en incesante golpear y gritar, un viejo en mangas de camisa salió de la casa de la barrera y abrió paso.

—¿Cuánto tiempo hace que pasó por aquí una silla de posta? —preguntó el señor Wardle.

—¿Cuánto tiempo?

—Sí.

—Bueno, pues no sé exactamente. No fue hace mucho, ni fue hace poco… quizá entre lo uno y lo otro, precisamente.

—Pero ¿ha pasado alguna silla de posta?

—Ah, sí, ha habido una que pasó.

—¿Cuánto tiempo, amigo mío? —interrumpió el señor Pickwick—. ¿Una hora?

—Bueno, sí, podría ser —respondió el hombre.

—¿O dos horas? —preguntó el muchacho que conducía.

—Pues no me extrañaría que fueran dos —respondió dubitativamente el viejo.

—¡Adelante, muchachos! —gritó el iracundo Wardle—. ¡No perdáis más tiempo con este viejo idiota!

—¡Idiota! —exclamó el viejo sonriendo, al quedarse en medio del camino con la barrera a medio cerrar, mirando el carruaje que se empequeñecía rápidamente según aumentaba la distancia—. No, nada de eso; has *perdío* aquí diez minutos, y te marchas sabiendo tanto como antes, después de *to*. Si *toos* los

demás hombres del camino han *tenío* igual propina y se la ganan la *mitá* de bien, no alcanzarás al otro coche hasta San Miguel, viejo gordo.

Y con otra prolongada sonrisa, el hombre cerró la barrera, entró en la casa y cerró con llave.

Mientras tanto, la silla de posta avanzaba, sin disminuir la marcha, hacia la conclusión de la escena. La luna, como había predicho Wardle, se desvanecía rápidamente; amplios bancos de nubes oscuras y pesadas, que habían ido extendiéndose poco a poco por el cielo, ahora formaban una sola masa negra en lo alto; y grandes goterones de lluvia, estrellándose de vez en cuando contra las ventanillas del coche, parecían avisar a los viajeros de que se acercaba rápidamente una tormenta. El viento, también, que venía derecho contra ellos, soplaba en fuertes ráfagas por el estrecho camino, y aullaba tristemente a través de los árboles que bordeaban la ruta. El señor Pickwick se abrigó mejor con su gabán, se acurrucó más cómodamente en su rincón del coche y cayó en un profundo sueño, del que solamente le sacó la detención del vehículo, el ruido de la campana de una posada y un sonoro grito de: « ¡Caballos, enseguida!» .

Pero aquí tuvo lugar otro retraso. Los mozos dormían con tan misteriosa profundidad, que se tardó cinco minutos en despertar a cada uno de ellos. El posadero, no se sabe cómo, había extraviado la llave del establo, y aun cuando luego se encontró, dos soñolientos ayudantes se equivocaron de caballos al poner las guarniciones, y hubo que empezar otra vez por el principio todo el proceso de enganchar. Si el señor Pickwick hubiera estado solo, esos multiplicados obstáculos hubieran puesto fin enseguida a su persecución, pero el viejo Wardle no se amedrentaba tan fácilmente; y difundió una buena voluntad tan cordial, abofeteando a un hombre y empujando a otro, apretando acá una hebilla y enganchando allá un eslabón, que la silla de posta quedó dispuesta en tiempo mucho más breve de lo que podía haberse esperado razonablemente con tantas dificultades.

Continuaron su camino, y, ciertamente, la perspectiva que tenían por delante no era como para animarles. La etapa era de quince millas, la noche estaba oscura, el viento soplaba con fuerza y la lluvia caía a torrentes. Era imposible avanzar mucho contra tantos obstáculos reunidos y ya era cerca de la una; casi dos horas se tardaría en llegar al fin de la etapa.

En aquel momento, sin embargo, se hizo visible un objeto que volvió a encender sus esperanzas y reanimó sus espíritus decaídos.

—¿Cuándo llegó aquí esta silla de posta? —gritó el viejo Wardle, saltando de su propio vehículo y señalando otro, cubierto de fango aún mojado, que estaba en el patio.

—No hará un cuarto de hora, señor —respondió el posadero, a quien se dirigía la pregunta.

—¿Con un señor y una señora? —preguntó Wardle, casi sin aliento por la

impaciencia.

—Sí, señor.

—¿Un señor alto… con gabán… piernas largas… cuerpo delgado?

—Sí, señor.

—¿Una señora de cierta edad… delgada de cara… más bien flaca, eh?

—Sí, señor.

—¡Ah, es la pareja, Pickwick! —exclamó Wardle.

—Debían haber llegado antes —dijo el posadero—, pero se les rompió una cincha.

—¡Son ellos! —dijo Wardle—. ¡Son ellos, por Júpiter! ¡Una silla con cuatro caballos, al momento! Les alcanzaremos antes que lleguen a la siguiente etapa. Una guinea para cada uno, muchachos… rápido… ánimo… aquí está, amigos.

Y con exhortaciones como estas, el caballero daba vueltas por el patio, agitándose de un lado a otro en un estado de excitación que se contagió también al señor Pickwick, y bajo cuya influencia este caballero se metió en complicados enredos con guarniciones, caballos y ruedas, creyendo firmemente que al hacerlo favorecía materialmente los preparativos de la continuación de su viaje.

—¡Suba, suba! —gritó Wardle, trepando al coche, retirando el estribo y cerrando de un golpe la portezuela—. ¡Adelante, deprisa!

Y antes que el señor Pickwick supiera exactamente qué pasaba, se sintió metido a la fuerza por la otra portezuela, con un tirón de Wardle y un empujón del posadero, tras lo cual volvieron a seguir adelante.

—¡Ah, ya nos movemos! —dijo Wardle con júbilo.

Cierto que se movían, según recibía suficiente testimonio de ello el señor Pickwick con su constante colisión contra la dura armazón de madera del coche o contra el cuerpo de su compañero.

—¡Agárrese! —dijo el obeso Wardle cuando el señor Pickwick se zambulló de cabeza en su amplio chaleco.

—Nunca he sentido tal traqueteo en mi vida —dijo Pickwick.

—No importa —respondió su compañero—, enseguida pasará. Firme, firme.

Llevaban así unas tres millas de camino cuando Wardle, que hacía dos o tres minutos que miraba por la ventanilla, de repente retiró la cara, cubierta de salpicaduras, y exclamó solemnemente y sin aliento:

—¡Ahí están!

El señor Pickwick sacó la cabeza por su ventanilla. Sí: allí iba una silla de posta con cuatro caballos, a poca distancia ante ellos, avanzando a todo galope.

—Adelante, adelante —casi aulló Wardle—. Dos guineas a cada uno, muchachos… que no nos ganen… aguantad… aguantad…

Los caballos del primer coche aceleraron hasta su máxima velocidad, y los del coche de Wardle galoparon furiosamente tras ellos.

—Veo la cabeza de él —exclamó el colérico anciano—, maldito, le veo la

cabeza.

—Yo también —dijo Pickwick—. Es él.

No se equivocaba el señor Pickwick. El rostro de Jingle, completamente recubierto por el fango que lanzaban las ruedas, se distinguía con claridad en la ventanilla de su coche; y el movimiento de su brazo, que se agitaba violentamente hacia los postillones, hacía ver que les animaba a aumentar su esfuerzo.

La emoción era intensa. Campos, árboles y setos parecían escapar, quedando atrás con la velocidad de un torbellino; tan rápido era el paso a que avanzaban. Ya estaban casi al lado del primer coche. Se oía claramente la voz de Jingle, aun por encima del estrépito de las ruedas, animando a los mozos. El viejo Wardle echaba espumarajos de cólera y excitación. Rugía «bribones» y «villanos» a docenas, apretaba el puño y lo agitaba expresivamente hacia el objeto de su indignación; pero Jingle respondió solo con una sonrisa despectiva, y replicó a sus amenazas con un grito de triunfo, mientras sus caballos, en respuesta a la acrecentada aplicación del látigo y la espuela, comenzaron un galope más rápido, dejando atrás a sus perseguidores.

El señor Pickwick acababa de meter la cabeza, y el señor Wardle, agotado de gritar, había hecho lo mismo, cuando una tremenda sacudida les lanzó hacia la delantera del vehículo. Hubo un salto repentino, un ruidoso chasquido; salió una rueda dando vueltas, y la silla de posta se volcó.

Tras unos pocos segundos de desconcierto y confusión, en que no se distinguió más que los saltos de los caballos y la rotura de los cristales, el señor Pickwick se sintió violentamente arrancado de entre las ruinas del coche; y tan pronto como volvió a ponerse de pie y a sacar la cabeza de los faldones del gabán, que estorbaban materialmente la utilidad de sus gafas, se presentó a su vista todo el desastre de su situación.

A su lado estaba el viejo Wardle, sin sombrero y con el traje desgarrado por varios sitios, mientras que los fragmentos del coche yacían dispersos a sus pies. Los mozos, que habían logrado cortar las correas, estaban parados, cubiertos de fango y trastornados con tanta carrera, junto a la cabeza de los caballos. Los postillones del otro coche, con sus rostros agitados por sendas sonrisas, contemplaban a sus adversarios desde sus cabalgaduras, mientras Jingle observaba la catástrofe desde su ventanilla con evidente satisfacción. Empezaba a alborear, y el conjunto de la escena se hacía perfectamente visible a la luz gris de la mañana.

—¡Eh! —gritó el desvergonzado Jingle—, ¿se ha hecho daño alguien…? Señores de edad… nada de pesos ligeros… asunto peligroso… mucho.

—Es usted un bribón —rugió Wardle.

—¡Ja, ja! —respondió Jingle; y luego añadió, con aire entendido, y señalando con el pulgar al interior del coche—: Por cierto… está muy bien… les envía

saludos… les ruega que no se molesten… mucho cariño a Tuppy… ¿no quieren subir detrás…? Adelante, muchachos.

Los postillones volvieron a tomar sus actitudes adecuadas, y el coche de posta desapareció traqueteando; Jingle agitaba burlonamente un pañuelo blanco desde la ventanilla.

De toda aquella aventura, nada, ni siquiera el vuelco, había trastornado la disposición tranquila y equitativa del temperamento del señor Pickwick. Sin embargo, la villanía de que primero se pidiera dinero prestado a su fiel seguidor para luego abreviar su nombre en Tuppy, fue algo más de lo que podía soportar con paciencia. Respiró fuerte, enrojeció hasta las mismas patillas de sus gafas, y dijo, con lentitud y énfasis:

—Si alguna vez vuelvo a encontrar a ese hombre, le voy a…

—Sí, sí —interrumpió Wardle—, todo eso está muy bien; pero mientras estamos hablando aquí, ellos sacan la licencia matrimonial y se casan en Londres.

El señor Pickwick se detuvo, embotelló su venganza y le puso el tapón.

—¿Cuánto falta hasta el próximo relevo? —preguntó Wardle a uno de los mozos.

—Seis millas, ¿no es eso, Tom?

—Más bien más.

—Más bien más que menos de seis millas, señor.

—No hay otro remedio —dijo Wardle—, tenemos que ir a pie, Pickwick.

—No hay otro remedio —respondió aquel hombre, verdaderamente grande.

Así, enviando por delante a uno de los mozos a caballo para procurar otra silla de posta y caballos, y dejando al otro al cuidado del coche roto, el señor Pickwick y el señor Wardle avanzaron animosamente por el camino, atándose antes los pañuelos al cuello y encasquetándose los sombreros para escapar en lo posible a aquel diluvio, que, tras un leve intervalo, había vuelto a caer con violencia.

X

QUE ACLARA TODAS LAS DUDAS (SI ALGUNA HABÍA) SOBRE EL DESINTERÉS DEL CARÁCTER DEL SEÑOR A. JINGLE

Hay en Londres varias viejas posadas que antaño eran cuarteles generales de las famosas diligencias, cuando los coches realizaban sus viajes de un modo más grave y solemne que en estos tiempos, pero que ahora han degenerado en poco más que sitios de refugio y contrata de los carros aldeanos. En vano buscaría el lector alguno de esos antiguos mesones entre las Cruces de Oro y Al Toro y la Boca, que elevan sus solemnes fachadas en las calles nuevas de Londres. Si quiere descubrir estos viejos lugares, tendrá que dirigir los pasos a los barrios más oscuros de la ciudad, y allí, en ciertos rincones apartados, se encontrarán varios que todavía permanecen en pie, con una especie de obstinación sombría, entre las innovaciones modernas que los rodean.

Especialmente en el Borough,[20] quedan todavía media docena de viejas posadas que han preservado intactos sus rasgos externos, escapando al mismo tiempo a la furia de las mejoras públicas y a las acechanzas de la especulación privada. Grandes, peregrinos y extraños sitios son esos, con corredores, pasillos y escaleras lo bastante anchos y anticuados como para ofrecer material a un centenar de leyendas de fantasmas, suponiendo que quedásemos alguna vez reducidos a la lamentable necesidad de inventar alguna, y que el mundo durase lo bastante como para agotar las innumerables leyendas verdaderas relacionadas con el viejo puente de Londres y su barrio adyacente en el lado de Surrey.

Fue en el barrio de una de esas posadas, nada menos que la celebérrima Al Ciervo Blanco, donde un hombre estaba afanosamente ocupado en limpiar el barro de un par de botas en las primeras horas de la mañana que sucedió a los acontecimientos narrados en el último capítulo. Iba vestido con un basto chaleco a rayas, camisa de percal negro y botones azules de cristal, amén de pantalones parduzcos con polainas. Al cuello tenía un pañuelo rojo claro, atado de modo negligente y flojo, y llevaba descuidadamente ladeado en la cabeza un viejo sombrero blanco. Ante él había dos filas de zapatos, una limpia y otra sucia, y a cada adición que hacía a la fila limpia, se detenía en su trabajo a contemplar sus resultados con evidente satisfacción.

El patio no presentaba nada de ese estrépito y esa actividad que son las características usuales de una gran posada de diligencias. Tres o cuatro carros parados, cada cual con una pila de mercancías bajo su amplio toldo, hasta la altura del segundo piso de una casa de vecinos, estaban apartados bajo un alto techo que se extendía sobre un extremo del patio; y otro carro, que probablemente iba a comenzar su viaje esa mañana, salía al espacio abierto. Una doble fila de galerías de alcobas, con viejas balaustradas mohosas, corría a dos de los lados de aquel extraviado lugar, y una doble fila de campanillas, en

correspondencia con las alcobas, y cubiertas de la intemperie por un tejadillo en pendiente, colgaban sobre la puerta de entrada a la sala del café y bar. Dos o tres calesas y sillas de posta estaban resguardadas bajo diversos cobertizos, con las varas en alto; y la recia pisada ocasional de un caballo de tiro o el tintineo de una cadena, al extremo del patio, anunciaban a todo aquel a quien le interesaba que el establo quedaba en esa dirección. Si añadimos que unos cuantos mozos con blusas dormían sobre pesados fardos, balas de lana y otros artículos dispersos sobre montones de paja, habremos descrito de modo tan completo como necesitamos el aspecto general del patio de la posada Al Ciervo Blanco, en el Borough, aquella determinada mañana.

Un ruidoso toque de una de las campanillas fue seguido por la aparición de una linda camarera, en la galería superior de las alcobas, que, después de llamar a una de las puertas y recibir una orden desde dentro, se asomó a gritar desde la balaustrada:

—¡Sam!

—¿Qué hay? —dijo el del sombrero blanco.

—El número veintidós quiere sus botas.

—Pregúntale al veintidós si las quiere ya, o si espera a que estén —fue la respuesta.

—Vamos, no seas tonto, Sam —dijo la muchacha con coquetería—; el señor quiere las botas enseguida.

—Bueno, eres una chica guapa *pa* una fiesta con música, de *verdá* —dijo el limpiabotas—. Mira *toas* esas botas; once pares, y un zapato suelto, que es del seis, el de la pata de palo. Las once botas hay que llevarlas a las ocho y media, y el zapato, a las nueve. ¿Quién es el veintidós *pa* pasar a *toos* los demás? No, no; por turno, como dijo el verdugo cuando ahorcaba a aquellos. Siento hacerle esperar, caballero, pero ya le atenderé.

Dicho lo cual, el del sombrero blanco se puso a trabajar en una bota alta con acrecentada asiduidad.

Hubo otro sonoro campanillazo; y la anciana dueña de Al Ciervo Blanco, con aire atareado, hizo su aparición en la galería de enfrente.

—Sam —gritó el ama—. ¿Dónde está ese vago, holgazán? Eh, Sam; ah, estás ahí; ¿por qué no contestas?

—No hubiera sido bien *educao* contestar hasta que *usté* no acabara de hablar —respondió Sam de mal humor.

—Vamos, limpia enseguida estos zapatos para el número diecisiete y llévalos a la salita particular, número cinco, primer piso.

El ama tiró al patio un par de zapatos de señora, y se marchó, afanada.

—Número cinco —dijo Sam al recoger los zapatos; y sacando una tiza del bolsillo, trazó en las suelas un recordatorio de su destino—. ¡Zapatos de señora y salita particular…! Supongo que no vendría en el carro.

—Vino esta mañana temprano —gritó la muchacha, que estaba asomada a la baranda de la galería—, con un señor, en coche de alquiler, y es ese el que quiere las botas, y mejor sería que las limpiaras, y se acabó.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —dijo Sam con gran indignación, separando esas botas del montón que tenía delante—; por lo que yo sabía, era uno de los de tres peniques, como *toos*. ¡Salita particular! ¡Y una señora además! Por poco caballero que sea, valdrá un chelín al día, *pa* no hablar de los *recaos*.

Estimulado por esa reflexión inspiradora, Samuel se puso a cepillar con tan cordial buena voluntad, que en pocos minutos llegaron a la puerta del número cinco los zapatos y botas en cuestión, con un brillo que habría dado envidia al amable señor Warren (pues en Al Ciervo Blanco usaban crema Day & Martin).[21]

—Adelante —dijo una voz de hombre en respuesta al golpe de Sam en la puerta.

Sam hizo su mejor reverencia, y avanzó a la presencia de una señora y un caballero sentados ante el desayuno. Una vez depositadas oficiosamente las botas del caballero a la derecha e izquierda de sus pies, y lo mismo los zapatos de la señora, retrocedió hacia la puerta.

—Limpiabotas —dijo el caballero.

—Señor —dijo Sam, cerrando la puerta sin quitar la mano del pestillo.

—¿Sabes dónde cae… cómo se llama… Doctors' Commons?[22]

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Junto a San Pablo, señor; hay un arco bajo en el *lao* de los coches, con un librero en una esquina y un hotel en la otra, y dos porteros en medio que hacen de agentes *pa* las licencias.

—¡Agentes para las licencias matrimoniales! —dijo el caballero.

—Agentes *pa* las licencias —respondió Sam—; dos tíos con delantales blancos; se quitan el sombrero cuando entra *usté*: «¿Licencia, señor, licencia?». Gente rara, y también sus amos… los procuradores de Old Bailey… no se *pue* equivocar.

—¿Qué hacen? —preguntó el caballero.

—¿Qué hacen? ¡Se hacen con *usté*! Y no es eso lo peor. Meten a los viejos unas cosas en la cabeza que nunca se les habían *ocurrío*. Mi padre era cochero. Era viudo, y más gordo que *na*… muy gordo, desde luego. Se le muere la señora, y le deja cuatrocientas libras. Allá que baja a Doctors' Commons a ver al *abogao* y a cobrar la pasta; muy elegante, con botas altas, una flor en el ojal, la chistera de ala ancha, la bufanda verde, hecho un señor. Pasa por el arco, pensando cómo colocaría el dinero… y allá que sale el fiador, se quita el sombrero… «¿Licencia, señor, licencia?» «¿Qué es eso?», dice mi padre. «Licencia de

matrimonio.» «Que me ahorquen», dice mi padre, «si se me había ocurrido.» «Creo que le hace falta una licencia», dice el fiador. Mi padre se para y lo piensa. «No», dice, «maldita sea, soy muy viejo, y además soy *demasiao* gordo.» «*Na* de eso, señor», dice el fiador. «¿Le parece que no?», dice mi padre. «Seguro», dice él, «el lunes *pasao* casamos a un señor que era el doble de gordo que *usté*.» «¿De *verdá*?», dice mi padre. «Claro que sí», dice el fiador, «a su *lao*, *usté* es un chiquillo. ¡Pase por aquí!» Y como si *na*, mi padre echa a andar detrás de él, como un mono *domesticao* detrás del organillo, a una oficinilla trasera, donde había un tío *sentao* entre papeles sucios y cajas de lata, *pa* que se creyeran que estaba *ocupao*. «¿Tiene la *bondá* de sentarse, mientras preparo el *certificao*?», dice el *abogao*. «Gracias, señor», dice mi padre, y se sienta y se pone a mirar con los ojos y la boca abierta, los nombres de las cajas. «¿Cómo se llama *usté*?», dice el *abogao*. «Tony Weller», dice mi padre. «¿Parroquia?», dice el *abogao*. «La Bella Salvaje», dice mi padre, porque siempre paraba allí con el coche, y no sabía *na* de parroquias. «¿Y cómo se llama la señora?», dice el *abogao*. Mi padre se quedó de una pieza. «Yo qué sé», dijo. «¿Cómo que no lo sabe?», dice el *abogao*. «Lo mismo que *usté*», dice mi padre; «¿no lo puedo poner después?» «Imposible», dice el *abogao*. «Muy bien», dice mi padre, después de pensarlo un rato; «ponga señora Clarke.» «¿Qué Clarke?», dice el *abogao*, mojando la pluma en el tintero. «Susana Clarke, Marqués de Granby, Dorking», dice mi padre, «me dirá que sí, si se lo pregunto, me parece; nunca le he dicho *na*, pero estoy seguro de que me dirá que sí.» Se hizo la licencia, y ella le dijo que sí, y, lo que es peor, le tiene ahora; y yo no he *sacao na* de las cuatrocientas libras, mala suerte. Perdón, señor —dijo Sam, al terminar—, pero cuando me meto en esta desgracia, corro como una carretilla con la rueda *engrasá*.

Dicho lo cual, y después de detenerse un momento a ver si le querían algo más, Sam dejó la habitación.

—Las nueve y media… es la hora… allá voy enseguida —dijo el caballero, a quien no será necesario que presentemos como Jingle.

—Hora… ¿de qué? —dijo la solterona con coquetería.

—De la licencia, ángel queridísimo… avisar a la iglesia… mañana, llamarte mía —dijo Jingle, estrechando la mano de la solterona.

—¡La licencia! —dijo Rachael, ruborizándose.

—¡La licencia! —repitió Jingle—:

Deprisa, deprisa, a buscar la licencia,
deprisa, din don, que ya estoy de vuelta.

—¡Qué prisa tienes! —dijo Rachael.

—Prisa… No es nada, para las horas, días, semanas, meses, años, cuando estemos unidos… Deprisa… volarán… flechas… relámpagos… máquinas de vapor… de mil caballos… nada a su lado.

—¿Y no… no podemos casarnos antes de mañana? —preguntó Rachael.

—Imposible… no puede ser… avisar a la iglesia… dan hoy la licencia… la ceremonia, mañana.

—¡Tengo tanto miedo de que mi hermano nos descubra! —dijo Rachael.

—Descubrir… tontería… demasiado agitado por el vuelco… además, tuve cuidado… dejé la silla de posta… andando… tomé el coche de alquiler… vinimos al Borough… último sitio en el mundo donde buscaría… ¡ja, ja…!, idea estupenda… mucho.

—No tardes mucho —dijo la solterona afectuosamente, mientras Jingle se encajaba el abollado sombrero en la cabeza.

—¿Tardar, lejos de ti? Cruel hechicera… —Y Jingle bailoteó juguetonamente hasta la tía solterona, imprimió un casto beso en sus labios y salió danzando del cuarto.

—¡Amado mío! —dijo la solterona, al cerrarse la puerta tras él.

—¡Vieja loca! —dijo Jingle, y se fue por el pasillo.

Es penoso reflexionar sobre la perfidia de nuestra especie y, por consiguiente, no seguiremos el hilo de las meditaciones de Jingle mientras dirigía sus pasos a Doctors' Commons. Para nuestro propósito, será suficiente relatar que, escapando al acecho de los dragones con delantales blancos que guardan la entrada de aquella región encantada, llegó a la oficina del vicario general, sano y salvo, y, después de procurarse una admonición sumamente halagadora, sobre pergamino, del arzobispo de Canterbury, «saludando a sus amados y queridos Alfred Jingle y Rachael Wardle», se metió cuidadosamente en el bolsillo el místico documento y volvió por sus pasos, triunfalmente, hasta el Borough.

Estaba todavía de camino hacia Al Ciervo Blanco, cuando dos caballeros rechonchos y uno delgado entraron en el patio y miraron a su alrededor en busca de alguna persona autorizada a quien pudieran hacer unas pocas preguntas. Casualmente, el señor Samuel Weller estaba en aquel momento ocupado en lustrar unas botas altas, de color, propiedad personal de un agricultor que se reconfortaba con un ligero almuerzo de dos o tres libras de carne fiambre y una o dos jarras de cerveza tras las fatigas del mercado del Borough; hacia él avanzó derecho el caballero delgado.

—Amigo mío —dijo el mencionado caballero.

«*Usté* es uno de los que quieren consejo gratis —pensó Sam—, o no me demostraría tanto cariño enseguida.»

Pero dijo solamente:

—Usted dirá, señor.

—Amigo mío —dijo el caballero delgado, con un conciliatorio «¡ejem, ejem!» —, ¿tiene usted mucha gente parando aquí? Muy atareado, ¿eh?

Sam lanzó una mirada hacia el preguntón. Era un hombrecito enjuto, con cara oscura y reseca, y ojos negros, pequeños e inquietos, que parpadeaban continuamente a los lados de su naricilla inquisitiva, como si jugaran siempre al escondite en torno a este rasgo fisonómico. Iba vestido todo de negro, con botas tan brillantes como los ojos, un plastrón estrecho, blanco, y una camisa limpia con borde de encaje. Del bolsillo del chaleco le colgaba una cadena de oro de reloj, con unos dijes. Llevaba sus guantes negros en las manos, sin ponérselos, y cuando hablaba retorcía las muñecas bajo las mangas de la casaca, con el aire del hombre que va a comenzar un serio interrogatorio.

—Muy atareado, ¿eh? —dijo el hombrecito.

—Ah, mucho, señor —respondió Sam—; no quebraremos, pero tampoco haremos fortuna. Comemos el cordero cocido sin alcaparras, y no echamos de menos las cebolletas si tenemos carne de buey.

—¡Ah! —dijo el hombrecito—; ¿conque es usted un bromista, eh?

—Mi hermano mayor sufría esa misma *enfermedá* —dijo Sam—; *pue* ser contagiosa; yo dormía con él.

—Es curiosa esta vieja casa —dijo el hombrecito, mirando en torno.

—Si hubiera *avisao* que iba a venir, la hubiéramos *arreglao* —dijo Sam, imperturbable.

El hombrecito pareció bastante desconcertado ante aquellas diversas repulsas, y tuvo lugar una breve consulta entre él y los dos caballeros rechonchos. Al concluir, el hombrecito tomó una pulgarada de rapé de una cajita alargada de plata, y se disponía a continuar la conversación cuando uno de los caballeros gruesos, que además de un rostro benevolente poseía unas gafas y unas polainas negras, interrumpió:

—En realidad —dijo el caballero benevolente—, aquí mi amigo —señalando al otro gordo— le dará media guinea si le contesta a una o dos…

—Bueno, señor mío, por favor —dijo el hombrecito—, por favor, permítame, señor; el primerísimo principio a observar en estos casos es este: si usted pone el asunto en manos de un profesional, no debe interferir de ningún modo en la marcha de la cuestión; tiene que depositar su confianza implícita en él. Realmente, señor… —Y se volvió al otro—. Se me ha olvidado el nombre de su amigo.

—Pickwick —dijo Wardle, pues no era otro sino aquel jovial personaje.

—Ah, Pickwick; realmente, señor Pickwick, me excusará… tendré mucho gusto en recibir cualquier sugerencia particular de usted, como *amicus curiae*, pero usted debe ver que es impropio que interfiera en mi actividad en este caso con un argumento tan *ad captandum* como la oferta de media guinea. Es la verdad, señor, es la verdad. —Y el hombrecito tomó polémicamente un pellizco

de rapé y adoptó aire de profundidad.

—Mi único deseo, señor —dijo el señor Pickwick—, era el de llevar cuanto antes a su término este desagradable asunto.

—Muy bien, muy bien —dijo el hombrecito.

—Con cuya intención —siguió el señor Pickwick— he hecho uso del argumento que mi experiencia de los hombres me ha enseñado que tiene mayores probabilidades de éxito en cualquier caso.

—Sí, sí —dijo el hombrecito—, muy bien, muy bien, desde luego; pero me lo debía haber sugerido a mí. Mi distinguido amigo, estoy seguro de que no puede ignorar el grado de confianza que hay que conceder a los profesionales. Si es necesaria alguna mención en este punto, permítame referirme al famoso caso que cita Barnwell…

—Deje en paz a George Barnwell[23] —interrumpió Sam, que durante este breve diálogo había estado escuchando con asombro—. Todo el mundo sabe qué clase de caso era, aunque siempre he *pensao*, fíjese, que la muchacha merecía la horca más que él. Pero eso no viene a cuento. *Usté* quiere que yo reciba media guinea. Muy bien, de acuerdo: no puedo decir cosa mejor, *¿verdá*? —El señor Pickwick sonrió—. Entonces, a otra cosa: ¿qué demonios quiere de mí, como dijo aquel hombre cuando vio al fantasma?

—Queremos saber… —dijo el señor Wardle.

—Un momento, señor mío, un momento —interrumpió el hombrecito, afanado.

El señor Wardle se encogió de hombros y se calló.

—Queremos saber —dijo solemnemente el hombrecito—, y se lo preguntamos a usted para no producir sospechas ahí dentro, queremos saber: ¿quiénes están ahora en esta casa?

—¿Quiénes están en esta casa? —dijo Sam, en cuya mente los huéspedes siempre estaban representados por aquel determinado artículo de indumentaria que caía bajo su inmediata superintendencia—. Hay una pata de palo en el seis; hay un par de botines en el trece; dos pares de botas en el comercial; luego estas con vueltas, en el cuarto de al lado del bar; y otros cinco pares de botas altas en el café.

—¿Nada más? —dijo el hombrecito.

—Espere un momento —respondió Sam, haciendo memoria de repente—. Sí, hay un par de botas Wellington bastante gastadas, y unos zapatos de señora, en el cinco.

—¿Qué clase de zapatos? —preguntó apresuradamente Wardle, quien, junto con el señor Pickwick, se había quedado desconcertado ante aquel singular catálogo de huéspedes.

—De hechura de pueblo —respondió Sam.

—¿Con el nombre del zapatero?

—Brown.

—¿De dónde?

—Muggleton.

—¡Son ellos! —exclamó Wardle—. ¡Santo cielo, les hemos encontrado!

—¡Chist! —dijo Sam—. El de las botas Wellington ha ido a Doctors' Commons.

—¡No! —dijo el hombrecito.

—Sí, a buscar una licencia de matrimonio.

—Estamos a tiempo —exclamó Wardle—. Llévenos al cuarto; no hay que perder un momento.

—Por favor, señores, por favor —dijo el hombrecito—; precaución, precaución.

Sacó del bolsillo una bolsa roja de seda, y miró fijamente a Sam al sacar un soberano.

Sam sonrió expresivamente.

—Llévenos enseguida al cuarto, sin anunciarnos —dijo el hombrecito—, y es suyo.

Sam tiró a un rincón las botas con vueltas, y les guió por un pasillo oscuro, subiendo luego una amplia escalera. Se detuvo al extremo de otro pasillo y extendió la mano.

—Aquí está —susurró el abogado, depositando el dinero en la mano de su guía.

El hombre siguió adelante unos pasos, seguido por los dos amigos y su consejero legal. Se detuvo ante una puerta.

—¿Es aquí el cuarto? —murmuró el bajito.

Sam asintió con la cabeza.

El viejo Wardle abrió la puerta, y los tres se metieron en el cuarto en el preciso momento en que Jingle, que acababa de volver, enseñaba la licencia a la solterona.

La solterona lanzó un agudo grito y, desplomándose en una butaca, se tapó la cara con las manos. Jingle dobló la licencia y se la metió en el bolsillo de la casaca. Los inoportunos visitantes avanzaron hasta el centro del cuarto.

—Usted… usted es un sinvergüenza de cuidado —exclamó Wardle, jadeante de cólera.

—Señor mío, señor mío —dijo el hombrecito, dejando el sombrero en la mesa—; por favor, considere, por favor. Difamación e injurias; una causa por daños y perjuicios. Cálmese, por favor…

—¿Cómo se atreve usted a sacar de casa a mi hermana? —dijo el viejo.

—Sí, sí, muy bien —dijo el hombrecito—; eso sí se lo puede preguntar. ¿Cómo se atreve usted, señor, eh?

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Jingle en tono tan feroz, que el

hombrecito se echó atrás involuntariamente un paso o dos.

—¡Que quién es, bribón! —interrumpió Wardle—. Es mi abogado, el señor Perker, de Gray's Inn. Perker, tengo que hacer detener a este bandido, condenarle, arruinarle… le voy… le voy a hundir. Y tú —continuó Wardle, volviéndose repentinamente a su hermana—, tú, Rachael, a una edad en que deberías tener más conocimiento, ¿qué es eso de que te escapes con un vagabundo, deshonrando a tu familia y cayendo tú misma en la desgracia? Ponte el sombrero y vuélvete. Llame aquí enseguida un coche de alquiler, y traiga la cuenta de esta señorita, ¿me oye, me oye?

—Desde luego, señor —respondió Sam, que había contestado al violento campanillazo de Wardle con tal celeridad que habría parecido sorprendente a quien no supiera que su ojo había estado aplicado a la cerradura durante toda la entrevista.

—Ponte el sombrero y vamos —repitió Wardle.

—Nada de eso —dijo Jingle—. Márchese usted de aquí… no tiene nada que hacer aquí… la señorita tiene libertad para hacer lo que le parezca bien… tiene más de veintiún años.

—¡Más de veintiún años! —exclamó despectivamente Wardle—. ¡Más de cuarenta y uno!

—¡No es verdad! —dijo la solterona, haciendo prevalecer su indignación sobre su decisión de desmayarse.

—Los tienes —respondió Wardle—; tienes cincuenta, por lo menos.

Aquí la solterona lanzó un agudo grito, y se quedó sin sentido.

—Un vaso de agua —dijo el señor Pickwick, humanitario, llamando a la dueña.

—¡Qué vaso de agua! —dijo el colérico Wardle—. Traiga un cubo y écheselo por encima; le sentará bien, y se lo merece.

—¡Ay, qué bruto! —exclamó la compasiva patrona—, ¡pobrecilla!

Y con diversas exclamaciones de «Vamos, vamos, pobrecita… beba un poco… le sentará bien… no se desespere… qué desgracia…», etc., etc., la patrona, asistida por una doncella, procedió a echarle vinagre en la frente, golpearle las manos, cosquillearle la nariz y desatar el corsé de la solterona, administrando todos los demás remedios que suelen aplicar las mujeres compasivas a las señoras que intentan ponerse en ebullición para caer en histerismo.

—El coche está preparado —dijo Sam, apareciendo en la puerta.

—Vamos allá —gritó Wardle—, yo la haré bajar por las escaleras.

Ante esta propuesta, el histerismo volvió con redoblada violencia.

La patrona iba a lanzarse a una violenta protesta contra este modo de proceder, y ya había exclamado con indignación si Wardle se consideraba dueño de toda la creación, cuando Jingle interrumpió:

—Limpiabotas, vaya a buscar un guardia.

—Quieto, quieto —dijo el pequeño Perker—. Piense lo que hace.

—No tengo que pensarlo —replicó Jingle—; ella es dueña de sí misma; cuidado con atreverse a llevársela… si ella no quiere.

—No quiero que me lleven —murmuró la solterona—. No quiero. —(Aquí, una terrible recaída.)

—Señor mío —dijo el hombrecito en voz baja, tomando aparte a Wardle y a Pickwick—; señor mío, estamos en una posición muy difícil. Es un caso lamentable… mucho; nunca he visto uno semejante; pero la verdad, señor mío, la verdad es que no tenemos poderes para gobernar los actos de esta señorita. Ya le advertí, antes que viniéramos, que no había que buscar sino una transacción.

Hubo una breve pausa.

—¿Qué clase de transacción recomendaría? —preguntó el señor Pickwick.

—Vea usted, nuestro amigo está en una situación desagradable… mucho. Hemos de resignarnos a sufrir cierta pérdida pecuniaria.

—Sufriré lo que sea antes que someterme a esta desgracia y dejar que resulte desgraciada toda su vida, por tonta que sea —dijo Wardle.

—Creo que se podrá hacer —dijo el hombrecito, diligente—. Señor Jingle, ¿quiere usted pasar un momento con nosotros al cuarto de al lado?

Jingle asintió, y el cuarteto pasó a una habitación vacía.

—Muy bien, señor mío —dijo el hombrecito, cerrando cuidadosamente la puerta—; no hay modo de arreglar este asunto… apártese a este lado un momento… junto a esta ventana, que podamos estar solos… aquí, señor, aquí, por favor, siéntese. Bien, señor mío, entre usted y yo, ya sabemos muy bien que usted se ha escapado con la señorita por su dinero. No frunza el ceño, doctor, no lo tome a mal; ya digo, entre usted y yo, lo sabemos solamente nosotros. Usted y yo somos hombres de mundo, y sabemos muy bien que estos amigos nuestros no lo son, ¿eh?

La cara de Jingle se distendió poco a poco, y algo lejanamente parecido a un guiño tembló por un instante en su ojo izquierdo.

—Muy bien, muy bien —dijo el hombrecito, observando la impresión que había causado—. Bueno, la realidad es que, aparte de unos pocos centenares de libras, esta señorita tiene muy poco o nada hasta que se muera su madre… admirable anciana, señor mío.

—Anciana —dijo Jingle en tono seco y enfático.

—Bueno, sí —dijo el abogado con una leve tos—; tiene usted razón, es bastante anciana. Sin embargo, viene de antigua familia, señor mío; antigua en toda la extensión de la palabra. El fundador de esta familia llegó a Kent cuando Julio César invadió Gran Bretaña; desde entonces, solo un miembro de la familia no ha llegado a cumplir los ochenta y cinco años, y eso porque le decapitó uno de los Enriques. Esta anciana no tiene ahora setenta y tres años, señor mío.

El hombrecito hizo una pausa y tomó rapé.

—Bueno, ¿y qué? —volvió a decir Jingle.

—Bueno, señor… ¡usted no toma rapé…!, ¡ah!, mucho mejor… una costumbre cara… bueno, mi estimado señor, usted es un elegante joven, hombre de mundo… capaz de mejorar mucho su fortuna, si tuviera capital, ¿eh?

—Bueno, ¿y qué? —volvió a decir Jingle.

—¿No me entiende?

—De ningún modo.

—¿No cree usted…? Vea; es usted quien debe decidir. ¿No cree que cincuenta libras y la libertad sería mejor que la señorita Wardle y esas esperanzas?

—¡De ninguna manera… ni a medias! —dijo Jingle, levantándose.

—Vamos, vamos, señor mío —insistió el hombrecito, agarrándole por un botón—. Es un bonito número redondo; un hombre como usted triplicaría esa suma en un momento; con cincuenta libras se pueden hacer muchas cosas, mi estimado señor.

—Más se pueden hacer con ciento cincuenta —respondió fríamente Jingle.

—Bueno, bueno, no vamos a perder tiempo con tonterías —siguió el hombrecito—. Digamos… digamos… setenta.

—No vale —dijo Jingle.

—No se vaya, señor, no tenga prisa, por favor —dijo el hombrecito—. Ochenta, vamos; le haré un cheque enseguida.

—Nada de eso —dijo Jingle.

—Bueno, bueno —dijo el hombrecito, sujetándole—; dígame lo que esté bien.

—Un asunto muy caro —dijo Jingle—; he gastado dinero… el coche, nueve libras; la licencia, tres… ya son doce… ciento doce… la ofensa a mi honor… y la pérdida de la señorita…

—Claro, claro —dijo el hombrecito con aire comprensivo—; no se preocupe por estos dos últimos puntos. Son ciento doce… digamos, cien… vamos.

—Ciento veinte —dijo Jingle.

—Vamos, vamos, le haré un cheque —dijo el hombrecito; y se sentó ante una mesa con ese propósito—. Haré que sea pagadero pasado mañana —dijo el hombrecito, con una mirada hacia Wardle—; y mientras tanto nos podemos llevar a la señorita.

El señor Wardle, de mal humor, asintió moviendo la cabeza.

—Cien —dijo el hombrecito.

—Ciento veinte —dijo Jingle.

—Pero, señor mío —insistió el hombrecito.

—Déselo —interrumpió Wardle—, y déjele marchar.

El hombrecito escribió el cheque y Jingle se lo guardó.

—¡Y ahora, márchese de aquí enseguida! —dijo Wardle levantándose bruscamente.

—Por favor, señor —exhortó el hombrecito.

—Y tenga en cuenta —dijo Wardle— que nada me habría inducido a este compromiso, ni aun la consideración a mi familia, si no hubiera sabido que en el momento que se meta el dinero en el bolsillo, se irá al diablo más deprisa, si es posible, que sin el dinero…

—Señor mío, por favor —volvió a exhortar el hombrecito.

—Cállese, Perker —siguió Wardle—. Usted, fuera de aquí.

—Me voy enseguida —dijo Jingle con desvergüenza—; hasta más ver, Pickwick.

Si un espectador desapasionado hubiera observado durante la última parte de esta conversación el rostro del ilustre hombre cuyo nombre forma el rasgo dominante del título de esta obra, se hubiera sentido inclinado a extrañarse de que el fuego indignado que centelleaba en sus ojos no fundiera los cristales de sus gafas: tan majestuosa era su ira. Se dilataron las ventanillas de su nariz, y sus puños se apretaron involuntariamente, al oír que el bribón se dirigía a él de tal manera. Pero volvió a contenerse: no le pulverizó.

—Aquí tiene —dijo el empedernido traidor, tirando la licencia a los pies del señor Pickwick—. Cámbiele el nombre… llévense a casa a la señora… servirá para Tuppy.

El señor Pickwick era un filósofo, pero los filósofos son solamente hombres con armadura, después de todo. Esa lanzada le alcanzó, traspasando su coraza filosófica, hasta el mismo corazón. En el frenesí de su cólera, le arrojó locamente el tintero y se precipitó tras de él. Pero Jingle había desaparecido, y se encontró aprisionado entre los brazos de Sam.

—Vamos —dijo este excéntrico auxiliar—; el mobiliario no debe costar *na*, en su pueblo. Esta tinta funciona sola, ¿eh? Ahí tiene su firma en la pared, caballero. Estese quieto; *¿pa* qué sirve correr detrás de un hombre que se ha *salío* con la suya, y que a estas horas está al otro *lao* del barrio?

La mente del señor Pickwick, como la de todos los hombres verdaderamente grandes, estaba abierta a la convicción. Era un razonador rápido y poderoso, y un momento de reflexión le bastó para recordar la impotencia de su cólera. Esta pasó tan velozmente como había surgido. Jadeó, tomando aliento, y miró a su alrededor, con benevolencia, observando a sus amigos.

¿Hemos de relatar los lamentos que hubo cuando la señorita Wardle se encontró abandonada por el infiel Jingle? ¿Hemos de copiar la magistral descripción que hace el señor Pickwick de esta desgarradora escena? Su cuaderno de notas, emborronado por las lágrimas de su humanitaria compasión, está abierto ante nosotros; basta una palabra, y pasa a manos del impresor. Pero… ¡no! ¡Tendremos decisión! ¡No desgarraremos el pecho del público describiendo tales sufrimientos!

Lenta y tristemente se volvieron los dos amigos y la abandonada dama, al día

siguiente, en el correo de Muggleton. Oscura y lóbregamente habían caído en torno a ellos las sombras tristes de una noche de verano, cuando volvieron a Dingley Dell, cruzando el umbral de la Granja Manor.

XI

QUE INCLUYE OTRO VIAJE, Y UN DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO; RELATANDO ASIMISMO CÓMO EL SEÑOR PICKWICK DECIDIÓ ASISTIR A UNAS ELECCIONES, Y CONTENIENDO EL MANUSCRITO DEL ANCIANO ECLESIÁSTICO

Una noche de calma y reposo en el profundo silencio de Dingley Dell, y una hora de respirar su aire fresco y fragante, a la mañana siguiente, permitieron al señor Pickwick recuperarse completamente de los efectos de su reciente fatiga corporal y preocupación mental. El hombre ilustre había estado dos días enteros separado de sus amigos y seguidores; y ninguna imaginación común puede concebir el grado de placer y deleite con que se adelantó a saludar a Winkle y Snodgrass al encontrar a estos caballeros cuando regresaba de su paseo matinal. El placer fue mutuo, pues ¿quién podía contemplar la resplandeciente cara del señor Pickwick sin experimentar tal sensación? Sin embargo, sobre sus compañeros parecía suspenderse una nube que aquel gran hombre no podía menos de sentir, y que no sabía en absoluto cómo explicar. Ambos tenían un aire de misterio, tan desacostumbrado como alarmante.

—¿Y qué tal? —dijo el señor Pickwick al estrechar la mano de sus seguidores, intercambiando cálidos saludos de bienvenida—. ¿Qué tal está Tupman?

Winkle, a quien se dirigía especialmente la pregunta, no respondió. Volvió la cabeza y pareció quedar absorto en reflexiones melancólicas.

—Snodgrass —dijo gravemente el señor Pickwick—, ¿cómo está nuestro amigo? ¿No estará enfermo?

—No —respondió Snodgrass, y una lágrima tembló en su sentimental párpado como una gota de lluvia en el marco de una ventana—; no, no está enfermo.

El señor Pickwick se detuvo y observó sucesivamente a sus dos compañeros.

—Winkle, Snodgrass —dijo el señor Pickwick—, ¿qué significa esto? ¿Dónde está nuestro amigo? ¿Qué ha pasado? Hablen… les conjuro, les exhorto… más aún, se lo mando: hablen.

Había una solemnidad y una dignidad en la actitud del señor Pickwick que no se podían desatender.

—Se ha ido —dijo Snodgrass.

—¡Se ha ido! —exclamó el señor Pickwick—. ¡Se ha ido!

—¡Se ha ido! —repitió Snodgrass.

—¿Adónde? —preguntó Pickwick.

—Solo podemos suponerlo por esta comunicación —respondió Snodgrass, sacando del bolsillo una carta y colocándola en manos de su amigo—. Ayer por la mañana, cuando se recibió una carta del señor Wardle diciendo que volvería con su hermana esa misma noche, se observó que aumentaba la melancolía que

había invadido a nuestro amigo durante todo el día anterior. Poco después desapareció; faltó durante todo el día y, al anochecer, trajo esta carta el posadero de A la Corona de Muggleton. Se la había dejado esta mañana, con la orden estricta de no entregarla hasta la noche.

El señor Pickwick abrió el mensaje. Era de letra de su amigo, y su contenido era el siguiente:

> Mi querido Pickwick:
>
> Usted, mi querido amigo, está muy por encima del alcance de muchas fragilidades y debilidades mortales que la gente común no puede superar. Usted no sabe lo que es, de un solo golpe, quedar abandonado por una deliciosa y fascinante criatura, y ser víctima de los artificios de un granuja, que ocultaba la mueca de la astucia tras la máscara de la amistad. Espero que nunca lo sepa.
>
> Todas las cartas que se me dirijan a La Bota de Vino, Cobham, Kent, me serán remitidas… suponiendo que siga vivo. Quiero rehuir la visión de este mundo, que se me ha hecho odioso. Si hubiera de escapar por completo de él, piedad… perdóneme. La vida se me ha hecho insoportable. El espíritu que arde en nuestro interior es como la cuerda de un mozo de carga de que pende el pesado fardo de los cuidados y turbaciones mortales; y cuando nos falla el espíritu, el fardo resulta demasiado pesado para ser sobrellevado. Nos desplomamos bajo su peso. Puede decirle a Rachael… ¡ah, ese nombre!
>
> TRACY TUPMAN

—Tenemos que marcharnos de aquí enseguida —dijo el señor Pickwick, volviendo a doblar el papel—. No hubiera sido decente que siguiéramos aquí, de ningún modo, después de lo que ha ocurrido; y ahora hemos de marchar en busca de nuestro amigo.

Y, dicho esto, les precedió hacia la casa.

Su intención quedó enseguida notificada. Las instancias para que se quedaran fueron insistentes, pero el señor Pickwick fue inflexible. Un asunto, dijo, requería su inmediata presencia.

Estaba allí delante el anciano eclesiástico.

—¿No se irá usted de veras? —dijo llevando aparte al señor Pickwick.

El señor Pickwick repitió su anterior decisión.

—Entonces —dijo el anciano— aquí tiene un pequeño manuscrito que esperaba tener el gusto de leerle yo mismo. Lo encontré cuando murió un amigo mío, un médico que trabajaba en el manicomio de nuestra comarca, entre una diversidad de papeles que tuve opción de destruir o conservar, según lo creyera

oportuno. Apenas puedo creer que el manuscrito sea auténtico, aunque, desde luego, no es de letra de mi amigo. De todos modos, sea producción de un loco verdadero o esté fundado en los delirios de algún ser infeliz (lo cual me parece más probable), léalo y juzgue por sí mismo.

El señor Pickwick recibió el manuscrito y se separó del benévolo anciano con numerosas expresiones de estimación y buena voluntad.

Más difícil tarea era despedirse de los residentes en Granja Manor, de quienes habían recibido tanta hospitalidad y amabilidad. El señor Pickwick besó a las jóvenes —íbamos a decir: como si fueran sus hijas, solo que, como es posible que imprimiera algo más de calor al ósculo, la comparación no sería totalmente adecuada—; abrazó a la anciana con filial cordialidad, y dio golpecitos en las rosadas mejillas a las criadas, con aire patriarcal, al mismo tiempo que deslizaba en sus manos la expresión más sustancial de su aprobación.

Más cordial y prolongado fue el intercambio de amabilidades con su excelente anfitrión y con el señor Trundle; y hasta que no llamaron varias veces a Snodgrass, que salió por fin de un oscuro pasillo, seguido enseguida de Emily (cuyos claros ojos tenían un aspecto insólitamente sombrío), los tres amigos no pudieron desprenderse de sus amables obsequiadores. Muchas veces volvieron la mirada a la granja al marcharse lentamente; muchos besos lanzó al aire Snodgrass, al reconocer algo muy parecido a un pañuelo de señorita, que se agitaba en una de las ventanas de arriba, hasta que una curva del camino ocultó ante su vista la vieja casa.

En Muggleton se procuraron un transporte hacia Rochester. Cuando llegaron a este último lugar, la violencia de su dolor había disminuido lo suficiente como para admitir que tomaran un excelente almuerzo; y una vez obtenida la necesaria información en cuanto a la ruta, los tres amigos se pusieron de nuevo en marcha, esa misma tarde, hacia Cobham.

Fue un camino delicioso, pues era una agradable tarde de junio y pasaban por un bosque profundo y umbroso, refrescado por el suave viento que agitaba dulcemente el espeso follaje y animado por los cantos de las aves, posadas en las ramas. La hiedra y el musgo trepaban, espesos, por los viejos árboles, y un suave césped cubría el suelo como una alfombra de seda. Salieron a un parque abierto, con un antiguo palacio que ostentaba la extraña y pintoresca arquitectura del tiempo de la reina Isabel. Largas perspectivas de solemnes robles y álamos aparecían a cada lado; grandes manadas de ciervos pacían la fresca hierba; de vez en cuando, una liebre, asustada, huía por aquellas tierras a la misma velocidad que las sombras proyectadas por las leves nubes que atravesaban el paisaje soleado como un hálito pasajero del verano.

—Si este —dijo el señor Pickwick, mirando en torno—, si este fuera el lugar adonde vinieran todos los que están aquejados del mal de nuestro amigo, me imagino que pronto renacería su antiguo afecto al mundo.

—También lo creo así —dijo Winkle.

—Y realmente —añadió el señor Pickwick cuando llegaron al pueblo, al cabo de media hora de camino—, realmente, para ser el lugar elegido por un misántropo, esta es una de las residencias más hermosas y deseables que jamás he visto.

También expresaron su asentimiento a esta opinión Winkle y Snodgrass y, una vez encaminados a La Bota de Vino, una limpia y cómoda posada de pueblo, los tres viajeros entraron y preguntaron por un caballero llamado Tupman.

—Lleva a los señores a la sala —dijo el ama.

Un robusto mozo abrió una puerta al extremo del pasillo, y los tres amigos entraron en un largo salón de techo bajo, provisto de un buen número de sillas de respaldo alto y asiento de cuero, de formas fantásticas, y embellecido con gran variedad de viejos retratos y grabados toscamente coloreados, de cierta antigüedad. Al extremo del salón había una mesa, con un mantel blanco, bien cubierta de volatería asada, tocino, cerveza y etcéteras; a esta mesa se sentaba Tupman, con el aire menos parecido posible al de un hombre que se ha despedido de este mundo.

Al entrar sus amigos, este caballero dejó el tenedor y el cuchillo y avanzó a recibirles con aire lúgubre.

—No esperaba verles aquí —dijo, estrechando la mano al señor Pickwick—. Son muy amables.

—¡Ah! —dijo el señor Pickwick, sentándose y limpiando el sudor que la caminata había producido en su frente—. Termine de comer y salga a dar una vuelta conmigo. Quiero hablar con usted a solas.

Tupman hizo lo que se le pedía; y el señor Pickwick aguardó con tranquilidad a su amigo, habiéndose refrescado con un abundante sorbo de cerveza. La comida quedó rápidamente despachada y salieron juntos a dar una vuelta.

Durante media hora, se vieron sus figuras andando de un lado para otro por el cementerio, junto a la iglesia, mientras el señor Pickwick se entregaba a combatir la resolución de su amigo. Sería inútil repetir sus argumentos; pues ¿qué lenguaje podría comunicarles la energía y fuerza que les imprimía el estilo de su gran defensor? No importa saber si Tupman ya estaba cansado de retiro, o si fue totalmente incapaz de resistir a la elocuente apelación que se le hacía: el caso es que, al fin, no resistió.

—Poco le importaba —dijo— dónde arrastrar el desgraciado remanente de sus días y, puesto que su amigo daba tanta importancia a su humilde compañía, estaba dispuesto a compartir sus aventuras.

El señor Pickwick sonrió; se estrecharon la mano y volvieron atrás, a reunirse con sus compañeros.

En ese momento fue cuando el señor Pickwick hizo aquel inmortal descubrimiento que ha sido orgullo y gloria de sus amigos, y envidia de todos los

estudiosos de la antigüedad, en este país o en cualquier otro. Habían pasado de largo ante la puerta de su posada y habían merodeado un poco por el pueblo, antes de recordar el sitio exacto donde estaba aquella. Al volverse atrás, los ojos del señor Pickwick se posaron en una piedra rota, parcialmente enterrada en el suelo, frente a la puerta de una casita. Se detuvo.

—Es muy raro —dijo el señor Pickwick.

—¿Qué es raro? —preguntó Tupman, mirando atentamente todos los objetos que tenía delante, menos el apropiado—. ¡Válgame Dios! ¿Qué es lo que pasa?

Eso último era una exclamación de incontenible asombro, ocasionada por el hecho de ver al señor Pickwick, en su entusiasmo de descubridor, cayendo de rodillas ante la pequeña piedra y comenzando a quitarle el polvo con el pañuelo.

—Aquí hay una inscripción —dijo el señor Pickwick.

—¿Es posible? —dijo Tupman.

—Distingo —continuó el señor Pickwick, frotando con todas sus fuerzas y observando atentamente a través de sus gafas—, distingo una cruz y una B, y luego una T. Esto es muy importante —continuó el señor Pickwick, poniéndose en pie de un salto—. Es alguna inscripción muy antigua, que probablemente existía antes que los antiguos caseríos de este lugar. No tiene que perderse.

Llamó a la puerta de la casita. Abrió un labriego.

—¿Sabe usted cómo vino esta piedra a parar aquí, amigo mío? —preguntó el benevolente señor Pickwick.

—No, señor; no sé —respondió cortésmente el hombre—. Estaba aquí mucho antes de que naciera yo, o cualquiera de nosotros.

El señor Pickwick lanzó una mirada de triunfo a su compañero.

—¿Usted… usted no tendrá especial interés por ella, supongo? —dijo el señor Pickwick, temblando de ansiedad—. ¿No le importaría venderla, entonces?

—¡Ah! Pero ¿quién la va a comprar? —preguntó el hombre, con una expresión de su rostro que probablemente quería indicar astucia.

—Le doy diez chelines por ella, enseguida —dijo el señor Pickwick—, si me la saca para mí.

Puede imaginarse fácilmente el asombro de la aldea cuando (una vez sacada la piedra con un tirón de pala) el señor Pickwick, con gran esfuerzo personal, se la llevó a la posada con sus propias manos y, después de lavarla cuidadosamente, la dejó en la mesa.

Puede imaginarse fácilmente el júbilo y gozo de los pickwickianos cuando quedaron coronadas por el éxito su paciencia y asiduidad, a fuerza de lavados y raspados. La piedra era rota y desigual, y las letras eran torcidas e irregulares, pero se podía discernir claramente el siguiente fragmento de una inscripción:

†
BILST

UM
P S.S
U.FI
R MA

Los ojos del señor Pickwick chispeaban de deleite al sentarse a disfrutar el tesoro que había descubierto. Había alcanzado uno de los mayores objetivos de su ambición. En un condado donde se sabía que abundaban los restos de épocas primitivas; en una aldea donde todavía existían algunos recuerdos de los tiempos más antiguos, él —él, el presidente del Club Pickwick— había descubierto una inscripción curiosa y extraña de indiscutible antigüedad que había escapado totalmente a la observación de muchos sabios que le habían precedido. Apenas daba crédito a la evidencia de sus sentidos.

—Esto… esto —dijo— me obliga a tomar una determinación. Volveremos mañana a la ciudad.

—¡Mañana! —exclamaron sus admirados seguidores.

—Mañana —dijo el señor Pickwick—. Este tesoro debe ser depositado enseguida donde se pueda examinar completamente y comprender como es debido. Tengo otra razón para dar este paso. Dentro de unos pocos días tendrán lugar las elecciones para el burgo de Eatanswill, donde el señor Perker, un caballero a quien he conocido recientemente, es el agente de uno de los candidatos. Observaremos y examinaremos detalladamente una escena tan interesante para todo ciudadano inglés.

—Muy bien, iremos —dijo el animado coro de las tres voces.

El señor Pickwick miró a su alrededor. La adhesión y fervor de sus seguidores encendía en él un fulgor de entusiasmo. Era el jefe, y lo percibía muy bien.

—Vamos a celebrar esta feliz reunión con un brindis de compañerismo —dijo.

Esta proposición, como la otra, fue recibida con aplauso unánime. Después de depositar él mismo la importante piedra en una caja de pino, que compró a la patrona con este objeto, se instaló en una butaca, a la cabecera de la mesa, y toda la tarde quedó consagrada al festejo y la animación.

Eran más de las once —hora muy tardía para la pequeña aldea de Cobham— cuando el señor Pickwick se retiró a la alcoba que habían preparado para recibirle. Abrió de par en par la ventana y, dejando la luz en la mesa, se entregó a meditar sobre los apresurados acontecimientos de los dos días anteriores.

La hora y el lugar eran favorables a la contemplación; el señor Pickwick volvió en sí cuando el reloj de la iglesia dio las doce. El primer toque de la hora sonó solemnemente en sus oídos, pero cuando cesaron los toques de la campana el silencio parecía insoportable; casi sentía como si hubiera perdido una compañía. Estaba nervioso y excitado; y, desnudándose apresuradamente y

colocando la luz en la chimenea, se metió en la cama.

Todo el mundo ha experimentado ese desagradable estado de ánimo en que una sensación de fatiga física lucha en vano con la imposibilidad de dormir. Tal era la situación del señor Pickwick en ese momento: dio vueltas, primero, de un lado para otro; y cerró los ojos con perseverancia, como para incitarse al sueño. No le sirvió para nada. Fuera quizá el insólito ejercicio a que se había sometido, o el calor, o el coñac con agua, o la cama desconocida, fuera lo que fuera, sus pensamientos volvían una vez y otra, incómodamente, a los sombríos cuadros del salón y a las viejas historias a que habían dado ocasión en el transcurso de la velada. Al cabo de media hora de dar vueltas, llegó a la desagradable conclusión de que era inútil tratar de dormir; de modo que se levantó y se vistió parcialmente. Cualquier cosa, pensó, era mejor que estar acostado imaginándose toda clase de horrores. Se asomó a mirar por la ventana: estaba muy oscuro. Paseó por el cuarto; sentía una gran soledad.

Había dado varias vueltas desde la puerta a la ventana, y desde la ventana a la puerta, cuando por primera vez se acordó del manuscrito del eclesiástico. Era una buena idea. Si no conseguía interesarle, le podría dar sueño. Lo sacó del bolsillo de la levita, y acercando una mesita a la cama, despabiló la vela, se puso las gafas y se acomodó para leer. Era una caligrafía extraña, y el papel estaba muy manchado y emborronado. El título le hizo sobresaltarse de repente, y no pudo menos de echar una mirada temerosa a su alrededor. Pero reflexionando sobre lo absurdo que era ceder a tales sentimientos, volvió a despabilar la luz y leyó lo siguiente:

MANUSCRITO DE UN LOCO

«¡Sí! ¡Un loco! ¡Cómo me habría herido el corazón esta palabra hace unos años! ¡Cómo habría provocado ese terror que solía invadirme a veces, haciendo zumbar y hormiguear mi sangre por las venas, hasta que el frío rocío del miedo subía a mi frente en grandes gotas y mis rodillas se entrechocaban de temor! Ahora, en cambio, me gusta. Es un hermoso nombre. Mostradme al monarca cuyo ceño iracundo haya sido jamás tan temido como la mirada de los ojos de un loco; cuya horca y hacha fueran tan seguras como las manos de un loco. ¡Ja, ja! ¡Es algo grandioso, estar loco!; que le miren a uno, como a un león salvaje, a través de las barras de hierro; y rechinar los dientes y aullar a lo largo de la noche silenciosa, con el alegre son de la pesada cadena; y rodar y revolcarse en la paja, embriagado con tan bella música. ¡Viva el manicomio! ¡Ah, es un lugar espléndido!

»Recuerdo los tiempos en que tenía miedo de volverme loco; cuando me despertaba sobresaltado y caía de rodillas, rogando ser perdonado de la maldición de mi raza; cuando huía del espectáculo del júbilo y la felicidad para

ocultarme en algún lugar solitario y pasar las horas fatigosas vigilando el avance de la fiebre que iba a consumir mi cerebro. ¡Sabía que la locura estaba mezclada con mi propia sangre, y con la médula de mis huesos; que había pasado una generación sin que apareciera entre ella esa enfermedad, y que yo era el primero en quien iba a revivir! Sabía que debía ser así: que siempre había sido así, y que así sería siempre; y cuando me refugiaba en un rincón oscuro de alguna sala llena de gente y veía a todos cuchichear y señalarme, volviendo los ojos hacia mí, sabía que hablaban del condenado a la locura; y me escapaba otra vez a meditar en soledad.

» Así lo hice durante años; fueron años largos, muy largos. Las noches, aquí, a veces son largas, muy largas; pero no son nada al lado de las noches sin descanso y los terribles sueños que tuve entonces. Grandes formas oscuras con caras retorcidas y burlonas se acurrucaban en los rincones de mi cuarto, acercándose en la noche a mi cama para tentarme a la locura. Me decían con leves susurros que el suelo de la vieja casa en que murió mi padre estaba manchado de sangre que él derramó, con sus propias manos, en la furia de su locura. Me tapaba los oídos, pero dentro de mi cabeza gritaban, hasta hacer resonar el cuarto, que en una generación anterior a él la locura había quedado adormecida, pero que su abuelo había vivido durante años con las manos encadenadas al suelo para evitar que se hiciera pedazos. Sabía que decían la verdad: lo sabía muy bien. Lo había averiguado años antes, aunque habían tratado de hacérmelo ignorar. ¡Ja, ja! Yo era demasiado astuto para ellos, aunque me creían loco.

» Por fin, me llegó, y me sorprendí de pensar cómo pude jamás haberlo temido. Ahora podía salir al mundo, y reír y gritar con los mejores del mundo. Sabía que estaba loco, pero ellos no lo sospechaban. ¡Cómo me abrazaba a mí mismo con placer, cuando pensaba en el hábil engaño que les estaba haciendo, después de tanto señalarme y burlarse de mí, cuando yo no estaba loco, sino solo temiendo que un día llegaría a estarlo! ¡Y cómo solía reír de alegría, cuando estaba solo, y qué pronto se habrían separado de mí mis amigos si hubieran sabido la verdad! Podría haber gritado de éxtasis cuando comía a solas con cierto excelente y risueño amigo, al pensar cómo habría palidecido y cómo habría echado a correr si hubiera sabido que el amigo querido que se sentaba junto a él, afilando un cuchillo brillante y agudo, era un loco, capaz y casi deseoso, de clavárselo en el corazón. ¡Ah, qué vida más alegre!

» Llegué a poseer tesoros; la riqueza se amontonó sobre mí, y yo me entregué a placeres mil veces multiplicados por la conciencia de mi secreto bien guardado. Tuve una herencia. La ley —la ley, con su mirada de águila— había quedado engañada y había entregado en manos de un loco unos millares de libras, objeto de discusión. ¿Dónde estaba el ingenio de los sagaces hombres de mente sana? ¿Dónde la destreza de los abogados, empeñados en encontrar un

punto débil? La astucia del loco les había superado a todos.

» Tenía dinero. ¡Cómo me cortejaban! Lo gasté en abundancia. ¡Cómo me elogiaban! ¡Cómo se humillaron ante mí aquellos tres hermanos orgullosos y dominantes! Su anciano padre, con la cabeza cana, me adoraba; ¡con qué deferencia, con qué respeto, con qué devota amistad! El viejo tenía una hija; los jóvenes, una hermana; los cinco eran pobres. Yo era rico, y cuando me casé con la muchacha vi una sonrisa de triunfo en los labios de sus necesitados familiares al pensar en su plan bien organizado y su hermoso premio. Era yo quien había de sonreír. ¡Sonreír! Reír a carcajadas, y revolverme el pelo, y rodar por el suelo con gritos de júbilo. Poco se imaginaban que la habían casado con un loco.

» Un momento: si lo hubiesen sabido, ¿la habrían salvado? La felicidad de una hermana contra el oro de su marido. ¡La pluma más ligera que yo soplo al aire contra la alegre cadena que adorna mi cuerpo!

» En una cosa me engañaba, aun con toda mi astucia. Si no hubiera estado loco —pues aunque los locos somos agudos, a veces nos perdemos en confusión— me hubiera dado cuenta de que aquella muchacha habría preferido que la colocaran, rígida y fría, en un ataúd de plomo, antes que entrar, como esposa envidiada, en mi casa rica y deslumbrante.

» Me hubiera dado cuenta de que su corazón pertenecía a aquel muchacho moreno cuyo nombre le oí exhalar una vez en su turbado sueño; y que me la habían sacrificado para aliviar la pobreza del encanecido viejo y sus orgullosos hermanos.

» Ahora no recuerdo figuras ni caras, pero sé que la muchacha era hermosa. Sé que lo era, pues en las noches con claridad de luna, cuando me despierto sobresaltado y todo está en silencio a mi alrededor, veo, quieta e inmóvil en un rincón de mi celda, una leve y consumida figura, de largo pelo negro, que, tendida por su espalda, se remueve sin que haya ningún viento de este mundo; mientras, ella me mira fijamente, sin parpadear ni cerrar los ojos. ¡Chist! La sangre se me hiela al escribir esto: esa figura es ella; su cara está muy pálida y sus ojos están vidriosos, pero los conozco muy bien. Esta figura no se mueve; jamás frunce el ceño ni tuerce la boca, como hacen otras formas que llenan a veces este lugar; pero es mucho más terrible para mí, más terrible incluso que los espíritus que me tentaron hace años: viene de la tumba, y es como la muerte.

» Durante un año vi palidecer más y más ese rostro; durante un año vi caer las lágrimas por las tristes mejillas, y jamás supe la causa. Pero la averigüé por fin. No pudieron ocultármela mucho tiempo. Nunca me había querido; yo nunca creí que me quisiera; pero despreciaba mi riqueza y odiaba el esplendor con que vivía yo, y eso no me lo había imaginado. Quería a otro. Esto no lo había pensado nunca. Extraños sentimientos me invadieron y mi cerebro fue invadido por pensamientos que alguna fuerza extraña metía violentamente en él. No la odiaba, aunque sí odié al muchacho por el que lloraba todavía. Me compadecí —sí, me

compadecí— de la mísera vida a que la habían condenado sus fríos y egoístas familiares. Sabía que ella no podría seguir viviendo mucho tiempo; pero la idea de que antes de morir pudiera ser madre de algún malhadado ser, destinado a transmitir la locura a su posteridad, fue lo que me decidió.

» Resolví matarla.

» Durante varias semanas pensé en el veneno, y luego en ahogarla, y luego en el fuego. ¡Hermoso espectáculo, la grandiosa casa en llamas, y la mujer del loco desvaneciéndose en cenizas! ¡Pensar en la broma de ofrecer una gran recompensa por la cabeza del culpable, y ver a un hombre cuerdo balanceándose al viento por algo que no hizo, y todo ello por la astucia de un loco! Muchas veces lo pensé, pero por fin lo dejé. ¡Ah, el placer de afilar la navaja día tras día, sintiendo el borde afilado y pensando en el tajo que daría un golpe de su claro y sutil filo!

» Por fin, los espíritus que tantas veces habían estado conmigo susurraron a mi oído que había llegado la hora, y pusieron en mi mano la navaja abierta. La agarré con firmeza, me levanté silenciosamente de la cama y me incliné sobre mi esposa. Tenía la cara oculta entre las manos. Se las aparté suavemente y cayeron sin ruido en su pecho. Había llorado; todavía estaban húmedas en sus mejillas las huellas de las lágrimas. Su rostro estaba tranquilo y plácido; y mientras lo miraba, una sosegada sonrisa iluminó sus pálidos rasgos. Le puse la mano en el hombro, con suavidad. Se sobresaltó: era solo un sueño pasajero. Me incliné otra vez. Dio un grito y se despertó.

» Un movimiento de mi mano, y ella nunca hubiera vuelto a lanzar gritos ni sonidos. Pero me asusté, echándome atrás. Había fijado sus ojos en los míos. No supe cómo, pero me acobardaban y me asustaban; temblé bajo su mirada. Se levantó de la cama, sin dejar de mirarme fijamente. Temblé; tenía la navaja en la mano, pero no podía moverme. Se dirigió a la puerta. Al acercarse a ella se volvió, apartando los ojos de mi cara. Quedó roto el hechizo.

» Di un salto y la agarré por el brazo. Lanzando gritos y gritos, se desplomó por el suelo.

» Entonces pude haberla matado sin lucha, pero la casa entera se había alarmado. Oí pisadas por las escaleras. Dejé otra vez la navaja en su acostumbrado cajón, abrí la puerta y grité pidiendo socorro.

» Llegaron, la levantaron y la pusieron en la cama. Allí estuvo inmóvil durante horas y horas; y cuando volvió a tener vida, mirada y lenguaje, la cordura la había abandonado y deliraba de modo salvaje y furioso.

» Se llamaron médicos; grandes hombres llegaron a mi puerta rodando en cómodos coches, con buenos caballos y espléndidos lacayos. Estuvieron junto a su cama durante semanas. Tuvieron una gran reunión, y celebraron una consulta en otro cuarto, en voz baja y solemne. Uno, el más listo y más celebre de ellos, me llevó aparte y, pidiéndome que me preparara para lo peor, me dijo —¡a mí,

al loco!— que mi mujer estaba loca. Estaba junto a mí, al lado de una ventana abierta, mirándome cara a cara y con la mano en mi brazo. Con un solo esfuerzo, yo podía haberle tirado a la calle. Hubiera sido una gran diversión hacerlo así; pero estaba en juego mi secreto, y le dejé marchar. Pocos días después me dijeron que tenía que hacer vigilar a mi mujer; tenía que buscarle un guardián. ¡Yo! Salí al campo, donde nadie pudiera oírme, y me reí hasta que el aire resonó con mis gritos.

» Murió al día siguiente. El anciano encanecido la siguió hasta la tumba, y los orgullosos hermanos vertieron una lágrima sobre el cadáver insensible de la que habían mirado en vida como alma de hierro. Todo eso alimentaba mi secreto regocijo y, al volver en coche a casa, me reí hasta que se me saltaron las lágrimas tras el pañuelo blanco que me había llevado a la cara.

» Pero aunque había logrado mi objetivo matándola, me sentía inquieto y turbado, y noté que mi secreto tendría que conocerse antes que pasara mucho tiempo. No podía ocultar el loco regocijo y la alegría que hervía en mi interior y que, cuando estaba solo en casa, me hacía dar saltos y palmadas, y dar vueltas bailando, y gritar en voz alta. Cuando salía a la calle y veía a la gente atareada corriendo por las aceras, o cuando iba al teatro y oía la música y observaba a la gente bailando, sentía tal júbilo que me hubiera lanzado entre ellos, haciéndoles pedazos y aullando de éxtasis. Pero rechinaba los dientes, y golpeaba con los pies en el suelo y me clavaba las uñas en las manos. Conservaba así el secreto; nadie sabía todavía que yo era un loco.

» Recuerdo —aunque es una de las últimas cosas que soy capaz de recordar, pues ahora mezclo las realidades con mis sueños, y, teniendo tanto quehacer, y estando siempre con prisas aquí, no tengo tiempo de separar ambas cosas de esa extraña confusión en que se enredan—, recuerdo cómo lo dejé escapar al fin. ¡Ja, ja! Me parece estar viendo sus miradas temerosas, y todavía siento la facilidad con que les hice salir disparados, y cómo hundí el puño en sus caras blancas, y echando yo a volar como el viento, les dejé allá atrás, chillando y gritando. La fuerza de un gigante me anima cuando pienso en ello. Aquí tenéis, mirad cómo esta barra de hierro se dobla bajo mi furioso esfuerzo. Podría partirla como una ramita, pero aquí hay largas galerías con muchas puertas: no creo que pudiera orientarme por ellas; y aunque pudiera, sé que detrás hay puertas de hierro que están cerradas y atrancadas. Saben qué loco tan listo he sido; están orgullosos de tenerme aquí, para enseñarme.

» Vamos a ver, sí, yo había salido. Era de noche, muy tarde, cuando llegué a casa y encontré al más orgulloso de los tres hermanos que me esperaba para verme: un asunto urgente, dijo; me acuerdo muy bien. Yo odiaba a aquel hombre con todo el odio de un loco. Me dijeron que estaba allí. Corrí por las escaleras arriba. Tenía que decirme unas palabras. Hice salir a los criados. Era muy tarde, y estábamos reunidos a solas, por primera vez.

» Al principio, mantuve mi mirada cuidadosamente apartada de él, pues sabía qué poco se imaginaba —y me gloriaba de saberlo— que la luz de la locura centelleaba en mis ojos como fuego. Estuvimos sentados en silencio durante unos minutos. Por fin habló. Mi reciente disipación, y unas observaciones extrañas hechas por mí a tan poco tiempo de la muerte de su hermana, eran un insulto a su memoria. Reuniéndolo con algunas circunstancias que al principio habían escapado a su observación, él creía que yo no la había tratado bien. Deseaba saber si tenía razón al suponer que yo pretendía lanzar un reproche sobre su recuerdo, y un insulto a su familia. El uniforme que vestía le obligaba a pedir esa explicación.

» ¡Aquel hombre tenía un grado en el ejército; un grado comprado con mi dinero y con la desgracia de su hermana! Aquel era el hombre que más había trabajado en el plan para seducirme y adueñarse de mi riqueza. Aquel era el hombre que había sido el principal causante de que su hermana se casara conmigo, sabiendo muy bien que su corazón estaba entregado a aquel muchacho sentimental. ¡El uniforme que vestía! ¡La librea de su degradación! Puse mis ojos en él —no podía evitarlo—, pero no dije una palabra.

» Vi el cambio repentino que tenía lugar en él bajo mi mirada. Era hombre valiente, pero el color desapareció de su cara y echó atrás la silla. Yo arrastré la mía acercándome a él y me eché a reír: me estaba divirtiendo mucho. Le vi estremecerse. Sentí que en mí crecía la locura. Me tenía miedo.

» —Tú querías mucho a tu hermana cuando estaba en vida —dije—; mucho.

» Miró a su alrededor, incómodo, y vi cómo su mano agarraba el respaldo de la silla, pero no dijo nada.

» —Granuja —dije—, te he descubierto; he descubierto tus conjuras infernales contra mí. Sé que el corazón de ella estaba entregado a otro antes de que la obligarais a casarse conmigo. Lo sé… lo sé.

» Saltó de repente de la silla, blandiéndola en alto, y me pidió que me apartara; pues yo me había ido acercando a él cada vez más, mientras hablaba.

» Yo, más que hablar, gritaba, pues sentía pasiones tumultuosas arremolinándose en mis venas y los antiguos espíritus susurrando e incitándome a romperle el corazón en pedazos.

» —¡Maldito! —dije, poniéndome en pie de repente y precipitándome sobre él—. ¡Yo la maté! Estoy loco. ¡Vas a caer! ¡Sangre, sangre! ¡La tendré!

» De un golpe eché a un lado la silla que me lanzó aterrorizado, y me agarré a él; con un pesado golpe caímos juntos por el suelo.

» Fue una hermosa batalla, pues era hombre alto y robusto, que peleaba por salvar la vida; y yo, un loco poderoso con sed de destruirle. Yo sabía que ninguna fuerza podía igualar a la mía, y tenía razón. ¡Otra vez tenía razón, aunque estaba loco! Sus esfuerzos se debilitaron. Me puse de rodillas en su pecho y apreté firmemente con las dos manos su blanda garganta. Su cara se puso púrpura; los

ojos se le salían de las órbitas y, sacando la lengua, parecía burlarse de mí; le apreté más fuerte.

» La puerta se abrió de repente con mucho ruido, y una muchedumbre de gente se precipitó dentro, animándose con gritos a sujetar a aquel loco.

» Mi secreto estaba descubierto; mi única lucha, ahora, era por quedar libre. Me puse de pie antes que nadie me echara la mano, me lancé contra mis atacantes y me abrí paso con las manos vacías igual que si hubiera tenido un hacha, amontonándoles por delante. Llegué a la puerta, salté por la baranda y en un momento estuve en la calle.

» Corrí rápido y derecho, y nadie se atrevió a detenerme. Oía detrás el ruido de pasos y redoblé mi velocidad. Cada vez se oían menos, por la distancia, y por fin todo desapareció; pero yo seguí disparado, a través de pantanos y arroyos, sobre tapias y muros, con un grito salvaje que era repetido por los extraños seres que se agolpaban a mi alrededor por todas partes y que hacían crecer el sonido hasta que traspasaba los aires. Yo era transportado en brazos de demonios que corrían con el viento, barriendo por delante setos y diques, y que me hacían girar en torbellinos, con un ruido y una velocidad que me trastornaba la cabeza, hasta que por fin me tiraron con un violento golpe y caí pesadamente por tierra. Cuando me desperté me encontré aquí; aquí, en esta alegre celda, donde rara vez entra la luz del sol, y la luna solo se filtra en rayos que apenas sirven sino para mostrar las oscuras sombras que me rodean y esa figura silenciosa en el rincón. Cuando estoy despierto en la cama, oigo a veces gritos y clamores extraños desde lugares lejanos de este gran edificio. No sé lo que son, pero no proceden de esta forma pálida, ni ella les hace caso. Pues desde la primeras sombras del atardecer hasta la primera luz de la mañana, está quieta e inmóvil en el mismo sitio, escuchando la música de mi cadena de hierro y observando mis contorsiones en el camastro de paja.»

Al final del manuscrito estaba anotado esto, con otra letra:

[El desgraciado cuyos delirios están anotados más arriba fue un triste ejemplo de los fatales resultados de las energías mal dirigidas en los comienzos de la vida y de los excesos continuados hasta que no se pudieron ya reparar jamás las consecuencias. La desconsiderada depravación, la disipación y las orgías de sus días de juventud le causaron fiebre y delirio. El primer efecto del delirio fue la extraña sugestión, fundada en una famosa teoría médica, que unos apoyan enérgicamente y otros discuten no menos enérgicamente, según la cual en su familia existía una locura hereditaria. Esto le produjo una continua melancolía, que con el tiempo se convirtió en una demencia morbosa y, finalmente, terminó en locura delirante. Hay muchas razones para creer que los acontecimientos aquí detallados, aunque deformados por su imaginación enferma, ocurrieron realmente. Solo debe sorprender, a los que conocieron los vicios de su juventud, que sus pasiones, una vez que no estuvieron ya dominadas

por la razón, no le llevaran a cometer hechos aún más espantosos.]

La vela del señor Pickwick estaba expirando en la palmatoria cuando concluyó la lectura del manuscrito del anciano eclesiástico; y cuando la luz se extinguió repentinamente, sin centelleo previo a modo de aviso, la turbación que ya sentía resultó muy aumentada. Quitándose deprisa las prendas de vestir que se había puesto al levantarse de su inquieto lecho, y lanzando en torno una mirada temerosa, volvió a envolverse en las sábanas y pronto se quedó dormido.

El sol brillaba en el cuarto cuando despertó y la mañana estaba muy avanzada. La melancolía que le había oprimido la noche anterior había desaparecido con las oscuras sombras que velaban el paisaje, y sus pensamientos y sentimientos eran tan ligeros y alegres como la mañana misma. Tras de un sólido desayuno, los cuatro caballeros se pusieron en marcha hacia Gravesend, seguidos por un hombre que llevaba la piedra en su caja de pino. Llegaron a la ciudad hacia la una (el equipaje se había encargado que lo mandaran a Londres desde Rochester) y, teniendo la suerte de encontrar asientos en la imperial de una diligencia, llegaron esa misma tarde a Londres, con buena salud y buen humor.

Los tres o cuatro días siguientes se ocuparon en los preparativos que consideraban necesarios para su viaje al burgo de Eatanswill.

Como todas las referencias a este importantísimo asunto requieren un capítulo aparte, podemos dedicar las pocas líneas que quedan para cerrar este relatando, con gran brevedad, lo que pasó con el descubrimiento arqueológico.

Resulta de las «Actas» del Club que el señor Pickwick dio una conferencia sobre ese descubrimiento en la junta general del Club, reunida la noche siguiente a su regreso, y entró en una diversidad de especulaciones ingeniosas y eruditas sobre el significado de la inscripción. Consta también que un hábil artista ejecutó una fiel reproducción de la curiosidad, que se grabó en piedra y se presentó a la Real Sociedad Arqueológica y a otras doctas corporaciones; que se crearon diversos celos y enemistades por las violentas controversias escritas sobre este tema; y que el propio señor Pickwick escribió un opúsculo, conteniendo noventa y seis páginas de letra muy pequeña, y veintisiete lecturas diversas de la inscripción; que tres ancianos señores desheredaron a sus primogénitos por atreverse a dudar de la antigüedad del fragmento; que un entusiástico individuo se quitó la vida prematuramente por la desesperación de no saber sondear su significado; y que el señor Pickwick fue elegido miembro honorario de diecisiete sociedades nacionales y extranjeras por haber hecho tal descubrimiento; que ninguna de las diecisiete sacó nada en limpio, pero todas estuvieron de acuerdo en que el descubrimiento era muy extraordinario.

Desde luego, el señor Blotton —y este nombre debe quedar condenado al desprecio imperecedero de los que cultivan lo misterioso y lo sublime—, el señor

Blotton, decimos, con la duda y desconfianza peculiar de las mentes vulgares, se atrevió a presentar una interpretación del asunto tan degradante como ridícula. El señor Blotton, con un bajo deseo de empañar el lustre del nombre inmortal de Pickwick, nada menos que emprendió un viaje a Cobham, en persona, y a su regreso observó sarcásticamente, en un discurso en el Club, que había conocido al hombre que vendió la piedra; que el hombre suponía que la piedra era antigua, pero que negaba solemnemente la antigüedad de su inscripción, ya que indicó que la había grabado toscamente él mismo en un rato de ocio, colocando letras que no pretendían formar ni más ni menos que esta sencilla construcción: BILL STUMPS, SU FIRMA; y que el señor Stumps, estando poco acostumbrado a la redacción original, y más acostumbrado a guiarse por los sonidos de las palabras que por las reglas estrictas de la ortografía, había omitido la segunda L de su nombre de pila.

El Club Pickwick, como podía esperarse de tan ilustrada institución, recibió tal afirmación con el desprecio que merecía, expulsó de la sociedad a aquel presuntuoso y avinagrado Blotton, y votó el obsequio de unas gafas de oro al señor Pickwick como muestra de su confianza y aprobación; en correspondencia a lo cual el señor Pickwick se hizo pintar un retrato, y este fue colgado en la sala del Club.

El señor Blotton quedó expulsado, pero no convencido. Él también escribió un opúsculo, dirigido a las diecisiete doctas sociedades, nacionales y extranjeras, conteniendo una repetición de la tesis ya expuesta e insinuando algo más que a medias su opinión de que las diecisiete doctas sociedades eran unas «farsantes». Con lo cual, provocada la virtuosa indignación de las diecisiete doctas sociedades, aparecieron varios nuevos opúsculos; las doctas sociedades nacionales tradujeron al inglés los opúsculos de las doctas sociedades extranjeras; las doctas sociedades extranjeras tradujeron los opúsculos de las doctas sociedades nacionales a toda clase de idiomas; y así comenzó esa famosa discusión científica tan conocida de todos como «controversia Pickwick».

Pero este vil intento de injuriar al señor Pickwick recayó sobre la cabeza de su calumnioso autor. Las diecisiete doctas sociedades votaron unánimemente que el presuntuoso Blotton era un entrometido ignorante, y tras de eso se pusieron a trabajar en más tratados que nunca. Y hasta el día de hoy sigue perdurando esa piedra, monumento ilegible de la grandeza del señor Pickwick y trofeo permanente de la pequeñez de sus enemigos.

XII

QUE DESCRIBE UNA IMPORTANTÍSIMA INICIATIVA POR PARTE DEL SEÑOR PICKWICK, QUE MARCA UNA ÉPOCA TANTO EN SU VIDA COMO EN ESTA HISTORIA

Las habitaciones del señor Pickwick en la calle Goswell, aunque en escala limitada, no solo eran de carácter limpio y cómodo, sino peculiarmente aptas para ser residencia de un hombre de su genio y capacidad de observación. Su gabinete estaba en la fachada del primer piso; su alcoba, en la fachada del segundo; y así, tanto si estaba sentado ante su mesa en la sala como si se situaba ante el espejo, al vestirse en su dormitorio tenía iguales oportunidades para contemplar la naturaleza humana en todas las numerosas fases que exhibe en aquel barrio no menos populoso que popular. Su patrona, la señora Bardell —reliquia y sola heredera de un fallecido funcionario de aduanas—, era una excelente mujer de aire diligente y aspecto agradable, con un genio natural para la cocina que el estudio y la larga práctica habían llegado a convertir en un talento exquisito. No había niños pequeños, ni criadas, ni pájaros. Los únicos otros residentes de la casa eran un hombre gordo y un muchacho diminuto; el primero, un inquilino; el segundo, producto de la señora Bardell. El hombre gordo volvía a casa exactamente a las diez de la noche, hora en que se apretaba invariablemente en los límites de un diván-cama enano, en el salón de atrás; en cuanto a los juegos infantiles y ejercicios gimnásticos del señorito Bardell, se desarrollaban exclusivamente en los límites y las aceras, calzadas y arroyos de las cercanías. La limpieza y el silencio reinaban en la casa, y en ella la voluntad del señor Pickwick era ley.

Para cualquiera que conociera estos puntos de economía doméstica de la casa y que tuviera familiaridad con la admirable regularidad de la mente del señor Pickwick, habría resultado misterioso e inexplicable su aspecto y comportamiento en la mañana anterior a su viaje a Eatanswill. Daba vueltas por el cuarto, apresuradamente, de un lado para otro, sacaba la cabeza por la ventana a intervalos de unos tres minutos cada uno, consultaba constantemente el reloj y evidenciaba muchas otras manifestaciones de impaciencia, muy insólitas en él. Era evidente que proyectaba algo de gran importancia, pero qué era aquello, ni siquiera la propia señora Bardell había sido capaz de descubrirlo.

—Señora Bardell —dijo por fin el señor Pickwick cuando esta amigable señora se acercaba a la determinación de una prolongada limpieza del cuarto.

—Dígame —respondió la señora Bardell.

—Su chico tarda mucho.

—Bueno, el Borough está muy lejos —replicó la señora Bardell.

—Ah —dijo el señor Pickwick—; es verdad, así es.

El señor Pickwick volvió a quedar en silencio, y la señora Bardell reanudó su

limpieza.

—Señora Bardell —dijo el señor Pickwick al término de varios minutos.

—Dígame —volvió a decir la señora Bardell.

—¿Cree usted que es un gasto mucho mayor mantener dos personas, en vez de una?

—¡Vamos, señor Pickwick! —dijo la señora Bardell, enrojeciendo hasta el mismísimo borde de la cofia, al creer observar una especie de guiño matrimonial en los ojos de su huésped—; ¡vamos, señor Pickwick, qué pregunta!

—Bueno, pero ¿qué cree usted? —preguntó el señor Pickwick.

—Eso depende —dijo la señora Bardell, aproximando mucho el plumero al codo del señor Pickwick, que estaba plantado en la mesa—; eso depende mucho de la persona, ya sabe usted, señor Pickwick; y de que sea una persona ahorrativa y cuidadosa.

—Es muy cierto —dijo el señor Pickwick—, pero la persona en quien he puesto los ojos —y aquí miró muy fijamente a la señora Bardell— creo que posee esas cualidades; y, además, tiene un conocimiento considerable del mundo y una gran agudeza, señora Bardell, que pueden ser para mí de utilidad muy concreta.

—¡Vamos, señor Pickwick! —dijo la señora Bardell, con el carmesí subido otra vez hasta el borde de la cofia.

—Así es —dijo el señor Pickwick, poniéndose enérgico, como solía hacer cuando hablaba de un tema que le interesaba—; así es, desde luego; y, para decirle la verdad, señora Bardell, estoy decidido.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó la señora Bardell.

—Le parecerá ahora muy extraño —dijo el afectuoso señor Pickwick, con una mirada de buen humor hacia su interlocutora— que no la haya consultado nunca sobre este punto, y ni siquiera lo haya mencionado hasta que he mandado fuera a su chico esta mañana, ¿no?

La señora Bardell pudo responder solo con una mirada. Hacía tiempo que adoraba a distancia al señor Pickwick, pero ahora se encontraba, de repente, elevada a la cima a que nunca se habían atrevido a subir sus esperanzas más locas y extravagantes. El señor Pickwick iba a hacerle una propuesta de matrimonio; un plan deliberado, además; había mandado a su chico al Borough para quitarle de en medio; ¡qué cuidadoso, qué considerado!

—Bueno —dijo el señor Pickwick—; ¿qué opina usted?

—Oh, señor Pickwick —dijo la señora Bardell, temblando de agitación—; es usted muy bondadoso.

—Esto le ahorrará muchas molestias, ¿no? —dijo el señor Pickwick.

—Ah, nunca había pensado en nada de molestias —respondió la señora Bardell—; y, desde luego, yo me tomaría más molestias que nunca por complacerle; pero es usted muy bondadoso, señor Pickwick, al tener tanta

consideración de mi soledad.

—Ah, desde luego —dijo el señor Pickwick—; no había pensado jamás en eso. Cuando yo esté fuera, usted siempre tendrá alguien que se siente a su lado. Seguro que sí.

—Estoy segura de que voy a ser una mujer muy feliz —dijo la señora Bardell.

—Y su chico… —dijo el señor Pickwick.

—¡Dios le bendiga! —interrumpió la señora Bardell, con un sollozo maternal.

—… también tendrá un compañero —siguió el señor Pickwick—, un compañero vivaz, que le enseñará, estoy seguro, más travesuras en una semana de las que él aprendería en un año.

Y el señor Pickwick sonrió plácidamente.

—¡Ah, querido mío! —dijo la señora Bardell.

El señor Pickwick se sobresaltó.

—¡Querido mío, cariño, amor mío! —dijo la señora Bardell, y, sin más ni más, se levantó de su butaca y echó los brazos al cuello del señor Pickwick, con una catarata de lágrimas y un coro de sollozos.

—¡Válgame Dios! —gritó el atónito señor Pickwick—; señora Bardell, buena señora… ay de mí, qué situación… por favor, considere… No, no, señora Bardell… si viene alguien…

—¡Ah, pues que vengan! —exclamó frenéticamente la señora Bardell—. Jamás te abandonaré, querido mío, vida mía.

Y con estas palabras, la señora Bardell le abrazaba más fuerte.

—¡Tenga compasión de mí! —dijo el señor Pickwick, luchando con violencia—. Oigo que alguien sube las escaleras. Ea, no, sea buena; vamos, no.

Pero los ruegos y súplicas resultaban igualmente inútiles, pues la señora Bardell se había desmayado en brazos del señor Pickwick, y antes de que este pudiera tener tiempo de depositarla en una butaca, entró el señorito Bardell, conduciendo a Tupman, Winkle y Snodgrass.

El señor Pickwick quedó inmóvil y mudo de golpe. Con su deliciosa carga en los brazos, se detuvo mirando con expresión vacía los rostros de sus amigos, sin el más leve intento de saludarles ni explicarles aquello. Ellos, a su vez, se le quedaron mirando fijamente; y el joven Bardell, a su vez, se quedó mirando a todos.

El asombro de los pickwickianos fue tan absorbente, y la perplejidad del señor Pickwick fue tan extrema, que habrían podido quedar exactamente en la misma posición recíproca hasta que se restableciera la suspendida conciencia de la dama, si no hubiera sido por una hermosa y conmovedora expresión de afecto filial por parte de su joven hijo. Este, que vestía un traje ajustado de pana salpicado de botones metálicos de tamaño muy considerable, al principio se quedó en la puerta asombrado e incierto; pero, poco a poco, la impresión de que

su madre debía de haber sufrido algún daño personal invadió su mente solo parcialmente desarrollada y, por considerar al señor Pickwick como el agresor, lanzó unos aullidos aterradores y como de otro mundo, y, disparándose de cabeza, empezó a asaltar a este caballero en sus brazos y piernas, con tales pellizcos como lo consentía la fuerza de su brazo y la violencia de su agitación.

—¡Llévense a este pequeño bribón! —dijo el señor Pickwick, angustiado—; se ha vuelto loco.

—¿Qué pasa? —dijeron los tres pickwickianos, cohibidos.

—No sé —replicó el señor Pickwick, irritado—. Llévense al chico. —(Entonces Winkle se llevó al problemático niño, gritando y peleando, al otro extremo del cuarto.)—. Ahora ayúdenme: llévense abajo a esta mujer.

—Oh, ya estoy mejor —dijo débilmente la señora Bardell.

—Yo la acompañaré abajo —dijo Tupman, siempre galante.

—Gracias, señor; gracias —exclamó histéricamente la señora Bardell.

Y, en consecuencia, fue acompañada abajo, llevando a su lado a su afectuoso hijo.

—No puedo comprender —dijo el señor Pickwick cuando volvió su amigo—; no puedo comprender qué le ha pasado a esta mujer. No había hecho más que anunciarle mi intención de tomar un criado, cuando cayó en el extraño paroxismo en que la encontraron ustedes. Es una cosa muy rara.

—Mucho —dijeron sus tres amigos.

—Me ha colocado en una situación muy difícil —continuó el señor Pickwick.

—Mucho —fue la respuesta de sus seguidores, que tosieron levemente y se miraron con aire dubitativo.

Este comportamiento no escapó al señor Pickwick. Observó su incredulidad. Evidentemente, sospechaban de él.

—Hay un hombre en el pasillo —dijo el señor Tupman.

—Es el criado de que les hablaba —dijo el señor Pickwick—. He mandado por él esta mañana al Borough. Tenga la bondad de llamarle, Snodgrass.

Snodgrass hizo lo que se le pedía; y a continuación se presentó el señor Samuel Weller.

—Ah… ¿me recuerda, supongo? —dijo el señor Pickwick.

—Creo que sí —respondió Sam, con un guiño protector—. Curiosa manera de empezar, aquella, pero el tipo era demasiado para *usté*, ¿no? Le llevaba un palmo o dos de ventaja, ¿eh?

—No se ocupe ahora de eso —dijo apresuradamente el señor Pickwick—; quiero hablarle de algo diferente. Siéntese.

—Gracias, señor —dijo Sam. Y se sentó, sin esperar más ruegos, después de depositar su viejo sombrero blanco en el descansillo, fuera de la puerta—. No es muy bonito de ver —dijo Sam—, pero es extraordinario de llevar; y antes que perdiera el ala, era un *tejao* estupendo. Pero así es más ligero, y ya es algo, y

otra cosa es que *toos* los agujeros dejan entrar un poco de aire; los ventiladores, les llamo yo.

Mientras pronunciaba estas opiniones, Weller sonreía gratamente a los pickwickianos reunidos.

—Bueno, hablemos del asunto por el cual le he hecho llamar, de acuerdo con estos señores —dijo el señor Pickwick.

—Esa es la cuestión —interrumpió Sam—; fuera con ello, como dijo aquel padre al niño que se tragó una moneda.

—Queremos saber, en primer lugar —dijo el señor Pickwick—, si tiene algún motivo para estar descontento con su situación actual.

—Antes de contestar a eso, señores —respondió Weller—, querría saber, en primer lugar, si me van a ofrecer otra mejor.

Un fulgor de plácida benevolencia se extendió por la fisonomía del señor Pickwick al decir:

—Estoy casi decidido a contratarle yo mismo.

—¿De veras? —dijo Sam.

El señor Pickwick asintió con la cabeza.

—¿Sueldo? —preguntó Sam.

—Doce libras al año —respondió el señor Pickwick.

—¿Ropa?

—Dos trajes.

—¿Trabajo?

—Servirme; y viajar conmigo y con estos caballeros.

—Pues quite el anuncio —dijo Sam con énfasis—; me alquilo a un caballero solo, y estamos de acuerdo en el contrato.

—¿Acepta la situación? —preguntó el señor Pickwick.

—Cierto que sí —respondió Sam—; si la ropa me viene la *mitá* de bien que el sitio, me servirá.

—Por supuesto, ¿tendrá informes? —dijo el señor Pickwick.

—Pregunte de eso a la patrona de Al Ciervo Blanco —respondió Sam.

—¿Puede venir desde esta tarde?

—En este momento me puedo meter en el traje, si ya está —dijo Sam con gran viveza.

—Venga a las ocho esta tarde —dijo el señor Pickwick— y, si los informes son satisfactorios, ya se buscará la librea.

Con la excepción única de una amable indiscreción, en que había participado igualmente una criadita, la historia y la conducta del señor Weller era tan impecable, que el señor Pickwick se sintió justificado para concertar el compromiso aquella misma tarde. Con la prontitud y energía que caracterizaban no solo las iniciativas públicas, sino las acciones particulares de este hombre extraordinario, inmediatamente llevó a su nuevo criado a uno de esos útiles

almacenes donde se encuentran trajes de caballero, nuevos y de segunda mano, omitiendo las molestias e inconvenientes formalidades de la medida; y antes de que la noche se cerrara, Weller quedó provisto de una casaca gris con el botón CP, un sombrero negro con escarapela, un chaleco a rayas rosa, pantalones claros y polainas, con una diversidad de otras cosas necesarias, demasiado numerosas para recordarlas.

—Bueno —exclamó esta persona, tan súbitamente transformada, al tomar asiento en la imperial de la diligencia de Eatanswill a la mañana siguiente—; no sé si quieren que sea un lacayo, o un criado, o un guarda de caza, o un labrador. Parece un compuesto de *toas* esas cosas. No importa: un cambio de aires, mucho que ver, y poco que hacer; *to* eso le va muy bien a mi carácter; de modo que, ¡vivan los pickwicks, digo yo!

XIII

ALGUNAS INFORMACIONES SOBRE EATANSWILL, SOBRE LA SITUACIÓN DE SUS PARTIDOS, Y SOBRE LA ELECCIÓN DE UN MIEMBRO PARA REPRESENTAR EN EL PARLAMENTO A ESTE ANTIGUO, LEAL Y PATRIÓTICO BURGO

Hemos de reconocer francamente que hasta la época en que comenzamos a sumergirnos en los voluminosos documentos del Club Pickwick, no habíamos oído hablar nunca de Eatanswill; y con la misma sinceridad tenemos que admitir que en vano hemos buscado pruebas de la existencia efectiva de semejante lugar en el día de hoy. Conociendo qué profunda confianza hay que conceder a todas las notas y afirmaciones del señor Pickwick, y no pretendiendo oponer nuestras noticias a las declaraciones anotadas por ese gran hombre, hemos consultado todas las referencias relativas al tema, a que cupiera remitirse posiblemente. Hemos recorrido todos los nombres de los índices por orden alfabético, sin encontrar el de Eatanswill; hemos examinado minuciosamente todos los rincones de los mapas provinciales de bolsillo publicados por nuestros distinguidos editores para beneficio de la sociedad, y nuestra investigación ha obtenido igual resultado. Por consiguiente, nos sentimos inclinados a creer que el señor Pickwick, con aquel afanoso deseo de evitar ofensas a nadie, y con aquellos delicados sentimientos que quienes le conocieron bien saben que le distinguían, sustituyó intencionadamente con una designación ficticia[24] el nombre auténtico del lugar en que se hicieron sus observaciones. Nos confirma en esa idea una pequeña circunstancia, aparentemente leve y trivial por sí misma, pero que, si se considera desde ese punto de vista, no deja de merecer atención. En el libro de notas del señor Pickwick se puede rastrear la indicación del hecho de que se reservaron plazas, para él y para sus seguidores, en la diligencia de Norwich; pero esa anotación luego se tachó por completo, como con propósito de ocultar hasta la dirección en que queda situado el burgo. Por tanto, no nos arriesgaremos a hacer hipótesis sobre este tema, sino que continuaremos, sin más, la narración, contentándonos con los materiales que nos han dejado sus personajes.

Resulta, pues, que la gente de Eatanswill, como la gente de muchas otras pequeñas ciudades, se consideraban a sí mismos como de la mayor y más extraordinaria importancia, y que cada uno de los habitantes de Eatanswill, consciente del peso que revestía su ejemplo, se sentía obligado a unirse, en cuerpo y alma, a uno de los dos grandes partidos que dividían la ciudad: los Azules y los Amarillos.[25] Ahora bien, los Azules no perdían ocasión de oponerse a los Amarillos, y los Amarillos no perdían ocasión de oponerse a los Azules; y la consecuencia era que, siempre que los Amarillos y los Azules se reunían en público, lo mismo en el ayuntamiento que en la feria o el mercado,

surgían entre ellos disputas e injurias. Con estas disensiones, es casi superfluo decir que en Eatanswill todo se convertía en cuestión de partido. Si los Amarillos proponían abrir un nuevo tragaluz en el mercado, los Azules organizaban reuniones públicas y acusaban esta propuesta; si los Azules proponían erigir una nueva bomba de agua en High Street, los Amarillos se levantaban como un solo hombre para horrorizarse ante tal anormalidad. Había tiendas Azules y tiendas Amarillas, tabernas Azules y tabernas Amarillas; hasta en la misma iglesia había una nave Azul y una nave Amarilla.

Desde luego, era esencial e indispensablemente necesario que cada cual de estos poderosos partidos tuviera su órgano en representación propia; y, en consecuencia, había dos periódicos en la ciudad, la *Gaceta de Eatanswill* y el *Independiente de Eatanswill*, el primero, en defensa de los principios Azules, y el segundo, orientado conforme a principios decididamente Amarillos. Eran excelentes periódicos. ¡Qué editoriales, qué ingeniosos ataques! « Nuestra indigna colega, la *Gaceta*» ; « Ese desgraciado y bajo diario, el *Independiente*» ; « Esa publicación falsa e indecente, la *Gaceta*» ; tales, y otras acusaciones no menos sensacionales, se difundían abundantemente en las columnas de ambos, en cada número, excitando sentimientos del más intenso placer o la más intensa indignación en los pechos de los ciudadanos.

El señor Pickwick, con su usual previsión y sagacidad, había elegido un momento peculiarmente deseable para visitar el burgo. Jamás se había conocido tal competición. El candidato Azul era el honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall; mientras que el señor Horatio Fizkin, de Fizkin Lodge, cerca de Eatanswill, había sido persuadido por sus amigos para presentarse por los intereses Amarillos. La *Gaceta* amonestó a los electores de Eatanswill que los ojos, no solo de Inglaterra, sino de todo el mundo civilizado, estaban puestos en ellos; mientras que el *Independiente* preguntó imperativamente si el cuerpo electoral de Eatanswill estaba formado por las excelentes personas que siempre se había supuesto que eran, o por bajos y serviles instrumentos, que no merecían ni el nombre de ingleses ni las bendiciones de la libertad. Jamás había agitado la ciudad tal conmoción.

A última hora de una tarde, el señor Pickwick y sus compañeros, asistidos por Sam, bajaron de la imperial de la diligencia de Eatanswill. Grandes banderas de seda ondeaban en las ventanas de la posada Al Escudo de la Ciudad, y en todas las esquinas se ostentaban pasquines anunciando, en letras gigantescas, que el comité del honorable Samuel Slumkey se reunía aquel día. Una multitud de ociosos se había juntado en la calle, mirando a un hombre ronco que estaba en el balcón, muy colorado, por lo visto, de tanto hablar a favor del señor Slumkey; pero la fuerza y vigor de sus argumentos quedaban algo deslucidos por el perpetuo redoblar de cuatro grandes tambores que el comité del señor Fizkin había colocado en la esquina de la calle. A su lado había un hombrecito que se

quitaba el sombrero de vez en cuando haciendo señas al pueblo para que aplaudiera, lo cual se hacía con regularidad, de modo entusiástico; y, dado que el de la cara roja seguía hablando y poniéndose cada vez más rojo, ello parecía responder a su propósito igual que si todos le hubieran oído.

No bien se habían apeado los pickwickianos, cuando fueron rodeados por un grupo desgajado de la masa de aquellos honrados e independientes; grupo que a continuación lanzó tres aclamaciones ensordecedoras, las cuales, al ser respondidas por la masa principal (pues una multitud no necesita saber a propósito de qué aclama), creció hasta convertirse en un tremendo rugido de triunfo, que hizo detenerse hasta al hombre enrojecido del balcón.

—¡Hurra! —gritó la masa, como conclusión.

—¡Otro viva! —gritó el jefe del balcón, y la multitud volvió a gritar como si sus pulmones fueran de hierro fundido con armadura de acero.

—¡Viva Slumkey! —rugieron los honrados e independientes.

—¡Viva Slumkey! —repitió el señor Pickwick, quitándose el sombrero.

—¡Abajo Fizkin! —rugió la masa.

—¡Abajo, eso es! —gritó Pickwick.

—¡Hurra!

Y luego hubo otro rugido, como el de un parque zoológico entero cuando el elefante toca la campana de la comida.

—¿Quién es Slumkey? —susurró Tupman.

—No sé —respondió el señor Pickwick en el mismo tono—. Calle; no haga preguntas. En estos casos, lo mejor es hacer lo que haga la masa.

—Pero ¿y si hay dos masas? —sugirió Snodgrass.

—Gritar con la que sea más grande —respondió el señor Pickwick.

Libros enteros no podrían haber dicho más.

Entraron en la casa, y la multitud se abrió a un lado y a otro para que pasaran, aclamando estentóreamente. El primer objeto de consideración fue asegurarse alojamiento para aquella noche.

—¿Hay camas libres aquí? —preguntó el señor Pickwick, llamando al camarero.

—No lo sé, señor —respondió el hombre—. Me temo que todo va a estar lleno; voy a preguntar.

Y se marchó con ese objeto, para volver, al fin, preguntando si el caballero era Azul.

Como ni el señor Pickwick ni sus compañeros tenían interés vital en la causa de ninguno de los candidatos, la pregunta era un tanto difícil de contestar. En ese dilema, el señor Pickwick se acordó de su reciente amigo el abogado Perker.

—¿Conocen ustedes a un señor que se llama Perker? —preguntó.

—¡Cómo no, señor! Es el agente del honorable Samuel Slumkey.

—¿Es Azul, me parece?

—Ah, sí, señor.

—Pues entonces somos Azules —dijo el señor Pickwick, pero, observando que el hombre se quedaba mirando dubitativamente ante tan acomodaticia declaración, le dio su tarjeta, encargando que la presentara enseguida al señor Perker, si por casualidad se hallaba en la casa. El camarero se retiró, y casi inmediatamente reapareció con el ruego de que el señor Pickwick le siguiera, guiándole hasta una amplia sala en el primer piso, donde, sentado ante una amplia mesa cubierta de libros y papeles, estaba el señor Perker.

—¡Ah, ah, mi querido amigo! —dijo el hombrecito, avanzando para recibirle —. ¡Cuánto me alegra verle! Por favor, siéntese. De modo que ha realizado su intención; ha venido acá a ver una elección, ¿eh?

El señor Pickwick respondió afirmativamente.

—Una competición muy animada, señor Pickwick —dijo el hombrecito.

—Me alegro de saberlo —dijo el señor Pickwick, frotándose las manos—. Me gusta ver el firme patriotismo, en cualquier bando donde se anime… ¿Así que es una competición muy animada?

—Ah, sí —dijo el hombrecito—; ya lo creo que lo es. Hemos abierto todas las tabernas de la ciudad, y no hemos dejado a nuestros adversarios más que las cervecerías; un golpe maestro de política, ¿no le parece?

El hombrecito sonrió complacido, y tomó un gran pellizco de rapé.

—¿Y cuáles son las probabilidades del resultado de la competición? —preguntó el señor Pickwick.

—Ah, muy dudosas, mi querido amigo; bastante dudosas todavía —contestó el hombrecito—. La gente de Fizkin ha encerrado a treinta y tres votantes en el cobertizo de coches de Al Ciervo Blanco.

—¡En el cobertizo de coches! —dijo el señor Pickwick, notablemente asombrado ante este segundo golpe maestro de política.

—Les tienen encerrados hasta que les hagan falta —continuó el hombrecito —. La intención, ya comprende, es evitar que nosotros les tomemos por nuestra cuenta; y aunque pudiéramos, no serviría para nada, porque les mantienen muy borrachos, con toda intención. Es un tipo listo el agente de Fizkin; muy listo, desde luego.

El señor Pickwick se quedó con la mirada suspensa, pero no dijo nada.

—Sin embargo, tenemos mucha confianza —dijo Perker, bajando la voz casi hasta cuchichear—. Hemos dado un té aquí, anoche; cuarenta y cinco señoras, mi querido amigo; y a cada una le dimos una sombrilla verde al marcharse.

—¡Una sombrilla! —dijo el señor Pickwick.

—En efecto, mi querido amigo, en efecto. Cuarenta y cinco sombrillas verdes, a siete chelines y medio cada una. A todas las mujeres les gustan las elegancias: ha sido extraordinario el efecto de esas sombrillas. Han asegurado a todos sus maridos y a la mitad de sus hermanos; esto es mucho mejor que las

medias, ropa interior y toda clase de cosas de ponerse. Idea mía, señor Pickwick, completamente mía. Haga lluvia o sol, no puede andar unos pasos por la calle sin encontrarse media docena de sombrillas verdes.

Aquí el hombrecito se permitió una convulsión de júbilo, que solo quedó contenida por la entrada de otra persona.

Era un hombre alto y delgado, con cabellera color de estopa, inclinada a la calvicie, y una cara en que la solemne importancia se mezclaba con una expresión de profundidad insondable. Vestía una larga casaca parda, con chaleco negro de seda y pantalones claros. De su chaleco pendían unos lentes, y se cubría con un sombrero de copa muy baja y ala ancha. El recién llegado fue presentado al señor Pickwick como señor Pott, director de la *Gaceta de Eatanswill*. Tras unas pocas observaciones preliminares, el señor Pott se volvió hacia el señor Pickwick y dijo con solemnidad:

—Dígame, ¿esta contienda produce gran interés en la capital?

—Creo que sí —dijo el señor Pickwick.

—A eso, tengo motivos para saber —dijo Pott, buscando con la mirada la corroboración de Perker— que ha contribuido en cierto grado mi artículo del domingo pasado.

—No lo dudo lo más mínimo —dijo el hombrecito.

—La prensa es un artefacto muy poderoso —dijo Pott.

El señor Pickwick concedió su más pleno asentimiento a esta afirmación.

—Pero confío, señor mío —dijo Pott—, en no haber abusado jamás del enorme poder de que dispongo. Confío en que jamás he dirigido el noble instrumento que está en mis manos para apuntarlo contra el seno sagrado de la vida particular, ni contra el tierno pecho de la reputación individual; confío, señor mío, en haber dedicado mis energías a… a empresas… que, por humildes que sean, por humildes que sé que son… a infundir estos principios… de que… somos…

Aquí, como el director de la *Gaceta de Eatanswill* parecía divagar, el señor Pickwick acudió en su ayuda, diciendo:

—Desde luego.

—Y, dígame —dijo Pott—; permítame que le pregunte, como hombre imparcial, ¿cuál es el estado de la mente pública en Londres, con referencia a mi polémica con el *Independiente*?

—Muy excitado, sin duda —interrumpió Perker, con una ojeada de astucia que probablemente era accidental.

—La contienda —dijo Pott— se prolongará mientras tenga salud y fuerza, y la parte de talento con que he sido dotado. De esta contienda, aunque agite las mentes de los hombres y excite sus sentimientos, haciéndoles incapaces para desempeñar las tareas cotidianas de la vida ordinaria; de esta contienda, señor mío, no me retiraré jamás, hasta que haya puesto mi talón sobre el

Independiente de Eatanswill. Deseo que sepa el pueblo de Londres, y el pueblo de todo el país, que puede confiar en mí que no le abandonaré; que estoy decidido a permanecer a su lado hasta el final.

—Su conducta es nobilísima —dijo el señor Pickwick, y estrechó la mano del magnánimo Pott.

—Usted, ya me doy cuenta, es hombre de buen sentido y talento —dijo Pott, casi sin aliento por la vehemencia de su declaración patriótica—. Estoy muy contento de haber conocido a tal persona.

—Y yo —dijo Pickwick— me siento profundamente honrado por la expresión de esa opinión. Permítame usted que le presente a mis compañeros de viaje, los otros socios correspondientes del Club que tengo el orgullo de haber fundado.

—Me encantará —dijo Pott.

El señor Pickwick se retiró y, volviendo con sus amigos, les presentó en debida forma al director de la *Gaceta de Eatanswill*.

—Bueno, mi querido Pott —dijo el pequeño Perker—; la cuestión es: ¿qué vamos a hacer con estos amigos nuestros?

—Supongo que podremos parar en esta casa —dijo el señor Pickwick.

—No queda ni una cama de sobra, mi distinguido amigo; ni una sola cama.

—Enorme contratiempo —dijo el señor Pickwick.

—Mucho —dijeron sus compañeros de viaje.

—Tengo una idea sobre esto —dijo Pott— que creo que puede dar buen resultado. En Al Pavo Real hay camas disponibles, y me atrevo a decir, en nombre de la señora Pott, que tendrá mucho gusto en acomodar al señor Pickwick y uno de sus amigos, si los otros dos señores y el criado no tienen inconveniente en parar, lo mejor que puedan, en Al Pavo Real.

Después de repetidas instancias por parte del señor Pott, y repetidas protestas por parte del señor Pickwick de que no podía ni pensar en incomodar o molestar a la amable señora Pott, se decidió que era el único arreglo factible que cabía hacer. Y así se hizo; y, tras de comer juntos en Al Escudo de la Ciudad, los amigos se separaron, albergándose en Al Pavo Real Tupman y Snodgrass, y dirigiéndose Pickwick y Winkle a la morada del señor Pott, tras de decidir previamente que por la mañana se reunirían todos en Al Escudo de la Ciudad para acompañar al séquito del honorable Samuel Slumkey hasta el lugar de la elección.

El círculo doméstico del señor Pott se reducía a él y su mujer. Todos los hombres a quien el poder de su genio ha elevado a una soberbia preeminencia suelen tener alguna pequeña debilidad que aparece más evidente por el contraste que ofrece respecto al conjunto de su personalidad. Si el señor Pott tenía una debilidad, era, quizá, que se sometía un tanto excesivamente al dominio y gobierno, bastante despectivos, de su mujer. Pero no nos sentimos justificados para subrayar especialmente este hecho, porque, en la ocasión presente, las más

seductoras maneras de la señora Pott fueron aplicadas a la recepción de los dos caballeros.

—Querida mía —dijo el señor Pott—, el señor Pickwick… el señor Pickwick, de Londres.

La señora Pott recibió con encantadora dulzura el paternal apretón de mano del señor Pickwick; mientras Winkle, que no había sido presentado en absoluto, hizo un saludo y se deslizó, inadvertido, a un rincón oscuro.

—P., querido… —dijo la señora Pott.[26]

—Vida mía… —dijo el señor Pott.

—Por favor, preséntame al otro señor.

—Pido mil perdones —dijo el señor Pott—. Permítame: la señora Pott, el señor…

—Winkle —dijo el señor Pickwick.

—Winkle —repitió el señor Pott; y quedó concluida la ceremonia de la presentación.

—Tenemos que ofrecerle muchas excusas, señora —dijo Pickwick—, por molestarla en sus arreglos domésticos con tan breve aviso previo.

—No hay de qué, señor Pickwick —respondió la Pott femenina, con vivacidad—; es un gran placer para mí, se lo aseguro, ver caras nuevas; viviendo como vivo, día tras día, y semana tras semana, en este sitio aburrido y sin ver a nadie.

—¡A nadie, querida mía! —dijo Pott, con picardía.

—A nadie más que a ti —replicó la señora Pott, con aspereza.

—Ya ve, señor Pickwick —dijo el anfitrión, para explicar el lamento de su mujer—; estamos hasta cierto punto distanciados de muchas diversiones y placeres que, de otro modo, podríamos disfrutar. Mi situación pública, como director de la *Gaceta de Eatanswill*, la posición que este periódico ocupa en la región, mi constante sumersión en el torbellino de la política…

—P., querido mío… —interrumpió la señora Pott.

—Vida mía… —dijo el director.

—Me gustaría, querido mío, que te esforzaras por encontrar un tema de conversación en que estos caballeros pudieran hallar algún interés racional.

—Pero, cariño mío —dijo el señor Pott, con gran humildad—, el señor Pickwick se interesa mucho por mí.

—Suerte para él, si es capaz —dijo enfáticamente la señora Pott—; yo estoy aburrida de esta vida, con tus políticas, y las peleas con el *Independiente* y esas tonterías. Estoy asombrada, P., de que hagas tal exhibición de tus manías.

—Pero, querida mía… —dijo el señor Pott.

—Bah, tonterías; no me digas nada —dijo la señora Pott—. ¿Juega usted al *écarté*?

—Me gustaría aprender bajo su dirección —respondió Winkle.

—Bueno, entonces, acerque esta mesita a la ventana, a ver si puedo dejar de oír hablar de tanta política prosaica.

—Jane —dijo el señor Pott a la criada que trajo los candelabros—, baja a la oficina y tráeme la colección de la *Gaceta* del año mil ochocientos veintiocho. Le leeré —añadió el director, dirigiéndose a Pickwick—, le leeré solamente unos pocos de los editoriales que escribí entonces sobre la maniobra de los Amarillos al nombrar un nuevo cobrador para la barrera de la entrada del camino.

Se movilizó la colección y se acomodó el director, con el señor Pickwick a su lado.

En vano hemos escudriñado las hojas del libro de notas del señor Pickwick, con la esperanza de encontrar un resumen general de esas hermosas composiciones. Tenemos todos los motivos para creer que quedó perfectamente arrebatado por el vigor y la frescura del estilo; en efecto, Winkle dejó anotado el hecho de que sus ojos estuvieron cerrados, como por el exceso de placer, durante todo el tiempo de la lectura.

El anuncio de la cena puso fin a la partida de *écarté* y a la recapitulación de las bellezas de la *Gaceta de Eatanswill*. La señora Pott estaba muy animada y del mejor humor. Winkle había hecho ya grandes avances en su buena opinión, y ella no vaciló en informarle confidencialmente de que el señor Pickwick era « un viejo estupendo» . Estos términos presentan una familiaridad de expresión que se habrían permitido muy pocos de los que conocieron íntimamente a aquel hombre de mente colosal. Sin embargo, los hemos conservado, porque procuran inmediatamente una prueba convincente y conmovedora de la estimación en que era tenido por todas las clases de la sociedad, y de la facilidad con que se abría paso hasta sus corazones y sentimientos.

A altas horas de la noche —mucho después que Tupman y Snodgrass habían quedado dormidos en las más profundas interioridades de Al Pavo Real— los dos amigos se retiraron a descansar. La somnolencia invadió pronto los sentidos de Winkle, pero sus sentimientos habían sido excitados, y su admiración, estimulada; y muchas horas después de que el sueño le hizo insensible a los objetos terrenales, el rostro y la figura de la agradable señora Pott se le seguían presentando, una y otra vez, a su vagabunda imaginación.

El ruido y el estrépito que anunciaron la mañana eran suficientes para borrar de la mente del más romántico visionario del mundo cualquier recuerdo que no estuviera inmediatamente relacionado con la inminente elección. El redoble de tambores, el ruido de trompetas y trompas, los gritos de los hombres, las pisadas de los caballos, retumbaban y se repetían por las calles desde la primera luz del día; y alguna pelea ocasional entre las avanzadillas ligeras de ambos partidos servía al mismo tiempo para animar los preparativos y para diversificar gratamente su carácter.

—Bueno, Sam —dijo el señor Pickwick, cuando su criado apareció en la

puerta de su alcoba, mientras él acababa su arreglo—, ¿todos vivos hoy, supongo?

—No va mal, señor —respondió Weller—; nuestra gente se reúne ahí en Al Escudo de la *Ciudá*, y ya se están poniendo roncos de gritar.

—Ah —dijo el señor Pickwick—; parecen entusiastas de su partido, ¿eh, Sam?

—En mi vida he visto tanto entusiasmo, señor.

—Tienen energías, ¿eh? —dijo el señor Pickwick.

—Asombrosas —respondió Sam—; nunca he visto gente que coma y beba tanto. No sé cómo no tienen miedo de reventar.

—Es la equivocada bondad de los señores de aquí —dijo el señor Pickwick.

—Seguramente —respondió Sam con brevedad.

—Gente excelente, vigorosa, animada, parecen todos —dijo el señor Pickwick mirando por la ventana.

—Muy animados —respondió Sam—; yo y los dos camareros de Al Pavo Real metimos debajo de la bomba a los electores independientes que anoche cenaron allí.

—¡Debajo de la bomba, a los electores! —exclamó el señor Pickwick.

—Sí —dijo su asistente—; todos se habían *quedao* dormidos donde caían; les sacamos a rastras, uno a uno, esta mañana, y les pusimos debajo de la bomba, y ya están *arreglaos*. Un chelín por cabeza pagó el comité por ese trabajo.

—¡Cómo pueden pasar tales cosas! —exclamó con asombro el señor Pickwick.

—Dios le bendiga, señor —dijo Sam—; ¿en qué mundo vive? Eso no es *na*, no es *na*.

—¿No es nada? —dijo el señor Pickwick.

—No es *na*, señor —respondió su criado—; en las elecciones pasadas, la noche antes, el otro partido sobornó a la criada de Al Escudo de la *Ciudá* para que les hiciera un juego de manos con el aguardiente a catorce votantes que paraban en la casa.

—¿Qué es eso del juego de manos con el aguardiente? —preguntó el señor Pickwick.

—Que les echó láudano en el aguardiente —respondió Sam—; maldita chica, les dejó *dormíos* hasta doce horas después de las elecciones. Llevaron a uno, dormido del *to*, en una carretilla, hasta el sitio de votar *pa* hacer la prueba, pero no sirvió: no quisieron dejar que votara; así que se lo llevaron otra vez y le volvieron a meter en la cama.

—Curiosas costumbres estas —dijo el señor Pickwick, mitad para sí, mitad dirigiéndose a Sam.

—Ni la *mitá* de curioso que una cosa milagrosa que le pasó a mi mismo padre en unas elecciones, aquí mismo, señor.

—¿Qué fue eso? —preguntó el señor Pickwick.

—Bueno, pues que una vez guiaba una diligencia —dijo Sam—; y llegó el día de las elecciones, y le contrataron los de un partido para traer votantes de Londres. La noche antes de que saliera, el comité del otro bando le manda a buscar en secreto, y allá que va con el del *recao*, que le hace entrar: un sitio muy grande, con muchos señores, montones de papeles, pluma, tinta, y *to* eso. «Ah, señor Weller», dice el señor de la silla, «me alegro de verle, ¿qué tal está?» «Muy bien, gracias, señor», dice mi padre, «espero que *usté* no ande mal», dice. «Estoy muy bien, gracias», dice aquel señor, «siéntese, señor Weller; por favor, siéntese.» Así que mi padre se sienta y él y aquel señor se miran fijo, uno a otro. «¿No se acuerda de mí?», dice el señor aquel. «Me *paece* que no», dice mi padre. «Ah, yo le conozco», dice aquel señor; «le conocí cuando era pequeño.» «Bueno, pues no me acuerdo», dice mi padre. «Es muy raro», dice el señor aquel. «Mucho», dice mi padre. «Debe de tener mala memoria, señor Weller», dice el otro. «Sí, bastante mala», dice mi padre. «Ya lo suponía.» Entonces, le sirve un vaso de vino y empieza a charlar con él de su diligencia, y le pone de buen humor, hasta que al fin le mete en la mano un billete de veinte libras. «De aquí a Londres hay muy mal camino», dice aquel señor. «De vez en cuando, es difícil», dice mi padre. «Sobre todo, junto al canal, me parece», dice el señor aquel. «Mal trecho aquel», dice mi padre. «Bueno, señor Weller», dice el otro, «*usté* es un buen cochero, y *pue* hacer lo que quiera con los caballos, ya lo sabemos. *Toos* le queremos mucho, señor Weller, de manera que si *usté* tuviera un accidente al llevar allá a esos votantes, y los echara al canal sin hacerles daño, esto es *pa usté*», dice. «Caballero, es *usté* muy amable», dice mi padre, «y voy a beber a su *salú* otro vaso», dice; y lo hace, y se abrocha el bolsillo con el dinero, y saluda *pa* marcharse. Pues no lo creerá, señor —continuó Sam, con una mirada de inexpresable desvergüenza a su amo—; que el mismo día que llevaba a los votantes, se le volcó el coche en ese sitio, y *toos* se cayeron al canal.

—¿Y volvieron a salir? —preguntó apresuradamente el señor Pickwick.

—Bueno —dijo Sam, muy despacio—, me parece que faltaba un señor viejo. Sé que se encontró el sombrero, pero no estoy muy seguro de que dentro estuviera o no su cabeza. Pero lo que me extraña es la coincidencia extraordinaria y maravillosa de que el coche de mi padre se volcara en ese mismo sitio, ¡y ese mismo día!

—Sin duda, es una coincidencia muy extraordinaria —dijo el señor Pickwick—. Pero cepílleme el sombrero, Sam, porque oigo que el señor Winkle me llama a desayunar.

Con estas palabras, el señor Pickwick descendió al comedor, donde encontró puesto el desayuno, con todo el grupo alrededor. Rápidamente se despachó; los sombreros de los caballeros estaban decorados con una escarapela azul, hecha por las bellas manos de la señora Pott; y, como Winkle decidió acompañar a esta

dama a lo alto de una casa, en la vecindad inmediata de la tribuna, los señores Pickwick y Pott entraron solos en Al Escudo de la Ciudad, desde cuyas ventanas traseras uno del comité de Slumkey lanzaba un discurso a seis niños y una niña, dignificándoles, en una frase sí y otra no, con el imponente título de « Ciudadanos de Eatanswill» , ante lo cual los mencionados seis niños lanzaban aclamaciones.

El patio mostraba síntomas inequívocos de la gloria y fuerza de los Azules de Eatanswill. Había un auténtico ejército de banderas Azules, unas con un asta, otras con dos, ostentando lemas adecuados, en letras de oro de cuatro pies de altura, y anchas en proporción. Había una grandiosa banda de trompetas, trombones y tambores, alineados de cuatro en fondo y ganándose el jornal como pocos lo han hecho nunca, sobre todo los tambores, que eran muy musculosos. Había grupos de guardias con bastones azules, veinte miembros del comité con pañuelos azules, y una masa de electores con escarapelas azules. Había electores a caballo y electores a pie. Había un coche abierto con cuatro caballos para el honorable Samuel Slumkey; y había cuatro coches de dos caballos para sus amigos y asistentes; y las banderas ondeaban, la banda tocaba, los guardias juraban, los veinte miembros del comité reñían, la multitud gritaba, los caballos se encabritaban y los postillones sudaban; y todos, y todo lo que allí se reunía en ese instante, era para especial uso, beneficio, honor y renombre del honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, uno de los candidatos a la representación del burgo de Eatanswill en la Cámara Baja del Parlamento del Reino Unido.

Ruidosas y largas fueron las aclamaciones, y poderoso fue el temblor de una de las banderas Azules, que llevaba escrito « Libertad de prensa» , cuando la multitud distinguió desde abajo, en una de las ventanas, la cabellera de estropajo del señor Pott; y tremendo fue el entusiasmo cuando el propio honorable Samuel Slumkey, con botas altas y un pañuelo azul, avanzó a estrechar la mano del mencionado Pott, atestiguando melodramáticamente, con sus gestos hacia la multitud, su imborrable agradecimiento hacia la *Gaceta de Eatanswill*.

—¿Está todo preparado? —dijo el honorable Samuel Slumkey a Perker.

—Todo, señor Slumkey —fue la respuesta del bajito.

—¿No se ha omitido nada, espero? —dijo el honorable.

—No se ha dejado de hacer nada; nada en absoluto. Hay veinte hombres lavados junto a la puerta de la calle para que usted les estreche la mano; y seis niños en brazos, a los que tiene que dar golpecitos en la cabeza y preguntar cuánto tiempo tienen; esmérese con lo de los niños, señor Slumkey; esas cosas hacen siempre mucho efecto.

—Me esmeraré —dijo el honorable Samuel Slumkey.

—Y quizá —dijo cautamente el hombrecito— si pudiera (no digo que sea indispensable), si se las pudiera arreglar para besar a alguno de ellos, produciría una gran impresión en la gente.

—¿Y no surtiría el mismo efecto si lo hiciera el presidente o el vicepresidente

del comité?

—Ay, me temo que no —respondió el agente—; si fuera usted mismo quien lo hiciera, creo que le haría muy popular.

—Muy bien —dijo el honorable Samuel Slumkey, con aire resignado—, entonces no hay más remedio. Eso es todo.

—Arreglen la comitiva —gritaron los veinte hombres del comité.

Entre las aclamaciones de la multitud reunida, fueron ocupando sus lugares la banda, los guardias, los del comité, los votantes, los de los caballos y los coches. Cada uno de los coches de dos caballos rebosaba de tantos caballeros como fueron capaces de aguantar de pie; y el coche concedido a Perker contenía al señor Pickwick, a Tupman, a Snodgrass y, además, a una media docena de los del comité.

Hubo un momento de silencio respetuoso cuando la comitiva esperó a que el honorable Samuel Slumkey subiera a su coche. De repente, la multitud lanzó un gran clamoreo.

—Ya ha salido —dijo el pequeño Perker, muy emocionado; tanto más cuanto que su situación no les permitía ver lo que pasaba.

Otra aclamación, mucho más ruidosa.

—Ha estrechado la mano a los hombres —gritó el pequeño agente.

Otra aclamación, más vehemente.

—¡Ha acariciado a los niños! —dijo Perker, temblando de ansiedad.

Un rugido de aplausos desgarró los aires.

—¡Ha besado a uno de ellos! —exclamó el hombrecito, complacido.

Otro rugido.

—¡Ha besado a otro! —jadeó excitado el agente.

Un tercer rugido.

—¡Los besa a todos! —chilló, entusiasmado, el diminuto caballero. Y, saludada por los ensordecedores gritos de la multitud, la comitiva avanzó.

Cómo, o de qué modo, se enredó con la otra comitiva, y cómo salió de la confusión resultante, es algo que supera a lo que podemos intentar describir, por cuanto en los mismos comienzos del suceso, el sombrero del señor Pickwick quedó encajado sobre sus ojos, nariz y boca por el golpe de una bandera Amarilla. Él se describe rodeado por todas partes, en cuanto pudo lanzar una ojeada a la escena, en medio de iracundos y feroces rostros, una vasta nube de polvo y una densa muchedumbre de combatientes.

Se pinta a sí mismo obligado a salir del coche por alguna fuerza no vista y comprometido personalmente en un encuentro pugilístico, pero le resulta totalmente imposible determinar con quién, ni cómo, ni por qué. Luego, se sintió obligado a subir unos escalones de madera por las personas que empujaban detrás; y, al quitarse el sombrero, se encontró rodeado de sus amigos en la fila delantera del lado izquierdo de la tribuna. La derecha estaba reservada para el

partido Amarillo, y el centro para el alcalde y sus auxiliares, uno de los cuales —el gordo pregonero de Eatanswill— tocó una enorme campana para recomendar silencio, mientras el señor Horatio Fizkin y el honorable Samuel Slumkey, con las manos en los corazones, hacían reverencias con la mayor afabilidad al turbado mar de cabezas que inundaba el espacio abierto ante ellos, del cual se elevaba una tormenta de gruñidos, gritos, aullidos y silbidos que hubiera hecho honor a un terremoto.

—Ahí está Winkle —dijo Tupman, tirando de la manga de su amigo.

—¿Dónde? —dijo el señor Pickwick, poniéndose las gafas, que, por fortuna, hasta entonces había guardado en el bolsillo.

—Allí —dijo Tupman—; en lo alto de esa casa.

Y en efecto, allí, en un tejado, junto al canalón de cinc, estaban Winkle y la señora Pott, cómodamente sentados en unas butacas y agitando los pañuelos en señal de reconocimiento; cortesía que el señor Pickwick devolvió con un gesto de besar la mano a la señora.

El acto no había comenzado todavía; y como una multitud inactiva generalmente está dispuesta a la broma, este inocentísimo gesto fue bastante para desencadenar su jocosidad.

—Eh, viejo verde, sinvergüenza —gritó una voz—. Conque mirando a las chicas, ¿eh?

—¡Eh, pecador venerable! —gritó otro.

—¡Mira cómo se pone las gafas para mirar a una mujer casada! —dijo un tercero.

—Ya le veo cómo le guiña el ojo, el muy bribón —gritó otro.

—¡Cuidado con tu mujer, Pott! —berreó otro; y hubo una gran carcajada.

Como estos sarcasmos iban acompañados de malignas comparaciones entre el señor Pickwick y un carnero viejo, y otras ingeniosidades de análoga índole, y como además tendían más bien a lanzar sospechas sobre el honor de una señora inocente, la indignación del señor Pickwick fue terrible; pero en ese momento se proclamó el silencio, y hubo de contentarse con arrojar sobre la multitud una mirada de compasión por sus mentes extraviadas, ante lo cual ellos se rieron más estrepitosamente que nunca.

—¡Silencio! —rugieron los auxiliares del alcalde.

—¡Whiffin, imponga silencio! —dijo el alcalde, con el aire pomposo en consonancia con su elevada situación.

En obediencia a esa orden, el pregonero ejecutó otro concierto de campana, tras el cual alguien en la multitud gritó:

—¡Whiffin! ¡Muffins![27] —lo cual dio ocasión a una nueva risotada.

—Señores —dijo el alcalde, con una voz tan fuerte como pudo, violentando la garganta—. Señores; compañeros electores del burgo de Eatanswill. Nos hemos reunido hoy con el propósito de elegir un representante en lugar de nuestro

difunto…

Aquí el alcalde fue interrumpido por una voz entre la multitud.

—¡Mucho éxito para el alcalde! —gritó la voz—, y que no deje nunca el negocio de los clavos y cazuelas que le ha dado su dinero.

Esta alusión a las ocupaciones profesionales del orador fue recibida con una tempestad de júbilo, que, con acompañamiento de campana, hizo inaudible el resto del discurso, a excepción de la frase final, en que agradeció a los presentes la paciente atención con que le habían seguido; expresión de gratitud que produjo otro estallido de regocijo, casi de un cuarto de hora de duración.

A continuación, un caballero alto y delgado, con plastrón blanco muy tieso, después que le pidieron repetidamente que «mandase a casa un chico a ver si se había dejado la voz debajo de la almohada», les instó a que nombrasen una persona idónea y adecuada para representarles en el Parlamento. Y cuando dijo que lo era el señor Horatio Fizkin, de Fizkin Lodge, cerca de Eatanswill, los fizkinistas aplaudieron y los slumkeyanos gruñeron, tanto tiempo y con tanto ruido, que lo mismo el candidato que su representante podían haber cantado canciones cómicas en vez de hablar, sin que nadie se enterara.

Los amigos del señor Horatio Fizkin acabaron su presentación, y un hombrecito colérico y de rostro encarnado se adelantó a proponer otra persona idónea y adecuada para representar en el Parlamento a los electores de Eatanswill; y habría salido adelante con toda fluidez el caballero de cara rojiza si no hubiera sido demasiado colérico para darse cuenta adecuada del ánimo de broma de la gente. Pero tras unas pocas frases de elocuencia figurativa, el de cara rojiza comenzó a señalar a los que la interrumpían entre la multitud, y luego pasó a intercambiar desafíos con los de la tribuna; con lo que se produjo un clamor que le redujo a la necesidad de expresar sus sentimientos mediante una pantomima seria, lo cual hizo, dejando la escena a su auxiliar, que lanzó un discurso escrito, de media hora de longitud, sin quererse detener, porque lo había enviado entero a la *Gaceta de Eatanswill* y dicha *Gaceta* ya lo había impreso, palabra por palabra.

Luego el señor Horatio Fizkin, de Fizkin Lodge, junto a Eatanswill, se presentó con el propósito de dirigir la palabra a los electores; y no bien comenzó, la banda contratada por el honorable Samuel Slumkey empezó a tocar con una fuerza al lado de la cual no era nada la energía que había mostrado aquella mañana; en correspondencia a lo cual, la muchedumbre Amarilla empezó a golpear las cabezas y los hombros de la multitud Azul; con lo que la multitud Azul se esforzó por eliminar a sus desagradables vecinos, los de la multitud Amarilla; a lo cual sucedió una escena de lucha, empujones y peleas, a la que no podemos hacer justicia mayor de la que pudo imponer el alcalde, por más que lanzó imperiosas órdenes a los doce ayudantes de alguacil para que detuvieran a los cabecillas, que podrían ascender en número a doscientos cincuenta, más o menos. Ante tales

encuentros, el señor Horatio Fizkin, de Fizkin Lodge, pidió permiso para preguntar a su adversario, el honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, si esa banda tocaba con su consentimiento; pregunta a la que declinó contestar el honorable Samuel Slumkey, ante lo cual el señor Horatio Fizkin, de Fizkin Lodge, agitó el puño hacia el rostro del honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall; con lo que el honorable Samuel Slumkey, con la sangre hirviendo, desafió a combate mortal al señor Horatio Fizkin. Ante esta violación de todas las reglas conocidas y todos los precedentes de compostura, el alcalde ordenó que se interpretara otra fantasía para campana, y declaro que haría comparecer ante él tanto al señor Horatio Fizkin, de Fizkin Lodge, como al honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, para encomendarles que mantuvieran la paz. Ante este terrorífico anuncio, los auxiliares de ambos candidatos intervinieron, y después que los amigos de cada uno de ellos riñeron por parejas, durante tres cuartos de hora, el señor Horatio Fizkin se llevó la mano al sombrero saludando al honorable Samuel Slumkey; el honorable Samuel Slumkey se llevó la mano al suyo, correspondiendo al señor Horatio Fizkin; la banda se detuvo; la multitud fue parcialmente acallada; y se permitió que continuara el señor Horatio Fizkin.

Las alocuciones de ambos candidatos, aunque diferentes en todos los demás aspectos, rindieron un hermoso tributo al mérito y al alto valor de los electores de Eatanswill. Cada cual de estos expresó la opinión de que jamás había existido en el mundo un grupo de hombres más independiente, más ilustrado, más altruista, más noble, más desinteresado, que aquellos que habían prometido votar por él; ambos sugirieron sombríamente sus sospechas de que los electores de los intereses opuestos tenían ciertas debilidades embrutecidas y cerdescas que les hacían incapaces de desempeñar los importantes deberes que estaban llamados a cumplir. Fizkin expresó que estaba dispuesto a hacer todo lo que se requiriera de él; Slumkey, su decisión de no hacer nada que no se le pidiera. Ambos dijeron que la industria, las manufacturas, el comercio y la prosperidad de Eatanswill serían para sus corazones algo más querido que cualquier objeto de este mundo; y cada uno de ellos se sintió capaz de afirmar, con la mayor confianza, que él era el hombre que prevalecería en definitiva.

Se hizo votar a los electores levantando las manos: el alcalde decidió que ganaba el honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall. El señor Horatio Fizkin, de Fizkin Lodge, solicitó un escrutinio y, en consecuencia, un escrutinio quedó concedido. Entonces se ofreció un voto de agradecimiento al alcalde por su excelente actuación en la silla presidencial; y el alcalde, deseando ardientemente haber tenido silla presidencial en que actuar (pues había estado de pie durante todo el acto), dio las gracias. Se volvieron a formar las comitivas, los coches rodaron lentamente a través de la multitud y sus miembros chillaron y gritaron al paso de los carruajes, según se lo dictaban sus sentimientos o su capricho.

Durante todo el tiempo de las votaciones, la ciudad estuvo en perpetua fiebre

de excitación. Todo se llevaba en el plan más generoso y placentero. En todas las tabernas, los artículos de consumo eran notablemente baratos, y por las calles desfilaban ambulancias para atención de los electores que sufrieran algún momentáneo aturdimiento de cabeza; epidemia esta que prevaleció entre los electores, durante la contienda, en grado muy alarmante, y bajo cuya influencia se les podía ver frecuentemente tendidos en el pavimento, en estado de total insensibilidad. Un pequeño grupo de electores permaneció sin votar hasta el último día. Eran hombres reflexivos y calculadores, que todavía no habían quedado convencidos por los argumentos de ninguna de las partes, aunque habían tenido frecuentes conversaciones con ambas. Una hora antes de que se cerraran las urnas, Perker solicitó el honor de una entrevista particular con esos inteligentes, esos nobles, esos patrióticos hombres. Sus argumentos fueron breves, pero satisfactorios. Fueron a las urnas como un solo hombre, y cuando salieron, también salió victorioso el honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall.

XIV

QUE COMPRENDE UNA BREVE DESCRIPCIÓN DEL GRUPO REUNIDO EN AL PAVO REAL, Y UN CUENTO NARRADO POR UN VIAJANTE

Es grato apartarse de la contemplación del torbellino y la lucha de la vida política para observar el pacífico reposo de la vida particular. Aunque, en realidad, no fuera un gran partidario de ninguno de los dos bandos, el señor Pickwick estaba suficientemente inflamado por el entusiasmo del señor Pott como para dedicar todo su tiempo y atención a los acontecimientos de que el capítulo anterior ofrece una descripción redactada según sus propios apuntes. Y mientras así estaba ocupado, tampoco estaba ocioso Winkle, dedicando todo su tiempo a agradables paseos y cortas excursiones campestres con la señora Pott, que, cuando se presentaba tal oportunidad, nunca dejaba de buscar algún alivio a la tediosa monotonía de que se quejaba constantemente. Estando así los dos caballeros completamente aclimatados en casa del director, Tupman y Snodgrass, en buena medida, quedaron entregados a sus propios recursos. Por no sentir más que escaso interés por los asuntos públicos, consumían su tiempo principalmente con las diversiones que procuraba Al Pavo Real, y que se limitaban a un billar en el primer piso y una bolera en un rincón apartado del patio. En la ciencia y lindeza de estas dos diversiones, más abstrusas de lo que imagina la mayor parte de los hombres, fueron gradualmente iniciados por el señor Weller, quien poseía un conocimiento perfecto de tales pasatiempos. Así, a pesar de que estaban privados en gran medida del consuelo y ventaja de la compañía del señor Pickwick, tenían, sin embargo, la posibilidad de matar el tiempo, evitando que les abrumara con su peso.

Al anochecer, sin embargo, era cuando Al Pavo Real presentaba atracciones que permitían a los dos amigos resistirse incluso a las invitaciones del bien dotado, aunque prosaico, Pott. Al anochecer era cuando la «sala comercial» se llenaba de un círculo social cuyos caracteres y costumbres se deleitaba en observar Tupman, y cuyos dichos y hechos acostumbraba a anotar Snodgrass.

Mucha gente sabe qué clase de sitios suelen ser esas «salas comerciales». La de Al Pavo Real no difería en ningún aspecto material de lo acostumbrado en tales locales; es decir, era un amplio cuarto de aspecto destartalado, cuyo mobiliario, sin duda, había sido mejor cuando estaba más nuevo, con una espaciosa mesa en el centro y una variedad de mesitas más reducidas en los rincones, un surtido extenso de butacas de formas variadas, y una vieja alfombra turca, en la misma proporción relativa respecto al tamaño del cuarto que un pañuelo de señora respecto al suelo de una garita de centinela. Las paredes estaban guarnecidas con uno o dos mapas de gran tamaño, y varios toscos gabanes, muy maltratados por la intemperie, con complicadas esclavinas,

pendían de una larga fila de perchas en un rincón. La repisa de la chimenea estaba ornamentada por un escritorio de madera que contenía un muñón de pluma y media oblea; un mapa de caminos y una guía; una historia de la provincia, sin la tapa; y los restos mortales de una trucha en un ataúd de cristal. La atmósfera olía a humo de tabaco, que había comunicado un matiz más bien amarillento a todo el local, y más especialmente a las polvorientas cortinas rojas que cubrían las ventanas. En la consola se amontonaban una variedad de artículos misceláneos, los más notables de los cuales eran unas vinagreras muy nebulosas, un par de estuches de viaje, dos o tres látigos, varias mantas de viaje, una bandeja con cuchillos y tenedores, y la mostaza.

Allí era donde Tupman y Snodgrass estaban sentados la tarde después de acabarse las elecciones, con otros residentes temporales de la casa, fumando y bebiendo.

—Bueno, caballeros —dijo un personaje obeso y jovial, con un solo ojo, un ojo negrísimo, que guiñaba con expresión picaresca de broma y buen humor—; a nuestra salud, señores. Siempre propongo ese brindis a la reunión, y yo brindo a la salud de Mary. ¡Eh, Mary!

—Váyase a paseo, granuja —dijo la criada, evidentemente nada disgustada por el cumplimiento, sin embargo.

—No te vayas, Mary —dijo el hombre del ojo negro.

—Déjeme en paz, impertinente —dijo la joven.

—No importa —dijo el tuerto, llamando a la chica cuando salía de la habitación—. Enseguida voy, Mary. No te pongas de mal humor, preciosa.

Y continuó su tarea, nada difícil, de guiñar su único ojo a los reunidos, con el entusiástico deleite de un personaje entrado en años, de cara sucia y pipa de barro.

—Criaturas extrañas, las mujeres —dijo el de la cara sucia, después de una pausa.

—¡Ah! En eso no se puede uno equivocar —dijo un hombre de cara muy colorada, detrás de su cigarro.

Tras este pequeño fragmento de filosofía, hubo otra pausa.

—Pero en este mundo hay cosas más extrañas que las mujeres, no lo olvide —dijo el del ojo negro, llenando lentamente una gran pipa holandesa de amplia cazoleta.

—¿Está usted casado? —preguntó el de la cara sucia.

—No puedo decir que lo esté.

—Ya suponía que no.

Aquí el de la cara sucia cayó en un éxtasis de regocijo ante su propia réplica, en el que fue acompañado por un hombre de voz suave y aspecto pálido, que siempre se empeñaba en estar de acuerdo con todos.

—Las mujeres, después de todo, señores —dijo el entusiástico Snodgrass—,

son el apoyo y el consuelo de nuestra existencia.

—Sí que lo son —dijo el hombre plácido.

—Cuando están de buen humor —interrumpió el de la cara sucia.

—También eso es verdad —dijo el plácido.

—Rechazo esa reserva —dijo Snodgrass, cuyos pensamientos empezaban a dirigirse a Emily Wardle—. La rechazo con desdén, con indignación. Enséñenme un hombre que diga algo contra las mujeres, en cuanto mujeres, y afirmaré cara a cara que no es un hombre.

Y Snodgrass se quitó el cigarro de la boca, y golpeó violentamente la mesa con el puño.

—Esta es una hermosa discusión —dijo el plácido.

—Que contiene un punto de vista que yo niego —interrumpió el de la cara sucia.

—Y también hay mucho de verdad en lo que usted observa —dijo el plácido.

—A su salud —dijo el tuerto, que era viajante, lanzando un saludo de asentimiento hacia el señor Snodgrass.

Snodgrass agradeció el cumplido.

—Siempre me gusta oír una buena discusión —siguió el viajante—, una discusión fuerte, como esta; enseña mucho; pero esta cuestión de las mujeres me ha traído a las mientes una historia que oí contar a un anciano tío mío, cuyo recuerdo, ahora mismo, me hace decir que a veces se encuentran cosas más raras que las mujeres.

—Me gustaría oír esa historia —dijo el de la cara roja y el cigarro.

—¿De veras? —fue la única respuesta del viajante, que siguió fumando con gran vehemencia.

—A mí también me gustaría —dijo Tupman, hablando por primera vez. Siempre estaba deseoso de acrecentar su reserva de experiencia.

—¿De veras? Bueno, entonces la contaré. Pero no; no querrán creerla —dijo el del ojo pícaro, haciendo tomar a este órgano un aire más pícaro que nunca.

—Si usted dice que es cierta, yo le creeré —dijo Tupman.

—Bueno, si se entiende así, les diré —respondió el viajero—: ¿han oído hablar alguna vez de la gran casa comercial Bilson y Slum? Pero tampoco importa que hayan oído hablar o no de ella, porque hace tiempo que se ha retirado de los negocios. Fue hace ochenta años, y el asunto le ocurrió a un viajante de esa casa; pero el viajante era íntimo amigo de mi tío, y mi tío me contó la historia. Es un nombre raro, pero él solía llamarla:

LA HISTORIA DEL VIAJANTE

Y solía contarla más o menos así:

« Una tarde de invierno, hacia las cinco, cuando empezaba a oscurecer, se

podía haber visto a un hombre en un calesín, hostigando a su fatigado caballo por el camino que lleva a través de las dunas de Marlborough, en dirección a Bristol. Digo que se le podía haber visto, y no dudo de que se le habría visto si hubiera pasado por el camino alguien que no fuera un ciego; pero el tiempo era muy malo, y anochecía, con frío y humedad, y no había más que agua, y el viajero avanzaba traqueteando por en medio del camino, muy solitario y temeroso. Si un viajante de nuestros tiempos hubiera visto aquel mísero calesín, de caja color de barro y ruedas rojas, y la veloz yegua baya, caprichosa y de mal humor, que parecía un cruce entre un caballo de carnicero y un potrillo de cartero de dos peniques, enseguida hubiera sabido que este viajante no podía ser otro que Tom Smart, de la gran casa Bilson y Slum, calle Cateaton, City, Londres. Sin embargo, como no había otro viajante que lo viera, nadie sabía nada de todo este asunto; de modo que Tom Smart y su calesín color de barro con ruedas rojas, y la yegua irritable de paso rápido, seguían juntos, guardando el secreto entre ellos, y nadie se enteraba de nada.

» Hay en este mundo muchos lugares más agradables que las dunas de Marlborough cuando sopla fuerte; y si a eso se añade un sombrío atardecer de invierno, un camino fangoso y resbaladizo, y una fuerte lluvia en ráfagas, y se prueba el efecto, por vía de experimento, en la propia persona, se percibirá toda la fuerza de esta afirmación.

» El viento soplaba, no por el camino, de frente o de espalda, aunque ya eso sea bastante malo, sino completamente de medio lado, enviando la lluvia al sesgo, como en esas líneas que solían ponerse en los cuadernos de escuela para que los niños inclinaran bien las letras. Por un momento desaparecía, y el viajante empezaba a engañarse con la ilusión de que, agotada por su violencia anterior, se había posado tranquilamente a descansar, cuando ¡uuuh!, lo oía gruñendo y silbando a distancia, y llegaba apresurado sobre las cumbres de las colinas para barrer la llanura, hasta estrellarse con un choque violento contra hombre y animal, metiéndoles la lluvia por las orejas, y su frío y húmedo aliento hasta los mismos huesos; y seguía más allá, lejos, lejos, con un rugido ensordecedor, como para burlarse de aquella debilidad, triunfando en la conciencia de su propia fuerza y energía.

» La yegua baya avanzaba salpicando, a través del fango y el agua, con las orejas gachas; de vez en cuando, sacudiendo la cabeza como para expresar su desagrado ante el comportamiento nada caballeroso de los elementos, pero, a pesar de todo, manteniendo un buen paso, hasta que un soplo de viento, más furioso que ninguno de los que les habían asaltado hasta entonces, la hizo detenerse de repente y plantar firmemente las cuatro patas en el suelo, para evitar que se la llevara el aire. Fue una suerte especial que lo hiciera, pues si se la hubiera llevado el viento, la caprichosa yegua era tan ligera, y el calesín era tan ligero, y Tom Smart añadía tan escaso peso al lote, que infaliblemente habrían

tenido que salir rodando juntos hasta alcanzar los límites de la tierra, o hasta que el viento cesara; y en uno u otro caso, lo probable es que ni la yegua caprichosa, ni el calesín color de barro con ruedas rojas, ni Tom Smart hubieran vuelto a quedar jamás aptos para el servicio.

» —Bueno, malditos sean mis bigotes y patillas —dijo Tom Smart (Tom a veces tenía la desagradable manía de jurar)—; malditos mis bigotes y patillas —dijo Tom—; si esto no es delicioso, ¡que me lleve el viento!

» Ustedes preguntarán probablemente, puesto que Tom Smart ya casi había sido arrastrado por el viento, cómo expresaba el deseo de ser sometido otra vez al mismo proceso. No sé decir; todo lo que sé es que Tom Smart dijo eso, o por lo menos siempre decía a mi tío que lo dijo, lo cual viene a ser lo mismo.

» —¡Que me lleve el viento! —dijo Tom Smart; y la yegua se inclinaba como si fuera exactamente de la misma opinión.

» ”Ánimo, vieja —dijo Tom, dando golpecitos al animal en el cuello con el extremo del látigo—; no quiero empujar en una noche como esta; en la primera posada a que lleguemos nos quedaremos, así que cuanto más deprisa, antes se acabará. Sooo, vieja… con cuidado… con cuidado.

» No sé si la yegua caprichosa estaba bastante familiarizada con el tono de la voz de Tom como para comprender su significado, o si encontró que hacía más frío cuando estaba quieta que cuando se movía. Pero sí puedo decir que no bien había acabado de hablar Tom, cuando la yegua enderezó las orejas y echó a correr a una velocidad que hizo traquetear el calesín color de barro hasta que uno habría imaginado que todos los radios rojos de las ruedas iban a echar a volar hacia la hierba de las dunas de Marlborough; y el mismo Tom, aun siendo buen cochero, no pudo frenar ni dominar su paso hasta que ella se detuvo por su propia decisión ante una posada a la derecha del camino, a un cuarto de milla del final de las dunas.

» Tom lanzó una mirada rápida a lo alto de la casa al dejar las riendas al posadero, y metió el látigo en el pescante. Era una extraña casa vieja, construida con una especie de cascajo incrustado, por decirlo así, de vigas entrecruzadas, con ventanas de visera puntiaguda que se proyectaban completamente hacia fuera, una puerta baja con porche sombrío y un par de abruptos escalones que daban paso a la casa, en vez de la moda moderna de poner media docena de escalones bajos para guiar suavemente la subida a ella. Sin embargo, era un sitio de aspecto confortable, pues había una fuerte luz alegre en la ventana del bar que iluminaba hasta el seto del otro lado, y había una luz roja vacilante en la ventana del otro lado, apenas discernible un momento, y un momento después centelleando fuerte por entre las cortinas echadas, en señal de que dentro ardía un buen fuego. Notando estos indicios con la mirada de un viajero experto, Tom desmontó con tanta agilidad como lo permitían sus miembros medio helados, y entró en la casa.

» Antes de cinco minutos, Tom estaba bien instalado en el cuarto frente al bar, el mismo cuarto donde había conjeturado que ardía el fuego, y ante una auténtica hoguera, sólida y crepitante, compuesta por poco menos que una arroba de carbón y suficiente leña como para hacer media docena de matorrales de monte, hasta media altura de la chimenea, y estallando y chasqueando con un ruido que por sí mismo habría calentado el corazón de cualquier hombre razonable. Esto era consolador, pero no era todo; pues una muchacha elegantemente vestida, con mirada viva y lindas pantorrillas, ponía un mantel muy limpio en la mesa; y Tom, al sentarse, con los pies en pantuflas apoyados en el guardafuegos, de espaldas a la puerta abierta, vio una seductora perspectiva del bar reflejada en el espejo sobre la chimenea, con deliciosas filas de botellas verdes y etiquetas doradas, junto con jarros de conservas en vinagreta, quesos y jamones en dulce y trozos de carne fiambre, ordenados en estantes en la disposición más tentadora y deliciosa. Bueno, esto también era muy consolador, pero ni siquiera esto era todo; pues junto al bar, tomando té en la más linda mesita posible, muy cerca del fuego más brillante que cabe imaginar, había una guapa viuda de unos cuarenta y ocho años más o menos, con un rostro tan consolador como el propio bar, y que era evidentemente la patrona de la posada y la suprema dominadora de todas aquellas gratas posesiones.

» Había solo un inconveniente en la belleza de conjunto de este cuadro, y era un hombre alto, muy alto, con casaca parda de botones brillantes, bigotes negros y ondulado pelo negro, sentado con la viuda a tomar el té, y que, sin que hiciera falta tener gran penetración para descubrirlo, estaba en buen camino de persuadirla para que no siguiera siendo viuda y le concediera el privilegio de sentarse allí durante todo el resto de su vida natural.

» Tom Smart no era de ningún modo de carácter irritable o envidioso, pero, sin saber por qué, el hombre alto de la casaca parda y los botones brillantes excitó la poca bilis que entraba en su composición, y esta le produjo una cólera extraordinaria, más especialmente porque pudo observar de vez en cuando, desde su asiento ante el espejo, ciertas pequeñas familiaridades cariñosas que tenían lugar entre el hombre alto y la viuda, y que denotaban suficientemente que el hombre alto estaba tan alto en el favor de ella como en su propia estatura. A Tom le gustaba el ponche caliente —puedo atreverme a decir que le gustaba mucho el ponche caliente—, y después de dejar a la caprichosa yegua bien alimentada y albergada y de comerse hasta el último pedazo de la excelente cena caliente que la viuda le puso delante con sus propias manos, pidió simplemente un vaso de ponche, por vía de experimento. Ahora bien, si había una cosa en el dominio entero del arte doméstico que la viuda supiera elaborar mejor que nadie, era ese preciso artículo; y el primer vaso estaba adaptado al gusto de Tom Smart con tan peculiar lindeza, que encargó otro vaso con la menor tardanza posible. El ponche caliente, señores, es una cosa agradable; una cosa

muy agradable en cualquier circunstancia, pero en aquel grato saloncito antiguo, ante el fuego crepitante, con el viento soplando fuera hasta hacer crujir todas las maderas de la casa, Tom Smart lo encontró perfectamente delicioso. Encargó otro vaso, y luego otro —no estoy muy seguro de que no pidiera otro más después de este—, pero cuanto más ponche caliente bebía, más pensaba en el hombre alto.

» —¡Maldita sea su desvergüenza! —se dijo Tom—, ¿qué tiene que hacer en este sitio tan acogedor? ¡Además, qué feo rufián! —dijo Tom—. Si esta viuda tuviera un poco de gusto, seguramente podría elegir algún tipo mejor que este.

» Aquí, la mirada de Tom erraba desde el espejo de la chimenea al espejo puesto sobre la mesa; y al sentir que se iba poniendo poco a poco sentimental, vació el cuarto vaso de ponche y pidió el quinto vaso.

» Tom Smart, señores, siempre había tenido gran adhesión al servicio del público. Desde hacía mucho, su ambición era tener un bar propio, y atenderlo, con casaca verde, calzón corto y botas vueltas. Se imaginaba grandiosamente presidiendo alegres banquetes, y muchas veces había pensado qué bien se las arreglaría para pronunciar discursos, y qué ejemplo básico ofrecería a los clientes en el terreno de la bebida. Todas esas cosas pasaron rápidamente por la mente de Tom mientras bebía el ponche sentado junto al fuego crepitante, y se sintió muy justa y adecuadamente indignado por que el hombre alto estuviera tan en buen camino de gobernar esa excelente posada, mientras él, Tom Smart, estaba tan lejos de ello como siempre. Así, después de deliberar durante los dos últimos vasos sobre si tenía perfecto derecho a entablar una riña con el hombre alto por habérselas arreglado para entrar en las gracias de la viudita, Tom Smart llegó al fin a la conclusión satisfactoria de que era una persona muy maltratada y perseguida, y que haría mejor en irse a acostar.

» Por una ancha y antigua escalera, la muchacha elegante precedió a Tom, haciendo pantalla con la mano a la palmatoria para protegerla de las corrientes de aire, que en tan amplio y viejo lugar podrían haber encontrado mucho espacio para divertirse sin apagar la vela, pero que, sin embargo, la apagaron; proporcionando así a los enemigos de Tom la oportunidad de afirmar que fue él, y no el viento, quien apagó la vela, y que, mientras fingía estar encendiéndola otra vez, en realidad estaba besando a la muchacha. Sea como sea, se obtuvo otra luz, y Tom fue guiado a través de un dédalo de cuartos y un laberinto de pasillos hasta la habitación que se había preparado para recibirle, donde la muchacha le deseó buenas noches y le dejó solo.

» Era un buen cuarto, grande y con amplios armarios, con una cama que podía haber servido para todo un colegio, por no hablar de un par de arcas de roble que hubieran contenido el bagaje de un pequeño ejército; pero lo que más impresionó la sensibilidad de Tom fue una butaca de respaldo alto, extraña y de aire torvo, esculpida del modo más fantástico, con un almohadón floreado de

damasco, y con los remates redondos en el extremo de las patas, cuidadosamente envueltos en paño rojo, como si tuviera gota en los pies. De cualquier otra butaca extraña, Tom solo habría pensado que era una extraña butaca, y con eso se hubiera acabado el asunto; pero esta determinada butaca tenía algo, aunque él no sabía decir qué era, tan raro y tan diferente de cualquier otra pieza de mobiliario que hubiera visto jamás, que parecía fascinarle. Se sentó ante el fuego y se quedó mirando a la vieja butaca durante media hora.

» —Bueno —dijo Tom, desnudándose despacio y sin dejar de mirar todo el tiempo a la vieja butaca, que se erguía junto a la cama con misterioso aspecto—, nunca he visto un trasto tan raro como este en toda mi vida. Muy extraño —dijo Tom, que se había puesto muy juicioso con el ponche caliente—, muy extraño.

» Tom sacudió la cabeza con aire de profunda sabiduría, y volvió a mirar a la butaca. Pero no pudo sacar nada de ella, de modo que se metió en la cama, se arropó bien caliente y se quedó dormido.

» Una media hora después, Tom se despertó con sobresalto, en medio de un confuso sueño de hombres altos y vasos de ponche; y el primer objeto que se presentó a su imaginación en el despertar fue la butaca rara.

» "No la voy a mirar más"», se dijo Tom; apretó los párpados, y trató de convencerse de que iba a dormirse otra vez. Inútil; ante sus ojos no bailaban más que butacas raras, pataleando, saltando unas sobre los respaldos de otras y haciendo toda clase de volatines.

» —Más me vale ver una butaca de verdad, que dos o tres juegos completos de butacas imaginarias —dijo Tom, sacando la cabeza de entre las sábanas. Y allí estaba, claramente discernible a la luz del fuego, con aire tan provocativo como siempre.

» Tom miró a la butaca y, de repente, ante su mirada, le pareció que cambiaba del modo más extraordinario. Las tallas del respaldo asumieron poco a poco los rasgos y la expresión de un viejo y arrugado rostro humano; el almohadón de damasco se convirtió en un anticuado chaleco con solapas, los remates redondos de las patas se volvieron un par de pies, envueltos en pantuflas rojas de paño; y la butaca entera parecía un feo anciano, del siglo pasado, con los brazos en jarras. Tom se incorporó en la cama y se frotó los ojos para disipar la ilusión. No. La butaca era un feo y anciano señor que, más aún, guiñaba el ojo a Tom Smart.

» Tom, por naturaleza, era un tipo atrevido, que no se preocupaba por nada y, por añadidura, tenía encima cinco vasos de ponche caliente; de modo que, aunque al principio se asustó un poco, empezó a sentirse más bien indignado cuando vio al anciano haciéndole guiños y muecas con aire tan desvergonzado. Por fin, decidió que no lo iba a aguantar; y mientras el viejo rostro seguía haciéndole guiños con la misma rapidez, Tom dijo, con voz muy irritada:

» —¿Por qué demonios me hace guiños?

» —Porque me apetece, Tom Smart —dijo la butaca, o el anciano, como quieran ustedes llamarle. Pero dejó de guiñar cuando habló Tom, y empezó a hacer muecas como un mono entrado en años.

» —¿Cómo sabes mi nombre, viejo cascanueces? —preguntó Tom Smart, bastante desconcertado, aunque fingía no perder su dominio.

» —Vamos, vamos, Tom —dijo el viejo—; esa no es manera de hablar a una caoba española maciza. Maldita sea, no me habrías tratado con menos respeto si estuviera contrachapado.

» Al decir esto, el viejo puso una cara tan feroz, que Tom empezó a asustarse.

» —No tenía intención de faltarle al respeto, señor —dijo Tom en tono mucho más humilde que cuando habló al principio.

» —Bueno, bueno —dijo el viejo—, quizá no, quizá no… Tom…

» —Usted dirá…

» —Lo sé todo, Tom, sé todo lo que te pasa. Eres muy pobre, Tom.

» —Cierto que sí —dijo Tom Smart—. Pero ¿cómo lo sabe?

» —No te preocupes de eso —dijo el anciano—; te gusta demasiado el ponche.

» Tom Smart estaba a punto de protestar que no había probado una gota desde su último cumpleaños, pero cuando su mirada encontró la del viejo, este tenía un aire tan enterado que Tom se ruborizó y se quedó callado.

» —Tom —dijo el viejo—, la viuda es una mujer admirable… muy admirable… ¿eh, Tom?

» Y aquí el viejo compadre puso los ojos en blanco, levantó una de sus piernecillas arruinadas y, en conjunto, tomó un aspecto tan desagradablemente amoroso que Tom sintió repugnancia ante la liviandad de su actitud, ¡y a su edad, además!

» —Yo soy su tutor, Tom —dijo el viejo.

» —¿De veras? —preguntó Tom Smart.

» —Conocía a su madre, Tom —dijo el viejo—, y a su abuela. Me quería mucho; me hizo este chaleco, Tom.

» —¿De veras? —dijo Tom Smart.

» —Y estos zapatos —dijo el viejo compadre, levantando una de las pantuflas de paño rojo—, pero no hablemos de eso, Tom. No querría que se supiera que me tenía tanto afecto. Podría dar lugar a algún disgusto en la familia.

» Al decir esto, el viejo sinvergüenza tenía un aire tan extremadamente impertinente, que Tom Smart, como declaró después, se hubiera sentado encima de él sin ningún remordimiento.

» —Yo fui un gran favorito de las mujeres de mis tiempos —dijo el viejo y corrompido libertino—; centenares de mujeres hermosas se sentaron en mi regazo durante horas y horas. ¡Qué piensas de eso, eh, bribón!

» Y el viejo iba a pasar a contar otras hazañas de su juventud, cuando le

invadió un ataque de crujidos tan fuerte que no fue capaz de proseguir.

» "Te está bien empleado, viejo verde", pensó Tom Smart, pero no dijo nada.

» —¡Ah! —dijo el anciano—; ahora sufro mucho de esto. Me estoy poniendo viejo, Tom; ya he perdido casi todos los travesaños. También me han hecho una operación, una pequeña pieza en el respaldo, y me resultó una prueba muy dura, Tom.

» —Ya me lo imagino —dijo Tom Smart.

» —De todas maneras —dijo el viejo—, no se trata de eso. ¡Tom! Quiero que te cases con la viuda.

» —¡Yo! —dijo Tom.

» —Tú —dijo el anciano.

» —¡Benditas sean sus venerables canas! —dijo Tom (no le quedaban más que algunas crines de caballo dispersas)—; benditas sean sus venerables canas, pero ella no me querrá.

» Y Tom suspiró involuntariamente, al pensar en la escena de antes.

» —¿No te va a querer? —dijo firmemente el viejo.

» —No, no —dijo Tom—; hay otro por en medio. Un hombre alto… condenadamente alto… con bigotes negros.

» —Tom —dijo el viejo—, ella nunca le querrá.

» —¿Cómo que no? —dijo Tom—. Si usted hubiera estado abajo, no diría lo mismo.

» —Bah, bah —dijo el viejo—; todo eso ya lo sé.

» —¿Todo eso? —dijo Tom.

» —Los besos detrás de la puerta, y toda esa clase de cosas, Tom —dijo el viejo.

» Y aquí le lanzó otra mirada desvergonzada, que puso muy irritado a Tom, porque, como ustedes saben, señores, es muy desagradable oír hablar de estas cosas a un viejo, que debería tener más sentido.

» —Ya lo conozco, todo eso —dijo el viejo—. En mis tiempos, lo he visto hacer muchas veces, Tom, entre más personas de las que me gustaría nombrarte; pero nunca resultó nada, después de todo.

» —Debe usted de haber visto cosas curiosas —dijo Tom con mirada interrogante.

» —Y que lo digas, Tom —respondió el viejo, con un guiño complicadísimo —. Soy el último de mi familia, Tom —dijo el viejo, con su suspiro melancólico.

» —¿Una familia muy numerosa? —preguntó Tom Smart.

» —Éramos doce, Tom —dijo el viejo—; todos buenos mozos, estupendos, derechos de espaldas, como no hay más que ver. Nada de estos engendros modernos; sino todos con brazos, y con tal brillo de barniz que, aunque me esté mal el decirlo, te habría encantado verlo.

» —¿Y qué ha sido de los demás? —preguntó Tom Smart.

» El viejo se llevó el codo a un ojo al contestar:

» —¡Muertos, Tom, muertos! Tuvimos una vida muy dura, Tom, y no todos tenían mi naturaleza. Les entró reuma en las piernas y los brazos, y fueron a parar a cocinas y otros hospitales; y uno de ellos, con tanto trabajo y con un empleo tan duro, perdió completamente la cabeza; se puso tan loco que hubo que quemarlo. ¡Una cosa muy desagradable, Tom!

» —¡Terrible! —dijo Tom Smart.

» El viejo se detuvo unos minutos, al parecer luchando con sus sentimientos de emoción, y luego dijo:

» —De todas maneras, Tom, me estoy apartando del asunto. Ese hombre alto, Tom, es un aventurero granuja. En el momento en que se casara con la viuda, vendería todos los muebles y se escaparía. ¿Cuál sería la consecuencia? Ella quedaría abandonada y en la ruina, y yo me moriría de un catarro en alguna casa de compra y venta.

» —Sí, pero…

» —No me interrumpas —dijo el viejo—; de ti, Tom, tengo una opinión muy diferente, pues sé muy bien que una vez que te establecieras en una posada, no la dejarías jamás mientras hubiera algo de beber entre sus paredes.

» —Le agradezco mucho esa buena opinión de mí —dijo Tom Smart.

» —Por consiguiente —continuó el anciano en tono dictatorial—, la tendrás tú, y no él.

» —¿Cómo se puede evitar? —dijo Tom Smart, ansioso.

» —Con esta revelación —respondió el viejo—: él ya está casado.

» —¿Cómo puedo demostrarlo? —dijo Tom, medio saliéndose de la cama de un salto.

» El viejo separó un brazo del costado y, señalando a uno de los cofres de roble, inmediatamente volvió a colocarlo en su posición anterior.

» —Poco se imagina él —dijo el viejo— que en el bolsillo derecho de unos pantalones que hay en ese cofre, se ha dejado una carta en que su mujer le pide que vuelva al lado de ella y de sus seis (fíjate, Tom), seis niños, y todos ellos pequeños.

» Al pronunciar solemnemente esas palabras, sus rasgos se fueron haciendo más borrosos y su figura más nebulosa. Una niebla cayó sobre los ojos de Tom Smart. El viejo pareció fundirse poco a poco con la butaca, el chaleco de damasco se volvió almohadón, y las pantuflas rojas se convirtieron en fundas de paño. La luz se extinguió suavemente, y Tom Smart cayó otra vez en la almohada y se quedó dormido.

» La mañana sacó a Tom del letargo en que se hundió al desaparecer el viejo. Se incorporó en la cama, y durante unos minutos se esforzó vanamente por recordar los sucesos de la noche precedente. De repente, se acordó de todo en tropel. Miró a la butaca; ciertamente, era un mueble fantástico y de aspecto

sombrío, pero tenía que ser una imaginación muy viva y ocurrente la que descubriera alguna semejanza entre la butaca y un anciano.

» —¿Cómo estás, viejo? —dijo Tom. Era más valiente a la luz del día, como suele ocurrirle a todo el mundo.

» La butaca siguió inmóvil y no dijo ni palabra.

» —Fea mañana —dijo Tom.

» La butaca no quería seguir la conversación.

» —¿A qué cofre señalaste? Eso me lo podrás decir —dijo Tom.

» Ni por todos los demonios, señores, la butaca no decía ni palabra.

» —De todos modos, no cuesta mucho abrirlo —dijo Tom, levantándose decidido.

» Se acercó a uno de los cofres. La llave estaba en la cerradura; le dio la vuelta y abrió la tapa. Había unos pantalones. Metió la mano en el bolsillo, y sacó la misma carta que le había descrito el viejo.

» —¡Qué cosa más rara esta! —dijo Tom Smart, mirando primero a la butaca, luego al cofre, y luego a la carta, y luego otra vez a la butaca—. Muy rara —dijo Tom. Pero como en ninguna de esas cosas había nada que disminuyera la rareza, pensó que igual podría vestirse y arreglar enseguida el asunto del hombre alto, aunque solo fuera para salir de su lamentable situación.

» Al bajar por las escaleras, Tom inspeccionó los cuartos por donde pasaba con la mirada escudriñadora de un dueño, no considerando imposible que antes de mucho tiempo fueran propiedad suya, con todo su contenido.

» El hombre alto estaba de pie ante el mostrador del acogedor bar, con las manos delante como en su casa. Sonrió distraídamente a Tom.

» Un observador casual podría haber supuesto que lo hacía solo para exhibir sus blancos dientes, pero Tom Smart sabía que había una conciencia de triunfo en el lugar donde hubiera estado la mente del hombre alto, de haberla tenido. Tom se le rió a la cara, y llamó a la patrona.

» —Buenos días, señora —dijo Tom Smart, cerrando la puerta de la salita cuando entró la viuda.

» —Buenos días, señor —dijo la viuda—, ¿qué quiere para desayunar?

» Tom estaba pensando cómo entrar en materia, de modo que no contestó.

» —Hay un jamón muy bueno —dijo la viuda— y pollo fiambre relleno. ¿Se los mando, señor?

» Estas palabras sacaron a Tom de sus reflexiones. Su admiración por la viuda creció al oírla hablar. ¡Reflexiva criatura! ¡Dulce proveedora!

» —¿Quién es el señor que está ahí, señora? —preguntó Tom.

» —Se llama Jinkins —dijo la viuda, ruborizándose levemente.

» —Es un hombre muy alto —dijo Tom.

» —Es un hombre admirable —respondió la viuda— y un excelente caballero.

» —¡Ah! —dijo Tom.

» —¿Desea algo más, señor? —preguntó la viuda, un tanto desconcertada por las maneras de Tom.

» —¡Cómo no! —dijo Tom—. Señora mía, ¿tiene la bondad de sentarse un momento?

» La viuda, con cara de gran asombro, se sentó, y Tom se sentó también, a su lado. No sé cómo fue, señores —desde luego, mi tío solía decirme que Tom Smart tampoco sabía cómo ocurrió—, pero, de un modo o de otro, la palma de la mano de Tom cayó sobre el dorso de la mano de la viuda, y permaneció allí mientras hablaba.

» —Mi estimada señora —dijo Tom Smart, que siempre tenía gran sentido para la amabilidad—; mi estimada señora, usted merece un excelente marido; cierto que lo merece.

» —¡Vamos, señor! —dijo la viuda; y no era extraño, siendo tan insólito, por no decir desconcertante, el modo que tuvo Tom de empezar la conversación, sobre todo si además se consideraba el hecho de que nunca la había visto hasta la noche anterior—. ¡Dios mío!

» —No me gusta adular, señora mía —dijo Tom Smart—; usted merece un excelente marido y, quienquiera que sea, será hombre afortunado.

» Al decir esto, la mirada de Tom, involuntariamente, erró desde la viuda a todas las comodidades que le rodeaban.

» La viuda parecía más desconcertada que nunca, e hizo un intento de levantarse. Tom oprimió suavemente su mano, como para sujetarla, y ella siguió sentada. Las viudas, señores, no suelen ser miedosas, como solía decir mi tío.

» —Cierto que le estoy muy agradecida por su buena opinión —dijo la linda viudita, medio riéndose—, y si alguna vez me vuelvo a casar…

» —Si alguna vez… —dijo Tom Smart, mirándola maliciosamente con el rabillo derecho del ojo izquierdo—, si…

» —Bueno —dijo la viuda, riéndose francamente esta vez—, cuando me case, espero que tendré un marido tan bueno como usted lo describe.

» —A saber, Jinkins —dijo Tom.

» —¡Vamos, señor! —exclamó la viuda.

» —Ah, no me diga nada —dijo Tom—; le conozco.

» —Estoy segura de que nadie que le conozca conoce nada malo de él —dijo la viuda, poniéndose seria ante el aire de misterio con que había hablado Tom.

» —¡Ejem! —dijo Tom Smart.

» La viuda empezó a pensar que ya iba siendo hora de llorar, de modo que sacó el pañuelo y preguntó si Tom deseaba injuriarla, si creía que era de caballero hablar mal de otro caballero a espaldas de este, y por qué, si tenía algo que decir, no se lo decía a ese hombre, como un hombre, en vez de asustar así a una pobre y débil mujer, etcétera.

» —Se lo diré a él enseguida —dijo Tom—, pero quiero que usted lo oiga antes.

» —¿Qué es? —preguntó la viuda, mirando atentamente el rostro de Tom.

» —La dejaré asombrada —dijo Tom, metiendo la mano en el bolsillo.

» —Si es que él necesita dinero —dijo la viuda—, ya lo sé, y no tiene usted que molestarse.

» —Bah, tonterías, eso no es nada —dijo Tom Smart—; yo sí que necesito dinero. No es eso.

» —¡Ay, Dios mío! ¿Qué puede ser? —exclamó la pobre viuda.

» —No se asuste —dijo Tom Smart.

» Sacó lentamente la carta y la desdobló.

» —¿No gritará? —dijo dubitativamente.

» —No, no —dijo la viuda—; déjemela ver.

» —¿No se desmayará, ni ninguna de esas tonterías? —dijo Tom.

» —No, no —respondió la viuda apresuradamente.

» —Y no salga corriendo a darle de bofetadas —dijo Tom—, porque eso ya lo haré yo por usted. Usted hará mejor en no fatigarse.

» —Bueno, bueno —dijo la viuda—; déjemela ver.

» —Ya voy —respondió Tom Smart y, con estas palabras, puso la carta en manos de la viuda.

» Señores, he oído decir a mi tío que Tom decía que los lamentos de la viuda, al conocer esta revelación, hubieran traspasado un corazón de piedra. Tom, ciertamente, era hombre de corazón muy tierno, y se lo traspasaron hasta su mismo centro. La viuda se agitó de un lado para otro, retorciendo las manos.

» —¡Ah, qué engaño y cobardía los de este hombre! —decía la viuda.

» —Horrible, señora, pero no se descomponga —decía Tom Smart.

» —¡Ay, no me puedo componer! —gritaba la viuda—. ¡Jamás encontraré nadie a quien pueda querer tanto!

» —Sí, sí, ya lo encontrará, querida mía —dijo Tom Smart, dejando caer un chaparrón de las más grandes lágrimas en su compasión por las desgracias de la viuda.

» Tom Smart, con el ímpetu de esa compasión, había rodeado con su brazo la cintura de la viuda; y la viuda, con la pasión del dolor, había estrechado la mano de Tom. Levantó la mirada al rostro de Tom, y sonrió entre sus lágrimas. Tom posó su mirada en el rostro de ella, y sonrió a través de las suyas.

» Nunca he podido averiguar, señores, si Tom besó o no besó a la viuda en ese determinado momento. Él solía decir a mi tío que no, pero yo tengo mis dudas sobre ello. Entre nosotros, señores, más bien creo que sí.

» De todos modos, Tom echó a patadas al hombre alto por la puerta de la posada media hora después, y se casó con la viuda un mes después. Y siguió viajando por la región, en el calesín de color barro con ruedas rojas, y la yegua

caprichosa del paso rápido, hasta que se retiró de los negocios unos años después, y se fue a Francia con su mujer, y derribaron aquella antigua posada».

—¿Me permite que le pregunte —dijo el viejo inquisitivo— qué fue de la butaca?

—Ah —replicó el viajante tuerto—, se observó que crujía mucho el día de la boda, pero Tom Smart no sabía decir con seguridad si era de placer o por debilidad física. Pero más bien creo que era esto último, pues nunca volvió a hablar después.

—¿Todo el mundo se creyó esa historia, no? —dijo el hombre de la cara sucia, volviendo a llenar la pipa.

—Excepto los enemigos de Tom —respondió el viajante—. Algunos de ellos dijeron que Tom la había inventado por completo; y otros dijeron que se emborrachó y se la imaginó, y antes de acostarse se llevó, por error, los pantalones que no eran suyos. Pero a nadie le importó lo que dijeran.

—¿Tom Smart decía que era verdad toda ella?

—Palabra por palabra.

—¿Y su tío?

—Letra por letra.

—Debían ser gente muy simpática, los dos —dijo el de la cara sucia.

—Sí, sí, que lo eran —respondió el viajante—, ¡gente muy simpática, desde luego!

XV

EN QUE SE DA UN FIEL RETRATO DE DOS DISTINGUIDAS PERSONAS, Y UNA EXACTA DESCRIPCIÓN DE UN ALMUERZO PÚBLICO EN SU CASA Y FINCA, EL CUAL ALMUERZO LLEVA AL RECONOCIMIENTO DE UN ANTIGUO CONOCIDO, Y AL COMIENZO DE OTRO CAPÍTULO

La conciencia había reprochado bastante al señor Pickwick su reciente descuido de los amigos que quedaron en Al Pavo Real, y estaba a punto de marchar en busca de ellos, en la tercera mañana después de acabarse las elecciones, cuando su fiel lacayo le puso en la mano una tarjeta en que estaba grabada la siguiente inscripción:

SEÑORA DE LEO HUNTER

La Cueva. Eatanswill[28]

—Una persona le espera —dijo Sam, con brevedad enigmática.

—¿Desea verme a mí? —preguntó el señor Pickwick.

—Precisamente a *usté* le desea ver ese señor, y nadie más le sirve, como dijo el secretario particular del diablo cuando se llevó al doctor Fausto —respondió Weller.

—¿Cómo es ese señor? ¿Es un señor? —dijo el señor Pickwick.

—Una excelente imitación de un señor, si no lo es —respondió Weller.

—Pero esta tarjeta es de una señora —dijo el señor Pickwick.

—De *toas* maneras, me la ha *dao* un señor —respondió Sam—, y espera en el salón; ha dicho que esperará *too* el día, con tal de verle.

El señor Pickwick, al conocer tal determinación, descendió al salón, donde estaba sentado un hombre serio, que cuando él entró se puso en pie de un salto y dijo, con aire de profundo respeto:

—¿El señor Pickwick, supongo?

—El mismo.

—Permítame el honor de estrechar su mano. Permítame estrechársela —dijo el hombre serio.

—¡Cómo no! —dijo el señor Pickwick.

El desconocido estrechó la mano que le ofrecían, y siguió luego:

—Hemos oído hablar de su fama; el clamor de su discusión arqueológica ha llegado a oídos de la señora de Leo Hunter, mi esposa; yo soy Leo Hunter… —El desconocido se detuvo como esperando que el señor Pickwick quedara abrumado con tal revelación, pero viendo que seguía perfectamente tranquilo, continuó—: Mi esposa, la señora de Leo Hunter, se enorgullece de contar entre sus amistades

a todos los que se han hecho célebres con sus obras y su talento. Permítame, señor, poner en un lugar distinguido de esa lista el nombre del señor Pickwick y sus cofrades del Club que toma de él su nombre.

—Tendré sumo gusto en entablar conocimiento con tal señora —respondió el señor Pickwick.

—Lo tendrá —dijo el hombre serio—. Mañana por la mañana damos un almuerzo público, una *fête champêtre*, para un gran número de aquellos que se han hecho célebres por sus obras y talento. Permita a la señora de Leo Hunter tener el placer de verle a usted en La Cueva.

—Con mucho gusto —respondió el señor Pickwick.

—La señora de Leo Hunter da muchos de estos almuerzos —continuó su nuevo conocido—; «fiestas del alma, efluvios de las mentes», como observó, con sentimiento y originalidad, alguien que escribió un soneto a los almuerzos de la señora de Leo Hunter.

—¿Era alguien célebre por sus obras y talento? —preguntó el señor Pickwick.

—Lo era —dijo el hombre serio—: lo son todos los conocidos de la señora de Leo Hunter; lo que ella ambiciona es no tener otras amistades.

—Es una ambición muy noble —dijo el señor Pickwick.

—Cuando informe a la señora de Leo Hunter de que tal observación ha caído de sus labios, se sentirá ciertamente orgullosa —dijo el hombre serio—. Creo que tiene usted en su acompañamiento un señor que ha escrito algunos excelentes poemitas.

—Mi amigo el señor Snodgrass tiene mucho gusto en materia de poesía —respondió el señor Pickwick.

—También lo tiene la señora Hunter. Ama la poesía. La adora; puedo decir que toda su alma y su mente están ligadas y unidas a ella. Ella misma ha compuesto algunas poesías excelentes. Quizá usted haya visto su «Oda a una Rana Expirante».

—Me parece que no —dijo el señor Pickwick.

—Me sorprende usted —dijo el señor Leo Hunter—; produjo una inmensa sensación. Iba firmada con una «L» y ocho asteriscos, y apareció originalmente en una revista de señoras. Empezaba…

Te veo jadear, rana, te miro
tendida de barriga, sin respiro,
¡cómo no he de sufrir con tu agonía,
todo el día,
rana mía!

—¡Maravilloso! —dijo el señor Pickwick.

—Es estupendo —dijo el señor Leo Hunter—; ¡tan sencillo!

—Mucho —dijo el señor Pickwick.

—La siguiente estrofa es aún más conmovedora. ¿Quiere que se la diga?

—Sí, por favor —dijo el señor Pickwick.

—Dice así —anunció el hombre serio, aún con más seriedad—:

Tus enemigos, en forma infantil,
con salvaje ulular y gritos mil,
¿te echaron de tu fango y tu alegría,
a porfía,
rana mía?

—Muy bien expresado —dijo el señor Pickwick.

—Es un gran acierto —dijo el señor Leo Hunter—; pero ya se lo oirá recitar a la señora de Leo Hunter. Ella sí que lo dice como es preciso. Lo recitará mañana, vestida con el traje; mañana por la mañana.

—¡Con el traje!

—Vestida de Minerva. Ah, es que me olvidaba… es un almuerzo de disfraces.

—Ah, vaya —dijo el señor Pickwick, echando una ojeada a su propia figura —; yo no podré de ningún modo…

—¡Cómo que no! —exclamó el señor Leo Hunter—. Solomon Lucas, el judío de High Street, tiene miles de trajes de máscara. Considere usted cuántos personajes adecuados se ofrecen a su elección: Platón, Zenón, Epicuro, Pitágoras… todos ellos fundadores de clubes.

—Ya lo sé —dijo el señor Pickwick—, pero como no puedo entrar en competición con esos grandes hombres, tampoco puedo atreverme a llevar sus trajes.

El hombre serio meditó profundamente durante unos segundos, y luego dijo:

—Pensándolo bien, no sé si le daría mayor placer a la señora de Leo Hunter que sus invitados vieran a un hombre tan famoso como usted en su propia indumentaria, en vez de ir en traje fingido. Me puedo atrever a prometerle una excepción en su caso; sí, estoy seguro de que, por lo que respecta a la señora de Leo Hunter, me puedo atrever a ello.

—En ese caso —dijo el señor Pickwick—, tendré mucho gusto en ir.

—Pero estoy robándole el tiempo, señor Pickwick —dijo el hombre serio, como cayendo en la cuenta de repente—; y sé cuánto vale. No le entretendré más. Entonces, ¿puedo decir a la señora de Leo Hunter que puede esperar, con toda confianza, verles a usted y a sus distinguidos amigos? Usted lo pase bien; he tenido un gran honor en haber conocido a tan eminente personaje; no se mueva usted; ni palabra.

Y sin dar tiempo al señor Pickwick de expresar su negativa ante tal insistencia, el señor Leo Hunter se marchó con toda seriedad.

El señor Pickwick tomó el sombrero y se presentó en Al Pavo Real, pero Winkle ya había llevado antes que él las noticias sobre la reunión de disfraces.

—Irá la señora Pott —fueron las primeras palabras con que saludó a su jefe.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick.

—Vestida de Apolo. Solo que a Pott no le gusta la túnica.

—Tiene razón. Tiene mucha razón —dijo enfáticamente el señor Pickwick.

—Sí, por eso llevará un manto de raso blanco con lentejuelas doradas.

—Pero difícilmente sabrán qué es lo que quiere decir, ¿no? —preguntó Snodgrass.

—Claro que sí lo sabrán —respondió indignado Winkle—. Ya verán la lira, ¿no?

—Ah, es verdad; se me olvidaba eso —dijo Snodgrass.

—Yo iré de bandido —interrumpió Tupman.

—¿Cómo? —dijo el señor Pickwick con repentino sobresalto.

—De bandido —repitió Tupman con suavidad.

—¿No me irá a decir —dijo el señor Pickwick, observando con solemne fijeza a su amigo—, no me irá a decir, Tupman, que su intención es ponerse una chaqueta verde de pana, con una cola de dos pulgadas?

—Esa es mi intención —replicó con calor Tupman—. ¿Y por qué no?

—Porque, señor Tupman —dijo el señor Pickwick, muy alterado—, porque usted es demasiado viejo.

—¡Demasiado viejo! —exclamó Tupman.

—Y si eso no es bastante motivo para objetar —siguió el señor Pickwick—, porque está usted demasiado gordo.

—Señor Pickwick —dijo Tupman con el rostro encendido de rojo—, eso es un insulto.

—Señor Tupman —replicó el señor Pickwick en el mismo tono—; no es ni la mitad de insulto para usted que lo que sería para mí verle en mi presencia con una chaqueta de pana verde de dos pulgadas de cola.

—Señor Pickwick —dijo Tupman—, ¡es usted un grosero!

—Señor Tupman —dijo Pickwick—, ¡usted también!

Tupman avanzó un paso o dos, y se quedó mirando coléricamente a Pickwick. Pickwick devolvió la mirada, concentrada en su foco por medio de sus lentes y respirando valiente desafío. Snodgrass y Winkle miraban atónitos, petrificados al contemplar tal escena entre tales hombres.

—Señor Pickwick —dijo Tupman, tras una breve pausa, hablando con voz baja y profunda—, usted me ha llamado viejo.

—Así es —dijo Pickwick.

—Y gordo.

—Repito la acusación.

—Y un grosero.

—¡Y lo es!

Hubo una temible pausa.

—Mi adhesión a su persona —dijo Tupman, hablando con voz trémula de emoción y remangándose mientras tanto los puños de la camisa— es grande, muy grande, pero tengo que tomar venganza sumaria en esa persona.

—¡Pues venga usted acá! —replicó Pickwick.

Estimulado por el carácter excitante del diálogo, el heroico hombre, efectivamente, se colocó en una actitud paralizada, que los dos observadores se permitieron suponer que se entendía como postura de defensa.

—¡Cómo! —exclamó Snodgrass, recobrando de repente la capacidad de hablar, de la que le había privado su intenso asombro, y precipitándose en medio de ambos, con inminente riesgo de recibir de cada cual un golpe en las sienes—. ¡Qué es eso! ¡Señor Pickwick, con las miradas del mundo entero fijas en usted! ¡Señor Tupman, usted, que, en común con nosotros, recibe tanto resplandor de ese nombre imperecedero! ¡Qué vergüenza, señores, qué vergüenza!

Las desacostumbradas líneas que el apasionamiento momentáneo había trazado en la frente, amplia y clara, del señor Pickwick, se fueron fundiendo gradualmente ante las palabras de su joven amigo, como los trazos de un lápiz bajo la influencia suavizadora de una goma de borrar. Su rostro había recobrado su habitual expresión benigna, antes de que este acabara.

—Me he precipitado —dijo el señor Pickwick—, me he precipitado demasiado. Tupman, deme la mano.

La oscura sombra desapareció de la cara de Tupman al estrechar cálidamente la mano de su amigo.

—Yo también me he precipitado —dijo.

—No, no —interrumpió Pickwick—; la culpa ha sido mía. ¿Se pondrá usted la chaqueta verde de pana, no?

—De ninguna manera —respondió Tupman.

—Se la pondrá, para darme gusto —siguió el señor Pickwick.

—Bueno, bueno, me la pondré —dijo Tupman.

En consecuencia, se acordó que Tupman, Winkle y Snodgrass irían disfrazados los tres. Así el señor Pickwick fue llevado por el propio calor de sus buenos sentimientos a dar su consentimiento a una iniciativa ante la cual habría retrocedido su mejor juicio; sería difícil imaginar una ilustración más evidente de su carácter amigable, aun cuando los acontecimientos anotados en estas páginas hubieran sido totalmente imaginarios.

El señor Leo Hunter no había exagerado los recursos de Solomon Lucas. Su guardarropa era muy amplio, muy extenso; no estrictamente clásico, quizá, ni completamente nuevo, ni contenía ninguna prenda hecha exactamente conforme a la moda de ninguna época ni tiempo, pero todo estaba más o menos adornado de lentejuelas; y ¡qué puede haber que sea más hermoso que las lentejuelas! Se

puede objetar que no se adaptan bien a la luz del día, pero todo el mundo sabe que resplandecerían si hubiera lámparas; y nada puede estar más claro que si la gente da bailes de máscaras de día, y los trajes no parecen tan bien como si fuera de noche, la culpa es solamente de la gente que da esos bailes, y de ningún modo debe atribuirse a las lentejuelas. Tal fue el convincente razonamiento del señor Lucas, y bajo la influencia de esos argumentos, Tupman, Winkle y Snodgrass se comprometieron a arreglarse con los trajes que su gusto y experiencia le indujeron a recomendar como admirablemente apropiados para la ocasión.

Se alquiló un coche en Al Escudo de la Ciudad para acomodar a los pickwickianos, se encargó una carretela en el mismo establecimiento con el propósito de llevar al señor y la señora Pott a la finca de la señora de Leo Hunter, que, según el señor Pott, a modo de delicado agradecimiento por haber recibido una invitación, había ya predicho confiadamente en la *Gaceta de Eatanswill* que « presentaría una escena de variado y delicioso encanto; una embriagadora refulgencia de belleza y talento; una ilimitada y pródiga exhibición de hospitalidad; y, sobre todo, un grado de esplendor suavizado por el más exquisito gusto; un lujo refinado por la perfecta armonía y la más estricta mesura; en comparación con lo cual, la legendaria riqueza de los países de los cuentos orientales parecería revestida de colores sombríos y foscos, como debía estarlo la mente del bilioso y monstruoso ser que intentara teñir con el veneno de su envidia los preparativos hechos por la virtuosa y altamente distinguida dama, ante cuyo santuario se ofrecía este humilde tributo de admiración» . Eso último era un trozo de incisivo sarcasmo contra el *Independiente*, que, a consecuencia de no haber sido invitado en absoluto, durante cuatro números había fingido burlarse de todo ese asunto con los titulares más grandes y con iniciales mayúsculas en todos los adjetivos.

Llegó esa mañana; fue un espectáculo placentero observar a Tupman en traje completo de bandido, con una chaqueta muy ceñida, rebosante como un acerico por la espalda y los hombros; con la parte superior de las piernas embutidas en los pantalones de pana, y la parte inferior envuelta en esos complicados ligamentos a que tanta afición tienen todos los bandidos. Era delicioso ver su rostro abierto e ingenuo, con sus buenos mostachos de corcho quemado, asomando por un cuello de camisa sin abrochar; y contemplar el sombrero de ala ancha, decorado con cintas de todos los colores, que se veía obligado a llevar en la rodilla, por cuanto ningún vehículo cubierto podía admitir que nadie lo llevara entre la cabeza y el techo.

Igualmente humorístico y agradable era el aspecto de Snodgrass, con calzones y casaca de raso azul, medias y zapatos de seda blanca y casco griego, que, como todo el mundo sabe (y si no, el señor Solomon Lucas sí lo sabía), fue el traje habitual, auténtico y cotidiano de los trovadores desde sus más antiguos

tiempos hasta su desaparición final de la faz de la tierra. Todo ello era placentero, pero no fue nada comparado con los gritos del populacho cuando el coche se detuvo detrás de la carretela de los señores Pott al pararse esta ante la puerta de estos señores, la cual se abrió para dejar ver al gran Pott engalanado como funcionario de la justicia rusa, con un tremendo látigo en la mano; simbolizando así, con buen gusto, el recio y enérgico poder de la *Gaceta de Eatanswill* y los temibles azotes que infligía a los enemigos públicos.

—¡Bravo! —gritaron Tupman y Snodgrass desde la acera cuando vieron aquella alegoría ambulante.

—¡Bravo! —se oyó que exclamaba el señor Pickwick desde la acera.

—¡Eh… viva Pott! —gritó el populacho.

Entre esos saludos subió al coche Pott, sonriendo con la especie de dignidad suave que testimoniaba suficientemente que sentía su fuerza y sabía ejercerla.

Y entonces emergió de la casa la señora Pott, que se hubiera parecido mucho a Apolo de no haber llevado puesto un manto, acompañada por Winkle, quien, en casaca rojo claro, no podría haber sido confundido con nada más que con un deportista, si no hubiera ostentado análoga semejanza con un jefe de correos. Por último salió el señor Pickwick, a quien los niños aplaudieron tanto como a los demás, probablemente bajo la impresión de que sus calzones y polainas eran remanentes de las oscuras épocas medievales; y entonces los dos vehículos avanzaron hacia la residencia de la señora de Leo Hunter, llevando a Sam Weller (que había de ayudar en el servicio) sobre el pescante, delante de su amo.

Todos, hombres, mujeres, niños y niñas; todos cuantos se habían reunido para ver a los visitantes en sus disfraces, gritaron de deleite y éxtasis cuando el señor Pickwick, con el bandido en un brazo y el trovador en el otro, se acercó solemnemente a la entrada. Jamás se oyeron tales gritos como los que saludaron los esfuerzos de Tupman por encajarse el sombrero de ala ancha en la cabeza con el fin de entrar en el jardín con debido estilo.

Los preparativos estaban en un plan muy agradable, realizando plenamente las proféticas predicciones de Pott sobre el esplendor de los países de los cuentos orientales, y a la vez proporcionando suficiente objeción a las malignas afirmaciones del reptil del *Independiente*. ¡La finca tenía cerca de una hectárea, y estaba llena de gente! Nunca hubo tal fulgor de belleza, elegancia y literatura. Allí estaba la señorita que «llevaba» la poesía en la *Gaceta de Eatanswill*, en atavío de sultana, apoyada en el brazo del joven que «llevaba» la sección de crítica, y que, adecuadamente, iba revestido de mariscal de campo, salvo las botas. Había huestes de tales genios, y cualquier persona razonable se hubiera considerado suficientemente honrada por conocerles. Pero, más aún, había una docena de «leones» venidos de Londres —escritores, escritores auténticos, que habían escrito libros enteros, y luego los habían impreso—; y ahí se les podía ver, andando de un lado para otro, como gente corriente, sonriendo y hablando; sí, y

también diciendo muchas tonterías, sin duda con la benigna intención de hacerse inteligibles a la gente vulgar que les rodeaba. Aún más: había una banda de música con gorros de cartón; cuatro cantores de algún sitio, en traje de su región, y una docena de camareros alquilados, también en el traje de su región, y muy sucio, por cierto. Y por encima de todo, estaba la señora de Leo Hunter, vestida de Minerva, recibiendo a los invitados y rebosando orgullo y satisfacción al pensar que había reunido a personas tan distinguidas.

—El señor Pickwick, señora —dijo un criado cuando este caballero se acercó a la diosa presidencial, llevando el sombrero en la mano y con el bandido y el trovador en cada brazo.

—¡Qué! ¿Dónde? —exclamó la señora de Leo Hunter con un sobresalto, en fingido rapto de sorpresa.

—¡Aquí! —dijo el señor Pickwick.

—¡Es posible que tenga de veras la satisfacción de contemplar al propio señor Pickwick! —exclamó la señora de Leo Hunter.

—El mismo, señora —respondió el señor Pickwick con una profunda reverencia—. Permítame presentar a mis amigos: el señor Tupman, el señor Winkle, el señor Snodgrass… a la autora de « A la Rana Expirante» .

Muy pocos, salvo los que lo han probado, saben qué proceso más difícil es hacer una reverencia con calzones verdes ajustados, una chaqueta ceñida y sombrero de copa alta; con pantalones de raso azul y sedas, o con botas y polainas que no estaban hechas para su portador, al cual le habían endosado todo ello sin la más remota referencia a las dimensiones relativas de él y del traje. Jamás hubo tales contorsiones como las que sufrió la complexión de Tupman en sus esfuerzos por parecer cómodo y gracioso; jamás hubo tales posturas ingeniosas como las que exhibieron sus disfrazados amigos.

—Señor Pickwick —dijo la señora de Leo Hunter—, tengo que hacerle prometer que no se moverá de mi lado en todo el día. Hay aquí centenares de personas a quienes tengo que presentarle sin falta.

—Es usted muy amable, señora —dijo el señor Pickwick.

—En primer lugar, aquí están mis niñas; casi se me habían olvidado —dijo la Minerva, señalando con indolencia hacia una pareja de señoritas totalmente crecidas, una de las cuales podría tener unos veinte años, y la otra uno o dos más, y que iban vestidas con trajes muy juveniles. (El señor Pickwick no nos informa con mucha precisión de si era para que parecieran jóvenes, o para que lo pareciera su mamá.)

—Son muy guapas —dijo el señor Pickwick cuando se alejaron las jovencitas después de ser presentadas.

—Se parecen mucho a su mamá —dijo majestuosamente el señor Pott.

—Ah, ¡qué malo es usted! —exclamó la señora de Leo Hunter, golpeando juguetonamente el brazo del director del periódico con su abanico (¡Minerva con

abanico!).

—¡Cómo, mi querida señora Hunter! —dijo Pott, que era el heraldo oficial en La Cueva—, usted sabe muy bien que cuando expusieron su retrato en la Real Academia el año pasado, todos preguntaron si era usted o su hija pequeña; pues se parecían tanto que no se podía distinguir la diferencia entre ustedes.

—Bueno, y aunque así fuera, ¿qué necesidad tiene de repetirlo delante de forasteros? —dijo la señora de Leo Hunter, otorgando otro golpecito al aletargado león de la *Gaceta de Eatanswill*.

» ¡Conde, conde! —gritó la señora de Leo Hunter a un individuo patilludo en uniforme extranjero que pasaba ante ella.

—¿Ah, es a mí? —dijo el conde, volviéndose.

—Quiero presentar a dos personas inteligentes —dijo la señora de Leo Hunter—. Señor Pickwick, tengo mucho gusto en presentarle al conde Smorltork.

Añadió, en un susurro apresurado a Pickwick:

—El famoso extranjero… reuniendo materiales para su gran obra sobre Inglaterra… ¡ejem…! Conde Smorltork; el señor Pickwick.

El señor Pickwick saludó al conde con toda la reverencia debida a tan gran hombre, y el conde sacó un montón de fichas.

—¿Cómo dice, señora Hunt? —preguntó el conde, sonriendo graciosamente a la complacida señora de Leo Hunter—: ¿Pig Vig o Big Vig? Un… cómo se llama… un abogado… ¿eh? Ya lo veo… eso es, Big Vig.[29]

Y el conde se dispuso a anotar al señor Pickwick en sus fichas como un caballero de toga cuyo nombre derivaba de la profesión a que pertenecía, cuando se interpuso la señora Hunter.

—No, no, conde —dijo la señora—. Pick-wick.

—Ah, ah, ya entiendo —respondió el conde—. Pick, nombre; Wiks, apellido; muy bien, muy bien. Mucho gusto, señor Wiks.

—El gusto es mío —respondió el señor Pickwick con su usual afabilidad—. ¿Lleva mucho tiempo en Inglaterra?

—Mucho… mucho tiempo… quince días… o más.

—¿Se va a quedar mucho?

—Una semana más.

—Tendrá mucho trabajo —dijo el señor Pickwick, sonriendo— para reunir todos los materiales que necesita en tan poco tiempo.

—Ah, ya están reunidos —dijo el conde.

—¡De veras! —dijo el señor Pickwick.

—Están aquí —dijo el conde, golpeándose la frente significativamente—. Un gran libro en casa… lleno de notas… música, pintura, poesía, política; todo.

—La palabra « política» —dijo el señor Pickwick— requiere por sí sola un estudio difícil de magnitud nada despreciable.

—¡Ah! —dijo el conde, volviendo a sacar las fichas—; hermosas palabras

para empezar un capítulo. Capítulo cuarenta y siete. Política: la palabra « política» solo quiere…

Y la observación del señor Pickwick quedó anotada en las fichas del conde Smorltork con todas las variaciones y adiciones que sugirió la exuberante fantasía del conde, o que causó su imperfecto conocimiento del idioma.

—Conde —dijo la señora de Leo Hunter.

—Señora Hunt —respondió el conde.

—Le presento al señor Snodgrass, un amigo del señor Pickwick; poeta.

—Alto —exclamó el conde volviendo a sacar las fichas—. Apartado, poesía; amigos literarios; su nombre, dice: Snodgrass… gran poeta, amigo de Pick Wiks… presentado por la señora Hunter, que escribió otro delicado poema… ¿cómo se llama…? Rana… « La Rana Suspirante» … muy bien… muy bien.

Y el conde guardó sus fichas, y con diversas reverencias y agradecimientos se marchó, completamente satisfecho por haber hecho tan importantes y valiosas adiciones a su tesoro de información.

—Es un hombre admirable, el conde Smorltork —dijo la señora Hunter.

—Un gran filósofo —dijo el señor Pott.

—Hombre de cabeza clara y de enérgica personalidad —añadió Snodgrass.

Un grupo de circunstantes recogieron la aclamación en alabanza del conde Smorltork y, sacudiendo gravemente la cabeza, gritaron con unanimidad:

—¡Mucho!

Como crecía el entusiasmo a favor del conde Smorltork, sus elogios podían haberse cantado hasta la conclusión si los cuatro cantores regionales no se hubieran alineado delante de un pequeño manzano, para tomar aires pintorescos, comenzando a entonar canciones de su tierra, que no parecían de ningún modo difíciles, en cuanto que el gran secreto era, por lo visto, que tres de ellos gruñeran mientras el cuarto aullaba. Una vez concluida esta interesante ejecución entre los sonoros aplausos de todos los reunidos, un muchacho pasó a continuación a enredarse entre los travesaños de una silla, y a saltar sobre ella, y pasar a rastras por debajo, y caerse con ella, y hacer de todo con ella menos sentarse; y luego se puso las piernas a modo de corbata, y se las enroscó al cuello, ilustrando la facilidad con que un ser humano puede llegar a parecerse a un sapo ampliado; hazañas todas estas que procuraron alto deleite y satisfacción a los espectadores allí congregados. Tras de lo cual se oyó la voz de la señora Pott gorjeando débilmente algo que la cortesía interpretó como una canción, lo cual resultaba todo ello clásico y muy dentro de su personaje, ya que el propio Apolo era compositor y los compositores raramente saben cantar su propia música, ni la de nadie más tampoco. A esto sucedió el recitado por la señora de Leo Hunter, de su famosísima « Oda a la Rana Expirante» , que se hizo repetir, y se habría vuelto a repetir, si la mayor parte de los invitados, que pensaban que ya era más que hora de comer algo, no hubieran dicho que era una vergüenza abusar del buen

carácter de la señora Hunter. Así, aunque la señora de Leo Hunter expresó su perfecta docilidad para recitar otra vez la oda, sus amables y considerados amigos no quisieron oír hablar de ello de ninguna manera; y, abierta de par en par la sala de los refrigerios, todas las personas que ya habían estado allí en otra ocasión se apelotonaron para entrar con toda la urgencia posible; ya que el procedimiento habitual de la señora de Leo Hunter era enviar invitaciones a cien y preparar almuerzo para cincuenta; dicho de otro modo, nutrir solo a sus leones más predilectos y dejar a los animales menores que se las arreglaran como pudieran.

—¿Dónde está el señor Pott? —dijo la señora de Leo Hunter al colocar ante sí a los susodichos leones.

—Aquí estoy —dijo el director desde el extremo más remoto de la sala, mucho más allá de toda esperanza de alimento a no ser que la anfitriona hiciera algo.

—¿No quiere venir acá?

—Por favor, no se preocupe por él —dijo la señora Pott con su voz más persuasiva—; se toma usted muchas molestias sin necesidad, señora Hunter. Ya te las arreglarás por ahí muy bien, ¿verdad… querido?

—Claro que sí, vida mía —dijo el infeliz Pott con una sonrisa amarga.

¡Ay del látigo! El nervudo brazo que lo agitaba con tanta fuerza al azotar a los personajes públicos quedaba paralizado bajo la mirada de la imperiosa señora Pott.

La señora de Leo Hunter miró triunfalmente a su alrededor. El conde Smorltork estaba atareado tomando notas del contenido de los platos; Tupman hacía los honores de la ensalada de langosta a varias leonas, con un refinamiento de gracia que ningún bandido había mostrado hasta entonces; Snodgrass, después de eludir al joven que criticaba los libros en la *Gaceta de Eatanswill*, se había metido en una discusión apasionada con la señorita que «llevaba» la poesía; y el señor Pickwick se hacía agradable a todos en general. Nada parecía faltar para que estuviera completo el selecto círculo, cuando el señor Leo Hunter —cuya conducta en estas ocasiones consistía en quedarse en las puertas hablando con la gente menos importante— de repente exclamó:

—Querida mía, aquí está el señor Charles Fitz-Marshall.

—¡Oh! —dijo la señora—, cuánto le echaba de menos. Por favor, déjale sitio; que pase el señor Fitz-Marshall; que venga enseguida a que le riña por haber llegado tan tarde.

—Voy, señora —gritó una voz—, lo más rápido posible… montones de gente… sala llena… mucho trabajo… mucho.

El tenedor y el cuchillo se le cayeron de las manos al señor Pickwick.

Se quedó mirando fijamente a Tupman, que, al otro lado de la mesa, había dejado caer también su cuchillo y tenedor y parecía ir a hundirse en el suelo sin

ulterior aviso.

—¡Ah! —gritó la voz, mientras su propietario avanzaba a empujones entre los últimos veinticinco turcos, oficiales, guerreros y Carlos Segundos que quedaban entre él y la mesa—. Planchado perfecto… patentado… ni una arruga en la casaca, con tanto apretón… podría haber traído también la ropa blanca… ¡ja, ja!, no es mala idea… curioso que se la planchen a uno encima… proceso difícil… mucho.

Con estas frases entrecortadas, un joven vestido de oficial de Marina se abrió camino hasta la mesa, presentándose a los asombrados pickwickianos con la mismísima forma y fisonomía del señor Alfred Jingle.

Apenas había tenido tiempo este villano de tomar la mano que le ofrecía la señora de Leo Hunter, cuando sus ojos encontraron las indignadas órbitas del señor Pickwick.

—¡Vaya! —dijo Jingle—. Me olvidé… órdenes al cochero… enseguida voy… vuelvo en un momento.

—El criado o el señor Hunter lo harán enseguida, señor Fitz-Marshall —dijo la señora de Leo Hunter.

—No, no… lo haré yo… no tardo… vengo enseguida —replicó Jingle. Y con esas palabras desapareció entre la multitud.

—¿Me permite preguntarle, señora —dijo, alterado, el señor Pickwick, levantándose de su silla—, quién es ese joven, y dónde reside?

—Es un caballero de buena posición, señor Pickwick —dijo la señora Hunter—, a quien deseo mucho presentarle. El conde estará encantado con él.

—Sí, sí —dijo el señor Pickwick apresuradamente—. ¿Su domicilio…?

—Ahora está en Al Ángel, en Bury.

—¿Bury?

—Bury Saint Edmunds, a pocas millas de aquí. Pero, por favor, señor Pickwick, no nos irá a dejar; ¿seguro, señor Pickwick, que no pensará en marcharse tan pronto?

Pero mucho antes de que hubiera acabado de hablar la señora de Leo Hunter, el señor Pickwick se había zambullido en la multitud, llegando al jardín, donde poco después se le unió Tupman, que había seguido de cerca a su amigo.

—Es inútil —dijo Tupman—. Se ha marchado.

—Ya lo sé —dijo el señor Pickwick—, pero le voy a seguir.

—¡Seguirle! ¿Adónde?

—A Al Ángel, en Bury —respondió el señor Pickwick hablando muy deprisa—. ¿Cómo vamos a saber a quién estará engañando allí? Una vez engañó a un inocente, y nosotros fuimos la inocente causa. No lo volverá a hacer, si puedo evitarlo, ¡le denunciaré! ¡Sam! ¿Dónde está mi criado?

—Aquí estamos, señor —dijo Weller, saliendo de un lugar apartado, donde se había dedicado a conversar con una botella de Madeira que había sustraído una

hora o dos antes de la mesa del almuerzo—. Aquí está su criado. Y a mucha honra de serlo, como dijo el esqueleto viviente cuando lo enseñaban.

—Sígueme al momento —dijo el señor Pickwick—. Tupman, si me quedo en Bury, puede encontrarme allí cuando escriba. Hasta entonces, ¡adiós!

Inútiles fueron las insistencias. El señor Pickwick estaba alterado, y su resolución estaba tomada. Tupman volvió junto a sus compañeros, y una hora más tarde había ahogado todo recuerdo presente del señor Alfred Jingle, o el señor Charles Fitz-Marshall, en la animación de un rigodón y una botella de champán. Para entonces el señor Pickwick y Sam Weller, encaramados en la imperial de una diligencia, lograban a cada minuto acortar la distancia que les separaba de la antigua y agradable ciudad de Bury Saint Edmunds.

XVI
DEMASIADO LLENO DE AVENTURAS PARA SER DESCRITO CON BREVEDAD

No hay en todo el año un mes en que la naturaleza ostente un aspecto más hermoso que en el mes de agosto. La primavera tiene muchas bellezas, y mayo es un mes fértil y florido, pero los encantos de esta época del año están realzados por el contraste con la estación invernal. Agosto no tiene esa ventaja. Llega cuando no recordamos más que cielos claros, campos verdes, flores bien olientes; cuando el recuerdo de la nieve, el hielo y los vientos desolados se han borrado de nuestra mente tan completamente como de la tierra; y, sin embargo, ¡qué época tan placentera es! Los huertos y los campos de mieses suenan con el rumor del trabajo; los árboles se doblan con la carga de ricos frutos que inclinan sus ramas hasta el suelo; y el trigo, apilado en graciosas gavillas, o meciéndose con cada brisa leve que se desliza sobre él, como llamando a la hoz, reviste el paisaje de un tono dorado. Una tierna suavidad parece dominar la tierra entera; y el influjo del tiempo parece extenderse hasta el mismo carro cuyo lento movimiento, a través de los campos bien segados, es solo perceptible a los ojos, pero no hiere los oídos con ningún áspero sonido.

Cuando la diligencia pasa rápidamente junto a los campos y huertos que bordean el camino, grupos de mujeres y niños, amontonando la fruta en cestos o reuniendo las desparramadas espigas del trigo, se detienen un momento en su trabajo, poniéndose de visera, sobre la cara tostada, una mano aún más oscura para mirar a los pasajeros con ojos curiosos, mientras algún niñito regordete, demasiado pequeño para trabajar pero demasiado travieso para quedarse en casa, trata de encaramarse al borde del cesto donde le han dejado para mayor seguridad, y patalea y chilla de placer. El segador se detiene en su trabajo y se queda con los brazos cruzados mientras mira al vehículo que pasa zumbando; y los rudos caballos de los carros lanzan una mirada soñolienta al rápido tiro del coche, diciendo, tan claramente como puede decirlo una mirada de caballo: «Todo eso está muy bien para mirarlo, pero, después de todo, el ir despacio por un camino difícil es mejor que acalorarse así en un camino polvoriento». Si miráis atrás, al doblar una curva, las mujeres y los niños han reanudado su trabajo, el segador vuelve a doblarse en su labor, los caballos del carro han tirado adelante y todo vuelve a estar en movimiento.

El influjo de una escena así no quedaba perdido para la bien regulada mente del señor Pickwick. Absorto en la resolución que había tomado de denunciar la auténtica personalidad del nefasto Jingle en cualquier lugar en que pudiera continuar sus fraudulentos designios, al principio permaneció taciturno y contemplativo, cavilando sobre los medios con que se podía lograr mejor su propósito. Poco a poco, su atención fue cada vez más atraída por los objetos que

le rodeaban; y, por fin, empezó a divertirse tanto con el viaje como si lo hubiera emprendido por el motivo más agradable del mundo.

—Delicioso paisaje, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Mejor que los *tejaos* y las chimeneas, señor —respondió Weller, llevándose la mano al sombrero.

—Supongo que apenas habrás visto en toda tu vida más que chimeneas y ladrillos —dijo el señor Pickwick sonriendo.

—No siempre he *estao* de criado de posada —respondió Weller sacudiendo la cabeza—; en otros tiempos fui mozo de carros.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el señor Pickwick.

—Cuando me echaron al mundo de cabeza *pa* jugar a pídola con sus males —respondió Sam—. Fui mozo de arriero *pa* empezar, luego carrero, luego *cargaor*, luego criado de posada. Ahora soy criado de señor. Cualquier día de estos a lo mejor acabo por ser un señor, con la pipa en la boca y con un cenador en el jardín. ¿Quién sabe? Lo que es yo, no me sorprendería.

—Eres un verdadero filósofo, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Debe ser de familia, me parece, señor —respondió Weller—. A mi padre, ahora, le da mucho por ahí. Cuando mi madrastra le pega, él silba. Ella se pone furiosa y le rompe la pipa; él sale a la calle y se compra otra. Entonces ella chilla fuerte y se pone histérica; y él fuma tan tranquilo, hasta que ella vuelve en sí. Eso es filosofía, ¿no es *verdá*, señor?

—Un buen sustitutivo de ella, en todo caso —respondió el señor Pickwick riendo—. Debe de haberte servido mucho a lo largo de tu vida vagabunda, Sam.

—¡Que si me ha servido! —exclamó Sam—. Y *usté* que lo diga. Cuando me escapé del arriero, y antes de entrar de carrero, estuve quince días en hospedaje sin amueblar.

—¿Hospedaje sin amueblar? —dijo el señor Pickwick.

—Sí, los arcos en seco del puente de Waterloo. Buen sitio *pa* dormir; a diez minutos de camino de *toas* las oficinas públicas; solo que, si tiene un inconveniente, es que la situación es *demasiao* aireada. Allí vi muchas cosas raras.

—Vaya, supongo que sí —dijo el señor Pickwick.

—He visto cosas, señor —dijo Weller—, que le atravesarían su buen corazón hasta salirle por el otro *lao*. Allí no se ven mendigos corrientes; no se preocupe *usté*, que esos ya saben buscar algo mejor. Algunos mendigos y mendigas jóvenes, que todavía no han subido en el oficio, sí que van algunas veces por allí; pero, generalmente, son pobres criaturas *agotás*, muertas de hambre, sin dónde meterse, las que se refugian en los rincones oscuros de esos sitios solitarios; pobre gente que no tiene *pa* la cuerda de dos peniques.

—Por favor, Sam, ¿qué es la cuerda de dos peniques? —preguntó el señor

Pickwick.

—La cuerda de dos peniques, señor —respondió Weller—, no es más que una casa *pa* dormir, donde la cama cuesta dos peniques.

—Pero ¿por qué le llaman cuerda a la cama? —dijo el señor Pickwick.

—Bendita sea su inocencia —respondió Sam—. Cuando la señora y el señor que llevan la casa empezaron el negocio, hacían las camas en el suelo, pero eso no daba *pa* el precio, porque en vez de tomarse sus dos peniques de suelo, sin abusar, *toos* los huéspedes se quedaban allí *tumbaos* la mitad del día. Así que ahora tienen dos cuerdas, a unos seis pies de distancia y a unos tres pies del suelo, atravesando *to* el cuarto; y las camas están hechas de pedazos de saco entre las dos cuerdas.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el señor Pickwick.

—Bueno —dijo Weller—, pues la ventaja de este plan ya se ve: a las seis de la mañana sueltan la cuerda de un *lao* y se caen los huéspedes. El *resultao* es que, como quedan bien despiertos, se levantan sin decir *na* y se marchan. Perdón, señor —dijo Sam, interrumpiéndose de repente en su locuaz discurso—, ¿eso es Bury Saint Edmunds?

—Lo es —respondió el señor Pickwick.

El coche traqueteó por las bien pavimentadas calles de una pequeña ciudad de buen aspecto y de aire próspero y limpio, hasta detenerse ante una amplia posada situada en una calle ancha y abierta, casi enfrente de la vieja abadía.

—¡Y esto —dijo el señor Pickwick, levantando los ojos— es Al Ángel! Bajaremos aquí, Sam. Pero hace falta tener precaución. Encarga una salita particular, y no menciones mi nombre. Ya entiendes.

—Como un clavo, señor —respondió Weller con un guiño de entendimiento.

Y una vez sacada a rastras la maleta del señor Pickwick del portaequipajes, donde la habían echado apresuradamente cuando tomaron la diligencia en Eatanswill, Weller desapareció con presteza a cumplir su encargo.

Se reservó rápidamente una salita particular, y a ella fue llevado sin dilación el señor Pickwick.

—Ahora, Sam —dijo el señor Pickwick—, lo primero que hay que hacer es…

—Pedir la cena, señor —interrumpió Weller—. Es muy tarde.

—Ah, eso es —dijo el señor Pickwick, mirando el reloj—. Tienes razón, Sam.

—Y, si pudiera dar un consejo, señor —añadió Weller—, después no haría más que pasar la noche durmiendo, sin empezar a preguntar por ese asunto hasta mañana. No hay *na* que siente mejor que el sueño, como dijo aquella criada antes de beberse el vaso de láudano.

—Creo que tienes razón, Sam —dijo el señor Pickwick—. Pero antes tengo que asegurarme de que él esté en esta casa, y que no sea probable que se marche.

—Eso déjemelo a mí —dijo Sam—. Déjeme encargarle una buena cenita, y mientras la preparan ya preguntaré por ahí abajo; en cinco minutos puedo sacar *toos* los secretos de su alma al criado de la casa.

—Hazlo así —dijo el señor Pickwick, y Weller se retiró enseguida.

Media hora después el señor Pickwick estaba sentado ante una cena muy satisfactoria; tres cuartos de hora después Weller volvió con la información de que el señor Charles Fitz-Marshall había encargado que se le reservara su departamento particular hasta nuevo aviso; que iba a pasar la velada en una casa particular de los alrededores y había encargado al mozo de la posada que le esperara despierto hasta su regreso, llevándose consigo a su propio criado.

—Bien, señor —dijo Weller al concluir su informe—, si puedo hablar con ese criado por la mañana, me dirá todos los asuntos de su amo.

—¿Cómo lo sabes? —replicó el señor Pickwick.

—Bendita sea su inocencia, señor; los criados siempre lo dicen *to* —respondió Weller.

—Ah, ah, se me olvidaba eso —dijo el señor Pickwick—; bueno.

—Entonces podrá decidir lo que haya que hacer, y podremos actuar.

Finalmente se acordó esto, viendo que era el mejor arreglo que podía hacerse. Weller, con permiso de su amo, se retiró para pasar la velada a su modo, y poco después fue elegido, por voz unánime de los circunstantes allí reunidos, para la presidencia del cuarto de servidumbre, en cuyo puesto actuó con tanta satisfacción de los presentes que sus risas y carcajadas penetraron hasta la alcoba del señor Pickwick, acortando por lo menos en tres horas el tiempo de su descanso natural.

A primeras horas de la mañana siguiente, Weller disipaba todos los remanentes febriles de la alegría de la noche pasada utilizando el recurso de una ducha de medio penique (es decir, habiendo ofrecido dicha moneda a un joven caballero agregado al departamento del establo para que le echara agua con la bomba, por la cabeza y la cara, hasta que estuviera perfectamente restablecido), cuando se sintió atraído por el aspecto de un joven en librea color de mora, sentado en un banco del patio y leyendo lo que parecía un libro de himnos con aire de profunda abstracción, pero, de vez en cuando, lanzando una mirada a la persona de debajo de la bomba, como si tuviera algún interés por sus actos.

«¡Tú sí que eres raro de ver!», pensó Weller la primera vez que sus ojos encontraron la mirada del desconocido de la librea morada, el cual tenía una cara ancha, cetrina y fea, ojos muy hundidos y una cabeza gigantesca de la cual pendía una gran cantidad de lacio pelo negro. «¡Sí que eres raro!», pensó Weller; y pensando esto, siguió su lavado sin ocuparse más de él.

Sin embargo, el hombre seguía desviando sus miradas desde el libro de himnos a Sam, y desde Sam a su libro de himnos, como si quisiera entrar en conversación. De modo que, por fin, Sam le dio una oportunidad, diciendo con un

ademán de cabeza rebosante de familiaridad:

—¿Cómo va eso, jefe?

—Me alegro de decir que muy bien —dijo el hombre hablando con gran deliberación y cerrando el libro—; espero que a usted también le irá bien, ¿no?

—Bueno, si no me sintiera tanto como una botella de aguardiente en dos pies, esta mañana no estaría tan tambaleante —respondió Sam—. ¿Para *usté* en esta casa, amigo?

El hombre de morado respondió afirmativamente.

—¿Cómo fue que anoche no estuvo con nosotros? —preguntó Sam, restregándose la cara con una toalla—. *Usté* parece hombre muy animado —y añadió Weller en voz baja—, tan vivo como una trucha en un cesto de cal.

—Anoche estuve fuera con mi amo —respondió el desconocido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Weller, poniéndose muy colorado por la emoción repentina combinada con la fricción de la toalla.

—Fitz-Marshall —dijo el hombre morado.

—Deme la mano —dijo Weller, avanzando—; me gustaría conocerle. Me gusta su aspecto, compadre.

—Bueno, es muy curioso —dijo el de morado con gran sencillez de maneras —; a mí me gusta tanto su aspecto que tenía deseos de hablarle desde el primer momento en que le vi bajo la bomba.

—¿De veras?

—Palabra. Pero ¿no es extraño?

—Muy raro —dijo Sam, felicitándose en su interior de la facilidad del desconocido—. ¿Cómo se llama *usté*, mi querido patriarca?

—Job.

—Y muy buen nombre que es; el único que conozco que no se puede hacer más corto. ¿Y el apellido?

—Trotter —dijo el desconocido—. ¿Y el suyo?

Sam recordó el aviso de su amo, y respondió:

—Me llamo Walker; mi amo se llama Wilkins. ¿Quiere tomar algún sorbo de algo esta mañana, señor Trotter?

Trotter asintió a tan grata propuesta y, una vez depositado el libro en el bolsillo de la casaca, acompañó a Weller al cuarto de servidumbre, donde pronto se ocuparon en discutir una regocijante mezcla, formada por la combinación, en una cazuela de peltre, de ciertas cantidades de ginebra inglesa con la fragante esencia del clavel.

—¿Y qué tal empleo tiene *usté*? —preguntó Sam al llenar por segunda vez el vaso de su amigo.

—Malo —dijo Job relamiéndose los labios—, muy malo.

—¿No lo dirá de veras? —dijo Sam.

—Ya lo creo. Aún peor, mi amo se va a casar.

—¡No!

—Sí, y aún peor, además se va a escapar con una heredera, inmensamente rica, de un internado.

—¡Qué monstruo! —dijo Sam, volviendo a llenar el vaso de su compañero—. Supongo que será algún colegio de esta *ciudá*, ¿no?

Ahora bien, aunque esta pregunta fue formulada en el tono más descuidado que se pueda imaginar, Job Trotter mostró claramente por gestos que percibía el empeño de su amigo en obtener alguna respuesta. Vació el vaso, miró a su compañero con aire misterioso, guiñó los dos ojillos, uno tras otro, y finalmente hizo un movimiento con el brazo, como si hiciera funcionar el mango de una bomba imaginaria; insinuando así que se consideraba sometido al proceso de que Weller le absorbiera como con una bomba.

—No, no —dijo Trotter como conclusión—; eso no hay que contárselo a todo el mundo. Es un secreto, un gran secreto, señor Walker.

Y al decir esto, el hombre de morado puso el vaso boca abajo, como para recordar a su compañero que no le había quedado nada con que aplacar su sed. Sam observó la sugerencia; y, notando las delicadas maneras con que se presentaba, pidió que se volviera a llenar el recipiente de peltre, ante lo cual chispearon los ojillos del de morado.

—¿De modo que es un secreto? —dijo Sam.

—Más bien sospecho que sí —dijo el de morado, sorbiendo el licor con cara satisfecha.

—¿Supongo que su amo es muy rico? —dijo Sam.

Trotter sonrió y, sosteniendo el vaso en la mano izquierda, dio cuatro sonoros golpes en los bolsillos de sus calzones morados, como para sugerir que su amo podría haber hecho lo mismo sin alarmar a nadie con el tintineo de las monedas.

—¡Ah! —dijo Sam—. ¿Conque ese es el juego?

El hombre de morado asintió significativamente.

—Bueno, ¿y no piensa *usté*, amigo, que si deja a su amo llevarse a esa señorita, *usté* es un completo bribón?

—Ya lo sé —dijo Job Trotter, dirigiendo a su compañero un rostro de profunda contrición y gimiendo levemente—. Ya lo sé, y eso es lo que me atormenta. Pero ¿qué voy a hacer?

—¡Qué va a hacer! —dijo Sam—. Denúncielo a la directora del colegio, y deje a su amo.

—¿Quién me va a creer? —respondió Job Trotter—. Esta señorita está considerada como la propia imagen de la inocencia y la discreción. Lo negaría, y mi amo también. ¿Quién me va a creer? Perdería mi puesto, y me denunciarían por calumnia, o algo así; eso es lo que me pasaría con tal acción.

—Hay algo de eso —dijo Sam, rumiando—; hay algo de eso.

—Si conociera algún caballero respetable que se hiciera cargo del asunto —

continuó Trotter—, podría tener alguna esperanza de evitar el rapto, pero aquí también pasa lo mismo, señor Walker, la misma dificultad. No conozco a ningún señor en este sitio, y aunque lo conociera, apuesto diez contra uno a que no creería mi historia.

—Venga por aquí —dijo Sam, saltando de repente y agarrando por el brazo al hombre de morado—; mi amo es el hombre que *usté* necesita, ya lo veo.

Y tras una leve resistencia por parte de Job Trotter, Sam llevó a su reciente amigo hasta las habitaciones del señor Pickwick, a quien le presentó, juntamente con un breve resumen del diálogo que acabamos de exponer.

—Siento mucho traicionar a mi amo, señor —dijo Job Trotter, llevándose a los ojos un pañuelo rosa a cuadros, de unas seis pulgadas de lado.

—Este sentimiento le honra mucho —respondió el señor Pickwick—; pero es su deber, sin embargo.

—Ya sé que es mi deber, señor —respondió Job con gran emoción—. Todos deberíamos tratar de cumplir nuestro deber, y yo intento humildemente cumplir el mío; pero es una prueba muy dura traicionar a un amo, señor, llevando la ropa que él me ha dado y comiendo su pan, aunque sea un bribón.

—Es usted un hombre excelente —dijo el señor Pickwick muy emocionado —; un hombre honrado.

—Vamos, vamos —interrumpió Sam, que había observado las lágrimas de Trotter con notable impaciencia—. Límpiese esa especie de regadera. No le va a servir para *na*.

—Sam —dijo el señor Pickwick en tono de reproche—, lamento ver que tienes tan escaso respeto por los sentimientos de este joven.

—Sus sentimientos están muy bien —respondió Weller—, y porque están muy bien, y es una lástima que los vaya a perder, creo que haría mejor en guardárselos en su alma en vez de dejarlos evaporar en agua caliente, sobre todo cuando no sirven para *na*. Las lágrimas nunca dan cuerda a un reloj, ni hacen marchar una máquina de vapor. La próxima vez que se reúna a fumar con alguien, joven, llene su pipa con este pensamiento; y por ahora, métase en el bolsillo ese pedazo de tela rosa. No es tan bonito como *pa* moverlo siempre de un lado *pa* otro, igual que si fuera una bailarina en el alambre.

—Mi criado tiene razón —dijo el señor Pickwick acercándose a Job—, aunque su modo de expresarse es un poco tosco, y a veces incomprensible.

—Tiene mucha razón, señor —dijo Trotter—, y no me resistiré más.

—Muy bien —dijo el señor Pickwick—. Bueno, ¿dónde está esa escuela?

—Es una casa grande y vieja, de ladrillo rojo, a la salida de la ciudad.

—¿Y cuándo —dijo el señor Pickwick—, cuándo va a llevarse a ejecución ese infame designio? ¿Cuándo va a tener lugar ese rapto?

—Esta noche —respondió Job.

—¡Esta noche! —exclamó el señor Pickwick.

—Esta misma noche, señor —respondió Job Trotter—; eso es lo que me alarma tanto.

—Hay que tomar medidas al momento —dijo el señor Pickwick—. Veré inmediatamente a la señora que dirige esa institución.

—Perdón —dijo Job—, pero ese modo de proceder no servirá.

—¿Por qué no? —preguntó el señor Pickwick.

—Mi amo es un hombre muy hábil.

—Ya lo sé —dijo el señor Pickwick.

—Y ha conquistado tanto el corazón de esa vieja señora —siguió Job—, que no le creerá nada en contra de él, aunque usted se ponga de rodillas y se lo jure; especialmente, no teniendo más prueba que la palabra de un criado, que, por lo que a ella le consta (y mi amo se lo dirá así), ha sido despedido por alguna falta y hace esto para vengarse.

—Entonces, ¿qué sería lo mejor? —dijo el señor Pickwick.

—Lo que no sea sorprenderle en el mismo momento del rapto, no le convencerá a la señora.

—Todos estos gatos viejos se tienen que dar con la cabeza contra las piedras —observó Weller en un paréntesis.

—Pero me temo que será muy difícil eso de sorprenderle en el mismo momento de escaparse —dijo el señor Pickwick.

—No lo sé —dijo Trotter, después de pensarlo unos momentos—; me parece que se puede hacer con facilidad.

—¿Cómo? —fue la pregunta del señor Pickwick.

—Bueno —dijo Trotter—, mi amo y yo, que tenemos la confianza de dos criadas, nos meteremos en la cocina hacia las diez. Cuando todos se hayan retirado a descansar, saldremos de la cocina y la señora saldrá de su cuarto. Una silla de posta estará esperando y nos marcharemos.

—Bueno, ¿y entonces? —dijo el señor Pickwick.

—Bueno, pues que he pensado que si usted estuviera vigilando en el jardín de atrás, solo…

—Solo —dijo el señor Pickwick—; ¿por qué solo?

—Me ha parecido muy natural —respondió Job— que a la señora no le guste que ese desagradable descubrimiento se haga ante más personas de las necesarias. La señorita también, señor… considere cuáles son sus sentimientos.

—Tiene usted mucha razón —dijo el señor Pickwick—. Esta consideración muestra su delicadeza de sentimientos. Vamos, que tiene mucha razón.

—Bueno, señor, he pensado que si usted esperara, solo, en el jardín de atrás, y yo le dejara entrar por la puerta que da al jardín, desde el extremo del pasillo, exactamente a las once y media, llegaría en el momento exacto de ayudarme a hacer fracasar los designios de este hombre malvado con quien desgraciadamente me veo complicado.

Y aquí Trotter suspiró profundamente.

—No se aflija por eso —dijo el señor Pickwick—. Si él tuviera un grano de la delicadeza de sentimientos que le distingue a usted, en medio de su humilde posición, yo tendría alguna esperanza por él.

Job Trotter hizo una profunda reverencia y, a pesar de la previa advertencia de Weller, las lágrimas volvieron a aparecer en sus ojos.

—Nunca he visto un tipo semejante —dijo Sam—; estoy seguro de que tiene un grifo en la cabeza, y que siempre está abierto.

—Sam —dijo el señor Pickwick con gran seriedad—, cierra el pico.

—Muy bien, señor —respondió Weller.

—No me gusta ese plan —dijo el señor Pickwick, después de profunda meditación—. ¿Por qué no puedo comunicar con los parientes de la señorita?

—Porque viven a cien millas de aquí, señor —respondió Job Trotter.

—Eso acaba con todo —dijo Weller, aparte.

—Entonces, el jardín —continuó el señor Pickwick—. ¿Cómo voy a entrar?

—La tapia es muy baja, señor, y su criado le ayudará a trepar.

—Mi criado me ayudará a trepar —repitió mecánicamente el señor Pickwick.

—¿Seguro que usted estará junto a esa puerta de que habla?

—No se puede equivocar; es la única que da al jardín. Dé un golpe cuando oiga sonar el reloj, y yo la abriré al momento.

—No me gusta el plan —dijo el señor Pickwick—; pero como no veo otro, y como la felicidad de toda la vida de esta señorita está en juego, voy a adoptarlo. Estaré allí, con seguridad.

Así, por segunda vez, los buenos sentimientos innatos en el señor Pickwick le envolvieron en una empresa de la que habría preferido mantenerse al margen.

—¿Cuál es el nombre de la casa? —preguntó el señor Pickwick.

—Casa Westgate, señor. Doble un poco a la derecha al llegar al extremo de la ciudad; está sola, a alguna distancia de la carretera, y tiene el nombre en una placa de metal en la verja.

—Ya la conozco —dijo el señor Pickwick—. La observé otra vez que estuve en esta ciudad. Puede contar conmigo.

Trotter hizo otro saludo, y se volvió para salir, cuando el señor Pickwick le metió una guinea en la mano.

—Es usted una persona excelente —dijo el señor Pickwick—, y admiro su bondad de corazón. No me dé las gracias. Recuérdelo; a las once.

—No hay miedo de que lo olvide, señor —respondió Job Trotter.

Con estas palabras dejó la habitación, seguido por Sam.

—Oiga —dijo este—, no es mala idea eso de llorar. Con esas condiciones, yo lloraría como un canalón bajo un aguacero. ¿Cómo lo hace?

—Me sale del corazón, señor Walker —respondió Job solemnemente—.

Buenos días.

« Eres un tipo llorón, ya lo creo —pensó Weller, mientras se marchaba Job—, pero, de todos modos, te lo hemos sacado todo.»

No podemos indicar la naturaleza exacta de los pensamientos que pasaban por la mente de Trotter, porque no sabemos cuáles eran.

Pasó el día, llegó la noche y, un poco antes de las diez, Sam Weller informó de que Jingle y Job habían salido juntos, que su equipaje estaba hecho y que habían encargado una silla de posta. El plan, evidentemente, estaba en vías de ejecución, como había predicho Trotter.

Llegaron las diez y media, y se hizo hora de que el señor Pickwick saliera a su delicada misión. Resistiendo a la insistencia de Sam para que se pusiera el gabán, con el fin de no tener estorbos al trepar la tapia, emprendió la marcha seguido por su acompañante.

Había una luna clara, pero estaba detrás de las nubes. Era una noche muy buena, seca, pero extraordinariamente oscura. Senderos, setos, campos, casas y árboles estaban envueltos en una sola sombra profunda. La atmósfera era caliente y pesada; relámpagos veraniegos centelleaban débilmente en el borde del horizonte, como única visión que variaba la sombría uniformidad en que todo estaba envuelto. No se oía ningún ruido, salvo el ladrido lejano de algún inquieto perro guardián.

Encontraron la casa, leyeron la placa, dieron la vuelta a la tapia y se detuvieron en la parte que daba al fondo del jardín.

—Volverás a la posada, Sam, una vez que me hayas ayudado a subir —dijo el señor Pickwick.

—Muy bien, señor.

—Y te quedarás esperando a que yo vuelva.

—Desde luego, señor.

—Sujétame la pierna, y cuando diga « arriba» , empújame con suavidad.

—Muy bien, señor.

Resueltos estos preliminares, el señor Pickwick agarró el borde de la tapia y dio la voz de « ¡Arriba!» , que fue obedecida literalmente. Bien fuera porque su cuerpo participara hasta cierto punto de la elasticidad de su mente, o bien porque las nociones de Weller sobre un empujón suave fueran de carácter más rudo de lo que pensaba el señor Pickwick, el resultado inmediato de su ayuda fue lanzar de una sacudida al inmortal caballero por encima completamente de la tapia, hasta el macizo de abajo, donde, tras de aplastar tres matas de grosella y un rosal, quedó por fin extendido en toda su longitud.

—¿No se habrá hecho daño, espero, señor? —dijo Sam en un susurro bastante fuerte, tan pronto como se recobró de la sorpresa subsiguiente a la misteriosa desaparición de su amo.

—Yo no me he hecho daño, desde luego, Sam —respondió el señor Pickwick

desde el otro lado de la tapia—, pero más bien creo que tú sí que me has hecho daño.

—Espero que no sea nada, señor —dijo Sam.

—No importa —dijo el señor Pickwick, levantándose—; no son más que unos arañazos. Vete, o nos oirán.

—Adiós, señor.

—Adiós.

Con pasos furtivos, Sam Weller desapareció, dejando solo en el jardín al señor Pickwick.

De vez en cuando, aparecían luces en diferentes ventanas de la casa, o resplandecían desde las escaleras, como si todos se retiraran a dormir. No queriendo acercarse demasiado a la puerta hasta el momento convenido, el señor Pickwick se acurrucó en un rincón de la tapia a esperar la hora.

Era una situación que podía muy bien haber deprimido el espíritu de muchos hombres. Sin embargo, el señor Pickwick no sintió ni depresión ni recelo. Sabía que su propósito, en conjunto, era bueno, y concedía confianza implícita a la elevada mente de Job. Estaba oscuro, ciertamente; para no decir que daba miedo; pero un hombre contemplativo siempre se puede aplicar a la meditación. El señor Pickwick, a fuerza de meditar, había caído en un sopor cuando le despertaron las campanadas de la iglesia cercana al dar la hora: las once y media.

«Es la hora», pensó el señor Pickwick, poniéndose de pie cautelosamente.

Miró a la casa. Las luces habían desaparecido y las persianas estaban cerradas; todo el mundo en la cama, sin duda. Anduvo de puntillas hasta la puerta, y dio un golpe suave. Al pasar dos o tres minutos sin respuesta, dio otro golpe más sonoro, y luego otro todavía más ruidoso.

Por fin, se oyó un ruido de pies por las escaleras, y la luz de una vela brilló por el ojo de la cerradura. Hubo mucho estrépito de quitar cadenas y correr cerrojos, y la puerta se abrió lentamente.

Ahora bien, la puerta se abría hacia fuera; y a medida que la puerta se abría más y más, el señor Pickwick se retiraba detrás de ella, cada vez más. ¡Cuál fue su asombro cuando al asomarse un poco, por precaución, vio que la persona que había abierto era… no Job Trotter, sino una criada con una vela en la mano! El señor Pickwick volvió a retirar la cabeza, con la rapidez de un muñeco de guiñol que acecha a su adversario con la estaca en la mano.

—Debe de haber sido el gato, Sara —dijo la muchacha dirigiéndose a alguien que estaba dentro—. Psss, pssss… misss… missss…

Pero como no acudía ningún animal a esos reclamos, la muchacha cerró lentamente la puerta y volvió a echar los cerrojos, dejando al señor Pickwick arrimado a la pared.

«Es muy curioso —pensó el señor Pickwick—; están levantadas después de la

hora de costumbre, me parece. Es muy mala suerte que hayan elegido esta noche, precisamente, para tal propósito; sí, lamentable.»

Y con estos pensamientos, el señor Pickwick se retiró cautelosamente al rincón de la tapia donde había estado escondido antes, esperando el momento que pudiera ser oportuno para repetir la señal.

No llevaba allí cinco minutos, cuando el vivo chispazo de un relámpago fue seguido por un sonoro trueno, que estalló y retumbó alejándose con ruido aterrador; luego vino otro chispazo, más brillante que el anterior, y un segundo trueno, más ruidoso que el primero; y a continuación empezó la lluvia, con una fuerza y una furia que se lo llevaba todo por delante.

El señor Pickwick se daba cuenta perfectamente de que un árbol es vecino muy peligroso en una tormenta. Tenía un árbol a su derecha, un árbol a su izquierda, otro delante y otro detrás. Si se quedaba donde estaba, podía ser víctima de un accidente; si se dejaba ver, poniéndose en el centro del jardín, podía ser entregado a un guardia. Una vez o dos trató de escalar la tapia, pero no teniendo ahora otras piernas sino las que la naturaleza le había concedido, el único resultado de sus luchas fue infligir una variedad de arañazos muy desagradables a sus rodillas y espinillas, y ponerse en un estado de abundante transpiración.

—¡Qué situación más terrible! —dijo el señor Pickwick, deteniéndose a secarse la frente tras este ejercicio.

Miró a la casa; todo estaba oscuro. Ahora debían de haberse acostado. Probaría otra vez con la señal.

Caminó de puntillas por la grava húmeda, y golpeó la puerta. Contuvo el aliento y escuchó por el ojo de la cerradura. Ninguna respuesta; qué raro. Otro golpe. Volvió a escuchar. Hubo un leve susurro dentro, y luego una voz gritó:

—¿Quién es?

« No es Job —pensó el señor Pickwick, retirándose apresuradamente otra vez contra la pared—. Es una mujer.» Apenas había tenido tiempo de alcanzar esta conclusión, cuando se abrió de par en par una ventana en el piso de arriba, y tres o cuatro voces femeninas repitieron la pregunta:

—¿Quién es?

El señor Pickwick no se atrevía a mover pie ni mano. Estaba claro que toda la casa se había agitado. Decidió quedarse donde estaba hasta que pasara la alarma; y entonces, con un esfuerzo sobrenatural, saltar la tapia, o perecer en el intento.

Como todas las decisiones del señor Pickwick, esta era la mejor que se podía hacer en esas circunstancias; pero, desgraciadamente, se fundaba en la suposición de que no se atreverían a abrir otra vez la puerta. ¡Cuál fue su consternación al oír que quitaban la cadena y los cerrojos, y vio la puerta abrirse lentamente, cada vez más! Se retiró a su rincón, paso a paso, pero, por más que hiciera, la interposición de su propia persona impedía que la puerta se abriera del

todo.

—¿Quién es? —gritó desde la escalera de dentro un numeroso coro de voces tiples, compuesto por la directora de la institución, tres profesoras, cinco criadas y treinta internas, todas a medio vestir y con un bosque de bigudíes.

Desde luego, el señor Pickwick no dijo quién era; y entonces el estribillo del coro se cambió en:

—¡Dios mío! ¡Qué miedo!

—Cocinera —dijo la abadesa de la casa, que tenía buen cuidado de estar en lo alto de la escalera, la última del grupo—; cocinera, ¿por qué no sale un poco al jardín?

—No, por favor, señora; me da miedo —respondió la cocinera.

—¡Dios mío, qué estúpidas son las cocineras! —dijeron las treinta internas.

—Cocinera —dijo la abadesa con gran dignidad—, no me replique, por favor. Le repito que salga inmediatamente a mirar en el jardín.

Aquí la cocinera empezó a llorar, y la doncella dijo que era «una vergüenza», toma de posición por la cual fue despedida inmediatamente.

—¿Me oye, cocinera? —dijo la abadesa, golpeando impaciente con el pie.

—¿No oye a la señora, cocinera? —dijeron las tres profesoras.

—¡Qué descarada es esta cocinera! —dijeron las treinta residentes.

La infortunada cocinera, conminada de modo tan enérgico, avanzó un paso o dos y, sosteniendo la lámpara precisamente de tal modo que le impedía ver en absoluto nada, declaró que no había nada, y que debía de haber sido el viento. Iba a cerrarse la puerta, en consecuencia, cuando una interna curiosa, que estaba mirando por las rendijas, lanzó un terrible chillido, que hizo echarse atrás a la cocinera, a la doncella y a las más aventuradas, sin perder un momento.

—¿Qué le pasa a la señorita Smithers? —dijo la abadesa, mientras la mencionada señorita Smithers comenzaba a entrar en un histerismo de una potencia de cuatro señoritas juntas.

—¡Dios mío, señorita Smithers! —decían las otras veintinueve internas.

—¡Ah… el hombre… ese hombre… detrás de la puerta! —chilló la señorita Smithers.

No bien oyó la abadesa ese grito terrible, cuando se retiró a su cuarto, echó dos cerrojos a la puerta y se desmayó con toda comodidad. Las internas, las profesoras y las criadas se retiraron a las escaleras, cayendo unas sobre otras, y nunca se vieron tales chillidos, tales desmayos, tales luchas.

En medio del tumulto, el señor Pickwick salió del escondite y se presentó ante ellas.

—Señoritas… queridas señoritas —dijo el señor Pickwick.

—¡Ay, dice que somos queridas! —gritó la más fea y vieja de las profesoras—. ¡Ah, qué canalla!

—Señoritas —rugió el señor Pickwick, desesperado por el peligro de su

situación—. Óiganme. No soy ningún ladrón. Quiero ver a la directora.

—¡Ah, qué monstruo feroz! —gritó otra profesora—. Viene por la señorita Tomkins.

Aquí hubo un griterío general.

—¡Que toque alguien la campana de alarma! —gritó una docena de voces.

—No, no —gritó el señor Pickwick—, mírenme: ¿parezco un ladrón? Queridas señoritas, pueden atarme de pies y manos, o encerrarme en un armario, si quieren. Pero escuchen lo que les tengo que decir… escúchenme.

—¿Cómo ha entrado usted al jardín? —balbució la criada.

—Llamen a la directora, y se lo diré todo —dijo el señor Pickwick, usando los pulmones con su máxima potencia—. Llámenla, pero cállense; llámenla, y lo sabrán todo.

Quizá fuera el aspecto del señor Pickwick, o quizá fueran sus maneras, o quizá fuera la tentación —irresistible para una mente femenina— de escuchar algo que por ahora estaba envuelto en misterio, lo que redujo a un estado de relativa tranquilidad a la parte más razonable de la institución (unas cuatro personas). Estas propusieron, como prueba de la sinceridad del señor Pickwick, que inmediatamente se le sometiera a detención personal; y consintiendo este caballero en tener una conversación con la señorita Tomkins desde el interior de un gran armario en que las externas colgaban sus sombreros y cestos de merienda, inmediatamente se metió en él, por su propia iniciativa, y le cerraron con toda seguridad. Esto reanimó a las demás; y después de ir a buscar a la señorita Tomkins, y de hacerla bajar, empezó el coloquio.

—¿Qué hacía usted en mi jardín, hombre? —dijo la señorita Tomkins con voz débil.

—Vine a avisarle de que una de sus señoritas iba a escaparse esta noche —respondió el señor Pickwick desde dentro del armario.

—¡Escaparse! —exclamaron la señorita Tomkins, las tres profesoras, las treinta internas y las cinco criadas—. ¿Y con quién?

—Con su amigo, el señor Charles Fitz-Marshall.

—¡Mi amigo! No conozco a semejante persona.

—Bueno, el señor Jingle, entonces.

—Nunca he oído ese nombre en mi vida.

—Entonces me han engañado —dijo el señor Pickwick—; he sido víctima de una conspiración; una conspiración vil y vergonzosa. Mande recado a Al Ángel, señora, si no me cree. Mande a buscar al criado del señor Pickwick, en Al Ángel; se lo imploro, señora.

—Debe de ser persona respetable; tiene un criado —dijo la señorita Tomkins a la profesora de caligrafía y aritmética.

—Mi opinión, señorita Tomkins —dijo la profesora de caligrafía y aritmética—, es que su criado le tiene a él: me parece que es un loco, señorita Tomkins, y el

otro es su vigilante.

—Creo que tiene razón, señorita Gwynn —respondió la señorita Tomkins—. Que vayan dos de las criadas a Al Ángel, y que las otras se queden aquí para protegernos.

Así, se despacharon dos de las criadas a Al Ángel en busca del señor Samuel Weller, y las tres restantes se quedaron atrás para proteger a la señorita Tomkins, a las tres profesoras y a las treinta internas. Y el señor Pickwick se sentó en el armario, bajo una fila de cestas de merienda, aguardando el regreso de las mensajeras, con toda la filosofía y fortaleza que logró reunir en su ayuda.

Pasó una hora y media antes de que volvieran, y cuando volvieron, el señor Pickwick reconoció, además de la voz de Samuel Weller, otras dos voces cuyo tono le sonó familiar a sus oídos; pero no hubiera podido recordar de quiénes eran, aunque en ello le fuera la vida.

Siguió a esto una breve conversación. Se abrió la puerta, el señor Pickwick salió del armario, y se encontró en presencia de toda la institución de Casa Westgate, de Samuel Weller y… ¡del viejo Wardle, con su futuro yerno, el señor Trundle!

—Mi querido amigo —dijo el señor Pickwick, corriendo a estrechar la mano de Wardle—, querido amigo, por favor, por el amor de Dios, explíquele a esta señora la infortunada y terrible situación en que me encuentro. Ya lo sabrá por mi criado; por lo que más quiera, dígale que no soy un ladrón ni un loco.

—Ya se lo he dicho, mi querido amigo. Ya se lo he dicho —respondió el señor Wardle, estrechando la mano derecha de su amigo, mientras el señor Trundle apretaba su izquierda.

—Y quien diga, o haya dicho que lo es —interrumpió Weller, dando un paso adelante—, dice algo que no es *verdá*; lejos de eso, sino lo contrario, al revés. Y si hubiera aquí cualquier número de hombres que hubieran dicho eso, yo tendría mucho gusto en darles a *toos* una prueba convincente de que están equivocados, en este mismo cuarto, si estas respetables señoras tuvieran la *bondá* de retirarse y hacerles venir uno a uno.

Lanzado este desafío con gran elocuencia, Weller golpeó con el puño la palma de la mano e hizo un alegre guiño a la señorita Tomkins, cuyo intenso horror es imposible describir ante su suposición de que entrara en los límites de lo posible que hubiera hombres en los locales del Instituto Casa Westgate para Señoritas.

Pronto se concluyó la explicación del señor Pickwick, que ya estaba parcialmente hecha. Pero ni en el transcurso de su caminata de regreso con los amigos, ni después, sentado ante un buen fuego, tomando la cena que tanto necesitaba, se le pudo sacar ni una sola frase. Parecía desconcertado y agitado. Una vez, solo una vez, se volvió al señor Wardle y dijo:

—¿Cómo vinieron aquí?

—Trundle y yo vinimos de caza —respondió Wardle—. Llegamos esta noche y nos quedamos asombrados al saber por su criado que usted también estaba aquí. Pero me alegro de que esté —dijo el viejo, dándole palmadas en la espalda —; me alegro. Haremos una buena partida de caza, y le daremos otra ocasión a Winkle, ¿eh, viejo?

El señor Pickwick no respondió, ni preguntó por sus amistades de Dingley Dell, y poco después se retiró a dormir, ordenando a Sam que le llevara la vela cuando llamara.

Sonó la campanilla en su momento propio, y se presentó Sam Weller.

—Sam —dijo el señor Pickwick, sacando la cabeza entre las sábanas.

—Señor —dijo Weller.

El señor Pickwick hizo una pausa, y Weller despabiló la vela.

—Sam —volvió a decir el señor Pickwick, con un esfuerzo desesperado.

—Señor —volvió a decir Weller.

—¿Dónde está ese Trotter?

—¿Job, señor?

—Sí.

—Se ha ido, señor.

—¿Con su amo, supongo?

—Amigo o amo, o lo que sea, se ha ido con él —respondió Weller—. Buena pareja son esos.

—Jingle sospechaba mi intención, y te puso por en medio a ese hombre con ese cuento; supongo, ¿no? —dijo el señor Pickwick, medio atragantado.

—Eso es, señor —respondió Weller.

—¿Era todo mentira, por supuesto?

—Todo, señor —respondió Weller—; bien hecho; gente lista.

—No creo que la próxima vez se nos escape tan fácilmente, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Estoy seguro, señor.

—Cuando me vuelva a encontrar a ese Jingle, dondequiera que esté —dijo el señor Pickwick, incorporándose en la cama y asestando un tremendo golpe a su almohada—, le infligiré un castigo personal, además de la denuncia que se merece de sobra. Lo haré, como me llamo Pickwick.

—Y cuando agarre a ese tío melancólico de pelo negro —dijo Sam—, si no le saco lágrimas de *verdá*, por una vez, ¡no me llamo Weller! ¡Buenas noches, señor!

XVII

QUE MUESTRA QUE UN ATAQUE DE REUMA, EN ALGUNOS CASOS, ACTÚA COMO AVIVADOR DEL GENIO INVENTIVO

La constitución del señor Pickwick, aunque capaz de resistir una dosis muy considerable de ejercicio y fatiga, no estaba a prueba de tal combinación de ataques como la que sufrió en la memorable noche anotada en el capítulo anterior. El proceso de lavado, al aire libre y por la noche, y de secado urgente en un armario, es tan peligroso como insólito. El señor Pickwick cayó con un ataque de reuma.

Pero aunque las potencias corporales del gran hombre quedaron así disminuidas, sus energías mentales conservaron su vigor prístino. Su espíritu era elástico; su buen humor quedó restablecido. Hasta la vejación resultante de su reciente aventura se había desvanecido de su mente, y podía unirse a las cordiales risas que cualquier alusión a ella producía en Wardle, sin cólera y sin sensación de ridículo. Más todavía: en los dos días que el señor Pickwick estuvo confinado en su cama, Sam fue su continuo acompañante. El primer día, trató de divertir a su amo con anécdotas y conversación; el segundo día, el señor Pickwick pidió su carpeta de escribir, pluma y tinta, y trabajó profundamente todo el día. El tercer día, pudiendo ya sentarse en su alcoba, envió a su criado con un mensaje para los señores Wardle y Trundle, indicando que si querían venir a tomar su vino con él, aquella tarde, les quedaría muy agradecido. La invitación se aceptó de buena gana; y cuando se sentaron a beber, el señor Pickwick, después de diversos rubores, sacó la siguiente breve narración, como «arreglada» por él mismo durante la reciente indisposición, sobre sus apuntes del espontáneo relato hecho por Sam Weller.

EL ESCRIBIENTE DE PARROQUIA

(Una historia de verdadero amor)

«Una vez, hace mucho tiempo, en un pueblecito a considerable distancia de Londres, había un hombrecito llamado Nathaniel Pipkin, que era el escribiente de la parroquia del pueblo y que vivía en una casita en High Street, a diez minutos de la iglesia; y a quien se encontraba todos los días, de nueve a cuatro, dando un poco de lección a los niñitos. Nathaniel Pipkin era un ser inofensivo, inocente, de buen natural, de nariz remangada y piernas zambas, ojos bizcos y paso renqueante; dividía su tiempo entre la iglesia y la escuela, convencido de veras de que en la faz de la tierra no existía hombre tan listo como el párroco, ni sala tan imponente como la sacristía, ni escuela tan bien ordenada como la suya. Una vez, una sola vez en su vida, Nathaniel Pipkin había visto un obispo; un obispo de

verdad, con los brazos en las mangas del roquete y la cabeza con peluca. Le había visto andar, y le había oído hablar, en una Confirmación, solemne ocasión en que Nathaniel Pipkin quedó tan abrumado de reverencia y temor cuando el mencionado obispo le puso la mano en la cabeza, que se desmayó por completo y hubo de ser sacado de la iglesia en brazos del sacristán.

» Aquel fue un gran acontecimiento, que marcó una era en la vida de Nathaniel Pipkin, y era el único que jamás había agitado la suave corriente de su existencia plácida, cuando una hermosa tarde, en un acceso de abstracción mental, al apartar por casualidad los ojos de la pizarra en que preparaba algún tremendo problema para que lo resolviera un niño travieso, su mirada reposó súbitamente en el florido rostro de Maria Lobbs, la única hija del viejo Lobbs, el guarnicionero de enfrente. Ahora bien, los ojos de Pipkin se habían posado ya otras muchas veces sobre la linda cara de Maria Lobbs, en la iglesia y en otros lugares; pero los ojos de Maria Lobbs nunca habían estado tan brillantes, ni las mejillas de Maria Lobbs habían estado tan lozanas como en esta ocasión. No es extraño, entonces, que Nathaniel Pipkin no fuera capaz de apartar los ojos del rostro de la señorita Lobbs; ni es extraño que la señorita Lobbs, al sentirse contemplada por un joven, retirase la cabeza de la ventana por donde estaba atisbando, y cerrara los cristales y bajara la persiana; ni es extraño que Nathaniel Pipkin, inmediatamente después, cayera sobre el tierno niñito que antes le había ofendido, y le arreara y sacudiera con todo el desbordamiento de su corazón. Todo eso es muy natural, y no hay en ello nada de qué extrañarse.

» Sin embargo, sí ha de sorprender que alguien con el carácter retirado del señor Nathaniel Pipkin, con su temperamento nervioso, y con sus ingresos especialmente reducidos, desde aquel día se atreviera a aspirar a la mano y el corazón de la única hija del orgulloso viejo Lobbs: el viejo Lobbs, el guarnicionero, que podía haber comprado el pueblo entero de un plumazo sin notar el gasto; el viejo Lobbs, que se sabía muy bien que tenía montones de dinero invertidos en el banco de la ciudad cercana; que se contaba que tenía incontables e inextinguibles tesoros guardados en una cajita fuerte de hierro, con gran cerradura, sobre la chimenea de su salita; y que, como se sabía muy bien, en los días festivos adornaba su mesa con tetera, lechera y azucarero de plata maciza, de los cuales, en el orgullo de su corazón, solía gloriarse que serían propiedad de su hija cuando encontrara un hombre de su gusto. Lo repito: era motivo de profundo asombro e intensa extrañeza que Nathaniel Pipkin hubiera tenido la temeridad de poner los ojos en ella. Pero el amor es ciego; y Nathaniel era bizco; y quizá estas dos circunstancias reunidas evitaban que viera el asunto en su verdadero estado.

» Ahora bien, si el viejo Lobbs hubiera tenido la más remota idea de la naturaleza de los sentimientos de Nathaniel Pipkin, sencillamente habría arrasado la escuela sin dejar rastro, o habría eliminado al maestro de la superficie de la

tierra, o habría cometido algún otro crimen o atrocidad de índole igualmente feroz y violenta; pues era un terrible viejo, ese Lobbs, cuando su orgullo se sentía ofendido o su sangre se sublevaba. ¡Y jurar! Tales ristras de juramentos salían rodando y resonando de su boca algunas veces que acusaba de holgazán a su huesudo aprendiz de piernas flacas, que Nathaniel Pipkin temblaba de horror en su pellejo y a los alumnos se les erizaba el pelo de terror.

» ¡Bueno! Día tras día, cuando acababa la escuela, y los alumnos se iban, Nathaniel Pipkin se sentaba junto a la ventana, y, fingiendo leer un libro, lanzaba miradas de medio lado, a través de la calle, en busca de los claros ojos de Maria Lobbs. Y no llevaba muchos días sentándose, cuando los claros ojos aparecieron en una ventana del piso de arriba, al parecer, también profundamente absortos en la lectura. Fue delicioso y alegre para el corazón de Nathaniel Pipkin. Era algo como para sentarse allí horas y horas, mirando esa linda cara mientras sus ojos estaban bajos; pero cuando Maria Lobbs empezó a levantar los ojos del libro y a disparar sus rayos en dirección a Nathaniel Pipkin, su deleite y admiración no tuvieron límite. Por fin, un día que él sabía que el viejo Lobbs estaba fuera, Nathaniel Pipkin tuvo la temeridad de mandar un beso con la mano a Maria Lobbs, y Maria Lobbs, en vez de cerrar la ventana y bajar la persiana, también le envió otro, y sonrió. Con lo cual, Nathaniel Pipkin decidió que, pasara lo que pasara, declararía el estado de sus sentimientos sin más dilación.

» Unos pies más lindos, un corazón más alegre, un rostro con más pícaros hoyuelos no habían gravitado jamás tan levemente sobre la tierra que adornaban como los de Maria Lobbs, la hija del viejo guarnicionero. El guiño travieso de sus ojos resplandecientes se hubiera abierto camino hasta corazones mucho menos impresionables que el de Nathaniel Pipkin; y en su risa alegre había un sonido tan jubiloso que el más empedernido misántropo debía sonreír al oírlo. Aun el viejo Lobbs, en lo peor de su ferocidad, no podía resistir a los mimos de su linda hija; y cuando ella o su prima Kate —una personilla astuta, de aire desvergonzado y hechicero— se empeñaban en atacar juntas al viejo, como lo hacían a menudo, para decir la verdad, él no podía rehusarles nada, aunque le hubieran pedido una parte de los incontables e inagotables tesoros que estaban ocultos de la luz en la caja fuerte de hierro.

» El corazón le latió fuertemente a Nathaniel Pipkin cuando vio a esa encantadora parejita una tarde de verano, a unos cientos de pasos ante él, en el mismo campo en que muchas veces había vagabundeado hasta el anochecer pensando en la belleza de Maria Lobbs. Pero aunque entonces había pensado con cuánta viveza se acercaría a Maria Lobbs para declararle su pasión, en cuanto pudiera encontrarla, ahora que la tenía delante inesperadamente sentía que toda la sangre se le subía a la cara, con gran detrimento de sus piernas, que, privadas de su porción usual de sangre, temblaban debajo de él. Cuando ellas se detenían a hacer un ramillete o a escuchar un pájaro, Nathaniel Pipkin se paraba también y

fingía absorberse en la meditación, como realmente era el caso; pues pensaba qué podría hacer cuando ellas se volvieran, como inevitablemente ocurriría, y le miraran cara a cara. Pero aunque tenía miedo de alcanzarlas, no podía soportar perderlas de vista; de modo que cuando ellas apretaban el paso, él también aceleraba, y cuando ellas se detenían, él se detenía; y así hubieran podido seguir hasta que la oscuridad se lo impidiera, si Kate no hubiera mirado atrás con malicia, invitando y animando a Nathaniel a que avanzara. Había algo en el gesto de Kate que no podía resistirse, y Nathaniel Pipkin siguió la invitación; y tras de muchos rubores por su parte, y risas inmoderadas por parte de la perversa primita, Nathaniel Pipkin se puso de rodillas en la hierba llena de rocío y declaró su decisión de permanecer allí para siempre, a no ser que se le permitiera levantarse como el enamorado que aceptaba Maria Lobbs. Entonces, la risa jubilosa de Maria Lobbs resonó por el aire tranquilo de la tarde —sin parecer agitarlo, sin embargo; tan grato era su sonido— y la perversa primita se rió con mayor desmesura que nunca, y Nathaniel Pipkin se ruborizó más que nunca. Por fin, Maria Lobbs, urgida con más afán por aquel hombrecito consumido de amor, volvió la cabeza y cuchicheó a su prima que dijera, o fue por lo menos lo que dijo Kate, que se sentía muy honrada por las palabras del señor Pipkin; que su mano y su corazón estaban en poder de su padre, pero que nadie podía ser insensible a los méritos del señor Pipkin. Como todo esto se dijo con mucha gravedad, y como Nathaniel Pipkin acompañó a casa a Maria Lobbs, y al despedirse luchó por obtener un beso, se acostó sintiéndose feliz, y toda la noche soñó con ablandar al viejo Lobbs, con abrir la caja fuerte y con casarse con Maria.

» Al día siguiente, Nathaniel Pipkin vio que el viejo Lobbs montaba en su caballo gris, y después de muchas señales de la perversa primita por la ventana, cuyo objeto y significado no pudo entender de ningún modo, vino el aprendiz huesudo de las piernas flacas a decir que su amo no iba a volver a casa esa noche y que las señoritas esperaban al señor Pipkin a tomar el té a las seis en punto. Cómo salieron adelante aquel día las lecciones, ni Nathaniel Pipkin ni sus alumnos lo saben mejor que ustedes; pero salieron adelante, de algún modo, y, después que se fueron los niños, Nathaniel Pipkin se ocupó, hasta las seis, en arreglarse a su gusto. No es que tardara mucho en elegir el traje que ponerse, por cuanto no tenía que elegir en este asunto; pero el ponérselo del mejor modo, y el retocarlo previamente, era tarea de dificultad e importancia nada desdeñables.

» Había un grupito muy simpático, consistente en Maria Lobbs, su prima Kate y tres o cuatro muchachas traviesas, de buen humor y mejillas rosadas. Nathaniel Pipkin obtuvo demostración visual de que no eran exagerados los rumores sobre los tesoros del viejo Lobbs. Allí estaban la tetera, la lechera y el azucarero de plata maciza, y tazas de china auténtica para el té, y platitos de lo mismo, llenos de pasteles y tostadas. Lo único que molestaba a la vista, en todo

aquel sitio, era un primo de Maria Lobbs, hermano de Kate, a quien Maria Lobbs llamaba “Henry”, y que parecía monopolizar a Maria Lobbs para él en una esquina de la mesa. Es cosa agradable ver el cariño en las familias, pero se puede llegar demasiado lejos, y Nathaniel Pipkin no podía menos de pensar que Maria Lobbs debía de tener mucho cariño a su parentela, si les concedía tanta atención a todos como a ese determinado primo. Después del té, también, cuando la perversa primita propuso jugar a la gallina ciega, sin saber cómo, casi siempre Nathaniel Pipkin se quedaba de ciego, y cuando ponía la mano en el primo estaba seguro de encontrar que Maria Lobbs no andaba lejos. Y aunque la perversa primita y las demás muchachas le pellizcaban y le tiraban del pelo, y le ponían sillas para que tropezara, y todas esas cosas, Maria Lobbs nunca parecía acercársele en absoluto; y una vez —una vez— Nathaniel Pipkin habría jurado que oyó el ruido de un beso, seguido de unos leves reproches de Maria Lobbs, y de una risa medio contenida de sus amigas. Todo esto era extraño —muy extraño — y no cabe decir lo que Nathaniel Pipkin habría o no habría hecho, como consecuencia, si sus pensamientos no se hubieran orientado de repente por un nuevo cauce.

» La circunstancia que llevó sus pensamientos por otro cauce fue unas ruidosas llamadas en la puerta de la calle; la persona que llamaba con tanto ruido en la puerta de la calle no era sino el propio Lobbs, que había vuelto inesperadamente y estaba allí golpeando como un fabricante de ataúdes; pues tenía gana de cenar. En cuanto esta alarmante noticia fue comunicada por el aprendiz huesudo de las piernas flacas, las muchachas subieron al cuarto de Maria Lobbs, y el primo y Nathaniel Pipkin se metieron en unos armarios del salón, a falta de mejores sitios de escondite; y después de que Maria Lobbs y la perversa primita les quitaron de en medio y arreglaron el cuarto, abrieron la puerta de la calle al viejo Lobbs, que no había dejado de llamar desde el principio.

» Ahora bien, ocurrió por desgracia que el viejo Lobbs, al tener tanta hambre, estaba monstruosamente irritado. Nathaniel Pipkin le oía gruñir como un viejo mastín enronquecido; y en cuanto el desgraciado aprendiz de las piernas flacas entró en el cuarto, inmediatamente empezó el viejo Lobbs a jurar contra él del modo más feroz y bárbaro, aunque por lo visto sin más fin ni objetivo que el de aligerarse el pecho descargando unos cuantos juramentos sobrantes. Al fin trajeron a la mesa algo de cenar, que habían calentado deprisa, y el viejo Lobbs lo despachó enseguida, por las buenas; y una vez que lo despachó, besó enseguida a su hija y pidió su pipa.

» La naturaleza había dispuesto las rodillas de Nathaniel Pipkin en muy estrecha yuxtaposición, pero cuando oyó al viejo Lobbs pedir la pipa, se le entrechocaron como si fueran a hacerse polvo mutuamente, pues, colgada de unos ganchos, en el mismo armario donde él se encontraba, había una gran pipa,

de tubo oscuro y cazoleta de plata, que él había visto en la boca del viejo Lobbs, con absoluta regularidad, todas las tardes y noches de los últimos cinco años. Las dos muchachas bajaron a buscar la pipa, y subieron a buscar la pipa, y fueron a todas partes menos adonde sabían que estaba la pipa, y mientras tanto el viejo Lobbs se deshacía en una tormenta del modo más admirable. Por fin se acordó del armario, y se acercó a él. No servía que un hombrecito como Nathaniel Pipkin sujetara la puerta por dentro cuando un hombre robusto como el viejo Lobbs tiraba de ella hacia fuera. El viejo Lobbs dio un tirón y abrió de par en par, quedando al descubierto Nathaniel Pipkin, de pie y muy derecho, todo él tembloroso de miedo. ¡Dios nos valga! ¡Qué mirada temible le lanzó el viejo Lobbs, al sacarle a rastras por el cuello, observándole con el brazo extendido!

» —Bueno, ¿qué demonios hace usted aquí? —dijo el viejo Lobbs con voz terrible.

» Nathaniel Pipkin no podía responder, de modo que el viejo Lobbs le sacudió de atrás hacia delante, durante dos o tres minutos, como procedimiento de arreglarle las ideas por su cuenta.

» —¿Qué hace aquí? —rugió Lobbs—. Supongo que ha venido por mi hija, ¿eh?

El viejo Lobbs dijo esto meramente como una burla, pues no creía que ningún atrevimiento mortal hubiera impulsado a Nathaniel Pipkin hasta tal extremo. Cuál sería su indignación cuando el pobre hombre respondió:

» —Sí, señor Lobbs, he venido por su hija. La quiero, señor Lobbs.

» —¡Cómo! ¿Tú, mocoso, cara torcida, encanijado sinvergüenza? —ladró el viejo Lobbs, paralizado por la atroz confesión—. ¿Qué quieres decir con eso? ¡Dímelo a la cara! ¡Maldita sea, te voy a estrangular!

» No es nada improbable que el viejo Lobbs hubiera llevado a ejecución su amenaza, en el exceso de su cólera, si su brazo no hubiera quedado detenido por una aparición muy inesperada; a saber, el primo, que, saliendo de su armario y acercándose al viejo Lobbs, dijo:

» —No puedo permitir que esta inocente persona, a la que han invitado las chicas para gastarle una broma, cargue noblemente con una culpa de la cual (si es culpa) yo soy responsable, y que estoy dispuesto a confesar. Yo quiero a su hija, señor Lobbs; y estoy aquí con el propósito de verla.

» El viejo Lobbs abrió mucho los ojos al oír esto, pero no más que Nathaniel Pipkin.

» —¿Tú? —dijo Lobbs, encontrando por fin aliento para hablar.

» —Yo.

» —Te prohibí hace mucho que entraras en esta casa.

» —Sí; de otro modo no habría tenido que venir esta noche a escondidas.

» Lamento decirlo del viejo Lobbs, pero creo que habría golpeado al primo si su linda hija, con sus claros ojos inundados de lágrimas, no se le hubiera agarrado

al brazo.

» —No le sujetes, Maria —dijo el joven—; si quiere golpearme, déjale. Yo no tocaré un pelo de su cabeza encanecida ni por todas las riquezas del mundo.

» El viejo bajó los ojos ante estas palabras, y encontró la mirada de su hija. Ya he sugerido antes, una vez o dos, que sus ojos eran muy brillantes y, aunque ahora estaban llenos de lágrimas, su influencia no había disminuido. El viejo Lobbs volvió la cabeza, como para evitar que le persuadieran, cuando, por las casualidades de la suerte, encontró la cara de la perversa primita, que, en parte con miedo por su hermano, y en parte riéndose de Nathaniel Pipkin, presentaba una expresión de rostro tan hechicera, también con un toque de malicia, como puede desear ver cualquier hombre, viejo o joven. Dio el brazo, mimosamente, al viejo, y le cuchicheó algo al oído; y, a pesar suyo, el viejo Lobbs no pudo menos de sonreír, a la vez que una lágrima bajaba por su mejilla.

» Cinco minutos después, bajaron las muchachas de la alcoba, con muchos risoteos y rubores; y mientras los jóvenes se ponían a sus anchas, el viejo Lobbs descolgó la pipa y empezó a fumar; con la particular circunstancia, sobre esa pipa de tabaco, de que fue la más deliciosa y suavizadora que jamás había fumado.

» Nathaniel Pipkin pensó que lo mejor era guardarse su secreto, y, al hacerlo así, poco a poco fue ascendiendo en el favor del viejo Lobbs, que con el tiempo le enseñó a fumar; y solían sentarse en el jardín, durante varios años después, fumando y bebiendo solemnemente. Pronto se recuperó de los efectos de su enamoramiento, pues encontramos su nombre en el registro de la parroquia como testigo en la boda de Maria Lobbs con su primo; y también resulta, por referencia a otros documentos, que en la noche de esa boda fue encarcelado en el calabozo del pueblo, por haber cometido, en estado de extrema embriaguez, diversos excesos por las calles, en todos los cuales fue ayudado y secundado por el aprendiz huesudo de las piernas flacas.»

XVIII

BREVEMENTE DEMOSTRATIVO DE DOS PUNTOS: PRIMERO, DEL PODER DEL HISTERISMO; Y SEGUNDO, DE LA FUERZA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Durante dos días después del almuerzo de la señora Hunter, los pickwickianos permanecieron en Eatanswill, aguardando ansiosamente la llegada de alguna noticia de su respetado jefe. Tupman y Snodgrass quedaron, una vez más, entregados a sus propios medios de diversión; pues Winkle, respondiendo a una invitación apremiante, siguió residiendo en casa del señor Pott y dedicando su tiempo a hacer compañía a esta amable señora. Y no faltaba tampoco la presencia ocasional del propio señor Pott para completar su felicidad. Profundamente sumergido en la intensidad de sus meditaciones a favor del bien público y de la destrucción del *Independiente*, no tenía costumbre este gran hombre de descender de su pináculo mental hasta el nivel humilde de las mentes ordinarias. En esta ocasión, sin embargo, y como expresamente para cumplimentar a cualquier seguidor del señor Pickwick, se plegó, descansó y descendió de su pedestal; puso los pies en la tierra, adaptando benévolamente sus palabras a la comprensión del rebaño, pareciendo en su forma exterior, ya que no en espíritu, ser uno de ellos.

Si esa era la actitud de este célebre personaje público respecto a Winkle, se imaginará fácilmente qué considerable sorpresa se pintó en el rostro de este último caballero cuando, estando solo en el comedor, se abrió la puerta de un golpe apresurado y entró el señor Pott, quien, caminando majestuosamente hacia él y echando a un lado la mano que este le tendía, rechinó los dientes, como para hacer más tajante lo que iba a decir, y exclamó con voz como la de una sierra:

—¡Serpiente!

—¡Señor Pott! —exclamó Winkle, levantándose de un salto.

—¡Serpiente, señor mío! —repitió el señor Pott, elevando la voz, y luego, bajándola de repente—. He dicho serpiente; tómelo como quiera.

Cuando uno se ha separado de alguien a las dos de la madrugada en términos de la mejor amistad, y le vuelve a encontrar a las nueve y media, saludándole a uno como «serpiente», no es irrazonable inferir que mientras tanto ha ocurrido algo de carácter desagradable. Eso es lo que pensó Winkle. Devolvió al señor Pott su mirada pétrea y, siguiendo la petición de este señor, intentó tomar de algún modo aquello de «serpiente». Sin embargo, no sabía cómo tomarlo y, tras un silencio profundo de varios minutos de duración, dijo:

—¡Serpiente! ¿Serpiente, señor Pott? ¿Qué quiere usted decir con eso? ¡Será una broma!

—¡Una broma, señor mío! —exclamó Pott, con un movimiento de la mano que indicaba un gran deseo de lanzar la tetera de alpaca a la cabeza de su

invitado—. ¡Una broma! Pero… no, mantendré la calma; mantendré la calma. —Y, en prueba de su calma, el señor Pott se dejó caer en la butaca y echó espumarajos por la boca.

—Querido señor Pott —interrumpió Winkle.

—¡Querido! —replicó Pott—. ¿Cómo se atreve a llamarme así: «Querido señor»? ¿Cómo se atreve a mirarme a la cara y llamarme así?

—Bueno, si a eso vamos —respondió Winkle—, ¿cómo se atreve usted a mirarme a mí a la cara y llamarme serpiente?

—Porque lo es usted.

—Pruébelo, señor Pott —dijo Winkle, con calor—; pruébelo.

Una mueca maligna pasó por el profundo rostro del director al sacar del bolsillo el *Independiente* de esa mañana; y, poniendo el dedo en un determinado párrafo, tiró el diario a través de la mesa a Winkle.

Este lo tomó y leyó lo siguiente:

> Nuestro oscuro y sucio colega, en algunas repugnantes observaciones sobre las elecciones recientes para este burgo, ha intentado violar la sagrada santidad de la vida privada, refiriéndose, de manera inequívoca, a los asuntos personales de nuestro reciente candidato —sí, y a pesar de su traidora derrota, añadimos: nuestro futuro diputado, el señor Fizkin—. ¿Qué quiere decir nuestro espurio colega? ¿Qué diría ese villano si, despreciando como él las decencias del trato social, levantáramos el telón que, por fortuna, oculta SU propia vida privada ante el ridículo público, para no decir que ante la execración general? ¿Qué diría si llegáramos a señalar y comentar hechos y circunstancias que son públicamente notorios y observados por todo el mundo menos por nuestro miope colega? ¿Qué diría si imprimiéramos la siguiente efusión que hemos recibido mientras escribíamos el comienzo de este artículo, enviada por un brillante paisano y corresponsal nuestro?

VERSOS A UN POTE DE COBRE

Pott, si llegaras a saber
qué engañosa te saldría,
hubieras hecho aquel día
lo que hoy por fuerza ha de ser;
y en medio del tinkle*,* tinkle*,*
de las campanas de boda,
la hubieras dejado toda,
*toda entera para W******

—¿Qué es —preguntó solemnemente el señor Pott—, qué es, villano, lo que rima con *tinkle*?

—¿Qué es lo que rima con *tinkle*? —repitió la señora Pott, cuya entrada en ese instante se anticipó a la respuesta—. ¿Qué es lo que rima con *tinkle*? Pues *Winkle*, supongo yo.

Y diciendo así, la señora Pott sonrió dulcemente al conturbado pickwickiano, y le extendió la mano. El agitado galán la hubiera aceptado, en su confusión, si Pott no se hubiera interpuesto con indignación.

—¡Atrás, señora, atrás! —dijo el director—. ¡Tomar la mano ante mis propios ojos!

—¿Qué es eso, P.? —dijo con asombro su señora.

—Mujer desgraciada, mira esto —exclamó el marido—. Mira aquí: « Versos a un Pote de Cobre» ; ese Pote soy yo. « Qué engañosa te saldría» ; esa eres tú.

Y con esta ebullición de cólera, acompañada también de algo semejante a un temblor ante la expresión del rostro de su mujer, el señor Pott lanzó a sus pies el último número del *Independiente de Eatanswill*.

—¡No me digas! —dijo, asombrada, la señora Pott, agachándose a recoger el periódico—. ¡No me digas!

El señor Pott parpadeó bajo la mirada despectiva de su mujer. Mantenía una lucha desesperada por afirmar su valor, pero se le aflojaba otra vez enseguida.

No parece que haya nada temible en esta frasecita: « No me digas» , cuando se lee; pero el tono de voz con que se pronunciaba, y la mirada que la acompañaba, ambas cosas pareciendo referirse a alguna venganza que luego había de caer sobre la cabeza de Pott, produjeron su efecto en él. El observador menos experto podría haber notado en su turbado rostro el deseo de dejar ocupar sus botas con vueltas a cualquier sustituto eficiente que en ese momento hubiera aceptado entrar en ellas.

La señora Pott leyó el párrafo, lanzó un fuerte grito y se lanzó cuan larga era por la alfombra, chillando y pataleando de un modo tal que no podía dejar dudas sobre la adecuación de sus sentimientos a la ocasión.

—Querida mía —dijo Pott, aterrado—, no he dicho que lo creyera, yo… — Pero la voz del desgraciado quedaba ahogada por los chillidos de su compañera.

—Señora Pott, permítame rogarle, querida señora, que se domine —dijo Winkle; pero los chillidos y pataleos se hacían más ruidosos y frecuentes.

—Querida mía —decía Pott—, lo siento mucho. Si no tienes en cuenta tu salud, tenme en cuenta a mí, querida mía. Vamos a llamar la atención de la gente.

Pero cuanto más esforzadamente rogaba el señor Pott, con mayor vehemencia salían los chillidos.

Por suerte, sin embargo, adscrita a la persona de la señora Pott había una guardia de corps de un solo miembro, una señorita cuya tarea visible era presidir

su tocado, pero que se hacía útil de diversas maneras, sobre todo en una dedicación especial a ayudar y secundar constantemente a su señora en todo deseo o inclinación en contra de los deseos del infeliz Pott. Los chillidos alcanzaron debidamente los oídos de esta señorita, y la atrajeron al cuarto con una velocidad que amenazaba materialmente estropear el exquisito arreglo de su cofia y rizos.

—¡Ay, mi señora, mi querida señora! —exclamó la guardia de corps, arrodillándose frenéticamente al lado de la postrada señora Pott—. ¡Ay, señora! ¿Qué es lo que ocurre?

—Tu amo… el bruto de tu amo —murmuró la paciente.

Pott se deshacía a ojos vistas.

—Es una vergüenza —dijo la guardia de corps, con reproche—. Ya sé que esto acabará por matarla, señora. ¡Pobrecilla!

Pott cedía cada vez más. El partido opuesto continuó el ataque.

—¡Ah, no me dejes, no me dejes, Goodwin! —murmuró la señora Pott, agarrando por la muñeca a la mencionada Goodwin con una sacudida convulsiva—. Tú eres la única persona que se porta bien conmigo, Goodwin.

Ante esta afectuosa apelación, Goodwin organizó por su cuenta una pequeña tragedia doméstica, derramando lágrimas en abundancia.

—Nunca, señora, nunca —dijo Goodwin—. Ay, señor, debería usted tener cuidado, por supuesto. No sabe cuánto daño le puede hacer a la señora; algún día lo lamentará, ya lo sé… siempre lo he dicho.

El infeliz Pott se quedó mirando tímidamente, pero no dijo nada.

—Goodwin —dijo la señora Pott con voz suave.

—Señora —dijo Goodwin.

—Si supieras cuánto he querido a este hombre…

—No se agite recordándolo, señora —dijo la guardia de corps.

Pott parecía aterrado. Era hora de acabar con él.

—Y ahora —sollozó la señora Pott—, ahora, después de todo, que me trate de este modo; que me haga reproches y me insulte en presencia de otra persona, y una persona que casi es un desconocido. Pero ¡no lo consentiré, Goodwin! —continuó la señora Pott, levantándose en brazos de su ayudante—. Mi hermano, el teniente, tendrá que intervenir. ¡Pediré la separación, Goodwin!

—Se lo tendría bien merecido, ciertamente, señora —dijo Goodwin.

Cualesquiera que fueran los pensamientos provocados en la mente del señor Pott por la amenaza de una separación, se abstuvo de darles expresión, y se contentó con decir, con gran humildad:

—Querida mía, ¿me oyes?

Una nueva sucesión de sollozos fue la única respuesta, mientras la señora Pott se ponía más histérica, solicitando que le informaran acerca de por qué había nacido, y requiriendo otros elementos y datos de índole semejante.

—Querida mía —le exhortó el señor Pott—, no te entregues a esos sentimientos delicados. Nunca he creído que ese párrafo tuviera ningún fundamento, querida mía… ¡Imposible! Solo me irrité, querida mía… puedo decir, me sentí ofendido… con la gente del *Independiente* por atreverse a publicarlo; eso es todo.

El señor Pott lanzó una mirada implorante al inocente motivador del disgusto, como para rogarle que no dijera nada de la serpiente.

—¿Y qué pasos piensa dar, señor Pott, para obtener satisfacción? —dijo Winkle, recobrando valor conforme veía que Pott lo perdía.

—¡Oh, Goodwin! —exclamó la señora Pott—. ¿Piensa dar latigazos al director del *Independiente*; de veras, Goodwin?

—Calle, calle, señora; por favor, esté tranquila —respondió la guardia de corps—. Supongo que lo hará si usted lo desea, señora.

—Claro que sí —dijo Pott al ver que su mujer mostraba síntomas decididos de ir a dispararse otra vez—. Por supuesto que lo haré.

—¿Cuándo, Goodwin… cuándo? —dijo la señora Pott, todavía indecisa sobre si dispararse o no.

—Inmediatamente, claro está —dijo el señor Pott—; antes que acabe el día.

—Oh, Goodwin —continuó la señora Pott—; ese es el único modo de recibir las murmuraciones, y de hacerme justicia ante el mundo.

—Claro que sí, señora —respondió Goodwin—. Ningún hombre que sea un hombre, señora, podría rehusar hacerlo.

Así, mientras el histerismo todavía estaba revoloteando, el señor Pott dijo una vez más que lo haría; pero la señora Pott estaba tan abrumada ante la mera idea de que se hubiera sospechado de ella, que estuvo media docena de veces al mismo borde de una recaída, e indiscutiblemente se habría disparado si no hubiera sido por los esfuerzos de la asidua Goodwin y las repetidas peticiones de perdón del conquistado Pott; hasta que, por fin, una vez que este desgraciado individuo quedó asustado y humillado hasta bajar a su nivel propio, la señora Pott se recuperó y empezaron a desayunar.

—¿No permitirá que esa baja calumnia de periódico abrevie su estancia aquí, señor Winkle? —dijo la señora Pott, sonriendo a través de las huellas de sus lágrimas.

—Espero que no —dijo el señor Pott, animado al hablar por el deseo de que su visitante se ahogara con el bocado de la tostada que se llevaba a los labios en ese instante, dando conclusión así a su estancia con toda efectividad.

—Espero que no.

—Son ustedes muy amables —dijo el señor Winkle—, pero se ha recibido una carta del señor Pickwick, según sé por una nota del señor Tupman que me han traído esta mañana a la alcoba, en que nos pide que vayamos a buscarle hoy mismo a Bury; así que nos iremos en la diligencia a mediodía.

—Pero ¿volverá? —dijo la señora Pott.

—Ah, claro que sí —respondió Winkle.

—¿Está seguro? —dijo la señora Pott, lanzando una tierna mirada a su visitante.

—Por supuesto —respondió Winkle.

El desayuno acabó en silencio, pues cada cual estaba meditando sobre sus preocupaciones personales. La señora Pott lamentaba la pérdida de un galán; el señor Pott, su precipitada promesa de dar latigazos al *Independiente*; Winkle, el haberse colocado inocentemente en una situación tan incómoda. El mediodía llegó y, después de muchos adioses y promesas de volver, Winkle se desprendió por fin de ellos.

« Como vuelva por aquí, lo enveneno» , pensó el señor Pott, encerrándose en la pequeña oficina trasera donde preparaba sus truenos.

« Si vuelvo por aquí y me mezclo otra vez con esta gente —pensaba Winkle, dirigiendo su camino hacia Al Pavo Real—, mereceré que me den latigazos.»

Sus amigos estaban preparados, la diligencia casi también, y media hora después continuaban su viaje por el camino por donde habían pasado el señor Pickwick y Sam hacía tan poco tiempo, y cuya poética y hermosa descripción por Snodgrass no nos sentimos llamados a copiar, puesto que ya hemos dicho algo sobre ello.

Weller estaba en la puerta de Al Ángel dispuesto a recibirles, y él mismo les introdujo a las habitaciones del señor Pickwick, donde, con no pequeña sorpresa de Winkle y Snodgrass, y con no pequeño aprieto de Tupman, encontraron al viejo Wardle y a Trundle.

—¿Qué tal están? —dijo el viejo, estrechando la mano de Tupman—. No se eche atrás, ni tome aires sentimentales por aquello; no se puede remediar, amigo. Por el bien de ella, preferiría que usted se la hubiera llevado; por el bien de usted, prefiero que no. Un muchacho como usted encontrará algo mejor cualquier día de estos, ¿no?

Con este consuelo, Wardle dio unas palmadas en la espalda a Tupman y se rió cordialmente.

—Bueno, y ¿qué tal están ustedes, mis excelentes amigos? —dijo el viejo estrechando la mano del señor Winkle y del señor Snodgrass al mismo tiempo—. Le estaba diciendo ahora a Pickwick que tenemos que reunirlos a todos ustedes en Navidad. Vamos a tener una boda; una boda de verdad, esta vez.

—¡Una boda! —dijo Snodgrass, poniéndose muy pálido.

—Sí, una boda. Pero no se asuste —dijo el bienhumorado viejo—. Solo es este, Trundle, con Isabel.

—¡Ah!, ¿eso es todo? —dijo Snodgrass, aliviado de una penosa duda que le oprimía el corazón—. Le felicito, señor Wardle. ¿Y cómo está Joe?

—Muy bien —respondió el viejo—. Tan adormilado como siempre.

—¿Y su madre, y el eclesiástico, y todos ellos?

—Muy bien.

—¿Dónde…? —dijo Tupman, con un esfuerzo—, ¿dónde está… ella? —Y volvió la cabeza y se tapó los ojos con la mano.

—¡Ella! —dijo el viejo, sacudiendo la cabeza con aire comprensivo—. Se refiere usted a mi familiar soltera, ¿no?

Tupman, con un movimiento de cabeza, insinuó que su pregunta se refería a la decepcionada Rachael.

—Oh, se ha marchado —dijo el viejo—. Está viviendo con unos parientes, bastante lejos. No podía soportar ver a las chicas, de modo que la he dejado ir. Pero ¡vengan! Aquí está la cena. Tienen que estar hambrientos después del viaje. Yo sí que lo estoy, sin viaje ninguno; de manera que vamos allá.

Se hizo amplia justicia a la comida; y al quedar de sobremesa, después de cenar, el señor Pickwick, con intenso horror e indignación de sus seguidores, relató la aventura que había sufrido y el éxito logrado por los bajos artificios del diabólico Jingle.

—Y el ataque de reuma que contraje en aquel jardín —dijo el señor Pickwick para terminar— me tiene inválido en este momento.

—También yo he tenido algo parecido a una aventura —dijo Winkle, sonriendo; y, a petición del señor Pickwick, detalló la maliciosa calumnia del *Independiente de Eatanswill*, y la consiguiente excitación de su amigo el director.

La frente del señor Pickwick se oscureció durante ese relato. Sus amigos lo observaron y, una vez que concluyó Winkle, él mantuvo un profundo silencio. El señor Pickwick golpeó la mesa enfáticamente con el puño, y habló de esta manera:

—¿No es una circunstancia notable —dijo el señor Pickwick— que no parezcamos destinados a entrar en casa de nadie sin enredarle en algún tipo de conflicto? ¿No indica esto, pregunto, la indiscreción, o peor, la negrura de corazón (¡cuánto lamento decirlo!) de mis seguidores, que bajo cualquier techo que les albergue trastornan la paz de espíritu y la felicidad de alguna mujer confiada? ¿No es, digo…?

El señor Pickwick, con toda probabilidad, habría seguido durante algún tiempo, si no le hubiera hecho interrumpir su elocuente discurso la entrada de Sam con una carta. Se pasó el pañuelo por la frente, se quitó los lentes, los limpió y se los volvió a poner; y su voz había recobrado su habitual suavidad de tono cuando dijo:

—¿Qué ocurre, Sam?

—Acabo de pasar por el correo y he *encontrao* esta carta, que llevaba allí dos días —respondió Weller—. Está sellada con una oblea y tiene la dirección escrita con letra redonda.

—No reconozco esta letra —dijo el señor Pickwick, abriendo la carta—. ¡Dios

santo!, ¿qué es esto? Debe de ser una broma; no… no puede ser verdad.

—¿Qué pasa? —fue la pregunta general.

—¿No se habrá muerto alguien? —dijo Weller, alarmado por el horror del rostro del señor Pickwick.

El señor Pickwick no respondió, sino que, empujando la carta a través de la mesa para que Tupman la leyera en voz alta, se desplomó en su butaca, con una cara de vacío asombro que producía alarma al observarla.

Tupman, con voz temblorosa, leyó la carta, de la cual es copia lo siguiente:

Freeman's Court, Cornhill
28 de agosto de 1827
«Bardell contra Pickwick»

Muy señor nuestro:

Habiendo recibido instrucciones de la señora Martha Bardell para iniciar una acción contra usted por ruptura de promesa de matrimonio, por la cual la demandante estima su indemnización en mil quinientas libras, rogamos se dé por notificado y conocedor de que se ha presentado un escrito contra usted, en esta causa, en la Audiencia Civil; solicitando saber, a vuelta de correo, el nombre del abogado, en Londres, que asumirá su defensa.

Quedan de usted attos. affmos., s., s.,

DODSON Y FOGG

Al señor Samuel Pickwick.

Había algo tan impresionante en el mudo asombro con que cada cual miró a su vecino, y con que todos miraron a Pickwick, que parecía que nadie se atrevería a hablar. Por fin, Tupman rompió el silencio:

—Dodson y Fogg —repitió mecánicamente.

—Bardell contra Pickwick —dijo Snodgrass, meditativo.

—La paz de espíritu y la felicidad de alguna mujer confiada —murmuró Winkle con aire abstraído.

—Es una conspiración —dijo el señor Pickwick, recobrando por fin su capacidad de hablar—; una vil conspiración entre estos dos abogados rapaces, Dodson y Fogg. La señora Bardell no lo habría hecho jamás… no tiene un corazón como para hacerlo… no tiene motivo para hacerlo. Es absurdo, es absurdo.

—Sobre su corazón —dijo Wardle con una sonrisa—, usted tendría que ser el mejor juez, seguramente. No quiero desanimarle, pero yo diría con toda

certidumbre que, sobre los motivos de ella, Dodson y Fogg son mejores jueces de lo que puede serlo cualquiera de nosotros.

—Es un vil intento de sacar dinero —dijo Pickwick.

—Espero que sea así —dijo Wardle con una tos breve y seca.

—¿Quién me ha oído dirigirme a ella de ningún modo sino como un huésped tiene que dirigirse a su patrona? —continuó el señor Pickwick con gran vehemencia—. ¿Quién me ha visto con ella? Ni siquiera estos amigos míos…

—Excepto en una ocasión —dijo Tupman.

El señor Pickwick cambió de color.

—Ah —dijo Wardle—. Bueno, eso es importante. ¿No había entonces nada que diera lugar a sospechas, supongo?

Tupman lanzó una tímida mirada hacia su jefe.

—En fin —dijo—, no es que hubiera nada que diera lugar a sospechas, pero… no sé cómo ocurrió, fíjese… el hecho es que ella estaba desplomada en sus brazos.

—¡Bondad divina! —exclamó el señor Pickwick, como si el recuerdo de la escena en cuestión le hiriese a la fuerza—. ¡Qué terrible ejemplo de la fuerza de las circunstancias! Pues sí lo estaba, sí lo estaba.

—Y nuestro amigo estaba calmando su angustia —dijo Winkle con cierta malicia.

—Eso es —dijo el señor Pickwick—, no lo niego. Eso hacía yo.

—¡Ah, vaya! —dijo Wardle—. Para ser un caso en que no hay nada que dé lugar a sospechas, este parece bastante raro, ¿no, Pickwick? ¡Ah, zorro viejo, astuto!

—¡Qué terrible conjunción de apariencias! —exclamó el señor Pickwick, apoyando la barbilla en las manos—. Winkle, Tupman; les pido perdón por las palabras que acabo de decir. Todos somos víctimas de las circunstancias, y yo más que nadie.

Tras estas excusas, el señor Pickwick sepultó la cabeza entre las manos y reflexionó, mientras Wardle trazaba en torno guiños y movimientos de cabeza dirigidos a los demás miembros del grupo.

—Haré que me expliquen esto, de todos modos —dijo el señor Pickwick, levantando la cabeza y golpeando la mesa—. ¡Veré a estos Dodson y Fogg! Mañana mismo me iré a Londres.

—Mañana, no —dijo Wardle—; tiene mucho reuma.

—Bueno, entonces pasado mañana.

—Pasado mañana es primero de septiembre, y está comprometido a venir con nosotros a la finca de sir Geoffrey Manning, pase lo que pase, y almorzar con nosotros, aunque no pueda salir de caza.

—Bueno, entonces al día siguiente —dijo Pickwick—; el jueves. ¡Sam!

—¡Señor! —respondió Weller.

—Toma dos asientos en la imperial para Londres, el jueves por la mañana; para ti y para mí.

—Muy bien, señor.

Weller salió del cuarto, y marchó lentamente a ese recado, con las manos en los bolsillos y los ojos en el suelo.

—¡Qué hombre más raro, el jefe! —se dijo Sam, caminando despacio por la calle—. ¡Pensar en *to* este asunto con esa señora Bardell… que tiene un niño, además! Siempre pasa esto con los viejos, no se sabe por qué, aunque parezcan tan formales en apariencia. Pero ¡no hubiera *pensao* que hiciese algo así! ¡No lo habría *pensao* nunca!

Y, moralizando de este modo, Samuel Weller dirigió sus pasos hacia la oficina de las diligencias.

XIX
UN DÍA AGRADABLE CON UN FINAL DESAGRADABLE

Los pájaros, que, por suerte para su paz de espíritu y su tranquilidad personal, permanecían en feliz ignorancia de los preparativos que se habían hecho para sorprenderles, el primero de septiembre, saludaron aquel día como una de las mañanas más gratas que se habían visto en aquella estación. Muchas jóvenes perdices que se pavoneaban complacidas entre el rastrojo, con toda la afectada presunción de la juventud, y muchas otras de edad, que observaban aquellas frivolidades con sus ojillos redondos, adoptando un aire despectivo de aves de sabiduría y experiencia, unas y otras igualmente inconscientes de su inminente condenación, tomaban el sol en el aire fresco de la mañana con sentimientos de alegría y vitalidad cuando pocas horas después yacerían exánimes por el suelo. Pero nos estamos poniendo pomposos. Sigamos adelante.

Para decirlo por las buenas, entonces, era una hermosa mañana; tan hermosa que difícilmente se habría creído que ya habían pasado los escasos meses de un verano inglés. Setos, campos y árboles, colinas y pantanos, presentaban a la mirada sus matices, siempre variantes, de un verde profundo y rico; apenas había caído ninguna hoja; apenas un toque de amarillo, mezclado con los tonos del otoño, avisaba de que había empezado el otoño. No había nubes en el cielo; el sol brillaba, claro y cálido; los cantos de los pájaros y los zumbidos de miríadas de insectos veraniegos llenaban el aire; y los jardines de las casas, cuajados de flores de todos los colores ricos y hermosos, centelleaban bajo su carga de rocío como macizos de joyas rutilantes. Todo mostraba el sello del verano, y todavía no se había marchitado nada de su bello color.

Tal era la mañana en que un coche abierto, con tres pickwickianos (pues Snodgrass había preferido quedarse en casa), el señor Wardle, el señor Trundle, y Sam Weller en el pescante junto al cochero, se detuvo al lado de una cancela junto al camino, ante la cual estaban parados un guarda de caza, alto y de huesos salientes, y un muchacho con botas bajas y pantalones de cuero, cada uno de ellos llevando un cesto de grandes dimensiones y acompañado por una traílla de perros.

—Digo yo —susurró Winkle a Wardle, mientras el cochero desplegaba el estribo—, ¿no supondrán que vamos a matar bastante caza como para llenar esos cestos, no?

—¡Llenarlos! —exclamó el viejo Wardle—. ¡Cómo no! Usted llenará uno, y yo el otro; y cuando hayamos acabado con ellos, meteremos mucho más en los bolsillos de las cazadoras.

Winkle desmontó sin decir nada en respuesta a esta observación, pero pensó para sus adentros que si los del grupo se quedaban al aire libre hasta que él hubiera llenado uno de los cestos, tenían considerables probabilidades de

constiparse.

—¡Aquí, Juno! ¡Eh, vieja! ¡Ven, Dafne, ven! —dijo Wardle, acariciando a los perros—. Sir Geoffrey está todavía en Escocia, ¿no, Martin?

El guarda de caza alto respondió afirmativamente y miró, con sorpresa, uno tras otro, a Winkle, que sostenía la escopeta como si quisiera que el bolsillo de la chaqueta le ahorrara la molestia de apretar el gatillo, y a Tupman, que la llevaba como si tuviera miedo de ella; y no hay razón en este mundo para dudar de que realmente lo tenía.

—Mis amigos todavía no están muy acostumbrados a estas cosas, Martin —dijo Wardle al advertir la mirada—. Con el tiempo se aprende, como suele decirse. Cualquier día de estos serán unos buenos cazadores. Pero pido perdón a mi amigo Winkle; él ya tiene cierta práctica.

Winkle sonrió débilmente sobre su corbata azul para agradecer el cumplimiento, y se enredó tan misteriosamente con la escopeta, en la confusión de su modestia, que si el arma hubiera estado cargada allí mismo hubiera quedado muerto de un tiro.

—No debe manejar el arma de ese modo cuando esté cargada, señor —dijo el guarda de caza de mal humor—; o si no, va a dejar fiambre a alguno de nosotros.

Winkle, así amonestado, alteró repentinamente la posición del arma y, al hacerlo así, se las arregló para poner el cañón en estrecho contacto con la cabeza de Sam Weller.

—¡Eh! —dijo Sam, recogiendo el sombrero, que había sido derribado, y restregándose la sien—. ¡Eh, señor!, como siga así, de un solo disparo va a llenar uno de los cestos, y algo más de sobra.

Aquí, el muchacho de pantalones de cuero se echó a reír de buena gana, y luego trató de poner cara de que no había sido él, lo cual hizo fruncir el ceño majestuosamente a Winkle.

—¿Dónde dijo al muchacho que nos esperara con el almuerzo, Martin? —preguntó Wardle.

—Al lado del cerro del árbol, señor, a mediodía.

—Esa no es tierra de sir Geoffrey, ¿verdad?

—No, señor, pero está muy cerca. Es del capitán Boldwig, pero no habrá nadie que nos estorbe, y hay un buen trozo de hierba.

—Muy bien —dijo el viejo Wardle—; ahora, cuanto antes empecemos, mejor. Entonces, ¿usted nos esperará allí a las doce, Pickwick?

El señor Pickwick tenía particulares deseos de contemplar la cacería, mucho más cuanto que se sentía bastante preocupado respecto a la vida e integridad personal de Winkle. Además, en una mañana tan hermosa, era el suplicio de Tántalo volverse atrás y dejar a los amigos que se divirtieran solos. Por tanto, su tono fue muy melancólico al decir:

—Bueno, supongo que no tengo más remedio.

—¿El señor no es cazador? —preguntó el guarda alto.

—No —respondió Wardle—, y además está mal de las piernas.

—Me gustaría mucho ir —dijo el señor Pickwick—; mucho.

Hubo una breve pausa de conmiseración.

—Hay una carretilla al otro lado de la tapia —dijo el muchacho—. Si el criado del señor quiere empujar por las veredas, podría ir cerca de nosotros y le podríamos levantar para que pasara las tapias y todo eso.

—Eso mismo —dijo Weller, que era parte interesada en cuanto que deseaba ardientemente ver la cacería—; eso mismo. Muy bien dicho, pequeñajo. En un momento la traigo.

Pero aquí surgió una dificultad. El guarda de caza alto protestó decididamente contra la introducción de un señor en carretilla entre un grupo de cazadores, con grave violación de todas las reglas y precedentes en vigencia.

Era una gran objeción, pero no insuperable. Una vez que se halagó y sobornó al guarda, quien además desahogó su ánimo golpeando la cabeza del inventivo joven que había sugerido el uso de la máquina, el señor Pickwick fue colocado en ella, y allá que fue el grupo; Wardle y el guarda abrían la marcha, y el señor Pickwick, en la carretilla propulsada por Sam, iba en retaguardia.

—Alto, Sam —dijo el señor Pickwick cuando iban por la mitad del primer campo.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Wardle.

—No consentiré que avance un paso más esta carretilla —dijo el señor Pickwick con decisión— mientras Winkle no lleve la escopeta de otra manera.

—¿Cómo voy a llevarla? —dijo el desgraciado Winkle.

—Llévela apuntando al suelo —respondió el señor Pickwick.

—Hace feo en un cazador —razonó Winkle.

—No me importa que haga feo o no en un cazador —respondió el señor Pickwick—; no quiero que me peguen un tiro en una carretilla por conservar las buenas apariencias ni por dar gusto a nadie.

—Estoy seguro de que este señor le meterá la carga en el cuerpo a alguien antes de acabar —gruñó el hombre largo.

—Bueno, bueno, no me importa —dijo el pobre Winkle, volviendo del revés el arma—; así está bien.

—Cualquier cosa por vivir tranquilos —dijo Weller, y siguieron otra vez.

—¡Alto! —dijo el señor Pickwick apenas avanzaron un poco más.

—¿Qué hay ahora? —dijo Wardle.

—La escopeta de Tupman no está segura; lo veo muy bien —dijo el señor Pickwick.

—¡Eh! ¿Cómo? ¿No está segura? —dijo Tupman en tono de gran alarma.

—No, tal como la lleva —dijo el señor Pickwick—; lamento mucho hacer

más objeciones, pero no puedo consentir en seguir adelante mientras no la lleve igual que Winkle.

—Creo que sería lo mejor, señor —dijo el guarda alto—, o si no, podría meterse la carga en el cuerpo, igual que en el cuerpo de cualquier otro.

Tupman, con la prisa más obediente, colocó el arma en la posición requerida, y el grupo volvió a andar; los dos aficionados con las armas al revés, como una pareja de soldados en el entierro de un rey.

De repente, los perros se quedaron parados, y el grupo se detuvo también, dando todavía un último paso furtivo.

—¿Qué les pasa a los perros con las patas? —susurró Winkle—. Qué raro, cómo se han quedado quietos.

—¡Chist! ¿No puede callarse? —replicó Wardle a media voz—. ¿No ve que están de muestra?

—¡De muestra! —dijo Winkle, mirando alrededor, como si esperara descubrir alguna particular belleza del paisaje mostrada por los inteligentes animales—. ¡De muestra! ¿De muestra de qué?

—Tenga bien abiertos los ojos —dijo Wardle, sin atender a la pregunta con la emoción del momento—; ahí va.

Hubo un fuerte zumbido, que hizo echarse atrás a Winkle como si le hubieran pegado un tiro. ¡Pam, pam!, se dispararon un par de escopetas, y el humo se disipó rápidamente por el campo, en volutas por el aire.

—¿Dónde están? —dijo Winkle en estado de gran excitación y volviéndose en todas las direcciones—. ¿Dónde están? Dígame cuándo tengo que disparar. ¿Dónde están? ¿Dónde?

—¡Que dónde están! —dijo Wardle, levantando un par de aves que los perros habían dejado a sus pies—; pues están aquí.

—No, no; quiero decir las otras —dijo Winkle, desconcertado.

—Ya está bien, por esta vez —respondió Wardle, volviendo a cargar con frialdad su escopeta.

—Probablemente encontraremos otra bandada dentro de cinco minutos —dijo el guarda alto—; si el caballero empieza a disparar ahora, quizá empezará a salirle el tiro por el cañón para cuando se levanten.

—¡Ja, ja, ja! —rugió Weller.

—¡Sam! —dijo el señor Pickwick, compadecido de la confusión y vergüenza de su seguidor.

—Señor.

—No te rías.

—Por supuesto que no, señor.

Así, a modo de indemnización, Weller retorció su fisonomía tras la carretilla, para exclusiva diversión del muchacho, que empezó a reírse ruidosamente con él, siendo sumariamente golpeado por el guarda alto, el cual deseaba un pretexto

para volverse y ocultar su propio regocijo.

—¡Muy bien, amigo! —dijo Wardle a Tupman—. Por lo menos, esta vez ha disparado.

—Ah, sí —respondió Tupman con orgullo consciente—; hice fuego.

—Bien hecho. La próxima vez quizá le dé a algo, si abre bien los ojos. Es muy fácil, ¿no?

—Sí, es muy fácil —dijo Tupman—. Pero cómo le duele a uno el hombro. Casi me ha derribado del golpe. No tenía la menor idea de que estas armas ligeras dieran tales golpes.

—Ah —dijo el viejo sonriendo—. Se acostumbrará enseguida. Ahora, entonces… preparados… ¿Dispuesta esa carretilla?

—Ya estamos, señor —respondió Weller.

—Adelante, entonces.

—Agárrese bien, señor —dijo Sam, levantando la carretilla.

—Sí, sí —respondió el señor Pickwick, y allá que fueron, a toda la velocidad necesaria.

—Ahora dejen atrás la carretilla —ordenó Wardle, después que la elevaron sobre una cerca para pasar a otro campo, volviendo luego a depositar en ella al señor Pickwick.

—Muy bien, señor —dijo Weller, deteniéndose.

—Bueno, Winkle —dijo el viejo—; sígame sin hacer ruido, y no tarde tanto esta vez.

—No tenga miedo —dijo Winkle—. ¿Ya están de muestra?

—No, no, ahora no. Sin ruido, eh, sin ruido.

Se deslizaron, y habrían seguido avanzando con gran silencio si Winkle, al ejecutar unas complicadísimas evoluciones con su escopeta, no hubiera disparado accidentalmente, en el momento más crítico, por encima de la cabeza del muchacho, en el mismo punto exacto donde habrían estado los sesos del hombre alto, de haber estado él en lugar del muchacho.

—¡Eh! ¿Por qué ha hecho eso? —dijo el viejo Wardle, mientras los pájaros escapaban volando sanos y salvos.

—En mi vida he visto semejante escopeta —respondió el pobre Winkle, mirando el gatillo como si eso sirviera para algo—. Se dispara sola.

—¡Se dispara sola! —repitió Wardle con acento un tanto irritado—. Me gustaría que matara algo sola.

—Ya lo hará antes que pase mucho tiempo —observó el hombre alto con voz grave y profética.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó, colérico, Winkle.

—No se preocupe, señor, no se preocupe —respondió el guarda—. Yo no tengo familia; y la madre de este muchacho recibirá algo bueno de sir Geoffrey si le matan en sus tierras. Vuelva a cargar, señor, vuelva a cargar.

—¡Quítenle la escopeta! —gritó el señor Pickwick desde la carretilla, transido de horror ante las sombrías insinuaciones del hombre alto—. ¡Que alguien le quite la escopeta! ¿Me oyen?

No obstante, nadie se animó a obedecer la orden; y Winkle, después de proyectar una mirada de rebeldía hacia el señor Pickwick, volvió a cargar la escopeta y avanzó con los demás.

Conforme a la autoridad del señor Pickwick, estamos obligados a afirmar que el modo de proceder de Tupman evidenció más prudencia y deliberación que el seguido por Winkle. Sin embargo, esto de ningún modo va en menoscabo de la gran autoridad de este último caballero en todos los asuntos relacionados con la caza; porque, como observa bellamente el señor Pickwick, por una u otra razón, desde tiempos inmemoriales ocurre que muchos de los mejores y más hábiles filósofos, aunque han sido perfectas luces de la ciencia en asuntos teóricos, han resultado totalmente incapaces de reducirlos a la práctica.

El sistema de Tupman, como muchos de nuestros descubrimientos más sublimes, era extremadamente sencillo. Con la rapidez y penetración de un hombre de genio, había observado enseguida que los dos puntos básicos a lograr eran: primero, descargar el arma sin daño para sí mismo; y segundo, hacerlo así, sin peligro para los circunstantes. Evidentemente, lo mejor que se podía hacer, tras de superar la dificultad de disparar, de un modo u otro, era cerrar firmemente los ojos y disparar al aire.

En una ocasión, tras ejecutar esta hazaña, Tupman, al abrir los ojos, observó que una gorda perdiz caía herida al suelo. Estaba a punto de felicitar a Wardle por su infalible éxito, cuando este caballero avanzó hacia él y le estrechó cálidamente la mano.

—Tupman —dijo el viejo—, ¿había apuntado usted precisamente a esta perdiz?

—No —dijo Tupman—; no…

—Sí, sí —dijo Wardle—, ya le vi yo que apuntaba; le observé que la elegía; ya me di cuenta cuando levantó la escopeta y apuntó; y le digo que el mejor cazador que haya no lo habría hecho de manera más bonita. Es usted más experto en estas cosas de lo que yo creía, Tupman; ya lo ha hecho usted en otras ocasiones.

En vano fue que Tupman protestara, con sonrisa abnegada, que jamás había cazado. La misma sonrisa se tomó como evidencia de lo contrario; y desde ese momento quedó establecida su reputación. No es esta la única reputación que se ha adquirido con igual facilidad, ni se encuentran tan afortunadas circunstancias exclusivamente en la caza de la perdiz.

Mientras tanto, Winkle relampagueaba y tronaba y echaba humo, sin producir resultados materiales dignos de ser anotados; a veces desperdiciando la carga a media altura, otras veces enviándola tan a ras de la superficie del suelo

como para poner en situación bastante incierta y precaria la vida de los dos perros. Como exhibición de disparos de fantasía, era extremadamente variada y curiosa; como exhibición de disparos con un objetivo determinado, en conjunto, quizá fue un fracaso. Es un axioma consagrado que «cada bala tiene su casa». [30] Si se aplica igual a los disparos de perdigones que a las balas, los de Winkle eran expósitos desgraciados, privados de sus derechos naturales, sueltos por el mundo y sin alojamiento previsto.

—Bueno —dijo Wardle, acercándose junto a la carretilla y secándose los torrentes de sudor de la jovial cara roja—; es un día como para echar humo, ¿no?

—Ya lo creo —respondió el señor Pickwick—. El sol aprieta mucho, hasta para mí. No sé cómo lo sentirán ustedes.

—En fin —dijo el viejo—; bastante caliente. Pero ya son más de las doce. ¿Ve aquel cerro verde, allí?

—Desde luego.

—Ese es el sitio donde vamos a almorzar; y, ¡por Júpiter, que allí está el chico con el cesto, puntual como un reloj!

—Sí que está —dijo el señor Pickwick iluminándose—. ¡Qué buen chico! Le daré un chelín, enseguida. Ea, Sam, vamos y empújame para allá.

—Agárrese bien, señor —dijo Weller, revigorizado con la perspectiva de los refrigerios—. Quita de en medio, calzones de cuero. Si estimas en algo mi preciosa vida no me hagas volcar, como dijo aquel caballero al cochero cuando le llevaban a ahorcar.

Y apretando el paso hasta emprender una ágil carrera, Weller empujó ágilmente a su amo hasta el cerro verde, acelerando diestramente hasta la vera misma del cesto y procediendo luego a descargarle con la mayor rapidez.

—Empanada de ternera —dijo Weller, monologando mientras arreglaba los comestibles en la hierba—. Cosa buena es la empanada de ternera, cuando se conoce a la señora que la ha hecho y se está seguro de que no son gatos; aunque, después de *to*, ¿qué importa, si se parecen tanto a la ternera que los mismos cocineros no notan la diferencia?

—¿De veras que no, Sam? —dijo el señor Pickwick.

—No, señor —dijo Sam, llevándose la mano al sombrero—. Una vez viví en la misma casa que uno que hacía empanadas y pasteles; y por cierto que era hombre muy simpático, y un tío listo, además; era capaz de empanar cualquier cosa. «¿Cuántos gatos tiene *usté*, señor Brooks?», le digo yo, cuando ya habíamos intimado. «Ah», dice, «muchos.» «Le deben de gustar mucho los gatos», le digo yo. «A otros les gustan», dice, guiñándome el ojo; «pero todavía no es el tiempo, hasta el invierno», dice. «¡Que no es el tiempo!», digo yo. «No», dice, «ahora es el tiempo de la fruta; de los gatos, no.» «Oiga, ¿qué quiere decir con eso?», digo yo. «¿Qué quiero decir?», dice. «Que yo no me pondré nunca de acuerdo con los carniceros para que suba el precio de la

carne» , dice. « Señor Weller» , dice, apretándome fuerte la mano y hablándome al oído, « no se lo cuente a nadie, pero el secreto está en dejarlos que maduren. *To* esto está hecho de esos nobles animales» , dice, señalando un gatito negro, muy lindo; « yo los maduro para que sean filete de buey, o ternera, o riñón, según la demanda. Y algo más» , dice; « puedo hacer que sea ternera el buey, o buey el riñón, o cordero cualquiera de esas dos cosas, en cuanto me avisen, según cambia el *mercao* y varían los apetitos.»

—Debía de ser un joven muy ingenioso, Sam —dijo el señor Pickwick, con un ligero estremecimiento.

—Sí que lo era, señor —respondió Weller reanudando su tarea de vaciar el cesto—, y las empanadas eran muy hermosas. Lengua; cosa buena cuando no es de mujer. Pan, jamón de codillo; bonito espectáculo… carne fría en tajadas, estupenda. ¿Qué hay en estas garrafas, joven cocinilla?

—Cerveza en una —respondió el muchacho, descolgándose del hombro un par de garrafas atadas con una correa de cuero—; ponche frío en otra.

—Buena idea de un almuerzo, viéndolo *to* junto —dijo Weller, mientras pasaba revista a su arreglo de los víveres con gran satisfacción—. Ahora, señores, al ataque, como dijeron los ingleses a los franceses después de calar la bayoneta.

No hizo falta más invitación para incitar al grupo a que hiciera plena justicia a la comida; y tampoco hizo falta insistencia para inducir a Weller, al guarda alto y los dos muchachos a que se establecieran en la hierba, a poca distancia, liquidando con limpieza una decente proporción de las viandas. Un viejo roble ofrecía agradable cobijo al grupo, y ante ellos se extendía, allá abajo, una hermosa perspectiva de tierra de labor y prados, cortada por frondosos setos y ricamente adornada de arboleda.

—¡Es delicioso… de veras delicioso! —dijo el señor Pickwick, cuyo rostro empezaba rápidamente a despellejarse con su exposición al sol.

—Así es, amigo mío —respondió Wardle—. ¡Vamos, un vaso de ponche!

—Con mucho gusto —dijo el señor Pickwick; y la satisfacción de su rostro, después de beberlo, dio testimonio de la sinceridad de la respuesta.

—Muy bueno —dijo el señor Pickwick relamiéndose—; muy bueno. Tomaré otro. Fresco, muy fresco. Vamos, señores —continuó el señor Pickwick, sin soltar de la mano la garrafa—. Un brindis. Por nuestras amistades de Dingley Dell.

Y bebieron, después de brindar con aclamaciones.

—¿Saben que voy a hacer para recuperar mi puntería? —dijo Winkle, que comía pan y jamón con su cortaplumas—. Pondré en un poste una perdiz disecada, y haré prácticas, empezando desde poca distancia y aumentando poco a poco. Me parece que es muy buena práctica.

—Señor, yo conozco uno —dijo Weller— que hizo eso, empezando a cuatro pasos; pero nunca lo volvió a intentar, pues el primer tiro hizo volar entero el

pájaro, y nadie volvió a ver ni una pluma.

—¡Sam! —dijo el señor Pickwick.

—Señor —respondió Weller.

—Ten la bondad de reservar tus anécdotas hasta que te las pidan.

—Por supuesto, señor.

Aquí, Weller guiñó el ojo no tapado por el vaso de cerveza que se llevaba a los labios, con tan exquisita comicidad, que los dos muchachos entraron en convulsiones espontáneas, y hasta el hombre largo tuvo la condescendencia de sonreír.

—Bueno, este ponche frío es estupendo —dijo el señor Pickwick, mirando ávidamente la garrafa—; y el día está muy caliente… Tupman, querido amigo, ¿un vaso de ponche?

—Con el mayor placer —respondió Tupman; y después de beber ese vaso, el señor Pickwick tomó otro, solo para ver si había algo de cáscara de naranja en el ponche, porque la cáscara de naranja siempre le molestaba mucho; y al encontrar que no la había, el señor Pickwick tomó otro vaso a la salud de su amigo ausente, y luego se sintió imperativamente obligado a proponer otro brindis por el desconocido confeccionador del ponche.

Esta continua sucesión de vasos produjo considerable efecto en el señor Pickwick; su rostro refulgió con las más soleadas sonrisas, la risa jugueteó por sus labios, y el regocijo de buen humor chispeó en sus ojos. Cediendo poco a poco al influjo de ese líquido estimulante, que resultaba serlo más aún por el calor, el señor Pickwick expresó un violento deseo de recordar una canción que había oído en su infancia y, al resultar fracasado su intento, trató de espolearse la memoria con más vasos de ponche, que, por el contrario, tuvieron al parecer el efecto contrario; pues, de olvidar las palabras de la canción, pasó a olvidar cómo se articulan las palabras en general; y por fin, tras de levantarse para dirigir al grupo un elocuente discurso, cayó en la carretilla y al mismo tiempo se quedó dormido.

Una vez vuelto a cerrar el cesto, y encontrándose que era totalmente imposible sacar al señor Pickwick de su letargo, tuvo lugar una discusión sobre si sería mejor que Sam Weller empujara otra vez la carretilla con su amo, volviéndose atrás, o que se le dejara allí dormido en la carretilla hasta que todos estuvieran dispuestos para la vuelta. Se decidió a favor de esto último, y como esta segunda expedición no había de durar más de una hora, y Sam Weller solicitó con grandes instancias formar parte del grupo, se resolvió dejar al señor Pickwick dormido en la carretilla y recogerle a la vuelta. Y con eso se marcharon, y dejaron al señor Pickwick roncando a la sombra con toda comodidad.

No se ve causa razonable para dudar de que el señor Pickwick habría seguido roncando a la sombra hasta que volvieran sus amigos, o, a falta de ellos, hasta que las sombras del atardecer cayeran sobre el paisaje; siempre en la suposición

de que le hubieran permitido permanecer allí tranquilo. Pero no le permitieron permanecer allí tranquilo. Y lo que se lo impidió fue lo que sigue.

El capitán Boldwig era un hombrecito feroz con un plastrón negro y rígido y una casaca azul que, cuando se dignaba andar por sus fincas, lo hacía en compañía de un grueso roten con puño de metal, y un jardinero y un subjardinero de rostros mansos, dando órdenes con toda la grandiosidad y ferocidad debidas; pues la hermana de la mujer del capitán Boldwig estaba casada con un marqués, y la casa del capitán era una « villa» , y su tierra era una « finca» , y todo ello era muy alto y poderoso y grandioso.

No llevaba media hora durmiendo el señor Pickwick cuando el pequeño capitán Boldwig, seguido de los dos jardineros, avanzó a pasos tan grandes como lo permitían su tamaño e importancia; y al llegar junto al roble, el capitán Boldwig se detuvo y tomó aliento despacio, mirando la perspectiva como si la perspectiva hubiera de sentir mucha gratitud por tenerle a él observándola; tras de lo cual golpeó enfáticamente el suelo con el bastón y mandó venir al jardinero en jefe.

—Hunt —dijo el capitán Boldwig.

—Dígame, señor —dijo el jardinero.

—Siega la hierba aquí mañana por la mañana; ¿me oyes, Hunt?

—Sí, señor.

—Y cuídate de mantener este sitio bien arreglado; ¿me oyes, Hunt?

—Sí, señor.

—Y recuérdame que mande hacer un letrero prohibiendo el paso, y que ponga fusiles con trampas y todas esas cosas para que no entre la gente grosera. ¿Me oyes, Hunt, me oyes?

—No me olvidaré, señor.

—Perdón, señor —dijo el otro, avanzando sombrero en mano.

—Bueno, Wilkins, ¿qué es lo que te ocurre? —dijo el capitán Boldwig.

—Perdón, señor… pero creo que aquí se ha metido hoy gente.

—¡Ah! —dijo el capitán, mirando alrededor con cólera.

—Sí, señor; han almorzado aquí; me lo parece, señor.

—¡Vaya, maldito atrevimiento; pues sí que es verdad! —dijo el capitán Boldwig, al saltarle a la vista las migas y trozos dispersos por la hierba—. En efecto, ¡han devorado aquí su comida! ¡Me gustaría tener delante a esos vagabundos! —dijo el capitán, aferrando el garrote—. Me gustaría tener delante a esos vagabundos —repitió el capitán, con cólera.

—Perdón, señor —dijo Wilkins—, pero…

—Pero ¿qué? ¿Eh? —rugió el capitán; y, siguiendo la tímida mirada de Wilkins, sus ojos encontraron la carretilla y al señor Pickwick.

—¿Y tú quién eres, bribón? —dijo el capitán, administrando varios puntazos al cuerpo del señor Pickwick con el grueso garrote—. ¿Cómo te llamas?

—Ponche frío —murmuró el señor Pickwick, y volvió a dormirse.

—¿Qué? —preguntó el capitán Boldwig.

No hubo respuesta.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó el capitán.

—Ponche,[31] me parece, señor —respondió Wilkins.

—¡Qué desvergüenza! ¡Qué desvergüenza maldita! —dijo el capitán Boldwig —. Ahora solamente finge que está dormido —dijo el capitán con vehemente cólera—. Es un borracho, un borracho grosero. Empújale y llévatelo, Wilkins; llévatelo enseguida.

—¿Dónde me lo llevo, señor? —preguntó Wilkins con gran timidez.

—Llévatelo al diablo —respondió el capitán Boldwig.

—Muy bien, señor —dijo Wilkins.

—Espera —dijo el capitán.

Wilkins se detuvo, obediente.

—Llévatelo —dijo el capitán— al corral del ganado perdido; y ya veremos si cuando vuelva en sí se sigue llamando lo mismo. No se burlará de mí, no se burlará de mí. Llévatelo.

Allá se llevaron al señor Pickwick en la carretilla, en cumplimiento de estas órdenes imperiosas; y el gran capitán Boldwig, hinchado de indignación, continuó su paseo.

Inexpresable fue el asombro del pequeño grupo cuando, al volver, encontraron que el señor Pickwick había desaparecido llevándose consigo la carretilla. Era la cosa más misteriosa e inexplicable que habían visto jamás. Que un hombre impedido recobrara el uso de sus piernas sin previo aviso y se marchara, ya hubiera sido muy notable; pero tratándose además de que se hubiera llevado una pesada carretilla por delante, a modo de diversión, la cosa se volvía sencillamente milagrosa. Buscaron por todos los rincones y setos de alrededor, juntos y por separado; gritaron, silbaron, rieron, llamaron… todo con el mismo resultado. No se encontraba al señor Pickwick. Al cabo de varias horas de infructuosa búsqueda, llegaron a la desagradable conclusión de que habían de volver a casa sin él.

Mientras tanto, el señor Pickwick había sido llevado al corral del ganado perdido, donde le habían dejado sano y salvo dormido por completo en la carretilla, para inmenso deleite y satisfacción no solo de todos los chicos del pueblo, sino de las tres cuartas partes de la entera población, que se reunió alrededor de él aguardando a que despertara. Si ya el verle llegar en la carretilla les había producido el más intenso placer, su goce aumentó cien veces cuando, tras gritar indistintamente « ¡Sam!» , se incorporó en la carretilla y contempló con asombro indescriptible las caras que tenía delante.

Un griterío general, por supuesto, fue la señal de que se había despertado, y su pregunta involuntaria: « ¿Qué pasa?» , ocasionó otro clamor más ruidoso que el

primero, si era posible.

—¡Qué divertido! —rugía el populacho.

—¿Dónde estoy? —exclamó el señor Pickwick.

—En el corral —replicó la plebe.

—¿Cómo he venido a parar aquí? ¿Qué hacía? ¿De dónde me han traído?

—¡Boldwig! ¡El capitán Boldwig! —fue la única respuesta.

—Déjenme salir —gritó el señor Pickwick—. ¿Dónde está mi criado? ¿Dónde están mis amigos?

—No tienes amigos, ¡hurra! —Y voló un nabo, y luego una patata, y después un huevo con otras pocas muestras del ánimo juguetón de la hidra de mil cabezas.

Es imposible decir cuánto habría durado esta escena o cuánto podría haber aguantado el señor Pickwick si no se hubiera detenido de repente un coche que pasaba rápidamente por allí, y del que bajaron el viejo Wardle y Sam Weller, el primero de los cuales, en menos tiempo que se tarda en escribirlo, ya que no en leerlo, se había abierto paso hasta el señor Pickwick colocándole en el vehículo, mientras que el otro terminaba el tercer y último asalto de un singular combate con el alguacil del pueblo.

—¡Llamad a la justicia! —gritaron una docena de voces.

—Sí, id corriendo —dijo Weller, y saltó al pescante—; dadle recuerdos, recuerdos del señor Weller, a esa justicia, y decidle que le he hecho polvo al alguacil, y que, como nombren otro, vuelvo mañana y le hago polvo otra vez. Tira adelante, compadre.

—Daré instrucciones para que se emprenda una acción por secuestro indebido contra ese capitán Boldwig en cuanto llegue a Londres —dijo el señor Pickwick al salir el coche de la ciudad.

—Parece que nos habíamos metido en la finca de otros —dijo Wardle.

—No me importa —dijo el señor Pickwick—; emprenderé una causa.

—No, no lo hará —dijo Wardle.

—Sí que lo haré, por… —Pero como en el rostro de Wardle había una expresión de buen humor, el señor Pickwick se contuvo y dijo—: ¿Por qué no?

—Porque —dijo el viejo Wardle, medio reventado de risa—, porque podrían volver la cosa contra nosotros, y decir que habíamos tomado mucho ponche frío.

Por más que quisiera evitarlo, una sonrisa apareció en el rostro del señor Pickwick; la sonrisa pasó a ser una risa; la risa, una carcajada; y la carcajada se hizo general. Entonces, para mantener el buen humor, se detuvieron en la primera taberna que encontraron junto al camino, y pidieron un vaso de aguardiente con agua para cada cual, y una botella grande, de fuerza especial, para Samuel Weller.

XX

QUE MUESTRA CÓMO DODSON Y FOGG ERAN HOMBRES DE NEGOCIOS, Y SUS PASANTES ERAN HOMBRES DE PLACER; Y CÓMO TUVO LUGAR UNA EMOCIONANTE ENTREVISTA ENTRE SAM WELLER Y SU PROGENITOR, PERDIDO HACE TANTO TIEMPO; Y QUE MUESTRA TAMBIÉN QUÉ SELECTOS ESPÍRITUS SE REUNÍAN EN A LA URRACA Y EL TOCÓN; Y QUÉ CAPÍTULO TAN ESTUPENDO SERÁ EL QUE SIGUE

En la planta baja de una sucia casa, en el extremo último de Freeman's Court, Cornhill, estaban instalados los cuatro pasantes de los señores Dodson y Fogg, procuradores de Su Majestad ante el Tribunal Real y la Audiencia Civil de Westminster, así como letrados del Tribunal de la Cancillería. En el transcurso de sus tareas diarias, los mencionados pasantes captaban de la luz y el sol del cielo tantos fulgores favorables como puede esperar un hombre que esté situado en el fondo de un pozo bastante profundo; pero sin la oportunidad de observar las estrellas durante el día, consecuencia de la mencionada situación de encierro.

La oficina de los pasantes de los señores Dodson y Fogg era un cuarto oscuro, mohoso y con olor a sótano, con una alta mampara de chapa para defender a los pasantes de las miradas del vulgo, un par de viejas butacas de madera, un reloj de pesas, de sonoro tictac, un almanaque, un paragüero, una fila de perchas para sombreros, y unos pocos estantes donde había varios fajos de documentos sucios clasificados, unas cajas viejas con etiquetas de papel, y varios tinteros de loza, bien mellados, de diversas formas y aspectos. Había una puerta de cristales dando al pasillo que formaba la entrada a la calleja; en el lado externo de esta puerta se presentó el señor Pickwick, seguido de cerca por Sam Weller, en la mañana del viernes subsiguiente al acontecimiento de que se da fiel relato en el último capítulo.

—¡Adelante! ¿No saben empujar? —gritó una voz detrás de la mampara en respuesta al suave golpe en la puerta del señor Pickwick.

En consecuencia, el señor Pickwick y Sam pasaron adelante.

—¿Están los señores Dodson y Fogg? —preguntó cortésmente el señor Pickwick, avanzando sombrero en mano hacia la mampara.

—El señor Dodson no está, y el señor Fogg está muy ocupado —respondió la voz, y, al mismo tiempo, la cabeza a que pertenecía la voz, con una pluma en la oreja, miró por encima de la mampara al señor Pickwick.

Era una cabeza descarnada, cuyo pelo de estopa, escrupulosamente partido por una raya y alisado con pomada, se rizaba en dos coletas semicirculares en torno a una cara chata adornada con unos ojos diminutos y guarnecida por un cuello de camisa muy sucio y una vieja corbata negra.

—El señor Dodson no está en casa, y el señor Fogg está muy ocupado —dijo

el hombre a quien pertenecía la cabeza.

—¿Cuándo volverá el señor Dodson? —preguntó el señor Pickwick.

—No le puedo decir.

—¿Tardará mucho el señor Fogg en quedar desocupado?

—No sé.

Aquí el hombre se puso a sacar punta a la pluma con gran meticulosidad, mientras otro pasante, que echaba *lithines* de Seidlitz en un vaso bajo la tapa del pupitre, lanzó una risa de aprobación.

—Creo que esperaré —dijo el señor Pickwick.

No hubo respuesta; de modo que el señor Pickwick se sentó sin que le invitaran a ello, escuchando el sonoro tictac del reloj y la conversación en murmullos de los pasantes.

—Fue una buena partida, ¿no? —dijo uno de aquellos señores, vestido de casaca parda con botones de metal, pantalones manchados de tinta y botines, al terminar un relato inaudible de sus aventuras de la noche anterior.

—Muy buena… endemoniadamente buena —dijo el del agua espumosa.

—Tom Cummins presidía la mesa —dijo el de la casaca parda—; eran las cuatro y media cuando llegué a Somers Town, y entonces estaba tan desquiciado que no conseguía meter en su sitio la llave, y tuve que despertar a la vieja. No sé qué diría el viejo Fogg, digo yo, si lo supiera. Me echaría, supongo, ¿no?

Ante esa divertida idea, todos los pasantes rieron a coro.

—Buen lío ha habido con Fogg aquí esta mañana —dijo el de la casaca parda —, mientras Jackestaba arriba arreglando los papeles y vosotros dos habíais ido a la oficina del Timbre. Fogg estaba aquí abajo, abriendo las cartas, cuando llegó aquel tío contra el que presentamos un escrito en Camberwell, ya sabéis; ¿cómo se llama?

—Ramsey —dijo el pasante que había hablado con el señor Pickwick.

—Ah, sí, Ramsey, un bonito cliente, con aire miserable. «Bueno, señor mío», le dice el viejo Fogg, mirándole con ferocidad, ya sabéis cómo hace; «bueno, señor mío, ¿ha venido usted para la conciliación?» «Sí, señor, a eso vengo», dice Ramsey, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando el dinero. «La deuda son dos libras con diez chelines, y las costas tres con cinco; aquí tiene, señor», y suspiraba como un alma en pena al sacar el dinero, envuelto en una especie de papel secante. El viejo Fogg miró primero el dinero, luego le miró a él, y luego tosió de esa manera suya tan rara, que ya me imaginé que iba a pasar algo. «Supongo que usted no sabe que se ha presentado una declaración que aumenta materialmente las costas», dice Fogg. «No me diga, señor», dice Ramsey, echándose atrás, asustado; «el plazo terminaba anoche solamente.» «Pues se lo digo, sin embargo», dice Fogg; «mi pasante acaba de salir a presentarla. Señor Wicks, ¿no es verdad que el señor Jackson ha ido a presentar aquella declaración en la causa “Bullman contra Ramsey”?» Naturalmente le dije que sí, y entonces

Fogg tosió y miró a Ramsey. «¡Dios mío!», dijo Ramsey, «¡y yo que casi me he vuelto loco reuniendo todo este dinero, sin que sirva para nada!» «Para nada», dice Fogg, fríamente; «de modo que será mejor que se vaya a reunir algo más, y lo traiga a tiempo.» «¡No lo puedo encontrar, por Dios!», dice Ramsey, golpeando la mesa con el puño. «No me venga con amenazas, señor mío», dice Fogg, poniéndose irritado con toda intención. «Yo no le amenazo, señor», dice Ramsey. «Sí que me amenaza», dice Fogg; «márchese: salga de este despacho y vuelva cuando sepa portarse como debe.» Bueno, Ramsey trató de hablar, pero Fogg no le dejó, de modo que se metió el dinero en el bolsillo y se fue. Apenas se había cerrado la puerta, cuando el viejo Fogg se me vuelve con una dulce sonrisa en la cara y saca la declaración del bolsillo de la casaca. «Ea, Wicks», dice Fogg, «tome un coche, y vaya cuanto antes al Temple a registrar esto. Las costas están seguras, porque es un buen hombre con mucha familia, que gana veinticinco chelines por semana; y si nos firma un pagaré, como al fin tendrá que hacer, sé que sus patronos se ocuparán de que se pague; de modo que muy bien podemos sacarle todo lo que nos sea posible, señor Wicks; será cosa muy cristiana hacerlo, señor Wicks, porque con su mucha familia y sus pocos ingresos, le vendrá muy bien una buena lección para que no se meta en deudas, ¿no cree, señor Wicks?», y sonrió tan bondadosamente al salir, que era una delicia verle. Es un estupendo hombre de negocios —dijo Wicks en tono de profunda admiración—, estupendo, ¿no?

Los otros tres suscribieron cordialmente esa opinión, y la anécdota les procuró la satisfacción más ilimitada.

—Gente simpática, estos hombres —susurró Sam Weller a su amo—; tienen una idea muy buena de lo que es divertido.

El señor Pickwick asintió con la cabeza, y tosió para atraer la atención de los jóvenes de detrás de la mampara, quienes, habiendo desahogado sus mentes con un poco de conversación entre ellos, se dignaron prestar alguna atención al visitante.

—No sé si Fogg ya estará libre —dijo Jackson.

—Voy a ver —dijo Wicks, desmontando reposadamente del taburete—. ¿Qué nombre debo anunciar al señor Fogg?

—Pickwick —respondió el ilustre protagonista de estas memorias.

Jackson subió con este recado, e inmediatamente volvió con el aviso de que el señor Fogg recibiría al señor Pickwick dentro de cinco minutos, y una vez que lo transmitió, volvió a su mesa.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —susurró Wicks.

—Pickwick —respondió Jackson—; es el demandado en la causa «Bardell contra Pickwick».

Un súbito restregar de pies, mezclado con el ruido de risas contenidas, se oyó desde detrás de la mampara.

—Se están burlando de usted, señor —le susurró Weller.

—¡Burlándose de mí, Sam! —respondió Pickwick—. ¿Qué significa eso?

Sam replicó señalando con el dedo por encima del hombro, y el señor Pickwick, al levantar los ojos, se percató del agradable hecho de que los cuatro pasantes, con rostros expresivos de la mayor diversión, y sacando las cabezas por encima de la mampara de madera, inspeccionaban detalladamente la figura y aspecto general del presunto burlador de corazones femeninos y enemigo de la felicidad de las mujeres. Al levantar la mirada, la fila de cabezas desapareció de repente, siguiendo inmediatamente a ello el ruido de las plumas que se movían a furiosa velocidad sobre el papel.

Un repentino toque de la campanilla que colgaba en la oficina convocó al señor Jackson al despacho de Fogg, de donde volvió para decir que Fogg estaba dispuesto a ver al señor Pickwick si subía.

Subió el señor Pickwick, en consecuencia, dejando abajo a Sam Weller. En una de las puertas del primer piso, en un rótulo de caracteres bien legibles, se veían las imponentes palabras «Sr. Fogg», y, después de golpear y de ser invitado a pasar, Jackson hizo entrar al señor Pickwick.

—¿Ha vuelto el señor Dodson? —preguntó el señor Fogg.

—Acaba de llegar, señor —respondió Jackson.

—Dígale que tenga la bondad de venir.

—Muy bien.

Jackson hizo mutis.

—Siéntese, señor —dijo Fogg—; aquí tiene el periódico. Mi socio vendrá enseguida y podremos conversar sobre este asunto.

El señor Pickwick tomó asiento y el periódico, pero en vez de leer este, lanzó ojeadas por encima, pasando revista al hombre de negocios, que era un hombre entrado en años, granujiento y de aire vegetariano, con casaca negra, pantalones oscuros de mezclilla y pequeñas polainas negras; un tipo de ente que parecía ser parte esencial de la mesa en que escribía, y tener tantas ideas y sentimientos como esta.

Al cabo de unos minutos de silencio, apareció el señor Dodson, un hombre gordo, severo y solemne; y empezó la conversación.

—El señor Pickwick —dijo Fogg.

—¡Ah! ¿Es usted el demandado en «Bardell contra Pickwick»? —dijo Dodson.

—El mismo —respondió Pickwick.

—Bien, señor Pickwick —dijo Dodson—. ¿Qué es lo que propone?

—¡Eso es! —dijo Fogg, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón y echándose atrás en la butaca—. ¿Qué propone usted, señor Pickwick?

—Calle, Fogg —dijo Dodson—; déjeme oír lo que va a decir el señor Pickwick.

—Señores —dijo el señor Pickwick, contemplando plácidamente a los dos socios—, he venido aquí para expresar la sorpresa con que he recibido su carta del otro día, y para preguntar qué motivos de acción pueden tener contra mí.

—¡Motivos de…! —Fogg había exclamado hasta ahí, cuando le detuvo Dodson.

—Señor Fogg —dijo Dodson—, permítame hablar a mí.

—Perdón; no faltaba más, señor Dodson —respondió Fogg.

—En cuanto a los motivos de acción, señor Pickwick —continuó Dodson, con aire de elevación moral—, usted consultará su propia conciencia y sus propios sentimientos. Nosotros nos guiamos enteramente por las afirmaciones de nuestra cliente. Esas afirmaciones pueden ser verdaderas o pueden ser falsas; pueden ser creíbles o pueden ser increíbles; pero, si son verdaderas y son creíbles, no vacilo en decirle que nuestros motivos de acción son sólidos e indestructibles. Usted puede ser un hombre desafortunado, o un hombre intrigante, pero si me llamaran a dar mi opinión como jurado en cuanto a su conducta, no vacilo en afirmar que no tendría más que una sola opinión.

Aquí Dodson se incorporó con aire de virtud ofendida y miró a Fogg, quien se metió más profundamente las manos en los bolsillos y, moviendo juiciosamente la cabeza, dijo, en tono del más pleno acuerdo:

—Con toda seguridad.

—Bueno, señor Dodson —dijo el señor Pickwick con el rostro ensombrecido de consternación—; me permitirá asegurarle que soy un hombre muy desafortunado en lo que toca a este caso.

—Espero que sea así —respondió Dodson—; confío en que sea así, señor Pickwick. Si realmente usted es inocente de lo que se presenta a cargo suyo, usted es más desgraciado de lo que yo había creído que pudiera ser ningún hombre. ¿Qué dice usted, señor Fogg?

—Digo precisamente lo mismo que usted —respondió Fogg con una sonrisa de incredulidad.

—El escrito que inicia la demanda —continuó Dodson— se presentó en regla. Señor Fogg, ¿dónde está el libro de registro?

—Aquí está —dijo Fogg, acercando un libro cuadrado con cubiertas de pergamino.

—Aquí está la nota —continuó Dodson—: « Middlesex, a instancia de Martha Bardell, viuda, contra Samuel Pickwick. Indemnización, mil quinientas libras. Abogados de la demandante, Dodson y Fogg; veintiocho de agosto de mil ochocientos veintisiete» . Todo está en regla, señor Pickwick, perfectamente.

Dodson tosió y miró a Fogg, quien también dijo:

—Perfectamente.

Y luego los dos miraron al señor Pickwick.

—¿Debo entender, entonces —dijo el señor Pickwick—, que su intención es

realmente llevar adelante esta acción?

—¡Que si debe entender! Pues claro que debe —replicó Dodson, con algo tan próximo a una sonrisa como se lo permitía su aire de importancia.

—¿Y que la indemnización está fijada efectivamente en mil quinientas libras? —dijo el señor Pickwick.

—A eso puede añadir mi seguridad de que si hubiéramos podido convencer a nuestra cliente, la indemnización se habría fijado en una suma triple —respondió Dodson.

» De todas maneras, creo que la señora Bardell indicó muy especialmente —observó Dodson, con una mirada hacia Fogg— que no llegaría a un compromiso por un penique menos.

—Indiscutiblemente —replicó Fogg con firmeza. Pues la acción apenas había comenzado; y no habría sido conveniente dejar al señor Pickwick llegar a una conciliación, aunque hubiera estado dispuesto a ello en ese momento.

—Como usted no ofrece propuestas, señor Pickwick —dijo Dodson, exhibiendo una hoja de pergamino en la mano derecha y poniendo afectuosamente con su izquierda una copia de esa hoja, en papel sencillo, en la mano del señor Pickwick—, será mejor poner a su disposición una copia de este escrito. Aquí está el original, señor Pickwick.

—Muy bien, señores, muy bien —dijo el señor Pickwick, elevándose, en su persona y en su cólera al mismo tiempo—; tendrán noticias de mí por mi abogado, señores.

—Tendremos mucho gusto en recibirlas —dijo Fogg, frotándose las manos.

—Mucho —dijo Dodson, abriendo la puerta.

—Pero antes de marcharme, señores —dijo el señor Pickwick, volviéndose, excitado, en el descansillo—, permítanme decir que, de todas las acciones miserables y canallescas…

—Un momento, señor Pickwick, un momento —interrumpió Dodson con gran cortesía—. ¡Señor Jackson, señor Wicks!

—¡Diga! —dijeron los dos pasantes, apareciendo al pie de las escaleras.

—Solamente quiero que oigan lo que dice este caballero —respondió Dodson —. Por favor, continúe, señor Pickwick… acciones miserables y canallescas… creo que decía, ¿no?

—Sí —dijo el señor Pickwick, completamente montado en cólera—; decía, señor, que de todas las acciones miserables y canallescas que jamás se han intentado, esta es la peor. Y lo repito.

—Ya lo oye, señor Wicks —dijo Dodson.

—¿No olvidará esas expresiones, señor Jackson? —dijo Fogg.

—¿Quizá le gustaría llamarnos estafadores? —dijo Dodson—. Por favor, hágalo si se siente inclinado a hacerlo; no faltaba más.

—Sí —dijo el señor Pickwick—. Son ustedes unos estafadores.

—Muy bien —dijo Dodson—. ¿Lo oyen ustedes allá abajo, supongo, señor Wicks?

—Sí, señor —dijo Wicks.

—Mejor es que suban un escalón o dos, si no oyen bien —añadió el señor Fogg—. Vamos, señor, adelante. Valdría más que nos llamara ladrones, o quizá le gustaría pegarnos a alguno de nosotros. Por favor, hágalo si lo desea; no opondremos la menor resistencia; no faltaba más.

Como Fogg se puso tentadoramente al alcance del puño cerrado del señor Pickwick, hay muy poca duda de que este caballero habría aceptado la invitación con la mayor seriedad de no ser por la interposición de Sam, quien, al oír la disputa, salió de la oficina, subió las escaleras y agarró por el brazo a su amo.

—Debe marcharse —dijo Weller—; el tenis es un buen juego cuando no es usted la pelota y las raquetas son dos *abogaos*; porque entonces se pone demasiado emocionante *pa* ser agradable. Vamos, señor. Si quiere desahogarse pegando a alguien, salga a la calle y pégueme; pero es un asunto demasiado caro *pa* hacerlo aquí.

Y sin la menor ceremonia, el señor Weller cargó con su amo escaleras abajo y, saliendo de la calleja, le depositó sano y salvo en Cornhill, después de lo cual se puso detrás de él, dispuesto a seguirle a dondequiera que le guiara.

El señor Pickwick caminó distraídamente, cruzó enfrente de Mansion House y torció sus pasos por Cheapside arriba.

Sam empezaba a preguntarse dónde irían, cuando su amo se volvió y dijo:

—Sam, voy inmediatamente a ver al señor Perker.

—Ese es exactamente el sitio donde debía haber ido anoche, señor —respondió Sam Weller.

—Eso me parece, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Estoy seguro —dijo Sam Weller.

—Bueno, bueno, Sam —respondió el señor Pickwick—; iremos enseguida, pero antes, como estoy más bien agitado, me gustaría un vaso de coñac con agua caliente. Sam, ¿dónde puedo tomarlo?

El conocimiento de Londres que tenía Sam Weller era extenso y peculiar. Respondió, sin pensarlo en lo más mínimo:

—La segunda manzana a la derecha… la penúltima casa por el mismo *lao*… tome la mesa delante de la primera chimenea, porque no tiene pata en medio, y las otras la tienen y es algo muy molesto.

El señor Pickwick siguió, sin decir nada, las instrucciones de su criado y, ordenándole que le siguiera, entró en la taberna señalada, donde le pusieron delante enseguida el coñac con agua; mientras Sam, sentado a respetuosa distancia, aunque en la misma mesa que su amo, quedó servido con una pinta de cerveza.

La sala era de aspecto muy vulgar, y por lo visto se encontraba bajo el

especial patrocinio de los cocheros, pues varios caballeros que tenían todo el aspecto de pertenecer a esta docta profesión fumaban y bebían en diferentes mesas. Entre el número de ellos, había en particular uno, gordo, de cara roja y entrado en años, sentado a una mesa de enfrente, que atrajo la atención del señor Pickwick. Este hombre gordo fumaba con gran vehemencia, pero a cada media docena de chupadas se quitaba la pipa de la boca y miraba primero a Sam y luego al señor Pickwick. Luego sepultaba en una jarra de cerveza toda la parte de su rostro que admitían las dimensiones de la jarra, y lanzaba otra mirada a Sam y al señor Pickwick. Después volvía a dar media docena de chupadas con aire de profunda meditación, y les miraba de nuevo. Por fin, el hombre gordo, poniendo las piernas en el banco y apoyando la espalda contra la pared, empezó a chupar la pipa sin dejarla en absoluto y a mirar fijamente a los recién llegados a través del humo, como si hubiera decidido observarles lo más que pudiera.

Al principio, las variaciones del hombre gordo habían escapado a la observación de Sam Weller, pero poco a poco, al ver que el señor Pickwick dirigía de vez en cuando sus miradas hacia él, empezó a mirar en la misma dirección, poniéndose al mismo tiempo la mano de pantalla sobre los ojos, como si hubiera reconocido parcialmente al sujeto que tenía delante y deseara asegurarse de su identidad. Sin embargo, sus dudas quedaron rápidamente disipadas; pues el hombre gordo, después de lanzar una espesa nube de su pipa, hizo surgir una ronca voz, como en un extraño esfuerzo de ventriloquia, de debajo de las amplias bufandas que envolvían su cuello y pecho, formando lentamente este sonido:

—¡Hola, Sammy!

—¿Quién es, Sam? —preguntó el señor Pickwick.

—Bueno, no lo habría creído, señor —respondió Sam, con ojos de asombro —; es el viejo.

—¿El viejo? —dijo el señor Pickwick—. ¿Qué viejo?

—Mi padre, señor —respondió Sam—. ¿Qué tal está *usté*, viejo mío?

Y con esta hermosa ebullición de afecto filial, Sam dejó sitio a su lado en el banco para el hombre gordo, que avanzó a saludarle con la pipa en la boca y la jarra en la mano.

—Bueno, Sammy —dijo el padre—. Hace más de dos años que no te veía.

—Ni yo a *usté*, viejo *chiflao* —respondió el hijo—. ¿Cómo está la madrastra?

—Bueno, pues te diré, Sammy —dijo el Weller padre, con gran solemnidad en sus ademanes—. Nunca hubo una mujer mejor, cuando era viuda, que esta segunda aventura mía; era una dulce criatura, Sammy; *to* lo que puedo decir ahora de ella es que, como era una viuda tan deliciosa, es una lástima que haya *cambiao* de manera de ser. No va bien como mujer, Sammy.

—¿No, de veras? —preguntó Weller hijo.

Weller padre sacudió la cabeza y respondió con un suspiro:

—No debía haberlo hecho otra vez, Sammy; no debía haberlo hecho otra vez. Toma ejemplo de tu padre, muchacho, y ten mucho *cuidao* con las viudas *toa* tu vida, sobre *to* si tienen una posada, Sammy.

Y después de pronunciar con gran patetismo este consejo paternal, Weller padre volvió a llenar la pipa con una caja de lata que llevaba en el bolsillo, tras de lo cual, encendiendo la pipa nueva con las cenizas de la anterior, empezó a fumar a gran velocidad.

—*Usté* perdone —dijo, volviendo al tema y dirigiéndose al señor Pickwick tras una larga pausa—; no me lo tomará a mal, espero; supongo que *usté* no tiene una viuda.

—Yo no —respondió el señor Pickwick riendo; y mientras él reía, Sam Weller informó en un susurro a su progenitor sobre las relaciones que le unían a este caballero.

—*Usté* perdone, señor —dijo Weller padre, quitándose el sombrero—; espero que no haya *encontrao* defectos en Sammy, ¿no?

—Ninguno en absoluto —dijo el señor Pickwick.

—Me alegro de saberlo —respondió el viejo—; me tomé mucho trabajo *pa* educarle; le eché a correr por las calles cuando era muy pequeño, a que se arreglara por su cuenta. Es la única manera de que un chico se haga listo.

—Un sistema bastante peligroso, yo diría —dijo el señor Pickwick sonriendo.

—Y tampoco es muy seguro —añadió Sam—; el otro día me engañaron bien.

—¡No! —dijo su padre.

—Ya lo creo —dijo Sam; y pasó a contar, en tan pocas palabras como pudo, cómo había sido víctima de las estratagemas de Job Trotter.

Weller padre escuchó el relato con la mayor atención y, al concluir, dijo:

—¿No era uno de esos tipos flaco y alto, de pelo largo y con la cháchara al galope?

El señor Pickwick no comprendió bien la última parte de la descripción, pero entendiendo la primera, dijo «Sí» al azar.

—¿Y el otro un tío de pelo negro con librea morada, de cabeza muy grande?

—Sí, sí, el mismo —dijeron el señor Pickwick y Sam, con gran afán.

—Entonces sé dónde están, y se acabó —dijo Weller padre—; están en Ipswich, esos dos, la mar de tranquilos.

—¡No! —dijo el señor Pickwick.

—Seguro —dijo Weller padre—; y le diré cómo lo sé. De vez en cuando guío una diligencia de Ipswich por cuenta de un amigo. Bajé el día después de la noche que *usté* se puso reumático, y en Al Negrito, de Chelmsford, el sitio donde paraban, les cargué, derechos a Ipswich, donde el criado, el de *morao*, me dijo que se iban a quedar *pa* largo.

—Le seguiré —dijo el señor Pickwick—; lo mismo nos da visitar Ipswich que

visitar cualquier otro sitio. Le seguiré.

—¿Está *usté* seguro de que eran ellos, jefe? —preguntó Weller hijo.

—Claro, Sammy, claro —respondió su padre—, porque su aspecto era muy raro; además de eso, me extrañó ver a un señor tan en confianza con su *criao*; y más *toavía*, como iban sentados delante, junto al pescante mismo, les oí que se reían de cómo se la habían *gastao* al viejo Petardo.

—¿Al viejo qué? —dijo el señor Pickwick.

—Al viejo Petardo, señor; y no me cabe duda de que se referían a *usté*.

No hay nada precisamente vil ni ofensivo en la designación de «viejo Petardo», pero, de todas maneras, tampoco es una calificación respetuosa ni lisonjera. El recuerdo de todos los agravios que había sufrido a manos de Jingle se agolpó en la mente del señor Pickwick en el momento en que empezó a hablar el viejo Weller; faltaba solo una gota para derramar el vaso, y lo de «viejo Petardo» lo consiguió.

—Le seguiré —dijo el señor Pickwick, con un enfático puñetazo en la mesa.

—*Pasao* mañana bajo a Ipswich —dijo Weller padre—, desde Al Toro, en Whitechapel; si de veras quiere ir, será mejor que vaya conmigo.

—Eso haremos —dijo el señor Pickwick—; puedo escribir a Bury, y decirles que me vengan a encontrar en Ipswich. Iremos con usted. Pero no tenga prisa en marcharse, señor Weller. ¿No quiere tomar nada?

—Es *usté* muy amable, señor —respondió el señor Weller, parándose en seco—; quizá un vasito de aguardiente *pa* beber a su *salú*, y por el éxito de Sammy, no vendría mal.

—Claro —respondió el señor Pickwick—. ¡A ver, un vaso de aguardiente!

Se trajo el aguardiente, y el señor Weller, tras una reverencia al señor Pickwick y un ademán a Sam, se lo echó por su vasta garganta como si hubiera sido un dedalito.

—Bien hecho, padre —dijo Sam—; tenga *cuidao*, viejo, o le dará un ataque de su *enfermedá* de siempre, la gota.

—He *encontrao* un remedio soberbio *pa* eso, Sammy —dijo Weller padre, dejando el vaso en la mesa.

—Un remedio soberbio para la gota —dijo el señor Pickwick, sacando apresuradamente el cuaderno de apuntes—; ¿cuál es?

—La gota, señor —respondió el señor Weller—, es una *enfermedá* que viene de tener demasiada *comodidá*. Si alguna vez tiene ataques de gota, no tiene más que casarse con una viuda que tenga una voz bien fuerte y una idea suficiente de cómo se *pue* usar, y no volverá nunca a tener la gota. Es una receta estupenda. Yo la tomo con *regularidá*, y le garantizo que quita *toas* las enfermedades que da el vivir *demasiao* bien.

Después de comunicar este inestimable secreto, el señor Weller vació una vez

más el vaso, lanzó un laborioso guiño, suspiró profundamente y se retiró con gran lentitud.

—Bueno, ¿qué piensas de lo que dice tu padre, Sam? —preguntó el señor Pickwick con una sonrisa.

—¡Qué pienso! —respondió Weller—. Pues pienso que es una víctima de la afición al matrimonio, como dijo el capellán doméstico de Barba Azul con lágrimas de compasión cuando lo enterró.

No había réplica a esta adecuada conclusión, y por consiguiente el señor Pickwick, tras de pagar la cuenta, continuó su marcha hasta Gray's Inn. Sin embargo, cuando llegó a sus retiradas avenidas ya habían dado las ocho, y el ininterrumpido torrente de señores con botas enfangadas, sucios sombreros blancos e indumentarias raídas que se desbordaban hacia los diversos caminos de salida le avisó de que la mayoría de las oficinas habían cerrado por aquel día.

Después de subir unos tramos de escalones abruptos y sucios, encontró que su presentimiento se había realizado. La «puerta de fuera» del señor Perker estaba cerrada; y el silencio muerto que siguió a los repetidos puntapiés que en ella dio Sam, anunció que los oficinistas se habían retirado de los asuntos por aquella noche.

—Es fastidioso, Sam —dijo el señor Pickwick—, no querría pasar una hora más sin verle; no podré pegar el ojo esta noche, ya lo sé, si no tengo la satisfacción de pensar que he confiado el asunto a un profesional.

—Hay una vieja que sube las escaleras, señor —respondió Sam—; quizá ella sepa dónde se puede encontrar a alguien. ¡Eh, señora! ¿Dónde está la gente del señor Perker?

—La gente del señor Perker —dijo una vieja flaca y de aire mísero, parándose a recobrar aliento después de subir la escalera— se ha ido, y yo vengo a arreglar la oficina.

—¿Es usted la criada del señor Perker? —preguntó el señor Pickwick.

—Soy la mujer de la limpieza del señor Perker —respondió la mujer.

—Ah —dijo el señor Pickwick, a media voz hacia Sam—; es una circunstancia curiosa, Sam, que en estos sitios llaman mujeres de la limpieza a las viejas. ¿Por qué será?

—Porque tienen un odio mortal a limpiar *na*; supongo, señor —respondió Sam.

—No me extrañaría —dijo el señor Pickwick, mirando a la vieja, cuyo aspecto, así como la situación de la oficina, que por entonces ya había abierto, indicaba una arraigada antipatía al uso del jabón y el agua—. ¿Sabe usted dónde podemos encontrar al señor Perker, buena mujer?

—No, no sé —dijo la vieja de mal humor—; está fuera de la ciudad.

—Mala suerte —dijo el señor Pickwick—. ¿Y dónde está su pasante, sabe usted?

—Sí, sí que lo sé, pero él no me agradecerá que se lo diga a usted —respondió la mujer de la limpieza.

—Tengo un asunto muy especial con él —dijo el señor Pickwick.

—¿Y no puede venir por la mañana? —dijo la mujer.

—No es lo mismo —respondió el señor Pickwick.

—Bueno —dijo la vieja—, si es algo muy especial, tengo que decir dónde está, de modo que no pasará nada porque lo diga. Si va a A la Urraca y el Tocón y pregunta en el mostrador por el señor Lowten, ya le dirán quién es, y ese es el pasante del señor Perker.

Con esas instrucciones, y habiendo sido informado además de que la taberna en cuestión estaba situada en una manzana con la doble ventaja de su vecindad a Clare Market, y de su íntima proximidad a las espaldas de New Inn, el señor Pickwick y Sam bajaron sin daño la destartalada escalera y zarparon en busca de A la Urraca y el Tocón.

Este ilustre establecimiento consagrado a las orgías vespertinas del señor Lowten y sus compañeros era lo que la gente vulgar llamaría una taberna. Que el propietario era hombre con inclinaciones a sacar dinero quedaba suficientemente testimoniado por el hecho de haber una garita bajo la ventana de la sala, subarrendada a un zapatero remendón; y que era hombre de mente filantrópica resultaba evidente por la protección que concedía a un vendedor de empanadas que ofrecía sus golosinas, sin miedo de ser interrumpido, en el mismo escalón de la puerta.

En las ventanas bajas, decoradas con cortinas de color azafrán, bailoteaban dos o tres rótulos impresos, haciendo alusión a la sidra de Devonshire y a la cerveza de Danzig, mientras una gran pizarra, anunciando con letras blancas al ilustre público que había quinientos mil barriles de cerveza en las bodegas del establecimiento, dejaba la mente en un estado de duda e incertidumbre nada desagradable respecto a la dirección exacta en que podría suponerse que se extendía esa ingente caverna por las entrañas de la tierra. Si añadimos que el rótulo de la casa, corroído por la intemperie, ostentaba la efigie medio borrada de una urraca observando atentamente un retorcido borrón de barniz castaño, que los vecinos habían aprendido desde su infancia a considerar como «el tocón», habremos dicho todo lo necesario en cuanto al exterior del edificio.

Al presentarse el señor Pickwick ante el mostrador, surgió ante él, tras una mampara, una mujer entrada en años.

—¿Está el señor Lowten, señora? —preguntó el señor Pickwick.

—Sí, señor —replicó la dueña—. Eh, Charley, enséñale a este caballero quién es el señor Lowten.

—El señor no *pue* entrar ahora mismo —dijo un vacilante camarerito de cabeza roja—, porque el señor Lowten está cantando una canción cómica, y se lo estropearía. Enseguida termina, señor.

Apenas acababa de hablar el camarerito pelirrojo, cuando un unánime golpear de mesas y entrechocar de vasos anunció que la canción había terminado en ese momento; y el señor Pickwick, después de invitar a Sam a solazarse por su parte en la sala, se resignó a ser llevado a la presencia del señor Lowten.

Al aviso de que « Un señor quiere hablar con *usté*» , un joven de rostro hinchado, que llenaba la butaca que presidía la mesa, miró con cierta sorpresa en la dirección por donde llegaba la voz; y la sorpresa no quedó disminuida de ningún modo cuando sus ojos se posaron en un individuo a quien no había visto jamás.

—Usted me perdonará —dijo el señor Pickwick—, y lamento mucho molestar también a los demás señores, pero vengo para un asunto muy importante; y si usted me permite que le entretenga cinco minutos en esta esquina, le quedaré muy agradecido.

El joven carirredondo se levantó y, acercando una silla al señor Pickwick, en un rincón oscuro del cuarto, escuchó atentamente el relato de sus aflicciones.

—Ah —dijo cuando concluyó el señor Pickwick—; Dodson y Fogg… gente lista… estupendos hombres de negocios; Dodson y Fogg.

El señor Pickwick admitió que Dodson y Fogg eran gente lista, y Lowten continuó:

—Perker no está en la ciudad, y no volverá hasta fines de la semana que viene; pero si usted quiere que asuma la defensa, y me deja esta copia, yo haré todo lo necesario hasta que él vuelva.

—Exactamente para eso he venido —dijo Pickwick, entregándole el documento—; si ocurre algo de particular me puede escribir a la oficina de correos en Ipswich.

—Está muy bien —respondió el pasante del señor Perker, y luego, viendo que la mirada del señor Pickwick se volvía con curiosidad hacia la mesa, añadió—: ¿Quiere quedarse con nosotros media horita? Esta noche hay una buena reunión. Está el administrativo de Samkin y Green, el secretario de Smithers y Price, y el recadero de Pimckin y Thomas, que canta unas canciones estupendas, y Jack Bamber, y muchos más. Usted viene del campo, ¿verdad? Quizá le gustaría quedarse con nosotros.

El señor Pickwick no podía resistir una oportunidad tan tentadora de estudiar la naturaleza humana. Se resignó a ser llevado a la mesa, donde después de ser presentado a la reunión en debida forma, quedó acomodado en un asiento junto al presidente y pidió un vaso de su bebida favorita.

En contra de la expectación del señor Pickwick, se hizo un profundo silencio.

—¿No encontrará molesto el humo, espero? —dijo su vecino de la derecha, un caballero de camisa a cuadros y botones de mosaico, con un cigarro en la boca.

—De ningún modo —respondió el señor Pickwick—; me gusta mucho, aunque no soy fumador.

—Lamentaría mucho decir que yo no lo soy —interrumpió otro desde el lado de enfrente de la mesa—; el humo es para mí mesa y vivienda.

El señor Pickwick lanzó una ojeada al que hablaba, y pensó que si también fuera la higiene, sería mucho mejor.

Aquí hubo otra pausa. El señor Pickwick era un desconocido, y su llegada, evidentemente, había enfriado el ambiente.

—El señor Grundy nos va a obsequiar con una canción —dijo el presidente.

—No, de ningún modo —dijo el señor Grundy.

—¿Por qué no? —dijo el presidente.

—Porque no puedo —dijo el señor Grundy.

—Mejor sería decir que no quieres —respondió el presidente.

—Bueno, pues entonces, no quiero —replicó Grundy. La decidida negativa de Grundy a obsequiar a la reunión ocasionó otro silencio.

—¿Nadie nos quiere alegrar un poco? —dijo el presidente con desaliento.

—¿Por qué no nos alegra usted mismo, presidente? —dijo un joven con patillas, un ojo torcido y cuello de camisa abierto (y sucio), desde el extremo de la mesa.

—¡Eso, eso! —dijo el fumador de la bisutería de mosaico.

—Porque solo sé una canción, y la he cantado ya, y hay una multa de una ronda para todos si se canta dos veces la misma canción en la misma noche —respondió el presidente.

Era una respuesta que no admitía discusión, y volvió a dominar el silencio.

—Esta noche, señores —dijo el señor Pickwick, esperando lanzar un tema en que todos pudieran tomar parte y discutir—, he estado en un sitio que sin duda todos ustedes conocen muy bien, pero donde yo no había estado hace muchos años y que conozco muy mal; me refiero a Gray's Inn. Esos rinconcitos son extraños en un sitio tan grande como Londres.

—¡Por Júpiter! —dijo el presidente en un susurro a través de la mesa hacia el señor Pickwick—. Ha ido a tocar algo sobre lo cual uno de nosotros, por lo menos, podría hablar eternamente. Ahora saltará el viejo Jack Bamber; nunca se le ha oído hablar de otra cosa sino de esos sitios, y ha vivido solo en ellos hasta que se ha vuelto medio loco.

El individuo a quien aludía Lowten era un hombrecito amarillo y un poco corcovado, cuyo rostro no había observado antes el señor Pickwick por la costumbre de aquel de inclinarse adelante cuando estaba callado. Le extrañó, sin embargo, cuando el viejo levantó su cara apergaminada y puso en él sus ojos grises de aguda mirada inquisitiva, que tan notables rasgos pudieran haber escapado a su atención por un momento. En su fisonomía había perpetuamente una sonrisa fija y amarga; apoyaba la barbilla en una mano larga y flaca, con

uñas de extraordinaria longitud; y al inclinar la cabeza a un lado, mirando penetrantemente por debajo de sus grises cejas ásperas, en su cara se produjo un extraño y salvaje gesto de astucia, realmente repulsivo de observar.

Esa fue la figura que entonces se adelantó, prorrumpiendo en un animado torrente de palabras. Sin embargo, como este capítulo ya va siendo muy largo, y como el viejo era un personaje notable, será más respetuoso para él, y más conveniente para nosotros, dejarle hablar en un nuevo capítulo.

XXI

EN QUE EL VIEJO SE LANZA A SU TEMA FAVORITO, Y RELATA UNA HISTORIA SOBRE UN EXTRAÑO CLIENTE

—¡Ah, ah! —dijo el viejo cuya breve descripción, en aspecto y modos, concluía el pasado capítulo—. ¡Ah! ¿Quién hablaba de los Inns?[32]

—Era yo —respondió el señor Pickwick—; estaba diciendo qué extraños son esos sitios antiguos.

—¡Usted! —dijo el viejo despreciativamente—. ¿Qué sabe usted de los tiempos en que los jóvenes se encerraban en sus cuartos solitarios, y estudiaban y estudiaban, horas y horas, y noche tras noche, hasta que su razón vacilaba bajo el peso de sus estudios nocturnos; hasta que la luz de la mañana ya no les traía la energía ni la salud; y se hundían, víctimas de la entrega antinatural de sus fuerzas jóvenes a los secos libracos? Viniendo a épocas más recientes, y en días muy diversos, ¿qué sabe usted de su gradual hundimiento bajo la tisis, o la rápida devastación de las fiebres (grandiosos resultados de la «buena vida» y la disipación), que sufrieron tantos hombres en esos mismos cuartos? ¿Cuántos que en vano imploraban piedad se imagina usted que se marcharon del despacho del abogado con el corazón destrozado, para encontrar un lugar de descanso en el Támesis, o un refugio en la cárcel? Esas no son cosas como las demás. No hay un trozo de las viejas paredes que, si estuviera dotado de lenguaje y memoria, no pudiera contarnos su leyenda de horror. ¡La novela de la vida, señor mío, la novela de la vida! Por vulgares que parezcan ahora, le digo que son unos sitios extraños, y que prefiero oír muchas leyendas de nombre terrorífico que la verdadera historia de uno de aquellos lugares.

En la súbita energía del viejo había algo tan extraño, provocado por el tema, que el señor Pickwick no pudo ofrecer ninguna observación en respuesta. El viejo, refrenando su impetuosidad y volviendo a asumir su mueca hipócrita que había desaparecido en su anterior excitación, dijo:

—Mírelos bajo otra luz: la más vulgar y menos romántica. ¡Qué hermosos sitios de tortura son! Piense en el hombre necesitado que lo ha gastado todo, poniéndose a mendigar y sacando dinero a los suyos para entrar en la profesión legal, destinada a no darle nunca un pedazo de pan. Las dilaciones… la esperanza… la decepción… el miedo… la miseria… la pobreza… la ruina de sus ilusiones y el fin de su carrera… el suicidio quizá, o la embriaguez andrajosa y arruinada. ¿No es verdad lo que digo?

Y el viejo se frotó las manos, e hizo una mueca, como complacido de haber encontrado otro punto de vista en que colocar su tema favorito.

El señor Pickwick observó al viejo con gran curiosidad, y el resto del grupo sonrió y se quedó mirando.

—No me hable de sus universidades alemanas —dijo el viejecillo—. ¡Bah,

bah!, ya hay bastante novelería en casa sin moverse media milla para buscarla; lo que pasa es que a la gente no se le ocurre.

—Nunca pensé que en este tema concreto hubiera nada de novelería, ciertamente —dijo el señor Pickwick riendo.

—Claro que no —dijo el viejo—; por supuesto que no. Un amigo mío solía decirme: «¿Qué tienen de particular estas habitaciones?». «Son unos sitios extraños», decía yo. «De ningún modo», decía él. «Muy solitarios», decía yo. «Nada de eso», decía él. Una mañana se murió de apoplejía, cuando iba a abrir la puerta. Se cayó con la cabeza en el buzón de las cartas, y allí se quedó año y medio. Todos creyeron que se había ido de la ciudad.

—¿Y cómo lo encontraron por fin? —preguntó el señor Pickwick.

—Los administradores decidieron hacer forzar las puertas, porque llevaba dos años sin pagar. Así lo hicieron. Forzaron la cerradura, y un esqueleto polvoriento, con casaca azul, calzón corto negro y medias de seda, cayó en brazos del portero que estaba abriendo. Eso sí que fue raro, ¿no le parece?

El viejecillo inclinó más la cabeza a un lado, y se frotó las manos con indescriptible júbilo.

—Sé de otro caso —dijo el viejecillo, cuando disminuyeron hasta cierto punto sus risoteos—. Ocurrió en Clifford's Inn. Un inquilino en el último piso, de mal carácter, se encerró en el armario de la alcoba y se tomó una dosis de arsénico. El administrador creyó que se había escapado; abrió la puerta y puso papeles anunciando que se alquilaba. Vino otro, tomó aquellas habitaciones, las amuebló, y se fue a vivir allí. Sin saber por qué, no podía dormir, siempre inquieto e incómodo. «Qué raro», dijo. «Dormiré en el otro cuarto, y pondré aquí el despacho.» Hizo el cambio, y durmió muy bien por la noche, pero de repente encontró, sin saber por qué, que no podía estudiar por la tarde: se sentía nervioso e incómodo, y andaba siempre despabilando las velas y mirándolas fijamente. «No comprendo lo que pasa», dijo una noche que volvía del teatro, mientras bebía un vaso de grog frío, con la espalda a la pared, para no poder imaginarse que hubiera nadie detrás de él; «no comprendo lo que pasa», dijo. Y precisamente entonces sus ojos se posaron en el armario que siempre había estado cerrado: un escalofrío corrió por todo su cuerpo, de pies a cabeza. «Ya he sentido otras veces esta impresión extraña», dijo; «no puedo menos de pensar que pasa algo raro con este armario.» Hizo un enérgico esfuerzo, reunió todo su valor, saltó la cerradura con un par de golpes del atizador de la chimenea, abrió la puerta, y allí, derecho en el rincón del armario, estaba el último inquilino, con una botellita bien agarrada en la mano, y la cara… ¡bueno!

Al concluir, el viejecillo miró en torno suyo las caras atentas de su sorprendido auditorio, y sonrió con sombrío placer.

—Qué cosas más curiosas nos cuenta usted —dijo el señor Pickwick, escudriñando detalladamente el rostro del viejo con ayuda de sus lentes.

—¡Curiosas! —dijo el viejecillo—. Tontería; usted las considera curiosas porque no sabe nada de eso. Son divertidas, pero nada extrañas.

—¡Divertidas! —exclamó el señor Pickwick involuntariamente.

—Sí, divertidas; ¿acaso no lo son? —replicó el viejecillo con una mueca diabólica.

Y luego, sin detenerse a contestar, continuó:

—Conocí a otro… vamos a ver… hace cuarenta años… que tomó unas habitaciones viejas, húmedas, con moho, en uno de los Inns más antiguos, que llevaban muchos años cerradas y vacías. Había muchas historias legendarias sobre ese sitio, que, ciertamente, estaba muy lejos de ser placentero; pero él era pobre y las habitaciones eran baratas, y eso habría sido suficiente razón para él aunque hubieran sido diez veces peores de lo que eran realmente. Se vio obligado a tomar algún mobiliario medio deshecho que había en ese sitio, y entre otras cosas, un enorme armario de madera para papeles, con grandes puertas de cristal y una cortina verde por dentro; cosa bastante inútil para él, pues no tenía papeles que poner; y en cuanto a su vestuario, lo llevaba puesto, con lo cual tampoco le daba mucho trabajo, por cierto. Bueno, trajo todas sus cosas (no llenaban un carro), y las dispersó por la habitación, como para que las cuatro sillas parecieran lo más posible una docena, y allí estaba aquella noche junto al fuego, bebiendo el primer vaso de los dos galones de whisky que había pedido a crédito, preguntándose si los pagaría alguna vez y, en ese caso, al cabo de cuántos años, cuando sus ojos encontraron las puertas de cristal del armario. «¡Ah!», dijo, «si no me hubieran obligado a tomar ese feo trasto al precio que marcó el perito, con ese dinero podría haber encontrado algo cómodo. ¿Sabes lo que pasa, viejo?», dijo, hablando en voz alta al armario, por no tener otra cosa a la que dirigirse, «si no costara más romper tu vieja armazón que lo que valdría luego la madera, enseguida me haría un buen fuego contigo.» Apenas había acabado de decir estas palabras, cuando un sonido, semejante a un débil gemido, pareció salir del interior del armario. Al principio le asustó, pero pensando, tras un momento de reflexión, que debía de ser un joven del cuarto de al lado que habría cenado fuera, puso los pies en el guardafuego y tomó el hierro para atizar la chimenea. En ese momento se repitió el sonido; y una de las puertas de cristal se abrió lentamente, dejando ver una figura pálida y consumida, con ropas sucias y ajadas, de pie en el armario. La figura era alta y delgada, y su rostro expresaba preocupación y ansiedad; pero había algo en el color de la piel, y en el aspecto flaco y sobrenatural de toda su forma, que jamás se ha visto en un ser de este mundo. «¿Quién es usted?», dijo el nuevo inquilino, palideciendo, pero levantando el atizador de la chimenea y apuntando al rostro de la figura. «¿Quién es usted?» «No me tire el atizador», respondió la figura. «Si me lo tira, aunque tenga buena puntería, pasará a través de mí, sin resistencia, y consumirá su fuerza en la madera de atrás. Soy un espíritu.» «Y, por favor, ¿qué desea

aquí?» , balbució el inquilino. « En este cuarto» , respondió la aparición, « se forjó mi ruina en este mundo, y mis hijos y yo quedamos reducidos a la mendicidad. En este armario se acumularon durante años los papeles de un pleito largo, muy largo. En este cuarto, cuando morí por el dolor y el retraso de mis esperanzas, dos viles arpías se dividieron la riqueza por la que yo había luchado durante mi mísera existencia, y de la cual, por fin, ni un penique fue a parar a mis infelices descendientes. Yo las hice huir, aterradas, de este lugar, y desde entonces he venido por las noches (el único periodo en que puedo volver a visitar la tierra) a los escenarios de mi larga desdicha. Estas habitaciones son mías: déjemelas.» « Si insiste en aparecer por aquí» , dijo el inquilino, que durante la prolija declaración del fantasma había tenido tiempo de recobrar su presencia de ánimo, « le daré posesión de ellas con el mayor gusto, pero me gustaría hacerle una pregunta, si me lo permite.» « Hable» , dijo la aparición, gravemente. « Bueno» , dijo el inquilino, « no me refiero personalmente a usted con esta observación, porque se aplica igualmente a la mayoría de los fantasmas de que he oído hablar, pero me parece poco lógico que, puesto que tienen oportunidad de visitar los lugares más hermosos de la tierra (pues supongo que el espacio no es nada para ustedes), tengan que volver precisamente a los mismos sitios donde lo han pasado peor.» « Caramba, pues es verdad; no se me había ocurrido» , dijo el fantasma. « Ya ve usted» , continuó el inquilino, « este es un cuarto muy incómodo. A juzgar por el aspecto del armario, me inclinaría a decir que no debe de estar completamente libre de chinches; y pienso de veras que usted podría encontrar un alojamiento mucho más cómodo; para no hablar del clima de Londres, que es tan desagradable.» « Tiene usted mucha razón» , dijo el fantasma cortésmente, « no se me había ocurrido hasta ahora; probaré en seguida un cambio de aires…» , y, en efecto, empezó a desvanecerse mientras hablaba; sus piernas ya habían desaparecido. « Además» , dijo el inquilino, llamándole cuando ya se iba, « si usted tuviera la bondad de sugerir a las señoras y caballeros ocupados ahora en hacer de fantasmas en viejas casas vacías, que podrían estar mucho más cómodos en otros sitios, proporcionaría un gran beneficio a la sociedad.» « Ya lo creo» , respondió el fantasma; « debemos ser muy tontos, muy tontos, desde luego; no puedo comprender cómo podemos haber sido tan estúpidos.» Y con esas palabras, el espíritu desapareció; y lo que es más notable —añadió el viejo, mirando a todos los que le rodeaban en la mesa, con una ojeada de astucia—: jamás ha vuelto a aparecer.

—No está mal, si es verdad —dijo el de los gemelos de mosaico, encendiendo un nuevo cigarro.

—¡Que si es verdad! —exclamó el viejo, con una mirada de enorme desprecio—. Supongo —añadió, volviéndose a Lowten— que luego dirá que tampoco es verdad mi historia sobre el extraño cliente que tuvimos cuando estaba yo en la oficina de un procurador; no me extrañaría que lo dijera.

—No me atreveré a decir nada sobre ella, puesto que nunca la he oído —observó el propietario de los ornamentos de mosaico.

—Me gustaría que la contara —dijo el señor Pickwick.

—Ah, cuéntela —dijo Lowten—; solamente la he oído yo, y casi se me ha olvidado.

El viejo miró a todos los de la mesa, e hizo una mueca más horrible que nunca, como en triunfo, cuando vio pintada la atención en todas las caras. Entonces, frotándose la barbilla con la mano, y mirando al techo, como para evocar las circunstancias en su memoria, empezó así:

CUENTO DEL VIEJO, SOBRE EL EXTRAÑO CLIENTE

« Poco importa —dijo el viejo—, dónde, o cómo he sabido esta breve historia. Si la fuera a contar en el orden en que me llegó, empezaría por la mitad, y cuando llegase a la conclusión, volvería atrás en busca de un comienzo. Basta decir que algunas de sus circunstancias ocurrieron ante mis ojos; en cuanto al resto, sé que pasó, y todavía hay personas que viven y que lo recordarán de sobra.

» En la calle de Borough Hill, junto a la iglesia de Saint George, y en el mismo lado de la calle, está, como muchos saben, la más pequeña de nuestras prisiones para deudores, la de Marshalsea. Aunque en estos últimos tiempos ha cambiado mucho, de aquel sumidero de porquería y suciedad que era, incluso su situación mejorada ofrece pocas tentaciones a los pródigos y escasos consuelos a los imprevisores. El ladrón condenado tiene en Newgate, para tomar el aire y hacer ejercicio, un patio tan bueno como el deudor insolvente en la prisión de Marshalsea.[33]

» Quizá es cosa de mi fantasía, o quizá es que no puedo separar ese sitio de los viejos recuerdos asociados a él, pero el hecho es que no puedo soportar esta parte de Londres. La calle es ancha, las tiendas son espaciosas, hay ruido de vehículos que pasan, y pasos de un perpetuo torrente de gente: todos los ruidos laboriosos del tráfico resuenan en ella desde la mañana a la noche; pero las calles de alrededor son angostas y míseras; la pobreza y la depravación hacen su nido en aquella aglomeración; la necesidad y la desgracia se encierran en la pequeña prisión; y, al menos ante mis ojos, parece envolver un aire siniestro y temible a todos aquellos lugares, dándoles un matiz destartalado y enfermizo.

» Muchos ojos que desde entonces se han cerrado en la tumba han mirado con indiferencia aquellas escenas al entrar por primera vez en la vieja prisión de Marshalsea; pues la desesperanza rara vez llega con el primer choque severo de la desgracia. Un hombre tiene confianza en los amigos antes de probarlos; recuerda los muchos ofrecimientos de ayuda hechos con toda libertad por sus benévolos compañeros, cuando no los necesitaba; tiene esperanza (la esperanza

de la feliz inexperiencia), y por mucho que se doble bajo el primer golpe, la esperanza vuelve a alzarse en su pecho, y florece en él por poco tiempo, hasta que se hunde bajo el agotamiento de la decepción y el desprecio. Esos mismos ojos, ¡qué pronto han quedado hundidos en el cráneo, mirando en un rostro consumido por el hambre y gastado por la soledad, en aquellos días en que no era una imagen retórica decir que los deudores se pudrían en la prisión, sin esperanza ni perspectiva de libertad! Ya no existe en toda su gravedad aquella infamia, pero queda bastante de ella como para dar lugar a casos que hacen sangrar el corazón.

» Hace veinte años, aquella acera era desgastada por los pasos de una madre y un niño, que, día tras día, apareciendo con tanta seguridad como la mañana, se presentaban ante las puertas de la prisión. Muchas veces, tras una noche de aflicción inquieta y pensamientos ansiosos, llegaban con una hora de adelanto, y entonces la joven madre, apartándose suavemente, llevaba al niño al viejo puente y, levantándole en brazos para enseñarle el agua refulgente, teñida con la luz del sol matutino, y reflejando los animados preparativos de trabajos y diversiones que el río ofrecía a esa hora temprana, trataba de interesar los pensamientos del niño por los objetos que tenía delante. Pero pronto le dejaba, y escondiendo la cara en el chal, soltaba las lágrimas que la cegaban; pues la cara débil y enfermiza del niño no se iluminaba con ninguna expresión de interés ni diversión. Los recuerdos del niño, además de ser pocos, eran todos de la misma especie, relacionados con la pobreza y aflicción de sus padres. Hora tras hora se quedaba sentado en las rodillas de su madre, mirando, con compasión infantil, las lágrimas que rodaban por sus mejillas, para luego meterse silenciosamente en un rincón oscuro y dormirse a fuerza de sollozar. Las duras realidades del mundo, con muchas de sus peores privaciones (hambre y sed, frío y necesidad), se habían acumulado sobre él, desde los primeros albores de su razón; y aunque en él se veía la figura de la niñez, faltaban su corazón alegre, su risa feliz y sus ojos chispeantes.

» El padre y la madre lo veían, y se miraban uno a otro con pensamientos angustiosos que no se atrevían a expresar en palabras. Aquel hombre saludable y fuerte, que habría podido soportar cualquier fatiga de ejercicio activo, se consumía en el estrecho encierro y la atmósfera insalubre de una prisión atestada. Aquella mujer, leve y delicada, se hundía bajo los efectos combinados de la enfermedad corporal y la mental. El corazón del niño se despedazaba.

» Llegó el invierno, y con él semanas de lluvia fría y pesada. La pobre muchacha se había mudado a un mísero piso cercano al lugar de la prisión de su marido; y aunque el cambio se había hecho necesario por su creciente miseria, ahora estaba más contenta porque estaba más cerca de él. Durante dos meses, ella y su pequeño acompañante vieron abrirse las verjas como de costumbre. Un día dejó de acudir, por primera vez. Al día siguiente, llegó sola. El niño había muerto.

» Los que hablan fríamente de la muerte de un pobre como liberación feliz para el que parte y como alivio misericordioso para los que se quedan, saben muy poco de la angustia de esas muertes. Una mirada silenciosa de cariño y compasión cuando todas las demás miradas se apartan con frialdad; la conciencia de que poseemos la comprensión y el afecto de un ser cuando todos los demás nos han abandonado, es un apoyo, un sostén, un consuelo en la aflicción más profunda, que ninguna riqueza podría comprar y ningún poder sabría conferir. El niño había estado a los pies de sus padres durante horas y horas, con las manitas en sus manos plácidamente, y su carita frágil vuelta hacia ellos. Le habían visto consumirse día a día; y aunque su breve existencia había carecido de alegrías, y ahora había pasado a la paz y el descanso que, niño como era, no había conocido en este mundo, ellos eran sus padres, y su pérdida se clavó en sus almas.

» Era evidente, para los que miraban el alterado rostro de la madre, que la muerte debía cerrar pronto la escena de su adversidad y su prueba. Los compañeros de prisión de su marido evitaban entremeterse en su aflicción y su pena, y le dejaron solo en el pequeño cuarto que antes había ocupado con otros dos compañeros. Ella lo compartió con él; y arrastrándose sin dolor, pero sin esperanza, su vida se consumió poco a poco.

» Un anochecer se desmayó en brazos de su marido, y él la llevó junto a la ventana abierta para reanimarla con el aire; la luz de la luna, cayendo de lleno en su cara, le mostró un cambio en sus rasgos que le hizo vacilar con su peso, como un niño inerme.

» —Quiero sentarme, George —dijo débilmente.

» Él la hizo sentar y, sentándose a su lado, ocultó la cara entre las manos y rompió a llorar.

» —Es muy duro dejarte, George —dijo—, pero es la voluntad de Dios, y tienes que soportarlo por mí. ¡Ah! ¡Cuánto le agradezco que se haya llevado a nuestro niño! Ahora está contento en el cielo. ¿Qué habría hecho aquí, sin su madre?

» —¡No morirás, Mary, no morirás! —dijo el marido, incorporándose de un salto.

» Dio vueltas apresuradamente de un lado a otro golpeándose la cabeza con los puños; luego, volviendo a sentarse a su lado y sosteniéndola en sus brazos, añadió, más tranquilo:

» —Anímate, querida mía. Vamos, anímate. Todavía te reanimarás.

» —Nunca más, George, nunca más —dijo ella, agonizando—. Que me entierren junto a mi hijo, pero prométeme que si dejas alguna vez este sitio horrible, y llegas a ser rico, harás que nos lleven a un cementerio tranquilo de pueblo; lejos, muy lejos de aquí, donde podamos descansar en paz. George, querido mío, prométeme que lo harás.

» —Te lo prometo —dijo el marido, lanzándose apasionadamente de rodillas ante ella—. Háblame, Mary, dime una palabra más. ¡Mírame una sola vez!

» Dejó de hablar; pues el brazo que rodeaba su cuello se puso rígido y pesado. Un profundo suspiro escapó de la consumida figura que tenía ante él; sus labios se movieron y una sonrisa pasó por aquel rostro; pero los labios estaban pálidos, y la sonrisa se extinguió en una mirada fija, rígida y espectral. Estaba solo en el mundo.

» Esa noche, en el silencio y la desolación del miserable cuarto, el desgraciado se arrodilló junto al cuerpo muerto de su mujer e invocó a Dios como testigo de un terrible juramento; desde ese momento se dedicaría a vengar la muerte de ella y de su hijo; desde entonces, hasta el último instante de su vida, todas sus energías se dirigirían a un solo objetivo; su venganza sería paciente y terrible; su odio sería perpetuo e inextinguible, yendo en busca de su objetivo por el mundo entero.

» La desesperación más profunda y un padecimiento apenas humano hicieron tales estragos en su rostro y su figura en una sola noche, que sus compañeros de infortunio se apartaron de él, asustados, al verle pasar. Sus ojos estaban sanguinolentos y pesados; su cara, de un blanco cadavérico, y su cuerpo como doblado de vejez. Casi se había traspasado el labio inferior a fuerza de morderlo en la violencia de su sufrimiento mental, y la sangre que había manado de esa herida había bajado por su barbilla hasta manchar la camisa y la corbata. No se le escapó una lágrima, una queja; pero la mirada trastornada y la agitación desordenada con que daba vueltas por el patio denotaban la fiebre que ardía dentro de él.

» Era necesario que se sacara inmediatamente de la prisión el cuerpo de su mujer. Recibió esta noticia con perfecta calma, y asintió: era necesario. Casi todos los residentes de la prisión se reunieron a ver cómo se la llevaban. Al aparecer el viudo, se echaron a ambos lados; él avanzó apresuradamente, y se quedó parado, solo, en un pequeño lugar enrejado, cerca de las puertas de la cárcel, de donde se había retirado la multitud con instintivo sentimiento de delicadeza. El rudo ataúd fue sacado lentamente a hombros. Un silencio absoluto invadió a todos, roto solo por las lamentaciones de las mujeres y los pasos arrastrados de los portadores en el pavimento de piedra. Llegaron al lugar donde estaba el afligido marido, y se detuvieron. Él puso la mano sobre el ataúd y, arreglando maquinalmente el paño que lo recubría, les hizo señal de que siguieran. Los carceleros, en la entrada de la prisión, se quitaron los sombreros a su paso, y un momento después la pesada puerta se cerró tras el ataúd. Él miró con ojos ausentes a la multitud, y cayó pesadamente por tierra.

» Aunque le vigilaron varias semanas después de esto, día y noche, en los más locos delirios de la fiebre, nunca le abandonaron por un instante ni la conciencia de su pérdida, ni el recuerdo del juramento que había hecho. Ante sus

ojos cambiaban las escenas, un lugar sucedía a otro, y un suceso venía tras otro, todo con la prisa del delirio; pero de un modo o de otro, siempre estaba todo en conexión con el gran objetivo de su mente. Navegaba por una extensión ilimitada de mar, bajo un cielo rojo de sangre, mientras las furiosas aguas, con ímpetu desencadenado, hervían y se abrían en remolinos a cada lado. Había otro barco delante, agitándose y esforzándose entre los aullidos de la tormenta; sus velas se agitaban en andrajos en el mástil, y su cubierta estaba llena de figuras humanas que eran dispersadas hacia las bordas, sobre las cuales pasaban a cada momento grandes olas, llevándose algunas criaturas al mar espumoso. Adelante seguían, en medio de la rugiente masa de agua, con una velocidad y una fuerza que nada podía resistir; hasta que el mar, golpeando la popa de la otra nave, la hizo partirse sobre la quilla. En el ancho remolino que ocasionó su hundimiento, surgió un clamor tan potente y agudo (el grito de muerte de un centenar de hombres que se ahogaban se fundió en un solo aullido feroz) que resonó por encima del grito de guerra de los elementos, hasta parecer que traspasaba el aire, el cielo y el océano. Pero ¿qué era aquello, aquella cabeza encanecida que sobresalía sobre la superficie del agua y que, con rasgos de agonía y gritos pidiendo auxilio, luchaba con las olas? Con una mirada, saltó del barco y con brazadas vigorosas nadó hacia él. Lo alcanzó; estaba muy cerca. Era la fisonomía de él: el viejo le vio venir y en vano luchó por eludir sus manos. Pero se le agarró firmemente y le arrastró bajo el agua. Bajó, bajó cincuenta brazas; su resistencia se hizo más débil cada vez, hasta que cesó por completo. El viejo estaba muerto: él le había matado, había cumplido su juramento.

» Atravesaba las arenas abrasadoras de un gran desierto, descalzo y solo. La arena le ahogaba y le cegaba; sus sutiles granos entraban hasta por los poros de su piel, irritándole hasta enloquecerle. Masas gigantescas del mismo material, llevadas por el viento e iluminadas por el sol ardiente, se elevaban a distancia como columnas de fuego vivo. Los huesos de los hombres que habían perecido en aquel desierto terrible estaban dispersos a sus pies; en todo su alrededor había una luz temible; hasta donde alcanzaba la mirada no se veían más que objetos de miedo y horror. Intentando vanamente lanzar un grito de espanto, con la lengua pegada a la boca, se apresuró a avanzar locamente. Dotado de fuerza sobrenatural, fue cruzando por la arena hasta que, agotado de fatiga y sed, cayó sin sentido por tierra. ¿Qué frescura fragante le reanimaba? ¿Qué sonido, qué murmullo era aquel? ¡Agua! Era una fuente, sí; y el claro arroyo brotaba a sus pies. Bebió ávidamente en él y, extendiendo sus cansados miembros a la orilla, se sumergió en un éxtasis delicioso. Le hizo volver en sí el ruido de unos pasos que se acercaban. Un hombre encanecido se acercaba vacilante a apagar su sed abrasadora. ¡Era él, otra vez! Rodeó con sus brazos el cuerpo del viejo, y le echó atrás. Él luchó, pidiendo agua a gritos: ¡una sola gota de agua para salvar su vida! Pero él sujetó firmemente al viejo, mirando su agonía con ojos ávidos; y cuando

su cabeza cayó sin vida sobre el pecho, apartó el cadáver con los pies.

» Cuando la fiebre le dejó y recobró la conciencia, despertó para encontrarse rico y libre, y supo que su padre, que le habría dejado morir en la cárcel (que había dejado morir de necesidad a los que debían haberle sido más queridos que su propia vida, víctimas de un mal de corazón que ninguna medicina puede curar), había sido hallado muerto en su cama de plumas. Su decisión era dejar a su hijo como un mendigo, pero, jactancioso incluso de su salud y de su fuerza, había ido retrasando su testamento hasta que fue tarde, y ahora podría rechinar los dientes en el otro mundo, pensando en la riqueza que le había dejado con su tardanza. Esto encontró él, al volver en sí, y algo más aún: el recuerdo del propósito con que vivía, y la memoria de que su enemigo era el propio padre de su mujer; ese era el hombre que le había metido en la prisión y que, cuando su hija, con su nieto, había pedido compasión a sus pies, los había echado de casa con desprecio. ¡Ah, cómo maldijo la debilidad que le impedía levantarse y ponerse en acción para realizar su venganza!

» Hizo que le apartaran de la escena de su miseria y su pérdida, llevándole a una residencia tranquila junto al mar; no con la esperanza de recobrar su paz de ánimo ni su felicidad, pues ambas cosas habían huido para siempre, sino para restaurar sus energías decaídas y meditar sobre su objetivo predilecto. Y aquí, algún espíritu malo le puso en su camino la oportunidad para su primera y más horrible venganza.

» Era verano; envuelto en sus sombríos pensamientos, él solía salir de su solitario alojamiento al atardecer y, paseando por un estrecho sendero junto a los acantilados, llegaba a un lugar salvaje y solitario que había impresionado su sensibilidad en sus vagabundeos, y se sentaba en algún fragmento de roca desprendida; allí, metiendo la cara entre las manos, permanecía horas y horas, a veces hasta que la noche se cerraba por completo, y las largas sombras de las escolleras, como ceños fruncidos sobre su cabeza, lanzaban una oscuridad densa y negra sobre todos los objetos que le rodeaban.

» Allí estaba sentado un tranquilo atardecer, en su acostumbrada posición, levantando de vez en cuando la cabeza para observar el vuelo de una gaviota, o dejando ir sus miradas por el glorioso sendero escarlata que, comenzando en el centro del océano, parecía llevar hasta su mismo borde, donde el sol se ponía, cuando el profundo silencio del lugar quedó roto por un sonoro grito que pedía auxilio; escuchó, con dudas de si había oído bien, hasta que el grito se repitió con mayor vehemencia que antes, y entonces, poniéndose de pie, se apresuró a acudir en la dirección de donde procedía.

» Enseguida se vio lo que pasaba: había unas ropas dispersas en la playa; una cabeza humana se veía apenas entre las olas, a poca distancia de la orilla; y un viejo, retorciendo las manos angustiosamente, corría de un lado para otro y lanzaba gritos de auxilio. El convaleciente, cuya fuerza ya estaba bastante

restaurada, se quitó la casaca y se apresuró hacia el mar, con intención de zambullirse y sacar a la orilla al que se ahogaba.

» —¡Apresúrese, señor, en nombre de Dios; socorro, socorro, por amor del cielo! Es mi hijo, mi único hijo —dijo el viejo, frenético, adelantándose a su encuentro—. ¡Mi único hijo, y se va a morir ante los ojos de su padre!

» En cuanto el viejo empezó a hablar, el recién llegado se detuvo en su carrera y, cruzando los brazos, se quedó perfectamente inmóvil.

» —¡Dios mío! —exclamó el viejo, retrocediendo—. ¡Heyling!

» El recién llegado sonrió, y quedó callado.

» —¡Heyling! —dijo el viejo, agitado—; es mi hijo, Heyling, mi hijo querido, mire, mire.

» Jadeando, el pobre padre señalaba el lugar donde el joven luchaba por salvar la vida.

» —¡Oiga! —dijo el viejo—. Grita otra vez. Todavía está vivo. ¡Heyling, sálvele, sálvele!

» El recién llegado volvió a sonreír, y se quedó inmóvil como una estatua.

» —Le he ofendido —gritó el viejo, cayendo de rodillas y juntando las manos —. Vénguese; quíteme la vida, todo; écheme al agua ante sus pies y, si la naturaleza humana puede evitar resistirse, moriré sin mover pie ni mano. ¡Hágalo, Heyling, hágalo, pero salve a mi hijo! ¡Es tan joven! ¡Heyling, es tan joven para morir!

» —Escuche —dijo el otro, agarrando ferozmente por la muñeca la mano del viejo—: quiero tener vida por vida, y aquí hay una. Mi hijo murió, ante los ojos de su madre, con una muerte más angustiosa y penosa de la que es digno de recibir, mientras hablo, ese joven asesino de su hermana. Usted se rió… se rió en la cara de su hija, donde la muerte ya había puesto su mano… se rió entonces de nuestros sufrimientos. ¿Qué piensa ahora de eso? ¡Vea, vea!

» Al decir esto, el recién llegado señaló al mar. Un leve grito se extinguió en su superficie; el último esfuerzo enérgico del que se ahogaba agitó las aguas onduladas por unos momentos; y no se pudo distinguir más, entre el agua circundante, el lugar donde había bajado a su prematura tumba.

» Habían pasado tres años, cuando un caballero descendió de un vehículo particular a la puerta de un abogado de Londres, entonces bien conocido como hombre de poco escrúpulo en sus actividades profesionales, y solicitó una entrevista privada para un asunto de importancia. Aunque evidentemente no había pasado de la juventud, su rostro era pálido, huraño, decaído; y no se necesitaba la aguda percepción del hombre de negocios para discernir enseguida que la enfermedad o el sufrimiento habían cambiado en su aspecto más de lo que podría haber hecho la simple mano del tiempo en el doble de tiempo que su vida entera.

» —Quiero que se haga cargo de unos asuntos legales en mi nombre —dijo el

desconocido.

» El abogado se inclinó obsequioso y lanzó una mirada a un gran paquete que llevaba consigo aquel caballero. Su visitante observó la mirada y continuó:

» —No es un asunto corriente —dijo—, y estos papeles no han llegado a mis manos sin prolongadas molestias y muchos gastos.

» El abogado lanzó otra mirada, aún más ávida, hacia el paquete, y su visitante, desatando la cuerda que lo ataba, mostró una gran cantidad de recibos, letras, copias y otros documentos.

» —Según estos documentos —dijo el cliente—, el hombre cuya firma llevan ha pedido grandes sumas de dinero en los últimos años. Había un acuerdo tácito entre él y las personas en cuyas manos originariamente estaban (y a quienes les he comprado estos papeles, poco a poco, por el triple y el cuádruple de su valor nominal) de que estos préstamos se renovarían de vez en cuando hasta que transcurriera un periodo dado. Tal acuerdo no se expresa en ningún sitio. Él, últimamente, ha tenido grandes pérdidas; y estos compromisos, acumulándose sobre él de repente, le dejarían aplastado.

» —El total asciende a varios miles de libras —dijo el abogado, examinando los documentos.

» —Así es —dijo el cliente.

» —¿Qué tenemos que hacer? —preguntó el hombre de negocios.

» —¿Qué? —respondió el cliente con súbita vehemencia—. Aplicar toda la máquina de la ley, todos los trucos que pueda trazar el ingenio y realizar la astucia; por medios buenos o malos; con toda la presión de la ley, ayudada por toda la habilidad de sus más ingeniosos profesionales. Quiero que muera con una muerte lenta y enloquecedora. Arruínele, quítele todas sus tierras y bienes, échele de casa en casa, y déjele hecho un mendigo en su vejez, para que muera en la peor cárcel.

» —Pero ¿y las costas, señor mío, y las costas de todo esto? —razonó el abogado cuando se recobró de su momentánea sorpresa—. Si el demandado es insolvente, ¿quién va a pagar las costas?

» —Diga cualquier suma —dijo el desconocido, con la mano tan temblorosa de excitación que apenas podía sostener la pluma mientras hablaba—; diga cualquier suma, y es suya. No consideraré que es caro, si consigue mi objetivo.

» El abogado dijo una fuerte suma, al azar, como adelanto que necesitaba para cubrirse contra la posibilidad de pérdida, pero más con intención de comprobar hasta dónde estaba dispuesto a llegar su cliente que con la idea de que podría realizar su petición. El visitante firmó un cheque contra su banquero por esa cantidad, y le dejó.

» El cheque fue pagado, y el abogado, encontrando que se podía confiar tranquilamente en su cliente, empezó su trabajo en serio. Durante más de dos años después de esto, el señor Heyling pasaba días enteros en el despacho,

examinando los papeles a medida que se acumulaban y leyendo una vez y otra, con los ojos resplandecientes de alegría, las cartas de súplica, los ruegos de una pequeña dilación, las exposiciones de cómo la parte opuesta quedaría arruinada, todo lo cual empezó a afluir en cuanto se empezaron pleito tras pleito y proceso tras proceso. A todas las peticiones de una breve demora, no había más que una sola respuesta: había que pagar el dinero. Tierra, casa, muebles, cada cosa en su momento, todo fue embargado en alguna de las numerosas ejecuciones que tuvieron lugar; y el propio viejo habría sido encerrado en la prisión si no se hubiera escapado, burlando la vigilancia de los funcionarios de la justicia.

» La implacable animosidad de Heyling, lejos de satisfacerse con el éxito de su persecución, se aumentó cien veces con la ruina que infligía. Al ser informado de la huida del viejo, su furor no tuvo límites. Rechinó los dientes de cólera, se tiró de los pelos e insultó con horribles imprecaciones a los hombres a quienes se había confiado el escrito de detención. Solo se calmó relativamente cuando le aseguraron de modo insistente que se descubriría al fugitivo con toda certeza.

» Se enviaron agentes en busca de él por todas las direcciones; se recurrió a todas las estratagemas que se pudo inventar con el fin de descubrir su lugar de ocultamiento; pero todo fue en vano. Había pasado medio año, y todavía no le habían descubierto.

» Por fin, a altas horas de una noche, Heyling, que no se había dejado ver desde hacía unas semanas, apareció en el domicilio particular de su abogado y envió recado de que un caballero deseaba verle al instante.

» Antes de que el abogado, que había reconocido su voz desde lo alto de las escaleras, pudiera encargar al criado que le hiciera entrar, él se había precipitado por las escaleras arriba, entrando en la sala rápido y sin aliento. Después de cerrar la puerta para que no le oyeran, se desplomó en una butaca y dijo en voz baja:

» —¡Chist! Por fin le he encontrado.

» —¡No! —dijo el abogado—. Muy bien, señor, muy bien hecho.

» —Está escondido en un alojamiento miserable en Camden Town —dijo Heyling—. Quizá ha sido mejor que le perdiéramos de vista, pues ha vivido solo allí, en la más abyecta miseria, todo este tiempo, y es pobre… muy pobre.

» —Muy bien —dijo el abogado—. ¿Quiere que le detengan mañana, por supuesto?

» —Sí —respondió Heyling—. Pero espere, ¡no! Pasado mañana. Le extrañará que desee aplazarlo —añadió con una sonrisa horrible—, pero se me había olvidado que pasado mañana se cumple un aniversario en su vida: entonces es cuando hay que hacerlo.

» —Muy bien —dijo el abogado—. ¿Quiere dejar escritas las instrucciones para el alguacil?

» —No; que venga a buscarme aquí, a las ocho de la noche, y yo le

acompañaré al sitio.

» Se reunieron en la noche convenida y, alquilando un coche, dijeron al conductor que se detuviera en la esquina de la antigua Pancras Road en que está el asilo parroquial.

Cuando llegaron allí, ya estaba muy oscuro; y, avanzando junto al muro sin ventanas frente al Hospital Veterinario, entraron por una pequeña bocacalle que se llama, o se llamaba entonces, calle Little College, y que, sea ahora lo que sea, entonces era un sitio desolado, rodeado por poco más que campos y pantanos.

» Encajándose hasta la mitad de la cara el gorro de viaje que llevaba, y embozándose en la capa, Heyling se detuvo ante la casa de peor aspecto de toda la calle y llamó suavemente a la puerta. Abrió enseguida una mujer, que hizo una reverencia, como reconociéndole, y Heyling, susurrando al alguacil que se quedara abajo, subió silenciosamente por las escaleras y, abriendo la puerta del cuarto de arriba, entró sin más.

» El objeto de su búsqueda y de su inexorable animosidad, ahora un viejo decrépito, estaba sentado ante una mesa de pino desnuda en la que ardía una vela miserable. Se sobresaltó al ver entrar al desconocido, y se puso en pie débilmente.

» —¿Qué pasa, qué pasa? —dijo el viejo—. ¿Qué nueva miseria es esta? ¿Qué desea usted aquí?

» —Una palabra con usted —respondió Heyling.

» Y diciendo esto, se sentó al otro lado de la mesa y, quitándose el sombrero y la capa, mostró su fisonomía.

» El viejo pareció quedar sin habla al instante. Se desplomó hacia atrás en la silla y, apretando las manos, se quedó mirando la aparición con mezcla de horror y temor.

» —Hoy hace seis años —dijo Heyling— que reclamé la vida que me debía por la de mi hijo. Junto al cadáver de su hija, viejo, juré vivir una vida de venganza. Nunca me he apartado un momento de mi propósito, ni por un instante; pero aunque hubiera sido así, el acordarme alguna vez de su rostro paciente y sin quejas cuando sucumbió, o la cara de nuestro niño inocente, que murió de hambre, me habría dado ánimos para mi tarea. Mi primer acto de compensación ya lo recuerda bien; este es el último.

» El viejo temblaba, y sus manos cayeron inermes.

» —Me voy mañana de Inglaterra —dijo Heyling después de una breve pausa—. Esta noche le entrego a la muerte en vida a que usted la entregó a ella… una prisión sin esperanza…

» Levantó los ojos hasta el rostro del viejo, y se detuvo. Acercó la vela a sus ojos, la volvió a dejar suavemente, y se fue de la habitación.

» —Debería ir a ver al viejo —dijo a la mujer al abrir la puerta de la calle, haciendo un gesto al alguacil para que le siguiera a la calle—. Creo que está mal.

» La mujer cerró la puerta, corrió apresuradamente escaleras arriba, y le encontró sin vida.

» Bajo una lápida sin inscripción, en uno de los cementerios más pacíficos y apartados de Kent, donde las flores silvestres se mezclan con la hierba y el suave paisaje en torno forma el lugar más hermoso del jardín de Inglaterra, yacen los huesos de la joven madre y su niñito. Pero las cenizas del padre no están mezcladas con las suyas; y, desde aquella noche, el abogado jamás volvió a tener la más remota pista sobre la continuación de la historia de su extraño cliente.»

El viejo, al terminar su relato, se acercó a una percha de un rincón y, descolgando su sombrero y su abrigo, se los puso con gran deliberación, tras de lo cual, sin decir una palabra más, se marchó lentamente. Como el de los gemelos de mosaico se había quedado dormido, y la mayor parte del grupo estaba profundamente ocupada en el regocijante proceso de echarle gotas de la grasa fundida de las velas en su vaso de aguardiente con agua, el señor Pickwick se marchó inadvertido y, después de pagar su cuenta y la de Sam, salió, en compañía de este, por el pórtico de A la Urraca y el Tocón.

XXII

EL SEÑOR PICKWICK HACE UN VIAJE A IPSWICH Y TIENE UNA AVENTURA ROMÁNTICA CON UNA SEÑORA DE CIERTA EDAD, CON RIZADORES AMARILLOS

—¿Es ese el equipaje de tu jefe, Sammy? —preguntó el señor Weller a su cariñoso hijo al entrar este en el patio de Al Toro, Whitechapel, con una maleta y un pequeño maletín.

—Podría *usté* no haber *acertao* tanto, viejo —respondió Weller el joven, dejando su carga en el suelo y sentándose luego sobre él—. El jefe en persona llegará enseguida.

—¿Vendrá en un coche de punto, supongo? —dijo el padre.

—Sí, está tomando dos millas de peligro por ocho peniques —respondió el hijo—. ¿Cómo está la madrastra esta mañana?

—Rara, Sammy, rara —respondió el viejo Weller con impresionante gravedad—; últimamente se está volviendo bastante de los metodistas,[34] Sammy; y desde luego, se ha puesto extraordinariamente piadosa. Es una criatura demasiado buena *pa* mí, Sammy. Me doy cuenta de que no me la merezco.

—Ah —dijo Samuel—, es una gran abnegación por parte de *usté*.

—Mucho —respondió el padre con un suspiro—. Ahora está con una invención *pa* que nazca otra vez la gente mayor, Sammy; el nuevo nacimiento, creo que lo llama. Me gustaría mucho ver a tu madrastra naciendo otra vez: ¡la pondría con un ama!

» ¿Qué te imaginas que se pusieron a hacer esas mujeres el otro día? —continuó Weller padre, tras una breve pausa en que se golpeó significativamente un lado de la nariz con el índice, una media docena de veces—; ¿qué te imaginas que hicieron el otro día, Sammy?

—No sé —respondió Sam—. ¿Qué?

—Pues fueron y armaron un gran té *pa* un tío que llaman su pastor —dijo Weller padre—; yo estaba mirando la tienda de estampas que hay al *lao* de nuestra casa, cuando veo un letrerito, « Billetes, media corona. Dirigirse a la Secretaria del Comité, señora Weller» , y cuando llegué a casa, estaba el comité sentado en nuestra sala. Catorce mujeres; me gustaría que las hubieras oído, Sammy. Allí estaban, aprobando decisiones, y votando peticiones, y *toos* esos juegos. Bueno, pues con tu madrastra sin dejarme en paz *pa* que fuera, y con mis ganas de ver algo raro, voy y me apunto *pa* un billete: el viernes a las seis me visto muy elegante, y allá que voy con la vieja; y subimos a un primer piso donde había cosas de té para treinta, y un montón de mujeres que empiezan a cuchichear y a mirarme como si nunca hubieran visto a un señor gordo de

cincuenta y ocho años. Poco a poco, se arma mucho ruido abajo, y sube corriendo un tío flaco con nariz *colorá* y corbata blanca, y se pone a cantar « Aquí está el pastor que viene a visitar a su fiel rebaño» ; y entra un tío gordo, de negro, con cara grande y blanca, sonriendo *pa* un lado y *pa* otro, como un reloj. ¡Qué cosas pasaron, Sammy! « El beso de paz» , dice el pastor, y empieza a besar a *toas* las mujeres alrededor, y cuando termina, empieza el de la nariz *colorá*. Yo estaba pensando si tenía que empezar también: sobre *to*, porque a mi lado tenía una señora muy guapa; cuando en esto llega el té, y tu madrastra, que había estado hirviendo el agua abajo. Allá que fueron, con dientes y garras. ¡Qué precioso himno, Sammy, mientras se hacía el té; qué gracia *pa* comer y beber! Me gustaría que hubieras visto al pastor metiéndose con el jamón y los pasteles. Nunca he visto comer y beber a un tío así; nunca. Pues el de la nariz *colorá* no era de ninguna manera la clase de persona a quien te gustaría tener que dar de comer a contrata, pero no era *na* al lado del pastor. Bueno; cuando se acabó el té, cantaron otro himno, y luego el pastor empezó a predicar; y lo hizo muy bien, si se piensa lo que tenían que pesarle tantos pasteles en la tripa. Al fin, se levanta de pronto y aúlla: « ¿Dónde está el pecador, dónde está el mísero pecador?» . Y con eso, *toas* las mujeres me miraron y empezaron a gemir como si me muriera. Yo pensé que era un poco raro, pero no dije *na*, de *toas* maneras. Luego vuelve a levantarse, y mirándome muy fijo, dice: « ¿Dónde está el pecador, dónde está el mísero pecador?» , y *toas* las mujeres vuelven a gemir, diez veces más fuerte que antes. Yo me puse furioso con eso, así que doy un paso o dos *alante* y digo: « Amigo mío» , digo yo, « ¿se refería *usté* a mí con esa observación?» . Pues en vez de pedirme perdón como hubiera hecho cualquier caballero, se puso más insultante que antes: me llamó vaso, Sammy… un vaso de ira…[35] y *toa* clase de insultos. Así que, como ya se me había calentado la sangre, le di dos o tres a él, *pa* empezar, y luego otras dos o tres *pa* que se las pasara al de la nariz *colorá*, y me marché. Me habría gustado que oyeras cómo chillaban las mujeres, Sammy, cuando levantaron al pastor de debajo de la mesa… ¡Ea!, aquí está tu amo, de tamaño natural.

Mientras hablaba Weller padre, el señor Pickwick desmontó de un coche de punto y entró en el patio.

—Estupenda mañana, señor —dijo Weller padre.

—Estupenda, en efecto —respondió el señor Pickwick.

—Estupenda, en efecto —dijo, como un eco, un hombre pelirrojo con nariz inquisitiva y gafas verdes, que se había desempaquetado de un coche de punto en el mismo momento que el señor Pickwick—. ¿Va a Ipswich?

—Sí, señor —respondió el señor Pickwick.

—¡Qué extraordinaria coincidencia! Yo también.

El señor Pickwick hizo un saludo.

—¿Va en la imperial? —dijo el pelirrojo.

El señor Pickwick se inclinó.

—¡Válgame Dios, qué curioso! Yo también voy en la imperial —dijo el pelirrojo—; evidentemente, vamos a ir juntos.

Y el pelirrojo, que era un personaje de aire importante, de nariz aguda y de tono misterioso, con una costumbre de pájaro de darle una sacudida a la cabeza cada vez que decía algo, sonrió como si hubiera hecho uno de los más extraños descubrimientos que jamás han entrado en el destino de la sabiduría humana.

—Me alegra la perspectiva de tener su compañía —dijo el señor Pickwick.

—Ah —dijo el otro—, es bueno para los dos, ¿no? La compañía, ya sabe usted… la compañía… es… es… es una cosa muy diferente de la soledad, ¿no?

—No hay modo de negar eso —dijo Sam, uniéndose a la conversación con una sonrisa afable—; eso es lo que yo llamo una afirmación evidente, como dijo el que traía la comida *pa* los perros cuando la criada le dijo que no era un caballero.

—Ah —dijo el pelirrojo, inspeccionando a Sam Weller de pies a cabeza con aire altanero—. ¿Es un amigo de usted?

—No es precisamente un amigo —respondió el señor Pickwick en voz baja—. En realidad es mi criado, pero le permito que se tome muchas libertades; pues, entre nosotros, me lisonjeo de pensar que es un hombre original, y estoy bastante orgulloso de él.

—Ah —dijo el pelirrojo—, eso, ya sabe usted, es cuestión de gustos. A mí no me gusta nada original; no me parece bien; no veo la necesidad. ¿Cómo se llama usted?

—Aquí tiene mi tarjeta —respondió el señor Pickwick, muy divertido por lo repentino de la pregunta y las maneras singulares del desconocido.

—Ah —dijo el pelirrojo, poniendo la tarjeta en su cartera—; Pickwick, muy bien. Me gusta saber el nombre de los demás; ahorra muchas molestias. Aquí tiene mi tarjeta. Como verá, mi apellido es Magnus… Creo que es un apellido bastante bueno.

—Excelente, desde luego —dijo el señor Pickwick, totalmente incapaz de contener una sonrisa.

—Sí, creo que sí —continuó el señor Magnus—; y también observará que lleva por delante un buen nombre de pila. Permítame: si pone la tarjeta inclinada, así, recibirá la luz en los perfiles gruesos. Vea: Peter Magnus; suena muy bien, me parece.

—Mucho —dijo el señor Pickwick.

—Hay una curiosa circunstancia en mis iniciales —dijo el señor Peter Magnus—. Ya lo verá: P. M.,[36] «post meridiem», «tarde». En cartas apresuradas a amistades íntimas, a veces firmo «Tarde». A mis amigos les

divierte mucho, señor Pickwick.

—Como si estuviera calculado para proporcionarles la mayor satisfacción, diría yo —dijo el señor Pickwick, envidiando mucho la facilidad con que se divertían los amigos del señor Peter Magnus.

—Bueno, señores —dijo el posadero—, el coche está preparado, si les parece bien.

—¿Está dentro mi equipaje? —preguntó el señor Magnus.

—Todo está.

—¿Está la maleta roja?

—Está, señor.

—¿Y la maleta a rayas?

—En la caja de delante.

—¿Y el paquete de papel de estraza?

—Debajo del asiento.

—¿Y la sombrerera de cuero?

—Todo está dentro.

—Bueno, ¿sube usted entonces? —dijo el señor Pickwick.

—Excúseme —respondió el señor Magnus con el pie apoyado en la rueda—. Excúseme, señor Pickwick. No puedo consentir en subir en este estado de incertidumbre. Estoy completamente convencido, por el modo de decirlo este hombre, de que la sombrerera de cuero no está dentro.

Siendo totalmente inútiles las solemnes protestas del posadero, no hubo más remedio que extraer la sombrerera de cuero de lo más hondo de la caja donde se había puesto a salvo; pero el señor Magnus, tras de haber quedado asegurado de este punto, sintió un solemne presentimiento, primero, de que se había perdido la maleta roja; luego, de que la maleta a rayas había sido robada y, por último, de que el paquete de papel de estraza se había desatado. Por fin, una vez que recibió demostración ocular del carácter infundado de todas y cada una de estas sospechas, consintió en subir a la imperial del coche, observando que, ahora que se lo había quitado todo de la imaginación, se sentía muy cómodo y feliz.

—¿Es usted propenso al nerviosismo? —preguntó el señor Weller padre, mirando de soslayo al señor Magnus cuando subió a su asiento.

—Sí, siempre lo soy un poco en estas cosas —dijo él—, pero ahora estoy muy bien, perfectamente.

—Bueno, es una suerte —dijo el señor Weller padre—. Sammy, ayuda a tu amo a subir al pescante; la otra pierna, señor, eso es; denos la mano. Arriba va. Usted pesaría menos cuando era joven, ¿no?

—Eso es verdad, señor Weller —dijo el señor Pickwick, sin aliento y de buen humor, al tomar asiento a su lado en el pescante.

—Salta delante, Sammy —dijo el señor Weller—. Ea, William, suelta los caballos. Cuidado con el arco de la salida, señores. ¡Las cabezas! Está bien,

William, déjalos solos.

Y allá fue el coche por Whitechapel arriba, para admiración de todos los habitantes de ese barrio tan densamente poblado.

—No es un barrio de vecindad muy agradable, señor —dijo Sam, con el toque al sombrero que siempre precedía a su entrada en conversación con su amo.

—No lo es, desde luego, Sam —respondió el señor Pickwick, pasando revista a la tumultuosa y sucia calle que recorrían.

—Es una circunstancia muy notable —dijo Sam— que la pobreza y las ostras siempre parecen ir juntas.

—No te entiendo, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Quiero decir, señor —dijo Sam—, que cuanto más pobre es un sitio, mayor demanda parece haber de ostras. Mire ahí, señor; hay un puesto de ostras cada media docena de casas. Están *toos* seguidos por la calle. Estoy seguro de que cuando uno es muy pobre, sale corriendo de su casa a comer ostras de pura desesperación.

—Claro que sí —dijo Weller padre—; y eso mismo pasa con el salmón en escabeche.

—Son dos hechos muy notables que nunca había advertido —dijo el señor Pickwick—; los anotaré en el primer sitio en que nos paremos.

Por entonces, habían alcanzado la barrera de Mile End; un profundo silencio prevaleció hasta que llegaron dos o tres millas más allá, cuando el señor Weller padre, volviéndose de repente al señor Pickwick, dijo:

—Es una vida extraña, la del barrera.

—¿Del qué? —dijo el señor Pickwick.

—El barrera.

—¿Qué quiere decir con el barrera? —preguntó el señor Peter Magnus.

—El viejo quiere decir el guardabarrera,[37] señores —observó Sam, explicando.

—Ah, ya entiendo —dijo el señor Pickwick—; sí, es una vida muy curiosa. Muy incómoda.

—Todos ellos son hombres que han tenido algún desengaño en la vida —dijo Weller padre.

—¿Cómo, cómo? —dijo el señor Pickwick.

—Sí. A consecuencia de eso, se retiran del mundo y se encierran en las casetas; en parte, con intención de estar solitarios, y en parte, para vengarse de la humanidad cobrándole el paso.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Pickwick—. Nunca lo había oído decir.

—La *verdá* es —dijo Weller padre— que si fueran señores, se les llamaría misántropos, pero *pa* lo que son, no pueden ser más que guardabarreras.

Con tal conversación, que poseía el encanto inestimable de unir la diversión a

la enseñanza, el señor Weller distrajo el tedio del viaje durante la mayor parte del día. No faltaron temas de conversación, pues cuando se abría alguna pausa en la locuacidad del señor Weller, quedaba abundantemente colmada por el deseo que manifestaba el señor Magnus de conocer toda la historia personal de sus compañeros de viaje, y por su preocupación, audiblemente expresada en cada etapa, sobre la seguridad y bienestar de las dos maletas, la sombrerera de cuero y el paquete de papel de estraza.

En la calle mayor de Ipswich, a mano izquierda del camino, a breve distancia después de pasar por el espacio abierto enfrente del Ayuntamiento, hay una posada conocida en todas partes con la denominación de Al Gran Caballo Blanco, y hecha más visible por una estatua de piedra de algún animal rampante, con cola y melena al viento, lejanamente parecido a un caballo de tiro en estado de locura y puesto encima de la puerta principal. Al Gran Caballo Blanco es famoso en las inmediaciones por la misma razón que lo es un buey premiado, o un nabo del que se habla en las crónicas de los periódicos de la provincia, o un cerdo colosal: por su tamaño desmesurado. Nunca hubo tales laberintos de pasillos sin esterar, tales dédalos de habitaciones mohosas y mal iluminadas, tal número de pequeñas cuevas para comer o dormir, bajo un solo techo, como los que se reúnen entre las cuatro paredes de Al Gran Caballo Blanco de Ipswich.

A la puerta de esta desmesurada posada se detenía la diligencia de Londres, todas las tardes, a la misma hora; y de esa misma diligencia londinense descendieron el señor Pickwick, Sam Weller y el señor Peter Magnus en la tarde determinada a que hace alusión nuestra historia.

—¿Paran ustedes aquí? —preguntó el señor Peter Magnus una vez que estuvieron depositadas en la entrada la maleta a rayas, la maleta roja, el paquete de estraza y la sombrerera de cuero—. ¿Paran aquí?

—Sí —dijo el señor Pickwick.

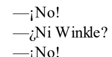
—¡Válgame Dios! —dijo el señor Magnus—. Nunca he visto nada como estas coincidencias extraordinarias. Yo también paro aquí. Espero que cenaremos juntos.

—Con mucho gusto —respondió el señor Pickwick—; pero no estoy seguro de si tengo o no unos amigos aquí. Camarero, ¿hay aquí un señor que se llama Tupman?

Un hombre corpulento, con una servilleta de quince días bajo el brazo y medias coetáneas en las piernas, desistió lentamente de su tarea de mirar fijamente al extremo de la calle cuando el señor Pickwick le hizo esa pregunta; y, después de haber inspeccionado detalladamente el aspecto de este señor, desde la copa del sombrero hasta el último botón de sus polainas, replicó enfáticamente:

—¡No!

—¿Ni tampoco un señor que se llama Snodgrass? —preguntó el señor Pickwick.


—¡No!

—¿Ni Winkle?

—¡No!

—Mis amigos no han llegado hoy —dijo el señor Pickwick—. Entonces, cenaremos solos, señor Magnus. Llévenos a una salita reservada, camarero.

Al proferirse esta petición, el hombre corpulento condescendió a ordenar al limpiabotas que entrara el equipaje de los señores; y precediéndoles por un largo y oscuro pasillo, les introdujo en una habitación grande y mal amueblada, con una chimenea sucia en que un pequeño fuego hacía un mísero intento de parecer alegre, pero se hundía rápidamente bajo la influencia desalentadora de aquel lugar. Transcurrida una hora, se sirvió a los viajeros un poco de pescado y un filete, y, retirada la cena, el señor Pickwick y el señor Magnus acercaron sus asientos al fuego y, después de pedir, por el bien de la casa, una botella del peor Oporto posible, al mayor precio posible, bebieron aguardiente con agua, por su propio bien.

El señor Peter Magnus era, por naturaleza, de inclinación muy comunicativa, y el aguardiente con agua obró con admirable eficacia, dando calor y vida a los secretos más profundamente ocultos en su pecho. Tras de diversas noticias sobre sí mismo, su familia, sus relaciones, sus amigos, sus bromas, sus asuntos y sus hermanos (la mayor parte de los hombres charlatanes tienen mucho que decir sobre sus hermanos), el señor Peter Magnus observó durante varios minutos al señor Pickwick a través de sus gafas ahumadas, y luego dijo con aire modesto:

—¿Y qué se imagina… qué cree usted, señor Pickwick… para qué he venido?

—Palabra —dijo el señor Pickwick— que me es imposible adivinarlo; para algún negocio, quizá.

—Acierta en parte —respondió el señor Magnus—, pero a la vez en parte se equivoca; vuelva a probar, señor Pickwick.

—Realmente —dijo el señor Pickwick—, me tengo que dar por vencido, y usted me lo dirá o no, según prefiera, porque no lo adivinaría aunque lo intentara toda la noche.

—Bueno, entonces… ¡je, je, je! —dijo el señor Magnus, con una risita ruborosa—, ¿qué pensaría usted, señor Pickwick, si hubiera venido a hacer una propuesta de matrimonio, eh? ¡Je, je, je!

—¡Qué tontería! Pues que lo probable es que tuviera éxito —respondió el señor Pickwick, con una de sus sonrisas fulgurantes.

—¡Ah! —dijo el señor Magnus—. Pero ¿lo cree de veras, señor Pickwick? ¿Lo cree así?

—Claro que sí —dijo el señor Pickwick.

—No, no, estará bromeando.

—De ninguna manera.

—Bueno —dijo el señor Magnus—, entonces le voy a confiar un pequeño

secreto: yo también pienso eso mismo. Y no me importa decirle, señor Pickwick, aunque soy muy celoso por naturaleza, terriblemente, que la dama en cuestión está en esta casa.

Aquí, el señor Magnus se quitó las gafas con el propósito de guiñarle un ojo, y luego se las puso otra vez.

—Por eso no hacía más que salir del cuarto a cada momento antes de cenar —dijo el señor Pickwick con malicia.

—¡Chist! Sí, tiene razón; pero no soy tan loco como para verla.

—¿No?

—No; no sería adecuado, ya comprende usted, recién llegado de viaje. Esperar a mañana: las probabilidades serán dobles. Señor Pickwick, traigo un traje en esa maleta, y un sombrero en esa sombrerera, que, por el efecto que espero que producirán, son inestimables para mí.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick.

—Sí; ya habrá observado hoy mi preocupación por ellas. No creo que se pudiese comprar otro traje semejante ni otro sombrero así por ningún dinero, señor Pickwick.

El señor Pickwick felicitó por su adquisición al afortunado poseedor de esas prendas irresistibles; y el señor Peter Magnus quedó unos momentos absorto, al parecer, en meditación.

—Es una hermosa criatura —dijo el señor Magnus.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick.

—Mucho —dijo el señor Magnus—, mucho. Vive a unas veinte millas de aquí, señor Pickwick. He sabido que estaría aquí esta noche, y mañana, durante toda la mañana, y he venido a aprovechar la oportunidad. Creo que una posada es un buen sitio para proponer el matrimonio a una mujer sola, señor Pickwick. Es probable que sienta más lo solitario de su situación durante el viaje, quizá, que estando en casa. ¿Qué cree usted, señor Pickwick?

—Creo que es muy probable —respondió ese caballero.

—Me excusará, señor Pickwick —dijo el señor Magnus—, pero soy bastante curioso por naturaleza; ¿usted a qué ha venido aquí?

—Para un asunto mucho menos agradable —respondió el señor Pickwick, enrojeciendo al recordarlo—; he venido aquí a denunciar la falsía y traición de una persona en cuyo honor y sinceridad situé implícitamente mi confianza.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Magnus—; es muy desagradable. ¿Es una mujer, supongo? ¿Eh? ¡Ah!, ¡pérfida, pérfida! Pero, señor Pickwick, no querría herir sus sentimientos por nada del mundo. Estos son asuntos muy dolorosos, muy dolorosos. No se preocupe por mí, señor Pickwick, si quiere desahogar sus sentimientos. Ya sé lo que es ser engañado; yo he sufrido eso mismo tres o cuatro veces.

—Le agradezco mucho su condolencia por lo que usted imagina que es mi

triste caso —dijo el señor Pickwick, dando cuerda a su reloj y dejándolo en la mesa—, pero…

—No, no —dijo el señor Magnus—, ni una palabra más; es un tema doloroso, ya lo sé, ya lo sé. ¿Qué hora es, señor Pickwick?

—Más de las doce.

—¡Válgame Dios! Ya es hora de acostarse. No está bien que me quede aquí. Mañana estaría pálido, señor Pickwick.

Solo de pensar en tal calamidad, el señor Magnus tocó la campanilla para que viniera la criada; y una vez que se trasladaron a su alcoba la maleta a rayas, la maleta roja, la sombrerera de cuero y el paquete de estraza, se retiró, en compañía de una palmatoria esmaltada, por un lado de la casa, mientras el señor Pickwick y otra palmatoria esmaltada eran conducidos al lado opuesto, a través de una multitud de recovecos tortuosos.

—Este es su cuarto —dijo la criada.

—Muy bien —dijo el señor Pickwick mirando alrededor.

Era un cuarto bastante grande, con dos camas y con el fuego encendido; en conjunto, una habitación de aspecto más agradable de cuanto le había llevado a esperar al señor Pickwick su breve experiencia sobre las comodidades de Al Gran Caballo Blanco.

—Por supuesto, nadie dormirá en la otra cama —dijo el señor Pickwick.

—Oh, no, señor.

—Muy bien. Diga a mi criado que me suba agua caliente mañana a las ocho y media, y que ya no le necesito más esta noche.

—Sí, señor. —Y, dando las buenas noches al señor Pickwick, la criada se retiró, dejándole solo.

El señor Pickwick se sentó en una silla junto al fuego y cayó en una sucesión de meditaciones vagabundas. Primero pensó en sus amigos y se preguntó cuándo se reunirían con él; luego su mente se dirigió a la señora Martha Bardell, y desde esta señora, por un proceso natural, pasó al destartalado despacho de Dodson y Fogg. De Dodson y Fogg salió por la tangente hasta el mismo centro de la historia del extraño cliente; y luego volvió a Al Gran Caballo Blanco de Ipswich, con suficiente claridad como para convencer al señor Pickwick de que se estaba quedando dormido. Entonces se levantó y empezó a desnudarse, cuando en esto recordó que había dejado el reloj en la mesa de abajo.

Ahora bien, el señor Pickwick tenía especial cariño a su reloj, por haberlo llevado, a la sombra de su chaleco, durante un número de años mayor de lo que nos sentimos obligados a declarar en este momento. Jamás había cabido en la cabeza del señor Pickwick la posibilidad de dormirse sin tener su suave tictac bajo la almohada o en la relojera, sobre la cabeza. Así que, como ya era muy tarde, y no tenía deseos de tocar la campanilla a tales horas de la noche, se puso la ropa que se acababa de quitar y, tomando la palmatoria esmaltada, bajó

silenciosamente por las escaleras.

Cuanto más bajaba, más escaleras parecían quedar por bajar, y una vez y otra, cuando el señor Pickwick se metía por un pasillo estrecho, empezando a felicitarse por haber llegado al piso bajo, otro tramo de escaleras aparecía ante sus ojos. Por fin llegó a una entrada revestida de piedra, que recordaba haber visto al llegar a la casa. Exploró un pasillo tras otro; se asomó a un cuarto tras otro; por fin, cuando ya estaba a punto de renunciar a su búsqueda, desesperado, abrió la puerta de la misma sala donde había cenado y vio en la mesa el objeto que le faltaba.

El señor Pickwick agarró triunfalmente el reloj y empezó a volver sobre sus pasos hacia la alcoba. Si su descenso había estado acompañado de dificultades e incertidumbres, su viaje de regreso fue infinitamente más desconcertante. Filas de puertas, decoradas con calzado de todas las formas, marcas y tamaños, se ramificaban en todas las direcciones posibles. Una docena de veces hizo girar suavemente el pestillo de la puerta de una alcoba que parecía la suya, cuando un malhumorado grito de «¿Quién demonios es?» o «¿Qué quiere aquí?» le hizo retirarse de puntillas con la más admirable rapidez. Estaba al borde de la desesperación, cuando una puerta abierta atrajo su atención. Se asomó a mirar. ¡Por fin había acertado! Había dos camas, cuya posición recordaba perfectamente, y el fuego, todavía encendido. Su vela, que no era muy larga cuando se la dieron, se había ido gastando con tantas corrientes de aire como había atravesado, y en el momento en que cerró la puerta, se hundió en su agujero. «No importa —pensó el señor Pickwick—; me puedo desnudar igual a la luz del fuego.»

Las camas, con sus cortinas, estaban una a cada lado de la puerta, y en el lado interior de cada una de ellas, hacia la pared, quedaba un estrecho corredor que terminaba en una silla de paja, con la anchura exacta para que una persona entrara o saliera de la cama por ese lado si lo deseaba. Extendiendo cuidadosamente las cortinas de su cama por fuera, el señor Pickwick se sentó en la silla de paja y se despojó lentamente de los zapatos y polainas. Luego se quitó y dobló la levita, chaleco y corbata, y sacando despacio su gorro de dormir con borla, lo encajó firmemente en la cabeza, atando bajo la barbilla las cintas que siempre llevaba en esa prenda de vestir. En ese momento fue cuando comprendió lo absurdo de su reciente desconcierto. Echándose atrás en la silla de paja, el señor Pickwick se echó a reír tan cordialmente, que hubiera sido delicioso para cualquier hombre de mente bien ordenada observar las sonrisas que expansionaban sus amigables rasgos, destellando bajo el gorro de dormir.

—Es gracioso —se dijo el señor Pickwick, sonriendo casi hasta saltar las cintas del gorro de dormir—, es gracioso, haberme perdido aquí y dar vueltas por todas esas escaleras. Muy divertido, muy divertido.

Entonces el señor Pickwick volvió a sonreír, con una sonrisa más ancha que

antes, e iba a continuar desnudándose, con el mejor humor, cuando le detuvo repentinamente una interrupción inesperada: a saber, la entrada en el cuarto de una persona con una vela, que, después de cerrar la puerta, avanzó hacia el tocador y dejó allí la vela.

La sonrisa que vagaba por los rasgos del señor Pickwick se perdió al instante en un gesto de sorpresa ilimitada y atónita. La persona, quienquiera que fuese, había entrado tan de repente y con tan escaso ruido, que el señor Pickwick no había tenido tiempo de gritar ni de oponerse a su entrada. ¿Quién podía ser? ¿Un ladrón? Alguna persona de malas intenciones le había visto subir, quizá, con su hermoso reloj en la mano. ¿Qué iba a hacer?

El único modo como el señor Pickwick podía observar a su misterioso visitante era deslizándose sobre la cama y atisbando por entre las cortinas del otro lado. Por consiguiente, recurrió a esta maniobra. Sujetando bien cerradas las cortinas con la mano, de modo que no se le podía ver más que la cara y el gorro de dormir, y poniéndose los lentes, reunió todo su valor y miró.

El señor Pickwick casi se desmayó de horror y consternación. De pie ante el espejo del tocador había una señora de una edad mediana, con rizadores amarillos en el pelo, atareada en cepillarse lo que las señoras llaman « el moño» . De cualquier modo como la señora hubiera llegado, sin saber nada, a ese cuarto, estaba bien claro que proyectaba quedarse allí toda la noche; pues había traído consigo una lámpara para la noche con pantalla, que, con plausible precaución contra los incendios, había dejado en el suelo, en una palangana, donde centelleaba como un faro gigantesco en un mar diminuto.

« ¡Válgame Dios! —pensó el señor Pickwick—. ¡Qué cosa más terrible!»

—¡Ejem! —dijo la señora; y la cabeza del señor Pickwick desapareció con rapidez de autómata.

« Nunca me he encontrado en situación tan terrible como esta —pensó el pobre señor Pickwick, con el sudor frío cayéndole en gotas por el gorro de dormir —. Nunca. Es espantoso.»

Era imposible resistir al urgente deseo de ver lo que pasaba. De modo que la cabeza del señor Pickwick volvió a emerger. La perspectiva era peor que antes. La señora de edad mediana había terminado de arreglarse el pelo; se lo había envuelto cuidadosamente en un gorro de dormir de muselina, con borde de encaje, y contemplaba el fuego pensativa.

« Este asunto se está poniendo alarmante —razonó el señor Pickwick dentro de sí—; no puedo permitir que las cosas sigan de este modo. Por la tranquilidad de esta señora, está claro que me debo haber equivocado de cuarto. Si grito, alarmará la casa entera; pero si me quedo aquí, las consecuencias pueden ser aún más espantosas.»

El señor Pickwick, no hace falta decirlo, era uno de los más pudorosos y delicados seres mortales. La mera idea de exhibir su gorro de dormir ante una

señora le dejaba abrumado, pero había anudado aquellas malditas cintas de tal modo que, por más que hiciera, no se lo podía quitar. Había que presentarse. No había más que otro modo de hacerlo. Se metió detrás de las cortinas y, con gran ruido, hizo:

—¡Ejem… ejem!

Fue evidente que la señora se había sobresaltado ante ese ruido inesperado, porque se interpuso ante la pantalla de su lámpara; pero quedó igualmente claro que se debió convencer de que era efecto de su imaginación, pues cuando el señor Pickwick, pensando que se había desmayado de miedo, se aventuró a atisbar otra vez, ella miraba pensativamente el fuego, como antes.

«¡Qué mujer más extraordinaria es esta!», pensó el señor Pickwick, volviendo a meterse dentro.

—¡Ejem, ejem!

Estos últimos sonidos, parecidos a los que solía emitir el ogro del cuento para expresar su opinión de que era hora de poner la mesa, fueron demasiado perceptibles para volverse a tomar por obra de la fantasía.

—¡Dios mío! —dijo la señora de edad mediana—. ¿Qué es esto?

—Es… es… solamente un caballero, señora —dijo el señor Pickwick desde detrás de las cortinas.

—¡Un hombre! —dijo la señora con un terrible chillido.

«¡Ya empezamos!», pensó el señor Pickwick.

—¡Un hombre! —gritó la señora.

Un momento más y toda la casa se alarmaría. Se oían las ropas de la señora, apresurándose hacia la puerta.

—¡Señora! —dijo el señor Pickwick, sacando la cabeza en el extremo de su desesperación—. ¡Señora!

Ahora bien, aunque el señor Pickwick no iba movido por ningún objetivo definido al sacar la cabeza, ello produjo instantáneamente un buen efecto. La señora, como ya hemos indicado, estaba cerca de la puerta. Tenía que cruzarla para salir a la escalera, y no hay duda de que lo habría hecho ya para entonces, si la súbita aparición del gorro de dormir del señor Pickwick no la hubiera hecho retroceder al rincón más apartado de la habitación, donde se quedó mirando trastornada al señor Pickwick, mientras el señor Pickwick, a su vez, la miraba trastornado.

—Miserable —dijo la señora, tapándose los ojos con las manos—. ¿Qué quiere?

—Nada, señora; nada en absoluto, señora —dijo el señor Pickwick solemnemente.

—¡Nada! —dijo la señora, levantando los ojos.

—Nada, señora, palabra de honor —dijo el señor Pickwick, sacudiendo la cabeza con tanta energía que la borla de su gorro de dormir volvió a danzar—.

Casi estoy a punto de desvanecerme, señora, por la vergüenza de hablar a una dama con gorro de dormir —aquí la señora se quitó rápidamente el suyo—; pero no me lo puedo quitar, señora —aquí el señor Pickwick le dio un tirón tremendo, en prueba de su afirmación—. Es evidente, señora, que he confundido este cuarto con el mío. No llevaba aquí cinco minutos cuando usted entró de repente.

—Si esa historia inverosímil es verdadera, señor —dijo la señora, sollozando violentamente—, tiene que marcharse al instante.

—Enseguida, señora, con mucho gusto —respondió el señor Pickwick.

—Al momento —dijo la señora.

—Cómo no —dijo el señor Pickwick con toda rapidez—; cómo no, señora. Lo… lo siento mucho, señora —dijo el señor Pickwick, haciendo su aparición por los pies de la cama—; siento haber sido la ocasión inocente de esta alarma y susto; lo siento mucho, señora.

La señora señaló la puerta. Una excelente cualidad del carácter del señor Pickwick se manifestó de modo muy bello en ese momento, en circunstancias tan apuradas. Aunque se había puesto apresuradamente el sombrero encima del gorro de dormir, de medio lado; aunque llevaba en la mano los zapatos y polainas, y la casaca y el chaleco al brazo, nada pudo dominar su cortesía natural.

—Lo siento muchísimo, señora —dijo el señor Pickwick, haciendo una profunda reverencia.

—Si lo siente, salga enseguida del cuarto —dijo la señora.

—Inmediatamente, señora; al instante, señora —dijo el señor Pickwick abriendo la puerta y, al hacerlo así, dejando caer con estrépito los zapatos—. Confío, señora —continuó el señor Pickwick, recogiendo los zapatos y volviéndose otra vez a hacer una reverencia—, confío, señora, en que mi carácter sin malos precedentes, y el devoto respeto que siento hacia su sexo, podrán tenerse en cuenta como leve excusa para esta… —Pero antes de que el señor Pickwick pudiera acabar la frase, la señora le había echado de un empujón al pasillo, cerrando con llave la puerta.

Por muchos motivos para felicitarse que tuviera el señor Pickwick por haber escapado con tanta tranquilidad de su reciente situación difícil, su situación presente no era en absoluto envidiable. Estaba solo, en un pasillo abierto, en una casa desconocida, a medianoche, a medio vestir; no cabía suponer que pudiera encontrar su camino en total oscuridad hasta un cuarto que no había sido capaz de descubrir con una luz, y si hacía el menor ruido en sus intentos infructuosos por encontrarlo, tenía todas las probabilidades de que le pegara un tiro, o quizá le matara, algún huésped vigilante. No tenía más recurso que quedarse donde estaba hasta que amaneciera. Así, después de andar un poco a tientas por el pasillo y, con su infinita alarma, tropezar con varios pares de zapatos al hacerlo así, el señor Pickwick se acurrucó en un pequeño hueco en la pared para esperar

la mañana con toda la filosofía que pudiera.

Sin embargo, no estaba destinado a sufrir esta nueva prueba de paciencia; pues no llevaba mucho tiempo oculto en su refugio cuando, con inexpresable horror, vio aparecer a un hombre con una luz al extremo del pasillo. Pero ese horror se convirtió súbitamente en alegría, cuando reconoció la figura de su fiel servidor. En efecto, era Sam Weller, quien, después de haber velado hasta muy tarde en conversación con el limpiabotas, que esperaba el correo, se disponía a ir a dormir.

—Sam —dijo el señor Pickwick, apareciendo de repente ante él—, ¿dónde está mi alcoba?

Weller se quedó mirando a su amo con la sorpresa más acentuada; y hasta que no oyó tres veces la pregunta, no se volvió a guiarle hasta su habitación, tanto tiempo buscada.

—Sam —dijo el señor Pickwick, metiéndose en la cama—; esta noche he cometido una de las equivocaciones más extraordinarias que se han visto.

—Ya lo supongo, señor —replicó secamente Sam.

—Pero estoy decidido, Sam —dijo el señor Pickwick—, aunque me quede seis meses en esta casa, a no atreverme otra vez a salir solo por ella.

—Esa es la resolución más prudente a que podía llegar, señor —respondió Sam—. Más bien necesita a alguien que le acompañe, cuando se le antoja hacer visitas.

—¿Qué quieres decir con eso, Sam? —dijo el señor Pickwick.

Se incorporó en la cama y extendió la mano, como si fuera a decir algo más; pero conteniéndose de repente, se volvió de espaldas y dijo a su criado:

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor —respondió Sam.

Se detuvo al salir… sacudió la cabeza… siguió andando… se detuvo… despabiló la vela… volvió a sacudir la cabeza… y por fin avanzó lentamente hacia su cuarto, al parecer sumido en la más profunda meditación.

XXIII

EN EL QUE EL SEÑOR SAMUEL WELLER EMPIEZA A DEDICAR SUS ENERGÍAS AL COMBATE DE DESQUITE ENTRE EL SEÑOR TROTTER Y ÉL MISMO

En un cuartito en las inmediaciones de la cuadra, a primeras horas de la mañana que fue precedida por la aventura del señor Pickwick con la señora de mediana edad con rizadores amarillos, estaba sentado el señor Weller padre, preparándose para su viaje a Londres. Se había sentado en una actitud excelente para que le hicieran un retrato; y aquí está.

Era muy posible que, en algún periodo inicial de su carrera, el perfil del señor Weller hubiera presentado un aspecto atrevido y determinado. Sin embargo, su cara se había expansionado por influencia de la buena vida y de un temperamento adecuado para la resignación, y sus amplias y carnosas curvas se habían extendido hasta tal punto más allá de los límites que originariamente se les asignaron, que a no ser que se observara totalmente de frente su rostro, era difícil distinguir más que la punta extrema de una nariz muy rubicunda. Su barbilla, por el mismo motivo, había adquirido la grave e imponente forma que generalmente se describe anteponiendo la palabra «doble» a este expresivo rasgo; y su aspecto ostentaba esa combinación de colores peculiarmente jaspeada que solo se ve en caballeros de su profesión o en el buey asado poco hecho. En torno al cuello llevaba una bufanda de viaje, carmesí, fundida con su barbilla en tan imperceptibles gradaciones, que era difícil distinguir los pliegues de la una de los pliegues de la otra. Encima llevaba un largo chaleco de anchas rayas rosa, y encima de él, una casaca verde de amplios faldones, adornada con grandes botones de metal, de los cuales, los dos que guarnecían la cintura estaban tan separados que nadie debía de haberlos visto jamás simultáneamente. El pelo, que era corto, liso y negro, quedaba apenas visible bajo las amplias alas de un sombrero pardo de copa baja. Sus piernas iban metidas en calzones cortos y botas altas con vueltas de color; y una cadena de reloj, de cobre, rematada por un sello y una llave del mismo material, colgaba libremente de su amplia cintura.

Hemos dicho que el señor Weller estaba ocupado en prepararse para el viaje a Londres: en efecto, estaba tomando su sustento. En la mesa tenía delante una jarra de cerveza, una tajada de carne fiambre y una hogaza de aspecto muy respetable, entre los cuales iba distribuyendo por turno sus favores, con la más rígida imparcialidad. Acababa de cortar una rebanada de esta última, cuando los pasos de alguien que entraba en el cuarto le hicieron levantar la cabeza; y vio a su hijo.

—¡Buenos días, Sammy! —dijo el padre.

El hijo se acercó a la jarra de cerveza y, tras de una significativa sacudida de cabeza hacia su padre, tomó un largo sorbo a modo de respuesta.

—Muy buena capacidad de absorción, Sammy —dijo el viejo Weller, mirando la jarra que su primogénito había dejado medio vacía—; hubieras sido una ostra extraordinaria, Sammy, si llegas a nacer en esa forma de vida.

—Sí, creo que sí; me las hubiera *arreglao* para ir viviendo decentemente —respondió Sammy, aplicándose a la carne fiambre con notable vigor.

—Siento mucho, Sammy —y al decir esto, el viejo Weller sacudió la cerveza describiendo pequeños círculos con la jarra, como preparación para bebérsela—; siento mucho, Sammy, haber oído de tus propios labios que te dejaste engañar por aquel hombre de *morao*. Hasta hace tres días, siempre había pensado que las palabras «Weller» y «engaño» no entrarían nunca en contacto, Sammy.

—Desde luego, exceptuando siempre el caso de una viuda —dijo Sam.

—Ah, las viudas, Sammy —respondió el señor Weller, cambiando ligeramente de color—. He oído decir cuántas mujeres corrientes hacen por una viuda, con la intención de poder con uno. Creo que eran veinticinco, pero no estoy seguro de que no fueran más.

—Bueno, está muy bien —dijo Sam.

—Además —dijo el señor Weller sin advertir la interrupción—, esto es una cosa muy diferente. Ya sabes lo que dijo aquel *abogao*, Sammy, al defender al que pegaba a su mujer con el atizador de la lumbre siempre que se ponía alegre. «Después de todo, señor juez», dice, «es una simpática debilidad.» Eso digo yo respecto a las viudas, Sammy, y eso dirás tú cuando seas tan viejo como yo.

—Ya sé que debía haber sido más listo, ya lo sé —dijo Sam.

—¡Que debías haber sido más listo! —repitió el señor Weller, golpeando la mesa con el puño—; ¡que debías haber sido más listo! Vaya, yo conozco algún muchacho que no ha tenido ni la *mitá* ni la cuarta parte de tu educación (porque no ha dormido por las plazas ni seis meses) y al que le daría vergüenza que le engañaran así; le daría vergüenza, Sammy.

Con la excitación de sentimiento producida por esta angustiosa reflexión, el señor Weller tiró de la campanilla y pidió otra pinta de cerveza.

—Bueno, ya no sirve hablar de eso —dijo Sam—; ya pasó, y no se puede remediar, y eso es un consuelo, como dicen siempre en Turquía cuando se equivocan de hombre al cortarle la cabeza. Ahora me toca a mí el turno, padre, y en cuanto agarre a ese Trotter, le daré una buena.

—Eso espero, Sammy, eso espero —respondió el señor Weller—. A tu *salú*, Sammy, y ojalá borres pronto la deshonra que has hecho caer sobre tu apellido.

Y con este brindis, el señor Weller tomó de un trago por lo menos dos tercios de la cerveza recién llegada, pasando el resto a su hijo para que acabara con él, lo cual Sam hizo al instante.

—Bueno, Sammy —dijo el señor Weller, consultando un gran reloj de plata, de dos caras, que colgaba al extremo de la cadena de cobre—; ya es hora de que esté en el despacho *pa* que me den la hoja de ruta y ver cómo cargan el coche;

porque los coches, Sammy, son como los cañones: tienen que cargarse con mucho *cuidao*, antes de dispararlos.

Ante esta broma paternal y profesional, el señor Weller hijo sonrió filialmente. Su venerado progenitor continuó en tono solemne:

—Te voy a dejar, Samivel, hijo mío, y no se puede saber cuándo te veré más. Tu madrastra quizá habrá sido *demasiao* para mí, o pueden haber pasado mil cosas *pa* cuando vuelvas a tener noticias del famoso señor Weller, de La Bella Salvaje. Nuestro nombre depende mucho de ti, Samivel, y espero que harás lo que esté bien *pa* él. En *toos* los puntos de buena educación, sé que me puedo fiar de ti como si fueras yo mismo. Si alguna vez pasas de los cincuenta y te sientes inclinado a casarte con alguien, no importa quién, no hagas más que encerrarte en tu cuarto, si lo tienes, y envenenarte enseguida. Ahorcarse es de mala educación, de manera que no te hablo de eso. Envenénate, Samivel, envenénate, y luego te alegrarás.

Con estas afectuosas palabras, el señor Weller miró fijamente a su hijo y, volviéndose lentamente, desapareció de su vista.

En el contemplativo estado de ánimo provocado por esas palabras, el señor Samuel Weller salió de Al Gran Caballo Blanco cuando le dejó su padre; y, dirigiendo sus pasos hacia la iglesia de Saint Clement, se esforzó por disipar su melancolía vagabundeando por sus antiguos parajes. Llevaba algún tiempo dando vueltas cuando se encontró en un lugar retirado —una especie de pasaje, de aspecto venerable— que descubrió que no tenía otra salida sino volviendo por donde había entrado. Estaba a punto de volver sobre sus pasos, cuando quedó súbitamente clavado en su sitio por una repentina aparición; cuyo aspecto, modos y maneras vamos a relatar enseguida.

Samuel Weller iba mirando de vez en cuando las viejas casas de ladrillo con profunda abstracción, lanzando un guiño a alguna criada de aspecto saludable que levantaba una persiana o que abría la ventana de una alcoba, cuando se abrió la puerta verde de un jardín, al extremo de un patio, y un hombre salió de dentro, cerró muy cuidadosamente la puerta verde y avanzó ágilmente hacia el sitio preciso donde estaba Weller.

Ahora bien, si tomamos esto como hecho aislado, sin acompañarlo de otras circunstancias, no habría en ello nada extraordinario, porque en muchas partes del mundo hay hombres que salen de jardines, cierran detrás de sí puertas verdes, e incluso se van caminando ágilmente, sin atraer una porción especial de la atención pública. Está claro, por consiguiente, que debía de haber algo en ese hombre, o en sus maneras, o en ambas cosas, que atraía la atención especial de Sam. Si lo había o no lo había, dejaremos al lector que lo determine cuando hayamos anotado fielmente el comportamiento del individuo en cuestión.

Una vez que el hombre cerró detrás de sí la puerta verde, se marchó, como ya hemos dicho dos veces, con ágil paso por el patio arriba; pero en cuanto

observó a Sam Weller, vaciló y se detuvo, como no sabiendo por el momento qué decisión tomar. Sin embargo, como la puerta verde estaba cerrada detrás de él, y no había otra salida que la que tenía enfrente, no tardó en percibir que tenía que pasar por delante de Sam Weller para salir. Por tanto, continuó su paso ágil y avanzó mirando fijo hacia delante. La cosa más extraordinaria sobre este hombre es que contorsionaba la cara en las muecas más terribles y sorprendentes que se han visto jamás. La obra de la naturaleza nunca se disfrazó con tan raras tallas artificiales como las que aquel hombre sobrepuso a su rostro en ese momento.

«¡Bueno! —se dijo Weller al acercarse el hombre—. Es bien raro; hubiera jurado que era él.»

Se acercó el hombre y su cara se retorcía más horriblemente que nunca al acercarse.

«Lo podría jurar, en cuanto a ese pelo negro y el traje *morao* —se dijo Weller—, pero nunca he visto una cara como esa.»

Al decirse esto Weller, los rasgos del hombre tomaron un aire espectral absolutamente horrible. Pero estaba obligado a pasar muy cerca de Sam, y la mirada escudriñadora de este le permitió descubrir, bajo tan horribles retorcimientos de fisonomía, algo demasiado semejante a los ojillos de Job Trotter para ser fácilmente confundido.

—¡Eh, *usté*! —gritó ferozmente Sam.

El otro se detuvo.

—¡Eh! —repitió Sam, aún de peor humor.

El hombre de la cara horrible miró, con la mayor sorpresa, al fondo del patio, y al otro lado del patio, y a las ventanas de las casas, a todas partes menos a Sam Weller, y ya daba otro paso adelante, cuando le detuvo otro grito.

—¡Eh, *usté*! —gritó Sam por tercera vez.

Ya no había manera de fingir ignorar de dónde venía la voz, de modo que el otro, no teniendo más recurso, miró por fin de lleno a la cara de Sam Weller.

—¡No vale, Job Trotter! —dijo Sam—. ¡Venga! Nada de tonterías. No es *usté* tan guapo como *pa* poder permitirse estropearse la belleza. Quite esos ojos de la espalda y vuélvalos a poner en su sitio, o se los saco de la cabeza. ¿Me oye?

Como Sam Weller parecía plenamente dispuesto a actuar conforme al espíritu de este discurso, Trotter permitió gradualmente a su cara que recobrara su expresión natural; y luego, con un sobresalto de alegría, y echando los brazos alrededor de los de Sam, le abrazó en un éxtasis de gozo.

—¡Quite de ahí! —gritó Sam, indignado con aquello y tratando en vano de evadirse del apretón de su entusiástico conocido—. ¡Quite de ahí, le digo! ¿Por qué me llora encima, bomba de agua portátil?

—Porque me alegra mucho verle —respondió Job Trotter, soltando poco a poco a Weller cuando desaparecieron los primeros síntomas de su belicosidad—.

¡Oh, señor Walker, esto es demasiado!

—¡Demasiado! —repitió Sam—. ¡Ya lo creo que es demasiado! Bueno, ¿qué me tiene que contar, eh?

Trotter no dio respuesta, pues el pañuelito rosa estaba en plena aplicación.

—¿Qué me tiene que contar, antes de que le parta la cabeza? —repitió Sam con aire amenazador.

—¿Eh? —dijo Trotter con aire de sorpresa virtuosa.

—¿Qué tiene que contarme?

—¿Yo, señor Walker?

—No me llame Walker; me llamo Weller; ya lo sabe de sobra. ¿Qué tiene que contarme?

—Bueno, pues, señor Walker… digo Weller, muchas cosas, si viene conmigo por ahí, a donde podamos hablar cómodos. Si supiera cuánto deseaba verle, señor Weller…

—Mucho, ya supongo —dijo Sam con sequedad.

—Mucho, sí, señor —replicó Trotter sin mover un músculo de la cara—. Pero deme la mano, señor Weller. Sam miró a su compañero durante unos segundos, y luego, como movido por un súbito impulso, cumplió su petición.

—¿Qué tal? —dijo Job Trotter, mientras seguían adelante—, ¿qué tal está su querido y excelente amo? Ah, es un digno caballero, señor Weller. Espero que no se enfriara aquella terrible noche.

Hubo una momentánea ojeada de profunda malicia en los ojos de Job Trotter al decir esto, que hizo correr un escalofrío por el puño cerrado de Weller, encendido de deseos de hacer con este una demostración en las costillas del otro. Sin embargo, se dominó Sam, y respondió que su amo estaba perfectamente.

—Me alegro mucho —respondió Trotter—. ¿Está aquí?

—¿Y el suyo? —preguntó Sam a modo de respuesta.

—Ah, sí, está aquí, y lamento decir, señor Weller, que está volviéndose peor que nunca.

—¡Ah, ah! —dijo Sam.

—¡Sí, lamentable, terrible!

—¿Está en un colegio? —preguntó Sam.

—No, en un colegio no —respondió Job Trotter con el mismo aire de malicia que Sam había advertido antes—; no está en un colegio.

—¿En la casa de la puerta verde? —dijo Sam, observando atentamente a su compañero.

—No, no… oh, allí no —respondió Job con una viveza insólita en él—. Allí no.

—Pues ¿qué hacía *usté* aquí? —preguntó Sam con una mirada penetrante—. ¿Se había metido por la puerta por *casualidá*, quizá?

—Bueno, señor Weller —respondió Job—; no me importa contarle mis secretitos, porque, como usted sabe, nos resultamos muy simpáticos desde la

primera vez que nos vimos. ¿Se acuerda de qué bien lo pasamos aquella mañana?

—Ah, sí —dijo Sam impacientemente—; me acuerdo. ¿Y qué?

—Bueno —respondió Job, hablando con mucha precisión y en voz baja, como quien comunica un importante secreto—; en la casa de la puerta verde, señor Weller, tienen muchas criadas.

—Ya lo habría dicho, por el aspecto —interrumpió Sam.

—Sí —continuó Trotter—, y una de ellas es una cocinera que ha ahorrado un poco de dinero, señor Weller, y desea, si puede establecerse en la vida, abrir una tiendecita de comestibles; ya ve usted.

—Ya veo.

—Sí, señor Weller. Bueno, la conocí en una capilla adonde voy; una capillita muy agradable que hay en esta ciudad, señor Weller, donde cantan el libro de himnos número cuatro, que generalmente llevo conmigo, un librito que quizá haya visto en mis manos; y he llegado a tener cierta intimidad con ella, señor Weller, y hemos establecido un conocimiento que hace que me atreva a decir, señor Weller, que yo voy a ser el tendero.

—Ah, claro, y será un tendero muy amable —respondió Sam, observando a Job con una mirada de soslayo cargada de antipatía.

—La gran ventaja de esto, señor Weller —continuó Job, y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras hablaba—, será que podré dejar mi lamentable servicio actual con este hombre malo, dedicándome a una vida mejor y más virtuosa; más a la manera como me educaron, señor Weller.

—Debieron de educarle muy bien —dijo Sam.

—Ah, mucho, señor Weller, ya lo creo —respondió Job.

Y con el recuerdo de la pureza de sus días juveniles, Trotter sacó el pañuelo rosa y lloró copiosamente.

—*Usté* debió de ser un chico muy bueno *pa* ir a la escuela con *usté* —dijo Sam.

—Sí que lo fui —respondió Job, lanzando un profundo suspiro—; era el ídolo del colegio.

—Ah —dijo Sam—; no me extraña. ¡Qué consuelo debió de dar a su santa madre!

A estas palabras, Job Trotter se metió un extremo del pañuelo rosa en el extremo de cada ojo, uno tras otro, y empezó a llorar en abundancia.

—¿Qué le pasa a este hombre? —dijo Sam, indignado—. Las fuentes de Chelsea no son nada comparadas con *usté*. ¿Qué es lo que está derritiendo ahora? ¿La conciencia de su maldad?

—No puedo reprimir mis sentimientos, señor Weller —dijo Job tras una breve pausa—. ¡Pensar que mi amo sospechó la conversación que tuve con usted, y se me llevó en una silla de posta, y después de persuadir a la señorita para que dijera que no le conocía, y de sobornar a la directora para que hiciera lo mismo,

la abandonó por un proyecto mejor! ¡Ah, señor Weller, eso me hace estremecer!

—Ah, ¿eso es lo que pasó, entonces? —dijo Weller.

—Claro que fue eso —replicó Job.

—Bueno —dijo Sam cuando habían llegado ya cerca del hotel—; quiero charlar un poco con *usté*, Job; de modo que si no está muy ocupado, me gustaría verle esta noche en Al Gran Caballo Blanco, a eso de las ocho.

—Estaré, con toda seguridad —dijo Job.

—Sí, será lo mejor —respondió Sam con una mirada muy significativa—; o si no, quizá iré a preguntar por *usté* al otro *lao* de la puerta verde, y entonces le podría quitar el sitio, ya sabe.

—Seguro que estaré —dijo Trotter; y retorciendo la mano de Sam con el mayor fervor, se marchó.

—Ten *cuidao*, Job Trotter, ten *cuidao* —dijo Sam, siguiéndole con la mirada—, o esta vez me las pagarás; ya verás.

Después de lanzar este soliloquio, y de seguir con la mirada a Job hasta que desapareció, Weller se dirigió enseguida a la alcoba de su amo.

—Ya está *to* en marcha, señor —dijo Sam.

—¿Qué es lo que está en marcha, Sam? —preguntó el señor Pickwick.

—Les he descubierto, señor —dijo Sam.

—¿A quién has descubierto?

—A aquel hombre raro, y al tipo melancólico del pelo negro.

—¡Imposible, Sam! —dijo el señor Pickwick con la mayor energía—. ¿Dónde están, Sam; dónde están?

—¡Chist, chist! —respondió el señor Weller; y, mientras ayudaba a vestir al señor Pickwick, explicó el plan de acción que se proponía acometer.

—Pero ¿cuándo se va a hacer eso, Sam? —preguntó el señor Pickwick.

—Todo en el momento oportuno, señor —respondió Sam.

Si se hizo en el momento oportuno o no, se verá a continuación.

XXIV

EN QUE EL SEÑOR PETER MAGNUS SE PONE CELOSO, Y LA SEÑORA DE EDAD MEDIANA SE SIENTE TEMEROSA, LO CUAL LLEVA A LOS PICKWICKIANOS A CAER EN LAS GARRAS DE LA JUSTICIA

Cuando el señor Pickwick descendió al cuarto donde había pasado la velada anterior con el señor Magnus, encontró a este caballero con la parte principal del contenido de las dos maletas, la sombrerera de cuero y el paquete de estraza, ostentando todas las ventajas posibles sobre su persona, mientras él mismo andaba de un lado para otro por el cuarto, en un estado de máxima intranquilidad y agitación.

—Buenos días, señor Pickwick —dijo el señor Magnus—. ¿Qué piensa de esto?

—Muy eficaz, desde luego —contestó el señor Pickwick, pasando revista a la indumentaria del señor Peter Magnus con sonrisa benévola.

—Sí, creo que servirá —dijo el señor Magnus—. Señor Pickwick, ya he hecho que subieran mi tarjeta.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick.

—Y el camarero me ha traído recado de que ella me recibirá a las once; a las once, señor Pickwick; solo falta ya un cuarto de hora.

—Casi es el momento —dijo el señor Pickwick.

—Sí, ya falta poco —contestó el señor Magnus—; falta demasiado poco para que sea agradable, ¿no, señor Pickwick?

—La confianza es cosa muy importante en estos casos —observó el señor Pickwick.

—Eso creo yo —dijo el señor Magnus—. Tengo mucha confianza. Realmente, señor Pickwick, no veo por qué un hombre ha de tener ningún miedo en un caso como este. ¿Qué es lo que hay? No hay nada de que avergonzarse; es un asunto de mutuo acomodo, nada más. Marido por un lado, mujer por el otro. Así es como yo veo el asunto, señor Pickwick.

—Lo ve de un modo muy filosófico —contestó el señor Pickwick—. Pero el desayuno espera, señor Magnus. Vamos.

Se sentaron a desayunar, pero era evidente, a pesar de las jactancias del señor Peter Magnus, que sufría de un considerable grado de nerviosismo, entre cuyos principales síntomas estaban la pérdida de apetito, la propensión a tirar el servicio de té, un intento fantasmal de buen humor y una inclinación irresistible a mirar el reloj a cada segundo.

—¡Je, je, je! —risoteó el señor Magnus, fingiendo regocijo y jadeando de agitación—; solo faltan dos minutos. ¿Estoy pálido, señor Pickwick?

—No mucho —contestó el señor Pickwick.

Hubo una breve pausa.

—Usted perdone, señor Pickwick; pero ¿hizo usted alguna vez estas cosas en sus tiempos? —dijo el señor Magnus.

—¿Quiere decir, proponer el matrimonio? —dijo el señor Pickwick.

—Sí.

—Jamás —dijo el señor Pickwick con gran energía—; jamás.

—Entonces, ¿no tiene idea de cómo es mejor empezar? —dijo el señor Magnus.

—Bueno —dijo el señor Pickwick—, me he formado algunas ideas sobre este tema, pero como nunca las he sometido a la prueba de la experiencia, lamentaría mucho inducirle a que regulara por ellas su actuación.

—Le agradecería mucho cualquier consejo, señor Pickwick —dijo el señor Magnus, lanzando otra ojeada al reloj, cuya manilla rozaba las once y cinco.

—Bien, señor Magnus —dijo el señor Pickwick, con la profunda solemnidad con que aquel gran hombre sabía, cuando lo deseaba, hacer tan profundamente impresionantes sus observaciones—. Yo empezaría con un tributo a la belleza y las excelentes cualidades de la dama; de ahí pasaría a hablar de mi propia indignidad.

—Muy bien —dijo el señor Magnus.

—Indignidad solo para ella, fíjese —continuó el señor Pickwick—; y para mostrar que yo no era totalmente indigno, pasaría una breve revista a mi vida pasada y situación actual. Por analogía, haría ver que, para cualquier otra persona, yo debería ser un partido muy deseable. Entonces pasaría a extenderme en lo cálido de mi amor y en lo hondo de mi devoción. Quizá entonces me sintiera tentado a estrecharle la mano.

—Sí, ya veo —dijo el señor Magnus—; eso sería un elemento de gran importancia.

—Luego, señor Magnus —continuó el señor Pickwick, calentándose a medida que el tema se le presentaba con colores más refulgentes—, llegaría entonces a la pregunta, sencilla y corriente: «¿Me acepta usted?». Creo que tengo razón para suponer que, al llegar ese punto, ella volvería la cara a un lado.

—¿Cree usted que puede darse por seguro? —dijo el señor Magnus—. Porque, si no lo hace en el momento oportuno, sería una confusión.

—Creo que sí —dijo el señor Pickwick—. Después, señor Magnus, yo le apretaría la mano, y me parece, me parece, señor Magnus, que después de haber hecho esto, suponiendo que no hubiera rechazo, apartaría suavemente el pañuelo que mi ligero conocimiento de la naturaleza humana me hace suponer que la dama estaría llevándose a los ojos en ese instante, y le robaría respetuosamente un beso. Creo que la besaría, señor Magnus; y en ese preciso instante, soy de la opinión más decidida de que si la dama iba a decirme que sí, murmuraría en mis oídos su ruborosa aceptación.

El señor Magnus se sobresaltó, observó durante unos momentos en silencio el rostro inteligente del señor Pickwick, y luego (la aguja señalaba las once y diez) le estrechó la mano con calor, y se precipitó desesperadamente fuera del cuarto.

El señor Pickwick había dado varias vueltas por el cuarto, y la aguja pequeña del reloj, siguiendo al otro ejemplar de su categoría, había llegado al punto que marca la media hora, cuando la puerta se abrió de repente. Él se volvió, para recibir al señor Magnus, pero en su lugar encontró el rostro jovial de Tupman, la serena fisonomía de Winkle y los rasgos intelectuales de Snodgrass. Mientras les saludaba el señor Pickwick, entró en el cuarto el señor Magnus.

—Amigos míos, el señor de quien les hablaba, el señor Magnus —dijo el señor Pickwick.

—Encantado de conocerles, señores —dijo el señor Magnus, en evidente estado de gran excitación—; señor Pickwick, permítame hablarle un momento…

Diciendo esto, el señor Magnus enganchó su índice en el ojal del señor Pickwick y, llevándole a un rincón, dijo:

—Felicíteme, señor Pickwick: he seguido a la letra su consejo.

—¿Y resultó correcto, todo? —preguntó el señor Pickwick.

—Así fue. No podía haber sido mejor —respondió el señor Magnus—. Señor Pickwick, es mía.

—Le felicito de todo corazón —respondió el señor Pickwick, estrechando con calor la mano de su nuevo amigo.

—Tiene que verla —dijo el señor Magnus—, venga por aquí, por favor. Excúsennos un momento, señores.

Dándose prisa de este modo, el señor Peter Magnus sacó del cuarto al señor Pickwick. Se detuvo ante la puerta siguiente, en el pasillo, y golpeó suavemente.

—Adelante —dijo una voz femenina.

Y entraron.

—Señorita Witherfield —dijo el señor Magnus—, permítame presentarle a este gran amigo mío, el señor Pickwick. Señor Pickwick, tengo el gusto de presentarle a la señorita Witherfield.

La señorita estaba en el otro extremo del cuarto. El señor Pickwick, al hacer una reverencia, sacó los lentes del bolsillo del chaleco y se los puso. No bien hubo terminado este proceso cuando, lanzando una exclamación de sorpresa, el señor Pickwick se retiró varios pasos, mientras la señora, con un grito a medias sofocado, ocultaba la cara entre las manos y se desplomaba en una butaca; con lo cual el señor Peter Magnus quedó inmóvil en su sitio, mirando alternativamente a ambos, con un rostro que expresaba los extremos del horror y la sorpresa.

Según todas las apariencias, este comportamiento era completamente inexplicable; pero el hecho es que el señor Pickwick, en cuanto se puso los lentes, reconoció a la futura señora Magnus como la señora en cuyo cuarto había

entrado tan indiscretamente la noche anterior; y no bien se habían asentado los lentes sobre la nariz del señor Pickwick, cuando la señorita identificó enseguida aquel rostro que ella había visto rodeado por todos los horrores de un gorro de dormir. De manera que la señorita lanzó un chillido, y el señor Pickwick se sobresaltó.

—¡Señor Pickwick! —exclamó el señor Magnus, perdido en asombro—, ¿qué significa esto? ¡Dígame qué es esto! —añadió el señor Magnus en tono amenazador y sonoro.

—Señor mío —dijo el señor Pickwick, un tanto indignado ante el brusco modo como el señor Magnus se había conjugado en modo imperativo—, rehúso contestar a esta pregunta.

—¿Rehúsa usted? —dijo el señor Magnus.

—Así es —respondió el señor Pickwick—; me niego a decir nada que pueda comprometer a esta señorita o despertar recuerdos desagradables en su ánimo, sin su permiso y consentimiento.

—Señorita Witherfield —dijo el señor Magnus—, ¿conoce a esta persona?

—¿Que si le conozco? —repitió, vacilante, la señora de mediana edad.

—Sí, que si le conoce; he dicho que si le conoce —replicó ferozmente el señor Magnus.

—Le he visto —respondió la señora de mediana edad.

—¿Dónde? —preguntó el señor Magnus—. ¿Dónde?

—Eso —dijo la señora de mediana edad, levantándose de su asiento y volviendo la cara—, eso no lo revelaría por nada del mundo.

—La comprendo, señorita —dijo el señor Pickwick—, y respeto su delicadeza; jamás será revelado por mí, puede estar segura.

—Palabra de honor, señorita —dijo el señor Magnus—; considerando la situación en que estoy situado respecto a usted, me parece que toma este asunto con demasiada frialdad; con demasiada frialdad, señorita.

—¡Cruel señor Magnus! —dijo la señora de mediana edad; y se echó a llorar copiosamente.

—Diríjame a mí sus observaciones, señor Magnus —interrumpió el señor Pickwick—. Yo soy el único a quien hay que acusar, si es que hay que acusar a alguien.

—¡Ah! ¿Conque usted es el único a quien hay que acusar? —dijo el señor Magnus—. Ya, ya, empiezo a entender. ¿Ahora se arrepiente de su decisión?

—¿De mi decisión? —dijo el señor Pickwick.

—De su decisión, he dicho. ¡Sí! No se me quede mirando —dijo el señor Magnus—. Recuerdo muy bien sus palabras de anoche. Usted ha venido a denunciar la traición y falsía de una persona en cuya verdad y sinceridad había puesto su confianza, ¿no?

Aquí, el señor Magnus se permitió una prolongada mueca y, quitándose las

gafas verdes —que probablemente encontraba superfluas en su ataque de celos—, hizo girar sus ojillos de un modo espantoso de ver.

—¿No? —dijo el señor Magnus; y luego repitió la mueca, con acrecentado efecto—; pero ya me contestará a esto.

—¿Contestar a qué? —dijo el señor Pickwick.

—Ya lo verá, señor Pickwick —respondió el señor Magnus, dando vueltas al cuarto—; no se preocupe.

Debe de haber algo muy amplio en el significado de esta frase «Ya lo verá», pues no recordamos haber presenciado jamás una riña, en la calle, en un teatro, taberna, u otro sitio, en que no haya sido la réplica habitual a preguntas belicosas: «¿Se considera usted un caballero?». «Ya lo verá.» «¿Acaso le he dicho nada a la señorita?» «Ya lo verá.» «¿Quiere que le estrelle la cabeza contra esa pared?» «Ya lo verá.» Se puede observar, también, que debe de haber alguna ofensa oculta en ese universal «Ya lo verá» que despierta más indignación en el corazón de la persona a quien se dirige, que cuanta podría despertar la injuria más sanguinaria.

No pretendemos afirmar que el uso de tal expresión hubiera despertado en el pecho del señor Pickwick la misma indignación, exactamente, que la que habría producido, sin falta, en un pecho vulgar. Meramente, anotamos el hecho de que el señor Pickwick abrió la puerta y gritó, de modo abrupto:

—¡Tupman, venga aquí!

Tupman se presentó enseguida, con aire de gran sorpresa.

—Tupman —dijo el señor Pickwick—; un secreto un tanto delicado, en que está implicada esta señorita, es motivo de una diferencia que acaba de surgir entre este caballero y yo. Si le aseguro, en presencia de usted, que no tiene relación con él, y que no se relaciona de ningún modo con sus asuntos, apenas tengo que rogarle que observe usted que si él sigue discutiéndolo, expresa dudas sobre mi veracidad, lo cual habré de considerar como extremadamente insultante.

Al decir esto, la mirada del señor Pickwick al señor Magnus equivalía a varias enciclopedias.

La recta y honorable actitud del señor Pickwick, unida a la fuerza y energía de elocuencia que tan eminentemente le distinguía, hubiera llevado la convicción a cualquier mente razonable; pero, por desgracia, en ese momento determinado, la mente del señor Magnus estaba en una disposición nada razonable. Por consiguiente, en vez de recibir la explicación del señor Pickwick, como debía, pasó a ponerse en un apasionamiento al rojo blanco, abrasador y devastador, hablando de lo que se le debía a sus sentimientos, y todas esas cosas, y añadiendo fuerza a su perorata con paseos de un lado a otro y tirones de pelo, entretenimientos que de vez en cuando variaba agitando el puño ante el filantrópico rostro del señor Pickwick.

El señor Pickwick, a su vez, consciente de su inocencia y su rectitud, e irritado por haber enredado infortunadamente a la señora de mediana edad en tan desagradable asunto, no tenía su ánimo tan sosegado como de costumbre. La consecuencia fue que las palabras se elevaban, y las voces también; y, por fin, el señor Magnus dijo al señor Pickwick que pronto tendría noticias suyas; a lo cual el señor Pickwick, con plausible cortesía, respondió que cuanto antes, mejor; lo que hizo huir aterrorizada a la señora de mediana edad, mientras Tupman arrastraba al señor Pickwick fuera del cuarto, dejando al señor Magnus consigo mismo y con sus meditaciones.

Si la señora de mediana edad hubiera tratado mucho con el mundo de los negocios, o hubiera recibido algún beneficio de las maneras y costumbres de los que hacen las leyes e imponen las modas, habría sabido que este tipo de ferocidad es la cosa más inocua que hay en la naturaleza; pero como casi siempre había vivido en el campo, y nunca leía los debates parlamentarios, estaba poco versada en esos peculiares refinamientos de la vida civilizada. Por tanto, en cuanto llegó a su alcoba y echó el cerrojo, y empezó a meditar sobre la escena que acababa de presenciar, ante su fantasía se presentó la más terrible matanza y destrucción; entre cuyas imágenes destacaba un retrato de tamaño natural del señor Peter Magnus llevado a casa por cuatro hombres, con el adorno de todo un cargador de balas en el costado izquierdo. Cuanto más meditaba la señora de mediana edad, más se asustaba; hasta que por fin decidió acudir a la casa del primer magistrado de la ciudad para solicitar que detuviera sin dilación a las personas del señor Pickwick y el señor Tupman.

A esta decisión fue impulsada la señora de mediana edad por muy diversas consideraciones, la principal de las cuales era la prueba incontestable que ello daría de su afecto hacia el señor Magnus, y de su preocupación por dejarle a salvo. Conocía de sobra el temperamento celoso de este para aventurarse a la más leve alusión sobre la causa auténtica de su agitación al ver al señor Pickwick; y confiaba en su influjo y su capacidad para convencer a aquel hombre, extinguiendo sus ruidosos celos, a condición de que el señor Pickwick se quitara de en medio, y no surgiera una nueva disputa. Ocupada con estas reflexiones, la señora de mediana edad se puso el sombrero y el chal, y se presentó enseguida en casa del alcalde.

Ahora bien, el señor George Nupkins, o sea, ese mencionado primer magistrado, era un personaje tan grandioso como podría hallarlo el más rápido caminante entre el amanecer y el anochecer el veintiuno de junio, que, siendo según los almanaques el día más largo del año, le ofrecería por naturaleza el más amplio periodo para su búsqueda. Esa determinada mañana, el señor Nupkins estaba en un estado de especial ira y excitación, pues en la ciudad había habido una rebelión; todos los alumnos externos de la mayor escuela habían conspirado para romper los escaparates de un molesto vendedor de manzanas, y luego

habían abucheado al alguacil y habían apedreado al guardia: un anciano caballero con botas altas que había sido convocado para reprimir el tumulto y que durante medio siglo por lo menos había sido el pacificador. Y el señor Nupkins estaba sentado en su butaca, frunciendo el ceño majestuosamente e hirviendo de cólera, cuando le anunciaron a una señora con un asunto apremiante, privado y particular. El señor Nupkins tomó un aire de terrorífica serenidad, y mandó que hicieran pasar a la señora; orden que, como todas las órdenes de los emperadores, magistrados y demás grandes potentados de la tierra, fue obedecida enseguida, haciendo entrar por consiguiente a la señorita Witherfield, sugestivamente agitada.

—¡Muzzle! —dijo el magistrado.

Muzzle era un lacayo enano, con cuerpo largo y piernas cortas.

—¡Muzzle!

—Sí, Señoría.

—Pon una butaca y márchate.

—Sí, Señoría.

—Bien, señora; ¿quiere exponerme su asunto? —dijo el magistrado.

—Es de carácter muy penoso —dijo la señorita Witherfield.

—Ya lo supongo, señora —dijo el magistrado—; domine sus sentimientos, señora.

Aquí el señor Nupkins tomó un aire benigno.

—Y ahora dígame qué asuntos legales la traen aquí, señora.

Entonces el magistrado triunfó sobre el hombre, y volvió a mirar con severidad.

—Es muy doloroso para mí dar esta información —dijo la señorita Witherfield—, pero me temo que aquí se va a combatir un duelo.

—¿Aquí, señora? —dijo el magistrado—. ¿Dónde, señora?

—En Ipswich.

—¡En Ipswich! ¡Un duelo en Ipswich! —dijo el magistrado, absolutamente horrorizado ante la idea—. Imposible, señora, en esta ciudad no se puede proyectar nada semejante, estoy convencido. ¡Válgame Dios! ¿Se ha dado usted cuenta, señora, de la actividad de nuestra magistratura local? ¿Por casualidad ha oído usted, señora, que el cuatro de mayo pasado yo me precipité en un combate de boxeo, acompañado solo por sesenta guardias especiales, y que, a riesgo de caer sacrificado por las pasiones coléricas de la multitud enfurecida, impedí una competición de pugilato entre el campeón de peso medio de Middlesex y el campeón de peso gallo de Suffolk? ¿Un duelo en Ipswich? No creo, no puedo creer —dijo el magistrado, convenciéndose a sí mismo—, que dos hombres puedan tener el atrevimiento de proyectar en esta ciudad tal atentado a la paz.

—Por desgracia, mi información es de sobra exacta —dijo la señora de mediana edad—. Estaba presente en la disputa.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —dijo el magistrado con asombro—. ¡Muzzle!

—Sí, Señoría.

—Envíame inmediatamente al señor Jinks, ¡enseguida!

—Sí, Señoría.

Se retiró Muzzle, y entró en el cuarto un escribiente de mediana edad, pálido, de nariz aguda, mal nutrido y suciamente vestido.

—Señor Jinks —dijo el magistrado—, señor Jinks.

—Señor —dijo el señor Jinks.

—Esta señora, señor Jinks, ha venido a informar de que se proyecta un duelo en esta ciudad.

El señor Jinks, no sabiendo exactamente qué hacer, sonrió con sonrisa de subordinado.

—¿De qué se ríe usted, señor Jinks? —dijo el magistrado.

El señor Jinks se puso serio al instante.

—Señor Jinks —dijo el magistrado—, es usted completamente tonto.

El señor Jinks miró humildemente al gran hombre, y mordió el extremo de la pluma.

—Usted podrá ver algo cómico en esta noticia; pero yo le digo, señor Jinks, que tiene muy poco de que reírse —dijo el magistrado.

Jinks, con su aspecto hambriento, suspiró, como si se diera cuenta muy bien de que tenía poco de que estar alegre, efectivamente; y, recibiendo la orden de anotar la información de la señora, se arrastró hasta una silla y empezó a tomar nota.

—Ese hombre, Pickwick, es el provocador del duelo, ¿no es así? —dijo el magistrado cuando terminó la declaración.

—El mismo —dijo la señora de mediana edad.

—Y el otro agitador, ¿cómo se llama, señor Jinks?

—Tupman.

—¿Tupman es el que le secunda?

—Sí.

—El otro duelista, dice usted, ¿ha desaparecido?

—Sí —respondió la señorita Witherfield, con una breve tos.

—Muy bien —dijo el magistrado—. Esos son dos matones de Londres, que han venido aquí para destruir a la población de Su Majestad, creyendo que, a esta distancia de la capital, el brazo de la justicia estará débil y paralizado. Haremos un escarmiento ejemplar. Redacte los mandatos de captura, señor Jinks. ¡Muzzle!

—Sí, Señoría.

—¿Está abajo Grummer?

—Sí, Señoría.

—Hazle subir.

Se retiró el obsequioso Muzzle, y volvió luego trayendo al anciano de las botas altas, que se distinguía principalmente por su nariz avinada, su voz ronca, su casaca de color tabaco y su mirada errante.

—Grummer —dijo el magistrado.

—Señoría.[38]

—¿La ciudad está ahora tranquila?

—Bastante, Señoría —contestó Grummer—; el sentimiento popular se ha calmado, en cierta medida, a consecuencia de que los chicos se han dispersado para jugar al críquet.

—En estos tiempos, lo único que sirven son las medidas enérgicas, Grummer —dijo el magistrado, con aire decidido—; si se desprecia la autoridad de los funcionarios del rey, tendremos que hacer leer la ley contra motines. Si el poder civil no puede proteger esos escaparates, Grummer, el poder militar debe proteger al civil, y también los escaparates. Creo que este es un principio de la Constitución, ¿no, señor Jinks?

—Por supuesto, señor —dijo Jinks.

—Muy bien —dijo el magistrado, firmando los mandatos de detención—. Grummer, esta tarde me traerá a esas personas. Les encontrará en Al Gran Caballo Blanco. ¿Se acuerda usted del caso del campeón de los medios de Middlesex y el de los gallos de Suffolk, Grummer?

Grummer insinuó, con un movimiento retrospectivo de la cabeza, que no lo olvidaría jamás; y, en efecto, no es probable que lo olvidara mientras se lo siguieran citando a diario.

—Esto es todavía más anticonstitucional —dijo el magistrado—; este es un atentado mayor contra la paz, y un quebrantamiento más grave de las prerrogativas de Su Majestad. Creo que el duelo es una de las prerrogativas más indudables de Su Majestad, ¿no, señor Jinks?

—Expresamente estipulada en la Carta Magna, señor —dijo Jinks.

—Una de las joyas más preciosas de la corona británica, arrancada por los barones a Su Majestad, ¿no es verdad, señor Jinks? —dijo el magistrado.

—Eso es, señor —respondió Jinks.

—Muy bien —dijo el magistrado, irguiéndose orgulloso—; no será violada en esta parte de sus dominios. Grummer, búsquese ayuda y ejecute estos mandatos con la menor tardanza posible. ¡Muzzle!

—¡Sí, Señoría!

—Acompaña a la señora a la puerta.

La señorita Witherfield se retiró, hondamente impresionada por la sabiduría y diligencia del magistrado; el señor Nupkins se retiró a almorzar; el señor Jinks se retiró dentro de sí mismo —siendo ese su único retiro, excepto el sofá en el saloncito, que durante el día estaba ocupado por la familia de su patrona— y Grummer se retiró a lavar, con su realización de la orden presente, el insulto que

se había lanzado sobre él y el otro representante de Su Majestad —el alguacil— en el transcurso de la mañana.

Mientras estaban en marcha estos resueltos y decididos preparativos para la conservación de la paz de Su Majestad, el señor Pickwick y sus amigos, totalmente inconscientes de los graves acontecimientos que se preparaban, se habían sentado tranquilamente a comer; y todos se sentían locuaces y en camaradería. El señor Pickwick estaba en pleno relato de su aventura de la noche pasada, con gran diversión de sus seguidores, sobre todo Tupman, cuando se abrió la puerta y un rostro bastante impresionante se asomó a atisbar el cuarto. Los ojos de ese rostro impresionante miraron gravemente al señor Pickwick durante unos segundos, y al parecer quedaron plenamente satisfechos con su investigación; en cuanto al cuerpo a que pertenecía el rostro impresionante, se introdujo lentamente en el cuarto, presentando la forma de un individuo entrado en años, con botas altas; en una palabra, para no mantener más tiempo en suspenso al lector, los ojos eran los ojos vagabundos de Grummer, y el cuerpo era el cuerpo de ese mismo caballero.

El modo de actuar de Grummer fue profesional, pero peculiar. Su primer gesto fue echar la llave por dentro; el segundo, abrillantarse la cabeza y el rostro, muy cuidadosamente, con un pañuelo de algodón; el tercero, colocar el sombrero, con el pañuelo de algodón encima, sobre una silla; y el cuarto, sacar del bolsillo interior de la casaca una corta porra, rematada por una corona de bronce, que presentó al señor Pickwick con aire grave y fantasmal.

El señor Snodgrass fue el primero en romper el silencio de asombro. Miró fijamente a Grummer durante un breve intervalo, y luego dijo enfáticamente:

—Esta es una dependencia particular; una dependencia particular, señor.

Grummer movió la cabeza y contestó:

—No hay dependencia particular para Su Majestad una vez que pasa el portal. Esa es la ley. Algunos afirman que la casa de un inglés es su castillo. Eso es tontería.

Los pickwickianos se miraron unos a otros con ojos desorientados.

—¿Cuál es el señor Tupman? —preguntó Grummer. Del señor Pickwick ya tenía una percepción intuitiva; enseguida supo quién era.

—Yo soy Tupman —dijo ese caballero.

—Yo soy la justicia —dijo Grummer.

—¿Qué? —dijo Tupman.

—La justicia —dijo Grummer—: el poder civil, la ley y el ejecutivo; esos son mis títulos; aquí está mi autoridad. Pickwick, nombre desconocido; Tupman, nombre desconocido… contra la paz de nuestro soberano el rey… Constitución, en este caso provee… y todo está en orden. ¡Queda usted detenido, Pickwick! ¡Tupman… lo mismo digo!

—¿Qué quiere decir con esa insolencia? —dijo Tupman, poniéndose en pie de

un salto—. ¡Márchese de aquí!

—¡Eh! —dijo Grummer, retirándose con gran rapidez a la puerta y abriéndola una pulgada o dos—. ¡Dubbley!

—¿Qué? —dijo una voz profunda desde el pasillo.

—Ven acá, Dubbley.

A la voz de mando, un hombre de cara sucia, de más de seis pies de alto, y grueso en proporción, se apretó para pasar por la puerta entreabierta (enrojeciendo mucho en este proceso), y entró en el cuarto.

—¿Están fuera los otros especiales, Dubbley? —preguntó Grummer.

Dubbley, que era hombre de pocas palabras, asintió con la cabeza.

—Mande entrar a su pelotón, Dubbley —dijo Grummer.

Dubbley hizo lo que se le pedía; y media docena de hombres, cada cual con una corta porra acabada en una corona de bronce, entraron en rebaño en la habitación. Grummer se guardó el bastón en el bolsillo, y miró a Dubbley; Dubbley se guardó el bastón y miró al pelotón; el pelotón se guardó los bastones y todos miraron a los señores Tupman y Pickwick.

El señor Pickwick y sus seguidores se levantaron como un solo hombre.

—¿Qué significa esta atroz intrusión en mi vida particular? —dijo el señor Pickwick.

—¿Quién se atreve a detenerme? —dijo Tupman.

—¿Qué es lo que quieren, bribones? —dijo Snodgrass.

Winkle no dijo nada, pero fijó sus ojos en Grummer y le lanzó una mirada que, si hubiera tenido sentimientos, le habría traspasado el cerebro. Sin embargo, lo cierto es que no tuvo efecto visible sobre él, en absoluto.

Cuando el poder ejecutivo percibió que el señor Pickwick y sus amigos estaban dispuestos a resistir a la autoridad de la ley, se remangaron significativamente, como si el derribarlos primero y llevárselos después fuera una mera acción profesional que solo había que pensar para hacerla como un asunto de trámite. El señor Pickwick no dejó de observar esta demostración. Conferenció unos pocos momentos aparte con Tupman, y luego expresó que estaba dispuesto a ir a casa del alcalde, rogando solamente a las personas allí reunidas que se dieran por informadas de que tenía la firme intención de reclamar contra aquella monstruosa invasión en sus privilegios de inglés, en cuanto estuviera en libertad; ante lo cual todos los allí reunidos se rieron de buena gana, con la única excepción de Grummer, que parecía considerar que cualquier ligera sombra lanzada sobre el derecho divino de los magistrados era una clase de blasfemia que no se podía tolerar.

Pero cuando el señor Pickwick hubo expresado que estaba dispuesto a inclinarse ante las leyes de su país, y precisamente en el momento en que los camareros, posaderos, criadas y mozos, que habían esperado una conmoción placentera con la amenaza de su obstinación, empezaban a marcharse,

decepcionados y disgustados, surgió una dificultad que no se había previsto. Aun con todos sus sentimientos de veneración hacia las autoridades establecidas, el señor Pickwick se negó decididamente a hacer su aparición en la vía pública rodeado y vigilado por los funcionarios de la justicia como un delincuente vulgar. Grummer, con el estado de sentimientos públicos entonces alterado (pues era fiesta por la tarde y los chicos todavía no se habían ido a casa), se negó con la misma decisión a ir por el otro lado de la calle, y a aceptar la palabra del señor Pickwick de que iría derecho a ver al magistrado; y tanto Pickwick como Tupman se negaron firmemente al gasto de una silla de posta, que era el único transporte respetable que podía obtenerse. La discusión se encendió y el dilema duraba; y cuando el poder ejecutivo estaba a punto de superar las objeciones del señor Pickwick para ir a ver al magistrado, por el trillado recurso de llevarle allá a la fuerza, se recordó que en el patio de la posada había una vieja litera, que, construida originalmente para un señor gotoso con fincas agrícolas, podría muy bien llevar a los señores Pickwick y Tupman con tanta comodidad como una silla de posta. Se alquiló la litera y se trajo al salón, el señor Pickwick y Tupman se apretaron dentro y bajaron las cortinillas; se encontraron rápidamente un par de portadores y la procesión se puso en marcha con grandiosa pompa. Los guardias especiales rodeaban la caja del vehículo; Grummer y Dubbley marchaban triunfalmente delante; Snodgrass y Winkle iban detrás, del brazo, cerrando la marcha todos los ciudadanos de Ipswich que no tenían trato con el jabón.

Los tenderos de la ciudad, aunque tenían una confusa noción del carácter del delito, no podían menos de sentirse muy edificados y complacidos por aquel espectáculo. Allí iba el enérgico brazo de la ley, avanzando con una fuerza de veinte batidores contra dos delincuentes de la propia metrópoli; y los dos criminales, gracias a los esfuerzos de todos, estaban encerrados con seguridad en los estrechos límites de una litera. Muchas fueron las expresiones de aprobación y admiración que saludaron a Grummer, que encabezaba la comitiva bastón en mano; sonoros y largos fueron los gritos de los sin trato con el jabón; y en medio de tantos testimonios reunidos de la admiración pública, la procesión se movía lenta y majestuosamente.

Weller, revestido de su blusa mañanera, con mangas negras de percal, volvía con ánimo bastante pesimista de una malograda inspección a la casa misteriosa de la puerta verde, cuando, levantando los ojos, observó una multitud que afluía por la calle abajo en torno a un objeto con mucho aspecto de litera. Deseando apartar sus pensamientos del fracaso de su empresa, se echó a un lado para ver pasar la multitud; y encontrando que todos iban dando gritos, con gran satisfacción, él también empezó a gritar (para elevar su humor) con todo su poder y fuerza.

Pasó Grummer, pasó Dubbley, pasó la litera y pasó el grupo de guardias, y Sam todavía respondía a los clamores entusiásticos de la masa, agitando el

sombrero como si estuviera en el último extremo de la alegría más loca (aunque, desde luego, no tenía la más leve idea del asunto en cuestión), cuando se detuvo repentinamente ante la inesperada aparición de los señores Winkle y Snodgrass.

—¿Qué es este lío, señores? —gritó Sam—. ¿A quién llevan en esa caja de cerillas de luto?

Ambos respondieron algo que se perdió en el tumulto.

—¿Quién? —volvió a gritar Sam.

Una vez más le dieron una respuesta común; y, aunque las palabras eran inaudibles, Sam vio, por el movimiento de los dos pares de labios, que habían pronunciado la palabra mágica: «Pickwick».

Eso bastó. Un momento después, Weller se había abierto paso por la multitud, había detenido a los de la litera y se había enfrentado con el majestuoso Grummer.

—¡Eh, viejo! —dijo Sam—. ¿A quién llevan en ese trasto?

—Échese atrás —dijo Grummer, cuya dignidad, como la dignidad de tantos otros grandes hombres, había aumentado notablemente con la dosis de popularidad.

—Tírele de un golpe, si no se quita de en medio —dijo Dubbley.

—Le agradezco mucho, viejo —respondió Sam—, que me consulte mi conveniencia, y estoy *toavía* más agradecido al otro señor, que parece como si acabara de escapar de una barraca de gigantes; pero sería mejor que me contestara a lo que le pregunto, si le da igual. ¿Cómo está, señor?

Esta última observación se dirigía, con aire protector, al señor Pickwick, que atisbaba por la ventana de delante. Grummer, total
mente mudo de indignación, sacó la porra con la corona de su bolsillo especial y la blandió ante los ojos de Sam.

—¡Ah! —dijo Sam—; muy bonita; sobre *to* la corona, que se parece mucho a la de *verdá*.

—¡Quítese de en medio! —dijo el ofendido Grummer. Y para añadir fuerza a la orden, con una mano metió el broncíneo emblema de la realeza en la corbata de Sam, agarrándole el cuello con la otra; un cumplimiento que devolvió Sam derribándole al instante, después de derribar previamente, con la máxima consideración, a uno de los portadores de la litera, para que se tumbara encima de él.

No se sabe si Winkle fue dominado por un ataque temporal de esa clase de locura originada por la sensación de la ofensa, o si se sintió animado por la exhibición de valor de Sam; lo cierto es que en cuanto vio caer a Grummer, lanzó un terrible ataque contra un muchachito que tenía al lado; ante lo cual, Snodgrass, con espíritu verdaderamente cristiano, y para no sorprender desprevenido a nadie, anunció con voz muy fuerte que iba a empezar, y comenzó a quitarse la casaca con la mayor deliberación. Inmediatamente fue rodeado y sujetado; y no

es más que hacerles justicia vulgar, a él y Winkle, decir que no hicieron el menor intento de librarse ellos mismos, ni de librar a Sam; el cual, tras una vigorosa resistencia, quedó dominado por el mayor número, y hecho prisionero. Entonces volvió a formarse la procesión; los hombres de la litera volvieron a sus puestos y se reanudó la marcha.

La indignación del señor Pickwick, durante estos sucesos, no tuvo límites. No podía ver más que a Sam derribando a los guardias, que volaban en todas las direcciones; y eso fue todo lo que pudo ver, pues la puerta de la litera no se abría, y las cortinas no se subían. Al fin, con ayuda de Tupman, se las arregló para abrir el techo de un empujón; y, subido en el asiento, y apoyándose como pudo, con la mano en el hombro de este caballero, el señor Pickwick empezó a dirigirse a la multitud, extendiéndose sobre el modo incalificable como le habían tratado, requiriéndoles para que se fijaran en que su criado había sido atacado en primer lugar. De este modo llegaron a casa del alcalde: los de la litera trotando, los prisioneros siguiendo, el señor Pickwick perorando y la multitud gritando.

XXV

EN QUE SE MUESTRA, ENTRE UNA DIVERSIDAD DE COSAS PLACENTERAS, QUÉ MAJESTUOSO E IMPARCIAL ERA EL SEÑOR NUPKINS; Y CÓMO SAM WELLER DEVOLVIÓ LA PELOTA A JOB TROTTER CON TANTA FUERZA COMO VINO; CON OTRO ASUNTO QUE SE ENCONTRARÁ EN SU SITIO PROPIO

Violenta fue la indignación de Sam Weller mientras le transportaban; numerosas fueron las alusiones al aspecto personal y apariencia de Grummer y sus compañeros; y valerosos fueron los desafíos a cualquiera de los seis presentes, en que desahogó su disgusto. Snodgrass y Winkle escuchaban con sombrío respeto el torrente de elocuencia que su jefe lanzaba desde lo alto de la litera, cuyo rápido curso no fueron capaces de detener por un instante las graves amonestaciones de Tupman para que cerrara la tapa del vehículo. Pero la ira de Sam Weller dejó paso rápidamente a la curiosidad cuando la procesión bajó por el mismísimo patio donde había encontrado al perdido Job Trotter; y la curiosidad fue sustituida por un sentimiento de regocijado asombro, cuando el importantísimo Grummer, ordenando a los portadores de la litera que se detuvieran, avanzó con pasos dignos y solemnes hasta la misma puerta verde de donde había salido Job Trotter, y dio un fuerte tirón a la campanilla que colgaba al lado. La llamada fue contestada por una criada muy guapa y elegante, quien, después de levantar las manos con asombro al ver el aspecto rebelde de los prisioneros, y al oír las palabras apasionadas del señor Pickwick, llamó a Muzzle. Muzzle abrió una mitad de la puerta cochera para dejar entrar la litera, los cautivos y los guardias; e inmediatamente la cerró de golpe en la nariz de la plebe, que, indignada al quedar fuera, y deseosa de ver lo que sucedía, desahogó sus sentimientos dando patadas a la puerta y tocando la campanilla durante una hora o dos después. En esta diversión tomaron parte todos por turno, salvo tres o cuatro individuos afortunados, que, habiendo descubierto una rendija en la puerta, que dominaba una gran vista de nada, miraron por ella con la misma infatigable perseverancia de la gente que aplasta la nariz contra el escaparate de una farmacia cuando asisten en la rebotica a un borracho atropellado por un carro.

Al pie de un tramo de escaleras que daba a la puerta de la casa, flanqueado a cada lado por un áloe americano en un macetón verde, se detuvo la litera. El señor Pickwick y sus amigos fueron llevados al vestíbulo, desde donde, una vez anunciados por Muzzle, y dada la orden de que pasaran por el señor Nupkins, fueron introducidos a la venerable presencia de este funcionario tan devoto del servicio público.

La escena era impresionante, bien calculada para infundir terror en los corazones de los culpables, grabando en ellos una idea adecuada de la severa majestad de la ley. Delante de una gran librería, en una gran butaca, tras una

gran mesa, estaba sentado el señor Nupkins, con aspecto de ser mayor que todos ellos, aun siendo tan grande. La mesa estaba adornada con pilas de papeles; y en su último extremo emergían la cabeza y los hombros del señor Jinks, laboriosamente atareado en parecer todo lo atareado posible. Una vez entró todo el grupo, Muzzle cerró la puerta cuidadosamente y se colocó detrás de la butaca de su amo, en espera de órdenes. El señor Nupkins se arrellanó con emocionante solemnidad, y escudriñó las caras de sus involuntarios visitantes.

—Bueno, Grummer, ¿quién es este hombre? —dijo el señor Nupkins, señalando al señor Pickwick, que, como portavoz de sus amigos, estaba delante, sombrero en mano, con la mayor cortesía y respeto.

—Este es el Pickwick, Señoría —dijo Grummer.

—Venga allá, *na* de eso, viejo farolero —interrumpió Weller, abriéndose paso a codazos hasta la primera fila—. Perdón, señor, pero este funcionario de *usté*, el de las botas altas, nunca se ganará bien la vida como maestro de ceremonias en ningún sitio. Este es el señor Samuel Pickwick —continuó Sam, echando a un lado de un empujón a Grummer y dirigiéndose al magistrado con grata familiaridad—; y este es el señor Tupman; aquel es el señor Snodgrass; y el de más allá, al otro *lao*, es el señor Winkle: *toos* ellos excelentes caballeros, señor, a quien *usté* estará encantado de conocer; así que, cuanto antes mande un mes o dos a este guardia a dar vueltas a un molino, antes empezaremos a entendernos a gusto. Primero el negocio y luego el placer, como dijo el rey Ricardo III cuando apuñaló al otro rey en la Torre, antes de estrangular a los niños.

Al concluir su alocución, Weller cepilló el sombrero con el codo izquierdo e hizo un gesto benigno con la cabeza a Jinks, que le había ido oyendo con un espanto inexpresable.

—¿Quién es este hombre, Grummer? —dijo el magistrado.

—Un tipo peligroso, Señoría —respondió Grummer—. Intentó librar a los prisioneros y atacó a los guardias; de manera que le detuvimos y le trajimos aquí.

—Muy bien hecho —respondió el magistrado—. Evidentemente, es un delincuente peligroso.

—Es mi criado —dijo el señor Pickwick con ira.

—¡Ah! ¡Conque este es su criado! —dijo el señor Nupkins—. Una conspiración para quebrantar los fines de la justicia y asesinar a sus funcionarios. El criado del Pickwick. Anote eso, señor Jinks.

Así lo hizo Jinks.

—¿Cómo se llama usted, hombre? —tronó el señor Nupkins.

—Weller —contestó Sam.

—Un nombre muy bueno para el registro de la cárcel de Newgate —dijo el señor Nupkins.

Eso era un chiste; de modo que Jinks, Grummer, Dubbley, todos los guardias

y Muzzle entraron en un ataque de risa de cinco minutos de duración.

—Apunte su nombre, señor Jinks —dijo el magistrado.

—Con dos eles, amigo —dijo Sam.

Aquí un desgraciado guardia volvió a reírse, con lo cual el magistrado amenazó detenerle al momento. En estos casos es cosa peligrosa reír a quien no se debe.

—¿Dónde vive? —dijo el magistrado.

—Donde puedo —respondió Sam.

—Anótelo, señor Jinks —dijo el magistrado, que iba montando en cólera con toda rapidez.

—Y subráyelo —dijo Sam.

—Es un vagabundo, señor Jinks —dijo el magistrado—. Es un vagabundo por propia declaración; ¿no es verdad, señor Jinks?

—Claro, señor.

—Entonces le detendré; le condenaré por vagabundo —dijo el señor Nupkins.

—Este es un país muy imparcial para la justicia —dijo Sam—. Los *magistraos* meten a *toos* en la cárcel sin mirarles a la cara.

Ante esta salida, otro guardia se rió, y luego trató de poner una cara tan sobrenaturalmente solemne, que el magistrado le descubrió enseguida.

—Grummer —dijo el señor Nupkins, rojo de cólera—, ¿cómo se atreve a elegir para guardia a un individuo tan ineficaz y deshonroso como ese hombre? ¿Cómo se atreve usted?

—Lo siento mucho, Señoría —balbució Grummer.

—¡Lo siento mucho! —dijo el magistrado, furioso—. Se arrepentirá de este descuido del deber, señor Grummer; recibirá usted un castigo ejemplar. Llévese a ese hombre. Está borracho. Está usted borracho, hombre.

—No estoy borracho, Señoría —dijo el hombre.

—Está usted borracho —replicó el magistrado—. ¿Cómo se atreve a decir que no está borracho, si le digo que lo está? ¿No huele a alcohol, Grummer?

—Horriblemente, Señoría —respondió Grummer, que tenía una vaga impresión de que por algún sitio olía a ron.

—Ya lo sabía yo —dijo el señor Nupkins—. Me di cuenta de que estaba borracho en cuanto entró en este cuarto por sus miradas excitadas. ¿No se fijó usted en sus miradas excitadas, señor Jinks?

—Claro que sí, señor.

—No he tocado una gota de alcohol esta mañana —dijo el hombre, que estaba tan sobrio como tiene que estarlo cualquiera.

—¿Cómo se atreve a decirme una falsedad? —dijo el señor Nupkins—. ¿No está borracho en este momento, señor Jinks?

—Claro que sí, señor —contestó Jinks.

—Señor Jinks —dijo el magistrado—, a este hombre le voy a condenar por

desprecio a la autoridad. Prepare la sentencia, señor Jinks.

Y el guardia habría sido condenado de no ser porque Jinks, que era el consejero del magistrado (por haber recibido educación jurídica durante tres años en el despacho de un abogado de pueblo), susurró al magistrado que no creía que eso sirviera de modo que el magistrado hizo un discurso y dijo que, en consideración a la familia del guardia, se limitaría a reprenderle y despedirle. En consecuencia, el guardia fue insultado durante un cuarto de hora y enviado a sus asuntos; y Grummer, Dubbley, Muzzle y todos los demás guardias murmuraron su admiración ante la magnanimidad del señor Nupkins.

—Ahora, señor Jinks —dijo el magistrado—, tome juramento a Grummer.

Grummer prestó juramento inmediatamente, pero como divagaba mucho y la comida del señor Nupkins estaba casi lista, este cortó el asunto haciendo preguntas a Grummer que le llevaran donde él quería, y Grummer contestó del modo más afirmativo que pudo. Acabó así la declaración, cómoda y suave, y se probaron dos ataques contra Sam Weller, una amenaza a cargo de Winkles, y un empujón a cargo de Snodgrass. Una vez que estuvo hecho todo esto, el magistrado y el señor Jinks consultaron en susurros.

La consulta duró diez minutos, y el señor Jinks se retiró al extremo de la mesa; el magistrado, con una tos de preparación, se incorporó en la butaca y ya iba a empezar su alocución, cuando le interrumpió el señor Pickwick.

—Pido perdón, señor, por interrumpirle —dijo el señor Pickwick—, pero antes de que pase a expresar su opinión y a actuar conforme a ella, respecto a las afirmaciones que se han hecho aquí, debo reclamar mi derecho de ser oído, en lo que me concierne personalmente a mí.

—Cierre el pico —dijo el magistrado en tono perentorio.

—Tengo que expresarle, señor… —dijo el señor Pickwick.

—Cierre el pico —interrumpió el magistrado—, o si no, mandaré a un guardia que se le lleve de aquí.

—Usted puede ordenar a sus guardias lo que quiera, señor —dijo el señor Pickwick—, y no tengo duda de que ejecutarán su orden, cualquiera que sea, por la muestra que he tenido de la subordinación que se observa entre ellos; pero me tomo la libertad, señor, de reclamar mi derecho a ser oído, hasta que se me lleven por la fuerza.

—¡Pickwick y los principios! —exclamó Sam con voz bien audible.

—Sam, estate callado —dijo el señor Pickwick.

—Como un tambor con un agujero, señor —respondió Sam.

El señor Nupkins miró al señor Pickwick con mirada de intenso asombro, al ver que manifestaba tan insólita temeridad; y, al parecer, estaba a punto de contestarle de modo muy iracundo, cuando el señor Jinks le tiró de la manga y le susurró algo al oído. A esto, el magistrado dio una respuesta a medias audible, y se renovó el susurro. Evidentemente, Jinks le debía llamar la atención.

Por fin el magistrado, tragándose, con muy mal humor, su falta de inclinación a oír nada más, se volvió al señor Pickwick y le dijo bruscamente:

—¿Qué quiere decir?

—Ante todo —dijo el señor Pickwick, lanzando a través de sus lentes una mirada que hizo temblar al propio Nupkins—, quiero saber por qué nos han traído aquí a mí y a mi amigo.

—¿Tengo que decírselo? —susurró el magistrado a Jinks.

—Creo que sería lo mejor, señor —susurró Jinks al magistrado.

—Me han informado bajo juramento —dijo el magistrado— de que se ha sabido que usted iba a combatir en duelo, y que ese otro hombre, Tupman, es su ayudante y cómplice en él. Por consiguiente, ¿no, señor Jinks…?

—Sí, eso es, señor.

—Por consiguiente, les requiero a ambos a… creo que se dice así, ¿no, señor Jinks?

—Claro, claro.

—A… a… ¿a qué, señor Jinks? —dijo el magistrado, irritado.

—A encontrar fiadores, señor.

—Sí. Por consiguiente, les requiero a ambos… como iba a decir cuando me interrumpió mi escribiente… a encontrar fiadores.

—Buenos fiadores —susurró Jinks.

—Exijo que sean buenos —dijo el magistrado.

—Vecinos de la ciudad —susurró Jinks.

—Tienen que ser vecinos de la ciudad —dijo el magistrado.

—Por cincuenta libras cada uno —susurró Jinks—, y han de ser propietarios, por supuesto.

—Les exijo dos fiadores por cincuenta libras cada uno —dijo, en voz alta el magistrado, con gran dignidad—, y tienen que ser propietarios, desde luego.

—Pero, válgame Dios, señor —dijo el señor Pickwick, que, juntamente con Tupman, era todo confusión e indignación—; somos absolutamente desconocidos en esta ciudad. No conozco en absoluto a ningún propietario aquí, ni tampoco tengo intención de pelear en duelo con nadie.

—Ah, por supuesto —respondió el magistrado—; ya me lo imagino, ¿no, señor Jinks?

—Claro, señor.

—¿Tiene algo más que decir? —preguntó el magistrado.

El señor Pickwick tenía mucho que decir, y no hay duda de que lo hubiera dicho, con muy poco beneficio para sí mismo, y muy poca satisfacción para el magistrado, si, en el momento en que dejó de hablar, no le hubiera tirado de la manga Sam, con quien comenzó inmediatamente una conversación tan importante, que dejó pasar inadvertida la pregunta del magistrado. El señor Nupkins no era hombre para repetir una pregunta de esa especie; de modo que,

con una tos preparatoria, pasó a pronunciar su decisión, entre el silencio reverencial y admirado de los guardias.

Imponía a Sam Weller una multa de dos libras por el primer ataque, y de tres libras por el segundo. A Winkle, multa de dos libras, y a Snodgrass, una libra, además de requerirles a que en lo sucesivo estuvieran en paz con todos los súbditos de Su Majestad, y especialmente con su fiel servidor Daniel Grummer. A Pickwick y Tupman ya les había pedido la fianza.

Apenas terminó de hablar el magistrado, el señor Pickwick, otra vez con una sonrisa derramada por su bienhumorado rostro, dio un paso adelante y dijo:

—Pido perdón al señor magistrado, pero ¿puedo solicitar unos minutos de conversación particular con él, para un asunto de profunda importancia para él?

—¿Qué? —dijo el magistrado.

El señor Pickwick repitió la petición.

—Es una petición muy extraordinaria —dijo el magistrado—. ¿Una entrevista particular?

—Una entrevista particular —respondió con firmeza el señor Pickwick—; solo que, como parte de la información que deseo comunicarle procede de mi criado, desearía que él estuviera presente.

El magistrado miró al señor Jinks; el señor Jinks miró al magistrado; ambos funcionarios se miraron con sorpresa. De repente, el señor Nupkins se puso pálido. ¿Quizá el tal Weller, en un momento de remordimiento, habría revelado una conspiración secreta para asesinarle? Era una idea espantosa. Él era un hombre público, y palideció más pensando en Julio César y en el diputado Perceval.[39]

—¿Qué piensa usted de esta petición, señor Jinks? —murmuró el señor Nupkins.

El señor Jinks, que no sabía exactamente qué pensar y que temía ofender, sonrió débilmente con aire dubitativo y, apretando las comisuras, sacudió lentamente la cabeza de un lado para otro.

—Señor Jinks —dijo con gravedad el magistrado—, es usted un asno.

Ante esa pequeña expresión de su estima, el señor Jinks volvió a sonreír —bastante más débilmente que antes— y se fue volviendo a su rincón, poco a poco.

El señor Nupkins discutió el asunto consigo mismo durante unos pocos segundos, y luego, levantándose de la butaca, dijo al señor Pickwick y a Sam que le siguieran, y les condujo a un cuartito que daba a la sala de justicia. Allí indicó al señor Pickwick que se fuera al otro extremo del cuarto, y sin quitar la mano de la puerta entreabierta, para poder escapar inmediatamente si había la menor tendencia a una declaración de hostilidades, el señor Nupkins expresó que estaba dispuesto a escuchar la información, cualquiera que fuese.

—Iré enseguida al asunto, señor —dijo el señor Pickwick—. Le afecta a usted y a su buena fama, materialmente. Tengo todas las razones para creer que recibe

en su casa a un gran impostor.

—¡Dos! —interrumpió Sam—. Está también el de *morao*, en persona, con lágrimas y villanía.

—Sam —dijo el señor Pickwick—, si he de hacerme entender de este señor, tengo que pedirte que domines tus sentimientos.

—Lo siento mucho, señor —respondió Weller—, pero cuando pienso en ese Job, no puedo menos de abrir la válvula un par de dedos.

—En pocas palabras, señor —dijo el señor Pickwick—: ¿tiene razón mi criado para sospechar que un tal capitán Fitz-Marshall acostumbra a visitar esta casa? Porque —añadió el señor Pickwick, al ver que el señor Nupkins iba a interrumpirle indignado— sé que esa persona es un…

—Chist, chist —dijo el señor Nupkins, cerrando la puerta—; ¿qué es lo que sabe usted de él?

—Que es un aventurero sin principios; un personaje deshonroso; un hombre que estafa a la sociedad y hace sus víctimas entre las personas fáciles de engañar; víctimas absurdas, locas, desgraciadas —dijo el señor Pickwick con excitación.

—Válgame Dios —dijo el señor Nupkins, enrojeciendo, y cambiando enseguida de actitud—; válgame Dios, señor…

—Pickwick —dijo Sam.

—Pickwick —dijo el magistrado—; válgame Dios, señor Pickwick… por favor, siéntese… ¿No lo dirá en serio? ¡El capitán Fitz-Marshall!

—No le llame capitán —dijo Sam—, ni tampoco Fitz-Marshall; no es ni lo uno ni lo otro. Es un cómico de la legua; eso es lo que es, y se llama Jingle; y si ha habido nunca un lobo vestido de *morao*, ese es Job Trotter.

—Es cierto —dijo el señor Pickwick, en respuesta a la mirada de desconcierto del magistrado—; he venido a esta ciudad solamente a denunciar a la persona de quien hablamos.

El señor Pickwick pasó a verter en los oídos del horrorizado señor Nupkins un relato abreviado de todas las atrocidades de Jingle. Contó cómo le conoció; cómo había escapado con la señorita Wardle; cómo había renunciado alegremente a esta dama por intereses económicos; cómo le había llevado a la trampa del colegio, a medianoche; y cómo ahora él, el señor Pickwick, sentía que era deber suyo denunciar el nombre y graduación militar que había asumido Jingle.

Al avanzar el relato, toda la sangre caliente que había en el cuerpo del señor Nupkins subió a teñirle hasta la punta de las orejas. Había encontrado al capitán en unas carreras de caballos en las inmediaciones. Seducidas por su larga lista de amistades aristocráticas, sus viajes extensos y su aspecto a la moda, la señora Nupkins y la señorita Nupkins habían exhibido al capitán Fitz-Marshall, y habían citado al capitán Fitz-Marshall, y habían lanzado al capitán Fitz-Marshall a las fieles cabezas de su selecto círculo de amistades, hasta que sus amigas íntimas, la

señora Porkenham[40] y las señoritas Porkenham, y el señor Sidney Porkenham estuvieron a punto de estallar de envidia y desesperación. Y ahora, después de todo, ¡saber que era un aventurero miserable, un cómico de la legua, y, si no un estafador, algo tan parecido que era difícil distinguirlo! ¡Cielos! ¡Qué dirían los Porkenham! ¡Cuál sería el triunfo del señor Sidney Porkenham cuando encontrara que sus atenciones habían sido desdeñadas por semejante rival! ¡Cómo podría presentarse él, Nupkins, ante la mirada del viejo Porkenham en la próxima sesión del Concejo! ¡Y qué arma sería para el partido de la oposición si se divulgase la historia!

—Pero, después de todo —dijo el señor Nupkins, iluminándose por un momento, tras una larga pausa—, después de todo, esto es una mera afirmación. El capitán Fitz-Marshall es hombre de maneras muy seductoras y, me atrevo a suponer, también tiene muchos enemigos. ¿Qué prueba tiene usted de la veracidad de esas acusaciones?

—Póngamelo delante —dijo el señor Pickwick—, eso es todo lo que pido, y todo lo que requiero. Póngale delante de mí y de mis amigos que están aquí; no necesitará más prueba.

—Bueno —dijo el señor Nupkins—, eso se puede hacer muy fácilmente, pues estará aquí esta noche, y además no será oportuno hacer público el asunto, solo… solo… por atención a ese joven mismo, ya comprende. Pero yo… me gustaría ante todo consultar a la señora Nupkins sobre la conveniencia de dar este paso. De todos modos, señor Pickwick, tenemos que liquidar este asunto legal antes de hacer otra cosa. Por favor, vuelva al cuarto de al lado.

Y al cuarto de al lado que fueron.

—¡Grummer! —dijo el magistrado con voz tremenda.

—Señoría —contestó Grummer con la sonrisa del favorito.

—Vamos, vamos, señor Grummer —dijo severamente el magistrado—, no me venga con bromas. Es muy inoportuno, y le puedo asegurar que tiene muy poco de que sonreír. ¿Era estrictamente cierta la declaración que me acaba de dar? ¡Tenga cuidado, señor Grummer!

—Señoría —balbució Grummer—. Yo…

—Ah, ahora está confuso, ¿no? —dijo el magistrado—. Señor Jinks, ¿observa esta confusión?

—Por supuesto, señor —contestó Jinks.

—Bien —dijo el magistrado—, repita su declaración, Grummer, y otra vez le amonesto que tenga mucho cuidado. Señor Jinks, anote sus palabras.

El desgraciado Grummer empezó a repetir su acusación, pero, entre que el señor Jinks anotaba sus palabras y que el magistrado se las vigilaba, entre su tendencia a la divagación y su confusión extrema, se las arregló, en menos de tres minutos, para enredarse en tal masa de contradicción y caos, que el señor Nupkins, de repente, declaró que no le creía. De modo que se retiraron las

multas, y el señor Jinks encontró enseguida un par de fiadores. Y una vez que concluyeron satisfactoriamente estos solemnes actos, el señor Grummer fue mandado retirar ignominiosamente, ejemplo impresionante de la inestabilidad de la grandeza humana y de la situación incierta del favor de los grandes hombres.

La señora Nupkins era una majestuosa dama con un turbante de gasa rosa y una ligera peluca de color castaño. La señorita Nupkins poseía toda la altivez de su mamá, sin el turbante, y toda su mala naturaleza, sin la peluca; y cuando el ejercicio de estas dos amables cualidades enredaban a la madre y a la hija en algún dilema desagradable, como era bastante frecuente, coincidían ambas en echar la culpa sobre las espaldas del señor Nupkins.

Por consiguiente, cuando el señor Nupkins buscó a la señora Nupkins, y le expuso la información que le había dado el señor Pickwick, la señora Nupkins recordó súbitamente que siempre había esperado algo parecido; que siempre había dicho que sería así; que nunca se había tomado en cuenta su consejo; que, de veras, no sabía quién suponía el señor Nupkins que era ella; y así sucesivamente.

—¡Y pensar —dijo la señorita Nupkins, obligando a salir una lágrima de diminutas proporciones a la esquina de cada ojo—, y pensar que se hayan burlado de mí de este modo!

—¡Ah!, se lo puedes agradecer a tu padre, querida mía —dijo la señora Nupkins—. ¡Cómo le he pedido e implorado a este hombre que preguntase por las relaciones de familia del capitán; cómo le he empujado a que emprendiera algún paso decisivo! Estoy segura de que nadie lo creería; nadie.

—Pero, querida mía… —dijo el señor Nupkins.

—No me digas nada, ser insoportable, ¡no me hables! —dijo la señora Nupkins.

—Cariño —dijo el señor Nupkins—, eres tú quien tenía gran simpatía por el capitán Fitz-Marshall. Constantemente le has invitado a que viniera, querida, y no has perdido ocasión de presentarle en ningún sitio.

—¿No te lo dije, Henrietta? —gritó la señora Nupkins, apelando a su hija con el aire de una mujer injuriada—. ¿No te dije ya que tu papá se volvería atrás y me echaría toda la culpa a mí?

Y la señora Nupkins sollozó.

—¡Oh, papá! —se quejó la señorita Nupkins.

Y también sollozó.

—¿No es bastante que nos haya traído él toda esta desgracia y ridículo, para que me acuse de que yo soy la causa de todo? —exclamó la señora Nupkins.

—¡Cómo podremos presentarnos nunca en sociedad! —dijo la señorita Nupkins.

—¿Cómo podremos mirar a los Porkenham? —lloró la señora Nupkins.

—¡Ni a los Griggs! —lloró la señorita Nupkins.

—¡Ni a los Slummintowken! —lloró la señora Nupkins—. Pero ¡qué le importa a tu padre! ¡A él qué le importa!

Ante esta horrible reflexión, la señora Nupkins lloró, con angustia de ánimo, y la señorita Nupkins siguió su ejemplo.

La señora Nupkins continuó vertiendo lágrimas, con gran velocidad, hasta que tuvo un poco de tiempo para pensar el asunto; entonces decidió en su ánimo que lo mejor sería pedir al señor Pickwick y a sus amigos que se quedaran hasta que llegara el capitán, y entonces darían al señor Pickwick la oportunidad que buscaba. Si resultaba que había dicho la verdad, el capitán podría ser expulsado de la casa sin que el ruido trascendiera, y ellos podrían explicar fácilmente su desaparición ante los Porkenham, diciendo que, por la influencia de su familia en la Corte, había sido nombrado general gobernador de Sierra Leona, o de Saugur Point, o cualquier otro de esos saludables climas que encantan a los europeos de tal modo que, una vez que llegan allá, difícilmente se les puede convencer para que vuelvan.

Cuando la señora Nupkins secó sus lágrimas, la señorita Nupkins secó las suyas; y el señor Nupkins se alegró de arreglar el asunto como proponía la señora Nupkins. Así, el señor Pickwick y sus amigos, después de borrar todas las huellas de su reciente encuentro, fueron presentados a las damas y, poco después, a su comida; y Sam Weller, que el magistrado, con su peculiar sagacidad, no tardó ni media hora en descubrir que era uno de los tipos más simpáticos del mundo, fue consignado al cuidado y guardia del señor Muzzle, a quien se encargó mucho que le llevara abajo y le tratara en grande.

—¿Cómo está usted? —dijo el señor Muzzle, haciendo bajar al señor Weller por las escaleras de la cocina.

—Bueno, pues no ha habido cambio especial en el *estao* de mi sistema, desde que le vi hace poco, *acurrucao* detrás de la butaca de su amo en aquel salón.

—Me excusará que no le hiciera más caso entonces —dijo Muzzle—. Ya comprende, el amo no nos había presentado entonces. ¡Ah, cuánta simpatía le tiene a *usté*, señor Weller!

—¡Ah! —dijo Sam—, ¡es un tío simpático!

—¿No es verdad? —contestó Muzzle.

—Con tan buen humor —dijo Sam.

—Y qué bien habla —dijo Muzzle—. ¡Cómo fluyen sus ideas!, ¿no?

—Estupendo —dijo Sam—, salen y se vierten, entrechocándose las cabezas tan deprisa, que parece que se atontan unas a otras; casi no sabe uno de qué habla, ¿*verdá*?

—Ese es el gran mérito de su estilo de hablar —asintió Muzzle—. Cuidado con el último escalón, señor Weller. ¿Quiere lavarse las manos antes que nos reunamos con las señoras? Ahí tiene el aguamanil, y una toalla limpia detrás de la puerta.

—¡Ah!, quizá sería mejor que me metiera a remojo —contestó Weller, aplicando mucho jabón amarillo a la toalla y restregando hasta que le volvió a brillar la cara—. ¿Cuántas señoras hay?

—Solo hay dos en nuestra cocina —dijo Muzzle—: cocinera y doncella. Tenemos un muchacho para fregar, y también una chica, pero comen en el lavadero.

—¡Ah! ¿Conque comen en el lavadero? —dijo el señor Weller.

—Sí —dijo Muzzle—; al principio, cuando llegaron, tratamos de ponerles en nuestra mesa, pero no pudimos seguir con ellos. Las maneras de la chica son terriblemente groseras; y el chico respira tan fuerte mientras come, que encontramos que era imposible sentarse a comer con ellos.

—¡Joven grosero! —dijo Sam.

—Ah, sí, terrible —asintió Muzzle—; pero eso es lo peor de la servidumbre del campo, señor Weller: que los jóvenes son tan salvajes. Por aquí, señor Weller, por aquí.

Precediendo al señor Weller, con la mayor cortesía, Muzzle le condujo a la cocina.

—Mary —dijo Muzzle a la criada guapa—, este es el señor Weller; un caballero que ha mandado el amo para que le tratemos lo mejor posible.

—Y su amo lo entiende muy bien, y me ha *mandao* al mejor sitio —dijo Sam, con una ojeada de admiración hacia Mary—. Si yo fuera el amo de esta casa, siempre encontraría el sitio agradable donde estuviera Mary.

—¡Vamos, señor Weller! —dijo Mary, enrojeciendo.

—¡Qué *barbaridá*! —exclamó la cocinera.

—Perdón, cocinera, me olvidaba de usted —dijo Muzzle—; señor Weller, permítame presentarle.

—Encantado, señora —dijo Sam—. Celebro conocerla, y espero que nuestra relación dure, como dijo aquel señor al billete de cinco libras.

Terminada la ceremonia de la presentación, la cocinera y Mary se retiraron detrás de la cocina a risotear durante unos diez minutos; luego volvieron, todas sonrisas y rubores, y se sentaron a comer.

Las fáciles maneras y poderes conversacionales de Sam Weller tuvieron tanta influencia sobre sus nuevos amigos, que antes de la mitad de la comida estaban en pie de perfecta intimidad, y en posesión de un informe completo sobre la delincuencia de Job Trotter.

—Nunca he podido soportar a este Job —dijo Mary.

—Sería imposible, querida mía —asintió a eso Sam Weller.

—¿Por qué? —preguntó Mary.

—Porque la *fealdá* y el engaño nunca deben andar juntos con la elegancia y la *virtú* —respondió Sam—; ¿no es *verdá*, señor Muzzle?

—Por supuesto —respondió este caballero.

Entonces Mary se echó a reír, y dijo que la cocinera había tenido la culpa; y la cocinera se echó a reír, y dijo que no había sido ella.

—No tengo vaso —dijo Mary.

—Beba en el mío, querida —dijo Sam—; ponga sus labios en esta copa, y entonces le podré dar un beso por delegación.

—¡Qué vergüenza, señor Weller! —dijo Mary.

—¿Qué es esa vergüenza?

—Hablar de ese modo.

—Tontería; no hace daño a nadie. Es la naturaleza, ¿no es *verdá*, cocinera?

—A mí no me lo pregunte, impertinente —contestó la cocinera, en alto estado de complacencia; con lo cual la cocinera y Mary se volvieron a reír, hasta que entre la cerveza, la carne fiambre y las risas, todo reunido, la joven quedó a punto de ahogarse, alarmante crisis de que se recobró solo gracias a diversos golpes en la espalda y otras necesarias atenciones, delicadamente administradas por Sam Weller.

En medio de toda aquella alegría y compañerismo, se oyó un fuerte campanillazo en la puerta del jardín, al que respondió inmediatamente el joven que tomaba sus comidas en el lavadero. Sam Weller estaba en la cúspide de sus atenciones a la doncella guapa; Muzzle hacía los honores a la mesa; y la cocinera se había detenido a reír, en pleno acto de llevarse un gran bocado a los labios, cuando en esto se abrió la puerta de la cocina y entró Job Trotter.

Hemos dicho que entró Job Trotter, pero esta afirmación no se honra con nuestra habitual adhesión escrupulosa a los hechos. La puerta se abrió y apareció Trotter. Habría entrado, y estaba haciéndolo, cuando, al distinguir a Sam Weller, se echó atrás involuntariamente un paso o dos, y se quedó mirando la inesperada escena que tenía delante, totalmente inmóvil de sorpresa y terror.

—¡Ahí está! —dijo Sam, levantándose con gran júbilo—. Vaya, en este momento precisamente hablábamos de *usté*. ¿Qué tal está? ¿Por dónde ha *andao*? Pase.

Echando mano a las solapas moradas del inerme Job, Sam le arrastró a la cocina; y, cerrando la puerta, dio la llave a Muzzle, quien se la abotonó fríamente en un bolsillo lateral.

—¡Esto sí que es bueno! —gritó Sam—. ¡Solo de pensar que mi amo tendrá el gusto de encontrarse arriba con el suyo, y yo con *usté* aquí abajo! ¿Cómo le va, y qué tal parece que irá el asunto de la tienda de comestibles? Bueno, pues me alegro de verle. Es un placer verle, ¿no es *verdá*, señor Muzzle?

—Mucho —dijo Muzzle.

—¡Tan alegre como es! —dijo Sam.

—¡De tan buen humor! —dijo Muzzle.

—Y tan contento de vernos; ahora estamos mucho más a gusto —dijo Sam—. Pero siéntese, siéntese.

Trotter se resignó a que le sentaran en una silla junto a la chimenea. Puso sus ojillos primero en Sam, y luego en Muzzle, pero no dijo nada.

—Bueno, y ahora —dijo Sam—, delante de estas señoras me gustaría preguntarle, *na* más que por *curiosidá*, si no se considera un joven tan simpático y tan bien educado como cualquiera que haya *usao* nunca un pañuelito rosa a cuadros y el libro de cánticos número cuatro.

—Y, además, quería casarse con una cocinera —dijo, indignada, esta señora—. ¡Qué caradura!

—Y dejar sus malas andanzas, y establecerse luego en el ramo de comestibles —dijo la doncella.

—Bueno, le voy a decir lo que pasa, joven —dijo Muzzle con solemnidad, irritado por las dos últimas alusiones—: esta señora —señalando a la cocinera— se entiende conmigo; y si usted pretende hablar con ella de poner tiendas de comestibles, me ofende en uno de los puntos más delicados en que un hombre puede ofender a otro. ¿Me entiende?

Y aquí Muzzle, que tenía una gran idea de su elocuencia, en lo cual imitaba a su amo, se detuvo aguardando una respuesta.

Pero Trotter no dio respuesta. Entonces Muzzle continuó con solemnidad:

—Es muy probable que no le necesiten arriba durante varios minutos, porque mi amo estará ahora especialmente ocupado en arreglarle las cuentas al suyo; por tanto, tendrá tiempo para una pequeña conversación particular conmigo. ¿Me entiende?

Muzzle volvió a detenerse, en espera de respuesta, y otra vez le decepcionó Trotter.

—Bueno, entonces —dijo Muzzle—, siento mucho tener que explicarme delante de señoras, pero la urgencia del caso me excusará. El cuarto de ahí atrás está vacío. Si quiere pasar, el señor Weller hará de árbitro, y podremos darnos satisfacción mutua hasta que toquen la campanilla. ¡Sígame acá!

Y, dichas estas palabras, Muzzle dio un paso o dos hacia la puerta, empezando a quitarse la chaqueta por el camino para ahorrar tiempo.

Pero la cocinera, al oír las palabras finales de este terrible desafío y ver a Muzzle dispuesto a ponerlo en ejecución, lanzó un grito agudo y penetrante; y precipitándose sobre Job Trotter, que se levantaba de su silla en ese momento, arañó y abofeteó su ancha cara con la energía propia de las hembras alteradas, y echándole mano al pelo, negro y largo, le arrancó lo suficiente como para llenar cinco o seis docenas de guardapelos del mayor tamaño. Cumplida esta hazaña con todo el ardor que le inspiraba su devoto cariño hacia Muzzle, se echó atrás, vacilante, y, como una dama de sentimientos excitables y delicados, cayó instantáneamente bajo el aparador y quedó sin sentido.

En ese momento sonó la campanilla.

—Esto es para *usté*, Job Trotter —dijo Sam; y antes de que Trotter pudiera

quejarse o replicar, y antes de que tuviera tiempo de restañar las heridas infligidas por la dama ahora sin sentido, Sam le agarró de un brazo y Muzzle del otro; y el uno tirando y el otro empujando, le llevaron escaleras arriba hasta la sala.

Allí había un cuadro impresionante. Alfred Jingle, alias capitán Fitz-Marshall, estaba junto a la puerta, sombrero en mano y con una sonrisa en la cara, totalmente indiferente ante su desagradable situación. Frente a él estaba el señor Pickwick, evidentemente inculcándole alguna alta lección moral; pues tenía la mano izquierda bajo el faldón de la casaca y la mano derecha extendida en el aire, como solía hacer cuando se lanzaba a una alocución impresionante. A poca distancia estaba Tupman con rostro indignado, cuidadosamente sujeto por sus dos amigos más jóvenes; y en el otro extremo del cuarto estaban el señor Nupkins, la señora Nupkins y la señorita Nupkins, con aire de vejación sombría, grandiosa y terrible.

—¿Qué es lo que me contiene —decía el señor Nupkins, con dignidad magistral, cuando trajeron a Job—, qué es lo que me contiene para no detener a estos hombres como impostores y malhechores? Una insensata misericordia. ¿Qué es lo que me contiene?

—El orgullo, viejo, el orgullo —replicó Jingle, muy tranquilo—. No estaría bien… adónde iría… se buscó un capitán, ¿eh…?, muy bueno, ¡ja, ja…!, un marido para la hija… trago amargo… hágalo público… por nada del mundo… parecería estúpido… ¡mucho!

—Miserable —dijo el señor Nupkins—; despreciamos sus bajas insinuaciones.

—Siempre le he odiado —añadió Henrietta.

—Ah, por supuesto —dijo Jingle—. El joven alto… novio antiguo… Sidney Porkenham… rico, buen muchacho… no tan rico como el capitán, ¿eh…?, le echaron; fuera con él… cualquier cosa por el capitán… no hay nada como el capitán… todas las chicas locas… ¿eh, Job, eh?

Aquí Jingle se echó a reír cordialmente; y Job, frotándose las manos con placer, lanzó el primer sonido que había dejado oír desde que entró en la casa: un risoteo bajo y silencioso, que parecía insinuar que disfrutaba demasiado con su risa como para dejársela escapar en ruido.

—Nupkins —dijo la dama—, esta conversación no es apropiada para que la oigan los criados. Que echen a esos miserables.

—Claro que sí, querida —dijo el señor Nupkins—. ¡Muzzle!

—Señoría.

—Abre la puerta de la calle.

—Sí, Señoría.

—¡Salga de esta casa! —dijo el señor Nupkins, agitando la mano con énfasis.

Jingle sonrió y se dirigió a la puerta.

—¡Espere! —dijo el señor Pickwick.

Jingle se detuvo.

—Yo podría —dijo el señor Pickwick— haber tomado venganza mucho mayor por el trato que he experimentado a sus manos y las de ese hipócrita de su amigo.

Job Trotter hizo una reverencia con gran cortesía, y se llevó la mano al corazón.

—Digo —dijo el señor Pickwick, encolerizándose poco a poco— que podría haber tomado mayor venganza, pero me contento con denunciarle, lo cual lo considero un deber para con la sociedad. Es una indulgencia que espero que recordará.

Cuando el señor Pickwick llegó a este punto, Job Trotter, con gravedad cómica, se llevó la mano al oído, como deseoso de no perder una sílaba de las que pronunciara.

—Y solo me queda añadir, señor mío —dijo el señor Pickwick, ahora totalmente iracundo—, que le considero un bribón, y un… rufián y… un ser peor que cualquiera que haya visto o de quien haya oído hablar, excepto ese vagabundo beato de la librea morada.

—¡Ja, ja! —dijo Jingle—, buen muchacho, Pickwick… hermoso corazón… viejo gordo… pero no tiene que apasionarse… es muy malo, muy malo… adiós… ya le volveré a ver… no pierda el buen humor… ea, Job, ahora, ¡trotando!

Con esas palabras, Jingle se caló el sombrero a su antigua manera, y salió del cuarto. Job Trotter se detuvo, miró alrededor, sonrió, y luego, con una reverencia de burlesca solemnidad al señor Pickwick y un guiño a Sam, cuya audaz malicia desafía toda descripción, siguió las huellas de su prometedor amo.

—Sam —dijo el señor Pickwick, cuando ya Sam les perseguía.

—Señor.

—Quédate aquí.

Sam pareció indeciso.

—Quédate aquí —repitió el señor Pickwick.

—¿No puedo arrearle a ese Job en la puerta de la calle? —dijo Sam.

—De ningún modo —respondió el señor Pickwick.

—¿No le puedo echar de una patada por la puerta, señor? —dijo Sam.

—De ninguna manera —replicó su amo.

Por primera vez desde que comenzó su servicio, Sam pareció por un momento descontento e infeliz. Pero su rostro se iluminó enseguida; pues el astuto Muzzle, escondiéndose detrás de la puerta de la calle, y precipitándose fuera en el momento adecuado, se las arregló con gran destreza para derribar a Jingle y a su acompañante por el tramo de escalones, hasta las macetas de los áloes americanos.

—Una vez cumplido mi deber —dijo el señor Pickwick al señor Nupkins—, le

digo adiós, con mis amigos. Al mismo tiempo que le agradecemos la hospitalidad que hemos recibido, permítame asegurarle, en nombre de todos, que no la habríamos aceptado, ni habríamos consentido en salir de este modo de nuestra situación anterior, si no hubiéramos estado animados por un fuerte sentido del deber. Volvemos a Londres mañana. Su secreto está seguro con nosotros.

Presentada así su protesta contra el tratamiento de aquella mañana, el señor Pickwick hizo una gran reverencia a las señoras, y, a pesar de las instancias de la familia, salió del cuarto con sus amigos.

—Busca tu sombrero, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Está abajo, señor —dijo Sam, y corrió por él.

Ahora bien, en la cocina no había nadie sino la doncella guapa; y como el sombrero de Sam se había extraviado, tuvo que buscarlo, y la doncella guapa le alumbró. Tuvieron que buscar el sombrero por toda la cocina. La doncella guapa, en su afán de encontrarlo, se puso de rodillas y volcó todas las cosas que había amontonadas en un rinconcito junto a la puerta. Era un rincón muy incómodo. No se podía entrar en él sin cerrar la puerta primero.

—Aquí está —dijo la doncella guapa—. ¿Es este, no?

—Deje que lo mire —dijo Sam.

La doncella guapa había dejado la vela en el suelo y, como daba muy poca luz, Sam se vio obligado a arrodillarse también antes de saber si realmente era su sombrero o no. Era un rinconcito muy pequeño, y así —no era culpa de nadie, sino del que construyó la casa— Sam y la criada estaban por fuerza muy juntos.

—Sí, es este —dijo Sam—. ¡Adiós!

—¡Adiós! —dijo la doncella guapa.

—¡Adiós! —Y, al decirlo, Sam dejó caer el sombrero que tanto había costado encontrar.

—Qué torpe es usted —dijo la doncella guapa—; lo volverá a perder como no tenga cuidado.

Y para evitar que lo perdiera, ella misma se lo puso.

Es asunto incierto, hasta hoy, si la cara de la doncella guapa parecía aún más guapa cuando se elevó hacia la de Sam, o si fue consecuencia accidental de que estuvieran tan cerca uno de otro: lo cierto es que Sam la besó.

—No querrá decir que lo ha hecho a propósito —dijo la doncella guapa, ruborizándose.

—No, esta vez no —dijo Sam—; pero ahora sí.

Y la volvió a besar.

—¡Sam! —dijo el señor Pickwick, llamando desde lo alto de la barandilla.

—Ya voy, señor —respondió Sam, subiendo a la carrera.

—¡Cuánto has tardado! —dijo el señor Pickwick.

—Había algo detrás de la puerta que no nos dejaba abrirla, señor —respondió Sam—, durante todo este tiempo.

Y ese fue el primer episodio del primer amor de Sam Weller.

XXVI

QUE CONTIENE UN BREVE INFORME SOBRE LA MARCHA DE LA CAUSA « BARDELL CONTRA PICKWICK»

Cumplido el principal objetivo de su viaje, al denunciar a Jingle, el señor Pickwick decidió volver enseguida a Londres con intención de informarse sobre las acciones emprendidas contra él, mientras tanto, por los señores Dodson y Fogg. Actuando conforme a esta decisión con toda la energía de su carácter, montó en la imperial de la primera diligencia que salió de Ipswich la mañana después de los memorables acontecimientos expuestos con detalle en los dos capítulos anteriores; y acompañado por sus tres amigos y por Sam Weller, llegó a la capital esa misma tarde en perfecto estado de salud.

Allí los amigos se separaron por un breve tiempo. Los señores Tupman, Winkle y Snodgrass se dirigieron a sus respectivos hogares para hacer los preparativos necesarios para su inminente visita a Dingley Dell; y el señor Pickwick y Sam tomaron alojamiento en un lugar muy bueno, cómodo y a la antigua usanza, es decir, en la posada San Jorge y el Buitre, George Yard, calle Lombard.

El señor Pickwick había cenado, y había acabado su segunda pinta de Oporto especial, con el pañuelo de seda por la cabeza y los pies en el guardafuegos tumbado en una butaca, cuando le sacó de su tranquila meditación la entrada de Sam con su maleta.

—Sam —dijo el señor Pickwick.

—Señor —dijo Sam.

—Pensaba ahora —dijo el señor Pickwick— que he dejado muchas cosas en casa de la señora Bardell, en la calle Goswell. Tengo que sacarlas de algún modo, antes de marcharme otra vez de la ciudad.

—Muy bien, señor —respondió Sam Weller.

—Por ahora, podría mandarlas a casa del señor Tupman, Sam —continuó el señor Pickwick—; pero antes de enviarlas, tendríamos que verlas y arreglarlas. Quiero que vayas de un salto a la calle Goswell, y que lo arregles.

—¿Enseguida, señor? —preguntó Sam.

—Enseguida —contestó el señor Pickwick—. Pero espera, Sam —añadió el señor Pickwick, sacando la bolsa—, hay que pagar algo de pensión. El trimestre no vence hasta Navidad, pero puedes pagarlo, y acabamos con el asunto. Con un mes de aviso, liquido el hospedaje. Aquí está en el contrato. Dáselo, y di a la señora Bardell que puede poner aviso en cuanto le parezca bien.

—Muy bien, señor —respondió Sam—. ¿Nada más?

—Nada más, Sam.

Sam Weller se acercó lentamente a la puerta, como si esperara algo más; la abrió despacio, salió despacio, y había empezado a cerrarla despacio un par de

pulgadas cuando le llamó el señor Pickwick:

—Sam.

—Señor —dijo Sam, volviendo a entrar deprisa y cerrando la puerta.

—No tengo objeción, Sam, a que te esfuerces por averiguar en qué disposición está la señora Bardell respecto a mí, y si es probable que esa acción, vil y sin fundamento, vaya a llevarse hasta el final. Digo que no pongo reparos a que lo hagas si quieres, Sam —dijo el señor Pickwick.

Sam hizo un rápido gesto de asentimiento, y salió del cuarto. El señor Pickwick volvió a echarse por la cabeza el pañuelo de seda y se preparó para un sueñecito. Sam Weller salió prontamente a cumplir el recado.

Eran casi las nueve cuando llegó a la calle Goswell. Un par de velas ardían en la salita de delante, y un par de cofias se traslucían por la cortina de la ventana. La señora Bardell tenía compañía.

Sam llamó a la puerta y, tras un intervalo bastante largo —empleado por la persona de fuera en silbar una melodía, y por la persona de dentro en convencer a una vela refractaria a que se encendiera—, unas botitas avanzaron por la alfombra y se presentó en persona el señorito Bardell.

—Bueno, muchachito —dijo Sam—; ¿cómo está mamá?

—Muy bien —respondió el señorito Bardell—; y yo también.

—Vaya, pues es una suerte —dijo Sam—; dile que quiero hablar con ella, ¿eh, mi joven fenómeno?

El señorito Bardell, así conjurado, colocó la vela refractaria en el escalón de entrada, y se desvaneció con su mensaje en la salita de delante.

Las dos cofias que se vislumbraban por la cortina de la ventana eran los respectivos tocados de un par de las amigas más íntimas de la señora Bardell, que acababan de entrar para tomar con tranquilidad una tacita de té y una cenita de un par de platos de patitas de cerdo y queso tostado. El queso se estaba tostando en una hornilla holandesa ante la chimenea; las patitas de cerdo marchaban deliciosamente en una pequeña sartén, en la repisa interior; y la señora Bardell y sus dos amigas avanzaban igualmente muy bien en una conversación tranquila sobre todos sus particulares amigos y conocidos, cuando el señorito Bardell volvió de la puerta y transmitió el mensaje que le había dado Sam Weller.

—¡El criado del señor Pickwick! —dijo la señora Bardell, palideciendo.

—¡Válgame Dios! —dijo la señora Cluppins.

—Bueno, ¡de veras que no lo habría creído si no hubiera dado la casualidad de que estoy aquí! —dijo la señora Sanders.

La señora Cluppins era una mujercita viva y de aspecto diligente; la señora Sanders era un personaje grande, pesado y de rostro cargado: ambas formaban su compañía.

La señora Bardell consideró adecuado sentirse agitada; y como ninguna de las tres sabía exactamente si, bajo las actuales circunstancias, debía tenerse

ninguna comunicación con el criado del señor Pickwick, salvo a través de Dodson y Fogg, quedaron desconcertadas por la sorpresa. En este estado de indecisión, lo obvio es que ante todo había que dar azotes al niño por haber encontrado a Sam Weller en la puerta. Su madre le dio azotes, y él lloró melodiosamente.

—¡No hagas ruido; malo, travieso! —dijo la señora Bardell.

—Sí, no le des preocupaciones a tu pobre madre —dijo la señora Sanders.

—Tal como está, ya tiene bastantes preocupaciones sin ti, Tommy —dijo la señora Cluppins con resignación comprensiva.

—¡Ah, peor para él, pobre cordero! —dijo la señora Sanders.

Ante todas estas reflexiones morales, el señorito Bardell aulló más fuerte.

—Bueno, ¿y ahora qué hago? —dijo la señora Bardell a la señora Cluppins.

—Creo que debería verle —dijo la señora Cluppins—. Pero, por supuesto, ante testigos.

—Creo que dos testigos sería más legal —dijo la señora Sanders, que, como la otra amiga, reventaba de curiosidad.

—Quizá sería mejor que entrara —dijo la señora Bardell.

—Claro está —dijo la señora Cluppins, recogiendo afanosamente esa idea—; adelante, joven; y cierre antes la puerta de la calle, por favor.

Sam Weller captó inmediatamente la sugerencia y, presentándose en la salita, explicó así su asunto a la señora Bardell:

—Siento mucho causarle molestias personales, como dijo aquel ladrón a la vieja cuando la metió en el fuego; pero como yo y mi amo acabamos de llegar a la *ciudá*, y nos vamos enseguida, no hay más remedio que verla.

—Desde luego, el joven no tiene la culpa de los defectos de su amo —dijo la señora Cluppins, muy impresionada por el aspecto y las palabras de Sam Weller.

—Claro que no —se hizo eco la señora Sanders, que, por ciertas ojeadas meditativas a la sartén, parecía sumergida en cálculos mentales sobre la ración posible de patas de cerdo, en el caso de que se invitara a cenar a Sam.

—De manera que no vengo más que *pa* esto —dijo Sam, dejando a un lado la interrupción—; primero, *pa* decir que mi amo se despide; ya está. Segundo, *pa* pagar la pensión; aquí está. Tercero, *pa* decir que hay que reunir *toas* sus cosas, y dárselas a quien venga por ellas. Cuarto, que *usté* puede alquilar el cuarto en cuanto le parezca… y eso es *to*.

—A pesar de todo lo que haya pasado —dijo la señora Bardell—, siempre he dicho, y siempre lo diré, que en todos los aspectos, menos en uno, el señor Pickwick siempre se ha portado como un perfecto caballero. Su dinero siempre es tan bueno como el del banco, siempre.

Al decir esto, se llevó el pañuelo a los ojos y salió del cuarto para hacer el recibo.

Sam sabía muy bien que no tenía más que estar callado, y las mujeres hablarían, con toda seguridad; de modo que miró alternativamente a la sartén, al

queso tostado, a la pared y al techo, en profundo silencio.

—¡Pobrecilla! —dijo la señora Cluppins.

—¡Ah, la pobre! —contestó la señora Sanders.

Sam no dijo nada. Veía que se acercaban al tema.

—Realmente, no puedo contenerme —dijo la señora Cluppins— cuando pienso en tal perjurio. No quiero decir nada que le moleste, joven, pero su amo es un viejo bruto y me gustaría que estuviera delante para decírselo.

—A mí también me gustaría —dijo Sam.

—¡Hay que ver qué mal lo lleva, cómo está de abatida, sin tener gusto por nada, salvo cuando vienen sus amigas a verla, por caridad, para que se encuentre mejor! —continuó la señora Cluppins, lanzando una mirada hacia la sartén y la hornilla—. ¡Es terrible!

—¡Es algo horrible! —dijo la señora Sanders.

—¡Y su amo, joven! Un hombre adinerado, que no notaría nunca el gasto de una mujer, que para él no sería nada —siguió la señora Cluppins con gran locuacidad—. ¡Vaya! No hay ni sombra de excusa para su conducta. ¿Por qué no se casa con ella?

—Ah —dijo Sam—, claro; esa es la cuestión.

—Esa es una cuestión —replicó la señora Cluppins— que ella le plantearía, si tuviera mi manera de ser. De todos modos, las mujeres tenemos a nuestro favor la ley, aun siendo unas criaturas tan desgraciadas como ellos nos harían si pudieran; y eso ya lo verá su amo, a sus expensas, antes que pasen seis meses.

Ante esta reflexión consoladora, la señora Cluppins se animó y sonrió a la señora Sanders, que le devolvió la sonrisa.

«La causa va adelante, no hay riesgo de equivocarse», pensó Sam, cuando la señora Bardell volvió con el recibo.

—Aquí está el recibo, señor Weller —dijo la señora Bardell—, y aquí tiene la vuelta; espero que tome una gota de algo para defenderse del frío, aunque solo sea porque somos viejos conocidos.

Sam comprendió la ventaja que eso significaba para él, y asintió enseguida; con lo cual, la señora Bardell sacó de un armarito una botella negra y un vaso; y tan grande era su distracción, en la profunda aflicción de su espíritu que, después de llenar el vaso de Sam, sacó otros tres vasos y los llenó también.

—¡Vaya, señora Bardell! —dijo la señora Cluppins—. ¡Mire lo que ha hecho!

—¡Esta sí que es buena! —exclamó la señora Sanders.

—¡Ay, mi pobre cabeza! —dijo la señora Bardell con una sonrisa.

Sam lo entendió todo, desde luego, de modo que dijo enseguida que no bebería jamás antes de la cena, a no ser que una señora bebiera con él. Siguió a eso una buena dosis de risa, y la señora Sanders se ofreció a seguirle el humor: de modo que tomó un sorbo de su vaso. Luego dijo Sam que debía hacerse una ronda, de modo que todas tomaron un pequeño sorbo. Entonces la pequeña

señora Cluppins propuso un brindis, « por el éxito de “Bardell contra Pickwick”» , y las señoras vaciaron sus vasos para honrar esta causa, e inmediatamente se pusieron muy locuaces.

—Supongo que usted habrá oído hablar de lo que pasa, señor Weller —dijo la señora Bardell.

—Algo he oído —respondió Sam.

—Es una cosa terrible verse arrastrada ante el público de este modo, señor Weller —dijo la señora Bardell—; pero ahora veo que es lo único que se puede hacer, y mis abogados, los señores Dodson y Fogg, me dicen que, con todas las declaraciones que puedo presentar, tengo que tener éxito. No sé lo que haría, señor Weller, si no ganara.

La idea de que la señora Bardell fracasara en su acción afectó tan profundamente a la señora Sanders, que se vio en la necesidad de volver a llenar y vaciar su vaso inmediatamente; sintiendo, como dijo luego, que si no hubiera tenido la presencia de ánimo de hacerlo, se habría desmayado.

—¿Cuándo se espera que se vea la causa? —preguntó Sam.

—En febrero o en marzo —respondió la señora Bardell.

—¡Y cuántos testigos habrá!, ¿no? —dijo la señora Cluppins.

—¡Ah, ya lo creo! —respondió la señora Sanders.

—Y los señores Dodson y Fogg, ¿no se pondrán como locos si no ganan? —añadió la señora Cluppins—. Porque lo hacen todo a crédito.

—¡Ah, claro! —dijo la señora Sanders.

—Pero tienen que ganar —continuó la señora Cluppins.

—Así lo espero —dijo la señora Bardell.

—Oh, no puede haber duda de eso —siguió la señora Sanders.

—Bueno —dijo Sam, levantándose y dejando el vaso—; todo lo que puedo decir es que me gustaría que usted sacara lo suyo.

—Gracias, señor Weller —dijo la señora Bardell fervientemente.

—Y esos Dodson y Fogg, que hacen esta clase de cosas a crédito —siguió Sam—, así como la otra clase de gente generosa de la misma profesión, que cortan las orejas a la gente gratis y por *na*, y que ponen a trabajar a sus empleados *pa* encontrar disputas entre sus vecinos y conocidos, *pa* que tengan que arreglarse con pleitos; *to* lo que puedo decir de ellos es que me gustaría que tuvieran el pago que merecen.

—¡Ah, me gustaría que tuvieran la recompensa que todos los corazones buenos y generosos se inclinasen a concederles! —dijo la señora Bardell, halagada.

—Amén a eso —respondió Sam—; y sí que vivirían muy bien con eso. Les deseo buenas noches, señoras.

Con gran alivio de la señora Sanders, se permitió marchar a Sam sin ninguna referencia por parte de la anfitriona a las patas de cerdo y el queso tostado; a los

cuales las señoras rindieron la más amplia justicia poco después, con la asistencia juvenil que podía proporcionar el señorito Bardell; efectivamente, las patas se desvanecieron ante tan firme aplicación.

Sam dirigió sus pasos otra vez hacia San Jorge y el Buitre, y contó fielmente a su amo las indicaciones de la hábil actividad de Dodson y Fogg que se las había arreglado para averiguar en su visita a la señora Bardell. Una entrevista con el señor Perker, al día siguiente, confirmó de sobra las indicaciones de Sam; y el señor Pickwick hubo de preparar su visita navideña a Dingley Dell con la agradable perspectiva de que unos dos o tres meses después se juzgaría públicamente en la Audiencia Civil una causa promovida contra él en solicitud de indemnización por motivo de quebrantamiento de promesa de matrimonio, con la demandante favorecida por todas las ventajas que se derivaban no solo de la fuerza de las circunstancias, sino, por si fuera poco, de la astuta habilidad de Dodson y Fogg.

XXVII
SAMUEL WELLER HACE UNA PEREGRINACIÓN A DORKING, Y CONTEMPLA A SU MADRASTRA

Cuando todavía faltaban dos días para la partida de los pickwickianos hacia Dingley Dell, Sam Weller, después de almorzar temprano, se sentó en un cuarto trasero de San Jorge y el Buitre para reflexionar sobre el mejor modo de pasar el tiempo. Era un día excelente, y no llevaba diez minutos dando vueltas al asunto en la cabeza, cuando de repente se sintió lleno de afecto filial; y se le ocurrió de modo tan apremiante que debía ir a ver a su padre, para presentar sus respetos a su madrastra, que quedó perdido en asombro ante su propia remisión por no haber pensado hasta entonces en su obligación moral. Deseoso de compensar su pasado descuido sin perder una hora más, subió inmediatamente a ver al señor Pickwick y pidió permiso con tan laudable propósito.

—Claro, Sam, claro —dijo el señor Pickwick, con los ojos resplandecientes de placer ante esta manifestación de sentimiento filial por parte de su criado—; claro que sí, Sam.

Sam Weller hizo una reverencia agradecida.

—Me alegro de ver que tienes tan alto sentido de tus deberes de hijo —dijo el señor Pickwick.

—Siempre lo he tenido, señor —respondió Sam.

—Es una idea muy grata, Sam —dijo el señor Pickwick en tono de aprobación.

—Mucho, señor —dijo Sam—; siempre que quería algo de mi padre, se lo pedía de un modo muy respetuoso y atento. Si no me lo daba, me lo tomaba yo, no fuera a ser que me sintiera *llevao* a hacer algo malo por no tenerlo. De esa manera le pude ahorrar muchas molestias, señor.

—No es eso precisamente lo que quería decir yo, Sam —dijo el señor Pickwick, sacudiendo la cabeza, con una leve sonrisa.

—Todo son buenos sentimientos, señor; las mejores intenciones, como dijo aquel que se escapó de su mujer porque ella parecía desgraciada con él —respondió Sam.

—Puedes ir, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Gracias, señor —contestó Sam Weller y, después de hacer su mejor reverencia y de ponerse su mejor ropa, Sam se plantó en la imperial de la diligencia de Arundel, y se fue a Dorking.

Al Marqués de Granby, en tiempos de la señora Weller, era un modelo de posada de camino de la mejor clase —lo bastante grande como para tener de todo, y lo bastante pequeña como para ser cómoda—. Al otro lado del camino había un gran letrero en un poste alto, representando la cabeza y hombros de un caballero de rostro apoplético, con casaca roja de vueltas azules y un toque del

mismo azul sobre el tricornio, a modo de cielo. Sobre eso, a su vez, había un par de banderas; bajo el último botón de su casaca había un par de cañones; y el conjunto formaba una semejanza expresiva e indudable del marqués de Granby, [41] de gloriosa memoria.

La ventana de la sala exhibía una selecta colección de geranios, y una fila de botellas alcohólicas muy bien desempolvadas. Los postigos abiertos mostraban una variedad de inscripciones doradas, alabando las buenas camas y los buenos vinos; y el selecto grupo de campesinos y postillones que pasaban el tiempo alrededor de la puerta del establo y del abrevadero ofrecía prueba presuntiva de la excelente calidad de la cerveza y vinos que se vendían dentro. Sam Weller se detuvo, al desmontar de la diligencia, para observar todas esas indicaciones de un negocio en buena marcha, con ojos de viajero experto; y una vez que lo hizo, se metió enseguida, muy satisfecho con todo lo que había observado.

—¡Eh, a ver, joven! —dijo una penetrante voz femenina, en el momento en que Sam metía la cabeza por la puerta—. ¿Qué quiere?

Sam volvió la mirada en la dirección de donde procedía la voz. Venía de una señora, más bien gruesa, de muy buen aspecto, sentada junto a la chimenea de la sala y que atizaba el fuego para hacer hervir el agua del té. No estaba sola, pues al otro lado de la chimenea, sentado muy derecho en una butaca de respaldo alto, había un hombre de ropa negra muy gastada, con una espalda casi tan larga y derecha como la de la butaca, que atrajo enseguida la más particular y especial atención de Sam.

Era un hombre de rostro flaco y nariz colorada, con facciones largas y sutiles y unos ojos como de serpiente de cascabel: bastante agudos, pero decididamente malos. Llevaba calzones muy cortos y medias negras de algodón, que, como el resto de su indumentaria, estaban especialmente gastadas. Su aspecto era todo almidonado, menos en su plastrón, blanco, cuyos largos extremos fláccidos se dispersaban sobre el chaleco, bien abotonado, de un modo grosero y desordenado. Un par de guantes de castor, viejos y gastados, un sombrero de ala ancha y un ajado paraguas verde, con su buen tanto de ballenas saliéndose por abajo, como para compensar la falta de mango por arriba, estaban en una silla a su lado; y, colocado todo ello de modo cuidadoso y arreglado, parecía implicar que el hombre de la nariz roja, quienquiera que fuese, no tenía intención de marcharse deprisa.

Para hacer justicia al hombre de la nariz roja, habría sido muy poco juicioso que abrigara tal intención; pues, a juzgar por todas las apariencias, muy deseable tenía que haber sido su círculo de amistades para esperar razonablemente estar más a gusto en ningún otro sitio. El fuego ardía, luminoso, bajo la influencia del fuelle; un plato de tostadas con mantequilla se freía amablemente ante el fuego; y el propio hombre de la nariz roja estaba laboriosamente ocupado en convertir una amplia rebanada de pan en ese mismo grato comestible, utilizando un largo

tenedor de latón para tostar. A su lado había un vaso humeante de ron de piña con agua, con una rebanada de limón; y cada vez que el hombre de la nariz roja se detenía para acercarse a los ojos la tostada con el fin de comprobar cómo iba, absorbía una gota o dos del ron caliente y sonreía a la señora más bien gruesa que atizaba el fuego.

Sam estaba tan perdido en la contemplación de esta grata escena, que dejó pasar la primera pregunta de la señora más bien gruesa sin prestarle atención. Solo cuando se repitió, en un tono más agudo, se dio cuenta Sam de lo impropio de su conducta.

—¿Está el jefe? —preguntó Sam como respuesta a la pregunta.

—No, no está —respondió la señora Weller; pues la señora más bien gruesa no era sino la ex viuda y sola heredera del difunto señor Clarke—. No está, y tampoco le espero.

—¿Supongo que andará hoy con el coche? —preguntó Sam.

—Puede que sí, o puede que no —respondió la señora Weller, untando de mantequilla la tostada que el hombre de la nariz roja había terminado de preparar—; no lo sé, y más todavía, ni me importa. Dé la bendición, señor Stiggins.

El hombre de la nariz roja hizo lo que se le pedía, y al momento atacó la tostada con fiera voracidad.

El aspecto del hombre de la nariz roja había llevado a Sam, a primera vista, a sospechar de modo vehemente que fuera aquel pastor-vicario de quien le había hablado su estimado progenitor. En el momento en que le vio comer desaparecieron todas sus dudas sobre el tema, y se dio cuenta enseguida de que si se proponía acampar temporalmente donde estaba, tenía que acreditar sin tardanza sus títulos. Por tanto, empezó su actuación pasando el brazo por encima de la media puerta de la sala, descorriendo el cerrojo con frialdad y entrando tranquilamente.

—Querida madrastra —dijo Sam—, ¿cómo está *usté*?

—¡Vaya, me parece que es un Weller! —dijo la señora, poniendo los ojos en la cara de Weller con una expresión de fisonomía nada complacida.

—Creo que sí —dijo Sam, imperturbable—, y espero que este reverendo me excusará si digo que me gustaría ser el Weller que es dueño de *usté*, querida madrastra.

Aquel era un cumplimiento de doble filo. Implicaba que la señora Weller era una mujer muy agradable, pero también que el señor Stiggins tenía aspecto clerical. Hizo enseguida una impresión visible; y Sam aprovechó la ventaja dando un beso a su madrastra.

—¡Vamos, quita, quita! —dijo la señora Weller, rechazándole de un empujón.

—¡Qué vergüenza, joven! —dijo el de la nariz roja.

—No lo tome a mal, señor, no lo tome a mal —respondió Sam—; pero tiene

usté mucha razón; esto no está bien cuando la madrastra es joven y de buen aspecto, ¿no es *verdá*, señor?

—Todo es vanidad —dijo el señor Stiggins.

—Ah, eso es —dijo la señora Weller, poniéndose derecha la cofia.

Sam pensó también que así era, pero se calló.

El vicario no parecía nada contento con la llegada de Sam; y cuando pasó la primera efervescencia de los saludos, la propia señora Weller puso cara de que podría haberse pasado sin él sin sentirlo en absoluto. Sin embargo, allí estaba; y como no le podían echar decentemente, los tres se sentaron a tomar el té.

—¿Y cómo está mi padre? —dijo Sam.

Ante esta pregunta, la señora Weller levantó las manos y puso los ojos en blanco, como si el tema fuera demasiado doloroso para aludir a él.

El señor Stiggins gimió.

—¿Qué le pasa a este señor? —preguntó Sam.

—Está escandalizado de ver cómo se porta tu padre —contestó la señora Weller.

—¿Ah, sí? —dijo Sam.

—Y con buenas razones —añadió gravemente la señora Weller.

El señor Stiggins tomó otra tostada y gimió fuertemente.

—Es un terrible réprobo —dijo la señora Weller.

—¡Un hijo de la ira! —exclamó el señor Stiggins.

Dio un gran mordisco semicircular a la tostada y volvió a gemir.

Sam sintió grandes inclinaciones a darle al reverendo señor Stiggins algo para que gimiera de verdad, pero reprimió su tendencia y se limitó a preguntar:

—¿Qué hace ahora el viejo?

—¿Qué hace? —dijo la señora Weller—. Ah, tiene un corazón muy duro. Noche tras noche, este hombre excelente (no se enfade, señor Stiggins; digo que usted sí que es un hombre excelente) viene aquí y se pasa horas seguidas, sin hacer el menor efecto en él.

—Bueno, me extraña —dijo Sam—; en mí sí que haría un efecto considerable, si estuviera en su lugar; estoy seguro.

—El hecho es, mi joven amigo —dijo solemnemente el señor Stiggins—, que tiene un corazón empedernido. Ah, mi joven amigo, ¿qué otra persona podría haber resistido las súplicas de dieciséis de nuestras más bellas hermanas para suscribirse a nuestra noble sociedad, que provee a los negritos de las Indias Occidentales con chalecos de franela y pañuelos morales?

—¿Qué son pañuelos morales? —dijo Sam—. Nunca he visto esas prendas de vestir.

—Los que combinan la diversión con la instrucción, mi joven amigo —respondió el señor Stiggins—, mezclando cuentos selectos con grabados.

—Ah, ya sé —dijo Sam—; ¿esos que cuelgan en las tiendas de los pañeros,

con peticiones de mendigos y esas cosas encima?

El señor Stiggins empezó la tercera tostada y asintió con la cabeza.

—¿Y no le convencieron las señoras, eh? —dijo Sam.

—Se sentó a fumar su pipa y dijo que los negritos eran… ¿qué es lo que dijo que eran los negritos? —dijo la señora Weller.

—Pequeños farsantes —respondió el señor Stiggins, hondamente afectado.

—Dijo que los negritos eran unos pequeños farsantes —repitió la señora Weller.

Y ambos gimieron ante la atroz conducta del viejo.

Se habrían revelado muchas más iniquidades de naturaleza semejante, si no fuera porque, como se habían comido ya todas las tostadas, y el té se había puesto muy flojo, y Sam no daba señales de que se fuera a marchar, el señor Stiggins recordó de repente que tenía una cita muy urgente con el pastor, y en consecuencia desapareció.

Apenas habían retirado las cosas del té y limpiado la chimenea, cuando la diligencia de Londres depositó en la puerta al señor Weller padre; sus piernas le depositaron en la sala, y sus ojos le mostraron a su hijo.

—¡Cómo, Sammy! —exclamó el padre.

—¡Qué hay, viejo! —gritó el hijo.

Y se dieron un cordial apretón de manos.

—Me alegro mucho de verte, Sammy —dijo el viejo Weller—, aunque es un misterio *pa* mí cómo te las has arreglado *pa* dominar a tu madrastra. Solo querría que me dieras la receta, eso es *to*.

—¡Chist! —dijo Sam—; está en casa, viejo.

—No nos oye —respondió el señor Weller—; siempre se va a enredar abajo un par de horas después del té; de modo que mientras tanto nos echaremos un trago, Sammy.

Diciendo esto, el señor Weller mezcló dos vasos de licor y agua, y sacó un par de pipas. El padre y el hijo se sentaron uno frente a otro; Sam a un lado del fuego, en la butaca de respaldo alto, y el señor Weller en el otro, en una mecedora, poniéndose cómodos con toda la gravedad debida.

—¿Había alguien más, Sammy? —preguntó el viejo Weller con sequedad tras un largo silencio.

Sam asintió expresivamente con la cabeza.

—¿Un tío de nariz roja? —preguntó el señor Weller.

Sam volvió a asentir.

—Un hombre amable ese, Sammy —dijo el señor Weller, fumando con violencia.

—Eso parece —observó Sam.

—Buena mano *pa* las cuentas.

—¿Ah, sí? —dijo Sam.

—Pide prestados dieciocho peniques el lunes,[42] y viene el martes por un chelín *pa* que sea media corona; vuelve a venir el miércoles, por otra media corona *pa* que sean cinco chelines, y así sigue doblando; hasta que llega en un momento a un billete de cinco libras, como esas sumas del libro de cuentas sobre los clavos de las herraduras, Sammy.

Sam indicó con la cabeza que se acordaba del problema aludido por su padre.

—¿De manera que no quiso *usté* suscribirse *pa* los chalecos de franela? —dijo Sam, tras otro intervalo, fumando.

—Claro que no —respondió el señor Weller—; ¿*pa* qué les sirven los chalecos de franela a los negritos de por ahí? Pero te diré lo que pasa, Sammy —dijo el señor Weller, bajando la voz e inclinándose a través de la chimenea—: camisas de fuerza es lo que yo pagaría *pa* ciertas gentes de este país.

Y dicho esto, el señor Weller recobró su posición anterior e hizo un guiño a su primogénito con aire de profundidad.

—La *verdá* es que es una manera rara de empezar, mandando pañuelos a una gente que no sabe *pa* qué sirven —dijo Sam.

—Siempre están armando algún juego de esos, Sammy —respondió su padre—. El otro domingo bajaba yo por la calle, cuando ¡a quién veo, junto a la puerta de una capilla, con un plato sopero azul en la cabeza, sino a tu madrastra! Estoy seguro de que tenía cambio de un par de libras, Sammy, todo en medios peniques; y cuando la gente salía, echaban los peniques hasta que habrías dicho que ningún plato mortal que se haya cocido jamás aguantaría tanto golpe. ¿*Pa* qué te crees que era *to* eso?

—*Pa* otro té, a lo mejor —dijo Sam.

—*Na* de eso —contestó su padre—. *Pa* pagar la cuenta de agua del pastor, Sammy.

—¡La cuenta de agua del pastor! —dijo Sam.

—Sí —contestó el señor Weller—; ya debía tres trimestres, y el pastor no había pagado; a lo mejor era porque el agua no le sirve *pa* mucho, porque de ese grifo bebe poco, Sammy, muy poco; pero ya sabe media docena de trucos como ese. De todas maneras, no se había pagado la cuenta y le cortaban el agua. Allá que baja el pastor a la capilla, y se presenta como un santo perseguido, y dice que espera que se ablande el corazón del verdugo que corta el agua, y que se le lleve al buen camino, pero le parece que ya está apuntado *pa* algo más incómodo. Con esto, las mujeres organizan una reunión, cantan un himno, votan presidenta a tu madrastra; y ofrecen hacer una colecta al otro domingo *pa* dárselo al pastor. Y si este no ha sacado bastante *pa* librarse de la compañía del agua *toa* su vida —dijo el señor Weller como remate—, yo soy tonto, y tú también, y se acabó.

El señor Weller fumó en silencio unos minutos y luego continuó:

—Lo peor de estos pastores, hijo mío, es que vuelven locas a *toas* las jóvenes de por aquí. Dios bendiga sus corazoncitos; ellas piensan que está muy bien, y no conocen *na* mejor, pero son víctimas de un enredo, Sammy, son víctimas de un enredo.

—Eso me parece —dijo Sam.

—*Na* más —dijo el señor Weller, sacudiendo la cabeza con gravedad—; y lo que más me molesta, Samivel, es verlas cómo pierden el tiempo y el trabajo, haciendo ropa *pa* gente de color de cobre, que no la necesita, sin fijarse en los cristianos de color de carne, que sí la necesitan. Si me dejaran, Samivel, ataría a unos cuantos de esos pastores holgazanes a una carretilla de carga, y les haría correr *to* el día, arriba y abajo, por una tabla de catorce dedos de ancho. Eso les quitaría las tonterías del cuerpo mejor que *na*.

El señor Weller, después de pronunciar esta receta con gran énfasis, prolongada por una variedad de sacudidas de cabeza y contorsiones de ojo, vació el vaso de un sorbo y sacudió las cenizas de la pipa con su dignidad natural.

Estaba dedicado a esta operación, cuando se oyó en el pasillo una voz chillona.

—Ahí tienes a tu querida pariente, Sammy —dijo el señor Weller, y la señora W. entró apresurada en el cuarto.

—¡Ah, ya has vuelto, vaya! —dijo la señora Weller.

—Sí, querida mía —respondió el señor Weller, llenando otra pipa.

—¿Ha vuelto el señor Stiggins? —dijo la señora Weller.

—No, querida mía, no ha vuelto —respondió el señor Weller, encendiendo la pipa por el ingenioso sistema de aplicar a la cazoleta, entre las tenazas de la chimenea, un carbón al rojo blanco—; y lo que es más, querida mía, me las arreglaré *pa* sobrevivir aunque no vuelva en su vida.

—¡Quita allá, miserable! —dijo la señora Weller.

—Gracias, amor mío —dijo el señor Weller.

—Vamos, vamos, padre —dijo Sam—, *na* de mimos de esos delante de los de fuera. Aquí llega el reverendo.

Ante este aviso, la señora Weller se secó apresuradamente las lágrimas que acababa de empezar a hacer salir; y el señor W. retiró su butaca de mal humor hacia el rincón de la chimenea.

Fue fácil convencer al señor Stiggins para que tomara otro vaso de ron de piña con agua caliente, y otro, y un tercero; y para que luego se confortara con una cena ligera antes de volver a empezar. Estaba sentado en el mismo lado que el señor Weller padre; y siempre que este podía hacerlo, sin que le viera su mujer, indicaba a su hijo las emociones ocultas de su ánimo agitando el puño por encima de la cabeza del pastor; proceso que proporcionaba a su hijo la

complacencia y la satisfacción más absolutas, sobre todo porque el señor Stiggins seguía bebiendo tranquilamente el ron con agua sin tener la menor idea de lo que ocurría.

La parte principal de la conversación corrió a cargo solamente de la señora Weller y el reverendo señor Stiggins; y los temas principalmente tratados fueron las virtudes del pastor, la dignidad de su rebaño y los altos delitos y extravíos de todos los demás; disertaciones que el viejo Weller de vez en cuando interrumpía con referencias medio veladas a un caballero llamado Walker,[43] y otros comentarios de acompañamiento continuo, análogos en especie.

Por fin, el señor Stiggins, con varios síntomas indudables de tener en el cuerpo tanto ron como podía asimilar cómodamente, tomó el sombrero y se despidió; y enseguida Sam fue llevado a su cama por su padre. El viejo le estrechó la mano fervientemente, y parecía a punto de dirigir una observación a su hijo cuando, al avanzar hacia él la señora Weller, pareció abandonar esa intención, y le dio las buenas noches en forma abrupta.

Al día siguiente Sam se levantó temprano y, después de desayunar deprisa, se preparó para volver a Londres. Apenas había puesto el pie fuera de la casa, cuando se le plantó delante su padre.

—¿Ya te vas, Sammy? —preguntó el señor Weller.

—Enseguida —respondió Sam.

—Me gustaría que pudieras empaquetar a ese Stiggins, y llevártelo contigo —dijo el señor Weller.

—¡Me da vergüenza de *usté*! —dijo Sam con reproche—. ¿*Pa* qué le deja asomar la nariz roja por Al Marqués de Granby?

El señor Weller fijó gravemente la mirada en su hijo, y contestó:

—Porque soy un hombre casado, Samivel, porque soy un hombre casado. Cuando seas un hombre casado, Samivel, comprenderás muchas cosas que ahora no comprendes; pero si vale la pena sufrir tanto *pa* aprender tan poco, como dijo el niño del asilo cuando acabó el abecedario, eso es cuestión de gustos. Yo más bien creo que no.

—Bueno —dijo Sam—, adiós.

—Adiós, adiós —respondió su padre.

—Solo tengo que decir esto —dijo Sam, parándose en seco—: que si yo fuera el dueño de Al Marqués de Granby, y viniera ese Stiggins a beber en mi casa…

—¿Qué? —interrumpió el señor Weller con gran ansiedad—. ¿Qué?

—Le envenenaría el ron —dijo Sam.

—¡No! —dijo el señor Weller, estrechando gravemente la mano de su hijo—. ¿De veras lo harías, Sammy… lo harías?

—Sí —dijo Sam—. Al principio no le trataría muy duro. Le echaría en el pozo y pondría la tapa; y si encontraba que era insensible a la *amabilidá*, probaría la otra manera de convencerle.

El viejo señor Weller lanzó a su hijo una mirada de profunda e inexpresable admiración y, estrechándole la mano otra vez, se marchó lentamente, revolviendo en su ánimo las numerosas reflexiones a que había dado origen aquel consejo.

Sam le siguió con la mirada, hasta que dobló una esquina; luego siguió en dirección a Londres. Al principio meditaba sobre las consecuencias posibles de su consejo y las probabilidades de que su padre lo siguiera. Pero luego abandonó el tema, con la reflexión consoladora de que ya se vería con el tiempo; y esta es la reflexión que querríamos dejar grabada en el lector.

XXVIII
UN BIENHUMORADO CAPÍTULO NAVIDEÑO, CONTENIENDO EL RELATO DE UNA BODA, ADEMÁS DE ALGUNAS OTRAS DIVERSIONES, QUE AUN SIENDO, A SU MANERA, TAN BUENAS COSTUMBRES COMO EL MISMO MATRIMONIO, NO SE OBSERVAN TAN RELIGIOSAMENTE EN ESTOS TIEMPOS DEGENERADOS

Diligentes como las abejas, aunque no del todo tan ligeros como las hadas, los cuatro pickwickianos se reunieron en la mañana del veintidós de diciembre[44] del año de gracia en que se emprendieron y realizaron estas aventuras fielmente relatadas. La Navidad se acercaba, con toda su franca y honrada alegría; era la época de la hospitalidad, del júbilo y del ánimo abierto; el Año Viejo se preparaba, como un filósofo antiguo, para congregar en torno de él a sus amigos, y fallecer, tranquilo y suave, entre el ruido de las fiestas y los banquetes. Alegre y jubiloso era el momento; y muy alegres y jubilosos estaban por lo menos cuatro de los numerosos corazones que se regocijaban con su llegada.

¡Qué numerosos son los corazones a los que la Navidad trae una breve temporada de felicidad y goce! ¡Cuántas familias, cuyos miembros se han dispersado y desparramado en las agitadas batallas de la vida, se reúnen entonces y vuelven a encontrarse en el feliz estado de compañerismo y buena voluntad mutua que es fuente de placer tan puro y sin mancha; tan incompatible con las preocupaciones y tristezas del mundo, que las creencias religiosas de las naciones más civilizadas, así como las tradiciones más rudas de los más primitivos salvajes, la cuentan igualmente entre los primeros goces de una futura situación de la existencia, reservada para los buenos y los elegidos! ¡Cuántos recuerdos antiguos y cuántas simpatías medio olvidadas despierta el tiempo de Navidad!

Escribimos ahora estas palabras, a muchas millas de distancia del lugar donde, año tras año, nos reuníamos aquel día en círculo alegre y jubiloso. Muchos corazones que entonces palpitaban con tanto ánimo ahora han dejado de latir; muchos ojos que entonces brillaban tan claros ahora han dejado de refulgir; las manos que estrechábamos se han enfriado; las miradas que buscábamos han ocultado su resplandor en la tumba; y sin embargo, la vieja casa, el cuarto, las voces alegres y las caras sonrientes, la broma, la risa, las circunstancias más menudas y triviales en relación con esas felices reuniones, se agolpan en nuestra mente cada vez que vuelve esa época, como si hubiéramos estado juntos ayer mismo. ¡Feliz, feliz Navidad, que puede devolvernos la ilusión de nuestros días infantiles; que puede evocar al anciano los placeres de la juventud; que puede transportar al marino y al viajero a miles de millas, otra vez a su hogar, junto al fuego!

Pero estamos tan absorbidos y ocupados con las buenas cualidades de esta

piadosa Navidad, que tenemos al señor Pickwick y a sus amigos esperando a la intemperie, en la imperial de la diligencia de Muggleton, que acaban de tomar bien envueltos en gabanes, mantas y bufandas. Las maletas y portamantas están a salvo, y Sam Weller y el guarda intentan meter en la caja de delante un enorme bacalao varias tallas mayor que el receptáculo y hábilmente empaquetado en un largo cesto pardo, con una capa de paja por encima, y que se ha dejado para lo último con el fin de que pueda descansar a salvo sobre media docena de barriles de ostras auténticas, todo ello propiedad del señor Pickwick, dispuesto en buen orden en el fondo del vehículo. El interés reflejado en el rostro del señor Pickwick es muy intenso, mientras Sam y el postillón tratan de estrujar al bacalao en el portaequipajes, primero con la cabeza por delante, luego con la cola por delante, luego boca arriba, luego boca abajo, luego a lo largo, luego a lo ancho, artificios que el implacable bacalao resiste firmemente, hasta que el postillón, por casualidad, le da un golpe en medio del cesto, con lo que desaparece súbitamente en el portaequipajes, llevándose consigo la cabeza y los hombros del propio postillón, que, no contando con tan súbito cese de la resistencia pasiva del bacalao, experimenta un golpe inesperado, con inagotable deleite de todos los mozos de carga y circunstantes. Ante esto, el señor Pickwick sonríe con muy buen humor, y sacando un chelín del bolsillo del chaleco dice al postillón, cuando sale del portaequipajes, que beba a su salud un vaso de aguardiente con agua caliente; el postillón sonríe, y los señores Snodgrass, Winkle y Tupman sonríen también. El postillón y Sam desaparecen durante cinco minutos, muy probablemente para buscar el aguardiente, pues al volver huelen fuerte; el cochero sube al pescante, Sam monta detrás de un salto, los pickwickianos se ciñen los abrigos en torno a las piernas y las bufandas por la cabeza, los ayudantes quitan las mantas a los caballos, el cochero grita alegremente:

—Está bien. —Y allá que van.

Traquetean por las calles y saltan por las piedras, hasta que al fin alcanzan el campo ancho y abierto. Las ruedas resbalan por el suelo helado y duro; y los caballos, lanzados al galope a un seco restallar del látigo, avanzan por el camino como si la carga que llevan detrás —diligencia, pasajeros, bacalao, barriles de ostras y todo— no fuera más que una pluma en sus cascos. Bajan por una suave pendiente y entran en un llano, compacto y seco como un bloque macizo de mármol, de dos millas de largo. Otro resbalar del látigo, y los caballos se apresuran a un buen galope, agitando las cabezas y haciendo tintinear las campanillas, como de alegría por la rapidez de la marcha; mientras el cochero, con el látigo y las riendas en una mano, se quita el sombrero con la otra y, dejándolo en las rodillas, saca el pañuelo y se frota la cabeza, en parte porque acostumbra a hacerlo y en parte porque quiere demostrar a los pasajeros qué tranquilo está y qué cosa más fácil es conducir un coche con cuatro caballos

cuando se tiene tanta práctica como él. Habiéndolo hecho con toda plenitud (de otro modo, el efecto resultaría muy perjudicado materialmente), vuelve a poner en su sitio el pañuelo, se ajusta los guantes, acomoda los codos, vuelve a restallar el látigo y acelera con más júbilo que nunca.

Unas pocas casitas dispersas a ambos lados del camino anuncian la entrada de una ciudad o un pueblo. Las notas vivaces de la trompeta de llaves del postillón vibran en el claro aire frío, y despiertan a un señor viejo que va dentro, quien, bajando cuidadosamente la ventanilla hasta la mitad, y asomándose a mirar, lanza una breve ojeada, y luego, volviendo a subir la ventanilla, informa al vecino de que van a cambiar de caballos; con lo cual el otro se despierta, y decide aplazar su siguiente sueño hasta la próxima parada. Otra vez vuelve a sonar la trompeta, y sobresalta a la mujer y a los hijos del que vive en la casa; se asoman a la puerta y miran la diligencia hasta que dobla la esquina, volviéndose luego a congregar en torno al fuego y echando otro tronco hasta que vuelva el padre; mientras este, a una milla, acaba de intercambiar un ademán amistoso con el cochero, volviéndose a mirar largamente el vehículo que se aleja como un torbellino.

Y ahora la trompeta ejecuta una vivaz melodía mientras la diligencia traquetea por las calles mal pavimentadas de un pueblo de provincia; y el cochero, desatando la hebilla que sujeta las bridas juntas, se prepara a tirarlas en el momento en que se detenga. El señor Pickwick emerge del cuello de su gabán y mira a su alrededor con gran curiosidad; al percibir lo cual, el cochero informa al señor Pickwick del nombre del pueblo y le dice que ayer fue día de mercado, elementos de información que transmite el señor Pickwick a sus compañeros de viaje; con lo cual ellos también emergen de los cuellos de sus gabanes y miran alrededor. Winkle, que está sentado en el borde con una pierna balanceando al aire, casi es lanzado a la calle cuando la diligencia da la vuelta a una esquina bruscamente delante de la tienda de quesos y se mete en la plaza; y antes de que Snodgrass, que va a su lado, se haya recobrado de su alarma, se detienen en el patio de la posada donde aguardan ya los caballos de refresco con las mantas puestas.

El cochero tira las riendas y baja, y los demás pasajeros de la imperial descienden también, excepto los que no tienen gran confianza en su capacidad para volver a subir; estos se quedan donde están, golpeando los pies contra la diligencia para calentárselos mientras miran, con los ojos ávidos y narices enrojecidas, el fuego que brilla en la sala de la posada y los manojos de acebo con bayas rojas que adornan las ventanas.

Pero el postillón ha entregado en la tienda de granos el paquete de estraza que ha sacado de la bolsita que cuelga de su hombro con una correa de cuero; y ha vigilado que los caballos se engancharan con cuidado; y ha tirado por el pavimento la silla que se trajo de Londres en el techo de la diligencia; y ha

asistido a la conferencia entre el cochero y el posadero sobre la yegua gris que se hizo daño en la pata delantera el martes pasado; y él y Sam se colocan atrás, y el cochero delante, mientras que el viejo de dentro, que había bajado la ventanilla un par de dedos, la ha vuelto a subir; y quitan las mantas a los caballos, y todos están preparados para marchar, excepto los « dos señores gordos» , por los cuales pregunta el cochero con impaciencia. Entonces el cochero y el postillón, y Sam Weller, y Winkle, y Snodgrass, y todos los posaderos, y todos los ociosos, que son más en número que todos los demás reunidos, gritan llamando a los caballeros ausentes con todas las fuerzas con que pueden aullar. Se oye una lejana respuesta desde el patio, y el señor Pickwick y el señor Tupman salen corriendo, sin aliento, pues estaban tomando un vaso cada uno, y el señor Pickwick tenía los dedos tan fríos que ha tardado más de cinco minutos en poder encontrar los seis peniques para pagar. El cochero grita, en tono de amonestación: « Vamos, señores» , el postillón lo repite; el viejo señor de dentro dice que es una cosa extraordinaria que la gente se empeñe en bajar cuando saben que no hay tiempo; el señor Pickwick lucha por subir por un lado; Tupman, por el otro; Winkle grita: « ¡Ya está!» , y arrancan. Se suben las bufandas, se vuelven a arreglar los cuellos de los gabanes, termina el pavimento, desaparecen las casas; y una vez más salen disparados al camino abierto, con el fresco aire libre soplándoles contra la cara y alegrando sus corazones.

Tal fue el viaje del señor Pickwick y sus amigos a bordo de *El Telégrafo de Muggleton*, camino de Dingley Dell; y a las tres de la tarde estaban sanos y salvos, secos y tranquilos, animosos y dispuestos, en el umbral de Al León Azul, habiendo tomado bastante alcohol por el camino para permitirles desafiar la escarcha que aprisionaba la tierra con sus férreas cadenas y tejía su hermosa red en los árboles y los setos. El señor Pickwick estaba atareado laboriosamente en contar los barriles de ostras y en vigilar la exhumación del bacalao, cuando sintió que le tiraban suavemente de los faldones de la casaca. Se volvió a mirar, y descubrió que el individuo que recurría a ese modo de llamarle la atención no era sino el paje favorito del señor Wardle, más conocido por los lectores de esta verídica historia por la apelación distintiva de « el chico gordinflón» .

—¡Ajá! —dijo el señor Pickwick.

—¡Ajá! —dijo el chico gordinflón.

Y al decirlo, su mirada pasaba del bacalao a los barriles de ostras, y reía gozosamente. Estaba más gordo que nunca.

—Bueno, estás bastante rubicundo, mi joven amigo —dijo el señor Pickwick.

—Estaba dormido ahí delante de la chimenea de la sala —respondió el chico gordinflón, que se había calentado hasta adquirir el color del barro cocido de un puchero nuevo durante su siesta de una hora—. El amo me ha *mandao* con el carro para llevar a casa su equipaje. Habría *mandao* unos caballos de montar, pero pensó que preferirían ir andando con este día frío.

—Sí, sí —dijo el señor Pickwick apresuradamente, pues recordaba cómo había viajado, por aquel mismo terreno aproximadamente, en una ocasión anterior—. Sí, preferimos ir andando. ¡A ver, Sam!

—Señor —dijo Sam Weller.

—Ayuda al criado del señor Wardle a poner los equipajes en el carro, y luego monta con él. Nosotros iremos andando enseguida.

Dadas estas instrucciones y arregladas las cuentas con el cochero, el señor Pickwick y sus tres amigos se lanzaron por el camino a través de los campos avanzando ágilmente, mientras que Sam Weller y el chico gordinflón quedaban frente a frente por primera vez. Sam miró al chico gordinflón con gran asombro, pero sin decir una palabra; y empezó rápidamente a meter el equipaje en el carro, mientras el chico gordinflón estaba tranquilamente a su lado, pareciendo pensar que era una cosa muy interesante ver a Sam Weller trabajando solo.

—Ea —dijo Sam, lanzando la última maleta—. ¡Ahí van!

—Sí —dijo el chico gordinflón con acento complacido—, ahí van.

—Bueno, joven veinte arrobas —dijo Sam—, es *usté* una buena muestra de muchacho de campeonato, vaya que sí.

—Gracias —dijo el chico gordinflón.

—*Usté* no tiene en la cabeza *na* que le haga tener prisa, ¿no? —preguntó Sam.

—Que yo sepa, no —respondió el chico gordinflón.

—Más bien habría pensado, al verle, que sufriera por un amor *desgraciao* a alguna muchacha —dijo Sam.

El chico gordinflón sacudió la cabeza.

—Bueno —dijo Sam—, me alegro de saberlo. ¿No bebe *na*?

—Me gusta más comer —contestó el muchacho.

—Ah —dijo Sam—, debía de habérmelo imaginado. Pero, quiero decir, ¿no le gustaría un trago de algo *pa* calentarse? Pero ya me imagino que *usté* nunca tiene frío, con *toas* esas cubiertas elásticas, ¿no?

—A veces —contestó el muchacho—; y me gusta un trago, cuando es bueno.

—¿Ah, sí? —dijo Sam—, pues venga por aquí entonces.

Pronto llegaron a la sala de Al León Azul, y el chico gordinflón se tragó un vaso de licor sin parpadear siquiera; una hazaña que le hizo avanzar considerablemente en la buena opinión de Sam Weller. Sam Weller resolvió por su propia cuenta un asunto semejante, y se subieron al carro.

—¿Sabe guiar? —dijo el chico gordinflón.

—Ya lo creo —contestó Sam.

—Bueno, pues entonces —dijo el chico gordinflón, poniéndole las riendas en la mano y señalando un camino—, es todo derecho; no se puede confundir.

Y con esas palabras, el chico gordinflón se tendió dulcemente al lado del bacalao y, poniéndose un barril de ostras debajo de la cabeza a modo de almohada, se quedó dormido instantáneamente.

—Bueno —dijo Sam—, de *toos* los tipos fríos que he visto en mi vida, este joven es el más frío de *toos*. ¡Vamos, despierte, joven dormilón!

Pero como el joven dormilón no mostraba síntomas de volver a sus sentidos, el propio Sam Weller se sentó delante del carro y, sobresaltando al viejo caballo con una sacudida de las riendas, se puso a trotar firmemente hacia la Granja Manor.

Mientras tanto, el señor Pickwick y sus amigos, después de poner la sangre en circulación a fuerza de andar, avanzaban alegremente. Los caminos estaban duros; la hierba, crujiente y escarchada; el aire tenía una frialdad sutil, seca, fortalecedora; y el rápido acercamiento del crepúsculo gris (de color pizarra, sería una palabra mejor, en tiempo de helada) les hacía desear con placentero presentimiento las comodidades que les esperaban en casa de su hospitalario anfitrión. Era esa clase de tardes que podrían inducir a un par de señores de cierta edad en un campo solitario a quitarse los abrigos y jugar a pídola, por pura ligereza de corazón y por alegría; y creemos firmemente que si Tupman en ese momento hubiera ofrecido la espalda, el señor Pickwick habría aceptado la oferta con la mayor prontitud.

De todas maneras, Tupman no ofreció semejante acomodo, y los amigos avanzaron, conversando alegremente. Al entrar en un camino que tenían que cruzar, llegó a sus oídos el sonido de muchas voces; y antes de que hubieran tenido tiempo de hacer cábalas sobre quiénes serían, se metieron en el centro mismo del grupo que esperaba su llegada, hecho que fue advertido por los pickwickianos, en primer lugar, por el sonoro «¡Hurra!» que brotó de los labios del viejo Wardle cuando se hicieron visibles.

Ante todo, estaba el propio Wardle, con aspecto más jovial que nunca, si era posible; luego estaban Isabel Wardle y su fiel Trundle; luego, Emily y unas ocho o diez señoritas, venidas para la boda, que sería al día siguiente, y que se encontraban en esa situación feliz e importante en que suelen estar las señoritas en tan solemnes ocasiones; todas ellas sobresaltando los campos y los caminos, a lo ancho y a lo largo, con sus bromas y su risa.

La ceremonia de presentación, en tales circunstancias, se realizó muy pronto, o mejor deberíamos decir que la presentación se acabó sin ceremonia. Dos minutos después, el señor Pickwick bromeaba con las señoritas que no querían saltar la tapia mientras él mirara —o que, teniendo hermosos pies y tobillos impecables, preferían quedarse en lo alto cinco minutos, diciendo que tenían mucho miedo de moverse—, con tal cordialidad y falta de reserva como si las hubiera conocido de toda la vida. Es también digno de observación que Snodgrass ofreció a Emily Wardle más asistencia de la que parecían requerir en absoluto los terrores de la tapia (por más que esta tuviera sus buenos tres pies y solamente un par de piedras para subir); mientras que se observó que una señorita de ojos negros, con unas lindas botitas con vueltas de piel, gritaba ruidosamente cuando

Winkle se ofreció para ayudarla a pasar.

Todo esto fue muy placentero y agradable. Y cuando por fin se superaron las dificultades de la tapia y entraron una vez más en campo abierto, el viejo Wardle informó al señor Pickwick de que habían salido todos juntos a inspeccionar los muebles y detalles de la casa que iba a ocupar la joven pareja después de las vacaciones de Navidad; noticia ante la cual Isabel y Trundle se pusieron tan colorados como el chico gordinflón ante el fuego de la posada; y la señorita de los ojos negros y las vueltas de piel en las botas susurró algo al oído de Emily, y luego lanzó una mirada maliciosa a Snodgrass; a lo cual Emily respondió que era una chica tonta, pero se puso muy colorada de todos modos; y Snodgrass, que era tan modesto como suelen serlo los grandes genios, sintió que el carmesí le subía hasta la coronilla, deseando ardientemente en lo más profundo de su corazón que la mencionada señorita, con sus ojos negros, su malicia y sus botas con vueltas de piel, estuviera depositada, sana y salva, en el condado adyacente.

Pero si ya estaban felices y bien unidos fuera de la casa, ¡qué fueron el calor y la cordialidad de la recepción cuando llegaron a la granja! Hasta las criadas sonrieron de placer al ver al señor Pickwick; y Emma lanzó a Tupman una mirada de reconocimiento, medio tímida, medio desvergonzada, pero en conjunto muy bonita, que habría sido suficiente para que la estatua de Napoleón que había en el pasillo desplegara los brazos y la estrechara entre ellos.

La señora anciana estaba sentada con la acostumbrada solemnidad en el salón grande, pero se encontraba más bien irritada y, por consiguiente, extraordinariamente sorda.

Ella nunca salía y, como muchas otras ancianas del mismo talante, se inclinaba a considerar como acto de traición familiar que algún otro se tomara la libertad de hacer lo que ella no podía. Así, la bendita vieja estaba sentada lo más derecha que podía en su gran butaca, y con el aspecto más feroz que podía; aspecto que, después de todo, era benévolo.

—Madre —dijo el señor Wardle—, el señor Pickwick. ¿Le recuerda?

—No importa —replicó la anciana con gran dignidad—; no molestes al señor Pickwick por una vieja como yo. Nadie se preocupa ya de mí, y es muy natural.

Aquí, la anciana sacudió la cabeza y alisó su traje de seda, de color lavanda, con manos temblorosas.

—Vamos, vamos, señora —dijo el señor Pickwick—, no puedo consentir que trate así a un viejo amigo. He venido expresamente para hablar mucho con usted y jugar a las cartas; y antes de que pasen cuarenta y ocho horas les habremos enseñado a estos jóvenes cómo se baila el minué.

La anciana cedía rápidamente, pero no le gustaba hacerlo de repente; así que dijo solamente:

—¡Ah, no le oigo!

—Tonterías, madre —dijo Wardle—. Vamos, vamos, no esté de mal humor,

sea buena. Acuérdese de Isabel; vamos, hay que tenerla de buen humor, pobre chica.

La vieja lo oyó, pues le temblaron los labios cuando su hijo se lo dijo. Pero la vejez tiene sus pequeñas debilidades de humor, y todavía no se dio por vencida. Así, volvió a alisarse el traje de color lavanda y, volviéndose al señor Pickwick, dijo:

—Ah, señor Pickwick, la gente joven era muy diferente cuando yo era una muchacha.

—No lo dudo, señora —dijo el señor Pickwick—, y esa es la razón por la que quiero tanto a los que conservan huellas de la vieja raza.

Y al decir esto, el señor Pickwick atrajo suavemente a Isabel Wardle y, besándola en la frente, le pidió que se sentara a los pies de su abuela.

Quizá porque ella, con la expresión de su rostro al levantarlo hacia su abuela, le recordara los viejos tiempos, o quizá porque la anciana se sintiera conmovida por la afectuosa naturaleza del señor Pickwick, o quizá por alguna otra razón, se derritió completamente; se echó al cuello de su nieta, y todo su pequeño mal humor se evaporó en una efusión de lágrimas silenciosas.

El grupo fue muy feliz aquella noche. Tranquila y solemne fue la partida de cartas que jugaron juntos la anciana y el señor Pickwick; ruidoso fue el júbilo en la mesa redonda. Mucho después de que se retiraran las señoras siguió dando vueltas y vueltas el vino añejo caliente, bien cargado de especias, y el sueño que siguió fue profundo, con gratas ensoñaciones. Fue un hecho notable que los sueños de Snodgrass hicieran referencia constante a Emily Wardle; mientras que la figura principal en las visiones de Winkle era una señorita de ojos negros y sonrisa maliciosa, con unas admirables botitas de vueltas de piel.

El señor Pickwick fue despertado a primeras horas de la mañana por un zumbido de voces y un ir y venir de pasos capaz de despertar de su somnolencia hasta al chico gordinflón. Se incorporó en la cama y escuchó. Las sirvientas y las señoritas forasteras corrían constantemente de un lado para otro, y había tantas peticiones de agua a coro, tantos clamores repetidos solicitando agujas e hilo, y tantos ruegos a media voz de «¡Anda, ven a atarme, sé buena!», que el señor Pickwick, en su inocencia, empezaba a imaginar que debía de haber ocurrido algo terrible; hasta que se despertó del todo y se acordó de la boda. Como la ocasión era importante, se vistió con peculiar cuidado y bajó al comedor.

En el comedor estaban todas las criadas con uniforme nuevo de faldas de muselina rosa y lazos blancos en la cofia, corriendo por la casa en un estado de agitación y excitación que sería imposible describir. La anciana estaba vestida con un traje de brocado que no había visto la luz en veinte años, salvo por los furtivos rayos que se hubieran deslizado por las rendijas del cofre en que estaba guardado durante todo este tiempo. El señor Trundle estaba de punta en blanco y de buen humor, pero algo inquieto. El cordial amo de la casa trataba de parecer

animado e indiferente, pero fracasaba evidentemente en el intento. Todas las jóvenes estaban llenas de lágrimas y de muselina blanca, excepto dos o tres elegidas, que tenían el honor de acompañar particularmente a la novia y a las doncellas de honor en el piso de arriba. Todos los pickwickianos iban de lo más elegante; y había un terrible estrépito en el prado de delante de la casa, ocasionado por todos los hombres, muchachos y mozos de la granja, cada uno de los cuales llevaba un lazo blanco en el ojal, todos ellos aclamando con todas sus fuerzas; a lo cual les incitaba y estimulaba el precepto y ejemplo de Sam Weller, que ya se las había arreglado para hacerse muy popular, y estaba tan en su casa como si hubiera nacido en esa tierra.

Una boda es un tema fácil para las bromas, pero realmente no hay mucho de qué bromear aquí, después de todo: hablamos concretamente de la ceremonia, y rogamos que se entienda con exactitud que no nos permitimos ningún sarcasmo oculto sobre la vida matrimonial. El placer y gozo de la ocasión van mezclados con el disgusto de abandonar el hogar, las lágrimas de separación entre padres e hijos, y la conciencia de dejar a las personas más queridas y cariñosas de la parte más feliz de la vida humana, para salir al encuentro de las preocupaciones y turbaciones con otras personas aún no puestas a prueba y poco conocidas… sentimientos naturales que no describiremos para no hacer triste este capítulo, y que tampoco desearíamos ridiculizar.

Digamos brevemente que la ceremonia fue llevada a cabo por el viejo eclesiástico en la iglesia parroquial de Dingley Dell, y que el nombre del señor Pickwick quedó unido al registro todavía conservado en su sacristía; que la señorita de ojos negros firmó con letra vacilante y trémula; que la firma de Emily, como la de la otra doncella de honor, es casi ilegible; que todo salió con admirable estilo; que las señoritas, en general, lo consideraron menos impresionante de lo que habían creído; y que aunque la propietaria de los ojos negros y la sonrisa maliciosa informó a Winkle de que estaba segura de que jamás se sometería a nada tan terrible, tenemos las mejores razones para pensar que estaba equivocada. A todo eso hemos de añadir que el señor Pickwick fue el primero en saludar a la nueva esposa, y que al hacerlo así, le echó por el cuello un rico reloj de oro con cadena, que no habían visto antes más ojos mortales que los del joyero. Luego, la campana de la vieja iglesia sonó con toda la alegría que pudo, y todos regresaron para almorzar.

—¿Dónde se ponen las empanadas de carne, joven comedor de opio? —dijo Sam al gordinflón, al ayudarle a disponer todos los artículos de consumo que no habían quedado debidamente arreglados la noche anterior.

El chico gordinflón señaló el destino de las empanadas.

—Muy bien —dijo Sam—, métales un ramito de Navidad. Aquel otro plato de enfrente; ese; ahora ya está todo bien en su sitio y a gusto, como dijo aquel padre que le cortó la cabeza al chico para curarle la bizquera.

Al hacer esta comparación, Sam se echó atrás un paso o dos para ver el efecto de conjunto, y pasó revista a los preparativos con la mayor satisfacción.

—Wardle —dijo el señor Pickwick en cuanto se sentaron—, un vaso de vino en honor de esta feliz ocasión.

—Con mucho gusto, compadre —dijo Wardle—. ¡Joe…!, maldito muchacho, ya se ha dormido.

—No, no me he dormido —respondió el muchacho, saliendo de un remoto rincón, donde como el santo patrono de los chicos gordinflones (el inmortal Horner)[45] estaba devorando un pastel de Navidad, aunque no con la frialdad y deliberación que caracterizaban las acciones de este joven.

—Llena el vaso al señor Pickwick.

—Sí, señor.

El chico gordinflón llenó el vaso al señor Pickwick y luego se retiró detrás de la silla de su amo, desde donde observó el juego de los tenedores y los cuchillos, y el paso de los bocados selectos desde los platos a las bocas de los allí reunidos, con una suerte de alegría sombría y fatal que era realmente impresionante.

—¡Dios le bendiga, amigo! —dijo el señor Pickwick.

—¡Lo mismo digo, compadre! —respondió Wardle; y brindaron juntos.

—Señor Wardle —dijo el señor Pickwick—, los viejos tenemos que beber juntos un vaso de vino en honor de este dichoso acontecimiento.

La anciana estaba en plena grandiosidad, pues se había sentado a la cabecera de la mesa, con su traje de brocado, con la nieta recién casada a un lado y el señor Pickwick al otro, para trinchar. El señor Pickwick no se lo dijo muy alto, pero ella le entendió enseguida, y se bebió todo un vaso de vino por la larga vida y la felicidad del señor Pickwick; tras de lo cual, la excelente anciana se lanzó a un relato menudo y particularizado de su propia boda, con una disertación sobre la moda de los tacones altos y algunos detalles referentes a la vida y aventuras de la hermosa lady Tollimglover, ya fallecida; con todo lo cual la anciana se deshizo en risas, y lo mismo hicieron las jóvenes, pues estaban preguntándose de qué podría hablar su abuela. Cuando ellas se rieron, la anciana rió diez veces más cordialmente, y dijo que estas historias siempre se habían considerado estupendas, lo cual les hizo reír otra vez a todos, y a ella la puso del mejor humor. Luego se cortó la tarta, y se pasó a la redonda; las jóvenes guardaron trozos para ponérselos debajo de la almohada y soñar con sus futuros maridos, lo cual ocasionó muchas bromas y rubores.

—Señor Miller —dijo el señor Pickwick a su antiguo conocido, el señor terco —, ¿un vaso de vino?

—Con mucho gusto, señor Pickwick —respondió solemnemente el terco.

—¿Brinda conmigo? —dijo el benévolo eclesiástico.

—Y conmigo —interrumpió su señora.

—Y conmigo, y conmigo —dijeron un par de parientes pobres, al final de la

mesa, que habían comido y bebido de buena gana y se reían de todo.

El señor Pickwick expresó su placer cordial a cada nueva sugestión; y sus ojos resplandecían de hilaridad y buen humor.

—Damas y caballeros —dijo el señor Pickwick, levantándose de pronto.

—¡Atención, atención! —gritó Sam Weller, excitado en sus sentimientos.

—Llamad a todos los criados —gritó el viejo Wardle, interponiéndose para evitar la reprimenda pública que de otro modo Sam habría recibido indudablemente de su amo—. Dadles a cada cual un vaso de vino para que brinden. Vamos, Pickwick.

Entre el silencio de todos, los cuchicheos de las criadas y el azoramiento cohibido de los criados, el señor Pickwick continuó:

—Damas y caballeros… no, no diré damas y caballeros; les llamaré amigos míos, mis queridos amigos, si las damas me permiten que me tome tal libertad…

Aquí el señor Pickwick fue interrumpido por un gran aplauso de las señoras, al que hicieron eco los caballeros, y durante el cual se oyó decir claramente a la dueña de los ojos negros que le daría un beso al simpático señor Pickwick. Entonces Winkle preguntó galantemente si no podría hacerse por un mandatario; a lo cual la damita de los ojos negros replicó: «Váyase», acompañando esta petición con una mirada que decía con toda la claridad con que puede hablar una mirada: «A ver si usted puede».

—Mis queridos amigos —siguió el señor Pickwick—, voy a proponer un brindis por los novios. Dios les bendiga (aclamaciones y lágrimas). Mi joven amigo Trundle, creo que es un hombre excelente y valiente; sé que su esposa es una muchacha amable y deliciosa, bien calificada para trasladar a otra esfera de acción la felicidad que durante veinte años ha difundido en torno a ella en casa de su padre. (Aquí, el chico gordinflón rompió en estentóreos sollozos y Sam tuvo que sacarle agarrado por el cuello.) Me gustaría ser lo bastante joven para poder ser el marido de su hermana (aplausos), pero, a falta de esto, me alegra ser lo bastante viejo como para ser su padre; pues, siendo así, no se me sospecharán designios ocultos si digo que las admiro, las estimo y las quiero a las dos (clamores y sollozos). El padre de la novia, nuestro amigo, es una noble persona, y yo estoy orgulloso de conocerle (grandes clamores). Es un hombre bondadoso, excelente, de espíritu independiente, de buen corazón, hospitalario, generoso (gritos entusiásticos de los parientes pobres al oír todos los adjetivos, pero sobre todo al oír los dos últimos). Nuestro deseo común, estoy convencido, es que su hija disfrute toda la felicidad que pueda desear, y que él pueda obtener, con la contemplación de su felicidad, toda la satisfacción de sentimientos y paz de ánimo que tanto se merece. Así, pues, ¡bebamos a su salud, deseándoles larga vida y todas las bendiciones!

El señor Pickwick concluyó entre un torbellino de aplausos; y una vez más, los pulmones de los supernumerarios, bajo la dirección de Sam Weller, se pusieron

en eficiente actividad. Wardle brindó por Pickwick; Pickwick, por la anciana. Snodgrass brindó por Wardle; Wardle, por Snodgrass. Uno de los parientes pobres brindó por Tupman, y el otro por Winkle; y todo fue alegría y festividad, hasta que la misteriosa desaparición de los dos parientes pobres debajo de la mesa indicó a la reunión que era hora de dejarlo.

A la hora de cenar volvieron a encontrarse, después de un paseo de veinticinco millas emprendido por los hombres por recomendación de Wardle para liberarse de los efectos del vino y del almuerzo. Los parientes pobres habían pasado todo ese tiempo en la cama con la intención de lograr ese mismo resultado feliz, pero, como no tuvieron éxito, siguieron allí. Sam Weller mantuvo a la servidumbre en estado de perpetua hilaridad; y el chico gordinflón distribuyó su tiempo en pequeñas dosis alternativas de comer y dormir.

La cena fue un asunto tan animado como el almuerzo, y casi tan ruidoso, pero sin lágrimas. Luego llegó el postre, y más brindis. Luego, el té y el café; y entonces, el baile.

El mejor salón de la Granja Manor era un excelente cuarto largo, con paneles oscuros y con una alta chimenea en que se podía haber metido un coche de punto entero con ruedas y todo. En el extremo del cuarto, sentados bajo un dosel de ramajes de acebo y siempreviva, estaban los dos mejores violinistas de Muggleton, con la única arpa disponible. En todos los rincones y muebles había viejos candelabros de plata maciza de cuatro brazos. Se había retirado la alfombra, las velas brillaban, el fuego chisporroteaba y ardía en la chimenea, y voces alegres y risas resonaban por el salón. Si algunos de los antiguos habitantes de los campos ingleses se habían convertido en duendes al morir, ese era el sitio donde habrían tenido sus zarabandas.

Nada podía añadir tanto al interés de esta agradable escena como el notable hecho de que el señor Pickwick apareciera sin polainas, por vez primera en la que recordaban sus más antiguos amigos.

—¿Quiere decir que piensa bailar? —dijo Wardle.

—Claro que sí —replicó el señor Pickwick—. ¿No ve que vengo vestido para eso?

El señor Pickwick llamó la atención sobre sus medias de seda bordadas y sus escarpines atados con toda elegancia.

—¡Usted con medias de seda! —exclamó Tupman jocosamente.

—¿Y por qué no, señor mío, por qué no? —dijo el señor Pickwick, volviéndose acalorado contra él.

—Desde luego, no hay ninguna razón para que no las lleve —respondió el señor Tupman.

—Ya me lo imagino, ya me lo imagino —dijo el señor Pickwick en tono perentorio.

Tupman iba a echarse a reír, pero encontró que era un asunto serio; de modo

que puso cara seria, y dijo que las medias eran muy bonitas.

—Creo que sí —dijo el señor Pickwick, fijando los ojos en su amigo—. ¿Supongo que no ve nada extraordinario en estas medias, en cuanto medias?

—Claro que no; claro que no —respondió Tupman, y se alejó; y el rostro del señor Pickwick volvió a tomar su habitual expresión benigna.

—Creo que todos estamos dispuestos —dijo el señor Pickwick, que se había situado con la anciana en el extremo de la fila y, en su gran ansiedad por empezar, ya había hecho cuatro salidas en falso.

—Entonces, empiecen ya —dijo Wardle—. ¡Vamos!

Sonaron los dos violines y el arpa, y allá fue el señor Pickwick, cambiando de manos, cuando hubo un palmoteo general y un clamor de « ¡Alto, alto!» .

—¿Qué pasa? —dijo el señor Pickwick, que solo se detuvo porque los violines y el arpa se detuvieron, sin que hubiera podido sujetarle otra fuerza terrestre aunque la casa se hubiera incendiado.

—¿Dónde está Arabella Allen? —gritaron una docena de voces.

—¿Y Winkle? —añadió Tupman.

—¡Aquí estamos! —exclamó este señor, saliendo de un rincón con su linda compañera; y al hacerlo, hubiera sido más difícil decir quién había enrojecido más, si él o la damita de los ojos negros.

—¡Qué cosa más extraordinaria, Winkle —dijo el señor Pickwick con malignidad—, que no hubiera podido ponerse antes en su sitio!

—No es nada extraordinario —dijo Winkle.

—Bueno —dijo el señor Pickwick con sonrisa expresiva, mientras sus ojos se posaban en Arabella—, no sé si realmente era extraordinario, después de todo.

De todos modos, no hubo tiempo para pensar más sobre el asunto, pues los violines y el arpa empezaron de veras.

Allí fue el señor Pickwick, cambiando de manos, desde el centro al extremo del salón, y vuelta hasta la chimenea; con vueltas y pisotón en el suelo; dispuesto para la siguiente pareja; y otra vez, toda la figura una vez más; otro pisotón para marcar el compás; y otra pareja, y otra, y otra; jamás hubo tal ir y venir. Por fin, después de llegar al extremo de la danza, y cuando sus buenas catorce parejas, después de la anciana, se hubieron retirado exhaustas, y la señora del eclesiástico ocupó su lugar, entonces el señor Pickwick, aunque ya no se requería en absoluto su aplicación, seguía perpetuamente bailando en su lugar, para llevar el compás de la música, sonriendo todo el tiempo a su compañera con una dulzura de expresión que desafía toda descripción.

Mucho antes de que el señor Pickwick se cansara de bailar, los recién casados se habían retirado de la escena. Sin embargo, hubo arriba una magnífica cena fría, y una buena sesión después; y cuando el señor Pickwick despertó a la mañana siguiente, tenía el confuso recuerdo de haber invitado, por separado y confidencialmente, a unas cuarenta y cinco personas a comer con él en San

Jorge y el Buitre, la primerísima vez que estuvieron en Londres; lo cual consideró el señor Pickwick, acertadamente, como indicación bastante segura de que había tomado algo más que ejercicio la noche anterior.

—Entonces, ¿todos los de la casa hacen fiesta en la cocina esta noche, querida mía? —preguntó Sam a Emma.

—Sí, señor Weller —contestó Emma—; siempre hacemos fiesta en Nochebuena. El amo no querría que la dejáramos por nada.

—Su amo tiene muy buenas ideas de qué es lo bueno, querida mía —dijo Sam Weller—; nunca he visto un hombre tan sensato, ni tan buen caballero.

—¡Ah, ya lo creo! —dijo el chico gordinflón, uniéndose a la conversación—. ¡Cría unos cerdos estupendos!

El obeso joven lanzó a Sam una mirada casi canibalesca, pensando en patas asadas y en salsa.

—¡Ah, ya se ha *despertao*, por fin!, ¿eh? —dijo Sam. El chico gordinflón asintió.

—Le diré lo que pasa, joven boa *constructor* —dijo Sam en tono impresionante—; si no duerme un poco menos, y si no hace más ejercicio, cuando sea mayor se encontrará sujeto a las mismas molestias personales que sufrió el viejo de la coleta.

—¿Qué le pasó? —preguntó el chico gordinflón con voz balbuciente.

—Se lo voy a decir —contestó Sam—; era uno de los modelos mayores que han salido; un hombre gordísimo, que no se había visto los zapatos desde hacía cuarenta y cinco años.

—¡Dios mío! —exclamó Emma.

—Así es, querida mía —dijo Sam—; y aunque le hubiera puesto una copia exacta de sus piernas delante de él, en la mesa del comedor, no las habría reconocido. Bien, siempre iba a la oficina con una cadena de oro muy bonita colgando, de dos palmos, y un reloj de oro en el bolsillo del chaleco, que valía, no me atrevo a decir cuánto, pero *to* lo que puede valer un reloj, un artefacto grande, redondo, pesado, tan gordo *pa* ser un reloj como él *pa* ser un hombre, y con una esfera tan grande como su cara, en proporción. « No debería llevar ese reloj por ahí» , le decían los amigos, « se lo van a robar.» « ¿De veras?» , dice. « Claro que sí» , dicen ellos. « Bueno» dice, « ya me gustaría ver al ladrón que sea capaz de sacarme el reloj de aquí, porque yo no he podido nunca, de tan apretado como me está el traje» dice, « y siempre que quiero saber la hora, tengo que pararme a mirarla en las panaderías» , dice. Bueno, y se ríe como si se fuera a hacer pedazos, y sale otra vez con la peluca empolvada y la coleta a dar una vuelta, con la cadena colgando como siempre y el gran reloj casi estallándole por los calzones grises. No hubo un ladrón en Londres que no diera un tirón a la cadena, pero la cadena nunca se rompía y el reloj nunca salía, así que pronto se cansaban de tirar de un señor tan *pesao* por la acera, y él volvía a

casa, riéndose hasta que la coleta le temblaba como el péndulo de un reloj. Por fin, un día el viejo iba a dar una vuelta, cuando ve a un ladrón al que conocía de vista y que venía del brazo de un niño de cabeza grande. «Esta sí que es buena», se dice el viejo; «ya van a probar otra vez, pero no servirá.» Y se empieza a reír de buena gana, cuando, de repente, el niño se suelta del brazo del ladrón y se lanza de cabeza contra la tripa del viejo, y por un momento le deja doblado de dolor. «¡Asesinos!», dice el viejo. «Muy bien», dice el ladrón, susurrándole al oído. Y cuando vuelve a ponerse derecho, el reloj y la cadena se habían ido; y lo que es peor, al viejo se le quedó estropeada la digestión *pa* siempre, hasta el último día de su vida; de manera que ya puede andar con *cuidao*, joven, y procurar no engordar demasiado.

Al terminar Sam este relato moral, que pareció impresionar mucho al chico gordinflón, los tres entraron en la amplia cocina, donde se habían reunido ya todos, señores y criados, según la costumbre navideña observada por los antepasados del señor Wardle desde tiempos inmemoriales.

Del centro del techo de la cocina, el viejo Wardle acababa de colgar con sus propias manos una gran rama de acebo, que inmediatamente dio lugar a una escena de lucha y confusión tan deliciosa como generalizada; en medio de la cual, el señor Pickwick, con galantería que hubiera hecho honor a un descendiente de la propia lady Tollimglover, llevó de la mano a la anciana bajo la mística rama y le dio su ósculo con todo decoro y cortesía.

La anciana se sometió a este aspecto de cortesía práctica con toda la dignidad propia de tan importante y seria solemnidad, pero las señoritas jóvenes, no estando tan completamente empapadas de veneración supersticiosa ante aquella costumbre, o imaginando que el valor del ósculo se eleva mucho si cuesta alguna molestia obtenerlo, chillaron y lucharon, y se metieron por los rincones, y amenazaron y se quejaron, y lo hicieron todo, menos marcharse, hasta que algunos de los caballeros menos atrevidos estaban a punto de desistir, cuando de repente encontraron ellas que era inútil resistir más, y se sometieron de buena gana a ser besadas. Winkle besó a la señorita de los ojos negros, y Snodgrass besó a Emily; y Sam Weller, que no tenía grandes escrúpulos en cuanto a la formalidad de situarse bajo la rama, besó a Emma y a las demás criadas conforme las iba sorprendiendo. En cuanto a los parientes pobres, besaron a todo el mundo, sin exceptuar siquiera a los elementos menos agraciados de las jóvenes invitadas, que, en el exceso de su confusión, se metieron debajo de la rama en cuanto se colgó, sin saberlo. Wardle estaba de espaldas al fuego, vigilando toda la escena con la mayor satisfacción; y el chico gordinflón aprovechó la ocasión y se apropió para su uso, y devoró sumariamente una empanada especialmente buena que se había puesto aparte para otra persona.

Luego los gritos habían pasado, y las caras estaban encendidas, y los rizos agitados, y el señor Pickwick, después de besar a la anciana, según se mencionó

antes, estaba bajo la rama de acebo observando complacido todo lo que ocurría a su alrededor, cuando la damita de los ojos negros, después de un cuchicheo con las otras damitas, se adelantó repentinamente y, echando el brazo al cuello del señor Pickwick, le besó afectuosamente en la mejilla izquierda; y antes que el señor Pickwick supiera con claridad qué pasaba, quedó rodeado por todo el grupo y fue besado por todas ellas.

Fue cosa deliciosa ver al señor Pickwick en el centro del grupo, empujado a un lado y a otro, y primero besado en la barbilla, y luego en la nariz y luego en los lentes, entre las carcajadas que se levantaban por todas partes; pero fue todavía mejor ver al señor Pickwick, cegado poco después por un pañuelo de seda, tropezando con la pared, metiéndose por los rincones y atravesando todos los misterios del juego de la gallina ciega con el mayor disfrute, hasta que agarró a uno de los parientes pobres, y entonces le tocó a él escaparse de la gallina ciega, lo cual hizo con una agilidad y prontitud que ocasionaron la admiración y el aplauso de todos los espectadores. Los parientes pobres agarraron a quienes consideraron que les gustaría, y cuando el juego languideció, volvieron a quedarse. Cuando todos se cansaron de la gallina ciega, jugaron a sacar uvas de un vaso de ron caliente, y una vez que se quemaron bastantes dedos, se sentaron en torno a la gran hoguera de troncos ardientes para tomar un buen refrigerio ante un gran caldero de cobre, poco menor que un barreño de lavar, en que las manzanas cocidas humeaban y hervían en cerveza, con un aspecto atractivo y un ruido tan alegre que eran perfectamente irresistibles.

—Esto —dijo el señor Pickwick, mirando alrededor—, esto sí que es estar a gusto.

—Es nuestra costumbre invariable —contestó el señor Wardle—. Todos se sientan con nosotros en Nochebuena, como les ve ahora, criados incluidos; y aquí esperamos, hasta que el reloj da las doce, para recibir la Navidad, pasando el tiempo con cuentos y viejas historias. Trundle, hijo mío, atiza el fuego.

Al remover los troncos, las chispas subieron en miríadas. La fuerte llamarada roja lanzó un poderoso fulgor que penetró hasta el último rincón de la cocina, poniendo su alegre color en todas las caras.

—Vamos —dijo Wardle—, ¡una canción, una canción de Navidad! Yo les daré una, a falta de otra mejor.

—¡Bravo! —dijo el señor Pickwick.

—Llenad los vasos —gritó Wardle—. Faltan sus buenas dos horas para que veamos al fondo del caldero, a través del color de la cerveza con manzanas; llenad el vaso a todos, y vamos con la canción.

Diciendo así, el alegre viejo, con una excelente voz, llena y firme, empezó sin más:

CANCIÓN DE NAVIDAD

No quiero primavera, aunque florezcan
el capullo y la flor bajo sus alas;
con su lluvia traidora, ella los hiere
y dispersos están por la mañana.
Es un hada inconstante y no se entiende,
y a cada instante de deseos cambia;
te sonríe a la cara, y con horrible
mueca, agosta tu flor más delicada.

Yo jamás perseguiré el sol del verano
cuando a su casa fúlgida se marcha;
¡ya me reiré cuando una nube llegue
sin importarme que se esconda su cara!
Pues es su predilecta la locura
de la fiebre en la sangre acalorada;
y el amor, si es violento, nunca dura,
como ya saben muchas tristes almas.

Más dulce es para mí la grave noche
del tiempo de cosecha, con la clara
luz de la luna suave y recogida,
que el mediodía recio que me abrasa.
Pero las hojas secas me entristecen
al caer bajo el árbol, agostadas;
por más bellos que sean los otoños
con su gran melancolía no me agradan.

Alzo mi canto por las Navidades
cordiales, atrevidas y esperadas;
alzo mi copa y brindo alegremente
por este tiempo que a todos nos encanta.
Vamos a recibirlas, con el ruido
que alegra el corazón, y mientras haya
de comer y beber, lo pasaremos
en alegre reunión, en tanto acaba.

Este tiempo no esconde, con orgullo,
de la intemperie las feroces marcas;
no son una deshonra; son lo mismo
que las arrugas de una faz anciana.
Y así vuelvo a cantar hasta que el techo
retiemble y nos devuelva las palabras:

¡Viva la Navidad, la bienvenida,
entre todos los tiempos soberana!

La canción fue aplaudida tumultuosamente —pues amigos y criados forman un público ideal—, y, sobre todo, los parientes pobres estaban en completo éxtasis de arrebato. Otra vez se echó leña al fuego, y otra vez circuló el caldero.

—¡Cómo nieva! —dijo uno de los hombres en voz baja.

—¿Está nevando? —dijo Wardle.

—Hace muy mala noche, señor —respondió el hombre—; y sopla un viento que levanta la nieve por los campos en una nube blanca.

—¿Qué dice Jem? —preguntó la anciana—. ¿No ocurrirá nada, verdad?

—No, no, madre —contestó Wardle—; dice que hay un torbellino de nieve, y un viento frío que traspasa. Ya se nota por cómo zumba en la chimenea.

—¡Ah! —dijo la anciana—. Así nevaba, y así soplaba el viento, hace muchos años, me acuerdo muy bien… cinco años antes que muriera tu pobre padre. Era también en Nochebuena, y me acuerdo que esa misma noche nos contó la historia sobre los duendes que se llevaron al viejo Gabriel Grub.

—¿La historia sobre qué? —dijo el señor Pickwick.

—Ah, nada, nada —contestó Wardle—; sobre un viejo enterrador, de quien la buena gente de aquí supone que se lo llevaron los duendes.

—¡Supone! —exclamó la anciana—. ¿Hay alguien tan endurecido como para no creerlo? ¡Que suponen! ¿No lo has oído decir desde que eras pequeño que se le llevaron los duendes, y no sabes que fue así?

—Muy bien, madre, pues así fue, si te parece bien —dijo Wardle, riendo—. Se lo llevaron los duendes, Pickwick; y con eso se acaba el asunto.

—No, no —dijo el señor Pickwick—; no se acaba, se lo aseguro; porque tengo que oírlo ahora, cómo fue, y por qué, y todo lo demás.

Wardle sonrió, y todas las cabezas se inclinaron para escuchar; y llenando el vaso con mano firme, hizo un gesto de brindis a la salud del señor Pickwick, y empezó como sigue…

Pero ¡válgame Dios, con nuestra alma editorial, a qué capítulo tan largo nos hemos dejado arrastrar! Se nos habían olvidado por completo esas restricciones tan mezquinas como son los capítulos; lo declaramos con toda solemnidad. De modo que lo dejaremos aquí, para darles a los duendes una buena oportunidad con un nuevo capítulo. Cambiemos la escena, y no haya favoritismos por los duendes, por favor, damas y caballeros.

XXIX
LA HISTORIA DE LOS DUENDES QUE SE LLEVARON A UN ENTERRADOR

« En una vieja ciudad con abadía, por esta parte del país, hace mucho, mucho tiempo —tanto, que la historia debe ser verdadera, porque nuestros bisabuelos la creían sin discusión— trabajaba de enterrador en el cementerio un tal Gabriel Grub. No se ha de suponer que porque un hombre sea enterrador, continuamente rodeado por los signos de la mortalidad, ha de ser por consiguiente un hombre triste y melancólico; una vez tuve el honor de intimar con un empresario de pompas fúnebres que, en su vida particular, y fuera de servicio, era tan cómico y bromista como cualquiera que jamás gorjeó una canción desvergonzada sin olvidar una palabra o apuró un buen vaso sin pararse a respirar. Pero, pese a estos precedentes contrarios, Gabriel Grub era un hombre malhumorado, atravesado y suspicaz; hombre triste y solitario, que no se juntaba más que consigo mismo y con una botellita envuelta en mimbres acomodada al profundo bolsillo de su chaleco; y que miraba todas las caras alegres que pasaban a su lado con tan profunda mueca de malicia y mal humor, que era difícil encontrarle sin sentirse mal.

» Un poco antes de anochecer, una Nochebuena, Gabriel se echó al hombro la azada, encendió la linterna y se dirigió hacia el viejo cementerio, pues tenía que acabar una tumba para la mañana siguiente y, sintiéndose muy deprimido, pensaba que quizá le pondría de buen humor empezar el trabajo al instante. Al avanzar por la vieja calle veía la alegre luz de los fuegos resplandecientes que salían por las rendijas de las ventanas, y oía la alegre risa y los gritos jubilosos de todos los que se habían reunido a su alrededor; observaba los preparativos atareados para el festejo del día siguiente y olía los numerosos aromas sabrosos que salían en nubes por las ventanas de las cocinas. Todo esto era hiel y vinagre para Gabriel Grub; y cuando grupos de niños salían de las casas, atravesaban la calle y, antes de llamar a la puerta de enfrente, eran recibidos por otros granujillas de pelo rizado que se reunían con ellos para pasar la tarde en sus juegos navideños, Gabriel sonreía sombríamente y agarraba el mango de la azada con más firmeza, pensando en la escarlatina, sarampión, difteria, tos ferina y otras muchas fuentes de consuelo.

» En esta feliz disposición de ánimo, Gabriel avanzaba, contestando con un breve y malhumorado gruñido a los alegres saludos de los vecinos con que de vez en cuando se cruzaba, hasta que dobló por el sombrío sendero que llevaba al cementerio. Ahora bien, Gabriel estaba deseando llegar al sombrío sendero porque era un sitio hermoso, lúgubre y fúnebre, adonde no le gustaba ir a la gente del pueblo, salvo en pleno día y cuando brillaba el sol; en consecuencia, se indignó no poco al oír a un niñito que cantaba una alegre canción sobre la feliz

Navidad, en ese mismo santuario que se llamaba Camino del Ataúd desde los días de la vieja abadía y los tiempos de los monjes de cabezas rapadas. Gabriel siguió avanzando y, cuando se le acercó la voz, encontró que procedía de un niñito que iba deprisa a unirse a uno de los grupos de la calle y que, en parte para acompañarse y en parte para prepararse a la fiesta, iba cantando la canción con toda la potencia de sus pulmones. Así, Gabriel esperó a que llegara el niño, y entonces le arrastró a un rincón y le dio cuatro o cinco golpes en la cabeza con la linterna, solo para que aprendiera a modular bien la voz. Y cuando el niño echó a correr, entonando una canción bien diferente, Gabriel Grub se rió cordialmente consigo mismo, y entró en el cementerio, cerrando la puerta detrás.

» Se quitó la casaca, dejó la linterna y, metiéndose en la tumba sin terminar, trabajó en ella durante una hora con la mejor voluntad. Pero la tierra estaba dura de escarcha y no era nada fácil romperla y sacarla con la pala; y aunque había luna, era una luna muy estrecha y lanzaba muy poca luz sobre la tumba, que estaba a la sombra de la iglesia. En cualquier otro momento, estos obstáculos hubieran afligido y puesto de mal humor a Gabriel Grub, pero no prestó atención a lo poco que había avanzado, y miró dentro de la tumba al terminar el trabajo de aquella noche, con una sombría satisfacción, murmurando al recoger sus cosas:

Buen alojamiento, buen alojamiento;
un poco de tierra, se acaba el tormento;
piedra a la cabeza y piedra a los pies,
y que los gusanos lo coman después;
encima la hierba, barro alrededor,
vivir en la tierra, no hay cosa mejor.

» —¡Ja, ja! —se rió Gabriel Grub al sentarse en una lápida que era su lugar predilecto de descanso y sacar la cantimplora de mimbre—. ¡Un ataúd en Navidad! ¡Una cajita navideña! ¡Ja, ja!

» —¡Ja, ja, ja! —repitió una voz que sonó muy cerca de él.

» Gabriel se detuvo, alarmado, cuando llevaba a los labios la cantimplora, y miró alrededor. El fondo de la tumba más vieja de cuantas la rodeaban no estaría más tranquilo y silencioso que el cementerio bajo la pálida luz de la luna. La fría escarcha brillaba en las lápidas y centelleaba como filas de piedras preciosas entre las tallas de piedra de la vieja iglesia. La nieve estaba dura y crujiente en el suelo, y extendía sobre los montones de tierra, alineados y apretados, una sábana tan blanca y tersa que parecía como si fueran cadáveres cubiertos solo por sus sudarios. Ni el más leve rumor rompía la profunda tranquilidad de la solemne escena. El mismo sonido parecía haberse helado, de tan frío y tranquilo como estaba todo.

» —Ha sido el eco —dijo Gabriel Grub, volviendo a llevar la botella a los labios.

» —No ha sido el eco —dijo una voz profunda.

» Gabriel se levantó de un salto y se quedó clavado de asombro y terror; pues sus ojos se posaron en una forma que le heló la sangre.

» Sentada en una lápida vertical, cerca de él, había una extraña figura fantasmal, que Gabriel sintió enseguida que no era de este mundo. Sus largas y fantásticas piernas, que podían haber alcanzado el suelo, estaban cruzadas y enredadas de un modo extraño y fantástico; sus brazos musculosos estaban desnudos y sus manos se posaban en las rodillas. En su cuerpo, redondo y rechoncho, llevaba un chaleco apretado, adornado con pequeños cortes; una breve esclavina colgaba de su espalda; el cuello llevaba unos picos curiosos, que le servían al duende a modo de corbata, y sus zapatos se retorcían hacia arriba por las puntas. En la cabeza llevaba un gran sombrero de ala ancha, adornado con una sola pluma. El sombrero estaba cubierto de escarcha blanca, y el duende parecía estar sentado cómodamente desde hacía doscientos o trescientos años en aquella misma lápida. Estaba completamente quieto, sacando la lengua como en burla, y hacía muecas a Gabriel Grub como solo puede hacerlas un duende.

» —No ha sido el eco —dijo el duende.

» Gabriel Grub quedó paralizado y no pudo responder.

» —¿Qué haces aquí en Nochebuena? —dijo severamente el duende.

» —He venido a cavar una tumba, señor —tartamudeó Gabriel Grub.

» —¿Quién es este que anda por tumbas y cementerios en una noche así? —gritó el duende.

» —¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —gritó un coro salvaje de voces que parecían llenar el cementerio.

» Gabriel miró alrededor con miedo; no se veía nada.

» —¿Qué llevas en esa botella? —dijo el duende.

» —Ginebra holandesa, señor —respondió el enterrador, temblando más que nunca; pues la había comprado a unos contrabandistas y temía que su interrogador pudiera pertenecer a la sección aduanera de los duendes.

» —¿Quién bebe ginebra a solas, y en un cementerio, en una noche como esta? —dijo el duende.

» —¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —exclamaron otra vez las voces desatadas.

» El duende hizo una mueca maliciosa hacia el aterrorizado sepulturero, y luego, elevando la voz, exclamó:

» —¿Y quién, entonces, es nuestra presa honrada y legal?

» A esta pregunta, el coro invisible respondió, en un estrépito que sonaba como las voces de muchos cantores cantando entre la poderosa onda del viejo órgano de la iglesia; un estrépito que parecía llevado a los oídos al pasar; pero el

estribillo de la respuesta era siempre el mismo:

» —¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

» El duende sonrió con una mueca mayor que nunca al decir:

» —Bueno, Gabriel, ¿qué dices a esto?

» El sepulturero jadeó tomando aliento.

» —¿Qué te parece esto, Gabriel? —dijo el duende, entrechocando los pies en el aire a un lado y a otro de la lápida y mirando las puntas vueltas de sus zapatos con tanta complacencia como si contemplara el par de botitas más elegantes de todo Londres.

—Es… es muy curioso, señor —respondió el sepulturero, medio muerto de miedo—; muy curioso y muy bonito, pero creo que voy otra vez a terminar mi trabajo, si no le parece mal.

» —¡Trabajo! —dijo el duende—, ¿qué trabajo?

» —La sepultura, señor; cavar esta sepultura —tartamudeó el sepulturero.

» —Ah, la sepultura, ¿eh? —dijo el duende—. ¿Quién cava sepulturas en un momento en que todos los demás están contentos y disfrutando?

» Otra vez las voces misteriosas respondieron:

» —¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

» —Me temo que mis amigos quieren llevarte con ellos, Gabriel —dijo el duende, metiendo la lengua por la mejilla, y era una lengua asombrosa—; me temo que mis amigos te quieren ver, Gabriel —dijo el duende.

» —Por favor, señor —respondió el enterrador, espantado—; no creo que me puedan esperar; no me conocen; no creo que esos señores me hayan visto nunca.

» —Ah, sí, sí que te han visto —respondió el duende—; conocemos al hombre de la cara feroz y el ceño oscuro, que venía por la calle esta noche lanzando miradas de ira a los niños y apretando la azada de las sepulturas. Conocemos al hombre que pegó al niño con la malicia envidiosa de su corazón, porque el niño estaba alegre y él no. Le conocemos, le conocemos.

» Y entonces el duende lanzó una fuerte y sonora carcajada, que los ecos devolvieron veinte veces; y echando las piernas por el aire, se puso cabeza abajo, o más bien sobre la misma punta de su sombrero ancho, en el estrecho borde de la lápida, desde donde dio una cabriola con extraordinaria agilidad hasta los pies del propio sepulturero, colocándose allí en la posición en que se sitúan generalmente los sastres al apoyarse en el mostrador.

» —Yo… yo… me parece que tengo que dejarles —dijo el sepulturero, haciendo un esfuerzo para marcharse.

» —¡Dejarnos! —dijo el duende—. Gabriel Grub nos va a dejar. ¡Ja, ja, ja!

» Mientras reía el duende, el sepulturero observó, por un momento, una brillante iluminación en las ventanas de la iglesia, como si se encendiera todo el edificio; luego desapareció, y el órgano lanzó un aire vivaz, y toda una tropa de duendes, idéntica a la primera, invadió el cementerio y empezó a jugar a pídola

con las lápidas, sin pararse un momento a tomar aliento, sino saltando las más altas, una tras otra, con gran agilidad. El primer duende era un asombroso saltarín, y ninguno de los demás era capaz de seguirle; aun con todo su terror extremado, el sepulturero no pudo menos de observar que, mientras los demás parecían contentos con saltar las lápidas corrientes, el primero saltaba los panteones, con barandas de hierro y todo, con tanta facilidad como si hubieran sido guardacantones.

» Por fin, el juego alcanzó una gran excitación; el órgano tocaba cada vez más deprisa y los duendes saltaban cada vez más rápido, tomando carrerilla, dando una voltereta por el suelo y rebotando como pelotas sobre las lápidas. La mente del sepulturero daba vueltas con la rapidez de movimientos que observaba, y las piernas le vacilaban, mientras los duendes volaban ante sus ojos; cuando, de pronto, el rey de los duendes se lanzó hacia él, le echó la mano al cuello y se hundió con él en el suelo.

» Cuando Gabriel Grub tuvo tiempo de tomar aliento, que le había quitado momentáneamente la rapidez de su descenso, se encontró en lo que parecía ser una amplia caverna, rodeada por todas partes por multitudes de duendes, feos y sombríos; en el centro de aquel lugar, en un asiento elevado, estaba sentado su conocido del cementerio, y a su lado estaba el propio Gabriel Grub sin poder moverse.

» —Hace frío esta noche —dijo el rey de los duendes—, mucho frío. ¡Un vaso de algo caliente, venga!

» Ante esta orden, media docena de oficiosos duendes, con una perpetua sonrisa en la cara, razón por la cual Gabriel Grub pensó que serían cortesanos, desaparecieron apresuradamente, y por fin volvieron con un vaso de fuego líquido, que ofrecieron al rey.

» —¡Ah! —dijo el duende, cuyas mejillas y garganta se transparentaron al engullir las llamas—, ¡esto sí que le calienta a uno! Traed un vasito de esto mismo para el señor Grub.

» En vano fue que el infortunado sepulturero protestara que no tenía costumbre de tomar nada caliente por la noche; uno de los duendes le sujetó, mientras el otro le vertía el líquido llameante por la garganta; todos los reunidos rechinaron de risa, mientras él tosía y se atragantaba, secándose las lágrimas que brotaban en abundancia de sus ojos después de tragar el abrasador sorbo.

» —Y ahora —dijo el rey, metiéndole con gran habilidad la punta del sombrero en el ojo al sepulturero, con lo que le ocasionó el dolor más refinado—; ahora mostrad a este hombre de miseria y tristeza unas pocas de las imágenes de nuestro gran almacén.

» Al decir esto el duende, una densa nube que oscurecía el extremo más remoto de la caverna se fue apartando poco a poco, y reveló, al parecer a gran distancia, una habitación mal amueblada, pero limpia y bien arreglada. Un grupo

de niñitos estaban reunidos en torno a un fuego brillante, agarrados a la falda de su madre y jugueteando en torno de su silla. La madre, de vez en cuando, se levantaba y apartaba la cortina de la ventana, como esperando a alguien; una frugal comida estaba preparada en la mesa, y había una butaca junto al fuego. Se oyó un golpe en la puerta; la madre abrió, y los niños se agruparon alrededor de ella, palmoteando de alegría, al ver entrar a su padre. Estaba mojado y cansado, y sacudió la nieve de la ropa mientras los niños se agrupaban a su alrededor y, quitándose él el abrigo, sombrero, bastón y guantes, salió corriendo con los niños. Entonces, cuando se sentó a comer junto al fuego, los niños se le subieron por las rodillas y la madre se sentó a su lado, y todo parecía felicidad y alegría.

» Pero casi imperceptiblemente, esta vista fue cambiando. La escena se trasladó a una pequeña alcoba, donde agonizaba el más lindo y pequeño de los hijos; las rosas habían huido de sus mejillas, y la luz de sus ojos; y cuando el sepulturero miraba con un interés que nunca había sentido ni conocido, el niño murió. Sus hermanitos y hermanitas rodearon su cama y estrecharon su manita, fría y pesada; pero se echaron atrás al tocarle, y miraron con respeto su carita; pues aun tan tranquilo y en calma, durmiendo en descanso y paz, como parecía estar el niño, vieron que estaba muerto, y sabían que era un ángel que les miraba y les bendecía desde un claro y dichoso cielo.

» Otra vez pasó una leve nube por la imagen, y otra vez cambió la escena. El padre y la madre ahora eran viejos e inválidos, y el número de los que les rodeaban había quedado en menos de la mitad; pero el contento y la alegría se pintaban en todos los rostros y brillaban en todas las miradas al reunirse en torno al fuego, oyendo las viejas historias de los días antiguos y pasados. Poco a poco, en paz, el padre bajó a la tumba y, poco después, la que compartía sus cuidados y penas le siguió al lugar de descanso. Los pocos que todavía les sobrevivían se arrodillaron ante la tumba, y con sus lágrimas regaron el verde césped que los cubría; luego se levantaron y se fueron, tristes y lúgubres, pero sin llantos amargos ni quejas desesperadas, pues sabían que algún día volverían a encontrarse; y volvieron a mezclarse con el mundo atareado, y su contento y su alegría quedaron restaurados. La nube cubrió la imagen, ocultándola a la vista del sepulturero.

» —¿Qué piensas de esto? —dijo el duende, volviendo hacia Gabriel Grub su ancha cara.

» Gabriel Grub murmuró algo así como que era muy bonito, y pareció un tanto avergonzado, mientras el duende ponía en él sus feroces miradas.

» —¡Eres un miserable! —dijo el duende en tono de gran desprecio—. ¡Eres un miserable!

» Parecía ir a añadir más, pero la indignación le quitó la palabra, de modo que levantó una de sus flexibilísimas piernas y, blandiéndola un poco sobre la

cabeza para hacer puntería, le lanzó una buena patada a Gabriel Grub; enseguida de lo cual, todos los duendes se agolparon en torno al desgraciado sepulturero y le dieron puntapiés sin misericordia, conforme a la costumbre establecida e invariable de los cortesanos de todo el mundo, que golpean a quien golpee la majestad y abrazan a quien abrace la realeza.

» —¡Enseñadle más! —dijo el rey de los duendes.

» A estas palabras, se disipó la nube y se desplegó a la vista un paisaje rico y hermoso —hay otro semejante, hasta estos días, a media milla de esa ciudad—. El sol brillaba en el claro cielo azul, el agua chispeaba bajo sus rayos y los árboles parecían más verdes y las flores más alegres bajo su influencia animadora. El agua avanzaba, ondulante, con sonido placentero, los árboles se mecían en el leve viento que murmuraba entre sus hojas, los pájaros cantaban en las ramas y la alondra lanzaba sus notas dando su alta bienvenida a la mañana. Sí, era la mañana; una mañana clara y aromada de verano; la hoja más pequeña, la más leve brizna de hierba estaba cargada de vid. La hormiga avanzaba en su faena diaria, la mariposa revoloteaba y danzaba bajo los cálidos rayos del sol; miríadas de insectos extendían sus alas transparentes y festejaban su existencia breve pero feliz. El hombre caminaba jubiloso ante aquella escena, y todo era claridad y esplendor.

» —¡Eres un miserable! —dijo el rey de los duendes en tono más despectivo que antes.

» Y otra vez el rey de los duendes blandió la pierna y la hizo caer otra vez sobre los hombros del sepulturero; y otra vez los duendes servidores imitaron el ejemplo de su jefe.

» Muchas veces se fue y volvió la nube, y muchas lecciones enseñó a Gabriel Grub, quien, aunque sus hombros estaban doloridos por las frecuentes aplicaciones de los pies del duende, miraba con un interés que nada podía disminuir. Veía que los hombres que trabajaban duro y ganaban su escaso pan con vidas de fatiga estaban alegres y contentos; y que aun para el más ignorante, el dulce rostro de la naturaleza era una fuente infalible de alegría y goce. Vio que los que habían sido criados en delicadeza y educados con ternura, sabían estar alegres en las privaciones, superiores al sufrimiento que hubieran abrumado a muchos de contextura más ruda, porque llevaban en su interior los elementos de la felicidad, el contento y la paz. Vio que las mujeres, las criaturas de Dios más frágiles y tiernas, eran muchas veces superiores a la tristeza, la adversidad y la aflicción; y vio que era porque llevaban en el corazón un manantial inagotable de afecto y devoción. Sobre todo, vio que los hombres como él mismo, que gruñen ante el júbilo y la alegría de los demás, eran las peores hierbas de toda la superficie de la tierra; y, poniendo todo el bien del mundo contra todo el mal, llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, era una clase de mundo muy decente y respetable. Apenas había llegado a esta conclusión, la nube que se

había cerrado sobre la última imagen pareció posarse en sus sentidos, arrullándose para que durmiera. Uno a uno, los duendes se desvanecieron de su vista, y cuando desapareció el último, se quedó dormido.

» El día se había levantado cuando despertó Gabriel Grub, y se encontró tendido cuan largo era en una lápida del cementerio, con la cantimplora a su lado, vacía, y su casaca, su azada y su linterna blanqueadas por la escarcha de la noche y desparramadas por el suelo. La piedra donde vio por primera vez al duende estaba derecha delante de él, y la tumba en que había cavado no quedaba lejos. Al principio empezó a dudar de la realidad de sus aventuras, pero el agudo dolor de sus hombros, cuando intentó levantarse, le aseguró que los golpes de los duendes no habían sido ciertamente imaginarios. Volvió a vacilar al no ver huellas en la nieve donde los duendes habían jugado a pídola sobre las lápidas, pero pronto se explicó esta circunstancia cuando recordó que los duendes, siendo espíritus, no dejarían trazas visibles detrás de ellos. Así, Gabriel Grub se puso de pie, como pudo, por los dolores de espalda; y sacudiendo la escarcha de la casaca, se la puso y volvió la cara hacia la ciudad.

» Pero era un hombre diferente, y no podía soportar la idea de volver a un lugar donde se burlarían de su arrepentimiento y no creerían en su cambio. Vaciló unos momentos, y luego se volvió y se marchó a vagar por donde pudiera, buscándose el pan por otro sitio.

» La linterna, la azada y la cantimplora se encontraron aquel día en el cementerio. Hubo muchas especulaciones sobre el destino del sepulturero al principio, pero pronto se decidió que se le habían llevado los duendes; y no faltaron algunos testigos muy fidedignos que le habían visto claramente por los aires, a lomos de un caballo castaño, tuerto, con cuartos traseros de león y cola de oso. Por fin, todo eso se creyó devotamente; y el nuevo sepulturero solía enseñar a los curiosos, por un pequeño emolumento, un gran trozo del gallo de la veleta de la iglesia que había sido derribado accidentalmente por el mencionado caballo en su vuelo aéreo, y que él mismo encontró en el cementerio, un año o dos después.

» Por desgracia, estas historias quedaron un tanto estropeadas por la imprevista aparición del propio Gabriel Grub, unos diez años después, andrajoso y reumático, pero contento. Contó su narración al párroco, y también al alcalde; y con el transcurso del tiempo empezó a admitirse como cosa histórica, forma en que se ha transmitido hasta nuestros días. Los que habían creído el relato del gallo de la veleta, habiendo puesto por una vez su creencia donde no debían, no se convencieron ya de ninguna nueva historia, de modo que pusieron cara de saber mucho, se encogieron de hombros, se tocaron la frente y murmuraron algo de que Gabriel se había bebido toda la ginebra y luego se había quedado dormido en una lápida; y pretendían explicar lo que él suponía haber presenciado en la caverna, diciendo que había visto el mundo y se había vuelto más juicioso. Pero

esta opinión jamás fue de ningún modo popular, y poco a poco se extinguió; y, sea como sea, dado que Gabriel Grub sufrió de reuma hasta el fin de sus días, este cuento tiene por lo menos una moraleja, si es que no enseña otra cosa mejor; y es que, si un hombre se pone de mal humor y bebe a solas en Navidad, puede resignarse a que no sacará nada bueno de eso, aunque el licor sea el mejor que haya, o aunque tenga tantos grados como los espíritus[46] que vio Gabriel Grub en la caverna de los duendes.»

XXX

DE CÓMO LOS PICKWICKIANOS TRABARON CONOCIMIENTO CON UN PAR DE SIMPÁTICOS JÓVENES PERTENECIENTES A UNA DE LAS PROFESIONES LIBERALES; Y CÓMO SE DIVIRTIERON EN EL HIELO; Y CÓMO TERMINA SU VISITA

—Bueno, Sam —dijo el señor Pickwick, cuando este favorecido servidor entró en su alcoba con el agua caliente la mañana de Navidad—; ¿sigue helando?

—El agua del lavabo tiene una capa de hielo, señor —respondió Sam.

—Un tiempo muy duro, Sam —observó el señor Pickwick.

—Buen tiempo para el que está bien *arropao*, como se decía el oso polar entrenándose a patinar —respondió Sam.

—Estaré abajo dentro de un cuarto de hora, Sam —dijo el señor Pickwick, desatándose el gorro de dormir.

—Muy bien, señor —contestó Sam—. Abajo hay un par de sierrahuesos.

—¿Un par de qué? —exclamó el señor Pickwick, incorporándose en la cama.

—Un par de sierrahuesos —dijo Sam.

—¿Y qué es un sierrahuesos? —preguntó el señor Pickwick, no muy seguro de si era un animal vivo o algo de comer.

—¡Vaya! ¿No sabe lo que es un sierrahuesos? —preguntó Sam—. Creí que todo el mundo sabía que un sierrahuesos es un cirujano.

—¡Ah! ¿Conque un cirujano? —dijo el señor Pickwick con una sonrisa.

—Eso mismo, señor —contestó Sam—. Pero estos de ahí abajo no son sierrahuesos completos; están solo aprendiendo.

—Dicho de otro modo, son estudiantes de medicina, ¿no? —dijo el señor Pickwick.

Sam Weller asintió con la cabeza.

—Me alegro —dijo el señor Pickwick, lanzando enérgicamente el gorro de dormir sobre la colcha—. Serán muchachos agradables… muy buenos; con el juicio madurado por la observación y la reflexión, y con el gusto refinado por la lectura y el estudio. Me alegro mucho.

—Están fumando unos cigarros junto a la chimenea de la cocina —dijo Sam.

—¡Ah! —observó el señor Pickwick, frotándose las manos—; rebosando sentimientos de benevolencia y espíritu de vitalidad. Eso es lo que me gusta ver.

—Y uno de ellos —dijo Sam, sin tener en cuenta la interrupción de su amo—, uno de ellos ha puesto los pies en la mesa y bebe aguardiente puro, mientras el otro, el de las gafas, tiene un barril de ostras en las rodillas y las va abriendo a toda marcha, y en cuanto se las come, tira al blanco con ellas hacia el joven dormilón, que está echando un sueño junto a la chimenea.

—Excentricidades del genio, Sam —dijo el señor Pickwick—; puedes retirarte.

Sam se retiró, en consecuencia. El señor Pickwick, al cabo del cuarto de hora, bajó a desayunar.

—¡Aquí está, por fin! —dijo el viejo Wardle—. Pickwick, este es el hermano de la señorita Allen, el señor Benjamin Allen. Nosotros le llamamos Ben, y usted puede llamarle así, si le parece bien. Este señor es su íntimo amigo, el señor…

—El señor Bob Sawyer —interrumpió Benjamin Allen; y Bob Sawyer y Benjamin Allen se echaron a reír al unísono.

El señor Pickwick saludó a Bob Sawyer, y Bob Sawyer saludó al señor Pickwick. Bob y su amigo íntimo se aplicaron luego con asiduidad a los comestibles que tenían delante, y el señor Pickwick tuvo la oportunidad de observarles.

Benjamin Allen era un joven rudo, grueso, rechoncho, con el pelo bastante corto y la cara blanca bastante larga. Se embellecía con unas gafas, y llevaba un plastrón blanco. Bajo su casaca negra, de una sola fila y abotonada hasta la barbilla, aparecía el acostumbrado número de piernas, de color sal y pimienta, terminadas en unas botas mal abrillantadas. Aunque la casaca le estaba corta de mangas, no revelaba vestigios de puños blancos; y aunque había bastante sitio en torno a su cara como para admitir el enmarque de un cuello de camisa, no se agraciaba con la más leve aproximación a semejante apéndice. En conjunto, presentaba un aspecto más bien apolillado y emitía un fragante olor de habanos fuertes.

Bob Sawyer iba vestido con una basta casaca azul que, sin ser ni sobretodo ni levita, participaba de la naturaleza de ambas cosas, rodeándose de ese aire de elegancia vulgar y de andares fanfarrones, peculiar de los jóvenes que de día fuman por las calles y de noche gritan y chillan, llamando a los camareros por sus nombres de pila y realizando otros diversos actos y hazañas de carácter igualmente bromista. Llevaba unos pantalones escoceses y un amplio y rudo chaleco de dos filas; por la calle usaba un grueso garrote con amplio mango. Esquivaba los guantes y, en conjunto, parecía algo así como un Robinson Crusoe echado a perder.

Tales eran las dos dignidades a quien fue presentado el señor Pickwick, al tomar asiento para desayunar en la mañana de Navidad.

—Espléndida mañana, señores —dijo el señor Pickwick.

Bob Sawyer asintió levemente a esta proposición, y pidió la mostaza a Benjamin Allen.

—¿Han venido de muy lejos esta mañana, señores? —preguntó el señor Pickwick.

—De Al León Azul de Muggleton —respondió con brevedad Allen.

—Deberían haber estado anoche con nosotros —dijo el señor Pickwick.

—Eso es —dijo Bob Sawyer—; pero el aguardiente era demasiado bueno para dejarlo con prisa, ¿no es verdad, Ben?

—Eso es —dijo Benjamin Allen—; y los cigarros no estaban mal, ni las chuletas de cerdo tampoco; ¿verdad, Bob?

—Ciertamente —dijo Bob.

Los amigos íntimos continuaron su ataque al desayuno con mayor libertad que antes, como si el recuerdo de la cena de anoche hubiera comunicado una nueva atracción a esta comida.

—Dale allá, Bob —dijo Allen, animando a su compañero.

—Ya voy —respondió Bob Sawyer.

—No hay cosa como la disección para darle apetito a uno —dijo Bob Sawyer, mirando alrededor a los de la mesa.

El señor Pickwick se estremeció ligeramente.

—A propósito, Bob —dijo Allen—, ¿has terminado ya aquella pierna?

—Casi —respondió Sawyer, sirviéndose la mitad de un ave al decirlo—. Tiene mucho músculo para ser de niño.

—¿Ah, sí? —preguntó descuidadamente Allen.

—Mucho —dijo Bob Sawyer con la boca llena.

—Me he apuntado en la sala para un brazo —dijo Allen—; nos hemos reunido para un cadáver entero, y la lista está casi completa, solo que no podemos encontrar a nadie que quiera una cabeza. Me gustaría que la tomaras tú.

—No —contestó Bob Sawyer—; no puedo permitirme lujos tan caros.

—¡Tonterías! —dijo Allen.

—No puedo, desde luego —insistió Bob Sawyer—; no me importaría un cerebro, pero no puedo hacer frente a una cabeza entera.

—Chist, chist, señores, por favor —dijo el señor Pickwick—; oigo que vienen las señoras.

—¡Cómo, si es Ben! —dijo Arabella, en un tono que expresaba más sorpresa que placer, al ver a su hermano.

—Vengo para llevarte mañana a casa —respondió Benjamin.

Winkle se puso pálido.

—¿No ves a Bob Sawyer, Arabella? —preguntó Benjamin Allen con cierto tono de reproche.

Arabella tendió graciosamente la mano, reconociendo la presencia de Bob Sawyer. Un escalofrío de odio cruzó el corazón de Winkle cuando Bob Sawyer infligió un perceptible apretón a la mano que se le ofrecía.

—¡Ben, querido Ben! —dijo Arabella, ruborizándose—. ¿Te han… te han presentado al señor Winkle?

—No me han presentado, pero tengo mucho gusto, Arabella —respondió con gravedad su hermano.

Y aquí Allen hizo una sombría reverencia a Winkle, mientras Winkle y Bob Sawyer se lanzaban miradas de desconfianza con el rabillo del ojo.

La llegada de los dos nuevos visitantes, con la consiguiente incomodidad para

Winkle y la señorita de las botas con vueltas de piel, hubiera sido sin duda una interrupción muy desagradable para el temple risueño del grupo, de no haberse ejercitado hasta el extremo, por el bien común, la jovialidad del señor Pickwick y el buen humor del anfitrión. Winkle fue entrando poco a poco en la buena gracia de Benjamin Allen, y hasta inició una conversación amistosa con Bob Sawyer, quien, animado por el aguardiente, poco a poco maduró hasta un punto de extrema comicidad, contando con gran júbilo una anécdota sobre la extirpación de un tumor en la cabeza de un señor, que ilustró mediante un cuchillo para ostras y una hogaza, con gran edificación de todos. Luego todos se dirigieron a la iglesia, donde Benjamin Allen se quedó dormido por completo, mientras que Bob Sawyer apartaba sus pensamientos de los asuntos mundanos por el ingenioso procedimiento de grabar su nombre en el asiento del banco, en gruesas letras de cuatro dedos.

—Ahora —dijo Wardle, después que se hizo amplia justicia a un sustancioso almuerzo, con los amenos acompañamientos de la cerveza fuerte y el aguardiente de cerezas—, ¿qué dirían de una horita en el hielo? Tenemos mucho tiempo.

—¡Estupendo! —dijo Benjamin Allen.

—¡Magnífico! —exclamó Bob Sawyer.

—Usted patinará, ¿no, Winkle? —dijo Wardle.

—Sí… sí…; sí, claro —contestó Winkle—; pero… he perdido la práctica.

—Ande, patine usted, señor Winkle —dijo Arabella—; me gusta mucho verlo.

—Ah, es tan bonito —dijo otra señorita.

Otra señorita dijo que era muy elegante, y otra expresó la opinión de que era «como de cisne».

—Me gustaría mucho, claro —dijo Winkle, enrojeciendo—; pero no tengo patines.

La objeción quedó inmediatamente superada. Trundle tenía dos pares, y el chico gordinflón anunció que había otra media docena abajo; ante lo cual, Winkle expresó su exquisito deleite, y puso una cara exquisitamente incómoda.

El viejo Wardle les condujo hasta un estanque helado bastante grande; y después que el gordinflón y Sam Weller retiraron con palas la nieve que había caído durante la noche, Bob Sawyer se puso los patines con una destreza absolutamente maravillosa para Winkle, y describió círculos con la pierna izquierda, y trazó ochos, y grabó en el hielo, sin pararse ni una vez a respirar, otras muchas figuras agradables y sorprendentes, con enorme satisfacción del señor Pickwick, de Tupman y de las señoritas, que alcanzó una cima de absoluto entusiasmo cuando Benjamin Allen, asistido por el mencionado Bob Sawyer, ejecutó unas misteriosas evoluciones que llamaban «la devanadera».

Durante todo este tiempo, Winkle, con la cara y las manos azuladas de frío, había estado metiéndose un tornillo en las suelas, y poniéndose los patines con las

puntas para atrás, y abrochándose las correas, en un estado complicado y enredoso, con ayuda de Snodgrass, que entendía de patines menos que un hindú. Por fin, sin embargo, con ayuda de Sam Weller los desgraciados patines quedaron bien atornillados y atados, y Winkle se irguió sobre sus pies.

—Bueno, vamos, señor —dijo Sam con tono estimulante—; adelante, enséñeles cómo se hace.

—¡Alto, Sam, alto! —dijo Winkle, temblando violentamente y agarrándose a los brazos de Sam con la violencia de uno que se ahoga—. ¡Qué resbaladizo está, Sam!

—No es raro, en el hielo, señor —contestó Sam—. ¡Aguante, señor!

Esta última observación de Sam se refería a una demostración que en ese momento hizo Winkle de un frenético deseo de lanzar los pies por el aire y meter la nuca en el hielo.

—Estos… estos patines son muy raros, ¿no, Sam? —preguntó Winkle, vacilando.

—Me temo que lo raro es el señor que va encima —contestó Sam.

—Bueno, Winkle —gritó el señor Pickwick, completamente inconsciente de que hubiera algo de particular—; vamos, las señoritas están esperando.

—Sí, sí —contestó Winkle, con sonrisa espectral—. Ya voy.

—Ya está empezando —dijo Sam, luchando por soltarse—. ¡Ea, adelante!

—Espera un momento, Sam —jadeó Winkle, apretándose afectuosamente a Sam—. Ahora me acuerdo de que en casa tengo un par de casacas que no me hacen falta. Te las puedes quedar, Sam.

—Gracias, señor —contestó Sam.

—No te ocupes de quitarte el sombrero, Sam —dijo Winkle, apresuradamente—. No quites la mano para eso. Pensaba haberte dado cinco chelines de aguinaldo esta mañana, Sam. Te los daré esta tarde.

—Es *usté* muy amable, señor —respondió Sam.

—Sujétame un poco al principio, ¿quieres? —dijo Winkle—. Eso, así está bien. Enseguida me acostumbraré, Sam. No tan deprisa, Sam, no tan deprisa.

Winkle, agachado hacia delante, con el cuerpo medio doblado, iba siendo ayudado por Sam a pasar el hielo de un modo muy peculiar y nada «a lo cisne», cuando el señor Pickwick, con toda inocencia, gritó desde la orilla opuesta:

—¡Sam!

—¿Señor?

—Ven acá. Te necesito.

—Me voy, señor —dijo Sam—. ¿No oye que me llama el amo? Ya voy, señor.

Con un violento esfuerzo, Sam se soltó del agarrón del angustiado pickwickiano y, al hacerlo así, administró un considerable empuje al infeliz

Winkle. Con una exactitud que no habría logrado ninguna destreza ni entrenamiento, el infortunado caballero se metió rápidamente en el centro de «la devanadera», en el mismo instante en que Bob Sawyer ejecutaba un floreo de belleza inigualada. Winkle chocó violentamente con él y, con un sonoro golpe, ambos cayeron pesadamente. El señor Pickwick corrió a aquel sitio. Bob Sawyer se había puesto de pie, pero Winkle era demasiado prudente para hacer nada parecido con los patines. Estaba sentado en el hielo, haciendo esfuerzos espasmódicos para sonreír, pero la angustia se reflejaba en cada trazo de su rostro.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó Benjamin Allen con gran preocupación.

—No mucho —dijo Winkle, frotándose mucho la espalda.

—Me gustaría que me dejara sangrarle —dijo Benjamin con gran empeño.

—No, gracias —respondió Winkle apresuradamente.

—Creo de veras que sería lo mejor —dijo Allen.

—Gracias —respondió Winkle—; preferiría que no.

—¿Qué piensa usted, señor Pickwick? —preguntó Bob Sawyer.

El señor Pickwick estaba excitado e indignado. Convocó a Sam Weller y dijo con voz severa:

—Quítale los patines.

—No, pero si apenas había empezado, de veras —se quejó Winkle.

—Quítale los patines —repitió el señor Pickwick con firmeza.

Esa orden no se podía resistir, y Winkle permitió a Sam que la obedeciera, en silencio.

—Levántale —dijo el señor Pickwick.

Sam le ayudó a levantarse.

El señor Pickwick se apartó unos pasos de los circunstantes y, mandando a su amigo que se acercara, fijó en él una mirada inquisitiva, y lanzó estas notables palabras, en tono bajo, pero claro y enfático:

—Es usted un farsante, señor Winkle.

—¿Un qué? —dijo Winkle, sobresaltado.

—Un farsante. Se lo diré más claro, si quiere: un impostor.

Y con estas palabras, el señor Pickwick se volvió lentamente sobre sus talones y se reunió con los amigos.

Mientras el señor Pickwick se descargaba de los sentimientos que acabamos de anotar, Sam Weller y el chico gordinflón, después de prepararse una pista reuniendo sus esfuerzos, se ejercitaron en ella de modo brillantemente magistral. Sam Weller, sobre todo, realizaba ese hermoso número de patinaje artístico que suele denominarse «llamar a la puerta del zapatero», y que consiste en deslizarse por el hielo sobre un solo pie, dando de vez en cuando con el otro un golpe parecido a la llamada del cartero.[47] Era una pista larga y excelente, y había en el movimiento algo que no podía dejar de envidiar el señor Pickwick,

helado de estar tan quieto.

—Parece un buen ejercicio para entrar en calor, ¿no? —preguntó a Wardle, después que este quedó totalmente sin aliento a causa de su manera infatigable de convertir las piernas en compás, dibujando complicados problemas en el hielo.

—Ah, claro que sí —respondió Wardle—. ¿Usted no patina?

—Yo patinaba por las calles, de muchacho —contestó el señor Pickwick.

—Pruébelo ahora —dijo Wardle.

—¡Sí, sí, patine, señor Pickwick! —dijeron todas las señoritas.

—Me gustaría mucho proporcionarles cualquier diversión —contestó el señor Pickwick—, pero hace treinta años que no hago semejante cosa.

—¡Bah, bah! ¡Tonterías! —dijo Wardle, quitándose los patines con la impetuosidad que caracterizaba todos sus actos—. ¡Vamos, yo le acompañaré; adelante!

Y allá fue el jovial viejo por la pista, con rapidez muy próxima a la de Sam Weller, y muy superior a la del chico gordinflón.

El señor Pickwick se detuvo, consideró, se quitó los guantes y los metió en el sombrero; tomó carrerilla dos o tres veces, y otras tantas se detuvo, hasta que por fin echó a correr y salió lenta y gravemente por la pista, con los pies separados más de una yarda, entre los gritos de alegría de todos los espectadores.

—¡Que no deje de hervir la olla, señor! —dijo Sam; y allá volvieron Wardle, y luego Pickwick, y luego Sam, y luego Winkle, y luego Bob Sawyer, y luego el gordinflón, y luego Snodgrass, pisándose los talones y persiguiéndose con tanto empeño como si de esa realización dependieran sus perspectivas futuras en la vida.

Era una cosa interesantísima observar el modo como el señor Pickwick cumplía su parte de la ceremonia; observar la tortura de ansiedad con que miraba a la persona de delante, avanzando hacia ella con inminente riesgo de derribarla; verle consumir poco a poco la fuerza con que había empezado, y volver lentamente por la pista con la cara hacia el punto donde empezó; contemplar la sonrisa juguetona que enarbolaba en su rostro cuando había atravesado toda la distancia, y la seriedad con que se volvía atrás una vez que lo había hecho, en persecución de su predecesor, con las polainas negras corriendo alegremente por la nieve y los ojos centelleando de alegría y júbilo a través de los lentes. Y cuando le derribaban (que solía ser, por término medio, una vez de cada tres) era el espectáculo más confortante que se puede imaginar observarle cómo recogía el sombrero, guantes y pañuelo con aire resplandeciente, para volver a tomar su puesto en la fila con un ardor y entusiasmo que nada podía disminuir.

El juego estaba en su cumbre, la carrera en la pista alcanzaba su mayor velocidad y la risa su mayor estrépito, cuando se oyó un fuerte crujido seco. Hubo una rápida retirada hacia la orilla, un clamor angustiado de las señoritas y

un grito de Tupman. Desapareció una gran masa de hielo; el agua lanzó burbujas sobre ella; el sombrero, los guantes y el pañuelo del señor Pickwick flotaban sobre la superficie; y eso era todo lo que podían ver del señor Pickwick.

La consternación y la angustia se pintaron en todos los rostros; los hombres palidecieron y las mujeres se desmayaron; Snodgrass y Winkle se agarraron de la mano contemplando con gravedad angustiosa el lugar donde se había sumergido su jefe; mientras Tupman, para dar el auxilio más rápido y a la vez transmitir la noción más clara de la catástrofe a todas las personas que estuvieran al alcance de la voz, corría por el campo con la mayor velocidad, gritando con todas sus fuerzas: « ¡Fuego!» .

En ese momento, cuando el viejo Wardle y Sam Weller se acercaban al agujero con pasos cautos, y Benjamin Allen sostenía una rápida consulta con Bob Sawyer sobre la conveniencia de sangrar a todo el grupo en general como ejercicio de práctica profesional para su provecho, en ese mismo momento, una cara, una cabeza y unos hombros emergieron de debajo del agua, mostrando los rasgos y los lentes del señor Pickwick.

—¡Sosténgase un momento; solo un momento! —aulló Snodgrass.

—Sí, se lo ruego; ¡hágalo por mí! —rugió Winkle, hondamente afectado.

El conjuro era más bien innecesario, siendo lo más probable que, aunque el señor Pickwick hubiera rehusado ser sostenido por otro, se le habría ocurrido que podía hacerlo por su propio bien.

—¿Toca usted fondo por ahí, amigo? —dijo Wardle.

—Sí, claro —respondió el señor Pickwick, sacudiéndose el agua de la cabeza y la cara y recobrando aliento—; me caí de espaldas, y al principio no podía ponerme de pie.

El barro, en todo lo que se veía de la casaca del señor Pickwick, daba testimonio de la exactitud de su afirmación; y como los temores de los espectadores quedaron más aliviados aún cuando el chico gordinflón recordó de repente que el agua no tenía en ningún sitio más de cinco pies de profundidad, se realizaron prodigios de valor para sacarle. Después de una gran cantidad de salpicones, crujidos y luchas, el señor Pickwick fue extraído de su desagradable posición, volviendo a tierra firme.

—¡Se va a morir del enfriamiento! —dijo Emily.

—¡Pobrecillo! —dijo Arabella—. Déjeme que le envuelva en esta bufanda.

—Ah, eso es lo mejor que puede hacer —dijo Wardle—; y en cuanto se la ponga, corra a casa con toda la velocidad de sus piernas y métase derecho en la cama.

Una docena de bufandas se ofrecieron al momento. Elegidas tres o cuatro de las más gruesas, el señor Pickwick quedó envuelto y echó a correr bajo la guía de Sam Weller, ofreciendo el singular fenómeno de un caballero entrado en años, goteante y sin sombrero, con los brazos apretados a los costados y deslizándose

por el camino, sin ningún propósito claramente visible, a la velocidad de sus buenas seis millas por hora.

Pero al señor Pickwick no le importaban las apariencias en caso tan extremo y, urgido por Sam Weller, mantuvo toda su velocidad hasta que alcanzó la puerta de la Granja Manor, donde Tupman había llegado cinco minutos antes, asustando a la anciana, con graves palpitaciones de corazón, al infundirle la convicción inalterable de que se había incendiado la chimenea de la cocina, calamidad que siempre se presentaba en colores vívidos ante la mente de la anciana en cuanto alguien manifestaba ante ella la menor agitación.

El señor Pickwick no se detuvo un instante hasta que estuvo bien arropado en la cama. Sam Weller encendió un buen fuego en la habitación y le trajo la cena; luego le subieron un gran puchero de ponche y se organizó un brindis por su salvamento. Wardle no quiso oír hablar de que se levantara, de modo que convirtieron la cama en presidencia, ocupada por el señor Pickwick. Se mandó traer más ponche y, cuando el señor Pickwick despertó al día siguiente, no había en él ni un síntoma de reumatismo; lo cual demuestra, como observó muy justamente Bob Sawyer, que no hay nada como el ponche caliente en estos casos; y que si alguna vez el ponche ha fracasado como preventivo, es simplemente porque el paciente cayó en el error vulgar de no tomar bastante.

A la mañana siguiente se deshizo el jovial grupo. Las despedidas son estupendas cuando estamos en el colegio, pero en la vida posterior son muy penosas. La muerte, los intereses personales y los cambios de fortuna todos los días disgregan muchos grupos felices dispersándolos por el mundo, sin que los jóvenes y las jóvenes vuelvan a reunirse jamás. No queremos decir que este fuera exactamente el caso en nuestro ejemplo concreto; lo que queremos es informar a nuestros lectores de que los diversos miembros del grupo se dispersaron hacia sus respectivos hogares; que el señor Pickwick y sus amigos volvieron a tomar asiento en la imperial de la diligencia de Muggleton; y que Arabella Allen se dirigió a su lugar de destino, dondequiera que estuviera —suponemos que Winkle lo sabía, pero nosotros confesamos que no—, bajo el cuidado y tutela de su hermano Benjamin y de su íntimo y particular amigo Bob Sawyer.

Sin embargo, antes de separarse, este señor y Benjamin Allen llevaron aparte al señor Pickwick con cierto aire de misterio; y Bob Sawyer, metiendo el dedo entre dos costillas del señor Pickwick, con lo que al mismo tiempo ostentaba su jovialidad y su conocimiento de la estructura humana, preguntó:

—Oiga, viejo, ¿usted por dónde para?

El señor Pickwick contestó que por ahora estaba hospedado en San Jorge y el Buitre.

—Me gustaría que viniera a verme —dijo Bob Sawyer.

—Tendría muchísimo gusto —contestó el señor Pickwick.

—Este es mi domicilio —dijo Bob Sawyer, sacando una tarjeta—: la calle Lant, Borough; está cerca del hospital de Guy, muy cómodo para mí, ya sabe. Un poco después de pasar la iglesia St. George, volviendo a la derecha.

—Ya sabré encontrarlo —dijo el señor Pickwick.

—Venga el jueves, dentro de dos semanas; y traiga a los otros compadres —dijo Bob Sawyer—; tendré unos compañeros médicos esa noche.

El señor Pickwick expresó el placer que le ocasionaría conocer a los jóvenes médicos, y después que Bob Sawyer le informó de que pensaba que estarían muy en confianza, y que su amigo Ben sería también del grupo, se estrecharon las manos y se separaron.

Nos damos cuenta de que, al llegar a este punto, estamos expuestos a que se nos pregunte si Winkle susurró algo a Arabella Allen en su breve conversación; y si fue así, qué le dijo; y asimismo, si Snodgrass conversaba aparte con Emily Wardle; y si fue así, qué le dijo. A esto respondemos que, dijeran lo que les dijesen a las señoritas, ellos no les dijeron nada en absoluto ni al señor Pickwick ni a Tupman durante las veintiocho millas del camino; y que suspiraron frecuentemente, rehusaron la cerveza y el aguardiente, y adquirieron un aspecto sombrío. Si nuestras perspicaces lectoras pueden deducir alguna conclusión satisfactoria de estos hechos, les rogamos con el mayor encarecimiento que así lo hagan.

XXXI
QUE TRATA, TODO ÉL, SOBRE LA JUSTICIA, Y SOBRE LAS GRANDES AUTORIDADES ERUDITAS EN ESA MATERIA

Esparcidos por diversos agujeros y rincones del Temple, hay ciertos cuartos oscuros y sucios, por los cuales durante la mañana, en época de vacación, y por la tarde también durante la época de audiencias, se puede ver entrar y salir una sucesión casi ininterrumpida de pasantes de abogados que van apresurados con fajos de papeles bajo el brazo o rebosándoles de los bolsillos. Hay diversos grados de pasantes. Hay el pasante contratado, que ha pagado un tanto por el puesto y es un futuro abogado, tiene cuenta en el sastre, recibe invitaciones a reuniones y conoce a una familia en la calle Gower y otra en la plaza Tavistock; y que todas las vacaciones de verano sale de la ciudad a ver a su padre, que tiene una cuadra de innumerables caballos; en una palabra, que es el auténtico aristócrata de los pasantes. Hay el pasante asalariado —para el despacho o para fuera, según los casos—, que dedica la mayor parte de sus treinta chelines semanales a su placer y adorno personal, que acude al menos tres veces por semana al teatro Adelphi, con entrada a mitad de precio, y se entrega luego majestuosamente a la disipación en las bodegas, siendo una sucia caricatura de la moda que se pasó hace seis meses. Hay el escribiente de mediana edad, con una gran familia, que siempre anda sucio y muchas veces borracho. Y hay chicos de despacho, con sus primeros pantalones largos, que sienten un adecuado desprecio por los alumnos externos de las escuelas, y que cuando se van a casa por la noche reúnen sus dineros para comprar salchichas y cerveza negra, y piensan que no hay nada como «la vida». Hay muchas variedades del género, demasiado numerosas para recapitularlas, pero, por numerosas que sean, todas ellas se ven, en determinadas horas de trabajo, entrando y saliendo deprisa por los lugares que acabamos de mencionar.

Esos rincones apartados son las oficinas públicas de la profesión legal, donde se presentan escritos, se firman juicios, se registran declaraciones y se ponen en marcha otras muchas máquinas ingeniosas para tormento y tortura de los fieles súbditos de Su Majestad, y para consuelo y emolumento de los que ejercen las actividades jurídicas. En su mayor parte, son cuartos bajos de techo y mohosos, donde innumerables rollos de pergamino, que llevan un siglo sudando en secreto, emiten un agradable aroma, que de día se mezcla con el olor de la podredumbre y, de noche, con las diversas exhalaciones que brotan de los abrigos húmedos, los paraguas goteantes y las pésimas velas de sebo.

Hacia las siete y media de la tarde, unos diez o quince días después de que el señor Pickwick y sus amigos volvieran a Londres, entró apresuradamente en uno de esos despachos un individuo de gabán pardo y botones metálicos, cuyo largo pelo estaba cuidadosamente trenzado siguiendo el ala de su raído sombrero, y

cuyos gastados pantalones estaban tan apretadamente sujetos a sus botas vueltas que las rodillas amenazaban salirse de su escondite en cualquier momento. Sacó de los bolsillos de la casaca una tira de pergamino larga y estrecha, en que el funcionario de servicio estampó un sello negro ilegible. Luego sacó otras cuatro tiras de papel de dimensiones semejantes, cada cual conteniendo una copia impresa del pergamino con un hueco en blanco para el nombre; y una vez llenos los blancos, se metió en el bolsillo los cinco documentos y salió apresuradamente.

El hombre del abrigo pardo, con los documentos cabalísticos en el bolsillo, no era otro que nuestro antiguo conocido el señor Jackson, de la casa Dodson y Fogg, Freeman's Court, Cornhill. En vez de volver al despacho de donde venía, sin embargo, dirigió sus pasos hacia Sun Court y, entrando derecho en San Jorge y el Buitre, preguntó si estaba el señor Pickwick.

—Llama al criado del señor Pickwick, Tom —dijo la muchacha del bar de San Jorge y el Buitre.

—No se moleste —dijo el señor Jackson—. He venido para un asunto. Si me enseña el camino al cuarto del señor Pickwick, yo mismo entraré.

—¿Cómo se llama usted? —dijo el camarero.

—Jackson —respondió el pasante.

El camarero subió a anunciar al señor Jackson, pero este le ahorró la molestia siguiéndole de cerca y metiéndose en la habitación antes de que pudiera articular una sílaba.

El señor Pickwick había invitado a comer aquel día a sus tres amigos; estaban todos sentados alrededor del fuego, bebiendo su vino de sobremesa, cuando se presentó el señor Jackson, según se describe más arriba.

—¿Cómo está usted, señor? —dijo Jackson, saludando al señor Pickwick.

Este se inclinó con aire un tanto sorprendido, pues no conservaba en su memoria la fisonomía del señor Jackson.

—Vengo de parte de Dodson y Fogg —dijo Jackson en tono de explicación.

El señor Pickwick saltó al oír esos nombres:

—Diríjase a mi abogado, el señor Perker, en Gray's Inn —dijo—. Camarero, acompañe a este señor a la puerta.

—Perdón, señor Pickwick —dijo Jackson, depositando con deliberación el sombrero en el suelo y sacando del bolsillo la tira de pergamino—; pero en estos casos es servicio personal, por pasante o agente, ya sabe usted, señor Pickwick… No hay cosa como la precaución en todas las formalidades legales, ¿verdad?

Entonces Jackson puso los ojos en el pergamino y, apoyando las manos en la mesa, y mirando en torno con una sonrisa persuasiva y seductora, dijo:

—Ea, vamos, no nos metamos en palabras por un asuntillo como este. ¿Quién de ustedes, señores, se llama Snodgrass?

Ante esta pregunta, Snodgrass se agitó de modo tan genuino y palpable que no hubo necesidad de más respuesta.

—¡Ah!, ya me lo suponía —dijo Jackson, más amable aún que antes—. Tengo que molestarle un poco, señor.

—¡A mí! —exclamó Snodgrass.

—Es solo una citación en la causa «Bardell contra Pickwick», a instancia de la demandante —contestó Jackson, eligiendo una de las tiras de papel y sacando un chelín del bolsillo del chaleco—. Se verá en la apertura de la temporada; el catorce de febrero, esperamos; hemos pedido un jurado especial, y está solamente el décimo en la lista. Aquí tiene, señor Snodgrass.

Al decir esto, presentó el pergamino ante los ojos de Snodgrass y le deslizó en la mano el papel y el chelín. Tupman había presenciado este proceso con mudo asombro, cuando Jackson, volviéndose repentinamente hacia él, dijo:

—Creo que no me equivoco si digo que usted se llama Tupman, ¿verdad?

Tupman miró al señor Pickwick, pero, no percibiendo en los abiertos ojos de este ninguna invitación a negar su nombre, dijo:

—Sí, me llamo Tupman.

—Y este otro señor es el señor Winkle, ¿no? —dijo Jackson.

Winkle balbució una respuesta afirmativa, y ambos caballeros quedaron provistos a continuación de una tira de papel y un chelín cada uno, por el hábil señor Jackson.

—Ahora —dijo Jackson— me temo que me encontrarán bastante molesto, pero quiero ver a alguien más, si no hay inconveniente. Tengo aquí el nombre de Samuel Weller, señor Pickwick.

—Vaya a buscar a mi criado, camarero —dijo el señor Pickwick.

El camarero se retiró, considerablemente asombrado, y el señor Pickwick señaló a Jackson un asiento.

Hubo entonces una pausa incómoda, que rompió al fin el inocente demandado:

—Supongo, señor mío —dijo el señor Pickwick, creciendo en indignación conforme hablaba—, supongo que sus jefes tienen la intención de acusarme con el testimonio de mis propios amigos, ¿no?

Jackson golpeó varias veces con el índice el lado izquierdo de la nariz para insinuar que no estaba allí para revelar los secretos del oficio, y respondió en tono de broma:

—No le puedo decir, porque no lo sé.

—Entonces, ¿por qué otra razón —siguió el señor Pickwick— les traen estas citaciones, si no es para eso?

—No está mal pensado, señor Pickwick —respondió Jackson, moviendo lentamente la cabeza—; pero no sirve. No se pierde nada con probar, pero hay poco que sacarme.

Aquí el señor Jackson sonrió una vez más al grupo y, llevándose el pulgar izquierdo a la punta de la nariz, hizo funcionar un imaginario molinillo de café

con la mano derecha, ejecutando así una graciosa pantomima (entonces muy de moda, pero ahora anticuada) que se llamaba familiarmente «pasar por el molinillo».

—No, no, señor Pickwick —dijo Jackson al terminar—; los de Perker deben adivinar para qué hemos traído estas citaciones. Si no saben, tendrán que esperar a que empiece la causa, y entonces lo averiguarán.

El señor Pickwick lanzó una mirada de extremada repugnancia a su inoportuno visitante, y probablemente habría lanzado algún tremendo anatema contra las cabezas de los señores Dodson y Fogg si no le hubiera interrumpido en ese momento la entrada de Sam.

—¿Samuel Weller? —preguntó Jackson.

—Una de las cosas más verdaderas que ha dicho *usté* en muchos años —respondió Sam con aire muy tranquilo.

—Aquí tiene usted una citación, señor Weller —dijo Jackson.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Sam.

—Aquí está el original —dijo Jackson, rehuyendo dar la respuesta requerida.

—¿Cuál? —dijo Sam.

—Este —replicó Jackson, agitando el pergamino.

—¡Ah!, ¿conque ese es el original? —dijo Sam—. Bueno, pues estoy muy contento de haber visto el original, porque es cosa que da mucho gusto y le regocija a uno el alma.

—Y aquí tiene el chelín —dijo Jackson—, de parte de Dodson y Fogg.

—Es mucha *amabilidá* de Dodson y Fogg, que me conocen tan poco, mandarme un regalo —dijo Sam—. Lo tomo como un gran cumplimiento; es cosa que les hace mucho honor, saber premiar el mérito dondequiera que lo encuentran. Además, es cosa que le conmueve los sentimientos a uno.

Al decir esto, Sam se frotó ligeramente el párpado derecho, siguiendo la manera más acreditada de los actores cuando se encuentran en patetismos domésticos.

Jackson pareció bastante sorprendido por la actitud de Sam, pero, como había entregado las citaciones y no tenía más que decir, hizo una finta como si se fuera a poner el único guante que siempre solía llevar en la mano para cubrir las apariencias; y se volvió al despacho para informar de las gestiones.

El señor Pickwick durmió poco aquella noche; le habían refrescado la memoria, de modo bastante desagradable, respecto a la causa promovida por la señora Bardell. Desayunó pronto al día siguiente y, diciendo a Sam que le acompañara, se dirigió a la plaza de Gray's Inn.

—¡Sam! —dijo el señor Pickwick, mirando a su alrededor cuando llegaron al extremo de Cheapside.

—¿Señor? —dijo Sam, poniéndose a la altura de su amo.

—¿Por dónde?

—Por Niégate Street.

El señor Pickwick no habló enseguida, sino que miró con aire vacío a la cara de Sam durante unos pocos segundos y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Sam.

—La causa, Sam —dijo el señor Pickwick—; se espera que se vea el catorce del mes que viene.

—¡Curiosa *casualidá*, señor! —contestó Sam.

—¿Por qué curiosa? —preguntó el señor Pickwick.

—Es el día de San Valentín —respondió Sam—; un día muy a propósito para juzgar un quebrantamiento de promesa de matrimonio.

La sonrisa de Sam no despertó fulgor de regocijo en el rostro de su amo.

El señor Pickwick dio la vuelta repentinamente y le precedió en silencio.

Llevaban recorrida cierta distancia, el señor Pickwick trotando delante, sumergido en honda meditación, y Sam siguiéndole atrás, con rostro expresivo del más envidiable y tranquilo desafío a todo y a todos, cuando este, que siempre tenía gran empeño por comunicar a su amo cualquier información exclusiva que poseyera, avivó el paso hasta que estuvo casi pisando los talones del señor Pickwick y, señalando una casa ante la cual pasaban, dijo:

—Una buena salchichería esta, señor.

—Sí, eso parece —dijo el señor Pickwick.

—Una famosa fábrica de embutidos —dijo Sam.

—¿Ah, es famosa? —dijo el señor Pickwick.

—¡Que si lo es! —exclamó Sam con alguna indignación—; yo diría más bien que lo era. Vaya, señor, bendita sea su inocencia, ahí es donde tuvo lugar la desaparición, hace cuatro años, de un respetable comerciante.

—¿No me irás a decir que lo liquidaron a lo Burke,[48] Sam? —dijo el señor Pickwick, mirando apresuradamente a su alrededor.

—No, desde luego —respondió Sam—; me alegraría poder decirlo; mucho peor que eso. Era el dueño de esta tienda, y el inventor de una máquina de vapor patentada *pa* hacer salchichas, en fabricación continua, que se tragaba un adoquín en cuanto se lo acercaba *usté* mucho y lo hacía salchichas como si hubiera sido un niñito tierno. Estaba muy orgulloso de esta máquina, como es natural que estuviera, y bajaba al sótano a verla funcionar a *toa* marcha hasta que se ponía como loco de alegría. Habría sido un hombre muy feliz, con la compañía de la máquina y de otros dos niños muy guapos, además, si no hubiera sido por su mujer, que era una arpía atrevida. Siempre le estaba molestando y rompiéndole los oídos, hasta que él ya no pudo aguantar más. «Te diré la verdad, querida», dijo un día: «si continúas con esta diversión», dice, «me voy a marchar a América, y se acabó.» «Eres un holgazán caprichoso», dice ella, «y me gustaría que los americanos hicieran ese negocio.» Y así sigue insultándole

media hora, y luego echa a correr a la sala de la tienda, y se pone a chillar, diciendo que aquello la va a matar, y le da un ataque, que le dura sus buenas tres horas; uno de esos ataques que son *toos* de chillar y patalear. Bueno, al día siguiente el marido no se encontraba por ninguna parte. No se había llevado *na* del baúl, ni siquiera se había puesto el abrigo; así que estaba claro que no se había ido a América. No volvió al otro día, ni volvió a la otra semana; la señora publicó anuncios diciendo que si volvía le perdonaría todo (lo que era muy generoso, visto que no tenía *na* que perdonarle); se dragaron los canales, y durante dos meses, en cuanto aparecía un cadáver, se lo llevaban derecho a la salchichería, como cosa de costumbre. Pero nadie contestó; así que se imaginaron que se habría escapado, y ella siguió el negocio. Un sábado por la noche, un viejecito flaco entra en la tienda muy enfurecido y dice: «¿Es usté la dueña de esta tienda?». «Sí, soy yo», dice ella. «Bueno, señora», dice él, «entonces, he venido *na* más que a decirle que mi familia y yo no queremos ahogarnos por *na*; y además, señora», dice, «permítame observarle que como *usté* no usa las partes mejores de la carne *pa* fabricar salchichas, creo que encontraría la vaca tan barata como los botones.» «¡Los botones!», dice ella. «Botones, señora», dice el viejecito desdoblando un papel y enseñando veinte o treinta medios botones. «¡Buen condimento *pa* las salchichas; botones de pantalón, señora!» «¡Son los botones de mi marido!», dice la viuda, empezando a desmayarse. «¡Cómo!», dice el viejecito, poniéndose pálido. «Ya lo comprendo todo», dice la viuda; «¡en un ataque transitorio de locura[49] se convirtió en salchichas sin pensarlo!» Y así fue, señor —dijo Sam, mirando fijamente al rostro del señor Pickwick, estremecido de horror—, o que lo atropelló la máquina; pero sea como sea, el viejecito, que *toa* su vida había sido muy aficionado a las salchichas, salió corriendo de la tienda, en estado de locura, y no se volvió a saber de él en toda la vida.

El relato de este conmovedor incidente de la vida privada llevó a amo y criado a los locales del señor Perker. Lowten, sujetando la puerta entreabierta, estaba en conversación con un hombre mal vestido y de aspecto miserable, con botas sin puntas y guantes sin dedos. Había huellas de privación y sufrimiento —casi de desesperación— en su aspecto demacrado y consumido por las preocupaciones; y se daba cuenta de su pobreza, pues se encogió al lado en sombra de la escalera en cuanto se acercó el señor Pickwick.

—Es muy mala suerte —dijo el desconocido con un suspiro.

—Mucho —dijo Lowten, garabateando su nombre en el quicio de la puerta con la pluma y luego borrándolo con las barbas de la pluma—. ¿Quiere dejarle un recado?

—¿Cuándo cree que estará de vuelta? —preguntó el desconocido.

—No es nada seguro —contestó Lowten, haciendo un guiño al señor Pickwick

mientras el desconocido ponía los ojos en el suelo.

—¿No cree usted que serviría de nada que le esperara? —dijo el desconocido, mirando ávidamente hacia el despacho.

—No, no; estoy seguro de que no serviría —respondió el pasante, poniéndose un poco más en medio de la puerta—. Es seguro que no vuelve esta semana, y ya veremos si vuelve a la siguiente; pues cuando Perker se va de la ciudad, nunca tiene prisa para volver.

—¡Fuera de la ciudad! —dijo el señor Pickwick—. ¡Pobre de mí, qué mala suerte!

—No se vaya, señor Pickwick —dijo Lowten—, tengo una carta para usted.

El desconocido pareció vacilar y miró otra vez al suelo; el pasante hizo entonces un guiño malicioso hacia el señor Pickwick, como para insinuar que estaba gastando alguna broma exquisita, aunque el señor Pickwick no podía adivinarla por nada del mundo.

—Pase, señor Pickwick —dijo Lowten—. Bueno, señor Watty, ¿quiere dejar un recado, o ya volverá?

—Ruéguele que tenga la bondad de dejar dicho lo que ha habido de mi asunto —dijo el hombre—; no lo olvide, por Dios, señor Lowten.

—No, no; no lo olvidaré —respondió el pasante—. Pase, señor Pickwick. Usted lo pase bien, señor Watty; hace un día excelente para pasear, ¿no?

Y, viendo que el otro todavía se quedaba, indicó a Sam Weller que entrara también con su amo, y le cerró la puerta en las narices.

—¡Desde que existe el mundo, nunca ha habido un hombre en quiebra tan inoportuno! —dijo Lowten, tirando la pluma con aire de hombre ofendido—. Todavía no hace cuatro años que su asunto está en la cancillería, y que me ahorquen si no viene a molestar dos veces por semana. Pase por aquí, señor Pickwick. Ahí está el señor Perker, y ya sé que le recibirá. Con este frío horrible —añadió, irritado—, ¡estar quieto en la puerta, perdiendo el tiempo con semejantes vagabundos asquerosos!

Y después de atizar un fuego extraordinariamente grande con un hierro extraordinariamente pequeño, el pasante lo precedió hasta el despacho de su jefe y anunció al señor Pickwick.

—¡Ah, señor Pickwick! —dijo el pequeño Perker saltando de la butaca—. Bueno, señor Pickwick, ¿qué noticias hay de su asunto? ¿Algo más sobre nuestros amigos de Freeman's Court? Ya sé que no se han dormido. Ah, son gente muy lista; muy lista, desde luego.

El hombrecito, al concluir, tomó con énfasis una pulgarada de rapé como tributo a la listeza de los señores Dodson y Fogg.

—Son unos grandes bribones —dijo el señor Pickwick.

—Sí, sí —dijo el hombrecito—; eso es cuestión de opiniones, ya sabe, y no vamos a discutir por palabras; porque, naturalmente, no se puede esperar que

usted considere estos temas con ojos de profesional. Bueno, hemos hecho todo lo necesario. Me he reservado al abogado Snubbin.[50]

—¿Vale mucho? —preguntó el señor Pickwick.

—¡Cómo no! —respondió Perker—. ¡Bondad divina, señor Pickwick! El abogado Snubbin está en la cima de la profesión. Lleva el triple de asuntos que cualquiera de la audiencia… está nombrado para todos los casos. No es preciso que usted lo diga por ahí, pero nosotros decimos… los de la profesión… que el abogado Snubbin lleva al tribunal por la nariz.

El hombrecito tomó otro pellizco de rapé al dar esta noticia, y movió la cabeza con aire misterioso hacia el señor Pickwick.

—Han mandado una citación a mis tres amigos —dijo el señor Pickwick.

—¡Ah! ¡Claro que tenían que hacerlo! —contestó Perker—. Son testigos muy importantes; le vieron a usted en una situación muy delicada.

—Pero ella se desmayó por su propia iniciativa —dijo el señor Pickwick—; se me echó en los brazos.

—Muy probable, señor Pickwick —contestó Perker—, muy probable y muy natural. Ni más ni menos, eso es. Pero ¿quién lo va a probar?

—También han citado a mi criado —dijo el señor Pickwick, abandonando el otro punto, pues ahí la pregunta de Perker le había dejado bastante desconcertado.

—¿Sam? —dijo Perker.

El señor Pickwick respondió afirmativamente.

—Claro, señor Pickwick, claro; ya sabía que lo harían. Se lo podía haber dicho hace un mes. Ya sabe usted, señor Pickwick: si quiere usted manejar sus asuntos por sus propias manos después de habérselos confiado a su abogado, tiene que atenerse a las consecuencias.

Y aquí Perker se irguió con dignidad consciente y sacudió varios granos de rapé que se habían dispersado por la pechera de la camisa.

—¿Y qué quieren que demuestre Sam? —preguntó el señor Pickwick al cabo de un silencio de dos o tres minutos.

—Que usted le envió a ver a la demandante para hacer alguna oferta de compromiso, supongo —contestó Perker—. De todas maneras, no importa mucho; no creo que ningún abogado acusador sea capaz de sacar gran cosa de ese hombre.

—No creo que pudiera —dijo el señor Pickwick sonriendo, a pesar de su vejación, a la idea de que Sam apareciera como testigo—. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo único que podemos, señor Pickwick —contestó Perker—: interrogar también nosotros a los testigos, confiar en la elocuencia de Snubbin, echar polvo a los ojos del juez y ponernos en manos de los jurados.

—¿Y suponiendo que el veredicto sea contra mí? —dijo el señor Pickwick.

Perker sonrió, tomó una gran pulgarada de rapé, removió el fuego, se encogió

de hombros y permaneció expresivamente silencioso.

—¿Quiere decir que en ese caso tengo que pagar la indemnización? —dijo el señor Pickwick, que había observado esa respuesta telegráfica con gran seriedad.

Perker atizó otra vez, sin ninguna necesidad, el fuego y dijo:

—Me temo que sí.

—Entonces quiero anunciarle mi decisión inalterable de no pagar indemnización de ninguna clase —dijo el señor Pickwick con gran énfasis—. Nada, Perker. Ni una libra, ni un penique de mi dinero recorrerá el camino hasta los bolsillos de Dodson y Fogg. Esa es mi decisión deliberada e irrevocable.

Y el señor Pickwick dio un fuerte golpe en la mesa que tenía delante para confirmar la irrevocabilidad de su intención.

—Bueno, bueno, señor Pickwick —dijo Perker—. Usted sabrá mejor, desde luego.

—Desde luego —dijo apresuradamente el señor Pickwick—. ¿Dónde vive el abogado Snubbin?

—En la plaza vieja de Lincoln's Inn —contestó Perker.

—Me gustaría verle —dijo el señor Pickwick.

—¡Ver al abogado Snubbin, señor Pickwick! —exclamó Perker, totalmente estupefacto—. ¡Bah, bah, es imposible, señor Pickwick! ¡Ver al abogado Snubbin! Dios le bendiga, amigo mío, jamás se ha oído cosa semejante sin que antes se pague la consulta y se fije una hora. No es posible, señor Pickwick; no es posible.

El señor Pickwick, sin embargo, había decidido no solo que era posible sino que debía hacerse; y la consecuencia fue que diez minutos después de que le hubieran asegurado que era imposible, su representante le llevaba a la antesala del mismísimo gran abogado Snubbin.

Era un cuarto sin esterar de dimensiones regulares con una gran mesa de escribir junto al fuego, cuyo paño había renunciado desde hacía mucho tiempo a toda pretensión hacia su original color verde, poniéndose gris poco a poco con el polvo y la vejez, excepto donde todas las huellas de su primitivo color estaban borradas por las manchas de tinta. En la mesa había numerosos fajos de papeles atados con cinta roja; y detrás estaba sentado un pasante de edad mediana, cuyo aspecto lucido y cuya pesada cadena de oro, con reloj, eran indicaciones impresionantes de la extensa y lucrativa actividad del gran abogado Snubbin.

—¿Está el abogado en su despacho, señor Mallard? —preguntó Perker con toda la cortesía imaginable.

—Sí que está —fue la respuesta—; pero está muy ocupado. Mire aquí; no ha dado todavía su opinión en ninguno de estos casos; y ya se ha pagado la prima de urgencia en todos ellos.

El pasante sonrió al decirlo, e inhaló el pellizco de rapé con una felicidad que parecía estar compuesta a la vez de su afición al rapé y su complacencia en los honorarios.

—Eso sí que es actividad —dijo Perker.

—Sí —dijo el pasante, sacando su propia tabaquera y ofreciéndola con la mayor cordialidad—; y lo mejor es que, como nadie en el mundo entiende la letra del abogado, no tienen más remedio que esperar las opiniones, después que las ha dado, hasta que yo las copie. ¡Ja, ja, ja!

—Lo cual está muy bien para quien yo me sé, y les saca algo más a los clientes, ¿no? —dijo Perker—. ¡Ja, ja, ja!

Ante esto, el pasante volvió a reírse; no con una risa estrepitosa, sino con un risoteo silencioso e interior, que al señor Pickwick no le gustó oír. Cuando un hombre sangra por dentro, es cosa peligrosa para él; pero cuando se ríe para dentro, no promete nada bueno para los demás.

—¿No me habrá hecho usted aquella minuta de honorarios que le debo? —dijo Perker.

—No, no la he hecho —contestó el pasante.

—Me gustaría que la hiciera —dijo Perker—; hágamela y le mandaré un cheque. Pero supongo que está usted demasiado atareado en embolsarse el dinero al contado para acordarse de los deudores, ¿no? ¡Ja, ja, ja!

Esta salida pareció cosquillear sorprendentemente al pasante, que una vez más disfrutó consigo mismo sus risitas silenciosas.

—Pero, señor Mallard, querido amigo —dijo Perker, recobrando de repente su gravedad y llevando a un rincón al gran hombre del gran hombre agarrado por la solapa—, tiene que convencer al abogado de que me reciba, y a mi cliente conmigo.

—Vamos, vamos —dijo el pasante—, tampoco está mal esto: ¡ver al abogado! Vamos, es demasiado absurdo.

A pesar de lo absurdo de la propuesta, sin embargo, el pasante consintió en ser llevado más allá del alcance de los oídos del señor Pickwick; y, tras una breve conversación en susurros, entró suavemente por un pasillito oscuro y desapareció en el santuario de la lumbrera jurídica, de donde volvió poco después de puntillas e informó a los señores Perker y Pickwick de que el abogado se había dejado convencer, en violación de todas las reglas y costumbres establecidas, para admitirles enseguida.

El abogado Snubbin era un hombre con cara chupada, de color amarillento, y de unos cuarenta y cinco años, o —como se dice en las novelas— que frisaba en los cincuenta. Tenía esa mirada turbia, vítrea, que se ve tan a menudo en las personas que se han dedicado durante muchos años a un estudio fatigoso y laborioso; y que habría sido bastante, sin la adición de los lentes que pendían de su cuello con una ancha cinta negra, para advertir a un recién llegado de que era muy miope. Su pelo era escaso y débil, lo que se podía atribuir en parte a no haber dedicado nunca mucho tiempo a su arreglo, y en parte a haber llevado durante veinticinco años la peluca judicial que colgaba de una percha a su lado.

Las señales de polvo de la peluca en el cuello de su casaca, y el plastrón blanco, mal lavado y peor atado en torno a su garganta, mostraban que no había tenido descanso desde que volvió del tribunal para hacer ningún cambio en su tocado, mientras que el estilo vulgar del resto de su indumentaria garantizaba la deducción de que su aspecto personal no habría mejorado mucho aunque así hubiera sido. Libros jurídicos, montones de papeles, cartas abiertas, se dispersaban por la mesa sin ningún intento de orden ni arreglo; el mobiliario del cuarto era viejo y apolillado; las puertas de la librería se pudrían en los quicios; el polvo volaba de la alfombra a cada paso; las cortinas estaban amarillas de vejez y suciedad; y el estado de todo lo que había en el cuarto mostraba con claridad inequívoca que el abogado Snubbin estaba demasiado ocupado con sus asuntos profesionales para dedicar mucha atención ni cuidado a su comodidad personal.

El abogado escribía cuando entraron sus clientes; con aire abstraído, se inclinó cuando el señor Pickwick fue presentado por su acompañante; y, señalándoles asientos, dejó cuidadosamente la pluma en el escritorio, montó la pierna izquierda sobre la derecha y esperó a que le hablaran.

—Señor Snubbin, el señor Pickwick es el demandado en la causa «Bardell contra Pickwick».

—¿Me ocupo yo de eso? —dijo el abogado.

—Sí, señor —contestó Perker.

El abogado asintió con la cabeza, y aguardó algo más.

—El señor Pickwick tenía grandes deseos de visitarle, señor Snubbin —dijo Perker—, para declararle, antes de que se ocupe de su causa, que niega que haya ningún motivo ni pretexto para la acción promovida contra él; y que si no llegara ante el tribunal con las manos limpias y con la convicción más consciente de que tiene razón al oponerse a las exigencias de la demandante, no se presentaría en absoluto. Creo que expongo adecuadamente su punto de vista, ¿no es así, señor Pickwick? —dijo el hombrecito, volviéndose hacia este.

—Así es —contestó el señor Pickwick.

El abogado Snubbin desplegó los lentes, los elevó hasta sus ojos y, después de mirar durante unos segundos al señor Pickwick con gran curiosidad, se volvió hacia Perker y dijo con una leve sonrisa:

—¿El señor Pickwick presenta una posición sólida?

El representante legal se encogió de hombros.

—¿Se propone usted citar testigos?

—No.

La sonrisa en el rostro del abogado se hizo más definida; balanceó la pierna con ímpetu acrecentado; y, echándose atrás en la butaca, tosió con aire de duda.

Esas muestras de los presentimientos del abogado sobre su asunto, aun siendo leves, no se perdieron para el señor Pickwick.

Colocó con mayor firmeza en la nariz los lentes por los que había observado

atentamente las demostraciones de los sentimientos del abogado que este se había permitido mostrar; y, con gran energía y sin hacer caso de modo manifiesto de todos los guiños y ceños admonitorios de Perker, dijo vigorosamente:

—Mi deseo de verle, con un propósito como el mío, señor Snubbin, no hay duda de que tiene que parecer una cosa extraordinaria a un hombre que penetra tanto en estos asuntos como por fuerza tiene que penetrar usted.

El abogado trató de mirar al fuego con seriedad, pero volvió la sonrisa.

—Los que ejercen su profesión —continuó el señor Pickwick— ven el lado peor de la naturaleza humana. Todas sus disputas, toda su mala voluntad y su mala sangre, se presentan ante ustedes. Por su experiencia de los jurados (no lo digo con intención de criticarles a ustedes ni a ellos), saben cuánto depende del efecto; y están propensos a atribuir a los demás, con propósitos de engaño y de interés egoísta, los mismos recursos cuya índole y valor ustedes conocen, con estricta honradez y propósitos honorables, y con plausible deseo de servir lo más posible a su cliente, a fuerza de usarlos ustedes mismos. Creo realmente que a esta circunstancia se puede atribuir la idea vulgar, pero generalizada, de que ustedes, en conjunto, son suspicaces, desconfiados y excesivamente cautelosos. Pero aunque soy consciente, señor Snubbin, de la desventaja de hacerle tal declaración en tales circunstancias, he venido porque deseo que usted entienda con toda claridad, como ha dicho mi amigo Perker, que soy inocente de la falsía que se me atribuye; y que, por más que me doy muy buena cuenta del inestimable valor de su asistencia, tengo que permitirme añadir que si usted no me cree sinceramente, preferiría privarme de la ayuda de sus talentos más que aventajarme con ellos.

Mucho antes de acabar esta alocución, que debemos decir que era de índole muy prolija para el señor Pickwick, el abogado había vuelto a caer en un estado de abstracción. Sin embargo, al cabo de unos minutos, durante los cuales había vuelto a tomar la pluma, pareció volver a darse cuenta de la presencia de sus clientes; y, levantando la cara del papel, dijo con aire más bien malhumorado:

—¿Quién actúa conmigo en esta causa?[51]

—El señor Phunky, señor Snubbin —contestó Perker.

—Phunky… Phunky —dijo el abogado—. Nunca había oído ese nombre. Debe de ser muy joven.

—Sí, es muy joven —contestó el abogado—; ha empezado a ejercer hace unos días. Vamos a ver… no hace todavía ocho años que está inscrito.

—Ah, ya lo suponía —dijo el abogado, con ese tono de compasión con que suele hablar la gente ordinaria de un niño desvalido—. Señor Mallard, mande recado al señor…

—Señor Phunky… Holborn Court, Gray's Inn —interrumpió Perker. (Por cierto que Holborn Court es ahora South Square.)

—Al señor Phunky, y dígale que me alegraría de que se pasara un momento

por aquí.

El señor Mallard partió a transmitir el recado y el abogado Snubbin volvió a caer en su abstracción hasta que se presentó el propio señor Phunky.

Aunque en su niñez en cuanto a abogado, era un hombre hecho y derecho. Tenía aires de gran nerviosismo y una penosa vacilación de palabra; y no parecía ser un defecto natural, sino que se diría más bien resultado de la timidez, por tener conciencia de que le «dejaban atrás», por su falta de medios, o de intereses, o de conexiones, o de desvergüenza, que no se sabe. Estaba impresionado por el abogado y exageró su cortesía con Perker.

—No había tenido el gusto de verle hasta ahora, señor Phunky —dijo el abogado Snubbin con altanera condescendencia.

El señor Phunky se inclinó. Él sí que había tenido el gusto de ver al abogado Snubbin, y de envidiarle, con toda la envidia del pobre, durante ocho años y un trimestre.

—¿Usted actúa conmigo en esta causa, me parece? —dijo el abogado.

Si el señor Phunky hubiera sido rico, al instante hubiera mandado por su pasante para que hiciera memoria; si hubiera sido sensato, se hubiera llevado el índice a la frente, tratando de recordar si, en la abundancia de sus compromisos, había asumido este o no; pero como no era rico ni sensato (al menos, en este sentido), enrojeció y se inclinó.

—¿Ha leído usted el rollo, señor Phunky? —preguntó el abogado.

Aquí también, el señor Phunky debía haber fingido haber olvidado todo lo relativo a la causa, pero como había leído todos los papeles que le habían ido poniendo delante en el transcurso de la causa, y no había pensado en otra cosa, ni despierto ni dormido, durante los dos meses que llevaba como segundo del abogado Snubbin, se puso todavía más colorado y volvió a inclinarse.

—Le presento al señor Pickwick —dijo el abogado, agitando la pluma en dirección a ese señor.

El señor Phunky se inclinó ante el señor Pickwick, con el respeto que siempre ha de inspirar un primer cliente; y otra vez volvió la cabeza hacia su jefe.

—Quizá usted se llevará al señor Pickwick —dijo el abogado—; y… y… oirá todo lo que el señor Pickwick desee comunicarle. Desde luego, ya tendremos una consulta.

Sugiriendo así que ya había durado bastante aquella interrupción, el abogado Snubbin, que cada vez había estado más abstraído, se llevó los lentes a los ojos por un momento, hizo una leve inclinación a todos los de alrededor y se volvió a sumergir en los papeles que tenía delante, procedentes de un pleito interminable con origen en la decisión de un individuo, fallecido hacía cerca de un siglo, que había obstruido un camino que iba de un lugar desde donde nadie venía jamás a otro lugar adonde nadie iba jamás.

El señor Phunky no quería oír hablar de pasar por ninguna puerta antes de que

hubieran pasado por delante de él el señor Pickwick y el señor Perker, de modo que se tardó algún tiempo en llegar a la plaza; y cuando llegaron, dieron vueltas de un lado para otro, sosteniendo una larga conferencia cuyo resultado fue que era muy difícil decir cómo sería el veredicto del jurado; que nadie podía pretender hacer cálculos sobre el resultado de esta causa; que era una gran suerte haber evitado que la parte contraria se reservase al abogado Snubbin; y otros temas de duda y consuelo, corrientes en tal situación de los asuntos.

Luego Sam fue sacado por su amo de un dulce sueño de una hora de duración y, despidiéndose de Lowten, volvieron al centro de la ciudad.

XXXII

QUE DESCRIBE, CON MÁS DETALLE QUE NINGÚN CRONISTA DE SOCIEDAD, UNA REUNIÓN DE SOLTEROS, DADA POR EL SEÑOR BOB SAWYER EN SU ALOJAMIENTO EN EL BOROUGH

Hay una tranquilidad en la calle Lant, en el Borough, que difunde una amable melancolía por el alma. Siempre se alquilan muchas casas en esa calle; además, es una calle apartada, de aburrimiento sedante. Una casa en la calle Lant no entraría en la clasificación de residencia de primera clase, en la estricta acepción del término; pero, sin embargo, es un lugar sumamente deseable. Si un hombre desea apartarse del mundo, alejarse del alcance de la tentación, colocarse más allá de la posibilidad de ser inducido a mirar por la ventana, entonces le recomendamos encarecidamente que se vaya a la calle Lant.

Ese feliz retiro ha sido colonizado por unas pocas planchadoras, un puñado de encuadernadores a jornal, uno o dos agentes de detenciones para el tribunal de insolventes, varios pequeños vigilantes empleados en el puerto, y una rociada de sastres a destajo. La mayoría de los habitantes, o bien orientan sus energías a alquilar habitaciones amuebladas, o bien se entregan al saludable y vigorizador ejercicio del almidonado. Los principales rasgos de la tranquila vida de la calle son las persianas verdes, los anuncios de alquiler, las placas de metal junto a las puertas y los llamadores; las principales muestras de la naturaleza animada son el chico de la taberna, el joven de los pasteles y el hombre de las patatas asadas. La población es migratoria, desapareciendo usualmente cuando llega el día de pago del alquiler, y de noche, por lo regular. Raramente se cobran en este feliz valle los impuestos de Su Majestad; las rentas son dudosas; y la comunicación del agua se corta frecuentemente.

El señor Bob Sawyer servía de ornamento a un lado de su chimenea, en el cuarto del primer piso que daba a la calle, a primeras horas de la tarde para la que había invitado al señor Pickwick; el señor Ben Allen decoraba el otro. Parecían estar completos los preparativos para recibir a los visitantes. Los paraguas del pasillo se habían amontonado en el rinconcito de fuera de la puerta de la salida de atrás; la cofia y el chal de la criada de la patrona habían desaparecido de la barandilla; no había más que dos pares de chanclos en el felpudo de la puerta de la calle; y una vela de cocina, con larguísima mecha, ardía alegremente en el reborde de la ventana de la escalera.

Bob Sawyer había comprado en persona las bebidas en una bodega de High Street, volviendo a casa delante de su portador para evitar la posibilidad de que se equivocara de casa al entregarlas. El ponche ya estaba preparado en una caldera roja, en la cocina; una mesita, cubierta con un paño verde, se había tomado en préstamo del salón para jugar a las cartas; y los vasos de la casa, junto con los que se habían pedido prestados para la ocasión en la taberna, estaban desplegados

en una bandeja, depositada en el descansillo junto a la puerta.

A pesar del carácter altamente satisfactorio de todos estos arreglos, había una nube en el rostro de Bob Sawyer, sentado junto al fuego. También había una expresión de condolencia en los rasgos de Ben Allen, que miraba atentamente los carbones, y un acento de melancolía en su voz, cuando dijo tras un largo silencio:

—Bueno, es una desgracia que le haya dado por ponerse agria precisamente en esta ocasión. Por lo menos, podía haber esperado a mañana.

—Es su malevolencia… es su malevolencia —replicó en tono vehemente Bob Sawyer—. Dice que si me puedo permitir dar una reunión, debería poder pagar su condenada «cuentecita».

—¿Cuánto tiempo hace que corre? —preguntó Ben Allen.

Por cierto, una cuenta es la más extraordinaria locomotora que haya inventado nunca el genio del hombre. Es capaz de seguir corriendo durante la vida más larga, sin pararse nunca por su propia iniciativa.

—Solo un trimestre, y un mes, o poco más —respondió Bob Sawyer.

Ben Allen tosió con desesperanza y lanzó una mirada escudriñadora entre las dos barras superiores de la chimenea.

—Será algo endemoniadamente horrible si se le mete en la cabeza dispararse cuando estén aquí esos muchachos, ¿no? —dijo por fin Ben Allen.

—Horrible —respondió Bob Sawyer—; horrible.

Se oyó un leve golpe en la puerta del cuarto, Bob Sawyer miró expresivamente a su amigo y mandó entrar a quien llamaba; entonces una muchacha sucia y descuidada, con medias negras de algodón, y que podría haber pasado por la hija abandonada de un barrendero jubilado en circunstancias muy estrechas, asomó la cabeza y dijo:

—Por favor, señor Sawyer, la señora Raddle quiere hablar con usted.

Antes de que Bob Sawyer pudiera responder nada, la muchacha desapareció repentinamente con una sacudida, como si alguien le hubiera dado un violento tirón por atrás; y apenas tuvo lugar este misterioso mutis, cuando hubo otro golpe en la puerta; un golpe agudo, marcado, que parecía decir «Aquí estoy, y allá voy».

Bob Sawyer lanzó una mirada a su amigo, con cara de temor abatido, y gritó otra vez:

—Adelante.

No era en absoluto necesario dar aquel permiso, pues, antes que Bob Sawyer hubiera pronunciado las palabras, una mujercita feroz entró de un salto en el cuarto, toda temblorosa de furia y pálida de cólera.

—Bueno, señor Sawyer —dijo la mujercita feroz, tratando de parecer muy tranquila—; si tiene la bondad de pagarme esta cuentecita le estaré muy agradecida, porque tengo que pagar el alquiler esta tarde, y el dueño está esperando abajo.

Y aquí, la mujercita se frotó las manos y miró fijamente por encima de la cabeza de Bob Sawyer hacia la pared que este tenía encima.

—Lamento mucho producirle trastornos, señora Raddle —dijo Bob Sawyer cortésmente—, pero…

—Oh, no es ningún trastorno —contestó la mujercita con una risita aguda—, hasta hoy no me hacía demasiada falta; en todo caso, como tiene que pasar al dueño directamente, me daba igual que lo tuviera usted. Me lo había prometido para esta tarde, señor Sawyer, y todos los caballeros que han vivido aquí han cumplido su palabra, como tiene que hacer quien se llame caballero.

La señora Raddle sacudió la cabeza, se mordió los labios, se frotó más fuerte las manos y miró a la pared con más fijeza que antes. Se veía claramente, como en una ocasión posterior dijo Bob Sawyer en alegoría de estilo industrial, que estaba « cargando presión» .

—Lo siento mucho, señora Raddle —dijo Bob Sawyer con toda la humildad imaginable—, pero, en realidad, es que hoy no he recibido lo que esperaba en el banco.

Extraños sitios, esos bancos; todos los días, un sorprendente número de personas no reciben lo que esperaban en ellos.

—Bueno, señor Sawyer —dijo la señora Raddle, plantándose firmemente sobre una coliflor púrpura de la alfombra de Kidderminster—; ¿y a mí qué?

—No… no tengo duda, señora Raddle —dijo Bob Sawyer, esquivando esta última pregunta—, de que antes de mediados de la próxima semana podremos quedar en paz, y luego seguir de otra manera mejor.

Eso era todo lo que quería la señora Raddle. Se había precipitado en la habitación del desdichado Bob Sawyer tan propensa a entrar en furia, que, con toda probabilidad, el pago más bien la habría decepcionado que otra cosa. Estaba en excelente disposición para un desahogo de esta especie, acabando de intercambiar unos cumplimientos preliminares con su marido en la cocina.

—¿Supone usted, señor Sawyer —dijo la señora Raddle, elevando la voz para información de los vecinos—, supone usted que voy a dejar que siga día tras día ocupando mi habitación uno que nunca piensa en pagar el alquiler, ni siquiera el dinero que pongo para la mantequilla y el terrón de azúcar que compro para su desayuno y la leche que dejan en la puerta? ¿Supone usted que una mujer trabajadora e industriosa que lleva veinte años en esta calle (diez años ahí enfrente, y nueve y tres trimestres aquí) no tiene nada que hacer sino matarse trabajando por un montón de holgazanes, que siempre están fumando y bebiendo, y sin hacer nada, cuando deberían estar muy contentos de poner mano a cualquier cosa que les ayudara a pagar las cuentas? ¿Supone usted…?

—Pero, buena señora… —interrumpió Benjamin Allen para apaciguarla.

—Tenga la bondad de guardarse para usted sus observaciones, señor —dijo la señora Raddle, deteniendo de repente el rápido torrente de sus palabras, y

dirigiéndose al tercero en discordia con lentitud y solemnidad impresionantes—. Que yo sepa, usted no tiene derecho a dirigirme la palabra. Me parece que no le he alquilado a usted estas habitaciones.

—No, claro que no —dijo Benjamin Allen.

—Muy bien, señor —respondió la señora Raddle, con cortesía altiva—. Quizá entonces será mejor que se limite a romperles los brazos y las piernas a los pobres del hospital, y reservarse para usted mismo, o, si no, aquí hay personas que le harán callarse.

—Pero es que usted es una mujer muy poco razonable —protestó Benjamin Allen.

—Perdón, joven —solicitó la señora Raddle en tono frío de cólera—, pero ¿tiene la bondad de volver a llamarme eso?

—No he usado esta palabra en ningún sentido injurioso, señora —contestó Benjamin Allen, empezando a sentirse un tanto incómodo por cuenta propia.

—Perdón, joven —solicitó la señora Raddle en tono más fuerte e imperativo —; pero ¿a quién ha llamado usted «mujer»? ¿Me ha dirigido a mí esas palabras?

—Bueno, ¡válgame Dios! —contestó Benjamin Allen.

—¿Me ha llamado usted eso a mí, le pregunto? —interrumpió la señora Raddle con intensa ferocidad, abriendo la puerta de par en par.

—Bueno, sí, claro que he sido yo —contestó Benjamin Allen.

—Sí, claro que ha sido usted —dijo la señora Raddle, retrocediendo poco a poco hacia la puerta y elevando la voz hasta el máximo, para especial beneficio del señor Raddle, que estaba en la cocina—; ¡sí, claro que ha sido usted! Y todo el mundo sabe que me puede insultar tranquilamente en mi propia casa, mientras mi marido duerme abajo en su butaca, sin hacerme más caso que si yo fuera un perro callejero. Debería avergonzarse de sí mismo —aquí la señora Raddle sollozó— de dejar que a su mujer la traten de ese modo un montón de jóvenes que cortan y trinchan a la gente viva, y que son la deshonra de la pensión (otro sollozo); de dejarla expuesta a toda clase de insultos; un miserable, bajo, cobarde, temeroso, que tiene miedo de subir y hacer frente a estos sinvergüenzas… que tiene miedo… ¡tiene miedo de venir!

La señora Raddle se detuvo a escuchar si la repetición del improperio había removido a su querida mitad; y encontrando que no había tenido éxito, empezó a descender las escaleras con innumerables sollozos; cuando en esto hubo un doble golpe, muy ruidoso, en la puerta de la calle, ante el cual ella prorrumpió en un ataque histérico de llanto, acompañado de tristes gemidos, que se prolongó hasta que los golpes se repitieron seis veces; entonces, en un acceso incontrolable de angustia moral, echó a rodar todos los paraguas y desapareció en la salita de atrás, cerrando la puerta a su paso con un terrible portazo.

—¿Vive aquí el señor Sawyer? —dijo el señor Pickwick, cuando abriera la

puerta.

—Sí —dijo la muchacha—, primer piso. Es la puerta derecha delante de *usté*, cuando llegue a lo alto de las escaleras.

Dada esta instrucción, la doncella, que se había criado entre los indígenas de Southwark, desapareció con la vela en la mano, por las escaleras abajo hacia la cocina, completamente satisfecha por haber hecho todo lo que se podía esperar de ella en tales circunstancias.

Snodgrass, que fue el último en entrar, aseguró la puerta de la calle, tras de varios esfuerzos ineficaces, echando la cadena; y los amigos subieron a tropezones las escaleras, a cuyo extremo fueron recibidos por Bob Sawyer, que no se había atrevido a bajar para no caer en una emboscada de la señora Raddle.

—¿Qué tal está usted? —dijo el humillado estudiante—. Me alegro de verle… cuidado con los vasos.

Esta advertencia iba dirigida al señor Pickwick, que había puesto el sombrero en la bandeja.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Pickwick—. Perdone.

—No hay de qué, no hay de qué —dijo Bob Sawyer—. Aquí estoy más bien estrecho de sitio, pero hay que resignarse a eso cuando se va a ver a un joven soltero. Adelante. Ya conocen a este señor, ¿verdad?

El señor Pickwick estrechó la mano de Benjamin Allen, y sus amigos siguieron su ejemplo. Apenas se habían sentado cuando hubo otro golpe doble.

—Espero que sea Jack Hopkins —dijo Bob Sawyer—. ¡Silencio! Sí, sí que es. Sube, Jack, sube.

Se oyeron unos pesados pasos por la escalera, y se presentó Jack Hopkins. Llevaba un chaleco negro de terciopelo, con botones forrados de gris, y una camisa de rayas azules con cuello postizo blanco.

—¿Se te ha hecho tarde, Jack? —dijo Benjamin Allen.

—Me han entretenido en el hospital de St. Bartholomew —contestó él.

—¿Algo nuevo?

—No, nada de particular. En cambio, en el pabellón de accidentes han llevado un caso muy bonito.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el señor Pickwick.

—Solamente un hombre que se ha caído de la ventana de un cuarto piso; pero es un caso muy bonito, desde luego.

—¿Quiere decir que el paciente está en buen camino de recuperarse? —preguntó el señor Pickwick.

—No —contestó Hopkins despreocupadamente—; no, más bien diría que no va a salir. Pero habrá una espléndida operación mañana; un espectáculo estupendo, si la hace Slasher.[52]

—¿Considera usted al señor Slasher como un buen operador? —dijo el señor Pickwick.

—El mejor que existe —respondió Hopkins—. La semana pasada le cortó a un niño la pierna por la articulación mientras el niño se comía cinco manzanas y un pan de jengibre; exactamente dos minutos después de que todo hubiera acabado, el niño dijo que no estaba allí tumbado para jugar, y que si no empezaban se lo diría a su madre.

—¡Qué barbaridad! —dijo con asombro el señor Pickwick.

—¡Bah! Eso no es nada, qué va —dijo Jack Hopkins—. ¿Verdad, Bob?

—No es nada —contestó Bob Sawyer.

—A propósito, Bob —dijo Hopkins, con una ojeada apenas perceptible hacia el rostro atento del señor Pickwick—, anoche tuvimos un accidente muy curioso. Trajeron un niño que se había tragado un collar.

—¿Que se había tragado qué? —interrumpió Pickwick.

—Un collar —contestó Jack Hopkins—. No todo de una vez, ya me entiende, eso sería demasiado; eso no se lo tragaría usted, aunque el niño se lo hubiera tragado, ¿eh, señor Pickwick? ¡Ja, ja! —Hopkins pareció muy divertido con su propia broma, y siguió—: No, la cosa fue así. Los padres del niño eran gente pobre que vivía en un callejón. La hermana mayor del niño se compró un collar; un collar corriente, hecho de cuentas grandes, de madera negra. Como al niño le gustan los juguetes, le quitó el collar, lo escondió, jugó con él, le cortó el hilo y se tragó una cuenta. Al niño le pareció muy divertido, y al día siguiente volvió y se tragó otra cuenta.

—¡Válgame Dios, qué cosa más horrible! —dijo el señor Pickwick—; pero perdón, continúe.

—Al día siguiente, el niño se tragó dos cuentas; al otro día, se sirvió tres, y así sucesivamente, hasta que en una semana pasó el collar entero; veinticinco cuentas en total. La hermana, que era una chica muy aprovechada y rara vez se permitía algún adorno, lloró hasta desgastarse los ojos al ver que había perdido el collar; miró por todas partes buscándolo; pero, por supuesto, no lo encontró. Pocos días después, la familia estaba cenando (había espaldilla de cordero asada con patatas), y el niño, que no tenía hambre, jugaba por el cuarto cuando de repente se oyó un ruido endemoniado, como una pequeña granizada. «No hagas eso, niño», dice el padre. «No hago nada», dice el niño. «Bueno, no lo vuelvas a hacer», dice el padre. Hubo un breve silencio, y entonces empezó otra vez el ruido, peor que antes. «Si no haces caso de lo que te digo, niño», dice el padre, «te vas a encontrar en la cama en menos que canta un gallo.» Y para que el niño le obedeciera, le dio un azote, pero nunca se ha oído tal estrépito como el que se armó. «¡Maldita sea! ¡Si es dentro del niño!», dice el padre. «¡Debe de tener el garrotillo en el otro lado!» «¡No, padre, no tengo!», dice el niño, echándose a llorar; «¡es el collar, que me lo he tragado, padre!» El padre echó a correr con el niño al hospital, y las cuentas le iban sonando por todo el camino, con las sacudidas, en la tripa del niño; y la gente miraba al aire y a los sótanos, a

ver de dónde salía un ruido tan raro. Ahora está en el hospital —dijo Jack Hopkins—, y hace tanto ruido cada vez que anda, que tienen que envolverle en un capote de sereno para que no despierte a los pacientes.

—Es el caso más extraordinario que he oído jamás —dijo el señor Pickwick, dando enfáticamente un golpe en la mesa.

—Bueno, eso no es nada —dijo Jack Hopkins—, ¿verdad, Bob?

—Claro que no —contestó Bob Sawyer.

—En nuestra profesión ocurren cosas muy singulares, se lo puedo asegurar, señor Pickwick —dijo Hopkins.

Otro golpe en la puerta anunció a un joven de cabeza gorda y peluca negra, que traía consigo a un muchacho escorbútico con un larguísimo corbatín. El siguiente fue un caballero de camisa bordada con anclas rosa, seguido de cerca por un pálido mancebo con cadena de reloj con baño de oro. La llegada de un personaje muy compuesto, con camisa limpia y botas de paño, completó el grupo. Se hizo avanzar la mesita con tapete de paño verde; y se sacó la primera entrega de ponche, en un puchero blanco; las tres horas siguientes se dedicaron a jugar a las veintiuna, a medio chelín la docena, sin más interrupción que una leve disputa entre el mancebo escorbútico y el de las anclas rosa, en el curso de la cual el joven escorbútico aludió a un ardiente deseo de tirar de la nariz al caballero de los emblemas de la esperanza; en respuesta a lo cual, este individuo expresó su decidida aversión a aceptar en términos gratuitos la menor broma, tanto si llegaba de parte del joven irascible de rostro escorbútico como si provenía de cualquier otra persona que se engalanara con una cabeza.

Cuando se cerró la última baza y se echaron cuentas de las pérdidas y ganancias de fichas y medios chelines con satisfacción de todos, Bob Sawyer llamó para pedir la cena y los visitantes se apretaron en los rincones mientras se preparaba.

No fue tan fácil de preparar como algunos se imaginarían. Ante todo, fue necesario despertar a la muchacha, que se había dormido con la cara en la mesa de la cocina; esto requirió algún tiempo y, aun después que contestó a la campanilla, hizo falta otro cuarto de hora para infundirle una leve y distante vislumbre de racionalidad. El hombre a quien se habían encargado las ostras no había tenido orden de abrirlas; y es cosa muy difícil abrir una ostra con un cuchillo flexible y un tenedor de dos púas; por este camino, se hizo muy poco. También se había obtenido muy poca carne fiambre, y el jamón (que era asimismo de la salchichería alemana de la esquina) se encontraba en semejante situación. Sin embargo, había abundancia de cerveza negra en una lata, y el queso ayudó mucho, pues era muy fuerte. Así, en conjunto, la cena fue tan buena como suelen ser estas cosas.

Después de la cena, se puso en la mesa otro puchero de ponche, junto con un paquete de cigarros y un par de botellas de licor. Luego hubo una pausa terrible;

y esta pausa terrible fue ocasionada por un hecho muy corriente en esta clase de sitios, pero no por ello menos molesto.

El hecho es que la muchacha estaba fregando los vasos. La casa se jactaba de tener cuatro vasos; no anotamos esta circunstancia en absoluto como una acusación hacia la señora Raddle, pues ya se sabe que nunca ha habido una pensión que no haya andado escasa de vasos. Los vasos de la patrona eran pequeños, finos, sin pie, de cristal soplado, y los que se habían pedido prestados a la taberna eran unos objetos grandes, hidrópicos, hinchados, sostenidos por una gran pata gotosa. Esto ya hubiera sido suficiente por sí mismo para hacer comprender al grupo la verdadera situación de las cosas, pero la joven muchacha para todo evitó que surgiera cualquier equívoco sobre el tema en la mente de ninguno de los caballeros, arrastrando a la fuerza el vaso de cada cual mucho antes de que acabaran la cerveza y afirmando de modo audible, a pesar de los guiños e interrupciones de Bob Sawyer, que había que llevárselo a la cocina para fregarlo inmediatamente.

Tiene que ser un viento muy malo el que no sople a gusto de nadie. El elegante de las botas de paño, que había intentado en vano contar un chiste durante todo el tiempo de la partida, vio ahora su oportunidad y se aprovechó de ella. En el momento en que desaparecieron los vasos, empezó una larga historia sobre un gran personaje público, cuyo nombre había olvidado, que dio una respuesta especialmente afortunada a otro eminente e ilustre individuo al que nunca había sido capaz de identificar. Se explayó con cierta extensión y gran minuciosidad en diversas circunstancias colaterales, claramente relacionadas con la anécdota en cuestión, pero por nada del mundo fue capaz de recordar en qué consistía la anécdota, llegado el momento, a pesar de que había solido contarla durante los diez últimos años con gran aplauso.

—¡Qué lástima! —dijo el elegante de las botas de paño—, es una casualidad extraordinaria.

—Siento mucho que la hayas olvidado —dijo Bob Sawyer, lanzando miradas ansiosas hacia la puerta, como si le pareciera oír el ruido de los vasos tintineando—; lo siento mucho.

—Yo también lo siento —respondió el elegante—, porque sé que os hubiera divertido mucho. No importa; estoy seguro de que me las arreglaré para recordarla en la próxima media hora, poco más o menos.

El elegante había llegado a este punto cuando volvieron los vasos, y Bob Sawyer, que había estado concentrando la atención durante todo este tiempo, dijo que le gustaría mucho oír el final del cuento, pues, por lo que llevaba dicho, era la mejor historia que había oído jamás, sin excepción.

La visión de los vasos de la casa devolvió a Bob Sawyer un grado de ecuanimidad que no había tenido desde que se entrevistó con la patrona. Su rostro se iluminó y empezó a sentirse en gran camaradería.

—Ea, Betsy —dijo Bob Sawyer con gran dulzura y dispersando a la vez el pequeño tumulto de vasos que la muchacha había reunido en el centro de la mesa —; vamos, Betsy, el agua caliente; date prisa, sé buena chica.

—No podrán tener agua caliente —contestó Betsy.

—¡No hay agua caliente! —exclamó Bob Sawyer.

—No —dijo la muchacha, sacudiendo la cabeza, con una negativa más elocuente de cuanto hubiera expresado la mayor abundancia de lenguaje—; la señora Raddle ha dicho que no iban a tener agua caliente.

La sorpresa reflejada en los rostros de los invitados infundió nuevo valor al anfitrión.

—¡Trae enseguida el agua caliente… enseguida! —dijo Bob Sawyer con desesperada severidad.

—No puedo —contestó la muchacha—; la señora Raddle ha apagado el fuego de la cocina y ha guardado bajo llave la caldera.

—Bueno, no importa, no importa. Por favor, no se moleste por semejante tontería —dijo el señor Pickwick, observando el conflicto de las pasiones de Bob Sawyer, según se reflejaba en su rostro—; el agua fría sirve muy bien.

—Claro, admirablemente —dijo Benjamin Allen.

—Mi patrona sufre leves ataques de alteración mental —observó Bob Sawyer con una sonrisa espectral—; me temo que tendré que despedirme.

—No, no te marches —dijo Ben Allen.

—Me temo que no hay más remedio —dijo Bob con firmeza heroica—. Le pagaré lo que le debo y mañana mismo me despediré.

¡Pobre muchacho! ¡Qué ardientemente deseaba poder hacerlo!

Los intentos descorazonados de Bob Sawyer por enderezarse bajo el último golpe transmitieron un influjo entristecedor al grupo, cuya mayor parte, con el fin de elevarse el ánimo, se aplicó con cordialidad especial al aguardiente con agua fría, obteniéndose los primeros efectos perceptibles en una renovación de hostilidades entre el joven escorbútico y el caballero de la camisa limpia. Los beligerantes desahogaron sus sentimientos de desprecio mutuo durante algún tiempo en una variedad de fruncimientos de ceño y de gruñidos, hasta que por fin el joven escorbútico sintió que era necesario llegar a un entendimiento más explícito en este asunto, y entonces tuvo lugar la siguiente comunicación en claro:

—Sawyer —dijo el joven escorbútico en alta voz.

—Dime, Noddy —contestó Bob Sawyer.

—Sentiría mucho, Sawyer —dijo Noddy—, crear alguna incomodidad en la mesa de un amigo, y mucho menos en la tuya, Sawyer… mucho; pero tengo que aprovechar esta oportunidad para informar al señor Gunter de que no es un caballero.

—Y yo sentiría mucho, Sawyer, producir ningún disturbio en la calle en que resides —dijo Gunter—, pero me temo que me veré en la necesidad de alarmar

a los vecinos tirando por la ventana a la persona que acaba de hablar ahora mismo.

—¿Qué es lo que quiere usted decir con eso? —preguntó Noddy.

—Lo que usted oye —contestó Gunter.

—Me gustaría ver cómo lo hacía —dijo Noddy.

—Ya lo notará dentro de medio minuto —contestó Gunter.

—Tenga la bondad de darme su tarjeta —dijo Noddy.

—Nada de eso —contestó Gunter.

—¿Por qué no? —preguntó Noddy.

—Porque la pondrá en el espejo de encima de su chimenea y engañará a sus visitantes haciéndoles creer que le ha ido a ver un caballero —contestó Gunter.

—Mañana por la mañana irá a visitarle un amigo mío —dijo Noddy.

—Le agradezco mucho el aviso y dejaré al criado instrucciones especiales para que guarde las cucharas bajo llave —contestó Gunter.

En este momento, los demás invitados se interpusieron, afeándoles a ambos la incorrección de su conducta; ante lo cual Noddy se empeñó en afirmar que su padre era tan respetable como el padre de Gunter; a lo cual Gunter replicó que su padre era por completo tan respetable como el padre de Noddy, y que el hijo de su padre valía tanto como Noddy, en cualquier momento. Como este anuncio parecía preludiar una reanudación de la disputa, hubo otra interferencia por parte del grupo; a lo cual sucedió una amplia cantidad de palabras y clamoreo, en cuyo transcurso Noddy permitió poco a poco que le dominaran sus sentimientos, declarando que siempre había profesado un profundo afecto personal hacia Gunter. A eso respondió Gunter que, en conjunto, más bien prefería a Noddy que a su propio hermano; al oír esta admisión, Noddy se levantó magnánimamente de su asiento y tendió la mano a Gunter. Gunter la estrechó con afectuoso fervor, y todo el mundo dijo que la discusión se había llevado de un modo que hacía gran honor a las dos personas en cuestión.

—Bueno —dijo Jack Hopkins—, para ponernos otra vez en marcha, Bob, no estaría mal una canción.

Y Hopkins, incitado a ello por un aplauso tumultuoso, se lanzó inmediatamente a cantar «El Rey, Dios le bendiga» con toda la fuerza de sus pulmones, pasando a una nueva melodía compuesta de «El golfo de Vizcaya» y «Una rana querría». Lo esencial de la canción era el coro; y, como cada cual lo cantaba con la melodía que sabía de las dos, el efecto resultó verdaderamente impresionante.

Fue al terminar el estribillo de la primera estrofa cuando el señor Pickwick se llevó la mano al oído y dijo, en cuanto se restableció el silencio:

—¡Chist! Perdón. Me ha parecido oír que alguien llamaba desde el piso de arriba.

Se hizo inmediatamente un profundo silencio; y se observó que Bob Sawyer

se ponía pálido.

—Me parece oírlo ahora —dijo el señor Pickwick—; tenga la bondad de abrir la puerta.

Apenas se abrió la puerta, quedaron disipadas todas las dudas sobre el tema.

—¡Señor Sawyer! ¡Señor Sawyer! —chillaba una voz desde el descansillo de arriba.

—Es mi patrona —dijo Bob Sawyer, mirando alrededor con gran consternación—. Diga, señora Raddle.

—¿Qué significa esto, señor Sawyer? —replicó la voz con tono muy agudo y gran rapidez de expresión—. ¿No es bastante que le estafen a una la renta, y además tener que poner dinero prestado del propio bolsillo, y que la insulten a una esos amigos suyos que se atreven a llamarse hombres, para que además le trastornen a una la casa y hagan tanto ruido como para hacer venir a los bomberos a las dos de la madrugada? Eche a esos miserables.

—Debería darle vergüenza —dijo la voz del señor Raddle, que parecía surgir de debajo de unas mantas muy lejanas.

—¡Darles vergüenza! —dijo la señora Raddle—. ¿Por qué no bajas tú y los echas a golpes por las escaleras abajo? Eso es lo que harías si fueras un hombre.

—Lo haría si fuera una docena de hombres, querida mía —contestó pacíficamente el señor Raddle—, pero me llevan ventaja en número.

—¡Bah, cobarde! —contestó la señora Raddle con supremo desprecio—. ¿Va usted a echar a esos miserables o no, señor Sawyer?

—Ya se van, señora Raddle, ya se van —dijo el desgraciado Bob—. Me temo que será mejor que os vayáis —dijo Bob Sawyer a sus amigos—; ya me parecía que hacíais demasiado ruido.

—Es una verdadera desgracia —dijo el hombre elegante—; ¡precisamente cuando empezábamos a estar tan a gusto!

El hombre elegante empezaba a recordar vagamente la anécdota que se le había olvidado.

—Eso no se puede soportar —dijo el elegante, mirando en torno—; ¿no es verdad que no se puede soportar?

—No se puede soportar —contestó Jack Hopkins—; vamos a cantar la otra estrofa, Bob. ¡Venga, allá va!

—No, no, Jack, no cantes —interrumpió Bob Sawyer—; es una canción estupenda, pero me parece que será mejor que no cantemos la otra estrofa. Son gente muy violenta los de esta casa.

—¿Subo al piso de arriba y le pego al patrón? —preguntó Hopkins—; ¿o tiro un rato de la campanilla, o me voy a gemir a la escalera? Puedes mandarme lo que quieras, Bob.

—Te agradezco mucho tu amistad y tu buen carácter, Hopkins —dijo el desventurado Bob Sawyer—, pero me parece que el mejor plan para evitar más

discusiones es que nos disolvamos sin más.

—Bueno, señor Sawyer —chilló la aguda voz de la señora Raddle—, ¿se van esos brutos?

—Están buscando los sombreros, señora Raddle —dijo Bob—; se van enseguida.

—¡Que se van! —dijo la señora Raddle, asomando el gorro de dormir sobre la baranda en el momento en que salía del salón el señor Pickwick, seguido de Tupman—. ¡Que se van! ¿Y por qué se les ha ocurrido venir?

—Pero, señora, por favor —se quejó el señor Pickwick, levantando la mirada.

—¡Ande allá, viejo pervertido! —contestó la señora Raddle, retirando rápidamente el gorro de dormir—; ¡ya es bastante viejo como para ser su abuelo, miserable! ¡Es usted el peor de todos!

El señor Pickwick encontró que era inútil proclamar su inocencia, así que bajó deprisa a la calle, adonde le siguieron enseguida Tupman, Winkle y Snodgrass. Ben Allen, que estaba tristemente deprimido por el alcohol y la agitación, les acompañó hasta el puente de Londres, y en el transcurso del paseo confió a Winkle, como persona especialmente apropiada para confiarle tal secreto, que estaba decidido a cortar el cuello a cualquiera, excepto Bob Sawyer, que aspirara al afecto de su hermana Arabella. Una vez expresada con la adecuada firmeza su decisión de realizar este penoso deber de hermano, prorrumpió en lágrimas, se encajó de un golpe el sombrero en los ojos y, volviendo atrás la mayor parte de su camino, se pasó el tiempo hasta que amaneció, alternativamente, dando golpes en la puerta de la oficina del mercado de Borough, echando breves sueños en sus escalones, bajo la firme impresión de que vivía allí y había olvidado la llave.

Una vez que se fueron todos los visitantes, siguiendo la petición más bien apremiante de la señora Raddle, el desdichado Bob Sawyer quedó solo, entregado a la meditación sobre los probables acontecimientos del día siguiente y de los placeres de aquella noche.

XXXIII

EL SEÑOR WELLER PADRE EMITE ALGUNAS OPINIONES CRÍTICAS RESPECTO A LA COMPOSICIÓN LITERARIA; Y, AYUDADO POR SU HIJO SAMUEL, PAGA UN PEQUEÑO ADELANTO DE VENGANZA A CUENTA DEL REVERENDO DE LA NARIZ ROJA

La mañana del trece de febrero, que los lectores de esta verídica narración saben, igual que nosotros, que era el día inmediatamente anterior al designado para la vista de la causa promovida por la señora Bardell, fue un periodo muy atareado para Samuel Weller, perpetuamente ocupado en ir desde San Jorge y el Buitre hasta el despacho del señor Perker, y vuelta, a todas las horas desde las nueve de la mañana a las dos de la tarde, ambas inclusive. No es que hubiera nada que hacer, en absoluto, puesto que ya había tenido lugar la entrevista en que se decidió de modo definitivo la línea de acción a seguir, pero como el señor Pickwick estaba en un grado extremo de agitación, no hacía más que mandar notitas a su abogado, conteniendo simplemente la pregunta: «Querido Perker, ¿todo va bien?», a lo cual Perker enviaba invariablemente esta respuesta: «Querido Pickwick, todo lo bien que puede ir»; cuando la realidad, como ya hemos sugerido, es que no había nada en absoluto que pudiera ir ni bien ni mal, hasta la sesión del tribunal a la mañana siguiente.

Pero a la gente que se presenta ante la justicia, por su voluntad o por fuerza, hay que concederles que sufran cierta irritación y ansiedad pasajeras; y Sam, con el respeto que se debe a las fragilidades de la naturaleza humana, obedecía todas las órdenes de su amo con el buen humor imperturbable y la tranquilidad inalterable que formaban una de sus características más sorprendentes y agradables.

Sam se había reconfortado con una comidita muy agradable y esperaba en el mostrador del bar el vaso de mixtura caliente en que el señor Pickwick le había invitado a ahogar las fatigas de sus paseos mañaneros, cuando un muchacho de unos tres pies de alto poco más o menos, con gorro de pelo y una casaca de pana, atuendo que proclamaba la plausible ambición de alcanzar con el tiempo el elevado puesto de postillón, entró por el pasillo de San Jorge y el Buitre, y miró primero a las escaleras, y luego por el pasillo adelante, y luego al mostrador, como buscando a alguien para quien llevara un recado; ante lo cual, la muchacha del mostrador, no pareciéndole imposible que el mencionado recado se refiriera a las cucharas o cucharillas de la casa, se acercó al chico y le preguntó:

—Bueno, joven, ¿qué es lo que quieres?

—¿Hay aquí alguien que se llame Sam? —preguntó el mozo con voz sonora de tonalidad tiple.

—¿Y el apellido? —dijo Sam Weller, volviendo la cabeza.

—¿Cómo lo voy a saber? —contestó vivamente el joven caballerito de debajo del gorro de pelo.

—Eres un chico agudo, ya lo creo —dijo Sam Weller—, pero yo no enseñaría tanto esa agudeza, si fuera tú, por si acaso alguien me la quitaba. ¿Qué es eso de llegar a un hotel y preguntar por Sam con tanta educación como un indio salvaje?

—Porque me lo dijo un viejo —contestó el muchacho.

—¿Qué viejo? —preguntó Sam con profundo desdén.

—El que guía la diligencia de Ipswich y usa nuestra sala —respondió el chico —. Ayer por la mañana me dijo que viniera esta tarde a San Jorge y el Buitre a preguntar por Sam.

—Es mi padre, guapa —dijo Sam, volviéndose a la muchacha del mostrador con aire explanatorio—; y estoy seguro de que apenas sabe cuál es mi apellido. Bueno, repollito en flor, ¿y qué?

—Bueno, pues que *usté* —dijo el muchacho— tenía que ir a verle a las seis a nuestra casa, porque quiere verle; en Al Jabalí Azul, Leadenhall Market. ¿Le digo que va?

—Puedes aventurarte a tal afirmación —contestó Sam.

Y, con tales poderes, el joven caballerito se marchó, despertando todos los ecos de George Yard con varias imitaciones, sobrias y extremadamente correctas, de un silbato de boyero, lanzadas en un tono de peculiar riqueza y volumen.

Sam Weller, después de obtener permiso del señor Pickwick, quien, en su estado de excitación y preocupación, no sentía el menor disgusto por quedarse solo, se marchó mucho antes de la hora prevista y, teniendo tiempo de sobra a su disposición, se desvió paseando hasta Mansion House,[53] donde se detuvo a contemplar con cara de gran sosiego y filosofía a los numerosos cocheros de ómnibus y coches suburbanos que se reúnen junto a ese famoso lugar, para gran terror y confusión de la población de ancianas de aquellos dominios. Después de vagabundear por allí durante una media hora, Sam Weller se volvió y empezó a dirigir sus pasos hacia Leadenhall Market, a través de una diversidad de callejuelas y bocacalles. Como iba errante para matar el tiempo sobrante y se paraba a mirar casi todo lo que se le ponía delante de la mirada, no es nada sorprendente que Sam Weller se detuviera ante el escaparate de un pequeño vendedor de papelería y estampas; pero sin otra explicación, resulta sorprendente que apenas se habían posado sus ojos en ciertas estampas expuestas para la venta, cuando se sobresaltara de pronto, se diera una palmada en la pierna derecha con gran vehemencia y exclamara con energía:

—¡Si no hubiera sido por esto, se me habría *olvidao*, hasta que fuera tarde!

La imagen precisa en que se habían fijado los ojos de Sam Weller, cuando dijo esto, era una representación en colores vivos de un par de corazones

humanos atravesados por una flecha asándose en un alegre fuego, mientras un antropófago y una antropófaga, en traje moderno —él, vestido de casaca azul y pantalones blancos, y ella con pelliza rojo oscuro y sombrilla del mismo color—, se acercaban a comérselos con ojos hambrientos, por un sendero de guijos que llevaba allí serpenteando. Un jovencito decididamente nada pudoroso, con unas alas y nada más encima, estaba representado como director del guisado; a lo lejos aparecía una imagen de la aguja de la iglesia de Langham Place, Londres; y el conjunto formaba una « valentina» , de la cual, según testimoniaba un rótulo escrito en el escaparate, había dentro un amplio surtido, que el tendero se comprometía a entregar a todos sus compatriotas en general al reducido precio de un chelín y medio cada una.

—¡Se me habría *olvidao*; seguro que se me habría *olvidao*! —dijo Sam y, diciendo así, entró sin más en la tienda del papelero y solicitó que le proveyeran de una hoja del mejor papel de cartas con borde dorado y de una pluma de puntos duros que se pudiera garantizar que no emborronaba.

Proporcionados prontamente estos artículos, se marchó derecho a Leadenhall Market a muy buen paso, muy diferente del paso vagabundo de antes. Mirando allí a su alrededor, observó una muestra en que el arte del pintor había delineado algo remotamente semejante a un elefante azul celeste con nariz aguileña en vez de trompa. Conjeturando correctamente que ese era el propio Jabalí Azul, entró en la casa y preguntó por su progenitor.

—No llegará hasta dentro de tres cuartos de hora o más —dijo la joven que dirigía los arreglos domésticos de Al Jabalí Azul.

—Muy bien, guapa —contestó Sam—; querría nueve peniques de aguardiente con agua tibia, y el tintero.

El aguardiente con agua tibia y el tintero se trajeron a la salita, y la joven extendió cuidadosamente los carbones para que no echaran llamas, llevándose el hierro de la chimenea para eliminar la posibilidad de que se atizara el fuego sin obtener antes pleno conocimiento y aprobación de Al Jabalí Azul; entonces Sam se sentó en un compartimiento junto a la chimenea y sacó la hoja de papel de cartas con borde dorado y la pluma de puntos duros. Luego, mirando cuidadosamente la pluma, no fuera a tener algún pelo, y quitando el polvo a la mesa, no fuera a haber migas de pan debajo del papel, Sam se remangó los puños de la casaca, extendió los codos y se dispuso a escribir.

Para las señoras y caballeros que no tienen costumbre de dedicarse prácticamente a la ciencia de la caligrafía, escribir una carta no es tarea muy fácil; y en estos casos se considera necesario a quien escribe apoyar la cabeza en el brazo izquierdo, como para poner los ojos todo lo más cerca posible del nivel del papel, y, al mismo tiempo que se lanzan miradas de soslayo a las letras que se van construyendo, formar con la lengua caracteres imaginarios en correspondencia. Estos movimientos, aunque indiscutiblemente de la mayor

ayuda para la redacción original, retardan hasta cierto punto el avance de quien escribe; y Sam llevaba inconscientemente hora y media escribiendo palabras en minúsculas, borrando las letras equivocadas con el meñique y colocando otras nuevas, que requerían repasarse muchas veces para hacerse visibles a través de los borrones antiguos, cuando volvió en sí al abrirse la puerta y entrar su padre.

—Vaya, Sammy —dijo el padre.

—Vaya, mi general —contestó el hijo, dejando la pluma—; ¿cuál es el último parte que hay sobre mi madrastra?

—«La señora Weller ha *pasao* buena noche, pero está extraordinariamente perversa y desagradable esta mañana», firmado bajo juramento, Tony Weller. Este es el último que se ha *publicao*, Sammy —dijo el señor Weller, desatándose la bufanda.

—¿No está mejor todavía? —preguntó Sam.

—Todos los síntomas se han *agravao* —contestó el señor Weller, moviendo la cabeza—. Pero ¿qué es eso, qué haces? ¿Persigues el saber entre dificultades, Sammy?

—Ya he terminado —dijo Sam, ligeramente cohibido—; he *estao* escribiendo.

—Ya lo veo —contestó el señor Weller—. ¿No será a alguna joven, espero, Sammy?

—Bueno, es inútil decir que no —contestó Sam—; he escrito una «valentina».

—¿Una qué? —exclamó el señor Weller al parecer traspasado de horror ante la palabra.

—Una «valentina» —contestó Sam.

—Samivel, Samivel —dijo el señor Weller con acento de reproche—; nunca hubiera esperado eso de ti. ¡Después de *to* el escarmiento que has tenido de las inclinaciones viciosas de tu padre; después de *to* lo que te he dicho sobre eso mismo; después de ver y estar personalmente en compañía de tu propia madrastra, que yo hubiera creído que era una lección moral que ningún hombre habría olvidado hasta el día de su muerte! ¡Nunca lo hubiera *esperao* de ti, Sammy; nunca lo hubiera *esperao* de ti!

Estas reflexiones eran demasiado para el buen viejo. Se llevó a los labios el vaso de Sam y apuró su contenido.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo Sam.

—Qué más da, Sammy —contestó el señor Weller—; será para mí una prueba angustiosa, a mi *edá*, pero estoy bastante duro, y eso es un consuelo, como observó el pavo viejo cuando el granjero dijo que temía verse obligado a matarle *pa* venderle en Londres.

—¿Qué es lo que será una prueba? —preguntó Sam.

—Verte casado, Sammy… verte hecho una víctima engañada; y pensando en

tu inocencia que *to* eso es estupendo —contestó el señor Weller—; esto es una prueba terrible *pa* los sentimientos de un padre, Sammy.

—¡Tonterías! —dijo Sam—; no me voy a casar; no se preocupe por eso; ya sé que *usté* entiende de esas cosas. Pida la pipa y le leeré la carta. ¡Vamos!

No podemos decir con exactitud si fue la perspectiva de la pipa o la reflexión consoladora de que en su familia se heredaba una fatal predisposición a casarse, y no había remedio, lo que calmó los sentimientos del señor Weller e hizo que se mitigara su dolor. Más bien nos sentiríamos inclinados a decir que el resultado se alcanzó combinando esas dos fuentes de consuelo, pues repetía lo segundo en voz baja, con gran insistencia, mientras tocaba la campanilla para pedir lo primero. Luego se despojó del abrigo y, encendiendo la pipa y colocándose ante el fuego, de espaldas a él de modo que pudiera recibir todo el calor y a la vez apoyarse contra el quicio de la chimenea, se volvió hacia Sam y, con el rostro sumamente endulzado por la influencia suavizadora del tabaco, le invitó a « disparar» .

Sam mojó la pluma en el tintero, por si había que corregir algo, y empezó con aire muy teatral:

—« Adorable…» .

—Alto —dijo el señor Weller, tocando la campanilla—; un doble de lo de siempre, guapa.

—Muy bien, señor —dijo la muchacha, y con gran rapidez apareció, se desvaneció, regresó y desapareció.

—Parece que aquí conocen sus costumbres —observó Sam.

—Sí —contestó su padre—; ya he *estao* aquí muchas veces en la vida. Adelante, Sammy.

—« Adorable criatura…» —repitió Sam.

—¿No estará en poesía, eh? —interrumpió el padre.

—No, no —dijo Sam.

—Me alegro de saberlo —dijo el señor Weller—; la poesía no es cosa natural; nadie ha hablado nunca en poesía, salvo el anunciador en el boxeo, o el de la crema *pa* el calzado Warren, o el del aceite *pa* el pelo Rowland,[54] o esos otros tipos desgraciados; no caigas nunca tan bajo como *pa* hablar en poesía, hijo mío. Empieza otra vez, Sammy.

El señor Weller volvió a tomar la pipa con solemnidad crítica, y Sam empezó otra vez y leyó lo que sigue:

—« Adorable criatura, sabrás que me condeno…» .

—Eso no está bien —dijo el señor Weller, quitándose la pipa de la boca.

—No, no es « me condeno» —observó Sam, poniendo la carta frente a la luz—; es « me considero» , es que hay un borrón aquí, « me considero muy honrado» .

—Eso está muy bien —dijo el señor Weller—. Adelante.

—« Me considero muy honrado y completamente cir…» Se me ha olvidado qué palabra es esta —dijo Sam, rascándose la cabeza con la pluma en vanos intentos de recordar.

—¿Por qué no lo miras, entonces? —preguntó el señor Weller.

—Ya lo estoy mirando —contestó Sam—, pero hay otro borrón encima. Hay una « ce» , una « i» y una « ene» .

—*Circuncidao*, quizá —sugirió el señor Weller.

—No, no es eso —dijo Sam—; « circunscrito» , eso es.

—Esa palabra no es tan buena como *circuncidao*, Sammy —dijo gravemente el señor Weller.

—¿Cree que no? —dijo Sam.

—Ni hablar —contestó su padre.

—Pero ¿no cree que quiere decir más? —preguntó Sam.

—Bueno, quizá es una palabra más tierna —dijo el señor Weller después de unos momentos de reflexión—; adelante, Sammy.

—« Me considero muy honrado y completamente circunscrito a dirigirme a *usté*, pues *usté* es una chica estupenda, y *na* más que eso.»

—Es un sentimiento muy bonito —dijo el señor Weller padre, quitando la pipa para que dejara paso a su observación.

—Sí, yo creo que está bastante bien —observó Sam, altamente halagado.

—Lo que más me gusta de este estilo de escribir —dijo el señor Weller padre —, es que no se dicen cosas raras; no hay Venus, ni *na* de esas cosas. ¿*Pa* qué sirve llamar Venus o ángel a una muchacha, Sammy?

—¡Sí, claro!, ¿*pa* qué? —contestó Sammy.

—Lo mismo daría llamarla dragón, o unicornio, o el escudo del rey,[55] *to* junto, que ya se sabe que es una colección de animales fabulosos —añadió el señor Weller.

—Eso mismo —contestó Sam.

—Tira *palante* —dijo el señor Weller.

Sam obedeció la indicación y siguió como sigue, mientras su padre continuaba fumando con una expresión mezclada de sabiduría y complacencia, que era particularmente edificante.

—« Antes de verla, yo creía que *toas* las mujeres eran iguales.»

—Y lo son —observó el señor Weller padre, en forma de paréntesis.

—« Pero ahora —continuó Sam— me doy cuenta de qué pedazo de burro incrédulo tenía que ser; porque no hay nadie como *usté*, aunque yo la quiero más que a nada del mundo.» He creído que era mejor ponerlo un poco fuerte —dijo Sam, levantando la mirada.

El señor Weller inclinó la cabeza asintiendo, y Sam prosiguió:

—« Así que aprovecho el privilegio del día, Mary, querida mía, como dijo

aquel señor con dificultades de dinero cuando se escapó un domingo,[56] *pa* decirle que la primera y única vez que la vi, su imagen quedó grabada en mi corazón en menos tiempo y en colores más vivos que ninguna imagen que se haya tomado con la máquina de sacar perfiles[57] (que seguramente habrá oído hablar de ella, Mary, guapa), aunque termina los retratos y les pone marco y cristal completo, con un gancho al final *pa* colgarlos, y *to* eso en dos minutos y cuarto» .

—Me temo que *to* eso raya en lo poético, Sammy —dijo el señor Weller con aire de duda.

—No, *na* de eso —respondió Sam, y siguió muy deprisa la lectura, como para evitar discusiones sobre ese punto—. « Acépteme, Mary, querida mía, como su valentín y piense bien lo que le digo. Querida Mary, ahora voy a terminar.» Y eso es *to* —dijo Sam.

—Es un parón muy de repente, ¿no, Sammy?—preguntó el señor Weller.

—*Na* de eso —dijo Sam—; a ella le gustaría que hubiera más, y ese es el gran arte de escribir cartas.

—Bueno —dijo el señor Weller—; no deja de ser *verdá*; y me gustaría que tu madrastra llevara la conversación bajo ese mismo principio de *amabilidá*. ¿No la vas a firmar?

—Esa es la *dificultá* —dijo Sam—; no sé qué poner de firma.

—Fírmala « Weller» —dijo el más anciano superviviente de los propietarios de ese apellido.

—No vale —dijo Sam—; nunca se firma una « valentina» con el nombre de uno.

—Fírmala « Pickwick» , entonces —dijo el señor Weller—; es muy buen nombre, y fácil de escribir.

—Eso sí que está bien —dijo Sam—; podría terminar en verso, ¿qué le parece?

—No me gusta, Sam —objetó el señor Weller—. Nunca he conocido a ningún cochero respetable que escribiera versos, excepto uno, que hizo una poesía conmovedora la noche antes de que le ahorcaran por salteador de caminos; y aun ese, no era más que de Camberwell, así que tampoco cuenta.

Pero Sam no quería disuadirse de la idea poética que se le había ocurrido, de modo que firmó la carta:

Con estima,
su víc-
tima,
Pickwick.

Y después de doblarla de modo muy intrincado, espachurró una dirección en cuesta abajo en una esquina: « A Mary, criada, en casa del alcalde señor Nupkins, Ipswich, Suffolk» ; y se la puso en el bolsillo, pegada con obleas y preparada para el correo. Terminado este importante asunto, el señor Weller padre pasó inmediatamente a revelarle aquello para lo cual había convocado a su hijo.

—Lo primero, tiene que ver con tu amo, Sammy —dijo el señor Weller—. Mañana le van a juzgar, ¿no?

—Ya toca el tribunal —respondió Sam.

—Bueno —dijo el señor Weller—. Entonces, supongo que querrá llamar a algunos testigos *pa* que hablen de su manera de ser, o quizá *pa* probar una coartada. Le he estado dando vueltas a este asunto en la cabeza, y él tiene que estar tranquilo, Sammy. Yo tengo varios amigos que harían por él las dos cosas, pero mi consejo sería este: dejar en paz su manera de ser, y agarrarse a la coartada. No hay *na* como una coartada, Sammy, no hay *na*.

El señor Weller tomó aire de profundidad al emitir esta opinión pública y, sumergiendo la nariz en el vaso, hizo un guiño por encima del borde hacia su atónito hijo.

—Bueno, ¿qué quiere decir? —dijo Sam—. ¿No pensará que le van a juzgar como criminal?

—Eso no entra en la presente consideración, Sammy —contestó el señor Weller—. De cualquier manera como le vayan a juzgar, hijo mío, una coartada es lo que hace falta para sacarle. Sacamos de aquel homicidio a Tom Wildsboy con una coartada, cuando *toos* los pelucones decían que no podía salvarle *na*. Y mi opinión, Sammy, es que si tu amo no presenta una coartada, seguro que lo van a enredar, y eso es *to*.

Como el viejo señor Weller mantenía una convicción firme e inalterable de que el tribunal supremo de la judicatura del país era el de las causas criminales, y que este regulaba con sus procedimientos y formas de actuación las prácticas de todos los demás tribunales, no tuvo en cuenta en absoluto las seguridades y los argumentos de su hijo, que pretendían demostrarle que la coartada era inadmisible; y protestó con vehemencia que el señor Pickwick era « una víctima» . Al encontrar que no servía seguir discutiendo el asunto, Sam cambió de tema y preguntó cuál era la otra cuestión sobre la que deseaba consultarle su respetado padre.

—Es un punto de política doméstica, Sammy —dijo el señor Weller—. Aquel Stiggins…

—¿El de la nariz roja? —preguntó Sam.

—El mismísimo —contestó el señor Weller—. El de la nariz roja, Sammy, visita a tu madrastra con una amabilidad y una constancia que nunca he visto superada. Es tan amigo de la familia, Sammy, que cuando está lejos de nosotros no puede estar a gusto si no tiene algo con que recordarnos.

—Yo le daría algo como trementina y cera en la memoria para los próximos diez años, si fuera *usté* —interrumpió Sam.

—Espera un momento —dijo el señor Weller—; iba a decir que ahora siempre trae una botella plana en que cabe una pinta y media, y la llena de ron de piña antes de marcharse.

—¿Y la vacía antes de volver, supongo? —dijo Sam.

—¡Limpia! —contestó el señor Weller—. Nunca deja más que el corcho y el olor; puedes confiar en él *pa* eso, Sammy. Bueno, esos compadres, hijo, van a tener esta noche la reunión mensual de la rama de Brick Lane de la Gran Asociación Unida Ebenezer para la Templanza. Tu madrastra iba a ir, Sammy, pero tiene reuma y no puede; y yo, Sammy… tengo los dos billetes que le han mandado.

El señor Weller comunicó este secreto con gran júbilo, y guiñó el ojo tan incansablemente después de eso, que Sam empezó a pensar que debía tener el «tic doloroso» en el párpado derecho.

—Bueno, ¿y qué? —dijo este joven.

—Bueno —continuó su progenitor, mirando alrededor con gran cautela—; tú y yo iremos, a la hora en punto. El pastor vicario no llegará en punto, Sammy; el vicario pastor no será puntual.

Y aquí el señor Weller fue invadido por tal paroxismo de risoteos, que poco a poco terminó en algo tan cercano al ahogo como puede sobrellevar con seguridad un caballero entrado en años.

—Bueno, nunca he visto tal viejo fantasma en *toa* mi vida —exclamó Sam, frotándole la espalda al viejo tan fuerte como para prenderle fuego con la fricción—. ¿De qué se ríe, corpulencia?

—¡Chist! Sammy —dijo el señor Weller, mirando a su alrededor con acrecentada cautela y hablando en susurros—; dos amigos míos que trabajan en la ruta de Oxford, y que son amigos de bromas, han enredado al pastor vicario, Sammy; y cuando llegue a la Asociación Ebenezer (que es seguro que llegará, porque lo llevarán hasta la puerta, y le harán entrar a empujones, si es necesario), estará tan metido en ron con agua como nunca ha estado en Al Marqués de Granby, Dorking, y no es poco decir.

Y con esto, el señor Weller volvió a reír desmesuradamente y, en consecuencia, volvió a caer en un estado de asfixia parcial.

Nada podía haber estado más de acuerdo con los sentimientos de Sam Weller que el proyectado desenmascaramiento de las auténticas inclinaciones y cualidades del hombre de la nariz roja; y como ya faltaba muy poco a la hora designada para la reunión, el padre y el hijo emprendieron enseguida su camino hacia Brick Lane, sin que Sam olvidara echar la carta en una estafeta al pasar.

Las reuniones mensuales de la rama de Brick Lane de la Gran Asociación Unida Ebenezer para la Templanza se tenían en una amplia sala, en grata y

aireada situación al extremo de una cómoda y segura escalerilla. El presidente era el intachable señor Anthony Humm, un bombero convertido, ahora maestro de escuela y, de vez en cuando, predicador ambulante; y el secretario era el señor Jonas Mudge, tendero de comestibles y «vaso» [58] entusiástico y desinteresado, que vendía té a los miembros. Antes de comenzar los asuntos, las señoras, sentadas en bancos, bebían té hasta que se consideraba conveniente zarpar; y había una gran caja de madera para echar dinero, visiblemente situada en el tapete verde de la mesa de la directiva, tras la cual estaba el secretario, agradeciendo con graciosa sonrisa todas las adiciones al rico filón de cobre que yacía oculto en su interior.

En esta ocasión particular, las mujeres tomaban té en dosis alarmantes, con gran horror del señor Weller padre, quien, haciendo caso omiso de los codazos admonitorios de Sam, miraba a su alrededor en todas las direcciones con el asombro más patente.

—Sammy —susurró el señor Weller—, si algunas de estas gentes no necesitan mañana que les hagan un agujero, no soy tu padre; eso es. Mira, esta vieja de a mi *lao* se está ahogando en té.

—Cállese, ¿no puede? —murmuró Sam.

—Sam —susurró el señor Weller un momento después con tono de profunda agitación—; fíjate en lo que te digo, hijo mío. Si ese tipo, el secretario, sigue así cinco minutos más, va a reventar de agua y tostadas.

—Bueno, déjele que reviente, si le parece bien —contestó Sam—; a *usté* no le importa.

—Si esto dura mucho más, Sammy —dijo el señor Weller en la misma voz baja—, pensaré que mi deber, como ser humano, es levantarme y dirigirme a la presidencia. Aquella joven de tres bancos más allá, se ha tomado nueve tazas y media, de las de desayuno, y se está hinchando visiblemente ante mis ojos.

Hay muy poca duda de que el señor Weller hubiera puesto en ejecución inmediata su intención benevolente, si por fortuna un gran ruido, ocasionado por la recogida de tazas y platos, no hubiera anunciado que se había acabado de tomar té. Retirada la vajilla, se puso en el centro de la sala la mesa con el tapete verde y comenzó el orden del día con un hombrecito enfático, de cabeza calva y calzones cortos grises, que se precipitó de repente por la escalerilla arriba, con peligro inminente de romperse las piernecitas encajadas en los calzones, y dijo:

—Damas y caballeros, propongo elevar a la silla presidencial a nuestro excelente hermano, señor Anthony Humm.

Las señoras agitaron una exquisita selección de pañuelos ante esta proposición; y el hombrecito elevó literalmente al señor Humm a la presidencia, agarrándole por los hombros e incrustándole en un armazón de caoba que en otros tiempos había representado semejante pieza de mobiliario. Se repitió el ondear de pañuelos; y el señor Humm, que era un hombre manso, de cara

blanquecina, en sudor perpetuo, hizo una mansa reverencia con gran admiración de las señoras, y ocupó el asiento con gravedad. Luego el hombrecito de los calzones grises impuso silencio, y el señor Humm se levantó y dijo que, con permiso de los hermanos y hermanas de la rama de Brick Lane que allí entonces estaban presentes, el secretario leería el informe del comité de la rama de Brick Lane, proposición que también fue recibida con una exhibición de pañuelos.

Después que el secretario estornudó de manera impresionante, y que se ejecutó debidamente la tos que siempre invade a una reunión cuando se va a hacer algo especial, se leyó el siguiente documento:

INFORME DEL COMITÉ DE LA RAMA DE BRICK LANE DE LA GRAN ASOCIACIÓN UNIDA EBENEZER PARA LA TEMPLANZA

« Vuestro comité ha continuado sus gratas labores durante el mes pasado y tiene el inefable placer de informar sobre los siguientes nuevos casos de convertidos a la Templanza.

» H. Walker, sastre; con mujer y dos hijos. Cuando estaba en mejor situación, confiesa que tenía la constante costumbre de beber cerveza; dice que no está seguro de que no probara dos veces por semana, durante veinte años, "nariz de perro", que vuestro comité, conforme a investigación, encuentra que está compuesto de cerveza negra caliente, azúcar fundida, ginebra y nuez moscada. (Un gemido y un "¡Así es!" de una señora de cierta edad.) Ahora está sin trabajo y sin dinero; cree que debe de ser la cerveza (aclamaciones) o la pérdida del uso de la mano derecha; no está seguro de qué es, pero cree que es muy probable que si no hubiera bebido más que agua durante toda su vida, su compañero de trabajo no le habría clavado una aguja oxidada, ocasionándole así su accidente. (Tremendas aclamaciones.) Ahora no tiene más que agua fría para beber, y nunca tiene sed. (Grandes aplausos.)

» Betsy Martin, viuda, un hijo y un ojo. Todo el día va a lavar y hacer de asistenta; nunca ha tenido más que un ojo, pero sabe que su madre bebía cerveza fuerte embotellada, y no le extrañaría que ese fuera el motivo. (Inmensas aclamaciones.) No le parece imposible que, si ella se hubiera abstenido siempre de los licores, a estas horas tuviera dos ojos. (Tremendos aplausos.) En todas las casas adonde iba, solía cobrar dieciocho peniques por día, una pinta de cerveza negra y una copa de licor; pero desde que ha ingresado en la rama de Brick Lane, siempre ha pedido, en vez de eso, tres chelines y seis peniques. (El anuncio de este interesantísimo hecho fue recibido con entusiasmo ensordecedor.)

» Henry Beller, durante muchos años, se encargaba de hacer los brindis en diversos banquetes municipales, en cuyo tiempo bebió gran cantidad de vino extranjero; quizá se llevó a casa algunas veces una botella o dos; no está muy seguro de eso, pero sí está seguro de que, si se las llevó, se bebió el contenido. Se

siente muy deprimido y melancólico, se encuentra febril y tiene constantemente sed; cree que debe de ser el vino que solía beber. (Aplausos.) Ahora está sin empleo, y por nada del mundo toca una gota de vino extranjero. (Tremendos aplausos.)

» Thomas Burton es proveedor de cordilla para los gatos del alcalde y los alguaciles mayores, y varios miembros del Concejo. (El anuncio del nombre de este caballero fue recibido con expectación sin aliento.) Tiene una pierna de palo; encuentra que una pierna de palo resulta cara, al andar tanto por los adoquines; solía usar piernas de palo de segunda mano, y todas las noches con regularidad bebía un vaso de ginebra con agua caliente, a veces dos. (Profundos suspiros.) Encontró que las piernas de palo se partían y estropeaban con mucha rapidez; está firmemente convencido de que su constitución quedaba minada por la ginebra con agua. (Aclamaciones prolongadas.) Ahora compra piernas de palo nuevas, y no bebe más que agua y té flojo. Las piernas nuevas le duran el doble de lo que le duraban las otras, y él lo atribuye solamente a sus hábitos de templanza.» (Aclamaciones triunfales.)

Anthony Humm incitó entonces a la asamblea a obsequiarse con un cántico. « Con vistas a su disfrute racional y moral, el hermano Mordlin había adaptado la hermosa letra de "¿Quién no conoce a un marinerito de agua dulce?" a la música del Salmo 100, y ahora él les invitaba a cantarlo con él. (Gran aplauso.) Deseaba aprovechar esta oportunidad para expresar su firme convicción de que el difunto señor Dibdin,[59] viendo los errores de su vida anterior, había escrito esa canción para mostrar las ventajas de ser abstemio. Era un cántico de templanza. (Torbellinos de aclamaciones.) La elegancia de la indumentaria del joven, la destreza de sus remos, el envidiable estado de ánimo que, según las palabras del poeta, le permitía:

remar, remar, remar, sin pensar en nada más,

todo ello se unía para demostrar que debía de ser un bebedor de agua. (Aclamaciones.) ¡Oh, qué estado de virtuosa alegría! (Aplausos arrebatados.) ¿Y cuál era la recompensa del joven? Que todos los jóvenes presentes tuvieran en cuenta esto:

las muchachas, en rebaño, a embarcarse con él iban.

(Ruidosas aclamaciones, a las que se unieron las damas.) ¡Qué ejemplo esclarecido! Las hermanas, las muchachas, las doncellas, reunidas en rebaño en torno al joven remero invitándole a avanzar por el cauce del deber y de la templanza. Pero ¿eran solo las doncellas de vida humilde las que le endulzaban, le consolaban, le sostenían? ¡No!

Y así tenía en el bote a las señoras más finas.

(Inmensas aclamaciones.) El sexo débil, como un solo hombre —perdón, como una sola mujer—, se congregaba en torno del joven remero, apartándose con repugnancia de los bebedores de alcohol. (Clamores.) Los hermanos de la rama de Brick Lane eran remeros. (Clamores y risas.) La sala era su embarcación; el público eran las doncellas, y él (el señor Anthony Humm), aunque indignamente, las "tenía en el bote".» (Aplausos ilimitados.)

—¿Qué quiere decir con el «sexo débil», Sammy? —preguntó en un susurro el señor Weller.

—Las mujeres —dijo Sam en el mismo tono.

—No anda muy equivocado, Sammy —contestó el señor Weller—: tienen que ser un sexo muy débil, desde luego, *pa* que se dejen engañar por unos tipos como estos.

Cualquier observación ulterior del indignado viejo quedó cortada por el anuncio de la canción, que el señor Anthony Humm fue dando de dos en dos versos a cada vez para información de aquellos de sus oyentes que no estuvieran al tanto de la leyenda. Mientras se cantaba, el hombrecito de calzones grises desapareció; a la terminación, volvió inmediatamente y susurró algo al señor Anthony Humm, con cara de la más profunda importancia.

—Amigos míos —dijo el señor Humm, levantando la mano con aire de ruego para pedir silencio a las señoras obesas que llevaban un verso o dos de retraso—; amigos míos, un delegado de la rama de nuestra sociedad en Dorking, el hermano Stiggins, está esperando abajo.

Volvieron a salir los pañuelos, con más fuerza que nunca, pues Stiggins era muy popular entre la clientela femenina de la rama de Brick Lane.

—Puede acercarse, yo diría —dijo el señor Humm, mirando en torno con sonrisa fatua—. Hermano Tadger, hágale entrar y que nos salude.

El hombrecito de los calzones grises que atendía por hermano Tadger se precipitó por la escalerilla a gran velocidad, e inmediatamente se le oyó tropezar subiendo con el reverendo señor Stiggins.

—Ya viene, Sammy —susurró el señor Weller, con el rostro purpúreo a fuerza de contener la risa.

—No me diga nada, que no me puedo aguantar —contestó Sam—. Ya está cerca de la puerta. Le oigo ya que se da con la cabeza contra el tabique.

Mientras hablaba Sam Weller, se abrió de par en par la puertecita y apareció el hermano Tadger, seguido de cerca por el reverendo señor Stiggins; y en cuanto este entró, hubo gran palmoteo, patadas y ondear de pañuelos; manifestaciones de deleite a todas las cuales el hermano Stiggins no devolvió otra señal de

agradecimiento que quedarse mirando, con ojos extraviados y sonrisa fija, el extremo de la mecha de la vela que había en la mesa, balanceando el cuerpo de un lado a otro de un modo nada firme ni seguro.

—¿Se encuentra usted mal, hermano Stiggins? —susurró Anthony Humm.

—Estoy muy bien, señor mío —contestó Stiggins en un tono en que la ferocidad se combinaba con una extrema blandura de pronunciación—; estoy muy bien.

—Ah, bueno —respondió Anthony Humm, echándose atrás unos pasos.

—Supongo que nadie de aquí se ha atrevido a decir que yo no esté muy bien, ¿eh? —dijo Stiggins.

—Oh, claro que no —dijo Humm.

—Yo no se lo recomendaría; no se lo recomendaría —dijo Stiggins.

Para entonces, el público estaba perfectamente callado y aguardaba con gran expectación que se reanudaran los asuntos.

—¿Quiere dirigir la palabra a la reunión, hermano? —dijo Humm con sonrisa de invitación.

—No, señor —replicó Stiggins—; no, señor. Ni hablar.

Los de la reunión se miraron unos a otros, con los ojos agrandados, y un murmullo de asombro corrió por el cuarto.

—Mi opinión, señor mío —dijo Stiggins, desabotonándose la casaca y hablando muy fuerte—, mi opinión es que todos los de esta reunión están borrachos. ¡Hermano Tadger —dijo Stiggins, aumentando de repente en ferocidad y volviéndose bruscamente hacia el hombrecito de los calzones grises—, usted está borracho!

Y con esto, Stiggins, animado por un plausible deseo de promover la templanza en esa reunión y, por consiguiente, de excluir de ella a todo personaje impropio, golpeó al hermano Tadger en la punta de la nariz con tan infalible puntería, que los calzones grises desaparecieron como un relámpago. El hermano Tadger había sido derribado, cabeza abajo, por la escalerilla.

Entonces, las mujeres lanzaron chillidos sonoros y lúgubres; y precipitándose en grupitos ante sus hermanos predilectos, extendieron los brazos en torno de ellos para preservarles del peligro. Esta muestra de afecto casi resultó fatal para Humm, quien, siendo extremadamente popular, quedó casi ahogado por la multitud de devotas que se colgó de su cuello, amontonando caricias sobre él. La mayor parte de las luces se apagaron rápidamente, y por todas partes no se oía más que ruido y confusión.

—Ahora, Sammy —dijo el señor Weller, quitándose el abrigo con gran deliberación—; sal un poco fuera a buscar un guardia.

—¿Qué va a hacer *usté*, mientras tanto? —preguntó Sam.

—No te preocupes por mí, Sammy —contestó el viejo—; me voy a ocupar en arreglar una cuentecita con ese Stiggins.

Y antes que Sam pudiera intervenir para evitarlo, su heroico padre había penetrado en un remoto rincón de la sala, atacando al reverendo Stiggins con gran destreza manual.

—¡Quite de ahí! —dijo Sam.

—¡Vamos allá! —gritó el señor Weller; y sin más invitación, dio al reverendo Stiggins un golpe preliminar en la cabeza y empezó a danzar alrededor animosamente, como un corcho en el agua, de tal modo que era una perfecta maravilla observarlo en un caballero de su edad.

Encontrando inútiles todas sus insistencias, Sam se encajó firmemente el sombrero, se echó al brazo el abrigo de su padre y, agarrando al viejo por la cintura, le arrastró a la fuerza por la escalerilla hasta la calle, sin soltar nunca su presa, hasta que llegaron a la esquina. Cuando la alcanzaron, pudieron oír los gritos del populacho que presenciaba cómo se llevaban al reverendo Stiggins a pasar la noche en un alojamiento más sólido, y el ruido ocasionado por la dispersión en diversas direcciones de los miembros de la rama de Brick Lane de la Gran Asociación Unida Ebenezer, para la Templanza.

XXXIV

QUE ESTÁ TOTALMENTE DEDICADO A UN COMPLETO Y FIEL INFORME SOBRE LA MEMORABLE VISTA DE LA CAUSA « BARDELL CONTRA PICKWICK»

—Me gustaría saber qué ha desayunado el presidente del jurado, quienquiera que sea —dijo Snodgrass para animar la conversación en la fatídica mañana del catorce de febrero.

—¡Ah! —dijo Perker—; espero que haya desayunado bien.

—¿Por qué? —preguntó el señor Pickwick.

—Es sumamente importante; muy importante, señor Pickwick —contestó Perker—; un jurado bueno, satisfecho, bien desayunado, es cosa muy importante de encontrar. Los jurados descontentos o hambrientos, señor Pickwick, siempre resuelven a favor del demandante.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Pickwick con cara de desconcierto—. ¿Por qué hacen eso?

—No lo sé —respondió fríamente el hombrecito—; supongo que porque ahorra tiempo. Si se acerca la hora de comer, el presidente saca el reloj cuando el jurado empieza a deliberar y dice: « ¡Válgame Dios, señores, las cinco menos diez, nada menos! Yo como a las cinco, señores» . « Yo también» , dicen todos los demás, menos dos que debían haber comido a las tres y, en consecuencia, parecen más dispuestos a aguantar. El presidente sonríe y pone delante el reloj: « Bueno, señores, ¿qué decimos, el demandante o el demandado? Yo más bien, por lo que a mí toca, señores… yo digo, que más bien creo… pero ustedes no se dejen influir por esto… yo más bien creo que tiene razón el demandante» . Con esto, dos o tres están seguros de que también lo creen así… y, desde luego, lo creen; y se arreglan de modo unánime y cómodo. ¡Las nueve y diez! —dijo el hombrecito, mirando el reloj—. Ya es hora de que nos vayamos, señor Pickwick; una causa por quebrantamiento de promesa… la sala suele estar llena en estos casos. Será mejor que pida un coche, o si no, llegaremos tarde.

El señor Pickwick tocó inmediatamente la campanilla; y en cuanto se procuraron un coche, los cuatro pickwickianos y el señor Perker se encajaron dentro y salieron para el Guildhall; Sam Weller, Lowten y la bolsa azul les seguían en un coche de punto.

—Lowten —dijo Perker, cuando llegaron al vestíbulo del juzgado—, ponga a los amigos del señor Pickwick en la tribuna de los estudiantes; será mejor que el propio señor Pickwick se siente a mi lado. Por aquí, señor Pickwick, por aquí.

Y agarrando al señor Pickwick por la manga de la levita, el hombrecito le llevó al asiento bajo, al pie mismo de los escaños de los abogados, construido para comodidad de los asesores legales, quienes desde ahí pueden susurrar al oído a los representantes principales del caso las instrucciones que sean

necesarias en el transcurso de la vista. Los ocupantes de este asiento quedan invisibles respecto a la mayor parte de los espectadores, ya que están a un nivel mucho más bajo que los abogados y que el público, cuyos asientos están elevados por encima del suelo. Naturalmente, dan la espalda a ambos y tienen la cara vuelta hacia el juez.

—¿Esa es la tribuna de los testigos, supongo? —dijo el señor Pickwick, señalando una especie de púlpito con baranda de latón a su izquierda.

—Esa es la tribuna de los testigos, señor Pickwick —contestó Perker, exhumando una gran cantidad de papeles de la bolsa azul, que Lowten acababa de dejar a sus pies.

—Y allí —dijo el señor Pickwick, señalando un par de bancos rodeados por un tabique, a su derecha—, allí es donde se pone el jurado, ¿no?

—Exactamente, señor Pickwick —contestó Perker, golpeando la tapa de su tabaquera.

El señor Pickwick se encontraba en un estado de gran agitación, y lanzó una mirada a la sala. Había ya cierta cantidad de espectadores en la galería y una numerosa muestra de señores con peluca en los asientos de los abogados, que, en corporación, presentaba todo esa grata y extrema variedad de nariz y bigote por la que es tan justamente célebre el Foro de Inglaterra. Aquellos de estos señores que tenían un legajo que llevar lo llevaban del modo más ostensible que se podía, y de vez en cuando se rascaban la nariz con él para imprimir ese hecho con más fuerza en la observación de los espectadores. Otros señores que no tenían legajos que exhibir llevaban bajo el brazo hermosos volúmenes en octavo, con un tejuelo rojo en el lomo y esa cubierta color de costra de empanada poco hecha que técnicamente se conoce por «becerro de abogado». Otros, que no tenían ni carpetas ni libros, se metían las manos en los bolsillos, poniendo tanta cara de inteligentes como podían; otros, en fin, se movían de acá para allá con gran inquietud y seriedad, satisfechos de despertar así la admiración y el asombro de los forasteros no iniciados. El conjunto, con gran sorpresa del señor Pickwick, estaba dividido en grupitos que charlaban y discutían las noticias del día del modo más insensible, como si no fuera inminente la vista de una causa.

Una reverencia del señor Phunky, cuando él entró y se sentó detrás de la fila destinada a los abogados que actuaban, atrajo la atención del señor Pickwick; y apenas la había devuelto, cuando apareció el abogado Snubbin, seguido por el señor Mallard, el cual casi ocultaba al abogado detrás de una gran bolsa carmesí, que puso en la mesa, retirándose luego, después de estrechar la mano al señor Perker. Luego entraron dos o tres abogados más; y entre ellos, uno gordo y de cara roja, que hizo un saludo amistoso al abogado Snubbin y dijo que hacía un día excelente.

—¿Quién es ese de la cara roja que ha dicho que hace un día excelente y ha saludado a nuestro defensor? —susurró el señor Pickwick.

—El abogado Buzfuz —contestó Perker—. Va contra nosotros; dirige la parte contraria. El de detrás de él es el señor Skimpin, su ayudante.

El señor Pickwick estaba a punto de preguntar con gran horror ante la villanía y sangre fría de aquel hombre, cómo el abogado Buzfuz, que dirigía la parte contraria, se atrevía a decir que hacía un día excelente al abogado Snubbin, que le defendía a él, cuando le interrumpió el movimiento de los abogados levantándose en masa y un fuerte grito de «¡Silencio!» entre los ujieres de la sala. Mirando alrededor, encontró que ello era motivado por la entrada del juez.

El juez Stareleigh (que actuaba en sustitución del presidente, el cual estaba indispuesto) era un hombre especialmente bajo, y tan gordo, que parecía todo él cara y chaleco.

Entró rodando sobre sus piernecillas zambas y, después de hacer una grave inclinación a los abogados, que estos le devolvieron con gravedad, metió las piernecillas bajo la mesa y puso el sombrero de tres picos encima; y una vez que hizo esto el juez Stareleigh, todo lo que se podía ver de él eran unos ojillos extraños, una ancha cara rosada y cerca de la mitad de una gran peluca de aspecto cómico.

Apenas se sentó el juez, el ujier del centro de la sala gritó «¡Silencio!» en tono de mando, tras lo cual otro ujier en la galería gritó «¡Silencio!» con voz de indignado reproche. Hecho esto, un señor vestido de negro, sentado debajo del juez, pasó lista a los jurados; y después de mucho gritar, se descubrió que solo estaban presentes diez de los jurados especiales. Entonces, el abogado Buzfuz solicitó que se designaran suplentes; el señor de negro pasó a incrustar dos jurados ordinarios entre los jurados especiales; siendo enrolados inmediatamente un verdulero y un farmacéutico.

—Contesten al nombrarles, señores, para que se les tome juramento —dijo el señor de negro—. Richard Upwitch.

—¡Presente! —dijo el verdulero.

—¡Thomas Groffin!

—¡Presente! —dijo el farmacéutico.

—Tomen la Biblia, caballeros. ¿Juran ustedes que juzgarán…?

—Pido perdón al tribunal —dijo el farmacéutico, que era un hombre alto, delgado y de rostro amarillo—, pero espero que me excusen la asistencia.

—¿Por qué motivo, señor? —dijo el juez Stareleigh.

—No tengo ayudantes, Señoría —dijo el farmacéutico.

—No lo puedo remediar —dijo el juez Stareleigh—; debería tomar alguno.

—No me lo puedo permitir, Señoría —replicó el farmacéutico.

—Pues entonces debería podérselo permitir —dijo el juez, enrojeciendo; pues el humor del juez Stareleigh bordeaba lo irritable y no toleraba contradicción.

—Ya sé que debería, si me fuera tan bien como merezco; pero no puedo,

Señoría —respondió el farmacéutico.

—Tome juramento a este señor —ordenó perentoriamente el juez.

El secretario no había pasado de «¿Jura usted…?» cuando le volvió a interrumpir el farmacéutico.

—Entonces, Señoría, ¿tengo que prestar juramento?

—Claro que sí —replicó el iracundo pequeño juez.

—Muy bien, Señoría —contestó el farmacéutico con aire resignado—. Entonces, antes que acabe esta vista habrá un homicidio; eso es todo. Tómeme juramento, por favor. —Y el farmacéutico quedó jurado antes que el juez encontrara palabras que pronunciar.

—Quería observar simplemente, Señoría —dijo el farmacéutico, sentándose con gran deliberación—, que no he dejado en la tienda más que un chico de recados. Es un chico muy simpático, Señoría, pero no conoce los medicamentos; y sé que la impresión que predomina en su ánimo es que «sales de Epsom» quiere decir ácido oxálico; y «jarabe de Sena», láudano. Eso es todo, Señoría.

Y con esto, el farmacéutico alto se colocó en una actitud cómoda y, adoptando una placentera expresión de rostro, pareció haberse preparado para lo peor.

El señor Pickwick observaba al farmacéutico con sentimientos del más profundo horror, cuando se percibió una leve sensación en la sala; e inmediatamente después, la señora Bardell, sostenida por la señora Cluppins, fue introducida y colocada en estado de desfallecimiento al otro extremo del banco donde estaba sentado el señor Pickwick. El señor Dodson le alargó un paraguas de tamaño gigante y el señor Fogg un par de chanclos, habiendo preparado ambos las caras más compasivas y melancólicas para la ocasión. Luego apareció la señora Sanders, conduciendo al señorito Bardell. Al ver a su hijo, la señora Bardell se sobresaltó; como volviendo en sí de repente, le besó con aire frenético; y luego, volviendo a caer en imbecilidad histérica, la buena señorita solicitó que le informaran de dónde estaba. En respuesta a esto, las señoras Cluppins y Sanders volvieron la cara llorando, mientras los señores Dodson y Fogg rogaban a la demandante que se dominara. El abogado Buzfuz se frotó muy fuerte los ojos con un gran pañuelo blanco y lanzó hacia el jurado una mirada de apelación, mientras el juez estaba visiblemente emocionado y varios de los espectadores trataban de disimular su emoción tosiendo.

—Muy buena idea esa, desde luego —susurró Perker al señor Pickwick—; son unos tipos listos esos Dodson y Fogg; tienen excelentes ideas sobre lo que es producir efecto, señor Pickwick, excelentes ideas.

Mientras hablaba Perker, la señora Bardell empezó a recobrarse poco a poco, al mismo tiempo que la señora Cluppins, después de pasar revista atentamente a los botones del señorito Bardell y a los ojales a que correspondían respectivamente, le colocó en el centro de la sala, frente a su madre; posición

dominante en que no podía dejar de producir la total conmiseración y simpatía, tanto del juez como del jurado.

Esto no se hizo sin considerable oposición y muchas lágrimas por parte del propio caballero, quien tenía ciertas sospechas interiores de que el ponerle en plena vista del juez era solo un preludio formal para que le mandasen llevar a ser ejecutado al instante, o a deportarle más allá del mar, durante todo el término de su vida natural, por lo menos.

—¡«Bardell contra Pickwick»! —gritó el de negro, convocando la causa que estaba en el primer lugar de la lista.

—Yo represento a la demandante, Señoría —dijo el abogado Buzfuz.

—¿Quién le acompaña, colega Buzfuz? —dijo el juez.

El señor Skimpin se inclinó para indicar que era él.

—Yo represento al demandado, Señoría —dijo el abogado Snubbin.

—¿Alguien le acompaña, colega Snubbin? —preguntó el juez.

—El señor Phunky, Señoría —respondió el abogado Snubbin.

—El abogado Buzfuz y el señor Skimpin por la demandante —dijo el juez, anotando los nombres en su libro de notas y leyendo en voz alta mientras escribía —; por el demandado, el abogado Snubbin y el señor Monkey.[60]

—Perdón, Señoría; Phunky.

—Ah, muy bien —dijo el juez—; nunca había tenido el gusto, hasta ahora, de oír el nombre de este señor.

Aquí el señor Phunky se inclinó y sonrió, y el juez se inclinó y sonrió también; y luego el señor Phunky, ruborizado hasta el blanco de los ojos, trató de poner cara de que no sabía que todos le miraban, cosa que nadie ha logrado jamás, ni lo logrará con toda razonable probabilidad.

—Adelante —dijo el juez.

Los ujieres volvieron a proclamar silencio, y el señor Skimpin procedió a «abrir la causa»; y la causa pareció tener dentro muy poca cosa una vez que él la abrió, pues se guardó para sí completamente todos los detalles que sabía, y al cabo de tres minutos se sentó, dejando a los jurados precisamente en el mismo avanzado estado de sabiduría donde estaban antes.

Luego el abogado Buzfuz se levantó con toda la majestad y dignidad que requería la grave naturaleza de la causa, y después de susurrar a Dodson y de conferenciar brevemente con Fogg, se acomodó la toga en los hombros, se asentó la peluca y se dirigió al jurado.

El abogado Buzfuz empezó diciendo que jamás, en todo el transcurso de su experiencia profesional —jamás, desde el primerísimo instante en que se aplicó al estudio y práctica del derecho—, se había acercado a un caso con sentimientos de tan profunda emoción, ni con tan pesada sensación de responsabilidad recaída sobre él; una responsabilidad, diría, que no habría podido sostener de no haber estado animado y elevado por una convicción, tan fuerte que equivalía a la

certidumbre positiva, de que la causa de la verdad y la justicia, o, dicho de otro modo, la causa de su agraviada y oprimida cliente, debía prevalecer ante aquella docena de hombres de elevado espíritu y gran inteligencia que ahora veía delante de él en la tribuna de los jurados.

Los abogados suelen empezar siempre así, porque dan a los jurados la mejor opinión de sí mismos y les hacen pensar que deben ser unos tipos muy listos. Inmediatamente se produjo un efecto muy visible, y varios jurados empezaron a tomar voluminosas notas con la mayor seriedad.

—Señores, ya han oído decir a mi docto colega —continuó el abogado Buzfuz, sabiendo muy bien que, por el docto colega así aludido, los señores del jurado no habían oído nada en absoluto—; han oído decir a mi docto colega, señores, que esta es una causa por quebrantamiento de promesa de matrimonio, en que la indemnización se estima en mil quinientas libras. Pero no han oído decir a mi docto colega, en cuanto que no entraba en la jurisdicción de mi docto colega decírselo, cuáles son los hechos y circunstancias de la causa. Esos hechos y circunstancias, señores, los oirán detalladamente por mí, y los probará la intachable dama a quien colocaré ante ustedes en la tribuna.

Y el abogado Buzfuz, con tremendo énfasis en la palabra « tribuna» , golpeó la mesa con mucho ruido y lanzó una mirada a Dodson y Fogg, que asintieron admirativamente hacia el abogado y movieron la cabeza indignados hacia el demandado.

—La demandante, señores —siguió el abogado Buzfuz, con voz suave y melancólica—, la demandante es viuda; sí, señores, es viuda. El difunto señor Bardell, después de disfrutar durante muchos años la estima y la confianza de su soberano, como uno de los custodios de sus reales rentas, se escapó de este mundo casi imperceptiblemente para buscar en otro lugar el reposo y la paz que jamás puede proporcionar una oficina de aduanas.

En esta patética descripción del fallecimiento del señor Bardell, a quien le habían roto la cabeza con un pote de cerveza en una taberna, la voz del docto abogado vaciló y luego continuó con emoción.

—Algún tiempo antes de su muerte, había grabado su imagen en un niño. Con este niño, prenda única de su desaparecido consorte, la señora Bardell se retiró del mundo y buscó el retiro y la tranquilidad de la calle Goswell; allí, en la ventana de su salón, dando a la calle, puso un letrero escrito con esta inscripción: « Habitaciones amuebladas para caballero solo. Informes dentro» .

Aquí el abogado Buzfuz hizo una pausa, mientras varios señores del jurado tomaban nota del documento.

—¿No hay fecha, eh? —preguntó un jurado.

—No hay fecha, señores —respondió el abogado Buzfuz—; pero me han informado de que puedo decir que se puso en la ventana del salón de la demandante hace ahora tres años. —Llamó la atención del jurado sobre la

redacción de este documento: «¡Habitaciones amuebladas para caballero solo!»—. Las opiniones de la señora Bardell sobre el sexo contrario, señores, derivaban de una larga consideración de las cualidades inestimables de su difunto marido. No tenía miedo, no tenía desconfianza, no tenía sospecha; todo era confianza y seguridad. «El señor Bardell», decía la viuda, «el señor Bardell era un hombre de honor, el señor Bardell era hombre de palabra, el señor Bardell no engañaba a nadie, el señor Bardell también había sido un caballero solo; a los caballeros solos volveré mis ojos en busca de protección, de asistencia, de consuelo, de alivio; en los caballeros solos veré perpetuamente algo que me recordará lo que era el señor Bardell cuando ganó mis jóvenes e intactos sentimientos; a un caballero solo, pues, se alquilarán mis habitaciones.» Movida por este hermoso y conmovedor impulso (entre los mejores impulsos de nuestra imperfecta naturaleza, señores), la solitaria y desolada viuda secó sus lágrimas, muebló el primer piso, abrazó a su inocente niño contra su regazo maternal y puso el rótulo en la ventana del salón. ¿Permaneció allí mucho tiempo? No. La serpiente estaba al acecho, la trampa estaba tendida, la mina estaba cargada, el zapador y minador estaba trabajando. Antes de que el rótulo llevara tres días en la ventana del salón (tres días, señores), un ser, erguido sobre dos piernas y ostentando toda la apariencia exterior de un hombre, y no de un monstruo, llamó a la puerta de la casa de la señora Bardell. Se informó dentro; tomó las habitaciones y al mismo día siguiente se posesionó de ellas. Ese hombre era Pickwick. Pickwick, el demandado.

El abogado Buzfuz, que había avanzado con tal locuacidad que tenía la cara totalmente carmesí, se detuvo aquí a tomar aliento. El silencio despertó al juez Stareleigh, que inmediatamente anotó algo con una pluma sin tinta y puso una cara desacostumbradamente profunda para infundir al jurado la creencia de que siempre pensaba más hondamente con los ojos cerrados. El abogado Buzfuz continuó:

—De este hombre, Pickwick, diré poco: el tema presenta muy pocos atractivos, y yo, señores, no soy tal hombre, ni ustedes, señores, son tales hombres, como para deleitarse en la contemplación de la falta de entrañas más repugnante ni de la bajeza más sistemática.

Aquí el señor Pickwick, que se había retorcido en silencio durante algún tiempo, dio una violenta sacudida como si se presentase a su mente alguna vaga idea de atacar al abogado Buzfuz. Un gesto admonitorio de Perker le hizo frenarse, y escuchó la continuación del docto letrado con una cara de indignación que contrastaba fuertemente con los rostros de admiración de las señoras Cluppins y Sanders.

—Digo bajeza sistemática, señores —dijo el abogado Buzfuz, atravesando al señor Pickwick con la mirada y hablándole a él—, y cuando digo bajeza sistemática, quiero advertir al demandado Pickwick, si está en la sala, como me

han informado de que está, que habría sido más decente por su parte, más apropiado y de mejor juicio y mejor gusto, que se hubiera mantenido alejado. Permítanme decirles, señores, que cualquier gesto de disentimiento o desaprobación que se pueda permitir él en esta sala no servirá para nada con ustedes; que ustedes saben muy bien cómo valorarlo y apreciarlo; y déjenme decirles también, como se lo dirá el señor presidente, señores, que un abogado en el ejercicio de su deber hacia su cliente no se deja intimidar ni amenazar ni reducir; y que cualquier intento de hacer lo uno o lo otro, o lo primero, o lo último, rebotará contra la cabeza de quien lo intente, sea demandante o demandado, llámese Pickwick, o Noakes, o Stoakes, o Stiles, o Brown, o Thompson.

Esta pequeña divergencia del tema en cuestión tuvo, desde luego, el efecto buscado de concentrar todas las miradas en el señor Pickwick. El abogado Buzfuz, después de recuperarse del estado de trance moral a que se había excitado, continuó:

—Les mostraré a ustedes, señores, que durante dos años Pickwick continuó residiendo constantemente, sin interrupción ni intermisión, en casa de la señora Bardell. Les mostraré que la señora Bardell, durante todo este tiempo, le sirvió, se ocupó de su comodidad, guisó sus comidas, preparó su ropa blanca para la lavandera cuando la entregaba, y la zurció, aireó y preparó para llevar cuando volvía; en una palabra, disfrutó de toda su confianza. Les mostraré que, en muchas ocasiones, él dio medios peniques, y hasta a veces medio chelín, al niño; y les probaré, con un testigo cuya declaración no podría debilitar ni discutir mi docto colega, que en una ocasión dio golpecitos al niño en la cabeza y, después de preguntarle si últimamente había ganado canicas de cristal (que entiendo que son unas bolitas sumamente estimadas por los jóvenes de esta ciudad), hizo uso de esta notable expresión: « ¿Te gustaría tener otro padre?» . Les probaré, señores, que, hace cerca de un año, Pickwick de repente empezó a ausentarse de casa durante largos intervalos, como en la intención de romper poco a poco con mi cliente; pero también les mostraré que su resolución no era todavía entonces bastante fuerte, o que le dominaron sus mejores sentimientos, si es que tiene sentimientos mejores, o que los encantos y perfecciones de mi cliente prevalecieron contra sus intenciones inhumanas, como verán al probarles que, en una ocasión, al volver del campo, le ofreció el matrimonio, claramente y en términos precisos; aunque antes teniendo especial cuidado de que no hubiera testigos de su compromiso solemne; y estoy en condiciones de probarles, con el testimonio de tres de sus amigos —testigos muy contra su voluntad, señores, muy contra su voluntad—, de que en esa misma mañana fue descubierto por ellos teniendo en sus brazos a la demandante y calmando su agitación con caricias y ternuras.

Una visible impresión se produjo en los oyentes con esta parte de la alocución

del docto abogado. Este, sacando dos pedacitos de papel, continuó:

—Y ahora, señores, una palabra más. Dos cartas se han intercambiado entre ambas partes, cartas que se ha reconocido que son de letra del demandado y que hablan como libros enteros; desde luego. Estas cartas, además, manifiestan el carácter de este hombre. No son epístolas fervientes, abiertas, elocuentes, que no exhalen más que el lenguaje de un afecto ardiente. Son comunicaciones ocultas, maliciosas, subterráneas, pero, afortunadamente, mucho más conclusivas que si hubieran estado revestidas del lenguaje más ardiente y la imaginería más poética; son cartas que han de considerarse con ojos cautos y suspicaces; cartas que en aquel momento Pickwick evidentemente pretendía que desorientaran y engañaran a cualquier otra persona en cuyas manos pudieran caer. Permítanme leer la primera: « Garraway, a las doce. Querida señora B.: Chuletas con salsa de tomate. Suyo, Pickwick» .

» Señores, ¿esto qué significa? Chuletas con salsa de tomate. ¡Suyo, Pickwick! ¡Chuletas, santo cielo, con salsa de tomate! Señores, ¿acaso la felicidad de una mujer sensible y confiada va a quedar burlada por tan transparentes artificios como este? La otra carta no tiene fecha, lo cual ya es en sí sospechoso. “Querida señora B.: No estaré en casa hasta mañana. Voy con la diligencia lenta”. Y luego sigue esta expresión notable: “No se preocupe por el calentador”. ¡El calentador! ¿Por qué, señores? ¿Quién se preocupa por un calentador? ¿Cuándo ha quedado rota o conturbada la paz de espíritu de un hombre o una mujer por un calentador, que es un utensilio inocuo, útil, y, diré también, señores, consolador del menaje doméstico? ¿Por qué la señora Bardell es conminada tan seriamente a no agitarse por este calentador, a no ser (como no hay duda de que es el caso) que sea una mera tapadera para un fuego oculto; una mera sustitución de otra palabra tierna, de una promesa, conforme a un sistema de correspondencia previamente concertado, arteramente organizado por Pickwick con miras a su proyectado abandono, y que no estoy en condiciones de explicar? ¿Y qué significa esta alusión a la diligencia lenta? Por lo que yo sé, puede ser una referencia al propio Pickwick, que indiscutiblemente ha sido una diligencia delictivamente lenta durante el conjunto de estos hechos, pero cuya velocidad será ahora inesperadamente acelerada, y cuyas ruedas, señores, como pronto encontrará a su costa, serán engrasadas muy pronto por ustedes.

El abogado Buzfuz hizo aquí una pausa para ver si el jurado sonreía con su chiste, pero como nadie lo captó, sino el verdulero, cuya sensibilidad para el tema estaba ocasionada muy probablemente por haber sometido un carro al proceso en cuestión, aquella misma mañana, el docto abogado consideró aconsejable, antes de terminar, recaer un poco en lo lúgubre.

—Pero basta de esto, señores —dijo el abogado Buzfuz—; es difícil sonreír con un corazón dolorido; está mal bromear cuando se han despertado nuestras más profundas simpatías. Las esperanzas y perspectivas de mi cliente están

arruinadas, y no es figura retórica decir que su ocupación ha desaparecido. El anuncio no se ha vuelto a poner… pero tampoco hay huésped. Pasan y vuelven a pasar caballeros solos que podrían admitirse; pero no hay invitación a que se informen, dentro ni fuera. Todo es tristeza y silencio en la casa; hasta la voz del niño es acallada; sus juegos infantiles quedan abandonados, porque llora su madre; las canicas de cristal ya no le gustan; ha olvidado el grito familiar de «gua», y ha perdido mano para los bolos y la morra. Pero Pickwick, señores, Pickwick, el implacable destructor de ese oasis doméstico en el desierto de la calle Goswell; Pickwick, que ha cegado el pozo y ha arrojado cenizas en el césped; Pickwick, que se presenta ante ustedes hoy con su despiadada salsa de tomate y su inexorable calentador; Pickwick sigue levantando la cabeza con insolencia desvergonzada y contempla sin un suspiro la ruina que ha causado. Indemnización, señores; una fuerte indemnización, es el único castigo con que le pueden afligir; la única compensación que pueden conceder a mi cliente. Y por esa indemnización apela ella ahora a un ilustrado, a un generoso, a un justiciero, a un consciente, a un desapasionado, a un comprensivo, a un reflexivo jurado, elegido entre sus civilizados compatriotas.

Y con esta hermosa alocución, el abogado Buzfuz se sentó y el juez Stareleigh se despertó.

—Llamen a Elizabeth Cluppins —dijo el abogado Buzfuz, levantándose un minuto después con vigor renovado.

El ujier más próximo llamó a Elizabeth Tuppins; otro, a cierta distancia, requirió a Elizabeth Jupkins; y un tercero se precipitó sin aliento a la calle, gritando por Elizabeth Muffins hasta enronquecer.

Mientras tanto, la señora Cluppins, con el auxilio combinado de las señoras Bardell y Sanders y de los señores Dodson y Fogg, fue elevada a la tribuna de los testigos; y cuando estuvo encaramada con seguridad en el último escalón, la señora Bardell se quedó en el primero, con el pañuelo y los chanclos en una mano, y en la otra una botellita de cristal que podría contener un cuarto de litro de sales, dispuesta para cualquier emergencia. La señora Sanders, cuyos ojos estaban atentamente fijos en la cara del juez, se plantó a su lado con el gran paraguas, manteniendo el pulgar derecho contra el resorte, con grave ademán, como si estuviera dispuesta a abrirlo en cuanto fuera necesario.

—Señora Cluppins —dijo el abogado Buzfuz—, por favor; tranquilícese, señora.

Naturalmente, en cuanto que se le rogó a la señora Cluppins que se tranquilizara, ella sollozó con vehemencia acrecentada, y ostentó varias manifestaciones alarmantes de un inminente desmayo, o, como luego dijo, de que sus sentimientos eran demasiado para ella.

—Señora Cluppins —dijo el abogado Buzfuz, tras varias preguntas sin importancia—, ¿se acuerda usted de haber estado en la escalera de atrás de la

señora Bardell, en una determinada mañana del pasado julio, cuando ella quitaba el polvo de la habitación del señor Pickwick?

—Sí, Señoría y jurado, me acuerdo —contestó la señora Cluppins.

—El gabinete del señor Pickwick estaba en la fachada del primer piso, ¿es así?

—Sí, señor —contestó la señora Cluppins.

—¿Qué hacía usted en aquel cuarto de atrás, señora? —preguntó el pequeño juez.

—Señoría y jurado —dijo la señora Cluppins, con sugestiva agitación—, no les voy a engañar.

—Será lo mejor, señora —dijo el pequeño juez.

—Yo estaba allí —continuó la señora Cluppins— sin que lo supiera la señora Bardell; había *bajao* con un cestito, señores, a comprar tres libras de patatas rojas, de esas que llaman de riñón, que estaban las tres libras a dos peniques y medio, cuando vi la puerta de la calle de la señora Bardell con una rendija.

—¿Con qué? —exclamó el pequeño juez.

—Medio abierta, Señoría —dijo el abogado Snubbin.

—Ha dicho que con una rendija —dijo el pequeño juez con aire astuto.

—Es lo mismo, Señoría —dijo el abogado Snubbin.

El pequeño juez puso cara de duda y dijo que iba a tomar nota de ello.

La señora Cluppins siguió entonces:

—Yo entré, señores, solo para decir buenos días, y subí, sin pensarlo *demasiao*, arriba, y entré en el cuarto de atrás. Señores, se oían voces en el cuarto de *alante*, y…

—¿Y usted escuchó, no es así, señora Cluppins? —dijo el abogado Buzfuz.

—Perdón, señor —dijo la señora Cluppins con ademán majestuoso—. Eso sería indigno de mí. Hablaban muy fuerte, señor, y les oí aunque no quisiera.

—Bueno, señora Cluppins, usted no estaba escuchando, pero oyó las voces. ¿Una de esas voces era la de Pickwick?

—Sí, señor.

Y la señora Cluppins, después de afirmar claramente que el señor Pickwick se dirigía a la señora Bardell, repitió poco a poco, y a fuerza de muchas preguntas, la conversación que nuestros lectores ya conocen.

El jurado puso cara sospechosa, y el abogado Buzfuz sonrió y se sentó. Las caras fueron terribles cuando el abogado Snubbin indicó que él no iba a hacer otro interrogatorio a la testigo, pues el señor Pickwick deseaba que constase claramente que, para hacer justicia a la señora Cluppins, su información era sustancialmente correcta.

La señora Cluppins, una vez roto el hielo, consideró que era una oportunidad favorable para entrar en una breve disertación sobre sus propios asuntos domésticos; de modo que pasó directamente a informar a la sala de que era madre de ocho niños, por el momento, pero que tenía confiadas expectaciones de

obsequiar al señor Cluppins con el noveno, dentro de unos seis meses. En este interesante punto, el pequeño juez la interrumpió coléricamente; y el efecto de la interrupción fue que tanto la digna señora como la señora Sanders fueron cortésmente llevadas fuera de la sala, bajo la escolta del señor Jackson, sin más declaración.

—¡Nathaniel Winkle! —dijo el señor Skimpin.

—¡Presente! —replicó una débil voz.

Winkle entró en la tribuna de los testigos y, una vez que prestó debido juramento, hizo una reverencia al juez con notable cortesía.

—No me mire a mí, señor —dijo el juez bruscamente en respuesta al saludo—; mire al jurado.

Winkle obedeció el mandato y miró al sitio donde consideró probable que estuviera el jurado; pues no cabía en absoluto pensar que viera nada en su estado de complicación intelectual.

Winkle fue examinado entonces por el señor Skimpin, quien, siendo un prometedor joven de cuarenta y dos o cuarenta y tres años, estaba deseoso, por supuesto, de confundir todo lo que pudiera a un testigo notoriamente predispuesto en favor de la otra parte.

—Bien, señor —dijo Skimpin—, tenga la bondad de hacer saber a Su Señoría y al jurado cuál es su nombre, ¿quiere?

Y el señor Skimpin inclinó la cabeza a un lado para escuchar con gran vigilancia la respuesta, y mientras tanto lanzó una ojeada al jurado, como para insinuar que esperaba más bien que la natural inclinación al perjurio del señor Winkle le indujera a dar algún nombre que no le pertenecía.

—Winkle —respondió el testigo.

—¿Y de nombre, cómo se llama? —preguntó, iracundo, el pequeño juez.

—Nathaniel, Señoría.

—Daniel… ¿otro nombre más?

—Nathaniel, señor; digo, Señoría.

—¿Nathaniel Daniel, o Daniel Nathaniel?

—No, Señoría, solo Nathaniel… nada de Daniel.

—¿Pues entonces por qué me ha dicho Daniel? —preguntó el juez.

—No lo he dicho, Señoría —contestó Winkle.

—Sí que lo ha dicho —contestó el juez con ceño severo—. ¿Cómo podía yo haber puesto Daniel en mis notas, señor, si usted no me lo hubiera dicho?

El argumento, desde luego, era incontestable.

—El señor Winkle, Señoría, tiene una memoria más bien corta —interrumpió Skimpin con otra ojeada hacia el jurado—; ya encontraremos medio de refrescársela antes de dejarle marchar, yo diría.

—Sería mejor que tuviera cuidado —dijo el pequeño juez con una mirada siniestra al testigo.

El pobre Winkle se inclinó y se esforzó por fingir una tranquilidad de maneras que, en su lamentable estado de confusión, le dio más bien el aire de un carterista desconcertado.

—Bueno, señor Winkle —dijo Skimpin—; atiéndame, por favor, y permítame que le recomiende, por su propio bien, no olvidar las indicaciones de Su Señoría y que tenga cuidado. Creo que usted es amigo de confianza del señor Pickwick, el demandado, ¿no es así?

—Conozco al señor Pickwick, si no recuerdo mal en este momento, desde hace…

—Por favor, señor Winkle, no eluda la pregunta. ¿Es usted, o no, amigo íntimo del demandado?

—Precisamente iba a decir que…

—¿Quiere o no contestar a mi pregunta?

—Si no contesta a la pregunta, tendré que procesarle —interrumpió el pequeño juez, mirando por encima de su libro de notas.

—Vamos, señor —dijo Skimpin—, sí o no, por favor.

—Sí, soy amigo suyo —contestó Winkle.

—Sí que lo es. ¿Y por qué no lo podía decir enseguida, señor Winkle? ¿Quizá conoce usted también a la demandante, eh, señor Winkle?

—No la conozco; la he visto.

—Ah, ¿no la conoce, pero la ha visto? Vamos, tenga la bondad de decir a los señores del jurado qué quiere usted decir con eso, señor Winkle.

—Quiero decir que no tengo amistad con ella, pero la he visto cuando he ido a visitar al señor Pickwick en la calle Goswell.

—¿Cuántas veces la ha visto usted?

—¿Cuántas veces?

—Sí, señor Winkle, ¿cuántas veces? Le repetiré la pregunta una docena de veces, si lo desea.

Y el docto caballero, con firme y severo ceño, se puso las manos en las caderas y sonrió al jurado con aire de sospecha.

Con esta pregunta comenzó la edificante maniobra de intimidación que es acostumbrada en esos casos. Primero Winkle dijo que le era imposible decir cuántas veces había visto a la señora Bardell. Luego le preguntaron si la habría visto veinte veces, a lo que él contestó:

—Seguro… más que eso.

Luego le preguntaron si no la habría visto cien veces; si no podría jurar que la había visto más de cincuenta veces; si no sabía si la había visto por lo menos setenta y cinco veces, y así sucesivamente; y la conclusión satisfactoria a que se llegó, por fin, fue que sería mejor que tuviera cuidado y que se fijara en lo que decía. El testigo quedó reducido por estos medios al grado deseado de perplejidad nerviosa, y el examen continuó del modo siguiente:

—Por favor, señor Winkle, ¿recuerda haber visitado al demandado Pickwick en esas habitaciones de la casa de la demandante en la calle Goswell, una determinada mañana del último mes de julio?

—Sí, señor.

—¿Iba usted acompañado en esa ocasión por un amigo llamado Tupman y otro llamado Snodgrass?

—Sí, señor.

—¿Están aquí?

—Sí que están —contestó Winkle, mirando con mucha atención al punto donde estaban sus amigos.

—Por favor, atiéndame a mí, señor Winkle, y no se ocupe de sus amigos —dijo Skimpin con otra mirada expresiva al jurado—; ellos tienen que hacer sus declaraciones sin consulta previa con usted, si es que no ha tenido lugar ya. —Otra mirada al jurado—. Bien, señor, diga a los señores del jurado qué es lo que vio al entrar en el cuarto del demandado, en esa determinada mañana. Vamos, fuera con ello, señor; tenemos que obtenerlo, antes o después.

—El demandado, el señor Pickwick, sostenía a la demandante en sus brazos, sujetándola con las manos por la cintura —respondió Winkle con natural vacilación—, la demandante parecía haberse desmayado.

—¿Oyó usted al demandado decir algo?

—Oí que llamaba a la señora Bardell «buena criatura», y le oí que le pedía que se dominara, pues qué situación sería si alguien entraba, u otras palabras en este mismo sentido.

—Ahora, señor Winkle, no tengo más que otra pregunta que hacerle, y le ruego que no olvide lo que le advirtió Su Señoría. ¿Está usted dispuesto a jurar que el demandado Pickwick no dijo en la ocasión en cuestión: «Mi querida señora Bardell, es usted una buena criatura; domínese ante esta situación, porque a esta situación había que llegar», o palabras semejantes?

—Yo… yo no entendí que dijera eso, ciertamente —dijo Winkle, asombrado ante esa ingeniosa ensambladura de las pocas palabras que había oído—. Yo estaba en la escalera y no podía oír con claridad; la impresión en mi ánimo es…

—Los señores del jurado no quieren las impresiones de su ánimo, señor Winkle, que temo que servirían muy poco a hombres honrados y sinceros —interrumpió el señor Skimpin—; usted estaba en la escalera y no oyó claramente; pero ¿está usted dispuesto a jurar que Pickwick no usara esas expresiones que he mencionado? ¿He de entenderlo así?

—No, no estoy dispuesto a jurarlo —contestó Winkle, y Skimpin se sentó con aire triunfal.

La situación del señor Pickwick no había quedado de modo tan particularmente feliz hasta este momento, como para poderse permitir muy bien que arrojaran sobre ella ninguna sospecha nueva. Pero como así podía

permitirse, si era posible, quedar a una mejor luz, el señor Phunky se levantó con el propósito de sacar algo importante de Winkle en un contrainterrogatorio. Inmediatamente se verá si sacó algo importante de él.

—Creo, señor Winkle —dijo el señor Phunky—, que el señor Pickwick no es ningún joven, ¿eh?

—De ningún modo —contestó Winkle—; podría ser mi padre.

—Ha dicho usted a mi docto colega que hace mucho que conoce al señor Pickwick. ¿Ha tenido alguna vez razones para suponer o creer que se iba a casar?

—Oh, no, desde luego que no —contestó Winkle con tanto empeño, que el señor Phunky habría debido hacerle abandonar la tribuna con la mayor rapidez posible.

Los abogados afirman que hay dos clases de testigos especialmente malos: el testigo de mala gana y el testigo demasiado dispuesto; el destino de Winkle era actuar en los dos papeles.

—Iré más allá, señor Winkle —continuó el señor Phunky con aire suave y complaciente—; ¿ha visto alguna vez algo en las maneras y conductas del señor Pickwick respecto al sexo opuesto que le indujera a creer que proyectaba casarse en esta avanzada edad, en algún caso?

—No, no, por supuesto que no —contestó el señor Winkle.

—Su conducta con las mujeres, ¿ha sido siempre la de un hombre que, habiendo alcanzado una época bastante avanzada de la vida, se contenta con sus ocupaciones y diversiones, tratándolas solo como un padre trataría a sus hijas?

—No lo dudo en absoluto —contestó Winkle con el corazón rebosante—. Así es… sí… ah, sí… claro.

—¿No ha conocido nada en su conducta respecto a la señora Bardell, o a cualquier otra mujer, que fuera sospechoso en el menor grado? —dijo el señor Phunky, preparándose para sentarse, pues el abogado Snubbin le hacía señas.

—N… n… no… —contestó Winkle—, excepto en una ocasión trivial, que, no lo dudo, podría explicarse fácilmente.

Ahora bien, si el infortunado señor Phunky se hubiera sentado cuando el abogado Snubbin le hizo señas, o si el abogado Buzfuz hubiera detenido desde el comienzo aquel contrainterrogatorio tan irregular (que ya sabía muy bien que no debía detener, observando la ansiedad de Winkle y sabiendo perfectamente que, con toda probabilidad, le llevaría a algo útil para él), esta desdichada confesión no se habría obtenido. En el momento en que cayeron esas palabras de los labios de Winkle, el señor Phunky se sentó y el abogado Snubbin le dijo con cierto apresuramiento que podía retirarse de la tribuna, lo cual se preparaba Winkle a hacer con gran rapidez cuando le detuvo el abogado Buzfuz.

—¡Alto, señor Winkle, alto! —dijo el abogado Buzfuz—. ¿Su Señoría tendrá la bondad de preguntarle qué fue ese ejemplo de conducta sospechosa respecto a las mujeres, por parte de ese caballero que podría ser su padre?

—Ya oye usted lo que dice el docto abogado, señor —dijo el juez, volviéndose hacia Winkle, atormentado y en agonía—. Describa la ocasión a que se refiere.

—Señoría —dijo Winkle, temblando de ansiedad—, preferiría no hacerlo.

—Es posible —dijo el pequeño juez—; pero debe hacerlo.

Entre el profundo silencio de toda la sala, Winkle balbució que la circunstancia trivial de sospecha era que el señor Pickwick se había encontrado en la alcoba de una dama a medianoche; lo cual, según él creía, había determinado la ruptura del proyectado matrimonio de la señora en cuestión y había llevado, según le constaba, a que el grupo entero compareciera a la fuerza ante el señor George Nupkins, alcalde y juez de paz en el burgo de Ipswich.

—Puede retirarse de la tribuna —dijo el abogado Snubbin.

Se retiró, en efecto, Winkle, y se precipitó con prisa delirante a San Jorge y el Buitre, donde fue descubierto horas más tarde por el camarero, gruñendo de modo hueco y lúgubre con la cabeza sepultada entre los almohadones del sofá.

Tracy Tupman y Augustus Snodgrass fueron llamados por separado a la tribuna; ambos corroboraron el testimonio de su desdichado amigo; y ambos fueron llevados al borde de la desesperación a fuerza de preguntas fatigosas.

Luego se llamó a Susannah Sanders, que fue interrogada por el abogado Buzfuz y contrainterrogada por el abogado Snubbin. Siempre había dicho y creído que Pickwick se casaría con la señora Bardell; sabía que el compromiso de la señora Bardell con Pickwick era el tema común de conversación por la vecindad, después del desmayo de julio; a ella se lo había dicho la señora Mudberry, que tenía una lavandería, y la señora Bunkin, que planchaba y almidonaba, pero no veía en la sala ni a la señora Mudberry ni a la señora Bunkin.

Había oído a Pickwick preguntar al niño si le gustaría tener otro padre. No sabía que por entonces la señora Bardell se entendía con el panadero, pero sí sabía que el panadero entonces era soltero y ahora estaba casado. No podía jurar que la señora Bardell no sintiera gran afecto por el panadero, pero se inclinaba a creer que el panadero no sentía gran afecto por la señora Bardell, o si no, no se habría casado con otra. Creía que la señora Bardell se había desmayado aquella mañana de julio, porque Pickwick le había pedido que fijara el día de la boda; sabía que ella (la testigo) se había desmayado como muerta cuando el señor Sanders le pidió que fijara el día, y creía que quienquiera que se considerara una señora se desmayaría en circunstancias semejantes. Había oído al señor Pickwick preguntar al niño lo de las bolas, pero no entendía mucho de «canicas».

En respuesta al juez: Durante el periodo de su noviazgo con el señor Sanders, había recibido cartas de amor, como otras señoras. En el transcurso de su correspondencia el señor Sanders frecuentemente la había llamado «patito», pero nunca «chuletas», ni tampoco «salsa de tomate». A él le gustaba mucho el

pato. Quizá si le hubieran gustado mucho las chuletas con salsa de tomate podría haberle llamado eso, como término afectuoso.

El abogado Buzfuz se levantó con mayor solemnidad que la que había ostentado hasta entonces, si era posible, y vociferó:

—¡Llamen a Samuel Weller!

Era absolutamente superfluo llamar a Samuel Weller, pues Samuel Weller subió ágilmente a la tribuna en el instante en que se pronunció su nombre y, colocando el sombrero en el suelo y los brazos en la barandilla, observó a los abogados a vista de pájaro y lanzó una mirada de conjunto sobre los magistrados con aspecto notablemente alegre y vivaz.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el juez.

—Sam Weller, Señoría —respondió este.

—¿Lo escribe con «uve» o con «uve doble»? —preguntó el juez.

—Eso depende del gusto y fantasía del que escriba, Señoría —contestó Sam—; yo nunca he tenido ocasión de escribirlo más que una vez o dos en mi vida, pero lo escribo con «uve».

Entonces una voz en la galería exclamó:

—Muy bien hecho, Samivel, muy bien hecho. Escríbalo con «uve», Señoría, escríbalo con «uve».

—¿Quién es el que se atreve a dirigirse al tribunal? —dijo el pequeño juez, levantando los ojos—. ¡Ujier!

—Señoría.

—Traiga aquí al momento a esa persona.

—Sí, Señoría.

Pero como el ujier no encontró a la persona, no la trajo; y tras una gran conmoción, todos los que se habían levantado a ver al culpable volvieron a sentarse. El pequeño juez se volvió al testigo tan pronto como su indignación le permitió hablar, y dijo:

—¿Sabe usted quién era?

—Más bien sospecho que era mi padre, Señoría —contestó Sam.

—¿Le ve usted ahora? —dijo el juez.

—No, no le veo, Señoría —contestó Sam, mirando fijamente la lámpara del techo de la sala.

—Si usted le hubiera podido señalar, le habría procesado inmediatamente —dijo el juez.

Sam se inclinó agradecido, y se volvió, sin menguar la alegría de su rostro, hacia el abogado Buzfuz.

—Bien, señor Weller —dijo el abogado Buzfuz.

—Bien, señor —contestó Sam.

—¿Creo que está usted al servicio del señor Pickwick, el demandado en esta causa? Hable claro, por favor, señor Weller.

—Pienso hablar claro, señor —contestó Sam—; estoy al servicio de este caballero, y muy buen servicio que es.

—¿Poco que hacer y mucho que recibir, supongo? —dijo el abogado Buzfuz en tono de broma.

—Ah, bastante que recibir, señor, como dijo aquel *soldao* cuando le mandaron dar trescientos cincuenta azotes —contestó Sam.

—No tiene que decirnos lo que dijo el soldado, ni nadie más —interrumpió el juez—; no entra en la declaración.

—Muy bien, Señoría —contestó Sam.

—¿Se acuerda usted de algo especial que ocurriera en la mañana en que entró al servicio del demandado, eh, señor Weller? —dijo el abogado Buzfuz.

—Sí, señor —contestó Sam—. Me regalaron aquella mañana un traje nuevo completo, señores del *jurao* —dijo Sam—, y eso, en aquellos tiempos, era para mí un acontecimiento raro y particular.

Aquí hubo una risa general; y el pequeño juez, mirando con rostro airado por encima de la mesa, dijo:

—¡Señor!, haría mejor si tuviera cuidado.

—Eso mismo me dijo entonces el señor Pickwick, Señoría —contestó Sam—; y tuve mucho cuidado con aquel traje, mucho cuidado, Señoría.

El juez miró severamente a Sam durante más de dos minutos, pero los rasgos de Sam estaban tan perfectamente tranquilos y serenos que el juez no dijo nada, e hizo un gesto al abogado Buzfuz para que siguiera.

—¿Pretende usted decirme, señor Weller —dijo el abogado Buzfuz, cruzando enfáticamente los brazos y medio volviéndose al jurado, como para asegurarles silenciosamente que todavía iba a poner al testigo en un apuro—; pretende usted decirme, señor Weller, que no vio nada de ese desmayo por parte de la demandante en brazos del demandado, que usted ha oído describir a los testigos?

—Seguro que no —contestó Sam—; yo estuve en el pasillo hasta que me llamaron, y entonces la vieja ya no estaba allí.

—Bueno, fíjese, señor Weller —dijo el abogado Buzfuz mojando una gran pluma en el tintero que tenía delante con intención de asustar a Sam anotando ostentosamente su respuesta—. Usted estaba en el pasillo y, sin embargo, no vio nada de lo que pasaba. ¿Tiene usted ojos, señor Weller?

—Sí, tengo dos ojos —contestó Sam—, y eso es lo que pasa. Si fueran un par de microscopios de *capacidá* superior, con dos millones de aumentos, quizá habría podido ver a través de un par de tramos de escalera y una puerta de pino, pero no siendo más que ojos, ya ve, mi visión es muy limitada.

Ante esta respuesta, que fue pronunciada sin el menor síntoma de irritación y con la más completa sencillez y ecuanimidad de maneras, los espectadores rieron ahogadamente, el pequeño juez sonrió y el abogado Buzfuz se quedó especialmente desconcertado. Después de una breve consulta con Dodson y

Fogg, el docto abogado se volvió otra vez hacia Sam y, con un penoso esfuerzo por ocultar su despecho, dijo:

—Ahora, señor Weller, le voy a hacer una pregunta sobre otro punto, si le parece bien.

—Si a *usté* le parece bien —repitió Sam con el mejor humor.

—¿Recuerda usted haber ido a casa de la señora Bardell, una noche del pasado noviembre?

—Ah, sí, muy bien.

—¡Ah!, ¿conque se acuerda de esto, señor Weller? —dijo el abogado Buzfuz, recobrando sus ánimos—; ya pensaba que al fin sacaríamos algo.

—Yo también lo pensaba, señor —contestó Sam, y los espectadores se volvieron a reír.

—Bueno, supongo que fue usted a hablar un poco de este proceso, ¿eh, señor Weller? —dijo el abogado Buzfuz, mirando con aire entendido hacia el jurado.

—Fui a pagar la pensión, pero sí que hablamos del proceso —contestó Sam.

—Ah, hablaron del proceso —dijo el abogado Buzfuz, iluminándose con la perspectiva de algún descubrimiento importante—. Bien, ¿y qué dijeron del proceso? ¿Tiene la bondad de decírnoslo, señor Weller?

—Con el mayor gusto del mundo, señor —contestó Sam—. Después de algunas observaciones sin importancia de las dos virtuosas señoras que han sido examinadas hoy aquí, las señoras se pusieron en un gran éxtasis de admiración por la honorable conducta de los señores Dodson y Fogg; esos dos señores, los mismos que están sentados a su *lao*.

Esto, naturalmente, atrajo la atención general sobre Dodson y Fogg, que pusieron toda la cara de virtuosos que pudieron.

—Los asesores de la demandante —dijo el abogado Buzfuz—. ¡Bien!, ¿y hablaron con alto elogio de la conducta honorable de los señores Dodson y Fogg, los asesores de la demandante?

—Sí —dijo Sam—; dijeron qué cosa más generosa por su parte era haber aceptado la causa sin cobrar, y no pedirle nada por las costas, a no ser que se las sacaran al señor Pickwick.

Ante esta respuesta inesperada, los espectadores se volvieron a reír, y Dodson y Fogg, poniéndose muy colorados, se inclinaron hacia el abogado Buzfuz y le susurraron algo apresuradamente al oído.

—Tiene razón —dijo el abogado Buzfuz en voz alta, con fingido sosiego—. Es perfectamente inútil, Señoría, intentar obtener evidencia a través de la impenetrable estupidez de este testigo. No molestaré al tribunal haciéndole más preguntas. Baje, señor.

—¿Ningún otro señor desea preguntarme nada? —preguntó Sam, recogiendo el sombrero y mirando a su alrededor con gran deliberación.

—No seré yo, señor Weller; muchas gracias —dijo el abogado Snubbin,

riendo.

—Puede marcharse, señor —dijo el abogado Buzfuz, agitando la mano con impaciencia.

Sam se marchó, en consecuencia, después de hacer todo el daño que pudo a la causa de los señores Dodson y Fogg, y de decir lo menos que pudo sobre el señor Pickwick, que era exactamente el objetivo que se había propuesto.

—No tengo objeción para admitir, Señoría —dijo el abogado Snubbin—, si con eso se evita examinar a otros testigos, que el señor Pickwick se ha retirado de los negocios y es un caballero de importantes bienes propios.

—Muy bien —dijo el abogado Buzfuz, agregando las dos cartas para que se leyeran—; entonces yo he terminado, señor presidente.

El abogado Snubbin se dirigió entonces al jurado en defensa del demandado y lanzó una larga alocución, muy enfática, en que acumuló los elogios más altos sobre la conducta y el carácter del señor Pickwick; pero como nuestros lectores están en mucha mejor situación que el abogado Snubbin para formarse un juicio apropiado sobre los méritos y defectos de este caballero, no nos sentimos obligados a entrar, con ninguna extensión, en las observaciones del docto letrado. Intentó mostrar que las cartas que se habían exhibido se referían meramente a la comida del señor Pickwick y a los preparativos para recibirle en su habitación a la vuelta de alguna excursión por el campo. Basta añadir, en términos generales, que hizo lo más que pudo por el señor Pickwick; y el que hace lo que puede, como sabe todo el mundo por la autoridad del viejo proverbio, no está obligado a más.

El juez Stareleigh estableció las conclusiones en la forma tradicional y más aprobada. Leyó al jurado tantas de sus notas como pudo descifrar con tan breve preparación, haciendo comentarios al margen sobre las declaraciones conforme avanzaba. Si la señora Bardell tenía razón, entonces estaba perfectamente claro que el señor Pickwick no tenía razón; y si consideraban que la declaración de la señora Cluppins era digna de crédito, la creerían, y si no, vaya, pues no la creerían. Si estaban convencidos de que se había cometido un quebrantamiento de promesa de matrimonio, adjudicarían a la demandante la indemnización que consideraran adecuada; y, en cambio, si les parecía que no se había dado promesa de matrimonio, resolverían a favor del demandado, libre de costas. El jurado se retiró entonces a su cuarto reservado para discutir el asunto, y el juez se retiró a su cuarto reservado para reanimarse con una chuleta de cordero y una copa de Jerez.

Pasó un cuarto de hora de ansiedad; volvió el jurado; se mandó a buscar al juez. El señor Pickwick se puso los lentes y miró al presidente del jurado con rostro agitado y corazón galopante.

—Señores —dijo el individuo de negro—, ¿han acordado el veredicto?

—Hemos acordado —contestó el presidente del jurado.

—¿A favor de la demandante o a favor del demandado?

—A favor de la demandante.

—¿Con qué indemnización, señores?

—Setecientas cincuenta libras.

El señor Pickwick se quitó los lentes, limpió cuidadosamente los cristales, los metió en su estuche y se los guardó en el bolsillo; luego, poniéndose los guantes con gran minuciosidad, todo ello sin dejar de mirar al presidente del jurado, siguió mecánicamente al señor Perker y la bolsa azul hasta que estuvieron fuera de la sala de audiencias.

Se detuvieron en un cuarto lateral mientras Perker pagaba los derechos de audiencia; y allí el señor Pickwick se reunió con sus amigos. Allí, también, encontró a los señores Dodson y Fogg, que se frotaban las manos con todos los signos de satisfacción exterior.

—Bien, señores —dijo el señor Pickwick.

—Bien, señor —dijo Dodson, por él y por su socio.

—¿Se imaginan que van a sacar sus gastos, no, señores? —dijo el señor Pickwick.

Fogg dijo que lo consideraban bastante probable. Dodson sonrió y dijo que lo intentarían.

—Pueden intentarlo e intentarlo una y otra vez, señores Dodson y Fogg —dijo con vehemencia el señor Pickwick—; pero no me sacarán jamás ni un penique de costas ni de indemnización, aunque tenga que pasar el resto de mi vida en una cárcel de deudores.

—¡Ja, ja! —se rió Dodson—. Ya lo pensará mejor, señor Pickwick, antes de la próxima temporada del tribunal.

—¡Je, je! Ya lo veremos pronto, señor Pickwick —sonrió Fogg.

Mudo de indignación, el señor Pickwick permitió que le llevaran hasta la puerta sus amigos y su abogado, y allí le ayudaron a entrar en un coche de punto, que había traído para eso el siempre vigilante Sam Weller.

Sam había preparado el estribo y se preparaba a saltar al pescante, cuando sintió que le tocaban suavemente en el hombro y, al volverse a mirar, su padre estaba delante de él. El rostro del viejo tenía una expresión fúnebre, sacudiendo gravemente la cabeza y diciendo en tono de exhortación:

—Ya sabía yo que iba a pasar esto, con su manera de llevar el asunto. ¡Ah, Sammy, Sammy! ¿Por qué no ha habido coartada?

XXXV

EN QUE EL SEÑOR PICKWICK PIENSA QUE HARÍA BIEN EN IR A BATH, Y ALLÍ VA, EN CONSECUENCIA

—Pero, naturalmente, querido señor Pickwick —dijo el pequeño Perker, estando en la habitación del señor Pickwick la mañana siguiente a la vista de la causa—; naturalmente, ¿no lo dirá de veras, en realidad y en serio, dejando aparte la irritación, que no va a pagar esa indemnización y las costas?

—Ni medio penique —dijo el señor Pickwick con firmeza—; ni medio penique.

—¡Hurra por los principios, como dijo el usurero cuando no quiso renovar el recibo! —observó Sam Weller, que estaba retirando las cosas del desayuno.

—Sam —dijo el señor Pickwick—, ten la bondad de irte abajo.

—Enseguida, señor —respondió Sam Weller y, actuando conforme a la amable sugerencia del señor Pickwick, se retiró.

—No, Perker —dijo el señor Pickwick en tono de gran seriedad—; mis amigos aquí ya han tratado de disuadirme de esta decisión, pero sin lograr nada. Seguiré como de costumbre, hasta que la parte contraria pueda lanzar un proceso legal de ejecución contra mí; y si son bastante viles como para llevarlo a cabo y detenerme en persona, me entregaré con perfecta alegría y contento de corazón. ¿Cuándo pueden hacerlo?

—Pueden ordenar la ejecución, querido señor Pickwick, por el total de la indemnización y las costas para cuando vuelvan a abrirse los tribunales —contestó Perker—, dentro de dos meses, señor Pickwick.

—Muy bien —dijo el señor Pickwick—. Hasta entonces, mi querido amigo, no me hable más del asunto. Y ahora —continuó el señor Pickwick, mirando a sus amigos en torno de él, con sonrisa de buen humor y con un centelleo en la mirada que los lentes no podían nublar ni ocultar—, la única cuestión es: ¿dónde iremos ahora?

Tupman y Snodgrass estaban demasiado emocionados por el heroísmo de su amigo para brindar ninguna respuesta. Winkle todavía no se había recuperado bastante del recuerdo de su declaración ante el tribunal como para hacer ninguna observación sobre ningún tema, de modo que el señor Pickwick hizo la pausa en vano.

—Bueno —dijo este—; si me dejan a mí sugerir nuestro destino, yo digo Bath. Creo que ninguno de nosotros ha estado allí.

Nadie había estado; y como la proposición fue fácilmente secundada por Perker, que consideraba muy probable que si el señor Pickwick veía un poco de cambio y de alegría, se inclinara a considerar mejor su decisión y a pensar más despacio lo de la prisión de deudores, se aprobó por unanimidad; y Sam fue enseguida despachado a la bodega del Caballo Blanco para tomar cinco asientos

en la diligencia de las siete y media de la mañana siguiente.

No había más que dos sitios en el interior y tres en la imperial; de modo que Sam los reservó todos y, tras intercambiar algunos cumplimientos con el empleado del despacho de billetes a propósito de una media corona de peltre que le alargaban como parte de la « vuelta» , regresó a San Jorge y el Buitre, donde estuvo muy atareado hasta la hora de acostar reduciendo ropa blanca y trajes al mínimo volumen posible y ejercitando su genio mecánico en la construcción de diversos sistemas para sujetar las tapas en maletas que no tenían ni cerraduras ni charnelas.

La mañana siguiente no era nada propicia para un viaje: había humedad, frío y llovizna. Los caballos de las diligencias que salían y que habían pasado por el centro de la ciudad iban humeantes, de modo que los pasajeros de la imperial resultaban invisibles. Los vendedores de periódicos tenían aspecto húmedo y olían a moho; el agua goteaba de los sombreros de los vendedores de naranjas cuando metían la cabeza por las ventanillas de las diligencias, salpicando el interior de manera muy refrescante. Los judíos que vendían navajas de cinco hojas las cerraban con desesperación; los hombres que vendían libritos de bolsillo se los metían en el bolsillo. Las cadenas de reloj y los tenedores para tostar, igualmente, se vendían con rebaja, y las cajas de lápices y las esponjas andaban muy bajas de cotización.

Dejando a Sam Weller para que rescatara el equipaje de los siete u ocho faquines que se lanzaron salvajemente sobre él en el momento en que se detuvo el coche de punto, y encontrando que habían llegado con veinte minutos de adelanto, el señor Pickwick y sus amigos buscaron refugio en la sala de espera: el último recurso del abandono humano.

La sala de espera en la bodega del Caballo Blanco, por supuesto, es incómoda; no sería sala de espera si no lo fuera. Es la sala a la derecha de la entrada, en que parece haberse metido por su pie una ambiciosa chimenea de cocina, acompañada por un atizador rebelde, unas tenazas y un fuelle. Está dividida en compartimientos para el confinamiento solitario de los viajeros y está amueblada con un reloj, un espejo y un camarero vivo; artículo este último que se conserva en un pequeño nicho para lavar vasos en un rincón de la sala.

Uno de estos compartimientos estaba ocupado, en esa determinada ocasión, por un hombre de mirada severa, de unos cuarenta y cinco años, con frente calva y brillante y mucho pelo a los lados y detrás de la cabeza, así como grandes patillas negras. Iba abotonado hasta la barbilla en un gabán pardo; tenía un gran sombrero de viaje de piel de foca, y un capote y un impermeable, echados a un lado en el asiento. Cuando entró el señor Pickwick, levantó los ojos del desayuno con un aire feroz y perentorio que resultaba muy digno; y después de escudriñar a este caballero y a sus compañeros a su completa satisfacción, murmuró una melodía en un tono que parecía decir que sospechaba más bien

que alguien trataba de engañarle, pero que no lo conseguiría.

—Camarero —dijo el de las patillas.

—¿Señor? —dijo un hombre de cara sucia, con una toalla de lo mismo, saliendo del nicho antes mencionado.

—Más tostadas.

—Sí, señor.

—Pero que sean tostadas con mantequilla, ¿eh? —dijo ferozmente aquel señor.

—Enseguida, señor —contestó el camarero.

El de las patillas canturreó una melodía del mismo modo que antes y, mientras llegaban las tostadas, avanzó hasta delante del fuego y, levantándose los faldones de la casaca con sus brazos, se miró las botas meditativamente.

—Me gustaría saber por dónde se para esta diligencia en Bath —dijo el señor Pickwick, dirigiéndose en tono suave a Winkle.

—¡Ejem…! ¿Eh…? ¿Qué pasa? —dijo el desconocido.

—Le decía a mi amigo —contestó el señor Pickwick, siempre dispuesto a entrar en conversación— que me gustaría saber dónde para la diligencia en Bath. Quizá usted pueda informarme.

—¿Va usted a Bath? —dijo el desconocido.

—Sí, señor —contestó el señor Pickwick.

—¿Y estos otros señores?

—También van —dijo el señor Pickwick.

—No irán dentro… será una maldita suerte si van dentro —dijo el desconocido.

—No todos nosotros —dijo el señor Pickwick.

—No, no todos ustedes —dijo enfáticamente el desconocido—; he tomado dos asientos. Si tratan de apretar a seis personas en una caja infernal donde solo caben cuatro, tomaré una silla de posta y les organizaré un pleito. He pagado el billete. No puede ser; ya le dije al empleado cuando tomé mis asientos que no podía ser. Sé que se hacen estas cosas. Sé que se hacen todos los días, pero a mí no me lo han hecho nunca, y nunca me lo harán. ¡Los que me conocen bien lo saben mejor, maldita sea!

Y aquí el caballero feroz tiró de la campanilla con gran violencia, y dijo al camarero que haría mejor en traer las tostadas dentro de cinco segundos, o ya vería.

—Pero, señor mío —dijo el señor Pickwick—, me permitirá observar que no había necesidad de excitarse tanto. Solo he tomado asientos para dos en el interior.

—Me alegro de saberlo —dijo el hombre feroz—. Retiro mis expresiones y les ofrezco excusas. Aquí tienen mi tarjeta. Hagamos conocimiento.

—Con mucho gusto, señor —contestó el señor Pickwick—. Vamos a ser

compañeros de viaje, y espero que encontraremos mutuamente agradable nuestra sociedad.

—Así lo espero —dijo el caballero feroz—. Estoy seguro de que sí. Me gustan sus caras; me agradan. Caballeros, su mano y sus nombres. Conózcanme.

Naturalmente, un intercambio de saludos amistosos sucedió a esta graciosa alocución; y el caballero feroz pasó inmediatamente a informar a sus amigos de que se llamaba Dowler, de que iba a Bath por gusto, de que había estado en el ejército, de que ahora llevaba sus asuntos por su cuenta, de que vivía de sus rentas y de que la persona para quien se había tomado el segundo asiento no era nada menos que un personaje tan ilustre como la señora Dowler, su señora.

—Es una admirable mujer —dijo el señor Dowler—; estoy orgulloso de ella. Tengo razón.

—Espero tener el gusto de juzgarlo —dijo el señor Pickwick, sonriendo.

—Lo tendrá —contestó Dowler—; ya la conocerá. Ella le estimará a usted. Yo le hice la corte en circunstancias singulares. La gané por un juramento precipitado. Así la vi, la quise; la declaré, me rehusó. «¿Quiere a otro?» «No me haga ruborizarme.» «Le conozco.» «Sí.» «Muy bien; si sigue aquí, le despellejaré.»

—¡Válgame Dios! —exclamó involuntariamente el señor Pickwick.

—¿Y despellejó usted a aquel señor? —preguntó Winkle, muy pálido.

—Le escribí una carta. Le dije que era una cosa muy dolorosa. Y así fue.

—Ciertamente —interrumpió el señor Winkle.

—Dije que había comprometido mi palabra de caballero para despellejarle. Mi honor estaba en juego. No había alternativa. Como oficial al servicio de Su Majestad, estaba obligado a despellejarle. Lamentaba la necesidad, pero había que hacerlo. Él fue accesible a la persuasión. Vio que las reglas del honor militar eran imperativas. Huyó. Me casé con ella. Aquí está la diligencia. Esa cabeza es la suya.

Al concluir, el señor Dowler señaló una diligencia que acababa de entrar por cuya ventana abierta se asomaba una cara bastante linda con sombrero azul claro, mirando a la multitud de la acera, seguramente en busca del propio hombre violento. El señor Dowler pagó su cuenta y corrió apresuradamente con su gorro de viaje y su capote, mientras el señor Pickwick y sus amigos le seguían para ocupar sus sitios. Tupman y Snodgrass se habían sentado en la parte de atrás del coche. Winkle se había metido dentro y el señor Pickwick se preparaba a seguirle, cuando Sam Weller se acercó a su amo y, susurrándole al oído, le habló con aire de profundo misterio.

—Bueno, Sam —dijo el señor Pickwick—, ¿qué ocurre ahora?

—Aquí hay algo raro, señor —contestó Sam.

—¿Qué es? —preguntó el señor Pickwick.

—Esto, señor —respondió Sam—. Mucho me temo, señor, que el dueño de

este coche nos está gastando una broma pesada.

—¿Cómo es eso, Sam? —dijo el señor Pickwick—. ¿No están nuestros nombres en la lista de viajeros?

—No solo están los nombres en la lista de viajeros, señor —contestó Sam—, sino que han *pintao* uno de ellos en la puerta del coche.

Y al decir esto, Sam señaló la parte de la puerta del coche donde suele aparecer el nombre del propietario; y, ¡en efecto, allí, en letras de oro de buen tamaño, aparecía el nombre mágico de PICKWICK!

—¡Válgame Dios! —exclamó el señor Pickwick, abrumado por la coincidencia—. ¡Qué cosa más extraordinaria!

—Sí, pero eso no es *to* —dijo Sam, volviendo a dirigir la atención de su amo hacia la puerta del coche—; no contentos con escribir «Pickwick», han puesto «Moisés», delante, que es lo que yo llamo añadir el insulto a la injuria, como dijo aquel loro cuando no solo se le llevaron de su tierra nativa, sino que además le hicieron hablar en inglés.

—Ciertamente, es bastante raro, Sam —dijo el señor Pickwick—, pero si nos quedamos aquí hablando, vamos a perder los asientos.

—¿Cómo?, ¿no se va a hacer *na* en consecuencia, señor? —exclamó Sam, completamente aturdido ante la frialdad con que el señor Pickwick se preparaba a incrustarse en el interior.

—¡Hacer! —dijo el señor Pickwick—. ¿Qué se va a hacer?

—¿No hay que pegarle a nadie por tomarse esa *libertá*, señor? —dijo Sam, que esperaba que por lo menos le encargaran que desafiara al cochero y al postillón allí mismo.

—Por supuesto que no —contestó seriamente el señor Pickwick—; de ningún modo. Salta derecho a tu asiento.

«Me temo mucho —murmuró Sam para sus adentros al volverse— que a mi amo le pasa algo raro, o si no, no habría *aguantao* esto tan tranquilo. Espero que esto del tribunal no le haya hundido el ánimo, pero tiene mala cara, mala cara.»

Sam Weller sacudió la cabeza con gravedad, y es digno de anotarse, como ilustración del modo como tomó en su ánimo aquella circunstancia, que no pronunció ni una palabra más hasta que la diligencia llegó a la barrera de Kensington. Lo cual era para él tanto tiempo de estar taciturno, que el hecho debe considerarse como absolutamente sin precedentes.

Durante el viaje no ocurrió nada digno de especial mención. El señor Dowler relató varias anécdotas, todas ellas ilustrativas de su valentía y temeridad personal, apelando, en corroboración, a la señora Dowler; y entonces la señora Dowler invariablemente aportaba, en forma de apéndice, algún hecho o circunstancia notable que el señor Dowler había olvidado o quizá había omitido por modestia; pues la adición, en todos los casos, tendía a demostrar que el señor Dowler era un tipo más maravilloso de lo que él mismo pretendía ser. El señor

Pickwick y Winkle escucharon con gran admiración, y en los intervalos conversaron con la señora Dowler, que era una persona muy agradable y fascinadora. Así, entre las anécdotas del señor Dowler, y los encantos de la señora Dowler, y el buen humor del señor Pickwick, y la amable atención del señor Winkle, los pasajeros del interior se las arreglaron para estar todo el camino en buen compañerismo.

Los de la imperial lo pasaron como se suele pasar siempre en la imperial. Al principio de cada etapa estaban muy animados y locuaces, y hacia la mitad muy lúgubres y soñolientos, volviendo a estar brillantes y despejados hacia el final. Había un joven con impermeable de goma que fumó cigarros todo el día; y había otro joven, vestido con una parodia de abrigo, que encendió muchos cigarros y, sintiéndose evidentemente trastornado después de la segunda chupada, los tiraba cuando creía que nadie le miraba. Había otro tercer joven en la imperial, que habría deseado entender de ganado; y un viejo, detrás, que tenía grandes conocimientos de agricultura. Había una constante sucesión de hombres de blusa o casaca blanca, que el cochero llamaba por sus nombres de pila para transportarles un trecho, y que conocían todos los caballos y postillones, de la ruta y de fuera de la ruta; y hubo una comida que habría sido barata a media corona por cabeza si un número decente de cabezas hubieran podido comerla en el tiempo marcado. Y a las siete de la tarde, el señor Pickwick y sus amigos, y el señor Dowler y su señora, entraron, respectivamente, en sus gabinetes particulares en el hotel del Ciervo Blanco, frente al Gran Establecimiento Balneario, Bath, donde los camareros, por su indumentaria, podrían confundirse con estudiantes de Westminster[61] si no fuera porque destruían la ilusión portándose mucho mejor.

Apenas se había retirado el desayuno, a la mañana siguiente, cuando un camarero trajo la tarjeta del señor Dowler con la petición de que se le permitiera presentar a un amigo. El señor Dowler siguió enseguida a la entrega de la tarjeta, apareciendo en persona con su amigo.

Este amigo era un encantador joven de no mucho más de cincuenta años, vestido de casaca azul claro con botones resplandecientes, pantalones negros y las más finas botas posibles, muy abrillantadas. Unos lentes de oro colgaban de su cuello con una cinta negra, corta y ancha; una tabaquera de oro se mostraba levemente sujeta por su mano izquierda; innumerables anillos de oro resplandecían en sus dedos; y un gran alfiler con un diamante montado en oro brillaba en la pechera de su camisa. Tenía reloj de oro, cadena de oro, con grandes dijes de oro; y llevaba un bastón de ébano flexible con puño de oro. Su camisa era de lo más blanco, fino y rígido; su peluca era de lo más reluciente, negro y rizado. Su rapé era una mixtura de príncipe; su perfume, *bouquet du roi*. Sus rasgos estaban contraídos en una perpetua sonrisa; y sus dientes estaban en tan perfecto orden que era difícil, a poca distancia, distinguir los verdaderos de

los falsos.

—Señor Pickwick —dijo el señor Dowler—, le presento a mi amigo, el señor Angelo Cyrus Bantam, maestro de ceremonias, de Bantam; aquí, el señor Pickwick.

—Bienvenido a Ba… ath. Esta sí que es una buena adquisición. Bienvenido a Ba… ath, señor Pickwick. Hace mucho… mucho tiempo, señor Pickwick, que no venía a tomar las aguas. Parece un siglo, señor Pickwick. ¡Cu… rioso!

Tales fueron las expresiones con que el señor Angelo Cyrus Bantam, maestro de ceremonias, tomó la mano del señor Pickwick, reteniéndola en la suya mientras tanto y encogiendo los hombros con una constante sucesión de reverencias, como si realmente no pudiera decidirse a la dura prueba de volverla a soltar.

—En efecto, hace mucho tiempo que no venía a tomar las aguas —respondió el señor Pickwick—, pues, que yo sepa, nunca había estado aquí.

—¡Nunca en Ba… ath, señor Pickwick! —exclamó el grandioso maestro, soltando su mano con el asombro—; ¡nunca en Ba… ath! ¡Je, je, señor Pickwick, es usted un bromista! No está mal, no está mal. Bueno, bueno; ¡je, je, je; cu… rioso!

—Para vergüenza mía, debo decir que hablo perfectamente en serio —replicó el señor Pickwick—; realmente, nunca había estado aquí.

—Ah, ya comprendo —exclamó el grandioso maestro con aire muy divertido—; sí, sí… bueno, bueno… mejor, mejor. Usted es el señor de quien hemos oído hablar. Sí, le conocemos, señor Pickwick, le conocemos.

« ¡Los informes sobre el pleito en esos malditos periódicos! —pensó el señor Pickwick—; están enterados de todo lo mío.»

—Usted es el señor que reside en Clapham Green —continuó Bantam—, que perdió el uso de sus miembros por enfriarse imprudentemente después de tomar vino de Oporto; y como no podía moverse a consecuencia de sus agudos dolores, se le embotelló agua de los Baños Reales a ciento tres grados Fahrenheit y se le mandó en un carro a su cuarto, en la ciudad donde se bañó, y estornudó y se curó ese mismo día. ¡Muy curioso!

El señor Pickwick agradeció el cumplimiento que implicaba esa suposición, pero tuvo la abnegación de rechazarla, a pesar de todo, y aprovechando un momento de silencio por parte del maestro de ceremonias, rogó que le permitiera presentar a sus amigos, los señores Tupman, Winkle y Snodgrass; presentación que abrumó de deleite y honor al maestro de ceremonias.

—Bantam —dijo el señor Dowler—; el señor Pickwick y sus amigos son forasteros. Tienen que anotar sus nombres. ¿Dónde está el libro?

—El registro de los visitantes distinguidos a Ba… ath estará en el balneario esta mañana a las dos —contestó el maestro—. ¿Guiará usted a sus amigos a ese espléndido edificio? ¿Y me permitirá obtener sus autógrafos?

—¡Cómo no! —contestó Dowler—. Esta visita es muy larga. Es hora de marcharse. Estaré allí otra vez dentro de una hora. Vamos.

—Esta noche hay baile —dijo el maestro, tomando otra vez la mano del señor Pickwick, al levantarse para irse—. Las noches de baile en Ba… ath son momentos arrebatados al paraíso; seductores por la música, la belleza, la elegancia, la moda, la etiqueta y… y… sobre todo, por la ausencia de comerciantes, que son gente incompatible con el paraíso, y que tienen un entremezclamiento, entre ellos mismos, en el ayuntamiento, cada quince días, verdaderamente curioso, por no decir más. ¡Adiós, adiós!

E insistiendo todo el camino, mientras bajaba las escaleras, en que estaba encantadísimo, feliz y abrumado y lisonjeado, Angelo Cyrus Bantam, maestro de ceremonias, entró en un carruaje elegantísimo que le aguardaba a la puerta y se marchó con gran traqueteo.

A la hora indicada, el señor Pickwick y sus amigos, escoltados por Dowler, se presentaron en la sala de reuniones y anotaron sus nombres en el libro; ejemplo de condescendencia ante el cual Angelo Bantam quedó más abrumado que antes. Los billetes de entrada para la reunión de aquella noche debían estar preparados para todo el grupo, pero como todavía no estaban, el señor Pickwick decidió, a pesar de todas las protestas de Angelo Bantam, que enviaría a Sam a buscarlos a las cuatro de la tarde, en casa del maestro de ceremonias, en Queen Square. Después de dar un breve paseo a través de la ciudad, y de llegar a la conclusión unánime de que la calle Park se parecía mucho a esa calle perpendicular que uno ve en las pesadillas y que no puede subir aunque le vaya en ello la vida, se volvieron al Ciervo Blanco, y despacharon a Sam al recado a que su amo le había comprometido.

Sam Weller se puso el sombrero de un modo cómodo y gracioso y, metiendo las manos en los bolsillos del chaleco, caminó con gran deliberación hacia Queen Square, silbando, mientras tanto, las melodías más populares en esos días, adaptadas con movimientos totalmente nuevos para esos nobles instrumentos que son la armónica y el organillo. Llegado al número de Queen Square adonde le habían dirigido, dejó de silbar y dio un alegre golpe, que fue contestado al instante por un lacayo de cabeza empolvada, espléndida librea y figura armoniosa.

—¿Es aquí el señor Bantam, compadre? —preguntó Sam Weller, nada abrumado por el fulgor espléndido que irrumpió a su vista con la persona del lacayo de cabeza empolvada y espléndida librea.

—¿Por qué, joven? —fue la altiva pregunta del lacayo empolvado.

—Porque si es aquí, pásele esta tarjeta y diga que espera el señor Weller, ¿quiere? —dijo Sam.

Y dicho esto, se metió con gran frialdad en el vestíbulo y se sentó.

El lacayo de cabeza empolvada dio un gran portazo y frunció el ceño

majestuosamente; pero tanto el portazo como el fruncimiento se perdieron para Sam, que estaba contemplando un paragüero de caoba con todos los signos externos de la aprobación crítica.

Por lo visto, la recepción de su amo a la tarjeta impresionó al lacayo empolvado a favor de Sam, pues cuando volvió de entregarla, sonrió con aire amistoso y dijo que enseguida estaría preparada la respuesta.

—Muy bien —dijo Sam—. Pues diga al caballero que no sude por eso. No hay prisa, rompetechos. Yo ya he comido.

—Come usted pronto —dijo el lacayo empolvado.

—Encuentro que así me despacho mejor en la cena —contestó Sam.

—¿Lleva usted mucho tiempo en Bath? —preguntó el lacayo empolvado—. No había tenido el gusto de verle hasta ahora.

—Por ahora, no he *creao* ninguna sensación de sorpresa —contestó Sam—, pues yo y los otros elegantes hemos *llegao* anoche mismo.

—Buen sitio, ¿no? —dijo el lacayo.

—Eso parece —observó Sam.

—Una sociedad deliciosa —dijo el lacayo empolvado—. Hay servidumbre muy agradable.

—Eso diría yo —contestó Sam—. Amables, sin afectación, gente de los de «yo no me hablo con nadie».

—Ah, sí, desde luego, señor —dijo el lacayo empolvado, tomando la observación de Sam como un alto elogio—. Así es, desde luego. ¿Usted usa esto? —preguntó el lacayo alto, sacando una pequeña tabaquera con una cabeza de zorro en la tapa.

—No sin estornudar —contestó Sam.

—Bueno, es difícil, lo reconozco —dijo el lacayo alto—. Hay que hacerlo poco a poco. El café es lo mejor para practicar. Yo, durante mucho tiempo, llevaba café. Se parece mucho al rapé, ¿sabe usted?

Aquí, un fuerte toque de campanilla redujo al lacayo empolvado a la ignominiosa necesidad de meterse en el bolsillo la cabeza de zorro y apresurarse con rostro humilde al «estudio» del señor Bantam. Por cierto, ¡quién ha visto jamás a un hombre que no lea ni escriba nunca, sin que tenga una salita a la que se empeñe en llamar «estudio»!

—Aquí está la respuesta —dijo el lacayo empolvado—. Me temo que la encontrará demasiado grande.

—No se preocupe —dijo Sam, recibiendo una carta con un diminuto envoltorio—; es casi posible que mi agotada naturaleza se las arregle para sobrevivir a esta prueba.

—Espero que nos volvamos a ver —dijo el lacayo empolvado, frotándose las manos y siguiendo a Sam hasta que salió del umbral.

—Es *usté* muy amable —contestó Sam—. Bueno, no se permita fatigarse

más allá de sus fuerzas; no sea tan bondadoso. Considere lo que debe a la *sociedá*, y no consienta en lesionarse por el exceso de trabajo. Por el bien de sus semejantes, estese tan quieto como pueda: ¡piense solamente qué pérdida sería! —Con esas patéticas palabras, Sam Weller se marchó.

—Es un joven muy extraño ese —dijo el lacayo empolvado, siguiendo con la mirada a Sam Weller con una cara que indicaba claramente que no sacaba nada en limpio de él.

Sam no dijo nada. Hizo guiños, sacudió la cabeza, sonrió, volvió a guiñar; y, con una expresión de rostro que parecía indicar que estaba muy divertido con algo, siguió andando alegremente.

Exactamente a las ocho menos veinte de aquella noche, el señor Angelo Cyrus Bantam, maestro de ceremonias, salió de su vehículo a la puerta de la sala de reuniones, con la misma peluca, los mismos dientes, los mismos lentes, el mismo reloj con dijes, los mismos anillos, el mismo alfiler de pechera y el mismo bastón. Las únicas alteraciones observables eran que llevaba una casaca de azul más claro, con plastrón de seda blanca, calzones negros, medias negras de seda, escarpines y un chaleco blanco, y que, si cabe, estaba un poco más perfumado.

Así engalanado, el maestro de ceremonias, en estricto cumplimiento de los importantes deberes de su importantísimo cargo, se plantó en la sala para recibir a toda la concurrencia.

Como Bath estaba lleno, la concurrencia y las monedas de seis peniques para el té afluían en muchedumbre. En el salón de baile, en la sala de juego alargada, y en la sala de juego octogonal, en las escaleras y en los pasillos, el zumbido de las voces y el ruido de los pies eran totalmente abrumadores. Los trajes crujían, las plumas se balanceaban, las luces brillaban y las joyas centelleaban. Había música: no de la banda para el baile, sino la música de leves y diminutas pisadas, con una clara y alegre risa, de vez en cuando contenida y suave, pero grata de oír en una voz femenina, sea en Bath o en cualquier sitio. Ojos brillantes, iluminados con la expectación placentera, resplandecían por todas partes; y, dondequiera que se mirara, alguna forma exquisita se deslizaba por la multitud, y, en cuanto desaparecía, era sustituida por otra igualmente delicada y seductora.

En la sala del té, y revoloteando en torno a las mesas de juego, había un amplio número de viejas raras y ancianos decrépitos, que discutían las indiscreciones y escándalos del día con un saboreo y gusto que proclamaban suficientemente el placer que obtenían de esa ocupación. Mezcladas con esos grupos había tres o cuatro mamás casamenteras, que parecían totalmente absorbidas en la conversación en que tomaban parte, pero sin dejar de vez en cuando de lanzar una ansiosa mirada lateral hacia sus hijas, quienes, recordando la admonición materna de sacar el mejor partido de su juventud, ya habían empezado incipientes coqueteos con los chales que se les caían, con los guantes

que se ponían, con las tazas que dejaban y demás; aparentemente asuntos ligeros, pero que personas de experta práctica pueden llevar a resultados sorprendentemente buenos.

Dando vueltas junto a las puertas y por rincones apartados, había varios corrillos de jóvenes tontos, exhibiendo diversas variedades de memez y estupidez, divirtiendo a toda la gente sensata que les rodeaba con su locura y vanidad, y considerándose felizmente objeto de la admiración general, un don sabio y misericordioso contra el que no se querellará ninguna buena persona.

Y por fin, sentadas en algunos de los sofás junto a la pared, donde ya habían establecido sus posiciones para pasar la noche, había diversas solteronas más allá de la edad crítica, quienes, sin bailar porque no había parejas para ellas, y sin jugar a las cartas para que no las consideraran como definitivamente solteras, estaban en la posición favorable de poder criticar a todo el mundo sin que ello recayera sobre sí mismas. En una palabra, podían criticar a todo el mundo porque todo el mundo estaba allí. Era una escena de alegría, fulgor y exhibición; de gente ricamente vestida, de soberbios espejos, de suelos enyesados, de candelabros y velas de cera; y, en todas partes de la escena, deslizándose de un sitio a otro con silenciosa suavidad, haciendo reverencias obsequiosas a uno, saludando familiarmente a otro y sonriendo complaciente a todos, estaba la persona, coquetamente arreglada, del señor Angelo Cyrus Bantam, maestro de ceremonias.

—Deténgase en la sala del té. Tome sus seis peniques. Échelo en agua caliente y llámelo té. Bébalo —dijo el señor Dowler en voz alta, dando instrucciones al señor Pickwick, que avanzaba a la cabeza del grupito con la señora Dowler del brazo. El señor Pickwick entró en la sala del té y, al distinguirle, el señor Bantam se abrió paso en zigzag a través de la multitud para darle la bienvenida con éxtasis.

—Querido señor Pickwick, es para mí un alto honor. Ba… ath se siente favorecida. Señora Dowler, usted embellece los salones. La felicito por esas plumas. ¡Ma… aravillosas!

—¿Hay alguien aquí? —preguntó Dowler en tono suspicaz.

—¡Que si hay alguien! La élite de Ba… ath. Señor Pickwick, ¿ve usted a aquella señora con turbante de gasa?

—¿Aquella vieja gorda? —preguntó inocentemente el señor Pickwick.

—¡Chist, señor Pickwick! Nadie es gordo ni viejo en Ba… ath. Es la viuda de lord Snuphanuph.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick.

—Nada menos, se lo aseguro —dijo el maestro de ceremonias—. ¡Chist! Acérquese más, señor Pickwick. ¿Ve usted a aquel joven tan espléndidamente vestido que viene por ahí?

—¿El del pelo tan largo y la frente tan estrecha? —preguntó el señor

Pickwick.

—El mismo. Es el joven más rico de Ba… ath en este momento. El joven lord Mutanhed.[62]

—¡No me diga! —dijo el señor Pickwick.

—Sí. Dentro de un momento oirá su voz, señor Pickwick. Hablará conmigo. El otro señor que va con él, con chaleco rojo y bigote oscuro es el honorable señor Crushton, su amigo íntimo. ¿Cómo está, lord Mutanhed?

—Mucho *calog*, Bantam —dijo el Lord.

—Muchísimo calor, lord Mutanhed —respondió el maestro de ceremonias.

—Un calor condenado —asintió el honorable Crushton.

—¿Ha visto el coche de posta de lord Mutanhed, Bantam? —preguntó el honorable Crushton, tras una breve pausa en que el joven lord había tratado de descomponer al señor Pickwick a fuerza de mirarle fijamente mientras Crushton reflexionaba sobre de qué tema podría hablar mejor el lord.

—¡Válgame Dios, no! —contestó el maestro de ceremonias—. ¡Un coche de posta! ¡Qué excelente idea! ¡Ma… aravillosa!

—¡Santo cielo! —dijo el Lord—. *Cgeí* que todos *habgían* visto ya mi nuevo coche de posta; es lo más *pgecioso*, lo más bonito, lo más *pgimogoso* que jamás se ha movido sobre *güedas*. Pintado de *gojo*, con un caballo *colog* pastel de *cgema*.

—Con su buzón de verdad para las cartas y todo —dijo el honorable Crushton.

—Y un asientito delante, con *bagandilla* de *hiego*, *paga* el *cochego* —añadió el joven lord—; la *otga* mañana lo conduje hasta *Bgistol*, con una casaca *goja*, y dos *cgiados* a caballo, un *tgecho detgás*, y les *asegugo* que la gente salía *coguiendo* de las casas *paga haceg* que me *pagaga* y *pgeguntagme* si no *ega* el *cogueo*. ¡Muy *divegtido*, muy *divegtido*!

Con esta anécdota, el joven lord se rió cordialmente, como, por supuesto, hicieron también sus oyentes. Luego, dando el brazo al obsequioso Crushton, lord Mutanhed se alejó.

—Es un joven delicioso, lord Mutanhed —dijo el maestro de ceremonias.

—Eso mismo diría yo —respondió con sequedad el señor Pickwick.

Habiendo empezado el baile, y hechas las necesarias presentaciones, y arreglados todos los preliminares, Angelo Bantam volvió junto al señor Pickwick y le llevó a la sala de juego.

En el mismo momento en que entraba, la viuda lady Snuphanuph y otras dos señoras, de aspecto antiguo y dado a los naipes, revoloteaban sobre una mesa de juego desocupada; y en cuanto pusieron los ojos en el señor Pickwick, escoltado por Angelo Bantam, intercambiaron miradas, al ver que era precisamente la persona que les hacía falta para completar la mesa.

—Querido Bantam —dijo la viuda lady Snuphanuph, con tono mimoso—,

encuéntrenos una persona simpática para completar la mesa, sea bueno.

En aquel momento, por casualidad, el señor Pickwick miraba a otro lado, de modo que la señora le señaló con la cabeza, haciendo un expresivo ademán con las cejas.

—Lady Snuphanuph, mi amigo el señor Pickwick estará encantado, estoy muy seguro, muchísimo —dijo el maestro de ceremonias, recogiendo la sugerencia—. El señor Pickwick… lady Snuphanuph… la señora coronela Wugsby… la señorita Bolo.

El señor Pickwick hizo una reverencia a cada una de las damas y, encontrando que era imposible escapar, cedió. Tuvo de pareja a la señorita Bolo contra lady Snuphanuph y la coronela Wugsby.

Al sacarse la primera carta de triunfos, al comienzo de la segunda mano, dos señoritas entraron apresuradas en la sala y se detuvieron a los lados de la silla de la coronela Wugsby, donde aguardaron pacientemente a que acabara la baza.

—Bueno, Jane —dijo la coronela Wugsby, volviéndose a una de las muchachas—, ¿qué pasa?

—He venido a preguntar, mamá, si podía bailar con el pequeño de los Crawley —susurró la más linda y joven de las dos.

—¡Dios mío, Jane! ¿Cómo puedes pensar en tales cosas? —contestó la mamá con indignación—. ¿No has oído decir muchas veces que su padre tiene ochocientas libras al año, que se acaban cuando él se muera? Me da vergüenza de ti. ¡Por nada del mundo!

—Mamá —susurró la otra, que era mucho mayor que su hermana y muy insípida y artificial—. Me han presentado a lord Mutanhed. He dicho que creía que no estaba comprometida, mamá.

—Eres deliciosa, cariño —contestó la coronela Wugsby, dando golpecitos en las mejillas a su hija con el abanico—. Siempre se puede tener confianza en ti. Es inmensamente rico, guapa. ¡Bendita seas!

Con estas palabras, la coronela Wugsby besó con mucho cariño a la hija mayor y, frunciendo el ceño expresivamente hacia la otra, eligió una carta.

¡Pobre señor Pickwick! Nunca había jugado a las cartas con tres señoras rápidas. Eran tan desesperadamente hábiles, que casi le asustaban. Si jugaba una carta que no debía, la señorita Bolo le miraba como una panoplia entera de puñales; si se paraba a considerar cuál carta debía jugar, lady Snuphanuph se arrellanaba en su asiento y sonreía, con una mirada mezclada de impaciencia y piedad hacia la coronela Wugsby, ante lo cual la coronela Wugsby se encogía de hombros y tosía, como para decir que no estaba segura de que él empezara nunca. Luego, al terminar cada baza, la señorita Bolo preguntaba con rostro lúgubre y un suspiro de reproche por qué el señor Pickwick no había echado piques, o el as, o el rey, o alguna cosa semejante; y en respuesta a estas graves acusaciones, el señor Pickwick no podía en absoluto aducir ninguna justificación,

por haber olvidado completamente toda la marcha de la partida. Venía gente a mirar, que ponía nervioso al señor Pickwick. Además de eso, había mucha conversación distrayéndole cerca de la mesa, entre Angelo Bantam y las dos señoritas Matinter, quienes, siendo solteras y solas, hacían mucho la corte al maestro de ceremonias con la esperanza de obtener de vez en cuando una pareja extraviada. Todas estas cosas, combinadas con los ruidos e interrupciones de las constantes entradas y salidas, hacían que el señor Pickwick jugase bastante mal; además, sus cartas le salían malas; y cuando lo dejaron, a las once y diez, la señorita Bolo se levantó de la mesa con agitación considerable y se fue derecha a casa, en un torrente de lágrimas y una silla de posta.

Reunido otra vez con sus amigos, que declararon todos a una voz que raramente habían pasado una velada más agradable, el señor Pickwick les acompañó al Ciervo Blanco y, después de ablandar sus sentimientos con algo caliente, se acostó y se durmió simultáneamente.

XXXVI

CUYOS ELEMENTOS PRINCIPALES SE ENCONTRARÁ QUE SON UNA VERSIÓN AUTÉNTICA DE LA LEYENDA DEL PRÍNCIPE BLADUD, Y UNA CALAMIDAD MUY EXTRAORDINARIA QUE CAYÓ SOBRE WINKLE

Como el señor Pickwick se proponía permanecer por lo menos dos meses en Bath, consideró aconsejable tomar alojamiento en una casa particular, para él y sus amigos, durante este periodo; y como se ofreció una oportunidad favorable para obtener en condiciones moderadas la parte superior de una casa en el Royal Crescent,[63] más amplia de lo que necesitaban, el señor y la señora Dowler ofrecieron aliviarles tomando para ellos una alcoba y una salita. Se aceptó enseguida esta proposición, y a los tres días estaban en su nueva residencia, empezando entonces el señor Pickwick a tomar las aguas con gran asiduidad.

El señor Pickwick las tomaba de modo sistemático. Tomaba un cuarto de pinta antes del desayuno, y luego paseaba, en cuesta arriba; luego otro cuarto de pinta después del desayuno, y paseaba, en cuesta abajo; y después de cada nuevo cuarto de pinta, el señor Pickwick declaraba, en los términos más solemnes y enfáticos, que se sentía mucho mejor; con lo cual sus amigos se alegraban mucho, aunque antes no habían notado que le ocurriera nada de particular.

La gran sala del balneario es un espacioso salón adornado con columnas corintias, una galería para músicos, un reloj Tompion, una estatua de Nash[64] y una inscripción dorada a la que deberían hacer caso todos los agüistas, pues les invita a contribuir a una obra de caridad muy digna. Hay un amplio mostrador con una tina de mármol, de la que saca el agua el encargado; y hay un cierto número de vasos, de aspecto amarillento, en que la toma la concurrencia; y es un espectáculo edificante y complaciente observar la perseverancia y gravedad con que la engullen. Hay baños allí cerca, donde se sumerge parte de la concurrencia; y una banda de música toca después, como para felicitar a todos por su actuación. Hay otra sala adonde llevan inválidos en sillas de ruedas, con tan asombrosa variedad de vehículos, que cualquier persona que entre con el acostumbrado número de dedos en los pies está en peligro inminente de salir sin ellos; y hay una tercera sala adonde va la gente tranquila, porque es menos ruidosa que las otras dos. Hay una infinidad de gente que va y que viene, con muletas y sin ellas, con bastones y sin ellos, y gran abundancia de conversación, y vivacidad, y animación.

Todas las mañanas, los agüistas habituales, con el señor Pickwick entre ellos, se encontraban en la sala del balneario, se tomaban su cuarto de pinta y daban su paseo reglamentario. En el paseo de la tarde, lord Mutanhed, y el honorable Crushton, la viuda lady Snuphanuph, la coronela Wugsby, y toda la gente

importante, y todos los agüistas de por la mañana, se reunían en solemne asamblea. Después de esto, salían a pasear, a pie o en coche, o les empujaban en sillón de ruedas, y volvían a encontrarse. Después de esto, los caballeros iban a las salas de lectura, donde encontraban divisiones enteras de la masa. Tras de esto, se iban a casa. Si era noche de teatro, quizá se encontraban en el teatro; si era noche de reunión, se encontraban en los salones; y si no era ni lo uno ni lo otro, se encontraban al día siguiente. Un sistema muy agradable, quizá con un leve matiz de uniformidad.

El señor Pickwick estaba solo, después de un día pasado de este modo, tomando notas en su diario, mientras que sus amigos se habían retirado a dormir, cuando le sobresaltó un leve golpe en la puerta de su cuarto.

—Perdón, señor —dijo la señora Craddock, la patrona, asomándose—; pero ¿quería usted algo más?

—Nada más, señora —contestó el señor Pickwick.

—La muchacha se ha acostado, señor Pickwick —dijo la señora Craddock—, y el señor Dowler ha tenido la bondad de decir que se quedará levantado esperando a la señora Dowler, porque no se espera que la reunión acabe tarde; de modo que pensaba yo que si no necesita nada más, señor Pickwick, yo me acostaría.

—¡Cómo no, señora! —contestó el señor Pickwick.

—Buenas noches, entonces —dijo la señora Craddock.

—Buenas noches, señora —contestó el señor Pickwick.

En media hora quedaron terminadas las anotaciones.

El señor Pickwick secó cuidadosamente la última página con el secante, cerró el libro, limpió la pluma en el forro del faldón de la casaca y abrió el cajón del tintero para guardarlo con cuidado. Había un par de hojas de papel de escribir, llenas de letra apretada, en el cajón del tintero, y estaban plegadas de tal modo que el título, con buena letra redonda, quedaba totalmente a su vista. Viendo así que no era ningún documento particular, y que parecía tener relación con Bath y era muy corto, el señor Pickwick lo desplegó, encendió la palmatoria para que estuviera bien encendida cuando terminara y, acercando la silla al fuego, leyó lo siguiente:

LA VERDADERA LEYENDA DEL PRÍNCIPE BLADUD

« Hace menos de doscientos años, en uno de los baños públicos de esta ciudad, apareció una inscripción en honor de su poderoso fundador, el famoso príncipe Bladud. Esta inscripción ahora está borrada.

» Durante muchos cientos de años antes de estos tiempos, se había transmitido de época en época una vieja leyenda de que el ilustre príncipe, encontrándose afectado por la lepra, al regreso de Atenas, donde había reunido una rica cosecha

de saber, eludió la corte de su real padre y vivió tristemente con labriegos y cerdos. Entre la piara (así dice la leyenda) había un cerdo de rostro grave y solemne, hacia quien el príncipe sentía un gran compañerismo; pues también él era sabio: un cerdo de actitud pensativa y reservada; un animal superior a sus compañeros, cuyo gruñido era tremendo y cuyo mordisco era penetrante. El joven príncipe suspiraba profundamente al mirar el rostro del majestuoso porcino; pensaba en su real padre y sus ojos se arrasaban de lágrimas.

» A este sagaz cerdo le gustaba mucho bañarse en un fango húmedo y sustancioso. No en verano, como hacen los cerdos corrientes para refrescarse, y como lo hacían ya en épocas lejanas (lo cual es una prueba de que la luz de la civilización había empezado a alborear, aunque débilmente), sino en los días fríos y duros del invierno. Su pelaje estaba siempre tan suave, y su piel tan clara, que el príncipe resolvió probar las cualidades purificadoras de la misma agua a que recurría su amigo. Hizo la prueba. Bajo ese fango negro, burbujeaban las fuentes calientes de Bath. Se lavó y quedó curado. Apresurándose a ir a la corte de su padre, presentó sus mejores respetos y, volviendo deprisa, fundó la ciudad y sus famosos baños.

» Buscó al cerdo, con todo el ardor de su temprana amistad, pero, ¡ay!, las aguas habían sido su muerte. Imprudentemente, había tomado un baño a una temperatura demasiado alta, y aquel filósofo natural había dejado de existir. Le sucedió Plinio, que también cayó víctima de su sed de sabiduría. Tal era la leyenda. Escuchad la verdad.

» Hace muchos siglos, floreció con gran esplendor el famoso y renombrado Lud Hudibras, rey de la isla de Bretaña. Era un poderoso monarca. La tierra temblaba cuando él caminaba; tan gordo era. Su pueblo se abrasaba en la luz de su rostro; tan rojo y refulgente era. Era, desde luego, rey en toda su persona. Y había mucha persona en él también, pues aunque no era muy alto, tenía un notable tamaño alrededor, y lo que le faltaba de altura lo compensaba en circunferencia. Si hay algún degenerado monarca en estos tiempos modernos que se pudiera comparar de algún modo con él, diría yo que es el venerable rey Cole[65] quien tendría que aspirar a tal honor.

» Este buen rey tenía una reina que, dieciocho años antes, había tenido un hijo llamado Bladud. Le enviaron a un colegio preparatorio en los dominios de su padre hasta que tuvo diez años, y luego le despacharon, a cargo de un mensajero fiel, a una escuela de perfeccionamiento en Atenas; y como no se pagaba aparte porque se quedara en vacaciones, ni hacía falta aviso previo para retirar a un alumno, allí se quedó durante ocho largos años, a cuya terminación el rey su padre envió al gran chambelán a pagar la cuenta y traerle a casa; al hacer lo cual, el gran chambelán fue recibido con grandes clamores y obtuvo enseguida una pensión.

» Cuando el rey Lud vio al príncipe su hijo, y encontró que se había hecho un

joven tan admirable, comprendió que sería cosa estupenda casarle sin dilación, de modo que sus hijos pudieran servir para perpetuar la gloriosa raza de Lud hasta las últimas épocas del mundo. Con estas miras, envió una embajada especial, compuesta de grandes nobles que no tenían nada especial que hacer y que querían empleo lucrativo, a un rey vecino para pedirle a su hermosa hija en matrimonio para su hijo; afirmando al mismo tiempo que estaba deseoso de seguir en los términos más afectuosos con su hermano y amigo, pero que si no llegaban a ponerse de acuerdo en arreglar este matrimonio se vería en la desagradable necesidad de invadir su reino y sacarle los ojos. A esto, el otro rey (que era el más débil de los dos) contestó que estaba muy agradecido a su amigo y hermano por su bondad y magnanimidad, y que su hija estaba muy dispuesta a casarse en cuanto el príncipe Bladud gustara de venir a buscarla.

» En cuanto esta respuesta llegó a la isla, la nación entera se sintió transportada de alegría. No se oía otra cosa, por todas partes, sino el ruido de los festines y banquetes, además del tintineo del dinero que pagaba la gente al recaudador de los tesoros reales para sufragar los gastos de la feliz ceremonia. Fue en esa ocasión cuando el rey Lud, sentado en lo alto de su trono en el consejo plenario, se levantó, con sentimientos desbordantes, y mandó al gran jefe de la justicia que hiciera traer los mejores vinos y los ministriles de la corte; un acto de gracia que, por la ignorancia de los historiadores tradicionalistas, se ha atribuido al rey Cole en aquellos célebres versos en que Su Majestad aparece y

pide su pipa, pide su vaso,
sus tres violines pide también,[66]

lo cual es una obvia injusticia a la memoria del rey Lud y una exaltación indebida de las virtudes del rey Cole.

» Pero en medio de toda la fiesta y el regocijo, estaba presente una persona que no bebía cuando se escanciaban los resplandecientes vinos y no bailaba cuando tocaban los ministriles. No era otro que el propio príncipe Bladud, en honor de cuya felicidad todo un pueblo estaba en ese mismo momento poniendo en tensión a la vez sus gargantas y los cordones de sus bolsas. La verdad es que el príncipe, olvidando los derechos indiscutidos del ministro de Asuntos Exteriores para ser quien se enamorara por su cuenta, y en contra de todo precedente político y diplomático, ya se había enamorado por su lado, comprometiéndose privadamente con la hermosa hija de un noble ateniense.

» Aquí tenemos un ejemplo impresionante de una de las muchas ventajas de la civilización y el refinamiento. Si el príncipe hubiera vivido en días recientes, podría haberse casado enseguida con la elegida por su padre, y luego ponerse enseguida a trabajar seriamente para librarse de la carga que tanto pesaba sobre

él. Podría haberse esforzado por matarla a disgustos mediante una repetición sistemática de insultos y desprecios; o, si la sostenía en estos malos tratos el espíritu de su sexo y la orgullosa conciencia de sus muchos sufrimientos, él podría intentar quitarle la vida y así librarse de ella de un modo eficaz. Pero el príncipe Bladud no se le ofreció ninguno de estos modos de alivio; de modo que solicitó una audiencia reservada y se lo dijo a su padre.

» Es vieja prerrogativa de los reyes gobernarlo todo menos sus pasiones. El rey Lud montó en una cólera terrible, lanzó su corona hasta el techo y la volvió a atrapar —pues en aquellos días los reyes tenían siempre la corona en la cabeza y no en la Torre de Londres—, pataleó contra el suelo, se golpeó la frente, se preguntó por qué su propia carne y sangre se rebelaban contra él y, finalmente, llamando a sus guardias, ordenó que se llevaran al príncipe y lo encerraran en incomunicación en una alta torre; sistema de tratamiento que los reyes antiguos aplicaban generalmente a sus hijos cuando las inclinaciones matrimoniales de estos no coincidían en apuntar hacia el mismo rumbo que las suyas.

» Cuando el príncipe Bladud llevaba la mayor parte de un año encerrado en la alta torre, sin perspectiva mejor ante sus ojos que un muro de piedra, y, ante su visión mental, que la continuación de su encarcelamiento, empezó, como es natural, a rumiar un plan de escape que, tras muchos meses de preparación, se las arregló para realizar; dejando, con toda consideración, el cuchillo de la comida en el corazón del carcelero, no fuera a ser que el pobre hombre (que tenía familia) quedara conceptuado como cómplice de esa huida y, en consecuencia, recibiera el castigo del enfurecido rey.

» El monarca se puso frenético con la desaparición de su hijo. No sabía contra quién desahogar su dolor y su cólera, hasta que, afortunadamente, se acordó del gran chambelán que le había traído a la patria y le cortó a la vez la pensión y la cabeza.

» Mientras tanto, el joven príncipe, muy bien disfrazado, erraba a pie por los dominios de su padre, animado y sostenido en todos sus apuros por los dulces pensamientos de la doncella ateniense, que era la causa inocente de sus fatigosas pruebas. Un día se detuvo a descansar en una aldea; y, al ver que había alegres danzas en los prados y rostros alegres yendo y viniendo, se atrevió a inquirir a un campesino vestido de fiesta cuál era el motivo del regocijo.

» —¿No sabes, oh, forastero —fue la respuesta—, la reciente proclamación de nuestro augusto rey?

» —¿Proclamación? No, ¿qué proclamación? —preguntó el príncipe, pues había viajado por caminos muy poco frecuentados, y no sabía nada de lo que había pasado por las carreteras públicas, o lo que fueran entonces.

» —Sí —dijo el campesino—; la dama extranjera con que deseaba casarse nuestro príncipe se ha casado con un noble de su propio país, y el rey proclama el hecho y, además, fiestas públicas; pues ahora, desde luego, el príncipe Bladud

volverá y se casará con la que ha elegido su padre, que dicen que es tan hermosa como el sol de mediodía. ¡A tu salud! ¡Dios salve al rey!

» El príncipe no quiso oír más. Huyó de allí y se sumergió en lo más profundo de un bosque cercano. Avanzó y avanzó noche y día; bajo el sol ardiente y bajo la fría y pálida luna; a través del calor seco del mediodía y de la húmeda frialdad de la noche; en la luz grisácea de la mañana y en el fulgor rojo del atardecer. Tan olvidado estaba del tiempo y de su objetivo, que, dirigiéndose a Atenas, se desvió de tal modo que llegó a Bath.

» Entonces no había ciudad donde está Bath. No había vestigio de habitación humana ni señales de residencia del hombre que llevaran tal nombre, pero allí estaba el mismo noble paisaje, la misma amplia extensión de colinas y valles, el mismo hermoso canal que serpenteaba alejándose, las mismas altas montañas que, como los apuros de la vida, vistas desde lejos y parcialmente veladas por la clara neblina de la mañana, pierden su aspereza y dureza y parecen todas blandura y suavidad. Conmovido por la amable belleza de la escena, el príncipe se desplomó en el verde césped y bañó en lágrimas sus hinchados pies.

» —¡Ah! —dijo el infeliz Bladud, retorciendo las manos y elevando tristemente los ojos al cielo—, ¡ojalá mis vagabundeos acabaran aquí! ¡Ojalá fluyeran en paz para siempre estas lágrimas benditas con que ahora lamento mis esperanzas mal colocadas y mi amor despreciado!

» El deseo fue atendido. Era en la época de las deidades paganas, que a veces solían tomar a la gente por su palabra con una prontitud, en algunos casos, extremadamente molesta. El suelo se abrió bajo los pies del príncipe; este se hundió en la grieta, que instantáneamente se cerró para siempre sobre su cabeza, salvo donde sus calientes lágrimas manaban a través de la tierra, y donde han continuado siempre brotando.

» Se ha de observar que, hasta nuestros días, grandes cantidades de señoras y caballeros entrados en años que han sido decepcionados en su busca de pareja, y casi otros tantos jóvenes que están deseosos de obtenerla, acuden todos los años a Bath a beber sus aguas, que les procuran mucha fuerza y consuelo. Esto hace honor a la virtud de las lágrimas del príncipe Bladud y confirma sólidamente la veracidad de la leyenda.»

El señor Pickwick bostezó varias veces al llegar al final del pequeño manuscrito, volvió a doblarlo con cuidado, dejándolo en el cajón del tintero, y luego, con rostro expresivo de la mayor fatiga, tomó la palmatoria y subió las escaleras para acostarse.

Se detuvo ante la puerta del señor Dowler, conforme a la costumbre, y llamó para darle las buenas noches.

—¡Ah! —dijo Dowler—. ¿Ya se va a la cama? A mí también me gustaría.

Muy mala noche. Hace viento, ¿no?

—Mucho —dijo el señor Pickwick—. Buenas noches.

—Buenas noches.

El señor Pickwick se fue a su alcoba, y el señor Dowler volvió a ocupar su asiento junto al fuego, en cumplimiento de su precipitada promesa de esperar levantado a que su mujer volviera a casa.

Hay pocas cosas más molestas que esperar levantado a alguien, especialmente si ese alguien está en una reunión. No se puede menos de pensar qué rápidamente pasa el tiempo para esa persona, mientras para uno se arrastra con tanta pesadez; y cuanto más se piensa en esto, más decaen las esperanzas de su rápida llegada. Los relojes lanzan muy fuerte su tictac cuando se aguarda solo, y a uno le parece tener una ropa interior de telarañas. Primero, algo pica en la rodilla derecha, y luego esa misma sensación irrita la izquierda. Apenas cambia uno de posición, vuelve a notarse eso mismo en los brazos; y después de remover todas las extremidades en toda clase de formas extrañas, se nota una súbita recaída en la nariz, que uno se frota como para hacerla desaparecer; y no hay duda de que se haría si fuera posible. Los ojos, también, son meros inconvenientes personales; y el pábilo de una vela se vuelve de pulgada y media mientras que se despabila la otra. Estas y otras varias pequeñas molestias nerviosas hacen que el aguardar levantado durante algún tiempo, después que todos los demás se han acostado, sea cualquier cosa menos una diversión agradable.

Tal, precisamente, era la opinión del señor Dowler, sentado junto al fuego y sintiéndose honradamente indignado con toda esa gente inhumana de la reunión que le tenía levantado. Tampoco le ponía de mejor humor el pensar que se le había metido en la cabeza, a primeras horas de la tarde, que tenía jaqueca, instalada allí como en su casa. Por fin, después de varias cabezadas, cayéndose hacia el fuego y enderezándose a tiempo para evitar quemarse la cara, el señor Dowler decidió que se echaría en la cama, en el cuarto de atrás, solo para pensar; no para dormir, desde luego.

—Tengo el sueño muy pesado —dijo el señor Dowler al echarse en la cama—. Tengo que mantenerme despierto. Supongo que oiré aquí la llamada. Sí. Ya lo imaginaba. Oigo al sereno. Allí va. Pero ahora más débil. Está doblando la esquina. ¡Ah!

Al llegar el señor Dowler a este punto, él también dobló la esquina ante la que tanto había vacilado, y se quedó dormido.

Cuando daban las tres, el viento empujó hacia el Royal Crescent una silla de manos que llevaba dentro a la señora Dowler, transportada por un lacayo bajo y gordo y otro largo y delgado, los cuales ya hacían mucho con mantener verticales sus cuerpos, por no hablar de la silla. Pero en esa parte alta, y en el Crescent, que el viento barría dando vueltas como si fuera a romper las piedras

del pavimento, su furia era tremenda. Se alegraron mucho de dejar la silla y dar un buen golpe doble, muy ruidoso, en la puerta de la calle.

Esperaron algún tiempo, pero nadie venía.

—Los criados están en brazos de «Orfeo», me parece —dijo el portador bajo, calentándose las manos en la linterna del muchacho que les acompañaba.

—Me gustaría darles una sacudida que les despertara —observó el largo.

—Por favor, vuelvan a llamar, ¿quieren? —gritó la señora Dowler desde la silla—. Llamen dos o tres veces, por favor.

El bajo estaba deseando abandonar el trabajo tan pronto como pudiera; de modo que puso el pie en el escalón y dio cuatro o cinco golpes sobrecogedores, cada cual compuesto de ocho o diez partes, mientras que el alto salía al centro del Crescent a ver si había luz en las ventanas.

Nadie vino. Todo estaba tan silencioso y oscuro como siempre.

—¡Pobre de mí! —dijo la señora Dowler—. Tienen que volver a llamar, por favor.

—¿No hay ahí una campanilla, señoras? —dijo el portador bajo.

—Sí que hay —interrumpió el muchacho—; no he *dejao* de tirar de ella en *to* este rato.

—Solo es el mango —dijo la señora Dowler—; la cuerda se ha roto.

—Me gustaría que se hubieran roto las cabezas de los criados —gruñó el alto.

—Tengo que rogarles que se tomen la molestia de llamar otra vez —dijo la señora Dowler con la mayor cortesía.

El bajo volvió a golpear varias veces, sin producir el menor efecto. El alto, poniéndose muy impaciente, le relevó después y dio una serie ininterrumpida de golpes dobles, como un cartero enloquecido.

Por fin, el señor Winkle empezó a soñar que estaba en un club y que, como los miembros eran muy desobedientes, el presidente se veía obligado a dar martillazos en la mesa para mantener el orden; luego tuvo una idea confusa de una sala de subastas donde no había postores y el subastador se lo quedaba todo; y por último empezó a pensar que entraba dentro de los límites de lo posible que alguien estuviera llamando a la puerta de la calle. Sin embargo, para asegurarse, se quedó quieto en la cama durante unos diez minutos, escuchando; y cuando hubo contado unos treinta y dos o treinta y tres golpes, se sintió completamente convencido y se elogió mucho por haber estado tan alerta.

—¡Toc, toc; toc, toc; toc, toc; toc, toc, toc, toc, toc! —seguía haciendo el aldabón.

Winkle saltó de la cama, preguntándose con asombro qué podría ocurrir, y después de ponerse apresuradamente las medias y pantuflas y de envolverse en el batín, encendió una vela en la mariposa que ardía junto a la chimenea y se precipitó escalera abajo.

—Por fin viene alguien, señora —dijo el portador bajo.

—Me gustaría estar detrás de él con un punzón —dijo el portador alto.

—¿Quién es? —gritó Winkle, quitando la cadena.

—No se pare a hacer preguntas, cabeza de adoquín —contestó el alto con gran irritación, dando por supuesto que el que preguntaba era un criado—, y abra la puerta.

—Salga afuera, ojos de trapo —añadió el otro, de modo estimulante.

Winkle, que estaba medio dormido, obedeció mecánicamente la orden, abrió un poco la puerta y atisbó. Lo primero que vio fue el fulgor rojo de la linterna del muchacho. Sobresaltado por el temor súbito de que hubiera fuego en la casa, abrió de par en par la puerta a toda prisa y, levantando la vela por encima de la cabeza, se quedó mirando con empeño, sin saber bien si lo que tenía delante era una silla de manos o una bomba de incendios. En ese instante, vino una violenta ráfaga de viento; la vela se apagó; Winkle se sintió arrastrado irresistiblemente hacia los escalones de la puerta; y la puerta se cerró, con un sonoro estampido.

—¡Bueno, joven, ahora sí que la ha hecho! —dijo el portador bajo.

Winkle, entreviendo un rostro de señora en la ventana de la silla de manos, se volvió precipitadamente, agarró el aldabón con todas sus fuerzas y gritó frenéticamente a los de la silla que se la volvieran a llevar.

—¡Llévensela, llévensela! —gritaba Winkle—; ¡ahí sale alguien de otra casa; métanme en la silla; escóndanme, hagan algo conmigo!

Mientras tanto, tiritaba de frío y, cada vez que levantaba la mano al aldabón, el viento le levantaba el batín de modo muy desagradable.

—¡Ahora viene gente por la acera; hay señoras; tápenme; pónganse delante de mí! —rugía Winkle.

Pero los portadores estaban demasiado agotados de risa para proporcionarle la menor asistencia, y las señoras se acercaban más y más a cada momento.

Winkle dio otro golpe desesperado; las señoras estaban solo a unas pocas puertas. Tiró la vela, ya extinguida, que todo este tiempo había sostenido por encima de la cabeza, y de un salto se metió limpiamente en la silla de manos donde estaba la señora Dowler.

Ahora bien, la señora Craddock había oído por fin las llamadas y las voces y, entreteniéndose solo a ponerse en la cabeza algo más decente que el gorro de dormir, corrió a la ventana de delante para asegurarse de que era quien se esperaba. Al abrir la ventana en el momento en que Winkle se precipitaba en la silla de manos, no bien observó lo que pasaba, lanzó un vehemente y triste grito e imploró al señor Dowler que se levantase enseguida, porque su mujer se escapaba con otro.

Con esto, el señor Dowler dio un bote en la cama, tan repentinamente como una pelota de goma, y, precipitándose a la ventana, llegó a ella a la vez que el señor Pickwick abría la otra; y el primer objeto que se presentó a las miradas de ambos fue Winkle encerrándose en la silla de manos.

—¡Guardias! —gritó Dowler furiosamente—. ¡Deténganle, sujétenle, bien fuerte, enciérrenle hasta que baje yo! ¡Le cortaré el cuello, denme un cuchillo; le degollaré de oreja a oreja, señora Craddock… le voy a matar!

Y, soltándose de la patrona, toda gritos, y del señor Pickwick, el indignado marido agarró un pequeño cuchillo de postre y se precipitó a la calle.

Pero Winkle no le aguardó. No bien oyó la horrible amenaza del valeroso Dowler, cuando saltó fuera de la silla de manos con tanta rapidez como había entrado y, dejando las pantuflas en la calzada, dio a los tobillos y salió disparado dando la vuelta al Crescent, ardientemente perseguido por Dowler y el sereno. Les llevaba ventaja; la puerta estaba abierta la segunda vez que dio la vuelta por delante; se precipitó dentro, la cerró contra las narices de Dowler, subió a su alcoba, cerró la puerta y amontonó contra ella un aguamanil, un armario y una mesa, preparando las cosas más necesarias para la huida en cuanto despuntara la mañana.

Dowler se acercó al exterior de la puerta; declaró, por el ojo de la cerradura, su firme determinación de cortarle el cuello a Winkle al día siguiente; y, después de una gran confusión de voces en la sala, entre la cual se oía claramente la del señor Pickwick tratando de poner paz, los huéspedes se retiraron a sus respectivas alcobas y todo volvió a estar en silencio.

No es improbable que alguien se haga la pregunta: ¿dónde estaba Sam Weller en todo este tiempo? En el próximo capítulo indicaremos dónde estaba.

XXXVII

QUE EXPLICA HONROSAMENTE LA AUSENCIA DE SAM WELLER, DESCRIBIENDO UNA *SOIRÉE* A LA QUE FUE INVITADO Y ASISTIÓ; Y QUE TAMBIÉN RELATA CÓMO EL SEÑOR PICKWICK LE CONFIÓ UNA MISIÓN PARTICULAR, DELICADA E IMPORTANTE

—Señor Weller —dijo la señora Craddock la mañana de aquel agitado día—, aquí tiene una carta.

—¡Qué raro! —dijo Sam—, me temo que debe de pasar algo, porque no recuerdo a nadie, en *to* mi círculo de amistades, que sea capaz de escribir cartas.

—Quizá habrá ocurrido algo de particular —observó la señora Craddock.

—Desde luego, debe de ser algo muy particular *pa* sacar una carta de ningún amigo mío —contestó Sam, agitando la cabeza con aire de duda—; por lo menos una convulsión de la naturaleza, como dijo aquel joven cuando le entró el ataque. No puede ser de mi padre —dijo Sam, mirando la dirección—; siempre hace letras de molde, ya lo sé, porque aprendió a escribir por los carteles de los despachos de billetes. Es una cosa muy rara de dónde puede haber venido esta carta.

Y diciendo esto, Sam hizo lo que hace mucha gente cuando no sabe quién es el autor de una nota: miró el lacre, luego lo de delante, luego lo de atrás, luego los lados, luego la dirección; y, finalmente, como último recurso, pensó que quizá podría también mirar el interior, tratando de averiguarlo así.

—Está escrita en papel con borde dorado —dijo Sam al desdoblarla— y sellada con lacre color de bronce, con la cabeza de una llave. Vamos a ver.

Y con cara muy seria, Sam Weller leyó lentamente lo que sigue:

> Un selecto grupo de lacayos de Bath presenta sus respetos al señor Weller, y solicita el honor de su compañía, esta noche, en una *soirée* amistosa, consistente en una pierna de cordero asada, con los acompañamientos de costumbre. La *soirée* estará servida a las nueve y media en punto.

Esto iba adjunto dentro de otra nota, que decía así:

> El señor John Smauker, el caballero que tuvo el gusto de conocer al señor Weller en casa de su común amigo el señor Bantam, hace unos días, se permite enviar al señor Weller la invitación adjunta. Si el señor Weller tiene la bondad de pasar a buscar al señor John Smauker a las nueve, el señor John Smauker tendrá el gusto de presentar al señor Weller.

Firmado: JOHN SMAUKER

El sobre iba dirigido al « Sr. (un espacio en blanco) Weller, en casa del Sr. Pickwick» , y, en un paréntesis, en la esquina izquierda, estaban las palabras « Campanilla de servicio» , como instrucción para el portador.

—Bueno —dijo Sam—, esto se está poniendo un poco fuerte. Nunca he visto hasta ahora que a una pierna de cordero *asá* le llamen una *soirée*. No sé qué le llamarían si estuviera guisada.

Sin embargo, sin esperar a discutir este punto, Sam se presentó enseguida ante el señor Pickwick y solicitó permiso para ausentarse esa noche, que le fue concedido de buena gana. Con tal permiso y la llave del portal, Sam Weller se marchó poco antes de la hora prevista y bajó sosegadamente hacia Queen Square, donde, no bien llegó, tuvo la satisfacción de observar al señor John Smauker apoyando la cabeza empolvada contra un farol, a poca distancia, y fumando un cigarro con una boquilla de ámbar.

—¿Cómo está usted, señor Weller? —dijo el señor John Smauker, quitándose graciosamente el sombrero con una mano mientras agitaba la otra con aire de condescendencia—. ¿Qué tal está usted?

—Vaya, pues medianamente convaleciente —contestó Sam—. Y *usté*, ¿qué tal se encuentra, mi querido compadre?

—Así, así, solamente —dijo John Smauker.

—Ah, ha *trabajao* demasiado —observó Sam—. Ya me lo temía; no está bien, ya lo sabe, no debe dejarse llevar por ese espíritu suyo, tan incansable.

—No es tanto eso, señor Weller —contestó John Smauker—, como el vino malo; me temo que me he dado a la disipación.

—¡Ah! ¿Conque es eso? —dijo Sam—. Esa es una mala enfermedad.

—Y, sin embargo, las tentaciones… ya comprende, señor Weller —observó Smauker.

—Sí, claro —dijo Sam.

—Sumergido en el centro del torbellino de la sociedad, ya comprende, señor Weller… —dijo el señor Smauker con un suspiro.

—¡Terrible, desde luego! —asintió Sam.

—Pero siempre es así —dijo el señor Smauker—; cuando nuestro destino nos lleva a la vida pública, y a una situación social, es de esperar que estemos sujetos a tentaciones de que otras personas están libres, señor Weller.

—Precisamente es lo que dijo mi tío cuando se dedicó a servir al público —observó Sam—; y mucha razón que tenía el viejo, pues se mató a fuerza de beber en menos de un trimestre.

El señor John Smauker puso cara de indignación ante cualquier paralelo que se trazara entre él mismo y el fallecido señor en cuestión, pero, como la cara de Sam estaba en el estado de calma más sosegada, lo pensó mejor y volvió a

tomar una expresión afable.

—Quizá sería mejor que fuéramos marchando —dijo el señor Smauker, consultando un reloj de cobre que moraba al final de un profundo bolsillo y que fue extraído a la superficie mediante un cordón negro con una llave de cobre en el otro extremo.

—Quizá sí —contestó Sam—, porque, si no, van a asar demasiado la *soirée* y la van a echar a perder.

—¿Ha tomado usted las aguas, señor Weller? —preguntó su compañero mientras andaban hacia High Street.

—Una vez —contestó Sam.

—¿Qué le parecieron a usted?

—Me parecieron especialmente desagradables.

—Ah —dijo el señor Smauker—, ¿quizá no le gustó el sabor *verruginoso*?

—No sé muy bien qué es eso —dijo Sam—. Pensé que tenían un sabor muy fuerte a planchas tibias.

—Eso es lo *verruginoso*, señor Weller —observó despectivamente el señor John Smauker.

—Bueno, pues entonces, es una palabra muy inexpresiva, eso es *to* —dijo Sam—. Es posible, pero yo no entiendo mucho de química y no puedo decir.

Y aquí, con gran horror del señor John Smauker, Sam Weller se puso a silbar.

—Perdón, señor Weller —dijo el señor John Smauker, angustiado ante aquel ruido tan poco elegante—, ¿quiere que le dé el brazo?

—Gracias, es *usté* muy amable, pero no le quiero privar de él —contestó Sam—. Más bien tengo costumbre de meterme las manos en los bolsillos, si le da lo mismo a *usté*.

Y diciendo esto, Sam unió la acción a la palabra y silbó más fuerte que antes.

—Por aquí —dijo su nuevo amigo, al parecer muy aliviado cuando se metieron por una bocacalle—; pronto estaremos.

—¿Ah, sí? —dijo Sam, nada agitado por el anuncio de la inmediata proximidad de los lacayos más selectos de Bath.

—Sí —dijo el señor John Smauker—. No se asuste, señor Weller.

—¡Oh, no! —dijo Sam.

—Verá algunas libreas muy bonitas, señor Weller —continuó el señor John Smauker—, y quizá al principio encontrará un poco altaneros a algunos de estos caballeros, ya comprende, pero no tardarán en ablandarse.

—Muy amable, por su parte —contestó Sam.

—Y, ya comprende —continuó el señor John Smauker con aire de sublime protección—, ya comprende, usted es un forastero, y quizá al principio serán un poco duros con usted.

—Pero ¿no serán muy crueles, sin embargo? —preguntó Sam.

—No, no —contestó el señor John Smauker, sacando la cabeza de zorro y

tomando una pulgarada como un caballero—. Hay entre ellos algunos muy bromistas, y gastarán sus bromas, ya comprende; pero no debe hacerles caso, no debe hacerles caso.

—Trataré de estar a la altura de *to* ese golpe de talento —contestó Sam.

—Está muy bien —dijo el señor John Smauker, guardando la cabeza de zorro y elevando la suya—, yo le ayudaré.

Para entonces habían alcanzado una pequeña verdulería, donde entró el señor John Smauker, seguido por Sam, quien en el momento en que se encontró detrás se entregó a una serie de amplias e ilimitadas sonrisas, manifestando otros signos de estar en un envidiable estado de regocijo interior.

Cruzada la tienda, y después de dejar los sombreros en las escaleras del pequeño corredor que había detrás, se metieron en una salita, donde el esplendor completo de la escena irrumpió ante los ojos del señor Weller.

Se habían juntado un par de mesas en medio de la salita, cubiertas con tres o cuatro manteles de diferentes edades y fechas de lavado, arreglados para que parecieran uno solo, tanto como lo permitieran las circunstancias del caso. Sobre ellos había tenedores y cuchillos para seis u ocho personas. Los mangos de los cuchillos eran unos verdes, otros rojos y unos pocos amarillos; y como todos los tenedores eran negros, la combinación de colores resultaba sumamente impresionante. En la chimenea se calentaban platos para un número análogo de comensales, y los propios comensales se calentaban junto a los platos; el más importante y principal de todos ellos parecía ser un señor gordo con casaca carmesí claro, de largos faldones, calzones rojo vivo y sombrero de tres picos, que estaba de espaldas al fuego y al parecer acababa de entrar, pues además de conservar en la cabeza el sombrero de tres picos, llevaba en la mano un alto bastón, tal como suelen llevarlo elevado, en posición inclinada sobre los techos de los carruajes, los caballeros de su profesión.

—Smauker, muchacho, choca esos cinco —dijo el del sombrero de tres picos.

El señor Smauker ensambló la falangeta del meñique derecho con la del caballero del sombrero de tres picos, y dijo que estaba encantado de verle tan bien.

—Sí, todos me dicen que tengo un aspecto floreciente —dijo el del sombrero de tres picos—, y es bien raro. Llevo quince días siguiendo a nuestra vieja por ahí, dos horas al día, y si el contemplar constantemente la manera como lleva prendido por atrás ese infernal traje de color lavanda no es bastante como para sumergirle a uno en un grave estado de desesperación de la vida, entonces que no me den el salario del trimestre.

Ante esto, las selecciones reunidas se rieron de todo corazón, y un caballero de chaleco amarillo, con orla bordada, de cochero, susurró a un vecino con calzones de lamé verde que Tuckle estaba inspirado esa noche.

—Por cierto —dijo Tuckle—; Smauker, muchacho… —El resto de la frase

pasó en un susurro al oído de Smauker.

—Ah, vaya, se me olvidaba —dijo el señor John Smauker—; caballeros, les presento a mi amigo el señor Weller.

—Siento estorbarle el fuego, Weller —dijo el señor Tuckle, con un gesto familiar con la cabeza—. Espero que no tendrá frío.

—De ningún modo, Llamarada —contestó Sam—. Tendría que ser muy friolero quien tuviera frío cuando está *usté* delante. *Usté* ahorraría carbón si le pusieran en la chimenea en la sala de espera de una oficina pública, estoy seguro.

Como esta réplica parecía contener una alusión personal a la librea carmesí del señor Tuckle, este caballero puso cara majestuosa durante unos segundos; pero, apartándose poco a poco del fuego, se resignó a sonreír a la fuerza y dijo que no estaba mal.

—Muy agradecido por su buena opinión —contestó Sam—. Ya nos entenderemos poco a poco, estoy seguro. A cada vez, probaremos otra mejor.

En este punto la conversación se interrumpió con la llegada de un caballero vestido de pana anaranjada, acompañado por otro elegido, revestido de púrpura, con gran ostentación de medias.

Una vez saludados los recién llegados por los demás, Tuckle planteó la cuestión de que se mandara traer la cena, lo que se aprobó por unanimidad.

Entonces el verdulero y su mujer colocaron en la mesa una pierna de cordero asada, caliente, con salsa de alcaparras, nabos y patatas. Tuckle ocupó la presidencia, siendo secundado al otro lado de la mesa por el de la pana anaranjada. El verdulero se puso unos guantes de gamuza para manejar los platos y se situó detrás de la silla de Tuckle.

—Harris —dijo Tuckle en tono de mando.

—Señor —dijo el verdulero.

—¿Te has puesto los guantes?

—Sí, señor.

—Entonces levanta la tapa.

—Sí, señor.

El verdulero hizo lo que se le mandaba con muestras de gran humildad y entregó obsequiosamente el trinchante al señor Tuckle, al hacer lo cual, incidentalmente, bostezó.

—¿Qué significa esto? —dijo Tuckle con gran aspereza.

—Perdón, señor —contestó el verdulero, abrumado—; ha sido sin querer; anoche me acosté muy tarde.

—Te diré cuál es mi opinión sobre ti, Harris —dijo Tuckle con aire impresionante—: eres una bestia grosera.

—Espero, señores —dijo Harris—, que no serán severos conmigo. Desde luego les estoy muy agradecido, señores, por su clientela, y también porque me

recomienden siempre que se necesita ayuda especial para la servidumbre. Espero, señores, hacerme excusar.

—No, no lo esperes —dijo Tuckle—. Ni con mucho.

—Te consideramos un bribón descuidado —dijo el de la pana anaranjada.

—Y un ladrón vulgar —añadió el de los calzones verdes.

—Y un depravado incorregible —añadió el de púrpura.

El pobre verdulero se inclinó con mucha humildad ante estos pequeños epítetos que se le concedían con el auténtico espíritu de la más mezquina tiranía; y cuando todos acabaron de decir algo, para demostrar su superioridad, Tuckle pasó a trinchar la pierna de cordero y a servir a la reunión.

Apenas había empezado este importante asunto de la velada, cuando se abrió impetuosamente la puerta e hizo su aparición otro caballero, con traje azul claro y botones de plomo.

—Contra el reglamento —dijo el señor Tuckle—. Muy tarde, muy tarde.

—No, no; no he podido remediarlo en absoluto —dijo el de azul—. Apelo a la reunión. Un asunto de galantería, una cita en el teatro.

—¡Ah!, ¿conque es eso? —dijo el de pana anaranjada.

—Sí, ahora de veras, palabra de honor —dijo el de azul—. Había prometido ir a buscar a la pequeña de las nuestras a las diez y media, y es una chica tan extraordinariamente estupenda que, realmente, no tuve ánimo para faltar a la promesa. Sin ofender a los presentes, señores, pero unas faldas… unas faldas son algo irresistible.

—Empiezo a sospechar que hay algo por ese lado —dijo Tuckle, mientras el recién llegado se sentaba junto a Sam—. He notado, una vez o dos, que se apoya mucho en tu hombro cuando sube o baja del coche.

—Vamos, Tuckle, vamos —dijo el de azul—; eso no está bien. Puedo haber dicho a un par de amigos que es una criatura divina, y puedo haber rehusado un par de ofertas sin causa evidente, pero… no, no, Tuckle, nada de eso… además, delante de extraños… no está bien… no debería. ¡Delicadeza, mi querido amigo, delicadeza!

Y el hombre de azul, arreglándose la corbata y estirando los puños, movió la cabeza y frunció el ceño, como si detrás hubiera algo más que podía decir si quisiera, pero que por honor estaba obligado a suprimir.

El de azul, que era un lacayo rubio, desvergonzado, insolente y sin preocupaciones, con aire de presunción y cara desenvuelta, había atraído desde el principio la atención de Sam, pero cuando empezó a hablar así, Sam se sintió más inclinado a cultivar su amistad, de modo que se lanzó enseguida a la conversación con su soltura característica.

—A su *salú* —dijo Sam—. Me gusta mucho su conversación. Está muy bien.

Ante esto, el de azul sonrió como si fuera un cumplido al que estaba muy acostumbrado, pero al mismo tiempo miró con aprobación a Sam y dijo que

esperaba trabar más amistad con él, pues, sin adularle, parecía tener todas las cualidades de un chico simpático y ser exactamente una persona como a él le gustaban.

—Es *usté* muy amable —dijo Sam—. ¡Qué hombre de suerte es *usté*!

—¿Qué quiere decir? —preguntó el de azul.

—Esa señorita —contestó Sam—. Ella lo entiende, ya lo creo. ¡Ah!, ya comprendo.

Sam Weller cerró un ojo y movió la cabeza de un lado para otro, de modo altamente lisonjero para la vanidad personal del de azul.

—Me temo que es *usté* un tío muy listo, señor Weller —dijo ese individuo.

—No, no —dijo Sam—. *To* eso se lo dejo a *usté*. Eso queda más *pa usté*, como dijo aquel que estaba al otro lado de la tapia al que venía por el camino perseguido por un toro bravo.

—Bueno, bueno, señor Weller —dijo el de azul—. Creo que ella se ha fijado en mi tipo y en mis maneras, señor Weller.

—Creo que es lo menos que podía hacer —dijo Sam.

—¿*Usté* tiene entre manos algún asuntillo de esos? —preguntó el favorecido de azul, sacando un mondadientes del bolsillo del chaleco.

—No precisamente —dijo Sam—. No hay señoritas donde yo estoy, porque, desde luego, ya habría hecho algo. Tal como están las cosas, no creo que pueda arreglarme con menos de una marquesa. O me conformaría con alguna joven muy rica, que no tuviera título, si se enamorara mucho de mí. *Na* más.

—Claro, señor Weller —dijo el de azul—, uno no se puede molestar, ya lo comprende; y ya sabemos, señor Weller, nosotros, los hombres de mundo, que un buen uniforme tiene que dar resultado con las mujeres, tarde o temprano. En realidad, entre usted y yo, eso es lo único que hace que valga la pena entrar a servir.

—Eso mismo —dijo Sam—; por supuesto.

Llegado hasta aquí este diálogo confidencial, se pasaron vasos para todos y cada cual encargó lo que prefería antes de que cerraran la taberna.

El de azul y el de naranja, que eran los principales refinados del grupo, pidieron un grog frío, pero para los demás la ginebra con agua y azúcar parecía ser la bebida favorita. Sam llamó al verdulero «villano incorregible», y pidió un gran bol de ponche; dos circunstancias que parecieron elevarle mucho en la opinión de los selectos.

—Señores —dijo el de azul con aire de dandi consumado—, brindaremos por las damas, vamos.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo Sam—; por nuestras amitas.

Aquí hubo un gran clamor de «¡Orden!», y el señor John Smauker, por ser quien había presentado a Sam Weller al grupo, le informó de que la palabra que acababa de usar no era reglamentaria.

—¿Qué palabra era? —preguntó Sam.

—Eso de las « amas» —contestó John Smauker, frunciendo el ceño de modo alarmante—; aquí no reconocemos tales distinciones.

—¡Ah, muy bien! —dijo Sam—; entonces corregiré mi expresión y las llamaré « queridas criaturas» , si me lo permite Llamarada.

Ciertas dudas parecía haber en la mente del de los calzones verdes sobre si el presidente podía ser denominado legalmente « Llamarada» , pero como los del grupo parecían más dispuestos a defender sus propios derechos que los de él, no se planteó la cuestión. El del sombrero de tres picos se quedó sin aliento y miró un buen rato a Sam, pero por lo visto pensó también que era mejor no decir nada, por si acaso le salía mal.

Después de un breve silencio, uno de librea bordada que le llegaba a los tobillos y de chaleco de lo mismo que le abrigaba la mitad de las piernas, removió su ginebra con gran energía y, poniéndose en pie, dijo que deseaba hacer algunas observaciones al grupo, a lo que el del sombrero de tres picos dijo que no tenía duda de que el grupo tendría mucho gusto en escuchar las observaciones que quisiera ofrecerles el de la casaca larga.

—Me siento en posición muy delicada, caballeros, al levantarme —dijo el de la casaca larga—, por tener la desgracia de ser cochero y estar admitido solo como miembro honorario en estas agradables *soirées*, pero me siento obligado, señores (me siento acorralado, si puedo decir eso), a dar a conocer una circunstancia dolorosa que he llegado a saber; que ha ocurrido, por decirlo así, en el campo de mi visión cotidiana. Caballeros, nuestro amigo el señor Whiffers —todos miraron al individuo de naranja—, nuestro amigo el señor Whiffers ha dimitido.

Asombro general abrumó a los oyentes. Cada cual miró a su vecino y luego trasladó su mirada al cochero que estaba de pie.

—Se quedarán sorprendidos, señores —dijo el cochero—. No me voy a atrever a decirles las razones de esta pérdida irreparable para el servicio, pero voy a rogar al señor Whiffers que las exponga él mismo para mejora e imitación de sus amigos que le admiran.

Ruidosamente aprobada la sugerencia, el señor Whiffers se explicó. Dijo que, ciertamente, le habría gustado continuar en el cargo del que acababa de dimitir. El uniforme era muy lujoso y caro, las señoras de la casa muy agradables, y los deberes de la posición —tenía que reconocer— no eran muy pesados; siendo su principal obligación que se le exigía que mirara por la ventana del vestíbulo todo lo que pudiera, en compañía de otro caballero que también acababa de dimitir. Le habría gustado evitar al grupo los detalles penosos y lamentables en que iba a entrar, pero como se le había pedido una explicación no tenía más alternativa que exponer, con claridad y franqueza, que le habían exigido que comiera carne fría.

Es imposible imaginar el horror que esta confesión despertó en los pechos de

los oyentes. Ruidosos gritos de « ¡Qué vergüenza!» , mezclados con gemidos y siseos, dominaron durante un buen rato.

El señor Whiffers añadió luego que temía que buena parte de esta ofensa pudiera proceder de su carácter bondadoso y acomodaticio. Recordaba muy bien que una vez consintió en comer manteca salada, y además que, en ocasión de una repentina enfermedad en la casa, se había dejado arrastrar hasta el punto de subir al segundo piso el cubo del carbón. Confiaba en que, con esa franca confesión de sus faltas, no se habría rebajado en la buena opinión de sus amigos; y esperaba que la prontitud con que había reaccionado ante ese reciente ultraje indigno contra sus sentimientos a que se acababa de referir, le volvería a situar en su buena opinión, si es que la tenía.

Se respondió al discurso del señor Whiffers con un grito de admiración, brindándose a la salud del interesante mártir del modo más entusiástico; el mártir dio las gracias por ello y propuso brindar por el visitante, señor Weller, un caballero de quien no tenía el gusto de ser íntimo amigo, pero que era amigo del señor John Smauker, lo cual era suficiente carta de recomendación para cualquier sociedad de caballeros, en cualquier lugar. Por este motivo, habría estado dispuesto a brindar con todos los honores a la salud del señor Weller si sus amigos hubieran bebido vino, pero como para cambiar tomaban licores, y podría ser inadecuado vaciar un vaso a cada brindis, propondría que se dieran por sobrentendidos esos honores.

Al terminar este discurso, todos tomaron un sorbo en honor de Sam; y Sam, después de servirse y vaciar dos vasos completos de ponche en honor de sí mismo, dio las gracias en un elegante discurso:

—Les estoy muy agradecido, compadres —dijo Sam, sirviéndose ponche del modo más desenvuelto—, por este cumplimiento, que, viniendo de donde viene, es abrumador. Había oído hablar mucho de ustedes, en conjunto, pero les diré que nunca había pensado que fueran unos tíos tan simpáticos como veo que son. Solo espero que tengan *cuidao* de ustedes mismos y que no comprometan su *dignidá*, que es una cosa tan deliciosa de ver, cuando uno sale de paseo, y que siempre me ha *dao* mucho gusto de mirar, desde que era un niño, la *mitá* de alto que el bastón de cabeza de metal de mi respetado amigo Llamarada. En cuanto a la víctima de la opresión, el de traje de azufre, *to* lo que puedo decir es que espero que encuentre tan buen sitio como merece, en cuyo caso no le molestarán otra vez dándole *soirée* fría.

Aquí Sam se sentó con grata sonrisa, y después que su discurso fue aclamado y aplaudido, la reunión se dispersó.

—¡Cómo! ¿No me irá a decir que ya se va, compadre? —dijo Sam Weller a su amigo el señor John Smauker.

—No tengo más remedio —dijo Smauker—; se lo prometí a Bantam.

—Ah, muy bien —dijo Sam—; eso es otra cosa. Quizá él dimitiría si le

desilusionara. ¿No se irá *usté*, Llamarada?

—Sí, me voy —dijo el del sombrero de tres picos.

—¡Cómo! ¿Dejando tres cuartos de un bol de ponche? —dijo Sam—. Tonterías, vuélvase a sentar.

El señor Tuckle no resistió tal invitación. Dejó a un lado el sombrero de tres picos y el bastón que acababa de empuñar, y dijo que tomaría un vaso, en atención al buen compañerismo.

Como el de azul iba por el mismo camino que Tuckle, también se le convenció para que se detuviera. Cuando el ponche estaba por la mitad, Sam pidió unas ostras de la tienda; y el efecto de ambas cosas fue tan extremadamente regocijante, que Tuckle, engalanado con el sombrero de tres picos y el bastón, bailó una danza marinera sobre la mesa, entre las conchas, mientras el de azul tocaba el acompañamiento con un ingenioso instrumento musical formado con un peine y un papel de rizar. Por fin, cuando se acabó todo el ponche, y casi toda la noche, se pusieron en marcha para acompañarse unos a otros. Apenas salió el señor Tuckle al aire libre, se sintió invadido de un súbito deseo de acostarse en la acera, y Sam pensó que sería una lástima llevarle la contraria, y le dejó hacer su gusto. Como el sombrero de tres picos se habría estropeado si lo hubieran dejado allí, Sam, con mucha consideración, se lo encajó en la cabeza al de azul y, poniéndose en la mano el bastón, le arrimó contra la puerta de su casa, tiró de la campanilla y se marchó tranquilamente a dormir.

A la mañana siguiente, a una hora muy anterior a su hora acostumbrada de levantarse, el señor Pickwick bajó completamente vestido y tocó la campanilla.

—Sam —dijo el señor Pickwick cuando apareció Sam en respuesta a la llamada—, cierra la puerta.

Sam lo hizo así.

—Ha habido anoche un desgraciado acontecimiento aquí, Sam, que dio motivo al señor Winkle para temer alguna violencia por parte del señor Dowler.

—Ya lo he sabido por la señora de abajo, señor —contestó Sam.

—Y lamento decir, Sam —continuó el señor Pickwick con rostro perplejo—, que, por temor a esa violencia, el señor Winkle se ha marchado.

—¡Se ha marchado! —dijo Sam.

—Se ha ido de casa esta mañana, sin la menor comunicación previa conmigo —respondió el señor Pickwick—. Y no sé dónde se ha ido.

—Debía haberse *quedao* y arreglarlo con una pelea, señor —contestó Sam, despectivamente—; no hace falta mucho *pa* arreglar a ese Dowler.

—Bueno, Sam —dijo el señor Pickwick—; yo puedo tener mis dudas sobre su gran valentía y decisión, pero, sea como sea, el señor Winkle se ha ido. Hay que encontrarle, Sam. Hay que encontrarle y traérmelo aquí otra vez.

—¿Y si no quiere volver, señor? —dijo Sam.

—Hay que hacerle volver, Sam —dijo el señor Pickwick.

—¿Quién lo va a hacer? —preguntó Sam, sonriendo.

—Tú —contestó el señor Pickwick.

—Muy bien, señor.

Con estas palabras, Sam salió del cuarto e inmediatamente después se oyó que cerraba la puerta de la calle. A las dos horas volvió con tanta frialdad como si se le hubiera enviado al recado más corriente y trajo la información de que un individuo que en todos los aspectos respondía a la descripción del señor Winkle se había ido a Bristol aquella mañana, por la diligencia local, desde el hotel Royal.

—Sam —dijo el señor Pickwick, estrechándole la mano—, eres un tipo espléndido; un hombre inestimable. Tienes que seguirle, Sam.

—Muy bien, señor —contestó Sam.

—En el momento en que le descubras, escríbeme inmediatamente, Sam —dijo el señor Pickwick—; si intenta escapársete, derríbale de un golpe, o enciérrale. Tienes toda mi autoridad, Sam.

—Tendré mucho *cuidao*, señor —asintió Sam.

—Dile —dijo el señor Pickwick— que estoy muy trastornado, muy disgustado; y, naturalmente, indignado ante esta extraordinaria iniciativa que ha considerado oportuno tomar.

—Se lo diré, señor —contestó Sam.

—Y dile —dijo el señor Pickwick— que si no vuelve a esta misma casa contigo, vendrá conmigo, pues iré a buscarle.

—Ya le hablaré de eso, señor —asintió Sam.

—¿Crees que podrás encontrarle, Sam? —dijo el señor Pickwick, mirándole a la cara con seriedad.

—Ah, le encontraré donde sea —asintió Sam con gran confianza.

—Muy bien —dijo el señor Pickwick—. Entonces, cuanto antes te vayas, mejor.

Con estas instrucciones, el señor Pickwick puso en manos de su fiel servidor una suma de dinero y le ordenó marchar a Bristol inmediatamente en persecución del fugitivo.

Sam puso algunas cosas indispensables en una maleta y se preparó para marchar. Se detuvo cuando había llegado al extremo del pasillo y, volviendo atrás silenciosamente, asomó la cabeza por la puerta del salón.

—¡Señor! —susurró Sam.

—¿Qué, Sam? —dijo el señor Pickwick.

—¿He entendido completamente las instrucciones, señor? —preguntó Sam.

—Espero que sí —dijo el señor Pickwick.

—¿He entendido bien lo de derribarle de un golpe, señor? —preguntó Sam.

—Perfectamente —contestó el señor Pickwick—. Por completo. Haz lo que creas necesario. Tienes mis órdenes.

Sam asintió con la cabeza en señal de comprensión y, retirándose de la puerta, se lanzó a su peregrinación con ánimo ligero.

XXXVIII
DE CÓMO WINKLE SALIÓ DE LA SARTÉN PARA CAER, DULCE Y CÓMODAMENTE, EN EL FUEGO

El desdichado caballero que había sido la causa desgraciada del extraordinario ruido y alboroto que alarmó a los habitantes del Royal Crescent de la manera y forma ya descritas, después de pasar una noche de gran confusión y ansiedad, abandonó el techo bajo el cual dormitaban todavía sus amigos, sin saber adónde se dirigiría. Los excelentes sentimientos de consideración que sugirieron a Winkle dar este paso jamás podrían ser demasiado apreciados ni celebrados. «Sí —razonaba Winkle consigo mismo—; si este Dowler intenta (como no dudo que lo hará) llevar a cabo su amenaza de violencia personal contra mí, me corresponderá desafiarle en duelo. Él tiene mujer; esa mujer le quiere y depende de él. ¡Cielos! Si yo le matara, en la ceguera de mi cólera, ¡cuáles serían después mis sentimientos!» Esta penosa consideración obró tan poderosamente sobre los sentimientos del humanitario joven, que hizo que sus rodillas se entrechocaran y su rostro mostrara alarmantes manifestaciones de emoción interior. Impulsado por tales reflexiones, echó mano de su maleta y, escurriéndose furtivamente escalera abajo, cerró la odiosa puerta de la calle con el menor ruido posible y se escapó. Dirigiendo sus pasos al hotel Royal, encontró una diligencia a punto de salir para Bristol y, pensando que Bristol era un sitio tan bueno como cualquier otro para su propósito, subió a la imperial y llegó a su punto de destino en el tiempo en que se podía suponer razonablemente que llegarían los dos pares de caballos que recorrían toda la etapa, y vuelta, dos veces al día por lo menos.

Se alojó en el hotel del Arbusto y, proyectando aplazar toda comunicación por carta con el señor Pickwick hasta que fuera posible que se hubiese evaporado hasta cierto punto la cólera del señor Dowler, dio una vuelta para ver la ciudad, que le impresionó por ser ligeramente más sucia que cualquier otro sitio que hubiera visto nunca. Después de inspeccionar los diques y embarcaderos, preguntó por el camino a Clifton y siguió la ruta que le indicaron. Pero así como los pavimentos de Bristol no son los más anchos ni los más limpios del mundo, tampoco sus calles son las más derechas ni las menos intrincadas; y Winkle, muy desconcertado con sus diversos recodos y vueltas, miró en torno buscando una tienda decente donde poder solicitar de nuevo consejo e instrucción.

Sus miradas cayeron sobre un local recién pintado, que había sido convertido hacía poco tiempo en algo entre una tienda y una casa particular, y que una lámpara roja, proyectándose sobre la claraboya de la puerta de la calle, habría anunciado suficientemente que era la residencia de un médico en ejercicio, aunque la palabra «Clínica» no hubiera estado inscrita en caracteres dorados sobre fondo de madera encima de la ventana de lo que, en tiempos pasados,

había sido la sala de la casa. Pensando que era un lugar apropiado donde hacer sus preguntas, Winkle se metió en aquella tiendecita, donde había cajones y botellas con etiquetas doradas; y, no encontrando a nadie, golpeó con una media corona en el mostrador para atraer la atención de cualquiera que pudiera estar en la rebotica, la cual pensó que sería el más íntimo y peculiar santuario del establecimiento, por repetirse la palabra «Clínica» en la puerta, esta vez pintada en letras blancas a fin de eliminar la monotonía.

Al primer golpe cesó repentinamente un ruido, como de personas esgrimiendo con atizadores, que se había oído muy claramente hasta entonces; al segundo golpe, un joven de aspecto estudioso, con gafas verdes y un libro muy grande en la mano, se deslizó silenciosamente a la tienda y, colocándose detrás del mostrador, solicitó conocer qué deseaba su visitante.

—Lamento molestarle, señor —dijo Winkle—, pero ¿tendrá la bondad de decirme por dónde…?

—¡Ja, ja, ja! —rugió el joven estudioso, lanzando al aire el libro gordo y cazándolo con gran destreza en el mismo momento en que amenazaba reducir a átomos todos los frascos del mostrador—. ¡Esto sí que es bueno!

Lo era, sin duda, pues Winkle quedó tan asombrado ante la extraordinaria conducta del médico, que involuntariamente se retiró hacia la puerta, con aire muy trastornado ante tan extraño modo de recibirle.

—¿Qué, no me conoce? —dijo el médico.

Winkle murmuró, en respuesta, que no tenía ese gusto.

—Bueno, entonces —dijo el médico—, todavía hay esperanzas para mí; todavía puedo cuidar a la mitad de las viejas de Bristol, si tengo una suerte decente. ¡Fuera, viejo mohoso, fuera!

Con este conjuro, que se dirigía al libro gordo, el médico dio una patada al volumen con admirable agilidad, mandándolo al otro extremo de la tienda, y, quitándose las gafas verdes, sonrió con la mismísima sonrisa del señor Robert Sawyer, antes del hospital de Guy en el Borough y con residencia particular en la calle Lant.

—¿No querrá decirme que no venía por mí? —dijo Bob Sawyer, estrechando la mano de Winkle con calor amistoso.

—Palabra que no —contestó Winkle, devolviendo el apretón.

—Me extraña que no viera el nombre —dijo Bob Sawyer, llamando la atención de su amigo hacia la puerta de la calle en que, con la misma pintura blanca, se veían las palabras «Sawyer, sucesor de Nockemorf».

—No me había fijado —contesto Winkle.

—Vaya, si hubiera sabido que era usted me habría precipitado fuera a recibirle en mis brazos —dijo Bob Sawyer—, pero, palabra de honor, creí que era el recaudador de impuestos.

—¡No! —dijo Winkle.

—Sí que lo creí —respondió Bob Sawyer—, y ya iba a decir precisamente que no estaba en casa, pero que si dejaba un recado se lo entregaría yo mismo; pues el recaudador no me conoce; como tampoco el cobrador de alumbrado y pavimento. Creo que el cobrador de la iglesia sospecha quién soy, y me consta que el del agua lo sabe, porque le saqué una muela la primera vez que vine. Pero ¡pase, pase!

Charlando de este modo, Bob Sawyer empujó a Winkle al cuarto de atrás, donde, entreteniéndose en perforar pequeñas cavernas circulares en la chimenea con el atizador al rojo, estaba sentado nada menos que el señor Benjamin Allen.

—¡Vaya! —dijo Winkle—. Este sí que es un placer que no me esperaba. ¡Qué sitio más agradable tiene aquí!

—No está mal, no está mal —contestó Bob Sawyer—; me gradué poco después de aquella bonita reunión, y los míos aportaron lo necesario para este negocio; de modo que me puse un traje negro y unas gafas, y vine aquí a parecer todo lo serio que pude.

—Y no hay duda de que tendrá aquí un negocio muy bonito, ¿no? —dijo Winkle con aire experto.

—Mucho —contestó Bob Sawyer—. Tan bonito, que al cabo de pocos años se podrán meter todos los beneficios en un vaso de vino y taparlos después con una hoja de grosella.

—¿No lo dirá en serio? —dijo Winkle—. Solo la instalación…

—Postiza, mi querido compadre —dijo Bob Sawyer—; la mitad de los cajones no tienen nada, y la otra mitad no se abren.

—¡Qué tontería! —dijo Winkle.

—De veras, ¡palabra de honor! —replicó Bob Sawyer, saliendo a la tienda a demostrar la veracidad de su aserto con diversos tirones fuertes a los pequeños tiradores dorados de los cajones postizos—. En la tienda no hay casi nada de verdad, salvo las sanguijuelas; y aun esas son de segunda mano.

—¡No lo habría imaginado! —exclamó Winkle, muy sorprendido.

—Eso espero —contestó Bob Sawyer—, pues, si no, ¿para qué sirven las apariencias, eh? Pero ¿qué quiere tomar? ¿Como nosotros? Está muy bien. Ben, compadre, mete la mano en el armario y trae acá el digestivo patentado.

Benjamin Allen sonrió con prontitud y sacó del armario que tenía al lado una botella negra medio llena de aguardiente.

—¿Lo tomará sin agua, por supuesto? —dijo Bob Sawyer.

—Gracias —replicó Winkle—, pero es más bien temprano. Me gustaría alargarlo, si no tiene objeción en contra.

—De ningún modo, si puede reconciliar su conciencia —contestó Bob Sawyer, tragando mientras hablaba una copa del licor con gran complacencia—. ¡Ben, el alambique!

Benjamin Allen sacó del mismo escondite un pequeño alambique de bronce,

que Bob Sawyer hizo notar que era su orgullo por tener un aspecto tan de trabajo en serio. Una vez que se hizo hervir el agua en el alambique profesional, al cabo del tiempo, con varias paladas de carbón que Bob Sawyer sacó de un cofre-asiento con la etiqueta «agua de seltz», Winkle diluyó su aguardiente; y la conversación empezaba a generalizarse cuando la interrumpió la llegada a la tienda de un muchacho, con sobria librea gris, sombrero de lazo dorado y un cestito tapado bajo el brazo, a quien Bob Sawyer inmediatamente saludó diciendo:

—¡Tom, vagabundo, ven aquí!

El muchacho se presentó, siguiendo la orden.

—Te has parado a saltar todos los guardacantones de Bristol, ¡pícaro holgazán!

—No, señor, no —contestó el muchacho.

—¡Más te valiera que no! —dijo Bob Sawyer con aspecto amenazador—. ¿Quién te imaginas que va a llamar a un médico si ve a su muchacho jugando a las bolas por la calle, o a pídola por la carretera? ¿No tienes sentido de tu profesión, miserable? ¿Has entregado todas las medicinas?

—Sí, señor.

—¿Los polvos para el niño, en la casa grande de la familia nueva, y las píldoras para tomar cuatro veces al día, en casa del viejo de mal humor con la pierna gotosa?

—Sí, señor.

—Entonces cierra la puerta y ocúpate de la tienda.

—Vamos —dijo Winkle cuando se retiró el muchacho—, las cosas no están tan mal como quería hacerme creer. Hay medicinas que mandar a las casas.

Bob Sawyer se asomó a la tienda para ver si había alguno de fuera al alcance de la voz e, inclinándose hacia Winkle, dijo en voz baja:

—Las deja equivocadas.

Winkle se quedó perplejo, y Bob Sawyer y su amigo se echaron a reír.

—¿No comprende? —dijo Bob—. Sube a una casa, llama a la puerta de servicio, pone en manos de la criada un paquete de medicina sin dirección y se marcha. La criada lo lleva al comedor, el amo lo abre y lee la receta: «Jarabe, para tomar antes de acostarse; las píldoras, como antes; la loción, como de costumbre; sobre todo, los polvos. Casa Sawyer, sucesor de Nockemorf. Se preparan cuidadosamente las recetas de los señores médicos», y todo lo demás. Él se lo enseña a su mujer; ella lee la etiqueta; pasa a las criadas; también leen la etiqueta. Al día siguiente, el chico llama: «Lo siento mucho… se ha equivocado… inmenso trabajo… muchísimos paquetes que entregar… saludos del señor Sawyer, sucesor de Nockemorf». El nombre se hace conocido, y eso es lo que importa en medicina, amigo mío. Bendita sea su inocencia, compadre; esto es mejor que todos los anuncios del mundo. Tenemos una botella de cuatro

onzas que ya ha estado en la mitad de las casas de Bristol, y todavía no se ha terminado.

—¡Válgame Dios, ya comprendo! —observó Winkle—; ¡qué plan tan bueno!

—Ah, Ben y yo hemos inventado una docena de planes así —respondió Bob Sawyer con gran júbilo—. El farolero cobra dieciocho chelines por semana por tirar de la campanilla de alarma durante diez minutos siempre que pasa por aquí; y mi muchacho siempre entra precipitadamente en la iglesia un momento antes de los Salmos, cuando la gente no tiene nada que hacer sino mirar alrededor, y me llama para que salga, con el horror y la consternación pintados en su rostro. ¡Válgame Dios!, dicen todos, ¡alguien se ha puesto malo de repente! Han mandado a buscar a Sawyer, sucesor de Nockemorf. ¡Cuánto trabajo tiene ese joven!

Al terminar esta revelación de algunos de los misterios de la medicina, Bob Sawyer y su amigo Ben Allen se arrellanaron en sus respectivas butacas para reír estrepitosamente. Cuando hubieron disfrutado a su gusto la broma, la conversación pasó a temas en que Winkle se sintió más inmediatamente interesado.

Creemos haber sugerido en otro lugar que Benjamin Allen solía ponerse sentimental después de beber. El caso no es muy raro, como podemos atestiguar nosotros mismos, habiendo tenido mucho quehacer en varias ocasiones con pacientes que sufren de esto mismo. En ese determinado periodo de su vida, Benjamin Allen tenía quizá mayor predisposición a empinar el codo de la que había tenido jamás; y la causa de esta enfermedad, en pocas palabras, era esta: llevaba cerca de tres semanas con Bob Sawyer; Bob Sawyer no se distinguía por su templanza, ni Benjamin Allen; la consecuencia era que, durante todo el intervalo recién mencionado, Benjamin Allen había oscilado entre la embriaguez parcial y la embriaguez completa.

—Mi querido amigo —dijo Ben Allen, aprovechando la momentánea ausencia de Bob Sawyer tras el mostrador, donde había acudido a despachar unas de esas sanguijuelas de segunda mano antes aludidas—; mi querido amigo, soy muy desgraciado.

Winkle expresó su cordial sentimiento al saberlo, y solicitó saber si podía hacer algo para aliviar las penas del desgraciado estudiante.

—Nada, muchacho, nada —dijo Ben—. ¿Se acuerda de Arabella, Winkle? ¿Mi hermana Arabella… una muchachita, Winkle, de ojos negros… cuando estuvimos en casa de Wardle? No sé si usted se fijó en ella… una chica muy simpática, Winkle. Quizá mi fisonomía podrá hacerle recordar su cara.

Winkle no necesitaba nada para evocar en su mente a la encantadora Arabella; y fue una suerte que no lo necesitara, pues los rasgos de su hermano Benjamin, indiscutiblemente, hubieran refrescado bastante mal su memoria. Contestó, con toda la calma que pudo asumir, que recordaba perfectamente a la

aludida señorita y confiaba sinceramente en que estuviera en perfecto estado de salud.

—Nuestro amigo Bob es un muchacho delicioso, Winkle —fue la única respuesta de Ben Allen.

—Mucho —dijo Winkle, sin saborear demasiado esta estrecha conexión entre los dos nombres.

—Yo los destinaba al uno para el otro; estaban hechos uno para otro, enviados al mundo uno para otro, nacidos uno para otro, Winkle —dijo Ben Allen, dejando el vaso con énfasis—. Hay aquí una predestinación especial, amigo mío; solo hay cinco años de diferencia entre ellos, y los cumpleaños de ambos son en agosto.

Winkle estaba demasiado deseoso de oír lo siguiente para expresar demasiado asombro ante esta extraordinaria coincidencia, por maravillosa que fuera; de modo que Ben Allen, tras de algunas lágrimas, siguió diciendo que, a pesar de toda su propia estima y respeto y veneración hacia su amigo, Arabella, de modo inexplicable e ingrato, había manifestado la más decidida antipatía hacia su persona.

—Y yo creo —dijo Ben Allen en conclusión—, yo creo que hay un afecto anterior.

—¿Tiene idea de quién puede ser su objeto? —preguntó Winkle con gran agitación.

Ben Allen agarró el atizador, lo blandió con ademán bélico sobre su cabeza, infligió un golpe salvaje en un imaginario cráneo y terminó diciendo, de modo muy expresivo, que solo desearía poderlo adivinar; y eso era todo.

—Ya le haría ver lo que pienso de él —dijo Ben Allen.

Y el atizador volvió a dar vueltas, con más ferocidad que antes.

Todo ello, desde luego, era muy calmante para los sentimientos de Winkle, que se quedó callado unos minutos; pero por fin, reuniendo toda su decisión, preguntó si la señorita Allen estaba en Kent.

—No, no —dijo Ben Allen, dejando a un lado el atizador y poniendo cara de astucia—; no pensé yo que la casa de Wardle fuera exactamente el mejor sitio para una chica terca; de modo que, como yo soy su protector natural y su tutor, porque nuestros padres han muerto, me la he traído a esta parte del país a que pase unos meses en casa de una vieja tía, en un sitio muy bonito, aburrido y apartado. Creo que eso la curará, amigo mío. Si no, me la llevaré al extranjero un poco, a ver si eso sirve.

—Ah, y la tía está en Bristol, ¿no? —balbució Winkle.

—No, no; no está en Bristol —contestó Ben Allen, sacudiendo el pulgar sobre el hombro derecho—. Está por ahí abajo. Pero, silencio, aquí está Bob. Ni una palabra, amigo mío, ni una palabra.

Aun con toda su brevedad, esta conversación despertó en Winkle el más alto grado de excitación y ansiedad. Ese afecto anterior sospechado le inflamaba el

corazón. ¿Podría ser él su objeto? ¿Podría ser por él por quien la hermosa Arabella hubiera mirado con desprecio al seductor Bob Sawyer, o tenía un rival feliz? Decidió verla, costara lo que costase. Pero en este punto se presentaba una dificultad insuperable, pues por la explicación « por ahí» , « por ahí abajo» , de Ben Allen, no podía adivinar de ningún modo si se refería a tres millas, o treinta, o trescientas.

Pero no tuvo oportunidad de cavilar sobre su amor en aquel momento, pues el regreso de Bob Sawyer fue precursor inmediato de la llegada de una empanada de carne en que se empeñaron que participara Winkle. Puso la mesa una asistenta ocasional que actuaba como ama de llaves de Bob Sawyer; y, después de pedir prestados otro cuchillo y otro tenedor a la madre del muchacho de la librea gris (pues los arreglos domésticos de Bob Sawyer estaban organizados, por ahora, en escala muy modesta), se sentaron a comer, sirviendo la cerveza, como observó Sawyer, « en su lata original» .

Después de comer, Bob Sawyer pidió el mortero más grande de la tienda y preparó en él una humeante poción de ponche al ron, removiendo y combinando los ingredientes mediante una mano de almirez, con aire impresionantemente farmacéutico. Sawyer, por ser soltero, no tenía en casa más que un vaso, que se adscribió a Winkle como cumplimiento para el visitante, mientras que Ben Allen se las arreglaba con un embudo tapado con un corcho; y el propio Bob Sawyer se contentaba con una de esas vasijas de boca ancha, grabadas con caracteres cabalísticos, en que los boticarios suelen medir sus medicinas líquidas cuando preparan las recetas. Arreglados estos preliminares se probó el ponche, y se reputó por excelente; y después de decidir que Bob Sawyer y Ben Allen se considerarían en libertad para llenar dos veces por cada vez que Winkle llenara su vaso, empezaron animosos, con gran satisfacción y buen compañerismo.

No hubo cánticos, porque Bob Sawyer dijo que no parecería nada profesional; pero para compensar esa privación, hubo tal conversación y tales risas que podrían haberse oído, y probablemente se oyeron, al extremo de la calle. Esta conversación aligeró materialmente el paso de las horas para el muchacho de Bob Sawyer, instruyendo también su espíritu, pues, en lugar de su habitual ocupación de escribir su nombre en el mostrador y volverlo a borrar, se dedicó a atisbar por la puerta de cristales, escuchando y mirando a la vez de esta manera.

El júbilo de Bob Sawyer iba rápidamente madurando hasta degenerar en furia, Ben Allen recaía en lo sentimental, y el ponche había desaparecido casi por completo, cuando el muchacho entró corriendo apresurado a decir que una joven acababa de venir a decir que necesitaban a Sawyer, sucesor de Nockemorf, un par de calles más allá. Esto disolvió la reunión. Bob Sawyer, entendiendo el mensaje al cabo de veinte repeticiones, se ató un trapo mojado a la cabeza para recuperar la sobriedad y, tras lograrlo parcialmente, se puso las

gafas verdes y se marchó. Resistiendo a todas las instancias a quedarse hasta que volviera Sawyer, y encontrando en absoluto imposible trabar conversación con Ben Allen sobre el tema más próximo a su corazón, ni tampoco sobre ningún otro, Winkle se marchó y regresó al Arbusto.

La ansiedad de su ánimo y las numerosas meditaciones que había provocado Arabella impidieron que su parte de mortero de ponche produjera en él el efecto que habría tenido en cualquier otra circunstancia. Así, después de tomar en el mostrador un vaso de coñac con seltz, entró en la sala, más desanimado que elevado por los acontecimientos del día.

Allí, sentado frente al fuego, de espaldas a él, había un caballero alto con abrigo: el único otro ocupante de la habitación. Era una tarde más bien fría para la estación del año, y el caballero echó la silla a un lado para permitir al recién llegado que contemplara también el fuego.

¡Cuáles fueron los sentimientos de Winkle cuando, al hacerlo así, reveló a su vista la cara y fisonomía del vengativo y sanguinario Dowler!

El primer impulso de Winkle fue tirar del cordón de campanilla más cercano, pero, por desgracia, daba la casualidad de que estaba inmediatamente detrás de la cabeza de Dowler. Dio un paso hacia él, antes de contenerse. Cuando lo hizo así, Dowler se echó atrás muy apresuradamente.

—Señor Winkle, cálmese. No me golpee. No lo consentiré. ¡Un golpe, jamás! —dijo Dowler, con aspecto más manso de lo que habría esperado Winkle de un hombre de su ferocidad.

—¿Un golpe? —tartamudeó Winkle.

—Un golpe, sí —contestó Dowler—. Domine sus sentimientos. Siéntese. Escúcheme.

—Señor Dowler —dijo Winkle, temblando de pies a cabeza—, antes de consentir en sentarme a su lado o enfrente de usted sin la presencia de un camarero, debo tener la seguridad de saber algo más. Usted me amenazó anoche, señor Dowler, con una amenaza horrible.

Aquí Winkle se puso muy pálido y se detuvo en seco.

—Sí, así fue —dijo Dowler, con rostro casi tan blanco como el de Winkle—. Las circunstancias eran sospechosas. Me las han explicado. Respeto su valentía. Sus sentimientos son irreprochables. Aquí tiene mi mano. Tómela.

—Realmente, señor —dijo Winkle, vacilando si darle o no la mano y casi temiendo que se la pidiera para sorprenderle con ventaja—; realmente, señor, yo…

—Ya sé lo que quiere decir —interrumpió Dowler—. Se siente ofendido. Muy natural. Yo también me sentiría. Estaba equivocado. Le pido perdón. Seamos amigos. Perdóneme.

Y con esto, Dowler, por las buenas, dio la mano a la fuerza a Winkle y, estrechándole la suya con la mayor vehemencia, declaró que era un hombre de

gran espíritu y que tenía más alta opinión sobre él que nunca.

—Bueno —dijo Dowler—, siéntese. Cuéntemelo todo. ¿Cómo me ha encontrado usted? ¿Cuándo me ha seguido? Sea franco. Cuéntemelo.

—Ha sido completamente casual —contestó Winkle, muy perplejo por el carácter curioso e inesperado de la entrevista—. Completamente.

—Me alegro —dijo Dowler—. Me desperté esta mañana. Se me había olvidado mi amenaza. Me reí de lo ocurrido. Me sentí con ánimo amistoso. Eso dije.

—¿A quién? —preguntó Winkle.

—A la señora Dowler. «Has hecho un juramento», dijo ella. «Sí, lo he hecho», dije. «Ha sido muy precipitado», dijo ella. «Lo ha sido», dije yo. «Presentaré mis excusas. ¿Dónde está?»

—¿Quién? —preguntó Winkle.

—Usted —contestó Dowler—. Bajé. No le encontré a usted. Pickwick tenía un aire sombrío. Movió la cabeza. Esperaba que no ocurriría ninguna violencia. Lo comprendí todo. Usted se sentía ofendido. Se había marchado, quizá a buscar a algún amigo. Posiblemente, a buscar unas pistolas. «Gran espíritu», dije. «Le admiro mucho.»

Winkle tosió y, empezando a ver por dónde iban las cosas, tomó aires de importancia.

—Dejé una nota para usted —continuó Dowler—. Dije que lo sentía mucho. Y es la verdad. Un asunto urgente me requería aquí. Usted no quedó satisfecho. Usted me siguió. Usted necesitaba una explicación verbal. Tenía razón. Todo ha pasado ya. Mi asunto está concluido. Vuelvo mañana. Venga conmigo.

Mientras Dowler avanzaba en sus explicaciones, el rostro de Winkle se ponía más y más digno. Estaba explicada la misteriosa naturaleza del comienzo de su conversación; Dowler tenía tanto horror como él a entrar en duelo; en una palabra, aquel personaje fanfarrón y temible era uno de los más egregios cobardes del mundo e, interpretando la ausencia de Winkle a través del cristal de sus propios temores, había dado el mismo paso que él, retirándose prudentemente hasta que hubiera disminuido toda excitación de sentimientos.

Al irse iluminando el verdadero estado de cosas en su espíritu, Winkle tomó un aspecto terrible y dijo que estaba perfectamente satisfecho, pero al mismo tiempo lo dijo con un aire tal que no dejaba a Dowler otra alternativa sino inferir que, si no lo hubiera estado, tendría que haber ocurrido inevitablemente algo horrible y destructivo.

Dowler pareció quedar impresionado con una sensación adecuada de la magnanimidad y condescendencia de Winkle; y los dos beligerantes se separaron a pasar la noche con muchas protestas de amistad eterna.

Hacia las doce y media, cuando Winkle llevaba unos veinte minutos disfrutando el pleno lujo de su primer sueño, le despertaron de repente unas

ruidosas llamadas a la puerta de su cuarto, que, al repetirse con aumentada vehemencia, le hicieron incorporarse de un salto en la cama y preguntar quién era y qué pasaba.

—Por favor, señor, aquí hay un joven que dice que tiene que verle enseguida —respondió la voz de la criada.

—¡Un joven! —exclamó Winkle.

—No hay error en eso —contestó otra voz por el ojo de la cerradura—; y si no se deja entrar a esa misma interesante joven criatura, es muy posible que sus piernas entren antes que su cara.

El joven dio un dulce puntapié a uno de los cuarterones bajos de la puerta después de haber pronunciado esa sugerencia, como para añadir fuerza e importancia a la observación.

—¿Eres tú, Sam? —preguntó Winkle, saltando de la cama.

—Es imposible identificar a nadie con ningún grado de satisfacción mental sin mirarle, señor —contestó dogmáticamente la voz.

Winkle, sin dudar mucho quién era el joven, dio vuelta a la llave de la puerta y, no bien lo hizo, Sam Weller entró con gran precipitación y, después de volver a cerrar, se metió la llave en el bolsillo con gran deliberación; y, una vez que pasó revista a Winkle de pies a cabeza, dijo:

—¡Es *usté* un caballerito de buen humor, vaya que sí, señor!

—¿Qué significa esta conducta, Sam? —preguntó Winkle, indignado—. Sal al instante. ¿Qué significa esto?

—¿Qué significa? —replicó Sam—. Vamos, señor, esto tiene demasiada sustancia, como dijo aquella señorita al quejarse al pastelero después que le vendió una empanada de cerdo que no tenía más que grasa. ¿Qué significa? Bueno, esto sí que es bueno, vaya.

—Abre la puerta y vete de este cuarto inmediatamente —dijo Winkle.

—Me marcharé de este cuarto, señor, en el mismo y preciso instante en que se marche *usté* —contestó Sam, hablando en tono enérgico y sentándose con perfecta gravedad—. Si encuentro que es necesario que me le lleve a la espalda, desde luego que tendré que salir un poco antes que *usté*; pero permítame expresar mi esperanza de que no me reducirá a tales extremos; y al decir esto no hago *na* más que citar lo que dijo aquel noble caballero al caracol que no quería salir de su concha con un alfiler, cuando empezó a temer, en consecuencia, que tendría que cascarlo en la puerta del comedor.

Al terminar esta alocución, desacostumbradamente prolija para él, Sam Weller plantó las manos en las rodillas y miró cara a cara a Winkle, con una expresión fisonómica que mostraba que no tenía la más remota intención de que le gastaran bromas.

—¿Qué clase de amigo es *usté* —continuó Sam en tono de reproche moralizador— para ir enredando a nuestro precioso amo en *toa* clase de

fantasías, ahora que se ha decidido a pasar por *to* con tal de defender los principios? ¡*Usté* es peor que Dodson; y en cuanto a Fogg, le considero un ángel de nacimiento a su lado!

Y Sam Weller, después de acompañar esta última expresión de sus sentimientos con una enfática palmada en cada rodilla, cruzó los brazos con aire de gran repugnancia y se echó atrás en la silla, como esperando la defensa del delincuente.

—Mi buen amigo —dijo Winkle, extendiendo la mano al mismo tiempo que le castañeteaban los dientes, pues durante todo el sermón de Sam Weller él estaba en ropa de noche—; mi buen amigo, respeto tu afecto hacia mi excelente amigo y lamento mucho haber añadido algo a sus motivos de inquietud. ¡Ea, Sam, la mano!

—Bueno —dijo Sam más bien de mal humor, pero estrechando respetuosamente la mano que le tendían a la vez—; bueno, si lo siente, debe sentirlo, y me alegro de que lo sienta; pues, si yo puedo remediarlo, no dejaré que nadie se aproveche de él, y eso es *to*.

—Claro, claro, Sam —dijo Winkle—. ¡Ea! Ahora vete a la cama, Sam, y ya seguiremos hablando de esto por la mañana.

—Lo siento mucho —dijo Sam—, pero no me puedo ir a la cama.

—¡No te puedes ir a la cama! —repitió Winkle.

—No —dijo Sam, moviendo la cabeza—. No puede ser.

—¿No querrás decir que te vuelves esta noche, Sam? —apremió Winkle, muy sorprendido.

—No, a no ser que *usté* lo desee especialmente —contestó Sam—; pero no tengo que salir de este cuarto. Las órdenes del amo eran perentorias.

—Tonterías, Sam —dijo Winkle—; yo me tengo que quedar aquí dos o tres días; y por si fuera poco, Sam, tú también debes quedarte para ayudarme a conseguir una entrevista con una señorita… la señorita Allen, Sam… ya la recuerdas… a quien tengo que ver, y veré, antes de marchar de Bristol.

Pero en respuesta a cada una de estas afirmaciones, Sam movió la cabeza con gran firmeza y contestó enérgicamente:

—No puede ser.

Sin embargo, tras mucho discutir y argumentar por parte de Winkle, y de contarle por completo lo que había ocurrido en la entrevista con Dowler, Sam empezó a vacilar; y por fin se estableció un compromiso, cuyas principales condiciones básicas eran las siguientes:

Que Sam se retiraría y dejaría a Winkle en la posesión tranquila de su habitación, a condición de que tuviera permiso para cerrar con llave la puerta, llevándose la llave; bien entendido que en el caso de una alarma o incendio, u otra emergencia peligrosa, se abriría enseguida la puerta. Que se escribiría una carta al señor Pickwick a primeras horas de la mañana siguiente, enviándola a

través de Dowler, para pedirle que consintiera que Sam y Winkle se quedaran en Bristol con el propósito y objetivo ya indicados, y solicitando respuesta a vuelta de correo; que si la respuesta era favorable, las partes susodichas se quedarían, en consecuencia, y si no, volverían inmediatamente a Bath al recibirla. Y, por último, que se entendía que el señor Winkle se comprometía expresamente a no recurrir mientras tanto a la ventana, chimenea u otros modos subrepticios de fuga. Firmadas estas estipulaciones, Sam cerró la puerta y se marchó.

Casi había terminado de bajar las escaleras, cuando se detuvo y sacó la llave del bolsillo.

—Se me había olvidado lo de derribarle de un golpe —dijo Sam, casi volviéndose atrás—. El amo dijo claramente que había que hacerlo. ¡Qué estúpido soy, vaya! No importa —dijo Sam, iluminándose—; de *toas* maneras, mañana será fácil hacerlo.

Al parecer muy consolado con esa reflexión, Sam Weller volvió a dejar la llave en el bolsillo y, bajando el resto de las escaleras sin nuevos remordimientos de conciencia, pronto estuvo sumergido en profundo reposo con los demás residentes de la casa.

XXXIX
SAM WELLER, AL SERLE CONFIADA UNA MISIÓN DE AMOR, SE DISPONE A EJECUTARLA; POSTERIORMENTE SE VERÁ CON QUÉ RESULTADO

Durante todo el día siguiente, Sam no perdió de vista jamás a Winkle, totalmente decidido a no quitarle ojo ni por un instante hasta que recibiera instrucciones expresas del punto de partida. Por incómodo que le fuera a Winkle estar estrechamente vigilado y guardado por Sam, pensó que era mejor aguantarlo, sin exponerse, con algún acto de oposición violenta, a ser arrebatado por la fuerza, como Sam Weller sugirió enérgicamente más de una vez que sería la línea de conducta que un estricto sentido del deber indicaba seguir. Hay pocas dudas de que Sam habría acallado rápidamente sus escrúpulos, llevando a Winkle a Bath atado de pies y manos, si la rápida atención del señor Pickwick a la nota que Dowler se encargó de llevar no hubiera salido al paso de cualquier actuación semejante. En pocas palabras: a las ocho de la noche, el propio señor Pickwick entró en la sala del hotel del Arbusto y dijo a Sam con una sonrisa, para su gran alivio, que había hecho muy bien y que ya no era nada necesario que montara la guardia.

—Creí que era mejor que viniera yo mismo —dijo el señor Pickwick, dirigiéndose a Winkle mientras Sam le liberaba de su abrigo y bufanda de viaje — para comprobar, antes de dar mi consentimiento al empleo de Sam en este asunto, si usted lleva intenciones completamente serias respecto a esa señorita.

—¡Serias, con toda el alma y el corazón! —respondió Winkle con gran energía.

—Recuerde, Winkle —dijo el señor Pickwick con ojos fulgurantes—, que la conocimos en casa de nuestro excelente y hospitalario amigo. Sería un mal pago juguetear a la ligera y sin la debida consideración con los sentimientos de esta señorita. Yo no lo consentiré; no lo consentiré.

—No tengo tal intención, desde luego —exclamó cálidamente Winkle—. He considerado bien el asunto durante mucho tiempo, y siento que mi felicidad reside en ella.

—Es lo que llamaríamos atarla en un paquete bien pequeño, señor — interrumpió Sam con sonrisa placentera.

Winkle puso una cara un tanto severa ante esa interrupción, y el señor Pickwick ordenó airadamente a su asistente que no bromeara con uno de los mejores sentimientos de nuestra naturaleza, a lo que Sam respondió:

—No me lo permitiría, si me diera cuenta; pero hay tantos sentimientos, que es difícil saber cuáles son los mejores al oírlos mencionar.

Winkle, entonces, contó lo que había ocurrido entre él y Ben Allen en relación con Arabella; declaró que su objetivo era obtener una entrevista con la señorita y

revelarle formalmente su pasión; y expresó su convencimiento, fundado en ciertas sugerencias sombrías y ciertos gruñidos del susodicho Ben, de que por el momento estaba emparedada por algún lugar cercano a los Downs.[67] Y esa era toda su reserva de conocimientos o sospechas sobre el tema.

Con esta levísima clave para guiarle, se decidió que Sam Weller partiría a la mañana siguiente en una expedición de descubrimiento; también se estipuló que los señores Pickwick y Winkle, menos confiados en sus capacidades, recorrerían mientras tanto la ciudad y, de paso, se dejarían caer por la tienda de Bob Sawyer en el transcurso del día, con esperanzas de ver u oír algo sobre el paradero de la señorita.

En consecuencia, a la mañana siguiente Sam Weller partió en su búsqueda, nada desanimado por la perspectiva desalentadora que se le ofrecía; y allá que fue, calle arriba y calle abajo —casi íbamos a decir cuesta arriba y cuesta abajo, pero en Clifton no hay más que cuesta arriba—, sin encontrar a nadie ni nada que contribuyera a lanzar la más leve luz sobre el asunto en cuestión. Muchos fueron los diálogos en que entró Sam con mozos de cuadra que sacaban caballos a tomar el aire por las calles y con nodrizas que sacaban niños a tomar el aire por los paseos; pero nada pudo obtener Sam, ni de los primeros ni de las segundas, que tuviera la más leve referencia al objeto de sus investigaciones tan hábilmente llevadas. Había numerosas señoritas en numerosas casas que, en su mayor parte, según sospechaban maliciosamente los domésticos y domésticas, estaban profundamente enamoradas de alguien, o perfectamente dispuestas a enamorarse si se presentaba la ocasión. Pero como ninguna de esas señoritas era Arabella Allen, la información dejó a Sam exactamente en el punto anterior de sabiduría en que estaba antes.

Sam luchaba con un fuerte viento al avanzar por los Downs, preguntándose si en aquel país sería siempre necesario sujetarse el sombrero con las dos manos, y llegó a un lugar apartado y en sombra por el cual había dispersas varias pequeñas villas de aspecto tranquilo y apartado. Ante una puerta de cuadra, al fondo de un largo pasaje sin salida, un mozo en mangas de camisa estaba perdiendo el tiempo, al parecer convenciéndose a sí mismo de que hacía algo con una pala y una carretilla. Debemos observar en este punto que casi nunca hemos visto a un mozo junto a una cuadra, en sus momentos de pereza, que no haya sido víctima en mayor o menor grado de esta curiosa ilusión.

Sam pensó que podría hablar con este mozo igual que con cualquier otra persona, sobre todo, dado que estaba muy cansado de andar y había una hermosa piedra grande enfrente mismo de la carretilla; de modo que avanzó indolentemente por el pasaje y, sentándose en la piedra, entró en conversación con la facilidad y libertad que tanto le distinguían.

—Buenos días, viejo —dijo Sam.

—Tardes, querrá decir —replicó el mozo, lanzando una mirada de mal humor

hacia Sam.

—Tiene mucha razón, amigo —dijo Sam—; quiero decir tardes. ¿Cómo está?

—Bueno, no me encuentro mucho mejor por verle —contestó el malhumorado mozo.

—Es muy raro, sí que lo es —dijo Sam—, porque *usté* tiene un aspecto extraordinariamente alegre, y parece tan animado que se le ensancha a uno el corazón de verle.

El áspero mozo puso una cara aún más áspera al oírlo, pero no lo bastante como para producir ningún efecto en Sam, que inmediatamente preguntó con cara de gran interés si su amo no se llamaba Walker.

—No, no se llama así —dijo el mozo.

—¿Ni tampoco Brown, imagino? —dijo Sam.

—No, tampoco.

—¿Ni Wilson?

—No, tampoco.

—Bueno —contestó Sam—; entonces estoy equivocado y no tiene el honor de ser de mis amistades, como yo creía. No se quede por aquí por cortesía para conmigo —dijo Sam mientras el mozo metía la carretilla y se disponía a cerrar la puerta—. La *comodidá* antes que la ceremonia, muchacho; yo le doy por *excusao*.

—Le partiría la cabeza por media corona —dijo el áspero mozo, cerrando una mitad de la puerta.

—No podría permitírselo en esas condiciones —replicó Sam—. Le costaría por lo menos la manutención durante *toa* la vida, y aun así sería barato. Dé mis recuerdos dentro. Dígales ahí dentro que no me esperen a cenar y que no tienen que dejarme *na guardao*, porque se enfriaría antes que llegara yo.

En respuesta a esto, el mozo, poniéndose muy irritado, murmuró su deseo de lesionar la persona de alguien; pero desapareció sin ponerlo en ejecución, con un colérico portazo detrás de él y sin atender en absoluto a la afectuosa petición de Sam de que le dejara un rizo de pelo antes de marcharse.

Sam siguió sentado en aquella piedra, meditando lo que sería mejor hacer y dando vueltas en su mente a un plan para llamar a todas las puertas a cinco millas de Bristol, a razón de ciento cincuenta o doscientas diarias, con el fin de encontrar por este medio a la señorita Arabella, cuando el azar, de repente, le puso en su camino lo que podría haber pensado durante un año y no habría encontrado sin él.

Al pasaje donde estaba daban tres o cuatro puertas cocheras, pertenecientes a otras tantas casas que, aunque a cierta distancia unas de otras, estaban separadas solo por los jardines. Como estos eran grandes y largos, y bien plantados de árboles, las casas no solo quedaban un tanto alejadas, sino que en su mayor parte estaban casi ocultas a la vista. Sam estaba sentado con los ojos fijos en el montón

de basura al lado de la puerta inmediata a aquella por donde había desaparecido el mozo, revolviendo profundamente en su mente las dificultades de su presente empresa, cuando se abrió la puerta y una criada salió al pasaje a sacudir unas alfombras.

Sam estaba tan ocupado con sus propios pensamientos, que es probable que no se hubiera fijado en la joven más que levantando la cabeza y advirtiendo que tenía una figura muy linda y esbelta, si sus sentimientos de galantería no se hubieran agitado vivamente al notar que no tenía nadie que la ayudara y que las alfombras parecían muy pesadas para sus solas energías. Sam Weller era un caballero de extraordinaria galantería a su manera y, en cuanto notó esa circunstancia, se levantó apresuradamente de la piedra y avanzó hacia ella.

—Querida mía —dijo Sam, acercándose con aire de gran respeto—; se va a echar a perder sin remedio ese tipo tan lindo si sacude las alfombras *usté* sola. Déjeme que la ayude.

La muchacha, que había fingido esquivamente no darse cuenta de que había un hombre allí tan cerca, se volvió cuando oyó hablar a Sam, sin duda (según dijo luego) para rehusar esta oferta de un completo desconocido, cuando, en lugar de hablar, se echó atrás y lanzó un grito medio ahogado. Sam quedó casi tan desconcertado como ella, pues en el rostro de la bien formada doncella observó los mismísimos rasgos de su valentina, la linda doncella de casa del señor Nupkins.

—¡Cómo! ¡Mary, querida mía! —dijo Sam.

—Vamos, señor Weller —dijo Mary—, ¡qué manera de asustar!

Sam no dio respuesta verbal a esta queja, ni podemos decir con exactitud qué respuesta dio. Solo sabemos que, tras una breve pausa, Mary dijo:

—¡Dios mío, basta, señor Weller!

Y que a Sam se le había caído el sombrero unos pocos momentos antes; dos síntomas por los cuales nos sentimos dispuestos a inferir que entre ambas partes se había cruzado un beso, o más.

—Pero ¿cómo ha venido hasta aquí? —dijo Mary cuando se reanudó la conversación en que se había introducido tal pausa.

—Desde luego, vine en tu busca, guapa —contestó Sam Weller, permitiendo por una vez que su pasión prevaleciera sobre su sinceridad.

—¿Y cómo sabía que estaba aquí? —preguntó Mary—. ¿Quién le pudo decir que cambié de servicio en Ipswich, y que luego se marcharon de allí? ¿Quién pudo ser?

—Ah, claro —dijo Sam con mirada astuta—, esa es la cuestión. ¿Quién me lo pudo decir?

—No fue el señor Muzzle, ¿verdad? —preguntó Mary.

—Oh, no —dijo Sam, agitando solemnemente la cabeza—; no fue él.

—Tuvo que ser la cocinera —dijo Mary.

—Desde luego, tuvo que ser ella —dijo Sam.

—Bueno, ¡en mi vida he visto semejante cosa! —exclamó Mary.

—Yo tampoco —dijo Sam—. Pero, Mary, guapa —aquí el tono de Sam se volvió muy tierno—; Mary, guapa, tengo otro asunto muy urgente entre manos. Hay uno de los amigos de mi amo, el señor Winkle… ¿te acuerdas?

—¿El de la cazadora verde? —dijo Mary—. Sí, me acuerdo.

—Bueno —dijo Sam—, pues está terriblemente *enamorao*; absolutamente *enredao* y *trastornao*.

—¡Cómo! —interrumpió Mary.

—Sí —dijo Sam—; pero eso no es nada si pudiéramos encontrar a la joven. —Y aquí Sam, con varias digresiones sobre la belleza de la propia Mary y las inexpresables torturas que había experimentado desde que la vio, dio un fiel informe sobre la actual situación de Winkle.

—¡Bueno! —dijo Mary—. ¡No lo habría imaginado!

—Claro que no —dijo Sam—; y nadie se lo imagina, ni se lo imaginará nunca; y aquí estoy yo andando como el judío errante (un personaje deportivo del que habrás oído hablar quizá, Mary, guapa, y que siempre estaba haciendo una partida con el tiempo, y nunca dormía), en busca de la señorita Arabella Allen.

—¿La señorita qué? —dijo Mary con gran asombro.

—La señorita Arabella Allen.

—¡Dios mío! —dijo Mary, señalando a la puerta del jardín que el mozo malhumorado había cerrado al entrar—. ¡Si es esa misma casa; lleva seis semanas viviendo allí! La primera doncella, que es también de la señorita, me lo ha dicho todo por la valla del lavadero, una mañana, antes que la familia estuviera levantada.

—¡Cómo! ¿La puerta de al lado? —dijo Sam.

—Esa misma —contestó Mary.

Sam Weller quedó tan profundamente abrumado al recibir esta noticia que encontró absolutamente necesario agarrarse a su linda informadora en busca de apoyo; y varios pequeños intercambios amorosos tuvieron lugar entre ellos antes de que él se encontrara bastante sosegado como para volver al tema.

—Bueno —dijo Sam por fin—, si esto no es mejor que las riñas de gallos, nada lo será nunca, como dijo el alcalde de Londres cuando el primer ministro brindó por la salud de su señora después de cenar. ¡Esta misma casa de al lado! Vaya, pues tengo un recado para ella que llevo *to* el día tratando de darle.

—Ah —dijo Mary—, pero no se lo puedes dar ahora, porque solo sale a pasear por el jardín al anochecer, y aun eso, muy poco tiempo; y nunca sale fuera sin la vieja.

Sam rumió unos momentos, y por fin dio con el siguiente plan de operaciones: volvería al anochecer, la hora en que invariablemente paseaba

Arabella, y, dándole paso Mary al jardín de la casa donde estaba, él se las arreglaría para trepar por la valla bajo las ramas colgantes de un gran peral, que le ocultaría de toda observación; allí transmitiría su mensaje y, si era posible, concertaría una entrevista con Winkle para la noche siguiente a la misma hora. Hecho este arreglo con gran celeridad, Sam ayudó a Mary a su ocupación, tan aplazada, de sacudir las alfombras.

No es una cosa tan inocente como parece, el sacudir alfombras; por lo menos, quizá no haya nada de particular en sacudirlas, pero el doblarlas es un proceso muy insidioso.

Mientras duran las sacudidas y las dos personas están separadas por la distancia de la alfombra, es la diversión más inocente que quepa imaginar; pero cuando empieza el plegado y esa distancia disminuye gradualmente de la mitad de su distancia anterior a la cuarta parte, y luego a la octava, y luego a la dieciseisava, y luego a la treintaidosava, empieza a volverse peligrosa, por larga que sea la alfombra. No sabemos con detalle cuántas alfombras se doblaron de este modo, pero podemos atrevernos a asegurar que Sam besó a la linda doncella tantas veces cuantas alfombras había.

Sam Weller se regaló con moderación en la taberna más cercana hasta que casi llegó al anochecer, y luego volvió al pasaje sin salida. Después de que Mary le dejó entrar al jardín y le dio diversas admoniciones respecto a la seguridad de su cuello y extremidades, Sam se subió al peral, a esperar a que Arabella se hiciera visible.

Esperó tanto tiempo sin que tuviera lugar el acontecimiento tan ansiosamente aguardado, que empezaba a pensar que no iba a tener lugar en absoluto, cuando oyó unos leves pasos por la grava e inmediatamente después observó a Arabella paseando pensativa por el jardín. Cuando llegó cerca del árbol, Sam, para indicar suavemente su presencia, empezó a hacer diversos ruidos diabólicos semejantes a los que probablemente serían propios de una persona de cierta edad que desde su primera infancia hubiera sufrido una combinación de anginas inflamatorias, garrotillo y tos ferina.

Al oírlo, la joven lanzó una mirada apresurada hacia el lugar de donde provenían esos temibles sonidos y, como no quedó disminuida en absoluto su alarma anterior al ver a un hombre entre las ramas, es seguro que habría echado a correr rápidamente, alarmando a toda la casa, si el miedo, por fortuna, no la hubiera privado de la capacidad de moverse, haciéndola desplomarse en un banco del jardín, que, por suerte, dio la casualidad de que estaba bastante a mano.

—Se va a desmayar —soliloquió Sam con gran perplejidad—. ¡Qué cosa es esta, que estas jóvenes criaturas se desmayan precisamente cuando menos deberían! Vamos, joven, señorita Sierrahuesos, señora Winkle, ¡no se desmaye!

No importa si fue la magia del nombre de Winkle, o el frescor del aire libre, o

algún recuerdo de la voz de Sam, lo que reanimó a Arabella. Levantó la cabeza y preguntó lánguidamente:

—¿Quién es, y qué quiere?

—¡Chist! —dijo Sam, saltando a caballo sobre la tapia y acurrucándose en el menor espacio a que podía reducirse—. Soy yo, solamente yo.

—¡El criado del señor Pickwick! —dijo Arabella con vehemencia.

—El mismísimo, señorita —contestó Sam—. Ahí está el señor Winkle retorciéndose completamente de desesperación, señorita.

—¡Ah! —dijo Arabella, acercándose más a la tapia.

—Sí, desde luego —dijo Sam—. Creímos anoche que tendríamos que ponerle la camisa de fuerza; está *to* el día delirando, y dice que si no puede verla a *usté* antes de mañana por la noche, que le ocurra algo malo si no se tira al río.

—¡No, no, señor Weller! —dijo Arabella, retorciéndose las manos.

—Eso es lo que él dice, señorita —replicó fríamente Sam—. Es hombre de palabra, y mi opinión es que lo hará, señorita. Se ha enterado de dónde estaba *usté* por el sierrahuesos de las gafas.

—¡Mi hermano! —dijo Arabella, logrando reconocer a duras penas la descripción de Sam.

—No sé muy bien cuál es su hermano, señorita —contestó Sam—. ¿El más sucio de los dos?

—Sí, sí, señor Weller —contestó Arabella—. ¿Qué más? Deprisa, por favor.

—Bueno, señorita —dijo Sam—; que se ha enterado por él, y la opinión de mi amo es que si *usté* no le ve enseguida, el sierrahuesos de que hablábamos le meterá en la cabeza suficiente plomo como para averiarle bastante el desarrollo de ese órgano, aunque luego lo pongan en alcohol.

—¡Ah, qué puedo hacer para evitar esa terrible lucha! —exclamó Arabella.

—La sospecha de que *usté* tenga un compromiso anterior es culpa de *to* —contestó Sam—. Sería mejor que hablara con él.

—Pero ¿cómo, dónde? —lloró Arabella—. No me atrevo a salir sola de casa. ¡Mi hermano es tan duro, tan poco razonable! Sé que le parecerá extraño que le hable así, señor Weller, pero soy muy desgraciada, mucho… —Y aquí la pobre Arabella lloró tan amargamente que Sam se sintió caballeresco.

—Señorita, aunque pueda parecer extraño que le hable de estos asuntos —dijo Sam, con gran vehemencia—, lo que yo puedo decir es que no solo estoy dispuesto, sino deseoso, de hacer lo que sirva *pa* arreglar las cosas; y si sirve de algo que tire por la ventana a uno de esos sierrahuesos, aquí está el hombre.

Y al decir esto, Sam Weller se remangó los puños, con inminente peligro de caerse de la valla al hacerlo, para indicar su deseo de ponerse a la obra inmediatamente.

Por lisonjeras que fueran esas profesiones de buenos sentimientos, Arabella rehusó decididamente (de modo inexplicable, según pensó Sam) hacer uso de

ellas. Durante algún tiempo se negó decididamente a conceder a Winkle la entrevista que tan patéticamente había solicitado Sam; pero al fin, cuando la conversación amenazaba ser interrumpida por la inoportuna llegada de una tercera persona, ella le dio a entender a toda prisa, con muchas expresiones de gratitud, que era nada más que posible que estuviera en el jardín, una hora después, la noche siguiente. Sam lo entendió perfectamente bien, y Arabella, concediéndole una de sus más dulces sonrisas, se escapó graciosamente, dejando a Sam Weller en un estado de gran admiración hacia sus encantos personales y espirituales.

Después de bajar sano y salvo de la tapia, y sin olvidarse de consagrar unos pocos momentos a sus propios asuntos particulares en este mismo ramo, Sam Weller volvió con la mayor rapidez al Arbusto, donde su prolongada ausencia había ocasionado muchas especulaciones y alguna alarma.

—Hemos de tener mucho cuidado —dijo el señor Pickwick después de escuchar atentamente el relato de Sam—, no por nosotros, sino por la señorita. Tenemos que ir con mucha precaución.

—¡Tenemos! —dijo Winkle con marcado énfasis.

La momentánea indignación del señor Pickwick ante el tono de esta observación dejó paso a su característica expresión de benevolencia al contestar:

—¡Tenemos! Yo le acompañaré.

—¡Usted! —dijo Winkle.

—Yo —replicó el señor Pickwick suavemente—. Al concederle esta entrevista, la señorita ha dado un paso, quizá muy natural, pero sin embargo muy imprudente. Si yo estoy presente en la reunión (un amigo común, bastante viejo como para ser el padre de cualquiera de los dos), la voz de la calumnia no se levantará contra ella.

Al decir esto, los ojos del señor Pickwick centellearon con honrado júbilo ante tamaña previsión. Winkle se sintió conmovido ante este pequeño rasgo de su delicado respeto hacia la joven invitada de un amigo, y estrechó su mano con sentimientos de estima rayanos en la veneración.

—Sí, tiene que venir —dijo Winkle.

—Iré —dijo el señor Pickwick—. Sam, prepararás mi abrigo y mi bufanda, y encarga que mañana por la tarde esté un coche a la puerta, antes de lo que sea absolutamente necesario para poder llegar a tiempo.

Sam Weller se llevó la mano al sombrero en señal de obediencia y se retiró para hacer todos los preparativos necesarios para la expedición.

El coche llegó puntual a la hora establecida, y Sam Weller, después de instalar debidamente al señor Pickwick y a Winkle en el interior, se sentó en el pescante junto al cochero.

Bajaron, como se había convenido, a un cuarto de milla del lugar de la cita y, pidiendo al cochero que aguardara hasta que volvieran, continuaron el trecho

restante a pie.

En este punto de la empresa, el señor Pickwick, con muchas sonrisas y otras varias indicaciones de gran satisfacción de sí mismo, sacó de uno de los bolsillos del abrigo una linterna sorda, que había buscado especialmente para esta ocasión y cuya gran belleza mecánica empezó a explicar a Winkle mientras seguían andando, con no poca sorpresa de los pocos transeúntes que encontraban.

—Me hubiera venido bien algo parecido en mi última expedición a un jardín, ¿eh, Sam? —dijo el señor Pickwick, volviéndose a mirar con buen humor a su servidor, que venía detrás.

—Son cosas muy bonitas cuando se saben manejar bien, señor —contestó Sam—, pero cuando uno no quiere que le vean, creo que son más útiles cuando se ha *apagao* la vela que cuando está encendida.

El señor Pickwick pareció impresionado por la observación de Sam, pues volvió a meterse la linterna en el bolsillo y siguieron andando en silencio.

—Por aquí, señor —dijo Sam—. Yo les guiaré. Este es el pasaje.

Entraron por el pasaje, y estaba muy oscuro. El señor Pickwick sacó la linterna, una o dos veces, mientras avanzaban a tientas, y lanzó un brillantísimo haz de luz hacia delante, como de un pie de diámetro. Era muy bonito de ver, pero parecía tener el efecto de hacer más oscuros que antes los objetos circundantes.

Por fin llegaron a la piedra grande. Allí Sam recomendó a su amo y al señor Winkle que se sentaran, mientras él partía en exploración, comprobando si Mary esperaba.

Tras una ausencia de cinco o diez minutos, Sam volvió diciendo que la puerta estaba abierta y todo en silencio. Siguiéndole con paso furtivo, los señores Pickwick y Winkle se encontraron pronto en el jardín. Allí todos dijeron muchas veces «¡Chist!», y, hecho esto, nadie parecía tener ninguna idea clara sobre lo que había que hacer.

—¿Está la señorita Allen en el jardín, Mary? —preguntó Winkle muy agitado.

—No sé, señor —contestó la doncella guapa—. Lo mejor que podrían hacer es que el señor Weller le ayudara a subir al árbol, y quizá que el señor Pickwick tenga la bondad de vigilar si viene alguien por el pasaje, mientras yo miro en el otro lado del jardín. ¡Válgame Dios!, ¿qué es eso?

—Esa condenada linterna será la muerte de *toos* nosotros —exclamó Sam, irritado—. Tenga *cuidao* con lo que hace, señor; está dirigiendo la luz a la ventana del salón.

—¡Pobre de mí! —dijo el señor Pickwick, volviéndose rápidamente—; lo he hecho sin querer.

—Ahora da en la casa de al *lao*, señor —se quejó Sam.

—¡Válgame Dios! —exclamó el señor Pickwick, volviéndose otra vez.

—Ahora da en la cuadra, y se van a creer que hay un incendio —dijo Sam

—. Ciérrela, señor, ¿no puede?

—¡Es la linterna más extraordinaria que he visto en mi vida! —exclamó el señor Pickwick, muy desconcertado por los efectos que había producido tan sin intención—; nunca he visto un reflector tan potente.

—Va a ser demasiado potente *pa* nosotros, si sigue lanzando por ahí la luz de esa manera, señor —contestó Sam, mientras el señor Pickwick, después de varios esfuerzos infructuosos, se las arreglaba para cerrar la compuerta—. Ahí se oyen los pasos de la señorita. Ea, señor Winkle, arriba con *usté*.

—¡Alto, alto! —dijo el señor Pickwick—. Antes tengo que hablar yo con ella. Ayúdame a subir, Sam.

—Despacito, señor —dijo Sam, apoyando la cabeza contra la tapia y convirtiendo su espalda en una plataforma—. Súbase en ese tiesto, señor, y ahora *pa* arriba.

—Tengo miedo de hacerte daño, Sam —dijo el señor Pickwick.

—No se preocupe por mí, señor —contestó Sam—. Dele una mano, señor Winkle. ¡Firme, señor, firme! ¡Allá va!

Mientras hablaba Sam, el señor Pickwick, con esfuerzos casi sobrenaturales en un caballero de su edad y de su peso, lograba subir a la espalda de Sam; este se elevó suavemente y el señor Pickwick se agarró firmemente al borde de la tapia, mientras Winkle le sujetaba fuerte las piernas, con lo que, reuniendo estos medios, lograron hacer salir los lentes del señor Pickwick por encima del borde del muro.

—Querida Arabella —dijo el señor Pickwick, mirando por encima y viendo a Arabella al otro lado—; no se asuste, querida, soy yo.

—¡Ah, por favor, váyase, señor Pickwick! —dijo Arabella—. Dígales a todos que se vayan. Tengo un miedo terrible. Querido señor Pickwick, no se quede ahí. Se caerá y se matará, estoy segura.

—Ea, vamos, no se asuste, Arabella —dijo el señor Pickwick en tono apaciguador—. No hay la menor causa de temor, se lo aseguro. Aguanta firme, Sam —dijo el señor Pickwick, mirando hacia abajo.

—Muy bien, señor —contestó Sam—. No se quede más tiempo del necesario, señor. Pesa *usté* bastante.

—Solo un momento más, Sam —dijo el señor Pickwick—. Quería simplemente que supiera, querida Arabella, que no hubiera permitido a mi joven amigo verla de este modo clandestino si la situación en que se encuentra usted le hubiera dejado otra alternativa; y, para que la inconveniencia de esta iniciativa no le produzca ninguna incomodidad, querida mía, puede ser una satisfacción saber que yo estoy presente. Eso es todo, querida Arabella.

—Desde luego, señor Pickwick, le estoy muy agradecida por su amabilidad y consideración —contestó Arabella, secándose las lágrimas con el pañuelo.

Probablemente habría dicho mucho más, de no haber desaparecido

bruscamente la cabeza del señor Pickwick, a consecuencia de un paso en falso en el hombro de Sam que le hizo desplomarse de repente por tierra. Sin embargo, un momento después volvía a estar de pie y, rogando a Winkle que se apresurara a realizar su entrevista, corrió al pasaje a montar la guardia con todo el valor y ardor de la juventud. El propio Winkle, inspirado por la ocasión, subió a la tapia en un momento, deteniéndose apenas a encargar a Sam que tuviera cuidado con su amo.

—Ya me cuidaré de él, señor —contestó Sam—. Déjemelo a mí.

—¿Dónde está? ¿Qué hace, Sam? —preguntó Winkle.

—¡Benditas sean sus viejas polainas! —dijo Sam, mirando a la puerta del jardín—. Está montando la guardia en el pasaje con esa linterna sorda, como un Guy Fawkes[68] cariñoso. Nunca he visto tan bondadosa criatura en *toa* mi vida. ¡Estoy seguro de que su corazón ha nacido veinticinco años después que su cuerpo, por lo menos!

Winkle no se detuvo a escuchar los encomios concedidos a su amigo. Se había dejado caer de la tapia, se había arrodillado a los pies de Arabella y estaba ya argumentando la sinceridad de su pasión con una elocuencia digna del propio señor Pickwick.

Mientras pasaban estas cosas al aire libre, un caballero entrado en años, de aficiones científicas, estaba sentado en su biblioteca, dos o tres casas más allá, escribiendo un tratado filosófico y humedeciendo de vez en cuando la lengua y los trabajos con un vaso de clarete, escanciado de una botella de venerable aspecto que había a su lado. En las agonías de la redacción, el caballero entrado en años miraba unas veces a la alfombra, otras veces al techo, otras veces a la pared; y cuando ni la alfombra, ni el techo, ni la pared le proporcionaban el grado requerido de inspiración, miraba por la ventana.

En una de esas pausas en la invención, el caballero científico miraba abstraído la densa oscuridad de fuera cuando quedó muy sorprendido al observar una luz muy brillante que se deslizaba por el aire, a poca distancia del suelo, y que desapareció casi al instante. Al poco tiempo, el fenómeno se repitió, no una vez ni dos, sino varias; por fin el caballero científico, dejando la pluma, empezó a considerar a qué causas naturales habría que adscribir esos fenómenos.

No eran meteoros; iban demasiado bajo. No eran luciérnagas; iban demasiado alto. No eran fuegos fatuos, no eran gusanos de luz, no eran fuegos artificiales. ¿Qué podrían ser? Algún extraordinario y maravilloso fenómeno de la naturaleza que ningún filósofo había visto nunca; algo que le había estado reservado descubrir y que inmediatamente inmortalizaría su nombre si lo anotaba para beneficio de la posteridad.

Henchido de esta idea, el caballero científico volvió a tomar la pluma y encomendó al papel diversas notas sobre estos fenómenos inigualados, con la fecha, día, hora, minuto y segundo exacto en que fueron visibles: todo lo cual iba

a formar los datos de un voluminoso tratado de gran investigación y profunda erudición que asombraría a todos los expertos en meteorología que jamás respiraron en cualquier parte del globo civilizado.

Se arrellanó en su butaca, envuelto en la contemplación de su futura grandeza. La luz misteriosa aparecía con más brillo que antes, bailando, al parecer, por el pasaje de un lado para otro, cruzando de parte a parte y moviéndose en una órbita tan excéntrica como la de los propios cometas.

El caballero científico era soltero. No tenía mujer a quien llamar y asombrar, de modo que tocó la campanilla para que viniera el criado.

—Pruffle —dijo el sabio—, esta noche hay algo extraordinario en el aire. ¿Has visto eso? —dijo el sabio, señalando por la ventana cuando la luz volvía a hacerse visible.

—Sí, señor.

—¿Qué piensas de eso, Pruffle?

—¿Que qué pienso de eso, señor?

—Sí. Tú te has criado en esta región. ¿Qué dirías que es la causa de estas luces que ves ahora?

El caballero científico sonrió presintiendo la respuesta de Pruffle, de que no podía atribuirles ninguna causa en absoluto. Pruffle meditó.

—Diría que son ladrones, señor —dijo Pruffle por fin.

—Eres tonto; te puedes ir abajo —dijo el científico.

—Gracias, señor —dijo Pruffle. Y se marchó abajo.

Pero el científico no podía descansar con la idea de que el ingenioso tratado que había proyectado se perdiera para el mundo, lo cual ocurriría inevitablemente si la hipótesis del ocurrente Pruffle no quedaba ahogada en su mismo nacimiento. Se puso el sombrero y bajó rápidamente al jardín, decidido a investigar el asunto hasta la misma raíz.

Ahora bien, poco antes de que el científico saliera al jardín, el señor Pickwick había echado a correr por el pasaje para transmitir la falsa alarma de que venía alguien, abriendo de vez en cuando la compuerta de la interna para no caerse en la zanja. En cuanto se dio la alarma, Winkle volvió a trepar de vuelta por la tapia y Arabella se metió corriendo en la casa; se cerró la puerta del jardín y los tres aventureros salían deprisa por el pasaje cuando se sobresaltaron con el científico, que abría la puerta de su jardín.

—Un momento —susurró Sam, que, naturalmente, era el primero del grupo —. Eche luz solamente un segundo, señor.

El señor Pickwick hizo lo que se deseaba, y Sam, al ver la cabeza de un hombre que salía atisbando cautelosamente a un codo de la suya, le dio un suave golpe con el puño cerrado, que la hizo chocar con sonido hueco contra la puerta. Realizada esta hazaña con gran rapidez y destreza, Sam Weller cargó al señor Pickwick a sus espaldas y siguió a Winkle por el pasaje, a una velocidad que,

considerada la carga que llevaba, resultaba asombrosa.

—¿Ya ha recobrado el aliento, señor? —preguntó Sam cuando llegaron al final.

—Sí, completamente —contestó el señor Pickwick.

—Entonces, vamos allá —dijo Sam, volviendo a poner sobre sus propios pies a su amo—. Póngase entre los dos, señor. No hay ni media milla que correr. Piense que está ganando una copa. Vamos allá.

Así estimulado, el señor Pickwick hizo el mejor uso de sus piernas. Se puede afirmar con toda confianza que jamás avanzaron sobre el suelo un par de polainas negras con mejor estilo que las del señor Pickwick en aquella memorable ocasión.

El coche aguardaba, los caballos estaban descansados, los caminos eran buenos y el conductor estaba dispuesto. El grupo entero llegó sano y salvo al Arbusto antes que el señor Pickwick recuperara el aliento.

—Adentro enseguida, señor —dijo Sam, ayudando a bajar a su amo—. No se pare ni un segundo en la calle, después de *to* ese ejercicio. Perdone, señor —continuó Sam, llevándose la mano al sombrero cuando bajaba Winkle—; espero que no habría otro afecto anterior…

Winkle estrechó la mano de su humilde amigo y le susurró al oído:

—Todo está muy bien, Sam; todo está muy bien.

Ante lo cual, Sam Weller se dio tres sonoros golpes en la nariz en señal de comprensión, sonrió, hizo guiños y se puso a retirar el estribo con rostro expresivo de una viva satisfacción.

En cuanto al caballero científico, demostró, en un tratado magistral, que esas luces extrañas eran efecto de la electricidad; y lo probó claramente detallando cómo una chispa de fuego danzó ante sus ojos cuando sacó la cabeza por la puerta y cómo recibió un golpe que le dejó aturdido durante un cuarto de hora; demostración que complació ilimitadamente a todas las asociaciones científicas e hizo que desde entonces le consideraran una lumbrera de la ciencia.

XL

QUE PRESENTA AL SEÑOR PICKWICK UNA NUEVA ESCENA, NADA EXENTA DE INTERÉS, DEL GRAN DRAMA DE LA VIDA

El resto del periodo que el señor Pickwick había previsto para su permanencia en Bath pasó sin que ocurriera nada importante. Empezó la temporada estival de los tribunales. Al terminar su primera semana, el señor Pickwick y sus amigos volvieron a Londres; y aquel, acompañado, naturalmente, por Sam, se fue derecho a su antigua residencia en San Jorge y el Buitre.

Tres días después de su llegada, por la mañana, cuando todos los relojes de torre del centro de la ciudad daban las nueve, uno a uno, y cerca de novecientas noventa y nueve en conjunto, Sam tomaba el aire en el patio de la posada cuando entró un extraño tipo de vehículo recién pintado, del cual saltó con gran agilidad, tirando las riendas a un hombre obeso que iba a su lado, un extraño caballero que parecía hecho para el vehículo, así como el vehículo para él.

El vehículo no era exactamente una calesa, ni un cabriolé. No era lo que se llama corrientemente una victoria, ni una carretela, ni una silla de posta, ni un cupé; y, sin embargo, tenía algo del carácter de todas y cada una de estas máquinas. Iba pintado de amarillo claro, con las llantas y ruedas fileteadas en negro; y el cochero iba sentado, según el estilo deportivo más ortodoxo, en almohadones apilados hasta sobresalir dos palmos sobre la barra. El caballo era un bayo, animal de bastante buen aspecto; pero, sin embargo, con una especie de aire ardiente y combativo, que iba muy bien con el vehículo y con su amo.

El amo en cuestión era un hombre de unos cuarenta años, de pelo negro y patillas cuidadosamente peinadas. Iba vestido de un modo especialmente lujoso, con numerosos artículos de joyería encima —todos ellos unas tres tallas más grandes que los que suelen llevar los caballeros— y un áspero gabán coronando el conjunto. En un bolsillo de ese gabán metió la mano en el momento de desmontar, mientras del otro sacaba, con la mano derecha, un pañuelo de seda, brillante y resplandeciente, con que sacudió unas motas de polvo de las botas; después, apelotonándolo en la mano, avanzó con presunción por el patio.

No había escapado a la atención de Sam que, cuando desmontó esta persona, un hombre de aspecto desastrado, con gabán pardo privado de varios botones, y que antes había estado dando vueltas por el otro lado de la calle, atravesó y se quedó parado allí cerca. Teniendo algo más que una sospecha del objeto de la visita de aquel caballero, Sam le precedió hasta San Jorge y el Buitre y, volviéndose de repente, se plantó en medio de la puerta.

—¡Vamos, amigo! —dijo el hombre del gabán áspero con tono imperioso, intentando a la vez abrirse paso de un empujón.

—¡Vamos, señor! ¿Qué pasa? —contestó Sam, devolviendo el empujón con interés compuesto.

—Ea, no me venga con estas cosas, hombre; esto no sirve conmigo —dijo el poseedor del abrigo áspero, levantando la voz y palideciendo—. ¡A ver, Smouch!

—Ea, ¿qué pasa aquí? —gruñó el del abrigo pardo, que poco a poco se había ido deslizando al patio durante ese breve diálogo.

—Solo una insolencia de este joven —dijo el jefe, dando a Sam otro empujón.

—Vamos, no me venga con estos juegos —gruñó Smouch, dándole otro más fuerte.

Este último empujón tuvo el efecto buscado por el experto Smouch, pues mientras Sam, deseoso de devolver el cumplimiento, le retorcía el cuerpo a este contra la jamba de la puerta, el jefe se deslizó dentro, dirigiéndose al bar, adonde le siguió enseguida Sam, después de cambiar algunas observaciones en forma de epítetos con el señor Smouch.

—Buenos días, guapa —dijo el jefe, dirigiéndose a la muchacha del mostrador con desenvoltura de Botany Bay[69] y amabilidad de Nueva Gales del Sur—. ¿Cuál es el cuarto del señor Pickwick, guapa?

—Llévale arriba —dijo la muchacha a un camarero, sin dignarse lanzar otra mirada al elegante en respuesta a su pregunta.

El camarero le condujo escalera arriba, según se deseaba, y el hombre del gabán áspero le siguió, con Sam detrás, que, en su avance por la escalera, se permitió diversos gestos indicadores del mayor desprecio y desafío para inexpresable complacencia de los criados y otros espectadores.

El señor Smouch, que sufría de una tos ronca, se quedó abajo, expectorando en el pasillo.

El señor Pickwick estaba dormido en su cama cuando entró en el cuarto su madrugador visitante, seguido de Sam. El ruido que hicieron al entrar le despertó.

—El agua de afeitar, Sam —dijo el señor Pickwick desde detrás de las cortinas.

—Yo le voy a afeitar enseguida, señor Pickwick —dijo el visitante, descorriendo una de las cortinas de la cabecera de la cama—. Tengo una orden de detención contra usted por la causa Bardell… Aquí tiene el mandato… Audiencia civil… Aquí tiene mi tarjeta. Supongo que me acompañará a casa.

Dando al señor Pickwick un amistoso golpecito en el hombro, el representante de la justicia (pues eso era) lanzó su tarjeta sobre la cama y sacó un mondadientes de oro del bolsillo del chaleco.

—Me llamo Namby —anunció el representante, mientras el señor Pickwick sacaba los lentes de debajo de la almohada y se los ponía para leer la tarjeta.

—Namby, Bell Alley, calle Coleman.

En este momento, Sam Weller, que hasta entonces había tenido la mirada fija en el sombrero reluciente del señor Namby, intervino:

—¿Es usted cuáquero?[70]

—Le voy a enseñar quién soy, antes de soltarle —dijo el otro, indignado—. Ya le enseñaré buena educación, amigo, una de estas mañanas.

—Gracias —dijo Sam—. Yo haré lo mismo con *usté*. Quítese el sombrero.

Y con esto, Sam Weller, del modo más hábil, lanzó de un golpe el sombrero del señor Namby al otro lado del cuarto, con tal violencia que casi le hizo que se tragara el mondadientes de oro, por añadidura.

—Observe esto, señor Pickwick —dijo el desconcertado representante, jadeando para recobrar aliento—. Me ha atacado su criado en su cuarto, en la ejecución de mi deber. Estoy amenazado físicamente. Le llamaré como testigo.

—No sea testigo de nada, señor —interrumpió Sam—. Cierre fuerte los ojos. Le tiraría por la ventana, si no es porque no caería bastante lejos, con las terrazas que hay fuera.

—Sam —dijo el señor Pickwick con voz airada mientras su asistente hacía diversas manifestaciones de hostilidad—; si dices otra palabra, o si ofreces la menor interferencia a esta persona, te despido al momento.

—¡Pero… señor! —dijo Sam.

—Cierra la boca —interrumpió el señor Pickwick—. Recoge ese sombrero.

Pero Sam rehusó hacer esto de modo total y decidido y, después de haber sido reprendido severamente por su amo, el representante de la justicia, como tenía prisa, se avino a recogerlo por sí mismo, lanzando mientras tanto gran variedad de amenazas contra Sam, que este recibió con perfecto sosiego, limitándose a observar que si el señor Namby tenía la bondad de volverse a poner el sombrero, se lo encajaría de un golpe hasta que no pudiese quitárselo más.

El señor Namby, quizá pensando que tal acción podría producirle molestias, declinó caer en la tentación y, poco después, mandó subir a Smouch. Después de informarle de que la detención estaba hecha y que él tenía que vigilar al prisionero hasta que terminara de vestirse, Namby salió fanfarroneando y montó en el coche. Smouch, mandando al señor Pickwick con aspereza «que se diera toda la prisa que pudiera, porque había mucho que hacer», arrimó una silla a la puerta y se sentó en ella hasta que terminara de vestirse. Sam fue despachado entonces a buscar un coche de punto, y el triunvirato se dirigió a la calle Coleman. Fue una suerte que la distancia fuera corta, pues el señor Smouch, además de no poseer ninguna capacidad seductora en su conversación, resultaba un compañero decididamente desagradable en un espacio limitado, a causa de la debilidad física a que hemos aludido antes.

El coche, después de entrar en una calle oscura y muy estrecha, se detuvo ante una casa con rejas de hierro en todas las ventanas, cuya puerta estaba agraciada con el nombre y título de «Namby, representante de la justicia de Londres». Abierto el portón interior por un hombre que podría haber pasado por un mellizo descuidado del señor Smouch, y que estaba provisto de una gran llave

para este propósito, el señor Pickwick fue conducido al « café» .

Este « café» era un salón con vistas a la calle, cuyas principales características eran la arena mojada y el humo rancio de tabaco. El señor Pickwick se inclinó saludando a las tres personas que había allí sentadas cuando entró; y, después de mandar a Sam en busca de Perker, se retiró a un rincón oscuro, mirando con curiosidad a sus nuevos compañeros.

Uno de estos era un simple muchachito de unos diecinueve o veinte años, que, aunque apenas eran las diez, bebía ginebra con agua y fumaba un cigarro; diversiones a las cuales, a juzgar por su rostro inflamado, se había dedicado constantemente durante el año último, o los dos últimos, de su vida. Frente a él, ocupado en atizar el fuego con la punta de la bota derecha, había un grosero y vulgar joven de unos treinta años, con cara amarillenta y voz áspera, evidentemente poseído de ese conocimiento del mundo y esa cautivadora facilidad de maneras que se adquieren en las tabernas y en los billares de baja estofa. El tercer ocupante del local era un hombre de cierta edad con traje negro muy viejo, y de aspecto pálido y macilento, que andaba incesantemente de un lado a otro del cuarto, parándose de vez en cuando a mirar con gran ansiedad por la ventana, como si esperara a alguien, para luego seguir su paseo.

—Sería mejor que le prestara mi navaja de afeitar esta mañana, señor Ayresleigh —dijo el que atizaba el fuego, guiñando el ojo a su amigo el muchachito.

—No, gracias, no me hará falta; espero salir dentro de una hora, o poco más —contestó el otro en tono apresurado.

Luego, volviendo a acercarse a la ventana para quedar desilusionado una vez más, suspiró profundamente y salió del cuarto; los otros dos, entonces, lanzaron una ruidosa carcajada.

—Bueno, nunca he visto un juego como este —dijo el que había ofrecido la navaja, cuyo nombre resultó ser Price—. ¡Nunca!

El señor Price confirmó su aserto con un juramento y se echó a reír, mientras el muchachito, naturalmente (que consideraba a su compañero como uno de los más chispeantes tipos del mundo), se echaba también a reír.

—No se imaginaría usted ahora —dijo Price, volviéndose hacia el señor Pickwick— que ese hombre está aquí desde hace ayer una semana, y todavía no se ha afeitado, porque se siente seguro de que va a salir dentro de media hora, de modo que igual puede dejarlo hasta que esté en casa.

—¡Pobre hombre! —dijo el señor Pickwick—. ¿Realmente son tan grandes sus probabilidades de salir de sus dificultades?

—¡Probabilidades! ¡Qué va! —contestó Price—. Ni media. Yo no daría ni esto por sus probabilidades de pasear por las calles dentro de diez años desde hoy.

Y al decir esto, el señor Price chasqueó los dedos despectivamente y tocó la campanilla.

—Dame una hoja de papel, Crookey —dijo el señor Price al sirviente, que por su manera de vestir y aspecto general parecía un ser intermedio entre un ganadero en bancarrota y un boyero en estado de insolvencia—, y también un vaso de coñac con agua, Crookey, ¿me oyes? Voy a escribir a mi padre y tengo que tener un estimulante, o si no, no seré capaz de embestir bastante fuerte al viejo.

Ante este jocoso lenguaje, el muchachito, es casi inútil decirlo, se retorció de risa.

—Está muy bien —dijo el señor Price—. No hay que desanimarse. Todo es una broma, ¿no?

—¡Estupendo! —dijo el muchachito.

—Tienes mucho espíritu, ya lo creo —dijo Price—. Has visto un poco la vida.

—¡Ya lo creo que la he visto! —contestó el muchacho.

La había mirado a través de los cristales sucios de la puerta de una taberna.

El señor Pickwick, sintiendo bastante repugnancia ante este diálogo, así como por las maneras y aires de los dos seres que lo sostenían, iba a preguntar si no le podrían proporcionar una salita reservada, cuando entraron dos o tres desconocidos de apariencia decente, a cuya vista el muchachito tiró el cigarro al fuego y, susurrando al señor Price que habían venido a «arreglarle» todo lo suyo, se reunió con ellos junto a una mesa al otro lado del cuarto.

Resultó, sin embargo, que los asuntos no se iban a arreglar tan deprisa como suponía el caballerito; pues siguió a esto una larguísima conversación de la cual el señor Pickwick no pudo menos de escuchar algunos fragmentos relativos a su conducta disipada y al repetido perdón. Por fin, hubo varias alusiones claras, hechas por el caballero más anciano del grupo, a una calle Whitecross,[71] ante lo cual el caballerito, a pesar de su frescura de espíritu y su conocimiento de la vida, por añadidura, apoyó la cabeza en la mesa y aulló lúgubremente.

Muy satisfecho con este súbito derrumbamiento del valor del joven y con la eficaz humillación de su tono, el señor Pickwick tocó la campanilla y, ante su petición, le llevaron a un gabinete reservado, provisto de alfombra, mesa, sillas, aparador y sofá, y adornado con un espejo y varios grabados viejos. Allí tenía la ventaja de oír a la señora Namby ejercitándose en el piano, sobre su cabeza, mientras preparaban el desayuno; cuando este llegó, llegó también el señor Perker.

—¡Vaya, señor Pickwick! —dijo el hombrecito—. ¿Por fin le han encerrado? Vamos, vamos, tampoco lo lamento, porque ahora verá lo absurdo de su conducta. He anotado el total de la indemnización y de las costas que han dado lugar a la orden de detención, y sería mejor que lo pagáramos cuanto antes y sin perder tiempo. Namby habrá llegado a casa a estas horas, supongo. ¿Qué dice usted, señor Pickwick? ¿Extiendo un cheque o quiere hacerlo usted?

El hombrecito se frotaba las manos con fingida alegría al decirlo, pero,

lanzando una mirada hacia el rostro del señor Pickwick, no pudo menos de lanzar al mismo tiempo otra mirada de desesperación hacia Sam Weller.

—Perker —dijo el señor Pickwick—, por favor, no me hable más de esto. No veo ninguna ventaja en quedarme aquí, de modo que me iré a la cárcel esta noche.

—No puede ir a Whitecross, señor Pickwick —dijo Perker—. ¡Imposible! Allí hay sesenta camas en una nave, y la puerta está cerrada dieciséis horas al día.

—Preferiría ir a otro tipo de prisión, si puedo —dijo el señor Pickwick—; si no, me las arreglaré como pueda.

—Puede ir a la cárcel de Fleet, señor Pickwick, si está empeñado en ir a alguna —dijo Perker.

—Está bien —dijo el señor Pickwick—; iré allí en cuanto termine de desayunar.

—Alto, alto, señor Pickwick; no es una buena ocasión para tener prisa en meterse en un sitio de donde casi todos están igualmente empeñados en salir —dijo el bueno del abogadito—. Tenemos que tener un *habeas corpus*.[72] No habrá jueces en el despacho hasta las cuatro. Tiene que esperar hasta entonces.

—Muy bien —dijo el señor Pickwick con paciencia inalterable—. Entonces tomaremos una chuleta aquí, a las dos. Encárgate de eso, Sam, y diles que sean puntuales.

Como el señor Pickwick permanecía firme, a pesar de todas las insistencias y los argumentos de Perker, las chuletas aparecieron y desaparecieron en su debido momento; luego le metieron en otro coche de punto y le llevaron a Chancery Lane, después de esperar media hora o más al señor Namby, pues este tenía una comida importante y no se le podía molestar antes por ninguna razón.

Había dos jueces de servicio en Sergeant's Inn (uno para el tribunal del rey, el otro para la audiencia civil) y parecía que ante ellos se despachaban muchos asuntos, si el número de pasantes que salían y entraban apresurados con documentos servía para demostrar algo. Cuando llegaron al arco bajo que forma la entrada al edificio, Perker se entretuvo unos momentos discutiendo con el cochero sobre el precio y el cambio; y el señor Pickwick, echándose a un lado para no estorbar la corriente de gente que entraba y salía, miró a su alrededor con curiosidad.

Las personas que más atrajeron su atención fueron tres o cuatro hombres de aspecto a la vez desastroso y elegante, que se llevaban la mano al sombrero ante muchos de los abogados que pasaban, y que parecían tener allí alguna ocupación cuya índole no pudo adivinar el señor Pickwick. Eran gente de curioso aspecto. Uno era un hombre delgado y renqueante, vestido de negro mohoso y con corbata blanca; otro era una persona obesa y robusta, con la misma indumentaria y un gran pañuelo rojinegro por el cuello; un tercero era un tipo mustio y alcoholizado, con cara picada. Estaban dando vueltas, con las manos a la espalda,

y de vez en cuando, con cara ansiosa, susurraban algo al oído de uno de los caballeros con papeles, que pasaba apresurado. El señor Pickwick recordó haberlos observado muy a menudo vagabundeando a la entrada cuando él pasaba; y su curiosidad se sintió excitada por saber la rama de la profesión a que podrían pertenecer aquellos ociosos de aspecto ajado.

Estaba a punto de hacer esa pregunta a Namby, que no se separaba de su lado, chupando un gran anillo de oro en su meñique, cuando Perker avanzó apresurado y, haciendo notar que no había tiempo que perder, les precedió al edificio. Al seguirle el señor Pickwick, el hombrecito renqueante se acercó y, llevándose la mano atentamente al sombrero, sacó una tarjeta manuscrita, que el señor Pickwick, no queriendo herir sus sentimientos con un rechazo, aceptó con cortesía y se guardó en el bolsillo del chaleco.

—Bueno —dijo Perker, volviéndose antes de entrar en una de las oficinas a ver si sus compañeros le seguían de cerca—. Entre aquí, señor Pickwick. ¡Vaya! ¿Qué es lo que quiere?

Esta última pregunta iba dirigida al renqueante, que, sin que se diera cuenta el señor Pickwick, se había unido al grupo.

En respuesta, el renqueante se llevó la mano al sombrero, con toda la cortesía imaginable, y señaló al señor Pickwick.

—Perdón, señor —dijo el renqueante—. Este señor ha tomado mi tarjeta. Espero que usted utilizará mis servicios; el señor me ha hecho una señal. Que lo diga él mismo. ¿No es verdad que me ha hecho una señal?

—Bah, bah, tonterías. ¿Ha hecho una señal a alguien, Pickwick? Es un error, un error —dijo Perker.

—Este hombre me ha dado su tarjeta —contestó el señor Pickwick, sacándola del bolsillo del chaleco—. Yo la acepté, porque él parecía desear que la aceptara… y la verdad es que tenía curiosidad por verla cuando tuviera tiempo. Yo…

El abogadito se echó a reír ruidosamente y, devolviendo la tarjeta al renqueante, le informó de que todo había sido un error y, mientras este se marchaba, irritado, susurró al señor Pickwick que era solamente un fiador.

—¿Un qué? —exclamó el señor Pickwick.

—Un fiador —contestó Perker.

—¡Un fiador!

—Sí, señor Pickwick… Hay por aquí media docena de ellos. Le sirven a uno de fiadores, y solo cobran media corona. Curiosa industria, ¿no? —dijo Perker, obsequiándose con una pulgarada de rapé.

—¡Cómo! ¿Debo entender que estos hombres se ganan la vida esperando por aquí para jurar en falso ante los jueces del país al precio de media corona el perjurio? —exclamó el señor Pickwick, horrorizado ante esta revelación.

—Bueno, yo no sé exactamente si eso es un perjurio, señor Pickwick —

respondió el abogadito—. Es una palabra muy fuerte, señor Pickwick, una palabra muy fuerte. Es una ficción legal y nada más, señor Pickwick.

Diciendo esto, el abogadito se encogió de hombros, sonrió, tomó otro pellizco de rapé y les precedió al despacho del pasante del juez.

Era un cuarto de aspecto especialmente sucio, con techo muy bajo y paredes revestidas de madera; y tan mal iluminado que, aunque fuera era pleno día, grandes candelas de sebo ardían en las mesas. En un extremo había una puerta que daba al despacho reservado del juez, en torno a la cual se había reunido una multitud de abogados y pasantes, que iban siendo llamados en el orden en que estaban en la lista sus respectivos asuntos. Cada vez que se abría la puerta para dejar salir a uno, el siguiente se precipitaba violentamente a entrar; y como, además de los numerosos diálogos que se intercambiaban entre los que estaban para ver al juez, surgían numerosas discusiones particulares entre la mayor parte de los que le habían visto, había tanto ruido como podía producirse en una habitación de tan limitadas dimensiones.

Y no eran las conversaciones de estos señores el único ruido que irrumpía en los oídos. De pie en una tribuna tras una barandilla de madera, al otro extremo del cuarto, había un empleado con gafas que tomaba las «declaraciones bajo juramento»; las cuales, en grandes mazos, otro empleado se llevaba de vez en cuando al despacho para que las firmara el juez. Había un gran número de pasantes de abogado a quienes había que tomarles juramento y, dada la imposibilidad moral de que juraran todos a la vez, las luchas de estos para alcanzar al empleado de las gafas eran como las de una multitud que quiere meterse por la puerta del patio de butacas de un teatro cuando Su Graciosa Majestad lo honra con su presencia. Otro funcionario, de vez en cuando, ejercitaba sus pulmones voceando los nombres de los que habían prestado juramento, con el fin de devolverles las declaraciones después de firmadas por el juez, lo cual daba origen a nuevas riñas; y dado que todas estas cosas ocurrían al mismo tiempo, ocasionaban tanto estrépito como desearía contemplar la persona más activa y excitable. Había todavía otra clase de personas, aquellos que esperaban para asistir a citaciones promovidas por sus jefes, a las cuales podía asistir o no el abogado de la parte contraria, y cuya ocupación era vocear de vez en cuando el nombre del abogado contrario para comprobar que no estuviera presente sin que ellos lo supieran.

Por ejemplo: apoyado contra la pared, muy cerca del asiento que ocupaba el señor Pickwick, había un muchacho de recados de unos catorce años, con voz de tenor; a su lado un pasante de causas civiles, con voz de bajo.

Entró un empleado con un fajo de papeles y miró a su alrededor.

—¡Sniggle y Blink! —gritó el tenor.

—¡Porkin y Snob! —gruñó el bajo.

—Stumpy y Deacon —dijo el recién llegado.

Nadie contestó; el siguiente que llegó fue saludado con esos gritos por los tres; y él, a su vez, gritó por otra firma legal; después, alguno más rugió en alta voz por otra; y así sucesivamente.

Durante todo este tiempo, el hombre de las gafas trabajaba de firme, tomando juramento a los pasantes; juramento que se solicitaba invariablemente, sin el menor esfuerzo por hacer puntuación, en los siguientes términos usuales: « Tome la Biblia en la mano derecha este es su nombre y su firma jura usted que el contenido de su declaración es verdadero así Dios le salve un chelín tiene que traer cambio yo no tengo» .

—Bueno, Sam —dijo el señor Pickwick—, ¿supongo que estarán preparando el *habeas corpus*?

—Sí —dijo Sam—, y me gustaría que sacaran ya el *a-ver-ese-porcus*. Es muy desagradable que nos tengan aquí esperando. Yo ya habría preparado media docena de *a-ver-ese-porcus*, empaquetados y *to*, a estas horas.

No se sabe qué clase de artefacto complicado y difícil de manejar se imaginaba Sam que era un *habeas corpus*, pues Perker, en ese momento, se apartó llevándose al señor Pickwick.

Cumplidas las formalidades habituales, el cuerpo del señor Samuel Pickwick fue entregado poco después a la custodia de un alguacil, para que este se lo llevara al guardián de la cárcel de Fleet y quedara allí detenido hasta que se pagara y satisficiera plenamente el total de la indemnización y las costas de la causa « Bardell contra Pickwick» .

—Y eso —dijo el señor Pickwick, riendo— será dentro de mucho tiempo. Sam, llama otro coche de punto. Perker, mi buen amigo, adiós.

—Yo iré con usted y veré que le pongan sano y salvo —dijo Perker.

—De veras —contestó el señor Pickwick—, preferiría ir sin más acompañamiento que Sam. En cuanto me establezca, le escribiré y se lo haré saber; entonces espero verle inmediatamente. Hasta entonces, adiós.

Diciendo esto, el señor Pickwick se metió en el coche que ya había llegado, seguido por el alguacil. Sam se situó en el pescante y arrancó.

—¡Qué hombre más extraordinario este! —dijo Perker, deteniéndose a ponerse los guantes.

—¡Qué hombre más extraordinario sería para una quiebra, señor Perker! —observó Lowten, que estaba allí cerca—. ¡Cómo molestaría a los comisarios! Les desafiaría si hablaran de hacerle detener.

El abogado no pareció muy complacido con la estimación profesional de su pasante respecto al carácter del señor Pickwick, pues se marchó sin dignarse responder.

El coche de punto avanzó dando brincos por la calle Fleet, como suelen hacerlo los coches de punto. Los caballos « iban mejor» , decía el cochero, cuando tenían algo por delante (debían ir a un paso increíble cuando no había

nada), de modo que el vehículo se situó detrás de un carro y, cada vez que el carro se paraba, se paraba también; y cuando el carro volvía a arrancar, hacía lo mismo. El señor Pickwick iba sentado frente al alguacil; el alguacil llevaba el sombrero entre las rodillas, silbando una melodía y mirando por la ventanilla del coche.

El tiempo hace maravillas. Con la poderosa ayuda de este anciano, hasta un coche de punto recorre una milla de terreno.

Por fin se detuvieron, y el señor Pickwick descendió ante las puertas de la cárcel.

El alguacil, mirando apenas sobre el hombro para ver si su encomendado le seguía de cerca, precedió al señor Pickwick a la cárcel; volviendo a la izquierda, después de entrar, pasaron por una puerta abierta a un pasillo, desde el cual una pesada verja, frente a la otra por donde habían entrado y guardada por un grueso carcelero con la llave en la mano, daba sin más al interior de la cárcel.

Allí se detuvieron, mientras el alguacil entregaba sus papeles; y allí se dijo al señor Pickwick que se quedaría hasta que pasara por la ceremonia conocida por los iniciados como « posar para el retrato» .

—¿Posar para el retrato? —dijo el señor Pickwick.

—Para que le saquen el retrato —contestó el carcelero gordo—. Aquí somos gente muy buena en eso de los retratos. Los sacamos en un momento, y siempre exactos. Entre, señor, y póngase cómodo.

El señor Pickwick obedeció a la invitación y se sentó; entonces Sam Weller, que estaba de pie tras de su respaldo, susurró que eso quería decir que le iban a someter a la inspección de los diferentes carceleros, para que pudieran distinguir a los carceleros de los visitantes.

—Bueno, Sam —dijo el señor Pickwick—, entonces, me gustaría que vinieran ya los artistas. Este es un sitio más bien expuesto al público.

—No tardarán, señor, supongo —contestó Sam—. Mire, un reloj de pesas.

—Sí, ya lo veo —dijo el señor Pickwick.

—Y una jaula con un pájaro, señor —dijo Sam—; ruedas dentro de ruedas; una cárcel dentro de una cárcel. ¿No es *verdá*, señor?

Mientras Sam Weller hacía esta observación filosófica, el señor Pickwick se dio cuenta de que empezaba la sesión. El carcelero gordo, relevado de su puesto en la entrada, se sentó y le miró descuidadamente de vez en cuando, mientras un hombre alto y flaco, que le había relevado, se metió las manos debajo de los faldones de la casaca y, plantándose frente a él, le miró largamente. Otro señor de aspecto más bien agrio, que al parecer había sido molestado mientras tomaba el té, pues estaba acabando con los últimos restos de una tostada con mantequilla cuando entró, se situó cerca del señor Pickwick y, poniéndose las manos en las caderas, le inspeccionó de cerca, mientras otros dos se mezclaban con el grupo y estudiaban sus rasgos con caras atentas y pensativas. El señor Pickwick parpadeó

mucho bajo la operación y pareció estar incómodo en su asiento; pero no hizo ninguna observación mientras duró esta, ni siquiera a Sam, que estaba apoyado en el respaldo del asiento, reflexionando en parte sobre la satisfacción que le proporcionaría lanzar un asalto feroz contra todos los carceleros allí reunidos, uno tras otro, si fuera legal y pacífico el hacerlo así.

Por fin el retrato quedó concluido y el señor Pickwick fue informado de que ahora podía pasar a la prisión.

—¿Dónde voy a dormir esta noche? —preguntó el señor Pickwick.

—Bueno, esta noche no lo sé muy bien —contestó el carcelero gordo—. Mañana le pondrán de compañero con alguien, y entonces estará cómodo y a gusto. La primera noche, por lo general, no se está muy bien instalado, pero mañana estará todo arreglado.

Después de alguna discusión se descubrió que uno de los carceleros alquilaba una cama, que el señor Pickwick podía tener por esa noche. De buena gana, decidió alquilarla.

—Si viene conmigo, se la enseñaré enseguida —dijo el hombre—. No es muy grande, pero para dormir está muy bien. Por aquí, señor.

Pasaron por la puerta interior y bajaron un corto tramo de escalones. Detrás de ellos, dieron vuelta a la llave, y el señor Pickwick, por primera vez en su vida, se encontró entre los muros de una cárcel de deudores.

XLI

LO QUE LE OCURRIÓ AL SEÑOR PICKWICK CUANDO ENTRÓ EN LA PRISIÓN DE FLEET; QUÉ PRISIONEROS VIO ALLÍ, Y CÓMO PASÓ LA NOCHE

El señor Tom Roker, que había acompañado al señor Pickwick al interior de la prisión, volvió bruscamente a la derecha cuando llegó al final del tramo de escalones, y le precedió, a través de una verja de hierro que estaba abierta y subiendo otro breve tramo de escalones, a una galería larga y estrecha, sucia y baja, con pavimento de piedra y muy mal iluminada por una ventana en cada uno de sus remotos extremos.

—Esto —dijo el hombre, metiéndose las manos en los bolsillos, mirando descuidadamente por encima del hombro al señor Pickwick—, esto es el piso del zaguán.

—Ah —dijo el señor Pickwick, bajando la mirada hacia una escalera sucia y oscura, que parecía llevar a una fila de bóvedas de piedra, sombrías y húmedas, bajo el nivel del suelo—; y eso será, supongo, los nichos donde los prisioneros guardan sus pequeñas provisiones de carbón. Un sitio desagradable para bajar, pero muy conveniente, supongo.

—Sí, me extrañaría que no fuera conveniente —dijo el hombre—, visto que ahí viven unos cuantos muy a gusto. Es « la Feria» , como se le llama.

—Amigo mío —dijo el señor Pickwick—, ¿no me querrá decir de veras que hay seres humanos que viven ahí abajo en esas malditas mazmorras?

—¿No? —replicó Roker, con asombro indignado—. ¿Y por qué no?

—¡Vivir ahí abajo! —exclamó el señor Pickwick.

—¡Vivir ahí abajo! Sí, y morir ahí abajo, muchas veces —contestó Roker—, ¿y qué? ¿Quién tiene algo que decir contra ello? Sí, y muy buen sitio que es para vivir, ¿no?

Como Roker, al decir esto, se volvió un tanto indignado hacia el señor Pickwick, y además murmuró con aire excitado ciertas invocaciones desagradables respecto a sus propios ojos, extremidades y fluidos circulatorios, [73] el señor Pickwick consideró aconsejable no continuar sus observaciones. Roker, entonces, empezó a subir por otra escalera, tan sucia como la que llevaba al lugar que acababa de ser objeto de discusión, y en cuya ascensión fue seguido de cerca por el señor Pickwick y Sam.

—Aquí —dijo Roker, parándose a recobrar aliento cuando alcanzaron otra galería de las mismas dimensiones que la de abajo—, es el piso del café; el de arriba es el tercero, y el otro es el último; y el cuarto donde va a dormir esta noche es el cuarto del carcelero jefe; y es por aquí… vamos.

Dicho todo esto de un tirón, Roker subió otro tramo de escalera, con el señor Pickwick y Sam pisándole los talones.

Estas escaleras recibían la luz por diversas ventanas a cierta distancia del suelo, y daban a un terreno cubierto de grava y rodeado por un alto muro de ladrillo, con caballos de Frisia de hierro en el borde. Ese terreno, según resultó por la afirmación de Roker, era el campo de pelota; y resultó también, por el testimonio de este mismo, que había un terreno en la parte de la cárcel que daba a la calle Farringdon, llamado « el Patio Pintado» , por el hecho de que sus muros habían ostentado en otros tiempos la imagen de diversos barcos de guerra a toda vela, con otros efectos artísticos logrados en otras épocas, en sus horas de ocio, por algún pintor encarcelado.

Después de comunicar estas informaciones, al parecer más con el fin de descargar su ánimo de un hecho importante que con ninguna mira específica de ilustrar al señor Pickwick, el guía, llegado por fin a otra galería, abrió paso a un pequeño corredor en su extremo final, abrió una puerta y mostró un cuarto de aspecto nada atractivo, que contenía ocho o nueve camas de hierro.

—Aquí —dijo Roker, sujetando la puerta y volviéndose a mirar triunfalmente al señor Pickwick—; ¡esto sí que es un cuarto!

Sin embargo, el rostro del señor Pickwick mostró tan escasa dosis de satisfacción ante el aspecto de su alojamiento, que Roker, buscando una reciprocidad de sentimientos, miró a Sam Weller, el cual había observado hasta entonces un digno silencio.

—Eso sí que es un cuarto, joven —observó Roker.

—Ya lo veo —contestó Sam con una plácida sacudida de cabeza.

—¿No imaginaría encontrar un cuarto como este en el hotel Farringdon, eh? —dijo Roker con sonrisa complacida.

A esto, Sam Weller respondió con el cierre, cómodo y nada estudiado, de un ojo, lo cual podía considerarse que significaba o bien que sí lo habría imaginado, o que nunca había imaginado nada en absoluto sobre ello, según lo sugiriera la imaginación del observador. Ejecutado esto, y vuelto a abrir el ojo, Sam Weller pasó a preguntar cuál era la cama determinada que Roker había descrito como tan buena para dormir.

—Es esta —dijo Roker, señalando una muy oxidada en un rincón—. Esa cama sí que le haría dormir a uno, quisiera o no.

—Yo diría —dijo Sam, observando la pieza de mobiliario en cuestión con cara de gran repugnancia— que el opio no es *na* a su *lao*.

—Nada absolutamente —dijo Roker.

—Y supongo —dijo Sam con una mirada de soslayo hacia su amo, como para ver si había síntomas de que su decisión quedara quebrantada por lo que ocurría—; supongo que los otros señores que duermen aquí son caballeros.

—¡Cómo no! —dijo Roker—. Uno de ellos toma doce pintas de cerveza al día y nunca deja de fumar, ni cuando come.

—Debe de ser un tipo superior —dijo Sam.

—De primera —contestó Roker.

Nada desanimado, ni aun por esta información, el señor Pickwick anunció sonriendo su decisión de poner a prueba, por aquella noche, la capacidad narcótica de esa cama, y Roker, después de informarle de que podía retirarse a descansar a cualquier hora que le pareciera bien, sin mayor aviso ni formalidad, se marchó, dejándole con Sam en la galería.

Anochecía; es decir, unos cuantos mecheros de gas se encendieron en aquel lugar jamás iluminado, a modo de cortesía hacia el anochecer que había comenzado fuera. Como hacía bastante calor, algunos de los ocupantes de los numerosos cuartitos que daban a la galería, a un lado y a otro, habían dejado las puertas entreabiertas. El señor Pickwick atisbó por ellas al pasar, con gran curiosidad e interés. En uno de los cuartitos, cuatro o cinco mocetones, apenas visibles a través de una nube de humo de tabaco, estaban en ruidosa y agitada conversación, con unos vasos de cerveza medio apurados o jugando a las cartas con una baraja grasienta. En el cuarto de al lado se veía a algún residente solitario cavilando, a la luz de una débil candela de sebo, sobre un fajo de papeles sucios y desgarrados, amarillos de polvo y cayéndose a pedazos de vejez, mientras escribía por centésima vez alguna prolija declaración de sus agravios para que la leyera algún gran personaje cuyos ojos jamás alcanzaría o cuyo corazón jamás conmovería. En otro cuarto se podía ver a un hombre, con su mujer y todo un grupo de niños, haciendo una mala cama en el suelo, o en unas pocas sillas, para que los pequeños pasaran la noche. Y en otro, y otro, y otro, y otro, el ruido y la cerveza, el humo del tabaco y la baraja volvían a repetirse con más fuerza que antes.

En las propias galerías, y más especialmente en las escaleras, andaba ociosa una gran cantidad de gente que había salido, los unos porque sus cuartos estaban vacíos y solitarios, los otros porque estaban llenos y calurosos; la mayor parte, porque se sentían inquietos e incómodos, sin dar con el secreto de saber exactamente qué hacer consigo mismos. Había allí muchas clases de personas, desde el trabajador con chaqueta de pana hasta el pródigo arruinado con su batín de lana, muy dignamente desgastado por los codos; pero en todos ellos había el mismo aire: una especie de fanfarronería despreocupada e insolente de presidiario habituado, una actitud vagabunda de «a mí qué», totalmente indescriptible en palabras, pero que cualquiera puede comprender, en el momento en que lo desee, poniendo el pie en la cárcel de deudores más cercana y mirando al primer grupo que encuentre allí con el mismo interés con que miró el señor Pickwick.

—Lo que me choca, Sam —dijo el señor Pickwick, inclinándose sobre la barandilla de hierro en lo alto de la escalera—, lo que me choca es que la prisión por deudas apenas es castigo, en absoluto.

—¿Cree que no, señor? —preguntó Sam Weller.

—Ya ves cómo estos hombres beben y fuman y ríen —contestó el señor Pickwick—. Es completamente imposible que les importe mucho.

—Ah, eso es precisamente lo que pasa, señor —contestó—, que no les importa; para ellos, es una vacación auténtica; cerveza negra y jugar a los bolos. Son los otros los que no pueden aguantar estas cosas, esos hombres *desanimaos* que no pueden empinar el codo ni jugar tampoco a los bolos; los que pagarían si pudieran y se hunden a fuerza de estar *encerraos*. Le diré lo que pasa, señor: a los que siempre están holgazaneando en las tabernas, esto no les hace daño, y a los que siempre trabajan cuando pueden, esto les hace demasiado daño. « Es una *desigualdá*» , como decía mi padre cuando el grog no estaba hecho *mitá* y *mitá*; « es una *desigualdá*, y eso es lo que tiene de malo.»

—Creo que tienes razón, Sam —dijo el señor Pickwick después de reflexionar unos momentos—; tienes mucha razón.

—Quizá, de vez en cuando, hay gente decente a la que le gusta esto —observó Sam en tono meditativo—, pero nunca he conocido a ninguno, excepto el hombrecito de la cara sucia y el abrigo pardo; y eso fue por la fuerza de la costumbre.

—¿Quién era ese? —preguntó el señor Pickwick.

—Bueno, precisamente ese es el punto que nadie supo nunca —dijo Sam.

—Pero ¿qué hizo?

—Bueno, pues hizo lo que muchos hombres más conocidos que él en su tiempo, señor: se metió en más de lo que podía.

—Dicho de otro modo, supongo —dijo el señor Pickwick—, contrajo deudas.

—Eso es, señor —contestó Sam—, y con el tiempo vino a parar aquí, en consecuencia. No era gran cosa; detención por nueve libras y cero chelines, multiplicado por cinco por las costas; pero de un modo o de otro, aquí se quedó diecisiete años. Si le salieron arrugas en la cara, la *suciedá* las llenó, pues la cara sucia y el abrigo pardo estaban igual al cabo de ese tiempo que al principio. Era muy *sosegao*, una criaturita que no molestaba a nadie y siempre andaba ocupado por hacerle un favor a alguien, o jugando a la pelota sin ganar nunca, hasta que los carceleros le tomaron cariño y *toas* las noches estaba con ellos, charlando y contándoles cuentos y *to* eso. Una noche estaba ahí como de costumbre, charlando con un viejo amigo suyo, cuando dice de repente: « Bill, hace diecisiete años que no he visto el mercado por fuera» . (El mercado de Fleet estaba entonces aquí.) « Ya lo sé» , dice el carcelero, fumando su pipa. « Me gustaría verlo un momento, Bill» , dice. « Muy probable» , dice el carcelero, fumando fuerte en la pipa *pa* hacerle creer que no comprendía adónde iba a parar. « Bill» , dice el hombrecito, más de repente que antes, « se me ha metido un capricho en la cabeza. Déjame ver la calle antes que me muera, y si no me da un ataque de apoplejía, estaré de vuelta en cinco minutos de reloj.» « ¿Y qué

me pasaría a mí si a ti te diera un ataque de apoplejía?», dijo el carcelero. «Bueno», dice el hombrecito, «cualquiera que me encontrara me traería a casa, porque tengo mi tarjeta en el bolsillo, Bill. Dice: "Galería del Café, número 20".» Y era *verdá*, por cierto, porque cuando quería hacerse amigo de algún recién *llegao*, sacaba esa tarjetita ablandada, con esas palabras y *na* más; por lo cual le llamaban siempre Número Veinte. El carcelero se le queda mirando, y por fin le dice con voz solemne: «Veinte», dice, «me fío de ti; no vas a meter en un lío a un viejo amigo». «No, muchacho, espero tener aquí dentro algo mejor», y, diciendo esto, se golpea muy fuerte el chaleco, y luego le sale una lágrima de cada ojo, que era cosa extraordinaria, porque se suponía que el agua nunca le había tocado la cara. Le dio la mano al carcelero, y salió.

—Y nunca volvió —dijo el señor Pickwick.

—Se equivoca por una vez, señor —contestó el señor Weller—, porque volvió dos minutos antes de la hora, hirviendo de rabia y diciendo que casi le había atropellado un coche de punto, porque no estaba *acostumbrao* a esas cosas; y que le ahorcaran si no escribía protestando al alcalde. Por fin, le tranquilizaron; y durante cinco años no se asomó siquiera a atisbar por la puerta de los carceleros.

—Y al terminar ese tiempo murió, supongo —dijo el señor Pickwick.

—No, no murió, señor —contestó Sam—. Le entró *curiosidá* por probar la cerveza de una taberna nueva de aquí cerca, y era una sala tan bonita que se le metió en la cabeza ir *toas* las noches, y lo hizo así durante mucho tiempo, siempre volviendo un cuarto de hora antes que cerraran la puerta, y *to* estaba muy bien y muy a gusto. Por fin, empezó a ponerse tan alegre, que se le olvidaba cómo pasaba el tiempo, sin preocuparse *na* de eso, y cada vez venía más tarde, hasta que una noche su viejo amigo estaba cerrando la puerta (ya había dado vuelta a la llave, en *realidá*) cuando se presentó. «Espera, Bill», dice. «¿Cómo, *toavía* no has vuelto a casa, Veinte?», dice el carcelero; «creí que ya estabas dentro hace un rato.» «No, no estaba», dice el hombrecito, sonriendo. «Bueno, entonces, te diré lo que pienso», dice el carcelero, abriendo la puerta muy despacio y de mal humor, «mi opinión es que te has *juntao* con malas compañías, y siento mucho darme cuenta de eso. Pues entonces, yo no tengo ganas de hacerte daño», dice, «pero si no puedes quedarte con gente decente y estar de vuelta a horas fijas, tan cierto como que estás ahí que te dejo fuera.» Al hombrecito le entró un ataque de temblores muy fuerte, y nunca volvió a salir de los muros de la cárcel.

Cuando concluyó Sam, el señor Pickwick volvió lentamente sobre sus pasos y bajó las escaleras. Después de varias vueltas, pensativo, por el Patio Pintado, que, como ya casi había anochecido, estaba casi desierto, indicó a Sam que ya era más que hora de que se retirara a pasar la noche, pidiéndole que buscara una cama en alguna posada cercana y que volviera por la mañana temprano para

arreglar el transporte del guardarropa de su amo desde San Jorge y el Buitre. Sam Weller se dispuso a obedecer esta petición con tan buena gracia como pudo asumir, pero, sin embargo, con considerables muestras de mala gana. Llegó incluso a probar diversas sugerencias ineficaces sobre la conveniencia de que se tendiera en la grava del patio a pasar aquella noche; pero encontrando al señor Pickwick obstinadamente sordo a tales sugerencias, por fin se retiró.

No cabe disimular el hecho de que el señor Pickwick se encontraba muy desanimado e incómodo; no por falta de compañía, pues la cárcel estaba llena, y una botella de vino al momento le hubiera procurado el mejor compañerismo de unos cuantos espíritus selectos, sin mayor ceremonia formal de presentación; pero estaba solo entre la multitud grosera y vulgar, y sentía la depresión de espíritu y el desplome de ánimo naturalmente consiguientes a la reflexión de que estaba encerrado y emparedado, sin perspectiva de liberación. En cuanto a la idea de liberarse sometiéndose a la astucia de Dodson y Fogg, ni por un instante atravesó su mente.

En esta disposición de ánimo volvió a la galería del café y anduvo despacio de un lado para otro. El sitio estaba intolerablemente sucio y el olor de tabaco era completamente sofocante. Había un continuo estrépito de portazos cuando la gente entraba y salía; y el ruido de sus voces sonaba y resonaba constantemente por los pasillos. Una mujer joven con un niño en brazos, que apenas parecía capaz de arrastrarse a gatas por el hambre y la miseria, andaba de un lado a otro por el pasillo en conversación con su marido, que no tenía otro sitio donde verla. Cuando pasaron junto al señor Pickwick, este pudo oír que la mujer sollozaba amargamente; y una vez prorrumpió en tal frenesí de dolor, que se vio obligada a apoyarse en la pared para sostenerse, mientras el hombre tomaba en brazos al niño y trataba de consolarla.

El corazón del señor Pickwick estaba ya demasiado lleno para soportarlo, y subió a acostarse.

Ahora bien, aunque el cuarto del carcelero jefe era muy incómodo (pues, en punto de decoración y comodidad, estaba a cien grados por debajo de la enfermería común de una cárcel provincial), tenía por el momento el mérito de estar totalmente abandonado, salvo por lo que toca al propio señor Pickwick. Así, se sentó a los pies de su cama de hierro y empezó a preguntarse cuánto podría sacar al año de aquel cuarto sucio el carcelero jefe. Después de comprobar, por cálculo matemático, que la habitación equivalía en renta anual a la plena posesión de una pequeña calle en los alrededores de Londres, se puso a considerar qué posible tentación habría inducido a la mosca de sucio aspecto que trepaba por sus pantalones a entrar en una prisión cerrada si podía elegir entre tantas situaciones, una meditación que le llevó a la irresistible conclusión de que el insecto estaba loco. Después de decidir este punto, empezó a darse cuenta de que tenía sueño, con lo cual sacó el gorro de dormir del bolsillo donde había

tenido la precaución de guardarlo por la mañana y, desnudándose tranquilamente, se metió en la cama y se quedó dormido.

—¡Bravo! ¡Tacón sobre la punta… brinco y salto… hala con ello, Céfiro! ¡Que me maten si la ópera no es tu elemento propio! ¡Hala, arriba! ¡Hurra!

Esas expresiones, lanzadas con voz estrepitosa y acompañadas de carcajadas, sacaron al señor Pickwick de uno de esos sueños que, durando en realidad una media hora, parecen haberse prolongado tres semanas o un mes.

No bien cesó la voz, el cuarto fue sacudido con tal violencia que las ventanas traquetearon en sus quicios, y las camas temblaron también. El señor Pickwick se incorporó sobresaltado y se quedó durante varios minutos en asombro silencioso ante la escena que se le presentaba.

En medio del cuarto, un hombre con casaca verde de amplios faldones, calzón corto de pana y medias de algodón gris ejecutaba los pasos más populares de una danza marinera, con una vulgar y burlesca caricatura de gracia y ligereza que, combinada con el carácter tan apropiado de su indumentaria, resultaba inefablemente absurda. Otro hombre, evidentemente borracho y al que probablemente habían metido en la cama sus compañeros, estaba sentado, entre las sábanas, gorjeando todo lo que podía recordar de una canción cómica, con la expresión más intensamente sentimental; mientras que otro, sentado en una de las camas, aplaudía a ambos ejecutantes con aire de profundo experto y les animaba con ebulliciones de sentimiento tales como las que ya habían sacado de su sueño al señor Pickwick.

El último de ellos era una admirable muestra de una clase de caballeros que solo se puede ver con plena perfección en tales lugares; se les puede encontrar, en estado imperfecto, alrededor de las cuadras y las tabernas, pero nunca alcanzan su plena floración sino en estos invernaderos, que casi parecen dispuestos con toda consideración por la legislatura con el único propósito de cultivarles.

Era alto, de piel aceitunada, pelo negro largo y unas patillas muy espesas que se juntaban bajo la barbilla. No llevaba corbata porque había jugado a la pelota durante todo el día, y el cuello abierto de su camisa exhibía toda su vegetación lujuriante. En la cabeza llevaba una de esas vulgares boinas francesas de dieciocho peniques, con una alegre borla colgando, muy entonada con una casaca corriente de pana. Sus piernas, que, siendo largas, sufrían de debilidad, ostentaban unos pantalones Oxford, hechos para exhibir toda la simetría de esos miembros. Sin embargo, estando negligentemente colgados y, además, imperfectamente abotonados, caían en una serie de pliegues no muy graciosos sobre unos zapatos suficientemente roídos como para mostrar unas medias blancas muy sucias. Aquel hombre, en conjunto, tenía un aire de elegancia desvergonzada y vagabunda, y una especie de granujería presuntuosa que valía por una mina de oro.

Esta figura fue quien se dio cuenta de que el señor Pickwick les miraba; con lo cual hizo un guiño a Céfiro y le invitó, con gravedad burlesca, a no despertar a ese caballero.

—¡Vaya, bendito sea el honrado corazón de este señor! —dijo Céfiro, volviéndose y fingiendo una sorpresa inigualable—; se ha despertado el señor. ¡Ejem, Shakespeare! ¿Cómo está, señor? ¿Cómo están Mary y Sara? ¿Y la amable anciana de la casa, qué tal está? ¿Tendrá la bondad de mandar mis saludos en el primer envío que haga para allá, diciendo que los habría enviado antes si no fuera porque tenía miedo de que se rompieran en el carro?

—No abrumes a este señor con ceremonias excesivas cuando ves que está deseoso de tener algo que beber —dijo el de las patillas con aire jocoso—. ¿Por qué no preguntas al señor qué va a tomar?

—¡Válgame Dios, casi se me había olvidado! —contestó el otro—. ¿Qué desea tomar, señor? ¿Quiere tomar Oporto o Jerez? Le puedo recomendar la cerveza rubia; ¿o quizá le gustaría probar la negra? Permítame tener la felicidad de colgar su gorro de dormir.

Y con esto, el que hablaba arrancó de la cabeza del señor Pickwick esa prenda de vestir y la encajó, en un abrir y cerrar de ojos, en la cabeza del borracho, que, firmemente poseído de la convicción de que estaba deleitando a una numerosa concurrencia, continuaba insistiendo en su canción cómica con los tonos más melancólicos que se pueda imaginar.

Arrancarle a uno el gorro de dormir por medios violentos y encajarlo en la cabeza de un desconocido de sucio aspecto, por más que sea una broma ingeniosa, resulta indiscutiblemente una broma de esas que entran bajo la denominación de pesadas. Considerando el asunto precisamente desde ese punto de vista, el señor Pickwick, sin el más ligero aviso de su propósito, saltó vigorosamente de la cama, lanzó a Céfiro un golpe en el pecho tan fuerte como para privarle de ese elemento que a veces lleva su propio nombre, y luego, volviendo a capturar su gorro de dormir, se colocó valientemente en actitud de defensa.

—¡Vamos —dijo el señor Pickwick, jadeando no menos por la excitación que por el consumo de tanta energía—; vengan acá; los dos… los dos!

Con esta generosa invitación, el digno caballero comunicó a sus puños cerrados un movimiento de rotación, como para amedrentar a sus adversarios con una exhibición de su ciencia.

Pudo ser la inesperada valentía del señor Pickwick lo que emocionó a sus adversarios, o pudo ser la complicada manera como había salido de la cama, cayendo como una masa sobre el que bailaba la danza marinera. El caso es que quedaron impresionados, pues, en vez de intentar enseguida cometer un homicidio, como el señor Pickwick creía tácitamente que harían, se detuvieron, se miraron unos a otros unos momentos y por fin se echaron a reír.

—¡Bien, es usted un as, y ahora sí que me gusta usted! —dijo Céfiro—. Ea, vuelva a meterse en la cama, o si no le va a dar reuma. ¿Sin rencores, espero? —dijo el hombre, extendiendo una mano del tamaño de esa masa amarilla de dedos que a veces cuelga sobre la puerta de un guantero.

—Claro que no —dijo el señor Pickwick con gran vivacidad; pues, ahora que había pasado la excitación, empezaba a sentir bastante frío por las piernas.

—Permítame tener el honor —dijo el de las patillas, ofreciendo la mano derecha y pronunciando con mucha afectación.

—Con mucho gusto —dijo el señor Pickwick y, después de estrecharle la mano de modo largo y solemne, volvió a meterse en la cama.

—Me llamo Smangle —dijo el de las patillas.

—¡Ah! —dijo el señor Pickwick.

—Yo me llamo Mivins —dijo el de las medias.

—Me alegro mucho de saberlo —dijo el señor Pickwick.

—¡Ejem! —tosió Smangle.

—¿Decía usted algo? —dijo el señor Pickwick.

—No, yo no —dijo Smangle.

Todo estaba muy amable y agradable; y, para hacer las cosas aún más incómodas, el señor Smangle aseguró al señor Pickwick muchas veces que tenía un altísimo respeto por los sentimientos de un caballero, actitud que, desde luego, le daba infinito mérito, ya que no podía suponerse de ningún modo que los comprendiera.

—¿Va a pasar usted por el tribunal? —preguntó Smangle.

—¿Por el qué?

—Por el tribunal… de la calle Portugal… el tribunal de insolventes… ya sabe.

—Ah, no —contestó el señor Pickwick—. No, no voy a pasar.

—¿Va a salir, quizá? —sugirió el señor Mivins.

—Me temo que no —contestó el señor Pickwick—. Rehúso pagar una indemnización, y estoy aquí en consecuencia.

—Ah —dijo Smangle—, el papel ha sido mi ruina.

—¿Tenía una papelería, quizá? —dijo el señor Pickwick en su inocencia.

—¡Una papelería! ¡No, no, maldito y condenado sea yo! No he caído tan bajo como eso. Nada de comercio. Cuando digo papel, quiero decir letras de cambio.

—Ah, ya comprendo; usa la palabra en ese sentido —dijo el señor Pickwick.

—¡Maldita sea! Un caballero debe esperar infortunios —dijo Smangle—. ¿Y qué? Aquí estoy en la cárcel de Fleet. Bueno, muy bien. ¿Y qué? No estoy peor por eso, ¿verdad?

—En absoluto —contestó Mivins.

Y tenía mucha razón, pues, lejos de estar peor por eso, Smangle estaba mucho mejor, en cuanto que, para merecer entrar allí, había obtenido la posesión

gratuita de ciertas piezas de joyería que, mucho antes, habían recorrido el camino del Monte de Piedad.

—Bueno, pero vamos allá —dijo Smangle—; esto es trabajar en seco. Vamos a enjuagarnos la boca con una gota de Jerez tostado; el recién llegado lo pagará. Mivins lo traerá y yo ayudaré a beberlo. De cualquier modo, esta es una división del trabajo decente y caballerosa. ¡Maldita sea!

Sin ganas de exponerse a otra pelea, el señor Pickwick asintió alegremente a la propuesta y entregó el dinero a Mivins, quien, como casi eran las once, no perdió tiempo en acudir al café con el recado.

—Oiga —susurró Smangle en el momento en que su amigo salió del cuarto—; ¿qué le ha dado?

—Media libra —dijo el señor Pickwick.

—Es un chico endemoniadamente pícaro y simpático… —dijo Smangle—, endemoniadamente simpático. No conozco a nadie mejor, pero…

Aquí Smangle se detuvo en seco y movió la cabeza con aire de duda.

—¿No pensará que hay probabilidades de que se quede con el dinero para su propio uso? —dijo el señor Pickwick.

—¡Ah, no! Fíjese, yo no digo eso; he dicho exactamente que es un tipo endemoniadamente simpático —dijo Smangle—. Pero creo, quizá, que no estaría mal que alguien bajara a ver si no mete el pico en el jarro por casualidad, o si no tiene algún maldito error y pierde el dinero al subir. Eh, usted, ¿quiere correr abajo y cuidar de aquel señor, eh?

Esta petición iba dirigida a un hombre de apariencia tímida y nerviosa, cuyo aspecto proclamaba una gran pobreza y que durante todo este tiempo había estado acurrucado en la cama, al parecer aturdido por la novedad de su situación.

—Ya sabe dónde está el café —dijo Smangle—; baje corriendo y diga a aquel señor que va a ayudarle a subir el jarro. O si no… espere… le diré… ya sé lo que será mejor —dijo Smangle con mirada de astucia.

—¿Qué? —dijo el señor Pickwick.

—Llévele recado de que gaste la vuelta en cigarros. Una gran idea. Corra a decírselo, ¿me oye? No se desperdiciarán —siguió Smangle, volviéndose hacia el señor Pickwick—; yo me los fumaré.

Esta maniobra era tan enormemente ingeniosa y, a la vez, se realizó con tan imperturbable seriedad y frialdad, que el señor Pickwick no habría sentido deseo de estorbarla aunque hubiera podido. Poco después volvió Mivins y trajo el Jerez, que Smangle sirvió en dos tacitas desportilladas, observando con gran consideración, en referencia a sí mismo, que un caballero no debe andar con ceremonias en tales circunstancias y que, por su parte, no se sentía humillado por beber de la jarra. Con lo cual, para demostrar su sinceridad, a continuación hizo honor a la compañía con un sorbo que la dejó medio vacía.

Estimulado por estos medios un excelente entendimiento, Smangle pasó a

entretener a sus oyentes con el relato de diversas aventuras románticas en que había estado enredado de vez en cuando, incluyendo varias anécdotas interesantes sobre un caballo pura-sangre y una espléndida judía, ambos de belleza sobresaliente y muy codiciados por toda la nobleza y aristocracia de aquellos reinos.

Mucho antes de que concluyeran esos elegantes fragmentos de la biografía de un caballero, Mivins se había metido en la cama y había empezado a roncar para toda la noche, dejando al desconocido tímido y al señor Pickwick que recibieran el pleno beneficio de las experiencias de Smangle.

Y tampoco estos dos señores quedaron tan edificados como podrían haber quedado por los interesantes pasajes relatados. El señor Pickwick llevaba algún tiempo en estado de sopor, cuando tuvo la leve impresión de que el borracho volvía a empezar con la canción cómica, recibiendo de Smangle una amable insinuación, por medio de la jarra del agua, de que su público no se sentía en disposición musical. El señor Pickwick, entonces, volvió a quedar dormido, con la confusa conciencia de que Smangle seguía todavía dedicado a contar una larga historia, cuyo punto principal resultaba ser que, en una ocasión determinada, localizada con gran detalle, había « liquidado» a la vez una letra de cambio y un señor.

XLII

QUE ILUSTRA, COMO EL PRECEDENTE, EL VIEJO PROVERBIO DE QUE LA ADVERSIDAD HACE CONOCER AL HOMBRE EXTRAÑAS COMPAÑÍAS DE CAMA; E IGUALMENTE CONTIENE EL EXTRAORDINARIO Y SORPRENDENTE ANUNCIO QUE HIZO EL SEÑOR PICKWICK A SAMUEL WELLER

Cuando el señor Pickwick abrió los ojos a la mañana siguiente, el primer objeto en que se posaron fue Samuel Weller, sentado en una maletita negra, y observando atentamente, al parecer en estado de profunda abstracción, la solemne figura del brillante señor Smangle; mientras, el propio Smangle, que ya estaba parcialmente vestido, se había sentado en la cama, ocupado en el intento sin esperanza de hacer que Weller perdiera su atenta fijeza a fuerza de mirarle también. Decimos sin esperanza, porque Sam, con una mirada de conjunto que abarcaba el gorro, los pies, la cabeza, la cara, las piernas y las patillas del señor Smangle, todo a la vez, continuaba mirándole fijamente, con todos los signos de una viva satisfacción, pero sin más atención a los sentimientos personales de Smangle sobre ese hecho que la que hubiera mostrado de haber estado escudriñando una estatua de madera o un Guy Fawkes de entrañas de paja.

—¿Qué? ¿Me podría reconocer otra vez? —dijo Smangle frunciendo el ceño.

—Podría reconocerle con juramento en cualquier sitio, sí, señor —contestó Sam de buen humor.

—No sea impertinente con un caballero —dijo Smangle.

—De ningún modo —contestó Sam—. Si me dice cuándo se despierta el caballero, me portaré de un modo extrasuperbueno.

Esta observación, con su remota tendencia a implicar que el señor Smangle no era caballero, fomentó su ira.

—¡Mivins! —dijo Smangle con aire agitado.

—¿Qué pasa? —contestó este desde su lecho.

—¿Quién diablos es este tipo?

—Vaya —dijo Mivins, mirando perezosamente desde debajo de las sábanas —; tendría que preguntárselo yo a usted. ¿Tiene aquí algo que hacer?

—No —contestó Smangle.

—Entonces tírele de un golpe escaleras abajo y dígale que no piense en levantarse hasta que vaya yo a darle de puntapiés —replicó Mivins, y con este rápido consejo este excelente caballero volvió a entregarse al sueño.

Como la conversación mostraba estos síntomas inequívocos de rozar lo personal, el señor Pickwick consideró que era un momento oportuno para intervenir.

—Sam —dijo el señor Pickwick.

—Señor —respondió este.

—¿Ha ocurrido algo nuevo desde anoche?

—Nada de particular, señor —dijo Sam, lanzando una mirada hacia las patillas de Smangle—; el reciente predominio de una atmósfera cerrada y pesada ha sido más bien favorable al crecimiento de malas hierbas, de naturaleza alarmante y sanguinaria; pero con esta excepción, las cosas están tranquilas.

—Me voy a levantar —dijo el señor Pickwick—; dame ropa limpia.

Cualesquiera que fueran las intenciones hostiles que abrigara Smangle, sus pensamientos quedaron rápidamente desviados al abrirse la maleta, pues su contenido pareció infundirle inmediatamente una opinión muy favorable no solo sobre el señor Pickwick, sino también sobre Sam, quien, como encontró pronto ocasión de afirmar en un tono de voz bastante fuerte como para que lo oyera ese excéntrico personaje, era un auténtico original de pura raza y, por consiguiente, el hombre que mejor iba a su temperamento. En cuanto al señor Pickwick, el afecto que concibió por él no tenía límites.

—Y ahora, ¿hay algo que pueda hacer por usted? —dijo Smangle.

—Nada, que yo sepa, muy agradecido —contestó el señor Pickwick.

—¿No tiene ropa que mandar a la lavandera? Conozco una lavandera deliciosa de fuera, que viene a buscar mi ropa dos veces por semana; y, ¡por Jove, qué suerte más endemoniada!, hoy es el día que viene. ¿Quiere que ponga con las mías alguna de esas cosas? No diga nada de molestias. ¡Maldita sea! Si un caballero que sufre un nublado no va a echarse un poco a un lado para ayudar a otro caballero en la misma situación, ¿qué es la naturaleza humana?

Así habló el señor Smangle, acercándose mientras tanto todo lo posible a la maleta y lanzando resplandores de la más ferviente y desinteresada amistad.

—¿No hay nada que quiera dar a cepillar fuera, querido señor? —insistió Smangle.

—Nada en absoluto, mi lindo amigo —dijo Sam, tomando la respuesta por su propia boca—. Quizá si a alguno de nosotros se le sacudiera sin molestar a nadie de fuera, sería más conveniente *pa toos*, como dijo el maestro de escuela cuando el caballerito objetó a que le diera azotes el mayordomo.

—¿Y no hay nada que pueda mandar en mi cestito a la lavandera, eh? —dijo Smangle, volviéndose de Sam al señor Pickwick con cierto aire de derrota.

—Nada en absoluto, señor —replico Sam—; temo que el cestito ya esté *demasiao* lleno con sus cosas.

Estas palabras fueron acompañadas con tan expresiva mirada hacia esa porción determinada de la indumentaria de Smangle por cuyo aspecto suele juzgarse la habilidad de las lavanderas para arreglar la ropa blanca de caballero, que este se vio en el caso de girar sobre sus talones y, al menos por el momento, renunciar a todos sus designios sobre la bolsa y el guardarropa del señor Pickwick. En consecuencia, se retiró irritado al terreno de pelota, donde hizo un ligero y saludable desayuno con un par de los cigarros que se habían comprado

la noche anterior.

Mivins, que no era fumador y cuya cuenta de deudas de comestibles había llegado hasta el fin de la pizarra, siguiendo por el otro lado, se quedó en la cama y, según sus propias palabras, « lo echó en sueño» .

Después de desayunar en un pequeño entrante en comunicación con el café, que llevaba el impresionante título de La Comodidad, y cuyo residente temporal, en pago de una pequeña cantidad adicional, tenía la inefable ventaja de oír todas las conversaciones del mencionado café; y después de enviar a Sam Weller a algunos recados necesarios, el señor Pickwick se dirigió a la portería para consultar a Roker sobre su futuro acomodo.

—¿Acomodo, eh? —dijo este, consultando un grueso libro—. Hay mucho de eso, señor Pickwick. Su billete de compañía será en el veintisiete, en el tercero.

—Ah —dijo el señor Pickwick—. ¿Mi qué, ha dicho usted?

—Su billete de compañía —contestó Roker—; ¿de acuerdo?

—No entiendo —dijo el señor Pickwick con una sonrisa.

—Vaya —dijo Roker—, está más claro que el agua. Usted tendrá un billete de compañía en el veintisiete del tercero, y los de ese cuarto serán sus compañeros.

—¿Hay muchos? —preguntó el señor Pickwick con aire de duda.

—Tres —contestó Roker.

El señor Pickwick tosió.

—Uno de ellos es un párroco —dijo Roker, llenando un papelito mientras hablaba—; el otro es un carnicero.

—¿Cómo? —exclamó el señor Pickwick.

—Un carnicero —repitió Roker, dando a los puntos de la pluma un golpe contra la mesa para curarles su falta de inclinación a escribir—. ¡Aquel sí que era uno que sabía andar por ahí! ¿Te acuerdas de Tom Martin, Neddy? —dijo Roker, apelando a otro hombre que estaba en el local quitándose el barro de los zapatos con un cortaplumas de veinticinco hojas.

—Yo sí que me acuerdo —contestó la persona interpelada, acentuando mucho el pronombre personal.

—¡Qué mundo este! —dijo Roker, sacudiendo lentamente la cabeza de un lado a otro y mirando abstraído por las ventanas enrejadas que tenía delante, como si recordara con ternura alguna escena pacífica de su primera juventud—. Parece que fue ayer cuando zurró a aquel carbonero junto a El Zorro bajo la Colina, al lado del muelle. Aún me parece verle subiendo por el Strand entre dos guardias, un poco menos borracho por los golpes, con un parche de vinagre y papel de estraza en el párpado derecho y pisándole los talones aquel estupendo perro pachón, el que luego mordió al muchacho. ¡Qué cosa más rara es el tiempo! ¿No es verdad, Neddy?

El caballero a quien se dirigían estas observaciones, y que parecía de temperamento taciturno y pensativo, se limitó a hacerse eco de la pregunta;

Roker, sacudiéndose los pensamientos poéticos y sombríos a que se había dejado arrastrar, descendió a los vulgares asuntos de la vida y volvió a tomar la pluma.

—¿Sabe usted quién es el tercer caballero? —preguntó el señor Pickwick, no muy complacido por la descripción de sus futuros asociados.

—¿Quién es ese Simpson, Neddy? —dijo Roker, volviéndose a su compañero.

—¿Qué Simpson? —dijo Neddy.

—Bueno, el del veintisiete en el tercero, donde va a ir de compañero este señor.

—¡Ah, ese! —contestó Neddy—. No es nada exactamente. Era tratante de caballos. Ahora es fullero.

—Ah, eso me imaginaba yo —asintió Roker, cerrando el libro y poniendo en manos del señor Pickwick el trocito de papel—; ese es el billete, señor.

Muy perplejo por este modo sumario de disponer de su persona, el señor Pickwick volvió a entrar en la prisión, revolviendo en su mente qué debería hacer. Convencido, sin embargo, de que antes de dar ningún otro paso convendría ver y tener conversación personal con los tres señores con quien se había dispuesto que se alojara, se dirigió cuanto antes al tercer piso.

Después de andar a tientas por la galería por un rato, intentando descifrar a media luz los números de las diferentes puertas, por fin recurrió a un pequeño camarero que estaba entregado a su ocupación matinal de rastrear y recoger los cacharros de estaño.

—¿Cuál es el veintisiete, amigo mío? —dijo el señor Pickwick.

—Cinco puertas más allá —dijo el muchacho—. En la puerta está pintado un hombre ahorcado, que fuma en pipa mientras tanto.

Guiado por esta indicación, el señor Pickwick avanzó lentamente por la galería hasta que encontró el «retrato de un caballero» antes descrito, sobre cuyo rostro golpeó con el nudillo del índice, suavemente al principio, y después de manera audible. Después de repetirlo varias veces sin resultado, se atrevió a abrir la puerta y mirar dentro.

Había un solo hombre en el cuarto, que se asomaba por la ventana todo lo que podía sin caerse, tratando con gran perseverancia de escupir en la copa del sombrero a un amigo íntimo que estaba en el patio de abajo. Como ni el hablar, ni las toses, ni los estornudos, ni los golpes, ni ningún otro medio normal de atraer la atención hizo que esta persona se diera cuenta de la presencia de un visitante, el señor Pickwick, después de esperar un poco, se acercó a la ventana y le tiró suavemente de los faldones de la levita. El individuo volvió a meter con gran rapidez la cabeza y los hombros e, inspeccionando al señor Pickwick de pies a cabeza, preguntó en tono malhumorado qué demonios quería.

—Creo —dijo el señor Pickwick, consultando el billete—, creo que este es el veintisiete del tercero, ¿no?

—¿Y qué? —contestó el otro.

—He venido aquí a consecuencia de haber recibido este papelito —replicó el señor Pickwick.

—A verlo —dijo el otro.

El señor Pickwick se lo dio.

—Me parece que Roker ya le podía haber encajado en otro sitio —dijo Simpson (pues era el fullero) después de una pausa de aire muy descontento.

El señor Pickwick también lo pensaba así, pero, en aquellas circunstancias, consideró cuestión de sana política quedarse callado.

Simpson meditó unos momentos después de esto, y luego, sacando la cabeza por la ventana, dio un agudo silbido y pronunció una palabra en voz alta varias veces.

Qué palabra era, el señor Pickwick no lo pudo distinguir, pero dedujo que debía de ser algún alias que distinguía al señor Martin, por el hecho de que un gran número de hombres de abajo empezaron a gritar inmediatamente «¡Carnicero!», imitando el tono de voz con que esta útil clase de la sociedad suele anunciar por las mañanas su presencia en los descansillos de servicio.

Acontecimientos inmediatos confirmaron la exactitud de la impresión del señor Pickwick, pues, al cabo de pocos segundos, un caballero prematuramente gordo para su edad, revestido de una blusa profesional de cutí azul y con botas altas de punta redonda, entró en el cuarto casi sin aliento, seguido de cerca por otro que vestía de negro muy ajado y con gorro de piel de foca. Este último, que se abrochaba la casaca hasta la misma barbilla por medio de un alfiler y un botón alternativamente, tenía una cara roja muy áspera y parecía un capellán borracho, lo que era, en efecto.

Después de leer sucesivamente el billete del señor Pickwick, el uno expresó su opinión de que era «una perrería», y el otro, que era «una judiada». Habiendo expresado estos sentimientos en términos muy inteligibles, miraron al señor Pickwick y se miraron en un silencio cohibido.

—Es una cosa muy fastidiosa, precisamente cuando habíamos arreglado las camas tan a gusto —dijo el capellán, mirando tres colchones sucios, cada cual enrollado en su colcha, que ocupaban un rincón del cuarto durante el día formando una especie de repisa sobre la cual había una vieja palangana descascarillada, un jarro y una jabonera, de barro cocido vulgar, con flores azules—; es muy fastidioso.

El señor Martin expresó la misma opinión en términos bastante más fuertes; el señor Simpson, después de lanzar sobre el grupo una variedad de adjetivos expletivos sin ningún sustantivo a que acompañar, se remangó y empezó a lavar las verduras para la comida.

Mientras esto pasaba, el señor Pickwick había observado el cuarto, que estaba horriblemente sucio y con un denso olor intolerable. No había vestigios de alfombra, cortina o visillo. No había siquiera un armario. Indiscutiblemente,

había pocas cosas que guardar, si es que había alguna, pero, por pocos que sean en número, o por pequeños que sean en volumen individual, sin embargo, los restos de pan, trozos de queso, toallas mojadas, piltrafas de carne y objetos de vestimenta, vajilla rota, fuelles sin boquilla, tenedores sin púas, estas cosas sí presentan un aspecto desagradable cuando están desparramadas por el suelo de una pequeña habitación que es el sitio en común para que vivan y duerman tres hombres ociosos.

—Supongo que esto se puede arreglar de algún modo —dijo el carnicero después de un silencio bastante largo—; ¿cuánto quiere por marcharse?

—Perdón —contestó el señor Pickwick—; ¿qué ha dicho usted? No le he entendido bien.

—¿Cuánto quiere por que se vaya? —dijo el carnicero—. Lo que se acostumbra son dos chelines y medio. ¿Quiere tres?

—Y medio —sugirió el clérigo.

—Bueno, no me importa; solamente son dos peniques más por cada uno —dijo Martin—. ¿Qué dice ahora? Le pagamos tres chelines y medio por semana para que no venga. ¡Vamos!

—Y un galón de cerveza al contado —añadió Simpson—. ¡Vamos!

—Y bebérselo al momento —dijo el capellán—. ¡Vamos!

—Realmente, soy tan ignorante de las reglas de este sitio —contestó el señor Pickwick—, que sigo sin comprenderles. ¿Puedo vivir en otro sitio? Creía que no.

Ante esta pregunta, Martin miró con cara de enorme sorpresa a sus dos amigos, y luego los tres señalaron con el pulgar derecho por encima del hombro izquierdo. Este gesto, imperfectamente descrito en palabras con el debilísimo término de « hasta la izquierda» , cuando lo ejecutan cierto número de señoras o caballeros que están acostumbrados a realizarlo al unísono, tiene un efecto muy gracioso y garboso; su expresión es de sarcasmo ligero y juguetón.

—¡Que si puede! —repitió Martin con sonrisa de compasión.

—Bueno, si yo conociera la vida tan poco, me comería el sombrero, tragándome la hebilla entera —dijo el clérigo.

—Yo también —dijo el fullero con aire solemne.

Tras de ese prefacio introductivo, uno de los tres compañeros informó al señor Pickwick, sin pararse a tomar aliento, de que el dinero en la cárcel de Fleet era exactamente lo que era el dinero fuera de la cárcel; que al instante le proporcionaría casi todo lo que deseara; y que, en el caso de que lo tuviera, y no tuviera objeción a gastarlo, bastaba que indicara su deseo de tener un cuarto para él solo y tomaría posesión de uno, con todos sus muebles y accesorios, en menos de media hora.

Con esto se separaron, con gran satisfacción mutua; el señor Pickwick volvió sobre sus pasos a la portería, y los tres compañeros se dirigieron al café, a gastar los cinco chelines que el clérigo le había pedido prestados para este fin, con

admirable prudencia y previsión.

—¡Ya lo sabía! —dijo Roker, echándose a reír cuando el señor Pickwick le declaró el objeto con que volvía—. ¿No te lo dije, Neddy?

El filosófico propietario del cortaplumas universal gruñó una respuesta afirmativa.

—¡Sabía que querría un cuarto *pa usté* solo, bendito sea *usté*! —dijo Roker—. Vamos a ver. *Usté* querrá algunos muebles. Supongo que me los alquilará, ¿no? Es lo que se acostumbra.

—Con mucho gusto —contestó el señor Pickwick.

—Hay un cuarto estupendo en el piso del café, que pertenece a un prisionero de la cancillería —dijo Roker—. Le costará una libra por semana. No le importa, ¿verdad?

—Está muy bien —dijo el señor Pickwick.

—Pues venga allá —dijo Roker, tomando el sombrero con gran viveza—, el asunto se arregla en cinco minutos. ¡Señor! ¿Por qué no empezó por decir que quería instalarse decentemente?

El asunto se arregló pronto, como había predicho el carcelero. El prisionero de la cancillería llevaba allí bastante tiempo como para haber perdido su familia, su fortuna, su casa y su felicidad, y para haber adquirido el derecho a tener un cuarto para él solo. Sin embargo, como sufría del inconveniente de que a menudo le faltaba un bocado de pan, escuchó atentamente la propuesta del señor Pickwick de alquilarle la habitación, y prontamente se puso de acuerdo para cederle su posesión plena e ilimitada, en consideración al pago semanal de los veinte chelines; con cuyos fondos, además, se comprometía a pagar la salida para otro sitio a cualquier persona o personas que recibieran billete para ir allí.

Mientras establecían el trato, el señor Pickwick le observó con doloroso interés. Era un hombre alto, descarnado, cadavérico, con un gran gabán y pantuflas, y mejillas hundidas y ojos graves e inquietos. Sus labios estaban exangües, y sus huesos angulosos y puntiagudos. ¡Dios le valiera! Los férreos dientes del encierro y la privación le habían corroído lentamente durante veinte años.

—¿Y dónde va a vivir usted, mientras tanto? —dijo el señor Pickwick, poniendo el pago de la renta de la primera semana, por adelantado, sobre la tambaleante mesa.

El hombre recogió el dinero con mano temblorosa y contestó que no sabía todavía; que tenía que ir a ver adónde podía trasladar su cama.

—Me temo, señor —dijo el señor Pickwick, poniéndole la mano en el brazo con amabilidad y compasión—, me temo que tendrá que vivir en algún sitio ruidoso y lleno de gente. Bien, entonces le ruego que considere este cuarto como suyo siempre que necesite silencio, o que venga a verle alguno de sus amigos.

—¡Mis amigos! —interrumpió el hombre con voz que le raspaba la garganta

—. Si estuviera muerto en el fondo de la mina más profunda del mundo, con el ataúd bien soldado y atornillado, pudriéndome en el foso oscuro y fangoso que arrastra su suciedad bajo los cimientos de nuestra prisión, no podría estar más olvidado y descuidado de lo que estoy aquí. Soy hombre muerto, muerto para la sociedad, sin la compasión que conceden a aquellos cuyas almas se han presentado a juicio. ¡Amigos a verme! ¡Dios mío! Me he hundido en este sitio, desde la juventud a la vejez, y no habrá quien levante la mano sobre mi cama cuando me muera y diga: « ¡Es una bendición que se haya muerto!» .

La excitación que, mientras hablaba, había lanzado una luz insólita sobre el rostro de este hombre, se apagó en cuanto terminó; y, retorciendo sus manos marchitas de un modo apresurado y desordenado, salió del cuarto arrastrando los pies.

—Va trotando un poco mohoso —dijo Roker, sonriendo—. ¡Ah!, son como los elefantes. ¡De vez en cuando lo notan, y se ponen como locos!

Después de hacer esta observación de tan profunda condolencia, Roker se dedicó al arreglo con tal eficacia, que en poco tiempo el cuarto estuvo provisto de alfombras, seis sillas, una mesa, un sofá cama, una tetera y varios pequeños objetos, todo ello alquilado al precio muy razonable de veintisiete chelines y medio por semana.

—Bueno, ¿hay algo más que pueda hacer por *usté*? —preguntó Roker, mirando a su alrededor con gran satisfacción y haciendo tintinear alegremente la renta de la primera semana en el puño cerrado.

—Pues sí —dijo el señor Pickwick, que llevaba algún tiempo en profunda reflexión—. ¿Hay gente por ahí que vaya a recados y cosas así?

—¿Afuera, quiere decir? —preguntó Roker.

—Sí. Quiero decir, que puedan salir. No presos.

—Sí, sí que hay —dijo Roker—. Hay un desgraciado que tiene un amigo en el lado de los pobres, y que está encantado de hacer cualquier cosa de esas. Lleva dos meses trabajando en lo que sea. ¿Quiere que se lo mande?

—Sí, tenga la bondad —contestó el señor Pickwick—. Pero espere, no. ¿Dice usted que en el lado de los pobres? Me gustaría verlo. Iré a buscarle yo mismo.

El lado de los pobres, en una cárcel de deudores, es, como su nombre indica, el sitio donde están encerrados los más miserables y abandonados deudores. Cuando un prisionero se inscribe en el lado de los pobres, no paga renta ni billete de compañía. El pago de entrada y salida de la cárcel queda reducido, y puede participar en el reparto de pequeñas cantidades de alimento, para cuya provisión ciertas personas caritativas han dejado en sus testamentos insignificantes legados. La mayor parte de nuestros lectores recordarán que, hasta hace pocos años, había una especie de jaula de hierro en el muro de la cárcel de Fleet, en que se situaba algún hombre de aspecto hambriento, que, de vez en cuando, sacudía una caja con monedas y exclamaba con voz lúgubre: « Por favor, acuérdense de los

deudores pobres; por favor, acuérdense de los deudores pobres» . Lo recaudado en esa caja, si algo se recaudaba, se distribuía entre los prisioneros pobres, y los que estaban en el lado de los pobres se relevaban en esta misión degradante.

Aunque se ha abolido esta costumbre, y la jaula ahora está tapada, la situación miserable y abandonada de estas infelices personas sigue siendo la misma. Ya no toleramos que en las puertas de la cárcel se apele a la caridad y compasión de los transeúntes; pero todavía seguimos dejando intacta en las páginas de nuestros códigos, para admiración y respeto de las épocas venideras, la justa y saludable ley que declara que el robusto criminal será alimentado y vestido, mientras que al deudor sin recursos se le dejará morir de hambre y desnudez. Esto no es una ficción. No pasa una semana sobre nuestras cabezas sin que, en cada una de nuestras cárceles de deudores, alguno de estos hombres tendría que expirar inevitablemente en la lenta agonía del hambre, si no fuera socorrido por sus compañeros de prisión.

Revolviendo estas cosas en su mente mientras subía las estrechas escaleras a cuyo arranque le había dejado Roker, el señor Pickwick fue acalorándose poco a poco hasta el punto de ebullición; tan excitado estaba con sus reflexiones sobre el tema, que irrumpió en el local adonde le habían encaminado antes de tener ninguna idea clara del sitio donde estaba ni del objeto de su visita.

El aspecto general del local le hizo volver en sí al momento, pero no bien había puesto sus ojos en el rostro de un hombre que reflexionaba sobre las cenizas medio apagadas de un fuego, cuando, dejando caer el sombrero por el suelo, se quedó absolutamente inmóvil y petrificado de asombro.

Sí, con ropas andrajosas y sin casaca; con su vulgar camisa de algodón hecha jirones y amarillenta; con el pelo cayéndole por la cara; con sus rasgos alterados por el sufrimiento y consumidos por el hambre… allí estaba Alfred Jingle; con la cabeza apoyada en las manos, los ojos fijos en el fuego y todo su aspecto indicando miseria y abandono.

A su lado se apoyaba descuidadamente en la pared un señorito rural de fuerte complexión, dando golpecitos con una fusta destrozada a la bota alta que adornaba su pie derecho, mientras que el izquierdo estaba metido en una pantufla vieja. Los caballos, los perros y la bebida, todo junto, le habían llevado allí. Había una espuela oxidada en su única bota, que de vez en cuando agitaba el aire, dando a la bota un golpe con la mayor elegancia y murmurando los sonidos con que un deportista anima a su caballo. En su imaginación, en ese momento, galopaba en alguna carrera desesperada a campo traviesa. ¡Pobre desgraciado! Nunca hizo una carrera en el más rápido animal de sus costosas cuadras con la mitad de la rapidez con que avanzó por el camino que terminó en la cárcel de Fleet.

Al otro lado del cuarto había un viejo, sentado en una arqueta de madera, los ojos clavados en el suelo y la cara con la expresión de la más profunda desesperación. Una niña —su nietecita— daba vueltas a su alrededor, tratando

con mil recursos infantiles de obtener su atención, pero el viejo ni la veía ni la oía. La voz que había sido música para él y los ojos que habían sido su luz caían fríamente sobre sus sentidos. Sus miembros temblaban por una enfermedad, y la parálisis se había asentado en su mente.

Había en el cuarto otros dos o tres hombres, reunidos en un corrillo y hablando sin ruido entre ellos. Había también una mujer, macilenta y flaca —la mujer de un prisionero—, regando con gran solicitud el desgraciado muñón de una planta marchita y reseca, que, como se veía claramente, nunca volvería a dar hojas verdes; emblema excesivamente fiel, quizá, de la tarea que ella había acudido a cumplir en aquel lugar.

Tales fueron las personas que se presentaron a la vista del señor Pickwick, cuando miró en torno suyo, con sorpresa.

Le hizo volver en sí el ruido de alguien que entraba en el cuarto tropezando apresuradamente. Volviendo los ojos a la puerta, vio al recién llegado; y en él, a través de los andrajos y la suciedad, reconoció los rasgos familiares de Job Trotter.

—¡El señor Pickwick! —exclamó Job en voz alta.

—¿Eh? —dijo Jingle, levantándose de un salto—. ¡El señor…! Sí, es verdad… extraño sitio… cosa rara… me lo merezco… mucho.

Jingle metió las manos en el lugar donde solían estar los bolsillos de sus pantalones y, dejando caer la barbilla sobre el pecho, volvió a desplomarse en su asiento.

El señor Pickwick quedó impresionado; los dos hombres tenían un aspecto mísero. La ávida mirada involuntaria que Jingle lanzó a un pedacito de lomo crudo de cordero que traía Job, le dijo más sobre su estado de hambre de lo que podían haberle dicho dos horas de explicación. El señor Pickwick miró benignamente a Jingle y dijo:

—Me gustaría hablar con usted a solas. ¿Quiere salir fuera un momento?

—Por supuesto —dijo Jingle, levantándose apresurado—. No puedo ir muy lejos… no hay peligro de demasiado ejercicio, aquí… parque con rejas… sitio bonito… romántico, pero no extenso… abierto a la inspección del público… siempre hay alguien… el dueño es muy cuidadoso… mucho.

—Se le ha olvidado la casaca —dijo el señor Pickwick cuando salieron a la escalera, cerrando la puerta detrás de ellos.

—¿Eh? —dijo Jingle—. Se fue… pariente querido… tío Tom… no hubo remedio… hay que comer, ya sabe. Exigencias naturales… y todo eso.

—¿Qué quiere decir?

—Se fue, señor mío… última levita… no hubo remedio. Vivimos con un par de zapatos… quince días. Un paraguas de seda, mango de marfil… una semana… de veras… palabra… pregunte a Job… él lo sabe.

—¡Que han vivido tres semanas de unos zapatos y un paraguas de seda con

mango de marfil! —exclamó el señor Pickwick, que solo había oído hablar de esas cosas en naufragios, o las había leído en la *Miscelánea* de Constable.[74]

—Verdad —dijo Jingle, asintiendo con la cabeza—. Empeñados… las papeletas aquí… pequeñas sumas… casi nada… todos unos bribones.

—Ah —dijo el señor Pickwick, muy aliviado con la explicación—; ya le entiendo. Han empeñado el guardarropa.

—Todo… el de Job también… todas las camisas… no importa… ahorra lavado. Pronto no habrá nada… en la cama… morir de hambre… una investigación… a la fosa pobre preso… falta de lo necesario… silenciar el asunto… señores del jurado… los proveedores del carcelero jefe… mantenerlo con decencia… muerte natural… permiso del juez… entierro de pobre… se lo merece… se acabó… telón.

Jingle lanzó este resumen de sus perspectivas en la vida con su acostumbrada volubilidad y con varios espasmos en el rostro para producir sonrisas.

El señor Pickwick notó fácilmente que esta despreocupación era fingida y, mirándole de lleno, aunque sin severidad, a la cara, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Buen amigo —dijo Jingle, estrechándole la mano y volviendo la cara—; perro ingrato… es de niños llorar… no hay remedio… fiebre maligna… débil… enfermo… hambriento. Lo merezco todo… pero he sufrido mucho… mucho.

Completamente incapaz de seguir manteniendo las apariencias, y quizá debilitado por el esfuerzo que había hecho, el abandonado cómico de la legua se sentó en los escalones y, cubriéndose la cara con las manos, sollozó como un niño.

—Vamos, vamos —dijo el señor Pickwick con gran emoción—; ya veremos lo que se puede hacer cuando sepa yo todo lo que hay de este asunto.

—A ver, Job, ¿dónde está este muchacho?

—Aquí, señor —contestó Job, presentándose en la escalera. En sus mejores tiempos, por cierto, le hemos descrito como de ojos hundidos. En su presente situación de hambre y abandono, parecía como si esos rasgos de su fisonomía hubieran desaparecido por completo—. Aquí, señor —gritó.

—Venga acá —dijo el señor Pickwick, tratando de poner cara severa, con cuatro grandes lágrimas corriéndole por el chaleco—. Ahí va eso.

¿Ahí va qué? En la acepción corriente de tal lenguaje, eso debía de haber sido un golpe. Tal como va el mundo, debía de haber sido una bofetada sonora y cordial; pues el señor Pickwick había sido engañado, burlado y vejado por el abandonado proscrito que ahora estaba por completo en su poder. ¿Hemos de decir la verdad? Eso fue algo que salió del bolsillo del chaleco del señor Pickwick, que tintineó al ser puesto en manos de Job y cuya entrega, no se sabe por qué, comunicó un fulgor a la mirada y un respiro al corazón de nuestro excelente antiguo amigo, mientras se alejaba a toda prisa. Sam había regresado cuando el

señor Pickwick llegó a su cuarto, y estaba inspeccionando los arreglos hechos para su comodidad con una especie de sombría satisfacción muy agradable de observar. Como tenía una oposición decidida a que su amo estuviera allí en absoluto, Sam Weller consideraba un deber moral no parecer muy satisfecho con nada que se hiciera, dijera, sugiriera o propusiera.

—Bueno, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Bueno, señor —contestó Sam Weller.

—¿Muy cómodo ahora, eh, Sam?

—No está mal, señor —respondió Sam, mirando en torno con aire despectivo.

—¿Has visto al señor Tupman y a nuestros otros amigos?

—Sí, sí que les he visto, y vendrán mañana, y me extrañó mucho saber que no iban a venir hoy —contestó Sam.

—¿Has traído las cosas que necesitaba?

Sam Weller, en respuesta, señaló los diversos paquetes que había arreglado, con tanto orden como había podido, en un rincón del cuarto.

—Muy bien, Sam —dijo el señor Pickwick tras una breve vacilación—; escucha lo que te voy a decir, Sam.

—Desde luego, señor —contestó Sam—; adelante con ello.

—Desde el principio me he dado cuenta, Sam —dijo el señor Pickwick con mucha solemnidad—, de que este no es un sitio como para traer a un joven.

—Ni a un viejo tampoco, señor —observó Sam.

—Tienes mucha razón, Sam —dijo el señor Pickwick—, pero los viejos pueden venir aquí por su descuido y falta de precaución, y los jóvenes pueden venir a parar aquí por el egoísmo de aquellos a quienes sirven. Desde todos los puntos de vista, es mejor para esos jóvenes que no se queden aquí. ¿Me entiendes, Sam?

—Pues no, señor, no le entiendo —respondió Sam tercamente.

—Inténtalo, Sam —dijo el señor Pickwick.

—Bueno, señor —respondió Sam al cabo de una breve pausa—; creo que ya veo adónde va a parar; y si veo bien adónde va a parar, mi opinión es que va *demasiao* fuerte, como dijo el cochero a la *tempestá* de nieve cuando se le echó encima.

—Veo que me comprendes, Sam —dijo el señor Pickwick—. Aparte de mi deseo de que no andes ocioso por un sitio como este en los años inmediatos, me doy cuenta de que es un absurdo monstruoso que un deudor en la cárcel de Fleet esté servido por un criado. Sam —dijo el señor Pickwick—, me vas a tener que dejar por algún tiempo.

—¿Por algún tiempo, eh? —repitió Sam Weller en tono sarcástico.

—Sí, por el tiempo que me quede aquí —dijo el señor Pickwick—; tu salario te lo seguiré pagando. Cualquiera de mis tres amigos estará muy contento de tomarte, aunque solo sea en atención a mí. Y si algún día salgo de aquí, Sam —

añadió el señor Pickwick con fingido buen humor—, si salgo de aquí, te doy mi palabra de que enseguida volverás a estar conmigo.

—Ahora le voy a decir la *verdá*, señor —dijo Sam Weller con voz grave y solemne—. Estas cosas no valen, de manera que no hablemos más de ello.

—Hablo en serio, Sam, y estoy decidido —dijo el señor Pickwick.

—¿Conque sí, eh, señor? —preguntó Sam Weller con firmeza—. Muy bien, señor; pues yo también.

Y diciendo esto, Sam Weller se encajó el sombrero en la cabeza con gran precisión, y salió repentinamente del cuarto.

—¡Sam! —gritó el señor Pickwick, llamándole para que volviese—. ¡Sam! ¡Ven aquí!

Pero la larga galería dejó de repetir el eco de los pasos. Sam Weller se había ido.

XLIII
QUE MUESTRA CÓMO SAMUEL WELLER SE METIÓ EN DIFICULTADES

En una elevada estancia, mal iluminada y peor ventilada, de la calle Portugal, Lincoln's Inn Fields, están sentados durante casi todo el año, uno, dos, tres o cuatro señores con pelucas, según sea el caso, con pequeños pupitres delante, construidos siguiendo la forma de los que usan los jueces del país, salvo el barnizado. Hay una tribuna para abogados, a la derecha; hay un espacio a la izquierda, con deudores insolventes; y hay delante un plano inclinado de caras especialmente sucias. Esos señores son los comisarios del tribunal de insolventes, y el lugar en que se sientan es el tribunal de insolventes.

Desde tiempo inmemorial es y ha sido el curioso destino de este tribunal, no se sabe por qué, considerarse y estimarse, con el general consentimiento de todos los pobres vergonzantes de Londres, como su recurso común y su lugar de refugio cotidiano. Siempre está lleno. Los vapores de la cerveza y los licores ascienden perpetuamente hacia su techo y, al condensarse por el calor, descienden por las paredes como lluvia; hay allí más ropa vieja de una sola vez que toda la que se pone en venta durante un año en todo Houndsditch;[75] hay allí más pieles sin lavar y más barbas hirsutas que cuantas podrían adecentar, de sol a sol, todas las bombas de agua y las barberías que hay entre Tyburn y Whitechapel.[76]

No se debe suponer que ninguno de estos tenga la más leve sombra de asuntos ni la más remota conexión con el lugar a que tan infatigablemente acuden. Si lo tuvieran, ya no sería cosa sorprendente y se acabaría lo extraño del asunto. Algunos de ellos duermen durante la mayor parte de la sesión; otros llevan almuerzos portátiles envueltos en pañuelos o saliéndoles por los gastados bolsillos; pero no se ha conocido jamás que ninguno de ellos tuviera el más leve interés personal en ninguno de los asuntos presentados. Hagan lo que hagan, allí están sentados desde el primer momento hasta el último. Cuando llueve y hace mal tiempo, acuden todos completamente calados; y en esas ocasiones los vapores de toda la sala son como los de una cueva para criar setas.

Un visitante casual podría suponer que este sitio es un templo dedicado al Genio de la Andrajosidad. No hay un recadero ni un ujier adscrito a él que lleve una casaca hecha a su medida; no hay en toda la institución un hombre que vaya medianamente de nuevo ni de buen aspecto, excepto un pequeño alguacil de cabeza cana y cara de manzana, pero incluso este, como una cereza de mala clase conservada en aguardiente, parece estar artificialmente desecado y momificado, en un estado de conservación de que no puede gloriarse por naturaleza. Las mismas pelucas de los abogados están mal empolvadas, y sus

rizos no están bien ondulados.

Pero, después de todo, los abogados, sentados en una amplia mesa desnuda detrás de los comisarios, son las mayores curiosidades. Toda la oficina legal de los más opulentos de estos caballeros consiste en una bolsa azul y un muchacho, generalmente un joven de procedencia judía. No tienen despachos fijos, y sus asuntos legales se resuelven en las tabernas, o en los patios de las cárceles, adonde acuden en bandadas buscando clientes igual que los mozos de ómnibus. Tienen aspecto grasiento y apolillado; y si se puede decir que tengan algún vicio, quizá la bebida y el fraude son los más notorios entre ellos. Sus residencias generalmente están en los contornos de «los Permisos»,[77] situándose principalmente en un radio de una milla desde el obelisco de St. George's Fields. Su aspecto no es muy atractivo, y sus maneras son peculiares.

El señor Solomon Pell, uno de esta docta corporación, era un hombre gordo, lacio, pálido, con un gabán que parecía verde en un momento, y pardo al siguiente, con cuello de terciopelo del mismo matiz camaleónico. Su frente era estrecha; su cara, ancha; su cabeza, amplia; y su nariz toda ella hacia un lado, como si la naturaleza, indignada al ver las inclinaciones que observó en él cuando nació, le hubiera dado un colérico empellón del cual no se había recobrado nunca. Sin embargo, como era corto de cuello y asmático, respiraba principalmente a través de ese rasgo de su fisonomía; así pues, tal vez, lo que le faltaba en ornamento lo compensaba en utilidad.

—Estoy seguro de sacarle del asunto —decía el señor Pell.

—¿De veras? —contestó la persona a quien se daba esa seguridad.

—Completamente seguro —contestó Pell—; si él hubiera ido a ver a un irregular de la profesión, fíjese, yo no habría respondido de las consecuencias.

—¡Ah! —dijo el otro, con la boca abierta.

—No, no habría respondido —dijo el señor Pell, y frunció los labios, frunció el ceño y movió la cabeza con aire de misterio.

Ahora bien, el lugar donde se desarrollaba esta conversación era la taberna de enfrente del tribunal de insolventes; y la persona con quien se tenía no era otro que el señor Weller padre, que había acudido a consolar y asistir a un amigo, cuya petición de libertad iba a resolverse aquel día y a cuyo abogado consultaba en ese momento.

—¿Y dónde está George? —preguntó el viejo.

El señor Pell sacudió la cabeza en dirección a una sala de atrás, al entrar en la cual, inmediatamente, el señor Weller fue saludado del modo más cálido y lisonjero por una media docena de sus colegas profesionales, en señal de alegría por su llegada. El insolvente, que había contraído una imprudente pasión especulativa por proveer de caballos a las diligencias de largos recorridos, lo cual le había llevado a sus dificultades actuales, tenía un excelente aspecto y mitigaba la excitación de sus sentimientos con camarones y cerveza negra.

Los saludos entre el señor Weller y sus amigos se atuvieron estrictamente a la masonería del oficio, consistiendo en sacudir la muñeca derecha, girándola y lanzando a la vez el meñique al aire. Una vez conocimos a dos famosos cocheros (ahora han muerto, los pobres) que eran hermanos gemelos, y entre los cuales existía un afecto devoto y sincero. Todos los días se cruzaban en la ruta de Dover, durante veinticuatro años, sin intercambiar más saludo que ese; y, sin embargo, cuando el uno murió, el otro decayó de tal modo que pronto le siguió a la tumba.

—Bueno, George —dijo el señor Weller padre, quitándose el abrigo y sentándose con su acostumbrada gravedad—; ¿cómo va eso? ¿*To* bien por atrás, y lleno por dentro?

—Todo está bien, compadre —contestó el caballero en apuros.

—¿Has *dejao* la yegua gris al cuidado de alguno? —preguntó ansiosamente el señor Weller.

George asintió con la cabeza.

—Bueno, está bien —dijo el señor Weller—. ¿También se cuidan del coche, no?

—Entregado en buenas manos —contestó George, arrancando la cabeza a media docena de camarones y tragándoselos sin más.

—Muy bien, muy bien —dijo el señor Weller—. Siempre hay que mirar el freno cuando se va cuesta abajo. ¿Y la hoja de ruta, está en limpio y sin borrones?

—El inventario —dijo Pell, adivinando lo que quería decir el señor Weller—, el inventario está tan claro y satisfactorio como puede hacerlo una pluma.

El señor Weller asintió con la cabeza de un modo que proclamaba su aprobación interior de estas medidas; y luego se volvió al señor Pell y dijo, señalando a su amigo George:

—¿Cuándo le quita las mantas?

—Bueno —contestó el señor Pell—, está el tercero en la lista de los asuntos discutidos, y yo diría que le va a tocar dentro de una media hora. Le he dicho a mi pasante que venga a decírnoslo en cuanto haya una probabilidad.

El señor Weller inspeccionó al abogado de pies a cabeza con gran admiración, y dijo enfáticamente:

—¿Y qué va a tomar *usté*?

—Pues, la verdad —contestó el señor Pell—, es usted muy… Palabra de honor, que no tengo costumbre de… Es tan pronto que, en realidad, casi estoy… Bueno, guapa, me puedes traer tres peniques de ron.

La señorita de servicio, que se había anticipado a la petición antes de que se la dieran, puso la copa de licor ante Pell, y se retiró.

—Caballeros —dijo Pell, mirando a los concurrentes a su alrededor—, ¡por el éxito de su amigo! No me gusta presumir, señores; no es mi manera de ser, pero no puedo menos de decirles que si su amigo no hubiera tenido la suerte de caer

en manos que… Pero no diré lo que iba a decir. Señores, a su servicio.

Vaciada la copa en un abrir y cerrar de ojos, el señor Pell se relamió y miró complacido a los cocheros que se habían reunido a su alrededor, y que evidentemente le consideraban como una especie de divinidad.

—Vamos a ver —dijo la autoridad legal—; ¿qué les iba a decir, señores?

—Creo que iba a decir que no tendría inconveniente en tomar otro de lo mismo —dijo el señor Weller con solemne jocosidad.

—¡Ja, ja! —rió el señor Pell—; no está mal, no está mal. ¡Y además, un hombre de mi profesión! A estas horas de la mañana, más bien sería… Bueno, no sé, guapa… si te parece bien, por mí, puedes servirme otra. ¡Ejem!

Este último sonido fue una tos solemne y digna que el señor Pell consideró que se debía a sí mismo, al observar cierta indecente tendencia al regocijo en algunos de sus oyentes.

—El difunto lord canciller, señores, me quería mucho —dijo el señor Pell.

—Y ello le hacía mucho honor —interrumpió el señor Weller.

—Claro, claro —asintió el cliente del señor Pell—. ¿Y por qué no?

—¡Ah, desde luego! —dijo un hombre de cara muy roja, que todavía no había dicho nada y que tenía muy poca cara de ir a decir nada más—. ¿Por qué no?

Un murmullo de asentimiento corrió por el grupo.

—Recuerdo, señores —dijo el señor Pell—, una vez que comí con él; no estábamos más que nosotros dos, pero todo era tan espléndido como si se hubiera esperado a veinte personas (el Gran Sello en una mesita con ruedas a la derecha, y un hombre con peluca y armadura haciendo guardia a la maza, con la espada desenvainada y medias de seda, lo cual se hace perpetuamente, noche y día, señores), cuando en esto dice: «Pell», dice, «nada de modestias, Pell. Usted es un hombre de talento; usted es capaz de sacar a cualquiera del tribunal de insolventes, Pell, y su país debería estar orgulloso de usted.» Esas fueron sus mismas palabras. «Señor», dije, «me lisonjea.» «Pell», dice, «si no es verdad, que me lleve el diablo.»

—¿Eso dijo? —preguntó el señor Weller.

—Eso mismo —contestó Pell.

—Bueno, entonces —dijo el señor Weller— digo yo que el Parlamento debía haberle *echao*; y si hubiera sido un pobre, lo habrían hecho así.

—Pero, mi querido amigo —arguyó el señor Pell—, fue en confianza.

—¿En qué? —dijo el señor Weller.

—En confianza.

—¡Ah, muy bien! —dijo el señor Weller, después de reflexionar un poco—; si se dio al diablo en confianza, entonces, desde luego, era otra cosa diferente.

—Claro que lo era —dijo el señor Pell—; la distinción es evidente, como usted notará.

—La cosa cambia completamente —dijo el señor Weller—. Adelante, señor.

—No, no quiero seguir —dijo el señor Pell en voz baja y seria—. Me ha hecho recordar que aquella conversación era particular; particular y confidencial, señores. Señores, yo soy un profesional. Puede ser que esté altamente considerado en mi profesión, pero también puede ser que no. Mucha gente lo sabe. Yo no digo nada. En este cuarto ya se han hecho observaciones injuriosas para la memoria de mi noble amigo. Ustedes me excusarán, señores; he sido imprudente. Me doy cuenta de que no tenía derecho a mencionar este asunto sin su aprobación. Gracias, señor, gracias.

Expresándose de este modo, el señor Pell metió las manos en los bolsillos y, mirando a su alrededor con sombrío ceño, entrechocó tres medios peniques con terrible resolución.

Apenas se había formado esta virtuosa decisión, cuando el muchacho y la bolsa azul, que eran compañeros inseparables, entraron con violenta prisa en la taberna y dijeron —o por lo menos, dijo el muchacho, ya que la bolsa azul no tomó parte en el anuncio— que la causa se iba a ver enseguida.

En cuanto se recibió la noticia, el grupo entero se precipitó a cruzar la calle y empezó a luchar para abrirse paso hasta el tribunal, una ceremonia preparatoria que, en casos ordinarios, se ha calculado que ocupa de veinticinco a treinta minutos.

El señor Weller, siendo gordo, se lanzó enseguida a la multitud, con la esperanza insensata de ir a parar en definitiva a algún sitio que le conviniera. Su éxito no igualó a sus esperanzas, pues, habiéndose olvidado de quitarse el sombrero, se lo metió de un golpe hasta los ojos alguna persona invisible sobre cuyos dedos de los pies se había instalado con considerable fuerza. Al parecer, ese individuo lamentó inmediatamente después su impetuosidad, pues, mascullando una confusa exclamación de sorpresa, arrastró al viejo hasta el vestíbulo, y, tras de violenta lucha, liberó su cara y su cabeza.

—¡Samivel! —exclamó el señor Weller, cuando tuvo así la posibilidad de observar a su salvador.

Sam asintió con la cabeza.

—Eres un muchacho como es debido y cariñoso, *¿verdá* que sí —dijo el señor Weller—, que vienes a ponerle el sombrero a tu padre en su vejez?

—¿Cómo iba yo a saber que era *usté*? —respondió el hijo—. ¿Se imagina que lo iba a notar por el peso de sus pies?

—Bueno, eso también es *verdá*, Sammy —dijo el señor Weller, ablandado enseguida—; pero ¿qué haces aquí? Tu amo no puede hacer *na* aquí, Sammy. No es aquí donde pasarán su *verídico*, Sammy, no es aquí.

Y el señor Weller movió la cabeza con solemnidad jurídica.

—¡Qué viejo más terco y *ostinao*! —exclamó Sam—. Siempre hablando de

verídicos y *coartás* y *to* eso. ¿Quién ha dicho *na* del *verídico*?

El señor Weller no contestó, pero volvió a mover la cabeza con aire docto.

—Deje de mover ya esa chimenea, si no quiere que se le salte completamente de los resortes —dijo Sam con impaciencia—, y pórtese de un modo razonable. Anoche he ido a buscarle al Marqués de Granby.

—¿Viste a la marquesa de Granby, Sammy? —preguntó el señor Weller con un suspiro.

—Sí, la vi —contestó Sam.

—¿Qué aspecto tenía esa querida criatura?

—Muy raro —dijo Sam—; creo que se está echando a perder poco a poco con el ron de piña y otras medicinas fuertes de la misma naturaleza.

—¿No lo dirás en serio, Sammy? —dijo el progenitor con gravedad.

—Sí que lo digo —contestó el hijo.

El señor Weller tomó la mano de su hijo, la estrechó y dejó caer. Al hacerlo así, en su rostro había una expresión no de consternación ni de temor, sino que participaba más bien del dulce y amable carácter de la esperanza. Un fulgor de resignación, e incluso de buen humor, pasó por su rostro mientras decía lentamente:

—Yo no estoy muy seguro, Sammy; no me gustaría decir que estoy del *to* seguro, por si acaso hay luego un desengaño, pero más bien pienso, hijo mío, más bien pienso que el pastor está malo del hígado.

—¿Tiene mala cara? —preguntó Sam.

—Está terriblemente pálido —contestó su padre—, menos por la nariz, que está más roja que nunca. Su apetito anda regular, pero bebe que es una maravilla.

Reflexiones sobre el ron parecieron agolparse en la mente del señor Weller al decirlo; pues puso cara sombría y pensativa, pero enseguida se recobró, como lo atestiguó un perfecto telégrafo de guiños, que solo solía permitirse cuando estaba especialmente contento.

—Bueno, ahora —dijo Sam—, hablemos de mi asunto. Abra las orejas y no diga *na* hasta que yo haya terminado.

Y con este prefacio, Sam relató, con toda la brevedad posible, la última y memorable conversación que había tenido con el señor Pickwick.

—¡Quedarse ahí solo, pobre criatura! —exclamó el viejo señor Weller—. ¡Sin nadie que tome parte con él! No *pue* ser, Samivel, no *pue* ser.

—Claro que no —afirmó Sam—; yo ya lo sabía antes de venir.

—Vaya, se lo comerán vivo, Sammy —exclamó el señor Weller.

Sam asintió con la cabeza a esta opinión.

—Entra muy crudo, Sammy —dijo el señor Weller, metafóricamente—, y saldrá tan *quemao* que sus mejores amigos no le reconocerán. Los pichones asados no serán *na* a su *lao*, Sammy.

Sam Weller volvió a asentir.

—No debe ser, Samivel —dijo gravemente el señor Weller.

—No debe ser —dijo Sam.

—Claro que no —dijo el señor Weller.

—Bueno, ahora —dijo Sam—, ya ha profetizado bastante y al detalle, como ese Nixon[78] de cara roja que está *retratao* en los libritos de a seis peniques.

—¿Quién era ese, Sammy? —preguntó el señor Weller.

—No le importa quién era —replicó Sam—; no era un cochero, y eso ya le basta.

—Conocí a un posadero que se llamaba así —dijo el señor Weller, meditando.

—No era ese —dijo Sam—. Este que yo digo era un profeta.

—¿Qué es un profeta? —preguntó el señor Weller, mirando gravemente a su hijo.

—Pues el hombre que dice lo que va a pasar —dijo Sam.

—Me gustaría haberle conocido, Sammy —dijo el señor Weller—; quizá podría haber *lanzao* un poco de luz sobre esa *enfermedá* del hígado de que te hablaba ahora mismo. De *toas* maneras, si ya se ha muerto y no le ha dejado el negocio a nadie, se acabó. Sigue, Sammy —dijo el señor Weller con un suspiro.

—Bueno —dijo Sam—, *usté* ha profetizado sobre lo que le pasará al amo si le dejan solo. ¿No ve una manera de ocuparse de él?

—No, no la veo, Sammy —dijo el señor Weller con cara reflexiva.

—¿Ninguna manera? —preguntó Sam.

—Ninguna —dijo el señor Weller—, a no ser… —Y un fulgor de comprensión iluminó su rostro mientras bajaba la voz hasta un susurro, aplicando la boca al oído de su retoño—. A no ser que se le saque en una cama plegada, sin que lo sepan los carceleros, Sammy, o vistiéndose de vieja, con un velo verde.

Sam Weller recibió ambas sugerencias con inesperado desprecio, y volvió a plantear la cuestión.

—No —dijo el viejo—; si no quiere que te quedes con él, no veo manera ninguna. No hay salida, Sammy, no hay salida.

—Pues entonces, le diré lo que pasa —dijo Sam—. Le tengo que molestar pidiéndole que me preste veinticinco libras.

—¿*Pa* qué? —preguntó el señor Weller.

—No importa —contestó Sam—. Quizá me las puede pedir cinco minutos después; quizá yo tendré que decir que no quiero pagar, y cortar por lo sano. ¿No pensará *usté* en mandar detener a su propio hijo por dinero y mandarle a la cárcel de Fleet, *usté*, vagabundo desnaturalizado?

Ante esta respuesta de Sam, el padre y el hijo intercambiaron un completo código telegráfico de movimientos de cabeza y gestos, tras lo cual el viejo señor Weller se sentó en un escalón de piedra, riéndose hasta que se puso color púrpura.

—¡Qué estampa vieja esta! —exclamó Sam, indignado ante tal pérdida de tiempo—. ¿Qué hace ahí *sentao*, convirtiendo la cara en un aldabón, cuando hay tanto quehacer? ¿Dónde está el dinero?

—En la caja de equipajes, Sammy, en la caja —contestó el señor Weller, componiendo sus rasgos—. Tenme el sombrero, Sammy.

Despojado de tal estorbo, el señor Weller dio a su cuerpo una súbita contorsión hacia un lado y, con un diestro retorcimiento, se las arregló para meter la mano derecha en un amplio bolsillo, de donde, tras de mucho jadear y esforzarse, extrajo una cartera de formato octavo grande, sujeta con una gran correa de cuero. De este libro mayor sacó un par de cuerdas de látigo, tres o cuatro hebillas, una bolsita de muestra de trigo y, por fin, un pequeño fajo de billetes muy sucios, de los que eligió la suma requerida, entregándola a Sam.

—Y ahora, Sam —dijo el viejo después de retirar las cuerdas de látigo, las hebillas, la muestra, y de volver a dejar la cartera en el fondo del mismo bolsillo—, ahora, Sammy, conozco aquí a un señor que nos hará el resto del asunto en un momento; un miembro de la justicia que tiene los sesos como las ranas, repartidos por *to* el cuerpo y llegando a las mismas puntas de los dedos; un amigo de su señoría el canciller, Sammy, que solo tendría que decirle lo que quería y te encerraría *pa toa* la vida, como si *na*.

—Escuche —dijo Sam—, *na* de eso.

—¿*Na* de qué? —preguntó el señor Weller.

—Pues *na* de esa manera ilegal de hacerlo —replicó Sam—. El *a-ver-ese-porcus*, después del movimiento perpetuo, es una de las cosas más benditas que se han hecho nunca. Eso es lo que he leído muchas veces en los periódicos.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver con esto? —preguntó el señor Weller.

—Pues solamente —dijo Sam—, que yo sigo esa invención, y voy por ahí. *Na* de susurrarle al canciller; no me gusta esa idea. No podría ser lo mejor, con vistas a volver a salir.

Remitiéndose al sentir de su hijo sobre este punto, el señor Weller enseguida buscó al erudito Solomon Pell y le dio a conocer su deseo de que hiciera un mandato de detención al momento, por la suma de veinticinco libras y las costas del proceso, que se había de ejecutar sin dilación en la persona de un tal Samuel Weller; los gastos en que se incurriera se pagarían por adelantado a Solomon Pell.

El abogado estaba jubiloso, pues el cochero en apuros acababa de ser absuelto. Aprobó altamente el apego de Sam a su amo; declaró que le recordaba mucho sus propios sentimientos de devoción hacia su amigo el canciller; e inmediatamente condujo al viejo señor Weller al Temple, para que prestara juramento en la declaración de deuda que el muchacho, con ayuda de la bolsa azul, había redactado allí mismo.

Mientras tanto, Sam, presentado formalmente al caballero enjalbegado y a

sus amigos como el retoño del señor Weller, de La Bella Salvaje, fue tratado con marcado obsequio e invitado a regalarse con ellos en honor a la ocasión; invitación que no se mostró huraño en absoluto a aceptar.

El júbilo de los señores de esta clase suele ser de carácter grave y tranquilo, pero el caso presente era especialmente festivo y se animaron en proporción. Después de algunos brindis tumultuosos a la salud del comisario presidente y del señor Solomon Pell, que había mostrado tan trascendentes habilidades, un señor de cara picada de viruelas y bufanda azul propuso que alguien cantara una canción. La sugerencia más obvia es que si el de la cara picada tenía deseos de canción, la cantara él mismo; pero a esto se negó el de la cara picada tercamente, y de modo casi ofensivo. Con lo cual, como suele ocurrir en estos casos, se abrió un diálogo bastante iracundo.

—Señores —dijo el cochero—, antes de que se estropee la armonía de esta agradable ocasión, quizá el señor Samuel Weller obsequiará a la reunión.

—La *verdá*, señores —dijo Sam—, no tengo mucha costumbre de cantar sin acompañamiento; pero cualquier cosa por la vida tranquila, como dijo aquel hombre cuando tomó su puesto en el faro.

Y con este preludio, el señor Samuel Weller prorrumpió enseguida en la siguiente leyenda, hermosa y silvestre, que, por tener la impresión de que no es muy conocida, nos tomamos la libertad de copiar. Desearíamos llamar la atención sobre el monosílabo al final de los versos segundo y cuarto, que no solo permite al cantor tomar aliento en esos puntos, sino que ayuda en gran medida a la regularidad métrica.

ROMANCE

I

El bravo Turpín un día
iba en su yegua Bess, ¡sí!,
y vio el coche del Obispo
por la carretera, ¡sí!
Va al galope hasta alcanzarle,
asoma la cara al fin,
y el Obispo dice: «¡Atiza!,
¡si es el valiente Turpín!».

CORO

Y el Obispo dice: «¡Atiza!,

¡si es el valiente Turpín!».

II

«Te comerás tus palabras
con plomo», dice Turpín.
Con la pistola en la boca
le da al Obispo un festín.
El cochero, disgustado,
al galope empieza a huir;
pero con un par de balas
Turpín le convence allí.

CORO (sarcásticamente)

Pero con un par de balas
Turpín le convence allí.

—Afirmo que esta canción es una ofensa personal contra nuestro gremio —dijo el de la cara picada, interrumpiendo en este momento—. Exijo saber el nombre del cochero.

—Nadie lo supo —replicó Sam—. No llevaba tarjeta en el bolsillo.

—Me opongo a que se introduzca la política —dijo el de la cara picada—. Afirmo que, en esta compañía, esta canción es política; y, lo que viene a ser lo mismo, que no es verdad. Digo que ese cochero no huyó, sino que murió como un valiente, valiente como un faisán; y no estoy dispuesto a que se diga nada en contra.

Como el de la cara picada hablaba con gran energía y decisión, y como las opiniones del grupo parecían divididas sobre este tema, había riesgo de que surgieran nuevas peleas, cuando llegaron muy oportunamente los señores Weller y Pell.

—Ya está *to*, Sammy —dijo el señor Weller.

—El representante de la justicia estará aquí a las cuatro en punto —dijo el señor Pell—. ¿Supongo que no se escapará mientras tanto? ¡Ja, ja!

—Quizá mi cruel padre tendrá compasión antes —contestó Sam, con una ancha sonrisa.

—*Na* de eso —dijo el señor Weller padre.

—¡Tenga piedad! —dijo Sam.

—No, de ningún modo —contestó el inexorable acreedor.

—Le firmaré letras por esa cantidad, a seis peniques por mes —dijo Sam.

—No las aceptaré —dijo el señor Weller.

—¡Ja, ja, ja! —dijo el señor Solomon Pell, que estaba haciendo su minuta de honorarios—, ¡un suceso muy divertido, desde luego! Benjamin, copia esto.

Y el señor Pell volvió a sonreír llamando la atención al señor Weller sobre la suma en cuestión.

—Gracias, gracias —dijo el profesional, embolsándose otro de los grasientos billetes que el señor Weller sacó de la cartera—. Tres con diez, y una con diez son cinco libras. Muy agradecido, señor Weller. Su hijo es un joven de mucho mérito, desde luego. Es un rasgo muy grato en el carácter de un joven, mucho —añadió el señor Pell, sonriendo con dulzura en torno y abotonándose sobre el dinero.

—¡Qué broma más buena! —dijo el señor Weller padre con una risa—; ¡un auténtico hijo prodigio!

—Pródigo, hijo pródigo, señor Weller —sugirió suavemente el señor Pell.

—¡Qué más da, señor! —dijo el señor Weller con dignidad—. Yo ya sé lo que me digo. Cuando no lo sepa, ya se lo preguntaré.

Para cuando llegó el representante de la justicia, Sam se había hecho tan popular, que todos los allí reunidos decidieron acompañarle a la cárcel en corporación. Y se pusieron en marcha: el demandante y el demandado andando del brazo, el de la justicia delante, y ocho gordos cocheros formando la retaguardia. En el café de Sergeant's Inn, el grupo entero se paró a refrescar y, terminados los trámites legales, la procesión volvió a ponerse en marcha.

Alguna pequeña conmoción ocasionó en la calle Fleet la jocosidad de los ocho señores de refuerzo, que se empeñaban en marchar de cuatro en fondo; de este modo resultó necesario dejar atrás al de la cara picada para que se peleara con un recadero, disponiéndose que sus amigos pasarían a buscarle en el camino de vuelta. Nada más que estos pequeños incidentes ocurrieron por el camino. Cuando llegaron a la puerta de la cárcel de Fleet, la cabalgata, dirigida por el demandante, lanzó tres hurras tremendos en honor del demandado y, después de estrecharle todos la mano, le dejaron allí.

Sam, entregado formalmente a la custodia del carcelero jefe, con gran asombro de Roker y con evidente emoción incluso del flemático Neddy, pasó enseguida a la prisión, se fue derecho al cuarto de su amo y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo el señor Pickwick.

Sam apareció, se quitó el sombrero y sonrió.

—¡Ah, Sam, mi buen muchacho! —dijo el señor Pickwick, evidentemente complacido al ver otra vez a su humilde amigo—. No tenía intención de herir tus sentimientos ayer, mi fiel compañero, con lo que dije. Suelta el sombrero, Sam, y déjame explicarte lo que quería decir y un poco más despacio.

—¿Y no sería lo mismo un poco más tarde, señor? —preguntó Sam.

—Claro que sí —dijo el señor Pickwick—; pero ¿por qué no ahora?

—Preferiría que no fuera ahora mismo, señor —contestó Sam.

—¿Por qué? —preguntó el señor Pickwick.

—Porque… —dijo Sam, vacilando.

—¿Por qué? —preguntó el señor Pickwick, alarmado ante el tono de su criado —. Habla claro, Sam.

—Porque —dijo Sam— tengo un asuntillo que quiero resolver.

—¿Qué asunto? —preguntó el señor Pickwick, bastante sorprendido por el modo confuso como se expresaba Sam.

—*Na* de particular, señor —contestó Sam.

—Pues si no es nada de particular —dijo el señor Pickwick, sonriendo—, puedes hablar conmigo primero.

—Creo que sería mejor que lo arreglara enseguida —dijo Sam, todavía vacilando.

El señor Pickwick pareció sorprendido, pero no dijo nada.

—La *verdá* es… —dijo Sam, parándose en seco.

—¡Bueno! —dijo el señor Pickwick—. Habla claro, Sam.

—Pues la *verdá* es —dijo Sam con un esfuerzo desesperado— que quizá sería mejor que buscara mi cama antes de hacer *na* más.

—¡Tu cama! —exclamó el señor Pickwick, asombrado.

—Sí, señor, mi cama —contestó Sam—. Estoy preso. Me han detenido esta misma tarde por deudas.

—¡Que te han detenido por deudas! —exclamó el señor Pickwick, dejándose caer en una butaca.

—Sí, señor, por deudas —contestó Sam—. Y el hombre que me ha metido aquí, no me dejará salir hasta que salga *usté*.

—¡Válgame Dios! —exclamó el señor Pickwick—. ¿Qué quieres decir?

—Lo que digo, señor —contestó Sam—; si tienen que pasar cuarenta años y yo sigo preso, me alegraré mucho; y aunque hubiera sido la cárcel de Newgate, sería lo mismo. ¡Ahora el crimen está descubierto y, maldita sea, se acabó!

Con estas palabras, que repitió con gran énfasis y violencia, Sam Weller lanzó el sombrero por el suelo en un desacostumbrado estado de excitación, y luego, cruzando los brazos, miró firme y fijamente a la cara de su amo.

XLIV

QUE TRATA DE DIVERSOS ASUNTILLOS OCURRIDOS EN LA CÁRCEL DE FLEET, Y DE LA MISTERIOSA CONDUCTA DEL SEÑOR WINKLE; Y MUESTRA CÓMO EL POBRE PRISIONERO DE LA CANCILLERÍA OBTUVO POR FIN SU LIBERACIÓN

El señor Pickwick se sintió demasiado conmovido por el calor del apego de Sam para poder mostrar ninguna manifestación de cólera o disgusto ante la precipitada decisión que este había tomado al entregarse voluntariamente a una cárcel de deudores por un periodo indefinido. El único punto que insistió en preguntar fue el nombre del acreedor que le había hecho detener, pero esto se lo calló Sam Weller con perseverancia.

—No sirve *pa na* —dijo Sam una vez y otra—; es una criatura maliciosa, de mala disposición, de espíritu mundano, rencoroso, vengativo, con un corazón tan duro que no se le puede ablandar, como dijo aquel virtuoso clérigo sobre el hidrópico que, después de *to*, pensó que sería mejor dejarle la herencia a su mujer en vez de construir una capilla con ella.

—Pero ten en cuenta, Sam —insistió el señor Pickwick—, que la suma es tan pequeña que se puede pagar muy fácilmente; y ya que he decidido que te vas a quedar conmigo, tendrías que pensar cuánto más útil me serías si pudieras salir de la cárcel.

—Se lo agradezco mucho, señor —dijo Sam con gravedad—, pero prefiero que no.

—¿Por qué lo prefieres, Sam?

—No quiero humillarme a pedir un favor a ese enemigo sin conciencia.

—Pero no es ningún favor decirle que reciba su dinero, Sam —razonó el señor Pickwick.

—Perdón, señor —replicó Sam—, pero sería un gran favor pagárselo, y no se merece ningún favor; ahí está la cosa, señor.

Entonces el señor Pickwick se restregó la nariz con aire un tanto humillado, y Sam Weller consideró prudente cambiar de tema de conversación.

—He tomado esta decisión por los principios, señor —observó Sam—, y *usté* también la ha tomado por el mismo motivo; y eso me recuerda a aquel hombre que se mató por sus principios, del que es seguro que habrá oído hablar.

Sam Weller se detuvo al llegar a este punto y lanzó una mirada cómica a su amo con el rabillo del ojo.

—Pues no es seguro, en este caso, Sam —dijo el señor Pickwick, comenzando a sonreír poco a poco, a pesar de la incomodidad que le había producido la obstinación de Sam—. La fama de ese señor en cuestión nunca llegó a mis oídos.

—¡Cómo que no! —exclamó Sam—. Me sorprende, señor; era un *empleao* de una oficina del gobierno.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick.

—Sí, señor —asintió Sam—, y un caballero muy agradable, por cierto; uno de esos bien *arreglaos* y cuidadosos, que se ponen en los pies esas especies de cubitos de goma *pa* incendios cuando llueve, y que no tienen más amigo del alma que la piel de conejo del forro del chaleco; ahorraba dinero por principio, se cambiaba de camisa *toos* los días por principio, nunca hablaba con ninguno de sus parientes por principio, no fueran a pedirle dinero prestado; y, en conjunto, la *verdá* es que era un personaje extraordinariamente simpático. Por principio, le cortaban el pelo cada quince días, y contrataba los trajes con un principio económico: tres trajes al año, y devolviendo los viejos. Como era un señor muy metódico, cenaba *toos* los días en el mismo sitio, donde costaba un chelín con nueve peniques, cortándose él mismo la carne, y por cierto que se cortaba de sobra su buen chelín con nueve peniques, como decía muchas veces el dueño con las lágrimas corriéndole por la cara, además de la manera como atizaba el fuego en invierno, que ya era una pérdida de cuatro chelines y medio al día, *pa* no hablar de la rabia de vérselo hacer. ¡Y además, qué hombre por lo grande! «El *Post*, cuando lo acabe ese señor», gritaba *toos* los días al entrar; «búscame el *Times*, Thomas; déjame echarle una mirada al *Morning Herald* cuando esté libre; no te olvides de reservarme el *Chronicle*, y tráeme el *Tizer*,[79] ¿quieres?» Y luego se quedaba con los ojos fijos en el reloj, y salía corriendo un cuarto de minuto antes de la hora *pa* asaltar al chico que traía el periódico de la tarde, y se lo leía con tanto interés y perseverancia, que los otros clientes llegaban al mismo borde de la locura y la desesperación, sobre *to* un viejo irascible que el camarero tenía siempre que vigilar, por miedo de que se sintiera tentado a cometer alguna locura con el trinchante. Bueno, señor, ahí se quedaba, ocupando el mejor sitio tres horas y sin tomar nunca después más que sueño; luego salía a un café, unas calles más allá, y se tomaba una tacita de café con cuatro mojicones, después de lo cual se iba a casa, en Kensington, y se acostaba. Una noche se puso muy malo y mandó a buscar un médico; el médico vino en un cochecito verde, con un estribo a lo Robinson Crusoe, que lo bajaba cuando él salía y luego lo retiraba después que subía, *pa* evitar que el cochero tuviera que bajar y el público se diera cuenta de que no llevaba más que la casaca de la librea, sin que los pantalones hicieran juego. «¿Qué pasa?», dice el médico. «Estoy muy malo», dice el paciente. «¿Qué ha comido?», dice el médico. «Ternera asada», dice él. «¿Qué es lo último que se ha tragado?», dice el médico. «Mojicones», dice el paciente. «¡Ya está!», dice el médico. «Le mandaré enseguida una caja de píldoras, y no vuelva a tomar más», dice. «¿Más, qué?», dice el paciente, «¿píldoras?» «No, mojicones», dice el médico. «¿Cómo?», dice el paciente, sentándose en la cama de un salto. «Llevo quince años comiendo cuatro mojicones todas las noches, por principio.» «Pues entonces es mejor que los

deje, por principio», dice el médico; «los mojicones no sientan bien», dice el médico, muy enfadado. «Pero son muy baratos», dice el paciente, bajando un poco los humos, «y, por su precio, llenan mucho.» «Le costarían muy caros a cualquier precio; caros, aunque le pagaran por comerlos», dice el médico. «Cuatro mojicones cada noche», dice, «acaban con *usté* en seis meses.» El paciente le mira fijo a la cara, y lo piensa mucho tiempo, hasta que por fin dice: «¿Está *usté* seguro de eso, doctor?». «Me juego mi prestigio profesional», dice el médico. «¿Cuántos mojicones de una sentada cree que me matarían de una vez?», dice el paciente. «No sé», dice el médico. «¿Cree que bastaría con media corona de mojicones?», dice el paciente. «Creo que podría ser», dice el médico. «¿Tres chelines de mojicones bastarían con *seguridá*, supongo?», dice el paciente. «Claro que sí», dice el médico. «Muy bien», dice el paciente, «buenas noches.» A la mañana siguiente se levanta, manda encender el fuego, encarga tres chelines de mojicones, los tuesta, se los come todos y se salta la tapa de los sesos.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó el señor Pickwick enseguida, considerablemente sobresaltado por el trágico final de la narración.

—¿Que por qué lo hizo, señor? —repitió Sam—. Pues *pa* defender su gran principio de que los mojicones eran sanos, *pa* demostrar que nadie le iba a sacar de sus costumbres.

Con tales desvíos y cambios de conversación, Sam Weller hizo frente al interrogatorio de su amo en la noche de su establecimiento en la cárcel de Fleet. Encontrando inútiles todos los reproches cariñosos, el señor Pickwick por fin accedió de mala gana a que se alojara, pagando por semanas, con un zapatero remendón calvo, que alquilaba un cuartito en una de las galerías de arriba. A esta humilde residencia trasladó Weller un colchón y una cama, que alquiló a Roker; y para cuando se tendió en él aquella noche, ya estaba tan en su casa como si se hubiera criado en la cárcel y toda su familia hubiera vegetado allí durante tres generaciones.

—¿*Usté* siempre fuma después de acostarse, viejo gallo? —preguntó Sam a su patrón cuando se retiraron ambos a descansar.

—Sí, pollo, siempre —contestó el remendón.

—¿Puedo preguntarle por qué se hace la cama debajo de esa mesa de pino? —dijo Sam.

—Porque estaba acostumbrado a dormir en cama con dosel antes de venir aquí, y encuentro que la mesa sirve lo mismo —contestó el remendón.

—Tiene *usté* mucho carácter —dijo Sam.

—No tengo *na* que se parezca a eso —replicó el remendón, moviendo la cabeza—; y si quiere encontrar algo así, me temo que tendrá *dificultá* si se dirige a esta oficina.

Este breve diálogo tuvo lugar cuando Sam Weller se extendió en su colchón en un extremo del cuarto y el remendón en el suyo, al otro lado; el cuarto estaba alumbrado con una palmatoria y con la pipa del remendón, que brillaba debajo de la mesa como un carbón al rojo. La conversación, aun siendo breve, predispuso mucho a Sam a favor de su patrón y, levantándose sobre el codo, pasó una revista a su aspecto más prolongada de lo que hasta entonces había tenido tiempo o deseo de hacer.

Era un hombre cetrino (todos los remendones lo son) y tenía una recia barba hirsuta (todos los remendones la tienen). Su cara era pieza de artesanía extraña, de buen humor, y con rasgos retorcidos, adornada con unos ojos que en otros tiempos debían haber tenido una expresión muy regocijada, pues todavía chispeaban. El hombre tenía sesenta años, más o menos, y Dios sabe cuánto tiempo llevaría en la prisión, de modo que era bastante notable que tuviera el menor aire parecido al júbilo o al contento. Era pequeño y, como estaba casi doblado en dos en la cama, parecía tan largo como lo hubiera sido sin piernas. Tenía una gran pipa en la boca, y fumaba y miraba a la palmatoria en un estado de envidiable placidez.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó Sam, rompiendo el silencio al cabo de un rato.

—Doce años —contestó el remendón, mordiendo la boquilla de la pipa mientras hablaba.

—¿Por no comparecer? —preguntó Sam.

El remendón asintió con la cabeza.

—Pues entonces —dijo Sam con severidad—, ¿por qué persevera en ser *obstinao*, desperdiciando su preciosa vida en este corral visto con lente de aumento? ¿Por qué no cede y dice al canciller que está arrepentido de haber hecho ese desprecio al tribunal, y que no lo volverá a hacer?

El remendón se puso la pipa en la comisura de la boca para sonreír, y luego la volvió a colocar en su sitio anterior, pero no dijo nada.

—¿Por qué no lo hace? —dijo Sam, insistiendo con empeño en su pregunta.

—Ah —dijo el remendón—, *usté* no entiende estas cosas. Vamos, ¿cómo cree *usté* que me he *arruinao*?

—Pues —dijo Sam, despabilando la palmatoria— supongo que el principio fue que se metió en deudas, ¿no?

—Nunca he debido nada —dijo el remendón—; vuelva a probar.

—Bueno, quizá —dijo Sam— compró casas, que es una manera elegante de decir que se volvió loco; o se dedicó a la construcción, que en lenguaje médico quiere decir estar incurable.

El remendón volvió a sacudir la cabeza y dijo:

—Pruebe otra vez.

—¿No le haría pleito a nadie, espero? —dijo Sam, suspicaz.

—Jamás en la vida —contestó el remendón—. La realidad es que me arruiné porque me dejaron dinero.

—Vamos, vamos —dijo Sam—, esa sí que no pasa. Ya me gustaría que algún enemigo rico intentara destruirme de ese modo. Se lo permitiría.

—Ah, ya me imagino que no lo creerá —dijo el remendón, fumando tranquilamente su pipa—. Yo tampoco lo creería, si fuera *usté*; pero es *verdá*, a pesar de todo.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Sam, medio inducido a creer ya el hecho por la mirada que le lanzó el remendón.

—Pues sí —contestó el remendón—; yo trabajaba, en el campo, con un señor que tenía una pariente pobre con quien me casé (ya ha muerto, Dios la tenga en su gloria, y le doy gracias por eso); y ese señor tuvo un ataque y se fue.

—¿Adónde se fue? —preguntó Sam, que tenía mucho sueño después de todos los acontecimientos del día.

—¿Cómo voy a saber adónde se fue? —dijo el remendón, hablando por la nariz con intenso disfrute de su pipa—. Se murió.

—Ah, ya —dijo Sam—. ¿Y qué?

—Bueno —dijo el remendón—, pues que dejó cinco mil libras.

—Muy amable por su parte —dijo Sam.

—Mil de esas —continuó el remendón—, me las dejó a mí, porque me había casado con su pariente, ya comprende.

—Muy bien —murmuró Sam.

—Y como estaba rodeado de un gran número de sobrinas y sobrinos, que siempre se estaban peleando y discutiendo por sus bienes, me hizo su ejecutor y me dejó lo demás en fideicomiso *pa* repartirlo entre ellos según disponía el testamento.

—¿Qué quiere decir con lo del fideicomiso? —preguntó Sam, despertándose un poco—. Si no es en dinero al *contao*, *¿pa* qué sirve?

—Es una palabra de los abogados, eso es *to* —dijo el remendón.

—No me suena —dijo Sam, sacudiendo la cabeza—. ¿Fideicomiso? Hay poca *fidelidá* en ese gremio. Pero siga adelante.

—Bueno —dijo el remendón—, cuando yo iba a hacer valer el testamento, las sobrinas y sobrinos, que estaban desesperadamente desilusionados por no recibir *to* el dinero, presentaron un *caveat* contra él.

—¿Eso qué es? —preguntó Sam.

—Un documento legal, que es como decir «no vale» —contestó el remendón.

—Ya entiendo —dijo Sam—; una especie de cuñado del *a-ver-ese-porcus*. Bueno.

—Pero —continuó el remendón—, encontrando que no podían ponerse de

acuerdo entre ellos mismos y, en consecuencia, que no podían armar un pleito contra el testamento, retiraron el *caveat*, y yo pagué *toas* las mandas. Apenas lo había hecho, cuando un sobrino pone pleito *pa* anular el testamento. La causa se vio unos meses más tarde ante un viejo sordo, en un cuarto de atrás por ahí por el cementerio de Saint Paul; y después que cuatro abogados se tomaron un día por cabeza *pa* fastidiarle, él se tomó una semana o dos *pa* considerar y leyó las declaraciones en seis tomos, y luego dio la sentencia de que el testador no estaba bien de la cabeza, y yo tengo que devolver *to* el dinero, y las costas. Yo recurrí, la causa se presentó ante tres o cuatro señores dormidos, que ya lo habían oído *to* en el otro tribunal, donde estaban como abogados sin trabajo; la única diferencia es que aquí les llamaban doctores y en el otro *lao*, delegados, si *usté* lo entiende; y estos, cumpliendo su deber, confirmaron la sentencia del otro viejo. Después de eso, fuimos a la cancillería, donde *toavía* estamos, y donde estaremos siempre. Mis abogados hace mucho que ya tienen mis mil libras; y entre los bienes, como les llaman ellos, y las costas, estoy aquí por diez mil, y aquí me quedaré hasta que me muera, remendando zapatos. Algunos señores han *hablao* de llevarlo al Parlamento, y estoy seguro de que lo habrían hecho, pero no han tenido tiempo de venir a verme, y yo no he podido verles, y se han *cansao* de mis cartas largas, y han dejado el asunto. Y esa es la *verdá*, y Dios lo sabe, sin una palabra de menos ni de más, como lo saben muy bien cincuenta personas, aquí y fuera de aquí.

El remendón se detuvo a comprobar qué efecto había producido esta historia en Sam, pero encontrando que se había quedado dormido, sacudió las cenizas de la pipa, suspiró, la dejó, se echó las sábanas por la cabeza y se durmió también.

El señor Pickwick estaba desayunando solo a la mañana siguiente (mientras Sam estaba atareado en el cuarto del remendón limpiando los zapatos de su amo y cepillando sus polainas negras), cuando sonó un golpe en la puerta, que, antes que el señor Pickwick pudiera decir «¡Adelante!», fue seguido por la aparición de una cabellera y un gorro de algodón, dos artículos que no tuvo dificultad en reconocer como propiedad personal del señor Smangle.

—¿Cómo está usted? —dijo esta dignidad, acompañando la pregunta con una veintena o dos de reverencias—. Escuche… ¿espera usted a alguien esta mañana? Tres hombres… tres señores endemoniadamente elegantes… han preguntado por usted abajo, y andan llamando a todas las puertas del piso del zaguán; por lo cual les han insultado infernalmente todos los residentes que se han tomado la molestia de abrir.

—¡Pobre de mí! ¡Qué tontería por parte de ellos! —dijo el señor Pickwick, levantándose—. Sí. No tengo duda de que son unos amigos a quienes esperaba más bien haber visto ayer.

—¡Amigos suyos! —exclamó Smangle, aferrando la mano del señor

Pickwick—; no me diga más. ¡Maldita sea, son amigos míos desde este momento, y amigos de Mivins también! Es un tipo endemoniadamente simpático ese Mivins, ¿no? —dijo Smangle con gran sentimiento.

—Conozco tan poco a ese señor —dijo el señor Pickwick, vacilante—, que…

—Ya lo sé —interrumpió Smangle, agarrando al señor Pickwick por el hombro—. Ya le conocerá mejor. Estará encantado con él. Ese hombre, señor Pickwick —dijo Smangle con rostro solemne—, tiene una capacidad cómica que tendría gran éxito en el teatro Drury Lane.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick.

—¡Ah! ¡Por Jove que sí! —contestó Smangle—. Hay que oírle cómo hace los cuatro gatos en la carretilla; cuatro gatos diferentes, señor, le doy mi palabra de honor. ¡Ya comprende qué endemoniadamente listo es! Maldita sea, no se puede menos de querer a una persona cuando se ven en él esos rasgos. No tiene más que un defecto… ese pequeño fallo que le indiqué, ya sabe.

Como Smangle movió la cabeza en este punto, de modo confidencial y comprensivo, el señor Pickwick notó que él debía decir algo, por lo que dijo «¡Ah!», y miró con inquietud a la puerta.

—¡Ah! —repitió Smangle con un largo suspiro—. Es un compañero delicioso ese hombre, ya lo creo. No he conocido mejor compañía en ningún sitio, pero tiene ese único inconveniente. Si el fantasma de su abuelo se presentara delante de él en este momento, le pediría que le pusiera su firma en una letra de cambio con timbre de dieciocho peniques.

—¡No me diga! —exclamó el señor Pickwick.

—Sí —añadió el señor Smangle—, y si pudiera volverle a conjurar, le llamaría a los noventa días para que le renovara la letra.

—Son rasgos muy notables —dijo el señor Pickwick—, pero me temo que mientras hablamos aquí, mis amigos estarán en gran perplejidad al no encontrarme.

—Yo les enseñaré el camino —dijo Smangle, dirigiéndose a la puerta—; buenos días. No le estorbaré mientras estén aquí, ya sabe. A propósito…

Al decir esto, Smangle se detuvo repentinamente, volvió a cerrar la puerta que había abierto y, volviendo suavemente hacia el señor Pickwick, se le acercó mucho de puntillas y dijo, en un susurro muy débil:

—¿No tendría inconveniente en prestarme media corona hasta fines de la próxima semana?

El señor Pickwick apenas pudo contener una sonrisa, pero logrando conservar su gravedad, sacó la moneda y se la puso en la mano a Smangle, tras de lo cual este señor, con muchas sacudidas de cabeza y guiños, rogando profundo misterio, desapareció en busca de los tres visitantes, con los que volvió al fin; y después de toser tres veces y de saludar otras tantas, como asegurando al señor Pickwick que no se olvidaría de pagarle, dio la mano a todos de modo cautivador y por fin se

retiró.

—Mis queridos amigos —dijo el señor Pickwick, estrechando la mano sucesivamente a los señores Tupman, Winkle y Snodgrass, que eran los tres visitantes en cuestión—. Me encanta verles.

El triunvirato estaba muy emocionado. Tupman sacudió la cabeza con aire de lamentación, Snodgrass sacó el pañuelo sin disimular su emoción y Winkle se retiró hacia la ventana y suspiró fuerte.

—Buenos días, señores —dijo Sam, entrando en ese momento con los zapatos y las polainas—. Fuera con la melancolía, como dijo el niño cuando se murió la maestra. Bienvenidos al colegio, señores.

—Este insensato amigo —dijo el señor Pickwick, dando un golpecito a Sam en la cabeza cuando se arrodilló a abotonarle las polainas a su amo—, este insensato amigo se ha hecho detener para estar a mi lado.

—¡Cómo! —exclamaron los tres amigos.

—Sí, señores —dijo Sam—, soy un… estese quieto, señor, por favor… soy un preso, señores. Enjaulado, como dijo el pajarito.

—¡Preso! —exclamó Winkle con inexplicable vehemencia.

—¡Vamos, señor! —respondió Sam levantando los ojos—. ¿Qué ocurre, señor?

—Yo había esperado, Sam, que… Nada, nada —dijo Winkle precipitadamente.

Había algo tan repentino y agitado en la actitud de Winkle, que el señor Pickwick miró involuntariamente a sus dos amigos pidiendo explicación.

—No sabemos —dijo Tupman, respondiendo a esta muda apelación—. Lleva dos días muy excitado; su conducta ha sido muy diferente de la de costumbre. Nos tememos que debe de ocurrir algo, pero él lo niega decididamente.

—No, no —dijo Winkle, enrojeciendo bajo la mirada del señor Pickwick—, realmente no pasa nada. Le aseguro que no pasa nada, mi querido señor Pickwick. Tendré necesidad de marchar de la ciudad, por poco tiempo, para un asunto particular, y había esperado convencerle para que permitiera a Sam que me acompañara.

El señor Pickwick puso mayor cara de asombro que antes.

—Creo —balbució Winkle— que Sam no había tenido objeción para venir, pero, desde luego, estando preso aquí, resulta imposible. Entonces, tengo que ir solo.

Al decir estas palabras, el señor Pickwick notó con gran asombro que los dedos de Sam temblaban en las polainas, como si estuviera sorprendido o sobresaltado. Sam levantó los ojos también hacia Winkle y, aunque la mirada que intercambiaron fue instantánea, parecieron entenderse.

—¿Sabes algo de esto, Sam? —dijo el señor Pickwick en tono brusco.

—No, no sé, señor —contestó Sam Weller, empezando a abotonarle con gran

atención.

—¿Estás seguro, Sam? —dijo el señor Pickwick.

—Bueno, señor —contestó Sam—; estoy seguro de que no he oído hablar de este asunto hasta este momento. Si supongo qué puede ser —añadió Sam, mirando a Winkle—, no tengo derecho a decir lo que es, no me vaya a equivocar.

—No tengo derecho a seguir metiéndome en los asuntos particulares de un amigo, por íntimo que sea —dijo el señor Pickwick después de un breve silencio —; por ahora, permítanme decir solamente que no entiendo esto en absoluto. Ea, ya hemos tenido bastante del asunto.

Expresándose así, el señor Pickwick llevó la conversación hacia otros temas, y Winkle pareció poco a poco más tranquilo, aunque todavía muy lejos de estarlo completamente. Tenían tanto de que hablar, que la mañana pasó rápidamente, y cuando, hacia las tres, Sam Weller puso en la mesita una pierna de cordero asada y una enorme empanada, con diversos platos de verdura y potes de cerveza negra, que se situaron en el sofá, o en las sillas, o donde se pudo, todos se sintieron inclinados a hacer justicia a la comida, a pesar de que la carne se había preparado y guisado, y la empanada se había hecho y asado, en la cocina de la prisión, que estaba allí mismo al lado de ellos.

A esto sucedió una botella o dos de vino excelente, en busca del cual el señor Pickwick envió un recadero al café Horn, en Doctors' Commons. La botella o dos, desde luego, se describiría más adecuadamente como botella o seis, pues cuando se acabaron de beber y se terminó el té, sonó la campana para que se retiraran los visitantes.

Pero, si la conducta de Winkle había sido inexplicable por la mañana, se hizo completamente sobrenatural y solemne cuando, bajo la influencia de sus sentimientos y de su porción de la botella o seis, se dispuso a despedirse de su amigo. Se fue quedando atrás hasta que desaparecieron Tupman y Snodgrass, y entonces aferró fervientemente la mano del señor Pickwick, con una expresión en la cara en que la resolución profunda y enérgica se mezclaba temiblemente con la más concentrada esencia de la desolación.

—¡Buenas noches, amigo mío! —dijo Winkle entre los dientes apretados.

—¡Bendito sea, mi buen amigo! —contestó el señor Pickwick con cálidos sentimientos, devolviendo el apretón de mano de su joven amigo.

—¡Ea, vamos! —gritó Tupman desde el corredor.

—Sí, sí, enseguida —contestó Winkle—; ¡buenas noches!

—Buenas noches —dijo el señor Pickwick.

Hubo otro «buenas noches», y otro, y media docena más después, y todavía Winkle seguía agarrando la mano de su amigo y mirándole a la cara con la misma expresión extraña.

—¿Ocurre algo? —dijo el señor Pickwick, por fin, con el brazo ya dolorido de tantos apretones.

—Nada —dijo Winkle.

—Bueno, entonces, buenas noches —dijo el señor Pickwick, tratando de soltar la mano.

—Mi amigo, mi bienhechor, mi venerado compañero —murmuró Winkle, agarrándole por la muñeca—; no me juzgue con dureza cuando sepa que, llevado a tal extremo por obstáculos insuperables, yo…

—Ea, vamos —dijo Tupman, volviendo a aparecer en la puerta—. ¿Viene ya, o nos quedamos encerrados?

—Sí, sí, ya estoy —contestó Winkle.

Y, con un violento esfuerzo, se desprendió.

Mientras el señor Pickwick les seguía con la mirada por la galería, con mudo asombro, Sam Weller apareció en el arranque de la escalera y susurró un momento al oído de Winkle.

—Ah, por supuesto, ten la seguridad —dijo en voz alta Winkle.

—Gracias, señor. ¿No se olvidará? —dijo Sam.

—Por supuesto que no —contestó Winkle.

—Buena suerte, señor —dijo Sam, llevándose la mano al sombrero—. Me habría gustado mucho ir con *usté*, pero, naturalmente, lo primero es el amo.

—Te hace gran honor el quedarte aquí —dijo Winkle. Y, con esas palabras, desaparecieron por las escaleras abajo.

—Muy extraordinario —dijo el señor Pickwick, volviendo a su cuarto y sentándose junto a la mesa en actitud meditativa—. ¿Qué puede ir a hacer ese joven?

Llevaba algún tiempo rumiando el asunto, cuando la voz de Roker, el carcelero, preguntó si podía entrar.

—¡Cómo no! —dijo el señor Pickwick.

—Le he traído una almohada más blanda, señor —dijo Roker—, en vez de la almohada provisional que tuvo anoche.

—Gracias —dijo el señor Pickwick—. ¿Quiere un vaso de vino?

—Es usted muy amable —dijo Roker, aceptando el vaso que le ofrecían—. A su *salú*, señor.

—Gracias —dijo el señor Pickwick.

—Siento decirle que el que le ha alquilado el cuarto está muy mal esta noche, señor —dijo Roker, dejando el vaso y observando el forro del sombrero, como preparación para ponérselo.

—¡Cómo! ¡El prisionero de la cancillería! —exclamó el señor Pickwick.

—No seguirá siendo mucho tiempo prisionero de la cancillería —contestó Roker, dando vuelta al sombrero como para poner al derecho el nombre del fabricante, sin dejar de mirarlo.

—Me hiela la sangre —dijo el señor Pickwick—; ¿qué quiere decir?

—Hace tiempo que está tísico —dijo Roker—, y esta noche le cuesta mucho

respirar. El médico dijo, hace seis meses, que solo le podría salvar un cambio de aires.

—¡Santo cielo! —exclamó el señor Pickwick—. ¿Hace seis meses que la justicia está asesinando lentamente a este hombre?

—Yo no entiendo de eso —contestó Roker, sopesando el sombrero por el ala entre las manos—. Supongo que le habría *pasao* lo mismo, estuviera donde estuviese. Esta mañana ha ido a la enfermería; el médico dice que hay que mantenerle las fuerzas todo lo que se pueda; y el jefe de la cárcel le ha mandado vino y caldo y *to* eso, de su propia casa. No es culpa del jefe, ya comprende, señor.

—Claro que no —contestó el señor Pickwick apresuradamente.

—Me temo, sin embargo —dijo Roker, moviendo la cabeza—, que se ha *acabao* con él. Le apostaba a Neddy sobre eso hace un momento, seis contra uno, y él no quiso aceptarlo, y con razón. Gracias, señor. Buenas noches.

—Espere —dijo el señor Pickwick con gravedad—. ¿Dónde está la enfermería?

—Encima mismo de donde duerme *usté* —contestó Roker—; ya le enseñaré, si quiere venir.

El señor Pickwick tomó el sombrero sin decir nada y le siguió inmediatamente.

El carcelero le precedió en silencio y, levantando suavemente el pestillo de la puerta de la enfermería, hizo señal al señor Pickwick de que entrara. Era un cuarto grande, desnudo, desolado, con cierto número de jergones de hierro, en uno de los cuales estaba tendida la sombra de un hombre: descolorido, pálido, fantasmal. Su aliento era difícil y denso, y gemía penosamente al respirar. Al lado de la cama estaba sentado un anciano bajo, con delantal de remendón, que, con ayuda de unas gafas de concha, leía en voz alta la Biblia. Era el heredero afortunado.

El enfermo puso la mano en el brazo del acompañante y le hizo señal de que se detuviera. Este cerró el libro y lo dejó en la cama.

—Abra la ventana —dijo el enfermo.

Así lo hizo. El ruido de los coches y carros, el estrépito de las ruedas, los gritos de los hombres y los muchachos, todos los sonidos atareados de la gran multitud, llenos de vida y trabajo, se mezclaban en un solo murmullo profundo que flotaba por el cuarto. Por encima de ese ronco zumbido sonoro, se elevaba, de vez en cuando, una risa estrepitosa; o un trozo de una canción vibrante, cantada a voz en cuello por alguno de la aturdida multitud, hería el oído por un instante y luego se perdía entre el ruido de voces y el rumor de los pasos; eran las olas del inquieto mar de la vida, que se mecían y rompían pesadamente fuera. Son sonidos melancólicos, en cualquier ocasión, para quien escuche en silencio, pero ¡qué melancólicos son para quien vela junto a un lecho de muerte!

—No hay aire aquí —dijo débilmente el enfermo—; este sitio lo corrompe. Era aire fresco cuando yo andaba por aquí hace años, pero se va poniendo caliente y pesado al pasar estos muros. No lo puedo respirar.

—Lo hemos respirado juntos mucho tiempo —dijo el viejo—; vamos, vamos.

Hubo un breve silencio, durante el cual los dos observadores se acercaron a la cama. El enfermo atrajo hacia sí una mano de su viejo compañero de prisión y, apretándola cariñosamente entre las suyas, la mantuvo aferrada.

—Espero —dijo al cabo de un rato, en voz tan baja que ellos inclinaron sus oídos junto a la cama para captar los sonidos a medio formar que pronunciaban sus pálidos labios—, espero que mi juez misericordioso recordará mi pesado castigo en la tierra. ¡Veinte años, amigo mío, veinte años en esta tumba horrible! El corazón se me deshizo cuando murió mi hijo y no pude siquiera besarle en su pequeño ataúd. Mi soledad desde entonces, en medio de todo este ruido y estrépito, ha sido espantosa. ¡Que Dios me perdone! Él ha visto mi muerte solitaria y abandonada.

Cruzó las manos y, murmurando algo que no pudieron oír, cayó en un sueño… al principio solo un sueño, pues le vieron sonreír.

Susurraron juntos durante algún tiempo, y el carcelero, inclinándose sobre la almohada, se echó atrás apresuradamente.

—¡Ya está libre al fin, por Dios! —dijo el hombre. Ya estaba libre. Pero se había hecho tan semejante a la muerte durante la vida, que no supieron cuándo murió.

XLV

EN QUE SE DESCRIBE UNA AFECTUOSA ENTREVISTA ENTRE SAMUEL WELLER Y UN GRUPO DE FAMILIA; EL SEÑOR PICKWICK HACE UN RECORRIDO POR EL PEQUEÑO MUNDO EN QUE VIVE, Y DECIDE MEZCLARSE LO MENOS POSIBLE CON ÉL EN EL PORVENIR

Unas pocas semanas después de su encarcelamiento, Samuel Weller, habiendo arreglado el cuarto de su amo con todo el cuidado posible y viendo que este se había sentado cómodamente con sus libros y papeles, se retiró para ocuparse lo mejor que pudiera durante una hora o dos. Era una mañana excelente, y se le ocurrió a Sam que una pinta de cerveza negra al aire libre aliviaría su próximo cuarto de hora, más o menos, igual que cualquier otra pequeña diversión que pudiera permitirse.

Llegado a esta conclusión, se dirigió al mostrador del bar. Después de procurarse la cerveza y de obtener, además, el periódico de antes de anteayer se fue a la bolera y, sentándose en un banco, empezó a pasarlo bien de modo tranquilo y metódico.

Lo primero, tomó un refrescante sorbo de cerveza y luego levantó los ojos hacia una ventana, lanzando una mirada platónica a una señorita que estaba allí pelando patatas. Luego abrió el periódico de tal modo que quedaran fuera los sucesos y, como esto era cosa molesta y difícil en cuanto soplaba un poco de viento, se tomó otro sorbo de cerveza en cuanto lo logró. Luego leyó dos líneas del periódico y se detuvo bruscamente para observar a un par de hombres que acababan una partida de volante, al concluir la cual gritó « Muy bien» en tono de aprobación, y miró a los espectadores a su alrededor para comprobar si sus sentimientos coincidían con los suyos. Esto implicaba la necesidad de mirar a las ventanas también; y como la señorita seguía allí, fue un acto de cortesía común enviarle otro guiño, y brindar a su salud en pantomima, con otro sorbo de cerveza, lo que hizo Sam; y después de fruncir el ceño terriblemente en dirección a un muchachito que había observado con los ojos muy abiertos su proceder anterior, cruzó una pierna sobre la otra y, sujetando el periódico con las dos manos, empezó a leer en serio.

Apenas se había colocado en el necesario estado de abstracción, cuando creyó oír su propio nombre voceado en algún corredor lejano. Y no estaba equivocado, pues pasaba rápidamente de boca en boca, y pocos segundos después el aire rebosaba de gritos de « ¡Weller!» .

—¡Aquí está! —rugió Sam con voz estentórea—. ¿Qué pasa? ¿Quién le busca? ¿Ha venido un mensajero a decirle que está ardiendo su casa de campo?

—Alguien le busca en el zaguán —dijo un hombre que estaba a su lado.

—Cuídeme de este periódico y esta jarra, amigo, ¿quiere? —dijo Sam—. Ya

voy. ¡Maldita sea, si me llamaran para el tribunal, no podrían hacer más ruido!

Acompañando estas palabras con un suave coscorrón en la cabeza del caballerito antes indicado, que, sin darse cuenta de su inmediata cercanía a la persona requerida, gritaba «¡Weller!» con todas sus fuerzas, Sam se apresuró a cruzar el patio y corrió por las escaleras hasta el zaguán. Allí, el primer objeto que encontraron sus ojos fue su amado padre sentado en el primer escalón, con el sombrero en la mano, y gritando «¡Weller!» con su voz más sonora, a intervalos de medio minuto.

—¿A quién chilla? —dijo Sam impetuosamente cuando el viejo se hubo descargado de otro grito—; se está poniendo tan terriblemente *acalorao* que parece un soplador de vidrio enloquecido. ¿Qué pasa?

—¡Ajá! —replicó el viejo—, empezaba a temer que te hubieras ido a dar un paseo por Regency Park, Sammy.

—Vamos —dijo Sam—, no venga con esas bromas a una víctima de la avaricia, y quítese de ese escalón. ¿*Pa* qué se ha *sentao* ahí? Yo no vivo ahí.

—Te traigo una sorpresa, Sammy —dijo el viejo señor Weller levantándose.

—Espere un momento —dijo Sam—; está *to* blanco por detrás.

—Está bien, Sammy, sacúdelo —dijo el señor Weller mientras su hijo le despolvoreaba—; aquí podría parecer una alusión personal que uno se paseara con el *enjalbegao*[80] en la ropa, ¿eh, Sammy?

Como en este momento el señor Weller mostró síntomas inequívocos de que se aproximaba un ataque de risa, Sam le interrumpió para detenerlo.

—Cállese, venga —dijo Sam—; nunca se ha visto un cuadro viejo de nacimiento igual que *usté*. ¿De qué está ahora reventando, eh?

—Sammy —dijo el señor Weller, limpiándose la frente—; me temo que uno de estos días me va a dar una apoplejía de tanto reír, hijo mío.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que pasa? —dijo Sam—. Ea, ¿qué tiene que decirme?

—¿Quién te imaginas que ha venido conmigo, Samivel? —dijo el señor Weller, echándose atrás un paso o dos, frunciendo la boca y extendiendo las cejas.

—¿Pell? —dijo Sam.

El señor Weller movió la cabeza y sus mejillas rojas se inflaron con la risa que luchaba por encontrar un desahogo.

—¿El hombre de la cara picada, quizá? —preguntó Sam.

Otra vez el señor Weller movió la cabeza.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Sam.

—Tu madrastra —dijo el señor Weller—, y el de la nariz roja, hijo mío; el de la nariz roja. ¡Jo, jo, jo!

Y con esto, el señor Weller se entregó a convulsiones de risa mientras Sam le

miraba con una ancha sonrisa que poco a poco fue invadiendo toda su cara.

—Han venido para hablar un poco en serio contigo, Samivel —dijo el señor Weller, frotándose los ojos—; no dejes escapar *na* sobre el acreedor *desnaturalizao*.

—¡Cómo! ¿No saben quién es? —preguntó Sam.

—Ni idea —contestó su padre.

—¿Dónde están? —dijo Sam, correspondiendo a todas las muecas del viejo.

—En el *reservao* del café —contestó el señor Weller—. Al de la nariz roja nunca le encontrarás en otro sitio sino donde estén las bebidas, Samivel. Esta mañana hemos hecho un viaje muy agradable por la carretera, viniendo del Marqués, Sammy —dijo el señor Weller cuando se sintió a la altura de la tarea de hablar de modo articulado—. Ensanché el viejo caballo pío a aquel cochecillo que perteneció a la primera víctima de tu madrastra, poniendo dentro una butaca para el pastor; y que me maten —dijo el señor Weller con una mirada de profundo desprecio—, que me maten si no sacaron una escalerilla portátil a la carretera, delante de la casa, *pa* que se subiera.

—¿No lo dirá en serio? —dijo Sam.

—Sí que lo digo en serio, Sammy —contestó su padre—, y me gustaría que hubieras visto cómo se agarraba a los dos *laos* cuando subió, como si tuviera miedo de caerse desde seis pies de altura y deshacerse en un millón de átomos. De *toas* maneras, por fin se acomodó, y allá que fuimos; y me parece (digo que me parece, Samivel) que debió de sentirse un poco sacudido cuando tomábamos las curvas.

—¿Qué? Supongo que habrá chocado con un par de guardacantones… —dijo Sam.

—Me temo que sí —contestó el señor Weller en un éxtasis de guiños—, me temo que me he *cargao* uno o dos, Sammy; *to* el camino estaba volando de su butaca.

Aquí el viejo sacudió la cabeza de un lado para otro y fue invadido por un ronco gruñido interior, acompañado de una violenta hinchazón de su rostro y un súbito aumento de anchura en todos sus rasgos; síntomas que alarmaron no poco a su hijo.

—No te asustes, Sammy, no te asustes —dijo el viejo, una vez que, a fuerza de muchos intentos y de diversos pataleos convulsivos contra el suelo, hubo recobrado la voz—; es solo una especie de risa sin ruido que estoy tratando de lograr, Sammy.

—Bueno, si es eso —dijo Sam—, sería mejor que no lo volviera a probar. Le va a resultar una invención *demasiao* peligrosa.

—¿No te gusta, Sammy? —preguntó el viejo.

—*Na* —contestó Sam.

—Bueno —dijo el señor Weller, todavía con las lágrimas corriéndole por las mejillas—, habría sido para mí una gran ventaja si lo hubiera conseguido, y me habría ahorrado muchas palabras con tu madrastra, a veces; pero me temo que tienes razón, Sammy, eso tira *demasiao* a la apoplejía, *demasiao*, Samivel.

Esta conversación les llevó a la puerta del reservado, donde al momento entró Sam en primer lugar, deteniéndose un instante a mirar por encima del hombro para lanzar una mueca maliciosa hacia su respetado progenitor, que todavía venía detrás ahogando la risa.

—Mamá —dijo Sam, saludando cortésmente a la señora—; ¡cuánto le agradezco esta pequeña visita! Reverendo, ¿qué tal está?

—¡Ah, Samuel! —dijo la señora Weller—. ¡Esto es horrible!

—*Na* de eso, mamá —contestó Sam—; ¿cree *usté*, reverendo?

El señor Stiggins elevó las manos y puso los ojos en blanco, o mejor dicho, en amarillo; pero no respondió con palabras.

—¿Está afectado este señor por alguna *enfermedá* dolorosa? —dijo Sam, mirando a su madrastra en busca de explicación.

—Este hombre excelente siente mucho verte aquí, Samuel —contestó la señora Weller.

—Ah, ¿es eso? —dijo Sam—. Tenía miedo, por sus gestos, de que se le hubiera *olvidao* poner pimienta en el último pepino que ha comido. Siéntese, señor; aquí no cobramos más por sentarse, como dijo aquel rey cuando derribó a sus ministros.

—Joven —dijo el señor Stiggins con ostentación—; me temo que el encarcelamiento no le ha suavizado.

—Perdón, señor —contestó Sam—; ¿qué es lo que ha tenido la *amabilidá* de observar?

—Entiendo, joven, que su naturaleza no se ha ablandado con este castigo —dijo el señor Stiggins con voz sonora.

—Reverendo —contestó Sam—, es *usté* muy amable de decirlo. Espero que mi naturaleza no sea muy blanda. Le agradezco mucho su buena opinión.

En este punto de la conversación, un ruido indecorosamente próximo a la risa se oyó llegar de la silla donde estaba el viejo señor Weller; con lo cual, la señora Weller, examinando apresuradamente todas las circunstancias del caso, se consideró en el estricto deber de ponerse histérica poco a poco.

—¡Weller! —dijo la señora W. (el viejo estaba sentado en un rincón)—, ¡Weller! Sal aquí fuera.

—Te lo agradezco mucho, querida mía —contestó el señor Weller—, pero estoy muy cómodo donde estoy.

Entonces la señora Weller estalló en lágrimas.

—¿Qué ocurre de malo, mamá? —dijo Sam.

—¡Oh, Samivel! —contestó la señora Weller—, tu padre me hace

desgraciada. ¿No habrá nada que sirva con él?

—¿Oye eso? —dijo Sam—. Mamá quiere saber si no hay *na* que sirva con *usté*.

—Le estoy muy agradecido a la señora Weller por sus corteses preguntas, Sammy —contestó el viejo—. Creo que una pipa me sentaría muy bien. ¿No podría conseguirla aquí, Sammy?

Aquí la señora Weller dejó caer unas lágrimas y el señor Stiggins gimió.

—¡Eh! ¡Ya está otra vez poniéndose malo este *desgraciao* señor! —dijo Sam, mirando a su alrededor—. ¿Dónde le duele a *usté* ahora?

—En el mismo sitio, joven —contestó el señor Stiggins—, en el mismo sitio.

—¿Dónde puede ser? —preguntó Sam con gran sencillez exterior.

—En el corazón, joven —contestó el señor Stiggins, poniéndose el paraguas sobre el chaleco.

Ante esta emocionante respuesta, la señora Weller, totalmente incapaz de dominar sus sentimientos, sollozó ruidosamente y declaró su convicción de que el de la nariz roja era un santo; con lo cual el señor Weller padre se aventuró a sugerir, en voz baja, que debía ser el patrono de las parroquias reunidas de San Justo de Fuera y San Pendón de Dentro.

—Me temo, mamá —dijo Sam—, que a este señor de la cara retorcida le haya *entrao* sed al ver el melancólico espectáculo que tiene delante. ¿Es eso lo que pasa, mamá?

La digna dama miró al señor Stiggins en busca de respuesta; este caballero, haciendo girar muchas veces los ojos, se agarró la garganta con la mano derecha e imitó el acto de beber para insinuar que tenía sed.

—Me temo, Samuel, que, en efecto, sus sentimientos le hayan dado sed —dijo la señora Weller lúgubremente.

—¿Cuál es su trago *acostumbrao*, reverendo? —contestó Sam.

—Ah, mi joven amigo —contestó el señor Stiggins—; ¡todos los tragos son vanidades!

—Cuánta razón tiene, desde luego, cuánta razón tiene —dijo la señora Weller, murmurando un gemido y sacudiendo la cabeza en asentimiento.

—Bueno —dijo Sam—, supongo que así será; pero ¿cuál es la *vanidá* que más le gusta? ¿Cuál es la *vanidá* que le huele mejor?

—Ah, mi joven amigo —contestó el señor Stiggins—; las desprecio todas. Pero —dijo el señor Stiggins— si hay alguna menos odiosa que las demás es el licor llamado ron. Caliente, mi joven amigo, con tres terrones de azúcar por vaso.

—Lamento mucho decir —dijo Sam— que no permiten que esa determinada *vanidá* se venda en este establecimiento.

—¡Ah, qué dureza de corazón tienen estos hombres empedernidos! —exclamó el señor Stiggins—. ¡Ah, qué maldita crueldad la de estos inhumanos

perseguidores!

Con estas palabras, el señor Stiggins volvió a poner los ojos en blanco y se golpeó el pecho con el paraguas; y no es más que hacer justicia a este reverendo señor decir que su indignación parecía auténtica y sin un ápice de ficticio.

Después que la señora Weller y el caballero de la nariz roja comentaron este trato inhumano de modo muy enérgico, y después que lanzaron una variedad de execraciones piadosas y sagradas contra sus causantes, el reverendo recomendó una botella de vino de Oporto, calentado con un poco de agua, especias y azúcar, como conveniente para el estómago y con menos sabor de vanidad que muchas otras mixturas. En consecuencia, se encargó que se preparara y, durante su composición, el hombre de la nariz roja y la señora Weller miraron al viejo W. y gimieron.

—Bueno, Sammy —dijo este—, espero que tu ánimo se sentirá *elevao* con esta animada visita. Es una conversación muy alegre y edificante, ¿no, Sammy?

—Es *usté* un réprobo —contestó Sam—, y preferiría que no me dirigiera ninguna más de esas lamentables observaciones.

Lejos de quedar edificado con esta adecuadísima respuesta, el viejo Weller volvió a caer en una alegre mueca; y como esta conducta empedernida hizo que la señora y el reverendo Stiggins cerraran los ojos y se balancearan en sus sillas con aire agitado, él pasó a permitirse diversos actos de pantomima, indicando su deseo de golpear y retorcer la nariz al mencionado Stiggins, cuya ejecución pareció proporcionarle gran desahogo espiritual. El viejo escapó por muy poco de ser descubierto en una ocasión; pues el señor Stiggins, por casualidad, se incorporó sobresaltado al llegar el brebaje, poniendo su cabeza en íntimo contacto con el puño cerrado con que el señor Weller llevaba varios minutos describiendo en el aire unos imaginarios fuegos artificiales, a un par de dedos de su oreja.

—¿Por qué alarga la mano al vaso de ese modo tan mal *educao*? —dijo Sam con gran prontitud—. ¿No ve que le ha *dao* un golpe a este señor?

—Ha sido sin querer, Sammy —dijo el señor Weller, un poco humillado por haberse producido tan inesperado incidente.

—Pruebe a aplicar algo de uso interno, reverendo —dijo Sam, mientras el de la nariz roja se frotaba la cabeza con cara dolorida—. ¿Qué le parece esto, en plan de un poco de *vanidá*?

El señor Stiggins no dio respuesta verbal, pero su actitud fue elocuente. Probó el contenido del vaso que le había puesto Sam en la mano, dejó el paraguas en el suelo, y lo volvió a probar, pasándose plácidamente la mano por el estómago dos o tres veces; luego se lo bebió todo de un trago y, relamiéndose, extendió el vaso para que le echaran más.

Y tampoco la señora Weller se quedó atrás en hacer los honores a la mixtura. La excelente dama empezó por proclamar que no podía ni tocar una gota; luego

tomó una gotita; luego tomó otra gota grande; luego muchas gotas más; y como sus sentimientos eran de la misma naturaleza que esas sustancias que resultan poderosamente afectadas por la aplicación de ácidos fuertes, dejó caer una lágrima a cada gota de ácidos, y así siguió, derritiendo sus sentimientos hasta que por fin llegó a un patético y decente grado de melancolía.

El viejo señor Weller observó estos signos y síntomas con diversas manifestaciones de disgusto, y cuando, tras un segundo jarro de lo mismo, el señor Stiggins empezó a suspirar con aire lúgubre, él manifestó abiertamente su completa desaprobación de todo aquel proceder con diversas tiradas incoherentes de lenguaje, entre las cuales solo resultaban perceptibles al oído frecuentes repeticiones coléricas de la palabra «farsante».

—Te voy a decir lo que pienso, Samivel, hijo mío —susurró el viejo al oído de Sam, tras una larga y fija contemplación de su señora y del señor Stiggins—; creo que debe de haber algo que va mal en las entrañas de tu madrastra y en las del de la nariz roja.

—¿Qué quiere decir? —dijo Sam.

—Quiero decir esto, Sammy —contestó el viejo—, que lo que beben, no parece alimentarles; *to* se les vuelve agua caliente y se les sale por los ojos. Ten la *seguridá*, Sammy; es una *enfermedá* de nacimiento.

El señor Weller lanzó esta opinión científica con diversos fruncimientos de ceño y sacudidas de cabeza para confirmarla; lo cual, como la señora Weller lo notó e infirió que implicaba alguna referencia desventajosa hacia ella o hacia el señor Stiggins, o hacia ambos, ya se iba a poner infinitamente peor, cuando el señor Stiggins, incorporándose como pudo, comenzó a lanzar un edificante discurso para beneficio de los reunidos, pero sobre todo del señor Samuel Weller, a quien exhortó en términos conmovedores a estar en guardia en aquel pozo de iniquidad adonde le habían lanzado, a abstenerse de toda hipocresía y orgullo de corazón, y a tomar en todas las cosas el modelo exacto y ejemplo que le ofrecía él (Stiggins), en cuyo caso podría esperar llegar antes o después a la consoladora conclusión de que, igual que él, era un personaje muy estimable e irreprochable, y que todos sus amigos y conocidos eran unos miserables desesperadamente abandonados y pervertidos; la cual consideración, dijo, no podría menos de proporcionarle la más viva satisfacción.

Por añadidura, le exhortó a evitar, sobre todas las cosas, el vicio de la embriaguez, que comparó a las sucias costumbres de los cerdos y a esas venenosas y funestas drogas que, al mascarlas en la boca, se dice que privan de la memoria.

En este punto de su discurso, el reverendo de la nariz roja se puso singularmente incoherente y, balanceándose de un lado para otro con la excitación de su elocuencia, tuvo que agarrarse al respaldo de una silla para conservar la verticalidad.

El señor Stiggins no dijo que deseaba que sus oyentes estuvieran en guardia contra esos falsos profetas y desgraciados burladores de la religión que, sin sentido para exponer sus doctrinas primitivas y sin corazón para sentir sus primeros principios, son miembros más peligrosos de la sociedad que los delincuentes comunes, por imponerse, como hacen, a los más débiles y peor informados, lanzando el desprecio y envilecimiento sobre lo que debería tenerse por más sagrado y entregando al descrédito parcial amplias corporaciones de personas virtuosas y de buena conducta, en diversas sectas y confesiones excelentes. Pero como estuvo un rato considerable apoyado en el respaldo de la silla y, cerrando un ojo, guiñó mucho el otro, se supone que todo esto lo pensó, pero se lo guardó para sí.

Durante el transcurso de la perorata, la señora Weller sollozó y lloró al terminar cada párrafo, mientras Sam, sentado al revés en una silla y con los brazos apoyados en el respaldo, contemplaba al orador con gran dulzura y suavidad de actitud, lanzando de vez en cuando una mirada de entendimiento hacia el viejo, que al principio estuvo encantado y hacia la mitad se quedó dormido.

—¡Braaavo; muy bonito! —dijo Sam, cuando el de la nariz roja terminó y se puso sus desgastados guantes, metiendo los dedos a través de las puntas rotas hasta que los nudillos quedaron a la vista—; ¡muy bonito!

—Espero que te sirva, Samuel —dijo la señora Weller con solemnidad.

—Creo que sí, mamá —contestó Sam.

—Me gustaría tener esperanzas de que le sirviera a tu padre —dijo la señora Weller.

—Gracias, cariño —dijo el señor Weller padre—. ¿Cómo te encuentras después de esto, querida mía?

—¡Bromista! —exclamó la señora Weller.

—¡Hombre en tinieblas! —dijo el reverendo Stiggins.

—Si no recibo mejor luz que tu cara de luna, mi dulce criatura —dijo el señor Weller padre—, es probable que siga siendo siempre una diligencia nocturna, hasta que me retiren del *to* de la carretera. Bueno, señora Uve Doble, si el caballo pío continúa mucho tiempo en la cuadra, no aguantará *na* cuando volvamos, y quizá la butaca aquella irá a parar a algún seto del camino, con el reverendo y *to*.

Ante esta hipótesis, el reverendo Stiggins, con evidente consternación, reunió el sombrero y el paraguas y propuso la inmediata partida, a lo que asintió la señora Weller. Sam les acompañó hasta la portería y se despidió como es debido.

—*Arre-vuar*, Samivel —dijo el viejo.

—¿Eso qué es? —preguntó Sammy.

—Que adiós, ea —dijo el viejo.

—Ah, bueno, arreando entonces —dijo Sam—. ¡Adiós!

—Sammy —susurró el señor Weller, mirando alrededor con cautela—, recuerdos a tu amo, y dile que si lo piensa mejor sobre este asunto, que me avise. He *arreglao* con un ebanista un plan *pa* sacarle de aquí. ¡Un piano, Samivel, un piano! —dijo el señor Weller, dando un golpe en el pecho a su hijo con el dorso de la mano y echándose atrás un par de pasos.

—¿Qué quiere decir? —dijo Sam.

—Un piano, Samivel —repitió el señor Weller con aire aún más misterioso—; un piano que él puede tener alquilado, uno que no sirva *pa* tocar, Sammy.

—¿Y *pa* qué sirve entonces eso? —dijo Sam.

—*Pa* que mande a buscar a mi amigo el ebanista *pa* que se lo vuelva a llevar —contestó el señor Weller—; ¿caes ahora en la cuenta?

—No —respondió Sam.

—No tiene mecanismo dentro —susurró su padre—; él estará metido cómodamente, con sombrero y zapatos, y respirando por las patas, que son huecas. Tendremos un billete *tomao pa* América. El gobierno americano no le entregará nunca, en cuanto se den cuenta de que tiene dinero *pa* gastar, Sammy. Que se quede allí tu amo hasta que se muera la señora Bardell, o hasta que ahorquen a Dodson y Fogg (que es lo más probable que sea lo primero que pase, Sammy), y entonces que vuelva acá, a escribir un libro sobre los americanos, *pa* pagar los gastos, y *toavía* más, si les zurra bastante.

El señor Weller pronunció este apresurado resumen de su plan con gran vehemencia de susurros; y luego, como temeroso de debilitar el efecto de su tremenda comunicación si continuaba el diálogo, hizo su saludo de cochero y se esfumó.

Apenas había recobrado Sam su acostumbrada calma de rostro, que había quedado muy agitada por la notificación secreta de su respetado progenitor, cuando se le acercó el señor Pickwick.

—Sam —dijo este.

—Señor —contestó Sam Weller.

—Voy a dar una vuelta por la cárcel y quiero que me acompañes. Veo que se acerca un preso que conocemos, Sam —dijo el señor Pickwick, sonriendo.

—¿Cuál, señor? —preguntó Sam Weller—. ¿El caballero de la cabellera, o aquel interesante cautivo de las medias blancas?

—Ninguno de los dos —replicó el señor Pickwick—. Es un viejo amigo tuyo.

—¿Mío, señor? —exclamó Sam.

—Estoy seguro de que te acuerdas muy bien de él, Sam —contestó el señor Pickwick—, o si no, es que eres más olvidadizo de tus viejos conocidos de lo que yo creía. ¡Chist!, ni una palabra, Sam, ni una sílaba. Aquí está.

Mientras hablaba el señor Pickwick, se presentó Jingle. Parecía menos mísero que antes, por ir vestido con un traje medio ajado que, con ayuda del señor

Pickwick, había sacado de los empeños. Llevaba también camisa limpia y le habían cortado el pelo. Sin embargo, estaba pálido y delgado; y al verle avanzar despacio, apoyado en un bastón, era fácil ver que había sufrido mucho de enfermedad y privación, y que todavía estaba muy débil. Se quitó el sombrero cuando le saludó el señor Pickwick, y pareció muy humillado y avergonzado al ver a Sam Weller.

Siguiéndole de cerca, llegó Job Trotter, en cuyo catálogo de vicios no se hubiera encontrado jamás la falta de fidelidad y apego a su compañero. Todavía iba andrajoso y escuálido, pero no tenía la cara tan descarnada como cuando se encontró con el señor Pickwick unos días antes. Al quitarse el sombrero ante nuestro benevolente amigo, murmuró algunas expresiones entrecortadas de gratitud y masculló algo de que le había salvado de morirse de hambre.

—Bueno, bueno —dijo el señor Pickwick, interrumpiéndole con impaciencia—, puede seguirnos con Sam. Quiero hablar con usted, señor Jingle. ¿Puede andar sin que él le coja del brazo?

—Por supuesto, señor… dispuesto completamente… no muy deprisa… las piernas, vacilantes… la cabeza, rara… me da vueltas… como un terremoto… mucho.

—Ea, deme el brazo —dijo el señor Pickwick.

—No, no —contestó Jingle—; desde luego que no… no faltaba más.

—Tonterías —dijo el señor Pickwick—, apóyese en mí, yo se lo mando.

Viéndole confuso y agitado, y sin saber qué hacer, el señor Pickwick cortó por lo sano tomando bajo su brazo el del debilitado cómico de la legua y llevándoselo sin decir una palabra más sobre ello.

Durante todo este tiempo, el rostro de Sam Weller mostró la expresión del asombro más abrumador y total que puede representar la imaginación. Después de pasar la mirada de Job a Jingle, y de Jingle a Job, en profundo silencio, exclamó suavemente:

—¡Vaya, quién demonios lo iba a decir!

Lo cual repitió por lo menos una veintena de veces; tras de cuyo esfuerzo pareció quedar totalmente privado del habla, y otra vez pasó los ojos del uno al otro en muda perplejidad y desconcierto.

—¡Vamos, Sam! —dijo el señor Pickwick, volviéndose a mirar.

—Ya voy, señor —contestó Sam, siguiéndole mecánicamente y, sin embargo, sin quitar los ojos de Job Trotter, que andaba a su lado en silencio.

Job mantuvo durante algún tiempo los ojos fijos en el suelo. Sam, con los suyos pegados al rostro de Job, se tropezaba con la gente que venía en sentido contrario, con niños y con escalones y barandas, sin parecer darse cuenta en absoluto, hasta que Job, levantando la vista furtivamente, dijo:

—¿Cómo está, señor Weller?

—¡Es él! —exclamó Sam y, establecida la identidad de Job sin duda alguna,

se dio un golpe en la pierna y desahogó sus sentimientos en un largo y agudo silbido.

—Las cosas han cambiado para mí —dijo Job.

—Eso diría yo —exclamó Sam, observando los andrajos de su compañero con asombro nada recatado—. Es un cambio *pa* peor, señor Trotter, como dijo aquel cuando le dieron dos chelines dudosos y seis peniques en calderilla a cambio de media corona buena.

—Sí que lo es —contestó Job, moviendo la cabeza—; ahora no le engaño, señor Weller. Las lágrimas —dijo Job con una ráfaga de malicia momentánea— no son las únicas pruebas de la miseria, ni las mejores.

—No, desde luego —dijo Sam expresivamente.

—Se pueden fingir, señor Weller —dijo Job.

—Ya sé que se pueden fingir —dijo Sam—; hay gente, en efecto, que las tiene siempre preparadas, y puede dar al grifo en cuanto les parece bien.

—Sí —replicó Job—, pero esta clase de cosas no se fingen con tanta facilidad, señor Weller, y son más dolorosas de conseguir.

Y al decir esto, señaló a sus mejillas lívidas y hundidas y, remangándose la casaca, mostró un brazo que parecía como si el hueso se fuera a romper al tocarlo, de tan anguloso y frágil como estaba bajo su delgada cobertura de carne.

—¿Qué se ha hecho? —dijo Sam, echándose atrás.

—Nada —dijo Job.

—¡Nada! —repitió Sam.

—No he hecho nada desde hace muchas semanas —dijo Job—; y no he comido ni bebido casi nada.

Sam lanzó una mirada de conjunto a la delgada cara y al mísero aspecto de Trotter, y luego, agarrándole del brazo, empezó a arrastrarle con gran violencia.

—¿Adónde va, señor Weller? —dijo Job, luchando vanamente bajo la poderosa mano de su antiguo enemigo.

—Vamos —dijo Sam—. ¡Vamos!

Y no se dignó dar más explicaciones hasta que llegaron al mostrador del bar, pidiendo entonces una jarra de cerveza negra, que fue servida rápidamente.

—Ahora —dijo Sam—, bébasela hasta la última gota, y luego vuelva la jarra boca abajo, *pa* que vea yo que se ha *tomao* la medicina.

—Pero, querido señor Weller… —protestó Job.

—¡Adentro con él! —dijo Sam en tono perentorio.

Así exhortado, Trotter se llevó la jarra a los labios y, poco a poco, de modo lento e imperceptible, la inclinó en el aire. Se detuvo una sola vez para respirar hondo, pero sin levantar la cara del recipiente, que, unos momentos después, mostró boca abajo con el brazo extendido. No cayó al suelo más que alguna partícula de espuma, que se desprendió con lentitud del borde y goteó perezosamente.

—Bien hecho —dijo Sam—. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Mejor, señor Weller. Creo que estoy mejor —respondió Job.

—Claro que lo está —dijo Sam con aire persuasivo—. Es como meterle gas a un globo. Ya veo a simple vista que se ha puesto más gordo con la operación. ¿Qué diría de otro de las mismas dimensiones?

—Preferiría que no, se lo agradezco mucho —contestó Job—; preferiría que no.

—Bueno, y entonces, ¿qué diría de algo de comer? —preguntó Sam.

—Gracias a su excelente amo —dijo Trotter—, a las tres menos cuarto tendremos media pierna de cordero asada con las patatas debajo para ahorrar fuego.

—¿Cómo? ¿Les ha estado ayudando? —preguntó Sam con énfasis.

—Mucho —contestó Job—; más aún, señor Weller; como mi amo estaba muy enfermo, nos ha buscado un cuarto (estábamos antes en una perrera) y lo ha pagado; y viene a vernos por la noche, cuando nadie se entera. Señor Weller —dijo Job, con una lágrima auténtica, por una vez, en los ojos—, yo serviría a ese señor hasta que me cayera muerto a sus pies.

—¡Eh, oiga! —dijo Sam—, ¡quite de ahí! ¡*Na* de eso!

Job Trotter pareció sorprendido.

—*Na* de eso, le digo, jovencito —repitió firmemente Sam—. Nadie más que yo le tiene que servir. Y ya que estamos en eso, le diré otro secreto además —dijo Sam, pagando la cerveza—: nunca he visto, fíjese, ni he leído en libros de historias, ni he visto en estampas, que haya ángeles con polainas (ni tampoco con lentes, que yo recuerde, aunque, que yo sepa, podría ser, mientras no haya *na* en contra), pero fíjese lo que le digo, Job Trotter, que es un ángel de pura sangre, de *verdá*; y ya querría ver quién me dice que conoce otro mejor.

Y con este desafío, Sam Weller se metió en el bolsillo el cambio y, con muchos gestos y movimientos de cabeza para confirmarlo por el camino, marchó en busca del tema de su conversación.

Encontraron al señor Pickwick hablando muy seriamente con Jingle, sin conceder una mirada a los grupos que se habían congregado en el campo de pelota; y eso que eran grupos abigarrados y dignos de mirarse, aunque solo fuera por curiosidad ociosa.

—Bueno —dijo el señor Pickwick cuando se acercaron Sam y su compañero—; ya verá cómo marcha de salud, y mientras tanto lo piensa. Ya me lo dirá cuando se sienta a la altura de la tarea, y discutiré el tema con usted cuando lo haya considerado. Ahora, a su cuarto. Está cansado y no tiene fuerzas para salir mucho tiempo.

Alfred Jingle, sin una chispa de su antigua animación —sin nada, siquiera, de la lúgubre alegría que había fingido la primera vez que el señor Pickwick tropezó con él en su miseria—, hizo una profunda reverencia sin decir palabra y,

haciendo una señal a Job para que no le siguiera todavía, se marchó arrastrándose lentamente.

—Curiosa escena esta, ¿no? —dijo el señor Pickwick, mirando a su alrededor con buen humor.

—Ya lo creo, señor —contestó Sam—. No acaba uno de asombrarse —añadió Sam, hablando consigo mismo—. O estoy muy *equivocao*, o ese Jingle también ha estado haciendo un poco de regadera.

El terreno limitado por el muro en la parte de la cárcel de Fleet donde estaba el señor Pickwick tenía solamente la anchura necesaria para hacer un buen terreno de pelota; un lado lo formaba, naturalmente, el propio muro, y el otro, la parte de la cárcel que miraba (o, mejor dicho, que habría mirado, de no ser por el muro) hacia la catedral de San Pablo. Vagabundeando o sentados, en todas las actitudes posibles del ocio descuidado, había un gran número de deudores, que, en su mayor parte, esperaban hasta que llegara el día de presentarse ante el tribunal de insolventes, mientras que otros habían sido dejados varias veces para más adelante y pasaban el tiempo ociosos lo mejor que podían. Algunos iban vestidos de un modo desastrado, muchos sucios, pocos limpios; pero todos erraban y perdían el tiempo y se emperezaban con tan escaso espíritu o utilidad como los animales de un parque zoológico.

Recostándose en las ventanas que dominaban este patio había cierto número de prisioneros, algunos en ruidosa conversación con los vecinos de abajo, otros jugando a la pelota con algunos audaces lanzadores situados fuera, otros mirando a los que jugaban con las raquetas, o atendiendo a los muchachos que gritaban los tanteos. Mujeres sucias y descuidadas pasaban y volvían a pasar, de camino hacia la cocina que había en un rincón del patio; en otro rincón había niños que chillaban y se peleaban y jugaban juntos; el ruido de los bolos al caer y los gritos de los jugadores se mezclaban continuamente con estos sonidos y con otros cien; todo era ruido y tumulto, excepto en un pequeño y miserable cobertizo, a pocos pasos, donde, en silencio espectral, yacía el cuerpo del prisionero de la cancillería que había muerto la noche anterior, esperando ahora una investigación ficticia. ¡El cuerpo! Es el término legal para indicar esa inquieta y arremolinada masa de ansiedades, esperanzas y dolores que forman al hombre vivo. La ley ya tenía su cuerpo; y allí estaba tendido, vestido con el sudario, como testigo terrible de su tierna compasión.

—¿Le gustaría ver una tienda de silbidos, señor Pickwick? —preguntó Job Trotter.

—¿Qué quiere decir? —fue la respuesta del señor Pickwick.

—Una tienda de silbidos —insistió Sam Weller.

—¿Eso qué es, Sam? ¿Algún aficionado a los pájaros? —preguntó el señor Pickwick.

—¡No, señor; qué inocencia! —contestó Job—. Una tienda de silbidos es

donde venden licores.

Job Trotter explicó brevemente que como allí estaba prohibido a todos, bajo graves penas, llevar licores a la cárcel de deudores, y esta mercancía era sumamente apreciada por las señoras y caballeros allí encerrados, se le había ocurrido a algún carcelero imaginativo ponerse de acuerdo, con fines lucrativos, con dos o tres prisioneros para que revendieran al por menor esa mercancía favorita que era la ginebra, en beneficio y provecho propios.

—Este plan, vea usted, señor, se ha ido introduciendo poco a poco en todas las cárceles de deudores —dijo Trotter.

—Y eso tiene la grandísima ventaja —dijo Sam— de que los carceleros tienen buen *cuidao* de agarrar a *toos* los que no les paguen y que intenten ese delito, y cuando sale en los periódicos les aplauden por su vigilancia; de modo que la cosa tiene dos filos; asusta a los demás *pa* que no se metan en el negocio, y les eleva a ellos en prestigio.

—Así es exactamente, señor Weller —observó Job.

—Bueno, pero ¿esos cuartos no se registran nunca para ver si hay licores escondidos? —dijo el señor Pickwick.

—Claro que sí, señor —contestó Sam—, pero los carceleros lo saben antes y avisan a los de los silbatos, y ya puede *usté* silbar cuando va a buscarlo.

Para entonces, Job había dado un golpecito en una puerta, que abrió un hombre despeinado; el cual la volvió a cerrar con llave después que entraron, y sonrió; con lo cual Job sonrió, y Sam también; y en vista de eso el señor Pickwick, creyendo que se esperaba lo mismo de él, no dejó de sonreír mientras duró la entrevista.

El despeinado pareció muy satisfecho con este mudo anuncio del asunto a que venían y, sacando de debajo de la cama una botella plana de barro, que podría contener un par de litros, llenó tres vasos de ginebra, que despacharon Job Trotter y Sam con gran maestría.

El señor Pickwick pagó, se abrió la puerta y salieron; el despeinado lanzó un saludo amistoso hacia Roker, que por casualidad pasaba en ese momento.

Desde allí, el señor Pickwick dio vueltas por todas las galerías, subió y bajó todas las escaleras, y una vez más dio vuelta a todo el patio. La gran masa de los prisioneros parecían ser como Mivins, Smangle, el clérigo, el carnicero y el fullero, repetidos una vez y otra. Había el mismo destartalamiento, el mismo ruido y estrépito, las mismas características en todos los rincones; en el mejor y en el peor igualmente. Todo el edificio parecía inquieto y turbado; y la gente se agolpaba y se movía de un lado para otro, como las sombras de un sueño inquieto.

—Ya he visto bastante —dijo el señor Pickwick al dejarse caer en una butaca en su pequeña habitación—. Me duele la cabeza de estas escenas, y también el corazón. Desde ahora, seré prisionero en mi propio cuarto.

Y el señor Pickwick se atuvo firmemente a esta decisión. Durante tres meses largos permaneció encerrado todo el día, saliendo solo furtivamente por la noche para respirar el aire, cuando la mayor parte de sus compañeros de prisión estaban en la cama o armando estrépito en su habitación. Su salud empezaba a sufrir con la estrechez de su encierro, pero ni las insistencias repetidas de Perker y de sus amigos, ni las aún más repetidas advertencias y admoniciones de Samuel Weller, lograron inducirle a cambiar ni una tilde de su inflexible resolución.

XLVI

QUE ANOTA UN ACTO CONMOVEDOR DE DELICADA SENSIBILIDAD, NO EXENTO DE HUMOR, REALIZADO Y CONCLUIDO POR LOS SEÑORES DODSON Y FOGG

Dentro de la última semana del mes de julio, un coche de alquiler, de matrícula no anotada, se vio avanzar a rápido paso por la calle Goswell arriba; en él iban apretadas tres personas, además del cochero, sentado en su propio asiento particular a un lado; sobre la capota colgaban dos chales, pertenecientes a dos mujercitas con aspecto de arpías que iban bajo la capota y entre las cuales, comprimido en un pequeñísimo espacio, quedaba encajado un señor de aspecto pesado y sumiso, el cual, cada vez que se atrevía a hacer una observación, era interrumpido secamente por una de las dos arpías susodichas. En aquel momento, las dos arpías y el señor pesado iban dando al cochero instrucciones contradictorias encaminadas al mismo punto, a que se parara ante la puerta de la señora Bardell; puerta que el señor pesado, en total oposición y desafío respecto a las arpías, sostenía que era verde y no amarilla.

—Párese en la casa de la puerta verde, cochero —dijo el señor pesado.

—¡Ah! ¡Malvada criatura! —exclamó una de las arpías—. Guíe hasta la casa de la puerta amarilla, cochero.

Entonces el cochero, que, en un súbito esfuerzo por detenerse ante la casa de la puerta verde, había tirado tanto de las riendas al caballo que casi lo había metido dentro del coche, volvió a dejar que se plantaran en el suelo las patas delanteras del animal y se detuvo.

—Bueno, ¿dónde tengo que pararme? —preguntó el cochero—. Arréglenlo entre ustedes. Lo que yo pregunto es, *na* más, ¿dónde?

Aquí la discusión se renovó con violencia acrecentada y, como el caballo estaba inquieto con una mosca en la nariz, el cochero, con gran humanidad, empleó su ocio en darle latigazos en la cabeza, conforme al principio médico de la contrairritación.

—¡Gana la mayoría de votos! —dijo por fin una de las arpías—. Cochero, la casa de la puerta amarilla.

Pero después de que el coche se detuvo, en estilo grandioso, ante la casa de la puerta amarilla, «haciendo tanto ruido —según dijo triunfalmente una de las arpías— como si hubiéramos venido en coche propio», y después que el cochero desmontó para ayudar a bajar a las señoras, la cabecita redonda del señorito Thomas Bardell se asomó a la ventana del primer piso de una casa de puerta roja, a pocos números de distancia.

—¡Maldito enredador! —dijo la arpía últimamente mencionada, lanzando una mirada devastadora al señor pesado.

—Querida mía, no es por mi culpa —dijo el señor.

—No me hables más, desgraciado; calla —replicó la señora—. A la casa de la puerta roja. ¡Ah!, si ha habido jamás una mujer que sufra a un ser grosero, con el único orgullo y el único gusto de hacer sufrir a su mujer, esa soy yo.

—Debía avergonzarse de sí mismo, Raddle —dijo la otra mujercita, que no era sino la señora Cluppins.

—Pues ¿qué he hecho? —preguntó el señor Raddle.

—No me hables, bruto, no sea que me provoques a olvidarme de mi sexo y te dé un golpe —dijo la señora Raddle.

Mientras se desarrollaba este diálogo, el cochero iba llevando ignominiosamente al caballo por la brida hasta la casa de la puerta roja, que ya había abierto el señorito Bardell. ¡Esa sí que era una manera baja y vulgar de llegar a casa de amigos! ¡Sin precipitarse con todo el fuego y la furia del animal; sin que el cochero bajara de un salto; sin llamar ruidosamente a la puerta; sin abrir la capota con un chasquido en el último instante, para que las señoras no quedaran a la intemperie; y sin que luego el cochero les diera los chales como si fuera un coche particular! La cosa había perdido toda su gracia: era peor que llegar andando.

—Ea, Tommy —dijo la señora Cluppins—; ¿cómo está tu mamaíta?

—Ah, está muy bien —contestó el señorito Bardell—. Está en la salita, preparada ya. Yo también estoy preparado.

Y entonces el señorito Bardell se metió las manos en los bolsillos, y saltó subiendo y bajando el último escalón de delante de la puerta.

—¿Viene alguien más, Tommy? —dijo la señora Cluppins, arreglándose la pelerina.

—La señora Sanders viene también —contestó Tommy—; y yo también, yo también.

—Vaya con el niño —dijo la pequeña señora Cluppins—; no piensa más que en él. A ver, Tommy, guapo.

—¿Qué? —dijo el señorito Bardell.

—¿Quién más viene con nosotros, cariño? —dijo la señora Cluppins en tono seductor.

—¡Ah, viene la señora Rogers! —contestó el señorito Bardell, abriendo mucho los ojos al comunicar la noticia.

—¿Cómo? ¿La señora que ha alquilado las habitaciones? —exclamó la señora Cluppins.

El señorito Bardell metió más profundamente las manos en los bolsillos y movió la cabeza exactamente treinta y cinco veces para indicar que era la huésped, y no otra.

—¡Válgame Dios! —dijo la señora Cluppins—. ¡Qué reunión tan importante!

—Ah, si supiera lo que hay en el aparador, sí que diría eso —contestó el señorito Bardell.

—¿Qué es lo que hay, Tommy? —dijo la señora Cluppins, zalamera—. Me lo vas a decir, lo sé.

—No, no lo digo —contestó el señorito Bardell, moviendo la cabeza y volviéndose a dedicar al escalón final.

—¡Vaya con el niño! —murmuró la señora Cluppins—. ¡Qué pequeño miserable más irritante! Vamos, Tommy, díselo a tu querida Cluppy.

—Mamá ha dicho que no lo dijera —replicó el señorito Bardell—. Yo también voy a tomar, yo también.

Regocijado con esta perspectiva, el precoz niño se aplicó con acrecentado vigor a su noria infantil.

El anterior examen de un niño de pocos años tuvo lugar mientras el señor y la señora Raddle tenían un altercado con el cochero sobre el precio de la carrera, que terminó en ese punto a favor del cochero, con lo que la señora Raddle se acercó vacilante.

—¡Vamos, Mary Ann!, ¿qué pasa? —dijo la señora Cluppins.

—Me ha puesto toda temblorosa, Betsy —contestó la señora Raddle—. Mi marido no es como un hombre; todo me lo deja a mí.

Esto era muy escasamente justo para el desgraciado señor Raddle, que había sido echado a un lado por su excelente esposa al comienzo de la disputa con la orden perentoria de que cerrara la boca. Sin embargo, no tuvo oportunidad de defenderse, pues la señora Raddle dio inequívocos signos de que se iba a desmayar; al percibir los cuales, desde la ventana del salón, la señora Bardell, la señora Sanders, la huésped y su criada salieron precipitadamente como flechas y la transportaron al interior, todas hablando a la vez y pronunciando diversas expresiones de compasión y condolencia, como si fuera uno de los más atormentados seres mortales del mundo. Trasladada al salón, la depositaron en un sofá; la señora del primer piso corrió al primer piso y volvió con un frasco de sales que, sujetando a la señora Raddle por el cuello, le aplicó a la nariz con toda la ternura femenina, hasta que la dama en cuestión, con diversas sacudidas y luchas, tuvo que declararse decididamente mejor.

—¡Ah, la pobre! —dijo la señora Rogers—. Sé de sobra lo que tiene que sentir.

—¡Ah, la pobre!, yo también la comprendo muy bien —dijo la señora Sanders, y luego las señoras gimieron al unísono, y dijeron que sabían muy bien lo que era aquello, y la compadecieron con todo su corazón.

Hasta la criadita de la huésped, que tenía trece años y medía tres pies, murmuró su comprensión.

—Pero ¿qué ha pasado? —dijo la señora Bardell.

—Vamos, ¿qué es lo que la ha agitado tanto, señora? —preguntó la señora Rogers.

—Me han trastornado horriblemente —contestó la señora Raddle en tono de

reproche.

Entonces las señoras lanzaron miradas de indignación al señor Raddle.

—Bueno, la verdad es —dijo este desgraciado caballero, dando un paso adelante— que, cuando bajamos aquí delante, surgió una discusión con el hombre del coche de punto…

Un fuerte chillido de su mujer ante la mención de esta palabra hizo inaudible toda explicación ulterior.

—Sería mejor que nos la dejara para hacerla volver en sí, Raddle —dijo la señora Cluppins—. No se pondrá mejor mientras usted esté aquí.

Todas las señoras estuvieron de acuerdo con esta opinión, de modo que el señor Raddle fue sacado a empujones del cuarto y se le dijo que fuera a tomar el aire por el patio de atrás. Así lo hizo durante un cuarto de hora, y entonces la señora Bardell le anunció con solemne rostro que ya podía entrar, pero que debía tener mucho cuidado en el modo de comportarse con su mujer. Ella sabía que él no tenía intención de hacerla sufrir, pero Mary Ann no era una mujer nada fuerte y, si él no andaba con cuidado, la podría perder cuando menos lo esperara, lo cual sería después motivo de tristes reflexiones para él, etcétera, etcétera.

Todo esto lo oyó el señor Raddle con gran sumisión, y por fin volvió a aparecer en el salón hecho un cordero.

—¡Cómo, señora Rogers —dijo la señora Bardell—; si no las he presentado, cómo puede ser esto! Señora, el señor Raddle, la señora Cluppins, la señora Raddle.

—Que es hermana de la señora Cluppins —sugirió la señora Sanders.

—¡Ah, vaya! —dijo la señora Rogers benévolamente, pues era la huésped, y tenía la criada a su servicio, de modo que estuvo más benévola que íntima, conforme a los derechos de su posición—. ¡Ah, vaya!

La señora Raddle sonrió dulcemente, el señor Raddle hizo una reverencia y la señora Cluppins dijo que «estaba segura de que era una alegría tener la oportunidad de conocer a una señora de que había oído hablar tan excelentemente como la señora Rogers». Un cumplimiento que esta última señora agradeció con graciosa condescendencia.

—Bueno, señor Raddle —dijo la señora Bardell—; estoy segura de que tiene que, sentirse muy orgulloso de que usted y Tommy sean los únicos caballeros que acompañan a tantas señoras hasta la Venta de los Españoles[81] en Hampstead. ¿No le parece, señora Rogers?

—Ah, claro que sí, señora —contestó la señora Rogers, siguiendo a la cual todas las demás señoras repitieron:

—Ah, claro que sí.

—Claro que me siento muy orgulloso —dijo el señor Raddle, frotándose las manos y mostrando una ligera tendencia a iluminarse un poco.

—Desde luego, para decirle la verdad, decía yo, cuando veníamos en el

coche de punto…

Ante la repetición de la palabra que despertaba tan penosas memorias, la señora Raddle se llevó otra vez el pañuelo a los ojos y lanzó un grito medio ahogado; de modo que la señora Bardell miró ceñudamente al señor Raddle para indicarle que era mejor que no dijera nada más, y luego ordenó a la criada de la señora Rogers, con aires grandiosos, que « sacara el vino» .

Esta fue la señal para exhibir los ocultos tesoros del aparador, que comprendían diversos platos de naranjas y bizcochos, y una botella de Oporto viejo especial —el de un chelín y nueve peniques— con otra del famoso Jerez de las Indias Orientales, de catorce peniques, todo lo cual se sacó en honor de la huésped y proporcionó a todos satisfacción ilimitada. Después que se produjo una gran consternación en el ánimo de la señora Cluppins por el intento que hizo Tommy de contar cómo había sido sometido a interrogatorio respecto al aparador ahora en acción (lo cual, afortunadamente, se cortó en germen porque se le atragantó medio vaso del viejo Oporto, poniendo su vida en peligro durante varios segundos), todo el grupo salió en busca de un ómnibus hacia Hampstead. Pronto se encontró, y un par de horas después llegaban sanos y salvos a los jardines de té de la Venta de los Españoles, donde el primer acto del desdichado señor Raddle dio lugar a una recaída de su excelente señora, pues se le ocurrió, nada más ni nada menos, que pedir té para siete, cuando (como hicieron notar las señoras a una voz) lo más fácil hubiera sido que Tommy tomara un poco de la taza de algún otro, o incluso en la de todos los demás cuando no mirara el camarero, lo cual hubiera ahorrado el té de uno, y el té hubiera sido exactamente igual de bueno.

Sin embargo, ya no tenía remedio y llegó la bandeja con siete tazas y platillos, y pan y mantequilla en la misma escala. La señora Bardell fue elegida unánimemente para la presidencia de la mesa y, situándose a su derecha la señora Rogers y a su izquierda la señora Raddle, la merienda se desarrolló con gran júbilo y éxito.

—¡Qué maravilloso es el campo, de veras! —suspiró la señora Rogers—. Casi me gustaría vivir siempre en el campo.

—Ah, no le gustaría, señora —contestó la señora Bardell con bastante viveza, pues no era en absoluto aconsejable estimular tales ideas en atención a los hospedajes—; no le gustaría, señora.

—¡Oh!, yo pensaría que usted es demasiado vivaz y está demasiado buscada para contentarse con el campo, señora —dijo la pequeña señora Cluppins.

—Quizá es verdad, señora. Quizá es verdad —suspiró la huésped del primer piso.

—Para las personas solas que no tienen nadie que las cuide, ni que se preocupe de ellas, o que hayan sufrido mucho, o esas cosas —hizo notar el señor Raddle, tomando un poco de valor y mirando alrededor—, el campo está muy

bien. Dicen que el campo es bueno para los corazones heridos.

Ahora bien, de todas las cosas del mundo que podía haber dicho este hombre desgraciado, cualquiera hubiera sido preferible a esa. Por supuesto, la señora Bardell prorrumpió en lágrimas y pidió al momento que la ayudaran a retirarse de la mesa, con lo cual el cariñoso niño también empezó a llorar lúgubremente.

—¿Creería alguien, señora —exclamó la señora Raddle, volviéndose con ferocidad hacia la huésped del primer piso—, que una mujer puede estar casada con un ser tan inhumano como para jugar con los sentimientos de las mujeres igual que lo hace este a todas las horas del día?

—Querida mía —protestó el señor Raddle—, no he querido decir nada.

—¡Que no has querido decir nada! —repitió la señora Raddle con gran desprecio y sarcasmo—. ¡Vete! ¡No puedo soportar ni verte, bruto!

—No debes agitarte, Mary Ann —interrumpió la señora Cluppins—. Realmente, deberías pensar en ti misma, que es lo que no haces nunca. Ea, váyase, Raddle, sea bueno, o no hará más que seguirla molestando.

—Desde luego, sería mejor que tomara el té por su lado, señor Raddle —dijo la señora Rogers, volviendo a aplicar el frasco de sales.

La señora Sanders, que, siguiendo su costumbre, estaba muy ocupada con el pan y la mantequilla, expresó la misma opinión, y el señor Raddle se retiró en silencio.

Después de esto, hubo grandes esfuerzos para izar a los brazos de su madre al señorito Bardell, que ya tenía un tamaño muy grande para tales mimos; y en esa operación puso las botas en la mesa del té, ocasionando cierta confusión entre las tazas y platillos. Pero este tipo de ataques de desvanecimiento, que es contagioso entre las señoras, raramente dura mucho; de modo que una vez que el niño estuvo bien besado, y que le lloraron un poco encima, la señora Bardell se recobró, le volvió a dejar en el suelo, preguntándose cómo podría haber sido tan tonta, y volvió a servirse más té.

En aquel momento fue cuando se oyó el ruido de unas ruedas que se acercaban, y las señoras, levantando la vista, vieron un coche de punto que se paraba ante la verja del jardín.

—¡Más gente! —dijo la señora Sanders.

—Es un señor —dijo la señora Raddle.

—¡Vaya, si es el señor Jackson, el joven de Dodson y Fogg! —gritó la señora Bardell—. ¡Santo cielo! ¡No será posible que el señor Pickwick haya pagado la indemnización!

—¡O que haya ofrecido casarse! —dijo la señora Cluppins.

—¡Válgame Dios, qué despacio viene este señor! —exclamó la señora Rogers—. ¿Por qué no se dará prisa?

Mientras la señora decía estas palabras, el señor Jackson se separaba del coche, donde había dirigido algunas instrucciones a un hombre sucio con calzones

negros, que acababa de salir del vehículo, con un grueso bastón de fresno en la mano; después se dirigió a donde estaban las señoras, retorciéndose el pelo alrededor del ala del sombrero mientras andaba.

—¿Ocurre algo? ¿Ha pasado algo, señor Jackson? —dijo la señora Bardell con ansiedad.

—Nada en absoluto, señora —contestó el señor Jackson—. ¿Cómo están, señoras? Tengo que pedir perdón, señoras, por interrumpir… pero la ley, señoras… la ley…

Con esta excusa, el señor Jackson sonrió, hizo una reverencia para todas y se dio otro ataque al pelo. La señora Rogers susurró a la señora Raddle que realmente era un joven elegante.

—Fui a la calle Goswell —continuó el señor Jackson— y al saber que estaba aquí, por la criadita, tomé un coche y vine. Mis jefes quieren que vaya enseguida, señora Bardell.

—¡Dios mío! —exclamó la señora, sobresaltada ante la forma repentina de la notificación.

—Sí —dijo el señor Jackson, mordiéndose los labios—. Es un asunto muy importante y urgente, que no se puede aplazar por ningún motivo. En efecto, Dodson me lo dijo expresamente, y Fogg también. He retenido el coche con toda intención para que vuelva usted en él.

—¡Qué raro! —exclamó la señora Bardell.

Todas las señoras estuvieron de acuerdo en que era muy raro, pero opinaron de modo unánime que debía ser muy importante, o si no, Dodson y Fogg no habrían mandado a buscarla; y además, que, como el asunto era muy urgente, debía presentarse en el despacho de Dodson y Fogg sin dilación ninguna.

Había un cierto aspecto de importancia y gloria en eso de que la llamaran sus abogados con tan monstruosa prisa, que de ningún modo disgustaba a la señora Bardell, especialmente en cuanto que se podía suponer razonablemente que elevaría su dignidad ante los ojos de la huésped del primer piso. Se quedó un poco sonriendo bobamente, fingió vacilar y estar muy molesta, y por fin llegó a la conclusión de que suponía que tenía que ir.

—Pero ¿no quiere tomar algo después de este paseo, señor Jackson? —dijo la señora Bardell con acento persuasivo.

—Bueno, la verdad es que no hay mucho tiempo que perder —contestó Jackson—. Tengo ahí un amigo —continuó, mirando hacia el del bastón.

—Oh, diga a su amigo que entre, señor Jackson —dijo la señora Bardell—. Por favor, diga a su amigo que entre.

—Bueno, gracias, pero preferiría que no —dijo el señor Jackson con aire un tanto cohibido—; no está muy acostumbrado a la compañía de las señoras, y se avergüenza mucho. Si encargan al camarero que le sirva un vasito de algo, ya verán cómo se lo bebe enseguida, ¡cómo no…! ¡No hay más que probarlo!

Los dedos del señor Jackson erraron juguetonamente en torno a su nariz en esta parte de su discurso para avisar a sus oyentes de que hablaba irónicamente.

Se envió enseguida al camarero hacia el señor vergonzoso, y el vergonzoso tomó algo; el señor Jackson también tomó algo, y las señoras tomaron algo, en atención a la hospitalidad. Luego, el señor Jackson dijo que temía que ya era hora de marcharse; con lo cual, la señora Sanders, la señora Cluppins y Tommy (que se decidió que acompañara a la señora Bardell, dejando a las demás bajo la protección del señor Raddle) se metieron en el coche.

—Isaac —dijo Jackson cuando la señora Bardell se preparaba a entrar, lanzando una mirada al hombre del bastón de fresno, que estaba sentado en el pescante fumando un cigarro.

—¿Qué?

—Esta es la señora Bardell.

—Ah, ya lo sabía hace mucho —dijo el hombre. Entró la señora Bardell, el señor Jackson se metió detrás de ella y se pusieron en marcha. La señora Bardell no pudo menos de meditar sobre lo que había dicho el amigo del señor Jackson. ¡Gente lista, estos abogados! ¡Válgame Dios, cómo están al tanto de la gente!

—Es un triste asunto esto de las costas de mis jefes, ¿no? —dijo Jackson, cuando las señoras Cluppins y Sanders se quedaron dormidas—; quiero decir, nuestra minuta.

—Siento mucho que no lo puedan cobrar —contestó la señora Bardell—. Pero si ustedes los abogados hacen estas cosas a tanto sobre lo que se saque, ya saben que de vez en cuando tienen que sufrir una pérdida.

—Usted les firmó un pagaré por el importe de la minuta después del juicio, según me han dicho —dijo Jackson.

—Sí. Simplemente, por pura forma —contestó la señora Bardell.

—Claro —dijo Jackson secamente—. Pura forma. Claro.

Siguieron avanzando, y la señora Bardell se quedó dormida. Poco después se despertó al detenerse el coche.

—¡Válgame Dios! —dijo la señora—. ¿Ya estamos en Freeman's Court?

—No vamos hasta allí —contestó Jackson—. Tenga la bondad de bajar.

La señora Bardell, todavía no despierta del todo, obedeció. Era un sitio curioso: un muro enorme, con una verja en medio y una luz de gas encendida dentro.

—Bueno, señoras —gritó el hombre del bastón de fresno, asomando la cara dentro del coche y sacudiendo a la señora Sanders para despertarla—. ¡Vamos!

Haciendo despertar a su amiga, la señora Sanders descendió. La señora Bardell, apoyada en el brazo de Jackson y llevando de la mano a Tommy, ya había entrado en el portal. Ellas siguieron.

El cuarto donde entraron tenía un aspecto todavía más raro que la entrada. ¡Tantos hombres de pie, por todas partes! ¡Y cómo se les quedaban mirando!

—¿Qué sitio es este? —preguntó la señora Bardell, deteniéndose.

—Solo es una de nuestras oficinas públicas —contestó Jackson, haciéndola entrar apresuradamente por una de las puertas y volviéndose a ver si la seguían las demás señoras—. ¡No quites ojo, Isaac!

—Todo está seguro —contestó el del bastón de fresno.

La puerta se cerró pesadamente detrás de ellas, y bajaron por un pequeño tramo de escalera.

—Ya estamos, por fin. ¡En el saco, señora Bardell! —dijo Jackson, mirando triunfalmente a su alrededor.

—¿Qué quiere decir? —dijo la señora Bardell con el corazón palpitante.

—Simplemente esto —contestó Jackson, llevándola aparte un poco—; no se asuste, señora Bardell. Nunca ha habido un hombre más delicado que Dodson, señora, ni un hombre más humanitario que Fogg. Por la marcha de los asuntos, tenían la obligación de detenerla por esos gastos, pero deseaban no herir sus sentimientos en lo que pudieran. ¡Qué consuelo tiene que ser para usted pensar cómo se ha hecho! Esta es la cárcel de Fleet, señora. Le deseo buenas noches, señora Bardell; buenas noches, Tommy.

Mientras Jackson se iba apresuradamente en compañía del hombre del bastón de fresno, otro hombre, con una llave en la mano, y que había estado mirando, condujo a la desconcertada señora a otro corto tramo de escaleras que llevaba a una puerta. La señora Bardell chilló violentamente; Tommy rugió; la señora Cluppins se encogió, desapareciendo dentro de sí misma, y la señora Sanders se escapó sin más. Pues allí estaba el ofendido señor Pickwick, tomando su dosis nocturna de aire; y al lado de él estaba Sam Weller, quien, al ver a la señora Bardell, se quitó el sombrero con fingido respeto, mientras que su amo daba media vuelta, indignado.

—No moleste a esta señora —dijo el carcelero a Weller—; acaban de encerrarla.

—¡Prisionera! —dijo Sam, volviéndose a poner rápidamente el sombrero—. ¿Quiénes son los demandantes? ¿Por qué? Hable, compadre.

—Dodson y Fogg —contestó el hombre—. Detención por falta de pago de sus gastos.

—¡Eh, Job, Job! —gritó Sam, precipitándose al corredor—. Corre a casa del señor Perker, Job. Dile que le quiero ver enseguida. Aquí veo algo que viene bien. ¡Esta sí que es buena! ¡Hurra! ¿Dónde está mi amo?

Pero no hubo respuesta a sus preguntas, pues Job había salido disparado como una furia en el momento en que recibió el recado, y la señora Bardell se había desmayado muy de veras.

XLVII

QUE ESTÁ PRINCIPALMENTE DEDICADO A ASUNTOS DE NEGOCIOS, Y A LA VENTAJA MOMENTÁNEA DE DODSON Y FOGG. WINKLE REAPARECE EN CIRCUNSTANCIAS EXTRAORDINARIAS. LA BONDAD DEL SEÑOR PICKWICK SE MUESTRA MÁS FUERTE QUE SU OBSTINACIÓN

Job Trotter, sin disminuir en nada su velocidad, corrió hasta Holborn, unas veces por en medio de la calle, otras por la acera, a veces por el arroyo, según variaban las ocasiones de avanzar, conforme a la densidad de hombres, mujeres, niños y coches, en cada trecho de la calle; a pesar de todos los obstáculos, no se detuvo ni un momento hasta que llegó a la puerta de Gray's Inn. Sin embargo, aun con toda la prisa que había aplicado, la puerta se había cerrado hacía más de media hora, y para cuando descubrió a la mujer de la limpieza del señor Perker, que vivía con una hija casada que había concedido su mano a un camarero a medio servicio y que ocupaba el primer piso en cierta casa de cierta calle próxima a cierta cervecería por los alrededores de Gray's Inn Lane, faltaban quince minutos para que cerraran la cárcel por la noche. El señor Lowten tuvo todavía que ser extraído de la sala trasera de A la Urraca y el Tocón, y apenas había logrado Job este objetivo, comunicando el mensaje de Sam Weller, cuando el reloj dio las diez.

—Ea —dijo Lowten—, ya es tarde. No podrá entrar esta noche; se ha quedado en la calle, amigo mío.

—No se preocupe por mí —contestó Job—. Yo puedo dormir en cualquier parte. Pero ¿no será mejor ver al señor Perker esta noche, de modo que podamos estar allí a primera hora de la mañana?

—Bueno —respondió Lowten después de pensarlo un poco—; si fuera el caso de otro, a Perker no le haría mucha gracia que fuera yo a su casa, pero siendo cosa del señor Pickwick, creo que me puedo aventurar a tomar un coche y cargarlo a cuenta del despacho.

Decidida esta línea de conducta, el señor Lowten tomó el sombrero y, rogando a los reunidos que nombraran un vicepresidente en funciones durante su ausencia momentánea, se dirigió a la parada de coches más cercana. Requiriendo el coche de aspecto más prometedor, instruyó al cochero para que fuera a Montague Place, Russell Square.

El señor Perker tenía ese día una gran reunión, como lo atestiguaba la presencia de luces en las ventanas del salón, el sonido de un piano de cola perfeccionado y de una débil voz perfeccionable saliendo por ellas, y un olor bastante abrumador de carne que invadía las escaleras y el vestíbulo. En efecto, como dos excelentes agentes de provincia se habían presentado en la ciudad a la vez, se les había organizado una agradable fiestecita para darles a conocer,

incluyendo al señor Snicks, secretario de los Seguros Vitalicios, el señor Prosee, [82] eminente abogado, tres procuradores, un comisario de quiebras, un abogado consultor del Temple, con un joven de aire perentorio y de ojos pequeños, discípulo suyo, que había escrito un libro entretenidísimo sobre derecho testamentario, con una enorme cantidad de notas marginales y referencias; y otros varios personajes eminentes y distinguidos. De esta compañía se desprendió el señor Perker cuando le anunciaron en un susurro que estaba su pasante; y refugiándose en el comedor, encontró allí al señor Lowten y a Job Trotter, muy sombríos y macilentos a la luz de una vela de cocina que, con el adecuado desprecio al pasante y a todo lo perteneciente «al despacho», había puesto en la mesa el caballero que se dignaba exhibirse en calzón corto de terciopelo y medias de algodón, a cambio de un estipendio trimestral.

—Vamos, Lowten —dijo el pequeño señor Perker, cerrando la puerta—. ¿Qué pasa? ¿No ha venido ninguna carta importante por recadero?

—No, señor —contestó Lowten—; viene este de parte del señor Pickwick.

—¿De parte de Pickwick, eh? —dijo el hombrecito, volviéndose rápidamente hacia Job—. Bueno, ¿qué pasa?

—Dodson y Fogg han hecho detener a la señora Bardell por el pago de sus costas, señor Perker —dijo Job.

—¡No! —exclamó Perker, metiéndose las manos en los bolsillos y apoyándose contra el aparador.

—Sí —dijo Job—. Parece que le sacaron un pagaré por esa cantidad al terminar el juicio.

—¡Por Júpiter! —dijo Perker, sacando las manos de los bolsillos y golpeándose enfáticamente la palma de la izquierda con los nudillos de la derecha—. ¡Esos son los bribones más listos con que he tenido que ver jamás!

—Son los profesionales más astutos que he conocido, señor Perker —hizo notar Lowten.

—¡Astutos! —repitió Perker—. No hay modo de saber por dónde van a salir.

—Es mucha verdad, señor; no hay modo de saberlo —contestó Lowten, y durante unos segundos el jefe y el auxiliar quedaron meditando con rostros iluminados, como si reflexionaran sobre uno de los descubrimientos más hermosos e ingeniosos que haya hecho jamás el intelecto del hombre.

Cuando se recobraron hasta cierto punto en su trance de admiración, Job Trotter soltó el resto de su encargo. Perker asintió con la cabeza reflexivamente y sacó el reloj.

—A las diez en punto estaré allí —dijo el hombrecito—. Sam tiene mucha razón. Dígaselo. ¿Quiere un vaso de vino, Lowten?

—No, señor, gracias.

—Imagino que quiere decir que sí —dijo el hombrecito, volviéndose al aparador en busca de una botella y unos vasos.

Como, en efecto, Lowten quería decir que sí, no dijo más sobre el tema, sino que preguntó a Job, en un susurro audible, si el retrato del señor Perker que colgaba frente a la chimenea no tenía un parecido asombroso, a lo cual Job, naturalmente, respondió que sí. Escanciado entonces el vino, Lowten bebió a la salud de la señora Perker y de los niños, y Job a la salud de Perker. Como el caballero de calzones de terciopelo y medias de algodón no consideraba parte de sus deberes acompañar a la puerta a la gente del despacho, rehusó firmemente responder a la campanilla y ellos mismos hubieron de buscar la salida. El abogado volvió al salón, el pasante a A la Urraca y el Tocón, y Job se fue al mercado de Covent Garden para pasar la noche en un cesto de verduras.

A la mañana siguiente, puntualmente a la hora fijada, el bienhumorado abogadito llamó a la puerta del señor Pickwick, que abrió Sam Weller con gran animación.

—El señor Perker, señor —dijo Sam, anunciando la visita al señor Pickwick, que estaba sentado junto a la ventana en actitud meditativa—. Me alegro mucho de que se le haya ocurrido venir por *casualidá*. Me parece que el amo quiere hablar unas palabritas con *usté*.

Perker lanzó una mirada de entendimiento a Sam, indicando que comprendía que no tenía que decir que le habían mandado a buscar y, haciéndole que se acercara, le susurró un momento al oído.

—¿No lo dirá de veras, señor? —dijo Sam, dando un salto atrás en el exceso de su sorpresa.

Perker asintió con la cabeza y sonrió.

Sam Weller miró al abogadito, luego al señor Pickwick, luego al techo, luego otra vez a Perker; sonrió, se echó a reír y, finalmente recogiendo del suelo su sombrero, desapareció sin más explicación.

—¿Qué significa eso? —preguntó el señor Pickwick, mirando a Sam con asombro—. ¿Qué es lo que ha puesto a Sam en ese estado tan raro?

—No, nada, nada —contestó Perker—. Vamos, señor Pickwick, acerque su butaca a la mesa. Tengo mucho que decirle.

—¿Qué son esos papeles? —preguntó el señor Pickwick mientras el hombrecito depositaba en la mesa un pequeño fajo de documentos atados con cinta roja.

—Los papeles de la causa «Bardell contra Pickwick» —contestó Perker, deshaciendo el nudo con los dientes.

El señor Pickwick arañó el suelo con las patas de su butaca y, dejándose caer en ella, cruzó las manos y miró con severidad —si es que el señor Pickwick era capaz de mirar a alguien con severidad— a su amigo y consejero legal.

—¿No le gusta oír el nombre de la causa? —dijo el hombrecito, todavía atareado con el nudo.

—No, desde luego —contestó el señor Pickwick.

—Lo siento —continuó Perker—, porque formará el tema de nuestra conversación.

—Preferiría que este tema no se mencionara nunca entre nosotros, Perker —interrumpió apresuradamente el señor Pickwick.

—Bah, bah, mi querido señor Pickwick —dijo el hombrecito, desatando el legajo y lanzando miradas afanosas al señor Pickwick con el rabillo del ojo—. Tiene que mencionarse. He venido para eso. Bueno, ¿está usted dispuesto a oír lo que tengo que decirle, mi querido amigo? No hay prisa; si no está preparado, puedo esperar. Tengo el periódico de esta mañana. Cuando usted diga, estará bien. ¡Vamos!

Y aquí, el hombrecito cruzó las piernas y fingió ponerse a leer con gran compostura y aplicación.

—Bueno, bueno —dijo el señor Pickwick con un suspiro, pero a la vez ablandándose en una sonrisa—. Diga lo que tiene que decir; ¿será la vieja historia, no?

—Con una diferencia, mi querido amigo, con una diferencia —replicó Perker, doblando cuidadosamente el periódico y volviéndoselo a meter en el bolsillo—. La señora Bardell, la demandante en la causa, está entre estas paredes.

—Ya lo sé —fue la respuesta del señor Pickwick.

—Muy bien —replicó Perker—. Y supongo que sabrá cómo está aquí; quiero decir, por qué motivos, y por demanda de quién, ¿no?

—Sí; por lo menos, he oído lo que me ha contado Sam sobre el asunto —dijo el señor Pickwick con fingido descuido.

—Lo que le ha contado Sam sobre el asunto —contestó Perker—, me atrevo a decir que es perfectamente exacto. Bien, ahora, mi querido amigo, la primera cuestión que tengo que preguntarle es: ¿se va a quedar aquí esta mujer?

—¡Que si se va a quedar aquí! —repitió el señor Pickwick.

—Sí, amigo mío, si se va a quedar aquí —asintió Perker, echándose atrás en la silla para mirar fijamente a su cliente.

—¿Cómo puede preguntármelo? —dijo este—. Depende de Dodson y Fogg; usted lo sabe muy bien.

—Yo no sé nada de eso —replicó Perker firmemente—. No depende de Dodson y Fogg, usted conoce a esos hombres tanto como yo. Depende por completo y por entero de usted.

—¡De mí! —exclamó el señor Pickwick, levantándose nerviosamente de su butaca y volviendo a sentarse enseguida.

El hombrecito dio unos golpes en la tapa de su tabaquera, tomó una gran pulgarada, la volvió a cerrar y repitió las palabras:

—¡De usted! Le digo, mi querido amigo —continuó el hombrecito, pareciendo adquirir confianza gracias al rapé—, le digo que su rápida liberación o su encarcelamiento perpetuo depende de usted, y solo de usted. Óigame hasta

el final, mi querido amigo, por favor, y no se agite tanto, porque no hará más que sudar y le sentará mal. Le digo —siguió Perker, llevando la cuenta de cada una de sus afirmaciones con un dedo, que bajaba conforme las pasaba—; digo que nadie sino usted puede salvarla de esta cueva de miseria; y que usted puede hacerlo solamente pagando las costas de este pleito, del demandante y del demandado, a esos tiburones de Freeman's Court. Ahora le ruego que guarde todavía un poco de silencio, mi querido amigo.

El señor Pickwick, cuyo rostro había experimentado cambios muy sorprendentes durante este discurso, y que estaba evidentemente al borde de una fuerte explosión de cólera, calmó su ira lo mejor que pudo. Perker, reforzando su capacidad persuasiva con otra pulgarada de rapé, continuó:

—He visto a esa mujer esta mañana. Pagando las costas, usted puede obtener total dispensa y descargo de la indemnización; y además, y sé que esto es mucho más importante para usted, mi querido amigo, una declaración voluntaria, de puño y letra de ella, en forma de una carta dirigida a mí, de que este asunto fue, desde el principio, fomentado, animado y cultivado por esos hombres Dodson y Fogg; de que lamenta profundamente haber sido un instrumento de molestia y daño contra usted; y que me solicita que yo interceda ante usted y que le pida perdón.

—¡Si le pago sus costas! —dijo el señor Pickwick, indignado—. ¡Un documento muy convincente desde luego!

—No hay tal condición en este caso —dijo Perker triunfalmente—. Esta es la carta de que le hablaba. Me la ha traído a mi despacho otra mujer a las nueve de esta mañana, antes de que yo hubiera puesto aquí los pies ni hubiera tenido ninguna comunicación con la señora Bardell; palabra de honor.

Extrayendo la carta del legajo, el abogadito se la puso delante al señor Pickwick y tomó rapé durante dos minutos seguidos sin parpadear.

—¿Eso es todo lo que tiene que decirme? —preguntó suavemente el señor Pickwick.

—No del todo —contestó Perker—. No puedo comprometerme a decir, en este momento, si los términos del reconocimiento de deuda de la señora Bardell, el carácter del documento que podemos mostrar y las prendas que podemos reunir sobre cómo se ha llevado el pleito, serán bastantes para justificar que presentemos denuncia por connivencia. Me temo que no, mi querido amigo, son demasiado listos para eso, es mi opinión. Pero quiero decir, sin embargo, que todos estos hechos, tomados en conjunto, serán suficientes para justificarle a usted en el ánimo de todas las personas razonables. Y ahora, mi querido amigo, lo pongo en sus manos; ciento cincuenta libras, o lo que sea, en números redondos, no es nada para usted. Un jurado ha decidido contra usted; ciertamente, el veredicto es erróneo, pero sin embargo ellos decidieron lo que creyeron oportuno y, en efecto, está contra usted. Ahora usted tiene una oportunidad, de modo fácil,

de colocarse en una posición mucho más alta de como podría estar quedándose aquí; lo cual, la gente que no le conoce lo atribuiría a mera obstinación, brutal, terca y cerrada; créame. Usted no puede vacilar en valerse de ello, cuando le devuelve a estar con sus amigos, en sus antiguas dedicaciones ocupándose de su salud y de sus entretenimientos; cuando pone en libertad a su fiel y cariñoso criado, a quien, de otro modo, condena a la prisión mientras viva usted; y, sobre todo, cuando le permite tomarse la magnánima venganza (que yo sé, mi querido amigo, que es la que está de acuerdo con su ánimo) de liberar a esa mujer de un ambiente de miseria y depravación, al que no habría que entregar a nadie si de mí dependiera, pero cuyo tormento es todavía más espantoso y bárbaro si se le aplica a una mujer. Ahora le pregunto yo, mi querido amigo, no solo como su consejero legal, sino como su verdadero amigo, si va a dejar escapar la ocasión de alcanzar todos esos objetivos, y hacer todo este bien, por la mezquina consideración de que unas pocas libras vayan a parar a los bolsillos de un par de bribones, a quienes esto no les servirá para nada sino para que, cuanto más ganen, más querrán, y así se irán a meter cuanto antes en alguna intriga sucia que acabará en una catástrofe. Le he presentado estas consideraciones, mi querido amigo, de modo muy débil e imperfecto, pero le pido que lo piense. Deles vueltas en su cabeza todo el tiempo que quiera. Yo esperaré aquí su respuesta con toda paciencia.

Antes de que el señor Pickwick pudiera contestar, y antes de que el señor Perker hubiera podido tomar la vigésima parte del rapé que se requería imperativamente que siguiera a una alocución tan desacostumbradamente larga, hubo fuera un murmullo de voces, y luego una llamada vacilante a la puerta.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el señor Pickwick, a quien la apelación de su amigo había agitado—, ¡qué cosa más molesta, esta puerta! ¿Quién es?

—Soy yo, señor —contestó Sam Weller, asomando la cabeza.

—No puedo hablar contigo ahora, Sam —dijo el señor Pickwick—; estoy ocupado en este momento, Sam.

—Perdón, señor —contestó Sam—; pero aquí hay una señora que dice que tiene algo muy especial que revelarle.

—No puedo ver a ninguna señora —contestó el señor Pickwick, cuya mente estaba llena de visiones de la señora Bardell.

—Yo no lo diría tan seguro, señor —urgió Sam Weller, sujetando la puerta con la mano como si tuviera al otro lado algún curioso animal vivo.

—Supongo que no tengo más remedio —dijo el señor Pickwick, mirando a Perker.

—Bueno, entonces, ¡esto va a empezar! —gritó Sam—. Suena la campana, se levanta el telón y aparecen los dos conspiradores.

Diciendo esto, Sam abrió la puerta de par en par y se precipitó tumultuosamente en el cuarto Nathaniel Winkle, llevando de la mano a la

mismísima señorita que en Dingley Dell lucía las botas con vueltas de piel, y que ahora, en grata mezcla de rubores y confusión, y de seda color lila, y un elegante gorrito, y un espléndido velo de encaje, parecía más guapa que nunca.

—¡Señorita Arabella Allen! —exclamó el señor Pickwick, levantándose de la butaca.

—No —contestó Winkle, arrodillándose—; señora Winkle. ¡Perdón, amigo mío, perdón!

El señor Pickwick apenas podía creer a la evidencia de sus sentidos, y quizá no lo hubiera hecho sin el testimonio en corroboración procurado por el rostro sonriente de Perker y la presencia corporal, al fondo, de Sam y la doncella guapa, que parecían contemplar lo que ocurría con la satisfacción más viva.

—¡Oh, señor Pickwick! —dijo Arabella a media voz, como alarmada ante aquel silencio—; ¿podrá perdonarme esta imprudencia?

El señor Pickwick no dio respuesta verbal a esta apelación, pero se quitó los lentes rápidamente y, tomando las manos de la damita entre las suyas, la besó un gran número de veces —quizá un número mayor de lo absolutamente indispensable— y luego, todavía reteniendo una de sus manos, dijo a Winkle que era un joven desvergonzado y le pidió que se pusiera de pie. Así lo hizo Winkle, que llevaba varios segundos rascándose la nariz con el ala del sombrero, con ademán penitente; entonces el señor Pickwick le dio varios golpecitos en la espalda, y luego estrechó la mano cordialmente a Perker, quien, para no ser menos en los cumplimientos de la ocasión, saludó a la recién casada y a la doncella guapa con la mejor voluntad y, después de retorcer muy cordialmente la mano a Winkle, cerró sus demostraciones de alegría tomando suficiente rapé como para hacer estornudar durante toda su vida a media docena de hombres de nariz corrientemente construida.

—Bueno, mi querida niña —dijo el señor Pickwick—, ¿cómo ha ocurrido todo esto? ¡Vamos! Siéntense y cuéntenmelo. ¡Qué guapa está!, ¿eh, Perker? —añadió el señor Pickwick, observando la cara de Arabella con aire de tanto orgullo y júbilo como si fuera su hija.

—Deliciosa, mi querido amigo —contestó el hombrecito—. Si yo no fuera casado, me sentiría inclinado a envidiarte, joven bribón. —Y, expresándose así, el abogadito dio a Winkle un golpe en el pecho que este le devolvió; tras lo cual ambos rieron ruidosamente, pero no tanto como Samuel Weller, que acababa de desahogar sus sentimientos besando a la doncella guapa detrás del armario.

—Nunca le podré estar bastante agradecida, Sam, es la verdad —dijo Arabella con la más dulce sonrisa imaginable—; nunca olvidaré sus esfuerzos en el jardín de Clifton.

—No hable de eso, señora —contestó Sam—; no hice más que ayudar a la naturaleza, como dijo el médico a la madre del niño después que lo mató de una sangría.

—Mary, guapa, siéntate —dijo el señor Pickwick, interrumpiendo estas cortesías—. Bueno, y ustedes, ¿cuánto hace que se han casado?

Arabella miró ruborosa a su dueño y señor, que contestó:

—Hace solo tres días.

—¿Solo tres días, eh? —dijo el señor Pickwick—. Y entonces, ¿qué han hecho en estos tres meses?

—¡Ah, eso es! —añadió Perker—; vamos, expliquen tanta pereza. Ya ven que lo único que le extraña al señor Pickwick es que todo esto no hubiera pasado hace meses.

—Pues la verdad es —dijo Winkle, mirando a su ruborizada esposa— que no pude persuadir a Arabella a que se escapase durante mucho tiempo. Y cuando la persuadí, tardamos mucho en encontrar una oportunidad. Además, Mary tenía que avisar con un mes de adelanto antes de poder dejar su puesto en la casa de al lado y no podríamos haberlo hecho sin su ayuda.

—Palabra de honor —exclamó el señor Pickwick, que para entonces se había vuelto a poner los lentes y miraba alternativamente a Arabella y a Winkle, con tanto placer pintado en su rostro como puede comunicar un corazón cálido y un sentimiento benévolo al rostro humano—; ¡palabra de honor!, que parece que lo han hecho todo de modo muy sistemático. ¿Y su hermano sabe todo esto, querida Arabella?

—Ah, no, no —contestó Arabella, cambiando de color—. Querido señor Pickwick, tiene que ser usted quien se lo diga; tiene que saberlo por su boca solamente. Es tan violento, tiene tantos prejuicios y ha estado tan… preocupado por defender a su amigo, el señor Sawyer —dijo Arabella, bajando los ojos—, que tengo un miedo terrible a las consecuencias.

—Ah, claro —dijo Perker con gravedad—. Tiene usted que tomar en sus manos este asunto a favor de ellos, mi querido amigo. Esos jóvenes le respetarán, aunque no escucharan a nadie más. Tiene que evitar que ocurra algo malo; la sangre caliente, la sangre caliente…

Y el hombrecito tomó un rapé con aire de admonición y movió la cabeza dudosamente.

—Pero olvida usted, querida Arabella —dijo amablemente el señor Pickwick—, que soy un prisionero.

—No, no, desde luego que no, señor Pickwick —contestó Arabella—. No lo he olvidado nunca. Nunca he dejado de pensar qué grandes han debido de ser sus sufrimientos en este sitio espantoso. Pero esperaba que lo que no le persuadía a hacer ninguna consideración hacia usted mismo, se lo podría persuadir la consideración hacia nuestra felicidad. Si mi hermano lo sabe antes todo por usted, estoy segura de que nos reconciliaremos. Es mi único pariente en el mundo, señor Pickwick, y si usted no defiende mi causa, me temo que le perderé a él también. He hecho muy mal, muy mal, ya lo sé.

Y aquí la pobre Arabella escondió la cara en el pañuelo y lloró amargamente.

La naturaleza del señor Pickwick ya estaba muy atacada por estas lágrimas, pero cuando la señora Winkle, secándose los ojos, comenzó a mirarle y rogarle con los más dulces tonos de su dulce voz, se puso terriblemente inquieto y evidentemente indeciso sobre qué hacer, como resultó evidente por su manera nerviosa de frotar los cristales de sus lentes, su nariz, sus pantalones, su cabeza y sus polainas.

Aprovechando estos síntomas de indecisión, el señor Perker (a cuya casa, según resultó, habían ido derechos aquella mañana los recién casados) hizo presente, con precisión legal y con astucia, que el señor Winkle padre todavía ignoraba la importante elevación en la escala de la vida que su hijo había emprendido; que las futuras perspectivas del mencionado hijo dependían enteramente de que el mencionado señor Winkle padre continuara considerándole con los mismos sentimientos de afecto y de cariño, lo cual era muy poco probable que ocurriera si se le mantenía secreto el gran acontecimiento durante mucho tiempo; que el señor Pickwick, dirigiéndose a Bristol a ver al señor Allen, podría, con el mismo motivo, dirigirse a Birmingham en busca del señor Winkle padre; por último, que el señor Winkle padre tenía buenos títulos y derechos para considerar al señor Pickwick, hasta cierto punto, como tutor y consejero de su hijo y que, en consecuencia, correspondía al señor Pickwick, y era de esperar según sus cualidades personales, que diera a conocer al mencionado señor Winkle padre, de modo personal y de palabra, todas las circunstancias del caso, y la parte que él había tomado en el asunto.

Tupman y Snodgrass llegaron muy oportunamente en esa etapa de la arenga, y como fue necesario explicarles todo lo ocurrido, junto con las diversas razones en pro y en contra, se repasaron otra vez todos los argumentos, con lo que cada cual remachó cada argumento a su modo y durante el tiempo que quiso. Y por fin, el señor Pickwick, ampliamente despojado de todas sus decisiones a fuerza de argumentos y protestas, y en inminente peligro de volverse loco a fuerza de esos mismos argumentos y protestas, tomó en sus brazos a Arabella y, declarando que era una criatura encantadora y que, no sabía por qué, pero que la había querido mucho desde el primer momento, dijo que no se sentía capaz de interponerse en el camino de la felicidad de unos jóvenes y que podían hacer de él lo que quisieran.

El primer acto de Sam Weller al oír esta concesión fue despachar a Job Trotter en busca del ilustre señor Pell, con autorización para entregar al portador el recibo liberatorio que su prudente padre había tenido la previsión de dejar en manos de este docto caballero por si acaso era necesario de repente, en cualquier momento; su siguiente acto fue invertir toda su reserva de dinero al contado en la compra de veinticinco galones de cerveza negra floja, que él mismo repartió en

el patio a todo el que quiso participar de ella; hecho esto, lanzó hurras en diversas partes del piso hasta que perdió la voz, y entonces volvió a quedar tranquilamente en su habitual estado equilibrado y filosófico.

A las tres de aquella tarde, el señor Pickwick lanzó una última ojeada a su cuartito y se abrió paso, lo mejor que pudo, a través de la multitud de deudores que se agolpaban y avanzaban, deseosos de estrecharle la mano, hasta que llegó a los escalones de la portería. Allí se volvió a mirar a su alrededor y sus ojos se iluminaron. En toda aquella multitud de rostros macilentos y consumidos, no vio uno que no hubiera recibido alguna alegría por su comprensión y simpatía.

—Perker —dijo el señor Pickwick, llamando a un joven para que se acercara —; este es el señor Jingle, de quien ya le he hablado.

—Muy bien, señor mío —contestó Perker, mirando fijamente a Jingle.

—Mañana por la mañana me volverá a ver. Espero que durante toda su vida recordará y sentirá profundamente lo que tendré que comunicarle.

Jingle hizo una reverencia respetuosa, estrechó, temblando mucho, la mano que le ofrecía el señor Pickwick y se retiró.

—A Job ya le conoce, creo —dijo el señor Pickwick, presentándole.

—Conozco a este bribón —contestó Perker de buen humor—. Cuide de su amigo, y esté por aquí mañana a la una. ¿Me oye? ¿Qué, hay algo más?

—Nada —contestó el señor Pickwick—. ¿Has entregado el paquetito que te di para tu antiguo patrón, Sam?

—Sí, señor —contestó Sam—. Se echó a llorar, señor, y dijo que *usté* era muy generoso y considerado, y que no deseaba *na* más sino que le pudieran inocular una tisis galopante, porque su viejo amigo, el que vivió aquí tanto tiempo, ya está muerto, y él no tiene ahora dónde buscar otro.

—¡Pobre hombre, pobre hombre! —dijo el señor Pickwick—. ¡Dios les bendiga, amigos míos!

Al lanzar este adiós el señor Pickwick, la multitud lanzó un sonoro grito. Muchos de ellos avanzaron, apiñados, para volver a estrechar su mano, cuando él dio el brazo a Perker y salió apresuradamente de la cárcel, mucho más triste y melancólico en ese momento que la primera vez que entró. ¡Ay, cuántos seres tristes y desdichados había dejado detrás!

Aquella fue una tarde feliz, al menos para un grupo reunido en San Jorge y el Buitre; y muy alegres y animados estaban dos de los corazones que salieron a la mañana siguiente por su acogedora puerta. Sus propietarios eran el señor Pickwick y Sam Weller, el primero de los cuales fue rápidamente depositado en una cómoda silla de posta, con un pequeño asiento elevado atrás, adonde subió el otro con gran agilidad.

—¡Señor! —gritó Sam Weller a su amo.

—¿Qué, Sam? —contestó el señor Pickwick, sacando la cabeza por la ventana.

—Me gustaría que estos caballos hubieran *estao* más de tres meses en la

cárcel de Fleet.

—¿Por qué, Sam? —preguntó el señor Pickwick.

—Pues, señor —exclamó Sam, frotándose las manos—, ¡porque correrían muy deprisa si hubieran *estao* allí!

XLVIII

QUE RELATA CÓMO EL SEÑOR PICKWICK, CON AYUDA DE SAMUEL WELLER, TRATÓ DE ABLANDAR EL CORAZÓN DEL SEÑOR BENJAMIN ALLEN Y DE ENDULZAR LA IRA DEL SEÑOR ROBERT SAWYER

Los señores Ben Allen y Bob Sawyer estaban sentados en la pequeña sala de operaciones de su rebotica, examinando un picadillo de ternera y las perspectivas del porvenir, cuando la conversación, de modo bastante natural, cayó sobre la clientela que había llegado a tener el mencionado Bob y sus probabilidades actuales de obtener una decente independencia económica a partir de la honrosa profesión a que se había dedicado.

—… las cuales, me parece —observó Bob Sawyer, siguiendo el hilo de la conversación—… me parece, Ben, que son bastante dudosas.

—¿Qué es lo que es dudoso? —preguntó Ben Allen, aguzándose el intelecto con un sorbo de cerveza—. ¿Qué es lo dudoso?

—Pues eso, las probabilidades —respondió Bob Sawyer.

—Me olvidaba —dijo Ben Allen—; la cerveza me ha recordado que me olvidaba, Bob… sí, sí que son dudosas.

—Es sorprendente cómo los pobres se hacen mis clientes —dijo Bob Sawyer reflexivamente—. Me llaman para que me levante a todas las horas de la noche; toman medicinas en cantidades que yo habría creído imposibles; se ponen vejigatorios y sanguijuelas con una perseverancia digna de mejor causa; aumentan sus familias de modo terrible. ¡Seis de estas pequeñas letras de cambio vencen el mismo día, Ben, y todas ellas me están confiadas a mí!

—¡Muy halagador!, ¿no? —dijo Ben Allen, alargando el plato para tomar más picadillo de ternera.

—Ah, sí, mucho —contestó Bob—; solo que no tanto como lo sería la confianza de los pacientes que tienen un chelín o dos que gastar. Este negocio estaba muy bien descrito en el anuncio, Ben. Es una clientela… una clientela muy extensa… y nada más.

—Bob —dijo Ben Allen, dejando el tenedor y el cuchillo y fijando la mirada en el rostro de su amigo—; Bob, te voy a decir lo que pasa.

—¿Qué pasa? —preguntó Bob Sawyer.

—Debes hacerte dueño, con la menor tardanza posible, de las mil libras de Arabella.

—Tres por ciento anual consolidado, puestas a su nombre en el libro o libros del gobernador, y la compañía del Banco de Inglaterra —añadió Bob Sawyer con fraseología legal.

—Exactamente —dijo Ben—. Las tendrá cuando llegue a la mayoría de edad o se case. Le falta un año para la mayoría de edad, y si tú te pusieras más

valiente, no sería necesario que le faltara ni un mes para casarse.

—Es una criatura encantadora y deliciosa —indicó Robert Sawyer en respuesta—, y no tiene más que un defecto, que yo sepa, Ben. Por desgracia, ocurre que ese único inconveniente es su carencia de gusto. Yo no le gusto.

—Mi opinión es que ella no sabe qué es lo que le gusta —dijo Ben Allen despectivamente.

—Quizá —observó Bob Sawyer—. Pero mi opinión es que sí sabe qué es lo que no le gusta, y eso tiene mayor importancia.

—Me gustaría —dijo Ben Allen, apretando los dientes y hablando como un salvaje alimentado de carne cruda de lobo cortada con los dientes, más que como un joven pacífico que comía picadillo de ternera con tenedor y cuchillo—, me gustaría saber si hay algún bribón que de veras haya estado haciendo el tonto con ella, con vistas a conquistar su afecto. Estoy seguro de que le asesinaría, Bob.

—Yo le metería una bala, si le descubriera —dijo Sawyer, interrumpiéndose en medio de un largo sorbo de cerveza y levantando una mirada maligna por encima de la jarra—; si eso no le liquidaba, se la extraería luego y así le mataría.

Benjamin Allen contempló distraídamente a su amigo en silencio durante unos minutos, y luego dijo:

—¿Nunca le has propuesto el matrimonio, a bocajarro, Bob?

—No. Porque me di cuenta de que no serviría para nada —contestó Robert Sawyer.

—Lo harás, antes de que hayan pasado veinticuatro horas —replicó Ben con calma desesperada—. Ella te aceptará, o yo sabré por qué razón. Ejerceré mi autoridad.

—Bueno —dijo Bob Sawyer—, ya veremos.

—Ya veremos, amigo mío —contestó ferozmente Ben Allen. Se detuvo unos segundos, y luego añadió con voz rota por la emoción—: Tú la quieres desde que eras un niño, amigo mío. Ya la querías cuando íbamos juntos a la escuela, de pequeños, y aun entonces, era arisca y despreciaba tus tiernos sentimientos. ¿Te acuerdas de que, con todo el empeño del amor infantil, un día le hiciste que aceptara dos galletitas y una manzana dulce, muy bien envueltas en un paquete redondo hecho con una hoja de cuaderno?

—Sí que me acuerdo —contestó Bob Sawyer.

—Lo despreció, me parece, ¿no? —dijo Ben Allen.

—Así fue —asintió Bob—. Dijo que yo había guardado tanto tiempo el paquete en los bolsillos del pantalón de pana, que la manzana estaba desagradablemente caliente.

—Me acuerdo —dijo Allen, sombrío—. Y entonces nos la comimos nosotros, un bocado cada uno.

Bob Sawyer, frunciendo el ceño, indicó que se acordaba de la circunstancia recién aludida; y los dos amigos quedaron absorbidos durante un rato, cada cual

en sus propias meditaciones.

Mientras se intercambiaban estas frases entre Bob Sawyer y Benjamin Allen, y mientras el muchacho de librea gris, asombrado de la insólita duración de la comida, lanzaba de vez en cuando una mirada ansiosa hacia la puerta de cristal, trastornado por temores íntimos sobre la cantidad de picadillo de ternera que se le reservaría en definitiva para sus ansias personales, por las calles de Bristol entraba rodando sobriamente un coche particular, pintado de un verde triste, tirado por un gordo caballo bayo y conducido por un hombre de aspecto malhumorado, con las piernas revestidas como piernas de mozo de cuadra, mientras que su cuerpo iba vestido con casaca de cochero.

Tal aspecto es común en vehículos poseídos y sostenidos por ancianas señoras de costumbres económicas; en ese vehículo iba sentada una señora que era su dueña y propietaria.

—¡Martin! —dijo la vieja, llamando al de aspecto malhumorado por la ventana delantera.

—¿Qué? —dijo el malhumorado, llevándose la mano al sombrero.

—A casa del señor Sawyer —dijo la vieja.

—Ya iba para allá —dijo el malhumorado.

La vieja asintió con la cabeza al sentirse halagada con esta prueba de previsión del malhumorado; este dio un fuerte latigazo al caballo gordo, y llegaron todos juntos a casa del señor Bob Sawyer.

—¡Martin! —dijo la vieja cuando el cochecillo se detuvo a la puerta del señor Robert Sawyer, sucesor de Nockemorf.

—¿Qué? —dijo Martin.

—Di al muchacho que salga a cuidar del caballo.

—Ya voy a cuidar yo mismo del caballo —dijo Martin, dejando el látigo en el techo del carruaje.

—No lo puedo consentir, de ningún modo —dijo la vieja—; tu testimonio será muy importante, y tengo que hacerte entrar conmigo en la casa. No tienes que moverte de mi lado durante toda la entrevista. ¿Oyes?

—Oigo —contestó Martin.

—Pues entonces, ¿por qué te paras?

—Por nada —contestó Martin.

Y, así diciendo, el malhumorado descendió sosegadamente de la rueda en que se había apoyado sobre las puntas de los dedos del pie derecho y, después de requerir al muchacho de la librea gris, abrió la puerta del coche, desplegó el estribo y, metiendo una mano envuelta en un guante oscuro de gamuza, sacó a la vieja con tanta indiferencia de maneras como si fuera una sombrerera.

—¡Pobre de mí! —exclamó la vieja—; estoy tan trastornada, ahora que he llegado aquí, Martin, que no hago más que temblar.

Martin tosió tras los guantes de gamuza, pero no expresó ningún sentimiento

de comprensión, de modo que la anciana, dominándose, subió los escalones de casa de Bob Sawyer, y Martin la siguió. Inmediatamente después que la vieja entró en la tienda, Benjamin Allen y Bob Sawyer, que habían retirado de la vista las bebidas y habían deglutido drogas malolientes para ocultar el olor del humo de tabaco, salieron a recibirla en un transporte de placer y afecto.

—Mi querida tía —exclamó Ben Allen—, ¡qué amable eres de venir a visitarnos! Te presento al señor Sawyer, mi amigo Bob Sawyer, de quien tanto te he hablado, a propósito… ya sabes, tía.

Y aquí Ben Allen, que en ese momento no estaba especialmente sobrio, añadió la palabra « Arabella» en lo que debía haber sido un susurro, pero que fue una emisión de voz especialmente audible y clara, y que nadie podía menos de escuchar, aunque se hubiera empeñado.

—Mi querido Benjamin —dijo la anciana, luchando con una gran falta de aliento y temblando de pies a cabeza—, no te asustes, querido mío, pero creo que sería mejor que hablara a solas con el señor Sawyer un momento; solo un momento.

—Bob —dijo Allen—, ¿quieres acompañar a mi tía a la sala de operaciones?

—¡Cómo no! —respondió Bob en un tono de voz muy profesional—. Pase por aquí, señora. No se asuste, señora. Sabremos arreglarle eso en muy poco tiempo, no tengo la menor duda. Pase por aquí, señora. Bueno, ¡vamos a ver!

Y con esto, Bob Sawyer, sentando a la anciana en una butaca, cerró la puerta, acercó otra butaca y se dispuso a escuchar con detalle los síntomas de algún trastorno, del que veía derivarse, en perspectiva, una larga serie de beneficios y ventajas.

Lo primero que hizo la anciana fue mover la cabeza muchas veces y echarse a llorar.

—Eso es nervioso —dijo Bob Sawyer con suficiencia—: jarabe de alcanfor con agua tres veces al día, y un calmante por la noche.

—No sé cómo empezar, señor Sawyer —dijo la vieja—. ¡Es tan doloroso y lamentable!

—No necesita empezar, señora —dijo Bob Sawyer—; puedo adelantarme a todo lo que va a decir. La cabeza es lo que no marcha bien.

—Lamentaría mucho pensar que era el corazón —dijo la anciana con un leve gemido.

—No hay el menor peligro de eso, señora —contestó Bob Sawyer—; la causa principal es el estómago.

—¡Señor Sawyer! —exclamó la anciana, sobresaltada.

—No hay la menor duda de ello, señora —insistió Bob, poniendo cara de asombrosa sabiduría—; la medicación a tiempo, señora, lo habría evitado todo.

—Señor Sawyer —dijo la vieja, más trastornada que antes—, ese modo de hablar, o es una impertinencia para quien está en mi situación, o se debe a que no

comprende el objeto de mi visita. Si hubiera estado al alcance de la medicina, o se hubiera podido haber usado cualquier providencia, ciertamente que yo lo habría hecho. Será mejor que hable con mi sobrino cuanto antes —dijo la vieja, retorciendo el bolso con indignación y levantándose al decir esto.

—Espere un momento, señora —dijo Bob Sawyer—; me temo que no la he entendido. ¿Qué es lo que ocurre?

—Mi sobrina, señor Sawyer —dijo la vieja—; la hermana de su amigo.

—Sí, señora —dijo Bob, todo impaciencia, pues la vieja, aunque muy agitada, hablaba con una premeditación que era el suplicio de Tántalo, como muchas veces suelen hacer las viejas—. Sí, señora.

—Se ha marchado de mi casa, señor Sawyer, hace tres días, fingiendo que iba a ver a mi hermana, otra tía suya, que dirige la gran escuela de internas, al lado mismo del hito de las tres millas, donde hay un gran laurel y una puerta cochera de roble —dijo la vieja, deteniéndose en este punto a secarse los ojos.

—¡Ah, que se lleve el diablo al laurel, señora! —dijo Bob, olvidando por completo su dignidad profesional en su angustia—. Hable un poco más deprisa; métale más vapor, señora, por favor.

—Esta mañana —dijo la vieja, lentamente—, esta mañana… ella…

—Volvió, supongo, ¿no, señora? —dijo Bob con gran animación—; ¿no es verdad que volvió?

—No, no volvió; escribió —contestó la anciana.

—¿Y qué decía? —preguntó con ansia Bob.

—Decía, señor Sawyer —contestó la vieja—, y para esto quiero prepararle el ánimo a Benjamin, suavemente y poco a poco; decía que se había… Tengo la carta en el bolsillo, señor Sawyer, pero me he dejado las gafas en el coche, y no haría más que perder el tiempo si intentara señalarle, sin ellas, el pasaje en cuestión; en una palabra, decía, señor Sawyer, que se había casado.

—¿Qué? —dijo, o más bien gritó, Bob Sawyer.

—Que se había casado —repitió la vieja.

Bob Sawyer no esperó a oír más, sino que, lanzándose fuera de la sala de operaciones, salió a la tienda gritando con voz estentórea:

—¡Ben, muchacho, se ha escapado!

Ben Allen, que dormitaba detrás del mostrador, con la cabeza a cerca de medio pie por debajo de las rodillas, en cuanto oyó esa horrible noticia, se lanzó precipitadamente contra Martin y, retorciéndole el plastrón a ese taciturno sirviente, expresó una lisonjera intención de estrangularle allí mismo. Y, con mucho vigor y habilidad quirúrgicos, y con la prontitud que tantas veces es efecto de la desesperación, comenzó a ponerla en ejecución inmediatamente.

Martin, que era hombre de pocas palabras y que poseía escasos poderes de elocuencia o persuasión, se sometió durante unos segundos a tal operación con expresión de rostro tranquila y aquiescente; pero encontrando, sin embargo, que

amenazaba con llegar muy pronto a un resultado que le imposibilitaría para reclamar salarios, manutenciones o cualquier otra cosa, murmuró una protesta inarticulada y derribó por el suelo a Benjamin Allen. Como este caballero tenía las manos enredadas en su corbata, él no tuvo otra alternativa sino seguirle al suelo. Y allí quedaron luchando los dos, hasta que de pronto se abrió la puerta de la botica y el grupo quedó aumentado por la llegada de los más inesperados de los visitantes, a saber, el señor Pickwick y Samuel Weller.

La impresión producida al instante en la mente de Sam Weller por lo que vio, fue que Martin estaba contratado por el establecimiento de Sawyer, sucesor de Nockemorf, para tomar alguna medicina fuerte, o para sufrir ataques y que hicieran experimentos con él, o para deglutir veneno de vez en cuando con intención de probar la eficacia de algún nuevo antídoto, o para hacer alguna otra cosa en beneficio de la gran ciencia de la medicina, satisfaciendo el cálido espíritu de investigación que ardía en los pechos de los dos jóvenes profesionales. Por eso, sin suponer que debiera intervenir, Sam se quedó totalmente quieto, mirando, como si estuviera muy interesado en el resultado del experimento entonces en marcha.

No así el señor Pickwick: inmediatamente se lanzó sobre los asombrados combatientes, con su acostumbrada energía, y requirió en voz alta a los presentes para que se interpusieran.

Eso excitó a Bob Sawyer, que hasta entonces había quedado completamente paralizado por el frenesí de su compañero. Con ayuda de este, el señor Pickwick volvió a poner en pie a Ben Allen. Martin, al encontrarse solo en el suelo, se levantó y miró a su alrededor.

—Señor Allen —dijo el señor Pickwick—, ¿qué es lo que ocurre?

—¡A usted qué le importa! —contestó Allen con altivo desafío.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Pickwick, mirando a Bob Sawyer—. ¿Se encuentra mal?

Antes que Bob pudiera responder, Ben Allen tomó al señor Pickwick de la mano y murmuró con triste acento:

—Mi hermana, señor Pickwick, mi hermana.

—¡Ah, no es más que eso! —dijo el señor Pickwick—. Ya arreglaremos fácilmente este asunto, espero. Su hermana está bien y a salvo, y yo he venido, mi querido señor Allen, para…

—Siento mucho hacer *na* que pueda causar una interrupción en estas agradables diversiones, como dijo el rey cuando disolvió el Parlamento —interrumpió Sam Weller, que estaba atisbando por la puerta de cristal—, pero aquí hay otro experimento, señor. Hay una venerable anciana tumbada en el suelo, esperando la disección, o el galvanismo, o alguna otra invención científica *pa* revivirla.

—Se me olvidaba —exclamó Allen—. Es mi tía.

—¡Pobre de mí! —dijo el señor Pickwick—. ¡Pobre señora! Con cuidado, Sam, con cuidado.

—Extraña situación, *pa* ser de la familia —observó Sam Weller, izando a la anciana hasta una butaca—. ¡A ver, sierrahuesos ayudante, trae las sales volátiles!

Esta última observación iba dirigida al muchacho de gris, quien, habiendo dejado el coche al cuidado de un guardia municipal, había vuelto a entrar a ver qué era todo aquel jaleo. Entre el muchacho de gris, Bob Sawyer y Benjamin Allen (quien, habiendo asustado a su tía hasta hacerla desmayar, ahora estaba afectuosamente solícito por hacer que se recobrara), la anciana volvió por fin a sus sentidos; entonces Ben Allen, dirigiéndose con rostro intrigado al señor Pickwick, le preguntó qué iba a decir cuando le habían interrumpido con aquella alarma.

—Supongo que todos los que hay aquí son amigos, ¿no? —dijo el señor Pickwick, aclarándose la voz y mirando al hombre malhumorado y de pocas palabras que guiaba el coche de caballo gordo.

Esto le hizo acordarse a Bob Sawyer de que el muchacho de gris les miraba, con los ojos muy abiertos y con oídos ávidos. Una vez que el incipiente farmacéutico fue sacado por el cuello de la chaqueta y dejado caer al otro lado de la puerta, Bob Sawyer aseguró al señor Pickwick que podía hablar sin reservas.

—Su hermana, querido señor Allen —dijo el señor Pickwick, dirigiéndose a este—, está en Londres, muy bien y muy feliz.

—Su felicidad no me interesa, señor mío —dijo Benjamin Allen, agitando la mano.

—Su marido es el que sí me interesa, señor mío —dijo Bob Sawyer—. Me interesa mucho, como objetivo a doce pasos, y sí que le dejaré hecho una lástima… ¡bribón bajo y villano!

Esto, dicho así, era un desafío bastante elegante y magnánimo, pero Bob Sawyer debilitó bastante su efecto concluyendo con algunas observaciones generales a propósito de puñetazos en la cara y de ojos saltados, que resultaban bastante vulgares en comparación.

—Espere usted —dijo el señor Pickwick—. Antes de aplicar esos epítetos al caballero en cuestión, considere desapasionadamente el alcance de su falta y, sobre todo, recuerde que es un amigo mío.

—¿Cómo? —dijo Bob Sawyer.

—¿Cómo se llama? —gritó Ben Allen—. ¿Cómo se llama?

—Nathaniel Winkle —dijo el señor Pickwick.

Benjamin Allen aplastó despacio sus lentes con los tacones y, recogidos los trozos y guardados en tres bolsillos diferentes, cruzó los brazos, se mordió los labios y miró de modo amenazador los benévolos rasgos del señor Pickwick.

—¿Conque es usted, señor mío, quien ha estimulado y arreglado esta unión? —preguntó por fin Benjamin Allen.

—¿Y es el criado de este señor, supongo —interrumpió la vieja—, quien ha andado rondando mi casa, tratando de seducir a mis sirvientas para que conspiraran contra su ama? ¡Martin!

—¿Qué? —dijo el malhumorado, avanzando.

—¿Es este el joven que me dijiste que habías visto aquella mañana en el pasaje?

Martin, que, como ya se ha visto, era hombre de pocas palabras, miró a Sam Weller, asintió con la cabeza y lanzó un gruñido:

—El mismo.

Sam Weller, que nunca había sido orgulloso, sonrió amistosamente al reconocerle, cuando sus miradas se encontraron con las del cochero malhumorado y, en términos corteses, admitió que « ya le había visto» .

—¡Y este es el hombre fiel —exclamó Ben Allen— a quien casi he ahogado! Señor Pickwick, ¿cómo se ha atrevido usted a permitir que ese fulano interviniera en el rapto de mi hermana? Exijo que me dé explicaciones sobre este asunto.

—¡Dé explicaciones! —gritó Bob Sawyer ferozmente.

—Es una conspiración —dijo Ben Allen.

—Un auténtico complot —añadió Bob Sawyer.

—Una conjuración deshonrosa —observó la anciana.

—Un abuso —observó Martin.

—Por favor, escúchenme —apremió el señor Pickwick mientras Ben Allen se desplomaba en la butaca de sangrar a sus clientes y sacaba el pañuelo—; yo no he prestado ayuda en este asunto, salvo que he estado presente en una entrevista entre los dos jóvenes, que no podía evitar, y en la cual supuse que mi presencia quitaría cualquier leve aspecto de incorrección en el asunto, y no tenía sospecha de que se proyectara un matrimonio inmediato. Aunque, fíjense —añadió el señor Pickwick, dominándose rápidamente—, fíjense que no quiero decir que lo habría evitado de haber sabido que se proyectaba.

—Ya lo oyen todos, ¿no? —dijo Benjamin Allen.

—Espero que sí —observó amablemente el señor Pickwick, mirando a su alrededor—, y espero —añadió, enrojeciendo a medida que hablaba— que también oirán esto, señor mío: que, por lo que me han informado, declaro que usted no tenía ninguna razón para intentar violentar las inclinaciones de su hermana tal como lo hizo y que, en vez de eso, usted debía haberse esforzado, con su amabilidad y comprensión, por suplir la falta de los demás familiares que ella no ha tenido desde niña. Por lo que toca a mi joven amigo, debo añadir, con permiso de ustedes, que en cualquier punto de ventajas materiales está, por lo menos, en el mismo plano que ustedes, si es que no mucho mejor, y que si no veo que esta cuestión se discute con el equilibrio y la moderación adecuados, me

niego a oír hablar más de este asunto.

—Deseo hacer unas cuantas observaciones más añadidas a lo que ha dicho el honorable señor que acaba de terminar —dijo Sam Weller, avanzando—, a saber, que un individuo de esta reunión me ha *llamao* « fulano» .

—Eso no tiene nada que ver con el asunto, Sam —interrumpió el señor Pickwick—; cállate, por favor.

—No tengo *na* que decir sobre ese punto, señor —contestó Sam—, sino solamente esto: quizá este señor puede pensar que había un compromiso anterior; pero no había *na* de eso, porque la señorita dijo que no le podía aguantar cuando *toavía* estaban empezando sus amores. Nadie le ha *quitao* de en medio, y le habría dado lo mismo que la señorita no hubiera visto nunca al señor Winkle. Eso es lo que quería decir, y espero que ahora se encontrará en paz este señor.

Una breve pausa siguió a estas consoladoras observaciones de Sam Weller. Luego Ben Allen, levantándose de su asiento, aseguró que nunca volvería a mirarle a la cara a Arabella, mientras Bob Sawyer, a pesar de las halagadoras seguridades dadas por Sam, juraba espantosa venganza contra el feliz marido.

Pero, cuando la cuestión estaba en lo peor, y amenazando seguir así, el señor Pickwick encontró una poderosa ayuda en la anciana, quien, evidentemente muy impresionada por la manera como él había defendido la causa de su sobrina, se atrevió a abordar a Benjamin Allen con unas pocas reflexiones consoladoras, las principales de las cuales eran que, después de todo, quizá ya era mucho que no hubiera ido a peor; que cuanto menos se dijera, antes se arreglaría; y, palabra de honor, que no pensaba que estuviera tan mal después de todo; que lo que había pasado no se podía empezar otra vez; y que lo que no se podía remediar había que aguantarlo, con otras diversas afirmaciones de análogo carácter original y reconfortante. A todo esto, Benjamin Allen replicó que no quería faltar al respeto a su tía, ni a nadie de los presentes, pero que, si les daba igual y le permitían que hiciera lo que le diera la gana, preferiría tener el gusto de odiar a su hermana hasta la muerte, y aun después.

Por fin, cuando había anunciado medio centenar de veces esta decisión, la anciana, engallándose de repente y tomando un aspecto majestuoso, quiso saber qué había hecho para que no se tuviera respeto a sus años y a su posición, y que se viera obligada a rogar y pedir de aquel modo a su propio sobrino, a quien recordaba desde veinticinco años antes de que naciera y a quien ella había conocido personalmente cuando no tenía un solo diente en la boca; por no hablar de que estuvo presente la primera vez que le cortaron el pelo, y que prestó su asistencia otras numerosas veces en diversas ceremonias de su niñez, de importancia suficiente como para establecer un derecho perpetuo a su cariño, a su obediencia y a su comprensión.

Mientras la buena señora conjuraba de este modo a Ben Allen, el señor Pickwick se había retirado con Bob Sawyer para tener una conversación de cerca

en la rebotica, donde se observó que Sawyer recurría varias veces a la boca de una botella negra, bajo cuya influencia sus rasgos asumieron poco a poco una expresión animosa e incluso jovial. Y por fin salió del cuarto, botella en mano, y, haciendo notar que lamentaba mucho haberse portado como un imbécil, propuso brindar a la salud y felicidad del señor y la señora Winkle, por cuya dicha, lejos de envidiarles, él sería el primero en felicitarles. Al oírlo, Ben Allen se levantó de repente de su asiento y, agarrando la botella negra, bebió tan cordialmente siguiendo aquel brindis, que, por ser muy fuerte el licor, se le puso la cara casi tan negra como la botella. Por fin, la botella negra dio vueltas hasta que quedó vacía, y hubo tantos apretones de manos e intercambios de cumplidos, que hasta Martin, con su cara metálica, se dignó sonreír.

—Y ahora —dijo Bob Sawyer, frotándose las manos—, vamos a pasar una noche divertida.

—Lo siento —dijo el señor Pickwick—, pero tengo que volver a la posada. En la última temporada he perdido la costumbre de fatigarme, y este viaje me ha cansado mucho.

—¿No tomará un poco de té, señor Pickwick? —dijo la vieja con irresistible dulzura.

—Gracias, prefiero no tomar nada —contestó este.

La verdad es que la admiración de la vieja señora, en evidente aumento, era el principal motivo para que se marchara el señor Pickwick. Se acordaba de la señora Bardell, y cada mirada de los ojos de la vieja le daba un sudor frío.

Como no hubo modo de convencer al señor Pickwick para que se quedara, se decidió inmediatamente, a propuesta suya, que Benjamin Allen le acompañara en su viaje en busca del señor Winkle padre, y que el coche estaría a la puerta a las nueve de la mañana siguiente. Se despidió entonces y, seguido por Samuel Weller, se dirigió al Arbusto. Es digno de notar que la cara de Martin estaba horriblemente contorsionada al estrechar la mano de Sam en la despedida, y que lanzó simultáneamente una sonrisa y un juramento; por cuyos síntomas han inferido quienes mejor conocían las particularidades de este señor, que se declaraba encantado con la amistad de Sam Weller y solicitaba el honor de tratarle más.

—¿Quiere que pida una salita reservada, señor? —preguntó Sam cuando llegaron al Arbusto.

—Pues no, Sam —contestó el señor Pickwick—. Como he comido en el comedor y me acostaré pronto, no vale casi la pena. Ve a ver quién hay en la sala general, Sam.

Sam Weller partió con el encargo, y volvió luego diciendo que solamente había un señor con un solo ojo, que bebía un bol de vino caliente con especias, en compañía del posadero.

—Me sentaré con ellos —dijo el señor Pickwick.

—Es un tipo raro, el tuerto, señor —hizo notar Sam Weller, precediéndole—; está enredando al posadero a fuerza de historias, hasta que el otro ya no sabe bien por dónde anda, ni si está de pie o sobre la copa del sombrero.

El individuo a quien se refería esta observación estaba sentado al extremo del cuarto cuando entró el señor Pickwick, y fumaba una amplia pipa holandesa, con su ojo atentamente fijo en la redonda cara del posadero; un viejo de aire jovial, a quien acababa de contar algún cuento asombroso, como lo atestiguaban diversas exclamaciones sueltas de «¡Vaya, no lo habría creído!», «¡La cosa más rara que se ha visto!», «¡No habría imaginado que algo así fuera posible!», y otras expresiones de asombro que brotaban espontáneamente de sus labios, sin apartar la mirada de la cara del tuerto.

—Servidor suyo —dijo el tuerto al señor Pickwick—. Excelente noche, señor.

—Ya lo creo —contestó el señor Pickwick, mientras el camarero le ponía delante una botellita de coñac y un poco de agua caliente.

Mientras el señor Pickwick disolvía el coñac, el tuerto le observaba atentamente por todas partes, de vez en cuando, y por fin dijo:

—Creo que le he visto antes en otro sitio.

—No le recuerdo —contestó el señor Pickwick.

—Claro que no —dijo el tuerto—. Usted no me conoció, pero yo conocí a dos amigos suyos que paraban en Al Pavo Real de Eatanswill, cuando las elecciones.

—¡Ah, por supuesto! —exclamó el señor Pickwick.

—Sí —contestó el tuerto—. Les conté una cosa que le ocurrió a un amigo mío llamado Tom Smart. Quizá usted oyó hablar de ello.

—Muchas veces —asintió el señor Pickwick, sonriendo—. ¿Era tío suyo, me parece?

—No, no; solamente un amigo de mi tío —contestó el tuerto.

—Era un hombre estupendo, aquel tío suyo, también —hizo notar el posadero, moviendo la cabeza.

—Me parece que sí; creo que puedo decir que sí lo era —contestó el tuerto—. Podría contarles una historia sobre ese mismo tío, señores, que les sorprendería bastante.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick—. Pues cuéntenosla, no faltaba más.

El tuerto se sirvió un vaso del brebaje del bol y se lo bebió; dio una larga chupada a la pipa holandesa, y luego, advirtiendo a Sam Weller, que se estaba demorando junto a la puerta, de que no era necesario que se marchara porque la historia no tenía nada de secreto, fijó su ojo en los del posadero, y empezó con las mismas palabras del capítulo siguiente.

XLIX
QUE CONTIENE LA HISTORIA DEL TÍO DEL VIAJANTE

« Mi tío, señores —dijo el viajante—, era uno de los tipos más divertidos, agradables y listos que jamás ha habido. Me gustaría que le hubieran conocido, señores. Pero, pensándolo mejor, no me gustaría que le hubieran conocido, pues en ese caso todos ustedes, siguiendo la marcha ordinaria de la naturaleza, estarían, si no muertos, casi tan cerca de ello a todos los efectos como para haberse acostumbrado a quedarse en casa y a renunciar a la compañía, lo cual me habría privado del inestimable placer de dirigirme a ustedes en este momento. Señores, me gustaría que sus padres y madres hubieran conocido a mi tío. Les hubiera resultado extraordinariamente simpático, especialmente a sus respetables madres; estoy seguro de ello. Si había dos de sus numerosas virtudes que predominaran sobre las muchas que adornaban su carácter, yo diría que eran su manera de mezclar el ponche y sus canciones después de cenar. Perdónenme que me entretenga en estos recuerdos melancólicos sobre aquel gran hombre desaparecido; no todos los días verán ustedes un hombre como mi tío.

» Siempre he considerado una gran cualidad en el carácter de mi tío, señores, que fuera amigo íntimo y compañero de Tom Smart, de la gran empresa Bilson y Slum, calle Cateaton, City de Londres. Mi tío viajaba por cuenta de Tiggin y Welps, pero durante mucho tiempo hacía casi el mismo recorrido que Tom; y la primera noche que se encontraron, mi tío se encariñó con Tom, y Tom se encariñó con mi tío.

» Antes que hubiera pasado un cuarto de hora desde que se conocieron, se apostaron un sombrero nuevo a ver quién preparaba el mejor bol de ponche y se lo bebía más deprisa. Se juzgó que mi tío le había ganado en cuanto a la preparación, pero Tom Smart le ganó en beberlo, por media cucharadita. Luego se tomaron otro tanto bebiendo cada cual a la salud del otro, y desde entonces fueron grandes amigos. Hay en estas cosas una fatalidad del destino, señores; no podemos remediarlo.

» De aspecto personal, mi tío era un poco más bajo de la talla media; también era un poquito más grueso que el común de las gentes, y quizá su cara podría ser ligeramente más colorada. Tenía la cara más jovial que han visto ustedes nunca, señores; algo así como Punch, pero con nariz y barbilla más elegantes; sus ojos siempre chispeaban y centelleaban de buen humor; en su rostro siempre había una sonrisa; no una de esas muecas inexpresivas y acartonadas, sino una auténtica sonrisa, alegre, cordial y de buen carácter. Una vez salió volcado de su cochecito y se dio con la cabeza contra un hito del camino. Allí se quedó atontado, y tan arañado por un montón de grava que había junto al camino, que, para usar la propia expresión fuerte de mi tío, si su madre hubiera vuelto a visitar

la tierra, no le habría conocido. Desde luego, ahora que lo pienso, señores, estoy completamente seguro de que no le habría conocido, pues murió cuando mi tío tenía dos años y siete meses, y me parece que, aun sin la grava, sus botas altas habrían desconcertado no poco a la buena señora; para no hablar de su jovial cara enrojecida. En cualquier caso, allí se quedó, y he oído contar a mi tío que el hombre que le recogió dijo que sonreía tan alegremente como si hubiera dado la voltereta por broma, y que, después que le sangraron, los primeros leves signos incipientes de que volvía en sí fueron que se puso de pie en la cama de un salto, que se echó a reír ruidosamente y, besando a la joven que sostenía la palangana, le pidió una chuleta de cordero y nueces saladas. Le gustaban mucho las nueces saladas, señores. Siempre decía que, tomándolas sin vinagre, mejoraban el gusto de la cerveza.

» El gran viaje de mi tío era cuando la caída de la hoja, en cuya época cobraba deudas y recibía letras en el norte, yendo de Londres a Edimburgo, de Edimburgo a Glasgow, de Glasgow vuelta a Edimburgo, y de allí a Londres por mar. Deben saber que esta segunda visita a Edimburgo era por su propio gusto. Solía volver durante una semana solo para ver a sus viejos amigos; y que, desayunando con uno, comiendo con otro, merendando con otro, y cenando con el de más allá, solía pasar una semana muy ocupada. No sé si alguno de ustedes, señores, ha participado alguna vez de un auténtico desayuno escocés, sustancioso y hospitalario, para ir luego a un almuerzo ligero de un barrilillo de ostras, una docena de botellitas de cerveza y un vasito o dos de whisky para terminar. Si alguna vez lo han hecho, estarán de acuerdo conmigo en que se necesita una cabeza muy sólida para comer y cenar después.

» Pero ¡benditos sean sus corazones y sus caras asombradas!; todo esto no era nada para mi tío. Estaba tan curtido, que para él era un simple juego de niños. Le he oído decir que era capaz de aguantar más que la gente de Dundee, en cualquier momento, y luego marcharse a casa sin tambalearse; y sin embargo, la gente de Dundee tiene una cabeza y un ponche tan fuerte, señores, como no podrían encontrar de polo a polo. Me han contado que, una vez, uno de Glasgow y uno de Dundee se pusieron a beber uno contra otro, durante quince horas, de una sentada. Los dos murieron ahogados en el mismo momento, con toda la precisión con que se pudo comprobar, pero, salvo en este insignificante aspecto, no sufrieron ninguna consecuencia especial.

» Una noche, en las veinticuatro horas anteriores al momento fijado para el embarco hacia Londres, mi tío cenaba en casa de un antiguo amigo suyo, un concejal Mac no sé cuántos, con cuatro sílabas más, que vivía en Edimburgo, en el barrio viejo. Estaban la mujer del concejal, las tres hijas del concejal, el hijo del concejal, que ya era mayor, y tres o cuatro tipos escoceses, gordos, de cejas hirsutas y muy charlatanes, que el concejal había reunido para hacer honor a mi tío y ayudar a pasarlo bien. Fue una cena maravillosa. Había salmón ahumado,

róbalo finlandés, cabeza de carnero, un jigote (un famoso plato escocés, señores, que mi tío solía decir siempre, cuando se lo presentaban en la mesa, que se parecía mucho a la tripa de un amorcillo), y otras muchas cosas además, cuyos nombres olvido, pero que, sin embargo, eran excelentes. Las muchachas eran guapas y agradables; la mujer del concejal era una de las mejores personas que jamás han vivido; y mi tío estaba evidentemente inspirado. La consecuencia fue que las damitas reían nerviosas, y la señora lanzaba carcajadas, y el concejal y todos los demás gritaron hasta enrojecer durante todo aquel tiempo. No recuerdo muy bien cuántos vasos de whisky se bebió cada hombre después de la cena, pero lo que sí sé es que hacia la una de la madrugada, el hijo del concejal se quedó sin sentido mientras intentaba cantar el primer verso de “Willie preparó un barril de cerveza”, y como desde hacía media hora era el único otro hombre visible al nivel de la caoba, mi tío consideró que casi era hora de pensar en irse, sobre todo, visto que habían empezado a beber a las siete para que él pudiera marcharse a una hora decente. Pero creyendo que no sería demasiado cortés marcharse sin más, mi tío se votó a sí mismo para la presidencia de la mesa, se preparó otro vaso, se levantó para brindar a su propia salud, se dirigió a sí mismo un discurso elegante y ceremonioso, y bebió el vaso con gran entusiasmo. Sin embargo, nadie se despertó; de modo que mi tío tomó una gotita más (esta vez puro, para evitar que la mezcla le sentara mal) y, poniendo las manos violentamente en su sombrero, zarpó hacia la calle.

» Hacía una noche agitada y con mucho viento cuando mi tío cerró la puerta del concejal y, encajándose fuerte el sombrero en la cabeza para que el viento no se lo llevara, se metió las manos en los bolsillos y, mirando a lo alto, inspeccionó brevemente el estado del tiempo. Las nubes pasaban por encima de la luna a su más aturdida velocidad; unas veces, oscureciéndola por completo; otras veces, dejándola aparecer con todo su esplendor para lanzar su luz sobre todos los objetos circundantes; inmediatamente, volviendo a pasar sobre ella con velocidad aumentada, y envolviéndolo todo en un sudario de tiniebla. “Realmente, esto no está bien”, dijo mi tío, dirigiéndose al tiempo, como si se sintiera ofendido personalmente. “Esto no es en absoluto lo que me hace falta para el viaje. No está bien, a ningún precio”, dijo mi tío, de modo impresionante. Repetido esto varias veces, recobró el equilibrio con alguna dificultad (pues se sentía bastante aturdido por tanto tiempo mirando al cielo) y siguió caminando alegremente.

» La casa del concejal estaba en Canongate, y mi tío iba al otro extremo de Leith Walk, un recorrido de más de una milla. A ambos lados de él se disparaban hacia el cielo oscuro altas casas, esqueléticas y vacilantes, con fachadas corroídas por el tiempo y con ventanas que parecían haber compartido el destino de los ojos de los mortales, haciéndose turbias y hundidas con la vejez. Las casas tenían seis, siete, ocho pisos; habitaciones sobre habitaciones, como los castillos

de naipes que hacen los niños, lanzaban sus oscuras sombras sobre la calle mal pavimentada, haciendo más oscura la noche. Unas pocas lámparas de aceite se dispersaban a grandes distancias, pero servían solo para marcar la entrada de un sucio callejón o para mostrar dónde daba una escalera de vecindad que comunicaba, con abruptos e intrincados retorcimientos, con los diversos pisos de encima. Mirando todas estas cosas con el aire de un hombre que ya las había visto antes demasiadas veces para pensar que ahora fueran dignas de atención, mi tío caminaba por en medio de la calle con un pulgar en cada bolsillo del chaleco, permitiéndose de vez en cuando algún trozo de canción, entonada con tal espíritu y buena voluntad que las honradas gentes de paz despertaban sobresaltadas de su primer sueño y quedaban temblando en la cama hasta que el sonido se extinguía a lo lejos; entonces, tranquilizándose al pensar que sería solo algún borracho impenitente que buscaba el camino de su casa, se volvían a arropar bien calientes, cayendo otra vez en el sueño.

» Describo con tanto detalle cómo mi tío andaba por en medio de la calle, señores, con los pulgares en los bolsillos del chaleco, porque, como él decía muchas veces (y con mucha razón, por cierto), no hay en absoluto nada extraordinario en esta historia, a no ser que ustedes comprendan claramente desde el principio que él no era en absoluto un hombre de inclinaciones románticas ni fantasiosas.

» Señores, mi tío avanzaba con los pulgares en los bolsillos del chaleco, ocupando el centro de la calle y cantando unas veces unos versos de una canción de amor, y luego otros de una canción tabernaria, y cuando se cansaba de ambas cosas, silbando melodiosamente, hasta que llegó al puente del Norte, que, en ese punto, enlaza el barrio viejo con el barrio nuevo de Edimburgo. Allí se detuvo un momento a mirar los extraños e irregulares racimos de luces que se apilaban, una sobre otra, centelleando a lo lejos desde tan alto, que parecían estrellas al brillar sobre los muros del castillo, por un lado, y el monte Calton, por el otro, como si iluminaran auténticos castillos en el aire; mientras que la vieja ciudad pintoresca dormía pesadamente allá abajo, en sombra y tiniebla; con el palacio y capilla de Holyrood guardados día y noche, como solía decir mi tío, por la Silla de Artús,[83] que se eleva, hosca y sombría, como un genio torvo sobre la vieja ciudad que lleva tanto tiempo guardando. Digo, señores, que mi tío se detuvo allí un momento a mirar a su alrededor; y luego, tributando un cumplimiento al tiempo, que se había aclarado un poco, aunque la luna desaparecía, siguió su camino tan majestuosamente como antes, y siempre por en medio de la calle, con gran dignidad y con un aire como si fuera muy probable encontrar a alguien que le disputara su posesión. No había nadie en absoluto dispuesto a discutirle ese punto, según resultó; y así continuó, con los pulgares en los bolsillos del chaleco, como un cordero.

» Cuando mi tío llegó al extremo de Leith Walk, tuvo que cruzar un trozo

bastante amplio de terreno yermo que le separaba de una breve calle por donde tenía que doblar para ir derecho a su alojamiento. Ahora bien, en ese trozo de terreno yermo había entonces un solar cerrado perteneciente a un carrero que tenía una contrata con la oficina de correos para comprar los coches viejos y averiados; y mi tío, como le gustaban mucho los coches, fueran viejos, jóvenes o de media edad, inmediatamente se encaprichó por desviarse de su camino sin más propósito que atisbar los coches por entre las tablas de la tapia, dentro de la cual recordaba haber visto cerca de una docena de vehículos, amontonados en estado de olvido y abandono. Mi tío, señores, era un tipo de hombre muy entusiástico y obstinado; de modo que, al encontrar que no podía mirar bien a través de la tapia, la saltó y, sentándose tranquilamente sobre un eje viejo, empezó a contemplar con mucha gravedad las diligencias.

» Podría haber una docena de ellas, o podría haber más (mi tío nunca estaba muy seguro de este punto y, como era hombre de escrupulosa veracidad en cuestión de números, no le gustaba decirlo), pero allí estaban, todas amontonadas en la situación más desolada que se podía imaginar. Las puertas estaban arrancadas de los goznes y quitadas; las tapicerías estaban desgarradas, y solo pendía acá y allá algún jirón de un clavo oxidado; los faroles habían desaparecido, los palos se habían desvanecido hacía mucho tiempo, los hierros estaban oxidados, la pintura se había desprendido; el viento silbaba a través de las grietas de las maderas desnudas; y la lluvia que se había juntado en los techos caía gota a gota en el interior con un ruido hueco y melancólico. Eran los esqueletos devastados de los coches difuntos, y en aquel lugar solitario, a aquella hora de la noche, tenían un aspecto helado y lúgubre.

» Mi tío apoyó la cabeza entre las manos y pensó en las gentes laboriosas y activas que habían ido de un lado para otro, años antes, en los viejos coches, y que ahora estarían igualmente cambiadas y silenciosas; pensó en el gran número de personas a quienes alguno de estos vehículos extraños y arruinados habría llevado, una noche tras otra, durante muchos años y a través del buen tiempo y el mal tiempo, la noticia esperada con ansia, el envío ansiosamente aguardado, la certidumbre prometida de riqueza y tranquilidad, el súbito anuncio de la enfermedad y la muerte. El comerciante, el enamorado, la esposa, la viuda, la madre, el colegial, el mismo niñito que iba a gatas a la puerta a oír la llamada del cartero, ¡cómo habían esperado todos ellos la llegada del viejo coche! ¿Y dónde estarían todos ahora?

» Señores, mi tío solía decir que entonces pensó en todo esto, pero yo más bien sospecho que lo leyó más tarde en algún libro, pues afirmaba claramente que cayó en una especie de sopor, y que de repente le despertó una grave campana de iglesia que daba las dos. Ahora bien, mi tío nunca fue muy rápido de pensamiento y, si hubiera pensado todas esas cosas, estoy muy seguro de que habría tardado por lo menos hasta las dos y media. Por consiguiente, soy

decididamente de la opinión, señores, de que mi tío cayó en una especie de sopor sin haber pensado nada en absoluto.

» Sea como sea, la campana de una iglesia dio las dos. Mi tío despertó, se restregó los ojos y dio un salto, asombrado.

» En un momento, desde que el reloj dio las dos, todo aquel lugar abandonado y silencioso se había convertido en una escena de extraordinaria vida y animación. Las puertas de las diligencias estaban en sus goznes, la tapicería estaba otra vez en su sitio, la pintura estaba repasada, los faroles estaban encendidos; había mozos que metían paquetes en los portaequipajes, y vigilantes que guardaban sacas de correspondencia, y postillones que echaban cubos de agua a las restauradas ruedas; muchos hombres daban vueltas apresurados, encajando timones en los coches; llegaban viajeros, se entregaban maletas, se enganchaban caballos; en una palabra, estaba totalmente claro que todos los coches allí presentes iban a partir enseguida. Señores, mi tío abrió tanto los ojos ante esto, que, hasta el último momento de su vida, solía preguntarse cómo habría ocurrido que luego fuera capaz de volverlos a cerrar.

» —¡Ea, vamos! —dijo una voz, mientras mi tío sentía una mano en el hombro—; tiene reservado un asiento dentro. Sería mejor que entrara.

» —¿Yo, un asiento? —dijo mi tío, volviéndose a mirar.

» —¡Ya lo creo!

» Mi tío, señores, no pudo decir nada, de tan asombrado como se quedó. Lo más extraño de todo es que aunque había tal cantidad de personas, y aunque a cada momento llegaban torrentes de caras nuevas, no se podía saber de dónde salían. Parecían brotar, de un modo extraño, del suelo, o del aire, y desaparecían de idéntica manera. Cuando un mozo dejaba el equipaje en el coche y recibía el pago, daba media vuelta y desaparecía; y antes de que mi tío hubiera empezado a preguntarse qué habría sido de él, había aparecido otra media docena de ellos, vacilando bajo el peso de los bultos que parecían tan grandes como para aplastarles. Además, los viajeros iban todos vestidos de un modo muy raro. Pomposas casacas con encajes y amplios faldones, con grandes puños y sin cuello; y pelucas, señores, grandes pelucas, muy en serio, con un lazo detrás.[84] Mi tío no podía entender nada.

» —Vamos, ¿va a entrar por fin? —dijo el que antes se había dirigido a mi tío. Iba vestido de postillón de correos, con peluca en la cabeza y enormes puños en la casaca; en una mano llevaba un farol y en la otra un gran trabuco, que iba a guardar en la caja de armas—. ¿Va a entrar de una vez, Jack Martin? —dijo el postillón, acercando el farol a la cara de mi tío.

» —¡Cómo! —dijo mi tío, echándose atrás un paso o dos—; ¿qué familiaridades son esas?

» —Así está en la lista de viajeros —dijo el otro.

» —¿No tiene siquiera “señor” delante? —dijo mi tío.

» Pues entendía, señores, que eso de que un postillón que no conocía le llamara Jack Martin era una libertad que la dirección de correos no habría aprobado de haberlo sabido.

» —No, no dice nada —replicó fríamente el otro.

» —¿Está pagado? —preguntó mi tío.

» —Claro que sí —asintió el postillón.

» —Ah, ¿conque sí? —dijo mi tío—; ¡pues allá vamos! ¿Cuál es el coche?

» —Ese —dijo el postillón, señalando un viejo coche de posta de la línea Edimburgo-Londres, que tenía el estribo balado y la puerta abierta—. ¡Espere! Ahí están los demás pasajeros. Déjeles entrar primero.

» Mientras hablaba el postillón, de repente apareció, delante mismo de mi tío, un caballero joven con peluca empolvada y una casaca azul celeste adornada con plata, muy ancha y con vuelo por los faldones, que estaban forrados con bucarán. La casa Tiggin y Welps trabajaba en algodones estampados y forros de chaleco, señores, así que mi tío reconoció enseguida esos materiales. Llevaba calzón hasta la rodilla, una especie de polainas sobre las medias de seda, y zapatos de hebilla; tenía puños plisados, un sombrero de tres picos en la cabeza y un largo espadín al cinto. Los faldones de la casaca le llegaban a medio muslo, y el extremo de la chorrera le alcanzaba la cintura. Avanzó con gravedad hasta la puerta del coche, se quitó el sombrero y lo sostuvo a la altura de la cabeza con todo el brazo extendido, engarabitando el meñique en el aire al mismo tiempo, como hace cierta gente afectada al tomar una taza de té. Luego juntó los pies e hizo una profunda y seria reverencia, extendiendo después la mano izquierda. Mi tío iba ya a dar un paso adelante y a estrecharle la mano cordialmente, cuando se dio cuenta de que esas atenciones no iban dirigidas a él, sino a una joven dama que se presentó al pie del estribo en ese momento, ataviada con un traje de terciopelo verde, a la moda antigua, con cintura baja y peto. No llevaba sombrero, señores, sino que se envolvía en una capucha de seda negra, pero volvió un momento la mirada al disponerse a entrar en el coche, y mi tío jamás había visto, ni en pintura, un rostro tan hermoso como el que reveló. Entró ella en el coche, levantando con una mano el vestido; y como decía siempre mi tío con un juramento en redondo al contar esta historia, nunca hubiera creído posible que piernas y pies hubieran llegado a tal estado de perfección, de no haberlo visto con sus propios ojos.

» Pero, en ese atisbo del hermoso rostro, mi tío vio que la joven dama le lanzaba una mirada suplicante, y que parecía aterrorizada y agitada. También advirtió que el joven de la peluca empolvada, a pesar de su exhibición de galantería, que fue toda hermosa y grandiosa, la sujetó fuertemente por la muñeca cuando entró, siguiéndola inmediatamente. Un hombre de aspecto extraordinariamente desagradable, con una peluca oscura ajustada y un traje de color de pasa, con espada muy grande y botas hasta las caderas, formaba parte

también del grupo; y cuando se sentó al lado de la joven dama, mi tío se sintió confirmado en la opinión de que ocurría algo oscuro y misterioso, o, como siempre decía, "que allí había gato encerrado".

» Es sorprendente qué pronto se decidió a ayudar a la dama en cualquier peligro, si necesitaba auxilio.

» —¡Rayos y muerte! —exclamó el joven caballero, poniendo la mano en el espadín cuando mi tío entraba en el coche.

» —¡Sangre y truenos! —rugió el otro.

» Y con esto, desenvainó la espada y tiró una estocada a mi tío sin más ceremonia. Mi tío no llevaba armas, pero, con gran destreza, le quitó de la cabeza el sombrero de tres picos al hombre de aspecto desagradable y, recibiendo la punta de la espada en el interior de la copa, apretó las alas y la mantuvo bien sujeta.

» —¡Atraviésale por atrás! —gritó el de aspecto desagradable a su compañero mientras se esforzaba por recobrar la espada.

» —Más le vale que no —gritó mi tío, exhibiendo el tacón de un zapato de modo amenazador—; le sacaré de un golpe los sesos, si los tiene, o le romperé el cráneo, si no los tiene.

» Aplicando en ese momento toda su fuerza, mi tío le arrancó de la mano la espada al de aspecto desagradable y se la tiró limpiamente por la ventanilla del coche, con lo cual el caballero joven vociferó otra vez:

» —¡Muerte y rayos! —Y puso la mano en el puño del espadín, con actitud muy feroz, pero no lo sacó. Quizá, señores, como solía decir mi tío con una sonrisa, quizá temía que la dama se asustara.

» —Ahora, señores —dijo mi tío, sentándose sosegadamente—, no quiero oír hablar de muertes, con o sin rayos, en presencia de una dama, y ya hemos tenido bastante sangre y truenos para un viaje; de modo que, por favor, vamos a sentarnos en nuestros sitios como pacíficos viajeros. A ver, postillón, recoja el trinchante de ese señor.

» Tan pronto como mi tío dijo esas palabras, el postillón apareció ante la ventanilla con la espada del otro en la mano. Levantó el farol y miró gravemente a la cara de mi tío al entregarla; mi tío vio a su luz, con gran sorpresa, que había una inmensa multitud de postillones de correos agolpados alrededor de la ventana, y todos ellos tenían los ojos fijos en él. En todos los días de su vida no había visto jamás tal océano de caras blancas, cuerpos vestidos de rojo y ojos serios.

» "Esta es la cosa más rara que le ha pasado a nadie", pensó mi tío.

» —Permítame devolverle el sombrero, señor.

» El caballero de aspecto desagradable recibió en silencio el sombrero de tres picos, miró el agujero que tenía en medio con aire interrogante, y finalmente se lo encajó encima de la peluca con una solemnidad cuyo efecto quedó

ligeramente estropeado por un violento estornudo que en ese momento se lo hizo saltar otra vez.

» —¡Ya estamos! —gritó el postillón del farol, subiendo a su asiento de atrás.

» Y allá que fueron. Mi tío atisbó por la ventanilla del coche al salir del patio y observó que todos los demás coches, completos con sus cocheros, postillones, caballos y viajeros, daban vueltas y vueltas a la redonda, a un trote lento de cinco millas por hora. Mi tío ardió de indignación. Como hombre dedicado al comercio, consideraba que los coches de posta no eran una cosa para jugar, y decidió enviar un memorial sobre ese tema a la dirección de correos en el mismo momento en que llegase a Londres.

» Por el momento, sin embargo, sus pensamientos estaban ocupados con la damita sentada en el otro extremo del coche, con la cara bien embozada en la capucha; el de la casaca azul celeste iba sentado enfrente; el otro, el del traje color de pasa, iba a su lado; y ambos la vigilaban atentamente. Bastaba que ella hiciera oír el rumor de los pliegues de la capucha, y ya notaba Martin cómo el de aspecto desagradable metía mano a la espada, a la vez que percibía, por el aliento del otro (estaba tan oscuro que no le veía la cara), que se ponía tan amenazador como si fuera a devorarla de un bocado. Esto excitaba cada vez más a mi tío, y decidió ver cómo acababa aquello, pasara lo que pasase. Sentía gran admiración por los ojos claros, y las caras dulces, y las piernas y los pies bonitos; en una palabra, le gustaban las mujeres. Nos viene de familia, señores; a mí me pasa igual.

» Muchos fueron los recursos usados por mi tío para atraer la atención de la dama o, al menos, para trabar conversación con los misteriosos caballeros. Fueron vanos todos; los caballeros no querían hablar, y la dama no se atrevía. Él, de vez en cuando, sacaba la cabeza por la ventanilla y gritaba para saber por qué no iban más deprisa.

» Pero gritó hasta enronquecer sin que nadie le hiciera el menor caso. Se echó atrás en su asiento y pensó en el hermoso rostro, y en los bonitos pies y piernas. Esto le dio mejor resultado; le entretuvo el paso del tiempo y le distrajo de preguntarse adónde iba y cómo era que se encontraba en una situación tan extraña. No es que esto le preocupara mucho, de todos modos; mi tío, señores, era un hombre tranquilo y desenvuelto, una persona libre de las de “a mí qué me importa”.

» De repente el coche se detuvo.

» —¡Eh! —dijo mi tío—, ¿qué es lo que pasa ahora?

» —Bajen —dijo el postillón, desplegando el estribo.

» —¿Aquí? —gritó mi tío.

» —Aquí —contestó el postillón.

» —No pienso hacer nada de eso —dijo mi tío.

» —Muy bien, pues quédese donde está —dijo el postillón.

» —Eso sí —dijo mi tío.

» —Allá usted —dijo el postillón.

» Los pasajeros habían seguido este diálogo con gran atención y, encontrando que mi tío estaba decidido a no bajar, el joven se apretó para pasar delante de él y hacer salir a la dama. En ese momento, el de aspecto desagradable estaba examinando el agujero en su sombrero de tres picos. La damita, al rozarle al salir, dejó caer un guante en la mano de mi tío y susurró suavemente, con los labios tan cerca de su cara que él sintió en su nariz el cálido aliento, esta única palabra: “Ayúdeme”. Mi tío, señores, saltó enseguida de un brinco fuera del coche, con tal violencia que este se meció otra vez en las ballestas.

» —¡Ah! ¡Lo ha pensado mejor!, ¿eh? —dijo el postillón cuando vio a mi tío en tierra.

» Mi tío miró al postillón unos segundos, dudando si lo mejor no sería arrancarle el trabuco, disparárselo a la cara al hombre de la espada, derribar al resto del grupo dándoles en la cabeza con la culata, arrebatar a la damita y desaparecer en medio del humo. Sin embargo, pensándolo mejor, abandonó el plan, por ser un poquitín demasiado melodramático en su ejecución, y siguió a los dos hombres misteriosos, quienes, llevando entre ellos a la dama, entraban ya en una vieja casa ante la cual se había detenido el coche. Se metieron por un pasillo y mi tío les siguió.

» De todos los sitios desolados y ruinosos que había visto jamás mi tío, aquel era el peor. Parecía como si en otro tiempo hubiera sido una gran posada, pero se había hundido el tejado y en muchos puntos las escaleras estaban rotas, corroídas y abruptas. Había una gran chimenea en el cuarto donde entraron, ennegrecida por el humo, pero ahora no ardía ningún fuego que les calentara. Todavía estaba extendida sobre el hogar la blanca ceniza plumosa de la leña quemada, pero la chimenea estaba fría y todo estaba oscuro y sombrío.

» —Bueno —dijo mi tío, mirando a su alrededor—, un coche de posta que viaja a la velocidad de seis millas y media por hora, y que se detiene por tiempo indefinido en un agujero como este, es un asunto bastante irregular. Lo haré saber. Escribiré a los periódicos.

» Mi tío lo dijo en voz bastante alta y en un tono abierto y sin reservas, con intención de hacer entrar en conversación, si era posible, a los dos desconocidos. Pero no le hicieron caso más que intercambiando unos susurros y mirándole con aire amenazador. La dama estaba en el extremo del cuarto, y solo una vez se atrevió a hacer una señal con la mano, como solicitando la ayuda de mi tío.

» Por fin, los dos desconocidos avanzaron un poco y empezó la conversación en serio.

» —¿No sabe usted, hombre, que este es un cuarto particular? —dijo el de la casaca azul celeste.

» —No, hombre, no lo sé —replicó mi tío—; solamente si este es un cuarto

particular, reservado especialmente para esta ocasión, tendría que pensar que la sala general debe de ser muy cómoda.

» Y diciendo esto, mi tío se sentó en una silla de respaldo alto, y tomó medidas con los ojos al caballero de un modo tan exacto que la casa Tiggin y Welps le podría haber mandado algodón estampado para un traje, sin una pulgada de más ni de menos, solo a base de esa inspección.

» —Márchese de aquí —dijeron a la vez los dos, echando mano a las espadas.

» —¿Eh? —dijo mi tío, pareciendo no darse cuenta en absoluto de lo que querían decir.

» —Márchese de aquí o es hombre muerto —dijo el del aspecto desagradable y la espada grande, desenvainándola mientras tanto y blandiéndola en el aire.

» —¡Vamos contra él! —gritó el de azul celeste, sacando también su espada y echándose atrás unos pasos—. ¡Vamos contra él!

» La dama dio un fuerte grito.

» Ahora bien, mi tío era notable por su gran valentía y su gran presencia de ánimo. Mientras parecía tan indiferente a lo que pasaba, andaba mirando con disimulo a ver si encontraba algún proyectil o arma de defensa y, en el mismo instante en que se sacaron las espadas, advirtió, puesta en el rincón de la chimenea, una vieja tizona, con guarnición en forma de cesto, en una vaina enmohecida. De un salto, mi tío la empuñó, la desenvainó, la blandió valientemente sobre la cabeza, gritó en voz alta a la dama que se quitara de en medio, le tiró la silla al de azul celeste y la vaina al de color de pasa y, aprovechando la confusión, cayó sobre ellos a la vez.

» Señores, hay una vieja historia (que no pierde nada por ser verdadera) sobre un excelente caballero irlandés, que, al preguntársele si sabía tocar el violín, contestó que no tenía dudas de que sí sabía, pero que no lo podía decir con exactitud porque nunca había hecho la prueba. Esto no deja de poderse aplicar a mi tío y a su manera de esgrimir. Nunca había tenido una espada en la mano, salvo una vez que hizo de Ricardo III en un teatro particular, en cuya ocasión se convino con Richmond[85] que este se dejaría atravesar por la espalda sin presentar combate.

» Pero allí estaba, dando tajos y estocadas contra los esgrimidores expertos; atacando, poniéndose en guardia, tirando a fondo, esquivando del modo más viril y diestro que cabía, aunque hasta entonces no había tenido conciencia de poseer la menor noción de ese arte. Eso prueba solamente, señores, la verdad del viejo proverbio de que un hombre no sabe qué es capaz de hacer hasta que lo intenta.

» El ruido del combate era terrible; los tres combatientes juraban como carreteros y sus espadas se cruzaban con tanto ruido como si todos los cuchillos y aceros del mercado de Newport se agitaran juntos a la vez. Cuando estaba en su apogeo, la dama —muy probablemente para animar a mi tío— retiró completamente la capucha de la cara y dejó ver un rostro de tan maravillosa

belleza, que él habría combatido contra cincuenta hombres por ganar una sonrisa suya y morir. Ya había hecho prodigios antes, pero ahora empezó a aplicarse como un gigante loco en delirio.

» En ese mismo instante, el de azul celeste volvió los ojos y, al ver descubierta a la dama, lanzó una exclamación de cólera y celos y, dirigiendo su arma contra su hermoso pecho, le tiró una estocada al corazón, que hizo a mi tío lanzar un grito de temor que estremeció el edificio. La dama se echó a un lado con ligereza y, quitándole al joven la espada de la mano antes de que él hubiera recobrado el equilibrio, le empujó hasta la pared y, clavándosela de parte a parte y hundiéndola en el revestimiento de madera hasta el mismo puño, le dejó allí ensartado, bien firme. Era un ejemplo espléndido. Mi tío, con un fuerte grito de triunfo y con una fuerza irresistible, hizo retirarse a su adversario en la misma dirección y, clavando la vieja tizona en el mismo centro de una gran flor roja de los bordados de su chaleco, le clavó al lado de su amigo; y allí se quedaron los dos señores, agitando los brazos y las piernas en su agonía, como esas figuras de juguete que se mueven con un trozo de cordel. Mi tío siempre dijo luego que este era uno de los medios más seguros que conocía para dominar a un enemigo, pero que tenía un inconveniente desde el punto de vista del gasto, en cuanto que suponía la pérdida de una espada por cada hombre puesto fuera de combate.

» —¡La diligencia, la diligencia! —gritó la dama, corriendo hacia mi tío y echándole al cuello sus hermosos brazos—; todavía podemos escapar.

» —¡Podemos escapar! —gritó mi tío—. ¿Cómo, hermosa mía, ya no hay nadie más que matar, no?

» Mi tío estaba bastante decepcionado, señores, pues pensaba que un poco de amor con tranquilidad sería agradable después de la matanza, aunque solo fuera por cambiar de tema.

» —No tenemos un momento que perder aquí —dijo la joven dama—. Este —señalando al joven de azul celeste— es el hijo único del poderoso marqués de Filletoville.

» —Bueno, entonces, querida mía, me temo que nunca heredará el título —dijo mi tío, mirando fríamente al joven caballero que estaba clavado contra la pared, igual que un escarabajo, según he descrito—. Has cortado el árbol genealógico, amor mío.

» —Estos villanos me han arrancado de mi hogar y de junto a los míos —dijo la joven dama con el rostro ardiendo de indignación—; dentro de una hora, ese miserable se habría casado conmigo por la fuerza.

» —¡Maldita desvergüenza! —dijo mi tío, lanzando una mirada despectiva al agonizante heredero de Filletoville.

» —Como puedes comprender por lo que has visto —dijo la dama—, iban preparados para asesinarme si pedía ayuda a alguien. Si sus cómplices nos encuentran aquí, estamos perdidos. Dentro de dos minutos puede ser tarde. ¡La

diligencia!

» Con esas palabras, abrumada por sus sentimientos y por el esfuerzo de ensartar al marquesito de Filletoville, se desmayó en brazos de mi tío. Mi tío la sostuvo y la llevó a la puerta de la casa. Allí estaba la diligencia, con cuatro caballos negros de largas colas y crines al viento, dispuestos y enjaezados; pero no había cochero, ni postillón, ni mozo siquiera, al lado de los caballos.

» Señores, espero no cometer injusticia contra la memoria de mi tío si expreso mi opinión de que, aunque era soltero, había tenido en sus brazos a más de una dama antes de esa ocasión; creo, en efecto, que tenía incluso la costumbre de besar a las muchachas de las posadas; y sé que, en una o dos ocasiones, testigos fidedignos le vieron abrazar a una patrona de modo muy perceptible. Menciono esta circunstancia para mostrar qué clase más extraña de persona debía de ser esta hermosa damita para afectar a mi tío como lo hizo; él solía decir que cuando su largo pelo negro se extendió por sus brazos y le miró con sus hermosos ojos negros al volver en sí, él se sintió tan alterado y nervioso que las piernas le temblaron. Pero ¿quién puede mirar unos dulces y suaves ojos oscuros sin sentirse alterado?

» Yo no, señores. A mí me da miedo mirar ciertos ojos que conozco, y eso es la verdad.

» —Nunca me abandonarás —murmuró la joven dama.

» —¡Nunca! —dijo mi tío.

» Y lo decía muy en serio.

» —¡Mi amigo salvador! —exclamó la joven dama—. ¡Mi querido, mi cariñoso, mi valiente salvador!

» —No me digas eso —dijo mi tío, interrumpiéndola.

» —¿Por qué? —preguntó la damita.

» —Porque pones una boca tan bonita cuando hablas —replicó mi tío— que me temo que tendré la grosería de besarla.

» La damita levantó la mano como para advertir a mi tío que no lo hiciera, y dijo… no, no dijo nada… sonrió. Cuando se miran los labios más deliciosos del mundo, y se les ve abrirse en una sonrisa pícara, y uno está cerca, y no hay nadie delante, no se puede atestiguar la admiración hacia su hermosa figura y lindo color sino besándolos enseguida. Mi tío lo hizo así, y yo le admiro por ello.

» —¡Oye! —dijo la dama, sobresaltándose—. ¡Se oyen ruedas y caballos!

» —Así es —dijo mi tío, escuchando.

» Tenía buen oído para las ruedas y las pisadas de los cascos, pero esta vez parecía que venían tantos caballos y tantos coches, resonando hacia ellos desde lejos, que era imposible calcular su número. El ruido era como el de cincuenta coches, cada cual con cuatro animales de pura sangre.

» —¡Nos persiguen! —gritó la dama, retorciéndose las manos—; ¡nos persiguen! No tengo más esperanza que tú.

» Había tal expresión de terror en su hermoso rostro, que mi tío se decidió enseguida. La subió al coche, le dijo que no se asustara, oprimió sus labios una vez más y, aconsejándole que cerrara la ventanilla para que no le entrara el aire frío, subió al pescante.

» —Espera, amor —gritó la damita.

» —¿Qué pasa? —dijo mi tío, desde el pescante.

» —Quiero hablar contigo —dijo la damita—; solo una palabra. Solo una palabra, querido mío.

» —¿Tengo que bajar? —preguntó mi tío.

» La dama no respondió, pero volvió a sonreír. ¡Qué sonrisa, señores! Superaba a la anterior como si fuera nada. Mi tío descendió del pescante en un abrir y cerrar de ojos.

» —¿Qué pasa, querida mía? —dijo mi tío, mirando por la ventanilla del coche.

» La dama se inclinó hacia él al mismo tiempo, y mi tío pensó que parecía más hermosa que nunca. Estaba muy cerca de ella en ese momento, señores, de modo que realmente debía saberlo.

» —¿Qué pasa, querida mía? —dijo mi tío.

» —¿No querrás nunca a nadie sino a mí? ¿No te casarás nunca con otra? —dijo la dama.

» Mi tío hizo un gran juramento de que nunca se casaría con otra, y la dama retiró la cabeza y cerró la ventanilla. Él saltó al pescante, apartó los codos, ajustó las bridas, agarró el látigo que estaba en el techo, dio una sacudida al caballo de delante, y allá que fueron los cuatro negros caballos de larga cola y crines al viento, a sus buenas quince millas por hora, con la vieja diligencia detrás. ¡Ah, cómo galopaban!

» El ruido, detrás de ellos, iba aumentando. Cuanto más deprisa iba la vieja diligencia, más deprisa avanzaban los perseguidores (hombres, caballos, perros, todos aliados en la persecución). El estrépito era terrible, pero por encima de todo se elevaba la voz de la dama apremiando a mi tío a seguir y gritando:

» —¡Más deprisa, más deprisa!

» Como un torbellino, dejaban atrás los árboles oscuros, como plumas arrastrados por un huracán. Casas, empalizadas, iglesias, almiares, objetos de todas clases, iban quedando atrás, con una velocidad y un ruido como de aguas rugientes que se han soltado de repente. Pero el ruido de la persecución seguía creciendo, y mi tío seguía oyendo a la dama que gritaba locamente:

» —¡Más deprisa, más deprisa!

» Mi tío daba al látigo y a las riendas, y los caballos corrieron hasta que estuvieron blancos de espuma; y sin embargo, aumentaba el ruido detrás de ellos y la dama gritaba:

» —¡Más deprisa, más deprisa!

» Mi tío, con la energía del momento, dio una sonora patada en el pescante y… se encontró que estaba amaneciendo, y él estaba sentado en el solar del carrero, sobre el pescante de una vieja diligencia de la línea de Edimburgo, tiritando de frío, mofado y pataleando para hacer entrar en calor los pies. Bajó y miró ansiosamente el interior del coche en busca de la hermosa dama. ¡Ay! No había puerta ni asiento en el coche. Era una simple cáscara.

» Desde luego, mi tío supo muy bien que había algún misterio en el asunto y que todo había ocurrido tal como él solía relatarlo. Permaneció fiel al gran juramento que había prestado a la hermosa damita, rehusando por su causa a varias patronas en condiciones de merecer y muriendo soltero al fin. Siempre decía que era cosa curiosa haber averiguado, por una casualidad tan sencilla como el saltar una tapia, que los espectros de diligencias y caballos, postillones, cocheros y viajeros, tenían la costumbre de hacer viajes todas las noches con regularidad. Solía añadir que creía ser la única persona viva que había sido admitida como pasajero en una de esas excursiones. Y creo que tenía razón, señores; al menos yo nunca he oído hablar de otro.»

—Me gustaría saber qué correspondencia llevan en sus bolsas esos espectros de los coches de posta —dijo el posadero, que había escuchado toda la historia con profunda atención.

—Letra muerta,[86] naturalmente —dijo el viajante.

—¡Ah, claro! Por supuesto —asintió el posadero—; no se me había ocurrido.

L
DE CÓMO LE FUE AL SEÑOR PICKWICK EN SU MISIÓN, Y CÓMO FUE REFORZADO DESDE EL COMIENZO POR UNA AYUDA MUY INESPERADA

Los caballos estaban enganchados a las nueve menos cuarto en punto de la mañana siguiente y, cuando el señor Pickwick y Sam Weller ocuparon sus asientos, el uno dentro y el otro fuera, se ordenó debidamente al cochero que se dirigiera en primer lugar a casa del señor Bob Sawyer con el propósito de recoger allí al señor Benjamin Allen.

Con sentimientos de no pequeño asombro, al detenerse el coche ante la puerta de la lámpara roja y la inscripción, tan legible, «Sawyer, sucesor de Nockemorf», el señor Pickwick vio, asomando la cabeza por la ventanilla del coche, al muchacho de la librea gris muy atareado en cerrar los postigos de la botica; lo cual, siendo un proceder insólito y nada propio de los negocios a semejante hora de la mañana, sugirió inmediatamente a su mente dos deducciones: una, que algún buen amigo y paciente de Bob Sawyer habría muerto; otra, que el propio Bob Sawyer estaría en quiebra.

—¿Qué pasa? —dijo el señor Pickwick al muchacho.

—No pasa nada, señor —contestó el muchacho, expansionando la boca hasta ocupar toda la anchura de su rostro.

—¡Todo está bien, todo está bien! —gritó Bob Sawyer, apareciendo de repente en la puerta con un maletín de cuero, viejo y sucio, en una mano, y un tosco gabán y una bufanda en el otro brazo—. Ya voy, viejo.

—¡Usted! —exclamó el señor Pickwick.

—Sí, yo —contestó Bob Sawyer—; y vamos a hacer una excursión estupenda. ¡Eh, Sam! ¡Ahí va eso!

Y reclamando con tal brevedad la atención de Sam Weller, Bob Sawyer lanzó de una sacudida el maletín de cuero al departamento de atrás, bajo el cual quedó guardado inmediatamente por Sam, que observó este proceder con gran admiración. Hecho esto, Bob Sawyer, con ayuda del muchacho, se embutió a viva fuerza en el gabán tosco, que era unas cuantas tallas menor que él, y luego, acercándose a la ventanilla del coche, metió la cabeza y se echó a reír estrepitosamente.

—¡Vaya jugada!, ¿eh? —gritó Bob, limpiándose las lágrimas de los ojos con una de las mangas del gabán.

—Mi querido amigo —dijo el señor Pickwick, un tanto cohibido—; no tenía idea de que nos fuera a acompañar.

—No, ese es el asunto —contestó Bob, agarrando al señor Pickwick por la solapa—; esa es la gracia.

—Ah, ¿conque esa es la gracia? —dijo el señor Pickwick.

—Claro —contestó Bob—; eso es lo bonito del asunto, ya sabe… eso, y dejar el negocio que se preocupe de él mismo, ya que parece que no se ha decidido a preocuparse de mí.

Con esta explicación del fenómeno del cierre, Bob Sawyer señaló a la botica y volvió a caer en un éxtasis de júbilo.

—¡Válgame Dios! Pero ¿no estará usted loco para pensar en dejar a sus pacientes sin nadie que les cuide? —protestó el señor Pickwick, en tono muy serio.

—¿Por qué no? —preguntó Bob en respuesta—. Así ahorraré, ya comprende. Ninguno de ellos me paga jamás. Además —dijo Bob, bajando la voz hasta un susurro confidencial—, así estarán mejor; porque, como ya me estaba quedando sin medicinas, y no he podido aumentar mi reserva hasta ahora, me habría visto obligado a dar calomelanos para todos, y es seguro que a algunos de ellos les hubiera sentado mal. De modo que todo es para bien.

Había en esta respuesta una filosofía y una fuerza de razonamiento para la cual no estaba preparado el señor Pickwick. Se detuvo unos momentos, y añadió, con menos firmeza que antes:

—Pero en esta silla de posta, mi joven amigo, no caben más que dos; y ya estoy comprometido con el señor Allen.

—No se preocupe por mí ni un momento —contestó Bob—; ya lo he arreglado todo; Sam y yo compartiremos el asiento de atrás. Mire esto. Este cartelito quedará pegado en la puerta de la botica: «Sawyer, sucesor de Nockemorf. Dará razón la señora Cripps, al lado». La señora Cripps es la madre de mi muchacho. «El señor Sawyer lo siente mucho», dirá la señora Cripps; «no lo ha podido remediar; se le han llevado esta mañana temprano para una consulta con los primeros médicos del país… le necesitaban a toda costa… una operación terrible.» El hecho —dijo Bob en conclusión— es que me hará más bien que otra cosa, según espero. Si sale en uno de los periódicos locales, esto me lo arregla todo. Ea, aquí está Ben; ahora, vamos; ¡arriba!

Con estas apresuradas palabras, Bob Sawyer empujó a un lado al postillón, metió de una sacudida a su amigo en el vehículo, cerró con un portazo, plegó el estribo, pegó el rótulo en la puerta de la botica, la cerró, se guardó la llave en el bolsillo, saltó al asiento de atrás y dio la voz de mando para arrancar, todo ello con tan extraordinaria precipitación, que antes de que el señor Pickwick empezara a considerar si debía venir o no Bob Sawyer, ya estaban rodando, con Bob Sawyer completamente establecido como parte esencial de la expedición.

Mientras que su marcha tuvo lugar por las calles de Bristol, el bromista Bob conservó puestas sus gafas verdes profesionales y se condujo con la adecuada formalidad y gravedad de comportamiento, lanzando meramente algunas ingeniosidades verbales para exclusivo beneficio y diversión de Samuel Weller. Pero cuando salieron a la carretera, prescindió a la vez de sus gafas verdes y de

su gravedad y realizó una gran variedad de bromas de gran efecto, calculadas para atraer la atención de los peatones y hacer que el coche y los que contenía se convirtieran en objetos de curiosidad más que ordinaria; siendo la menos llamativa entre estas realizaciones la ostentosa imitación de una trompeta de llaves y la llamativa exhibición de un pañuelo de seda carmesí atado a un bastón, que de vez en cuando se agitaba al aire con diversos gestos indicadores de superioridad y desafío.

—No comprendo —dijo el señor Pickwick, deteniéndose en medio de una sosegada conversación con Ben Allen, que hacía referencia a las numerosas cualidades del señor Winkle y de su hermana—; no comprendo qué pueden ver en nosotros todos los que pasan, para que se nos queden mirando así.

—Es un coche muy bonito —contestó Ben Allen, con cierto orgullo en su tono de voz—; no están acostumbrados a esta clase de cosas todos los días, supongo.

—Posiblemente —contestó el señor Pickwick—; quizá sea eso. Quizá es eso.

El señor Pickwick probablemente se habría convencido a sí mismo de que era así, a fuerza de razones, si al mirar por casualidad por la ventanilla no hubiera observado que las caras de los transeúntes mostraban cualquier cosa menos un asombro respetuoso, y que parecían tener lugar diversas comunicaciones telegráficas entre ellos y algunas personas en el exterior del vehículo, con lo cual se le ocurrió que esas demostraciones podrían tener referencia, en algún grado remoto, al comportamiento humorístico de Robert Sawyer.

—Espero —dijo el señor Pickwick— que nuestro imaginativo amigo no estará cometiendo absurdos en el asiento de arriba.

—Ah, de ningún modo —contestó Ben Allen—. Salvo cuando está un poco bebido, Bob es la criatura más tranquila que hay en el mundo.

Aquí irrumpió en sus oídos una prolongada imitación de una trompeta de llaves, sucedida por aclamaciones y gritos, todo lo cual procedía evidentemente de la garganta y pulmones de la criatura más tranquila que había en el mundo, o, en denominación más sencilla, del propio Bob Sawyer.

Los señores Pickwick y Allen se miraron expresivamente; aquel se quitó el sombrero y se asomó por la ventanilla hasta que casi todo su chaleco quedó fuera, pudiendo al fin lanzar una ojeada sobre su bromista amigo.

Bob Sawyer iba sentado, no en el asiento, sino en el techo del coche, con las piernas tan separadas como era posible, luciendo en la cabeza el sombrero de Sam, ladeado, y llevando en la mano un monstruoso bocadillo, mientras sostenía en la otra una amplia cantimplora, a ambas las cuales cosas se aplicaba con intenso deleite, variando la monotonía de su ocupación con algún aullido ocasional, con el intercambio de alguna vivaz insolencia con algún transeúnte desconocido. La bandera carmesí iba cuidadosamente atada, en posición vertical, a la barandilla del asiento; y Samuel Weller, adornado con el sombrero de Bob Sawyer, iba sentado en su centro, examinando un bocadillo análogo, con

animado rostro cuya expresión proclamaba su entera y completa aprobación de todo aquel proceder.

Aquello era bastante para irritar a un caballero con el sentido de decencia del señor Pickwick, pero no fue eso lo que acabó de molestarle, sino que en aquel momento se fueron a cruzar con una diligencia, llena por dentro y por fuera, y el asombro de sus pasajeros se evidenció palpablemente.

Además, las felicitaciones de una familia irlandesa que corría al lado del coche pidiendo limosna al mismo tiempo, eran de carácter bastante estrepitoso, especialmente de su cabeza masculina, que parecía considerar aquella exhibición como parte integrante de alguna procesión triunfal, política o de otro tipo.

—¡Señor Sawyer! —gritó el señor Pickwick en estado de gran irritación—. ¡Eh, señor Sawyer!

—¡Hola! —contestó el caballero en cuestión, asomándose a un lado del coche con toda la frialdad de este mundo.

—¿Está usted loco, señor Sawyer? —preguntó el señor Pickwick.

—Nada de eso —contestó Bob—; solo animado.

—¡Animado! —exclamó el señor Pickwick—; retire ese escandaloso pañuelo rojo, por favor. No lo consiento; Sam, quítalo.

Antes de que Sam pudiera intervenir, Bob Sawyer arrió con gracia su bandera y, metiéndosela en el bolsillo, hizo una cortés reverencia al señor Pickwick, restregó la boca de su cantimplora y se la llevó a la suya, informándole así, sin gasto superfluo de palabras, de que dedicaba aquel sorbo a desearle toda suerte de felicidades y dichas. Hecho esto, Bob volvió a poner el tapón con mucho cuidado y, bajando los ojos benévolamente hacia el señor Pickwick, dio un gran mordisco al bocadillo y sonrió.

—Vamos —dijo el señor Pickwick, cuya cólera momentánea no resistió del todo el inalterable dominio de sí mismo de Bob—; por favor, no tengamos más absurdos de estos.

—No, no —contestó Bob, volviendo a cambiar sombreros con Sam—; ha sido sin querer; solamente que me he animado tanto con el viaje, que no lo he podido remediar.

—Piense en el aspecto que tiene esto —protestó el señor Pickwick—; hay que tener consideración de las apariencias.

—Ah, claro —dijo Bob—; esto no está nada bien. Se acabó, jefe.

Satisfecho con esta promesa, el señor Pickwick volvió a retirarse dentro del coche y cerró el cristal; pero apenas había continuado la conversación interrumpida por Bob Sawyer, cuando quedó un tanto asustado ante la aparición de un pequeño cuerpo oscuro, de forma alargada, en el exterior de la ventanilla, que daba golpecitos contra ella como impaciente por ser admitido.

—¿Eso qué es? —exclamó el señor Pickwick.

—Parece una cantimplora —observó Ben Allen, mirando el objeto en

cuestión a través de sus lentes con bastante interés—; yo diría que es de Bob.

La impresión era perfectamente exacta; pues Bob Sawyer, habiendo atado la cantimplora al extremo del bastón, golpeaba con ella la ventanilla en señal de su deseo de que los amigos de dentro participaran de su contenido en buena camaradería y armonía.

—¿Qué hacemos? —dijo el señor Pickwick, mirando la cantimplora—. Esta ocurrencia es más absurda que la otra.

—Creo que lo mejor sería meterla —contestó Ben Allen—; le estaría bien empleado que la metiéramos y nos la quedáramos, ¿no?

—No estaría mal —dijo el señor Pickwick—; ¿la meto yo?

—Creo que es la mejor solución que podríamos adoptar —contestó Ben.

Como este consejo coincidía por completo con su propia opinión, el señor Pickwick abrió suavemente la ventanilla y desató la cantimplora del bastón, tras de lo cual se retiró el bastón y se oyó reír cordialmente a Bob Sawyer.

—¡Qué muchacho tan bromista! —dijo el señor Pickwick, volviéndose a mirar a su compañero con la cantimplora en la mano.

—Sí que lo es —dijo Allen.

—Es imposible ofenderse con él —observó el señor Pickwick.

—Imposible en absoluto —hizo notar Benjamin Allen.

Durante este breve intercambio de sentimientos, el señor Pickwick, distraídamente, había destaponado la cantimplora.

—¿Qué es? —preguntó Ben Allen, al descuido.

—No sé —contestó el señor Pickwick, con igual descuido—. Me parece que huele a ponche con leche.

—¿Ah, de veras? —dijo Ben.

—Me lo parece —contestó el señor Pickwick, guardándose muy adecuadamente de la posibilidad de afirmar una falsedad—. Mire, no me atrevería a decirlo con seguridad sin probarlo.

—Es lo mejor que podría hacer —dijo Ben—, vale más que sepamos qué es.

—¿Cree usted? —contestó el señor Pickwick—. Bueno, si usted tiene curiosidad de saberlo, yo no tengo objeción, por supuesto.

Siempre dispuesto a sacrificar sus propios sentimientos a los deseos de su amigo, el señor Pickwick probó inmediatamente una muestra bastante extensa.

—¿Qué es? —preguntó Ben Allen, interrumpiéndole con cierta impaciencia.

—Es curioso —dijo el señor Pickwick, relamiéndose—; casi no lo sé todavía. ¡Ah, sí! —dijo el señor Pickwick, después de probarlo otra vez—: es ponche.

Ben Allen miró al señor Pickwick; el señor Pickwick miró a Ben Allen; Ben Allen sonrió, el señor Pickwick, no.

—Le estaría bien empleado —dijo este último con cierta severidad—, que le bebiéramos hasta la última gota.

—Es lo mismo que se me había ocurrido —dijo Ben Allen.

—¿Ah, sí? —asintió el señor Pickwick—. Entonces, ¡a su salud!

Con tales palabras, el excelente hombre dio una enérgica metida a la cantimplora y se la pasó a Ben Allen, que no tardó en imitar su ejemplo. Las sonrisas se hicieron recíprocas, y poco a poco desapareció el ponche con leche.

—Después de todo —dijo el señor Pickwick al apurar la última gota—, tiene unas bromas muy divertidas; muy graciosas, desde luego.

—Y usted que lo diga —asintió Ben Allen.

En prueba de que Bob Sawyer era uno de los tipos más divertidos del mundo, comenzó a entretener al señor Pickwick con un largo y detallado relato sobre cómo una vez Sawyer se emborrachó hasta que le dio fiebre y tuvo que afeitarse la cabeza; y la narración de esta placentera y agradable historia solo se interrumpió cuando se detuvo el coche en La Campana de Berkeley Heath para cambiar de caballos.

—¡Oiga! Vamos a cenar aquí, ¿no? —dijo Bob, asomándose a la ventanilla.

—¡Cenar! —dijo el señor Pickwick—. ¡Pero si solo hemos recorrido diecinueve millas, y nos faltan ochenta y siete y media por recorrer!

—Pues por eso mismo tendríamos que tomar algo para estar en condiciones de aguantar la fatiga —protestó Bob Sawyer.

—Pero es completamente imposible cenar a las once y media de la mañana —contestó el señor Pickwick, mirando su reloj.

—Eso es —asintió Bob—; lo que hace falta es almorzar. ¡A ver, usted! Almuerzo para tres, enseguida; y dejen los caballos un cuarto de hora. Dígales que sirvan todo lo que tengan, fiambre, y cerveza embotellada, y vamos a probar el mejor Madeira que tengan.

Dando esas órdenes con asombrosa importancia y agitación, Bob Sawyer se precipitó enseguida a la casa a vigilar los preparativos; y en menos de cinco minutos volvió y los declaró excelentes.

La calidad del almuerzo justificaba el elogio que había pronunciado Bob y la amplia justicia que se le hizo no solo por su parte, sino por la de Ben Allen y el señor Pickwick. Bajo los auspicios de los tres, la cerveza embotellada y el Madeira se despacharon rápidamente; y cuando (enganchados de nuevo los caballos) volvieron a ocupar sus asientos, con la cantimplora llena del mejor sucedáneo del ponche con leche que se pudo obtener en tan poco tiempo, sonó la trompeta de llaves y se ondeó la bandera roja sin la más leve oposición por parte del señor Pickwick.

Se detuvieron a comer en El Salto del Palo de Tewkesbury, en cuya ocasión hubo más cerveza embotellada, con más Madeira, y un poco de Oporto además; y allí la cantimplora volvió a llenarse por cuarta vez. Bajo el influjo de tales estimulantes reunidos, los señores Pickwick y Ben Allen se quedaron dormidos durante treinta millas, mientras Bob y Sam Weller cantaban duetos en el asiento de fuera.

Había oscurecido por completo cuando el señor Pickwick se despertó lo suficiente como para mirar por la ventanilla. Las casas dispersas junto a la carretera; el oscuro matiz de todo objeto visible, la atmósfera nebulosa; las veredas de cenizas y polvo de ladrillo; el fulgor rojo oscuro de los altos hornos, a lo lejos; las masas de humo denso que brotaban pesadamente de las altas chimeneas, ennegreciéndolo y oscureciéndolo todo; el resplandor de las luces lejanas; los pesados carros que avanzaban laboriosamente por la carretera, cargados de barras de hierro entrechocándose, o con montones de pesada mercancía… todo ello les anunciaba su rápido acercamiento a la gran ciudad industrial de Birmingham.

Al avanzar traqueteando por las estrechas calles que llevaban al centro del torbellino, las visiones y los sonidos del trabajo diligente penetraron más enérgicamente por sus sentidos. Las calles estaban llenas de trabajadores. El zumbido de la actividad resonaba en todas las casas; brillaban luces tras las ventanas alargadas de las buhardillas; y el ruido de los engranajes y el estrépito de las máquinas agitaba los muros temblorosos. Los fuegos, cuya luz hosca y temible se había hecho visible a varias millas de distancia, lanzaban feroces llamaradas en las grandes fábricas e industrias de la ciudad. El tintineo de los martillos, los chorros de vapor y el golpear pesado y sordo de las máquinas era la áspera música que surgía en todas partes.

El postillón guiaba ya ágilmente por las calles más abiertas, dejando atrás las elegantes y bien iluminadas tiendas que quedan entre los arrabales de la ciudad y el Antiguo Hotel Real, antes de que el señor Pickwick hubiera empezado a considerar el carácter difícil y delicado de la misión que le había llevado hasta allí.

El carácter delicado de esta misión y la dificultad para realizarla de modo satisfactorio no quedaban en absoluto disminuidos por la compañía involuntaria de Bob Sawyer. Para decir la verdad, el señor Pickwick consideraba que su presencia en esta ocasión, por más que amable y lisonjera, no era en absoluto un honor que él hubiera buscado; en realidad, habría dado de buena gana una considerable suma de dinero con tal de que Bob Sawyer fuera alejado sin dilación a cualquier lugar a más de cincuenta millas de distancia.

El señor Pickwick nunca había tenido comunicación personal con el señor Winkle padre, aunque una vez o dos había intercambiado cartas con él, enviando respuestas satisfactorias a sus preguntas sobre el carácter moral y el comportamiento de su hijo; se daba cuenta, con nerviosismo, de que visitarle por primera vez acompañado por Bob Sawyer y Ben Allen, ambos ligeramente embriagados, no era el medio más acertado ni eficaz que podría haber elegido para predisponerle a su favor.

« De todos modos —se dijo el señor Pickwick, intentando darse seguridad—, debo hacer lo más que pueda. Tengo que verle esta noche, pues lo he prometido

sin falta. Si ellos se empeñan en acompañarme, tengo que abreviar todo lo posible la entrevista y contentarme con esperar que, por su propio bien, no se pondrán en evidencia.»

Mientras se consolaba con estas reflexiones, el coche se detuvo a la puerta del Antiguo Hotel Real. Ben Allen fue parcialmente sacado de un sueño formidable, y Sam Weller le llevó a rastras por el cuello, con lo que el señor Pickwick pudo descender del coche. Les llevaron a unas cómodas habitaciones, y el señor Pickwick inmediatamente preguntó al camarero dónde estaba situada la residencia del señor Winkle.

—Aquí cerca —dijo el camarero—, no más de quinientos pasos, señor. El señor Winkle tiene un almacén en el muelle del canal. Su domicilio particular… oh, no, por supuesto que no estará ni a quinientos pasos.

Y aquí el camarero apagó de un soplo una vela y fingió volver a encenderla para dar al señor Pickwick la oportunidad de hacer otras preguntas si se sentía inclinado a ello.

—¿Va a tomar ahora algo, señor? —dijo el camarero, encendiendo la vela, desesperado ante el silencio del señor Pickwick—. ¿Té o café, señor? ¿Algo de comer, señor?

—Ahora nada.

—Muy bien, señor. ¿Desea encargar la cena, señor?

—Por ahora, no.

—Muy bien, señor.

Aquí se dirigió lentamente hacia la puerta, y allí, deteniéndose de pronto, se volvió y dijo con gran suavidad:

—¿Quieren que haga subir a la doncella, señores?

—Si lo desea… —contestó el señor Pickwick.

—Si lo desea usted, señor.

—Y que traiga agua de seltz —dijo Bob Sawyer.

—¡Agua de seltz! Sí, señor.

Con el ánimo aligerado, al parecer, de un peso abrumador, por haber obtenido al fin una petición de algo, el camarero se disipó imperceptiblemente. Los camareros nunca caminan ni corren. Tienen una peculiar y misteriosa capacidad de desvanecerse de las habitaciones, que otros mortales no poseen.

Despertados algunos leves síntomas de vitalidad en Ben Allen por el agua de seltz, consintió que le convencieran para que se lavase la cara y las manos, y se sometió a que le cepillara Sam. Una vez que el señor Pickwick y Bob Sawyer repararon también el desorden que el viaje había producido en su indumentaria, partieron los tres del brazo a casa del señor Winkle; Bob Sawyer, impregnando la atmósfera de humo de tabaco al avanzar.

A un cuarto de milla, en una calle tranquila y de aspecto acomodado, había una antigua casa de ladrillo rojo con tres escalones ante la puerta y una placa de

bronce en ella, que ostentaba en gruesas mayúsculas las palabras «Sr. Winkle». Los escalones estaban muy blancos, y los ladrillos muy rojos, y la casa muy limpia; y allí estaban los señores Pickwick, Benjamin Allen y Bob Sawyer, cuando el reloj dio las diez.

Una elegante criada respondió a la llamada, y se sobresaltó al observar a los tres desconocidos.

—¿Está en casa el señor Winkle, guapa? —preguntó el señor Pickwick.

—Ahora mismo va a cenar, señor —contestó la muchacha.

—Dele esta tarjeta, por favor —contestó el señor Pickwick—; dígale que lamento molestarle a una hora tan tardía, pero que tengo grandes deseos de verle esta noche y acabo de llegar de fuera.

La muchacha miró tímidamente a Bob Sawyer, que expresaba su admiración hacia sus encantos personales con una gran variedad de muecas sorprendentes; y lanzando una ojeada a los sombreros y abrigos que colgaban en el pasillo, llamó a otra muchacha para que vigilara la puerta mientras ella subía al piso de arriba. La centinela fue rápidamente relevada; pues la muchacha volvió inmediatamente y, pidiendo perdón a los señores por haberles dejado en la calle, les hizo entrar en una sala alfombrada, mitad oficina y mitad sala de visitas, cuyos principales artículos ornamentales eran una mesa de despacho, un lavabo con espejo para afeitarse, un sacabotas, una calzadora, un taburete alto, cuatro sillas, una mesita y un reloj de pesas. Sobre la repisa estaban las puertas empotradas de una caja de caudales, mientras que un par de estanterías colgadas, con libros, almanaques y varios ficheros de papeles polvorientos, decoraban las paredes.

—Siento mucho haberles dejado en la puerta, señor —dijo la muchacha, encendiendo una lámpara y dirigiéndose al señor Pickwick con sonrisa cautivadora—, pero no les conocía; y últimamente hay tantos vagabundos que solo vienen a ver a qué pueden echar mano, que, realmente…

—No hay el menor motivo para dar excusas, guapa —dijo el señor Pickwick de buen humor.

—En absoluto, cariño —dijo Bob Sawyer, extendiendo juguetonamente los brazos y moviéndose de un lado a otro, como para evitar que la muchacha saliera del cuarto.

La muchacha no quedó nada ablandada por esos mimos, pues inmediatamente expresó su opinión de que el señor Bob Sawyer era «un tío repugnante»; y, como él insistía de modo más apremiante en sus atenciones, le estampó sus hermosos dedos en la cara y salió de un salto del cuarto, con diversas expresiones de aversión y desprecio.

Privado de la sociedad de la joven dama, Bob Sawyer comenzó a entretenerse curioseando en la mesa de despacho, mirando todos los cajones de la mesita, fingiendo forzar la cerradura de la caja fuerte, volviendo el almanaque

de cara a la pared, probándose las botas del señor Winkle padre sobre las suyas y haciendo otros diversos experimentos humorísticos con el mobiliario, todos los cuales proporcionaban al señor Pickwick inexpresable horror y angustia, mientras que daban a Bob Sawyer un placer proporcional.

Por fin se abrió la puerta, y un señor bajito con traje color tabaco y una cabeza y rostro que eran exacta reproducción de los pertenecientes al señor Winkle hijo, salvo que estaba bastante calvo, entró rápidamente en la habitación, llevando en una mano la tarjeta del señor Pickwick y en la otra una palmatoria de plata.

—Señor Pickwick, ¿qué tal está? —dijo el señor Winkle padre, dejando la palmatoria y extendiendo la mano—. Espero que estará muy bien. Me alegro de verle, señor. Siéntese, señor Pickwick, por favor. Este señor es…

—Mi amigo, el señor Sawyer —continuó el señor Pickwick—; amigo de su hijo.

—Ah —dijo el señor Winkle padre, mirando de modo bastante severo a Bob —. Espero que también usted esté bien, señor Sawyer.

—Estoy fenomenal, señor Winkle —contestó Bob Sawyer.

—Este otro señor es —exclamó el señor Pickwick—, como verá cuando lea esta carta que me han confiado, un pariente cercano, mejor dicho, un amigo íntimo de su hijo. Se llama Allen.

—¿Cuál, ese señor? —preguntó el señor Winkle, señalando con la tarjeta a Ben Allen, que se había quedado dormido en una actitud que no dejaba nada visible de él sino la espina dorsal y el cuello de la casaca.

El señor Pickwick estaba a punto de contestar a la pregunta, recitando en toda su extensión el nombre y distinciones honoríficas del señor Benjamin Allen, cuando el pícaro de Bob Sawyer, con vistas a despertar a su amigo para que se diera cuenta de su situación, le infligió un pellizco terrible en la parte carnosa del brazo, que le hizo levantarse de un salto dando un grito. Al darse cuenta de repente de que estaba en presencia de un desconocido, Ben Allen avanzó y, estrechando afectuosamente las dos manos del señor Winkle durante unos cinco minutos, murmuró, en fragmentos de frases medio inteligibles, el gran placer que sentía al verle y una hospitalaria pregunta sobre si se sentía inclinado a tomar algo después de lo que había andado, o si prefería esperar «hasta la hora de cenar», hecho lo cual, se sentó y se quedó mirándole fijamente con ojos petrificados, igual que si no tuviera la más remota idea de dónde estaba, como en efecto era el caso.

Todo esto desconcertó mucho al señor Pickwick, especialmente viendo que el señor Winkle padre evidenciaba su palpable asombro ante la conducta excéntrica —por no decir absurda— de sus dos compañeros. Para ir a parar enseguida a alguna parte, sacó del bolsillo una carta y, presentándosela al señor Winkle padre, dijo:

—Esta carta, señor Winkle, es de su hijo. Ya verá, por su contenido, que de su favorable consideración paternal de la carta depende la futura felicidad y bienestar de su hijo. ¿Me hará el favor de concederle la lectura más tranquila y fría, discutiendo luego el tema conmigo, solamente en el tono y ánimo en que debe discutirse? Puede usted juzgar la importancia de su decisión respecto a su hijo, y su enorme preocupación sobre el asunto, por el hecho de que venga a visitarle, sin aviso previo, a una hora tan tardía, y —añadió el señor Pickwick, con una ligera ojeada a sus dos compañeros— en circunstancias tan desfavorables.

Tras este preludio, el señor Pickwick puso en las manos del asombrado señor Winkle padre cuatro carillas bien apretadas de penitencia entretejida de modo extrafino. Luego, volviendo a sentarse en su silla, observó su actitud y ademanes, ansiosamente, es cierto, pero con el rostro abierto de un caballero que percibe que no ha tomado parte en nada que requiera excusa ni paliativo.

El viejo almacenista dio vueltas a la carta, miró la dirección, el respaldo, los lados, hizo un examen microscópico del niño gordo que había en el sello, levantó la mirada hacia la cara del señor Pickwick, y luego, sentándose en la banqueta alta y acercando la lámpara, rompió el lacre, desplegó la carta y, poniéndola a toda luz, se dispuso a leer.

En aquel mismo instante, Bob Sawyer, cuyo ingenio había permanecido aletargado unos minutos, puso las manos en las rodillas e imitó con la cara los retratos del difunto señor Grimaldi,[87] caracterizado de payaso. Dio la casualidad de que el señor Winkle padre, en vez de estar profundamente ocupado en leer la carta, como creía Bob Sawyer, miraba precisamente por encima de ella nada menos que a la persona de Bob Sawyer; y conjeturando acertadamente que la mencionada cara estaba puesta para ridículo y escarnio de su propia persona, fijó los ojos en Bob con tan expresiva severidad, que los rasgos del difunto señor Grimaldi dejaron lugar poco a poco a una bien lograda expresión de humildad y confusión.

—¿Decía usted algo, señor? —preguntó el señor Winkle padre después de un terrible silencio.

—No, señor —contestó Bob, sin más restos de payaso en él que la extremada rojez de sus mejillas.

—¿Está usted seguro de que no? —dijo el señor Winkle padre.

—Claro que no, por supuesto —contestó Bob.

—Creía que sí —contestó el caballero con énfasis indignado—; ¿quizá me miraba a mí?

—¡Oh, no, no, de ningún modo! —contestó Bob con extremada urbanidad.

—Me alegro de saberlo, señor mío —dijo el señor Winkle padre.

Y después de mirar ceñudo al humillado Bob, con gran magnificencia, el señor Winkle padre volvió a acercar la carta a la luz y empezó a leer en serio.

El señor Pickwick no le quitaba ojo, atentamente, mientras él pasaba de la

última línea de la primera página a la primera línea de la segunda; y de la última de la segunda a la primera de la tercera; y de la última de la tercera a la primera de la cuarta; pero ni la más leve alteración de rostro le proporcionó una clave sobre los sentimientos con que recibía el anuncio del matrimonio de su hijo, que el señor Pickwick sabía que estaba en la primera media docena de líneas.

Leyó la carta hasta la última palabra, la volvió a doblar con el cuidado y precisión de un hombre de negocios y, precisamente cuando el señor Pickwick esperaba alguna gran explosión de sentimientos, él mojó una pluma en el tintero y dijo, con tanta tranquilidad como si estuviera hablando del tema más corriente de una casa comercial:

—¿Cuál es la dirección de Nathaniel, señor Pickwick?

—San Jorge y el Buitre, por ahora —contestó este.

—San Jorge y el Buitre. ¿Dónde está?

—George Yard, calle Lombard.

—¿En la City?

—Sí.

El viejo apuntó metódicamente la dirección en el respaldo de la carta, y luego, colocándola en la mesa de despacho, que cerró con llave, dijo, levantándose de la banqueta y guardándose el llavero en el bolsillo:

—¿Supongo que no hay nada más que nos tenga que retener, señor Pickwick?

—¿Nada más, señor Winkle? —observó este hombre de corazón cálido, con indignada sorpresa—. ¡Nada más! ¿No tiene que expresar ninguna opinión ante este importante acontecimiento en la vida de nuestro joven amigo? ¿No tiene nada que mandarle decir para tranquilizarle, a través de mí, sobre la continuidad de su cariño y protección? ¿Nada que le anime y sostenga, a él y a la angustiada joven que pone en él sus miradas en busca de consuelo y ayuda? Piénselo, señor Winkle.

—Ya lo pensaré —contestó el viejo—. Ahora no tengo nada que decir. Soy un hombre de negocios, señor Pickwick. Nunca me comprometo antes de tiempo en ningún asunto y, por lo que veo de este, no me gusta nada su aspecto. Mil libras no son gran cosa, señor Pickwick.

—Tiene usted mucha razón —interrumpió Ben Allen, lo bastante despierto, estrictamente, para saber que él sí que se había gastado sus propias mil libras sin la menor dificultad—. Usted es un hombre inteligente. Bob, este tipo sí que lo entiende.

—Me alegro mucho de ver que me hace usted la justicia de admitirlo —dijo el señor Winkle padre, mirando despectivamente a Ben Allen, que movía la cabeza con aire de profundidad—; la realidad es, señor Pickwick, que cuando di permiso a mi hijo para pasarlo bien durante un año o dos, con el fin de que viera algo de la gente y las costumbres (lo cual ha hecho bajo los auspicios de usted), de modo que no entrara en la vida como un mero niñito de escuela de internos y

no le engañaran todos, nunca esperé semejante resultado. Él lo sabe muy bien, de modo que si le retiro mi apoyo por este motivo, no tendrá derecho a sorprenderse. Ya recibirá él noticias mías, señor Pickwick. Buenas noches, señor mío. ¡Margaret, abre la puerta!

Durante todo este tiempo, Bob Sawyer había dado codazos a Ben Allen para que dijera algo apropiado; en consecuencia, Ben estalló entonces, sin el menor aviso previo, con un trozo de elocuencia, breve pero apasionado.

—Señor —dijo Ben Allen, mirando fijamente al viejo con unos ojos nublados y lánguidos y moviendo vehementemente el brazo derecho de arriba abajo—, usted… usted… debería avergonzarse de sí mismo.

—Como hermano de la esposa, naturalmente, usted es un excelente juez en el asunto —replicó el señor Winkle padre—. Vamos, basta ya. No diga más, señor Pickwick, por favor. Buenas noches, señores.

Con estas palabras, el viejo tomó la palmatoria y, abriendo la puerta del cuarto, les hizo cortésmente señal de que salieran al pasillo.

—Lo lamentará —dijo el señor Pickwick, apretando los dientes para reprimir su cólera, pues se daba cuenta de qué importante podía resultar su efecto para su joven amigo.

—En este momento, no es esa mi opinión —replicó tranquilamente el señor Winkle padre—; una vez más, señores, buenas noches.

El señor Pickwick salió a la calle con coléricas zancadas. Bob Sawyer le siguió también, completamente abrumado por la decisión de maneras del viejo. El sombrero de Ben Allen rodó por las escaleras inmediatamente después, y el cuerpo de Ben Allen lo siguió enseguida. El grupo entero se acostó silencioso y sin cenar; y el señor Pickwick pensó, un momento antes de quedarse dormido, que si hubiera sabido que el señor Winkle padre era tan hombre de negocios, lo más probable habría sido que jamás le hubiera visitado con semejante recado.

LI

EN QUE EL SEÑOR PICKWICK ENCUENTRA A UN ANTIGUO CONOCIDO, CIRCUNSTANCIA AFORTUNADA A LA CUAL DEBE PRINCIPALMENTE EL LECTOR LOS ASUNTOS DE EXCITANTE INTERÉS AQUÍ ANOTADOS, A PROPÓSITO DE DOS PERSONAJES PÚBLICOS DE GRAN PODER E INFLUJO

La mañana que se presentó a la vista del señor Pickwick a las ocho no estaba calculada en absoluto como para elevar su ánimo, ni para disminuir la depresión que le inspiraba el imprevisto resultado de su embajada. El cielo estaba oscuro y sombrío; el aire, húmedo y frío; las calles, mojadas y resbaladizas. El humo pendía perezosamente al extremo de las chimeneas como si le faltara ánimo para subir, y la lluvia descendía de modo lento y terco, como si no tuviera siquiera ánimo para caer del todo. En el patio de la cuadra, un gallo de pelea se balanceaba tristemente en un rincón sobre una pata; un burro, dormitando con la cabeza gacha bajo el estrecho techo de un cobertizo, parecía, por su aspecto meditativo y desesperado, estar proyectando el suicidio. En la calle, lo único que se veía eran paraguas, y lo único que se oía era el salpicar de los chanclos y el caer de las gotas de lluvia.

El desayuno fue interrumpido por muy poca conversación; hasta Bob Sawyer sentía la influencia del tiempo y de la excitación del día anterior. En su propio lenguaje expresivo, estaba «por los suelos». Y lo mismo Ben Allen. Y lo mismo el señor Pickwick.

En la prolongada espera de que el tiempo mejorara, el último periódico de la tarde de Londres fue releído con una intensidad de interés solo conocida en casos de extremo abandono; cada pulgada del suelo fue paseada con semejante perseverancia; y se miró por las ventanas con tal frecuencia como para justificar que les cargaran un tanto aparte en la cuenta por ellas; se emprendieron y fracasaron toda clase de temas de conversación; hasta que por fin el señor Pickwick, llegado el mediodía sin cambio hacia una mejoría, tocó la campanilla y ordenó que sacaran la silla de posta.

Aunque las carreteras estaban fangosas, y la lluvia fina caía más fuerte que antes, y aunque el barro y el agua salpicaban las ventanillas abiertas del coche hasta tal punto que la incomodidad era casi tan grande para los dos que iban dentro como para los dos de fuera, sin embargo, había algo en el movimiento, y en la sensación de ponerse en marcha y hacer cualquier cosa, tan infinitamente superior a estar encerrados en una habitación aburrida, que todos estuvieron de acuerdo al ponerse en marcha en que era una gran mejoría, y se sorprendieron de cómo podrían haberse retardado tanto como lo habían hecho.

Cuando se detuvieron a cambiar en Coventry, el vaho brotaba de los caballos en tales nubes que ocultaban por completo al posadero, cuya voz, sin embargo, se

oyó entre la niebla diciendo que esperaba la primera medalla de oro de la Sociedad Humanitaria, en su próxima distribución de recompensas, por haberle quitado el sombrero al postillón; pues el agua que le caía por el ala, según dijo el invisible posadero, habría ahogado al postillón, de no ser por su propia presencia de ánimo para quitárselo de la cabeza y secarle la cara al agonizante con un puñado de paja.

—Es agradable —dijo Bob Sawyer, levantándose el cuello del gabán y extendiendo la bufanda por la boca para concentrar los vapores del coñac que acababa de tomar.

—Mucho —observó Sam, sosegadamente.

—A usted no parece importarle —dijo Bob.

—Bueno, no sé exactamente de qué serviría que me importara, señor —contestó Sam.

—Esa es una razón que no tiene vuelta de hoja —dijo Bob.

—Sí, señor —asintió Sam Weller—; *to* lo que pasa está bien, como hizo notar dulcemente aquel noble joven cuando le pusieron en la lista de pensiones porque el abuelo de la mujer del tío de su madre una vez le encendió la pipa al rey con un mechero portátil.

—No es mala idea esa, Sam —dijo Bob Sawyer con aprobación.

—Es lo mismo que decía el joven *toos* los días de pago, hasta el fin de su vida —contestó Sam Weller—. ¿Le han llamado alguna vez —preguntó Sam, lanzando una ojeada hacia el cochero, tras un breve silencio y bajando la voz hasta un susurro misterioso—, le han llamado alguna vez, cuando era *usté* aprendiz de sierrahuesos, *pa* visitar a un postillón?

—No recuerdo que me llamaran nunca —contestó Bob Sawyer.

—¿No ha visto nunca un postillón en aquel hospital por donde *usté* aparecía, como dicen de los fantasmas? —preguntó Sam.

—No —contestó Bob Sawyer—. Me parece que nunca lo he visto.

—¿Nunca ha sabido de algún cementerio donde estuviera la tumba de un postillón, o no ha visto un postillón muerto? —preguntó Sam, continuando su interrogatorio de catecismo.

—¡No! —contestó Bob—. Nunca.

—¡No! —repitió Sam triunfalmente—; y no lo verá nunca; y hay otra cosa que nadie ha visto nunca, y es un burro muerto. Nadie ha visto nunca un burro muerto, salvo aquel señor de los calzones de seda negra, que conocía a la muchacha que tenía una cabra;[88] y *pa* eso, era un burro francés, de manera que es muy probable que no fuera de la raza corriente.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver con los postillones? —preguntó Bob Sawyer.

—Pues esto —contestó Sam—, sin ir tan lejos como *pa* afirmar, igual que

mucha gente inteligente, que los postillones y los burros son inmortales, lo que yo digo es esto: que cuando sienten que se están poniendo *agarrotaos* y ya no pueden trabajar, se van juntos, un postillón por cada pareja de burros, como de costumbre; y nadie sabe qué es de ellos, pero lo más probable es que se marchen *pa* ser felices en otro mundo, porque no hay hombre vivo que haya visto un burro ni un postillón que sea feliz en este mundo.

Extendiéndose sobre esta docta y notable teoría, y citando en su apoyo muchos curiosos hechos estadísticos y de otro orden, Sam Weller mató el tiempo hasta que llegaron a Dunchurch, donde se obtuvieron caballos de relevo y un postillón seco; el siguiente relevo fue en Daventry, y el siguiente en Towcester; y al terminar cada etapa llovía más fuerte que al empezarla.

—Oiga —protestó Bob Sawyer, asomándose a la ventanilla del coche, cuando se detuvieron ante la puerta de A la Cabeza del Sarraceno, en Towcester—; esto no vale, ya lo sabe.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Pickwick, despertándose de un sueñecito—. Me temo que está mojado.

—Ah, ¿lo teme, lo teme? —replicó Bob—. Sí, estoy un poco así. Incómodamente húmedo, quizá.

Bob, en efecto, parecía húmedo, en cuanto que la lluvia le corría por el cuello, codos, puños, mangas y rodillas; y toda su indumentaria brillaba tanto con la humedad que podría haberse confundido con un traje entero de tela encerada.

—Estoy más bien mojado —dijo Bob, sacudiéndose y lanzando a su alrededor un pequeño chaparrón acuático, como un perro de Terranova recién salido del agua.

—Me parece que es imposible seguir adelante esta noche —dijo Ben.

—Ni pensarlo, señor —hizo notar Sam Weller, acudiendo a ayudar en la conferencia—; es una crueldad *pa* los animales, señor, pedirles que lo hagan. Aquí hay camas, señor —dijo Sam, dirigiéndose a su amo—; *to* está limpio y cómodo. En media hora pueden preparar una buena comidita; un par de aves, y chuletas de ternera; judías, patatas, postre y limpieza. Mejor es que se pare donde está, señor, si puedo recomendárselo. Déjese aconsejar, señor, como dijo aquel médico.

El posadero de A la Cabeza del Sarraceno apareció oportunamente para confirmar en ese momento la declaración de Sam Weller sobre las comodidades ofrecidas por su establecimiento y respaldar sus súplicas, con una variedad de conjeturas sombrías sobre el estado de las carreteras, la duda de que se pudieran obtener caballos de refresco en la siguiente etapa, la certidumbre absoluta de que llovería toda la noche, la certidumbre igualmente absoluta de que aclararía por la mañana, y otros argumentos de seducción acostumbrados entre los posaderos.

—Bueno —dijo el señor Pickwick—, pero tengo que mandar una carta a Londres por algún medio, de modo que se entregue mañana a primera hora, o si

no, tendré que seguir adelante, pase lo que pase.

El posadero sonrió complacido. Nada era más fácil para el señor que envolver su carta en papel de estraza y enviarla por la diligencia o por el coche nocturno de Birmingham. Si el señor tenía especial empeño en que la entregaran cuanto antes, podía escribir fuera: «Para entregar inmediatamente», y era seguro que se cumpliría, o «Paguen al portador media corona más por entrega rápida», y era todavía más seguro.

—Muy bien —dijo el señor Pickwick—; entonces nos quedaremos aquí.

—¡Luces en el cuarto del Sol, John; atizad el fuego; los señores están empapados! Por aquí, señores; no se preocupe usted más del postillón. Ya se lo mandaré en cuanto usted le llame. ¡A ver, John, las velas!

Se trajeron las velas, se atizó el fuego y se echó un tronco nuevo. A los diez minutos, un camarero ponía el mantel para la cena, se corrían las cortinas, el fuego brillaba y ardía, y todo parecía (como pasa siempre en todas las posadas decentes de Inglaterra) igual que si se hubiera esperado a los viajeros y las comodidades estuvieran preparadas con varios días de antelación.

El señor Pickwick se sentó a una mesa lateral y apresuradamente redactó una nota para Winkle, informándole solamente de que el mal tiempo le había detenido, pero que estaría con toda seguridad al día siguiente en Londres; hasta entonces, aplazaba contarle lo que había hecho. La nota se empaquetó rápidamente y se envió hacia el mostrador de la posada a través de Samuel Weller.

Sam se la dejó a la patrona, y volvía a quitarle las botas a su amo, después de secarse junto al fuego de la cocina, cuando, al lanzar casualmente una mirada a través de una puerta entreabierta, se quedó inmóvil al ver a un señor de cabeza de estopa que tenía en la mesa, ante él, un gran fajo de periódicos, y leía el editorial de uno de ellos con una mueca inmóvil que fruncía su nariz y sus demás rasgos en una majestuosa expresión de altanero desprecio.

—¡Diantre! —dijo Sam—; ¡tengo que conocer esa cabeza y esa cara; y los lentes, también, y el sombrero de ala ancha! Es de Eatanswill, o yo soy tonto.

A Sam le invadió en ese momento una molesta tos, de repente, con el propósito de atraer la atención de dicho señor; el señor en cuestión, sobresaltado ante el ruido, levantó la cabeza y los lentes, revelando a la vista las profundas y meditativas facciones del señor Pott, de la *Gaceta de Eatanswill.*

—Perdón, señor —dijo Sam, avanzando con una reverencia—; mi amo está aquí, señor Pott.

—¡Chist, chist! —gritó Pott, arrastrando a Sam al cuarto y cerrando la puerta con una cara de imperioso temor y aprensión.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Sam, mirándole con aire ausente.

—Ni susurre mi nombre —contestó Pott—; esta es una comarca Amarilla. Si el excitado e irritable populacho supiera que estoy aquí, me harían pedazos.

—¡No! ¿De veras? —preguntó Sam.

—Sería víctima de su furia —contestó Pott—. Y bien, joven, ¿qué es de su amo?

—Se queda aquí esta noche con un par de amigos, de camino a Londres —contestó Sam.

—¿Es Winkle uno de ellos? —preguntó Pott, ligeramente ceñudo.

—No, señor. El señor Winkle se ha *quedao* ahora en casa —contestó Sam—. Se ha casado.

—¡Casado! —exclamó Pott con temible vehemencia. Se detuvo, sonrió tenebrosamente y añadió con voz baja y vengativa—: ¡Le está bien empleado!

Desahogada esta cruel ebullición de malicia mortal y triunfo a sangre fría sobre un enemigo caído, el señor Pott preguntó si los amigos del señor Pickwick eran Azules. Al recibir una satisfactoria respuesta afirmativa de Sam, que sabía del asunto tanto como el propio Pott, consintió en acompañarle hasta el cuarto del señor Pickwick, donde le aguardaba una cordial bienvenida, e inmediatamente se estableció y ratificó un acuerdo para reunir las cenas.

—¿Y cómo van las cosas en Eatanswill? —preguntó el señor Pickwick, una vez que Pott se sentó junto al fuego, y todo el grupo se quitó las botas mojadas y se puso unas pantuflas secas—. ¿Sigue existiendo el *Independiente*?

—El *Independiente*, señor Pickwick —respondió Pott—, todavía arrastra una vida miserable y ociosa. Negado y despreciado aun por los pocos que tienen conocimiento de su lamentable y desgraciada existencia, sumergido en la suciedad que tan profusamente dispersa, ensordecido y cegado por las exhalaciones de su propia hediondez, ese obsceno periódico, dichosamente inconsciente de su propio estado de degradación, se hunde rápidamente bajo el fango traidor que, aunque parece darle una base firme entre las clases bajas y degeneradas de la sociedad, se eleva sin embargo por encima de su detestada cabeza y muy pronto le devorará para siempre.

Una vez pronunciado este manifiesto (que formaba parte del editorial de la última semana), con voz vehemente, el director se detuvo a tomar aliento y miró majestuosamente a Bob Sawyer.

—Usted es joven, señor —dijo Pott.

Bob Sawyer asintió con la cabeza.

—Usted también —dijo Pott, dirigiéndose a Ben Allen.

Ben reconoció este leve defecto.

—¿Y están ustedes dos profundamente empapados de esos principios Azules que, mientras yo viva, me he comprometido con los habitantes de estos reinos a sostener y defender? —sugirió Pott.

—Bueno, yo no entiendo exactamente de eso —contestó Bob Sawyer—. Soy…

—No será Amarillo, eh, señor Pickwick —interrumpió Pott, echando atrás su

asiento—; ¿su amigo no será Amarillo, no?

—No, no —repuso Bob—; por el momento soy una especie de tejido escocés; una mezcla de toda clase de colores.

—Un indeciso —dijo solemnemente Pott—, un indeciso. Me gustaría enseñarle una serie de ocho artículos que han aparecido en la *Gaceta de Eatanswill*. Creo que me puedo atrever a decir que no tardaría en establecer sus opiniones sobre una firme y sólida base Azul.

—Estoy seguro de que me pondría muy azul antes de llegar al final —respondió Bob.

El señor Pott miró dubitativamente a Bob Sawyer durante unos segundos y, volviéndose al señor Pickwick, dijo:

—¿Usted habrá visto los artículos literarios que han aparecido a intervalos en la *Gaceta de Eatanswill*, en el curso de los tres últimos meses, y que han provocado una admiración y atención que muy bien puedo llamar universal?

—Bueno —dijo el señor Pickwick, ligeramente cohibido por la pregunta—, la verdad es que he estado tan ocupado en otros asuntos que realmente no he tenido oportunidad de leerlos.

—Debería leerlos, señor Pickwick —dijo Pott con rostro grave.

—Ya lo haré —dijo el señor Pickwick.

—Han aparecido en forma de larga recensión de una obra sobre la metafísica china —dijo Pott.

—Ah —observó el señor Pickwick—, ¿los escribió usted, espero?

—Los escribió mi crítico, señor Pickwick —replicó dignamente Pott.

—Un tema difícil, diría yo —dijo el señor Pickwick.

—Mucho —respondió Pott, poniendo intensa cara de sabiduría—; mi crítico se preparó «empollando», para usar un término técnico pero expresivo; se documentó sobre el tema en la *Enciclopedia Británica*.

—¡Cómo! —dijo el señor Pickwick—; no me había dado cuenta de que esa valiosa obra contuviera ninguna información respecto a la metafísica china.

—Él estudió —contestó Pott, poniendo la mano en la rodilla del señor Pickwick y mirando a su alrededor con sonrisa de superioridad intelectual— la metafísica en la letra M, y China en la letra C, y combinó su información, señor Pickwick.

Las facciones del señor Pott adquirieron tanta grandeza adicional al recordar la energía y la investigación exhibidas en las doctas lucubraciones en cuestión, que pasaron varios minutos antes de que el señor Pickwick se sintiera con ánimos para renovar la conversación; por fin, cuando el rostro del director del periódico se ablandó, tomando su habitual expresión de supremacía moral, se atrevió a continuar la conversación preguntando:

—¿Es lícito preguntar qué gran objetivo le ha traído tan lejos de su hogar?

—El mismo objetivo que me mueve y anima en mis ciclópeos trabajos,

señor Pickwick —contestó Pott con tranquila sonrisa—: el bien de mi país.

—Suponía que sería alguna misión pública —observó el señor Pickwick.

—Sí, señor —continuó Pott—, así es.

Y entonces, inclinándose hacia el señor Pickwick, susurró con voz hueca y profunda:

—Mañana por la noche tendrá lugar en Birmingham un baile Amarillo.

—¡Válgame Dios! —exclamó el señor Pickwick.

—Sí, señor, y una cena —añadió Pott.

—¡No me diga! —exclamó el señor Pickwick.

Pott asintió con la cabeza, con aire prodigioso.

Ahora bien, aunque el señor Pickwick fingió quedarse con la boca abierta ante esta revelación, estaba tan poco versado en la política local que fue incapaz de formarse una comprensión adecuada de la importancia de la sombría conspiración a que se había aludido; al observarlo, el señor Pott, sacando el último número de la *Gaceta de Eatanswill* y consultándolo lanzó el siguiente párrafo:

AMARILLECES CONSPIRATORIAS

« Un viperino colega ha vertido recientemente su negro veneno en el vano y desesperado intento de manchar el buen nombre de nuestro óptimo representante en el Parlamento, el honorable señor Slumkey —el mismo Slumkey que nosotros, mucho antes de que obtuviera su actual posición noble y exaltada, predijimos que sería, como es ahora, a la vez el más claro honor de su país y su más sincero orgullo—; un viperino colega nuestro, como decimos, se ha divertido a expensas de un cubo para carbón, soberbiamente chapado de oro, que ha sido ofrecido a ese hombre glorioso por sus entusiasmados electores, y para cuya adquisición, según insinúa el innominado miserable, el mismo honorable Samuel Slumkey contribuyó, a través de un amigo de confianza de su mayordomo, con más de las tres cuartas partes de la suma total suscrita. ¿Cómo? ¿No ve ese ser reptante que, aunque sea así en realidad, el honorable señor Slumkey no hace más que aparecer bajo una luz aún más benévola y radiante que antes, si es posible? ¿No percibe siquiera su obtusidad que este cariñoso y conmovedor deseo de llevar a cabo los deseos de su cuerpo electoral debe hacerle estimable para siempre a los corazones y las almas de aquellos de sus paisanos que no sean peores que los cerdos; o, dicho de otro modo, que no estén tan envilecidos como ese colega nuestro? Pero ¡tal es la miserable astucia de las Amarilleces conspiratorias! Esos no son sus únicos artificios. La traición está desencadenada. Afirmamos atrevidamente, ahora que nos vemos

llevados a esta revelación, apelando al país y sus agentes de orden para nuestra protección, afirmamos atrevidamente que en este momento hay preparativos secretos en marcha para un baile Amarillo; que se va a celebrar en una ciudad Amarilla, en el mismo corazón y centro de una comarca Amarilla, que será dirigido por un maestro de ceremonias Amarillo, al que asistirán cuatro diputados del Parlamento Ultraamarillos, y cuya entrada será mediante billetes Amarillos. ¿Parpadea nuestro diabólico colega? Que se retuerza en su maldad impotente, mientras trazamos estas palabras: ALLÍ ESTAREMOS.»

—¡Ya ve, señor Pickwick! —dijo Pott, doblando el periódico, agotado—; este es el estado de la cuestión.

La entrada del posadero y el camarero trayendo la cena en ese momento hizo que el señor Pott se llevara un dedo a los labios, en señal de que consideraba su vida en las manos del señor Pickwick y se encomendaba a su reserva. Los señores Bob Sawyer y Benjamin Allen, que se habían quedado irreverentemente dormidos durante la lectura de la cita tomada de la *Gaceta de Eatanswill* y la discusión que siguió a esta, se despertaron al simple cuchicheo de la talismánica palabra «cena» en sus oídos; y a cenar se pusieron, con la buena digestión al servicio del apetito y la salud al servicio de estas dos cosas, y un camarero al servicio de todas ellas.

En el transcurso de la cena y de la sobremesa que la sucedió, el señor Pott descendió por unos pocos momentos a temas locales e informó al señor Pickwick de que los aires de Eatanswill no le sentaban bien a su señora, por lo que esta se había dedicado a hacer un recorrido por diversos balnearios de moda, con vistas a la recuperación de su acostumbrada salud y buen ánimo; lo cual era un modo de velar delicadamente el hecho de que la señora Pott, llevando a cabo su tantas veces repetida amenaza de separación, y en virtud de un arreglo negociado por su hermano el teniente, y aceptado por el señor Pott, se había retirado con su fiel guardia de corps a vivir de la mitad del ingreso y beneficios anuales derivados de la dirección y venta de la *Gaceta de Eatanswill*.

Mientras el gran Pott se extendía sobre este y otros asuntos, animando de vez en cuando la conversación con diversas citas de sus propias composiciones, un severo desconocido, llamando desde la ventanilla de una diligencia ascendente, que se detuvo en la posada a entregar unos paquetes, deseó saber si en el caso de interrumpir el viaje y quedarse a dormir allí le podrían proveer del necesario acomodo de cama y demás acompañamientos.

—Por supuesto, señor —contestó el posadero.

—¿Ah, sí, de veras? —preguntó el desconocido, que parecía habitualmente suspicaz en su aspecto y maneras.

—No hay duda, señor —replicó el posadero.

—Bien —dijo el desconocido—. Cochero, me quedo aquí. ¡Postillón, mi saco de viaje!

Dando las buenas noches a los demás viajeros de un modo bastante brusco, el desconocido se apeó. Era un hombre más bien bajo, con pelo negro muy hirsuto cortado a estilo cepillo o erizo, rígido y tieso alrededor de la cabeza; su aspecto era pomposo y amenazador; sus maneras eran perentorias; su mirada, aguda e inquieta; y todo su aspecto proclamaba una gran confianza en sí mismo, y la conciencia de su inconmensurable superioridad sobre todos los demás.

Este caballero fue conducido al cuarto originalmente asignado al patriótico señor Pott; y el camarero notó, mudo de asombro ante tan singular coincidencia, que apenas estuvieron encendidas las velas, este señor, metiendo la mano en el sombrero, sacó un periódico y lo empezó a leer con la mismísima expresión de desprecio indignado que, en las majestuosas facciones de Pott, le había paralizado sus energías una hora antes. También observó el camarero que, mientras que el desprecio del señor Pott había sido producido por un periódico titulado el *Independiente de Eatanswill*, el devastador desdén de este caballero era provocado por un periódico titulado la *Gaceta de Eatanswill*.

—Haga venir al posadero —dijo el desconocido.

—Sí, señor —asintió el camarero.

Se buscó al posadero y llegó.

—¿Es usted el posadero? —preguntó ese señor.

—El mismo, señor —contestó el posadero.

—Me llamo Slurk —dijo el señor.

El posadero hizo una leve inclinación de cabeza.

—Slurk, digo —repitió el señor con altivez—; ¿no me conoce, hombre?

El posadero hizo un gran esfuerzo y por fin contestó:

—Pues no, señor; no le conozco.

—¡Santo cielo! —dijo el desconocido, golpeando la mesa con el puño cerrado —. Y eso es lo que llaman popularidad.

El posadero dio un paso o dos hacia la puerta; el desconocido fijó en él sus miradas y continuó:

—Esa —dijo el desconocido— es la gratitud por mis años de esfuerzo y estudio en beneficio de las masas. Me apeo aquí mojado y cansado; no hay multitudes entusiasmadas que se agolpen y avancen hacia mí para aclamar a su defensor; las campanas de la iglesia están en silencio; mi propio nombre no provoca un sentimiento de respuesta en sus ánimos aletargados. Es suficiente —dijo el señor Slurk, agitado y dando vueltas de un lado para otro— para que se le cuaje a uno la tinta en la pluma y para sentirse llevado a abandonar para siempre su defensa.

—¿Ha pedido usted coñac con agua? —dijo el posadero, atreviéndose a una sugerencia.

—Ron —dijo el señor Slurk, volviéndose hacia él con ferocidad—. ¿Hay fuego encendido en algún sitio?

—Podemos encender uno enseguida, señor —dijo el posadero.

—Que no dará calor hasta que no sea hora de acostarse —interrumpió el señor Slurk—. ¿Hay alguien en la cocina?

Ni un alma. Había un fuego hermoso. Todos se habían retirado y la puerta de la casa estaba cerrada para toda la noche.

—Tomaré el ron —dijo el señor Slurk— junto al fuego de la cocina.

Así que, recogiendo el sombrero y el periódico, marchó con solemnes zancadas tras el posadero hacia esa humilde habitación y, dejándose caer en un banco junto al fuego, volvió a tomar su gesto de desprecio y empezó a leer y beber con silenciosa dignidad.

Ahora bien, algún demonio de discordia, volando sobre A la Cabeza del Sarraceno en ese momento, bajó los ojos por mera curiosidad ociosa y observó por casualidad a Slurk establecido cómodamente junto al fuego de la cocina, y a Pott, levemente excitado por el vino, en otro cuarto; ante lo cual ese malicioso demonio, precipitándose con increíble rapidez en esta última habitación, se metió enseguida en la cabeza de Bob Sawyer y le apuntó para que, siguiendo sus propios designios malvados (los del demonio), dijera lo siguiente:

—Oigan, hemos dejado apagar el fuego. Hace mucho frío después de tanta lluvia, ¿no?

—Es verdad —contestó el señor Pickwick, tiritando.

—No sería mala idea fumar un cigarro junto al fuego de la cocina, ¿eh? —dijo Bob Sawyer, todavía con el susodicho demonio como apuntador.

—Sería enormemente agradable, yo diría —contestó el señor Pickwick—. ¿Qué dice usted, señor Pott?

El señor Pott asintió de buena gana; y los cuatro viajeros, cada cual con su vaso en la mano, se dirigieron inmediatamente a la cocina, con Sam Weller encabezando la procesión para enseñarles el camino.

El recién llegado seguía leyendo; levantó los ojos y se sobresaltó. El señor Pott se sobresaltó.

—¿Qué pasa? —susurró el señor Pickwick.

—¡Ese reptil! —contestó Pott.

—¿Qué reptil? —dijo el señor Pickwick, mirando a su alrededor, con temor de pisar algún escarabajo gigantesco o alguna araña hidrópica.

—¡Ese reptil —susurró Pott, tomando del brazo al señor Pickwick y señalando al otro—; ese reptil Slurk, del *Independiente*!

—Quizá sería mejor que nos marcháramos —susurró el señor Pickwick.

—Jamás, señor Pickwick —contestó Pott, con mucho espíritu, también de vino —, ¡jamás!

Con estas palabras, el señor Pott tomó posiciones en el banco de enfrente y,

eligiendo un periódico entre un pequeño manojo que llevaba, empezó a leer contra su enemigo.

El señor Pott, naturalmente, leía el *Independiente*, y el señor Slurk, por supuesto, leía la *Gaceta*; y cada uno de ellos expresaba audiblemente su desprecio hacia las producciones del otro con risas amargas y bufidos sarcásticos; de lo cual pasaron a más abiertas expresiones de opinión, tales como «absurdo», «miserable», «atrocidad», «farsante», «servilismo», «basura», «porquería», «fango», «agua de alcantarilla» y otras indicaciones críticas de análoga naturaleza.

Tanto Bob Sawyer como Ben Allen observaron estos síntomas de rivalidad y odio con un grado de deleite que comunicó más sabor a los cigarros a los que daban tan vigorosas caladas. En el momento en que empezaban a calmarse, el maligno Bob Sawyer, dirigiéndose a Slurk con gran cortesía, le dijo:

—¿Me permitirá echar una ojeada a ese periódico, señor, cuando haya terminado del todo con él?

—Encontrará muy poco que le compense su molestia en esta cosa despreciable, señor —contestó Slurk, lanzando un satánico fruncimiento de ceño hacia Pott.

—Enseguida tendrá usted este —dijo Pott, levantando la mirada, pálido de cólera y con voz temblorosa por la misma razón—. ¡Ja, ja! Le divertirá el atrevimiento de este tipo.

Terrible énfasis se puso en las palabras «cosa» y «tipo»; y las caras de ambos directores empezaron a arder de desafío.

—La villanía de este miserable es despreciablemente repugnante —dijo Pott, fingiendo dirigirse a Bob Sawyer y mirando de modo amenazador a Slurk.

Aquí, el señor Slurk se echó a reír de buena gana y, doblando el periódico como para empezar convenientemente una nueva columna, dijo que aquel idiota le divertía de veras.

—¡Qué bribón desvergonzado es este tipo! —dijo Pott, pasando del rosa al carmesí.

—¿Ha leído alguna vez las tonterías de este hombre? —preguntó Slurk a Bob Sawyer.

—Nunca —contestó Bob—; ¿tan mal está?

—¡Ah, espantoso, espantoso! —asintió Slurk.

—¡Es posible! ¡Pero esto es demasiado atroz! —exclamó Pott en esa coyuntura, aún fingiendo estar absorbido en la lectura.

—Si usted es capaz de abrirse paso a través de unas pocas frases de malicia, bajeza, falsía, perjurio, traición e hipocresía —dijo Slurk, entregando el periódico a Bob—, quizá la risa le compensará el estilo de este charlatán sin gramática.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó el señor Pott, levantando la mirada, tembloroso de cólera.

—¿A usted qué le importa? —contestó Slurk.

—¿Ha dicho «charlatán sin gramática»? —dijo Pott.

—Sí, eso es —contestó Slurk—, o, si lo prefiere, aburrido de muerte, ¡ja, ja!

El señor Pott no replicó una palabra a ese jocoso insulto, sino que dobló despacio su ejemplar del *Independiente*, lo alisó con cuidado, lo aplastó a pisotones, escupió encima con gran ceremonia y lo tiró al fuego.

—Aquí tiene usted —dijo Pott, retirándose del fuego—, y así es como haría con la víbora que lo dirige, si no fuera porque, afortunadamente para él, me contienen las leyes de mi país.

—¡Pues hágalo así! —gritó Slurk, poniéndose en pie de un salto—; ¡él no apelará jamás a esas leyes en tal caso! ¡Hágalo así!

—¡Muy bien, muy bien! —dijo Bob Sawyer.

—Nada puede ser más correcto —observó Ben Allen.

—¡Hágalo así! —repitió Slurk en voz sonora.

El señor Pott le disparó una mirada de desprecio que habría corroído un ancla.

—¡Hágalo así con él! —repitió Slurk en voz más sonora que antes.

—No quiero —replicó Pott.

—Ah, no quiere, no quiere —dijo Slurk en tono sarcástico—. ¡Ya lo oyen, señores! No quiere; no es que tenga miedo, ¡oh, no!, es que no quiere. ¡Ja, ja!

—A usted le considero —dijo Pott, alcanzado por el sarcasmo— una víbora. Le considero a usted como un hombre que se ha puesto al margen de la sociedad con su atrevida, desgraciada y abominable conducta pública. No le veo, personal y políticamente, bajo otra luz sino como una víbora, sin igual y sin reservas.

El indignado *Independiente* no aguardó a oír el final de esta denuncia personal, pues, agarrando su saco de viaje, que estaba bien lleno de objetos móviles, lo blandió por el aire cuando Pott se volvía de espaldas y, dejándolo caer en su cabeza con un arco de círculo, precisamente en el determinado ángulo del saco donde acertaba a estar guardado un grueso cepillo para el pelo, hizo que se oyera un fuerte chasquido en la cocina, derribando por el suelo al señor Pott.

—Señores —gritó el señor Pickwick, mientras Pott se ponía en pie de un salto y echaba mano a la pala del fuego—. ¡Señores! Consideren, por Dios… socorro… Sam… aquí… por favor, señores… interpónganse algunos.

Lanzando estas exclamaciones incoherentes, el señor Pickwick se precipitó entre los furiosos combatientes a tiempo exactamente de recibir el saco de viaje en un lado del cuerpo y la pala del fuego en el otro. Tanto si fue que los representantes del sentir público de Eatanswill estuvieran cegados por la animosidad, o que (siendo ambos agudos razonadores) vieran la ventaja de tener una tercera persona en medio de ellos para recibir todos los golpes, lo cierto es que no prestaron la menor atención al señor Pickwick, sino que, desafiándole con gran espíritu, esgrimieron sin temor el saco de viaje y la pala del fuego. El señor

Pickwick, indiscutiblemente, hubiera sufrido de modo severo por su humanitaria interferencia de no ser porque Sam Weller, atraído por los gritos de su amo, entró en ese momento con precipitación y, echando mano de un talego vacío, interrumpió eficazmente el conflicto metiéndoselo por la cabeza y los hombros al poderoso Pott y agarrándole fuerte por los hombros.

—Quítenle el saco de viaje al otro loco —dijo Sam a Ben Allen y Bob Sawyer, que no habían hecho más que dar saltos en torno al grupo, cada cual con un bisturí en la mano, dispuestos a sangrar al primero que cayera sin sentido—. ¡Estese quieto, hombrecillo maldito, o le ahogo ahí dentro!

Atemorizado por tales amenazas y casi sin aliento, el *Independiente* consintió en ser desarmado, y Sam Weller, quitándole la sordina a Pott, le dejó en libertad con una advertencia.

—Váyanse a la cama sin hacer ruido —dijo Sam—, o les meto en el saco a los dos, y les hago luchar con la boca atada, como haría con una docena que se pusieran a jugar a estos juegos. Y *usté* tenga la *bondá* de venir por aquí, por favor, señor.

Dirigiéndose así a su amo, Sam le tomó del brazo y se le llevó, mientras que los directores rivales eran llevados separadamente a sus camas por el posadero, bajo la inspección de Bob Sawyer y Benjamin Allen, exhalando al marchar diversas amenazas sanguinarias y emplazándose vagamente para mortal combate al día siguiente. Pero, pensándolo más despacio, sin embargo, se les ocurrió que lo podrían hacer mucho mejor en letra impresa, de modo que volvieron a reanudar sus mortales hostilidades y toda Eatanswill vibró con su valentía en el papel.

Se habían marchado en diligencias separadas, a primeras horas de la mañana, antes de que se removieran los demás viajeros; y como el tiempo había aclarado, los compañeros de la silla de posta volvieron a marchar de cara a Londres.

LII

QUE INCLUYE UN SERIO CAMBIO EN LA FAMILIA WELLER, Y LA CAÍDA DEFINITIVA DEL SEÑOR STIGGINS

Considerando cuestión de delicadeza abstenerse de presentar ante los recién casados tanto a Bob Sawyer como a Ben Allen, hasta que aquellos estuvieran completamente preparados para esperarles, y deseoso de no herir en lo posible los sentimientos de Arabella, el señor Pickwick propuso que él y Sam se apearían en las cercanías de San Jorge y el Buitre y que los dos jóvenes se alojarían por el momento en algún otro sitio. Ellos lo aceptaron de buena gana, y se llevó a cabo tal proposición, yendo Ben Allen y Bob Sawyer a un mesón apartado en los más remotos confines del Borough, tras de cuya puerta sus nombres habían aparecido en otros tiempos a la cabeza de largos y complejos cálculos escritos con tiza.

—¡Quién está aquí! —dijo la doncella guapa al ver a Sam aparecer por la puerta.

—El mismo que sueña con que le esperes, guapa —contestó Sam, quedándose rezagado hasta que su amo no le pudo oír—. Mary, ¡qué guapa estás!

—¡Vamos, vamos, qué tonterías son esas! —dijo Mary—. ¡No, no!

—¿No qué, guapa? —dijo Sam.

—Pues eso —contestó la doncella guapa—. Vamos, fuera de aquí.

Y amonestándole así, la doncella guapa empujó a Sam contra la pared, diciendo que le había torcido la cofia y le había estropeado los rizos.

—Además, no me has dejado decir lo que iba a decir —añadió Mary—. Ahí tienes una carta desde hace cuatro días; no hacía media hora que te habías ido cuando llegó; y además pone fuera « Urgentísimo» .

—¿Dónde está, cariño? —preguntó Sam.

—Yo te la he guardado, porque, si no, estoy segura de que se habría perdido hace mucho —contestó Mary—. Ea, toma, aunque no te lo mereces.

Con estas palabras, y después de muchas dudas coquetas y temores y deseos de no haberla perdido, Mary sacó la carta de la blusa más linda de muselina que se puede imaginar y se la dio a Sam, que inmediatamente la besó con mucha galantería y devoción.

—¡Santo cielo! —dijo Mary, arreglándose la blusa y fingiendo no comprender—, parece que te ha entrado mucho cariño por ella de pronto.

A esto Sam contestó solo con un guiño de cuya intensa expresividad ninguna descripción puede dar la más leve idea y, sentándose junto a Mary al pie de una ventana, abrió la carta y echó una ojeada a su contenido.

—¡Ah! —exclamó Sam—; ¿qué es esto?

—¿No ocurrirá nada, espero? —dijo Mary, atisbando sobre su hombro.

—¡Qué ojos más bonitos tienes! —dijo Sam al levantar la mirada.

—No te ocupes de mis ojos; lee la carta —dijo la doncella y, al decir así, hizo

chispear los ojos con tal malicia y belleza que fueron totalmente irresistibles.

Sam se reanimó con un beso y leyó lo siguiente:

> Mar Ques
> de Gran Vi Dorken mierc.
> Mique rido Samuel siento mucho tener el gusto dedarte mal las noticias tu madrastra serresfrio acon secuencia destar demasiao tiempo senta en la ierva mojada gajo layubia pa oír a un pastor que no acavo de ablar asta medianoche devido aque se avia cargao de aguardiente y no se podia parar asta que se le paso que tardo muchas oras y el medico dice que si eya uviera tomao el aguardiente con agua caliente despues embez de antes no se habría puesto mala y enseguida le dimos grasa alas rruedas i se izo to lo que se puso pa ponerla en marcha otrabez tu padre tenia esperanzas de que pasara la cosa como otras beces pero precisamente cuando dovlaba la curba ijo mío se metio pormal camino y se hecho cuestavajo con una belocida que no se ha bisto nunca y apesar deque el medico lecho el freno enseguida no sirbio pana pues pago el ultimo portazgo a las seis menosbeinte de allertarde despues de acer el biaje en mucho menos quel tiempo decostumbre quequiza era porque yebaba muy poco equipage aproposito tu padre dice que si quieres benir aberme Sammy le aras un granfabor porque estoy muy solo Samibel el sempeña en escribirlo con b y llo ledigo que esta mal como ivadiciendo ai muchas cosas quearreglar y seguro que tu amo no pondra incombeniente claro que no Sammy que llaleconozco asíque el manda recuerdos illo tambien y Samibel se despide deti tu padre queloes
>
> TONY WELLER

—¡Qué carta más difícil de entender! —dijo Sam—; ¡vaya *usté* a saber qué quiere decir, con tanto que si «tu padre» y que si «yo»! No es letra de mi padre, salvo esta firma en letra de molde; esa sí que es suya.

—Quizá buscó a alguien que se la escribiera y la firmó después —dijo la doncella guapa.

—Espera un momento —contestó Sam, volviendo a recorrer la carta y parándose mientras tanto a reflexionar de vez en cuando—; ahora has *acertao*. El que escribía iba hablando de la desgracia como es debido, y entonces mi padre se ponía a mirar y lo complicaba *to* metiendo el remo. Eso es lo que ha pasado. Tienes razón, Mary, guapa.

Cerciorado sobre este punto, Sam volvió a leer la carta una vez más y, pareciendo entonces darse cuenta por primera vez de su contenido con toda claridad, lanzó una exclamación, pensativo, al doblarla.

—¡Así que se ha muerto la pobre criatura! Lo siento. No hubiera sido una mujer de malas inclinaciones si esos pastores la hubieran *dejao* en paz. Lo siento mucho.

Sam Weller lanzó esas palabras en tono tan serio, que la doncella guapa bajó los ojos y puso una cara muy grave.

—De *toas* maneras —dijo Sam, metiéndose la carta en el bolsillo con un suave suspiro—, tenía que pasar, y pasó, como dijo la vieja después que se casó con el lacayo. No se puede remediar, *¿verdá*, Mary?

Mary movió la cabeza y suspiró también.

—Tengo que pedir permiso al jefe para ir —dijo Sam.

Mary volvió a suspirar. La carta era tan emocionante…

—¡Adiós! —dijo Sam.

—¡Adiós! —dijo la doncella guapa, volviendo la cara.

—Bueno, nos damos la mano, ¿no? —dijo Sam.

La doncella guapa extendió una mano, que, aun siendo de doncella, era muy pequeña, y se levantó para marchar.

—No estaré fuera mucho tiempo —dijo Sam.

—Siempre estás fuera —dijo Mary, dando a su cabeza la más leve sacudida posible en el aire—. Apenas has venido, y ya te vas.

Sam Weller atrajo junto a sí a la belleza doméstica y empezó con ella una conversación en susurros; cuando no llevaba mucho tiempo, ella volvió otra vez la cabeza y se dignó mirarle. Al separarse, no se sabe por qué, le fue necesario a ella ir a su cuarto a arreglarse la cofia y los rizos antes de poder pensar en presentarse ante su señora; ceremonia preparatoria que se dispuso a realizar lanzando muchos gestos y sonrisas a Sam por encima de la baranda mientras subía las escaleras.

—No estaré fuera más que un día o dos, como mucho —dijo Sam, una vez que comunicó al señor Pickwick la noticia de la desgracia de su padre.

—Tanto como sea necesario, Sam —contestó el señor Pickwick—; tienes todo mi permiso para quedarte.

Sam se inclinó.

—Dile a tu padre, Sam, que si puedo serle de alguna utilidad en su situación actual, de muy buena gana le ayudaré en todo lo que esté en mi poder —dijo el señor Pickwick.

—Gracias, señor —contestó Sam—; se lo diré.

Y con diversas expresiones de buena voluntad y afecto recíproco, amo y criado se separaron.

A las siete en punto, Samuel Weller se apeó del pescante de una diligencia que pasaba por Dorking, encontrándose a unos cientos de pasos del Marqués de Granby. Era un atardecer frío y sombrío; la calleja tenía un aspecto triste y lúgubre; y el rostro de caoba del noble y valiente marqués parecía ostentar una

expresión más triste y melancólica, balanceándose con fúnebre crujido al viento. Los postigos estaban echados, y las persianas parcialmente cerradas; del corrillo de ociosos que solían reunirse alrededor de la puerta, no se veía ni uno; el lugar estaba silencioso y desolado. No viendo a nadie a quien hacer preguntas preliminares, Sam entró sin hacer ruido y, al mirar a su alrededor, enseguida reconoció a distancia a su padre.

El viudo estaba sentado junto a una mesita redonda, en el cuarto de detrás del bar, fumando su pipa con los ojos atentamente fijos en el fuego. El funeral, evidentemente, había tenido lugar aquel día, pues el sombrero, que todavía conservaba en la cabeza, llevaba una cinta negra de una yarda y media de longitud, que colgaba sobre el respaldo de la silla y caía negligentemente en cascadas.

El señor Weller estaba de un humor muy abstraído y contemplativo. A pesar de que Sam le llamó varias veces por su nombre, siguió fumando con el mismo rostro absorto e inmóvil, y solo le terminó de volver en sí una palmada de su hijo en el hombro.

—Sammy —dijo el señor Weller—; bienvenido.

—Le he *llamao* media docena de veces —dijo Sam, colgando el sombrero de una percha—, pero no me ha oído.

—No, Sammy —contestó el señor Weller, volviendo a mirar al fuego, pensativo—; estaba meditando.

—¿Sobre qué? —preguntó Sam, acercando su silla al fuego.

—Meditando —contestó el señor Weller padre— sobre ella, Samivel.

Y aquí el señor Weller sacudió la cabeza en dirección al cementerio de Dorking, en muda explicación de que sus palabras se referían a la difunta señora Weller.

—Pensaba, Sammy —dijo el señor Weller, observando a su hijo con gran seriedad mientras fumaba la pipa, como para asegurarle que por extraordinaria e increíble que pudiera resultar su declaración, la pronunciaba sin embargo con sosiego y deliberación—; pensaba, Sammy, que, en conjunto, siento mucho que ya no esté.

—Bueno, eso es lo que debe sentir —contestó Sam.

El señor Weller indicó con la cabeza su aquiescencia a esa opinión y, volviendo a clavar los ojos en el fuego, se envolvió en una nube y reflexionó profundamente.

—Han sido muy razonables las cosas que me ha dicho, Sammy —dijo el señor Weller, apartando el humo con la mano después de un largo silencio.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Sam.

—Lo que dijo cuando se puso enferma —contestó el viejo.

—¿Qué fue?

—Algo por este estilo: «Weller», dice, «me temo que no he hecho por ti lo

que debía haber hecho; eres un hombre de buen corazón, y podía haberte hecho la casa más agradable. Ahora empiezo a ver» , dice, « cuando ya es tarde, que si una mujer casada quiere ser religiosa, tiene que empezar por cumplir sus obligaciones en casa, y tener alegres y contentos a los que están a su alrededor, y que, a la vez que va a la iglesia, o capilla, o lo que sea, cuando conviene, tendría que tener *cuidao* de no convertir esa clase de cosas en una excusa *pa* la holgazanería o *pa* permitírselo *to*. Eso es lo que he hecho yo» , dice, « y he perdido mi tiempo y mi hacienda con gente que lo ha hecho *toavía* más que yo; pero espero que cuando yo no esté, Weller, pensarás en mí como era yo cuando no conocía a esa gente, y como era de *verdá* por mi naturaleza» . « Susan» , digo yo (me había *quedao* asustado con esto, Samivel; no te lo niego, hijo mío), « Susan» , digo yo, « has sido para mí una mujer muy buena, *to* junto; no digas *na* de eso; ten buen ánimo, querida mía; y vivirás lo bastante como *pa* ver *toavía* cómo le parto la cabeza a ese Stiggins.» Sonrió al oírlo, Samivel —dijo el viejo, ahogando un suspiro con la pipa—, pero se murió, después de *to*.

—Bueno —dijo Sam, aventurándose a ofrecer un pequeño consuelo familiar al cabo de tres o cuatro minutos, que el viejo consumió en sacudir lentamente la cabeza de un lado para otro y fumando con solemnidad—; bueno, padre, *toos* tenemos que pasar por eso, un día u otro.

—Eso es, Sammy —dijo el señor Weller padre.

—Hay una providencia en *to* —dijo Sam.

—Claro que la hay —contestó su padre, asintiendo gravemente—. ¿Qué sería sin esto de los empresarios de pompas fúnebres, Sammy?

Perdido en el inmenso campo de conjeturas abierto por tal reflexión, el viejo señor Weller dejó la pipa en la mesa y atizó el fuego con rostro meditativo.

Mientras el viejo estaba así ocupado, una cocinera de muy buen ver, vestida de luto, y que había estado enredando por el bar, se deslizó dentro del cuarto y, lanzando muchos gestos de reconocimiento hacia Sam, se situó silenciosamente tras el respaldo del asiento de su padre y anunció su presencia con una leve tos que, al no ser tenida en cuenta, fue seguida por otra más sonora.

—¡Hola! —dijo el viejo señor Weller, dejando caer el atizador al volver la mirada y retirando apresuradamente el asiento—. ¿Qué pasa ahora?

—Tome una taza de té, ande, sea bueno —replicó mimosamente la de buen ver.

—No quiero —contestó el señor Weller, de modo un tanto estrepitoso—, váyase… —El señor Weller se dominó rápidamente y añadió a media voz—: … a la cocina.

—¡Ay, pobre de mí! ¡Cómo cambia a la gente la adversidad! —dijo la señora, levantando los ojos al cielo.

—Son los únicos, esta y el médico, que podrían cambiarme de manera de ser

—murmuró el señor Weller.

—Realmente, nunca he visto un hombre de tan mal humor —dijo la de buen ver.

—No se preocupe. Es *to pa* mi bien; que es la reflexión con que el colegial castigado consolaba sus sentimientos cuando le daban azotes —replicó el viejo.

La de buen ver movió la cabeza con un aire compasivo y comprensivo; y, apelando a Sam, preguntó si su padre no debería realmente hacer un esfuerzo para mantenerse elevado, sin ceder a esa caída de humor.

—Ya ve usted, señor Samuel —dijo la de buen ver—, como le decía ayer, no tiene más remedio que sentirse solitario; no puede esperar otra cosa sino lo que tiene que ser, pero debería mantener el ánimo porque, pobre de mí, estoy segura de que todos lamentamos su desgracia y estamos dispuestos a hacer cualquier cosa por él; y no hay en la vida una situación tan mala, señor Samuel, que no se pueda arreglar. Es lo que me decía una persona muy digna cuando murió mi marido.

Y aquí la que hablaba, poniéndose la mano ante la boca, volvió a toser y miró afectuosamente al señor Weller padre.

—Puesto que ahora mismo no tengo *necesidá* de su conversación, señora, ¿tendrá la bondad de retirarse? —preguntó el señor Weller con voz grave y firme.

—Bueno, señor Weller —dijo la de buen ver—; se lo decía solamente por cariño.

—Muy probable, señora —contestó el señor Weller—. Sam, acompaña a la puerta a la señora y cierra cuando salga.

La sugerencia no quedó perdida para la de buen ver, pues dejó el cuarto inmediatamente con un gran portazo, con lo cual el señor Weller padre, arrellanándose en la silla con abundante sudor, dijo:

—Sammy, si me quedo aquí solo, durante una semana, una semana *na* más, hijo mío, esa mujer se casa conmigo por fuerza y violencia antes que pase ese tiempo.

—¡Cómo! ¿Tanto le quiere? —preguntó Sam.

—¡Que si me quiere! —replicó su padre—. No la puedo tener *alejá* de mí. Si estuviera encerrado en un cofre a prueba de incendios con cerradura *patentá*, ya encontraría un medio *pa* alcanzarme, Sammy.

—¡Qué cosa es que le busquen a uno! —observó Sam, sonriendo.

—No estoy orgulloso con eso, Sammy —contestó el señor Weller, removiendo el fuego con vehemencia—; es una situación horrible. En *realidá*, no puedo seguir en mi propia casa. Apenas se había *quedao* sin aliento el cuerpo de tu pobre madrastra, cuando una vieja me manda un tarro de mermelada, y otra un tarro de jalea, y otra me cuece un maldito cacharro de manzanilla y me lo trae con sus propias manos.

El señor Weller se detuvo, con cara de intensa repugnancia, y, mirando a su alrededor, añadió en un susurro:

—Eran viudas, Sammy, *toas* ellas, menos la de la manzanilla, que era una soltera de cincuenta y tres años.

Sam lanzó una mirada risueña en respuesta, y el viejo, después de partir un obstinado trozo de carbón con rostro tan serio y perverso como si hubiera sido la cabeza de una de las viudas recién mencionadas, dijo:

—En una palabra, Sammy, me parece que no estoy seguro en ninguna parte más que en el pescante.

—¿Cómo está *usté* ahí más seguro que en otro sitio? —interrumpió Sam.

—Porque un cochero es un individuo *privilegiao* —contestó el señor Weller, mirando fijamente a su hijo—; porque un cochero puede estar en los términos más amistosos con *toas* las mujeres a ochenta millas a la redonda y, sin embargo, nadie pensará nunca que se va a casar con ninguna de ellas. ¿Y qué otro hombre puede decir lo mismo, Sammy?

—Bueno, hay algo de *verdá* en eso —dijo Sam.

—Si tu amo hubiera sido cochero —razonó el señor Weller—, ¿te imaginas que aquel *jurao* le habría condenado nunca, suponiendo posible que el asunto hubiera *llegao* a ese extremo? No se habrían atrevido.

—¿Por qué no? —dijo Sam, bastante en contra.

—¡Porque no! —remachó el señor Weller—; porque hubiera ido contra sus conciencias. Un cochero auténtico es una especie de eslabón intermedio entre la soltería y el matrimonio, y cualquier hombre experto lo sabe muy bien.

—¡Cómo! ¿Quiere *usté* decir que son predilectos de *to* el mundo, y nadie se aprovecha de ellos, quizá? —dijo Sam.

Su padre asintió con la cabeza.

—Cómo habrá podido llegar hasta ahí —continuó el viejo Weller—, no sé decir. Bueno, ocurre que los cocheros de larga distancia tienen tales maneras de seducir, y siempre les consideran mucho (les adoran, podría decir) *toas* las jóvenes en *toas* las ciudades por donde pasa; no sé. Solo sé que es así. Es una regla de la naturaleza… un dispensario, como solía decir tu pobre madrastra.

—Una dispensa —dijo Sam, corrigiendo al viejo.

—Bueno, Samivel, una dispensa si te parece mejor —contestó el señor Weller —; yo lo llamo un dispensario, y siempre está escrito así en los sitios donde te dan medicina gratis en tu propia botella; eso es *to*.

Tras estas palabras, el señor Weller volvió a llenar y encender la pipa y, tomando una vez más una expresión de rostro meditativa, continuó así:

—Por eso, hijo mío, no veo la conveniencia de quedarme aquí *pa* casarme quiera o no; y, como al mismo tiempo, no quiero separarme del *to* de esos interesantes elementos de la *sociedá*, he llegado a la decisión de conducir la

diligencia *Seguridá*, y volver a parar otra vez en La Bella Salvaje, que es mi elemento natural de nacimiento, Sammy.

—¿Y qué va a pasar con el negocio? —preguntó Sam.

—El negocio, Samivel —contestó el viejo—, con la clientela, las reservas, y *to*, se venderá por contrato particular; y de ese dinero, doscientas libras, conforme a una petición que me hizo tu madrastra poco antes de morir, se invertirán a tu nombre en… ¿cómo se llaman esas cosas?

—¿Qué cosas? —preguntó Sam.

—Esas cosas que siempre están subiendo y bajando, en la City.

—¿Los ómnibus? —sugirió Sam.

—Tonterías —contestó el señor Weller—; esas cosas que siempre están *flutuando*, y enredándose de un modo o de otro con la deuda nacional, y los títulos del Tesoro, y *to* eso.

—¡Ah, los bonos del *Estao*! —dijo Sam.

—Eso es —asintió el señor Weller—; los *monos* del *Estao*; doscientas libras se invertirán *pa* ti, Samivel, en los *monos*; al cuatro y medio por ciento, *consolaos* amortizables, Sammy.

—Ha sido muy amable la vieja en pensar en mí —dijo Sam—, y se lo agradezco mucho.

—Lo demás se pondrá a mi nombre —siguió el viejo señor Weller—, y cuando me retiren de la carretera, pasará a ti, de manera que ten *cuidao* no te lo gastes *to* de una vez, hijo mío, y fíjate que ninguna viuda se huela tu fortuna, o estás *arreglao*.

Lanzada esta advertencia, el señor Weller volvió a tomar la pipa con una cara más tranquila; la revelación de estos asuntos parecía haber aliviado considerablemente su ánimo.

—Alguien llama a la puerta —dijo Sam.

—Déjale llamar —contestó su padre con dignidad. Sam se sometió a esta instrucción. Hubo otro golpe, y otro, y luego una larga serie de golpes; con lo cual Sam preguntó por qué no se dejaba entrar a quien llamara.

—Chist —susurró el señor Weller con cara de temor—; no te des por *enterao*, Sammy; quizá es alguna de las viudas.

Como no se respondía a los golpes, el visitante invisible, después de un breve intervalo, se atrevió a abrir la puerta y atisbar. No era una cabeza femenina la que se asomó por la puerta parcialmente abierta, sino los largos rizos negros y la cara roja del señor Stiggins. Al señor Weller se le cayó la pipa de las manos.

El reverendo abrió poco a poco la puerta, por grados casi imperceptibles, hasta que la abertura fue bastante ancha como para dejar pasar su flaco cuerpo; entonces se deslizó dentro del cuarto y cerró detrás con gran cuidado y suavidad. Volviéndose hacia Sam y elevando las manos y los ojos en señal de la

inexpresable tristeza con que consideraba la calamidad que había caído en la familia, acercó la butaca de respaldo alto a su antiguo rincón junto al fuego y, sentándose en el mismo borde, sacó un pañuelo pardo y se lo llevó al aparato visual.

Mientras esto ocurría, el señor Weller padre se arrellanaba en su asiento, con los ojos muy abiertos, las manos en las rodillas y todo su rostro expresando un absorbente y abrumador asombro. Sam seguía sentado enfrente de él, en perfecto silencio, esperando con ávida curiosidad el desenlace de la escena.

El señor Stiggins mantuvo varios minutos ante los ojos el pañuelo pardo, gimiendo adecuadamente mientras tanto, y luego, dominando sus sentimientos con un recio esfuerzo, se lo metió en el bolsillo y se abotonó.

—¡Ah, mi joven amigo! —dijo el señor Stiggins, rompiendo el silencio con voz muy grave—; ¡esta sí que es una aflicción terrible!

Sam asintió muy levemente.

—¡Y también para el hijo de la ira! —añadió el señor Stiggins—; ¡esto hace sangrar el corazón hasta de un vaso de maldad!

El señor Weller padre fue oído por su hijo cómo murmuraba algo relativo a hacer sangrar la nariz de un vaso de bondad, pero el señor Stiggins no lo oyó.

—¿Sabe usted, joven —susurró el señor Stiggins, acercando su asiento al de Sam—, si ha dejado algo a Emmanuel?

—¿Quién es ese? —preguntó Sam.

—La capilla —contestó el señor Stiggins—; nuestra capilla, nuestro redil, señor Samuel.

—No ha *dejao na* al redil: ni al pastor, ni a las ovejas —dijo Sam con decisión —; ni tampoco a los perros.

El señor Stiggins lanzó una mirada astuta a Sam; echó una ojeada al viejo, que estaba con los ojos cerrados, como si durmiera; y acercando más su asiento, dijo:

—¿Y nada para mí, señor Samuel?

Sam sacudió la cabeza.

—Me parece que hay algo —dijo Stiggins, poniéndose todo lo pálido que él se podía poner—; fíjese bien, señor Samuel; ¿ni un pequeño recuerdo?

—Ni por el valor de ese viejo paraguas suyo —contestó Sam.

—Quizá —dijo el señor Stiggins, de modo vacilante, al cabo de unos momentos de profunda meditación—, ¿quizá me ha recomendado al cuidado del hijo de la ira, señor Samuel?

—Me parece que es muy probable, por lo que él decía —asintió Sam—; ahora mismo estaba hablando de *usté*.

—¿Ah, de veras? —exclamó Stiggins, iluminándose—. ¡Ah!, habrá cambiado, estoy seguro. Ahora podríamos vivir juntos muy a gusto, ¿eh, señor Samuel? Yo podría tener cuidado de sus propiedades cuando ustedes están fuera; buen

cuidado, ya comprende.

Lanzando un profundo suspiro, el señor Stiggins se detuvo esperando respuesta. Sam asintió con la cabeza, y el señor Weller padre se desahogó en un extraordinario sonido que, no siendo gemido, ni gruñido, ni bostezo, ni refunfuño, parecía participar en cierto modo del carácter de las cuatro cosas.

El señor Stiggins, animado por este ruido, que entendió que indicaba remordimiento o arrepentimiento, le observó, se frotó las manos, lloró, sonrió, volvió a llorar, y luego, atravesando silenciosamente el cuarto hasta un armario de buen recuerdo, en un rincón, sacó un vaso y con gran sosiego puso en él cuatro terrones de azúcar. Llegado hasta ese punto, volvió a mirar a su alrededor y suspiró tristemente; luego, se acercó suavemente al mostrador y, volviendo con el vaso medio lleno de ron de piña, avanzó hacia el recipiente de agua que hervía alegremente en el fuego, diluyó su brebaje, lo removió, lo probó, se sentó y, dando un largo y animoso sorbo al ron con agua, se detuvo a tomar aliento.

El señor Weller padre, que todavía continuaba haciendo diversos extraños y toscos intentos de parecer dormido, no lanzó una sola palabra durante estos acontecimientos, pero cuando Stiggins se detuvo a tomar aliento, se lanzó como una flecha sobre él y, arrebatándole el vaso de la mano, le tiró a la cara el resto del ron con agua, echando el vaso a la chimenea. Luego, agarrando firmemente al reverendo por el cuello de la chaqueta, empezó de pronto a darle golpes con toda furia, acompañando cada aplicación de su bota alta a la persona del señor Stiggins con diversos e incoherentes anatemas contra sus miembros, ojos y cuerpo.

—Sammy —dijo el señor Weller—; ponme el sombrero bien *ajustao*.

Sam, obediente, ajustó con mayor firmeza en la cabeza de su padre el sombrero con la larga cinta negra, y el viejo, volviendo a sus puntapiés con mayor agilidad que antes, salió a tropezones con el señor Stiggins a través del bar y del pasillo hasta la puerta de la casa y hasta la calle; continuando durante todo el camino las patadas, que aumentaban en vehemencia, en vez de disminuir, cada vez que se elevaba la bota alta.

Fue un hermoso y reconfortante espectáculo ver al hombre de la nariz roja retorciéndose aferrado por el señor Weller, mientras todo su cuerpo temblaba de angustia cuando un puntapié seguía a otro en rápida sucesión; fue un espectáculo aún más emocionante observar cómo el señor Weller, después de una poderosa batalla, sumergió la cabeza del señor Stiggins en un abrevadero lleno de agua, sujetándole allí hasta que estuvo medio ahogado.

—¡Ya está! —dijo el señor Weller, disparando toda su energía en un puntapié complicadísimo, cuando por fin permitió al señor Stiggins retirar la cabeza del abrevadero—. ¡Mándeme uno de esos pastores holgazanes, y primero le haré gelatina y luego le ahogaré! Sammy, ayúdame a entrar y lléname un vasito de aguardiente. Estoy sin aliento, hijo mío.

LIII

QUE INCLUYE EL MUTIS FINAL DE LOS SEÑORES JINGLE Y JOB TROTTER; CON UNA GRAN MAÑANA DE NEGOCIOS EN GRAY'S INN SQUARE; Y QUE CONCLUYE CON UNA DOBLE LLAMADA A LA PUERTA DEL SEÑOR PERKER

Cuando Arabella, después de alguna amable preparación y diversas seguridades de que no había la menor ocasión para desanimarse, fue informada al fin por el señor Pickwick del resultado insatisfactorio de su visita a Birmingham, prorrumpió en llanto y, sollozando ruidosamente, lamentó en términos conmovedores haber sido la causa desdichada de cualquier distanciamiento entre el padre y el hijo.

—Querida mía —dijo bondadosamente el señor Pickwick—; no es culpa suya. Era imposible prever que ese señor estuviera tan firmemente decidido en contra del matrimonio de su hijo, ya lo sabe. Estoy seguro —añadió el señor Pickwick, lanzando una ojeada a su linda cara— de que no puede tener idea del placer de que se priva.

—Ah, mi querido señor Pickwick —dijo Arabella—, ¿qué vamos a hacer si él sigue irritado con nosotros?

—Pues esperar con paciencia, querida mía, hasta que lo piense mejor —contestó el señor Pickwick de buen humor.

—Pero, señor Pickwick, ¿qué va a ser de Nathaniel si su padre le retira su ayuda? —apremió Arabella.

—En ese caso, cariño mío —replicó el señor Pickwick—, me atrevo a profetizar que encontrará algún otro amigo que no rehusará ayudarle a lanzarse por el mundo.

El significado de esta respuesta no estaba tan disimulado por el señor Pickwick como para que no lo entendiera Arabella, que, echándole los brazos al cuello, le besó afectuosamente y sollozó con más ruido que antes.

—Vamos, vamos —dijo el señor Pickwick, estrechándole la mano—, esperaremos aquí unos días más, a ver si escribe o acusa recibo, de algún otro modo, de la noticia enviada por su marido. Si no es así, he pensado una docena de planes, cualquiera de los cuales les haría felices enseguida. ¡Vamos, Arabella, vamos!

Con estas palabras, el señor Pickwick oprimió suavemente la mano de Arabella y le rogó que se secara los ojos y no trastornara a su marido. Con lo cual, Arabella, que era una de las mejores criaturas del mundo, guardó el pañuelo en el bolso y, para cuando llegó Winkle a estar con ellos, exhibía en todo su esplendor las mismas sonrisas fulgurantes y los mismos ojos chispeantes que le habían cautivado al principio.

« Esta situación es lamentable para estos jóvenes —pensó el señor Pickwick al

vestirse a la mañana siguiente—. Me acercaré a ver a Perker, para consultarle sobre el asunto.»

Como el señor Pickwick, además, estaba animado por el ansioso deseo de ir a Gray's Inn Square a arreglar las cuentas con el bondadoso abogadito, sin mayor dilación, desayunó deprisa, y realizó su intención a tal velocidad que no habrán dado las diez cuando llegó a Gray's Inn.

Faltaban todavía diez minutos para la hora cuando subió la escalera donde estaban las habitaciones del señor Perker.

Los pasantes no habían llegado todavía, y él mató el tiempo mirando por la ventana de la escalera.

La saludable luz de una hermosa mañana de octubre hacía aclararse un poco hasta a las viejas casas negruzcas; algunas de las polvorientas ventanas, efectivamente, tenían un aspecto casi alegre al reflejar los rayos del sol. Iban llegando deprisa un escribiente tras otro, por alguna de las entradas, y al mirar el reloj de Gray's Inn Hall, aceleraban o reducían la velocidad de sus pasos, conforme a la hora en que comenzaban nominalmente sus horarios de oficina; los de las nueve y media, repentinamente, se volvían muy ágiles, mientras que los señores de las diez adoptaban un paso de la más aristocrática lentitud. El reloj dio las diez, y los escribientes acudieron más deprisa que nunca, cada cual más sudoroso que el anterior. El ruido de las puertas, al abrirse y cerrarse, se repetía en ecos por todas partes; aparecían cabezas en todas las ventanas como por arte de magia; los recaderos recibían sus encargos para el día; las andrajosas mujeres de la limpieza se iban deprisa; el cartero corría de casa en casa; toda la colmena jurídica estaba en pleno trabajo.

—Ha madrugado, señor Pickwick —dijo una voz detrás de él.

—Ah, señor Lowten —contestó aquel, volviéndose y reconociendo a su antiguo amigo.

—¿Buen paseo para entrar en calor, no? —dijo Lowten, sacando del bolsillo un llavín de seguridad con una pequeña funda para defenderlo del polvo.

—Parece que usted también lo nota —asintió el señor Pickwick sonriendo al pasante, que estaba literalmente al rojo.

—He venido bastante deprisa, de veras —contestó Lowten—. Cuando pasé por el Polígono, daba la media. De todas maneras, he llegado antes que él, así que no me importa.

Consolándose con esta reflexión, el señor Lowten sacó la llave de la funda, abrió la puerta, volvió a enfundar y guardar la llave y, recogiendo las cartas que el cartero había dejado caer por el buzón, introdujo al señor Pickwick al despacho.

Allí, en un abrir y cerrar de ojos, se quitó la casaca, se puso un indumento ajado que sacó de un pupitre, colgó el sombrero, sacó unas cuantas hojas de papel de barba y de secante, en capas alternativas, y, poniéndose una pluma en la

oreja, se frotó las manos con aire de infinita satisfacción.

—Ya ve, señor Pickwick; ahora estoy completo. Me he puesto la chaqueta de trabajo y he sacado la carpeta; de modo que puede venir él en cuanto quiera. ¿No tendrá usted encima un pellizco de rapé, eh?

—No, no tengo —contestó el señor Pickwick.

—Lo siento —dijo Lowten—. No se preocupe. Bajaré dentro de un rato a buscar una botella de seltz. ¿No tengo los ojos un poco irritados, señor Pickwick?

El individuo interpelado inspeccionó desde lejos los ojos del señor Lowten, y expresó su opinión de que no se percibía ninguna extrañeza insólita en esos rasgos.

—Me alegro —dijo Lowten—. Anoche lo pasamos muy bien en el Tocón, y esta mañana me encuentro un poco extraño. Perker se ha ocupado de ese asunto suyo, por cierto.

—¿Qué asunto? —preguntó el señor Pickwick—. ¿Las costas de la señora Bardell?

—No, no me refiero a eso —contestó el señor Lowten—; lo de sacar a aquel hombre por quien pagamos las deudas al cincuenta por ciento al que acepta las letras, por cuenta de usted; ya sabe, para sacarle de la cárcel de Fleet y mandarle a Demerara.[89]

—¿Ah, el señor Jingle? —dijo el señor Pickwick apresuradamente—. Sí. ¿Y bien?

—Pues que todo está arreglado —dijo Lowten, afilando la pluma—. El agente de Liverpool dijo que le había quedado muy agradecido muchas veces cuando usted estaba en sus negocios, y que estaría encantado de aceptarle por su recomendación.

—Está muy bien —dijo el señor Pickwick—; me alegro mucho de saberlo.

—Pero oiga —continuó Lowten, raspando la pluma para volverle a abrir unos puntos nuevos—: ¡qué hombre más tonto es el otro!

—¿Cuál otro?

—Pues ese criado, o amigo, o lo que sea; ya le conoce usted: Trotter.

—¡Ah! —dijo el señor Pickwick, con una sonrisa—; siempre le había creído lo contrario.

—Bueno, yo también, por lo poco que le había visto —contestó Lowten—; y eso no demuestra sino que es muy fácil que uno se engañe. ¿Qué le parece a usted eso de que también se vaya a Demerara?

—¡Cómo! ¿Renunciando a lo que le ofrecían aquí? —exclamó el señor Pickwick.

—Rechazó como si fuera una porquería la oferta de Perker de dieciocho chelines por semana, con un aumento si se portaba bien —contestó Lowten—. Dijo que tenía que irse con el otro, así que convencieron a Perker para que volviera a escribir, y le han encontrado algo en el mismo sitio; no tan bueno, dice

Perker, como lo que le darían a un forzado en Nueva Gales del Sur si se presentase ante el tribunal con traje nuevo.

—¡Qué hombre más loco! —dijo el señor Pickwick con los ojos brillantes—. ¡Qué hombre más loco!

—Ah, es peor que locura; es verdadera bajeza, ya sabe —contestó Lowten, sacando los puntos a la pluma con cara despectiva—. Dice que es el único amigo que ha tenido nunca, y que está muy unido a él, y todo eso. La amistad es una cosa muy buena, a su modo; en el Tocón, por ejemplo, somos todos muy amigos y estamos muy a gusto, tomando el grog, aunque cada cual paga lo suyo; pero nada de eso de hacerse daño por otro, ya, se sabe. Nadie debería tener más que dos cariños: lo primero, por uno, que es el número uno; lo segundo, por las señoras; eso es lo que digo yo, ¡ja, ja!

Lowten concluyó con una carcajada, medio alegre, medio burlona, que quedó cortada prematuramente por el ruido de los pasos de Perker en las escaleras, ante cuya inminencia se encaramó en su banqueta alta con gran agilidad y se puso a escribir intensamente.

Los saludos entre el señor Pickwick y su consejero legal fueron cálidos y cordiales; sin embargo, apenas el cliente estaba bien instalado en la butaca ante el abogado, cuando se oyó un golpe en la puerta y una voz preguntó si estaba el señor Perker.

—¡Escuche! —dijo Perker—. Ese es uno de nuestros amigos vagabundos; el propio Jingle, señor Pickwick. ¿Quiere verle?

—¿Qué cree usted? —preguntó el señor Pickwick, vacilante.

—Sí, creo que sería lo mejor. A ver, señor como se llame, ¿quiere pasar?

Obedeciendo a esta invitación nada ceremoniosa, Jingle y Job entraron en el despacho, pero, al ver al señor Pickwick, se detuvieron bruscamente con cierta confusión.

—Bueno —dijo Perker—, ¿no conocen a este señor?

—Tenemos buenas razones —contestó Jingle, dando un paso adelante—. El señor Pickwick… el más profundo agradecimiento… me salvó la vida… me ha hecho un hombre… jamás se arrepentirá, señor.

—Me alegro de que lo diga —dijo el señor Pickwick—. Tiene mejor aspecto.

—Gracias a usted… gran cambio… la cárcel de Su Majestad… un sitio pernicioso… mucho —dijo Jingle, moviendo la cabeza.

Iba vestido de modo limpio y decente, y lo mismo Job, que estaba derecho e inmóvil detrás de él, mirando al señor Pickwick sin mover un músculo del rostro.

—¿Cuándo se van a Liverpool? —preguntó, medio aparte, el señor Pickwick a Perker.

—Esta tarde a las siete, señor —dijo Job, dando un paso adelante—. En la diligencia mixta que sale de la City.

—¿Han reservado sus asientos?

—Sí, señor —contestó Job.

—¿Está completamente decidido a ir?

—Sí, señor —contestó Job.

—En relación con la ropa que era necesaria para Jingle —dijo Perker, dirigiéndose al señor Pickwick en voz alta—, me he permitido hacer un arreglo para deducir una pequeña suma de su salario trimestral, durante un año, que, si se envía con regularidad, cubrirá ese gasto. Desapruebo enteramente hacer por él cualquier cosa, señor Pickwick, que no dependa de su propia actividad y buena conducta.

—Claro está —interrumpió Jingle con gran firmeza—; cabeza clara… hombre de mundo… mucha razón… perfectamente.

—Por el arreglo con su acreedor, por sacar sus trajes empeñados, por ayudarle en la cárcel y pagarle el pasaje —continuó Perker, sin hacer caso de la observación de Jingle—, usted ha perdido más de cincuenta libras.

—No las ha perdido —dijo Jingle apresuradamente—. Lo pagaré todo… me aplicaré al trabajo… enviaré fondos… hasta el último penique. Quizá, la fiebre amarilla… no tiene remedio… si no…

Aquí Jingle se detuvo y, golpeando con gran violencia la copa del sombrero, se pasó la mano por los ojos y se sentó.

—Quiere decir —dijo Job, avanzando unos pasos— que, si no se le lleva la fiebre, lo pagará todo. Si vive, lo hará, señor Pickwick. Yo miraré que lo haga. Sé que lo hará —dijo Job con energía—; podría jurarlo.

—Bueno, bueno —dijo el señor Pickwick, que había fruncido el ceño hacia Perker varias docenas de veces para que dejara de proclamar la lista de sus beneficios, sin que el abogadito dejara de desobedecerle—; tendrá que cuidarse de no volver a jugar más partidas desesperadas de críquet, señor Jingle, ni renovar su amistad con sir Thomas Blazo; y entonces no tengo ninguna duda de que conservará la salud.

El señor Jingle sonrió ante esta salida, pero, sin embargo, con aire ridículo; de modo que el señor Pickwick cambió de tema diciendo:

—¿No sabe por casualidad qué fue de otro amigo suyo… uno más humilde, a quien vi en Rochester?

—¿El funesto Jemmy? —preguntó Jingle.

—Sí.

Jingle movió la cabeza.

—Bribón listo… muchacho extraño… genio de la impostura… hermano de Job.

—¡Hermano de Job! —exclamó el señor Pickwick—. Bueno, ahora que le miro de cerca, se parece muchísimo.

—Siempre nos consideraban iguales, señor Pickwick —dijo Job con un fulgor de malicia en sus ojos—, solo que yo era realmente de carácter serio y él nunca

lo fue. Emigró a América a consecuencia de que por aquí lo buscan demasiado para que pudiera estar a gusto; y desde entonces no se ha sabido de él.

—Eso explica por qué no he recibido la « página de la novela de la vida real» que me prometió una mañana que parecía proyectar suicidarse en el puente de Rochester,[90] supongo —dijo el señor Pickwick, sonriendo—; no necesito preguntar si esa actitud lúgubre era natural o fingida.

—Era capaz de fingir cualquier cosa —dijo Job—. Puede usted considerarse muy afortunado por haber escapado de él con tanta facilidad. Tratado con intimidad, habría sido un conocido más peligroso que… —Job miró a Jingle, vaciló, y añadió por fin—: … que… que yo mismo.

—Una familia prometedora la suya, señor Trotter —dijo Perker, sellando una carta que acababa de escribir.

—Sí, señor —dijo Job—, mucho.

—Bueno —dijo el hombrecito, riendo—, espero que usted la deshonre. Entregue esta carta al agente cuando llegue a Liverpool, y permítanme aconsejarles, señores, que no sean demasiado listos en las Indias Occidentales. Si desperdician esta ocasión, merecerán de sobra que los ahorquen, como confío sinceramente que les ocurrirá. Y ahora será mejor que nos dejen solos al señor Pickwick y a mí, porque tenemos otros asuntos que tratar y el tiempo es precioso.

Y al decir esto, Perker miraba hacia la puerta con evidente deseo de hacer la despedida tan breve como fuera posible.

Fue muy breve por parte de Jingle. En pocas palabras apresuradas, agradeció al abogadito la amabilidad y prontitud con que había prestado su ayuda y, volviéndose hacia su bienhechor, se quedó parado unos segundos como indeciso sobre qué decir o hacer. Job Trotter le evitó esa perplejidad; pues, con una reverencia humilde y agradecida hacia el señor Pickwick, tomó suavemente del brazo a su amigo y le llevó hacia la salida.

—¡Buena pareja! —dijo Perker cuando cerraron la puerta.

—Espero que lleguen a serlo —contestó el señor Pickwick—. ¿Qué piensa? ¿Hay alguna probabilidad de que lleguen a corregirse para siempre?

Perker se encogió dubitativamente de hombros, pero al observar la cara ansiosa y decepcionada del señor Pickwick, asintió:

—Claro que hay probabilidad. Espero que vaya de veras. Ahora están indiscutiblemente arrepentidos; pero ya comprende que tienen encima muy frescos los recuerdos de unos sufrimientos muy recientes. Qué puede ser de ellos, cuando eso se borre, es un problema que no podemos resolver ni usted ni yo. De todas maneras, querido señor Pickwick —añadió Perker, poniendo la mano en el hombro del señor Pickwick—, su objetivo es igualmente honroso, cualquiera que sea el resultado. Esa otra clase de beneficencia tan cauta y previsora que raramente se ejerce para no ser engañado y herido en el amor propio, no sé si es auténtica caridad o su ficción mundana; se lo dejo a otras

cabezas más inteligentes que la mía, para que lo determinen. Pero aunque estos dos fueran a cometer mañana mismo un robo con escalo, mi opinión sobre la acción de usted sería igualmente alta.

Con estas observaciones, pronunciadas en un tono mucho más animado y vehemente de lo acostumbrado entre los abogados, Perker acercó su asiento a la mesa y escuchó el relato del señor Pickwick sobre la obstinación del viejo señor Winkle.

—Dele una semana —dijo Perker, moviendo la cabeza con aire profético.

—¿Cree usted que acabará por ceder? —preguntó el señor Pickwick.

—Creo que sí —asintió Perker—. Si no, tendremos que probar la capacidad de persuasión de la joven señora; y eso es lo primero que habría hecho cualquiera que no fuera usted.

El señor Perker tomaba una pulgarada de rapé con diversas muecas grotescas, en elogio de los poderes persuasivos que poseen las señoras jóvenes, cuando se oyó en el despacho de fuera un murmullo de preguntas y respuestas, y Lowten llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó el abogadito.

Entró el pasante y cerró la puerta detrás de sí con gran misterio.

—¿Qué pasa? —preguntó Perker.

—Le quieren ver.

—¿Quién me quiere ver?

Lowten miró al señor Pickwick y tosió.

—¿Quién me quiere ver? ¿No puede hablar, señor Lowten?

—Pues, señor Perker —contestó Lowten—, es Dodson; y Fogg viene con él.

—¡Pobre de mí! —dijo el abogadito, mirando el reloj—; les cité para que estuvieran aquí a las once y media, para arreglar ese asunto suyo, Pickwick. Les había dado un compromiso escrito, sobre el cual ellos le hicieron poner en libertad; es una situación muy incómoda, querido señor Pickwick. ¿Qué quiere hacer usted? ¿Desea pasar a la habitación de al lado?

Como la habitación de al lado era precisamente donde estaban los señores Dodson y Fogg, el señor Pickwick contestó que se quedaría donde estaba; sobre todo, dado que los señores Dodson y Fogg tendrían que avergonzarse de mirarle a la cara, y no él de verles a ellos. Esta última circunstancia se la hizo notar al señor Perker con rostro ardiente y diversas muestras de indignación.

—Muy bien, señor, muy bien —contestó Perker—; solo puedo decir que si usted espera que Dodson y Fogg muestren algún síntoma de vergüenza o de confusión en la cara al tener que mirarle a usted, o a cualquier otra persona, es usted el hombre más obstinado en sus expectaciones que he conocido jamás. Hágales entrar, señor Lowten.

Lowten desapareció sonriendo e inmediatamente volvió haciendo entrar a la firma legal, en su debido orden de precedencia: primero Dodson, y luego Fogg.

—¿Han visto al señor Pickwick, supongo? —dijo Perker a Dodson, inclinando la pluma en dirección a donde estaba sentado este señor.

—¿Cómo está usted, señor Pickwick? —dijo Dodson en voz alta.

—¡Ah, vaya, vaya! —gritó Fogg—; ¿cómo está usted, señor Pickwick?

—Espero que estará bien. Me parecía conocer esa cara —dijo Dodson, acercando una silla y mirando a su alrededor con una sonrisa.

El señor Pickwick inclinó muy ligeramente la cabeza en respuesta a esos saludos, y al ver que Fogg sacaba del bolsillo un rollo de papeles, se levantó y se dirigió a la ventana.

—No hay motivo para que se mueva el señor Pickwick, señor Perker —dijo Fogg, desatando la cinta roja que rodeaba el rollo y volviendo a sonreír con más dulzura que antes—. El señor Pickwick conoce perfectamente este asunto, me parece. No hay secretos entre nosotros. ¡Je, je, je!

—No muchos, me parece —dijo Dodson—. ¡Ja, ja, ja!

Luego los dos socios rieron juntos, de modo alegre y cordial, como es frecuente que hagan los que van a recibir dinero.

—Le haremos pagar al señor Pickwick por entrometido —dijo Fogg, con notable buen humor, al desenrollar los papeles—. El total de las costas y gastos es ciento treinta y tres libras, seis chelines y cuatro peniques, señor Perker.

Allí hubo gran confrontamiento de papeles y repaso de hojas, por parte de Fogg y Perker, después de su declaración de pérdidas y ganancias. Mientras tanto, Dodson dijo al señor Pickwick en tono afable:

—Me parece que está usted más delgado que la última vez que tuve el gusto de verle, señor Pickwick.

—Es posible, señor —contestó el señor Pickwick, que había estado centelleando con miradas de feroz indignación, sin producir el menor efecto en ninguno de los dos astutos profesionales—; creo que he adelgazado. En esta última temporada me han perseguido y molestado unos sinvergüenzas.

Perker tosió violentamente y preguntó al señor Pickwick si no le gustaría echar una mirada al periódico de la mañana. A esta pregunta, el señor Pickwick dio una decidida negativa.

—Es verdad —dijo Dodson—; ya imagino que le habrán molestado en la cárcel de Fleet. ¿Por dónde estaban sus habitaciones, señor Pickwick?

—Mi única habitación —contestó este agraviado caballero— estaba en el ala del café.

—¡Ah!, ¿de veras? —dijo Dodson—. Creo que es una parte muy agradable de ese establecimiento.

—Muy agradable —contestó secamente el señor Pickwick.

Había una frialdad en todo esto que, para un hombre de temperamento excitable, en tales circunstancias, tenía un influjo exasperante. El señor Pickwick, con esfuerzos colosales, dominó su cólera; pero cuando Perker extendió un

cheque por el total de la suma y Fogg lo depositó en una carterita con una sonrisa triunfal jugueteando por sus facciones gordezuelas, que se comunicó igualmente al severo rostro de Dodson, sintió que la sangre hormigueaba en sus venas de indignación.

—Ahora, señor Dodson —dijo Fogg, guardando la cartera y poniéndose los guantes—, estoy a sus órdenes.

—Muy bien —dijo Dodson, levantándose—; yo estoy dispuesto.

—He tenido mucho gusto —dijo Fogg hablando por el cheque— en haber conocido al señor Pickwick. Espero que no pensará tan mal de nosotros, señor Pickwick, como la primera vez que tuve el gusto de verle.

—Eso espero —dijo Dodson en el tono elevado de la virtud calumniada—. Ahora el señor Pickwick nos conoce mejor, confío; cualquiera que sea su opinión sobre los de nuestra profesión, deseo asegurarle, señor Pickwick, que no conservo mala voluntad ni sentimientos vengativos hacia usted por las opiniones que consideró oportuno expresar en nuestro despacho de Freeman's Court, Cornhill, en la ocasión a que se refería mi socio.

—Ah, no, no, yo tampoco —dijo Fogg en tono perdonador.

—Nuestra conducta, señor Pickwick —dijo Dodson—, hablará por sí misma, y espero que se justificará a sí misma en todas las ocasiones. Llevamos algunos años en la profesión, señor Pickwick, y nos hemos visto honrados con la confianza de muchos clientes excelentes. Muy buenos días, señor Pickwick.

—Buenos días, señor Pickwick —dijo Fogg.

Y diciendo esto, se metió el paraguas bajo el brazo, se quitó el guante derecho y extendió la mano para reconciliarse con ese indignadísimo caballero, el cual, al verlo, se metió las manos bajo los faldones de la casaca y miró al abogado con cara de asombro despectivo.

—¡Lowten! —gritó Perker en ese momento—. Abra la puerta.

—Espere un momento —dijo el señor Pickwick—. Perker, voy a hablar.

—Por favor, señor Pickwick, deje en paz las cosas como están —dijo el abogadito, que había pasado toda la entrevista en un estado de aprensión nerviosa —. Señor Pickwick, por favor…

—No me dejaré reducir al silencio, señor Perker —contestó apresuradamente el señor Pickwick—. Señor Dodson, usted me ha dirigido algunas observaciones.

Dodson se volvió, inclinó mansamente la cabeza y sonrió.

—Algunas observaciones —repitió el señor Pickwick, casi sin aliento—; y su socio me ha tendido la mano, y ambos han tomado un tono de perdón y de magnanimidad que constituye un extremo de desvergüenza para el que yo no estaba preparado, ni siquiera por parte de ustedes.

—¿Cómo, señor Pickwick? —exclamó Dodson.

—¿Cómo, señor Pickwick? —exclamó Fogg.

—¿Saben ustedes que he sido víctima de sus conjuraciones y conspiraciones? —continuó el señor Pickwick—. ¿Saben ustedes que yo soy el hombre a quien han encarcelado y robado? ¿Saben que ustedes eran los abogados de la demandante en «Bardell contra Pickwick»?

—Sí que lo sabemos —contestó Dodson.

—Por supuesto que lo sabemos —repitió Fogg, golpeándose el bolsillo, quizá por casualidad.

—Veo que lo recuerdan con satisfacción —dijo el señor Pickwick, intentando una risa maliciosa por primera vez en su vida, y fracasando notablemente en el intento—. Aunque hace mucho tiempo que deseo decirles en palabras corrientes cuál es mi opinión sobre ustedes, habría dejado pasar incluso esta ocasión, en deferencia a los deseos de mi amigo Perker, de no ser por el insoportable tono que han tomado ustedes y su insolente familiaridad. Digo insolente familiaridad, señor mío —dijo el señor Pickwick, volviéndose hacia Fogg con gesto tan fiero que le hizo retirarse hacia la puerta con gran rapidez.

—Tenga cuidado —advirtió Dodson, que, aun siendo el más voluminoso del grupo, se había atrincherado prudentemente detrás de Fogg y hablaba por encima de la cabeza de este con cara muy pálida—. Déjele que le ataque, señor Fogg; no le devuelva los golpes por ningún motivo.

—No, no, no se los devolveré —dijo Fogg, echándose un poco más atrás al decirlo, con evidente alivio de su socio, que de ese modo iba llegando poco a poco al antedespacho.

—Ustedes —continuó el señor Pickwick, retomando el hilo de su discurso— son una pareja bien avenida de ladrones bajos, delincuentes y estafadores.

—Bueno —interrumpió Perker—, ¿eso es todo?

—Es todo, resumido en estas palabras —asintió el señor Pickwick—: son unos ladrones, unos ruines y mezquinos estafadores.

—¡Ea, vamos! —dijo Perker en tono conciliatorio—. Señores, ya ha dicho todo lo que tenía que decir. Ahora váyanse, por favor. Lowten, ¿está abierta la puerta?

El señor Lowten, con un lejano risoteo, contestó de modo afirmativo.

—¡Vamos, vamos… buenos días, buenos días… ea, por favor, señores… señor Lowten, la puerta! —gritó el abogadito, empujando fuera del despacho a Dodson y Fogg, nada remisos—; por aquí, señores… por favor, no continúen esto… vamos, señor Lowten … la puerta… ¿por qué no hace caso?

—Si hay justicia en Inglaterra —dijo Dodson, mirando al señor Pickwick, mientras se ponía el sombrero—, lo pagará bien caro.

—Son ustedes un par de…

—Recuerde, señor, que esto lo pagará caro —dijo Fogg.

—… ¡ladrones, mezquinos estafadores! —continuó el señor Pickwick, sin hacer el menor caso a las amenazas que se le dirigían.

» ¡Ladrones! —gritó el señor Pickwick, corriendo a la escalera, mientras bajaban los dos abogados.

» ¡Ladrones! —gritó el señor Pickwick, desprendiéndose de Lowten y Perker para asomar la cabeza por la ventana de la escalera.

Cuando el señor Pickwick metió otra vez la cabeza, su rostro estaba sonriente y plácido; y, volviendo tranquilamente al despacho, declaró que ahora se había quitado un gran peso del ánimo y que se sentía completamente a gusto y feliz.

Perker no dijo nada hasta que dejó vacía la tabaquera, y mandó a Lowten que bajara a llenarla; entonces fue invadido por un ataque de risa que duró cinco minutos, a cuyo término dijo que debería estar muy irritado, pero que todavía no podía pensar en serio en aquel asunto; ya se irritaría cuando pudiera.

—Bueno, ahora —dijo el señor Pickwick—, tengo que arreglar cuentas con usted.

—¿Del mismo modo que con esos? —preguntó Perker, riendo otra vez.

—No precisamente —respondió el señor Pickwick, sacando la cartera y estrechando cordialmente la mano del abogadito—; quiero decir solo arreglar cuentas de dinero. Usted ha tenido conmigo muchas amabilidades que jamás podré pagar, y no deseo pagarlas, pues prefiero seguirle agradecido.

Con este prefacio, los dos amigos se sumergieron en unas cuentas y recibos muy complicados, que, una vez que Perker recorrió y mostró debidamente al señor Pickwick, fueron pagados por este con muchas declaraciones de estima y amistad.

Apenas habían llegado a este punto, cuando se oyó que golpeaban a la puerta del modo más violento y sobrecogedor; no era una llamada doble corriente, sino una sucesión constante e ininterrumpida de los más sonoros golpes singulares, como si quien llamaba estuviera dotado de movimiento perpetuo, o como si a la persona de fuera se le hubiera olvidado dejar de llamar.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso? —exclamó Perker, sobresaltado.

—Creo que llaman a la puerta —dijo el señor Pickwick, como si pudiera haber la menor duda sobre el asunto. El llamador dio una respuesta más enérgica que la que podrían haber dado todas las palabras posibles, pues continuó martillando con fuerza y ruido sorprendentes, sin un momento de pausa.

—¡Pobre de mí! —dijo Perker, agitando su campanilla—. Vamos a alarmar a toda la casa. Señor Lowten, ¿no oye que llaman?

—Iré a abrir la puerta dentro de un momento, señor Perker —contestó el pasante.

El llamador pareció oír la respuesta y afirmar que le era absolutamente imposible esperar tanto tiempo. Hizo oír un estrépito impresionante.

—Es terrible —dijo el señor Pickwick, tapándose los oídos.

—Dese prisa, señor Lowten —gritó Perker—, van a echar abajo las puertas.

El señor Lowten, que se estaba lavando las manos en un cuartito oscuro,

corrió a la puerta y, haciendo girar el pestillo, observó la aparición que se describe en el capítulo siguiente.

LIV

QUE CONTIENE ALGUNOS DETALLES RELATIVOS A LOS ALDABONAZOS Y OTROS ASUNTOS; ENTRE LOS CUALES NO DEJAN DE TENER IMPORTANCIA PARA ESTA HISTORIA CIERTAS INTERESANTES REVELACIONES RELATIVAS AL SEÑOR SNODGRASS Y A UNA SEÑORITA

El objeto que se presentó a los ojos del asombrado pasante, fue un muchacho —un muchacho maravillosamente gordo— vestido de criado, y muy derecho sobre el felpudo, pero con los ojos cerrados como si durmiera. Él nunca había visto un muchacho tan gordo, ni dentro ni fuera de una barraca ambulante; y ello, unido al sosiego y reposo de su aspecto, tan absolutamente diferente de lo que se podía haber esperado de modo razonable en quien infligía tales golpes, le llenó de asombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó el pasante.

El portentoso muchacho no contestó ni una palabra; pero asintió una vez con la cabeza y, a juicio del pasante, pareció roncar débilmente.

—¿De dónde viene? —preguntó el pasante.

El muchacho no hizo ni un signo. Respiró pesadamente, pero en todos los demás aspectos siguió inmóvil.

El pasante repitió tres veces la pregunta y, al no recibir respuesta, se disponía a cerrar la puerta, cuando el muchacho abrió los ojos de repente, parpadeó varias veces, estornudó una vez y levantó la mano como para reanudar los golpes de aldabón. Al encontrar abierta la puerta, miró a su alrededor con asombro, y por fin fijó los ojos en la cara del señor Lowten.

—¿Por qué demonios llama de esta manera? —preguntó el pasante irritado.

—¿De qué manera? —dijo el muchacho con voz lenta y adormilada.

—Pues como cuarenta cocheros de punto —contestó el pasante.

—Porque el amo dijo que no dejara de llamar hasta que abrieran la puerta, no me fuera a quedar dormido —dijo el muchacho.

—Bueno —dijo el pasante—, ¿qué recado trae?

—Está abajo —contestó el muchacho.

—¿Quién?

—El amo. Quiere saber si están aquí.

Lowten consideró oportuno, en este punto, mirar por la ventana. Al ver un coche abierto con un caballero corpulento de cierta edad que miraba hacia arriba con ansiedad, se atrevió a hacerle una señal; con lo cual este bajó del coche de un salto.

—¿Ese es su amo, el del coche, supongo? —dijo Lowten.

El muchacho asintió.

Cualquier pregunta ulterior quedó sobreseída por la aparición del viejo

Wardle, quien, después de subir corriendo y reconocer apenas a Lowten, pasó inmediatamente al despacho del señor Perker.

—¡Pickwick! —dijo el viejo—. ¡Deme la mano, muchacho! ¿Por qué no me he enterado hasta anteayer que consintió que le encerraran en la cárcel? ¿Y cómo lo consintió usted, Perker?

—No lo pude evitar, querido señor Wardle —contestó Perker, con una sonrisa y una pulgarada de rapé—; usted ya sabe qué obstinado es.

—Claro que lo sé, claro que lo sé —contestó el viejo—. Sin embargo, me alegro de verle, de todo corazón. No le volveré a perder de vista tan deprisa.

Con esas palabras, Wardle estrechó una vez más la mano del señor Pickwick, y después que Perker estrechó la suya, se dejó caer en una butaca, con su jovial cara rubicunda resplandeciente otra vez de sonrisas y buena salud.

—¡Bueno! —dijo Wardle—. Pasan cosas muy bonitas… un pellizco de su rapé, Perker, muchacho… nunca ha habido tiempos como estos, ¿eh?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el señor Pickwick.

—¡Qué quiero decir! —contestó Wardle—. ¡Vaya!, me parece que las chicas se están volviendo locas todas ellas; ¿no es eso bastante noticia, le parece? Quizá no; pero, de todos modos, es verdad.

—No habrá venido a Londres, precisamente, y no a otro sitio, para decirnos eso, querido señor Wardle, ¿verdad?

—No, no, en absoluto —contestó Wardle—, aunque eso ha sido la principal razón de mi venida. ¿Cómo está Arabella?

—Muy bien —contestó el señor Pickwick—, y le encantará verle a usted, estoy seguro.

—¡Ah, esa coquetuela de ojos negros! —contestó Wardle—; yo ya estaba pensando en casarme con ella, cualquier día de estos. Pero me alegro también, me alegro mucho.

—¿Cómo le ha llegado la noticia? —preguntó el señor Pickwick.

—Ah, les llegó a mis chicas, por supuesto —contestó Wardle—. Arabella escribió anteayer diciendo que se había casado en secreto sin consentimiento del padre de su marido, y que usted había ido allá a obtenerlo cuando su negativa ya no podía impedir la boda, y todo lo demás. Creí que era un buen momento para decirles algo serio a mis hijas; de modo que les dije que los hijos no se deben casar sin el consentimiento de sus padres, y todo eso; pero, demonios, no pude causar en ellas la menor impresión. Les parecía una cosa mucho más terrible que hubiera podido haber una boda sin doncellas de honor; en fin, lo mismo habría sido que le sermoneara al propio Joe.

Aquí el viejo se detuvo para reír; y una vez que lo hizo desahogándose bien el corazón, continuó por fin:

—Pero eso no es lo mejor, por lo visto. Eso es solo la mitad de los amoríos y conspiraciones que están ocurriendo. Llevamos seis meses andando sobre minas,

y por fin han estallado.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó el señor Pickwick, palideciendo—. ¿No será otro matrimonio secreto, espero?

—No, no —contestó el viejo Wardle—; no es nada tan malo como eso, no.

—Entonces, ¿qué? —preguntó el señor Pickwick—. ¿Tengo yo algo que ver con la cosa?

—¿Tengo que contestar a esa pregunta, Perker? —dijo Wardle.

—Si no se compromete al contestar, señor Wardle.

—Bueno, entonces, sí —dijo Wardle.

—¿Cómo? —preguntó ansiosamente el señor Pickwick—. ¿De qué modo?

—Realmente —contestó Wardle—, es usted una especie de joven tan impulsivo que casi me da miedo decírselo; pero, de todos modos, si Perker se sienta entre nosotros para evitar que ocurra algo malo, me atreveré.

Cerrada la puerta del despacho y, después de fortalecerse con otra aplicación de la tabaquera de Perker, el viejo pasó a su gran revelación con estas palabras:

—El caso es que mi hija Isabel, la que se casó con el joven Trundle, ya sabe…

—Sí, sí, ya sabemos —dijo el señor Pickwick con impaciencia.

—No me asuste desde el mismo comienzo. Mi hija Isabel, mientras que Emily se había acostado con dolor de cabeza después de leerme la carta de Arabella, se me sentó al lado, la otra tarde, y empezó a hablarme de ese asunto de la boda. «Bueno, papá», dice, «¿tú qué piensas de eso?» «Bueno, querida mía», digo yo, «supongo que todo está muy bien; espero que todo sea para bien.» Contesté así, porque entonces estaba sentado junto al fuego, bebiendo el grog, pensativo, y sabía que si lanzaba de vez en cuando alguna palabra, sin tomar una decisión, la haría seguir hablando. Mis dos hijas son vivos retratos de su buena madre, porque sus voces y sus caras me devuelven al periodo más feliz de mi vida y, por el momento, me hacen tan joven como era entonces, aunque no con un ánimo tan alegre. «Ha sido realmente un matrimonio por amor, papá», dijo Isabel, después de un breve silencio. «Sí, querida mía», digo yo, «pero tales matrimonios no siempre resultan ser los más felices.»

—¡No estoy de acuerdo con eso! —interrumpió el señor Pickwick con calor.

—Muy bien —respondió Wardle—; podrá no estar de acuerdo con todo lo que quiera cuando le toque el turno para hablar, pero no me interrumpa.

—Perdón —dijo el señor Pickwick.

—Perdonado —contestó Wardle—. Isabel dijo: «Siento mucho que expreses tu opinión contra los matrimonios por amor, papá», dijo Bella, poniéndose un poco ruborizada. «He hecho mal; no debería haberlo dicho tampoco, querida mía», digo yo, dándole golpecitos en la mejilla con tanto cariño como puede hacerlo un viejo tosco como yo, «pues el de tu madre fue así, y el tuyo también.» «No es eso lo que quería decir, papá», dijo Isabel. «El caso es, papá,

que te quería hablar de Emily.»

El señor Pickwick se sobresaltó.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó Wardle deteniéndose en su narración.

—Nada —contestó el señor Pickwick—. Continúe, por favor.

—Nunca he sabido estirar una historia —dijo Wardle bruscamente—. Tiene que salir, antes o después, y nos ahorrará mucho tiempo si sale enseguida. Abreviando, pues, Isabel reunió todo su valor para decirme que Emily era muy desgraciada; que ella y nuestro joven amigo Snodgrass habían estado en correspondencia y comunicación constante desde las Navidades pasadas; que se había decidido por completo a escaparse con él, en plausible imitación de su antigua amiga y compañera de colegio; pero que teniendo algunos remordimientos de conciencia sobre el asunto, dado que yo siempre había sido tan cariñoso con las dos, habían pensado empezar por tener conmigo la amabilidad de preguntarme si yo tendría alguna objeción a que se casaran del modo vulgar y acostumbrado. ¡Ea, ya está, señor Pickwick, y si usted se las puede arreglar para reducir los ojos otra vez a su tamaño usual, y me dice lo que cree que debemos hacer, sentiré mucho agradecimiento hacia usted!

El tono irritado con que el viejo lanzó esta última frase no carecía completamente de motivo, pues el rostro del señor Pickwick había adoptado una expresión, muy curiosa de observar, de sorpresa y de perplejidad.

—¡Snodgrass! ¡Desde las Navidades pasadas! —fueron las primeras palabras entrecortadas que brotaron de los labios del confundido señor Pickwick.

—Desde las Navidades pasadas —replicó Wardle—; está claro, y muy malos tienen que haber sido nuestros lentes para no haberlo descubierto antes.

—No lo comprendo —dijo el señor Pickwick, rumiando—; realmente, no llego a comprenderlo.

—Es bastante fácil de comprender —contestó el colérico viejo—. Si usted hubiera sido más joven, hace tiempo que hubiera estado en el secreto, y además —añadió Wardle, después de vacilar un momento—, la verdad es que, sin saber nada de este asunto, he apremiado bastante a Emily, durante cuatro o cinco meses, para que recibiera favorablemente (si podía; jamás habría intentado violentar las inclinaciones de una muchacha) las pretensiones de un joven caballero de nuestra comarca. No tengo duda de que, como suelen hacer las muchachas, para encarecer su propio valor y aumentar el ardor de Snodgrass ella ha presentado este asunto en colores muy ardientes y han llegado ambos a la conclusión de que son una pareja de desgraciados terriblemente perseguidos y no tienen más recurso que el matrimonio clandestino o el suicidio con brasero. Bueno, ahora la cuestión es: ¿qué hay que hacer?

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó el señor Pickwick.

—¿Yo?

—Quiero decir, ¿qué hizo usted cuando su hija casada se lo dijo?

—Ah, me porté como un imbécil, naturalmente —asintió Wardle.

—Eso es —dijo Perker, que había acompañado este diálogo con diversos retorcimientos de la cadena del reloj, terribles frotes de nariz y otros síntomas de impaciencia—; es muy natural, pero ¿cómo?

—Me entró una gran cólera, y a mi madre le dio un ataque del susto —dijo Wardle.

—Es muy razonable —hizo notar Perker—. ¿Y qué más?

—Lancé rayos y truenos durante todo el día siguiente, y organicé una gran agitación —continuó el viejo—. Por fin, me cansé de hacerme tan molesto y de molestar a los demás; de modo que alquilé un coche en Muggleton y, enganchando mis propios caballos, vine acá, fingiendo traer a Emily a que viera a Arabella.

—Entonces, ¿su hija ha venido con usted? —dijo el señor Pickwick.

—En efecto —contestó Wardle—. Está en este momento en el hotel Osborne, en el Adelphi, a no ser que su emprendedor amigo se haya escapado con ella desde que salí hace un rato.

—¿Se han reconciliado, entonces? —dijo Perker.

—En absoluto —contestó Wardle—; ha pasado el tiempo llorando y sollozando desde entonces, excepto ayer tarde, entre el té y la cena, cuando escribió una carta con gran ostentación, aunque yo fingí no darme cuenta.

—¿Supongo que quiere mi consejo en este asunto? —dijo Perker, pasando su mirada desde la cara meditativa del señor Pickwick al rostro grave de Wardle y tomando varios pellizcos seguidos de su estimulante favorito.

—Me parece que sí —dijo Wardle, mirando al señor Pickwick.

—Ciertamente —contestó este.

—Bueno, entonces —dijo Perker, levantándose y echando atrás la silla—, mi consejo es que se vayan juntos a pasear, o en coche, o que se retiren como sea, porque estoy harto de ustedes; y que hablen de este asunto entre los dos. Si no lo han arreglado la próxima vez que les vea, ya les diré qué tienen que hacer.

—Me parece muy bien —dijo Wardle, sin saber bien si sonreír o darse por ofendido.

—Bah, bah, señor Wardle —replicó Perker—, les conozco a ustedes dos mucho mejor de lo que ustedes se conocen a sí mismos. Ya lo han arreglado todo, a todos los efectos y propósitos.

Expresándose así, el abogadito dio una metida con su tabaquera primero en el pecho del señor Pickwick y luego en el chaleco del señor Wardle, con lo cual los tres se echaron a reír, especialmente los dos últimos, que inmediatamente se estrecharon la mano sin causa evidente ni especial.

—Comerá usted hoy conmigo —dijo Wardle a Perker, mientras este les acompañaba a la puerta.

—No lo puedo prometer, señor Wardle, no lo puedo prometer —contestó

Perker—. Iré a verle al anochecer, de todos modos.

—Le esperaré a las cinco —dijo Wardle—. ¡Ea, Joe!

Despertado por fin Joe, los dos amigos se marcharon en el coche del señor Wardle, que, por motivos humanitarios, tenía atrás un asiento con barandilla alrededor para el gordinflón, ya que si hubiera sido una simple tabla, se hubiera caído y hubiera quedado muerto en su primer sopor.

Llegados a San Jorge y el Buitre, encontraron que Arabella y su doncella habían mandado buscar un coche de punto apenas recibieron una breve nota de Emily anunciando que había llegado a Londres y que estaba en el Adelphi. Como Wardle tenía asuntos que resolver en la City, enviaron a ese hotel al gordinflón en el coche, con el recado de que el señor Wardle y el señor Pickwick llegarían a las cinco y cenarían allí.

Con este mensaje a su cargo, el gordinflón volvió, dormitando tan plácidamente en su asiento trasero, sobre las piedras del pavimento, como si hubiera sido una cama de pluma con muelles de acero. Por algún extraordinario milagro, se despertó por su propio impulso cuando el coche se detuvo y, después de darse una buena sacudida para remover sus facultades mentales, subió a dar el recado.

Ahora bien, fuera que la sacudida enredó las facultades del gordinflón en lugar de arreglarlas en su orden debido, o fuera que despertó en él tal cantidad de ideas nuevas que le hizo olvidar todas las formas ordinarias de ceremonia, o bien (lo cual es probable también) que resultó ineficaz para evitar que se volviera a dormir mientras subía las escaleras, el caso indudable es que se metió en el saloncito sin llamar previamente a la puerta; con lo cual observó a un caballero que ceñía con sus brazos la cintura de su joven ama, sentado a su lado en el sofá y muy acaramelado, mientras Arabella y su guapa doncella fingían estar absorbidas en mirar por la ventana al otro lado del cuarto. Al ver aquel fenómeno, el gordinflón lanzó una interjección, las señoritas un chillido y el caballero un juramento, casi simultáneamente.

—Miserable ser, ¿qué quiere usted aquí? —dijo el caballero, que no hace falta decir que era Snodgrass.

A esto, el gordinflón, muy aterrorizado, respondió con brevedad:

—La señorita.

—¿Qué me quieres? —preguntó Emily, volviendo la cara de medio lado—. ¡Criatura estúpida!

—El amo y el señor Pickwick vendrán a las cinco a cenar —respondió el gordinflón.

—¡Márchese de aquí! —dijo Snodgrass, lanzando una mirada feroz al desconcertado joven.

—No, no, no —añadió Emily apresuradamente—. Arabella, guapa, dame un consejo.

Entonces Emily, Snodgrass, Arabella y Mary se reunieron en un rincón y conversaron gravemente en susurros unos minutos, durante los cuales el gordinflón se adormiló.

—Joe —dijo Arabella por fin, mirando a su alrededor con su más seductora sonrisa—. ¿Cómo estás, Joe?

—Joe —dijo Emily—; eres un muchacho excelente; no te olvidaré, Joe.

—Joe —dijo Snodgrass, avanzando hacia el asombrado joven y agarrándole la mano—; no le había conocido. ¡Aquí tienes cinco chelines, Joe!

—Yo te debo otros cinco, Joe —dijo Arabella—, en recuerdo de nuestra vieja amistad, ya sabes. —Y otra cautivadora sonrisa se lanzó hacia el corpulento intruso.

Como la percepción del muchacho gordo era lenta, pareció al principio desconcertado por aquella repentina predisposición a su favor y se quedó mirando fijamente a su alrededor de un modo alarmante. Por fin, su ancha cara empezó a mostrar síntomas de una sonrisa de dimensiones proporcionalmente anchas; y luego, metiéndose media corona en cada bolsillo con una mano y una muñeca detrás, lanzó una ruidosa risa caballuna. Era la primera y única vez en su existencia que se reía.

—Nos comprende, ya lo veo —dijo Arabella.

—Sería mejor darle algo de comer, inmediatamente —observó Emily.

El gordinflón casi volvió a reír cuando oyó esa sugerencia. Mary, después de unos cuantos susurros más, se separó del grupo y dijo:

—Hoy voy a comer con usted, si no tiene inconveniente.

—Por aquí —dijo el gordinflón con vehemencia—. ¡Hay una empanada de carne estupenda!

Con esas palabras, el gordinflón la precedió escaleras abajo, y su linda compañera cautivó a todos los camareros y dio celos a todas las doncellas al seguirle hacia el comedor.

Allí estaba la empanada de que el joven había hablado con tanto sentimiento, y había además un trozo de buey, y una fuente de patatas, y un jarro de cerveza negra.

—Siéntese —dijo el gordinflón—. ¡Ah, qué demonios, esto está de primera! Tengo mucha hambre.

Después de haber invocado a los demonios cinco o seis veces, en una especie de rapto el joven se sentó a la cabecera de la mesita, y Mary al otro lado.

—¿Quiere un poco de esto? —dijo el gordinflón, hundiendo en la empanada el cuchillo y el tenedor hasta las cachas.

—Un poco, por favor —contestó Mary.

El gordinflón sirvió a Mary un poco, y se sirvió un mucho, y en el mismo momento en que iba a empezar a comer, de repente, bajó el cuchillo y el tenedor, se inclinó hacia delante y, apoyando en las rodillas las manos con el

tenedor y el cuchillo, dijo, muy despacio:

—¡Oiga! ¡Qué guapa está usted!

Eso se dijo en tono de admiración y, en ese sentido, resultaba lisonjero, pero, sin embargo, quedaba todavía suficiente canibalismo en los ojos del joven como para que el cumplimiento resultase ambiguo.

—¡Pobre de mí, Joseph! —dijo Mary, fingiendo avergonzarse—. ¿Qué quiere decir con eso?

El gordinflón, volviendo a su posición anterior, respondió con un profundo suspiro y, después de quedarse pensativo unos momentos, tomó un largo sorbo de cerveza negra.

Terminada esa empresa, volvió a suspirar y se dedicó intensamente a la empanada.

—¡Qué señorita más linda es la señorita Emily! —dijo Mary tras un largo silencio.

El gordinflón, para entonces, había terminado la empanada. Fijó los ojos en Mary y dijo:

—Conozco otra más linda.

—¿De veras? —dijo Mary.

—Sí, de veras —contestó el gordinflón con insólita vivacidad.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mary.

—¿Cómo se llama *usté*?

—Mary.

—Pues así se llama —dijo el gordinflón—. Es *usté*.

El muchacho sonrió como para dar más fuerza al piropo, y puso sus ojos entre bizcos y derretidos, lo cual hay motivos para creer que pretendía que fuera una mirada tierna de reojo.

—No me debería hablar así —dijo Mary—; no lo dice de veras.

—¿Cómo que no? —contestó el gordinflón—; ¡sí que lo digo!

—¿Y qué?

—¿Va a venir *usté* aquí con *regularidá*?

—No —respondió Mary, sacudiendo la cabeza—; me marcho esta noche otra vez. ¿Por qué?

—¡Ah! —dijo el gordinflón en tono de intenso sentimiento—. ¡Qué bien lo habríamos *pasao* en las comidas, si viniera!

—Podría venir alguna vez, quizá, a verle —dijo Mary, plegando el mantel con fingida timidez—, si me hace un favor.

El gordinflón pasó su mirada del plato de la empanada a la carne de buey, como si pensara que un favor tenía que relacionarse de algún modo con algo de comer; luego sacó las medias coronas y les echó una mirada nerviosa.

—¿No me entiende? —dijo Mary, mirándole con malicia a su obeso rostro.

Él volvió a mirar las medias coronas y dijo débilmente:

—No.

—Las señoritas quieren que usted no diga nada al señor viejo de que ese señor joven ha estado ahí arriba; y yo también lo quiero.

—¿Eso es *to*? —dijo el gordinflón, evidentemente muy aliviado, volviendo a embolsarse las medias coronas—. Claro que no lo diré.

—Ya comprende —dijo Mary—. El señor Snodgrass está muy enamorado de la señorita Emily, y la señorita Emily está muy enamorada de él, y si usted lo cuenta, el señor viejo se les llevará a todos al campo, a muchas millas, donde no verán a nadie.

—No, no, no lo diré —dijo el gordinflón con firmeza.

—¡Qué buen chico! —dijo Mary—. Bueno, es hora de que suba, que tengo que preparar a mi señora para la cena.

—No se vaya todavía —apremió el gordinflón.

—No tengo más remedio —contestó Mary—. Adiós, por ahora.

El gordinflón, con frivolidad elefantina, extendió los brazos para arrebatarle un beso; pero como no hacía falta mucha agilidad para eludirle, su hermosa dominadora se había desvanecido antes de que los volviera a cerrar; tras de lo cual, el apático joven se comió alrededor de una libra de buey, con rostro sentimental, y se quedó dormido.

Arriba había tanto que decir, y había tantos planes que concertar para la huida y el matrimonio en el caso de que el viejo Wardle siguiera en su actitud cruel, que solo faltaba media hora para la cena cuando Snodgrass se despidió definitivamente. Apenas había cruzado la puerta, cuando oyó la voz de Wardle resonando estrepitosamente y, al asomarse por la barandilla, le observó que subía derecho por las escaleras, seguido por otros señores.

No conociendo la casa, Snodgrass, en su confusión, se volvió a meter en el mismo cuarto de donde había salido y, pasando de allí a una habitación interior (la alcoba de Wardle), cerró silenciosamente la puerta en el momento en que entraban a la salita las personas que él acababa de observar.

« Ha sido una suerte que haya tenido la presencia de ánimo de evitarles —pensó Snodgrass, sonriendo y acercándose de puntillas a otra puerta junto a la cama—; esta puerta da al mismo pasillo y me podré marchar tranquilo y cómodo.»

No había más que un obstáculo para que se fuera tranquilo y cómodo, y era que la puerta estaba cerrada con llave y no había llave.

—Camarero, tráiganos el mejor vino —decía el viejo Wardle, frotándose las manos.

—Tendrán del mejor, señor —contestó el camarero.

—Haga saber a las señoras que ya hemos entrado.

—Sí, señor.

De modo ardiente y apasionado deseó Snodgrass que las señoras pudieran

saber que él también había vuelto a entrar. Por una vez se atrevió a susurrar «¡Camarero!» a través del ojo de la cerradura, pero la probabilidad de que acudiera en su auxilio un camarero que no fuera conveniente para él cruzó por su mente como un relámpago, junto con la sensación de la gran semejanza entre su propia situación y la de otro señor que se había encontrado recientemente en un hotel cercano (y cuyas desgracias habían aparecido relatadas en el periódico de aquella mañana, en la sección de sucesos); entonces se sentó en una maleta y tembló violentamente.

—No tendremos que esperar a Perker ni un minuto —dijo Wardle, mirando el reloj—; es muy puntual. Estará a la hora, si piensa venir; y si no piensa venir, no sirve de nada esperarle. ¡Ah, Arabella!

—¡Mi hermana! —exclamó Benjamin Allen, envolviéndola en un romántico abrazo.

—Ben, querido mío, cómo hueles a tabaco —dijo Arabella, bastante abrumada por esa muestra de afecto.

—¿De veras? —dijo Benjamin Allen—. ¿De veras, Arabella? Bueno, es posible que sí huela.

Era posible, puesto que acababa de dejar una agradable reunioncita de doce estudiantes de medicina, en un pequeño cuarto trasero, con un gran fuego.

—Pero me encanta verte —dijo Ben Allen—; ¡mi querida Arabella!

—Vamos —dijo Arabella, inclinándose para besar a su hermano—; no me vuelvas a agarrar, Ben, querido mío, porque casi me derribas.

En aquel instante de reconciliación, Ben Allen permitió a sus sentimientos y a los cigarros y la cerveza negra que le dominaran, y miró a su alrededor a los circunstantes con lentes húmedos.

—¿Y a mí no me dices nada? —gritó Wardle con los brazos abiertos.

—Muchísimo —susurró Arabella al recibir las cordiales caricias y felicitaciones del viejo—; es usted un monstruo empedernido, cruel y sin sentimientos.

—Y tú eres una pequeña rebelde —contestó Wardle en el mismo tono—, y me temo que tendré que prohibirte la entrada en mi casa. La gente como tú, que se casa en contra de todo el mundo, no debería andar suelta por la sociedad. Pero ¡vamos! —añadió en voz alta el viejo—; aquí está la cena; te sentarás a mi lado. ¡Joe! ¡Vaya, maldito muchacho; si está despierto!

Con gran desconcierto de su amo, el gordinflón, en efecto, estaba en una situación de sorprendente vigilia, con los ojos muy abiertos y como si se dispusieran a seguir así. Había también una vivacidad en sus maneras que era igualmente inexplicable; cada vez que sus miradas encontraban las de Emily o Arabella, hacía muecas y sonreía; una vez, Wardle habría jurado que le vio guiñar el ojo.

Esta alteración en la actitud del gordinflón provenía de la sensación de

aumento en su importancia y de la dignidad de haber sido recibido en la confianza de las señoritas; y las muecas, sonrisas y guiños eran seguridades condescendientes de que podían contar con su fidelidad. Como esos signos más bien servían para provocar sospechas que para apaciguarlas, y además resultaban muy incómodas, fueron contestadas ocasionalmente por Arabella agitando la cabeza o frunciendo el entrecejo, ante lo cual el gordinflón, considerándolo como sugerencias de que tuviera cuidado, expresaba su perfecta comprensión haciendo más muecas, sonrisas y guiños con redoblada asiduidad.

—Joe —dijo el señor Wardle después de una búsqueda infructuosa en todos sus bolsillos—, ¿está mi tabaquera en el sofá?

—No, señor —contestó el gordinflón.

—Ah, ya me acuerdo; me la dejé esta mañana en la mesita de la alcoba —dijo Wardle—. Corre al cuarto de al lado y tráemela.

El gordinflón fue al cuarto de al lado y, después de estar ausente cerca de un minuto, volvió con la tabaquera y con la cara más pálida que ha tenido nunca un chico gordo.

—¿Qué le pasa a este chico? —exclamó Wardle.

—No me pasa nada —contestó Joe, nervioso.

—¿Has visto algún espíritu? —preguntó el viejo.

—¿O has tomado algún espíritu… de vino? —añadió Ben Allen.

—Creo que tiene razón —susurró Wardle a través de la mesa—. Está bebido; tengo la seguridad.

Ben Allen contestó que también lo creía y, como él había adquirido gran experiencia sobre el trastorno en cuestión, Wardle se confirmó en la impresión que revoloteaba por su mente desde hacía media hora, y llegó enseguida a la conclusión de que el gordinflón estaba borracho.

—No le quite ojo en unos minutos —murmuró Wardle—; enseguida sabremos si lo está o no.

El infortunado joven no había hecho más que cambiar una docena de palabras con Snodgrass: este le había pedido que hiciera una llamada reservada a algún amigo para que le liberara, y luego le sacó a empujones con la tabaquera para que su ausencia prolongada no despertase ninguna sospecha. Él se quedó meditando un poco con la expresión de rostro más trastornada que cabe, y salió del cuarto en busca de Mary.

Pero Mary, después de preparar a su señora, se había marchado, y el gordinflón volvió más alterado que antes.

Wardle y Ben Allen intercambiaron miradas.

—¡Joe! —dijo Wardle.

—Señor.

—¿A qué has salido?

El gordinflón miró con desasosiego a la cara de todos los que estaban sentados

a la mesa, y tartamudeó que no sabía.

—¡Ah! —dijo Wardle—. ¿No sabes, eh? Dale este queso al señor Pickwick.

Ahora bien, el señor Pickwick, que estaba en lo mejor de su ánimo y de su salud, había estado encantador durante toda la cena, y en aquel momento se encontraba en una animada conversación con Emily y Winkle, inclinando cortésmente la cabeza en el empuje de sus peroratas, moviendo amablemente la mano izquierda para dar más fuerza a sus observaciones, y todo él encendido en plácidas sonrisas. Tomó un trozo de queso del plato y se volvía para seguir la conversación, cuando el gordinflón, agachándose para poner la cabeza al nivel de la del señor Pickwick, señaló con el pulgar por encima del hombro y puso la cara más horrible y espantosa que se ha visto nunca, no siendo en una pantomima navideña.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Pickwick con sobresalto—. Qué cosa más… ¿Eh?

Y se detuvo, porque el gordinflón se había incorporado y estaba dormido, o lo fingía.

—¿Qué pasa? —preguntó Wardle.

—¡Este muchacho es muy raro! —contestó el señor Pickwick, mirando incómodo al muchacho—. Es extraño decirlo, pero, palabra de honor, que me temo que a veces está un poco trastornado.

—¡Ah, señor Pickwick, por favor, no diga eso! —gritaron Emily y Arabella a la vez.

—No estoy seguro, desde luego —dijo el señor Pickwick, entre un silencio profundo y miradas de consternación general—; pero en ese momento su actitud conmigo era muy alarmante. ¡Ay! —exclamó el señor Pickwick, dando un salto de repente, con un breve grito—, perdón, señoras, pero me han pinchado en la pierna en este momento con algún instrumento punzante. Realmente, es peligroso.

—Está borracho —gritó el viejo Wardle, enfurecido—. ¡Toquen la campanilla! ¡Llamen a los camareros! Está borracho.

—No estoy borracho —dijo el gordinflón, cayendo de rodillas mientras su amo le agarraba por el cuello—. No estoy borracho.

—Entonces estás loco, que es peor. Llamen a los camareros —dijo el viejo.

—No estoy loco; estoy cuerdo —asintió el gordinflón, echándose a llorar.

—Entonces, ¿por qué diablos clavas instrumentos punzantes en las piernas del señor Pickwick? —preguntó Wardle, colérico.

—¿Qué le querías decir? —preguntaron media docena de voces a la vez.

El gordinflón abrió la boca, miró hacia la puerta de la alcoba, volvió a abrir la boca y se limpió dos lágrimas con el nudillo de cada índice.

—¿Qué querías decirle? —preguntó Wardle, sacudiéndole.

—¡Alto! —dio el señor Pickwick—; permítame a mí. ¿Qué querías

comunicarme, mi pobre muchacho?

—Quiero decírselo al oído —contestó el gordinflón.

—Le querrás arrancar la oreja de un mordisco, supongo —dijo Wardle—. No se le acerque; está furioso; toquen la campanilla y que se le lleven abajo.

En el mismo instante en que Winkle tenía ya en la mano el cordón de la campanilla, quedó detenido por un movimiento general de asombro; el enamorado cautivo, con la cara encendida de confusión, salió de repente de la alcoba e hizo una reverencia general al grupo.

—¡Cómo! —gritó Wardle, soltando el cuello del gordinflón y echándose atrás, valiente—. ¿Qué es esto?

—He estado escondido en ese cuarto, señor Wardle, desde que usted volvió —explicó el señor Snodgrass.

—Emily, hija mía —dijo Wardle en tono de reproche—; odio la bajeza y el engaño; esto es algo injustificable y poco delicado en el mayor grado. ¡No merezco esto por tu parte, Emily, de veras!

—Querido papá —dijo Emily—, Arabella lo sabe… todos los que están aquí lo saben… Joe lo sabe… que yo no tengo la culpa de que estuviera escondido. ¡Augustus, por lo que más quieras, explícalo!

Snodgrass, que solo esperaba que le quisieran oír, contó inmediatamente cómo se había encontrado en situación tan lamentable; cómo el temor de provocar disensiones familiares era lo único que le había movido a evitar al señor Wardle a su entrada; cómo no pensaba más que marcharse por otra puerta, pero, al encontrarla cerrada, se había visto obligado a quedarse contra su voluntad. Era una situación penosa para encontrarse en ella; pero ahora lo sentía menos, en cuanto que le proporcionaba la oportunidad de reconocer, ante sus amigos comunes, que quería a la hija del señor Wardle de modo profundo y sincero; que estaba orgulloso de confesar que su sentimiento era correspondido; y que, aunque entre ellos se interpusieran miles de millas, o los océanos agitaran sus aguas, jamás olvidaría por un instante aquellos felices días en que por primera vez, etcétera, etcétera.

Una vez que se expresó de esta manera, Snodgrass volvió a hacer una reverencia, miró el interior de su sombrero y dio un paso hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó Wardle—. ¿Por qué, en nombre de todo lo…?

—Lo inflamable —sugirió suavemente el señor Pickwick, que pensó que venía algo peor.

—Bueno… lo inflamable —dijo Wardle, adoptando el sustitutivo—. ¿Por qué no me pudo decir a mí todo esto, para empezar?

—¿O tener confianza conmigo? —añadió el señor Pickwick.

—Vamos, vamos —dijo Arabella, asumiendo la defensa—, ¿de qué sirve ahora preguntar todo eso, sobre todo cuando usted había puesto su viejo corazón avaro en un yerno más rico, y además es tan feroz y salvaje que todo el mundo

le tiene miedo, menos yo? Dele la mano y hágale traer de cenar, por el amor de Dios, que tiene cara de muerto de hambre; y, por favor, tómese el vino enseguida, porque no habrá quien lo aguante hasta que no se haya tomado dos botellas por lo menos.

El excelente viejo dio un tirón de orejas a Arabella, la besó sin el menor escrúpulo, besó también a su hija con gran cariño y estrechó la mano a Snodgrass cálidamente.

—En todo caso, tiene razón en un punto —dijo el viejo, alegremente—: ¡llamen para que traigan el vino!

Llegó el vino, y Perker subió en ese momento. Snodgrass cenó en una mesita al lado y, cuando acabó, acercó su silla junto a Emily, sin la menor oposición por parte de Wardle.

La velada fue excelente. El pequeño señor Perker resultó extraordinario; contó varios relatos cómicos y cantó una canción seria que era casi tan cómica como las anécdotas. Arabella estaba encantadora, Wardle muy jovial, el señor Pickwick muy armonioso, Ben Allen estrepitoso, los enamorados muy silenciosos, Winkle muy charlatán y todos muy felices.

LV

EL SEÑOR SOLOMON PELL, AYUDADO POR UNA SELECTA DELEGACIÓN DE COCHEROS, ARREGLA LOS ASUNTOS DEL SEÑOR WELLER PADRE

—Samivel —dijo el señor Weller, acercándose a su hijo la mañana después del funeral—; ya lo he *encontrao*; sabía que tenía que estar.

—¿Qué es lo que sabía que tenía que estar? —preguntó Sam.

—El testamento de tu madrastra, Sammy —contestó el señor Weller—, en virtud del cual hay que hacer los arreglos como te dije anoche, con los fondos.

—¡Cómo! ¿No le había dicho ella dónde estaba? —preguntó Sam.

—Ni pizca, Sammy —contestó el señor Weller—. Estábamos arreglando nuestras pequeñas diferencias, y yo la animaba y le daba valor, de manera que se me olvidó preguntarle *na* de eso. No sé cómo se lo iba a preguntar, además, aunque me hubiera acordado —añadió el señor Weller—, porque es una cosa fea, Sammy, andar preguntando por las propiedades de nadie cuando se le está ayudando en la *enfermedá*. Es como ayudar a levantar a un pasajero de la imperial cuando se ha caído del coche, y meterle la mano en el bolsillo a la vez que le preguntas suspirando cómo se encuentra, Sammy.

Con esta ilustración figurativa de lo que quería decir, el señor Weller abrió su cartera y sacó una sucia hoja de papel de carta en que estaban trazados diversos caracteres agolpados en notable confusión.

—Este es el documento, Sammy —dijo el señor Weller—. Lo he *encontrao* en la tetera negra, en el estante de arriba del armario del bar. Allí guardaba los billetes desde antes de casarse, Sammy. Muchas veces la he visto levantar la tapa *pa* pagar una cuenta. ¡Pobre mujer, podía haber llenado de papeles *toas* las teteras de la casa, porque en los últimos tiempos tomaba muy poco de eso, salvo las tardes de las sesiones de templanza, que ponían un cimiento de té *pa* echar encima el alcohol!

—¿Qué dice el testamento? —preguntó Sam.

—Pues lo mismo que te dije, hijo —contestó el padre—: doscientas libras de *consolaos* amortizables *pa* mi hijastro, Samivel, y *to* el resto de la *propiedá*, de cualquier clase y condición, *pa* mi marido, el señor Tony Weller, a quien nombro mi único ejecutor.

—¿Eso es *to*? —dijo Sam.

—Eso es *to* —contestó el señor Weller—. Y supongo que como está muy bien y *to* satisfactorio *pa* ti y *pa* mí, que somos las únicas partes interesadas, igual podríamos tirar al fuego este pedazo de papel.

—¿Qué hace *usté*, so lunático? —dijo Sam, arrebatando el papel cuando su padre, con toda inocencia, atizaba el fuego en preparación a unir la acción a la

palabra—. Pues sí que está hecho un buen ejecutor.

—¿Por qué no? —dijo el señor Weller, volviéndose a mirarle con severidad con el atizador en la mano.

—¿Que por qué? —exclamó Sam—. Porque tiene que legalizarse, y registrarse, y un montón de trámites.

—¿No lo dirás en serio? —dijo el señor Weller, dejando el atizador.

Sam se metió cuidadosamente el testamento en un bolsillo lateral, abrochándoselo, y a la vez indicó con una mirada que lo decía en serio y muy en serio.

—Entonces, te diré lo que pasa —dijo el señor Weller después de una breve meditación—. Este asunto es *pa* aquel compadre confidencial del canciller. Esto tiene que verlo Pell, Sammy. Ese es el hombre *pa* un asunto difícil de leyes. Llevaremos esto enseguida al tribunal de insolventes, Sammy.

—¡Nunca he visto un viejo tan *atontao*! —exclamó Sam, irritado—. Siempre con audiencias, y tribunales de insolventes, y coartadas, y *toa* clase de fuegos de esos pasándole por la cabeza. Mejor sería que se pusiera el traje de salir y que fuera a Londres a arreglar el asunto, en vez de andar predicando de cosas que no entiende.

—Muy bien, Sammy —contestó el señor Weller—; estoy de acuerdo con *to* lo que pueda mover más deprisa el asunto, Sammy. Pero, fíjate bien, hijo, nadie más que Pell; nadie más que Pell como consejero legal.

—No necesito a nadie más —contestó Sam—. ¿Qué, viene *usté*?

—Espera un momento, Sammy —contestó el señor Weller, quien, después de atarse la chalina con ayuda de un espejito colgado de la ventana, luchaba ahora, a fuerza de extraños ejercicios, por meterse en la prenda superior del traje—. Espera un momento, Sammy; cuando seas tan viejo como tu padre, no te meterás en el chaleco con tanta *facilidá* como ahora, hijo mío.

—Si no me puedo meter con más *facilidá* que *usté*, que me ahorquen si lo llevo —respondió su hijo.

—Ahora lo dices —dijo el señor Weller con la gravedad de la vejez—, pero ya verás que cuanto más gordo te pongas, más sabrás. La gordura y el saber, Sammy, siempre crecen juntos.

Al pronunciar el señor Weller esta máxima infalible —resultado de muchos años de experiencia y observación personal— se las arregló, con un diestro retorcimiento del cuerpo, para que el botón inferior de la casaca cumpliera su deber. Después de detenerse unos segundos para recobrar aliento, cepilló el sombrero con el codo y se declaró dispuesto.

—Como cuatro cabezas valen más que dos, Sammy —dijo el señor Weller mientras avanzaban por la carretera de Londres en el cochecito—, y *toa* esta *propiedá* es una tentación muy grande *pa* un *abogao*, llevaremos un par de

amigos míos, que se echarán encima de él en cuanto haya algo que no esté bien; dos de aquellos que te acompañaron a la cárcel aquel día. Son los mejores jueces —añadió el señor Weller—, los mejores jueces en materia de caballos.

—¿Y también entienden de *abogaos*? —preguntó Sam.

—El hombre que puede dar un juicio acertado sobre un animal, puede dar un juicio acertado sobre cualquier cosa —contestó su padre, tan dogmáticamente que Sam no intentó discutir su afirmación.

En cumplimiento de esta notable resolución, se requirieron los servicios del de la cara picada y otros dos cocheros muy gordos —probablemente elegidos por el señor Weller en atención a su gordura y su consecuente sabiduría—; y, una vez lograda esta ayuda, el grupo se dirigió a la taberna de la calle Portugal, de donde se envió un recadero al tribunal de insolventes, enfrente, solicitando la presencia inmediata del señor Solomon Pell.

Afortunadamente, el mensajero encontró en el tribunal al señor Solomon Pell, regalándose, puesto que los negocios andaban un poco cortos, con un almuerzo frío de salchicha y pan de jengibre.

Apenas se le susurró al oído el recado, cuando se metió el almuerzo en el bolsillo, entre diversos documentos profesionales, y se apresuró a marchar con tal vivacidad que alcanzó la taberna antes que el mensajero se hubiera desprendido del tribunal.

—Señores —dijo el señor Pell, llevándose la mano al sombrero—; a sus órdenes. No se lo digo por halagarles, señores, pero no hay en el mundo otras cinco personas por las cuales hubiera salido hoy del tribunal.

—¿Mucho trabajo, eh? —dijo Sam.

—¡Trabajo! —contestó Pell—. Estoy completamente sumergido, como solía decir muchas veces mi amigo el difunto lord canciller, señores, cuando salía de escuchar interpelaciones en la Cámara de los Lores. Pobre hombre, era muy susceptible a la fatiga; esas apelaciones le cansaban extraordinariamente. En realidad, muchas veces he pensado que sucumbiría a ellas, la verdad.

Aquí, el señor Pell movió la cabeza e hizo una pausa; con lo cual el señor Weller padre, dando un codazo al que tenía al lado, como haciéndole notar las elevadas relaciones del abogado, preguntó si esas obligaciones en cuestión produjeron algunos daños permanentes en la constitución de su noble amigo.

—Creo que nunca se recuperó de ello —contestó Pell—; en realidad, estoy seguro. «Pell», me decía muchas veces, «para mí es un misterio cómo demonios puede aguantar tanto trabajo de cabeza.» «Bueno», solía responder yo, «yo mismo apenas sé cómo lo hago, palabra.» «Pell», añadía con un suspiro, y mirándome con un poco de envidia (envidia amistosa, ya comprenden, señores, mera envidia amistosa; yo nunca pensé otra cosa); «Pell, es usted una maravilla, una maravilla.» ¡Ah, señores, les habría sido muy simpático si le hubieran conocido! Tráeme tres peniques de ron, guapa.

Dirigiendo esta última indicación a la camarera en un tono de dolor contenido, el señor Pell suspiró, se miró los zapatos y miró al techo, y, una vez llegado el ron, se lo bebió de un trago.

—Sin embargo —dijo Pell, acercando una silla a la mesa—, un profesional no tiene derecho a pensar en sus amistades particulares cuando se requiere su asistencia legal. Pero, por cierto, señores, desde la última vez que les vi hemos tenido que llorar un acontecimiento muy lamentable.

El señor Pell sacó un pañuelo al pronunciar la palabra « llorar» , pero no hizo de él otro uso que quitarse un leve resto de ron que pendía en su labio superior.

—Lo vi en el *Advertiser*, señor Weller —continuó Pell—. ¡Válgame Dios, nada más que cincuenta y dos años! Pobre de mí… solo de pensarlo…

Esas indicaciones de espíritu meditativo iban dirigidas al de la cara picada, cuya mirada había captado por casualidad el señor Pell; con lo cual, el de la cara picada, cuyo concepto de las cosas en general era de carácter nebuloso, se movió inquieto en la silla y opinó que, desde luego, por lo que a eso tocaba, no se comprendía cómo pasaban ciertas cosas; observación que, incluyendo una de esas sutiles proposiciones que es difícil refutar en discusión, no fue atacada por nadie.

—He oído decir que era una hermosa mujer, señor Weller —dijo Pell, en tono de condolencia.

—Sí, señor, sí que lo era —contestó el señor Weller padre, no muy contento de esa manera de discutir el tema, pero pensando, sin embargo, que el abogado, por su larga intimidad con el lord canciller, debía de entender más que él en todos los asuntos de buena educación—. Era una mujer muy guapa, cuando la conocí. Entonces era viuda.

—Vaya, es curioso —dijo Pell, mirando alrededor con una sonrisa lúgubre—; mi mujer también era viuda.

—Es extraordinario —dijo el de la cara picada.

—Vaya, es una curiosa coincidencia —dijo Pell.

—*Na* de eso —observó de mal humor el señor Weller padre—. Se casan más viudas que solteras.

—Muy bien, muy bien —dijo el señor Pell—, tiene usted mucha razón. La señora Pell era una mujer elegante y distinguida; sus maneras eran tema de admiración universal en nuestro ambiente. Me sentía orgulloso al ver bailar a aquella mujer; tenía unos movimientos firmes y dignos, y a la vez naturales. Su modo de llevar el compás, señores, era la sencillez misma. ¡En fin, en fin! Perdone que le haga esta pregunta, señor Samuel —continuó el abogado, bajando la voz—: ¿su madrastra era alta?

—No mucho —contestó Sam.

—La señora Pell era de gran estatura —dijo Pell—; una mujer espléndida, de noble tipo, y con una nariz, señores, hecha como para mandar y tener majestad.

Me tenía mucho cariño, mucho; y además estaba muy bien relacionada. Su tío materno, señores, quebró con ochocientas libras de pasivo, en negocio de papelería para los tribunales.

—Bueno —dijo el señor Weller, que se había ido poniendo inquieto durante esta discusión—; a propósito de negocios…

Esta palabra fue música para los oídos de Pell. Había estado dando vueltas en su ánimo sobre si se iba a tratar algún asunto, o si le habían invitado simplemente a tomar un vaso de aguardiente, o un bol de ponche, o algún otro obsequio profesional semejante, y ahora la duda quedaba resuelta sin que él pareciera en absoluto preocupado por su resolución. Con los ojos chispeantes, dejó el sombrero en la mesa y dijo:

—¿Qué asunto es el que… ejem? ¿Alguno de estos señores desea presentarse ante el tribunal? Nos hace falta una orden de detención; basta una orden de detención entre amigos, ya comprenden; aquí todos somos amigos, ¿supongo, no?

—Dame el documento, Sammy —dijo el señor Weller, recibiendo el testamento de manos de su hijo, que parecía disfrutar sorprendentemente con la entrevista—; lo que nos hace falta, señor Pell, es *regalizar* esto.

—Legalizar, señor Weller, legalizar —dijo Pell.

—Bueno, señor —replicó bruscamente el señor Weller—; es lo mismo, poco más o menos; si no entiende lo que quiero decir, estoy seguro de que ya encontraré quien me entienda.

—No lo tome a mal, por favor, señor Weller —dijo Pell mansamente—. Usted es el ejecutor, por lo que veo —añadió, pasando la mirada por el papel.

—Eso mismo —contestó el señor Weller.

—Estos otros señores, imagino, serán legatarios, ¿no? —preguntó Pell con una sonrisa de congratulación.

—Sammy es *negatario* —contestó el señor Weller—. Estos otros señores son amigos míos que han venido *na* más que *pa* ver que *to* vaya bien; una especie de árbitros.

—¡Ah! —dijo Pell—, muy bien. No tengo objeción, por supuesto. Antes de empezar, me harán falta unas cinco libras por su parte, ¡ja, ja, ja!

Decidido por la delegación que se podían adelantar las cinco libras, el señor Weller sacó la suma; tras de lo cual tuvo lugar una larga discusión sobre nada determinado, en el curso de la cual el señor Pell demostró con perfecta satisfacción de los árbitros que si el manejo del asunto no se le hubiera confiado a él, podría haberse torcido por razones que no se expusieron claramente, pero indudablemente suficientes. Despachado este importante punto, el señor Pell se reconfortó con tres chuletas y con líquidos tanto procedentes de la malta cuanto de alta graduación, a costa de la herencia; después, todos ellos marcharon hacia Doctors' Commons.

Al día siguiente hubo otra visita a Doctors' Commons, y un gran quehacer con

un postillón llamado a prestar testimonio, y que, estando borracho, rehusó jurar lo que no fueran juramentos profanos, con gran escándalo de un procurador y un sustituto. La semana siguiente, hubo más visitas a Doctors' Commons, y además otra visita a la oficina de impuestos sobre herencias, y se emprendieron tratos sobre la cesión del inmueble y el negocio, con ratificaciones de los mismos, y hubo que extender inventarios, y tomar almuerzos, y devorar cenas, y hacer otras muchas cosas provechosas, y se acumuló tal masa de papeles, que el señor Solomon Pell, el muchacho, y la bolsa azul, por añadidura, engordaron tanto que difícilmente les habría reconocido nadie como el mismo hombre, el mismo muchacho y la misma bolsa que unos pocos días antes andaban ociosos por la calle Portugal.

Por fin se arreglaron todos esos importantes asuntos, y se fijó un día para vender y transferir los bienes, visitando con esa intención al señor Wilkins Flasher, agente de cambio, domiciliado en algún lugar cercano al Banco de Inglaterra, el cual había sido recomendado para este efecto por el señor Solomon Pell.

Fue una especie de solemnidad festiva; y los interesados se vistieron adecuadamente. Las botas altas del señor Weller estaban recién abrillantadas, y su traje estaba arreglado con peculiar cuidado; el de la cara picada llevaba en el ojal una dalia de buen tamaño con unas cuantas hojas; las chaquetas de sus amigos se adornaban con ramilletes de laurel y otros verdes perennes. Los tres iban revestidos en estricta indumentaria de fiesta; es decir, iban envueltos hasta la barbilla y llevaban tantas prendas como podían, lo que es y ha sido siempre la idea que tiene un cochero sobre la indumentaria de ceremonia desde que se inventaron las diligencias.

El señor Pell esperaba en el acostumbrado punto de reunión a la hora indicada; él mismo llevaba guantes y una camisa limpia, muy desgastada por el cuello y los puños a fuerza de lavados.

—Las dos menos cuarto —dijo Pell, mirando el reloj de la taberna.

—Si vamos a ver al señor Flasher a las dos y cuarto, llegaremos en el momento más apropiado.

—¿Qué dirían ustedes de un trago de cerveza? —sugirió el de la cara picada.

—Y un poco de carne fiambre —dijo el segundo cochero.

—O alguna ostra —añadió el tercero, que era uno de voz ronca, sostenido por unas piernas bien redondas.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo Pell—. Para felicitar al señor Weller, por entrar en posesión de su propiedad, ¿no? ¡Ja, ja!

—Estoy de acuerdo, señores —respondió el señor Weller—. Sammy, tira de la campanilla.

Sammy obedeció, y traídas rápidamente la cerveza negra, la carne fiambre y las ostras, se hizo amplia justicia al almuerzo.

Donde todo el mundo tomó parte tan activa, es casi injusto establecer distinciones; pero si hubo alguien que evidenciara mayor energía que los demás, fue el cochero de la voz ronca, que se tomó una pinta de vinagre con las ostras, sin revelar la menor emoción.

—Señor Pell —dijo el señor Weller padre, removiendo un vaso de aguardiente con agua, del cual se le puso uno delante a cada comensal cuando se retiraron las ostras—, señor Pell, mi intención era haber brindado en esta ocasión por los *consolaos*, pero Samivel me ha susurrado…

Aquí Samuel Weller, que estaba comiéndose las ostras con una tranquila sonrisa, gritó:

—¡Muy bien! —en voz sonora.

—Me ha susurrado —continuó su padre— que sería mejor dedicar la bebida a desearle a *usté* éxito y *prosperidá*, y darle las gracias por el modo como ha llevado este asunto. A su *salú*, señor Pell.

—A ver, un momento —interrumpió el de la cara picada con súbita energía —; ¡mírenme a mí, señores!

Al decir esto, el de la cara picada se levantó y los demás hicieron lo mismo. El de la cara picada pasó revista al grupo y levantó la mano lentamente, con lo cual todos (incluido él mismo) tomaron respiro profundamente y se llevaron el vaso a los labios. Un momento después, el de la cara picada volvió a bajar la mano y todos los vasos se depositaron vacíos. Es imposible describir el efecto producido por esta sorprendente ceremonia. A la vez digna, solemne e impresionante, combinaba todos los elementos de la grandiosidad.

—Bueno, señores —dijo el señor Pell—; todo lo que puedo decir es que tales muestras de confianza son muy lisonjeras para un profesional. No deseo decir nada que pueda parecer egoísta, pero estoy muy contento, por el bien de ustedes, de que hayan venido a verme; si hubieran ido a buscar a algún miembro inferior de la profesión, mi firme convicción, y se lo digo con toda seguridad como un hecho, es que se habrían encontrado en mal camino antes de hoy. Me gustaría que mi noble amigo hubiera vivido hasta hoy para ver cómo he llevado el caso. No lo digo por orgullo, pero me parece… De todos modos, señores, no les molestaré con esto. Señores, a mí se me encuentra generalmente aquí, pero si no estoy aquí, o ahí enfrente, les doy mi dirección. Mis condiciones les resultarán muy baratas y razonables; nadie atiende a sus clientes tanto como yo, y me parece, además, que conozco muy bien mi profesión. Si tienen ustedes oportunidad de recomendarme a alguno de sus amigos, señores, les estaré muy agradecido, y ellos también, cuando me conozcan. A la salud de ustedes, señores.

Con esa expresión de sus sentimientos, el señor Solomon Pell puso tres pequeñas tarjetas manuscritas ante los amigos del señor Weller y, mirando otra vez hacia el reloj, expresó su temor de que era hora de ponerse en marcha. Con esta sugestión, el señor Weller pagó la cuenta y, emprendiendo el camino, el

ejecutor, el legatario, el abogado y los árbitros dirigieron sus pasos hacia la City.

La oficina del señor Wilkins Flasher, de la Bolsa, estaba en el primer piso de un pasaje detrás del Banco de Inglaterra; la casa del señor Wilkins Flasher estaba en Brixton, Surrey; el caballo y el cochecito del señor Wilkins Flasher estaban en una cuadra de alquiler en la vecindad; el mozo del señor Wilkins Flasher estaba de camino hacia el barrio de West End para entregar unas piezas de caza; el pasante del señor Wilkins Flasher se había ido a comer; de modo que fue el propio señor Wilkins Flasher quien gritó «¡Adelante!» cuando el señor Pell y sus compañeros llamaron a la puerta del despacho.

—Buenos días, señor Flasher —dijo Pell con una obsequiosa reverencia—. Deseamos hacer una pequeña transferencia, por favor.

—Ah, muy bien, pasen, tengan la bondad —dijo el señor Flasher—. Siéntense un minuto; enseguida les atenderé.

—Gracias, señor Flasher —dijo Pell—; no hay prisa. Siéntese, señor Weller.

El señor Weller tomó asiento en una silla, y Sam en un baúl, y los árbitros donde pudieron, y se quedaron mirando el almanaque y el par de papeles que estaban pegados con obleas a la pared, con tanta reverencia y ojos tan abiertos como si hubieran sido los más admirables logros de los maestros antiguos.

—Bueno, te apuesto media docena de botellas de clarete, ¡vamos! —dijo el señor Wilkins Flasher, continuando la conversación que había interrumpido momentáneamente la entrada del señor Pell.

Esto se dirigía a un joven muy elegante, que llevaba el sombrero ladeado sobre la patilla derecha y que estaba echado indolentemente sobre la mesa matando moscas con una regla. El propio señor Wilkins Flasher estaba balanceándose sobre dos patas de una banqueta de oficina, atravesando con un cortaplumas una caja de obleas que dejaba caer de vez en cuando, pinchándola luego con gran destreza en el mismo centro de una pequeña oblea roja que estaba pegada en la tapa. Ambos señores tenían chalecos muy abiertos y cuellos de camisa muy rizados, y zapatos muy pequeños, anillos muy grandes, y relojes muy pequeños, y cadenas muy grandes, e «impronunciables»[91] muy simétricos, y pañuelos muy perfumados.

—¡Yo nunca apuesto media docena! —dijo el otro—. Acepto una docena.

—¡Hecho, Simmery, hecho! —dijo el señor Wilkins Flasher.

—Libre de portes, cuidado —observó el otro.

—Por supuesto —contestó el señor Wilkins Flasher.

El señor Wilkins Flasher lo anotó en un librito con un lápiz de oro, y el otro señor lo anotó también en otro librito con otro lápiz de oro.

—He visto esta mañana un aviso sobre Boffer —observó Simmery—. ¡Pobre diablo! Le echan de la casa.

—Te apuesto diez guineas contra cinco a que se corta el cuello —dijo el señor Wilkins Flasher.

—Acepto —contestó el señor Simmery.

—¡Un momento! Rectifico —dijo el señor Wilkins Flasher, pensativo—; quizá se ahorque.

—Muy bien —asintió Simmery, volviendo a sacar el lápiz de oro—; no tengo objeción a aceptarlo así. Digamos que se suprime.

—Eso es, que se mata —dijo el señor Wilkins Flasher.

—Exactamente —contestó el señor Simmery, anotándolo—: «Flasher… diez guineas contra cinco, a que Boffer se mata». ¿Dentro de cuánto tiempo ponemos?

—¿Quince días? —sugirió el señor Wilkins Flasher.

—Ni hablar —replicó el señor Simmery, deteniéndose un momento para aplastar una mosca con la regla—. Digamos una semana.

—Vamos a partir la diferencia —dijo el señor Wilkins Flasher—; pongamos diez días.

—Bueno, diez días —asintió el señor Simmery.

Así, se anotó en los libritos que Boffer se mataría dentro de diez días, o si no, el señor Wilkins Flasher tendría que entregar la suma de diez guineas al señor Frank Simmery; y que si Boffer se mataba dentro de ese plazo, el señor Frank Simmery, en cambio, pagaría cinco guineas al señor Wilkins Flasher.

—Siento mucho que haya quebrado —dijo el señor Wilkins Flasher—. Daba comidas estupendas.

—Y también tenía un Oporto magnífico —observó el señor Simmery—. Mañana mandaré al mayordomo a la subasta, a quedarse con algo de aquel del sesenta y cuatro.

—¡Eres el diablo! —dijo el señor Wilkins Flasher—. Mi mayordomo irá también. Cinco guineas a que el mío ofrece más que el tuyo.

—Aceptado.

Otra anotación se hizo en los libritos con los lápices de oro; y el señor Simmery, como para entonces ya había matado todas las moscas y aceptado todas las apuestas, se fue a dar una vuelta por la Bolsa a ver qué pasaba.

Entonces el señor Wilkins Flasher se dignó recibir las instrucciones del señor Solomon Pell y, después de rellenar unos impresos, solicitó al grupo que le siguiera al Banco, lo que hicieron: el señor Weller y sus tres amigos mirando absortos todo lo que encontraban, con ilimitado asombro, y Sam enfrentándose a todo con una frialdad que nada podía agitar.

Después de atravesar un patio que era todo ruido y estrépito, y después de cruzarse con un par de porteros que parecían vestidos haciendo juego con el extintor rojo de incendios que estaba en un rincón, sobre sus ruedas, pasaron a una oficina donde se iba a resolver su asunto, y donde los señores Pell y Flasher les dejaron de pie unos momentos, mientras ellos subían a la oficina de testamentos.

—¿Qué es este sitio? —susurró el de la cara picada al señor Weller padre.

—La oficina de *consolaos* —confió el albacea a media voz.

—¿Y qué son esos señores sentados detrás de los mostradores? —preguntó el cochero ronco.

—*Consolaos* amortizables, supongo —contestó el señor Weller—; ¿no son esos los *consolaos* amortizables, Samivel?

—¿Cómo? ¿No se imaginará que los *consolaos* amortizables son algo vivo? —preguntó Sam con el mayor desdén.

—¿Cómo lo voy a saber? —replicó el señor Weller—. Me pareció que tenían cara de serlo. ¿Pues qué son, entonces?

—Escribientes —contestó Sam.

—¿Por qué comen *toos* bocadillos de jamón? —preguntó su padre.

—Porque entrará en sus obligaciones, supongo —contestó Sam—; es parte del sistema: ¡*to* el día están ahí haciendo lo mismo!

Apenas habían tenido un momento el señor Weller y sus amigos para reflexionar sobre esta curiosa regla en conexión con el sistema monetario del país, cuando se unieron a ellos los señores Pell y Wilkins Flasher, quienes les llevaron a una parte del mostrador sobre la cual había una pizarra redonda con una gran «W».

—¿Eso qué es, señor Pell? —preguntó el señor Weller, dirigiendo la atención de Pell hacia el objetivo en cuestión.

—La inicial del apellido de la difunta —contestó Pell.

—¡Oigan! —dijo el señor Weller, volviéndose a los árbitros—; aquí hay algo que no va bien. Nuestra inicial es «V»… eso no vale.

Los árbitros enseguida dieron su decidida opinión de que el asunto no podía resolverse legalmente bajo la letra «W», y con toda probabilidad se habría retrasado por lo menos un día, de no ser por el comportamiento, rápido aunque a primera vista irrespetuoso, de Sam, quien, agarrando a su padre por los faldones de la casaca, le arrastró al mostrador y le tuvo allí bien sujeto hasta que puso su firma en un par de documentos; lo cual, por la costumbre del señor Weller de firmar en letras de molde, fue un trabajo de tanto tiempo y esfuerzo que el escribiente en funciones tuvo tiempo de pelar y comerse tres manzanas reinetas mientras se ejecutaba.

Como el señor Weller padre se empeñaba en vender inmediatamente su porción, marcharon desde el Banco a las puertas de la Bolsa, adonde el señor Wilkins Flasher, tras una breve ausencia, volvió con un cheque contra Smith, Payne y Smith por quinientas treinta libras; siendo ese el dinero que correspondía al señor Weller, según la cotización del día, por el valor de los ahorros de la segunda señora Weller. Las doscientas libras de Sam quedaron transferidas a su nombre, y el señor Wilkins Flasher, al recibir el pago de su comisión, dejó caer el dinero descuidadamente en el bolsillo y se volvió sosegadamente a su despacho.

El señor Weller al principio estaba obstinadamente decidido a no cobrar el cheque más que en monedas de un soberano, pero como los árbitros le hicieron ver que, haciéndolo así, tendría que incurrir en el gasto de un saquito para llevárselas a casa, consintió en recibir la suma en billetes de cinco libras.

—Mi hijo —dijo el señor Weller, cuando salieron del Banco—, mi hijo y yo tenemos un compromiso muy particular esta tarde, y me gustaría arreglar este asunto enseguida, de modo que vamos derechos a algún sitio donde se puedan hacer las cuentas.

Pronto se encontró un local tranquilo y se presentaron y aprobaron las cuentas. La cuenta del señor Pell fue examinada por Sam, y algunas de sus partidas fueron recusadas por los árbitros; pero, a pesar de la declaración del señor Pell, acompañada de muchas afirmaciones solemnes de que realmente eran muy duros con él, lo cierto es que era, con mucho, el mejor trabajo profesional que había tenido nunca, y con él comió, se alojó y se lavó durante los seis meses siguientes.

Una vez que los árbitros tomaron un sorbo, dieron la mano y se fueron, porque tenían que salir de Londres en sus coches aquella noche. El señor Solomon Pell, encontrando que no había más que hacer, ni en cuanto a comer ni en cuanto a beber, se despidió amistosamente, y Sam y su padre quedaron solos.

—¡Ea! —dijo el señor Weller, metiéndose la cartera en el bolsillo lateral—. Con los fondos de la venta y *to* eso, hay aquí mil ciento ochenta libras. ¡Vamos, Samivel, hijo mío; vuelve riendas hacia San Jorge y el Buitre!

LVI

UNA IMPORTANTE CONFERENCIA TIENE LUGAR ENTRE EL SEÑOR PICKWICK Y SAMUEL WELLER, CON ASISTENCIA DEL PADRE DE ESTE. LLEGA INESPERADAMENTE UN VIEJO CABALLERO VESTIDO DE COLOR TABACO

El señor Pickwick estaba solo, meditando sobre muchas cosas, y pensando, entre otros temas, cómo podría ayudar a la joven pareja cuya actual condición inestable era para él objeto de constante preocupación y remordimiento, cuando entró Mary con vivacidad en el cuarto y, acercándose a la mesa, dijo de modo notablemente apresurado:

—Señor, por favor; Samuel está abajo y dice si su padre puede verle a usted.

—Claro que sí —contestó el señor Pickwick.

—Gracias, señor —dijo Mary, dirigiéndose otra vez a la puerta.

—No habrá vuelto Sam hace mucho, ¿verdad? —preguntó el señor Pickwick.

—Oh, no, señor —contestó Mary con vehemencia—. Acaba de llegar. Dice que ya no le pedirá más permisos. Puede ser que Mary se diera cuenta de que había comunicado esta noticia con más calor del que parecía de hecho necesario, o puede ser que observara la benévola sonrisa con que la miraba el señor Pickwick cuando acabó de hablar. Lo cierto es que inclinó la cabeza y examinó el pico de su elegante delantalito con mayor detalle de lo que parecía justificarse en absoluto.

—Diles que pueden subir enseguida, naturalmente —dijo el señor Pickwick.

Mary, al parecer muy aliviada, se apresuró a llevar su mensaje.

El señor Pickwick dio dos o tres vueltas por el cuarto y, frotándose mientras tanto la barbilla con la mano izquierda, pareció perderse en cavilaciones.

«Bueno, bueno —se dijo el señor Pickwick, por fin, en tono benévolo pero algo melancólico—, es el mejor modo como le podría pagar su apego y su fidelidad; que sea así, en nombre del cielo. Es el destino de un viejo solitario, que los que le rodean formen otros afectos nuevos y le abandonen. No tengo derecho a esperar que conmigo sea de otro modo. No, no —añadió el señor Pickwick, más animado—, sería egoísmo e ingratitud. Yo debería estar contento de encontrar una oportunidad de establecerle de modo tan excelente. Claro que estoy contento.»

El señor Pickwick estaba tan absorto en estas reflexiones, que la llamada a la puerta se repitió tres o cuatro veces antes que la oyera. Sentándose apresurado y procurando adoptar su acostumbrado rostro placentero, dio el permiso requerido, y entró Sam Weller, seguido de su padre.

—Me alegro de verte de vuelta, Sam —dijo el señor Weller—. ¿Cómo está usted, señor Weller?

—Muy *animao*, señor, gracias —contestó el viudo—; espero que *usté* también

esté bien.

—Estoy muy bien, gracias —contestó el señor Pickwick.

—Me gustaría tener un poco de conversación con *usté*, señor —dijo el señor Weller—, si me puede conceder cinco minutos, o poco más.

—Naturalmente —contestó el señor Pickwick—; Sam, dale una silla a tu padre.

—Gracias, Samivel, ya tengo aquí una silla —dijo el señor Weller, adelantando una mientras lo decía—. Ha hecho un día muy bueno, señor —añadió el viejo, dejando el sombrero en el suelo al sentarse.

—En efecto, bastante bueno —contestó el señor Pickwick—; muy bueno para la estación.

—Es el mejor tiempo que he visto, *pa* la época que es, señor —asintió el señor Weller.

Y entonces el viejo fue invadido por un violento ataque de tos, al terminar el cual movió la cabeza e hizo guiños y diferentes gestos de súplica y amenaza a su hijo, que este se abstuvo firmemente de ver.

El señor Pickwick, notando que el viejo estaba un tanto cohibido, fingió estar ocupado en cortar las hojas de un libro que tenía delante y esperó con paciencia hasta que el señor Weller llegara al objeto de su visita.

—Nunca he visto un muchacho tan irritante como tú, Samivel —dijo el señor Weller, mirando indignado a su hijo—; nunca, en *toos* los días de mi vida.

—¿Qué ha hecho, señor Weller? —preguntó el señor Pickwick.

—No quiere empezar, señor —respondió el señor Weller—; sabe que no me las arreglo *pa* expresarme cuando hay algo de particular que hacer y, sin embargo, se queda ahí viendo cómo le quito a *usté* su valioso tiempo, y poniéndome en ridículo antes que ayudarme con una sola sílaba. Esa no es una conducta filial, Samivel —dijo el señor Weller, secándose la frente—; ni mucho menos.

—*Usté* ha dicho que iba a hablar —contestó Sam—; ¿cómo iba a saber yo que se atascaría en el mismo principio?

—Podías haber visto que no era capaz de arrancar —respondió el padre—; estoy en el *lao* malo de la carretera, y metiéndome en la empalizada, y con *toos* los inconvenientes, y sin embargo no me echas una mano *pa* ayudarme. Me da vergüenza de ti, Samivel.

—La *verdá*, señor —dijo Sam, inclinándose levemente—, es que mi padre ha *sacao* su dinero.

—Muy bien, Samivel, muy bien —dijo el señor Weller, asintiendo con la cabeza muy satisfecho—; no quería ser *demasiao* severo contigo, Sammy. Muy bien. Así se empieza. Pasa enseguida al asunto. Muy bien, desde luego, Samivel.

El señor Weller movió la cabeza un extraordinario número de veces, en el

rebose de su satisfacción, y esperó en actitud de escucha a que Sam continuara su declaración.

—Puedes sentarte, Sam —dijo el señor Pickwick, temiendo que la entrevista duraría probablemente más de lo que había esperado.

Sam volvió a inclinarse y se sentó; su padre se volvió a mirarle y él continuó:

—Mi padre, señor, ha *sacao* ahora quinientas treinta libras.

—Por los *consolaos* amortizables —interrumpió el señor Weller padre a media voz.

—No importa mucho que sean *consolaos* amortizables o no —dijo Sam—; la *cantidá* es quinientas treinta libras, ¿no?

—Eso es, Samivel —contestó el señor Weller.

—A esa *cantidá* se ha añadido, por la casa, el negocio…

—… fianza, clientela, existencias y muebles —interrumpió el señor Weller.

—… hasta que, por junto —continuó Sam—, resultan mil ciento ochenta libras.

—¡Vaya, vaya! —dijo el señor Pickwick—. Me alegro de saberlo, y le felicito, señor Weller, por haber resultado tan bien.

—Espere un momento, señor —dijo el señor Weller, levantando la mano en ademán suplicante—. Sigue, Samivel.

—Ese dinero —dijo Sam con un poco de vacilación—, él tiene deseo de colocarlo en algún sitio donde sepa que está seguro, y yo también lo deseo, porque si se lo queda, se lo prestará a alguien, o invertirá los fondos en caballos, o se le caerá la cartera en cualquier sitio, o le engañarán de un modo o de otro lo mismo que si fuera una momia egipcia.

—Muy bien, Samivel —observó el señor Weller, con aire tan complacido como si Sam hubiera hecho los más altos elogios de su prudencia y previsión—; muy bien.

—Y por ese motivo —continuó Sam, dando tirones nerviosos al ala del sombrero—, por ese motivo, lo ha *sacao* hoy y ha venido conmigo aquí a decir, o al menos a ofrecer, o, dicho de otra manera, a…

—A decir esto —dijo el señor Weller con impaciencia—: que a mí no me sirve *pa na*. Yo voy a trabajar siempre en las diligencias, y no tengo dónde guardarlo, a no ser que pague al postillón por tener *cuidao* del dinero, o que lo meta en una de las bolsas del coche, que sería una tentación *pa* los pasajeros del interior. Si *usté* me lo cuida, señor, yo le estaré muy agradecido. Quizá —dijo el señor Weller acercándose al señor Pickwick y hablándole al oído—, quizá le servirá un poco *pa* los gastos de esa condena. Lo que le digo es *na* más que me lo guarde hasta que se lo pida otra vez.

Y con estas palabras, el señor Weller puso su cartera entre las manos del señor Pickwick, recogió el sombrero y salió del cuarto corriendo con una

celeridad difícilmente previsible en un individuo tan corpulento.

—¡Detenle, Sam! —exclamó el señor Pickwick con vehemencia—. ¡Alcánzale, vuelve a traerlo al momento! ¡Señor Weller, venga, vuelva aquí!

Sam vio que no se podían desobedecer las indicaciones de su amo; y, agarrando del brazo a su padre cuando bajaba las escaleras, le arrastró atrás a viva fuerza.

—Mi buen amigo —dijo el señor Pickwick, tomando al viejo por la mano—, me abruma su confianza tan sincera.

—No veo que haya motivo *pa* eso —contestó obstinado el señor Weller.

—Le aseguro, mi buen amigo, que tengo más dinero del que puedo necesitar nunca; más de lo que un hombre de mi edad puede gastar en su vida.

—Nadie sabe lo que puede gastar hasta que lo prueba —observó el señor Weller.

—Quizá —contestó el señor Pickwick—; pero como no tengo intención de hacer tales experimentos, no es probable que me llegue a faltar. Señor Weller, le tengo que rogar que se lleve esto.

—Muy bien —dijo el señor Weller con cara de descontento—. Fíjate en lo que te digo, Sammy; voy a hacer algún disparate con este dinero, algún disparate.

—Será mejor que no lo haga —contestó Sam.

El señor Weller reflexionó un rato, y luego, abotonándose la casaca con gran decisión, dijo:

—Me meteré a guardabarrera.

—¡Cómo! —exclamó Sam.

—Guardabarrera —insistió el señor Weller, hablando a través de los dientes apretados—; me meteré a guardabarrera. Dile adiós a tu padre, Samivel. Voy a dedicar el resto de mis días a una barrera.

La amenaza era tan espantosa, y el señor Weller, además de tener aire de estar totalmente decidido a ponerla en ejecución, parecía tan profundamente humillado por la negativa del señor Pickwick, que este, después de breve reflexión, dijo:

—En fin, en fin, señor Weller, le guardaré el dinero. Quizá puedo hacer con él más de bueno que usted.

—Eso mismo, eso es —dijo el señor Weller, iluminándose—; claro que sí puede, señor.

—No hable más del asunto —dijo el señor Pickwick, guardando con llave el dinero en su mesa—. Le estoy cordialmente agradecido, mi buen amigo. Ahora siéntese otra vez. Quiero pedirle su consejo.

La risa interior ocasionada por el éxito triunfal de su visita, que había agitado no solo la cara del señor Weller, sino sus brazos, piernas y cuerpo durante la puesta en seguro de su cartera, dejó paso repentinamente a la más digna

gravedad al oír estas palabras.

—Espera fuera unos pocos minutos, ¿quieres, Sam? —dijo el señor Pickwick.

Sam se retiró inmediatamente.

El señor Weller puso una cara extraordinariamente profunda y sorprendida cuando el señor Pickwick empezó a hablar diciendo:

—Usted no es partidario del matrimonio, ¿no es así, señor Weller?

El señor Weller movió la cabeza. No era capaz de hablar en absoluto. Vagos pensamientos de que alguna perversa viuda hubiera tenido éxito en sus designios con el señor Pickwick, le quitaban el respiro para hablar.

—¿Ha visto por casualidad una muchacha abajo, cuando entró ahora mismo con su hijo?

—Sí. Vi una mocita —contestó el señor Weller, lacónico.

—¿Y qué le pareció, vamos? Francamente, señor Weller, ¿qué pensó de ella?

—Pensé que estaba de muy buen ver, y muy bien hecha —dijo el señor Weller con aire crítico.

—Eso es —dijo el señor Pickwick—, eso es. ¿Qué le pareció en sus maneras, por lo que pudo ver?

—Muy agradable —respondió el señor Weller—; muy agradable y conforme.

No se comprendió qué significado exacto atribuía el señor Weller a este último adjetivo, pero como, según se hizo evidente por el tono en que lo usó, era una expresión favorable, el señor Pickwick quedó tan satisfecho como si le hubiera iluminado del todo sobre el tema.

—Tengo un gran interés por ella, señor Weller —dijo el señor Pickwick.

El señor Weller tosió.

—Quiero decir, interés por su bien —continuó el señor Pickwick—; deseo que esté en buena situación y feliz. ¿Entiende?

—Claramente —contestó el señor Weller, que todavía no entendía nada.

—Esa joven —dijo el señor Pickwick— siente gran afecto por su hijo.

—¡Por Samivel Weller! —exclamó el padre.

—Sí —dijo el señor Pickwick.

—Es natural —dijo el señor Weller después de pensarlo un poco—; natural, pero alarmante. Sammy debe tener *cuidao*.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el señor Pickwick.

—Mucho *cuidao* de no decirle *na* —respondió el señor Weller—; mucho *cuidao* de no dejarse arrastrar, en un momento de inocencia, a decir *na* que lleve a una condena por quebrantamiento de promesa. Uno no está seguro nunca con ellas, señor Pickwick, en cuanto tienen planes contra uno; no se sabe dónde ponerlas, y mientras uno lo está pensando, ya le han cazado a uno. Yo me casé la primera vez de esa manera, y Sammy fue la consecuencia de la maniobra.

—No me anima usted mucho a terminar lo que tengo que decirle —hizo notar

el señor Pickwick—, pero mejor será que se lo diga cuanto antes. Esta joven no solo siente cariño por su hijo, señor Weller, sino que su hijo lo siente por ella.

—Bueno —dijo el señor Weller—; ¡sí que es una cosa bonita *pa* que la oiga un padre!

—Les he observado en varias ocasiones —dijo el señor Pickwick, sin comentar la última reflexión del señor Weller—, y no conservo ninguna duda sobre ello. Suponiendo que yo deseara establecerles cómodamente como marido y mujer en algún pequeño negocio o posición en que pudieran esperar vivir decentemente, ¿qué le parecería a usted, señor Weller?

Al principio, el señor Weller recibió con malas caras una propuesta que implicaba el matrimonio de alguien por quien sentía interés; pero, a medida que el señor Pickwick discutió el asunto con él, dando gran relieve al hecho de que Mary no era viuda, poco a poco se fue poniendo más tratable. El señor Pickwick tenía gran influencia sobre él, y la apariencia de Mary le había impresionado mucho, dado que, en efecto, él ya le había lanzado unos cuantos guiños nada paternales. Por fin dijo que no podía oponerse a la inclinación del señor Pickwick, y que se sentiría muy feliz de ceder a su opinión; con lo cual el señor Pickwick le tornó la palabra jovialmente, y llamó a Sam para que volviera a entrar en el cuarto.

—Sam —dijo el señor Pickwick después de carraspear—, tu padre y yo hemos tenido una conversación sobre ti.

—Sobre ti, Samivel —dijo el señor Weller con voz protectora e impresionante.

—No estoy tan ciego, Sam, como para no haber visto desde hace tiempo que sientes algo más que amistad hacia la doncella de la señora Winkle —dijo el señor Pickwick.

—¿Lo oyes, Samivel? —dijo el señor Weller, en la misma forma judicial de lenguaje que antes.

—Espero, señor —dijo Sam, dirigiéndose a su amo—, espero que no habrá nada malo en que un joven preste atención a una joven que no se puede negar que tiene buen aspecto y buena conducta.

—Claro que no —dijo el señor Pickwick.

—De ningún modo que no —asintió el señor Weller, de modo afable pero magistral.

—Lejos de pensar que haya nada malo en una conducta tan natural —continuó el señor Pickwick—, mi deseo es ayudar y proteger tus deseos en ese sentido. Con vistas a eso, he tenido una pequeña conversación con tu padre y, encontrando que él es de mi opinión…

—Dado que la señorita no es viuda —interrumpió el señor Weller como explicación.

—Dado que la señorita no es viuda… —dijo el señor Pickwick, sonriendo—,

deseo librarte de la sujeción que te impone tu situación actual y demostrar cómo siento tu fidelidad y tus muchas excelentes cualidades dándote la posibilidad de casarte enseguida con esa muchacha y de ganarte la vida independientemente, para ti y para tu familia. Me sentiré muy orgulloso, Sam —dijo el señor Pickwick, cuya voz había vacilado un poco hasta entonces, pero que ahora volvía a tomar su tono acostumbrado—, orgulloso y feliz de cuidarme de modo especial y grato sobre tus perspectivas de vida en el porvenir.

Hubo un profundo silencio durante un rato, y Sam dijo luego con voz baja y ronca, pero firme, sin embargo:

—Le estoy muy agradecido por esa *bondá*, señor, que no puede ser más que de *usté*, pero no puede ser.

—¡Que no puede ser! —exclamó el señor Pickwick con asombro.

—Digo que no puede ser —repitió Sam en tono más alto—. ¿Qué va a ser de *usté*, señor?

—Mi buen amigo —contestó el señor Pickwick—; los recientes cambios entre mis amigos alterarán completamente mi forma de vida en el porvenir; además, me voy haciendo viejo y necesito reposo y tranquilidad. Mis vagabundeos, Sam, se han terminado.

—¿Cómo lo voy a saber, señor? —replicó Sam—. ¡Eso lo dice ahora! Suponiendo que cambie de idea, que no sería raro, porque *toavía* tiene un alma de veinticinco años, ¿qué sería de *usté* sin mí? No puede ser, señor, no puede ser.

—Muy bien, Samivel, tienes mucha razón —dijo el señor Weller, dándole ánimos.

—Hablo después de pensarlo mucho, Sam, y con la seguridad de que mantendré mi palabra —dijo el señor Pickwick, moviendo la cabeza—. Las nuevas escenas se han terminado para mí; mis viajes se han acabado para siempre.

—Muy bien —contestó Sam—. Entonces, esa es la mejor razón por la que siempre tiene que tener a su *lao* a alguien que le entienda, que le cuide y que le tenga cómodo. Si *usté* quiere otro tipo más fino, bueno, allá *usté*; pero con sueldo o sin sueldo, con despedida o sin despedida, con manutención o sin manutención, con alojamiento o sin alojamiento, Sam Weller, el que *usté* sacó de la posada vieja del Borough, se queda con *usté*, pase lo que pase; y aunque *toos* y *toas* las cosas hagan lo que quieran, ¡no habrá *na* que lo impida!

Al terminar esta declaración, que Sam hizo con gran emoción, el señor Weller padre se levantó de su asiento y, olvidando toda consideración de tiempo, lugar o decoro, agitó el sombrero por encima de la cabeza y lanzó tres hurras vehementes.

—Mi buen amigo —dijo el señor Pickwick cuando el señor Weller se sentó otra vez, algo avergonzado de su propio entusiasmo—; tienes que considerar

también a la muchacha.

—Ya considero a la muchacha, señor —dijo Sam—; ya he considerado a la muchacha. He *hablao* con ella. Le he dicho cuál es mi situación; ella está dispuesta a esperar hasta que yo esté listo, y creo que lo hará. Si no espera, no es la muchacha que yo creo que es, y de buena gana la dejo. *Usté* ya me conoce, señor. Lo tengo decidido, y nada puede cambiar mi idea.

¿Quién podía combatir esta decisión? No el señor Pickwick. En aquel momento él se sentía más orgulloso y feliz con el apego desinteresado de sus humildes amigos que con todo lo que diez mil protestas de los mayores personajes del mundo habrían despertado en su corazón.

Mientras tenía lugar esta conversación en el cuarto del señor Pickwick, un señor bajo, de cierta edad, vestido de color tabaco, y seguido por un mozo que llevaba un maletín, se presentó abajo, y, después de reservar una cama para aquella noche, preguntó al camarero si residía allí una tal señora Winkle, a cuya pregunta el camarero, por supuesto, respondió de modo afirmativo.

—¿Está sola? —preguntó el viejo.

—Creo que sí, señor —contestó el camarero—, puedo llamar a su doncella, señor, si usted…

—No, no quiero ver a la doncella —dijo el viejo con viveza—. Lléveme a su cuarto sin anunciarme.

—¿Cómo, señor? —dijo el camarero.

—¿Está usted sordo? —preguntó el señor bajo.

—No, señor.

—Entonces, escuche, por favor. ¿Me oye ahora?

—Sí, señor.

—Pues bien. Lléveme al cuarto de la señora Winkle sin anunciarme.

Al pronunciar esta orden, el señor viejo deslizó cinco chelines en la mano del camarero y le miró con la mayor fijeza.

—La verdad, señor —dijo el camarero—. No sé, señor, si…

—¡Ah, lo hará, ya lo sé! —dijo el señor viejo—. Será mejor que lo haga enseguida. Así no perderemos tiempo.

Había algo tan frío y concentrado en la actitud de aquel señor, que el camarero se metió en el bolsillo los cinco chelines y le guió escaleras arriba sin decir una palabra más.

—Este es el cuarto, ¿no? —dijo el caballero—. Puede marcharse.

El camarero obedeció, preguntándose quién podría ser aquel señor y qué querría; el señor bajo, después de esperar a que se perdiera de vista, llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Arabella.

—Hum, bonita voz, de todos modos —murmuró el viejo—, pero eso no es nada.

Diciéndose esto, abrió la puerta y entró. Arabella, que estaba cosiendo, se levantó al ver a un desconocido, un poco confusa, pero sin perder su gracia.

—Por favor, no se levante, señora —dijo el desconocido, entrando y cerrando la puerta tras él—. ¿La señora Winkle, supongo?

Arabella inclinó la cabeza.

—¿La señora de Nathaniel Winkle, que se casó con el hijo del viejo de Birminghan? —dijo el desconocido, observando a Arabella con visible curiosidad.

Una vez más, Arabella inclinó la cabeza y miró incierta a su alrededor, como indecisa sobre si llamar pidiendo auxilio.

—Veo que la sorprendo, señora —dijo el viejo.

—Bastante, lo confieso —contestó Arabella, cada vez más intrigada.

—Me sentaré, si me lo permite, señora —dijo el desconocido.

Tomó una silla y, extrayendo del bolsillo un estuche, sacó tranquilamente unos lentes, que se ajustó en la nariz.

—¿No me conoce usted, señora? —dijo, mirando tan atentamente a Arabella que esta empezó a sentirse alarmada.

—No, señor —respondió tímidamente.

—No —dijo el caballero, frotándose la pierna izquierda—; no sé cómo me iba a conocer. Sin embargo, usted conoce mi nombre, señora.

—¿De veras? —dijo Arabella, temblando, aunque sin saber por qué—. ¿Puedo preguntar cuál es?

—Dentro de un momento, señora, dentro de un momento —dijo el desconocido, sin quitarle todavía los ojos de la cara—. ¿Se ha casado usted hace poco, señora?

—Sí, hace poco —contestó Arabella en tono apenas audible, dejando a un lado la labor y sintiéndose muy agitada al penetrar con más fuerza en su mente una idea que se le había ocurrido antes.

—¿Sin haber hecho ver a su marido la conveniencia de consultar antes a su padre, de quien depende, me parece? —dijo el desconocido.

Arabella se llevó el pañuelo a los ojos.

—¿Sin un intento, siquiera, de averiguar por algún recurso indirecto cuáles eran los sentimientos del padre en un punto en que naturalmente se sentiría muy interesado? —dijo el desconocido.

—No lo puedo negar, señor —dijo Arabella.

—¿Y sin tener suficientes bienes propios para ofrecer a su marido una ayuda permanente, a cambio de las ventajas materiales que usted sabía que él habría tenido si se hubiera casado de acuerdo con los deseos de su padre? —dijo el viejo—. ¡Eso es lo que los muchachos y las muchachas llaman afecto desinteresado, hasta que tienen hijos e hijas, y entonces lo ven de otro modo diferente y más duro!

Las lágrimas de Arabella corrían sin interrupción, mientras alegaba como

atenuante que era joven e inexperta; que solo su cariño la había inducido a dar el paso a que había recurrido; que ella había carecido del consejo y guía de sus padres casi desde la niñez.

—Ha estado mal —dijo el caballero en tono más suave—, mal hecho. Ha sido algo romántico, indigno de gentes de negocios, algo estúpido.

—Ha sido culpa mía; toda la culpa es mía —contestó la pobre Arabella, llorando.

—Tonterías —dijo el viejo—; no ha sido culpa de usted que él se enamorara, supongo. Aunque sí que lo fue —dijo el viejo, mirando con cierta malicia a Arabella—; sí que fue culpa de usted. Él no lo podía remediar.

Este pequeño cumplido, o el extraño modo de hacerlo que tuvo el caballero, o su cambio de actitud, mucho más bondadosa que al principio, o las tres cosas juntas, hicieron sonreír a la fuerza a Arabella en medio de sus lágrimas.

—¿Dónde está su marido? —preguntó el viejo de repente, deteniendo una sonrisa que empezaba a dibujarse en su propia cara.

—Le espero de un momento a otro —dijo Arabella—. Le he convencido de que diera un paseo esta mañana. Está muy decaído y triste por no haber sabido nada de su padre.

—¿Decaído él? —dijo el viejo—. ¡Le está bien empleado!

—Lo siente por mí, me temo —dijo Arabella—; y desde luego, yo lo siento profundamente por él. Yo he sido el único motivo para que llegara a estar en su situación actual.

—No se preocupe por él, querida mía —dijo el viejo—. Le está bien empleado. Me alegro… me alegro de veras, por lo que a él toca.

Apenas habían salido estas palabras de los labios del viejo, cuando se oyeron subir por las escaleras unos pasos que él y Arabella parecieron reconocer en el mismo instante. El caballero se puso pálido y, haciendo un gran esfuerzo para dominarse, se levantó cuando Winkle entró en el cuarto.

—¡Padre! —gritó Winkle, retrocediendo de sorpresa.

—Sí, señor —contestó el viejo—. Bueno, ¿qué me tienes que decir?

Winkle quedó en silencio.

—¿Estarás avergonzado de ti mismo, espero? —dijo el viejo.

—No, señor —contestó Winkle, tomando el brazo de Arabella—. No estoy avergonzado de mí mismo, ni tampoco de mi mujer.

—¡No me digas! —exclamó irónicamente el viejo.

—Lamento mucho haber hecho algo que ha disminuido su afecto por mí, padre —dijo Winkle—, pero al mismo tiempo diré que no tengo motivo para avergonzarme de tener a Arabella por mujer, ni usted de tenerla por hija.

—Dame la mano, Nat —dijo el viejo con voz alterada—. Dame un beso, querida mía. Después de todo, ¡eres una nuera encantadora!

Poco después Winkle fue en busca del señor Pickwick y, volviendo con él, le

llevó hasta su padre, con lo cual estuvieron estrechándose las manos incesantemente durante cinco minutos.

—Señor Pickwick, le doy las gracias cordialmente por todas sus bondades con mi hijo —dijo el señor Winkle padre en tono brusco y sincero—. Soy un hombre precipitado, y la otra vez que le vi me sentí molesto y asaltado por sorpresa. Ahora he juzgado por mí mismo y estoy más que satisfecho. ¿Tengo que presentarle más excusas, señor Pickwick?

—Ninguna —contestó este—. Ha hecho usted lo único que me faltaba para completar mi felicidad.

Entonces hubo otro apretón de manos durante cinco minutos, acompañado de un gran número de discursos complementarios, que, además de ser complementarios, tenían la cualidad adicional y desacostumbrada de ser sinceros.

Sam había acompañado a su padre, como era debido, a La Bella Salvaje y, al volver, encontró al gordinflón en el patio, con el encargo de entregar una nota de parte de Emily Wardle.

—Oiga —dijo Joe, que estaba insólitamente locuaz—; ¡qué chica más guapa es Mary!, ¿no? ¡Me gusta muchísimo, me gusta!

Sam Weller no hizo comentario verbal en respuesta; sino que, observando por un momento al gordinflón, y petrificado ante su descaro, le llevó a un rincón, agarrado por el cuello, y le despidió con un inofensivo pero ceremonioso puntapié. Después de eso, entró en casa silbando.

LVII

EN QUE SE DISUELVE FINALMENTE EL CLUB PICKWICK, Y TODO SE CONCLUYE CON SATISFACCIÓN DE TODOS

Durante una semana entera, después de la feliz llegada del señor Winkle desde Birmingham, el señor Pickwick y Sam Weller se estuvieron ausentando todo el día, volviendo solo a tiempo de cenar, y entonces con un aire de misterio e importancia muy ajeno a sus caracteres. Era evidente que estaban en marcha realizaciones muy graves e importantes; pero flotaban diversas hipótesis sobre su carácter determinado. Algunos (entre los cuales estaba Tupman) se inclinaban a pensar que el señor Pickwick proyectaba una alianza matrimonial; pero las señoras rechazaban firmemente esta idea. Otros se inclinaban más bien a creer que proyectaba un viaje muy largo, y estaba ocupado entonces en realizar los arreglos preliminares; pero eso lo negaba firmemente el propio Sam, quien había declarado inequívocamente, sometido a interrogatorio por Mary, que no se iban a emprender nuevos viajes.

Por fin, cuando los cerebros de todo el grupo hubieron hervido durante seis largos días con especulaciones inútiles, se decidió unánimemente que había que convocar al señor Pickwick para que explicara su conducta, indicando claramente por qué se había ausentado de la compañía de sus amigos, que tanto le admiraban.

Con esta intención, el señor Wardle invitó a cenar a todos en el Adelphi y, después que las botellas de vino dieron la vuelta tres veces, abordó el asunto.

—Todos estamos deseosos de saber —dijo el viejo— qué hemos hecho para ofenderle, induciéndole a abandonarnos y dedicarse a esos paseos solitarios.

—¿De veras? —dijo el señor Pickwick—. Es bastante curioso: había pensado darles espontáneamente hoy mismo una explicación, de modo que, si me dan otro vaso de vino, satisfaré su curiosidad.

Las botellas pasaron de mano en mano con viveza insólita, y el señor Pickwick, mirando a su alrededor las caras de sus amigos, con una sonrisa jubilosa, comenzó:

—Todos los cambios que han tenido lugar entre nosotros —dijo el señor Pickwick—, quiero decir, el matrimonio que ya ha tenido lugar y el matrimonio que va a tener lugar, con los cambios que implican, me han hecho necesario pensar, enseguida y de modo juicioso, sobre mis planes para el futuro. He decidido retirarme a algún barrio tranquilo y agradable en las afueras de Londres. He visto una casa que está exactamente de acuerdo con mi capricho; la he tomado y la he amueblado. Está completamente preparada para recibirme, y pienso entrar en ella enseguida, confiando en que todavía pueda vivir muchos años tranquilos, en retiro pacífico, animado a través de toda la vida por la compañía de mis amigos, y seguido en la muerte por su recuerdo afectuoso.

Aquí el señor Pickwick se detuvo, y un murmullo en voz baja dio la vuelta a la mesa.

—La casa que he tomado —dijo el señor Pickwick— está en Dulwich. Tiene un amplio jardín, y está situada en uno de los lugares más agradables junto a Londres. Se ha arreglado con toda atención para la comodidad sustancial; quizá, también, con un poco de elegancia; pero sobre eso ya juzgarán ustedes mismos. Sam me acompañará allí. Por consejo de Perker, he tomado un ama de llaves (¡muy vieja!) y las criadas que ella piense que necesita. Propongo consagrar ese pequeño retiro haciendo que se celebre allí una ceremonia en que tengo gran interés. Deseo, si mi amigo Wardle no presenta objeción, que su hija se case en mi nueva casa el día que yo tome posesión de ella. La felicidad de los jóvenes —dijo el señor Pickwick, un tanto conmovido— ha sido el principal placer de mi vida. Me calentará el corazón ver la felicidad de estos amigos, los que más quiero, bajo mi propio techo.

El señor Pickwick volvió a detenerse; Emily y Arabella sollozaron de modo audible.

—He comunicado, personalmente y también por carta, con el Club —continuó el señor Pickwick—, dándoles a conocer mi intención. Durante nuestra larga ausencia, ha sufrido mucho con disensiones internas; y la retirada de mi nombre, unida a otras circunstancias, ha ocasionado su disolución. El Club Pickwick ya no existe. Nunca lamentaré —dijo el señor Pickwick en voz velada—, nunca lamentaré haber dedicado la mayor parte de estos dos años a mezclarme con diferentes variedades y matices de la especie humana, por más que mi búsqueda de novedades haya parecido frívola a muchos. Como casi toda mi vida anterior había estado dedicada al negocio y a la búsqueda de la riqueza, se me han presentado por primera vez numerosas perspectivas de las que no tenía idea previa; espero que para ampliar mi ánimo y mejorar mi comprensión. Aunque he hecho poco bien, confío en que he hecho menos daño, y en que ninguna de mis aventuras será para mí otra cosa que una fuente de recuerdo divertido y placentero en el crepúsculo de mi vida. ¡Dios les bendiga a todos!

Con estas palabras, el señor Pickwick llenó y apuró un vaso con mano temblorosa; y sus ojos se humedecieron cuando sus amigos se levantaron todos a la vez y brindaron por él de todo corazón.

Había muy pocos arreglos preparatorios que hacer para la boda de Snodgrass. Como no tenía padre ni madre, y desde su menor edad había sido pupilo del señor Pickwick, este conocía perfectamente sus propiedades y perspectivas. Su informe sobre ambas cosas resultó perfectamente satisfactorio para Wardle —como lo hubiera sido cualquier otro informe, pues el excelente viejo estaba rebosando buen humor y benevolencia—, y adscribiendo a Emily una hermosa porción de sus bienes, se fijó la boda para cuatro días después de ese momento. Lo repentino de estos preparativos llevó al borde extremo de la

locura a tres costureras y un sastre.

Enganchando caballos de posta a su coche, el viejo Wardle salió inmediatamente, al día siguiente, para traer a su madre a Londres. Al comunicar esta noticia a la anciana con su característica impetuosidad, ella se desmayó al momento; pero prontamente reanimada, ordenó que se empaquetara el traje de brocado de seda y comenzó a relatar unas circunstancias de carácter semejante en relación con la boda de la hija mayor de la difunta lady Dollinglower, que ocuparon tres horas en su relación sin llegar en este tiempo más que a la mitad.

La señora Trundle hubo de ser informada de todos los grandes preparativos que se hacían en Londres y, como estaba en delicado estado de salud, fue notificada de ello a través del señor Trundle, para que las noticias no resultaran excesivas para ella; pero no lo fueron, dado que al momento escribió a Muggleton encargando un sombrero nuevo y un traje de seda negra, y confesó además su decisión de estar presente en la ceremonia. Con lo cual, el señor Trundle llamó al médico, y el médico dijo que la señora Trundle tenía que saber mejor que nadie cómo se encontraba, a lo cual la señora Trundle contestó que se sentía en condiciones de ir, y que había decidido ir; entonces el doctor, que era un doctor prudente y discreto, y sabía lo que le convenía, a él y a los demás, dijo que tal vez si la señora Trundle se quedaba en casa podría sufrir más con la agitación que si iba, por lo que quizá sería mejor que fuera. Y fue; el médico, atentamente, mandó media docena de medicinas para tomar por el camino.

Además de estos puntos de preocupación, Wardle había recibido dos cartitas para dos jovencitas que habían de actuar como damas de honor de la novia; a cuyo recibo, las dos jóvenes se desesperaron por no tener «cosas» preparadas para tan importante ocasión, ni tiempo para hacerlas; circunstancia que pareció proporcionar un sentimiento de satisfacción, más que otra cosa, a los dignos papás de las dos jovencitas. Con todo, se arreglaron viejos trajes y se hicieron sombreros nuevos, y las dos jovencitas se presentaron tan excelentemente como podía esperarse de ellas. Y como, en la subsiguiente ceremonia, lloraron en los momentos oportunos y temblaron en los momentos oportunos, se ganaron la admiración de todos los observadores.

Cómo llegaron a Londres los dos parientes pobres —si a pie, si colgados detrás de diligencias, si transportados de un carro en otro, si llevándose a cuestas el uno al otro, por turno— no se sabe; pero allí estuvieron, delante de Wardle; y las primerísimas personas que llamaron a la puerta de la casa del señor Pickwick, en la mañana de la boda, fueron los dos parientes pobres, todo sonrisas y cuellos de camisa.

Sin embargo, fueron recibidos con una cordial bienvenida, pues la riqueza o la pobreza no tenían influencia sobre el señor Pickwick; las nuevas criadas eran todo vivacidad y rapidez; Sam estaba en un estado inigualado de buen humor y excitación; Mary resplandecía de belleza y de cintas elegantes.

El novio, que vivía en la casa desde hacía dos o tres días, marchó galantemente a la iglesia de Dulwich a recibir a la novia, acompañado por el señor Pickwick, Ben Allen, Bob Sawyer y Tupman; con Sam Weller de acompañamiento, llevando en el ojal una escarapela blanca, regalo de su amada, y vestido con una nueva y lujosa librea inventada para la ocasión. Allí encontraron a los Wardle y a los Winkle, a la novia y las damas de honor de la novia, y a los Trundle. Acabada la ceremonia, los coches volvieron traqueteando a desayunar a casa del señor Pickwick, donde ya les esperaba el pequeño señor Perker.

Allí se disiparon todas las nubes de la parte más solemne de los actos; todas las caras brillaron gozosas; y no se oyeron sino felicitaciones y elogios. ¡Todo estaba tan hermoso…! El césped, delante; el jardín, detrás; el invernadero en miniatura, el comedor, el salón, las alcobas, el fumadero y, sobre todo, el estudio, con sus cuadros y sus butacas, sus raros mueblecitos de cajones, sus curiosas mesas y sus libros sin número; con una gran ventana alegre dando a un grato prado y dominando un hermoso paisaje, salpicado, aquí y allá, de casitas casi escondidas entre los árboles; ¡y además las cortinas, las alfombras, las sillas, los sofás! Todo estaba tan bello, tan bien ajustado, tan arreglado y con tan exquisito gusto, decían todos, que realmente no se podía decidir qué admirar más.

Y en medio de todo aquello estaba el señor Pickwick, con su rostro iluminado de sonrisas que no podía resistir ningún corazón de hombre, mujer o niño; él mismo el más feliz del grupo, estrechando las manos, una y otra vez, de las mismas personas y, cuando no tenía las manos ocupadas en eso, frotándoselas de placer; volviéndose en una nueva dirección cada vez que alguien expresaba su admiración o curiosidad, e inspirando a todo el mundo con su aire de alegría y complacencia.

Se anuncia el desayuno. El señor Pickwick abre la marcha con la anciana (que ha estado muy elocuente sobre el tema de lady Dollinglower) hasta la cabecera de una larga mesa; Wardle se sitúa al otro extremo; los amigos se ordenan a ambos lados; Sam se sitúa de pie tras la silla de su amo; cesa la risa y la conversación; el señor Pickwick, después de la oración de gracias, se detiene un momento y mira a su alrededor. Entonces las lágrimas ruedan por sus mejillas, en el rebose de su alegría.

Dejemos a nuestro amigo en uno de esos momentos de felicidad sin reservas, de los cuales, si los buscamos, siempre hay algunos que alegran nuestra transitoria existencia en este mundo. Hay sombras oscuras en la tierra, pero sus luces son más fuertes por contraste. Algunos hombres, como los murciélagos o los búhos, tienen mejor mirada para la oscuridad que para la luz. Nosotros, que no tenemos tales poderes ópticos, preferimos lanzar nuestra última mirada de despedida a los que nos han acompañado en visiones durante tantas horas de soledad, ahora que el breve fulgor del sol de este mundo resplandece de lleno

sobre ellos.

Es destino de la mayoría de los que se mezclan con el mundo, y que alcanzan al menos la primavera de la vida, llegar a tener muchos auténticos amigos y perderlos por la marcha de la naturaleza. Es destino de todos los autores o cronistas crear amigos imaginarios y perderlos por la marcha del arte. Y no es esto todo, en el alcance de sus desgracias; pues están obligados a presentar además un informe sobre ellos.

Obedeciendo a esa costumbre —indiscutiblemente mala—, adjuntamos unas palabras biográficas en relación con el grupo reunido en casa del señor Pickwick.

Los señores Winkle, aceptados plenamente en su favor por el señor Winkle padre, se instalaron poco después en una casa recién construida, a menos de media milla de la del señor Pickwick. El señor Winkle, estando ocupado en la City como corresponsal de su padre en Londres, cambió su antigua indumentaria por el atuendo corriente de los ingleses, y desde entonces presentó todo el aspecto externo de un cristiano civilizado.

Los señores Snodgrass se establecieron en Dingley Dell, donde compraron y cultivaron una pequeña granja, más por entretenerse que por el beneficio. Snodgrass, por estar de vez en cuando distraído y melancólico, es considerado hasta hoy como un gran poeta entre sus amigos y conocidos, aunque no sabemos que jamás haya escrito nada para estimular esa creencia. Hay muchos famosos personajes, literarios, filosóficos y de otro orden, que gozan de una alta reputación sobre una base semejante.

Tupman, al casarse sus amigos y establecerse el señor Pickwick, se hospedó en Richmond, donde ha residido desde entonces. Durante los meses de verano, se pasea constantemente por la Terrace, con un aire juvenil y vivaz que le ha hecho la admiración de las numerosas señoras de cierta edad en situación de merecer residentes en la vecindad. Nunca ha vuelto a proponer matrimonio.

Bob Sawyer, después de pasar previamente por la Gaceta,[92] pasó a Bengala, acompañado de Benjamin Allen, por haber recibido ambos caballeros nombramientos médicos en la Compañía de las Indias Occidentales. Han tenido la fiebre amarilla catorce veces cada uno, y luego han decidido probar un poco a ser abstemios; desde este periodo les ha ido muy bien.

La señora Bardell ha alquilado habitaciones a diversos caballeros solos de trato agradable, pero nunca ha vuelto a promover pleitos por quebrantamiento de promesa de matrimonio. Sus abogados, los señores Dodson y Fogg, continúan en su actividad, que les produce un amplio ingreso y en la cual están considerados universalmente como los más listos entre los listos.

Sam Weller mantuvo su palabra y siguió soltero durante dos años. Como la vieja ama de llaves murió al cabo de este tiempo, el señor Pickwick ascendió a

Mary a ese puesto, a condición de que se casara enseguida con Sam Weller, lo que ella hizo sin murmurar. Por la circunstancia de que se vean frecuentemente dos robustos niñitos junto a la puerta del jardín de detrás, hay razón para suponer que Sam tiene familia.

El señor Weller padre siguió conduciendo una diligencia durante un año, pero, por sufrir de gota, se vio obligado a retirarse. Sin embargo, el señor Pickwick le había invertido tan bien el contenido de la cartera que tenía una bonita renta con que retirarse, y de ella vive todavía en una excelente posada junto a Shooter's Hill, donde se le reverencia como a un oráculo y donde presume mucho de su intimidad con el señor Pickwick, conservando una aversión insuperable a las viudas.

El propio señor Pickwick continuó residiendo en su nueva casa, empleando sus horas de ocio en arreglar los apuntes que luego ofreció al secretario del Club antaño famoso, o escuchando a Sam Weller leerle en voz alta, con las observaciones que se le ocurrieran y que jamás dejaban de proporcionar gran diversión al señor Pickwick. Al principio fue muy incomodado por las numerosas peticiones de Snodgrass, Winkle y Trundle para actuar como padrino de sus vástagos, pero se ha acostumbrado luego, y actúa como en algo consabido. Nunca ha tenido motivo para lamentar su bondad con Jingle, pues tanto este como Job Trotter, con el tiempo, han llegado a ser dignos miembros de la sociedad, aunque siempre han rehusado firmemente volver a los escenarios de sus antiguas aventuras y tentaciones. El señor Pickwick está ahora algo debilitado, pero conserva su anterior juventud de ánimo, y se le puede ver frecuentemente contemplando los cuadros del Museo de Dulwich, o disfrutando de un paseo en un buen día por aquellos deliciosos parajes. Le conocen todos los pobres de por allí, que nunca dejan de quitarse el sombrero cuando pasa, con gran respeto. Los niños le idolatran, y lo mismo todos los de aquellos alrededores. Todos los años acude a una gran reunión de familia en casa de Wardle; en esta ocasión, como en todas las demás, va acompañado del fiel Sam, entre el cual y su amo hay un firme y mutuo afecto que solo la muerte agotará.

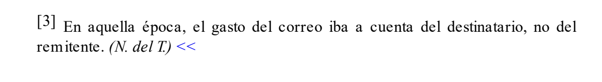


CHARLES DICKENS (1812-1870) nació en Portsmouth, el primogénito varón de un funcionario de la Armada Real. A los doce años, el encarcelamiento de su padre por deudas lo obligó a ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó como ayudante en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario del *Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Escenas de la vida de Londres por «Boz»* (1836-1837), tuvieron gran éxito y, con la aparición en 1837 de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837-1839), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inició su época de madurez, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona y su favorita, en la que desarrolló algunos episodios autobiográficos; *La Casa lúgubre* (1852-1853); *La pequeña Dorrit* (1855-1857); *Historia de dos ciudades* (1859); *Grandes esperanzas* (1860-1861), y *Nuestro amigo común* (1864-1865). Murió en Gad's Hill, su casa de campo en Higham, en el condado de Kent.

Notas

[1] Vicepresidente Perpetuo, Miembro del Club Pickwick. <<

[2] Presidente General, Miembro del Club Pickwick. <<


[3] En aquella época, el gasto del correo iba a cuenta del destinatario, no del remitente. *(N. del T.)* <<

[4] La ficción del Club Pickwick será abandonada gradualmente a través de los primeros capítulos; en el capítulo final se hará una fugaz salvedad para cerrar su destino. <<

[5] La prenda habitual en esa época era un frac de color, pero, por el carácter actual de esta prenda, usaremos en esta traducción la palabra «casaca», más vaga hoy día, aunque en realidad corresponde a la indumentaria del siglo XVIII. *(N. del T.)* <<

[6] El término aquí usado, *brandy*, corresponde a la vez al coñac y a ciertos aguardientes. En cada caso elegiremos según resulte más adecuado. *(N. del T.)*
<<

[7] Alude a la decapitación de Carlos I, que salió por una ventana del palacio de Whitehall para morir allí delante. *(N. del T.)* <<

[8] Notable ejemplo de la fuerza profética de la imaginación del señor Jingle; el diálogo tiene lugar en 1827, y la Revolución en 1830.*

**Dickens pone esta nota, cervantescamente, para echar a broma, en lugar de corregir, un descuido de la primera edición, por entregas: vuelve a distraerse en ella porque todavía no ha dicho al lector que el desconocido se llame Jingle. (N. del T.)* <<

[9] Alexander Selkirk, famoso náufrago solitario que sobrevivió en una isla; una de las principales figuras de la tradición de los « Robinsones» . La cita procede de un poema de William Cowper. *(N. del T.)* <<

[10] *Slammer*, algo así como « golpeador» , « que da un portazo» . *(N. del T.)* <<

[11] Personaje de una balada de John Gay, el autor de *The Beggars' Opera* (1728). *(N. del T.)* <<

[12] Frase hecha inglesa, como « sin hacer nada extraordinario» . *(N. del T.)* <<

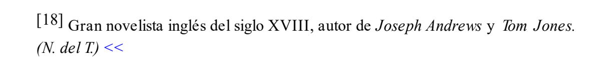
[13] Alusión a la New River Head, manantial situado en el barrio londinense del señor Pickwick. *(N. del T.)* <<

[14] Dickens abandona este personaje, que no entregará el manuscrito citado; al final —capítulo LIII— se intenta salvar este «lapsus». *(N. del T.)* <<

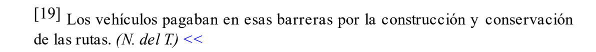
[15] Por si algún lector considera anacrónico haber traducido el engendro del clérigo con ripios campoamorinos, nos permitimos recordar que en la poesía británica las etapas iban más adelantadas. *(N. del T.)* <<

[16] Entonces se castigaban con la horca casi todos los delitos de robo. *(N. del T.)* <<

[17] Sin exponer todo el reglamento de este deporte, basta saber que un jugador lanza la bola hacia la meta contraria —un palo en el centro de una pequeña abertura— defendida por un jugador contrario que debe rechazar con su pala la bola; pero si esta va a parar entonces a manos de alguno del equipo atacante, el guardameta queda fuera de juego y pasa el turno al otro equipo. *(N. del T.)* <<



[18] Gran novelista inglés del siglo XVIII, autor de *Joseph Andrews* y *Tom Jones. (N. del T.)* <<



[19] Los vehículos pagaban en esas barreras por la construcción y conservación de las rutas. *(N. del T.)* <<

[20] Distrito londinense, junto al Támesis. *(N. del T.)* <<

[21] En la fabricación de este betún había trabajado Dickens a los doce años; el señor Warren era el dueño de la empresa. *(N. del T.)* <<

[22] Oficinas judiciales eclesiásticas para los matrimonios y otros asuntos legales. *(N. del T.)* <<

[23] Personaje teatral entonces famoso, que Sam confunde con el jurista Barnwell, aludiendo luego al argumento de la obra a que pertenece, de George Lillo (1693-1739). *(N. del T.)* <<

[24] *Eat-and-Swill* significa « comer y emborracharse» . *(N. del T.)* <<

[25] Los «Azules» (*Blues*) y «Amarillos» (*Buffs*) —exactamente, el término *Buff* significa «ocre claro», o «siena natural» (en francés, *beiges*) pero, por razones ópticas y eufónicas, hemos preferido poner «amarillo»— corresponden a la «derecha» y el «centro» respectivamente, o sea, conservadores y liberales; tardará mucho en aparecer la «izquierda» laborista.

Dickens escribe esto después de la reforma electoral de 1832, pero supone, aunque con cierta vaguedad, que la acción es anterior a esa fecha y, por tanto, que duraba la situación en que muchos representantes parlamentarios eran elegidos por un solo pueblecito —«burgos podridos»— cuyos pocos votantes podían fácilmente ser comprados o persuadidos para apoyar al cacique comarcal, sobre todo si se tiene en cuenta que el voto no era secreto (no lo fue hasta 1870). La mencionada reforma de 1832 atenuó estos vicios, suprimiendo los «burgos podridos», desplazando la fuerza parlamentaria hacia la nueva clase media industrial y comercial, frente a la vieja nobleza agraria, y ampliando el número de electores. *(N. del T.)* <<

[26] La costumbre de llamar al marido por el apellido o por la inicial del apellido, como en este caso, es de aquella época, y no solo de la señora Pott. *(N. del T.)* <<

[27] Juego de palabras intraducible, en parodia de pregón: los *muffins* son una especie de panecillos dulces. <<

[28] Hay aquí varios juegos de palabras: *Leo*, «león» —en latín—; *Hunter*, «cazador»; *The Den*, «la cueva», en alusión especial a los leones, por la expresión bíblica «*the lions' den*», de Daniel; todo ello en torno a la fórmula inglesa, de origen francés, del «león» como la persona célebre o rara a quien se exhibe en una reunión elegante, como atracción social (hay un verbo que lo designa: *to lionize*). *(N. del T.)* <<

[29] Juego de palabras con *pig big*, « cerdo gordo» , y *big wig*, « gran peluca» , que le hace pensar en los abogados y jueces. *(N. del T.)* <<

[30] *Every bullet has its billet*, juego de palabras intraducible. *(N. del T.)* <<

[31] Ponche, *Punch*, es también el nombre inglés de Polichinela, el payaso por antonomasia. *(N. del T.)* <<

[32] Los Inns, literalmente «posadas», en este caso son aquellas posadas que sirvieron de centros legales por reunirse en ellas los abogados, estudiantes y demás personas cuya vida giraba alrededor de la administración de la justicia: de estos Inns, alguno ya famoso en tiempo de Shakespeare, y desde entonces notable por su estímulo a la vida teatral y literaria, habían de surgir las modernas «escuelas» o «facultades de derecho» como parte de las universidades mismas. *(N. del T.)* <<

[33] Mejor. Pero eso ha pasado, con estos tiempos mejores, y la prisión ya no existe. <<

[34] Era entonces la época de gran difusión del metodismo, confesión religiosa fundada por Wesley al margen del sistema tradicional de las parroquias anglicanas, y que se difundía sobre todo entre el pueblo y baja clase media. *(N. del T.)* <<

[35] Expresión bíblica. *(N. del T.)* <<

[36] Según la costumbre anglosajona, las iniciales «A. M.» o «P. M.» —«ante meridiem» o «post meridiem»— tras la cifra de una hora indican si es de la mañana o de la tarde y noche. *(N. del T.)* <<

[37] Eran los encargados de cobrar a los vehículos un tanto para amortizar y conservar un trozo de ruta. *(N. del T.)* <<

[38] Juego de palabras intraducible: *Your Worship*, mal pronunciado, se convierte en *Your Wash-up* (así en Dickens), « fregado» . *(N. del T.)* <<

[39] Político de la época que murió asesinado en el Parlamento. *(N. del T.)* <<

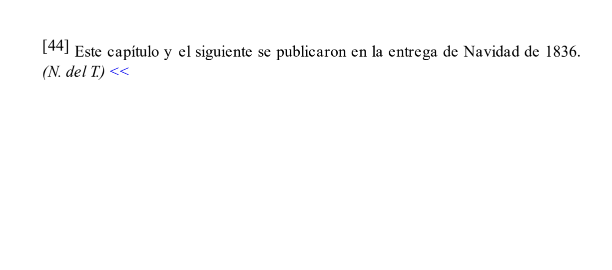
[40] *Pork-and-ham* significa «cerdo y jamón». *(N. del T.)* <<

[41] Personaje de la guerra de los Siete Años. *(N. del T.)* <<

[42] Un chelín tiene doce peniques; una libra, veinte chelines; la media corona equivale a dos chelines y medio. *(N. del T.)* <<

[43] Reproducimos la explicación de tal expresión dada por el señor T. W. Hill en el anuario *The Dickensian*, número de 1948: « *Walker*, habitualmente prolongado como *Wa-a-lk-er*, es una palabra de jerga que expresa duda o incredulidad. Se han sugerido nada menos que tres explicaciones sobre su origen: *a*) como forma abreviada de "Hookey-Walker", un magistrado londinense de nariz ganchuda (*hockey nose*) que dio el título de pico a todos los magistrados (véase en *Oliver Twist* la alusión del "Artful Dodger" a un *pico*, cuando encuentra a Oliver en Barnet); *b*) un empleado de nariz ganchuda, en cierta oficina londinense, cuyos informes eran poco de creer; *c*) un judío de nariz aguileña, llamado Walker, que daba conferencias de astronomía e invitaba a sus alumnos a "echar una mirada" a los cuerpos celestes; los alumnos, escépticos, imitaban sus gestos, a espaldas suyas, "echando una mirada" a su nariz» . (En 1892 se estrenó una comedia de J. M. Barrie titulada *Walker, London*, usando este nombre en tal sentido.)

Por nuestra parte, hemos observado que en el capítulo XXII de *David Copperfield*, la señorita Mowcher usa el primero de estos tres sentidos —« Hookey-Walker» —. Asimismo, en la narración de Thackeray *Ala de cuervo* (*The Ravenswing*) hay un personaje estafador llamado Hooker Walker. *(N. del T.)*
<<

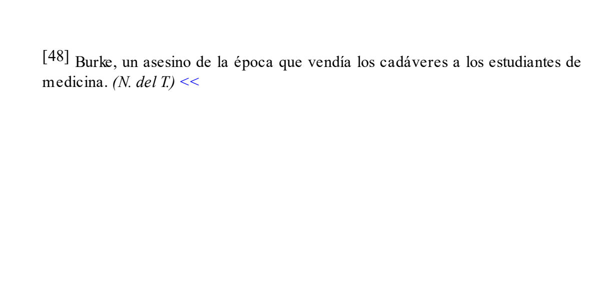


[44] Este capítulo y el siguiente se publicaron en la entrega de Navidad de 1836. *(N. del T.)* <<

[45] Jack Horner, el niño glotón de una canción infantil inglesa. *(N. del T.)* <<

[46] Juego de palabras con el doble sentido del inglés *spirit*: « licor» y « espíritu» . *(N. del T.)* <<

[47] Dos golpes, en los países anglosajones. *(N. del T.)* <<



[48] Burke, un asesino de la época que vendía los cadáveres a los estudiantes de medicina. *(N. del T.)* <<

[49] Es la fórmula jurídica inglesa habitual en los suicidios. *(N. del T.)* <<

[50] *Serjeant Snubbin*: el *serjeant* es un procurador que, al contrario que en España, informa ante el tribunal, mientras que los asesores legales —*counsels*— de las partes permanecen en segundo plano. Aquí llamamos a todos « abogados» . *(N. del T.)* <<

[51] Los abogados con título de «consejero del rey» (o «de la reina») deben actuar siempre con la asistencia de otro abogado. *(N. del T.)* <<

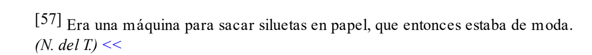
[52] No ha existido ningún famoso cirujano llamado Slasher; *slasher* significa algo así como « acuchillador» . *(N. del T.)* <<

[53] El palacio del alcalde, el «lord mayor». *(N. del T.)* <<

[54] Sobre la crema Warren, recuérdese la nota en el capítulo X, pág. 179; el aceite Rowland era otro producto famoso en la época. *(N. del T.)* <<

[55] Recuérdese el escudo de Inglaterra, con sus animales. *(N. del T.)* <<

[56] No se podía detener a nadie por deudas en domingo, ni de noche, ni en el domicilio propio. *(N. del T.)* <<



[57] Era una máquina para sacar siluetas en papel, que entonces estaba de moda. *(N. del T.)* <<

[58] Por la expresión bíblica, «vaso de justicias» o «vaso de ira». *(N. del T.)* <<

[59] Thomas Dibdin, autor de comedias musicales muy popularizadas, fallecido pocos años antes de la aparición de *Pickwick*. *(N. del T.)* <<

[60] « Mono» . *(N. del T.)* <<

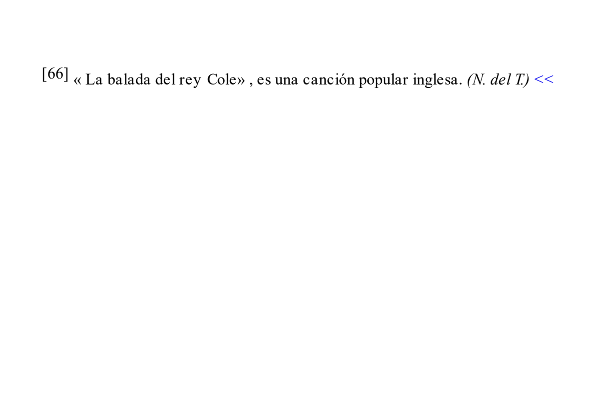
[61] Escuela aristocrática de la época. *(N. del T.)* <<

[62] Mutanhed, *mutton-head*, « cabeza de carnero» . *(N. del T.)* <<

[63] El Royal Crescent de Bath, obra del arquitecto John Wood el Joven, y construido a partir de 1767, es una semielipse continua de edificios neoclásicos —unas treinta casas seguidas— en cuyo interior hay un prado de césped frente al cual se extiende un bosquecillo. *(N. del T.)* <<

[64] Célebre elegante que contribuyó a poner de moda Bath. *(N. de. T.)* <<

[65] Véase la canción citada en la página siguiente. *(N. del T.)* <<



[66] « La balada del rey Cole» , es una canción popular inglesa. *(N. del T.)* <<

[67] « Las Dunas» , comarca cercana a esa ciudad. *(N. del T.)* <<

[68] El personaje que en 1605 intentó volar el Parlamento con unos barriles de pólvora. Anualmente se conmemora el fracaso de ese intento con una fiesta de hogueras. *(N. del T.)* <<

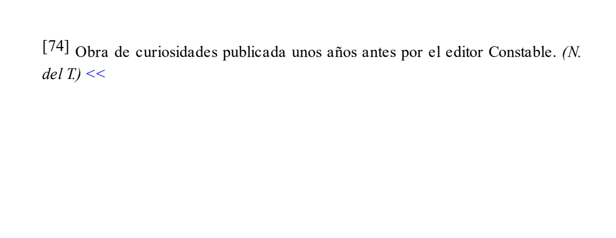
[69] Lugares australianos para deportación de prisioneros. *(N. del T.)* <<

[70] Los cuáqueros no se quitaban nunca el sombrero. *(N. del T.)* <<

[71] En la que había una cárcel por deudas. *(N. del T.)* <<

[72] Diligencia de presentación ante un juez antes de hacerse efectivo un encarcelamiento que, de otro modo, sería ilegal. *(N. del T.)* <<

[73] Alusión a ciertos juramentos, *my eye*, *my foot*, y, sobre todo, a la poco pronunciable palabra *bloods*, « sangre» , con sus menos pronunciables derivados. *(N. del T.)* <<



[74] Obra de curiosidades publicada unos años antes por el editor Constable. *(N. del T.)* <<

[75] El barrio de los traperos. *(N. del T.)* <<

[76] De un lado a otro de Londres. *(N. del T.)* <<

[77] The Rules, barrios próximos a las cárceles, donde podían vivir ciertos presos mediante unos pagos establecidos. *(N. del T.)* <<

[78] Un autor de almanaques. *(N. del T.)* <<

[79] *Tizer*, abreviación de *Advertiser*, « El Anunciador» . *(N. del T.)* <<

[80] *Whitewashed*, «enjalbegado» o «en blanco», se aplicaba a los deudores insolventes. *(N. del T.)* <<

[81] Spaniards Inn, hoy todavía existente en ese barrio londinense, entonces un pueblo de las afueras. *(N. del T.)* <<

[82] *Snicks* y *Prosee* son nombres grotescos: *Snicks*, «tijeretazos» o «cuchilladas»; *Prosee*, algo así como «prolijo». *(N. del T.)* <<

[83] Arthur's Seat, el nombre del monte que se eleva allí. *(N. del T.)* <<

[84] Indumentaria del siglo XVIII. *(N. del T.)* <<

[85] Alusión a la tragedia de Shakespeare. *(N. del T.)* <<

[86] El juego de palabras es diferente en el original: *dead letters*, «cartas muertas», eran aquellas cuyo destinatario no se encontraba, y que tampoco podían devolverse. *(N. del T.)* <<

[87] Grimaldi era un payaso célebre de la época, cuyas *Memorias* había redactado el propio Dickens como *ghost-writer* o « negro» . *(N. del T.)* <<

[88] Referencia a un pasaje del *Viaje sentimental*, de Laurence Sterne. *(N. del T.)*
<<

[89] Colonia inglesa en América del Sur, en la Guayana. *(N. del T.)* <<

[90] Véase el capítulo V. *(N. del T.)* <<

[91] Pantalones que, por la hipocresía puritana de la época, en ciertos ambientes se consideraban un objeto innominable. *(N. del T.)* <<

[92] Es decir, por haber quebrado. *(N. del T.)* <<